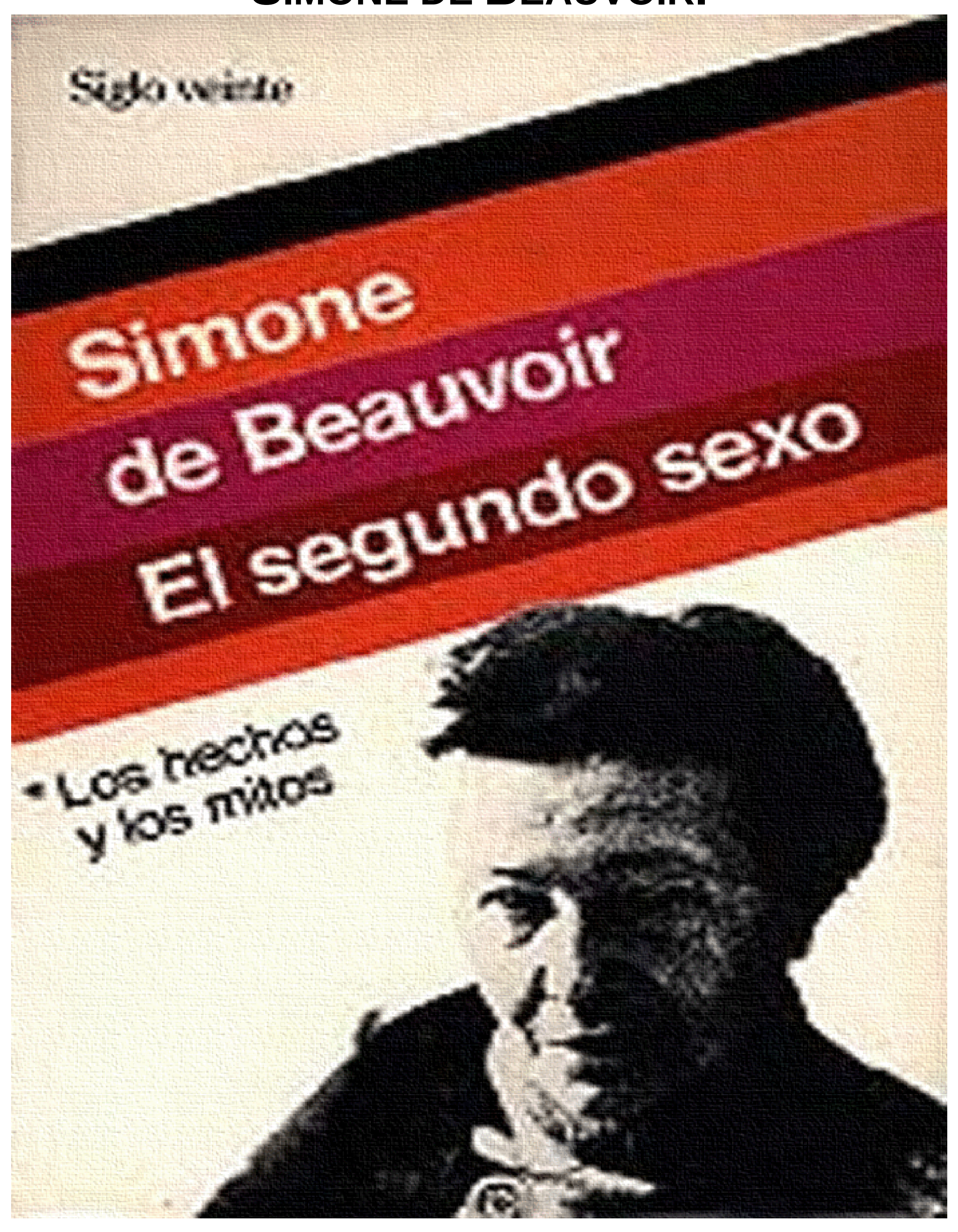
EL SEGUNDO SEXO.
SIMONE DE BEAUVOIR.



EL SEGUNDO SEXO I.
(LE DEUXIÈME SEXE I)

A JACQUES BOST.

Existe un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer.
PITÁGORAS.

Todo cuanto sobre las mujeres han los hombres debe tenerse por sospechoso, puesto que son juez y parte a la vez.
POULAN DE LA BARRE.

NOTA: Este libro ha sido escrito durante los años 1948-1949. Cuando empleo las palabras *ahora*, *recientemente*, etc., me refiero a ese período. Ello explica también que no cite ninguna obra publicada después de 1949.

INTRODUCCIÓN.

DURANTE mucho tiempo dudé en escribir un libro sobre la mujer. El tema es irritante, sobre todo para las mujeres; pero no es nuevo. La discusión sobre el feminismo ha hecho correr bastante tinta; actualmente está punto menos que cerrada: no hablemos más de ello. Sin embargo, todavía se habla. Y no parece que las voluminosas estupideces vertidas en el curso de este último siglo hayan aclarado mucho el problema. Por otra parte, ¿es que existe un problema? ¿En qué consiste? ¿Hay siquiera mujeres? Cierto que la teoría del eterno femenino cuenta todavía con adeptos; estos adeptos cuchichean: «Incluso en Rusia, ellas siguen siendo mujeres.» Pero otras gentes bien informadas -incluso las mismas algunas veces- suspiran: «La mujer se pierde, la mujer está perdida.» Ya no se sabe a ciencia cierta si aún existen mujeres, si existirán siempre, si hay que desearlo o no, qué lugar ocupan en el mundo, qué lugar deberían ocupar. «¿Dónde están las mujeres?», preguntaba recientemente una revista no periódica[1]. Pero, en primer lugar, ¿qué es una mujer? «Tota mulier in utero: es una matriz», dice uno **[**TOTA MULIER EST IN UTERO: «Toda la mujer consiste en el útero». Para indicar que la mujer está condicionada por su constitución biológica.**]** Sin embargo, hablando de ciertas mujeres, los conocedores decretan: «No son mujeres», pese a que tengan útero como las otras. Todo el mundo está de acuerdo en reconocer que en la especie humana hay hembras; constituyen hoy, como antaño, la mitad, aproximadamente, de la Humanidad; y, sin embargo, se nos dice que «la feminidad está en peligro»; se nos exhorta: «Sed mujeres, seguid siendo mujeres, convertíos en mujeres.» Así, pues, todo ser humano hembra no es necesariamente una mujer; tiene que participar de esa realidad misteriosa y amenazada que es la feminidad. Esta feminidad ¿la secretan los ovarios? ¿O está fijada en el fondo de un cielo platónico? ¿Basta el frou-frou de una falda para hacer que descienda a la Tierra? Aunque ciertas mujeres se esfuerzan celosamente por encarnarla, jamás se ha encontrado el modelo. Se la describe de buen grado en términos vagos y espejeantes que parecen tomados del vocabulario de los videntes. En tiempos de Santo Tomás, aparecía como una esencia tan firmemente definida como la virtud adormecedora de la adormidera. Pero el conceptualismo ha perdido terreno: las ciencias biológicas y sociales ya no creen en la existencia de entidades inmutablemente fijas que definirían caracteres determinados, tales como los de la mujer, el judío o el negro; consideran el carácter como una reacción secundaria ante una situación. Si ya no hay hoy feminidad, es que no la ha habido nunca. ¿Significa esto que la palabra «mujer» carece de todo contenido? Es lo que afirman enérgicamente los partidarios de la filosofía de las luces, del racionalismo, del nominalismo: las mujeres serían solamente entre los seres humanos aquellos a los que arbitrariamente se designa con la palabra «mujer»; las americanas en particular piensan que la mujer, como tal, ya no tiene lugar; si alguna, con ideas anticuadas, se tiene todavía por mujer, sus amigas le aconsejan que consulte con un psicoanalista, para que se libre de semejante

[1] Desaparecida hoy; se llamaba Franchise.

obsesión. A propósito de una obra, por lo demás irritante, titulada Modern Woman: a lost sex, Dorothy Parker ha escrito: «No puedo ser justa con los libros que tratan de la mujer en tanto que tal... Pienso que todos nosotros, tanto hombres como mujeres, quienes quiera que seamos, debemos ser considerados como seres humanos.»

Pero el nominalismo es una doctrina un poco corta; y a los antifeministas les es muy fácil demostrar que las mujeres no son hombres. Desde luego, la mujer es, como el hombre, un ser humano; pero tal afirmación es abstracta; el hecho es que todo ser humano concreto está siempre singularmente situado. Rechazar las nociones de eterno femenino, de alma negra, de carácter judío, no es negar que haya hoy judíos, negros, mujeres; esa negación no representa para los interesados una liberación, sino una huida inauténtica. Está claro que ninguna mujer puede pretender sin mala fe situarse por encima de su sexo. Una conocida escritora rehusó hace unos años permitir que su retrato apareciese en una serie de fotografías consagradas precisamente a las mujeres escritoras: quería que se la situase entre los hombres; mas, para obtener ese privilegio, tuvo que recurrir a la influencia de su marido. Las mujeres que afirman que son hombres, no reclaman por ello menos miramientos y homenajes masculinos. Me acuerdo también de aquella joven trotskista de pie en una tribuna, en medio de un mitin borrascoso, que se aprestaba a dar un puñetazo sobre el tablero, a pesar de su evidente fragilidad; ella negaba su debilidad femenina, pero lo hacía por amor a un militante del cual se quería igual. La actitud de desafío en que se crispan las americanas demuestra que están obsesionadas por el sentimiento de su feminidad.

Y en verdad basta pasearse con los ojos abiertos para comprobar que la Humanidad se divide en dos categorías de individuos cuyos vestidos, rostro, cuerpo, sonrisa, porte, intereses, ocupaciones son manifiestamente diferentes. Acaso tales diferencias sean superficiales; tal vez estén destinadas a desaparecer. Lo que sí es seguro es que, por el momento, existen con deslumbrante evidencia.

Si su función de hembra no basta para definir a la mujer, si rehusamos también explicarla por «el eterno femenino» y si, no obstante, admitimos que, aunque sea a título provisional, hay mujeres en la Tierra, tendremos que plantearnos la pregunta: ¿qué es una mujer?

El mismo enunciado del problema me sugiere inmediatamente una primera respuesta. Es significativo que yo lo plantee. A un hombre no se le ocurriría la idea de escribir un libro sobre la singular situación que ocupan los varones en la Humanidad[2]. Si quiero definirme, estoy obligada antes de nada a declarar: «Soy una mujer»; esta verdad constituye el fondo del cual se extraerán todas las demás afirmaciones. Un hombre no comienza jamás por presentarse como individuo de un determinado sexo: que él sea hombre es algo que se da por supuesto. Es solo de una manera formal, en los registros de las alcaldías y en las declaraciones de identidad, donde las rúbricas de masculino y femenino aparecen como simétricas. La relación de los dos sexos no es la de dos electricidades, la de dos polos: el hombre representa a la vez el positivo y el neutro, hasta el punto de que en francés se dice «los hombres» para designar a los seres humanos, habiéndose asimilado la acepción singular de la palabra «vir» a la acepción general de la palabra «homo». La mujer aparece como el negativo, ya que toda determinación le es imputada como limitación, sin reciprocidad. A veces, en el curso de discusiones abstractas, me ha irritado oír que los hombres me decían: «Usted piensa tal cosa porque es mujer.» Pero yo sabía que mi única defensa consistía en replicar: «Lo pienso así porque es verdad», eliminando de ese modo mi subjetividad. No era cosa de contestar: «Y usted piensa lo contrario porque es hombre», ya que se entiende que el hecho de ser hombre no es una singularidad; un hombre está en su derecho de serlo; es la mujer la que está en la sinrazón. Prácticamente, lo mismo que para los antiguos había una vertical absoluta con relación a la cual se definía la oblicua, así también hay un tipo humano absoluto que es el tipo masculino. La mujer tiene ovarios, un útero; he ahí condiciones singulares que la encierran en su subjetividad; se dice tranquilamente que piensa con sus glándulas. El hombre se olvida olímpicamente de que su anatomía comporta también hormonas, testículos. Considera su cuerpo como una relación directa y normal con el mundo que él cree aprehender en su objetividad, mientras considera el cuerpo de la mujer como apesadumbrado por todo cuanto lo especifica: un obstáculo, una cárcel. «La mujer es mujer en virtud de cierta falta de cualidades -decía Aristóteles-. Y debemos considerar el carácter de las mujeres como adoleciente de una imperfección natural.» Y, a continuación, Santo Tomás decreta que la mujer es un «hombre fallido», un ser «ocasional». Eso es lo que simboliza la historia del Génesis, donde Eva aparece como extraída, según frase de Bossuet, de un «hueso supernumerario» de Adán. La Humanidad es macho, y el hombre define a la mujer no en sí misma, sino con relación a él; no la considera como un ser autónomo. «La mujer, el ser relativo...», escribe Michelet. Y así lo afirma Benda en el Rapport d'Uriel: «El cuerpo del hombre tiene sentido por sí mismo, abstracción hecha del de la mujer, mientras este

[2] El informe Kinsey, por ejemplo, se limita a definir las características sexuales del hombre norteamericano, lo cual es completamente diferente.

último parece desprovisto de todo sentido si no se evoca al macho... El hombre se piensa sin la mujer. Ella no se piensa sin el hombre.» Y ella no es otra cosa que lo que el hombre decida que sea; así se la denomina «el sexo», queriendo decir con ello que a los ojos del macho aparece esencialmente como un ser sexuado: para él, ella es sexo; por consiguiente, lo es absolutamente. La mujer se determina y se diferencia con relación al hombre, y no este con relación a ella; la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. El es el Sujeto, él es lo Absoluto; ella es lo Otro[3].

La categoría de lo Otro es tan original como la conciencia misma. En las sociedades más primitivas, en las mitologías más antiguas, siempre se encuentra un dualismo que es el de lo Mismo y lo Otro; esta división no se puso en un principio bajo el signo de la división entre los sexos, no depende de ningún dato empírico: eso es lo que resalta, entre otros, en los trabajos de Granet sobre el pensamiento chino, y en los de Dumézil sobre la India y Roma. En las parejas Varuna-Mitra, Urano-Zeus, Sol-Luna, Día-Noche no está involucrado en principio ningún elemento femenino, como tampoco lo está en la oposición entre el Bien y el Mal, entre principios fastos y nefastos, entre la derecha y la izquierda, entre Dios y Lucifer; la alteridad es una categoría fundamental del pensamiento humano. Ninguna colectividad se define jamás como Una sin colocar inmediatamente enfrente a la Otra. Bastan tres viajeros reunidos por azar en un mismo compartimiento, para que el resto de los viajeros se conviertan en «otros» vagamente hostiles. Para el aldeano, todos los que no pertenecen a su aldea son «otros», de quienes hay que recelar; para el nativo de un país, los habitantes de los países que no son el suyo aparecen como «extranjeros»; los judíos son «otros» para el antisemita, los negros lo son para los racistas norteamericanos, los indígenas para los colonos, los proletarios para las clases poseedoras. Al final de un profundo estudio sobre las diversas figuras de las sociedades primitivas, Lévi-Strauss ha podido concluir: «El paso del estado de naturaleza al estado de cultura se define por la aptitud del hombre para considerar las relaciones biológicas bajo la forma de sistemas de oposición: dualidad, alternancia, oposición y simetría, ora se presenten bajo formas definidas, ora lo hagan bajo formas vagas, constituyen no tanto fenómenos que haya que explicar como los datos fundamentales e inmediatos de la realidad social»[4]. Estos fenómenos no se comprenderían si la realidad humana fuese exclusivamente un mitsein basado en la solidaridad y la amistad. Se aclaran, por el contrario, si, siguiendo a Hegel, se descubre en la conciencia misma una hostilidad fundamental con respecto a toda otra conciencia; el sujeto no se plantea más que oponiéndose: pretende afirmarse como lo esencial y constituir al otro en inesencial, en objeto. Pero la otra conciencia le opone una pretensión recíproca; cuando viaja, el nativo se percata, escandalizado, de que en los países vecinos hay nativos que le miran, a su vez, como extranjero; entre aldeas, clanes, naciones, clases, hay guerras, *potlatchs*, negociaciones, tratados, luchas, que despojan la idea de lo Otro de su sentido absoluto y descubren su relatividad; de buen o mal grado, individuos y grupos se ven obligados a reconocer la reciprocidad de sus relaciones. ¿Cómo es posible, entonces, que esta reciprocidad no se haya planteado entre los sexos, que uno de los términos se haya afirmado como el único esencial, negando toda relatividad con respecto a su correlativo, definiendo a este como la alteridad pura? ¿Por qué no ponen en discusión las mujeres la soberanía masculina? Ningún sujeto se plantea, súbita y espontáneamente, como lo inesencial; no es lo Otro lo que, al definirse como Otro, define lo Uno, sino que es planteado como Otro por lo Uno, al plantearse este como Uno. Mas, para que no se produzca el retorno de lo Otro a lo Uno, es preciso que lo Otro se someta a este punto de vista extraño. ¿De dónde le viene a la mujer esta sumisión?

Existen otros casos en que, durante un tiempo más o menos prolongado, una categoría consigue dominar completamente a otra. Es la desigualdad numérica la que, con frecuencia, confiere ese privilegio: **la mayoría impone su ley a la minoría o la persigue**. Pero las mujeres no son, como los negros de Norteamérica, o los judíos, una minoría: en la Tierra hay tantas mujeres como hombres. Sucede también, a menudo, que los dos grupos en presencia han sido independientes al principio: en otros tiempos se ignoraban, o cada cual admitía la autonomía del otro; ha sido un acontecimiento

---

3 Esta idea ha sido expresada en su forma más explícita por E. Lévinas en su ensayo sobre Le Temps et l'Autre. Se expresa así: «¿No habría una situación en la cual la alteridad fuese llevada por un ser a un titulo positivo, como esencia? ¿Cuál es la alteridad que no entra pura y simplemente en la oposición de las dos especies del mismo género? Creo que lo contrario absolutamente contrario, cuya contrariedad no es afectada en absoluto por la relación que puede establecerse entre él y su correlativo, la contrariedad que permite al término permanecer absolutamente otro, es lo femenino. El sexo no es una diferencia específica cualquiera... La diferencia de los sexos tampoco es una contradicción...; no es tampoco la dualidad de dos términos complementarios, porque dos términos complementarios suponen un todo preexistente... La alteridad se cumple en lo femenino. Término del mismo rango, pero de sentido opuesto a la conciencia.» Supongo que el señor Lévinas no olvida que la mujer es también, para sí, conciencia. Sin embargo, es chocante que adopte deliberadamente un punto de vista de hombre, sin señalar la reciprocidad entre el sujeto y el objeto. Cuando escribe que la mujer es misterio, sobrentiende que es misterio para el hombre. De tal modo que esta descripción, que se quiere subjetiva, es en realidad una afirmación del privilegio masculino.

4 Véase C. LÉVI-STRAUSS: *Les Structures élémentaires de la Parenté*. Agradezco a C. Lévi-Strauss la gentileza de haberme dado a conocer las pruebas de su tesis, que, entre otras, he utilizado ampliamente en la parte segunda, págs. 83-102.

histórico el que ha subordinado el más débil al más fuerte: la diáspora judía, la introducción de la esclavitud en América, las conquistas coloniales son hechos acaecidos en fecha conocida. En tales casos, para los oprimidos ha habido un antes; tienen en común un pasado, una tradición, a veces una religión, una cultura. En este sentido, el acercamiento establecido por Bebel entre las mujeres y el proletariado sería el mejor fundado: tampoco los proletarios se hallan en inferioridad numérica y jamás han constituido una colectividad separada. Sin embargo, a falta de un acontecimiento, es un desarrollo histórico lo que explica su existencia como clase y lo que informa respecto a la distribución de esos individuos en esa clase. No siempre ha habido proletarios, pero siempre ha habido mujeres; estas lo son por su constitución fisiológica; por mucho que remontemos el curso de la Historia, siempre las veremos subordinadas al hombre: su dependencia no es resultado de un acontecimiento o de un devenir; no es algo que haya llegado. Y, en parte, porque escapa al carácter accidental del hecho histórico, la alteridad aparece aquí como un absoluto. Una situación que se ha creado a través del tiempo puede deshacerse en otro tiempo: los negros de Haití, entre otros, lo han probado cumplidamente; por el contrario, parece como si una condición natural desafiase al cambio. En verdad, la Naturaleza, lo mismo que la realidad histórica, no es un dato inmutable. Si la mujer se descubre como lo inesencial que jamás retorna a lo esencial, es porque ella misma no realiza ese retorno. Los proletarios dicen «nosotros»; los negros, también. Presentándose como sujetos, transforman en «otros» a los burgueses, a los blancos. Las mujeres -salvo en ciertos congresos, que siguen siendo manifestaciones abstractas- no dicen «nosotras»; los hombres dicen «las mujeres» y estas toman estas palabras para designarse a sí mismas; pero no se sitúan auténticamente como Sujeto. Los proletarios han hecho la revolución en Rusia; los negros, en Haití; los indochinos luchan en Indochina: la acción de las mujeres no ha sido jamás sino una agitación simbólica, y no han obtenido más que lo que los hombres han tenido a bien otorgarles; no han tomado nada: simplemente han recibido[5] . Y es que las mujeres carecen de los medios concretos para congregarse en una unidad que se afirmaría al oponerse. Carecen de un pasado, de una historia, de una religión que les sean propios, y no tienen, como los proletarios, una solidaridad de trabajo y de intereses; ni siquiera existe entre ellas esa promiscuidad espacial que hace de los negros de Norteamérica, de los judíos de los guetos y de los obreros de Saint-Denis o de las fábricas Renault, una comunidad. Viven dispersas entre los hombres, atadas por el medio ambiente, el trabajo, los intereses económicos, la condición social, a ciertos hombres -padre o marido- más estrechamente que a las demás mujeres. Burguesas, son solidarias de los burgueses y no de las mujeres proletarias; blancas, lo son de los hombres blancos y no de las mujeres negras. El proletariado podría proponerse llevar a cabo la matanza de la clase dirigente; un judío o un negro fanáticos podrían soñar con acaparar el secreto de la bomba atómica y hacer una Humanidad enteramente judía o enteramente negra: la mujer, ni siquiera en sueños puede exterminar a los varones. El vínculo que la une a sus opresores no es comparable a ningún otro. La división de los sexos es, en efecto, un hecho biológico, no un momento de la historia humana. Ha sido en el seno de un mitsein original donde su oposición se ha dibujado, y ella no la ha roto. La pareja es una unidad fundamental cuyas dos mitades están remachadas una con otra: no es posible ninguna escisión en la sociedad por sexos. Eso es lo que caracteriza fundamentalmente a la mujer: ella es lo Otro en el corazón de una totalidad cuyos dos términos son necesarios el uno para el otro.

Podría imaginarse que esta reciprocidad facilitase su liberación; cuando Hércules hila la lana a los pies de Onfalia, su deseo le encadena: ¿por qué no logra Onfalia adquirir un poder duradero? Para vengarse de Jasón, Medea mata a sus hijos; esa salvaje leyenda sugiere que del vínculo que la une al niño la mujer habría podido extraer un temible ascendiente. Aristófanes ha imaginado jocosamente, en Lisístrata, una asamblea de mujeres donde estas intentan explotar, en común y con fines sociales, la necesidad que de ellas tienen los hombres; pero solo se trata de una comedia. La leyenda que pretende que las sabinas raptadas opusieron a sus raptores una obstinada esterilidad cuenta igualmente que, al azotarlas con correas de cuero, los hombres doblegaron mágicamente su resistencia. La necesidad biológica -deseo sexual y deseo de posteridad- que sitúa al macho bajo la dependencia de la hembra, no ha liberado socialmente a la mujer. El amo y el esclavo también están unidos por una necesidad económica recíproca, que no libera al esclavo. Y es que, en la relación entre el amo y el esclavo, el amo no se plantea la necesidad que tiene del otro: detenta el poder de satisfacer esa necesidad y no le mediatiza; por el contrario, el esclavo, en su dependencia, esperanza o temor, interioriza la necesidad que tiene del amo; pero, aunque la urgencia de la necesidad fuese igual en ambos, siempre actúa en favor del opresor frente al oprimido. Ello explica que la liberación de la clase obrera, por ejemplo, haya sido tan lenta. Ahora bien, la mujer siempre ha sido, si no la esclava del hombre, al menos su vasalla; los dos sexos jamás han compartido el mundo en pie de igualdad; y todavía hoy, aunque su situación está evolucionando, la mujer tropieza con graves desventajas. En casi ningún país es idéntico su estatuto legal al del hombre; y, con frecuencia, su

[5] Véase parte segunda, capítulo V.

desventaja con respecto a aquel es muy considerable. Incluso cuando se le reconocen en abstracto algunos derechos, una larga costumbre impide que encuentre en los usos corrientes su expresión concreta. Económicamente, hombres y mujeres casi constituyen dos castas distintas; en igualdad de condiciones, los primeros disfrutan situaciones más ventajosas, salarios más elevados, tienen más oportunidades de éxito que sus competidoras de fecha reciente; en la industria, la política, etc., ocupan un número mucho mayor de puestos, y son ellos quienes ocupan los más importantes. Además de los poderes concretos que poseen, están revestidos de un prestigio cuya tradición mantiene toda la educación del niño: el presente envuelve al pasado, y en el pasado toda la Historia la han hecho los varones. En el momento en que las mujeres empiezan a participar en la elaboración del mundo, ese mundo es todavía un mundo que pertenece a los hombres: ellos no lo dudan, ellas lo dudan apenas. Negarse a ser lo Otro, rehusar la complicidad con el hombre, sería para ellas renunciar a todas las ventajas que puede procurarles la alianza con la casta superior. El hombre soberano protegerá materialmente a la mujer-ligia y se encargará de justificar su existencia: junto con el riesgo económico evita ella el riesgo metafísico de una libertad que debe inventar sus fines sin ayuda. En efecto, al lado de la pretensión de todo individuo de afirmarse como sujeto, que es una pretensión ética, también hay en él la tentación de huir de su libertad para constituirse en cosa; es ese un camino nefasto, en cuanto que pasivo, alienado y perdido; resulta entonces presa de voluntades extrañas, cercenado de su trascendencia, frustrado de todo valor. Pero es un camino fácil: así se evitan la angustia y la tensión de una existencia auténticamente asumida. El hombre que constituye a la mujer en un Otro, hallará siempre en ella profundas complicidades. Así, pues, la mujer no se reivindica como sujeto, porque carece de los medios concretos para ello, porque experimenta el lazo necesario que la une al hombre sin plantearse reciprocidad alguna, y porque a menudo se complace en su papel de Otro.

Y he aquí que surge inmediatamente esta pregunta: ¿cómo ha empezado toda esa historia? Se comprende que la dualidad de los sexos, como toda dualidad, se halla manifestado mediante un conflicto. Y se comprende que si uno de los dos logra imponer su superioridad, esta se establezca como absoluta. Pero queda por explicar que fuera el hombre quien ganase desde el principio. Pudiera haber ocurrido que las mujeres obtuviesen la victoria, o que jamás se hubiera resuelto la contienda. ¿De dónde proviene que este mundo siempre haya pertenecido a los hombres y que solamente hoy empiecen a cambiar las cosas? Y este cambio ¿es un bien? ¿Traerá o no traerá un reparto equitativo del inundo entre hombres y mujeres?

Estas preguntas distan mucho de ser nuevas, y ya se les ha dado numerosas respuestas; pero precisamente el solo hecho de que la mujer sea lo Otro refuta todas las justificaciones que de ello puedan haber presentado jamás los hombres, ya que, evidentemente, les eran dictadas por su propio interés. «Todo cuanto sobre las mujeres han escrito los hombres debe tenerse por sospechoso, puesto que son juez y parte a la vez», dijo en el siglo XVII Poulain de la Barre, feminista poco conocido. Por doquier, en todo tiempo, el varón ha ostentado la satisfacción que le producía sentirse rey de la Creación. «Bendito sea Dios nuestro Señor y Señor de todos los mundos, por no haberme hecho mujer», dicen los judíos en sus oraciones matinales; mientras sus esposas murmuran con resignación: «Bendito sea el Señor, que me ha creado según su voluntad.» Entre los beneficios que Platón agradecía a los dioses, el primero era que le hubiesen creado libre y no esclavo, y el segundo, hombre y no mujer. Pero los varones no habrían podido gozar plenamente de ese privilegio si no lo hubiesen considerado fundado en lo absoluto y en la eternidad: del hecho de su supremacía han procurado derivar un derecho. «Siendo hombres quienes han hecho y compilado las leyes, han favorecido a su sexo, y los jurisconsultos han convertido las leyes en principios», añade Poulain de la Barre. Legisladores, sacerdotes, filósofos, escritores y eruditos, todos ellos se han empeñado en demostrar que la condición subordinada de la mujer era voluntad del Cielo y provechosa para la Tierra. Las religiones inventadas por los hombres reflejan esa voluntad de dominación: han sacado armas de las leyendas de Eva, de Pandora; han puesto la filosofía y la teología a su servicio, como se ha visto por las frases de Aristóteles y de Santo Tomás que hemos citado. Desde la Antigüedad, satíricos y moralistas se han complacido en trazar el cuadro de las flaquezas femeninas. Conocidas son las violentas requisitorias que contra ellas se han dirigido a través de toda la literatura francesa: Montherlant recoge, con menos inspiración, la tradición de Jean de Meung. Semejante hostilidad parece a veces fundada, a menudo gratuita; en verdad, recubre una voluntad de autojustificación más o menos hábilmente enmascarada. «Es más fácil acusar a un sexo que excusar al otro», dice Montaigne. En ciertos casos, el proceso es evidente. Resulta significativo, por ejemplo, que, para limitar los derechos de la mujer, el código romano invoque «la imbecilidad, la fragilidad del sexo» en el momento en que, por debilitamiento de la familia, aquella se convierte en un peligro para los herederos varones. Resulta chocante que en el siglo XVI, para mantener bajo tutela a la mujer casada, se apele a la autoridad de San Agustín, declarando que «la mujer es una bestia que no es ni firme ni estable», en tanto que a la soltera se la reconoce con capacidad para administrar sus bienes. Montaigne comprendió perfectamente lo arbitrario e injusto de la suerte asignada a la mujer: «Las

mujeres no dejan de tener razón en absoluto cuando rechazan las normas que se han introducido en el mundo, tanto más cuanto han sido los hombres quienes las han hecho sin ellas. Naturalmente, entre ellas y nosotros hay intrigas y querellas.» Pero Montaigne no llega hasta el extremo de erigirse en su campeón. Solamente en el siglo XVIII hombres profundamente demócratas encaran la cuestión con objetividad. Diderot, entre otros, se propone demostrar que la mujer es un ser humano igual que el hombre. Un poco más tarde, Stuart Mill la defiende con ardor. Pero estos filósofos son de una imparcialidad excepcional. En el siglo XIX, la cuestión del feminismo se convierte nuevamente en una cuestión de partidos; una de las consecuencias de la Revolución Industrial fue la participación de la mujer en el trabajo productor: en ese momento las reivindicaciones feministas se salen del dominio teórico, encuentran bases económicas; sus adversarios se vuelven más agresivos; aunque la propiedad de bienes raíces fuera en parte destronada, la burguesía se aferra a la vieja moral, que ve en la solidez de la familia la garantía de la propiedad privada, y reclama a la mujer en el hogar tanto más ásperamente cuanto su emancipación se vuelve una verdadera amenaza; en el seno mismo de la clase obrera, los hombres intentaron frenar esa liberación, puesto que las mujeres se les presentaban como peligrosas competidoras, tanto más cuanto que estaban habituadas a trabajar por bajos salarios[6]. Para demostrar la inferioridad de la mujer, los antifeministas apelaron entonces, no solo a la religión, la filosofía y la teología, como antes, sino también a la ciencia: biología, psicología experimental, etc. A lo sumo, se consentía en conceder al otro sexo «la igualdad en la diferencia». Esta fórmula, que ha hecho fortuna, es muy significativa: es exactamente la que utilizan a propósito de los negros de Norteamérica las leyes Jim Crow. Ahora bien, esta segregación supuestamente igualitaria no ha servido más que para introducir las discriminaciones más extremadas. Esta coincidencia no tiene nada de casual; ya se trate de una raza, de una casta, de una clase, de un sexo, reducidos a una situación de inferioridad, los procesos de justificación son los mismos. «El eterno femenino» es homólogo del «alma negra» y del «carácter judío». Por otro lado, el problema judío, en su conjunto, es muy diferente de los otros dos: para el antisemita, el judío no es tanto un ser inferior como un enemigo, y no le reconoce en este mundo ningún lugar que le sea propio; más bien lo que desea es aniquilarlo. Sin embargo, hay profundas analogías entre la situación de las mujeres y la de los negros: unas y otros se emancipan hoy de un mismo paternalismo, y la en otros tiempos casta de amos quiere mantenerlos en «su lugar», es decir, en el lugar que ha elegido para ellos; en ambos casos, se deshace en elogios más o menos sinceros sobre las virtudes del «buen negro» de alma inconsciente, pueril, reidora, del negro resignado y de la mujer «verdaderamente mujer», es decir, frívola, pueril, irresponsable: la mujer sometida al hombre. En ambos casos, extrae argumentos del estado de hecho que ha creado. Conocida es la ocurrencia de Bernard Shaw: «El norteamericano blanco -dice en sustancia- relega al negro a la condición de limpiabotas, y de ello deduce que solo sirve para limpiar las botas.» Se tropieza con este círculo vicioso en todas las circunstancias análogas: cuando un individuo o grupo de individuos es mantenido en situación de inferioridad, el hecho es que es inferior; pero sería preciso entenderse sobre el alcance de la palabra ser; la mala fe consiste en darle un valor sustancial cuando tiene el sentido dinámico hegeliano: ser es haber devenido, es haber sido hecho tal y como uno se manifiesta; sí, las mujeres, en conjunto, son hoy inferiores a los hombres, es decir, que su situación les ofrece menos posibilidades: el problema consiste en saber si semejante estado de cosas debe perpetuarse.

Muchos hombres así lo desean: no todos han arrojado todavía las armas. La burguesía conservadora sigue viendo en la emancipación de la mujer un peligro que amenaza su moral y sus intereses. Ciertos varones temen la competencia femenina. En el Hebdo-Latin, un estudiante declaraba el otro día: «Toda estudiante que logra el título de médica o abogada nos roba un puesto de trabajo.» Este joven no pone en duda sus derechos sobre este mundo. No son exclusivamente los intereses económicos los que intervienen en el asunto. Uno de los beneficios que la opresión asegura a los opresores es que el más humilde de ellos se siente superior: un «pobre blanco» del sur de Estados Unidos tiene el consuelo de decirse que no es un «sucio negro», y los blancos más afortunados explotan hábilmente ese orgullo. De igual modo, el más mediocre de los varones se considera un semidiós ante las mujeres. Le era mucho más fácil al señor de Montherlant considerarse un héroe cuando se encaraba con mujeres (por lo demás elegidas a propósito) que cuando tenía que desempeñar el papel de hombre entre hombres, papel que muchas mujeres han representado mejor que él. Así, en septiembre de 1948, en uno de sus artículos en el Figaro Littéraire, Claude Mauriac -cuya poderosa originalidad todo el mundo admira- ha podido escribir[7] a propósito de las mujeres: «Escuchamos con un tono (sic!) de cortés indiferencia... a la más brillante de ellas, sabiendo perfectamente que su espíritu refleja de manera más o menos deslumbrante ideas que provienen de nosotros.» Evidentemente, no son las ideas de Claude Mauriac las que refleja su interlocutora, ya que no se le conoce ninguna; que ella refleje ideas provenientes de los hombres, es posible: entre los

[6] Véase parte segunda, págs. 196-198.

[7] O al menos creía poderlo.

mismos varones, más de uno hay quien tiene por suyas opiniones que no ha inventado; podría uno preguntarse si Claude Mauriac no tendría interés en conversar con un buen reflejo de Descartes, de Marx, de Gide, antes que consigo mismo; lo notable es que, por el equívoco del nosotros, se identifique con San Pablo, Hegel, Lenin, Nietzsche, y que desde lo alto de la grandeza de estos considere con desdén al rebaño de mujeres que osan hablarle en pie de igualdad; a decir verdad, conozco a más de una que no tendría la paciencia de conceder al señor Mauriac un «tono de cortés indiferencia».

He insistido en este ejemplo, porque en el mismo la ingenuidad masculina desarma a cualquiera. Hay otras muchas maneras más sutiles para que los hombres aprovechen la alteridad de la mujer. Para todos aquellos que padecen complejo de inferioridad, hay ahí un linimento milagroso: con respecto a las mujeres, nada hay más arrogante, agresivo o desdeñoso que un hombre inquieto por su virilidad. Aquellos a quienes no intimidan sus semejantes están también mucho más dispuestos a reconocer en la mujer un semejante; aun a estos, sin embargo, el mito de la Mujer, de lo Otro, les es caro por muchas razones[8] (1); no podría censurárseles por no sacrificar de buen grado todos los beneficios que extraen de ello: saben lo que pierden al renunciar a la mujer tal y como la sueñan; pero ignoran lo que les aportará la mujer tal y como será mañana. Se precisa mucha abnegación para negarse a aparecer como Sujeto único y absoluto. Por otra parte, la inmensa mayoría de los hombres no asume explícitamente esa pretensión. No sitúan a la mujer como un ser inferior: hoy día están demasiado penetrados del ideal democrático para no reconocer como iguales a todos los seres humanos. En el seno de la familia, la mujer aparece a los ojos del niño, del muchacho, como revestida de la misma dignidad social que los adultos varones; después, ese niño, ya mayor, ha experimentado en el deseo y el amor la resistencia y la independencia de la mujer deseada y amada; casado, respeta en su mujer a la esposa, a la madre, y, en la experiencia concreta de la vida conyugal, ella se afirma frente a él como una libertad. Así, pues, el hombre puede persuadirse de que ya no existe entre los sexos una jerarquía social, y de que, en conjunto, a través de las diferencias, la mujer es una igual. Como, no obstante, observa ciertas inferioridades -la más importante de las cuales es la incapacidad profesional-, las atribuye a la naturaleza. Cuando observa respecto a la mujer una actitud de colaboración y benevolencia, tematiza el principio de la igualdad abstracta; pero la desigualdad concreta que observa no la plantea. Sin embargo, cuando entra en conflicto con ella, la situación se invierte: tematizará la desigualdad concreta y ello le autorizará incluso para negar la igualdad abstracta[9]

Es así como muchas mujeres afirman con una cuasi buena fe que las mujeres son las iguales del hombre y que no tienen nada que reivindicar; pero al mismo tiempo sostienen que las mujeres jamás podrán ser las iguales del hombre y que sus reivindicaciones son vanas. Y es que al hombre le resulta difícil calibrar la extrema importancia de las discriminaciones sociales que desde fuera parecen insignificantes y cuyas repercusiones morales e intelectuales son tan profundas en la mujer que pueden parecer tener sus fuentes en una naturaleza originaria[10]. El hombre que sienta la mayor simpatía por la mujer, jamás conoce bien su situación concreta. Por eso no ha lugar a creer a los varones cuando se esfuerzan por defender privilegios cuya extensión no logran calibrar en su totalidad. Por tanto, no nos dejaremos intimidar por el número y la violencia de los ataques dirigidos contra las mujeres; ni tampoco nos dejaremos embaucar por los elogios interesados que se prodigan a la «verdadera mujer»; ni permitiremos que nos gane el entusiasmo que suscita su destino entre los hombres, que por nada del mundo querrían compartirlo.

Sin embargo, no debemos considerar con menos desconfianza los argumentos de los feministas: con mucha frecuencia la preocupación polémica les priva de todo valor. Si la «cuestión de las mujeres» es tan ociosa, es porque la arrogancia masculina la ha convertido en una «disputa»; cuando uno disputa, ya no razona bien. Lo que se ha tratado incansablemente de demostrar es que la mujer es superior, inferior o igual al hombre: creada después de Adán, es evidentemente un ser secundario, dicen unos; por el contrario afirman otros, Adán no era sino un boceto, y Dios logró el ser humano en toda su perfección cuando creó a Eva; su cerebro es más pequeño, pero relativamente es más grande; Cristo se hizo hombre, tal vez por humildad. Cada argumento atrae inmediatamente a su contrario, y con frecuencia los dos llevan a la sinrazón. Si se quiere intentar ver claro en el problema, hay que

[8] El artículo de Michel Carrouges sobre este tema, aparecido en el número 292 de Cahiers du Sud, es significativo. Escribe Carrouges con indignación: «¡Quisieran que no existiese en absoluto el mito de la mujer, sino solamente una cohorte de cocineras, comadronas, rameras, escritorcillas, en funciones de placer o de utilidad!» Es tanto como decir que, según él, la mujer no tiene existencia por si misma; considera solamente su función en el mundo de los varones. Su finalidad está en el hombre; entonces, en efecto, puede preferirse su «función» poética a cualquier otra. La cuestión consiste precisamente en saber por qué hay que definirla con relación al hombre.

[9] El hombre declara, por ejemplo, que no encuentra a su mujer en nada disminuida porque carezca de un oficio: los quehaceres del hogar son tan nobles, etc. No obstante, en la primera disputa, exclama: «¡Sin mí, serias incapaz de ganarte la vida!»

[10] Describir ese proceso será precisamente el objeto del segundo volumen de este estudio.

abandonar esos caminos trillados; hay que rechazar las vagas nociones de superioridad, inferioridad o igualdad que han alterado todas las discusiones, y empezar de nuevo.

Pero, entonces, ¿cómo plantear la cuestión? Y, en primer lugar, ¿quiénes somos nosotros para plantearla? Los hombres son juez y parte; las mujeres, también. ¿Dónde hallar un ángel? En verdad, un ángel estaría mal calificado para hablar, puesto que ignoraría todos los datos del problema; en cuanto al hermafrodita, se trata de un caso muy singular: no es a la vez hombre y mujer, sino más bien ni hombre ni mujer. Creo que para dilucidar la situación de la mujer son ciertas mujeres las que están mejor situadas. Es un sofisma pretender encerrar a Epiménides en el concepto de cretense y a los cretenses en el de mentiroso: no es una esencia misteriosa la que dicta a hombres y mujeres la buena o la mala fe; es su situación la que los dispone más o menos para la búsqueda de la verdad. Muchas mujeres de hoy, que han tenido la suerte de ver cómo se les restituían todos los privilegios del ser humano, pueden permitirse el lujo de la imparcialidad: incluso experimentamos la necesidad de ello. Ya no somos combatientes, como nuestras mayores; en general, hemos ganado la partida; en las últimas discusiones sobre el Estatuto de la Mujer, la ONU no ha dejado de reclamar imperiosamente que termine de realizarse la igualdad de los sexos, y ya muchas de nosotras no hemos tenido nunca que sentir nuestra feminidad como un estorbo o un obstáculo; muchos problemas nos parecen más esenciales que los que nos conciernen de manera singular, y ese mismo desprendimiento nos permite abrigar la esperanza de que nuestra actitud será objetiva. No obstante, conocemos más íntimamente que los hombres el mundo femenino, porque en él tenemos nuestras raíces; aprehendemos de manera más inmediata lo que significa para un ser humano el hecho de ser femenino, y nos preocupamos más de saberlo. He dicho que hay problemas más esenciales, lo cual no impide que este conserve a nuestros ojos cierta importancia: ¿en qué habrá afectado a nuestra existencia el hecho de ser mujeres? ¿Qué oportunidades, exactamente, nos han sido dadas y cuáles nos han sido negadas? ¿Qué suerte pueden esperar nuestras hermanas más jóvenes y en qué sentido hay que orientarlas? Es chocante que el conjunto de la literatura femenina esté animado en nuestros días mucho menos por una voluntad de reivindicación que por un esfuerzo de lucidez; al salir de una era de desordenadas polémicas, este libro es una tentativa, entre otras, de recapitular la cuestión.

Pero, sin duda, tal vez sea imposible tratar ningún problema humano sin tomar partido: la manera misma de plantear las cuestiones, las perspectivas adoptadas, suponen jerarquías de intereses; toda cualidad implica valores; no hay descripción supuestamente objetiva que no se levante sobre un segundo término ético. En lugar de tratar de disimular los principios que más o menos explícitamente se sobrentienden, es preferible plantearlos en seguida; de ese modo no nos veremos obligados a precisar en cada página qué sentido se da a las palabras: superior, inferior, mejor, peor, progreso, regresión, etc. Si pasamos revista a algunas de las obras dedicadas a la mujer, vemos que uno de los puntos de vista más frecuentemente adoptados es el del bien público, del interés general: en verdad cada cual entiende por ello el interés de la sociedad tal y como desea conservarla o establecerla. En cuanto a nosotros, estimamos que no existe otro bien público que el que asegura el bien privado de los ciudadanos; juzgamos las instituciones desde el punto de vista de las oportunidades concretas ofrecidas a los individuos. Pero tampoco confundimos la idea del interés privado con la de la felicidad: he ahí otro punto de vista que también se encuentra a menudo; ¿no son más dichosas las mujeres del harén que las electoras? El ama de casa ¿no es más feliz que la obrera? No se sabe demasiado bien lo que significa la palabra dicha, y aún menos qué valores auténticos recubre; no hay ninguna posibilidad de medir la dicha de otro, y siempre resulta fácil declarar dichosa la situación que se le quiere imponer: aquellos a quienes se condena al estancamiento, en particular, son declarados felices, so pretexto de que la dicha es inmovilidad. Se trata, pues, de una noción a la que no nos referiremos. La perspectiva que adoptamos es la de la moral existencialista. Todo sujeto se plantea concretamente a través de proyectos, como una trascendencia; no alcanza su libertad sino por medio de su perpetuo avance hacia otras libertades; no hay otra justificación de la existencia presente que su expansión hacia un porvenir infinitamente abierto. Cada vez que la trascendencia recae en inmanencia, hay degradación de la existencia en «en sí», de la libertad en facticidad; esta caída es una falta moral si es consentida por el sujeto; si le es infligida, toma la figura de una frustración y de una opresión; en ambos casos es un mal absoluto. Todo individuo que tenga la preocupación de justificar su existencia, experimenta esta como una necesidad indefinida de trascenderse. Ahora bien, lo que define de una manera singular la situación de la mujer es que, siendo como todo ser humano una libertad autónoma, se descubre y se elige en un mundo donde los hombres le imponen que se asuma como lo Otro: se pretende fijarla en objeto y consagrarla a la inmanencia, ya que su trascendencia será perpetuamente trascendida por otra conciencia esencial y soberana. El drama de la mujer consiste en ese conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto que se plantee siempre como lo esencial y las exigencias de una situación que la constituye como inesencial. ¿Cómo puede realizarse un ser humano en la situación de la mujer? ¿Qué caminos le están abiertos? ¿Cuáles desembocan en callejones sin salida? ¿Cómo encontrar la independencia en el seno de la

dependencia? ¿Qué circunstancias limitan la libertad de la mujer? ¿Puede esta superarlas? He aquí las cuestiones fundamentales que desearíamos dilucidar. Es decir, que, interesándonos por las oportunidades del individuo, no definiremos tales oportunidades en términos de felicidad, sino en términos de libertad.

Es evidente que este problema carecería de todo sentido si supusiéramos que sobre la mujer pesa un destino fisiológico, psicológico o económico. Así, pues, empezaremos por discutir los puntos de vista adoptados por la biología, el psicoanálisis y el materialismo histórico sobre la mujer. Trataremos de mostrar en seguida, positivamente, cómo se ha constituido la «realidad femenina», por qué la mujer ha sido definida como lo Otro y cuáles han sido las consecuencias desde el punto de vista de los hombres. Luego descubriremos, desde el punto de vista de las mujeres, el mundo tal y como se les propone[11]; y podremos comprender con qué dificultades tropiezan en el momento en que, tratando de evadirse de la esfera que les ha sido asignada hasta el presente, pretenden participar del mitsein humano.

[11] Este será el objeto de un segundo volumen.

PARTE PRIMERA.

DESTINO.

CAPITULO PRIMERO.

LOS DATOS DE LA BIOLOGÍA.

¿La mujer? Es muy sencillo, afirman los aficionados a las fórmulas simples: es una matriz, un ovario; es una hembra: basta esta palabra para definirla. En boca del hombre, el epíteto de «hembra» suena como un insulto; sin embargo, no se avergüenza de su animalidad; se enorgullece, por el contrario, si de él se dice: «¡Es un macho!». El término «hembra» es peyorativo, no porque enraíce a la mujer en la Naturaleza, sino porque la confina en su sexo; y si este sexo le parece al hombre despreciable y enemigo hasta en las bestias inocentes, ello se debe, evidentemente, a la inquieta hostilidad que en él suscita la mujer; sin embargo, quiere encontrar en la biología una justificación a ese sentimiento. La palabra hembra conjura en su mente una zarabanda de imágenes: un enorme óvulo redondo atrapa y castra al ágil espermatozoide; monstruosa y ahíta, la reina de los termes impera sobre los machos esclavizados; la mantis religiosa y la araña, hartas de amor, trituran a su compañero y lo devoran; la perra en celo corretea por las calles, dejando tras de sí una estela de olores perversos; la mona se exhibe impúdicamente y se hurta con hipócrita coquetería; y las fieras más soberbias, la leona, la pantera y la tigra, se tienden servilmente bajo el abrazo imperial del macho. Inerte, impaciente, ladina, estúpida, insensible, lúbrica, feroz y humillada, el hombre proyecta en la mujer a todas las hembras a la vez. Y el hecho es que la mujer es una hembra. Pero, si se quiere dejar de pensar por lugares comunes, dos cuestiones se plantean inmediatamente: ¿Qué representa la hembra en el reino animal? ¿Qué singular especie de hembra se realiza en la mujer?

* * *

En la Naturaleza, nada está nunca completamente claro: los tipos, macho y hembra, no siempre se distinguen con nitidez; a veces se observa entre ellos un dimorfismo -color del pelaje, disposición de las manchas y mezclas cromáticas- que parece absolutamente contingente; sucede, por el contrario, que no sean discernibles y que sus funciones apenas se diferencien, como se ha visto en los peces. Sin embargo, en conjunto, y, sobre todo, en el nivel más alto de la escala animal, los dos sexos representan dos aspectos diversos de la vida de la especie. Su oposición no es, como se ha pretendido, la de una actividad y una pasividad: no solamente el núcleo ovular es activo, sino que el desarrollo del embrión es un proceso vivo, no un desenvolvimiento mecánico. Sería demasiado simple definirla como la oposición entre el cambio y la permanencia: el espermatozoide sólo crea porque su vitalidad se mantiene en el huevo; el óvulo no puede mantenerse sino superándose; de lo contrario hay regresión y degenera. No obstante, es verdad que en estas operaciones de mantener y crear, activas ambas, la síntesis del devenir no se realiza de la misma manera. Mantener es negar la dispersión de los instantes, es afirmar la continuidad en el curso de su brote; crear es hacer surgir en el seno de la unidad temporal un presente irreducible, separado; y también es cierto que en la hembra es la continuidad de la vida lo que trata de realizarse a despecho de la separación, en tanto que la separación en fuerzas nuevas e individualizadas es suscitada por iniciativa del macho; a este le está permitido entonces afirmarse en su autonomía; la energía específica la integra él en su propia existencia; la individualidad de la hembra, por el contrario, es combatida por el interés de la especie; aparece como poseída por potencias extrañas: enajenada. Por ello, cuando la individualidad de los organismos se afirma más, la oposición de los sexos no se atenúa: todo lo contrario. El macho encuentra caminos cada vez más diversos para utilizar las fuerzas de que se ha adueñado; la hembra siente cada vez más su esclavización; el conflicto entre sus intereses propios y el de las fuerzas generadoras que la habitan se exaspera. El parto de las vacas y las yeguas es mucho más doloroso y peligroso que el de las ratonas y conejas. La mujer, que es la más individualizada de las hembras, aparece también como la más frágil, la que más dramáticamente vive su destino y la que más profundamente se distingue de su macho.

En la Humanidad, como en la mayor parte de las especies, nacen aproximadamente tantos individuos de uno como de otro sexo (100 niñas por 104 niños); la evolución de los embriones es análoga; sin embargo, el epitelio primitivo permanece neutro durante más tiempo en el feto hembra; de ello resulta que está sometido más tiempo a la influencia del medio hormonal y que su desarrollo se encuentra invertido con mayor frecuencia; la mayoría de los hermafroditas serían sujetos genotípicamente femeninos que se habrían masculinizado ulteriormente: diríase que el organismo macho se define de repente como macho, en tanto que el embrión hembra vacila en aceptar su feminidad; empero, estos primeros balbuceos de la vida fetal son todavía muy poco conocidos para poder atribuirles un sentido. Una vez constituidos, los órganos genitales son simétricos en los dos sexos; las hormonas de uno y otro pertenecen a la misma familia química, la de los esteroles, y en último análisis todas se derivan de la colesterina; son ellas las que rigen las diferenciaciones secundarias del soma. Ni sus fórmulas, ni las singularidades anatómicas, definen a la hembra humana como tal. Lo que la distingue del macho en su evolución funcional. Comparativamente, el desarrollo del hombre es simple. Desde el nacimiento hasta la pubertad, crece casi regularmente; hacia los quince o dieciséis años empieza la espermatogénesis, que se efectúa de manera continua hasta la vejez; su aparición se acompaña de una producción de hormonas que precisa la constitución viril del soma. Desde entonces, el macho tiene una vida sexual, que normalmente está integrada en su existencia individual: en el deseo, en el coito, su superación hacia la especie se confunde con el momento subjetivo de su trascendencia: él es su cuerpo. La historia de la mujer es mucho más compleja. A partir de la vida embrionaria, queda definitivamente constituida la provisión de oocitos; el ovario contiene unos cincuenta mil óvulos encerrados cada uno de ellos en un folículo, de los cuales llegarán a la maduración unos cuatrocientos; desde su nacimiento, la especie ha tomado posesión de ella y procura afirmarse: al venir al mundo, la mujer atraviesa una suerte de primera pubertad; los oocitos aumentan súbitamente de tamaño; luego, el ovario se reduce en una quinta parte aproximadamente: diríase que se ha concedido un respiro a la criatura; mientras su organismo se desarrolla, su sistema genital permanece más o menos estacionario: ciertos folículos se hinchan, pero sin llegar a madurar; el crecimiento de la niña es análogo al del niño: a edades iguales incluso es con frecuencia más alta y pesa más que él. Pero, en el momento de la pubertad, la especie reafirma sus derechos: bajo la influencia de las secreciones ováricas, aumenta el número de folículos en vías de crecimiento, el ovario se congestiona y agranda, uno de los óvulos llega a la madurez y se inicia el ciclo menstrual; el sistema genital adquiere su volumen y su forma definitivos, el soma se feminiza, se establece el equilibrio endocrino. Es de notar que este acontecimiento adopta la figura de una crisis, no sin resistencia deja el cuerpo de la mujer que la especie se instale en ella, y ese combate la debilita y pone en peligro: antes de la pubertad, mueren aproximadamente tantos niños como niñas; desde los catorce hasta los dieciséis años, mueren 128 niñas por cada 100 niños, y entre los dieciocho y veinte años, 105 muchachas por cada 100 muchachos. Es en ese momento cuando frecuentemente hacen su aparición clorosis, tuberculosis, escoliosis, osteomielitis, etc. En ciertos individuos, la pubertad es anormalmente precoz: puede producirse hacia los cuatro o cinco años de edad. En otros, por el contrario, no se declara: el individuo es entonces infantil, padece amenorrea o dismenorrea. Algunas mujeres presentan signos de virilidad: un exceso de secreciones elaboradas por las glándulas suprarrenales les da caracteres masculinos. Tales anomalías no representan en absoluto victorias del individuo sobre la tiranía de la especie: no hay medio alguno de escapar de esta, porque, al mismo tiempo que esclaviza la vida individual, la alimenta; esta dualidad se expresa al nivel de las funciones ováricas; la vitalidad de la mujer tiene sus raíces en el ovario, así como la del hombre está en los testículos: en ambos casos, el individuo castrado no solo es estéril, sino que sufre una regresión y degenera; no «formado», mal formado, todo el organismo se empobrece y desequilibra; el organismo no se desarrolla más que con el desarrollo del sistema genital; y, no obstante, muchos fenómenos genitales no interesan a la vida singular del sujeto e incluso la ponen en peligro. Las glándulas mamarias que se desarrollan en el momento de la pubertad no desempeñan ningún papel en la economía individual de la mujer: en no importa qué momento de su vida, puede efectuarse su ablación.

Muchas secreciones ováricas tienen su finalidad en el óvulo, en su maduración, en la adaptación del útero a sus necesidades: para el conjunto del organismo, son un factor de desequilibrio antes que de regulación; la mujer se adapta a las necesidades del óvulo más bien que a ella misma. Desde la pubertad hasta la menopausia, la mujer es sede de una historia que se desarrolla en ella y que no la concierne personalmente.

Los anglosajones llaman a la menstruación the curse, es decir, «la maldición»; y, en efecto, en el ciclo menstrual no hay ninguna finalidad individual. En tiempos de Aristóteles se creía que cada mes fluía una sangre destinada a constituir, en caso de fecundación, la sangre y la carne del niño; la verdad de esta vieja teoría radica en que la mujer esboza sin respiro el proceso de la gestación. Entre los demás mamíferos, ese ciclo menstrual sólo se desarrolla durante una estación del año, y no va acompañado de flujo sanguíneo: únicamente entre los monos superiores y en la mujer se cumple cada mes en el

dolor y la sangre[12]. Durante catorce días aproximadamente, uno de los folículos de Graaf que envuelven a los óvulos aumenta de volumen y madura mientras el ovario secreta la hormona situada al nivel de los folículos y llamada foliculina. En el decimocuarto día se efectúa la puesta: la pared del folículo se rompe (lo que acarrea a veces una ligera hemorragia) y el huevo cae en las trompas, mientras la cicatriz evoluciona de manera que constituye el cuerpo amarillo. Comienza entonces la segunda fase o fase luteínica, caracterizada por la secreción de la hormona llamada progestina, que actúa sobre el útero. Este se modifica: el sistema capilar de la pared se congestiona, y esta se pliega, se abarquilla, formando a modo de encajes; así se construye en la matriz una cuna destinada a recibir el huevo fecundado. Siendo irreversibles estas transformaciones celulares, en el caso en que no haya fecundación ese edificio no se reabsorbe: tal vez en los otros mamíferos los despojos inútiles sean arrastrados por los vasos linfáticos. Pero en la mujer, cuando los encajes endometrales se desmoronan, se produce una exfoliación de la mucosa, los capilares se abren y al exterior rezuma una masa sanguínea. Después, mientras el cuerpo amarillo degenera, la mucosa se reconstruye y comienza una nueva fase folicular. Este complejo proceso, todavía bastante misterioso en sus detalles, trastorna a todo el organismo, puesto que se acompaña de secreciones hormonales que reaccionan sobre el tiroides y la hipófisis, sobre el sistema nervioso central y el sistema vegetativo, y, por consiguiente, sobre todas las vísceras. Casi todas las mujeres -más del 85 por 100- presentan trastornos durante este período. La tensión arterial se eleva antes del comienzo del flujo sanguíneo y disminuye a continuación; aumentan las pulsaciones y frecuentemente la temperatura: los casos de fiebre menudean; el abdomen se hace dolorosamente sensible; se observa a menudo una tendencia al estreñimiento, seguido de diarreas; también suele aumentar el volumen del hígado y producirse retención de la urea, albuminuria; muchas mujeres presentan una hiperemia de la mucosa pituitaria (dolor de garganta), y otras, trastornos del oído y la vista; aumenta la secreción de sudor, que va acompañada al principio de las reglas por un olor sui generis que puede ser muy fuerte y persistir durante toda la menstruación. Aumenta el metabolismo basal. Disminuye el número de glóbulos rojos; sin embargo, la sangre transporta sustancias generalmente conservadas en reserva en los tejidos, particularmente sales de calcio; la presencia de esas sales reacciona sobre el ovario, sobre el tiroides, que se hipertrofia; sobre la hipófisis, que preside la metamorfosis de la mucosa uterina y cuya actividad se ve acrecentada; esta inestabilidad de las glándulas provoca una gran fragilidad nerviosa: el sistema central es afectado; a menudo hay cefalea, y el sistema vegetativo reacciona con exageración: hay disminución del control automático por el sistema central, lo que libera reflejos, complejos convulsivos, y se traduce en un humor muy inestable; la mujer se muestra más emotiva, más nerviosa, más irritable que de costumbre, y puede presentar trastornos psíquicos graves.

En ese período es cuando siente más penosamente a su cuerpo como una cosa opaca y enajenada; ese cuerpo es presa de una vida terca y extraña que todos los meses hace y deshace en su interior una cuna; cada mes, un niño se dispone a nacer y aborta en el derrumbamiento de los rojos encajes; la mujer, como el hombre, es su cuerpo[13]: pero su cuerpo es algo distinto a ella misma.

La mujer experimenta una alienación más profunda cuando el huevo fecundado desciende al útero y allí se desarrolla; verdad es que la gestación es un fenómeno normal que, si se produce en condiciones normales de salud y nutrición, no es nocivo para la madre: incluso entre ella y el feto se establecen ciertas interacciones que le son favorables; sin embargo, y contrariamente a una optimista teoría cuya utilidad social resulta demasiado evidente, la gestación es una labor fatigosa que no ofrece a la mujer un beneficio individual[14] y le exige, por el contrario, pesados sacrificios. Durante los primeros meses, va acompañada a menudo de falta de apetito y vómitos, que no se observan en ninguna otra hembra doméstica y que manifiestan la rebelión del organismo contra la especie que de él se posesiona; se empobrece en fósforo, en calcio, en hierro, carencia esta última que luego será muy difícil de subsanar; la superactividad del metabolismo exalta el sistema endocrino; el sistema nervioso vegetativo se halla en estado de exacerbada excitabilidad; en cuanto a la sangre, disminuye su peso específico, está anémica, es análoga «a la de los que ayunan, los desnutridos, las personas que han sufrido repetidas sangrías, los convalecientes»[15].

Todo cuanto una mujer sana y bien alimentada puede esperar después del parto es la recuperación de tales derroches sin demasiadas dificultades; pero frecuentemente se producen en el curso del

---

[12] «El análisis de estos fenómenos ha podido ser fomentado en estos últimos años, relacionando los fenómenos que tienen lugar en la mujer con los que se observan en los monos superiores, especialmente en los del género Rhesus. Evidentemente es más fácil experimentar con estos últimos animales», escribe Louis Gallien (La Sexualité).

[13] «Así, pues, yo soy mi cuerpo, al menos en la medida en que tengo uno, y, recíprocamente, mi cuerpo es como un sujeto natural, como un esbozo provisional de mi ser total.» (MERLEAU-PONTY: Phénoménologie de la Perception.)jjhjh

[14] Me sitúo aquí en un punto de vista exclusivamente fisiológico. Es evidente que, Psicológicamente, la maternidad puede ser para la mujer sumamente provechosa, como también puede ser un desastre.

[15] Véase H. VIGNES en el Traité de Physiologie, tomo XI, directores de edición, Roger y Binet.

embarazo graves accidentes o, al menos, peligrosos desórdenes; y si la mujer no es robusta, si su higiene no ha sido cuidada, quedará prematuramente deformada y envejecida por las repetidas maternidades: sabido es cuán frecuente es este caso en el medio rural. El mismo parto es doloroso y peligroso. Es en esa crisis cuando se ve con la máxima evidencia que el cuerpo no siempre satisface a la especie y al individuo al mismo tiempo; sucede a veces que el niño muere, y también que, al venir al mundo, mate a su madre o que su nacimiento provoque en ella una enfermedad crónica. La lactancia es también una servidumbre agotadora; un conjunto de factores -el principal de los cuales es, sin duda, la aparición de una hormona, la progestina- produce en las glándulas mamarias la secreción de la leche; la subida de esta es dolorosa, va con frecuencia acompañada de fiebre y la madre alimenta al recién nacido con detrimento de su propio vigor. El conflicto especie-individuo, que en el parto adopta a veces una figura dramática, da al cuerpo femenino una inquietante fragilidad. Se dice de buen grado que las mujeres «tienen enfermedades en el vientre»; y es cierto que encierran en su interior un elemento hostil: la especie que las roe. Muchas de sus enfermedades no resultan de una infección de origen externo, sino de un desarreglo interno: así las falsas metritis son producidas por una reacción de la mucosa uterina ante una excitación ovárica anormal; si el cuerpo amarillo persiste, en lugar de reabsorberse después de la menstruación, provoca salpingitis y endometritis, etc.

La mujer se hurta al dominio de la especie por medio de una crisis igualmente difícil; entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años, se desarrollan los fenómenos de la menopausia, inversos a los de la pubertad. La actividad ovárica disminuye y hasta desaparece: esta desaparición comporta un empobrecimiento vital del individuo. Se supone que las glándulas catabólicas, tiroides e hipófisis, se esfuerzan por suplir las insuficiencias del ovario; así se observa, junto a la depresión que acompaña a la menopausia, fenómenos de sobresalto: sofocos, hipertensión, nerviosidad; a veces se produce un recrudecimiento del instinto sexual. Ciertas mujeres fijan entonces grasa en sus tejidos; otras se virilizan. En muchas de ellas se restablece un equilibrio endocrino. Entonces la mujer se halla libre de las servidumbres de la hembra; no es comparable a un eunuco, porque su vitalidad está intacta, pero ya no es presa de potencias que la desbordan, y coincide consigo misma. Se ha dicho, a veces, que las mujeres de cierta edad constituían un «tercer sexo», y, en efecto, no son machos, pero ya no son hembras tampoco; y frecuentemente esta autonomía fisiológica se traduce en una salud, un equilibrio y un vigor que no poseían antes.

A las diferenciaciones propiamente sexuales se superponen en la mujer singularidades que son, más o menos directamente, consecuencia de las mismas; son acciones hormonales las que determinan su soma. Por término medio, la mujer es más pequeña que el hombre, tiene menos peso, su esqueleto es más frágil, la pelvis es más ancha, adaptada a las funciones de la gestación y el parto; su tejido conjuntivo fija grasas y sus formas son más redondeadas que las del hombre; el aspecto general: morfología, piel, sistema piloso, etc., es netamente diferente en los dos sexos. La fuerza muscular es mucho menor en la mujer: aproximadamente, los dos tercios de la del hombre; tiene menos capacidad respiratoria: los pulmones, la tráquea y la laringe son también más pequeños; la diferencia de la laringe comporta igualmente la diferencia de voz. El peso específico de la sangre es menor en las mujeres: hay menos fijación de hemoglobina; por tanto, son menos robustas y están más predispuestas a la anemia. Su pulso late con mayor velocidad, su sistema vascular es más inestable: se ruborizan fácilmente. La inestabilidad es un rasgo notable de su organismo en general; entre otras cosas, en el hombre hay estabilidad en el metabolismo del calcio, mientras la mujer fija mucho menos las sales de calcio, que elimina durante las reglas y los embarazos; parece ser que, en lo tocante al calcio, los ovarios ejercen una acción catabólica; esta inestabilidad provoca desórdenes en los ovarios y en el tiroides, que está más desarrollado en ella que en el hombre: y la irregularidad de las secreciones endocrinas reacciona sobre el sistema nervioso vegetativo; el control nervioso y muscular está imperfectamente asegurado. Esta falta de estabilidad y de control afecta a su emotividad, directamente ligada a las variaciones vasculares: palpitaciones, rubor, etc., razón por la cual están sujetas a manifestaciones convulsivas: lágrimas, risas locas, crisis nerviosas.

Se ve que muchos de estos rasgos provienen igualmente de la subordinación de la mujer a la especie. He ahí la conclusión más chocante de este examen: de todas las hembras mamíferas, ella es la más profundamente alienada y la que más violentamente rechaza esta alienación; en ninguna de ellas es más imperiosa ni más difícilmente aceptada la esclavización del organismo a la función reproductora: crisis de pubertad y de menopausia, «maldición» mensual, largo y a menudo difícil embarazo, parto doloroso y en ocasiones peligroso, enfermedades, accidentes, son características de la hembra humana: diríase que su destino se hace tanto más penoso cuanto más se rebela ella contra el mismo al afirmarse como individuo. Si se la compara con el macho, este aparece como un ser infinitamente privilegiado: su existencia genital no contraría su vida personal, que se desarrolla de manera continua, sin crisis, y, generalmente, sin accidentes. Por término medio, las mujeres viven

más tiempo, pero están enfermas con mucha mayor frecuencia y hay numerosos períodos durante los cuales no disponen de sí mismas.

Estos datos biológicos son de suma importancia: representan, en la historia de la mujer, un papel de primer orden; son elemento esencial de su situación: en todas nuestras descripciones ulteriores tendremos que referirnos a ellos. Porque, siendo el cuerpo el instrumento de nuestro asidero en el mundo, este se presenta de manera muy distinta según que sea asido de un modo u otro. Por esa razón los hemos estudiado tan extensamente; constituyen una de las claves que permiten comprender a la mujer. Pero lo que rechazamos es la idea de que constituyan para ella un destino petrificado. No bastan para definir una jerarquía de los sexos; no explican por qué la mujer es lo Otro; no la condenan a conservar eternamente ese papel subordinado.

CAPITULO II.

EL PUNTO DE VISTA PSICOANALÍTICO.

A Freud no le preocupó mucho el destino de la mujer; está claro que calcó su descripción de la del destino masculino, algunos de cuyos rasgos se limitó a modificar. Antes que él, había declarado el sexólogo Marañón: «En tanto que energía diferenciada, puede decirse que la libido es una fuerza de sentido viril. Y otro tanto diremos del orgasmo.» Según él, las mujeres que logran el orgasmo son mujeres «viriloides»; el impulso sexual es «de dirección única», y la mujer está solamente a mitad de camino[16]. Freud no llega a tanto: admite que la sexualidad de la mujer está tan evolucionada como la del hombre; pero apenas la estudia en sí misma. Escribe: «La libido, de manera constante y regular, es de esencia masculina, ya aparezca en el hombre o en la mujer.» Rehusa situar en su originalidad la libido femenina: por consiguiente, se le aparecerá necesariamente como una compleja desviación de la libido humana en general. Esta se desarrolla en principio, piensa él, de idéntica manera en ambos sexos: todos los niños atraviesan una fase oral que los fija en el seno materno; después, una fase anal y, finalmente, llegan a la fase genital; en ese momento es cuando se diferencian. Freud ha puesto en claro un hecho cuya importancia no había sido reconocida plenamente antes de él: el erotismo masculino se localiza definitivamente en el pene, mientras que en la mujer hay dos sistemas eróticos distintos: clitoridiano uno, que se desarrolla en el estadio infantil; vaginal el otro, que no se desarrolla hasta después de la pubertad; cuando el niño llega a la fase genital, su evolución ha terminado; será preciso que pase de la actitud autoerótica, donde el placer apunta a su subjetividad, a una actitud heteroerótica que ligará el placer a un objeto, normalmente la mujer; esta transición se producirá en el momento de la pubertad a través de una fase narcisista: pero el pene seguirá siendo, como en la infancia, el órgano erótico privilegiado. También la mujer deberá objetivar en el hombre su libido a través del narcisismo; pero el proceso será mucho más complejo, ya que será preciso que del placer clitoridiano pase al placer vaginal. Para el hombre no hay más que una etapa genital, mientras que hay dos para la mujer; esta corre mucho mayor peligro de no coronar su evolución sexual, permanecer en el estadio infantil y, por consiguiente, contraer padecimientos neuróticos.

Ya en el estadio autoerótico, el niño se adhiere más o menos fuertemente a un objeto: el niño varón se aferra a la madre y desea identificarse con el padre; le espanta semejante pretensión y teme que, para castigarle, su padre le mutile; del «complejo de Edipo» nace el «complejo de castración»; se desarrollan entonces en el niño sentimientos de agresividad con respecto al padre, pero, al mismo tiempo, interioriza su autoridad: así se constituye el superyó, que censura las tendencias incestuosas; estas tendencias son rechazadas, el complejo es liquidado y el hijo queda liberado del padre, a quien de hecho ha instalado en sí mismo bajo la figura de normas morales. El superyó es tanto más fuerte cuanto más definido ha sido el complejo de Edipo y más rigurosamente combatido. En primer lugar, Freud ha descrito de manera completamente simétrica la historia de la niña; a continuación, ha dado a la forma femenina del complejo infantil el nombre de complejo de Electra; pero está claro que lo ha definido menos en sí mismo que a partir de su figura masculina; admite, no obstante, entre los dos una diferencia muy importante: la niña efectúa primero una fijación maternal, mientras que el niño no se siente en ningún momento atraído sexualmente por el padre; esta fijación es una supervivencia de la fase oral; la criatura se identifica entonces con el padre; pero, hacia la edad de cinco años, la niña descubre la diferencia anatómica de los sexos y reacciona ante la ausencia de pene con un complejo de castración: se imagina que ha sido mutilada y sufre por ello; debe entonces renunciar a sus pretensiones viriles, se identifica con la madre y trata de seducir al padre. El complejo de castración y

[16] Es curioso encontrar esta teoría en D. H. Lawrence. En La serpiente emplumada, don Cipriano se cuida de que su amante no logre jamás el orgasmo: ella debe vibrar al unísono con el hombre, no individualizarse en el placer.

el complejo de Electra se refuerzan mutuamente; el sentimiento de frustración de la niña es tanto más lacerante cuanto que, amando a su padre, querría parecerse a él; e, inversamente, ese pesar vigoriza su amor: será por la ternura que inspira al padre como ella podrá compensar su inferioridad. La niña experimenta respecto a la madre un sentimiento de rivalidad, de hostilidad. Luego, también en ella se constituye el superyó, las tendencias incestuosas son rechazadas; pero el superyó es más frágil: el complejo de Electra es menos nítido que el de Edipo, debido a que la primera fijación ha sido maternal; y como el padre era el objeto de ese amor que él condenaba, sus prohibiciones tenían menos fuerza que en el caso del hijo rival. Al igual que su evolución genital, se ve que el conjunto del drama sexual es más complejo para la niña que para sus hermanos: ella puede sentir la tentación de reaccionar ante el complejo de castración, rechazando su feminidad, obstinándose en codiciar un pene e identificándose con el padre; esa actitud la llevará a permanecer en el estadio clitoridiano, a volverse frígida o a orientarse hacia la homosexualidad.

Los dos reproches esenciales que pueden hacerse a esta descripción provienen del hecho de que Freud la calcó sobre un modelo masculino. Supone que la mujer se siente hombre mutilado: pero la idea de mutilación implica una comparación y una valoración; muchos psicoanalistas admiten hoy que la niña echa de menos el pene sin suponer, no obstante, que la han despojado del mismo; incluso ese pesar no es tan general, y no podría nacer de una simple confrontación anatómica; muchísimas niñas no descubren sino tardíamente la constitución masculina; y, si la descubren, lo hacen exclusivamente por medio de la vista; el niño tiene de su pene una experiencia viva, que le permite sentirse orgulloso, pero ese orgullo no tiene un correlativo inmediato en la humillación de sus hermanas, porque estas no conocen el órgano masculino más que en su exterioridad: esa excrecencia, ese frágil tallo de carne, puede no inspirarles sino indiferencia y hasta disgusto; la codicia de la niña, cuando aparece, resulta de una valoración previa de la virilidad: Freud la da por supuesta, cuando sería preciso explicarla[17]. Por otra parte, al no inspirarse en una descripción original de la libido femenina, la noción del complejo de Electra es sumamente vaga. Ya entre los niños varones la presencia de un complejo de Edipo de orden propiamente genital está lejos de ser general; pero, salvo rarísimas excepciones, no se podría admitir que el padre sea para su hija una fuente de excitación genital; uno de los grandes problemas del erotismo femenino consiste en que el placer clitoridiano se aísla: solamente hacia la pubertad, en alianza con el erotismo vaginal, se desarrollan en el cuerpo de la mujer cantidad de zonas erógenas; afirmar que en una niña de diez años los besos y las caricias del padre poseen una «aptitud intrínseca» para desencadenar el placer clitoridiano es una aseveración que en la mayoría de los casos no tiene ningún sentido. Si se admite que el «complejo de Electra» no tiene sino un carácter afectivo muy difuso, se plantea entonces toda la cuestión de la afectividad, cuestión que el freudismo no nos proporciona medios para definirla, ya que se la distingue de la sexualidad. De todos modos, no es la libido femenina la que diviniza al padre: la madre no es divinizada por el deseo que inspira al hijo; el hecho de que el deseo femenino recaiga en un ser soberano le da un carácter original; pero ella no es constitutiva de su objeto, lo padece. La soberanía del padre es un hecho de orden social, y Freud fracasa al explicarlo; confiesa que es imposible saber qué autoridad ha decidido, en un momento dado de la Historia, el triunfo del padre sobre la madre: esta decisión representa, según él, un progreso, pero cuyas causas se desconocen. «No puede tratarse aquí de autoridad paterna, puesto que esa autoridad no le ha sido conferida precisamente al padre sino por el progreso», escribe en su última obra[18].

Por haber comprendido la insuficiencia de un sistema que hace descansar exclusivamente en la sexualidad el desarrollo de la vida humana, Adler se separó de Freud: aquel pretende reintegrarla a la personalidad total; mientras en Freud todas las conductas aparecen como provocadas por el deseo, es decir, por la búsqueda de placer, el hombre se le aparece a Adler como apuntando a ciertos fines; sustituye el móvil por unos motivos, una finalidad, unos proyectos; concede a la inteligencia un lugar tan amplio, que a menudo lo sexual no adquiere a sus ojos más que un valor simbólico. Según sus teorías, el drama humano se descompone en tres momentos: en todo individuo existe una voluntad de poder, aunque acompañada por un complejo de inferioridad; ese conflicto le hace recurrir a mil subterfugios para evitar la prueba de lo real, que teme no saber superar; el sujeto establece una distancia entre él y la sociedad, a la que teme: de ahí provienen las neurosis, que son un trastorno del sentido social. En lo que a la mujer concierne, su complejo de inferioridad adopta la forma de un rechazo vergonzoso de su feminidad: no es la ausencia de pene lo que provoca ese complejo, sino todo el conjunto de la situación; la niña no envidia el falo más que como símbolo de los privilegios concedidos a los muchachos; el lugar que ocupa el padre en el seno de la familia, la universal preponderancia de los varones, la educación, todo la confirma en la idea de la superioridad

[17] Esta discusión volverá a abordarse mucho más ampliamente en el volumen II, capítulo primero.opp
[18] Véase *Moïse et son peuple*, trad. A. Bermann, pág. 177. (Hay traducción española: *Obras completas*, 3 vols. Editorial Biblioteca Nueva.)

masculina. Más adelante, en el curso de las relaciones sexuales, la postura misma del coito, que sitúa a la mujer debajo del hombre, representa una nueva humillación. Reacciona por medio de una «protesta viril»; o bien trata de masculinizarse, o bien, con armas femeninas, entabla la lucha contra el hombre. A través de la maternidad, puede reencontrar en el hijo un equivalente del pene. Pero ello supone que empiece por aceptarse íntegramente como mujer, que asuma, por tanto, su inferioridad. La mujer está dividida contra sí misma mucho más profundamente que el hombre.

No ha lugar a insistir aquí sobre las diferencias teóricas que separan a Adler de Freud, ni sobre las posibilidades de una reconciliación: jamás son suficientes ni la explicación por el móvil, ni la explicación por el motivo; todo móvil plantea un motivo, pero este no es aprehendido nunca sino a través de un móvil; así, pues, parece realizable una síntesis del adlerismo y el freudismo. En realidad, al hacer intervenir nociones de objeto y finalidad, Adler conserva íntegramente la idea de una causalidad psíquica; está un poco con respecto a Freud en la relación de lo energético a lo mecánico: ya se trate de choque o de fuerza atractiva, el físico admite siempre el determinismo. He ahí el postulado común a todos los psicoanalistas: la historia humana se explica, según ellos, por un juego de elementos determinados. Todos asignan a la mujer el mismo destino. Su drama se refiere al conflicto entre sus tendencias «viriloides» y «femeninas»; las primeras se realizan en el sistema clitoridiano; las segundas, en el erotismo vaginal; infantilmente, se identifica con el padre; después, experimenta un sentimiento de inferioridad con respecto al hombre y se sitúa en la alternativa, o bien de conservar su autonomía, de virilizarse -lo que, sobre el fondo de un complejo de inferioridad, provoca una tensión que puede resolverse en neurosis-, o bien de hallar en la sumisión amorosa una feliz realización de sí misma, solución que le es facilitada por el amor que sentía hacia el padre soberano; es a este a quien busca en el amante o el marido, y el amor sexual va acompañado en ella por el deseo de ser dominada.

Será recompensada por la maternidad, que le restituye una nueva especie de autonomía. Ese drama aparece como dotado de un dinamismo propio; trata de desarrollarse a través de todos los accidentes que lo desfiguran, y cada mujer lo sufre pasivamente.

En todos los psicoanalistas se observa un rechazo sistemático de la idea de elección, así como de la noción de valor que le es correlativa; en eso radica la debilidad intrínseca del sistema. Habiendo cortado pulsiones y prohibiciones de la elección existencial, Freud no logra explicarnos su origen: los da simplemente por supuestos. Ha intentado reemplazar la noción de valor por la de autoridad; pero en Moisés y la religión monoteísta conviene en que no hay medio alguno de explicar esa autoridad. El incesto, por ejemplo, está prohibido porque así lo ha prohibido el padre; pero ¿a qué se debe esa prohibición? Es un misterio. El superyó interioriza órdenes y prohibiciones que emanan de una tiranía arbitraria; las tendencias instintivas están ahí, no se sabe por qué; esas dos realidades son heterogéneas, porque se ha planteado la moral como algo extraño a la sexualidad; la unidad humana aparece como rota, no hay tránsito del individuo a la sociedad: para reunirlos, Freud se ve obligado a inventar extrañas novelas[19]. Adler ha considerado que el complejo de castración no podía explicarse más que en un contexto social; ha abordado el problema de la valorización, pero no se ha remontado a la fuente ontológica de los valores reconocidos por la sociedad y no ha comprendido que había valores comprometidos en la sexualidad propiamente dicha, lo cual le llevó a desconocer su importancia.

Desde luego, la sexualidad representa en la vida humana un papel considerable: puede decirse que la penetra por entero; ya la fisiología nos ha demostrado que la vida de los testículos y la del ovario se confunden con la del soma. El existente es un cuerpo sexuado; en sus relaciones con los otros existentes, que también son cuerpos sexuados, la sexualidad, por consiguiente, está siempre comprometida; pero si cuerpo y sexualidad son expresiones concretas de la existencia, también a partir de esta se pueden descubrir sus significaciones: a falta de esta perspectiva, el psicoanálisis da por supuestos hechos inexplicados. Por ejemplo, nos dice que la niña tiene vergüenza de orinar en cuclillas, con las nalgas desnudas; pero ¿qué es la vergüenza? Del mismo modo, antes de preguntarse si el varón está orgulloso porque posee un pene, o si su orgullo se expresa en ese pene, preciso es saber qué es el orgullo y cómo puede encarnarse en un objeto la pretensión del sujeto. No hay que tomar la sexualidad como un dato irreducible; en el existente hay una «búsqueda del ser» más original; la sexualidad no es más que uno de esos aspectos. Eso es lo que demuestra Sartre en El Ser y la Nada, es también lo que dice Bachelard en sus obras sobre la tierra, el aire y el agua: los psicoanalistas consideran que la verdad primera del hombre es su relación con su propio cuerpo y el de sus semejantes en el seno de la sociedad; pero el hombre siente primordial interés por la sustancia del mundo natural que le rodea y al cual trata de descubrir en el trabajo, el juego y en todas las experiencias de «la imaginación dinámica»; el hombre pretende reunirse concretamente con la

[19] FREUD: Tótem y tabú.

existencia a través del mundo entero, aprehendido este de todas las maneras posibles. Amasar la tierra, abrir un agujero son actividades tan originales como el abrazo y el coito: se engaña quien vea en ellas solamente símbolos sexuales; el agujero, lo viscoso, la muesca, la dureza, la integridad, son realidades primarias; el interés del hombre por ellas no está dictado por la libido, sino más bien es la libido la que será coloreada por la manera en que ellas se le hayan descubierto. La integridad no fascina al hombre porque simbolice la virginidad femenina, pero es su amor por la integridad lo que hace preciosa a sus ojos la virginidad. El trabajo, la guerra, el juego y el arte definen maneras de estar en el mundo que no se dejan reducir a ninguna otra; descubren cualidades que interfieren con las que revela la sexualidad; a través de ellas y a través de estas experiencias eróticas es como se elige el individuo. Pero solamente un punto de vista ontológico permite restituir la unidad a esa elección.

Esta noción de elección es la que más violentamente rechaza el psicoanalista en nombre del determinismo y del «inconsciente colectivo»; este inconsciente proporcionaría al hombre imágenes completamente formadas y un simbolismo universal; ese inconsciente explicaría las analogías de los sueños, de los actos fallidos, de los delirios, de las alegorías y de los destinos humanos; hablar de libertad sería tanto como rechazar la posibilidad de explicar tan turbadoras concordancias. Sin embargo, la idea de libertad no es incompatible con la existencia de ciertas constantes. Si el método psicoanalítico es con frecuencia fecundo, pese a los errores de la teoría, se debe a que en toda historia singular hay datos cuya generalidad nadie piensa negar: las situaciones y las conductas se repiten; el momento de la decisión brota en el seno de la generalidad y la repetición. «La anatomía es el destino», decía Freud; a esta frase le hace eco la de Merleau-Ponty: «El cuerpo es la generalidad.» La existencia es una a través de la separación de los existentes: se manifiesta en organismos análogos; así, pues, habrá constantes en la vinculación de lo ontológico y lo sexual. En una época determinada, las técnicas y la estructura económica y social de una colectividad descubren a todos sus miembros un mundo idéntico: habrá también una relación constante de la sexualidad con las formas sociales; individuos análogos, situados en condiciones análogas, extraerán del dato significados análogos; esta analogía no funda una rigurosa universalidad, pero permite hallar tipos generales en las historias individuales. El símbolo no se nos aparece como una alegoría elaborada por un misterioso inconsciente: es la aprehensión de un significado a través de un análogo del objeto significante; en virtud de la identidad de la situación existencial a través de todos los existentes y de la identidad de lo artificioso que han de afrontar, las significaciones se desvelan de la misma manera a muchos individuos; el simbolismo no cae del cielo ni surge de profundidades subterráneas: ha sido elaborado, como el lenguaje, por la realidad humana, que es mitsein al mismo tiempo que separación; y ello explica que la invención singular también tenga allí su sitio: prácticamente, el método psicoanalista está obligado a admitirlo, lo autorice o no la doctrina. Esta perspectiva nos permite, por ejemplo, comprender el valor generalmente otorgado al pene[20]. Es imposible explicarlo sin partir de un hecho existencial: la tendencia del sujeto a la alienación; la angustia de su libertad lleva al sujeto a buscarse en las cosas, lo cual es una manera de hurtarse; se trata de una tendencia tan fundamental, que inmediatamente después del destete, cuando está separado del Todo, el niño se esfuerza por aprehender su existencia alienada en los espejos, en la mirada de sus padres. Los primitivos se alienan en el maná, en el totem; los civilizados, en su alma individual, en su yo, en su nombre, en su propiedad, en su obra: he ahí la primera tentación de la inautenticidad. El pene es singularmente adecuado para representar a los ojos del niño ese papel de «doble»: es para él un objeto extraño al mismo tiempo que es él mismo; es un juguete, un muñeco y es su propia carne; los padres y las nodrizas lo tratan como a una personita. Se concibe así que se convierta para el niño en «un alter ego por lo general más ladino, más inteligente y más diestro que el individuo[21]»; por el hecho de que la función urinaria y más tarde la erección se encuentran a medio camino entre los procesos voluntarios y los procesos espontáneos, por el hecho de que constituye una fuente caprichosa y cuasi extraña de un placer subjetivamente experimentado, el pene es considerado por el sujeto como sí mismo y distinto de sí mismo, simultáneamente; la trascendencia específica se encarna en él de manera aprehensible, y es fuente de orgullo; puesto que el falo está separado, el hombre puede integrar en su individualidad la vida que le desborda. Se concibe entonces que la longitud del pene, la potencia del chorro urinario, de la erección, de la eyaculación, se conviertan para él en la medida de su propio valor[22]. Así, es constante que el falo encarne físicamente la trascendencia; como también es constante que el niño se sienta trascendido, es decir, frustrado en su trascendencia, por el padre, se hallará, por tanto, la idea freudiana de «complejo de castración». Privada de ese alter ego, la niña no se aliena en una cosa aprehensible, no se recupera: de ese modo, es llevada a convertirse

[20] Volveremos a ocuparnos más ampliamente de este tema en el volumen II, capítulo primero.
[21] ALICE BALINT: *La Vie intime de l'enfant*, pág. 101.
[22] Me han citado el caso de niños campesinos que se divertían organizando concursos de excrementos: el que tenía las nalgas más voluminosas y más sólidas gozaba de un prestigio que ningún otro éxito, ni en los juegos, ni siquiera en la lucha, podía compensar. El mojón representaba aquí el mismo papel que el pene: también aquí había alienación.

enteramente en objeto, a plantearse como lo Otro; la cuestión de saber si se compara o no con los chicos resulta secundaria; lo importante es que, incluso sin saberlo, la ausencia de pene la impide hacerse presente a si misma en tanto que sexo; de ello resultarán muchas consecuencias. Pero esas constantes que señalamos no definen, sin embargo, un destino: el falo adquiere tanto valor porque simboliza una soberanía que se realiza en otros dominios. Si la mujer lograse afirmarse como sujeto, inventaría equivalentes del falo: la muñeca donde se encarna la promesa del hijo puede convertirse en una posesión más preciosa que el pene. Hay sociedades de filiación uterina donde las mujeres detentan las máscaras en las que se aliena la colectividad; el pene pierde entonces mucho de su gloria. Solo en el seno de la situación captada en su totalidad funda el privilegio anatómico un verdadero privilegio humano. El psicoanálisis no podría encontrar su verdad más que en el contexto histórico.

CAPITULO III.

EL PUNTO DE VISTA DEL MATERIALISMO HISTÓRICO.

La teoría del materialismo histórico ha sacado a la luz verdades importantísimas. La Humanidad no es una especie animal: es una realidad histórica. La sociedad humana es una antífisis: no sufre pasivamente la presencia de la Naturaleza, la toma por su cuenta. Esta recuperación no es una operación interior y subjetiva, sino que se efectúa objetivamente en la praxis. De este modo, no podría ser considerada la mujer, simplemente, como un organismo sexuado; entre los datos biológicos, solo tienen importancia aquellos que adquieren en la acción un valor concreto; la conciencia que la mujer adquiere de sí misma no está definida por su sola sexualidad: refleja una situación que depende de la estructura económica de la sociedad, estructura que traduce el grado de evolución técnica alcanzado por la Humanidad. Hemos visto que, biológicamente, los dos rasgos esenciales que caracterizan a la mujer son los siguientes: su aprehensión del mundo es menos amplia que la del hombre; está más estrechamente esclavizada a la especie. Pero estos hechos adquieren un valor completamente diferente según el contexto económico y social. En la historia humana, la aprehensión del mundo no se define jamás por el cuerpo desnudo: la mano, con su pulgar aprehensor, ya se supera hacia el instrumento que multiplica su poder; desde los más antiguos documentos de la Historia, el hombre siempre se nos presenta armado. En los tiempos en que se trataba de blandir pesadas clavas, la debilidad física de la mujer constituía una flagrante inferioridad: basta que el instrumento exija una fuerza ligeramente superior a la de la que ella dispone para que aparezca radicalmente impotente. Mas puede suceder, por el contrario, que la técnica anule la diferencia muscular que separa al hombre de la mujer: la abundancia no crea superioridad más que ante la perspectiva de una necesidad; no es preferible tener demasiado a tener suficiente. Así, el manejo de un gran número de máquinas modernas no exige más que una parte de los recursos viriles: si el mínimo necesario no es superior a la capacidad de la mujer, esta se iguala en el trabajo con el hombre. En realidad, hoy pueden desencadenarse inmensos despliegues de energía simplemente oprimiendo un botón. En cuanto a las servidumbres de la maternidad, según las costumbres, adquieren una importancia sumamente variable: son abrumadoras si se impone a la mujer numerosos partos y si tiene que alimentar a sus hijos sin ayuda; si procrea libremente, si la sociedad acude en su ayuda durante el embarazo y se ocupa del niño, las cargas maternales son ligeras y pueden compensarse fácilmente en el dominio del trabajo.

En El origen de la familia, Engels rastrea la historia de la mujer de acuerdo con esta perspectiva: dicha historia dependería esencialmente de las de las técnicas. En la Edad de Piedra, cuando la tierra era común a todos los miembros del clan, el carácter rudimentario de la laya y la azada primitivas limitaba las posibilidades agrícolas: las fuerzas femeninas se adecuaban al trabajo exigido por la explotación de los huertos. En esta división primitiva del trabajo, los dos sexos constituyen ya, de algún modo, dos clases; entre estas clases hay igualdad; mientras el hombre caza y pesca, la mujer permanece en el hogar; pero las tareas domésticas entrañan una labor productiva: fabricación de vasijas de barro, tejidos, faenas en el huerto; y por ello la mujer tiene un importante papel en la vida económica. Con el descubrimiento del cobre, del estaño, del bronce, del hierro, y con la aparición del arado, la agricultura extiende su dominio: para desmontar los bosques, para hacer fructificar los campos, es necesario un trabajo intensivo. Entonces el hombre recurre al servicio de otros hombres a los cuales reduce a esclavitud. Aparece la propiedad privada: dueño de los esclavos y de la tierra, el hombre se convierte también en propietario de la mujer. Es «la gran derrota histórica del sexo femenino». Esta derrota se explica por la convulsión producida en la división del trabajo como consecuencia de la invención de los nuevos instrumentos. «La misma causa que había asegurado a

la mujer su anterior autoridad en la casa (su empleo exclusivo en las labores domésticas), aseguraba ahora la preponderancia del hombre: el trabajo doméstico de la mujer desaparecía desde entonces junto al trabajo productivo del hombre; el segundo lo era todo, y el primero un accesorio insignificante.» El derecho paterno sustituye entonces al derecho materno: la transmisión del dominio se efectúa de padre a hijo, y ya no de la mujer a su clan. Es la aparición de la familia patriarcal fundada en la propiedad privada. En semejante familia, la mujer está oprimida. El hombre reina como soberano y, entre otros, se permite caprichos sexuales: se acuesta con esclavas o con hetairas, es polígamo. Tan pronto como las costumbres hacen posible la reciprocidad, la mujer se venga por la infidelidad: el matrimonio se completa naturalmente con el adulterio. Es la única defensa de la mujer contra la, esclavitud doméstica en que se la mantiene: la opresión social que sufre es consecuencia de su opresión económica. La igualdad solo puede restablecerse cuando ambos sexos gocen de derechos jurídicamente iguales; pero esta liberación exige la vuelta de todo el sexo femenino a la industria pública. «La emancipación de la mujer no es posible sino cuando esta puede tomar parte en vasta escala en la producción social, y el trabajo doméstico no la ocupe sino un tiempo insignificante. Y esta condición sólo ha podido realizarse en la gran industria moderna, que no solamente admite el trabajo de la mujer en gran escala, sino que hasta lo exige formalmente...»

Así, la suerte de la mujer y la del socialismo están íntimamente ligadas, como se ve también en la vasta obra consagrada por Bebel a la mujer. «La mujer y el proletario -dice- son dos oprimidos.» Será el mismo desarrollo de la economía a partir de la revolución provocada por el maquinismo el que libere a ambos. El problema de la mujer se reduce al de su capacidad de trabajo. Poderosa en los tiempos en que las técnicas estaban adaptadas a sus posibilidades, destronada cuando se mostró incapaz de explotarlas, la mujer encuentra de nuevo en el mundo moderno su igualdad con el hombre. Son las resistencias del viejo paternalismo capitalista las que impiden en la mayoría de los países que esa igualdad se cumpla concretamente: se cumplirá el día en que esas resistencias sean destruidas. Ya se ha cumplido en la URSS, afirma la propaganda soviética. Y cuando la sociedad socialista sea una realidad en el mundo entero, ya no habrá hombres y mujeres, sino solamente trabajadores iguales entre sí.

Pese a que la síntesis esbozada por Engels señale un progreso respecto a las que hemos examinado anteriormente, no por ello deja de decepcionarnos: los problemas más importantes son escamoteados. El pivote de toda la historia es el paso del régimen comunitario a la propiedad privada, y no se nos indica en absoluto cómo ha podido efectuarse. Engels confiesa incluso que «hasta el presente nada sabemos de ello»[23]; no solo ignora el detalle histórico de la cuestión, sino que no sugiere ninguna interpretación. Del mismo modo, tampoco está claro que la propiedad privada haya comportado fatalmente la servidumbre de la mujer. El materialismo histórico da por supuestos hechos que sería preciso explicar: plantea, sin discutirlo, el lazo de interés que vincula al hombre a la propiedad; pero ¿dónde tiene su origen ese interés, fuente de instituciones sociales? Así, pues, la exposición de Engels es superficial y las verdades que descubre resultan contingentes. Y es porque resulta imposible profundizarlas sin desbordar el materialismo histórico. Este no podría aportar soluciones a los problemas que hemos indicado, porque estos interesan al hombre todo entero y no a esa abstracción que es el homo oeconomicus.

Está claro, por ejemplo, que la idea misma de posesión singular no puede adquirir sentido más que a partir de la condición originaria del existente. Para que aparezca, es preciso, en primer lugar, que exista en el sujeto una tendencia a situarse en su singularidad radical, una afirmación de su existencia en tanto que autónoma y separada. Se comprende que esta pretensión haya permanecido subjetiva, interior, sin veracidad, mientras el individuo carecía de los medios prácticos para satisfacerla objetivamente: a falta de útiles adecuados, no percibió al principio su poder sobre el mundo, se sentía perdido en la Naturaleza y en la colectividad, pasivo, amenazado, juguete de oscuras fuerzas; sólo identificándose con el clan todo entero, se atrevía a pensar: el totem, el maná, la tierra, eran realidades colectivas. Lo que el descubrimiento del bronce ha permitido al hombre ha sido descubrirse como creador en la prueba de un trabajo duro y productivo; al dominar a la Naturaleza, ya no la teme; frente a las resistencias vencidas, tiene la audacia de captarse como actividad autónoma, de realizarse en su singularidad[24]. Pero esa realización jamás se habría logrado si el hombre no lo hubiese querido originariamente; la lección del trabajo no se ha inscrito en un sujeto pasivo: el sujeto se ha forjado y conquistado a sí mismo al forjar sus útiles y conquistar la

[23] El origen de la familia.
[24] Gaston Bachelard, en *La Terre et les rêveries de la Volonté*, realiza entre otros un sugestivo estudio del trabajo del herrero. Muestra cómo, por medio del martillo y el yunque, el hombre se afirma y se separa. «El instante del herrero es un instante a la vez aislado y magnificado. Promueve al trabajador al dominio del tiempo por la violencia de un instante», página 142, y más adelante: «El ser que forja acepta el desafío del universo alzado contra él.»

Tierra. Por otra parte, la afirmación del sujeto no basta para explicar la propiedad: en el desafío, en la lucha, en el combate singular, cada conciencia puede intentar elevarse hasta la soberanía. Para que el desafío haya adoptado la forma de un *potlatch*, es decir, de una rivalidad económica, para que a partir de ahí primero el jefe y luego los miembros del clan hayan reivindicado bienes privados, preciso es que en el hombre anide otra tendencia original: ya hemos dicho en el capítulo precedente que el existente no logra captarse sino alienándose; se busca a través del mundo bajo una figura extraña, la cual hace suya. En el totem, en el maná, en el territorio que ocupa, es su existencia alienada lo que encuentra el clan; cuando el individuo se separa de la comunidad, reclama una encarnación singular: el maná se individualiza en el jefe, luego en cada individuo; y, al mismo tiempo, cada cual trata de apropiarse un trozo de suelo, unos instrumentos de trabajo, unas cosechas. En esas riquezas que son suyas, el hombre se encuentra a sí mismo, porque se ha perdido en ellas: se comprende entonces que pueda concederles una importancia tan fundamental como a su propia vida. Entonces el interés del hombre por su propiedad se convierte en una relación inteligible. Pero se ve que no es posible explicarlo solamente por el útil: es preciso captar toda la actitud del hombre armado con un útil, actitud que implica una infraestructura ontológica.

Del mismo modo, resulta imposible deducir de la propiedad privada la opresión de la mujer. También aquí es manifiesta la insuficiencia del punto de vista de Engels. Ha comprendido este perfectamente que la debilidad muscular de la mujer no se ha convertido en una inferioridad concreta más que en su relación con el útil de bronce y de hierro; pero no ha visto que los límites de su capacidad de trabajo no constituían una desventaja concreta más que en cierta perspectiva. Porque el hombre es trascendencia y ambición es por lo que proyecta nuevas exigencias a través de todo útil nuevo: una vez que hubo inventado los instrumentos de bronce, no se contentó ya con explotar los huertos, sino que quiso desmontar y cultivar extensos campos. Esa voluntad no brotó del bronce mismo. La incapacidad de la mujer ha comportado su ruina, porque el hombre la ha aprehendido a través de un proyecto de enriquecimiento y expansión. Y ese proyecto no basta para explicar que haya sido oprimida: la división del trabajo por sexos pudiera haber sido una amistosa asociación. Si la relación original del hombre con sus semejantes fuese exclusivamente una relación de amistad, no se podría explicar ningún tipo de servidumbre: este fenómeno es una consecuencia del imperialismo de la conciencia humana, que trata de cumplir objetivamente su soberanía. Si no hubiese en ella la categoría original del Otro, y una pretensión original de dominar a ese Otro, el descubrimiento del útil de bronce no habría podido comportar la opresión de la mujer. Engels tampoco explica el carácter singular de esta opresión. Ha tratado de reducir la oposición entre los sexos a un conflicto de clases; por otra parte, lo ha hecho sin mucha convicción: la tesis no es sostenible. Verdad es que la división del trabajo por sexos y la opresión que de ello resulta, evocan en algunos aspectos la división en clases; pero no se deben confundir: no hay ninguna base biológica en la escisión entre las clases; en el trabajo, el esclavo adquiere conciencia de sí mismo frente al amo; el proletario siempre ha comprobado su condición en la revuelta, regresando por ese medio a lo esencial, constituyéndose en una amenaza para sus explotadores; y a lo que apunta es a su desaparición en tanto que clase. Hemos dicho en la introducción hasta qué punto es diferente la situación de la mujer, singularmente a causa de la comunidad de vida y de intereses que la hace solidaria del hombre, así como por la complicidad que este encuentra en ella: ella no abriga ningún deseo de revolución, no sabría suprimirse en tanto que sexo; únicamente pide que sean abolidas ciertas consecuencias de la especificación sexual. Lo que aún resulta más grave es que, sin mala fe, no se podría considerar a la mujer únicamente como trabajadora; tan importante como su capacidad productiva es su función reproductora, tanto en la economía social como en la vida individual; hay épocas en que es más útil hacer niños que manejar el arado. Engels ha escamoteado el problema; se limita a declarar que la comunidad socialista abolirá la familia, lo cual es una solución bastante abstracta; ya se sabe con cuánta frecuencia y tan radicalmente ha tenido que cambiar la URSS su política familiar, según el diferente equilibrio entre las necesidades inmediatas de la producción y las de la repoblación; por lo demás, suprimir no supone necesariamente liberar a la mujer: los ejemplos de Esparta y del régimen nazi demuestran que no por estar directamente vinculada al Estado puede la mujer ser menos oprimida por los varones. Una ética verdaderamente socialista, es decir, que busque la justicia sin suprimir la libertad, que imponga cargas a los individuos, pero sin abolir la individualidad, se hallará en grave aprieto por los problemas que plantea la condición de la mujer. Es imposible asimilar lisa y llanamente la gestación a un trabajo o a un servicio, tal como el servicio militar, por ejemplo. Se produce una fractura más profunda en la vida de una mujer al exigirle hijos que al reglamentar las ocupaciones de los ciudadanos: jamás ha habido ningún Estado que osase instituir el coito obligatorio. En el acto sexual, en la maternidad, la mujer no compromete solamente tiempo y energías, sino también valores esenciales. En vano pretende ignorar el materialismo racionalista este carácter dramático de la sexualidad: no se puede reglamentar el instinto sexual; no es seguro que no lleve en sí mismo un rechazo de su satisfacción, decía Freud; lo que sí es seguro es que no se deja integrar en lo social, puesto que hay en el erotismo una revuelta del instante contra el tiempo, de lo individual contra lo universal; al querer canalizarlo y explotarlo, se corre el riesgo de matarlo, ya que

no se puede disponer de la espontaneidad viviente como se dispone de la materia inerte; y tampoco se le puede forzar como se fuerza una libertad. No se podría obligar directamente a la mujer a dar a luz: todo cuanto se puede hacer es encerrarla en situaciones donde la maternidad sea para ella la única salida; la ley o las costumbres le imponen el matrimonio, se prohíben los procedimientos anticonceptivos y el aborto, se prohíbe el divorcio. Es imposible considerar a la mujer exclusivamente como una fuerza productiva: para el hombre es una compañera sexual, una reproductora, un objeto erótico, una Otra a través de la cual se busca a sí mismo. Es inútil que los regímenes totalitarios o autoritarios, de común acuerdo, hayan prohibido el psicoanálisis y hayan declarado que, para los ciudadanos lealmente integrados en la colectividad, no tienen lugar los dramas individuales: el erotismo es una experiencia en la que la generalidad siempre es recobrada por **{**68**}** una individualidad. Y para un socialismo democrático, en el que las clases serían abolidas, pero no los individuos, la cuestión del destino individual conservaría toda su importancia: la diferenciación sexual mantendría toda su importancia. La relación sexual que une la mujer al hombre no es la misma que la que él mantiene con respecto a ella; el lazo que la une al niño es irreducible a cualquier otro. La mujer no ha sido creada por el solo instrumento de bronce: la máquina no basta para abolirla. Reivindicar para ella todos los derechos, todas las oportunidades del ser humano en general, no significa que haya que cerrar los ojos ante lo singular de su situación. Y para conocerla hay que desbordar al materialismo histórico, que no ve en el hombre y la mujer sino entidades económicas.

PARTE SEGUNDA.

HISTORIA.

I.

Este mundo siempre ha pertenecido a los varones, pero ninguna de las razones propuestas para explicar el fenómeno nos ha parecido suficiente. Volviendo a tomar a la luz de la filosofía existencial los datos de la Prehistoria y de la etnografía, es como podremos comprender de qué modo se ha establecido la jerarquía de los sexos. Ya hemos planteado que, cuando se hallan en presencia dos categorías humanas, cada una quiere imponer a la otra su soberanía; si las dos se empeñan en sostener esa reivindicación, se crea entre ellas, ora en la hostilidad, ora en la amistad, pero siempre en la tensión, una relación de reciprocidad; si una de las dos es privilegiada, se impone a la otra y se dedica a mantenerla en la opresión. Se comprende, pues, que el hombre haya tenido la voluntad de dominar a la mujer; pero ¿qué privilegio le ha permitido realizar esa voluntad?

Los informes que aportan los etnógrafos sobre las formas primitivas de la sociedad humana son terriblemente contradictorios, y tanto más cuanto mejor informados estén y menos sistemáticos sean. Resulta singularmente difícil formarse una idea de la situación de la mujer en el período que precedió al de la agricultura. Ni siquiera se sabe si, en condiciones de existencia tan diferentes de las de hoy, la musculatura de la mujer y su aparato respiratorio no estarían tan desarrollados como en el hombre. Le estaban confiados duros trabajos, y en particular era ella quien transportaba los fardos; sin embargo, este último hecho es muy ambiguo: probablemente, si se le asignaba esa función, sería para que el hombre tuviese las manos libres en la caravana, con objeto de defenderse contra posibles agresores, bestias u hombres; así, pues, su papel era el más peligroso y el que más vigor exigía. No obstante, parece ser que en numerosos casos las mujeres eran lo bastante robustas y resistentes para participar en las expediciones de los guerreros. Según los relatos de Herodoto, y de acuerdo con las tradiciones concernientes a las amazonas del Dahomey y con otros muchos testimonios antiguos y modernos, ha sucedido que las mujeres tomasen parte en guerras o en sangrientas vendettas; desplegaban en tales aventuras tanto valor y tanta crueldad como los hombres: se cuenta de algunas que mordían ferozmente el hígado de sus enemigos. A pesar de todo, es verosímil que entonces como ahora los hombres tuviesen el privilegio de la fuerza física; en la era de la clava y de las fieras, en la era en que las resistencias de la Naturaleza se hallaban en su apogeo y los útiles eran los más rudimentarios, semejante superioridad debió de tener extremada importancia. En todo caso, y por robustas que fuesen entonces las mujeres, en la lucha contra un mundo hostil las servidumbres de la reproducción representarían para ellas una terrible desventaja: se cuenta que las amazonas se mutilaban los senos, lo cual significa que, al menos durante el período de su vida guerrera, rehusaban la maternidad. En cuanto a las mujeres normales, el embarazo, el parto, la menstruación disminuían su capacidad de trabajo y las condenaban a largos períodos de impotencia; para defenderse contra los enemigos, para asegurarse el sustento y el de su progenie, necesitaban la protección de los guerreros y los productos de la caza y de la pesca, a las que se dedicaban los hombres; como evidentemente no existía control alguno de los nacimientos, como la Naturaleza no asegura a la mujer períodos de esterilidad como a las otras hembras mamíferas, las repetidas maternidades absorberían la mayor parte de sus energías y de su tiempo; tampoco podían asegurar la vida de las criaturas que traían al mundo. He ahí un primer hecho preñado de consecuencias: los comienzos de la especie humana han sido difíciles; los pueblos recolectores, cazadores y pescadores no arrancaban del suelo más que míseras riquezas, y a costa de un duro esfuerzo; nacían demasiados niños con respecto a los recursos de la colectividad; la absurda fecundidad de la mujer le impedía participar activamente en el acrecentamiento de tales recursos, en tanto que creaba indefinidamente nuevas necesidades. Necesaria para la perpetuación de la especie, la perpetuaba con excesiva abundancia, y era el hombre quien aseguraba el equilibrio entre la reproducción y la producción. Así, la mujer ni siquiera tenía el privilegio de conservar la vida frente al varón creador; no representaba el papel del óvulo con respecto al espermatozoide, de la matriz con relación al falo; únicamente le correspondía una parte en el esfuerzo de la especie humana para perseverar en su ser; y gracias al hombre ese esfuerzo llegaba concretamente a su fin.

Sin embargo, debido a que el equilibrio producción-reproducción siempre lograba establecerse, aunque fuese a costa de infanticidios, sacrificios y guerras, hombres y mujeres son igualmente necesarios desde el punto de vista de la supervivencia colectiva; podría suponerse incluso que, en ciertos estadios de abundancia alimenticia, su papel protector y nutricio subordinase el varón a la mujer-madre; hay hembras animales que extraen de la maternidad una completa autonomía; ¿por qué la mujer no ha logrado hacer de ella un pedestal? Ni siquiera en los momentos en que la Humanidad reclamaba nacimientos de la manera más apremiante, ya que la necesidad de mano de obra era más importante que la de materias primas por explotar, ni siquiera en las épocas en que más venerada ha sido la maternidad, ni siquiera entonces ha permitido esta a las mujeres conquistar el primer lugar[25]. La razón de ello radica en que la Humanidad no es una simple especie natural: no trata de mantenerse en tanto que especie; su proyecto no es el estancamiento: a lo que tiende es a superarse.

Las hordas primitivas apenas se interesaban por su posteridad. No estando afincadas en un territorio, no poseyendo nada, no encarnándose en ninguna cosa estable, no podían formarse ninguna idea concreta de la permanencia; no tenían la preocupación de sobrevivir y no se reconocían en su descendencia; no temían a la muerte y no reclamaban herederos; los niños constituían para ellas una carga y no una riqueza; la prueba de ello es que los infanticidios siempre fueron numerosos entre los pueblos nómadas; y muchos de los recién nacidos a quienes no se mataba, morían faltos de higiene en medio de la indiferencia general. Así, pues, la mujer que engendraba no conocía el orgullo de la creación; se sentía juguete de oscuras fuerzas pasivas, y el parto doloroso era un accidente inútil y hasta inoportuno. Más tarde, se dio mayor valor al niño. Pero, de todas formas, engendrar, amamantar, no constituyen actividades, son funciones naturales; ningún proyecto les afecta; por eso la mujer no encuentra en ello el motivo de una altiva afirmación de su existencia; sufre pasivamente su destino biológico. Las faenas domésticas a que está dedicada, puesto que son las únicas conciliables con las cargas de la maternidad, la confinan en la repetición y la inmanencia; son faenas que se reproducen día tras día, bajo una forma idéntica que se perpetúa casi sin cambios siglo tras siglo; no producen nada nuevo. El caso del hombre es radicalmente diferente: no alimenta a la colectividad a la manera de las abejas obreras mediante un simple proceso vital, sino a través de actos que trascienden su condición animal. El homo faber es un inventor desde el origen de los tiempos: ya el palo y la clava, con que arma su brazo para varear los frutos y abatir a los animales, son instrumentos con los cuales ensancha su presa sobre el mundo; no se limita a transportar al hogar los peces capturados en el seno del mar: primero es preciso que conquiste el dominio de las aguas construyendo piraguas; para apropiarse las riquezas del mundo, se anexiona el mundo mismo. En esa acción experimenta su poder; se plantea fines, proyecta caminos hacia ellos: se realiza como existente. Para mantener, crea; desborda el presente, abre el futuro. Por eso las expediciones de caza y pesca tienen un carácter sagrado. Se celebran sus éxitos con fiestas y triunfos; el hombre reconoce en ello su humanidad. Ese orgullo aún lo manifiesta hoy cuando ha construido una presa, un rascacielos, una pila atómica. No solo ha trabajado para conservar el mundo dado: ha hecho estallar las fronteras de este, ha echado los cimientos de un nuevo porvenir.

Su actividad tiene otra dimensión que le da su dignidad suprema: es frecuentemente peligrosa. Si la sangre no fuese más que un alimento, no tendría más valor que la leche; pero el cazador no es un carnicero: en la lucha contra los animales salvajes corre riesgos. Para aumentar el prestigio de la horda, del clan a que pertenece, el guerrero pone en juego su propia existencia. Y con ello deja bien patente que no es la vida lo que para el hombre tiene un valor supremo, sino que debe servir a fines más importantes que ella misma. La peor maldición que pesa sobre la mujer es hallarse excluida de esas expediciones guerreras; no es dando la vida, sino arriesgando la propia, como el hombre se eleva sobre el animal; por ello en la Humanidad se acuerda la superioridad, no al sexo que engendra, sino al que mata.

Tenemos aquí la clave de todo el misterio. Al nivel de la biología, solamente creándose de nuevo se mantiene una especie; pero esta creación no es más que una repetición de la misma Vida bajo formas diferentes. Al trascender la Vida por la Existencia es como el hombre asegura la repetición de la Vida: en virtud de esa superación, crea valores que niegan todo valor a la pura repetición. En el caso del animal, la gratuidad y la variedad de las actividades del macho son vanas porque no las informa ningún proyecto; cuando no sirve a la especie, lo que hace no es nada; en cambio, al servir a la especie, el macho humano modela la faz del mundo, crea instrumentos nuevos, inventa, forja el porvenir. Al erigirse en soberano, encuentra la complicidad de la mujer, porque también ella es una existente, está habitada por la trascendencia y su proyecto no es la repetición, sino su superación hacia otro porvenir; la mujer encuentra en lo más íntimo de su ser la confirmación de las pretensiones

[25] La sociología ya no concede hoy ningún crédito a las lucubraciones de Baschoffen.

masculinas. Se asocia a los hombres en las fiestas que celebran los éxitos y las victorias de los varones. Su desgracia consiste en haber sido biológicamente destinada a repetir la Vida, cuando a sus ojos la Vida no lleva en sí sus razones de ser y cuando esas razones son más importantes que la vida misma.

Las instituciones y el derecho aparecen cuando los nómadas se fijan en el suelo y se hacen agricultores. El hombre ya no se limita a debatirse duramente contra fuerzas hostiles; empieza a expresarse concretamente a través de la figura que impone al mundo, a pensar en ese mundo y a pensar en sí mismo; en ese momento, la diferenciación sexual se refleja en la estructura de la colectividad; adopta un carácter singular: en las comunidades agrícolas, la mujer está revestida a menudo de un extraordinario prestigio. Este prestigio se explica esencialmente por la importancia completamente nueva que adquiere el niño en una civilización basada en el trabajo de la tierra; al instalarse en un territorio, los hombres realizan la apropiación del mismo; aparece la propiedad bajo una forma colectiva, que exige de sus poseedores una posteridad; la maternidad se convierte en una función sagrada.

Muchas tribus viven en régimen comunitario, lo cual no significa que las mujeres pertenezcan a todos los hombres de la colectividad; hoy apenas se cree que jamás se haya practicado el matrimonio promiscuo; pero hombres y mujeres no tienen existencia religiosa, social y económica más que en tanto que grupo: su individualidad sigue siendo un puro hecho biológico; también el matrimonio, sea cual fuere su forma -monogamia, poligamia, poliandria- no es más que un accidente profano que no crea ningún vínculo místico. No es fuente de ninguna servidumbre para la esposa, que sigue estando integrada en su clan. El conjunto del clan, reunido bajo un mismo totem, posee místicamente el mismo maná y materialmente el goce común de un mismo territorio. Según el proceso de alienación del que he hablado, el clan se fija en ese territorio bajo una figura objetiva y concreta; mediante la permanencia en el suelo, se realiza como una unidad cuya identidad persiste a través de la dispersión del tiempo. Únicamente este paso existencial permite comprender la identificación, que ha subsistido hasta nuestros días, entre el clan, la gens, la familia y la propiedad. La concepción de las tribus nómadas, para las cuales no existe más que el instante, es sustituida en las comunidades agrícolas por la de una vida enraizada en el pasado y que se anexiona el porvenir: se venera al antepasado totémico, que da su nombre a los miembros del clan; y el clan concede a sus descendientes un profundo interés, ya que sobrevivirá a través del suelo que les lega y que ellos explotarán. La comunidad piensa en su unidad y quiere su existencia más allá del presente: se reconoce en los niños, los reconoce como suyos, en ellos se realiza y se supera.

Sin embargo, muchos primitivos ignoran la parte que el padre tiene en la procreación de los niños; consideran a estos como reencarnación de larvas ancestrales que flotan en torno a ciertos árboles, ciertas rocas, en ciertos lugares sagrados, y que descienden al cuerpo de la mujer; a veces se estima que esta no debe ser virgen, para que dicha infiltración sea posible, pero otros pueblos creen que también se produce a través de las narices o de la boca; de todos modos, la desfloración es aquí secundaria y, por razones místicas, raras veces es patrimonio del marido. La madre es evidentemente necesaria para el nacimiento del niño; ella es quien conserva y nutre al germen en su seno y, por consiguiente, es a través de ella como se propaga en el mundo visible la vida del clan. Así es como ella se ve representando un papel de primer orden. Con mucha frecuencia los hijos pertenecen al clan de la madre, llevan su nombre, participan de sus derechos y, en particular, del goce de la tierra que el clan ocupa. La propiedad comunitaria se transmite entonces por intermedio de las mujeres: por ellas se aseguran los campos y las cosechas a los miembros del clan, e, inversamente, a través de sus madres, estos son destinados a tal o cual dominio. Así, pues, puede considerarse que místicamente la tierra pertenece a las mujeres, que ejercen un dominio a la vez religioso y legal sobre la gleba y sus frutos. El lazo que los une es más estrecho todavía que el de una pertenencia; el régimen de derecho materno se caracteriza por una verdadera asimilación de la mujer a la tierra; en ambas se cumple, a través de sus avatares, la permanencia de la vida, la vida que es esencialmente generación. Entre los nómadas, la procreación apenas parece otra cosa que un accidente y las riquezas del suelo permanecen desconocidas; el agricultor, en cambio, admira el misterio de la fecundidad que grana en los surcos y en el vientre materno; sabe que él mismo ha sido engendrado como el ganado y las cosechas, y quiere que su clan engendre otros hombres que le perpetuarán al perpetuar la fertilidad de los campos; la Naturaleza entera se le representa como una madre; la tierra es mujer; y la mujer está habitada por las mismas oscuras potencias que la tierra[26]. Por esta razón, en parte, le es confiado el trabajo agrícola: capaz de llamar a su seno a las larvas

[26] «Salve, Tierra, madre de los hombres; hazte fértil bajo el abrazo de Dios y cólmate de frutos para uso del hombre», dice un viejo conjuro anglosajón.

ancestrales, la mujer tiene también poder para hacer brotar de los campos sembrados los frutos y las espigas. En uno y otro casos, no se trata de una operación creadora, sino de un mágico conjuro. En ese estadio, el hombre no se limita ya a recolectar los productos del suelo, pero todavía no conoce su potencia; vacila entre las técnicas y la magia; se siente pasivo y dependiente de la Naturaleza, que dispensa al azar la existencia y la muerte. Cierto que reconoce más o menos la utilidad del acto sexual y de las técnicas que domestican el suelo; pero no por eso niños y cosechas parecen menos dones sobrenaturales; y son los misteriosos efluvios que emanan del cuerpo femenino los que atraen a este mundo las riquezas sepultadas en las misteriosas fuentes de la vida. Tales creencias todavía siguen vivas hoy entre numerosas tribus indias, australianas y polinesias[27]; su importancia era tanto mayor cuanto que armonizaban con los intereses prácticos de la colectividad. La maternidad destina a la mujer a una existencia sedentaria; mientras el hombre caza, pesca o guerrea, ella permanece en el hogar. Pero, entre los pueblos primitivos, apenas se cultiva otra cosa que huertos de modestas dimensiones y contenidos en los límites del poblado; su explotación es una faena doméstica; los instrumentos de la Edad de Piedra no exigen un esfuerzo intensivo; economía y mística están de acuerdo para dejar el trabajo agrícola en manos de las mujeres. En la medida en que empieza a nacer, la industria doméstica es también cosa suya: tejen alfombras y mantas, fabrican vasijas de barro. Con frecuencia son ellas quienes presiden el intercambio de mercancías: el comercio está en sus manos. Así, pues, a través de ellas la vida del clan se conserva y propaga; de su trabajo y de sus mágicas virtudes dependen niños, rebaños, cosechas, utensilios y toda la prosperidad del grupo del cual son alma. Tanto poder inspira a los hombres un respeto mezclado de terror, que se refleja en su culto. En ellas se resumirá toda la Naturaleza extraña y misteriosa.

Ya queda dicho que el hombre no se piensa jamás a sí mismo sino pensando en lo Otro; él capta el mundo bajo el signo de la dualidad, que en principio no tiene un carácter sexual. Pero siendo naturalmente distinta del hombre, que se plantea como el Mismo, la mujer es clasificada en la categoría de lo Otro, y esto Otro es lo que abarca a la mujer; al principio, no es esta lo bastante importante para encarnarlo sola, de tal modo que se dibuja en el corazón de lo Otro una subdivisión: en las antiguas cosmogonías, un mismo elemento contiene a menudo una encarnación macho y hembra a la vez; así, entre los babilonios, el océano y la mar son la doble encarnación del caos cósmico. Cuando el papel de la mujer crece en importancia, absorbe casi en su totalidad la región de lo Otro. Entonces aparecen las divinidades femeninas, a través de las cuales se adora la idea de la fecundidad. Se ha encontrado en Susa la imagen más antigua de la Gran Diosa, la Gran Madre de larga túnica y alto tocado, a la cual otras estatuas nos muestran coronada de torres; las excavaciones de Creta han suministrado varias efigies de la misma. Ora aparece esteatopígica y en cuclillas, ora se nos presenta más esbelta y de pie, a veces vestida y con frecuencia desnuda, con los brazos cruzados bajo los senos henchidos. Es la reina del cielo, con figura de paloma; también es emperatriz de los infiernos, de donde sale reptando, y la simboliza una serpiente. Se manifiesta en las montañas, en los bosques, en el mar, en los manantiales. Crea la vida por doquier; si mata, también resucita. Caprichosa, lujuriosa cruel como la Naturaleza misma, a la vez propicia y temible: reina sobre toda la Egeida, la Frigia, Siria, Anatolia; en fin, sobre toda Asia occidental. Se llama Istar en Babilonia, Astarté entre los pueblos semíticos, y entre los griegos es Gea, Rhea o Cibeles; la reencontramos en Egipto bajo los rasgos de Isis; las divinidades masculinas le están subordinadas. Supremo ídolo en las lejanas regiones del cielo y los infiernos, la mujer está en la tierra rodeada de tabúes como todos los seres sagrados; ella misma es un tabú; a causa de los poderes que ostenta, es considerada como una maga, una hechicera; se la asocia a las oraciones, a veces se convierte en sacerdotisa, como las druidas de los antiguos celtas; en algunos casos, participa en el gobierno de la tribu e incluso sucede que lo ejerce sola. Esas remotas edades no nos han legado ninguna literatura. En cambio, las grandes épocas patriarcales conservan en su mitología, en sus monumentos y en sus tradiciones el recuerdo de un tiempo en que las mujeres ocupaban una posición muy elevada. Desde el punto de vista femenino, la época brahmánica es una regresión respecto a la del Rig Veda, y esta lo es respecto al estadio primitivo que la precedió. Las beduinas de la época preislámica gozaban de un estatuto muy superior al que les asignaba el Corán. Las grandes figuras de Niobe, de Medea evocan una era en que las madres consideraban a sus hijos como un bien propio y se enorgullecían de ello. Y en los poemas homéricos, Andrómaca y Hécuba tienen una importancia que la Grecia clásica no reconoce ya a las mujeres escondidas en la sombra del gineceo.

---

[27] En Uganda, y entre los bhanta de la India, una mujer estéril es considerada peligrosa para el huerto. En Nicobar se cree que la cosecha será más abundante si la realiza una mujer encinta. En Borneo son las mujeres quienes eligen y conservan las semillas. «Al parecer se percibe en ellas una afinidad natural con los granos de los cuales dicen estar encinta. A veces las mujeres van a pasar la noche en los arrozales cuando la planta germina» (Hose y Mac Dougall). En la India anterior, mujeres desnudas llevan de noche el arado alrededor del campo. Los indios del Orinoco dejaban a las mujeres el cuidado de sembrar y plantar, porque «así como las mujeres sabían concebir y traer niños al mundo, así los granos y raíces que ellas plantaban producían frutos mucho más abundantes que si hubiesen sido plantados por la mano de los hombres» (Frazer). Encontramos en Frazer gran abundancia de ejemplos análogos.

Tales hechos han llevado a suponer que, en los tiempos primitivos, existió un verdadero reinado de las mujeres; esta hipótesis, propuesta por Baschoffen, la adoptó Engels; el paso del matriarcado al patriarcado se le aparece como «la gran derrota histórica del sexo femenino». Pero, en verdad, esa edad de oro de la mujer no es más que un mito. Decir que la mujer era lo Otro equivale a decir que no existía entre los sexos una relación de reciprocidad: Tierra, Madre o Diosa, no era para el hombre una semejante; donde su poder se afirmaba era más allá del reino humano: así, pues, estaba fuera de ese reino. La sociedad siempre ha sido masculina; el poder político siempre ha estado en manos de los hombres. «La autoridad pública o simplemente social pertenece siempre a los hombres», afirma Lévi-Strauss al final de su estudio sobre las sociedades primitivas. El semejante, el otro, que es también el mismo, con el cual se establecen relaciones de reciprocidad, es siempre, para el varón, un individuo varón. La dualidad que se descubre bajo una forma u otra en el corazón de las colectividades opone un grupo de hombres a otro grupo de hombres: pero las mujeres forman parte de los bienes que estos poseen y que entre ellos constituyen un instrumento de cambio. El error proviene de que se han confundido dos figuras de la alteridad que se excluyen rigurosamente. En la medida en que la mujer es considerada como lo Otro absoluto, es decir -cualquiera que sea su magia- como lo inesencial, resulta imposible considerarla como otro sujeto[28]. De modo que las mujeres no han constituido jamás un grupo separado que se situase por sí frente al grupo masculino; nunca han tenido una relación directa y autónoma con los hombres. «El lazo de reciprocidad que funda el matrimonio no se establece entre hombres y mujeres, sino entre hombres por medio de mujeres que solo son la principal ocasión del mismo», dice Lévi-Strauss[29]. La condición concreta de la mujer no resulta afectada por el tipo de filiación que impera en la sociedad a la que pertenece; que el régimen sea patrilineal, matrilineal, bilateral o indiferenciado (no siendo nunca rigurosa la indiferenciación), la mujer siempre se halla bajo la tutela de los hombres; la única cuestión consiste en saber si después del matrimonio permanece sometida a la autoridad de su padre o de su hermano mayor -autoridad que se extiende también a sus hijos- o si pasa a quedar bajo la del marido. En todo caso,, «la mujer no es jamás sino el símbolo de su linaje..., la filiación matrilineal, y es la mano del padre o del hermano de la mujer la que se extiende hasta la aldea del hermano»[30]. No es más que una mediadora del derecho, no quien lo ejerce. En realidad, son las relaciones de los dos grupos masculinos las que son definidas por el régimen de filiación, y no la relación de ambos sexos. Prácticamente, la situación concreta de la mujer no está ligada de una manera estable a tal o cual tipo de derecho. Sucede que, en régimen matrilineal, ocupa la mujer una posición muy elevada; sin embargo, preciso es advertir que la presencia de una mujer-jefe, de una reina, a la cabeza de la tribu, no significa en absoluto que las mujeres sean soberanas de la misma: el advenimiento de Catalina de Rusia en nada modificó la suerte de las campesinas rusas; y no por ello es menos frecuente que viva en la abyección. Por otro lado, los casos en que la mujer permanece en su clan y al marido no se le admite sino para que efectúe rápidas visitas, incluso clandestinas, son muy raros. Casi siempre ella va a vivir bajo el techo de su esposo, lo cual basta para manifestar la primacía del varón. «Detrás de las oscilaciones del modo de filiación -dice Lévi-Strauss-, la permanencia de la residencia patrilocal atestigua la relación fundamental de asimetría entre los sexos que caracteriza a la sociedad humana.» Como la mujer conserva a sus hijos con ella, resulta que la organización territorial de la tribu no coincide con su organización totémica: esta está rigurosamente fundada, aquella es contingente; pero prácticamente es la primera la que tiene más importancia, porque el lugar donde las gentes trabajan y viven cuenta más que su pertenencia mística. En los regímenes de transición, que son los más extendidos, hay dos clases de derechos: uno, religioso; otro, basado en la ocupación y el trabajo de la tierra; ambos se penetran mutuamente. No por ser una institución laica tiene el matrimonio menos importancia social, y la familia conyugal, aunque privada de significación religiosa, existe vigorosamente en el plano humano. Incluso en las colectividades en que existe una gran libertad sexual conviene que la mujer que trae un hijo al mundo esté casada; ella no logra constituir, sola con su progenie, un grupo autónomo; y la protección religiosa de su hermano no es suficiente; se exige la presencia de un esposo. Este tiene a menudo grandes responsabilidades con respecto a los hijos; no pertenecen estos a su clan, pero, sin embargo, es él quien los alimenta y cuida; entre marido y mujer, entre padre e hijos se crean lazos de cohabitación, de trabajo, de intereses comunes, de ternura. Entre esta familia laica y el clan totémico las relaciones son muy complejas, como lo testimonia la diversidad de ritos del matrimonio. Primitivamente, el marido compra una mujer al clan extraño, o, al menos, hay entre uno y otro clan un intercambio de prestaciones, entregando el primero a uno de sus miembros, cediendo el segundo ganado, frutos, trabajo. Pero, como el marido toma a su cargo a la mujer y a los hijos de esta, sucede también que recibe de los hermanos de la desposada una retribución. Entre las realidades místicas y económicas, el equilibrio es inestable. El hombre

[28] Se verá que esa distinción se ha perpetuado. Las épocas que consideran a la mujer como lo Otro son las que más agriamente se niegan a integrarla en la sociedad a título de ser humano. Hoy en día, solo perdiendo su aura mística se convierte en una otra semejante. Los antifeministas siempre se han aprovechado de este equívoco. Aceptan de buen grado la exaltación de la mujer en tanto que Otro, de manera que se constituya su disimilitud como absoluta, irreducible, y se le rehuse el acceso al mitsein humano.

[29] Véase LÉVI-STRAUSS: *Les Structures élémentaires de la Parenté.*

[30] Ibídem.

siente a menudo mucho más afecto por sus hijos que por sus sobrinos; precisamente en tanto que padre será como él optará por afirmarse cuando tal afirmación sea posible. He ahí por qué toda sociedad tiende hacia una forma patriarcal, cuando su evolución lleva al hombre a tomar conciencia de sí mismo y a imponer su voluntad. Sin embargo, importa subrayar que, incluso en los tiempos en que aún se sentía confuso ante los misterios de la Vida, la Naturaleza y la Mujer, jamás se sintió destituido de su poder; cuando, espantado por la peligrosa magia que encierra la mujer, la sitúa como lo esencial, es él quien la sitúa, y así se realiza él mismo como lo esencial en esa alienación que consiente; pese a las fecundas virtudes que la penetran, el hombre sigue siendo su amo, del mismo modo que es amo de la tierra fértil; la mujer está destinada a ser sometida, poseída, explotada, como lo es también la Naturaleza cuya mágica fertilidad ella encarna. El prestigio de que goza a los ojos de los hombres es de ellos de quienes lo recibe; los hombres se arrodillan ante lo Otro, adoran a la Diosa Madre. Mas, por poderosa que esta parezca, solo es captada a través de las nociones creadas por la conciencia masculina. Todos los ídolos inventados por el hombre, por terroríficos que los haya forjado, están de hecho bajo su dependencia, y por ello le será posible destruirlos. En las sociedades primitivas, esa dependencia no es ni reconocida ni planteada, pero existe inmediatamente, en sí misma; y será fácilmente mediatizada tan pronto como el hombre adquiera una conciencia más clara de sí mismo, tan pronto como ose afirmarse y oponerse. Y, en verdad, incluso cuando el hombre se ve como un ente dado, pasivo, que sufre los azares de la lluvia y el sol, se realiza también como trascendencia, como proyecto; ya en él se afirman el espíritu y la voluntad contra la confusión y la contingencia de la vida. El antepasado totémico, cuyas múltiples encarnaciones la mujer asume, es más o menos nítidamente, bajo su nombre de animal o de árbol, un principio viril; la mujer perpetúa la existencia carnal del mismo, pero su papel es exclusivamente nutricio, no creador; ella no crea en ningún dominio; conserva la vida de la tribu dándole hijos y pan, nada más: permanece consagrada a la inmanencia; de la sociedad no encarna más que el aspecto estático, encerrado en sí mismo. Mientras que el hombre continúa acaparando las funciones que abren esa sociedad a la Naturaleza y al conjunto de la colectividad humana; los únicos trabajos dignos de él son la guerra, la caza, la pesca; conquista presas extranjeras y las anexiona a la tribu; guerra, caza y pesca representan una expansión de la existencia, su superación hacia el mundo; el varón sigue siendo la sola encarnación de la trascendencia. Todavía no dispone este de los medios prácticos para dominar totalmente a la MujerTierra, todavía no se atreve a alzarse contra ella: pero ya quiere liberarse. En mi opinión, es en esta voluntad donde hay que buscar la razón profunda de la famosa costumbre de la exogamia, tan extendida en las sociedades de filiación uterina.

Incluso si el hombre ignora el papel que representa en la procreación, el matrimonio tiene para él una gran importancia: a través del mismo es como accede a la dignidad de adulto y recibe en participación una parcela del mundo; por su madre está ligado al clan, a los antepasados y a todo cuanto constituye su propia sustancia; pero en todas esas funciones laicas, trabajo, matrimonio, pretende evadirse de ese círculo, afirmar la trascendencia contra la inmanencia, abrirse un porvenir diferente del pasado donde hunde sus raíces; según el tipo de pertenencia reconocido en las diferentes sociedades, la prohibición del incesto adopta formas diferentes, pero desde las épocas primitivas hasta nuestros días conserva el mismo sentido: lo que el hombre desea poseer es aquello que no es; se une a lo que se le aparece como Otro distinto de él. Así, pues, no es preciso que la esposa participe del maná del esposo; lo que hace falta es que le sea extraña, y, por tanto, extraña a su clan. El matrimonio primitivo se funda a veces en un rapto, ya sea real o simbólico, porque la violencia hecha a otro es la afirmación más evidente de su alteridad. Al conquistar a su mujer por medio de la fuerza, el guerrero demuestra que ha sabido anexionarse una riqueza forastera y hacer saltar los límites del destino que le había asignado su nacimiento; la compra, bajo sus diferentes formas -tributo pagado, prestación de servicios-. manifiesta con menos esplendor la misma significación [31].

Poco a poco, el hombre ha mediatizado su experiencia y, tanto en sus representaciones como en su existencia práctica, el que ha triunfado ha sido el principio viril. El Espíritu ha triunfado sobre la Vida,

---

[31] En la ya citada tesis de Lévi-Strauss, y bajo una forma un poco diferente, encontramos confirmación de esta idea. De su estudio se desprende que la prohibición del incesto no es en modo alguno el hecho primitivo del que procede la exogamia; pero refleja, bajo una forma negativa, una positiva voluntad de exogamia. No hay ninguna razón inmediata para que una mujer sea inadecuada para el comercio eón los hombres de su clan; pero resulta socialmente útil que forme parte de las prestaciones en virtud de las cuales cada clan, en lugar de encerrarse dentro de sí, establece con el otro unas relaciones de reciprocidad: «La exogamia tiene un valor menos negativo que positivo... Prohibe el matrimonio endógamo... no porque haya un peligro biológico en el matrimonio consanguíneo, ciertamente, sino porque de un matrimonio exógamo resulta un beneficio social.» Es preciso que el grupo no consuma a título privado las mujeres que constituyen uno de sus bienes, sino que las convierta en instrumento de comunicación; si se prohibe el matrimonio con una mujer del clan, «la única razón para ello consiste en que ella es lo mismo cuando debe (y, por tanto, puede) convertirse en lo otro... Las mujeres vendidas en esclavitud pueden ser las mismas que las que primitivamente fueron ofrecidas. A unas y a otras no les falta más que el signo de la alteridad, que es consecuencia de cierta posición en una estructura y no de un carácter innato.»

la trascendencia sobre la inmanencia, la técnica sobre la magia y la razón sobre la superstición. La devaluación de la mujer representa una etapa necesaria en la historia de la Humanidad, porque no era de su valor positivo, sino de la debilidad del hombre, de donde ella extraía su prestigio; en ella se encarnaban los inquietantes misterios naturales: el hombre escapa a su influencia cuando se libera de la Naturaleza. Es el paso de la piedra al bronce lo que le permite realizar, por medio de su trabajo, la conquista del suelo y conquistarse a sí mismo. El agricultor está sometido a los azares de la tierra, de las germinaciones, de las estaciones; es un sujeto pasivo, que conjura y espera: por eso los espíritus totémicos poblaban el mundo humano; el campesino sufría los caprichos de las potencias que lo cercaban. Por el contrario, el obrero modela el útil de acuerdo con su propósito; con sus manos le impone la figura de su proyecto; frente a la Naturaleza inerte, que se le resiste, pero a la que domeña, se afirma como voluntad soberana; si apresura sus golpes sobre el yunque, apresura la terminación del útil, mientras que nada puede acelerar la maduración de las espigas; el obrero aprende sobre el objeto al que ha dado forma su propia responsabilidad: su gesto, hábil o torpe, lo hace o lo rompe; prudente, diestro, lo lleva a un punto de perfección que le enorgullece: su éxito no depende del favor de los dioses, sino de él mismo; reta a sus compañeros, se enorgullece de sus logros; y, aunque todavía conceda cierto lugar a los ritos, las técnicas exactas le parecen mucho más importantes; los valores místicos pasan a un segundo plano, y los intereses prácticos, al primero; no se emancipa enteramente de los dioses, pero los separa de sí al separarse de ellos; los relega a su cielo olímpico y conserva para sí el dominio terrestre; el gran Pan empieza a decaer tan pronto como resuena el primer martillazo y se inicia el reinado del hombre, que se percata de su poder. En la relación existente entre su brazo creador y el objeto fabricado experimenta la causalidad: el grano sembrado germina o no germina, mientras el metal siempre reacciona del mismo modo en presencia del fuego, del temple o de la acción mecánica; ese mundo de utensilios se deja encerrar en conceptos claros: pueden entonces aparecer el pensamiento racional, la lógica y las matemáticas. Toda la faz del universo ha quedado trastornada. La religión de la mujer estaba ligada al reino de la agricultura, reino de la duración irreducible, de la contingencia, del azar, de la espera, del misterio; el del *homo faber* es el reino del tiempo, al cual se puede vencer como al espacio; el reino de la necesidad, del proyecto, de la acción, de la razón. Incluso cuando se encara con la tierra, el hombre la afrontará en adelante como obrero; descubre que puede enriquecerse el suelo, que es bueno concederle descanso, que a tal semilla hay que tratarla de tal o cual manera: es él quien hace fructificar las cosechas; excava canales, riega o deseca el suelo, traza caminos, construye templos: crea el mundo de nuevo. Los pueblos que han permanecido bajo la dependencia de la diosa-madre, aquellos en los cuales se ha perpetuado la filiación uterina, también se han detenido en un estadio de civilización primitiva. Y es que la mujer no era venerada sino en la medida en que el hombre se hacía esclavo de sus propios temores, cómplice de su propia impotencia: le rendía culto en el terror, no en el amor. El hombre no podía realizarse sino empezando por destronar a la mujer[32]. Entonces reconocerá como soberano el principio viril de fuerza creadora, de luz, de inteligencia, de orden. Junto a la diosa-madre surge un dios, hijo o amante, que todavía le es inferior, pero que se le asemeja rasgo por rasgo y que le está asociado. También él encarna un principio de fecundidad: es un toro, es el Minotauro, es el Nilo que fertiliza las llanuras de Egipto. Muere en otoño y renace en primavera, después que la esposa-madre invulnerable, pero desolada, haya consagrado sus fuerzas a buscar su cuerpo y a reanimarlo. Se ve aparecer en Creta la pareja que se ha de encontrar en todas las riberas del Mediterráneo: Isis y Horus en Egipto, Astarté y Adonis en Fenicia, Cibeles y Atis en Asia Menor, Rhea y Zeus en la Grecia helénica. Después, la Gran Madre se ve destronada. En Egipto, donde la situación de la mujer permanece excepcionalmente favorable, la diosa Nut, que encarna al cielo, e Isis, la tierra fecundada, esposa del Nilo, Osiris, siguen siendo diosas de suma importancia; pero, no obstante, el rey supremo es Ra, el dios sol, luz y energía viril. En Babilonia, Istar no es más que la esposa de Bel-Marduk; es él quien crea las cosas y garantiza su armonía. El dios de los semitas es masculino. Cuando Zeus reina en el cielo, es preciso que abdiquen Gea, Rhea, Cibeles: en Deméter no pervive más que una divinidad todavía imponente, pero secundaria. Los dioses védicos tienen esposas, a las cuales, sin embargo, no se adora con el mismo título que a ellos. El Júpiter romano no tiene par[33].

---

32 Bien entendido que esta condición es necesaria, pero no suficiente: hay civilizaciones patrilineales que se han estancado en un estadio primitivo; otras, como la de los mayas, han degenerado. No existe una jerarquía absoluta entre las sociedades de derecho materno y las de derecho paterno; pero solo estas últimas han evolucionado técnica e ideológicamente.

33 Es interesante observar (de acuerdo con M. BEGOUEN: Journal de Psychologie, año 1934) que en la época auriñaciense se encuentran numerosas estatuillas que representan a mujeres con los atributos sexuales exageradamente realzados: son notables por sus formas rollizas y por la importancia que se concede a la vulva. Además, se encuentran igualmente en las cavernas vulvas aisladas, toscamente dibujadas. En los períodos solutrense y magdaleniense, esas efigies desaparecieron. En el auriñaciense, las estatuillas masculinas son muy raras y nunca se representa en ellas el órgano viril. En el magdaleniense, todavía se encuentra la figuración de algunas vulvas, pero en escaso número, mientras que, por el contrario, se ha descubierto gran cantidad de falos.

Así, pues, el triunfo del patriarcado no fue ni un azar ni el resultado de una revolución violenta. Desde el origen de la Humanidad, su privilegio biológico ha permitido a los varones afirmarse exclusivamente como sujetos soberanos; jamás han abdicado de ese privilegio; en parte han alienado su existencia en la Naturaleza y en la mujer; pero en seguida la han reconquistado; condenada a representar el papel del Otro, la mujer estaba igualmente condenada a no poseer más que un poder precario: esclava o ídolo, jamás ha sido ella misma quien ha elegido su suerte. «Los hombres hacen a los dioses; las mujeres los adoran», ha dicho Frazer; son ellos quienes deciden si sus divinidades supremas serán hembras o machos; el puesto de la mujer en la sociedad es siempre el que ellos le asignan; en ningún tiempo ha impuesto ella su propia ley.

Tal vez, sin embargo, si el trabajo productor hubiese seguido estando al alcance de sus fuerzas, la mujer habría realizado con el hombre la conquista de la Naturaleza; la especie humana se habría afirmado contra los dioses a través de los individuos masculinos y femeninos; pero ella no ha podido hacer suyas las promesas del útil. Engels ha explicado incompletamente ese fracaso: no basta decir que la invención del bronce y del hierro ha modificado profundamente el equilibrio de las fuerzas productivas y que así se ha realizado la inferioridad de la mujer; esa inferioridad no basta por sí sola para explicar la opresión que ha sufrido. Lo que le ha sido nefasto ha sido que, al no convertirse para el obrero en una compañera de trabajo, ha quedado excluida del mitsein humano: el que la mujer sea débil y de inferior capacidad productiva no explica esa exclusión; como ella no participaba en su manera de trabajar y de pensar, como permanecía sometida a los misterios de la vida, el varón no reconoció en ella a un semejante; desde el momento que no la adoptaba y que ella conservaba a sus ojos la dimensión de lo otro, el hombre no podía sino convertirse en su opresor. La voluntad masculina de expansión y de dominación ha transformado la incapacidad femenina en una maldición. El hombre ha querido agotar las nuevas posibilidades abiertas por las nuevas técnicas: ha recurrido a una mano de obra servil; ha reducido a esclavitud a su semejante. El trabajo de los esclavos era mucho más eficaz que el que la mujer podía proporcionar, y ello le hizo perder el papel económico que desempeñaba en la tribu. En sus relaciones con el esclavo, el amo encontró además una confirmación de su soberanía mucho más radical que en la mitigada autoridad que ejercía sobre la mujer. Venerada y temida por su fecundidad, siendo otra que el hombre y participando del inquietante carácter de lo otro, la mujer tenía en cierto modo al hombre bajo su dependencia desde el momento mismo en que dependía de él; la reciprocidad de la relación amo-esclavo existía realmente para ella y, en su virtud, escapaba a la esclavitud. El esclavo no está protegido por ningún tabú; no es más que un hombre esclavizado, no diferente, pero sí inferior: el juego dialéctico de sus relaciones con el amo tardará siglos en actualizarse; en el seno de la sociedad patriarcal organizada, el esclavo no es más que una bestia de carga con rostro humano: el amo ejerce sobre él una autoridad tiránica; ello exalta su orgullo, que lo vuelve contra la mujer. Todo cuanto gana lo gana contra ella; cuanto más poderoso se hace, más decae ella.

En particular, cuando se convierte en propietario del suelo[34], reivindica también la propiedad de la mujer. En otros tiempos estaba poseído por el maná, por la Tierra; ahora tiene un alma, unas tierras; emancipado de la Mujer, reclama también una mujer y una posteridad para sí. Quiere que el trabajo familiar que utiliza en beneficio de sus campos sea totalmente suyo, y, para eso, es preciso que los trabajadores le pertenezcan: esclaviza a su mujer y a sus hijos. Necesita herederos en quienes se prolongará su existencia terrestre, puesto que les lega sus bienes y ellos le rendirán más allá de la tumba los honores necesarios para el reposo de su alma. El culto de los dioses domésticos se superpone a la constitución de la propiedad privada, y la función de heredero es económica y mística a la vez. Así, desde el día en que la agricultura cesa de ser una operación esencialmente mágica y se convierte primordialmente en un trabajo creador, el hombre se descubre como fuerza generatriz; reivindica a sus hijos al mismo tiempo que sus cosechas[35].

En los tiempos primitivos, no hay revolución ideológica más importante que la que sustituye la filiación uterina por la agnación; a partir de entonces, la madre es rebajada al rango de nodriza, de sirviente, mientras se exalta la soberanía del padre, que es quien ostenta los derechos y los transmite. En Las Euménides, de Esquilo, Apolo proclama estas nuevas verdades: «No es la madre quien engendra lo que se llama su hijo: ella no es más que la nodriza del germen vertido en su seno; quien engendra es el padre. La mujer recibe el germen como una depositaria extraña y, si place a los dioses, lo conserva.» Es evidente que tales afirmaciones no resultan de un descubrimiento científico: son una profesión de fe. Sin duda, la experiencia de la causalidad técnica, de donde el hombre extrae la

[34] Véase parte primera, capitulo III

[35] Del mismo modo que la mujer estaba asimilada a los surcos, se asimila entonces el falo al arado, y a la inversa. En un dibujo de la época kassita, que representa un arado, están trazados los símbolos del acto generador; posteriormente, se ha reproducido con frecuencia plásticamente la identidad falo-arado. La palabra lak designa en algunas lenguas austroasiáticas el falo y la laya al mismo tiempo. Existe una oración asiría dirigida a un dios cuyo «arado ha fecundado la tierra».

seguridad de su poder creador, le ha llevado a reconocer que era tan necesario como la mujer para la procreación. La idea ha guiado a la observación; pero esta se limita a conceder al padre un papel igual al de la madre, y ello llevaba a suponer que, en el plano natural, la condición de la concepción era el encuentro del semen y el menstruo; la idea que expresa Aristóteles: la mujer es solamente materia, «el principio del movimiento, que es masculino en todos los seres que nacen, es mejor y más divino», esa idea traduce una voluntad de poder que sobrepasa a todo conocimiento. Al atribuirse exclusivamente su posteridad, el hombre se desprende definitivamente de la influencia de la feminidad y conquista contra la mujer la dominación del mundo. Consagrada a la procreación y a faenas secundarias, despojada de su importancia práctica y de su prestigio místico, la mujer no aparece ya sino como sirviente.

II.

Destronada por el advenimiento de la propiedad privada, es a la propiedad privada a la que está ligada la suerte de la mujer en el curso de los siglos: su historia se confunde en gran parte con la historia de la herencia. Se comprende la importancia fundamental de esta institución si se tiene presente que el propietario aliena su existencia en la propiedad, a la que aprecia más que su vida misma; esa propiedad desborda los estrechos límites de esta vida temporal, subsiste más allá de la destrucción del cuerpo, encarnación terrestre y sensible del alma inmortal; pero esta supervivencia solo se realiza si la propiedad permanece en manos del poseedor: más allá de la muerte no podría ser suya sino perteneciendo a individuos en quienes se prolongue y se reconozca, que sean suyos. Cultivar el dominio paterno, rendir culto a los manes del padre, he ahí para el heredero una sola y misma obligación: asegura así la supervivencia de los antepasados en la tierra y en el mundo subterráneo. De modo que el hombre no aceptará compartir con la mujer ni sus bienes ni sus hijos. No logrará imponer sus pretensiones totalmente ni para siempre. Pero, tan pronto como el patriarcado se ha hecho potente, arrebata a la mujer todos sus derechos sobre la tenencia y transmisión de bienes.

*** * ***

Es el conflicto entre la familia y el Estado lo que define la historia de la mujer romana. Los etruscos constituían una sociedad de filiación uterina, y es probable que, en tiempos de la realeza, Roma conociese todavía la exogamia vinculada al régimen de derecho materno: los reyes latinos no se transmitían hereditariamente el poder. Lo cierto es que, después de la muerte de Tarquino, se afirma el derecho patriarcal: la propiedad agrícola, el dominio privado y, por tanto, la familia, constituyen la célula de la sociedad. La mujer va a quedar estrechamente sometida al patrimonio y, por consiguiente, al grupo familiar: las leyes la privan incluso de todas las garantías que les eran reconocidas a las mujeres griegas; su existencia transcurre en la incapacidad y la servidumbre. Bien entendido, está excluida de los asuntos públicos, todo «oficio viril» le está rigurosamente prohibido; y en su vida civil es una eterna menor. No se le niega directamente su parte en la herencia paterna, pero le impiden disponer de ella por un medio indirecto: se la somete a la autoridad de un tutor. «La tutela ha sido establecida en interés de los mismos tutores -dice Gayo-, con objeto de que la mujer de la cual son presuntos herederos no pueda arrebatarles su herencia por medio de testamento, ni empobrecerla mediante enajenaciones o deudas.» El primer tutor de la mujer es su padre; en su defecto, los agnados paternos cumplen esa función. Cuando la mujer se casa, pasa «a manos» de su esposo; hay tres formas de matrimonio: la conferratio, en la cual los esposos ofrecen a Júpiter Capitolino un pastel de espelta en presencia del flamen dial; la coemptio, venta ficticia por medio de la cual el padre plebeyo «mancipaba» su hija al marido, y el usus, que resultaba de la cohabitación durante un año; las tres formas son con «manu», es decir, que el esposo sustituye al padre o a los tutores agnados; su mujer es asimilada a una de sus hijas, y es él quien desde entonces tiene todo poder sobre su persona y sus bienes. Sin embargo, desde la época de la ley de las XII Tablas, el hecho de que la romana perteneciese a la vez a la gens paterna y a la gens conyugal dio nacimiento a conflictos que están en el origen de su emancipación legal. En efecto, el matrimonio con «manu» despoja a los tutores agnados. Para defender los intereses de los parientes paternos aparece entonces el matrimonio sine manu; en este caso, los bienes de la mujer permanecen bajo la dependencia de los tutores, el marido sólo tiene derechos sobre su persona; e incluso ese poder lo comparte con el pater familias, que conserva sobre su hija una autoridad absoluta. El tribunal doméstico está encargado de solventar los desacuerdos que puedan surgir entre padre y marido: semejante institución permite a la mujer recurrir al marido frente al padre y al padre frente al marido; no es ya cosa de un solo individuo. Por otro lado, aunque la gens sea extremadamente fuerte, como

lo prueba la existencia misma de ese tribunal independiente de los tribunales públicos, el padre de familia, que es su jefe, es ante todo un ciudadano: su autoridad es ilimitada, gobierna absolutamente a su esposa y a sus hijos; pero estos no son propiedad suya; más bien lo que hace es administrar su existencia con vistas al bien público; la mujer que trae al mundo los hijos, y cuyo trabajo doméstico abarca con frecuencia faenas agrícolas, es utilísima para el país y profundamente respetada. Se observa aquí un hecho muy importante, que volvemos a encontrar en todo el curso de la Historia: el derecho abstracto no basta para definir la situación concreta de la mujer; esta depende en gran parte del papel económico que represente; y frecuentemente, incluso, la libertad abstracta y los poderes concretos varían en sentido inverso. Legalmente más sojuzgada que la griega, la mujer romana está más profundamente integrada en la sociedad; en la casa, se sienta en el atrio, que es el centro de la morada, en lugar de estar relegada al secreto del gineceo, ella es quien preside el trabajo de los esclavos; dirige la educación de los hijos y a menudo ejerce su influencia sobre ellos hasta edad avanzada; comparte los trabajos y preocupaciones de su esposo, y es considerada copropietaria de sus bienes; la fórmula del matrimonio «Ubi tu Gaïus, ego Gaïa», no es una fórmula huera; se llama «dómina» a la matrona; es dueña del hogar y está asociada al culto; no es esclava, sino compañera del hombre; el lazo que a él, la une es tan sagrado, que en cinco siglos no se conoce un solo divorcio. No está confinada en sus habitaciones: asiste a las comidas, a las fiestas, va al teatro; en la calle los hombres le ceden el paso, cónsules y lictores la saludan al pasar. Las leyendas le otorgan en la Historia un papel eminente: conocídas son las de las sabinas, Lucrecia y Virginia; Coriolano cede ante las súplicas de su madre y de su esposa; la ley de Lucinio, que consagra el triunfo de la democracia romana, le habría sido inspirada por su mujer; fue Cornelia quien forjó el alma de los Gracos. «Los hombres gobiernan a las mujeres por doquier -decía Catón-, y nosotros, que gobernamos a todos los hombres, somos gobernados por nuestras mujeres.»

Poco a poco, la situación legal de la romana se adapta a su condición práctica. En tiempos de la oligarquía patricia, cada pater familias es, en el seno de la República, un soberano independiente; pero cuando el poder del Estado se afirma, lucha contra la concentración de las fortunas, contra la arrogancia de las familias poderosas. El tribunal doméstico se borra ante la justicia pública. Y la mujer adquiere derechos cada vez más importantes. Cuatro poderes limitaban primitivamente su libertad: el padre y el marido disponían de su persona, y el tutor y la manus, de sus bienes. El Estado se apoya en la oposición entre el padre y el marido para restringir sus derechos: es el tribunal del Estado el que juzgará los casos de adulterio, de divorcio, etc. De igual modo se destruyen mutuamente la tutela y la manus. En interés del tutor, ya se había separado la manus del matrimonio; en seguida esta se convierte en un expediente que las mujeres utilizan para librarse de los tutores, ora contrayendo matrimonios ficticios, ora obteniendo de su padre o del Estado tutores complacientes. Bajo la legislación imperial, la tutela será enteramente abolida. Al mismo tiempo, la mujer obtiene una garantía positiva de su independencia: se obliga al padre a reconocerle una dote; esta no revierte a los agnados después de la disolución del matrimonio, y jamás pertenece al marido; en cualquier instante, la mujer puede exigir su restitución por medio de un súbito divorcio, lo cual sitúa al hombre a su merced. «Al aceptar la dote, el hombre vendía su poder», dice Plauto. Desde el fin de la República, la madre ha visto cómo se le reconocía, en igualdad con el padre, el derecho al respeto de sus hijos; se le concede la custodia de su progenitura en caso de tutela o de mala conducta del marido. Bajo Adriano, un senado-consulto le confiere, cuando ella tiene tres hijos y el difunto carece de posteridad, un derecho a la sucesión ab intestato de cada uno de ellos. Y bajo Marco Aurelio se termina la evolución de la familia romana: a partir de 178 la madre tiene por herederos a sus hijos, que se imponen a los agnados; la familia se funda desde entonces en la conjunctio sanguinis, y la madre aparece como igual del padre; la hija hereda como sus hermanos.

Sin embargo, en la historia del derecho romano se observa un movimiento que contradice lo que acabamos de exponer: al independizar a la mujer de la familia, el poder central la toma bajo su tutela y la somete a diversas incapacidades legales.

En efecto, la mujer adquiriría una importancia inquietante si lograse ser, a la vez, rica e independiente; de modo que van a esforzarse para quitarle con una mano lo que le conceden con la otra. La ley Oppia, que prohibía el lujo a las romanas, fue votada en el momento en que Aníbal amenazaba a Roma; una vez pasado el peligro, las mujeres exigieron su derogación; Catón, en un célebre discurso, exigió que fuese mantenida; pero la manifestación de matronas reunidas en la plaza pública les dio la victoria sobre él. A renglón seguido, se propusieron diferentes leyes, tanto más severas cuanto más se relajaban las costumbres, pero sin gran éxito: apenas hicieron otra cosa que suscitar fraudes. Solamente triunfó el senado-consulto veleyano, que prohibía a la mujer «interceder» por otro[36], privándola de casi toda capacidad civil. En el momento en que la mujer ha logrado

[36] Es decir, vincularse a otro por medio de contrato.

prácticamente la máxima emancipación, es cuando se proclama la inferioridad de su sexo, lo cual constituye un notable ejemplo del proceso de justificación masculina de que he hablado: como ya no se limitan sus derechos en tanto que hija, esposa o hermana, se le rehusa la igualdad con el hombre en tanto que sexo; y para vejarla se pretexta «la imbecilidad, la fragilidad del sexo».

Es cierto que las matronas no hicieron muy buen uso de su nueva libertad; pero también es cierto que les fue prohibido sacar un partido positivo de ella. De estas dos corrientes contrarias -una corriente individualista que arrebata la mujer a la familia, otra estatista que la molesta como individuo-, resulta que su situación carece de equilibrio. Es heredera, tiene los mismos derechos legales que el padre con respecto a los hijos, hace testamento, escapa a la opresión conyugal gracias a la institución de la dote, puede divorciarse y volverse a casar como se le antoje; pero solo se emancipa de una manera negativa, ya que nadie le propone ningún empleo concreto de sus fuerzas. La independencia económica tiene un carácter abstracto, puesto que no engendra ninguna capacidad política; así, no pudiendo actuar, las romanas se manifiestan: se extienden tumultuosamente por la ciudad, asedian a los tribunales, fomentan conjuraciones, dictan proscripciones, atizan las guerras civiles; van en procesión a buscar la estatua de la Madre de los Dioses y la escoltan a lo largo del Tíber, introduciendo así en Roma las divinidades orientales; en 114 estalla el escándalo de las vestales, cuyo colegio es suprimido. Siéndoles inasequibles la vida y las virtudes públicas, cuando la disolución de la familia hace inútiles y caducas las virtudes privadas de antaño, ya no queda ninguna moral que proponer a las mujeres. Estas tienen que elegir entre dos soluciones: u obstinarse en respetar los mismos valores que sus abuelos o no reconocer ya ningún otro. A finales del siglo primero y comienzos del segundo, se ve a muchas mujeres que siguen siendo compañeras y asociadas de sus esposos como en tiempos de la República: Plotina comparte la gloria y las responsabilidades de Trajano; Sabina se hace tan célebre por sus buenas acciones, que se erigen estatuas que la divinizan en vida; bajo Tiberio, Sextia se niega a sobrevivir a Emilio Escaurro, y Pascea a Pomponio Labeo; Paulina se abre las venas al mismo tiempo que Séneca; Plinio el Joven ha hecho célebre el «Poete, non dolet» de Arria; Marcial admira en Claudia Rufina, en Virginia, en Sulpicia, a esposas irreprochables y madres abnegadas. Pero hay multitud de mujeres que rehusan la maternidad y multiplican los divorcios; las leyes siguen prohibiendo el adulterio: ciertas matronas llegan incluso a inscribirse como prostitutas, con objeto de no ser molestadas en sus orgías[37]. Hasta entonces, la literatura latina siempre se había mostrado respetuosa con las mujeres: a partir de ese momento, los escritores satíricos se desencadenan contra ellas. Por lo demás, atacan, no a la mujer en general, sino esencialmente a sus contemporáneas. Juvenal les reprocha su lujuria, su glotonería; las censura por pretender dedicarse a las ocupaciones de los hombres: se interesan por la política, se hunden en legajos de procesos, discuten con los gramáticos y los retóricos, se apasionan por la caza, las carreras de carros, la esgrima, la lucha. El hecho es que rivalizan con los hombres, sobre todo por su afición a las diversiones y por sus vicios; para aspirar a fines más elevados carecen de una educación suficiente; y, por otra parte, nadie les propone ningún fin; la acción les sigue estando prohibida. La romana de la antigua República tiene un lugar en la Tierra, pero está encadenada a ella, privada de derechos abstractos y de independencia económica; la romana de la decadencia es el tipo de la falsa emancipada que, en un mundo del que los únicos dueños siguen siendo los hombres, no posee más que una libertad vacía: es libre «para nada».

III.

La evolución de la situación femenina no ha tenido una progresión continuada. Con las grandes invasiones, la civilización toda entera fue puesta de nuevo en tela de juicio. El propio Derecho romano sufre la influencia de una nueva ideología: el cristianismo; y, durante los siglos siguientes, los bárbaros hacen triunfar sus leyes. La situación económica, social y política queda trastornada; la de la mujer sufre las consecuencias de ello.

La ideología cristiana ha contribuido no poco a la opresión de la mujer. Sin duda hay en el Evangelio un soplo de caridad que se extiende tanto a las mujeres como a los leprosos; son las gentes humildes, los esclavos y las mujeres quienes más apasionadamente se adhieren a la nueva ley. En los primeros tiempos del cristianismo, a las mujeres, cuando se sometían al yugo de la Iglesia, se las honraba relativamente; daban testimonio de mártires al lado de los hombres; sin embargo, no podían

[37] Roma, como Grecia, tolera oficialmente la prostitución. Había dos clases de cortesanas: unas vivían encerradas en burdeles. Las otras, las «bonae meretrices», ejercían libremente su profesión; no tenían derecho a llevar la ropa de las matronas; ejercían cierta influencia en materia de modas, vestidos y arte; pero jamás ocuparon una posición tan elevada como la de las hetairas de Atenas.

participar en el culto sino a título secundario; las «diaconesas» solo estaban autorizadas para desempeñar tareas laicas: cuidados a los enfermos, socorros a los indigentes. Y si el matrimonio es considerado como una institución que exige recíproca fidelidad, parece evidente que la esposa estará totalmente subordinada en el mismo al esposo: a través de San Pablo se afirma la tradición judía, ferozmente antifeminista. San Pablo ordena a las mujeres recogimiento y discreción; fundamenta en el Antiguo y en el Nuevo Testamento el principio de la subordinación de la mujer al hombre. «Porque el varón no es de la mujer, sino la mujer del varón; y porque tampoco el varón fue criado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón.» Y en otro lugar: «Así como la Iglesia está sometida a Cristo, así sea sumisa en todas las cosas la mujer al marido.» En una religión donde la carne es maldita, la mujer aparece como la más temible tentación del demonio. Tertuliano escribe: «Mujer, eras la puerta del diablo. Has persuadido a aquel a quien el diablo no osaba atacar de frente. Por tu culpa **{**101**}** ha debido morir el Hijo de Dios; deberías ir siempre vestida de luto y harapos.» San Ambrosio: «Adán fue inducido al pecado por Eva, y no Eva por Adán. Aquel a quien la mujer ha inducido al pecado, justo es que sea recibido por ella como soberano.» Y San Juan Crisóstomo: «Entre todas las bestias salvajes, no hay ninguna más dañina que la mujer.»

Cuando en el siglo IV se constituye el Derecho Canónico, el matrimonio se presenta como una concesión a las flaquezas humanas, como algo incompatible con la perfección cristiana. «Echemos mano del hacha y cortemos de raíz el estéril árbol del matrimonio», escribe San Jerónimo. A partir de Gregorio VI, cuando se impone el celibato a los sacerdotes, se subraya más severamente el carácter peligroso de la mujer: todos los Padres de la Iglesia proclaman su abyección. Santo Tomás será fiel a esta tradición cuando declara que la mujer no es más que un ser «ocasional» e incompleto, una suerte de hombre frustrado. «El hombre es la cabeza de la mujer, del mismo modo que Cristo es la cabeza del hombre -escribe-. Es una constante que la mujer está destinada a vivir bajo el dominio del hombre y no tiene ninguna autoridad por sí misma.» Tampoco el Derecho Canónico admite otro régimen matrimonial que no sea el régimen de dote, que hace a la mujer incapaz e impotente. No solamente le siguen prohibidos los oficios viriles, sino también se le prohibe deponer ante la justicia y no se reconoce el valor de su testimonio. Los emperadores sufren de manera mitigada la influencia de los Padres de la Iglesia; la legislación de Justiniano honra a la mujer en tanto que esposa y madre, pero la esclaviza a sus funciones; su incapacidad se debe a su situación en el seno de la familia, no a su sexo. Está prohibido el divorcio y se exige que el matrimonio sea un acontecimiento público; la madre ejerce sobre sus hijos una autoridad igual a la del padre, y tiene los mismos derechos a sus sucesiones; si su marido muere, se convierte en tutora legal de los hijos. Es modificado el senado-consulto veleyano: en adelante, ella podrá interceder en beneficio de terceros; pero no puede contratar por su marido; su dote se hace inalienable: es el patrimonio de los hijos y le está prohibido disponer de ella.

A estas leyes se yuxtaponen, en los territorios ocupados por los bárbaros, las tradiciones germánicas. Las costumbres de los germanos eran singulares. Solo durante las guerras reconocían jefes; en tiempo de paz, la familia era una sociedad autónoma; al parecer, fue intermediaria entre los clanes fundados en la filiación uterina y la gens patriarcal; el hermano de la madre tenía el mismo poder que el padre, y ambos ejercían sobre su sobrina e hija, respectivamente, una autoridad igual a la del marido. En una sociedad donde toda capacidad tenía su origen en la fuerza bruta, la mujer era en realidad completamente impotente; se le reconocían, sin embargo, derechos que la dualidad de los poderes domésticos, de los cuales dependía, le garantizaban; esclavizada, era no obstante respetada; su marido la compraba: pero el precio de esa compra constituía una viudedad que era su propiedad; por otra parte, su padre la dotaba; recibía también su parte de la sucesión paterna y, en caso de asesinato de sus padres, percibía una parte de la indemnización pagada por el asesino. La familia era monógama, el adulterio estaba severamente castigado y se respetaba el matrimonio. La mujer seguía estando bajo tutela; pero estaba estrechamente asociada al marido. «En la paz y en la guerra comparte su suerte; con él vive, con él muere», escribe Tácito. Asistía a los combates, llevaba comida a los guerreros y los alentaba con su presencia. Viuda, le era transmitida una parte del poder de su esposo difunto. Aunque su incapacidad tenía sus raíces en su debilidad física, no se consideraba que expresase una inferioridad moral. Había mujeres sacerdotisas y profetisas, lo cual lleva a suponer que poseían una instrucción superior a la de los hombres. En las sucesiones, entre los objetos que volvían de derecho a las mujeres se incluyeron más tarde las joyas y los libros.

Esa tradición es la que se perpetúa en el curso de la Edad Media. La mujer se halla bajo la absoluta dependencia del padre y del marido: en tiempos de Clodoveo, el mundium pesa sobre ella durante toda su vida; pero los francos han renunciado a la castidad germánica; bajo los merovingios y los carolingios reina la poligamia; la mujer es casada sin su consentimiento, repudiada según los caprichos del marido, que tiene sobre ella derecho de vida y muerte; se la trata como a una sirviente. Está protegida por las leyes, pero solo en tanto que propiedad del hombre y madre de sus hijos. Llamarla «prostituta», sin pruebas de ello, es una injuria que se paga quince veces más caro que todo

insulto dirigido a un hombre; el rapto de una mujer casada equivale al asesinato de un hombre libre; estrechar la mano o el brazo de una mujer casada comporta una multa de quince a treinta y cinco sueldos; el aborto está prohibido bajo pena de una multa de cien sueldos; el asesinato de una mujer encinta cuesta cuatro veces más que el de un hombre libre; una mujer que haya dado pruebas de fecundidad vale tres veces más que un hombre libre, pero pierde todo su valor cuando ya no puede ser madre; si se desposa con un esclavo, es puesta fuera de la ley, y sus padres están autorizados para matarla. No tiene ningún derecho como persona. Sin embargo, cuando el Estado se hace poderoso, se esboza la evolución que hemos visto realizarse en Roma: la tutela de los incapaces, niños y mujeres, deja de ser un derecho de familia para convertirse en una carga pública; a partir de Carlomagno, el mundium que pesa sobre la mujer va a pertenecer al rey; este no interviene al principio más que en los casos en que la mujer está privada de sus tutores naturales; después, acapara poco a poco los poderes familiares; pero ese cambio no lleva consigo la emancipación de la mujer franca. El mundium se convierte en una carga para el tutor, que tiene el deber de proteger a su pupila: pero esa protección comporta para ella la misma esclavitud que antaño.

Cuando, al salir de las convulsiones de la alta Edad Media, se organiza el feudalismo, la condición de la mujer aparece muy incierta. Lo que caracteriza al derecho feudal es la confusión entre el derecho de soberanía y el de propiedad, entre los derechos públicos y los derechos privados. Eso explica que la mujer se encuentre alternativamente ensalzada y rebajada por ese régimen En primer lugar, se le niegan todos los derechos privados, porque no tiene ninguna capacidad política. En efecto, hasta el siglo XI, el orden se funda exclusivamente en la fuerza, y la propiedad, en el poder de las armas. Un feudo, dicen los juristas, es «una tierra que se tiene con cargo de servicio militar»; la mujer no podría detentar el dominio feudal, porque es incapaz de defenderlo. Su situación cambia cuando los feudos se hacen hereditarios y patrimoniales; ya se ha visto que en el derecho germánico subsistían algunas supervivencias del derecho materno: en ausencia de herederos masculinos, la hija podía heredar. De ahí proviene que el feudalismo admita también, hacia el siglo XI, la sucesión femenina. Sin embargo, a los vasallos se les sigue exigiendo el servicio militar; y la suerte de la mujer no mejora por el hecho de que se convierta en heredera: necesita un tutor masculino; el marido es quien representa este papel: él es quien recibe la investidura, quien lleva el feudo, quien posee el usufructo de los bienes. Al igual que la epictera griega, la mujer es el instrumento mediante el cual se transmite el dominio, no quien lo ejerce; no por ello está emancipada; en cierto modo, es absorbida por el feudo, forma parte de los bienes inmuebles. El dominio ya no es cosa de la familia, como en tiempos de la gens romana: es propiedad del soberano; y la mujer también pertenece al soberano. Es este quien elige un esposo para ella; cuando tiene hijos, es a él más que a su marido a quien se los da, puesto que serán los vasallos que defenderán sus bienes. Así, pues, es esclava del dominio y del dueño de ese dominio, a través de la «protección» de un marido que le han impuesto: hay pocas épocas en las que su suerte haya sido más dura. Una heredera es una tierra y un castillo: los pretendientes se disputan la presa, y la joven no tiene a veces más que doce años o menos cuando su padre o su señor se la entregan como regalo a cualquier varón. Multiplicar los matrimonios representa para un hombre multiplicar sus dominios; de modo y manera que las repudiaciones abundan; la Iglesia las autoriza hipócritamente; estando prohibido el matrimonio entre parientes hasta el séptimo grado y definiéndose el parentesco por relaciones espirituales tales como la de padrino-madrina, tanto como por los vínculos sanguíneos, siempre se encuentra algún pretexto para la anulación; en el siglo XI es grande el número de mujeres repudiadas cuatro o cinco veces. Viuda, la mujer debe aceptar inmediatamente un nuevo dueño. En las canciones de gesta se ve a Carlomagno casando de nuevo, y en bloque, a todas las viudas de sus barones muertos en España; en Girard de Vienne, la duquesa de Borgoña acude ella misma a reclamar al rey un nuevo esposo. «Mi marido acaba de morir, pero ¿de qué sirve el luto?... Buscadme un marido que sea poderoso, porque lo necesito para defender mis tierras.» Multitud de epopeyas nos muestran al rey o al soberano disponiendo tiránicamente de las jóvenes y las viudas. También se comprueba en ellas que el esposo trataba sin ningún miramiento a la mujer que le habían dado como regalo; la maltrataba, la abofeteaba, la arrastraba por los cabellos, la apaleaba; todo cuanto exige Beaumanoir de las costumbres de Beauvaisis es que el marido «castigue razonablemente» a su esposa. Esta civilización guerrera no tiene para la mujer más que desprecio. Al caballero no le interesan las mujeres: su caballo le parece un tesoro mucho más valioso; en las canciones de gesta, siempre son las jóvenes quienes se insinúan a los jóvenes; una vez casadas, se les exige una fidelidad sin reciprocidad; el hombre no las asocia a su existencia. «Maldito sea el caballero que va a solicitar consejo de una dama cuando ha de intervenir en un torneo.» Y en Renaud de Montauban se lee este apóstrofe: «Volved a vuestros aposentos pintados y dorados, sentaos en la sombra, bebed, comed, bordad, teñid la seda; pero no os ocupéis de nuestros asuntos. Nuestro asunto es luchar con la espada y el acero. ¡Callad!» La mujer comparte a veces la ruda existencia de los hombres. De joven, es instruida en todos los ejercicios del cuerpo, monta a caballo, caza con halcón; apenas recibe ninguna instrucción y es criada sin pudor: ella es quien recibe a los huéspedes del castillo, quien se ocupa de sus comidas, de sus baños, quien los «tantea» para ayudarles a dormirse; una vez mujer, tiene que perseguir animales salvajes y realizar largas y difíciles peregrinaciones; cuando el

marido está lejos, es ella quien defiende el señorío. Se admira a estas castellanas a quien se aplica el nombre de «virago», porque se comportan exactamente como los hombres: son ávidas, pérfidas, crueles, oprimen a sus vasallos. La Historia y la leyenda nos han legado el recuerdo de varias de ellas: la castellana Aubie hizo construir una torre más alta que cualquier otro torreón; e inmediatamente después mandó cortar la cabeza al arquitecto, con objeto de que su secreto quedase bien guardado; echó a su marido de sus dominios, pero este volvió a escondidas y la mató. Mabille, esposa de Roger de Montgomerri, se complacía en reducir a la mendicidad a los nobles de su señorío: estos se vengaron decapitándola. Juliana, hija bastarda de Enrique I de Inglaterra, defendió contra este el castillo de Breteuil y lo atrajo a una emboscada, por lo que su padre la castigó duramente. No obstante, tales hechos son excepcionales. Por lo común, la castellana pasa sus jornadas hilando, orando, esperando a su esposo y aburriéndose.

＊＊

El estatuto legal de la mujer ha permanecido más o menos inmutable desde comienzos del siglo XV hasta el XIX; pero, en las clases privilegiadas, su situación concreta evoluciona. El Renacimiento italiano es una época de individualismo que se muestra propicio a la eclosión de todas las personalidades fuertes, sin distinción de sexos. Se encuentran en el mismo mujeres que son poderosas soberanas, como Juana de Aragón, Juana de Nápoles, Isabel de Este; otras fueron aventureras «condottieras», que tomaron las armas igual que los hombres: así, la mujer de Giralomo Riario luchó por la libertad de Forli; Hippolita Fioramenti mandó las tropas del duque de Milán, y durante el sitio de Pavía condujo a las murallas a una compañía de grandes damas. Para defender a su ciudad contra Montluc, las sienesas constituyeron tres tropas de tres mil mujeres cada una, mandadas por mujeres. Otras italianas se hicieron célebres por su cultura o su talento, tales como Isara Nogara, Verónica Gambara, Gaspara Stampara, Vittoria Colonna (que fue amiga de Miguel Ángel) y, sobre todo, Lucrecia Tornabuoni, madre de Lorenzo y Juliano de Médicis, que escribió, entre otras cosas, himnos y una vida de San Juan Bautista y de la Virgen. Entre aquellas mujeres distinguidas están en mayoría las cortesanas; uniendo a la libertad de las costumbres la del espíritu y, asegurándose con el ejercicio de su oficio una autonomía económica, muchas de ellas eran tratadas por los hombres con deferente admiración; protegían las artes, se interesaban por la literatura, la filosofía, y frecuentemente ellas mismas escribían o pintaban: Isabel de Luna, Catarina di San Celso, Imperia, que era poetisa y música, renuevan la tradición de Aspasia y de Friné. Para muchas, sin embargo, la libertad solo toma todavía la figura de la licencia: las orgías y los crímenes de las grandes damas y de las cortesanas italianas son legendarios.

Esta licencia es también la principal libertad que se encuentra en los siglos siguientes entre las mujeres a quienes su rango o su fortuna emancipan de la moral al uso, la cual sigue siendo en general tan rigurosa como en la Edad Media.

En cuanto a las realizaciones positivas, todavía no le son posibles más que a un número muy reducido. Las reinas siempre son mujeres privilegiadas: Catalina de Médicis, Isabel de Inglaterra, Isabel la Católica son grandes soberanas. También se hacen venerar algunas grandes figuras de santas. El asombroso destino de Santa Teresa de Jesús se explica más o menos de la misma manera que el de Santa Catalina: de su confianza en Dios extrae una sólida confianza en sí misma; al llevar al punto más elevado las virtudes que convienen a su estado, se asegura el apoyo de sus confesores y del mundo cristiano: puede superar la condición común de una religiosa; funda monasterios, los administra, viaja, emprende, persevera con el denuedo aventurero de un hombre; la sociedad no le opone obstáculos; ni siquiera escribir es una audacia: sus confesores se lo ordenan. Santa Teresa pone brillantemente de manifiesto que una mujer puede subir tan alto como un hombre cuando, por un sorprendente azar, se le presentan las mismas oportunidades que a un hombre.

Pero de hecho tales oportunidades siguen siendo muy desiguales; en el siglo XVI las mujeres son todavía poco instruidas. Ana de Bretaña llama a muchas mujeres a la corte, donde en otro tiempo solamente se veían hombres; se esfuerza por formar un cortejo de damas de honor, pero se preocupa de su educación más que de su cultura. Entre las mujeres que poco más tarde se distinguen por su inteligencia, su influencia intelectual, sus escritos, la mayor parte de ellas son grandes damas: la duquesa de Retz, madame de Lignerolle, la duquesa de Rohan y su hija Anne; las más célebres son princesas: la princesa Margot y Margarita de Navarra. Perette du Guillet parece ser que fue una burguesa; pero Louise Labbé fue sin duda una cortesana: en todo caso, era mujer de una gran libertad de costumbres.

En el dominio intelectual es donde esencialmente siguieron distinguiéndose las mujeres en el siglo XVII; se desarrolla la vida mundana y se difunde la cultura; el papel que las mujeres representan en los salones es considerable; por lo mismo que no están comprometidas en la construcción del mundo,

disponen del ocio suficiente para dedicarse a la conversación, a las artes, a las letras; su instrucción no está organizada, pero a través de pláticas, lecturas, enseñanza de preceptores privados o conferencias públicas, logran adquirir conocimientos superiores a los de sus esposos: mademoiselle de Gournay, madame de Rambouillet, mademoiselle de Scudéry, madame de La Fayette, madame de Sévigné, gozan en Francia de una vasta reputación; y fuera de Francia, parecido renombre acompaña a los nombres de la princesa Elisabeth, de la reina Cristina, de mademoiselle de Schurman, que mantiene correspondencia con todo el mundo sabio. Merced a esta cultura y al prestigio que les confiere, las mujeres logran inmiscuirse en el universo masculino; del terreno de la literatura, de la casuística amorosa, muchas mujeres ambiciosas se deslizan al de las intrigas políticas. En 1623 el nuncio del papa escribía: «En Francia, todos los grandes acontecimientos, todas las intrigas de importancia, dependen frecuentemente de las mujeres.» La princesa de Condé fomenta la «conspiración de las mujeres»; Ana de Austria está rodeada de mujeres cuyos consejos sigue de buen grado; Richelieu presta complaciente oído a la duquesa D'Aiguillon; sabido es el papel que representaron, en el curso de la Fronda, madame de Montbazon, la duquesa de Chevreuse, mademoiselle de Montpensier, la duquesa de Longueville, Anne de Gonzague y tantas otras. En fin, madame de Maintenon dio un deslumbrante ejemplo de la influencia que puede ejercer en los asuntos de Estado una diestra consejera. Animadoras, consejeras, intrigantes, las mujeres se aseguran el papel más eficaz de una manera indirecta: la princesa de los Ursinos gobierna en España con más autoridad, pero su carrera es breve. Al lado de estas grandes damas, en el mundo se afirman algunas personalidades que escapan a las coacciones burguesas; se ve aparecer una especie desconocida: la actriz. En 1545 es cuando se señala por primera vez la presencia de una mujer en un escenario; todavía en 1592 no se conocía más que a una; al comienzo del siglo XVII, la mayor parte de ellas son esposas de actores; pero en seguida se independizan en su carrera, al igual que en su vida privada. En cuanto a la cortesana, después de haber sido Friné e Imperia, halla su más acabada encarnación en Ninon de Lenclos: al explotar su feminidad, la supera; al vivir entre los hombres, adquiere cualidades viriles; la independencia de sus costumbres la inclina a la independencia del espíritu: Ninon de Lenclos ha llevado la libertad al punto más extremo que a la sazón le era permitido llevarla a una mujer.

En el siglo XVIII, la libertad y la independencia de la mujer aumentan aún más. Las costumbres siguen siendo en principio severas: la joven no recibe más que una educación somera; se la casa o se la mete en un convento sin consultarla. La burguesía, clase en ascenso y cuya existencia se consolida, impone a la esposa una moral rigurosa. Pero, a modo de desquite, la descomposición de la nobleza permite a las mujeres de mundo las más grandes licencias, y hasta la alta burguesía resulta contaminada por tales ejemplos; ni los conventos ni el hogar conyugal logran contener a la mujer. Una vez más, para la mayoría, esa libertad sigue siendo negativa y abstracta: se limitan a buscar el placer. Pero las que son inteligentes y ambiciosas se crean posibilidades de acción. La vida de salón adquiere nuevos vuelos: bastante conocido es el papel representado por madame Geoffrin, madame Du Deffand, mademoiselle de Lespinasse, madame d'Epinay, madame de Tencin; protectoras, inspiradoras, las mujeres constituyen el público preferido del escritor; se interesan personalmente por la literatura, la filosofía, las ciencias: al igual que madame de Châtelet, tienen su gabinete de física, su laboratorio de química: experimentan, disecan; intervienen más activamente que nunca en la vida política: sucesivamente, madame de Prie, madame de Mailly, madame de Châteauneuf, madame de Pompadour, madame Du Barry gobiernan a Luis XV; apenas hay ministro que no tenga su Egeria; entonces es cuando Montesquieu estima que en Francia todo se hace por las mujeres, que constituyen, dice él, «un nuevo Estado dentro del Estado»; y Collé escribe, en vísperas de 1789: «Se han impuesto de tal modo a los franceses, los han subyugado de tal manera, que estos solo piensan y sienten a través de ellas.» Al lado de las mujeres de la buena sociedad hay también actrices y mujeres galantes que gozan de vasto renombre: Sophie Arnould, Julie Talma, Adrienne Lecouvreur.

Así, pues, durante todo el Antiguo Régimen, el dominio cultural es el más asequible para las mujeres que tratan de afirmarse. Ninguna, empero, ha llegado a las cimas de un Dante o un Shakespeare; este hecho se explica por la mediocridad general de su condición. La cultura no ha sido jamás sino patrimonio de una elite femenina, no de la masa; y es de la masa de donde han surgido con frecuencia los genios masculinos; las mismas privilegiadas encontraban a su alrededor obstáculos que les cerraban el paso a las grandes cimas. Nada podía detener el vuelo de una Santa Teresa, de una Catalina de Rusia; pero mil circunstancias se concitaban contra la mujer escritora. En su obrita A room of one's own, Virginia Woolf se ha divertido al imaginar el destino de una supuesta hermana de Shakespeare; mientras él aprendía en el colegio un poco de latín, gramática, lógica, ella permanecía en el hogar sumida en completa ignorancia; mientras él cazaba furtivamente, recorría los campos, se acostaba con las mujeres de la vecindad, ella fregaba y remendaba bajo la vigilancia de sus padres; si hubiese partido audazmente, como él, para buscar fortuna en Londres, no habría llegado a convertirse en una actriz que se ganase libremente la vida; o bien habría sido devuelta a su familia, que la casaría a la fuerza, o bien, seducida, abandonada, deshonrada, se habría matado de

desesperación. También podemos imaginarla convertida en una alegre prostituta, una Moll Flanders, como la pintada por Daniel de Foe; pero en ningún caso habría dirigido una compañía de cómicos o escrito dramas. En Inglaterra, observa V. Woolf, las mujeres escritoras siempre han suscitado hostilidad. El doctor Johnson las comparaba a «un perro que camina sobre las patas traseras: no lo hacen bien, pero es asombroso». Los artistas se preocupan más que cualquier otro por la opinión de los demás; las mujeres dependen de ella en grado sumo, y así se concibe qué fuerza necesita una mujer artista para atreverse a prescindir de ella; a menudo se agota en la lucha. A finales del siglo XVII, lady Winhilsea, noble y sin hijos, intenta la aventura de escribir; algunos pasajes de su obra demuestran que poseía una naturaleza sensible y poética; pero se consumió en el odio, la cólera y el temor:

> ¡Ay! ¡Una mujer que toma la pluma
> es considerada como una criatura tan presuntuosa,
> que no tiene remedio alguno de redimir su crimen!

Casi toda su obra está consagrada a indignarse ante la condición de las mujeres. El caso de la duquesa de Newcastle es análogo: gran dama ella también, al escribir provoca el escándalo. «Las mujeres viven como cucarachas o como lechuzas, y mueren como gusanos», escribe con furor. Insultada, ridiculizada, tuvo que encerrarse en sus dominios; y, pese a su generoso temperamento, casi medio loca, no produjo más que extravagantes lucubraciones. Solamente en el siglo XVIII, una burguesa, la señora Aphra Behn, después de enviudar, vivió de su pluma como un hombre; otras siguieron su ejemplo; pero incluso en el siglo XIX se veían obligadas a menudo a ocultarse; ni siquiera disponían de un «aposento propio»; es decir, que no gozaban de esa independencia material que es una de las condiciones necesarias de la libertad interior.

Ya se ha visto que, a causa del desarrollo de la vida mundana y de su estrecha vinculación con la vida intelectual, la situación de las francesas ha sido un poco más favorable. No obstante, la opinión, en gran parte, es hostil a las bas bleus. Durante el Renacimiento, nobles damas y mujeres de inteligencia suscitan un movimiento en favor de su sexo; las doctrinas platónicas importadas de Italia espiritualizan tanto al amor como a la mujer. Numerosos literatos se emplean en su defensa. Aparecen la Nef des Dames vertueuses, el Chevalier des Dames, etc. Erasmo, en El pequeño Senado, concede la palabra a Cornelia, quien expone con aspereza los agravios de su sexo: «Los hombres son unos tiranos... Nos tratan como a juguetes... Nos convierten en sus lavanderas y sus cocineras.» Exige que se permita a las mujeres instruirse. Cornelius Agrippa, en una obra que fue muy célebre, Déclamation de la Noblesse et de l'Excellence du Sexe féminin, se aplica a demostrar la superioridad femenina. Para ello recurre a los viejos argumentos cabalísticos: Eva quiere decir Vida, y Adán, Tierra. Creada después que el hombre, la mujer está mejor terminada que él. Ella ha nacido en el Paraíso; él, fuera del mismo. Cuando ella cae en el agua, sobrenada; el hombre se hunde. Está hecha de una costilla de Adán y no de barro. Sus menstruaciones curan todas las enfermedades. Eva, ignorante, no hizo más que errar; fue Adán quien pecó; por eso Dios se hizo hombre; y, por lo demás, después de su resurrección, a quienes se apareció fue a unas mujeres. A continuación, Agrippa declara que las mujeres son más virtuosas que los hombres. Enumera las «esclarecidas damas» de quienes puede enorgullecerse el sexo, lo cual es también un lugar común de estas apologías. Finalmente, dirige una requisitoria contra la tiranía masculina: «Obrando contra todo derecho, violando impunemente la igualdad natural, la tiranía del hombre ha privado a la mujer de la libertad que recibe al nacer.» Y, sin embargo, la mujer engendra hijos, es tan inteligente y hasta más sutil que el hombre; resulta escandaloso que se limiten sus actividades, «lo cual no se hace, sin duda, por orden de Dios, ni por necesidad o por razón, sino por la fuerza de la costumbre, por la educación, por el trabajo y principalmente por la violencia y la opresión.» Ciertamente, no pide la igualdad de sexos, pero quiere que se trate a las mujeres con respeto. La obra tuvo un inmenso éxito. Como igualmente Le Fort inexpugnable, otra apología de la mujer, y la Parfaite Amye, de Héroët, impregnada de un misticismo platónico. En un curioso libro que anuncia la doctrina sansimoniana, Postel anuncia la llegada de una nueva Eva, madre regeneradora del género humano: incluso cree haberla encontrado; ella ha muerto, pero tal vez se ha reencarnado en él. Con más moderación, Margarita de Valois, en su Docte et subtil discours, proclama que hay en la mujer algo de divino. Pero la escritora que mejor sirvió la causa de su sexo fue Margarita de Navarra, que propuso contra la licencia de las costumbres un ideal de misticismo sentimental y de castidad sin mojigatería, tratando de conciliar amor y matrimonio para honor y dicha de las mujeres. Bien entendido, los adversarios de la mujer no se rinden. Entre otros, en la Controverse des sexes masculins et féminins, que es una réplica a Agrippa, se encuentran de nuevo los viejos argumentos de la Edad Media. Rabelais se divierte en el Libro Tercero haciendo del matrimonio una viva sátira que vuelve a tomar la tradición de Mathieu y Deschamps; sin embargo, serán las mujeres quienes en la dichosa abadía de Thélème harán la ley. El antifeminismo adquiere renovada virulencia en 1617 con el Alphabet de l'imperfection et malice des femmes, de Jacques Olivier; en la cubierta se ve un grabado que representa a una

mujer con manos de arpía, recubierta con las plumas de la lujuria, encaramada en unas patas de gallina, porque, al igual que la gallina, es mala ama de casa: debajo de cada letra del alfabeto se inscribía uno de sus defectos. Una vez más, era un hombre de iglesia quien atizaba la vieja querella; mademoiselle de Gournay replicó con su Égalité des hommes et des femmes. A renglón seguido, toda una literatura libertina, Parnasses et cabinets satyriques, ataca las costumbres de las mujeres, en tanto que para menospreciarlas los devotos citaban a San Pablo, los Padres de la Iglesia, el Eclesiastés. La mujer proporcionaba también un tema inagotable a las sátiras de Mathurin Régnier y sus amigos. En el otro campo, los apologistas vuelven a tomar y comentan a porfía los argumentos de Agrippa. El padre Du Boscq, en la Honnête Femme, exige que se permita instruirse a las mujeres. L'Astrée y toda una literatura galante celebran sus méritos en letrillas, sonetos, elegías, etc.

Los mismos éxitos obtenidos por las mujeres suscitan contra ellas nuevos ataques; las «preciosas» han indispuesto a la opinión; se aplaude Les précieuses ridicules y un poco más tarde Les femmes savantes. Sin embargo, no es que Molière sea enemigo de las mujeres: lo que hace es atacar vivamente los matrimonios impuestos y exigir para la joven la libertad sentimental, y para la esposa, el respeto y la independencia. Por el contrario, Bossuet las trata con pocos miramientos en sus sermones. La primera mujer, predica, no era más que «una porción de Adán y una especie de diminutivo; y en cuanto al espíritu, la proporción era más o menos la misma». La sátira de Boileau contra las mujeres apenas es otra cosa que un ejercicio de retórica, pero suscita una protesta general: Pradon, Regnard, Perrault replican fogosamente. La Bruyère y Saint-Évremond se muestran favorables a las mujeres. El feminista más decidido de la época es Poulain de la Barre, que publica en 1673 una obra de inspiración cartesiana, De l'égalité des deux sexes. Estima que, siendo los hombres más fuertes, han favorecido a su sexo por doquier, y que las mujeres aceptan por costumbre esta dependencia. Jamás han tenido su oportunidad; han carecido de libertad y de instrucción. Así, pues, no sería justo juzgarlas de acuerdo con lo que han hecho en el pasado. Nada indica que sean inferiores al hombre. La anatomía revela diferencias, pero ninguna de ellas constituye un privilegio para el varón. Y Poulain de la Barre concluye exigiendo una sólida instrucción para las mujeres. Fontenelle escribe para ellas el Traité de la Pluralité des Mondes. Y si Fénelon, siguiendo a madame de Maintenon y al abate Fleury, se muestra muy tímido en su programa de educación, el universitario jansenista Rollin quiere, por el contrario, que las mujeres realicen estudios serios.

El siglo XVIII también se muestra dividido. En 1744, en Amsterdam, el autor de la Controversia sobre el alma de la mujer declara que «la mujer, creada únicamente para el hombre, cesará de ser al término del mundo, porque dejará de ser útil para el objeto con que fue creada, de donde se infiere necesariamente que su alma no es inmortal». De una manera un poco menos radical, Rousseau, que se hace aquí intérprete de la burguesía, consagra la mujer a su marido y a la maternidad. «Toda la educación de la mujer debe ser relativa al hombre... La mujer está hecha para ceder al hombre y para soportar sus injusticias», afirma. Sin embargo, el ideal democrático e individualista del siglo XVIII es favorable a las mujeres, que para la mayoría de los filósofos son seres humanos iguales a los del sexo fuerte. Voltaire denuncia la injusticia de su suerte. Diderot considera que su inferioridad ha sido en gran parte hecha por la sociedad. «¡Mujeres, os compadezco!», escribe. Considera que: «En todas las costumbres, la crueldad de las leyes civiles se ha concitado con la crueldad de la Naturaleza contra las mujeres, que han sido tratadas como seres imbéciles.» Montesquieu estima, paradójicamente, que las mujeres deberían estar subordinadas al hombre en la vida del hogar, pero que todo las dispone para una acción política. «Es contrario a la razón y la Naturaleza que las mujeres sean amas de casa... No lo es que gobiernen un imperio.» Helvecio sostiene que es lo absurdo de su educación lo que crea la inferioridad de la mujer, y D'Alambert comparte esa opinión. En una mujer, madame de Ciray, se ve apuntar tímidamente un feminismo económico. Mas, aparte de Mercier en su Tableau de Paris, apenas hay otro que se indigne ante la miseria de las obreras y que aborde así la cuestión fundamental del trabajo femenino. Condorcet quiere que las mujeres tengan acceso a la vida política. Las considera como iguales al hombre y las defiende contra los ataques clásicos: «Se ha dicho que las mujeres... carecían de un adecuado sentimiento de la justicia, que más bien obedecían a sus sentimientos que a su conciencia... [Pero] la educación y la existencia social son las causantes de esa diferencia, no la Naturaleza.» Y en otro lugar: «Cuanto más esclavizadas han sido las mujeres por las leyes, más peligroso ha sido su imperio... Ese imperio disminuiría si las mujeres tuviesen menos interés en conservarlo, si dejase de ser para ellas el único medio de defenderse y escapara la opresión.»

IV.

Hubiera cabido esperar que la Revolución cambiase la suerte de la mujer. Pero no fue así. Esa revolución burguesa se mostró respetuosa con las instituciones y los valores burgueses, y fue hecha

casi exclusivamente por los hombres. Importa subrayar que, durante todo el Antiguo Régimen, fueron las mujeres de las clases trabajadoras quienes conocieron, en tanto que sexo, la mayor independencia. La mujer tenía derecho a regentar un comercio y poseía todas las condiciones necesarias para el ejercicio autónomo de su oficio. Participaba en la producción a título de costurera, lavandera, pulidora, revendedora, etc.; trabajaba a domicilio y en pequeñas empresas; su independencia material le permitía una gran libertad de costumbres: la mujer del pueblo puede salir, frecuentar las tabernas, disponer de su cuerpo más o menos como un hombre; es la asociada de su marido y su igual. La opresión la padece en el plano económico, no en el sexual. En el campo, la campesina toma parte considerable en el trabajo rural; es tratada como una sirviente; a menudo no come en la misma mesa que el marido y los hijos, trajina más duramente que ellos, y las cargas de la maternidad aumentan sus fatigas. Pero, siendo necesaria para el hombre, lo mismo que en las antiguas sociedades agrícolas, es también respetada; los bienes de todos ellos, sus intereses, sus preocupaciones, son comunes; la mujer ejerce en la casa una gran autoridad. Fueron estas mujeres quienes, desde el seno de su dificil existencia, hubieran podido afirmarse como personas y exigir derechos; pero una tradición de timidez y sumisión pesaba sobre ellas: los cahiers de los Estados Generales no presentan sino un número casi insignificante de reivindicaciones femeninas; tales reivindicaciones se limitaban a lo siguiente: «Que los hombres no puedan ejercer los oficios que son patrimonio de las mujeres.» Y, ciertamente, se ve a las mujeres al lado de sus hombres en las manifestaciones y motines; son ellas quienes van a buscar a Versalles «al panadero, a la panadera y al pinche». Pero no ha sido el pueblo quien ha dirigido la empresa revolucionaria, y no es él quien recoge sus frutos. En cuanto a las burguesas, algunas se unen con ardor a la causa de la libertad: madame Roland, Lucile Desmoulins, Théroigne de Méricourt; una de ellas influyó profundamente en el curso de los acontecimientos: Charlotte Corday al asesinar a Marat. Hubo algunos movimientos feministas. Olympe de Gouges propuso, en 1789, una «Declaración de los Derechos de la Mujer» simétrica a la «Declaración de los Derechos del Hombre», en la cual pedía que fuesen abolidos todos los privilegios masculinos. En 1790 se encuentran las mismas ideas en la Motion de la pauvre Jacotte y en otros libelos análogos; pero, a pesar del apoyo de Condorcet, tales esfuerzos abortan, y Olympe perece en el cadalso. Junto al periódico L'Impatient fundado por ella, aparecen otras hojas, pero su duración es efímera. Los clubs femeninos se fusionan en su mayor parte con los clubs masculinos y son absorbidos por ellos. Cuando el 28 brumario de 1793 la actriz Rose Lacombe, presidente de la Sociedad de Mujeres Republicanas y Revolucionarias, acompañada por una diputación de mujeres, fuerza la entrada en el Consejo general, el procurador Chaumette hace resonar en la asamblea palabras que parecen inspiradas en San Pablo y Santo Tomás:

«¿Desde cuándo está permitido a las mujeres abjurar de su sexo y convertirse en hombres?... [La Naturaleza] ha dicho a la mujer: "Sé mujer. Los cuidados de la infancia, los detalles domésticos, las diversas inquietudes de la maternidad: he ahí tus labores".» Se les prohibe la entrada en el Consejo e incluso en los clubs donde ellas hacían su aprendizaje político. En 1790 se suprimen el derecho de primogenitura y el privilegio de masculinidad; los jóvenes de ambos sexos se han hecho iguales en materia de sucesión; en 1792 una ley establece el divorcio y, en su virtud, atenúa el rigor de los lazos matrimoniales; pero estas no fueron más que exiguas conquistas. Las mujeres de la burguesía estaban demasiado integradas en la familia para conocer entre ellas una solidaridad concreta; no constituían una casta separada susceptible de imponer reivindicaciones: económicamente, su existencia era parasitaria. De modo que mientras las mujeres que, pese a su sexo, hubieran podido participar en los. acontecimientos, se veían impedidas de hacerlo en tanto que clase; las de la clase actuante estaban condenadas a permanecer apartadas en tanto que mujeres. Solo cuando el poder económico caiga en manos de los trabajadores, le será posible a la mujer trabajadora conquistar funciones que la mujer parásita, noble o burguesa, no ha logrado jamás.

Durante la liquidación de la Revolución, la mujer disfruta de una libertad anárquica. Pero, al reorganizarse la sociedad, vuelve a ser duramente esclavizada. Desde el punto de vista feminista, Francia estaba más avanzada que los demás países; pero, para desdicha de la francesa moderna, su estatuto se decidió en tiempos de dictadura militar; el código napoleónico, que determinó su suerte durante un siglo, retardó muchísimo su emancipación. Como todos los militares, Napoleón solo quiere ver en la mujer una madre; sin embargo, heredero de una revolución burguesa, no pretende quebrar la estructura de la sociedad y dar a la madre la preeminencia sobre la esposa: prohibe la indagación de la paternidad; y define con dureza la condición de la madre soltera y la del hijo natural. La mujer casada, empero, no encuentra recursos en su dignidad de madre; la paradoja feudal se perpetúa. La madre soltera y la esposa son privadas de la cualidad de ciudadanas, lo cual les prohibe funciones tales como la profesión de abogado y el ejercicio de la tutela. En cambio, la mujer soltera goza de la plenitud de sus derechos civiles, mientras que el matrimonio conserva el mundium. La mujer debe obediencia al marido; este puede hacer que la condenen a reclusión en caso de adulterio y obtener el divorcio contra ella; si mata a la culpable sorprendida en flagrante delito, es excusable a los ojos de la ley; en cambio el marido no es susceptible de ser multado sino en el caso de que lleve una concubina

al domicilio conyugal, y solamente en ese caso puede la mujer obtener el divorcio contra él. Es el hombre quien fija el domicilio conyugal y tiene sobre los hijos muchos más derechos que la madre; y, salvo en el caso en que la mujer dirija una empresa comercial, su autorización es necesaria para que ella pueda obligarse. El poder marital se ejerce rigurosamente sobre la persona de la esposa y sobre sus bienes al mismo tiempo.

Durante todo el siglo XIX, la jurisprudencia no hace más que reforzar los rigores del código, privando a la mujer, entre otros, de todo derecho de enajenación. En 1826, la Restauración abolió el divorcio; la Asamblea constituyente de 1848 se negó a restablecerlo, y no reapareció hasta 1884; todavía es muy difícil de obtener. Esto se debe a que la burguesía nunca ha sido tan poderosa, y, sin embargo, comprende las amenazas que implica la Revolución Industrial; por eso se afirma con inquieta autoridad. La libertad de espíritu heredada del siglo XVIII no lesiona la moral familiar, que sigue siendo igual que la definían en los comienzos del siglo XIX los pensadores reaccionarios Joseph de Maistre y Bonald. Fundan estos en la voluntad divina el valor del orden y reclaman una sociedad rigurosamente jerarquizada; la familia, célula social indisoluble, será el microcosmos de la sociedad. «El hombre es para la mujer lo que la mujer es para el niño; o el poder es para el ministro lo que el ministro es para el individuo», dice Bonald. Así, pues, el marido gobierna, la mujer administra y los hijos obedecen. El divorcio, por supuesto, está prohibido, y la mujer es confinada al hogar. «Las mujeres pertenecen a la familia y no a la sociedad política, y la Naturaleza las ha hecho para los cuidados domésticos y no para las funciones públicas», agrega Bonald. En la familia, que Le Play definió hacia mediados de siglo, esas jerarquías son respetadas.

De manera un poco diferente, Auguste Comte reclama también la jerarquía de los sexos; existen entre ellos «diferencias radicales, físicas y morales a la vez, que en todas las especies animales, y sobre todo en la raza humana, los separan profundamente». La feminidad es una especie de «infancia continua» que aleja a la mujer del «tipo ideal de la raza». Ese infantilismo biológico se traduce en una debilidad intelectual; el papel de ese ser puramente afectivo es el de esposa y ama de casa; no podría competir con el hombre: «ni la dirección ni la educación le convienen». Como en el caso de Bonald, la mujer está confinada a la familia, y, en esta sociedad en miniatura, el padre gobierna, porque la mujer es «incapaz de todo gobierno, incluso del doméstico»; administra solamente y aconseja. Su instrucción debe ser limitada. «Las mujeres y los proletarios no pueden ni deben convertirse en autores, tanto más cuanto que no lo quieren.» Y Comte prevé que la evolución de la sociedad llevará a la supresión total del trabajo femenino fuera de la familia. En la segunda parte de su obra, Comte, influido por su amor hacia Clotilde de Vaux, exalta a la mujer hasta convertirla casi en una divinidad, la emancipación del gran ser; será a ella a quien, en el templo de la Humanidad, la religión positivista propondrá a la adoración del pueblo; pero solo por su moralidad merece ella ese culto; en tanto que el hombre actúa, ella ama: la pureza y el amor la hacen aquí superior al hombre; es más profundamente altruista que él. Pero, de acuerdo con el sistema positivista, no por ello permanece menos encerrada en la familia; el divorcio le está prohibido, y hasta seria deseable que su viudedad fuese eterna; no tiene ningún derecho económico ni político; no es más que esposa y educadora.

De una manera más cínica, Balzac expresa el mismo ideal. «El destino de la mujer y su gloria única consisten en hacer latir el corazón de los hombres -escribe en su Physiologie du mariage-. La mujer es una propiedad que se adquiere por contrato; es un bien mobiliario, porque la posesión vale título; en fin, hablando con propiedad, la mujer no es sino un anexo del hombre.» Aquí se hace Balzac portavoz de la burguesía, cuyo antifeminismo redobla su virulencia como reacción contra las licencias del siglo XVIII y contra las ideas progresistas que la amenazan. Después de exponer luminosamente en el comienzo de la Physiologie du mariage que la institución del matrimonio, de la que está excluido el amor, conduce necesariamente a la mujer al adulterio, Balzac exhorta al esposo a mantenerla en una sujeción total si quiere evitar el ridículo del deshonor. Hay que negarle la instrucción y la cultura, prohibirle todo cuanto podría permitirle desarrollar su individualidad, imponerle ropas incómodas, animarla para que siga un régimen conducente a la anemia. La burguesía sigue exactamente ese programa; las mujeres quedan esclavizadas en la cocina, en la casa, se vigila celosamente sus costumbres; se las encierra en los ritos de un saber vivir que traba toda tentativa de independencia. En compensación, se les rinden honores, se las rodea de las más exquisitas cortesías. «La mujer casada es una esclava a quien hay que saber sentar en un trono», dice Balzac; está convenido que, en toda circunstancia insignificante, el hombre debe desaparecer discretamente ante ellas, debe cederles el primer puesto; en lugar de hacerles transportar fardos, como en las sociedades primitivas, se procura solícitamente descargarlas de toda tarea penosa y de toda preocupación, lo cual equivale también a librarlas de toda responsabilidad. Se espera que, así burladas y seducidas por la comodidad de su posición, acepten el papel de madres y amas de casa al que se las quiere reducir. Y el hecho es que la mayoría de las mujeres de la burguesía capitulan. Como su educación y su situación parasitaria las colocan bajo la dependencia del hombre, ni siquiera se atreven a presentar

reivindicaciones, y las que tienen audacia suficiente para hacerlo, apenas encuentran eco. «Es más fácil cargar de cadenas a las gentes que quitárselas si esas cadenas proporcionan alguna consideración», ha dicho Bernard Shaw. La mujer burguesa se atiene a sus cadenas, porque se atiene a sus privilegios de clase. Se le explica incansablemente, y ella lo sabe, que la emancipación de las mujeres sería un debilitamiento de la sociedad burguesa; liberada del varón, estaría condenada al trabajo; puede que lamente no tener sobre la propiedad privada más que derechos subordinados a los de su marido, pero aún deploraría más el que esa propiedad privada fuese abolida; no siente ninguna solidaridad con respecto a las mujeres de la clase obrera: está mucho más cerca de su marido que de las trabajadoras de la industria textil. Y hace suyos sus intereses.

Sin embargo, esas obstinadas resistencias no pueden impedir la marcha de la Historia; el advenimiento del maquinismo arruina la propiedad de bienes raíces, provoca la emancipación de la clase laboriosa y, correlativamente, la de la mujer. Todo socialismo, el arrancar a la mujer de la familia, favorece su liberación: soñando con un régimen comunitario, Platón prometía en el mismo a las mujeres una autonomía análoga a la que gozaban en Esparta. Con los socialismos utópicos de Saint-Simon, Fourier y Cabet nace la utopía de la «mujer libre». La idea sansimoniana de asociación universal exige la supresión de toda esclavitud: la del obrero y la de la mujer; precisamente porque las mujeres son seres humanos como los hombres es por lo que Saint-Simon y después de él, Leroux, Pecqueux y Carnot, reclaman su manumisión. Por desgracia, esta razonable tesis no es la que mayor crédito encuentra en la escuela, donde se exalta a la mujer en nombre de su feminidad, lo cual constituye el medio más seguro de hacerle un flaco servicio. So pretexto de que la unidad social es la pareja, el padre Enfantin quiere introducir una mujer en cada pareja directora, a la que él llama pareja-sacerdotisa; de una mujer-mesías espera el advenimiento de un mundo mejor, y los Compañeros de la Mujer embarcan para Oriente en busca de ese salvador-hembra. Está influido por Fourier, que confunde la manumisión de la mujer con la rehabilitación de la carne; Fourier reclama para todo individuo la libertad de obedecer a la atracción pasional; quiere reemplazar el matrimonio por el amor; no es en su persona, sino en su función amorosa, como considera a la mujer. También Cabet promete que el comunismo icariano realizará una completa igualdad de los sexos, aunque no concede a las mujeres sino una participación restringida en la vida política. En realidad, las mujeres no ocupan más que un lugar secundario en el movimiento sansimoniano: solamente Claire Bazard, que funda y hace vivir durante un breve período de tiempo el periódico titulado La Femme Nouvelle, desempeña un papel bastante importante. A continuación, aparecen otras muchas y pequeñas revistas, pero sus reivindicaciones son tímidas; piden la educación de la mujer más que su emancipación; Carnot y después Legouvé se preocupan por elevar la instrucción de las mujeres. La idea de la mujer asociada, de la mujer regeneradora, se mantiene a través de todo el siglo XIX; esa idea se encuentra de nuevo en Víctor Hugo. Pero esas doctrinas desacreditan más bien la causa de la mujer, ya que en lugar de asimilarla al hombre la oponen a él, puesto que le reconocen sentimiento, intuición, pero no razón. También la torpeza de sus partidarios la desacredita. En 1848 las mujeres fundan clubs, periódicos; Eugénie Niboyer edita la Voix des Femmes, periódico en el que colabora Cabet. Una delegación femenina acudió al Ayuntamiento para reivindicar «los derechos de la mujer», pero no obtuvo nada. En 1849, Jeanne Decoin presentó su candidatura para la Diputación, e inició una campaña electoral que zozobró en el ridículo.

También el ridículo mató el movimiento de las «Vesubianas» y de las «Bloomeristas», que se paseaban con extravagantes indumentarias. Las mujeres más inteligentes de la época permanecen al margen de estos movimientos: madame de Staël había luchado por su propia causa más bien que por la de sus hermanas; George Sand reclama el derecho al amor libre, pero rehusa colaborar en la Voix des Femmes; sus reivindicaciones son, sobre todo, sentimentales. Flora Tristan cree en la redención del pueblo por la mujer, pero le interesa más la emancipación de la clase obrera que la de su sexo. David Stern y madame de Girardin se asocian, sin embargo, al movimiento feminista.

En general, el movimiento reformista que se desarrolla en el siglo XIX es favorable al feminismo por el hecho de que busca la justicia en la igualdad. Hay una notable excepción: la de Proudhon. Sin duda a causa de sus raíces campesinas, reacciona violentamente contra el misticismo sansimoniano; se muestra partidario de la pequeña propiedad y, al mismo tiempo, confina a la mujer en el hogar. «Ama de casa o cortesana», he ahí el dilema en que la encierra. Hasta entonces, los ataques contra el feminismo habían partido de los conservadores, que combatían al socialismo con la misma aspereza: el Charivari, entre otros, encontraba en ese campo una inagotable fuente de cuchufletas; y es Proudhon quien rompe la alianza entre el feminismo y el socialismo; protesta contra el banquete de mujeres socialistas presidido por Leroux, fulmina rayos y centellas contra Jeanne Decoin. En la obra titulada La justice, sostiene que la mujer debe permanecer bajo la dependencia del hombre; solamente este cuenta como individuo social; en la pareja no existe una asociación, lo que supondría la igualdad, sino una unión; la mujer es inferior al hombre, primero, porque su fuerza física solo representa los dos tercios de la del varón, y, luego, porque es intelectual y moralmente inferior en la

misma medida: su valor, en conjunto, es de 2 x 2 x 2 frente a 3 x 3 x 3, es decir, lbs 8/27 del valor del sexo fuerte. Dos mujeres, madame Adam y madame D'Héricourt, le replicaron, una con firmeza, la segunda con exaltación menos afortunada, y Proudhon aprovehó la ocasión para contestar con su Pornocratie ou la femme dans les temps modernes. Sin embargo, como todos los antifeministas, dirige ardientes letanías a la «verdadera mujer», esclava y espejo del hombre; a despecho de esta devoción, él mismo tuvo que reconocer que la vida que impuso a su propia esposa no la hizo feliz: las cartas de madame Proudhon no son más que un largo lamento.

Sin embargo, no son estos debates teóricos los que influyen en el curso de los acontecimientos: más bien los reflejan con vacilación. La mujer reconquista una importancia económica que había perdido desde las épocas prehistóricas, ya que se escapa del hogar y desempeña en la fábrica una parte específica en la producción. Es la máquina la que permite esta revolución, puesto que la diferencia de fuerza física entre trabajadores masculinos y femeninos se encuentra anulada en gran número de casos. Como el brusco impulso de la industria exige una mano de obra más considerable que la que proporcionan los trabajadores masculinos, la colaboración de las mujeres se hace necesaria. He ahí la gran revolución que transforma en el siglo XIX la suerte de la mujer y abre para ella una nueva era. Marx y Engels miden todo el alcance de la misma y prometen a las mujeres una liberación implícita en la del proletariado. En efecto, «la mujer y el trabajador tienen en común que ambos son oprimidos», dice Bebel. Y ambos escaparán juntos a la opresión gracias a la importancia que adquirirá su trabajo productor a través de la evolución técnica. Engels demuestra que la suerte de la mujer está estrechamente ligada a la historia de la propiedad privada; una catástrofe ha sustituido el régimen de derecho materno por el patriarcado y ha esclavizado a la mujer al patrimonio; pero la Revolución Industrial es la contrapartida de ese fracaso y desembocará en la emancipación femenina. Escribe Engels: «La mujer no puede ser emancipada más que cuando participe en gran medida social en la producción y no sea ya reclamada por el trabajo doméstico sino en una medida insignificante. Y esto no ha sido posible más que en la gran industria moderna, que no solo admite en gran escala el trabajo de la mujer, sino que lo exige formalmente.»

En los comienzos del siglo XIX, la mujer era más vergonzosamente explotada que los trabajadores del sexo contrario. El trabajo a domicilio constituía lo que los ingleses llaman el sweating system; a despecho de una labor continua, la obrera no ganaba lo suficiente para subvenir a sus necesidades. Jules Simon, en L'ouvrière, e incluso el conservador Leroy-Beaulieu, en Le travail des femmes au XIXe, publicado en 1873, denuncian odiosos abusos; este último declara que más de doscientas mil obreras francesas no ganaban cincuenta céntimos por día. Se comprende que se apresurasen a emigrar a las manufacturas; por lo demás, pronto no les quedó, fuera de los talleres, más oficios que los de la aguja, el lavado de ropa y las faenas domésticas, todos ellos oficios de esclavas pagados con salarlos de hombre; hasta los encajes, los géneros de punto, etc., son acaparados por la fábrica; como desquite, hay ofertas de empleo masivo en las industrias del algodón, la lana y la seda; las mujeres son utilizadas, sobre todo, en los talleres de hilado y tejido. Los patronos las prefieren frecuentemente a los hombres. «Trabajan mejor y más barato.» Esta cínica fórmula esclarece el drama del trabajo femenino. Porque ha sido a través del trabajo como la mujer ha conquistado su dignidad de ser humano; pero fue una conquista singularmente dura y lenta. Los trabajos de hilado y tejido se realizan en condiciones higiénicas lamentables. «En Lyon -escribe Blanqui-, en los talleres de pasamanería, algunas mujeres se ven obligadas a trabajar casi suspendidas de correas, sirviéndose a la vez de las manos y los pies.» En 1831, las obreras de la seda trabajaban en verano desde las tres de la mañana hasta la noche, y en invierno desde las cinco de la madrugada hasta las once de la noche, es decir, dieciocho horas por día, «en talleres frecuentemente insanos -dice Norbert Truquin-, donde jamás penetran los rayos del sol. La mitad de esas jóvenes enferman del pecho antes que termine su aprendizaje. Y cuando se quejan, las acusan de hacer muecas»[38]. Además, los encargados abusan de las jóvenes obreras. «Para conseguir sus propósitos, recurrían a los medios más repulsivos: la necesidad y el hambre», dice el autor anónimo de La vérité sur les événements de Lyon. Sucede también que las mujeres añaden el trabajo agrícola al de la fábrica. Se las explota cínicamente. Cuenta Marx en una nota de El capital: «El fabricante M. E. me hizo saber que en sus telares mecánicos solamente empleaba mujeres, y que daba preferencia a las casadas, y, entre estas, a las que tenían en casa una familia que mantener, porque ponían mucha más atención y mostraban más docilidad que las solteras, ya que tenían que trabajar hasta el agotamiento de sus fuerzas para procurar a los suyos los medios de subsistencia indispensables. Así es -añade Marx- cómo son falsedades las cualidades propias de la mujer en detrimento suyo y cómo todos los elementos morales y delicados de su naturaleza se transforman en medios para esclavizarla y hacerla sufrir.» Resumiendo El capital y comentando a Bebel, escribe G. Derville: «Animal de lujo o animal de carga, he ahí lo que es casi exclusivamente hoy la mujer. Entretenida por el hombre cuando no trabaja, sigue siéndolo también cuando se mata trabajando.» La situación de la obrera era

[38] N. TRUQUIN: *Mémoires et aventures d'un prolétaire*. Citado según E. DOLLÉANS: *Histoire du Mouvernent ouvrier*, tomo I.

tan lamentable, que Sismondi y Blanqui piden que se prohiba a las mujeres el acceso a los talleres. La causa de ello, en parte, consiste en que las mujeres no supieron en principio defenderse y organizarse en sindicatos. Las «asociaciones» femeninas datan de 1848, y, al principio, eran asociaciones de producción. El movimiento progresó con extremada lentitud, como se ve por las siguientes cifras:

En 1905 hay 69.405 mujeres en un total de 781.392 sindicados.

En 1908 hay 88.906 mujeres en un total de 957.120 sindicados.

En 1912 hay 92.336 mujeres en un total de 1.064.413 sindicados.

En 1920 hay 239.016 obreras y empleadas sindicadas sobre un total de 1.580.967 trabajadores, y entre las trabajadoras agrícolas solamente 36.193 sindicadas de 1.083.957, es decir, en total 292.000 sindicadas en un conjunto de 3.076.585 trabajadores sindicados. Es una tradición de resignación y sumisión, una falta de solidaridad y de conciencia colectiva, que las deja desarmadas ante las nuevas posibilidades que se abren ante ellas.

De esta actitud resulta que el trabajo femenino no ha sido reglamentado sino lenta y tardíamente. Hay que esperar hasta 1874 para que la ley intervenga; y aun así, a despecho de las campañas desarrolladas bajo, el Imperio, solo hay dos disposiciones relativas a las mujeres; una de ellas prohibe el trabajo nocturno a las menores de edad y exige que se les conceda descanso los domingos y días feriados; su jornada de trabajo queda limitada a doce horas; en cuanto a las mujeres de más de veintiún años, la ley se limita a prohibirles el trabajo subterráneo en las minas y canteras. La primera carta del trabajo femenino data del 2 de noviembre de 1892; prohibe el trabajo nocturno y limita la jornada en las fábricas, pero deja la puerta abierta a todos los fraudes. En 1900 se limita la jornada a diez horas; en 1905 se hace obligatorio el descanso semanal; en 1907 la trabajadora obtiene la libre disposición de sus ingresos; en 1909 se garantizan vacaciones pagadas a las mujeres embarazadas; en 1911 se vuelven a poner en vigor imperativamente las disposiciones de 1892; en 1913 se reglamentan las modalidades concernientes al reposo de las mujeres antes y después del parto, y se les prohiben los trabajos peligrosos y excesivos. Poco a poco, se va formando una legislación social y el trabajo femenino se rodea de garantías de higiene: se exigen asientos para las vendedoras, se prohibe la prolongada permanencia en los mostradores exteriores, etc. La Oficina Internacional del Trabajo ha logrado convenios internacionales relativos a las condiciones sanitarias del trabajo femenino, los permisos a otorgar en caso de embarazo, etc.

Una segunda consecuencia de la resignada inercia de las trabajadoras fueron los salarios con que debieron contentarse. La razón de que los salarios femeninos hayan sido fijados a un nivel tan bajo es un fenómeno respecto al cual se han propuesto diversas explicaciones y que depende de un conjunto de factores. No basta decir que las necesidades de las mujeres son menores que las de los hombres: eso no es más que una justificación posterior. Más bien, como se ha visto, las mujeres no han sabido defenderse contra sus explotadores; tenían que afrontar la competencia de las prisiones que lanzaban al mercado productos fabricados sin gastos de mano de obra, y también se hacían competencia unas a otras. Preciso es tener en cuenta, además, que en el seno de una sociedad en la que subsiste la comunidad conyugal es donde la mujer trata de emanciparse por el trabajo: ligada al hogar del padre, del marido, lo más frecuente es que se contente con llevar a la casa una ayuda; trabaja fuera de la familia, mas para la familia; y, como no se trata para la obrera de subvenir a la totalidad de sus necesidades, se ve obligada a aceptar una remuneración muy inferior a la que exige un hombre. Al contentarse un importante número de mujeres con esos salarios rebajados, todo el conjunto del salario femenino se ha alineado de acuerdo con ese nivel, que es el más ventajoso para el empresario.

En Francia, según la encuesta llevada a cabo en 1889-1893, por una jornada de trabajo igual a la del hombre, la obrera no percibía más que la mitad del salario masculino. De acuerdo con la encuesta de 1908, los ingresos más elevados de las obreras a domicilio no sobrepasaban los veinte céntimos por hora y descendían hasta los cinco céntimos: a una mujer así explotada le era imposible vivir sin una limosna o un protector. En Norteamérica, en 1918, la mujer solo percibe la mitad del salario masculino. Hacia esa época, por la misma cantidad de carbón extraída de las minas alemanas, la mujer ganaba, aproximadamente, un 25 por 100 menos que el hombre. Entre 1911 y 1943, los salarios femeninos en Francia subieron algo más rápidamente que los masculinos, pero siguieron siendo netamente inferiores.

Si los empresarios acogieron diligentemente a las mujeres a causa de los bajos salarios que estas aceptaban, ese mismo hecho provocó resistencias por parte de los trabajadores masculinos. Entre la

causa del proletariado y la de las mujeres, no existe una solidaridad tan inmediata como pretendían Bebel y Engels. El problema se ha presentado un poco de la misma manera que en Estados Unidos de América a propósito de la mano de obra negra. Las minorías más oprimidas de una sociedad son gustosamente utilizadas por los opresores como un arma contra la totalidad de la clase a la cual pertenecen aquellas; al mismo tiempo, aparecen al principio como enemigas, y hace falta una conciencia más profunda de la situación para que los intereses de los negros y los blancos, de las obreras y los obreros, lleguen a coaligarse en vez de oponerse los unos a los otros. Se comprende que los trabajadores masculinos hayan visto, al principio, en esta competencia barata, una temible amenaza y que se hayan mostrado hostiles. Solo cuando las mujeres se han integrado en la vida sindical, han podido defender sus propios intereses y dejar de poner en peligro los de la clase obrera en general.

A despecho de todas estas dificultades, la evolución del trabajo femenino ha proseguido. En 1900 todavía se contaban en Francia 900.000 obreras a domicilio, que fabricaban vestidos, artículos de piel y de cuero, coronas fúnebres, sacos, abalorios, artículos de París; pero ese número ha disminuido considerablemente. En 1906, el 42 por 100 de las mujeres en edad de trabajar (entre los dieciocho y los sesenta años) estaban empleadas en la agricultura, la industria, el comercio, la banca, los seguros, las oficinas, las profesiones liberales. Ese movimiento fue precipitado en el mundo entero por la crisis de la mano de obra de 1914-1918 y por la última guerra mundial. La pequeña burguesía y la burguesía media se han decidido a seguirlo, y las mujeres han invadido también las profesiones liberales. Según uno de los últimos censos elaborados antes de la última guerra, de la totalidad de mujeres comprendidas entre los dieciocho y los sesenta años de edad, alrededor del 42 por 100 trabajan en Francia; el 37, en Finlandia; el 34'2, en Alemania; el 27'7, en la India; el 26'9, en Inglaterra; el 19'2, en los Países Bajos, y el 17'7 por 100, en Estados Unidos. En Francia y en la India las cifras son tan elevadas a causa de la importancia del trabajo rural. Si se exceptúa a las campesinas, hay en Francia, en 1940, alrededor de quinientas mil encargadas de establecimientos, un millón de empleadas, dos millones de obreras, millón y medio de retiradas o en paro forzoso. Entre obreras, hay 650.000 domésticas; 1.200.000 trabajan en las industrias de transformación, de ellas 440.000 en la industria textil; 315.000, en la del vestido; 380.000, a domicilio como costureras. En cuanto al comercio, las profesiones liberales y los servicios públicos, Francia, Inglaterra y Estados Unidos ocupan más o menos el mismo lugar.

Uno de los problemas esenciales que se plantean a propósito de la mujer, según hemos visto ya, es el de la conciliación de su papel reproductor con su trabajo productivo. La razón profunda que en el origen de la Historia consagra a la mujer a las faenas domésticas y le prohibe participar en la construcción del mundo, es su sometimiento a la función generadora. En las hembras de los animales hay un ritmo entre el celo y las estaciones que asegura la economía de sus fuerzas; por el contrario, entre la pubertad y la menopausia, la Naturaleza no limita la capacidad de gestación de la mujer. Ciertas civilizaciones prohiben las uniones precoces; se citan tribus indias donde se exige que se asegure a las mujeres un reposo de dos años, por lo menos, entre parto y parto; pero en conjunto, y durante numerosos siglos, la fecundidad femenina no ha sido reglamentada. Existen desde la Antigüedad[39] prácticas anticonceptivas, generalmente para uso de la mujer: pociones, supositorios, tampones vaginales; sin embargo, tales prácticas constituían un secreto de prostitutas y médicos; quizá ese secreto fuera conocido por aquellas romanas de la decadencia a quienes los escritores satíricos reprochaban su esterilidad. Sin embargo, la Edad Media las ignoró; no se halla traza de ellas hasta el siglo XVIII. Para multitud de mujeres, la vida en aquella época era una ininterrumpida serie de embarazos; hasta las mujeres de costumbres alegres pagaban con numerosas maternidades sus licencias amorosas. En ciertas épocas, la Humanidad ha experimentado la acuciante necesidad de reducir el número de la población; pero, al mismo tiempo, las naciones temían debilitarse; en las épocas de crisis y de miseria, se lograba una disminución del índice de nacimientos mediante el retraso de la edad de los solteros para contraer matrimonio. La regla general era casarse joven y tener tantos hijos como la mujer pudiese traer al mundo; únicamente la mortalidad infantil reducía el número de los hijos vivos. Ya en el siglo XVII, el abate De Pure[40] protesta contra «la hidropesía amorosa» a la que están condenadas las mujeres; y madame de Sévigné recomienda a su hija que evite embarazos demasiado frecuentes. Pero es en el siglo XVIII cuando se desarrolla en Francia la tendencia malthusiana. Primero las clases acomodadas y luego el conjunto de la población estiman razonable limitar el número de hijos de acuerdo con los recursos de los padres, y los procedimientos

[39] «La más antigua mención conocida respecto a procedimientos anticonceptivos sería un papiro egipcio del segundo milenio antes de nuestra Era, que recomienda la aplicación vaginal de una extraña mezcla compuesta por excrementos de cocodrilo, miel, natrón y una sustancia gomosa.» (P. ARIÈS: *Histoire des populations françaises*.) Los médicos persas de la Edad Media conocían treinta y una recetas, de las cuales solamente nueve eran para el hombre. Soranos, en la época de Adriano, explica que, en el momento de la eyaculación, la mujer que no desea tener hijos debe «contener la respiración, echar un poco el cuerpo hacia atrás, con objeto de que el semen no penetre en el *os uteri*, levantarse inmediatamente, ponerse en cuclillas y provocar estornudos».
[40] En la Précieuse, 1656

anticonceptivos empiezan a introducirse en las costumbres. En 1778 el demógrafo Moreau escribe: «Las mujeres ricas no son las únicas que consideran la propagación de la especie como un engañabobos de los viejos tiempos; y esos funestos secretos, desconocidos para todo animal que no sea el hombre, han penetrado ya en el campo; se engaña a la Naturaleza hasta en las aldeas.»

La práctica del *coitus interruptus* se extiende primeramente entre la burguesía, después en las poblaciones rurales y entre los obreros; el preservativo, que ya existía como antivenéreo. se convierte en un anticonceptivo que se propaga ampliamente, sobre todo después del descubrimiento de la vulcanización, hacia 1840[41]. En los países anglosajones, se autoriza oficialmente el *birth control*, y se han descubierto multitud de métodos que permiten disociar estas dos funciones en otro tiempo inseparables: la función sexual y la función reproductora. Los trabajos de la medicina vienesa, al establecer con precisión el mecanismo de la concepción y las condiciones que le son favorables, han sugerido también las maneras de evitarla. En Francia están prohibidas la propaganda anticonceptiva y la venta de pesarios, tampones vaginales, etc.; mas no por eso está menos difundido el birth control.

En cuanto al aborto, no está autorizado en ninguna parte por las leyes. El Derecho romano no acordaba protección especial a la vida embrionaria; no consideraba al *nasciturus* como un ser humano, sino como una parte del cuerpo materno. *Partus antequam edatur mulieris portio est vel viscerum*[42]. En tiempos de la decadencia, el aborto era una práctica normal, y, cuando el legislador quiso estimular los nacimientos, no se atrevió a prohibirlo. Si la mujer rehusaba el hijo contra la voluntad del marido, este podía hacer que la castigasen: pero era su desobediencia lo que constituía delito. En el conjunto de la civilización oriental y grecorromana, el aborto es admitido por la ley.

Ha sido el cristianismo el que ha trastocado en este aspecto las ideas morales, al dotar de un alma al embrión; entonces el aborto se convirtió en un crimen contra el feto mismo. «Toda mujer que hace de modo que no pueda engendrar tantos hijos como podría tener, se hace culpable de otros tantos homicidios, lo mismo que la mujer que trata de herirse después de la concepción», dice San Agustín. En Bizancio, el aborto no comportaba sino la relegación temporal; entre los bárbaros, quien practicaba el infanticidio no era censurado más que en el caso de que hubiera sido perpetrado con violencia, contra la voluntad de la madre: se le redimía mediante el pago del precio de la sangre. Los primeros Concilios, sin embargo, decretan contra este «homicidio» las penas más severas, cualquiera que sea la edad presunta del feto. Se plantea, no obstante, una cuestión que fue objeto de infinitas discusiones: ¿en qué momento penetra el alma en el cuerpo? Santo Tomás y la mayor parte de los autores fijaron la animación hacia los cuarenta días para los niños y hacia los ochenta para las niñas; entonces se introdujo una distinción entre el feto animado y el feto inanimado. En el curso de la Edad Media, el libro penitencial declara: «Si una mujer encinta hace perecer su fruto antes de los cuarenta y cinco días, sufrirá una penitencia de un año. Si lo hace al cabo de sesenta días, será de tres años. En fin, si el niño ya está animado, deberá ser tratada como homicida.» No obstante, el libro añade: «Existe gran diferencia entre la mujer pobre que destruye a su hijo por las dificultades que le cuesta alimentarlo y la que no persigue otra finalidad que ocultar el crimen de fornicación.» En 1556, Enrique II publicó un célebre edicto sobre el encubrimiento del embarazo; el simple encubrimiento era castigado con la muerte, y de ello se deducía que, con mayor motivo, la pena debería aplicarse a las maniobras abortivas; en realidad, el edicto se dirigía contra el infanticidio, pero fue aprovechado para dictar pena de muerte contra los autores y cómplices del aborto. La distinción entre feto animado e inanimado desapareció hacia el siglo XVIII. Al finalizar el siglo, Beccaria, cuya influencia fue considerable en Francia, postuló en favor de la mujer que rehusa tener hijos. El código de 1791 excusa a esta, pero castiga a sus cómplices a «veinte años de hierro». La idea de que el aborto es un homicidio desaparece en el siglo XIX, cuando más bien se le considera un crimen contra el Estado. La ley de 1810 lo prohibe rotundamente, so pena de reclusión y de trabajos forzados para la mujer y sus cómplices; de hecho, los médicos lo practican siempre que se trata de salvar la vida de la madre. Por lo mismo que la ley es demasiado severa, los propios jurados cesan de aplicarla hacia finales de siglo; no había más que un número ínfimo de arrestos, y se absolvía a las cuatro quintas partes de los acusados. En 1923, una nueva ley prevé todavía los trabajos forzados para los cómplices y autores de la intervención, pero castiga a la mujer solamente con prisión o multa; en 1939, un nuevo decreto se dirige especialmente contra los técnicos, a quienes no les será ya concedido ningún sobreseimiento. En 1941, el aborto ha sido declarado crimen contra la seguridad del Estado. En los demás países, es un delito sancionado con una pena correccional; en Inglaterra, empero, es un crimen de *felony* castigado con prisión o trabajos forzados. En general, códigos y tribunales se muestran mucho más indulgentes con la mujer que con los cómplices. La Iglesia, sin embargo, no ha

[41] «Hacia 1930, una firma norteamericana vendía veinte millones de preservativos al año. Quince manufacturas norteamericanas producían millón y medio de preservativos por día» (P. Ariès).

[42] «Antes de nacer, el niño es una porción de la mujer, una especie de víscera.»

atenuado en nada su rigor. El Código de Derecho Canónico promulgado el 27 de marzo de 1917 declara: «Quienes procuraren el aborto, sin exceptuar a la madre, una vez conseguido su propósito, incurren en excomunión *latae sententiae* reservada al ordinario.» No se puede alegar ninguna razón, ni siquiera el peligro de muerte que haya corrido la madre. Todavía recientemente el papa ha declarado que, entre la vida de la madre y la del hijo, es preciso sacrificar la primera: en efecto, al estar bautizada, la madre puede ganar el cielo -curiosamente, el infierno jamás interviene en tales cálculos-, mientras que el feto está destinado al limbo a perpetuidad[43]

Solo durante un breve período ha estado oficialmente autorizado el aborto en Alemania antes del nazismo y en la URSS antes de 1936[44]. Sin embargo, y pese a la religión y las leyes, ocupa en todos los países un lugar considerable. En Francia se cuentan todos los años de ochocientos mil a un millón -o sea, tantos como nacimientos-, siendo casadas los dos tercios de las mujeres que los sufren, muchas de las cuales ya han tenido uno o dos hijos. A despecho de los prejuicios, las resistencias y las supervivencias de una moral caduca, se ha asistido, pues, al paso de una fecundidad libre a una fecundidad dirigida por el Estado o los individuos.

Los progresos de la obstetricia han disminuido considerablemente los riesgos del parto; los dolores del alumbramiento están en camino de desaparecer; en estos días -marzo de 1949-, se ha decretado en Inglaterra el empleo obligatorio de ciertos métodos de anestesia; dichos métodos ya son generalmente aplicados en Estados Unidos y empiezan a difundirse en Francia. Por medio de la inseminación artificial se corona la evolución que permitirá a la Humanidad dominar la función reproductora. Tales cambios tienen inmensa importancia, sobre todo para la mujer, que puede reducir el número de sus embarazos, integrarlos racionalmente en su vida, en lugar de ser su esclava. A su vez, la mujer, en el curso del siglo XIX, se emancipa de la Naturaleza, conquista el dominio de su cuerpo. Sustraída en gran parte a las servidumbres de la reproducción, puede asumir el papel económico que se le ofrece y que le asegurará la conquista de su persona toda entera.

En virtud de esos dos factores, participación en la producción y manumisión de la esclavitud de la reproducción, se explica la evolución de la condición de la mujer. Como Engels lo previera, su estatuto social y político tenía necesariamente que transformarse. El movimiento feminista esbozado en Francia por Condorcet, en Inglaterra por Mary Wollstonecraft en su obra *Vindication of the Rights of Women* y adoptado de nuevo por los sansimonianos en los inicios del siglo, no había alcanzado el éxito, puesto que carecía de bases concretas. Actualmente, las reivindicaciones de la mujer van a adquirir todo su peso. Se harán oír en el seno mismo de la burguesía. Como consecuencia del rápido desarrollo de la civilización industrial, la propiedad de bienes raíces se encuentra en retroceso con respecto a la propiedad mobiliaria: el principio de la unidad del grupo familiar pierde su fuerza. La movilidad del capital permite a su tenedor, en lugar de ser poseído por su fortuna, poseerla sin reciprocidad y poder disponer de ella. A través del patrimonio era como la mujer estaba sustancialmente vinculada a su esposo: abolido el patrimonio, los cónyuges no están ya sino yuxtapuestos, y los mismos hijos no constituyen un lazo de una solidez comparable a la del interés. El individuo va a afirmarse así contra el grupo; esta evolución es particularmente espectacular en Norteamérica, donde triunfa la moderna forma del capitalismo: el divorcio florecerá, y marido y mujer no aparecen ya sino como asociados provisionales. En Francia, donde la población rural es importante, donde el código napoleónico ha puesto bajo tutela a la mujer casada, la evolución será lenta. En 1884 se restablece el divorcio, y la mujer puede obtenerlo en caso de que el marido cometa adulterio; sin embargo, en el terreno penal, se mantiene la diferencia de sexos: el adulterio solo es delito si lo comete la mujer. El derecho de tutela, concedido con restricciones en 1907, no es plenamente conquistado hasta 1917. En 1912 se autoriza la indagación de la paternidad natural. Hay que esperar hasta 1938 y 1942 para ver modificado el estatuto de la mujer casada: entonces se abroga el deber de obediencia, aunque el padre sigue siendo el jefe de la familia; él es quien fija el domicilio, aunque la mujer puede oponerse a su elección si aporta razones válidas; sus facultades han aumentado; sin embargo, en la embrollada fórmula: «La mujer casada tiene plena capacidad de derecho. Esta capacidad solo está limitada por el contrato matrimonial y por la ley», la última parte del artículo contradice a la primera. La igualdad de ambos cónyuges todavía no se ha realizado.

[43] En el volumen segundo volveremos a ocuparnos de la discusión sobre esta actitud. Señalemos únicamente que los católicos están muy lejos de tomar al pie de la letra la doctrina de San Agustín. El confesor susurra a la joven novia, en la víspera de la boda, que puede hacer con su marido no importa qué, siempre que el coito termine «como debe ser»; están prohibidas las prácticas positivas del *birth control* -comprendido el *coitus interruptus*-, pero se tiene derecho a utilizar el calendario establecido por los sexólogos vieneses y perpetrar el acto cuyo solo objeto reconocido es el de la generación, en los días en que la concepción le es imposible a la mujer. Hay directores espirituales que incluso comunican este calendario a su grey. La realidad es que hay multitud de «madres cristianas» que solo tienen dos o tres hijos, pese a no haber interrumpido sus relaciones conyugales después del último parto.
[44] Hoy lo está nuevamente (1967).

En cuanto a los derechos políticos, no sin considerables esfuerzos, se han conquistado en Francia, Inglaterra y Estados Unidos. En 1867, Stuart Mill pronunciaba en el Parlamento inglés el primer alegato en favor del voto de la mujer que jamás se haya pronunciado oficialmente. Reclamaba imperiosamente en sus escritos la igualdad de la mujer y el hombre en el seno de la familia y la sociedad. «Estoy convencido de que las relaciones sociales de ambos sexos, que subordinan un sexo al otro en nombre de la ley, son malas en sí mismas y constituyen uno de los principales obstáculos que se opondrán al progreso de la Humanidad; estoy convencido de que deben ceder el sitio a una igualdad perfecta.» A continuación, las inglesas se organizan políticamente bajo la dirección de mistress Fawcett; las francesas se agrupan detrás de María Deraismes, que entre 1868 y 1871 estudia, en una serie de conferencias públicas, la situación de la mujer; sostiene una viva controversia con Alejandro Dumas, hijo, quien aconsejaba al marido traicionado por una esposa infiel: «Mátala.» El verdadero fundador del feminismo fue León Richier, que creó en 1869 los «Droits de la Femme» y organizó el Congreso Internacional de los Derechos de la Mujer, celebrado en 1878. Todavía no se abordó la cuestión del derecho al voto; las mujeres se limitaron a reclamar derechos civiles; durante treinta años, el movimiento siguió siendo tan tímido en Francia como en Inglaterra. Sin embargo, una mujer, Hubertine Auclert, inició una campaña sufragista, creó una agrupación denominada el «Sufragio de las Mujeres» y un diario titulado La Citoyenne. Bajo su influencia, se constituyeron numerosas sociedades, pero su acción apenas fue eficaz. Esta debilidad del feminismo tiene su origen en sus divisiones intestinas; a decir verdad, y como ya se ha señalado, las mujeres no son solidarias como sexo: ante todo están ligadas a su clase; los intereses de las burguesas y los de las mujeres proletarias no coinciden. El feminismo revolucionario toma de nuevo la tradición sansimoniana y marxista; preciso es notar, por otra parte, que Louise Michel se pronuncia contra el feminismo porque ese movimiento no hace sino desviar fuerzas que deberían emplearse por entero en la lucha de clases; mediante la abolición del capital, se resolverá favorablemente la suerte de la mujer.

En 1879, el Congreso Socialista proclamó la igualdad de los sexos y, desde entonces, ya no volverá a ser denunciada la alianza feminismo-socialismo; pero, puesto que las mujeres esperan la libertad de la emancipación de los trabajadores en general, no se adherirán a su propia causa más que de un modo secundario. Por el contrario, las burguesas reclaman nuevos derechos en el seno de la sociedad tal cual es y se prohiben a si mismas el ser revolucionarias; desean introducir en las costumbres reformas virtuosas: supresión del alcoholismo, de la literatura pornográfica, de la prostitución. En 1892 se reunió el llamado Congreso Feminista, que dio su nombre al movimiento; de él no salió gran cosa. No obstante, en 1897 se aprueba una ley que permite a la mujer ser testigo ante los tribunales, pero una doctora en Derecho que pretende inscribirse en el Colegio de Abogados ve denegada su solicitud. En 1898 las mujeres obtienen el electorado en el Tribunal de Comercio, el electorado y la elegibilidad en el Consejo Superior del Trabajo, la admisión en el Consejo Superior de Asistencia Pública y en la Escuela de Bellas Artes. En 1900, un nuevo congreso reúne a las feministas; tampoco llega a grandes resultados. Sin embargo, en 1901, Viviani plantea por primera vez en la Cámara la cuestión del voto femenino; por lo demás, propone limitar el sufragio a las solteras y las divorciadas. En ese momento crece la importancia del movimiento feminista. En 1909 se funda la Unión Francesa para el Sufragio de las Mujeres, cuya animadora es madame Brunschwig; organiza conferencias, mítines, congresos, manifestaciones. En 1909, Buisson da un informe sobre una proposición de Dussausoy concediendo a las mujeres derechos electorales para las asambleas locales. En 1910, Thomas presenta una propuesta en favor del sufragio femenino; renovada en 1918, triunfa en 1919 en la Cámara, pero fracasa en 1922 ante el Senado. La situación es bastante compleja. Al feminismo revolucionario, al llamado feminismo independiente de madame Brunschwig, se adjunta un feminismo cristiano: Benedicto XV se pronuncia en favor del voto femenino, en 1919; monseñor Baudrillart y el padre Sertillanges desarrollan una ardiente propaganda en este sentido; los católicos piensan, en efecto, que las mujeres representan en Francia un elemento conservador y religioso; eso es precisamente lo que temen los radicales: la verdadera razón de su oposición estriba en que temen un desplazamiento de votos si permiten votar a las mujeres. En el Senado, muchos católicos, el grupo de Unión Republicana y, por otro lado, los partidos de extrema izquierda, son favorables al voto de las mujeres; pero la mayoría de la asamblea está en contra. Hasta 1932 recurre a procedimientos dilatorios y se niega a discutir las proposiciones relativas al sufragio femenino; en 1932, sin embargo, al aprobar la Cámara, por trescientos diecinueve votos a favor y uno en contra, la enmienda que otorgaba a las mujeres los derechos electorales y la elegibilidad, el Senado abre un debate que dura varias sesiones, al término de las cuales se rechaza la enmienda. El informe publicado en el Officiel es de lo más significativo; en él se encuentran todos los argumentos que los antifeministas han desarrollado durante medio siglo en obras cuya sola enumeración sería fastidiosa. En primer lugar, vienen los argumentos galantes del género «amamos demasiado a la mujer para permitir que las mujeres voten»; se exalta a la manera de Proudhon a la «verdadera mujer» que acepta el dilema «cortesana o ama de casa»: la mujer perdería su encanto al votar; se halla sobre un pedestal, que no descienda; tiene todo que perder y nada que ganar si se convierte en electora; ya

gobierna a los hombres sin necesidad de papeleta electoral, etc. De manera más seria, se invoca el interés de la familia: el lugar de la mujer está en la casa; las discusiones políticas provocarían la discordia entre los esposos. Algunos confiesan un antifeminismo moderado. Las mujeres son diferentes de los hombres. No hacen el servicio militar. ¿Votarán las prostitutas? Otros afirman con arrogancia su superioridad masculina: votar es una carga, no un derecho, y las mujeres no son dignas de ello. Son menos inteligentes y menos instruidas que el hombre. Si ellas votasen, los hombres se afeminarían. Su educación política no está acabada. Votarían de acuerdo con las órdenes de sus maridos. Si quieren ser libres, que se libren primeramente de su costurera. También se propone el siguiente argumento de soberbia ingenuidad: en Francia hay más mujeres que hombres. A despecho de la pobreza de todas estas objeciones, ha sido preciso esperar hasta 1945 para que la francesa adquiera todos sus derechos políticos.

Nueva Zelanda había concedido a la mujer la plenitud de sus derechos desde 1893; siguió Australia en 1908. Pero en Inglaterra y Norteamérica, la victoria ha sido difícil. La Inglaterra victoriana confinaba imperiosamente la mujer al hogar; Jane Austen se ocultaba para escribir; hacía falta mucho valor o un destino excepcional para convertirse en una George Eliot, una Emily Brontë; en 1818, un sabio inglés escribía: «Las mujeres no solamente no son la raza, ni siquiera la mitad de la raza, sino una subespecie destinada únicamente a la reproducción.» Hacia finales de siglo, mistress Fawcett funda el movimiento sufragista; pero, al igual que en Francia, es un movimiento tímido. Hacia 1903 es cuando las reivindicaciones femeninas adoptan un giro singular. La familia Pankhurst crea en Londres la «Woman Social and Political Union», adherida al partido laborista, y que emprende una acción resueltamente militante. Es la primera vez en la Historia que se ve en las mujeres intentar un esfuerzo como tales mujeres, y eso es lo que presta un particular interés a la aventura de las «sufragistas» en Inglaterra y Norteamérica. Durante quince años, desarrollan una política de presión que en ciertos aspectos recuerda la actitud de un Gandhi: rechazan la violencia, pero inventan sucedáneos más o menos ingeniosos. Invaden el Albert Hall en el curso de mítines celebrados allí por el partido liberal, enarbolando pancartas en donde se leen las palabras: «El voto para la mujer»; penetran a viva fuerza en el despacho de lord Asquith, celebran mítines en Hyde Park o en Trafalgar Square, desfilan por las calles portando pancartas, organizan conferencias; en el curso de las manifestaciones, insultan a los policías o los atacan a pedradas, con objeto de provocar procesos; una vez en la cárcel, adoptan la táctica de la huelga de hambre; recaudan fondos, congregan a su alrededor a millones de mujeres y de hombres; conmueven a la opinión tan certeramente, que en 1907, doscientos miembros del Parlamento constituyen un comité para el sufragio de la mujer; a partir de entonces, todos los años algunos de ellos presentan un proyecto de ley en favor del sufragio femenino, proyecto que es rechazado todos los años con los mismos argumentos. En 1907 es cuando la W.S.P.U. organiza la primera marcha sobre el Parlamento, en la que participan multitud de trabajadoras con mantones y algunas damas de la aristocracia; la Policía las rechaza; pero al año siguiente, al surgir la amenaza de prohibir a las mujeres casadas el trabajo en ciertas galerías de las minas de Lancashire, aquellas son convocadas por la W.S.P.U. para celebrar en Londres un gran mitin. Se producen nuevas detenciones, a las que las sufragistas detenidas replican en 1909 con una prolongada huelga de hambre. Una vez puestas en libertad, organizan nuevas manifestaciones: una de las mujeres, montada en un caballo al que han embadurnado de cal, representa a la reina Isabel. El 18 de julio de 1910, día en que va a presentarse en la Cámara el proyecto de ley sobre el sufragio femenino, se organiza un desfile de nueve kilómetros de longitud por las calles de Londres; rechazado el proyecto de ley, se organizan nuevos mítines. En 1912 las mujeres adoptan una táctica más violenta: incendian casas deshabitadas, dañan cuadros, pisotean arriates, arrojan piedras contra la Policía; al mismo tiempo, envían delegación tras delegación a Lloyd George, a sir Edmond Grey; se ocultan en el Albert Hall e intervienen ruidosamente durante los discursos de Lloyd George. La guerra interrumpe sus actividades. Resulta muy difícil saber en qué medida esta acción ha precipitado los acontecimientos. El voto les fue concedido a las inglesas, primero, en 1918 bajo una forma restringida, y, luego, en 1928, sin restricciones: en parte fueron los servicios prestados durante la guerra los que les valieron ese éxito.

La mujer norteamericana se había hallado al principio más emancipada que la europea. Al comienzo del siglo XIX las mujeres tuvieron que participar en el duro trabajo de pionero emprendido por los hombres; lucharon a su lado; eran mucho menos numerosas que ellos, y este hecho determinó que alcanzasen un valor muy elevado. Sin embargo, poco a poco, su situación se ha ido acercando a la de las mujeres del Viejo Continente; se ha conservado la galantería con respecto a ellas; han conservado privilegios culturales y una posición dominante en el seno de la familia; las leyes les concedían de buen grado un papel religioso y moral; sin embargo, no por ello dejaban de estar todos los mandos de la sociedad en manos masculinas. Algunas comenzaron hacia 1830 a reivindicar sus derechos políticos. También emprendieron una campaña en favor de los negros. Habiéndole sido impedida la asistencia al Congreso antiesclavista celebrado en Londres, en 1840, la cuáquera Lucretia Mott fundó una asociación feminista. El 18 de julio de 1840, en una convención reunida en

Séneca Falls, redactan un manifiesto en el que reina la inspiración cuáquera y que da el tono a todo el feminismo norteamericano. «El hombre y la mujer han sido creados iguales, dotados por el Creador de derechos inalienables... El Gobierno sólo está hecho para salvaguardar esos derechos... El hombre convierte a la mujer casada en una muerta cívica... Usurpa las prerrogativas de Jehová, único que puede asignar a los hombres su esfera de acción.» Tres años después, la señora Beecher-Stowe escribió La cabaña del tío Tom, que había de levantar a la opinión en favor de los negros. Emerson y Lincoln apoyan el movimiento feminista. Al estallar la guerra de Secesión, las mujeres participan ardientemente en la misma; pero en vano reclaman que la enmienda que otorga a los negros el derecho de votar sea redactada de la siguiente manera: «Ni el color ni el sexo... son obstáculos para ejercer el derecho electoral.» Sin embargo, uno de los artículos de la enmienda era ambiguo, y la señorita Anthony, destacada dirigente feminista, lo toma como pretexto para votar en Rochester con catorce de sus camaradas; fue condenada a pagar una multa de cien dólares. En 1869 funda la Asociación Nacional para el Sufragio Femenino, y en ese mismo año el Estado de Wyoming concede el derecho de voto a la mujer. Pero hasta 1893 no es seguido ese ejemplo por el Estado de Colorado, y luego, en 1896, por Idaho y Utah. Después, los progresos son muy lentos. En el plano económico, empero, las mujeres marchan mucho mejor que en Europa. En 1900 hay en Estados Unidos cinco millones de mujeres que trabajan, de las cuales 1.300.000 lo hacen en la industria y 500.000 en el comercio; se cuenta un número muy elevado de ellas en el comercio, la industria, los negocios y todas las profesiones liberales. Hay abogadas, médicas y 3.373 mujeres pastoras de almas. La célebre Marie Baker Eddy funda la «Christian Scientist Church». Las mujeres adoptan la costumbre de reunirse en clubs, los cuales agrupan unos dos millones de miembros.

Sin embargo, solo nueve Estados han concedido el voto a la mujer. En 1913, el movimiento sufragista se organiza según el modelo del movimiento militante inglés. Lo dirigen dos mujeres: la señorita Stevens y una joven cuáquera llamada Alice Paul. Obtienen de Wilson autorización para desfilar en una gran manifestación con banderas e insignias; organizan a continuación una campaña de conferencias, mítines, desfiles, toda suerte de manifestaciones. Las electoras de los nueve Estados donde está admitido el voto femenino se trasladan con gran pompa al Capitolio, exigiendo el voto de la mujer para toda la nación. En Chicago se ve por primera vez a las mujeres reunirse en un partido con objeto de liberar a su sexo; esa asamblea se convierte en el «Partido de las Mujeres». En 1917, las sufragistas inventan una nueva táctica: se instalan a la puerta de la Casa Blanca, enarbolando sus banderas y a menudo encadenadas a las verjas, para que no las puedan dispersar. Al cabo de seis meses son detenidas y enviadas a la penitenciaría de Oxcaqua; se declaran en huelga de hambre y terminan por ser puestas en libertad. Nuevas manifestaciones callejeras degeneran en brotes de motines. El Gobierno termina por consentir el nombramiento de una comisión de sufragio en la Cámara. El Comité Ejecutivo del Partido de las Mujeres celebra una conferencia en Washington; a la salida, la enmienda en favor del voto femenino es presentada en la Cámara y votada el 10 de enero de 1918. Pero falta por conseguir el voto del Senado. Como Wilson no parece estar dispuesto a ejercer suficiente presión, las sufragistas empiezan de nuevo a manifestarse, y celebran un mitin ante las puertas de la Casa Blanca. El presidente se decide a dirigir un llamamiento al Senado, pero la enmienda es rechazada por dos votos de mayoría. Será un congreso republicano el que vote la enmienda en junio de 1919. A continuación, y durante diez años, prosigue la lucha por la completa igualdad de ambos sexos. En la sexta conferencia de las Repúblicas americanas celebrada en La Habana, en 1928, las mujeres obtienen la creación de un comité interamericano de mujeres. En 1933, los tratados de Montevideo elevan la condición de la mujer por medio de una convención internacional. Diecinueve repúblicas americanas firman la convención que otorga a la mujer la igualdad de todos los derechos.

En Suecia existe también un movimiento feminista de gran importancia. En nombre de las viejas tradiciones, las suecas reivindican el derecho «a la instrucción, el trabajo y la libertad». Son, sobre todo, las mujeres de letras quienes llevan adelante la lucha, y es el aspecto moral del problema el que les interesa ante todo; después, agrupadas en poderosas asociaciones, se captan a los liberales, pero tropiezan con la hostilidad de los conservadores. En 1907 las noruegas, y en 1906 las finlandesas, obtienen el sufragio que las suecas esperarán todavía durante años.

Los países latinos, como los países de Oriente, oprimen a la mujer por el rigor de las costumbres aún más que por el de las leyes. En Italia, el fascismo frenó sistemáticamente la evolución del feminismo. Al buscar la alianza con la Iglesia, respetar la familia y prolongar una tradición de esclavitud femenina, la Italia fascista esclavizó doblemente a la mujer: a los poderes públicos y a su marido. La situación ha sido muy diferente en Alemania. En 1790 el estudiante Hippel había lanzado el primer manifiesto del feminismo alemán. En los comienzos del siglo XIX floreció un feminismo sentimental análogo al de George Sand. En 1848, la primera feminista alemana, Luisa Otto, reclamaba para la mujer el derecho a contribuir a la transformación de su país: su feminismo era esencialmente nacionalista. Fundó en 1865 la «Asociación General de Mujeres Alemanas». Los socialistas alemanes, empero,

reclamaban con Bebel la abolición de la desigualdad de los sexos. En 1892, Clara Zetkin entra en los Consejos del partido. Aparecen asociaciones obreras femeninas y sindicatos de mujeres socialistas agrupados en una Federación. Las alemanas no consiguen en 1914 la constitución de un ejército nacional de mujeres, pero participan ardientemente en el esfuerzo de guerra. Tras la derrota alemana, obtienen el derecho de voto y toman parte en la vida política: Rosa Luxemburgo lucha en el grupo espartaquista al lado de Carlos Liebknecht y muere asesinada en 1919. La mayoría de las alemanas se ha pronunciado por el partido del orden; varias de ellas ocupan escaños en el Reichstag. Así, pues, es a mujeres emancipadas a quienes Hitler impone de nuevo el ideal napoleónico: «Küche, Kirche, Kinder.» «La presencia de una mujer en el Reichstag lo deshonraría», declara. Como el nazismo era anticatólico y antiburgués, da a la mujer un lugar privilegiado; la protección concedida a las madres solteras y a los hijos naturales emancipa, en gran parte, a la mujer del matrimonio; al igual que en Esparta, depende del Estado mucho más que de ningún individuo, lo cual le da al mismo tiempo más y menos autonomía que a una burguesa que viviese bajo un régimen capitalista.

Es en la URSS donde el movimiento feminista adquiere la máxima amplitud. Se había esbozado a finales del siglo XIX, entre las estudiantes de la intelligentzia; en general, se muestran menos apegadas a su causa personal que a la elección revolucionaria; «van al pueblo» y luchan contra la Okrana de acuerdo con métodos nihilistas: Vera Zassulich ejecuta en 1878 al prefecto de Policía Trepov. En el curso de la guerra ruso-japonesa, las mujeres reemplazan a los hombres en muchos oficios; adquieren conciencia de sí mismas, y la Unión Rusa por los Derechos de la Mujer reclama la igualdad política de ambos sexos; en el seno de la primera Duma se crea un grupo parlamentario para los derechos de la mujer, pero carece por completo de eficacia. Será la Revolución la que realizará la emancipación de las trabajadoras. Ya en 1905 habían participado ampliamente en las huelgas políticas de masas desencadenadas en el país; y habían acudido a las barricadas. En 1917, unos días antes de la Revolución, y con ocasión de la Jornada Internacional de la Mujer (el 8 de marzo), se manifestaron en masa por las calles de San Petersburgo, exigiendo pan, paz y el regreso de sus maridos. Participaron en la insurrección de octubre; entre 1918 y 1920 representaron un importantísimo papel económico y hasta militar en la lucha de la URSS contra los invasores. Fiel a la tradición marxista, Lenin ha vinculado la emancipación de las mujeres a la de los trabajadores; les ha concedido la igualdad política y económica.

El artículo 122 de la Constitución de 1936 estipula que: «En la URSS, la mujer goza de los mismos derechos que el hombre en todos los dominios de la vida económica, oficial, cultural, pública y política.» Y estos principios han sido precisados por la Internacional Comunista, que reclama: «Igualdad social de la mujer y del hombre ante la ley y en la vida práctica. Radical transformación del derecho conyugal y del código de la familia. Reconocimiento de la maternidad como función social. Los cuidados y la educación de los niños y adolescentes correrán por cuenta de la sociedad. Lucha civilizadora organizada contra la ideología y las tradiciones que hacen de la mujer una esclava.» En el dominio económico, las conquistas de la mujer han sido deslumbrantes. Ha obtenido la igualdad de salarios con los trabajadores masculinos y ha participado intensamente en la producción; en virtud de todo ello, ha adquirido una considerable importancia política y social. En el folleto recientemente editado por la Asociación Francia-URSS se dice que en las elecciones generales de 1939 había 457.000 mujeres diputadas en los Soviets regionales, de distrito, de ciudad y de aldea, 1.480 en los Soviets superiores de las Repúblicas socialistas, 227 tenían escaños en el Soviet Supremo de la URSS. Cerca de diez millones de mujeres son miembros de los sindicatos. Constituían el 40 por 100 del contingente de obreros y empleados de la URSS; entre los stajanovistas se contaba gran número de obreras. Sabida es la participación que la mujer rusa ha tenido en la última guerra; las mujeres rusas han realizado un enorme trabajo hasta en las ramas de producción donde predominaban las profesiones masculinas: metalurgia y minas, transporte fluvial de madera, ferrocarriles, etc. Se han distinguido como aviadoras, paracaidistas, han formado ejércitos de guerrilleras.

Esa participación de la mujer en la vida pública ha suscitado un espinoso problema: su papel en la vida familiar. Durante todo un largo período de tiempo se ha tratado de emanciparla de las servidumbres domésticas: el 16 de noviembre de 1924, la Asamblea plenaria del Komintern proclamaba que: «La Revolución será impotente en tanto subsistan la noción de la familia y las relaciones familiares.»

El respeto concedido a la libre unión, la facilidad del divorcio, la reglamentación legal del aborto, aseguraban la libertad de la mujer ante el hombre; las leyes sobre vacaciones por embarazo, guarderías infantiles, jardines de la infancia, etc., aliviaban las cargas de la maternidad. A través de testimonios apasionados y contradictorios, resulta difícil discernir cuál era su situación concreta; pero lo cierto es que hoy las exigencias de la repoblación han conducido a una política familiar diferente: la

familia aparece como la célula social elemental, y la mujer es a la vez trabajadora y ama de casa[45]. Estrechamente subordinada al Estado, como todos los trabajadores, estrechamente ligada al hogar, pero teniendo acceso a la vida política y a la dignidad que confiere el trabajo productor, la mujer rusa se halla en una situación singular.

En la sesión que acaba de celebrar en la ONU la Comisión para el estudio de la situación de la mujer, ha reclamado que la igualdad de derechos para ambos sexos sea reconocida a través de todas las naciones, y ha aprobado varias mociones tendentes a transformar en realidad concreta ese estatuto legal. Así, pues, parece que la partida está ganada. El porvenir no puede por menos que conducir a una asimilación cada vez más profunda de la mujer en el seno de una sociedad otrora masculina.

****

Si echamos una ojeada de conjunto a esta historia, vemos que de ella se desprenden varias conclusiones. Y, en primer lugar, la siguiente: toda la historia de las mujeres la han hecho los hombres. Al igual que en Norteamérica no hay problema negro, sino un problema blanco[46], y que «el antisemitismo no es un problema judío, sino nuestro problema»[47], así también el problema de la mujer siempre ha sido un problema de hombres. Ya se ha visto por qué causas han tenido ellos, al principio, junto con la fuerza física, el prestigio moral; ellos han creado los valores, las costumbres, las religiones, y jamás las mujeres les han disputado ese imperio. Algunas mujeres aisladas -Safo, Christine de Pisan, Mary Wollstonescraft, Olympe de Gouges- han protestado contra la dureza de su destino, y a veces se han producido manifestaciones colectivas; pero las matronas romanas que se coaligaban contra la ley Oppia o las sufragistas anglosajonas han conseguido ejercer alguna presión solo porque los hombres estaban dispuestos a sufrirla. Siempre han sido ellos quienes han tenido en sus manos la suerte de la mujer, y nunca han decidido en función de su interés, sino que siempre han tenido en cuenta sus propios proyectos, sus temores y sus necesidades. Cuando han reverenciado a la diosa-madre ha sido porque la Naturaleza los atemorizaba; tan pronto como el útil de bronce les ha permitido afirmarse frente a ella, han instituido el patriarcado; el estatuto de la mujer lo define entonces el conflicto entre la familia y el Estado; la actitud del cristiano ante Dios, el mundo y su propia carne es lo que se refleja en la condición que le ha asignado; lo que en la Edad Media se denominó «querella de mujeres», fue una querella entre clérigos y laicos a propósito del matrimonio y el celibato; lo que ha acarreado la tutela de la mujer casada ha sido el régimen social fundado en la propiedad privada, y la revolución técnica realizada por los hombres es lo que ha emancipado a las mujeres de hoy. Ha sido una evolución de la ética masculina lo que ha determinado la reducción de las familias numerosas mediante el birth control y ha liberado parcialmente a la mujer de las servidumbres de la maternidad. El propio feminismo no ha sido jamás un movimiento autónomo: en parte fue un instrumento en manos de los políticos, en parte un epifenómeno que reflejaba un drama social más profundo. Las mujeres nunca han constituido una casta separada, y en verdad tampoco han tratado de representar un papel en la Historia como sexo. Las doctrinas que reclaman el advenimiento de la mujer en tanto que es carne, vida, inmanencia, que es lo Otro, son ideologías masculinas que no expresan de ninguna manera las reivindicaciones femeninas. La mayoría de las mujeres se resignan a su suerte sin intentar ninguna acción; las que han intentado cambiarla no han pretendido encerrarse en su singularidad para hacerla triunfar, sino superarla. Cuando han intervenido en el curso del mundo, ha sido de acuerdo con los hombres, según las perspectivas masculinas.

Esta intervención, en conjunto, ha sido secundaria y episódica. Las clases en que las mujeres gozaban de cierta autonomía económica y participaban en la producción eran las clases oprimidas, y, en tanto que trabajadoras, eran aún más esclavas que los trabajadores masculinos. En las clases dirigentes, la mujer era un parásito y, como tal, sometida a las leyes masculinas: en ambos casos, la acción le era punto menos que imposible. El Derecho y las costumbres no siempre coincidían, y entre ellos el equilibrio se establecía de manera que la mujer no fuese nunca concretamente libre. En la antigua República romana, las condiciones económicas dan a la matrona poderes concretos, pero no tiene ninguna independencia legal; con frecuencia sucede lo mismo en las civilizaciones campesinas y en la pequeña burguesía comerciante; ama-sirviente en el interior de la casa, la mujer es socialmente una menor. A la inversa, en las épocas en que la sociedad se disgrega, la mujer se emancipa; pero, al cesar de ser vasalla del hombre, pierde su feudo; no le queda más que una

---

[45] Olga Michakova, secretaria del Comité Central de la Organización de la Juventud Comunista, ha declarado en 1944 en el curso de una entrevista: «Las mujeres soviéticas deben tratar de hacerse tan atractivas como permitan la Naturaleza y el buen gusto. Después de la guerra, deberán vestirse como mujeres y caminar con porte femenino... Se dirá a las muchachas que se comporten y anden como muchachas, y, por esta razón, adoptarán faldas probablemente muy estrechas que las obligarán a caminar graciosamente.»

[46] Véase MYRDALL: *American dilemma*.

[47] Véase J. P. SARTRE: *Reflexiones sobre la cuestión judía.*

libertad negativa que no halla donde traducirse, salvo en la licencia y la disipación: así sucede durante la decadencia romana, el Renacimiento, el siglo XVIII y el Directorio. O bien encuentra donde emplearse, pero está esclavizada; o bien se emancipa, pero ya no tiene nada que hacer consigo misma. Entre otras cosas, es notable que la mujer casada haya tenido su lugar en la sociedad, pero sin gozar en esta de ningún derecho, mientras que la soltera, muchacha honesta o prostituta, disfrutaba de todas las capacidades del hombre; sin embargo, hasta el siglo presente ha estado más o menos excluida de la vida social. De esta oposición entre el Derecho y las costumbres ha resultado, entre otras cosas, esta curiosa paradoja: el amor libre no está prohibido por la ley, mientras que el adulterio es un delito; con frecuencia, sin embargo, la muchacha que comete una «falta» queda deshonrada, en tanto que la mala conducta del esposo se mira con indulgencia: multitud de mujeres, desde el siglo XVII hasta nuestros días, se han casado con objeto de poder tomar libremente un amante. Mediante este ingenioso sistema, la gran masa de las mujeres ha sido tenida a raya: se precisan circunstancias excepcionales para que una personalidad femenina logre afirmarse entre esas dos series de restricciones. Las mujeres que han realizado obras comparables a las de los hombres son aquellas a quienes la fuerza de las instituciones sociales ha exaltado por encima de toda diferenciación sexual. Isabel la Católica, Isabel de Inglaterra y Catalina de Rusia no eran ni varón ni hembra: eran soberanas. Es curioso que, socialmente abolida su feminidad, ya no constituyera inferioridad: la proporción de reinas que tuvieron grandes reinados es infinitamente superior a la de los grandes reyes. La religión opera la misma transformación: Catalina de Siena y Santa Teresa están por encima de toda condición fisiológica de las almas santas; su vida secular y su vida mística, sus actos y sus escritos se elevan a alturas que pocos hombres han alcanzado jamás. Hay razones para pensar que, si las demás mujeres no lograron dejar una profunda huella en el mundo, se debe a que estaban limitadas en su condición. Apenas han podido intervenir de otra manera que no fuese negativa o indirecta. Judit, Charlotte Corday y Vera Zassulich asesinan; las mujeres de la Fronda conspiran; en el curso de la Revolución, durante la Comuna, las mujeres luchan al lado de los hombres contra el orden establecido; a una libertad sin derechos, sin poder, le es permitido erguirse en el rechazo y la revuelta, mientras se le prohibe participar en una construcción positiva; todo lo más, logrará inmiscuirse por caminos desviados en las empresas masculinas. Aspasia, madame de Maintenon y la princesa de los Ursinos fueron consejeras escuchadas; pero, aun así, preciso ha sido que se consintiera en escucharlas. Los hombres exageran de buen grado la importancia de tales influencias, cuando desean convencer a la mujer de que le ha correspondido la mejor parte; pero, en realidad, las voces femeninas se callan allí donde comienza la acción concreta; ellas han podido provocar guerras, pero no sugerir la táctica de una batalla; apenas han orientado la política más que en la medida en que la política se ha reducido a mera intriga: los verdaderos mandos del mundo jamás han estado en manos femeninas; ellas no han actuado sobre las técnicas ni sobre la economía; no han hecho y deshecho Estados, no han descubierto mundos. Ciertos acontecimientos se han desencadenado por ellas, pero más que agentes han sido pretexto. El suicidio de Lucrecia solo ha tenido un valor simbólico. El martirio le sigue siendo permitido al oprimido; durante las persecuciones cristianas, después de derrotas sociales o nacionales, las mujeres han representado un papel de testigos; pero jamás un mártir ha cambiado la faz del mundo. Incluso las manifestaciones e iniciativas femeninas han carecido de valor hasta que una decisión masculina las ha prolongado eficazmente. Las norteamericanas agrupadas en torno a la señora Beecher-Stowe sublevan violentamente a la opinión contra la esclavitud; pero los verdaderos motivos de la guerra de Secesión no fueron de orden sentimental. La «jornada de las mujeres», del 8 de marzo de 1917, tal vez precipitase la Revolución rusa; pero, no obstante, no fue más que una señal. La mayor parte de las heroínas femeninas son de una especie extravagante: aventureras, mujeres originales no tanto por la importancia de sus actos como por lo singular de sus destinos; así, si se compara a Juana de Arco, madame Roland y Flora Tristan con Richelieu, Danton o Lenin, se ve que su grandeza es, sobre todo, subjetiva: son figuras ejemplares antes que **{**153**}** agentes históricos. El gran hombre surge de la masa y es llevado por las circunstancias: la masa de las mujeres está al margen de la Historia, y las circunstancias son para cada una de ellas un obstáculo y no un trampolín. Para cambiar la faz del mundo, es preciso en primer lugar estar sólidamente anclado en el mismo; pero las mujeres sólidamente enraizadas en la sociedad son aquellas que le están sometidas; a menos de haber sido designadas para la acción por derecho divino -y en tal caso se han mostrado tan capaces como los hombres-, la ambiciosa, la heroína, son extraños monstruos. Solo después de que las mujeres empiezan a sentirse en esta tierra como en su casa, se ve aparecer una Rosa Luxemburgo, una madame Curie. Ellas demuestran deslumbrantemente que no es la inferioridad de las mujeres lo que ha determinado su insignificancia histórica, sino que ha sido su insignificancia histórica lo que las ha destinado a la inferioridad[48] .

[48] Es notable que en París, de cada mil estatuas (exceptuando las de las reinas que, por razón puramente arquitectónica, se encuentran en el Luxemburgo), no haya nada más que diez erigidas en honor de mujeres. Tres están consagradas a Juana de Arco. Las otras son las de madame de Ségur, George Sand, Sarah Bernhardt, madame Boucicaut y la baronesa de Hirsch, María Deraismes y Rosa Bonheur.

El hecho es flagrante en el dominio donde mejor han logrado afirmarse, es decir, en el dominio cultural. Su suerte ha estado estrechamente ligada a la de las letras y las artes; ya entre los germanos las funciones de profetisa y sacerdotisa recaían en las mujeres; puesto que están al margen del mundo, los hombres van a volverse hacia ellas cuando traten de franquear los límites de su universo y acceder a otro por medio de la cultura. El misticismo cortesano, la curiosidad humanística, el gusto por la belleza que se propaga en el Renacimiento italiano, el preciosismo del siglo XVII, el ideal progresista del XVIII, comportan, bajo formas diversas, una exaltación de la feminidad. La mujer es entonces el principal polo de la poesía, la sustancia de la obra de arte; los ocios de que dispone le permiten consagrarse a los placeres del espíritu: inspiradora, juez y público del escritor, se convierte en émulo suyo; con frecuencia es ella quien hace prevalecer un mundo de sensibilidad, una ética que alimenta los corazones masculinos y así interviene en su propio destino: la instrucción de la mujer es una conquista en gran parte femenina. Y, sin embargo, si este papel colectivo representado por las mujeres intelectuales es importante, sus aportaciones individuales son, en general, de menos valor. Porque no está comprometida en la acción es por lo que la mujer ocupa un lugar privilegiado en los dominios del pensamiento y del arte; pero el arte y el pensamiento tienen en la acción sus fuentes vivas. Estar situada al margen del mundo no es una situación favorable para quien pretenda recrearlo: también aquí, para emerger más allá del dato, es preciso primero estar profundamente enraizado en el mismo. Las realizaciones personales son casi imposibles en las categorías humanas colectivamente mantenidas en situación inferior. «Con faldas, ¿dónde queréis que se vaya?», preguntaba Marie Bashkirtseff. Y Stendhal decía: «Todos los genios que nacen mujeres se pierden para la dicha del público.» A decir verdad, no se nace genio: se llega a serlo; y la condición femenina ha hecho imposible ese devenir hasta el presente.

Los antifeministas extraen del examen de la Historia dos argumentos contradictorios: 1.º Las mujeres nunca han creado nada grande. 2.º La situación de la mujer no ha impedido nunca la floración de grandes personalidades femeninas. Hay mala fe en tales afirmaciones; los éxitos de algunas privilegiadas no compensan ni excusan el rebajamiento sistemático del nivel colectivo; y el que esos éxitos sean raros y limitados prueba precisamente que las circunstancias les son desfavorables. Como han sostenido Christine de Pisan, Poulain de la Barre, Condorcet, Stuart Mill y Stendhal, en ningún dominio ha tenido nunca la mujer su oportunidad. Por eso hoy gran número de ellas reclaman un nuevo estatuto; y una vez más su reivindicación no consiste en ser exaltadas en su feminidad: quieren que en ellas mismas, como en el conjunto de la Humanidad, la trascendencia se imponga a la inmanencia; quieren que, por fin, se les concedan los derechos abstractos y las posibilidades concretas sin cuya conjugación la libertad no es más que un engaño[49].

Esta voluntad está en camino de cumplirse. Pero el período que estamos atravesando es un período de transición; este mundo, que siempre ha pertenecido a los hombres, todavía se halla en sus manos; sobreviven en gran parte las instituciones y los valores de la civilización patriarcal. Los derechos abstractos están muy lejos de ser en todas partes integralmente reconocidos a la mujer: en Suiza, todavía no votan las mujeres; en Francia, la ley de 1942 mantiene en forma atenuada las prerrogativas del esposo. Y acabamos de decir que los derechos abstractos jamás han bastado para asegurar a la mujer una aprehensión concreta del mundo: entre ambos sexos, todavía no existe hoy una verdadera igualdad.

En primer lugar, las cargas del matrimonio siguen siendo mucho más pesadas para la mujer que para el hombre. Ya se ha visto que las servidumbres de la maternidad han quedado reducidas por el uso -confesado o clandestino- del birth control; pero la práctica del mismo no está universalmente extendida ni es rigurosamente aplicada; como el aborto está oficialmente prohibido, muchas mujeres comprometen su salud con maniobras abortivas incontroladas o se encuentran abrumadas por el número de sus maternidades. El cuidado de los niños y el mantenimiento del hogar son todavía soportados casi exclusivamente por la mujer. En Francia, particularmente, la tradición antifeminista es tan tenaz, que un hombre creería fracasar si participase en tareas reservadas en otro tiempo a las mujeres. Resulta de ello que la mujer puede conciliar más difícilmente que el hombre su vida familiar y su papel de trabajadora. En el caso de que la sociedad le exija ese esfuerzo, su existencia es mucho más penosa que la de su esposo.

Consideremos, por ejemplo, la suerte de las campesinas. En Francia, constituyen la mayor parte de las mujeres que participan en el trabajo productivo, y generalmente están casadas. Lo más frecuente es que la soltera, en efecto, permanezca como sirviente en la casa paterna o en la de un hermano o

[49] También aquí juegan los antifeministas con un equivoco. Tan pronto, dándoseles un ardite la libertad abstracta, se exaltan respecto al importante papel concreto que la mujer esclavizada puede representar en el mundo -¿qué es lo que reclama entonces?-, como desconocen el hecho de que la licencia negativa no abre ninguna posibilidad concreta, y reprochan a las mujeres abstractamente emancipadas el no haber realizado sus pruebas.

una hermana; sólo aceptando la dominación de un marido se convierte en ama de casa; costumbres y tradiciones le asignan papeles diversos de una región a otra: la campesina normanda preside la comida, mientras la mujer corsa no se sienta a la misma mesa que los hombres; pero, en todo caso, desempeñando en la economía doméstica un papel de los más importantes, participa en las responsabilidades del hombre, está asociada a sus intereses, comparte la propiedad con él; es respetada y frecuentemente es ella quien gobierna de manera efectiva: su situación recuerda la que ocupaba en las antiguas comunidades agrícolas. A menudo tiene tanto prestigio moral o más que su marido, pero su condición concreta es mucho más dura. Los cuidados del huerto, del corral, de las ovejas y de los cerdos le incumben exclusivamente; también toma parte en las faenas más importantes: cuidado de los establos, distribución del estiércol, sementeras, labranza, escarda, henaje; cava, arranca las malas hierbas, cosecha, vendimia y a veces ayuda a cargar y descargar las carretas de paja, de heno, de leña, y a extender la paja en los establos, etc. Además, prepara las comidas, hace las faenas de la casa: colada, planchado... Atiende a las duras cargas de la maternidad y al cuidado de los niños. Se levanta al rayar el día, da de comer a las aves de corral y al ganado menor, sirve el desayuno a los hombres, arregla a los niños y se va a trabajar a los campos o al bosque o al huerto; acarrea agua de la fuente, sirve la comida, lava la vajilla, vuelve a trabajar en los campos hasta la hora de la cena; después de esta última, emplea la velada para repasar la ropa, limpiar, desgranar maíz, etc. Como no tiene tiempo para ocuparse de su propia salud, ni siquiera durante los embarazos, se deforma en seguida y se marchita y consume rápidamente, roída de enfermedades. Las pocas compensaciones que el hombre encuentra de vez en cuando en la vida social le son negadas a ella; el hombre va a la ciudad los domingos y días de feria, se encuentra con otros hombres, va al café, bebe, juega a los naipes, caza, pesca. La mujer permanece en la granja y no conoce el descanso. Solamente las campesinas acomodadas, que se hacen ayudar por sirvientas o que están dispensadas del trabajo en los campos, llevan una vida que se equilibra felizmente: son socialmente honradas y gozan en el hogar de una gran autoridad, sin que las abrumen sus labores. Pero, en la mayoría de los casos, el trabajo rural reduce a la mujer a la condición de bestia de carga.

La comerciante, la patrona que regenta un pequeño negocio, siempre ha sido privilegiada; son las únicas a quienes el código ha reconocido desde la Edad Media ciertas facultades civiles; la tendera, la hostelera, la estanquera tienen una posición equivalente a la del hombre; solteras o viudas, constituyen por sí solas una razón social; casadas, poseen la misma autonomía que su respectivo marido. Tienen la suerte de que su trabajo se ejerza en el mismo lugar en que se halla su hogar y de que no sea generalmente demasiado absorbente.

La situación es muy distinta para la obrera, la empleada, la secretaria, la vendedora, que trabajan fuera de casa. A estas les resulta mucho más difícil conciliar su oficio con el cuidado de la casa (la compra, la preparación de las comidas, la limpieza, la conservación de la ropa exigen por lo menos tres horas y media de trabajo cotidiano y seis horas los domingos, lo cual representa un número considerable cuando se suma al de las horas de oficina o de fábrica). En cuanto a las profesiones liberales, incluso si ahogadas, médicas o profesoras, se hacen ayudar un poco en las faenas domésticas, el hogar y los hijos también representan para ellas cargas y preocupaciones que son un duro handicap. En Norteamérica, el trabajo doméstico se ha simplificado mediante ingeniosas técnicas; pero el aspecto y la elegancia que se exige a la mujer que trabaja le imponen una nueva servidumbre; y, además, sigue siendo responsable de la casa y de los hijos. Por otro lado, la mujer que busca su independencia en el trabajo tiene muchas menos oportunidades que sus competidores masculinos. En muchos oficios, su salario es inferior al de los hombres; sus tareas son menos especializadas, y, por consiguiente, están peor pagadas que las de un obrero calificado; por lo demás, a igualdad de trabajo, es menos remunerada. Por el hecho de ser una recién llegada en un universo masculino, tiene menos posibilidades de éxito que los hombres. Repugna por igual a hombres y mujeres estar bajo las órdenes de una mujer; siempre testimonian más confianza en un hombre; ser mujer es, si no una tara, al menos una singularidad. Para «llegar», a una mujer le es útil asegurarse un apoyo masculino. Son los hombres quienes ocupan los lugares más ventajosos, quienes desempeñan los puestos más importantes. Es esencial subrayar que hombres y mujeres constituyen económicamente dos castas[50].

El hecho que determina la condición actual de la mujer es la obstinada supervivencia de las tradiciones más antiguas en la nueva civilización que se está esbozando. Eso es lo que desconocen los observadores apresurados que estiman a la mujer inferior a las oportunidades que hoy se le

50 En Norteamérica, las grandes fortunas terminan frecuentemente por caer en manos de las mujeres: más jóvenes que el marido, le sobreviven y heredan; pero entonces ya son mayores, y raras veces toman la iniciativa de nuevas inversiones; actúan como usufructuarias más que como propietarias. Son los hombres, en realidad, quienes disponen de los capitales. De todos modos, esas ricas privilegiadas no constituyen más que una pequeña minoría. En Norteamérica, mucho más que en Europa, a una mujer le es punto menos que imposible alcanzar como abogada, doctora, etc., una elevada posición.

ofrecen, o que solo ven en esas oportunidades peligrosas tentaciones. La verdad es que su situación carece de equilibrio, y por esa razón le resulta muy difícil adaptarse a ella. Se abren a las mujeres las puertas de las fábricas, las oficinas, las Facultades; pero se continúa considerando que el matrimonio es para ellas una de las carreras más honorables, una carrera que las dispensa de toda otra participación en la vida colectiva.

Al igual que en las civilizaciones primitivas, el acto amoroso es en ellas un servicio que tienen derecho a hacerse pagar más o menos directamente. Excepto en la URSS[51], en todas partes le está permitido a la mujer moderna considerar su cuerpo como un capital para explotarlo. La prostitución es tolerada[52], y la galantería, estimulada. Y la mujer casada está autorizada para hacerse mantener por su marido; además, está revestida de una dignidad social muy superior a la de la soltera. Las costumbres están muy lejos de otorgarle posibilidades sexuales equivalentes a las del hombre soltero; en particular la maternidad le está punto menos que prohibida, puesto que la madre soltera es piedra de escándalo. ¿Cómo no ha de conservar todo su valor el mito de la Cenicienta?[53]. Todo estimula todavía a la joven soltera a esperar del «príncipe azul» fortuna y felicidad antes que a intentar sola la difícil e incierta conquista. En particular, gracias a él podrá tener la esperanza de acceder a una casta superior a la suya, milagro que no recompensará el trabajo de toda su vida. Pero semejante esperanza es nefasta, porque divide sus energías y sus intereses[54]; se trata de una división que tal vez sea para la mujer la más grave desventaja. Los padres aún educan a la hija con vistas al matrimonio más que propician su desarrollo personal, y la hija ve en ello tantas ventajas , que llega a desearlo ella misma; resulta así que, a menudo, está menos especializada, menos sólidamente formada que sus hermanos, se entrega menos totalmente a su profesión; de ese modo, se condena a permanecer inferior; y el círculo vicioso se cierra: esa inferioridad refuerza su deseo de hallar marido. Todo beneficio tiene siempre la contrapartida de una carga; pero si las cargas son demasiado pesadas, el beneficio solo se presenta como una servidumbre; para la mayoría de los trabajadores, el trabajo es una ingrata prestación personal de tipo feudal, y para la mujer no está compensado por una conquista concreta de su dignidad social, de su libertad de costumbres, de su autonomía económica; por tanto, es natural que multitud de obreras y empleadas no vean en el derecho al trabajo más que una obligación de la cual las libraría el matrimonio. No obstante, por el hecho de que haya adquirido conciencia de sí misma y de que también pueda emanciparse del matrimonio por medio del trabajo, la mujer ya no acepta dócilmente la sujeción. Lo que ella desearía es que la conciliación de la vida familiar con un oficio no le exigiese agotadoras acrobacias. Aun así, y en tanto que subsistan las tentaciones de la facilidad -en virtud de la desigualdad económica que proporciona ventajas a ciertos individuos y del derecho reconocido a la mujer de venderse a uno de esos privilegiados-, necesitará un esfuerzo moral más grande que el hombre para elegir el camino de la independencia. Todavía no se ha comprendido lo suficiente que la tentación es también un obstáculo, y uno de los más peligrosos. Aquí la mujer, además, se engaña, porque de hecho solo habrá una ganadora entre millares en la lotería del matrimonio ideal. La época actual invita a las mujeres al trabajo, incluso las obliga a ello, pero hace brillar a sus ojos verdaderos paraísos de ociosidad y delicias, exaltando a las elegidas muy por encima de las que permanecen clavadas a este mundo terrestre.

Los privilegios económicos detentados por los hombres, su valor social, el prestigio del matrimonio, la utilidad de un apoyo masculino, todo empuja a las mujeres a desear ardientemente agradar a los hombres. En conjunto, todavía se hallan en situación de vasallaje. De ello se deduce que la mujer se conoce y se elige, no en tanto que existe por sí, sino tal y como el hombre la define. Por consiguiente, tenemos que describirla en principio tal y como los hombres la sueñan, ya que su ser-para-los-hombres es uno de los factores esenciales de su condición concreta.

---

51 Al menos, según la doctrina oficial.

52 En los países anglosajones, la prostitución no ha estado jamás reglamentada. Hasta 1900 el derecho consuetudinario inglés y norteamericano no la consideraba delito, salvo en el caso de que promoviese escándalo y crease desorden. Desde entonces la represión se ha ejercido con más o menos rigor, con más o menos éxito, en Inglaterra y en los diferentes Estados de Estados Unidos de América, cuyas legislaciones son muy diversas respecto a este punto. En Francia, a raíz de una prolongada campaña abolicionista, la ley de 13 de abril de 1946 ha ordenado el cierre de las casas de tolerancia y el reforzamiento de la lucha contra el proxenetismo: «Considerando que la existencia de esas casas es incompatible con los principios esenciales de la dignidad humana y el papel que a la mujer corresponde en la sociedad moderna...» Sin embargo, no por ello continúa ejerciéndose menos la prostitución. Evidentemente, no será con medidas hipócritas y negativas como podrá modificarse la situación.

53 Véase PHILIPP WYLLIE: *Génération de Vipères*.

54 Volveremos a ocuparnos extensamente de este punto en el volumen II.

PARTE TERCERA.

MITOS.

La Historia nos muestra que los hombres siempre han ejercido todos los poderes concretos; desde los primeros tiempos del patriarcado, han juzgado útil mantener a la mujer en un estado de dependencia; sus códigos se han establecido contra ella; y de ese modo la mujer se ha constituido concretamente como lo Otro. Esta condición servía los intereses económicos de los varones; pero también convenía a sus pretensiones ontológicas y morales. Desde que el sujeto busca afirmarse, lo Otro que le limita y le niega le es, no obstante, necesario, pues no se alcanza sino a través de esa realidad que no es él. Por ese motivo, la vida del hombre no es jamás plenitud y reposo, es carencia y movimiento, lucha.

Frente a sí, el hombre tiene a la Naturaleza; tiene poder sobre ella, trata de apropiársela. Pero ella no podría satisfacerlo; o bien no se realiza sino en tanto que oposición puramente abstracta, es obstáculo y permanece extraña, o bien sufre pasivamente el deseo del hombre y se deja asimilar por él; este no la posee más que consumiéndola, es decir, destruyéndola. En ambos casos, permanece solo; está solo cuando toca una piedra, solo cuando digiere un fruto. No hay presencia de lo otro nada más que si lo otro está presente ante sí mismo: es decir, que la verdadera alteridad es la de una conciencia separada de la mía e idéntica a ella. Es la existencia de los otros hombres la que arranca cada hombre a su inmanencia y le permite cumplir la verdad de su ser, cumplirse como trascendencia, como escapada hacia el objeto, como proyecto. Pero esa libertad extraña, que confirma mi libertad, entra también en conflicto con ella: es la tragedia de la conciencia desdichada; cada conciencia pretende plantearse sola como sujeto soberano. Cada una procura realizarse reduciendo a esclavitud a la otra. Pero, en el trabajo y el miedo, el esclavo también se experimenta como esencial, y, por un viraje dialéctico, es el amo quien aparece como inesencial. El drama puede superarse mediante el libre reconocimiento de cada individuo en el otro, planteándose cada cual a sí mismo y al otro, a la vez, como objeto y como sujeto en un movimiento recíproco. Pero la amistad y la generosidad, que realizan concretamente ese reconocimiento de las libertades, no son virtudes fáciles; seguramente son la más excelsa realización del hombre, y, por eso mismo, este se encuentra en su verdad: pero esta verdad es la de una lucha incesantemente abolida, que exige que el hombre se supere a cada instante.

Puede decirse también, en otro lenguaje, que el hombre alcanza una actitud auténticamente moral cuando renuncia a ser para asumir su existencia; en virtud de esa conversión, renuncia también a toda posesión, ya que la posesión es un modo de buscar el ser; pero la conversión mediante la cual alcanza la verdadera sabiduría no está nunca realizada: hay que realizarla sin cesar, exige una tensión constante. De tal modo que, incapaz de realizarse en la soledad, el hombre está continuamente en peligro en sus relaciones con sus semejantes: su vida es una empresa difícil cuyo éxito no está jamás asegurado.

Pero no le gustan las dificultades y teme al peligro. Aspira contradictoriamente a la vida y al reposo, a la existencia y al ser; sabe bien que la «inquietud del espíritu» es el rescate que paga por su desarrollo, que su distancia al objeto es el rescate de su presencia en sí mismo; pero sueña con la quietud en la inquietud y con una plenitud opaca que habitaría, no obstante, la conciencia. Ese sueño encarnado es justamente la mujer; esta es la intermediaria deseada entre la Naturaleza extraña al hombre y lo semejante que le es demasiado idéntico[55]. Ella no le opone ni el silencio enemigo de la Naturaleza, ni la dura exigencia de un recíproco conocimiento; por un privilegio único, ella es una conciencia y, no obstante, parece posible poseerla en su carne. Gracias a ella, hay medio de escapar a la implacable dialéctica del amo y el esclavo, que tiene su origen en la reciprocidad de libertades.

Ya se ha visto que no hubo en principio mujeres emancipadas a quienes los hombres hubiesen esclavizado, y que la división de sexos jamás ha fundado una división en castas. Asimilar la mujer a la esclava es un error; entre los esclavos ha habido mujeres, pero siempre han existido mujeres

55 «... La mujer no es la inútil repetición del hombre, sino el lugar encantado donde se cumple la viva alianza entre el hombre y la Naturaleza. Que desaparezca ella, y los hombres se quedarán solos, extranjeros sin pasaporte en un mundo glacial. La mujer es la tierra misma transportada a la cima de la vida, la tierra convertida en sensible y gozosa; y, sin ella, la tierra está muda y muerta para el hombre», escribe Michel Carrouges. («Les pouvoirs de la femme», Cahier du Sud, núm. 292).

libres, es decir, revestidas de una dignidad religiosa y social: aceptaban la soberanía del hombre y este no se sentía amenazado por una revuelta que pudiese transformarle, a su vez, en objeto. Aparecía así la mujer como lo inesencial que no retorna jamás a lo esencial, como lo Otro absoluto, sin reciprocidad. Todos los mitos de la creación expresan esta convicción preciosa para el varón, y, entre otros, la leyenda del Génesis, que, a través del cristianismo, se ha perpetuado en la civilización occidental. Eva no fue moldeada al mismo tiempo que el hombre; no fue fabricada con una sustancia diferente, ni del mismo barro que sirvió para modelar a Adán: fue extraída del flanco del primer varón. Su mismo nacimiento no fue autónomo; Dios no optó espontáneamente por crearla como un fin en sí misma y para que, a cambio, le adorase directamente: la destinó al hombre; fue para salvar a Adán de su soledad por lo que se la dio; ella tiene en su esposo su origen y su fin, es su complemento. sobre el modo de lo inesencial. Así aparece como una presa privilegiada. Es la Naturaleza elevada a lo translúcido de la conciencia, es una conciencia naturalmente sumisa. Y esa es la maravillosa esperanza que a menudo ha puesto el hombre en la mujer: espera realizarse como ser al poseer carnalmente a un ser, al mismo tiempo que se hace confirmar en su libertad por una libertad dócil. Ningún hombre consentiría en ser mujer, pero todos desean que haya mujeres. «Demos gracias a Dios por haber creado a la mujer.» «La Naturaleza es buena, puesto que ha dado la mujer a los hombres.» En estas frases y otras análogas, el hombre afirma una vez más, con ingenua arrogancia, que su presencia en este mundo es un hecho ineluctable y un derecho, mientras que la de la mujer es un mero accidente, aunque un accidente afortunado. Al aparecer como lo Otro, la mujer aparece al mismo tiempo como una plenitud de ser por oposición a esta existencia cuya nada experimenta el hombre en sí mismo; al plantearse como objeto a los ojos del sujeto, lo Otro se plantea como en sí y, por consiguiente, como ser. En la mujer se encarna positivamente la carencia que el existente lleva en su corazón, y, tratando de encontrarse a través de ella, es como el hombre espera realizarse.

Sin embargo, la mujer no ha representado para él la única encarnación de lo Otro y no siempre ha tenido la misma importancia en el curso de la Historia. Momentos ha habido en que ha sido eclipsada por otros ídolos. Cuando la ciudad, el Estado, devoran al ciudadano, este ya no tiene la posibilidad de ocuparse de su destino privado. Consagrada al Estado, la espartana tiene una condición superior a la de las demás mujeres griegas. Pero tampoco la transfigura ningún sueño masculino. El culto al jefe, ya sea Napoleón, Mussolini o Hitler, excluye todo otro culto. En las dictaduras militares, en los regímenes totalitarios, la mujer deja de ser un objeto privilegiado. Se comprende que la mujer sea divinizada en un país rico y cuyos ciudadanos no saben muy bien qué sentido dar a su vida. Eso es lo que sucede en Norteamérica. En desquite, las ideologías socialistas que reclaman la asimilación de todos los seres humanos rehúsan para el porvenir y desde el presente que ninguna categoría humana sea objeto o ídolo: en la sociedad auténticamente democrática que anuncia Marx, no hay lugar para lo Otro. Sin embargo, pocos hombres coinciden exactamente con el soldado, el militante, que han elegido ser; en la medida en que permanecen individuos, la mujer conserva a sus ojos un valor singular. Yo he visto cartas escritas por soldados alemanes a prostitutas francesas, en las cuales, a despecho del nazismo, la tradición sentimental se revelaba ingenuamente vivaz. Escritores comunistas, como Aragon en Francia y Vittorini en Italia, dan en sus obras un lugar destacado a la mujer amante y madre. Tal vez el mito de la mujer se extinga algún día: cuanto más se afirman las mujeres como seres humanos, tanto más muere en ellas la maravillosa cualidad de lo Otro. Pero hoy todavía existe en el corazón de todos los hombres.

Todo mito implica un Sujeto que proyecta sus esperanzas y sus temores hacia un cielo trascendente. Al no plantearse las mujeres a sí mismas como Sujeto, no han creado un mito viril en el cual se reflejarían sus proyectos; carecen de religión y de poesía que les pertenezca por derecho propio: todavía sueñan a través de los sueños de los hombres. Adoran a los dioses fabricados por los hombres. Estos han forjado para su propia exaltación las grandes figuras viriles: Hércules, Prometeo, Parsifal; en el destino de esos héroes, la mujer solo representa un papel secundario. Sin duda, existen imágenes estilizadas del hombre en tanto se le tome en sus relaciones con la mujer: el padre, el seductor, el marido, el celoso, el buen hijo, el mal hijo; pero también han sido los hombres quienes los han fijado, y ellas no llegan a la dignidad del mito; apenas son otra cosa que clichés. La mujer, en cambio, es exclusivamente definida en su relación con el hombre. La asimetría de ambas categorías, varón y hembra, se manifiesta en la constitución unilateral de los mitos sexuales. A veces se dice «el sexo» para designar a la mujer; ella es la carne, sus delicias y sus peligros: que para la mujer sea el hombre el sexuado y el carnal es una verdad jamás proclamada, porque no hay nadie para proclamarla. La representación del mundo, como el mundo mismo, es operación de los hombres; ellos lo describen desde el punto de vista que les es propio y que confunden con la verdad absoluta.

Siempre es difícil describir un mito; no se deja asir ni cercar; asedia a las conciencias sin jamás haberse plantado ante ellas como un objeto fijo. Es tan ondulante, tan contradictorio, que al principio no se descubre su unidad: Dalila y Judit, Aspasia y Lucrecia, Pandora y Atenea, la mujer es al mismo tiempo Eva y la Virgen María. Es un ídolo, una sirvienta, la fuente de la vida, una potencia de las

tinieblas; es el silencio elemental de la verdad, es artificio, charlatanería y mentira; es la curandera y la hechicera; es la presa del hombre, es su pérdida, es todo cuanto él no es y quiere ser, su negación y su razón de ser.

«Ser mujer -dice Kierkegaard[56]- es algo tan extraño, tan mezclado, tan complicado, que ningún predicado llega a expresarlo, y los múltiples predicados que se quisiera emplear se contradirían de tal modo, que solo una mujer podría soportarlos.» Eso proviene de que no está considerada positivamente, tal cual es para sí, sino negativamente, tal y como se le aparece al hombre. Porque si hay otros Otro que no sean la mujer, esta no deja nunca por ello de ser definida como lo Otro. Y su ambigüedad es la misma de la idea de lo Otro: es la de la condición humana en tanto se define en su relación con lo Otro. Ya se ha dicho que lo Otro es el Mal; pero necesario para el Bien, retorna al Bien; mediante él, accedo yo al Todo, pero es él quien me separa de ello; él es la puerta de lo infinito y la medida de mi finitud. Y por ese motivo, la mujer no encarna ningún concepto fijo; a través de ella, se cumple sin tregua el paso de la esperanza al fracaso, del odio al amor, del bien al mal, del mal al bien. Bajo cualquier aspecto que se la considere, lo que primero sorprende es esa ambivalencia.

El hombre busca en la mujer lo Otro en tanto que Naturaleza y como su semejante. Pero ya es sabido qué sentimientos ambivalentes inspira la Naturaleza al hombre. El la explota, pero ella le aplasta; él nace de ella y en ella muere; ella es la fuente de su ser y el reino que él somete a su voluntad; es una ganga material en la cual está prisionera el alma, y es la realidad suprema; es la contingencia y la Idea, la finitud y la totalidad; es lo que se opone al Espíritu y a él mismo.

Alternativamente aliada y enemiga, se presenta como el tenebroso caos de donde brota la vida, como esa vida misma y como el más allá hacia el cual tiende: la mujer resume la Naturaleza en tanto que Madre, Esposa e Idea; estas figuras tan pronto se confunden como se oponen; y cada una de ellas tiene una doble faz.

El hombre hunde sus raíces en la Naturaleza; ha sido engendrado como los animales y las plantas; sabe muy bien que solo existe mientras vive. Pero, desde el advenimiento del patriarcado, la Vida ha revestido a sus ojos un doble aspecto: es conciencia, voluntad, trascendencia, es espíritu; y es materia, pasividad, inmanencia, es carne. Esquilo, Aristóteles e Hipócrates han proclamado que tanto en la tierra como en el Olimpo es el principio masculino el verdaderamente creador: de él han nacido la forma, el número y el movimiento; por Deméter se multiplican las espigas, pero el origen de la espiga y su verdad están en Zeus; la fecundidad de la mujer solo se considera como una virtud pasiva. Ella es la tierra; y el hombre, la simiente; ella es el Agua y él es el Fuego.

La creación ha sido a menudo imaginada como un matrimonio entre el fuego y el agua; es la cálida humedad la que da nacimiento a los seres vivos; el Sol es esposo de la Mar; Sol y Fuego son divinidades masculinas; y la Mar es uno de los símbolos maternales que más universalmente se encuentran. Inerte, el agua sufre la acción de los flamígeros rayos que la fertilizan. De igual modo, la tierra roturada por el labrador recibe, inmóvil, los granos en sus surcos. Sin embargo, su papel es necesario: es ella la que nutre al germen, lo abriga y le hace subsistir. Por eso, incluso una vez destronada la Gran Madre, el hombre ha seguido rindiendo culto a las diosas de la fertilidad[57], y debe a Cibeles sus cosechas, sus rebaños, su prosperidad. Le debe su propia vida. Exalta el agua lo mismo que el fuego. «¡Gloria a la mar! ¡Gloria a sus ondas rodeadas de fuego sagrado! ¡Gloria a la onda! ¡Gloria al fuego! ¡Gloria a la extraña aventura!», escribe Goethe en el Segundo Fausto. Venera a la tierra: «The matron Clay», como la denomina Blake. Un profeta indio aconseja a sus discípulos que no caven la tierra, porque «es un pecado herir o cortar, desgarrar a nuestra madre común por medio de labores agrícolas... ¿Tomaría yo un cuchillo para hundirlo en el seno de mi madre?... ¿Mutilaría yo sus carnes para llegar hasta sus huesos?... ¿Cómo osaría cortar los cabellos de mi madre?» En la India central, los baija también consideran pecado «desgarrar el seno de su tierra-madre con el arado». En cambio, Esquilo dice de Edipo que «ha osado sembrar el surco sagrado donde él se ha formado». Sófocles habla de los «surcos paternos» y del «labrador, amo de un campo lejano que solo visita una vez en la época de la sementera». La bien amada de una canción egipcia declara: «¡Yo soy la tierra!» En los textos islámicos, a la mujer se la llama «campo ... viñedo». San Francisco de Asís, en uno de sus himnos, habla de «nuestra hermana, la tierra, nuestra madre, que nos conserva y nos cuida, que produce los frutos más variados con las flores multicolores y las hierbas». Michelet, mientras toma baños de légamo en Acqui, exclama: «¡Querida madre común! Somos uno. ¡De ti vengo, a ti vuelvo!...» Y hasta hay épocas en las cuales se afirma un

[56] Estadios en el camino de la vida.
[57] «Cantaré a la tierra, madre universal de sólidos cimientos, abuela venerable que nutre sobre su suelo a todo lo existente», dice un himno homérico. Esquilo también glorifica a la tierra que «alumbra a todos los seres, los nutre y después recibe nuevamente de ellos el germen fecundo».

romanticismo vitalista que desea el triunfo de la Vida sobre el Espíritu: entonces la mágica fertilidad de la tierra, de la mujer, parece más maravillosa que las operaciones concertadas del varón; entonces el hombre sueña con volver a confundirse con las tinieblas maternas para encontrar allí las verdaderas fuentes de su ser. La madre es la raíz hundida en las profundidades del cosmos cuyos jugos extrae, es el manantial de donde brota el agua viva que también es leche nutricia, un manantial cálido, un barro hecho de tierra y agua, rico en fuerzas regeneradoras[58].

Pero más general es en el hombre su revuelta contra su condición carnal; se considera un dios fracasado: su maldición consiste en haber caído desde un cielo luminoso y ordenado a las caóticas tinieblas del vientre materno. Ese fuego, ese soplo activo y puro en el cual desea reconocerse, es la mujer que le aprisiona en el barro de la tierra. El se querría necesario como una pura Idea, como el Uno, el Todo, el Espíritu absoluto; y se halla encerrado en un cuerpo limitado, en un lugar y un tiempo que no ha elegido, adonde no ha sido llamado: inútil, embarazoso, absurdo. La contingencia carnal es la de su ser mismo, al que sufre en su desamparo, en su injustificable gratuidad. También le consagra ella a la muerte. Esa gelatina trémula que se elabora en la matriz (la matriz secreta y cerrada como una tumba) evoca demasiado la muelle viscosidad de las carroñas para que él no se aparte de ella con un estremecimiento. Por dondequiera que la vida está en vías de hacerse, germinación, fermentación, provoca repugnancia, porque no se hace sino deshaciéndose; el viscoso embrión abre el ciclo que se cierra con la podredumbre de la muerte. Porque tiene horror a la gratuidad y a la muerte, el hombre se horroriza de haber sido engendrado; desearía renegar de sus ataduras animales; por el hecho de su nacimiento, la Naturaleza asesina tiene poder sobre él. Entre los primitivos, el parto está rodeado de los más severos tabúes; en particular, la placenta debe ser cuidadosamente quemada o arrojada al mar, porque cualquiera que de ella se apoderase tendría en sus manos el destino del recién nacido; esa ganga donde se ha formado el feto es el signo de su dependencia; al aniquilarla, se permite al individuo arrancarse al magma vivo y realizarse como ser autónomo. La mancilla del nacimiento recae sobre la madre. El Levítico y todos los códigos antiguos imponen a la parturienta ritos purificadores; y en muchos medios rurales la ceremonia religiosa de purificación conserva esa tradición. Sabida es la espontánea turbación, turbación que se enmascara frecuentemente con risas, que experimentan los niños, las muchachitas, los hombres, ante el vientre de una mujer encinta y los senos henchidos de una madre lactante. En los museos de Dupuytren, los curiosos contemplan los embriones de cera y los fetos en conserva con el morboso interés con que asistirían a la violación de una sepultura. A pesar de todo el respeto con que la rodea la sociedad, la función de la gestación inspira una repulsión espontánea. Y si en su primera infancia el niño permanece sensualmente adherido a la carne materna, cuando crece, cuando se socializa y adquiere conciencia de su existencia individual, esa carne le atemoriza; quiere ignorarla y no ver en su madre más que una persona moral; si se obstina en pensarla pura y casta, es menos por celos amorosos que por la negativa a reconocerle un cuerpo. Un adolescente se desconcierta y ruboriza si, paseándose con sus camaradas, se encuentra con su madre, sus hermanas, algunas mujeres de su familia: esa confusión se debe a que la presencia de ellas le llama hacia las regiones de la inmanencia de donde quiere escapar, porque descubre las raíces de las que quiere arrancarse. La irritación del muchacho cuando su madre le besa y acaricia tiene el mismo significado: reniega de la familia, de la madre, del seno materno. Querría, al modo de Atenea, haber venido al mundo ya adulto. armado de pies a cabeza, invulnerable[59]. Haber sido concebido, parido, he ahí la maldición que pesa sobre su destino, la impureza que mancilla su ser. Y es el anuncio de su muerte. El culto de la germinación siempre ha estado asociado al culto de los muertos. La Tierra-Madre engulle en su seno las osamentas de sus hijos. Son mujeres -Parcas y Moiras- las que tejen el destino humano; pero también son ellas quienes cortan los hilos. En la mayor parte de las representaciones populares, la Muerte es mujer, y a las mujeres corresponde llorar a los muertos, puesto que la muerte es obra suya[60].

Así, la Mujer-Madre tiene un rostro de tinieblas: ella es el caos de donde todo ha surgido y adonde todo debe volver algún día; ella es la Nada. En la noche se confunden los múltiples aspectos del mundo que revela el día: noche del espíritu encerrado en la generalidad y la opacidad de la materia, noche del sueño y de la nada. En el corazón del mar es de noche: la mujer es la Mare tenebrarum temida por los antiguos navegantes; es de noche en las entrañas de la Tierra. Esa noche, en la que el hombre está amenazado de hundirse y que es lo contrario de la fecundidad, le espanta. El aspira al cielo, a la luz, a las cimas soleadas, al frío puro y cristalino de lo azul; y bajo sus pies se abre un

---

58 «Literalmente, la mujer es Isis, la Naturaleza fecunda. Ella es el río y el lecho del río, la raíz y la rosa, la tierra y el cerezo, la cepa y la uva.» (M. Carrouges, artículo citado.)

59 Véase un poco más adelante nuestro estudio sobre Montherlant, que encarna de manera ejemplar esta actitud.

60 Deméter es el tipo de la mater dolorosa. Pero otras diosas -Istar, Artemisa- son crueles. Kali sostiene en la mano un cráneo lleno de sangre. «Las cabezas de tus hijos que han sido muertos recientemente penden de tu cuello como un collar... Tu forma es bella como las nubes tormentosas, tus pies están manchados de sangre», le dice un poeta hindú.

abismo húmedo, cálido y oscuro, dispuesto a tragárselo; multitud de leyendas nos muestran al héroe que se pierde para siempre al caer en las tinieblas maternas: caverna, abismo, infierno.

Pero aquí interviene nuevamente la ambivalencia: si la germinación está siempre asociada a la muerte, esta lo está también a la fecundidad. La muerte detestada aparece como un nuevo nacimiento, y hela entonces bendita. El héroe muerto resucita, cual Osiris, cada primavera, y es regenerado por un nuevo alumbramiento. La suprema esperanza del hombre, afirma Jung[61], «consiste en que las sombrías aguas de la muerte se conviertan en las aguas de la vida, en que la muerte y su helado abrazo sean el regazo materno, así como el mar que, aunque se traga al sol, lo realumbra en sus profundidades». Tema común a numerosas mitologías es el del sepultamiento del dios-sol en el seno del mar y su deslumbrante reaparición. Y el hombre, a la vez que quiere vivir, aspira al reposo, al sueño, a la nada. No se desea inmortal, y por eso mismo puede aprender a amar a la muerte. «La materia inorgánica es el seno materno -escribe Nietzsche-. Librarse de la vida es hacerse verdadero, es rematarse. Quienquiera que comprendiese eso, consideraría como una fiesta el regreso al polvo insensible.» Chaucer pone esta súplica en labios de un anciano que no puede morir:

> Con mi bastón, noche y día,
> golpeo la tierra, puerta de mi madre,
> y digo: «¡Oh, madre querida: déjame entrar!»

El hombre quiere afirmar su existencia singular y descansar orgullosamente en su «diferencia esencial», pero también desea derribar las barreras del yo, confundirse con el agua, la tierra, la noche, con la Nada, con el Todo. La mujer que condena al hombre a la finitud le permite también sobrepasar sus propios límites: y de ahí proviene la magia equívoca de que está revestida.

En todas las civilizaciones, y todavía en nuestros días, la mujer inspira horror al hombre: es el horror de su propia contingencia carnal que proyecta en ella. La niña todavía impúber no encierra amenaza, no es objeto de ningún tabú y no posee un carácter sagrado. En muchas sociedades primitivas, su mismo sexo aparece como inocente: desde la infancia se permiten los juegos eróticos entre niños y niñas de ambos sexos. Solo cuando es susceptible de engendrar, la mujer se hace impura. Se han descrito con frecuencia los severos tabúes que en las sociedades primitivas rodean a la muchacha en el día de su primera menstruación; incluso en Egipto, donde se trataba a la mujer con singulares miramientos, permanecía confinada durante todo el tiempo que duraban sus reglas[62]. A menudo la exponen sobre el tejado de una casa, se la relega a una cabaña situada fuera de los límites de la aldea, no debe vérsela, ni tocarla: más aún, ni siquiera ella debe tocarse con la mano; en los pueblos donde despiojarse es una práctica cotidiana, le envían un bastoncillo con el cual puede rascarse; no debe tocar los alimentos con las manos; en ocasiones, se le prohibe tajantemente comer; en otros casos, la madre y la hermana son autorizadas para alimentarla por medio de un instrumento; pero todos los objetos que han entrado en contacto con ella durante ese período deben ser quemados. Pasada esa primera prueba, los tabúes menstruales son un poco menos severos, pero siguen siendo rigurosos. Se lee, en particular, en el Levítico: «Y cuando la mujer tuviere flujo de sangre, y su flujo fuere en su carne, siete días estará apartada; y cualquiera que tocare en ella, será inmundo hasta la tarde. Y todo aquello sobre que ella se acostare mientras su separación, será inmundo: también todo aquello sobre que se sentare, será inmundo. Y cualquiera que tocare su cama, lavará sus vestidos, y después de lavarse con agua, será inmundo hasta la tarde.» Este texto es exactamente simétrico del que trata de la impureza producida en el hombre por la gonorrea. Y el sacrificio purificador es idéntico en ambos casos. Una vez purificada del flujo, hay que contar siete días y llevar dos tortolitas o dos palomas jóvenes al sacrificador, quien las ofrendará al Eterno. Es de notar que, en las sociedades matriarcales, las virtudes referidas a la menstruación son ambivalentes. Por un lado, paraliza las actividades sociales, destruye la fuerza vital, aja las flores, hace caer los frutos; pero también produce efectos bienhechores: los menstruos son utilizados en los filtros de amor, en los remedios, particularmente para curar las cortaduras y las equimosis. Todavía hoy, algunos indios, cuando parten para combatir contra los monstruos fantasmagóricos que acosan sus ríos, colocan en la proa de la embarcación un tampón de fibras impregnado de sangre menstrual: sus emanaciones son nefastas para sus enemigos sobrenaturales. Las jóvenes de ciertas ciudades griegas llevaban al templo de Astarté, como homenaje, la ropa manchada con su primera sangre. Pero, desde el advenimiento del patriarcado, ya solo se han atribuido poderes nefastos al turbio licor que fluye del sexo femenino. En su Historia natural, dice Plinio: «La mujer que está en período de menstruación

61 Metamorfosis de la libido.

62 La diferencia entre las creencias místicas y míticas, por un lado, y las convicciones vividas de los individuos, por otro, es por lo demás visible en el hecho siguiente: Lévi-Strauss señala que «los jóvenes nimmebago visitan a sus amantes aprovechándose del secreto a que las condena el aislamiento prescrito durante el período de sus reglas».

arruina las cosechas, devasta los huertos, mata las semillas, hace caer los frutos, mata las abejas; si toca el vino, lo convierte en vinagre; la leche se agría...»

Un viejo poeta inglés expresa el mismo sentimiento cuando escribe:

> Oh! menstruating woman, thou'st a fiend
> from whom all nature should be screened!*****

*****«¡Oh, mujer! Tus menstruos son un azote del que sería preciso proteger a toda la Naturaleza.»

Tales creencias se han perpetuado hasta nuestros días con mucha fuerza. En 1878, un miembro de la Asociación Médica británica presentó una comunicación al British Medical Journal en la que declaraba: «Es un hecho indudable que la carne se corrompe cuando la tocan mujeres que tienen la regla», y afirmaba que conocía personalmente dos casos en que se habían estropeado unos jamones en tales circunstancias.

Al principio de este siglo, en las refinerías del Norte, un reglamento prohibía a las mujeres entrar en la fábrica cuando padecían lo que los anglosajones llaman la curse, la «maldición», porque entonces el azúcar se ennegrecía. Y en Saigón no se emplean mujeres en las fábricas de opio: a causa de sus reglas, el opio se estropea y se vuelve amargo. Estas creencias sobreviven en muchos medios rurales de Francia. Toda cocinera sabe que le es imposible cuajar una salsa mahonesa si se halla indispuesta o simplemente está en presencia de una mujer indispuesta. En Anjou, recientemente, un viejo jardinero que había almacenado en una bodega la cosecha de sidra del año, escribía al dueño de la casa: «Hay que pedir a las muchachas de la casa y a las invitadas que no pasen por la bodega en ciertos días del mes, por que impedirían que fermentase la sidra.» Puesta al corriente de esta carta, la cocinera se encogió de hombros y comentó: «Eso, no ha impedido nunca que la sidra fermente; solo es malo para el tocino: no se puede salar el tocino delante de una mujer indispuesta, porque se pudre»[63].

Sería franca ineptitud asimilar esas repugnancias a las que suscita la sangre en todos los casos; ciertamente, la sangre es en sí misma un elemento sagrado, impregnado más que ningún otro del misterioso maná que es a la vez vida y muerte. Pero los poderes maléficos de la sangre menstrual son más singulares. Esa sangre encarna la esencia de la feminidad. Por eso su flujo pone en peligro a la mujer misma cuyo maná se materializó de ese modo. Durante la iniciación de los chago, se exhorta a las muchachas a disimular cuidadosamente su sangre menstrual. «No la muestres a tu madre, porque moriría. No la muestres a tus compañeras, porque puede haber entre ellas una mala que se apodere del paño con el cual te has limpiado, y entonces tu matrimonio sería estéril. No la muestres a una mujer mala, que tomaría el paño para ponerlo en lo alto de su cabaña..., de modo que no podrías tener hijos. No arrojes el paño al sendero o en un matorral. Una persona perversa podría hacer cosas indignas con él. Entiérralo en el suelo. Oculta la sangre a la mirada de tu padre, de tus hermanos y hermanas. Si la dejas ver, cometes un pecado»[64]. Entre los aleutianos, si el padre ve a su hija mientras esta tiene sus primeras reglas, la muchacha corre el riesgo de quedarse ciega o muda. Se piensa que, durante ese período, la mujer está poseída por un espíritu y se halla en posesión de un poder peligroso. Ciertos primitivos creen que el flujo es provocado por la mordedura de una serpiente, pues la mujer tiene turbias afinidades con la serpiente y el lagarto: ese flujo participaría del veneno del animal rampante. El Levítico relaciona el flujo menstrual con la gonorrea; el sexo femenino sangrante no es solamente una herida, sino una llaga sospechosa. Y Vigny asocia la noción de mancha con la de enfermedad cuando escribe: «La mujer, niña enferma y doce veces impura.» Fruto de turbias alquimias internas, la hemorragia periódica que sufre la mujer está extrañamente de acuerdo con el ciclo de la Luna: también la Luna tiene caprichos peligrosos[65]. La mujer forma parte del temible engranaje que rige el curso de los planetas y del Sol, es presa de las

---

63 Un médico del Cher me dijo que en la región en que vive, el acceso a los criaderos de setas les está prohibido a las mujeres en las mismas circunstancias. Todavía se discute hoy la cuestión de saber si existe algún fundamento para tales prejuicios. El único hecho que aporta en favor de ellos el doctor Binet es una observación de Schink (citada por Vignes). Schink habría visto marchitarse unas flores entre las manos de una sirviente indispuesta; las tortas de levadura hechas por la misma mujer no habrían subido más que tres centímetros en vez de los cinco que normalmente alcanzaban. De todos modos, tales hechos son muy pobres y han sido muy vagamente establecidos, si se tiene en cuenta la importancia y la universalidad de las creencias cuyo origen es evidentemente místico.

64 Citado según LÉVI-STRAUSS: *Les Structures élémentaires de la Parenté*.

65 La Luna es fuente de fertilidad; aparece como «el amo de las mujeres»; se cree a menudo que, bajo la forma de hombre o de serpiente, se acopla con las mujeres. La serpiente es una epifanía de la Luna: muda y se regenera, es inmortal, es una fuerza que distribuye fecundidad y ciencia. La serpiente es quien custodia las fuentes sagradas, el árbol de la vida, la Fuente de la Juventud, etc. Pero también es ella quien ha arrebatado la inmortalidad al hombre. Se cuenta que se acopla con las mujeres. Las tradiciones persas y también las de los medios rabínicos pretenden que la menstruación se debe a las relaciones de la primera mujer con la serpiente.

fuerzas cósmicas que regulan el destino de las estrellas, las mareas, y cuyas inquietantes radiaciones sufren los hombres. Pero, sobre todo, resulta chocante que la acción de la sangre menstrual esté ligada a ideas de leche que se echa a perder, de salsas mahonesas que se cortan, de fermentación, de descomposición; también se pretende que es susceptible de provocar la ruptura de objetos frágiles, de hacer saltar las cuerdas de los violines y las arpas; pero, sobre todo, ejerce influencia en las sustancias orgánicas, a medio camino entre la materia y la vida; y todo ello menos porque es sangre que porque emana de los órganos genitales; aun sin conocer su función exacta, se sabe que está ligada a la germinación de la vida: ignorantes de la existencia del ovario, los antiguos veían en los menstruos el complemento del semen. En verdad, no es esa sangre lo que hace de la mujer un ser impuro, sino más bien manifiesta su impureza; aparece en el momento en que la mujer puede ser fecundada; cuando desaparece, por lo general, vuelve a ser estéril; y brota de ese vientre en donde se elabora el feto. A través de ella, se expresa el horror que el hombre experimenta ante la fecundidad femenina.

Entre los tabúes que conciernen a la mujer en estado de impureza, ninguno hay tan riguroso como la prohibición de todo comercio sexual con ella. El Levítico condena a siete días de impureza al hombre que viola esta regla. Las Leyes de Manú son más severas: «La sabiduría, la energía, la fuerza y la vitalidad de un hombre que se acerca a una mujer mancillada de excreciones menstruales perecen definitivamente.» Los penitentes ordenaban cincuenta días de penitencia a los hombres que habían tenido relaciones sexuales con mujeres en período de menstruación. Puesto que se considera que el principio femenino alcanza entonces el máximo de su fuerza, se teme que, en un contacto íntimo, triunfe sobre el principio masculino. De manera más imprecisa, al hombre le repugna hallar en la mujer poseída la esencia temida de la madre; se afana por disociar esos dos aspectos de la feminidad, y por ello la prohibición del incesto, bajo la forma de la exogamia o de figuras más modernas, es una ley universal. Por esa razón, el hombre se aleja sexualmente de la mujer en los momentos en que ella está más particularmente entregada a su papel reproductor: durante sus reglas, cuando se halla encinta, cuando está amamantando. El complejo de Edipo -cuya descripción, por otra parte, sería preciso revisar- no contradice esta actitud, sino que, por el contrario, la implica. El hombre se defiende contra la mujer en tanto que esta es fuente confusa del mundo y turbio devenir orgánico.

Sin embargo, es también bajo esta figura como ella permite a la sociedad, que se ha separado del cosmos y de los dioses, que permanezca en comunicación con ellos. Todavía hoy asegura entre los beduinos y los iroqueses la fecundidad de los campos; en la Grecia antigua, percibe las voces subterráneas; capta el lenguaje del viento y de los árboles: es Pitia, Sibila, profetisa; los muertos y los dioses hablan por su boca. Ha conservado en nuestros días esos poderes de adivinación: es médium, quiromántica, echadora de cartas, vidente, inspirada; oye voces y tiene apariciones. Cuando los hombres experimentan la necesidad de hundirse nuevamente en el seno de la vida vegetal y animal -tal un Anteo, que tocaba la tierra para recuperar fuerzas-, apelan a la mujer. A través de las civilizaciones racionalistas de Grecia y de Roma, subsisten los cultos chtonios. Por lo general, se realizan al margen de la vida religiosa oficial; incluso terminan, como en Eleusis, por adoptar la forma de misterios: su sentido es inverso al de los cultos solares en que el hombre afirma su voluntad de separación y de espiritualidad; pero son su complemento; el hombre trata de salir de su soledad mediante el éxtasis: he ahí el fin de los misterios, de las orgías, de las bacanales. En el mundo reconquistado por los hombres, es un dios masculino, Dionisio, quien usurpa las virtudes mágicas y salvajes de Istar y Astarté; pero vuelven a ser mujeres las que se desencadenan en torno a su imagen: ménades, tíades, bacantes, llaman los hombres a la embriaguez religiosa, a la locura sagrada. El papel de la prostitución sagrada es análogo: se trata a la vez de desencadenar y de canalizar las potencias de la fecundidad. Todavía hoy las fiestas populares se caracterizan por explosiones de erotismo; la mujer no aparece en ellas simplemente como un objeto de placer, sino como medio de alcanzar esa hybris en que el individuo se supera. «Lo que un ser posee en el fondo de sí mismo de perdido y de trágico, la «maravilla cegadora», ya no puede encontrarse sino en un lecho», escribe G. Bataille.

En el desencadenamiento erótico, al estrechar entre sus brazos a la amante, el hombre trata de perderse en el misterio infinito de la carne. Pero ya hemos visto que, por el contrario, su sexualidad normal disocia a la Madre y a la Esposa. Siente repugnancia por las misteriosas alquimias de la vida, mientras su propia vida se alimenta y deleita con los sabrosos frutos de la tierra; desea apropiárselos; codicia a Venus surgida toda nueva de las aguas. Como esposa es como primeramente se descubre la mujer en el patriarcado, puesto que el creador supremo es varón. Antes de ser madre del género humano, Eva es compañera de Adán; le ha sido dada al hombre para que este la posea y la fecunde del mismo modo que posee y fecunda el suelo; y, a través de ella, hace de toda la Naturaleza su reino. No es solo un placer subjetivo y efímero lo que el hombre busca en el acto sexual. Quiere conquistar, tomar, poseer; tener una mujer es vencerla; penetra en ella como la reja del arado en los

surcos; la hace suya como hace suya la tierra que trabaja; labora, planta, siembra: estas imágenes son tan viejas como la escritura; desde la Antigüedad hasta nuestros días, podrían citarse mil ejemplos: «La mujer es como el campo y el hombre como la simiente», dicen las Leyes de Manú. En un dibujo de André Masson, se ve a un hombre, con una pala en la mano, que cava el huerto de un sexo femenino[66]. La mujer es la presa de su esposo, su bien.

La vacilación del varón entre el temor y el deseo, entre el miedo a ser poseído por fuerzas incontrolables y la voluntad de captarlas, se refleja de manera impresionante en los mitos de la Virginidad. Tan pronto temida por el varón, tan pronto deseada o incluso exigida, la virginidad se presenta como la forma más acabada del misterio femenino; así, pues, es su aspecto más inquietante y más fascinante a la vez. Según que el hombre se sienta aplastado por las potencias que le cercan o que se crea orgullosamente capaz de anexionárselas, rehusa o reclama que su esposa le sea entregada virgen. En las sociedades más primitivas, en las cuales se exalta el poder de la mujer, es el temor el que sale vencedor; conviene que la mujer haya sido desflorada antes de la noche de bodas. Marco Polo decía de los tibetanos que «ninguno de ellos querría tomar por esposa a una muchacha virgen». A veces se ha explicado esta negativa de una manera racional: el hombre no quiere una esposa que no haya suscitado ya deseos masculinos. El geógrafo árabe El Bekri, hablando de los eslavos, informa que «si un hombre se casa y encuentra que su mujer es virgen, le dice: "Si valieses algo, otros hombres te habrían amado y alguno de ellos habría tomado tu virginidad", y a continuación la echa de su lado y la repudia». Se pretende incluso que ciertos primitivos no aceptan casarse más que con una mujer que ya haya sido madre, habiendo dado de ese modo prueba de su fecundidad. Pero los verdaderos motivos de la tan extendida costumbre de la desfloración son míticos. Ciertos pueblos se imaginan que en la vagina hay una serpiente que morderá al esposo en el momento de la ruptura del himen; se atribuyen terroríficas virtudes a la sangre vaginal, emparentada con la sangre menstrual y susceptible también ella de arruinar el vigor masculino. A través de estas imágenes, se expresa la idea de que el principio femenino tiene más fuerza y contiene más amenazas cuando está intacto[67]. Hay casos en que la cuestión de la desfloración ni siquiera se plantea; por ejemplo, entre los indígenas descritos por Malinowski, el hecho de que los juegos sexuales sean autorizados desde la infancia determina que las muchachas no sean nunca vírgenes. A veces la madre, la hermana mayor o alguna matrona desfloran sistemáticamente a la niña y, a lo largo de toda su infancia, ensanchan el orificio vaginal. Sucede también que la desfloración se practique en el momento de la pubertad por parte de las mujeres con ayuda de un palo, de un hueso o de una piedra, y que no se la considere sino como una operación quirúrgica. En otras tribus, cuando llega a la pubertad, la muchacha es sometida a una salvaje iniciación: los hombres se la llevan fuera del poblado y la desfloran con ayuda de instrumentos o violándola. Uno de los ritos más frecuentes es el que consiste en entregar las vírgenes a forasteros de paso, ya sea porque se considere que no son sensibles a ese manú solamente peligroso para los varones de la tribu, ya sea porque les tienen sin cuidado los males que se desencadenen contra aquellos. Más frecuente aún es que el sacerdote, el curandero, el cacique o jefe de la tribu sea quien desflore a la muchacha la noche anterior a su boda; en la costa de Malabar, los brahmanes están encargados de esta operación, que, al parecer, ejecutan sin gozo y por la cual exigen un salario considerable. Sabido es que todos los objetos sagrados son peligrosos para el profano, pero que los individuos consagrados pueden manejarlos sin riesgo; se comprende, pues, que sacerdotes y jefes sean capaces de domeñar a las fuerzas maléficas contra las cuales debe protegerse al esposo. En Roma solo quedaba de tales costumbres una ceremonia simbólica: se sentaba a la novia sobre el falo de un Príapo de piedra, lo cual tenía el doble objeto de aumentar su fecundidad y absorber los fluidos demasiado poderosos, y por eso mismo nefastos, de que estaba cargada. El marido aún se defiende de otra manera: desflora él mismo a la virgen, pero lo hace en el curso de ceremonias que, en ese momento crítico, lo hacen invulnerable; por ejemplo, opera en presencia de todo el poblado con ayuda de un palo o un hueso. En Samoa usa el dedo previamente rodeado de un paño blanco, cuyos jirones manchados de sangre distribuye después a los asistentes. También sucede que sea autorizado a desflorar normalmente a su mujer, pero no debe eyacular en ella antes de que hayan transcurrido tres días, de manera que el germen generador no sea manchado por la sangre del himen.

En virtud de un clásico viraje en el dominio de las cosas sagradas, la sangre virginal se convierte en símbolo propicio en las sociedades menos primitivas. Todavía hay en Francia aldeas donde, a la mañana siguiente de la boda, se exhibe ante padres y amigos la sábana ensangrentada. Es que en el régimen patriarcal, el hombre se ha convertido en amo de la mujer, y las mismas virtudes que espantaban en las bestias o en los elementos no domados, se convierten en preciosas cualidades para el propietario que ha sabido domesticarlas. De la fogosidad del caballo salvaje, de la violencia

[66] Rabelais llama al sexo masculino «el labrador de la Naturaleza». Ya se ha visto el origen religioso e histórico de la asimilación falo-reja de arado, mujer-surco.
[67] De ahí proviene el poder que se atribuye a la virgen en los combates: las walkirias, la Doncella de Orleáns, por ejemplo.

del rayo y las cataratas, el hombre ha hecho los instrumentos de su prosperidad. Del mismo modo quiere anexionarse la mujer en toda su riqueza intacta. Motivos racionales representan ciertamente un papel en la consigna de virtud impuesta a la muchacha: al igual que la castidad de la esposa, la inocencia de la muchacha es necesaria para que el padre no corra el riesgo de legar sus bienes a un hijo extraño. Pero la virginidad de la mujer se exige de una manera más inmediata cuando el hombre considera a la esposa como su propiedad personal. En primer lugar, la idea de posesión es siempre imposible de realizar positivamente; en verdad, nunca se tiene nada ni a nadie; por tanto, uno intenta cumplirlo de un modo negativo; la manera más segura de afirmar que un bien es mío, consiste en impedirle a otro que lo use. Por otro lado nada parece al hombre más deseable que aquello que jamás ha pertenecido a ningún ser humano: entonces la conquista se presenta como un acontecimiento único y absoluto. Las tierras vírgenes siempre han fascinado a los exploradores; todos los años se matan varios alpinistas por haber querido violar una montaña intocada e incluso simplemente por haber intentado abrir un nuevo camino en su flanco; y hay curiosos que arriesgan su vida por descender bajo tierra hasta grutas jamás sondeadas. Un objeto ya dominado por los hombres se convierte en instrumento; separado de sus vínculos naturales, pierde sus más profundas virtudes: hay más promesas en el agua no domada de los torrentes que en la de las fuentes públicas. Un cuerpo virgen tiene la frescura de los manantiales secretos, el matinal aterciopelado de una corola cerrada, el oriente de la perla que todavía no ha acariciado jamás el sol. Gruta, templo, santuario, jardín secreto, el hombre, al igual que el niño, se siente fascinado por los lugares umbríos y cerrados a los que jamás ha animado conciencia alguna y que esperan que alguien les preste un alma: aquello que únicamente él ha cogido y penetrado, parécele en verdad que él lo ha creado. Por lo demás, uno de los objetos que persigue todo deseo es el de la consumación del objeto deseado, lo cual implica su destrucción. Al romper el himen, el hombre posee el cuerpo femenino más íntimamente que mediante una penetración que lo deje intacto; en esa operación irreversible hace del mismo, sin equívocos, un objeto pasivo, afirma su toma de él. Este sentido se manifiesta muy exactamente en la leyenda del caballero que se abre penosamente paso entre espinosos matorrales para coger una rosa cuyo perfume no ha respirado nunca nadie; no solamente la descubre, sino que le corta el tallo, y es entonces cuando la conquista. La imagen es tan clara, que, en lenguaje popular, «tomarle la flor» a una dama significa destruir su virginidad, y esa expresión ha dado nacimiento a la palabra «desfloración».

Pero la virginidad solo tiene ese atractivo erótico si se alía con la juventud; de lo contrario, el misterio se hace inquietante. Muchos hombres de hoy experimentan una repulsión sexual ante virginidades demasiado prolongadas; no solo por razones psicológicas se considera a las «solteronas» como matronas amargadas y malignas. La maldición está en su carne misma, esa carne que no es objeto para ningún sujeto, a la que ningún deseo ha hecho deseable, que ha florecido y se ha marchitado sin hallar un lugar en el mundo de los hombres; desviada de su destino, se convierte en un objeto extravagante y que inquieta como inquieta el pensamiento incomunicable de un loco. Con respecto a una mujer de cuarenta años, todavía bella, pero presumida virgen, he oído comentar groseramente a un hombre: «Está llena de telarañas allí dentro...» En efecto, las cuevas y los graneros donde ya no entra nadie, que ya no sirven para nada, se llenan de un misterio sórdido; los fantasmas se complacen en visitarlos tenazmente; abandonadas por la Humanidad, las casas se convierten en morada de espíritus. A menos que la virginidad femenina haya sido consagrada a un dios, se cree de buen grado que implica alguna coyunda con el demonio. Las vírgenes a quienes el hombre no ha sometido, las solteronas que han escapado a su poder, son consideradas como brujas mucho más fácilmente que las otras; porque, siendo la suerte de la mujer el ser consagrada a otro, si no sufre el yugo del hombre, está dispuesta a aceptar el del diablo.

Exorcizada por los ritos de la desfloración o, por el contrario, purificada por su virginidad, la esposa puede entonces aparecer como una presa deseable. Al estrecharla entre sus brazos, son todas las riquezas de la vida las que el amante desea poseer. Ella es toda la fauna, toda la flora terrestre: gacela, cierva, lirio y rosas, melocotón recubierto de dulce pelusilla, perfumada frambuesa; ella es pedrerías, nácar, ágata, perla, seda, e: azul del cielo, la frescura de las fuentes, el aire, la llama, tierra y agua. Todos los poetas de Oriente y Occidente han metamorfoseado el cuerpo de la mujer en flores, en frutos, en aves. También aquí, a través de la Antigüedad, la Edad Media y la época moderna, sería preciso citar toda una densa antología. Conocidísimo es el Cantar de los Cantares, donde el bien amado dice a la bien amada:

> Tus ojos son como de paloma...
> Tus cabellos, como manada de cabras...
> Tus dientes son como manadas de trasquiladas ovejas ...
> Tu mejilla es una mitad de granada...
> Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama ...
> Miel y leche hay debajo de tu lengua...

En Arcane 17, André Breton vuelve a tomar este cántico eterno: «Mélusine en el instante del segundo grito: ha brotado de sus caderas sin globo, su vientre es toda la cosecha de agosto, su torso se lanza en fuego de artificio desde el talle arqueado, moldeado sobre dos alas de golondrinas, sus senos son armiños atrapados en su propio grito, cegadores a fuerza de iluminarse con el ardiente carbunclo de su boca incendiaria. Y sus brazos son el alma de los arroyos que cantan y perfuman...»

El hombre reencuentra en la mujer las estrellas brillantes y la luna soñadora, la luz del sol, la sombra de las grutas; y, a su vez, las flores silvestres de los matorrales, la orgullosa rosa de los jardines, son mujeres. Ninfas, dríadas, sirenas, ondinas, hadas, pueblan los campos, los bosques, los lagos, los mares, las landas. Nada más anclado en el corazón de los hombres que este animismo. Para el marino, la mar es una mujer peligrosa, pérfida, difícil de conquistar, pero a quien mima a través de su esfuerzo para domarla. Orgullosa, rebelde, virginal y malvada, la montaña es mujer para el alpinista que, con peligro de su vida, quiere violarla. A menudo se pretende que esas comparaciones manifiesten una sublimación sexual; expresan más bien entre la mujer y los elementos una afinidad tan original como la misma sexualidad. El hombre espera de la posesión de la mujer otra cosa que no sea la satisfacción de un instinto; ella es el objeto privilegiado a través del cual somete a la Naturaleza. Puede suceder que otros objetos representen ese papel. A veces el hombre busca la arena de las playas, el terciopelo de las noches, el perfume de las madreselvas en el cuerpo de los muchachos. Pero la penetración sexual no es el único medio por el cual puede realizarse una apropiación carnal de la tierra. En su novela To an unknown God, Steinbeck muestra a un hombre que ha elegido como mediadora entre él y la Naturaleza una roca musgosa; en La chatte, Colette describe a un joven casado que ha depositado su amor en una gata favorita, porque, a través de ese animal salvaje y dulce, adquiere sobre el universo sensual una presa que no logra darle el cuerpo demasiado humano de su compañera. En el mar, en la montaña, lo Otro puede encarnarse tan perfectamente como en la mujer; aquellos oponen al hombre la misma resistencia pasiva e imprevista que le permita realizarse; son un rechazo que es preciso vencer, una presa que hay que poseer. Si la mar y la montaña son mujeres, es porque la mujer es también para el amante la mar y la montaña[68].

Pero no es dado indiferentemente a no importa qué mujer el servir así de mediadora entre el hombre y el mundo; el hombre no se contenta con hallar en su compañera órganos sexuales complementarios de los suyos. Es preciso que encarne el maravilloso florecimiento de la vida y que, al mismo tiempo, disimule sus turbios misterios. Así, pues, se le pedirá, antes que nada, juventud y salud, porque, al estrechar entre sus brazos algo vivo, el hombre no puede extasiarse con ello si no olvida que toda vida está habitada por la muerte.

Quiere aún más: que la bien amada sea bella. El ideal de la belleza femenina es variable; pero ciertas exigencias permanecen constantes; entre otras, y puesto que la mujer está destinada a ser poseída, es preciso que su cuerpo ofrezca las cualidades inertes y pasivas de un objeto. La belleza viril es la adaptación del cuerpo a funciones activas, es la fuerza, la agilidad, la flexibilidad; es la manifestación de una trascendencia animadora de una carne que jamás debe recaer sobre sí misma. El ideal femenino no es simétrico más que en sociedades tales como Esparta, la Italia fascista y la Alemania nazi, que destinaba la mujer al Estado y no al individuo, que la consideraban exclusivamente como madre y no dejaban resquicio al erotismo. Pero, cuando la mujer es entregada al hombre como su bien, lo que este reclama es que en ella la carne esté presente en su pura artificiosidad. Su cuerpo no es tomado como la irradiación de una subjetividad, sino como algo cebado en su inmanencia; no es preciso que ese cuerpo desplace al resto del mundo, no debe ser promesa de otra cosa fuera de sí mismo: necesita detener el deseo. La forma más ingenua de esa exigencia es el ideal hotentote de la Venus esteatopígica, ya que las nalgas constituyen la parte del cuerpo menos inervada, aquella en que la carne aparece como un elemento sin destino. El gusto de los orientales por las mujeres gruesas es de la misma especie; les encanta el lujo absurdo de esa proliferación adiposa que no

[68] La frase de Samivel citada por Bachelard (La Terre et les rêveries de la Volonté) es significativa: «Había cesado, poco a poco, de considerar a aquellas montañas acostadas en círculo a mi alrededor como enemigos a quienes combatir, como hembras a quienes pisotear o como trofeos que conquistar con objeto de procurarme a mí mismo y proporcionar a los demás un testimonio de mi propio valor.» La ambivalencia montaña-mujer se establece a través de la idea común de un «enemigo a quien combatir», de «trofeo», de «testimonio» de poder. Se ve manifestarse esta reciprocidad, por ejemplo, en estos dos poemas de Senghor:
¡Mujer desnuda, mujer oscura!
Fruta madura de carne firme, sombríos éxtasis de vino tinto, boca que hace lírica mi boca.
Sabana de puros horizontes, sabana que se estremece bajo las fervientes caricias del Viento del Este.
Y:
¡Oh!, Congo acostado en tu lecho de selvas, reina sobre el África domeñada.
Que los falos de los montes enarbolen tu pabellón.
Porque eres mujer por mi cabeza, por mi lengua, porque eres mujer por mi vientre.

anima ningún proyecto, que no tiene otro sentido que el de estar ahí[69]. Incluso en las civilizaciones de una sensibilidad más sutil, en que intervienen nociones de forma y armonía, los senos y las nalgas siguen siendo objetos privilegiados a causa de lo gratuito y contingente de su desarrollo. Las costumbres y las modas se han aplicado a menudo a separar el cuerpo femenino de su trascendencia: la china de pies vendados apenas puede caminar; las uñas pintadas de la estrella de Hollywood la privan de sus manos; los tacones altos, los corsés, los miriñaques, los verdugados, las crinolinas, estaban destinados menos a acentuar el talle del cuerpo femenino que a aumentar su impotencia. Entorpecido por la grasa o, por el contrario, tan diáfano que todo esfuerzo le está prohibido, paralizado por incómodos ropajes y por los ritos del decoro, es entonces cuando se le presenta al hombre como su cosa. El maquillaje y las joyas sirven también para esa petrificación del cuerpo y del rostro. La función del ornato es muy compleja; entre ciertos primitivos, tiene un carácter sagrado; pero su papel más habitual consiste en terminar la metamorfosis de la mujer en ídolo. Ídolo equívoco: el hombre la quiere carnal, su belleza participará de la de las flores y los frutos; también debe ser lisa, dura y eterna como un guijarro. El papel del ornato consiste, a la vez, en hacerla participar más íntimamente de la Naturaleza y en arrancarla a la misma; consiste en prestar a la vida palpitante la fosilizada necesidad del artificio. La mujer se hace planta, pantera, diamante, nácar, al mezclar con su cuerpo flores, pieles, pedrerías, conchas, plumas; se perfuma para exhalar un aroma como la rosa y el lirio: pero plumas, sedas, perlas y perfumes sirven también para disimular la crudeza animal de su carne, de su olor. Se pinta la boca y las mejillas para darles la inmóvil solidez de una máscara; aprisiona su mirada en el espesor del khôl y de la máscara, ya solo es ornato tornasolado de sus ojos; trenzados, rizados, esculpidos, sus cabellos pierden su inquietante misterio vegetal. En la mujer adornada está presente la Naturaleza, pero cautiva, modelada por una voluntad humana según el deseo del hombre. Una mujer es tanto más deseable cuanto más se ha expandido en ella la Naturaleza y más rigurosamente se ha esclavizado: es la mujer «sofisticada», que siempre ha sido el objeto erótico ideal. Y el gusto por una belleza más natural no es a menudo más que una forma especiosa de sofisticación. Remy de Gourmont desea que la mujer lleve los cabellos flotantes, libres como los arroyos y las hierbas de las praderas: pero es en la cabellera de una Verónica Lake donde se pueden acariciar las ondulaciones del agua y las espigas, y no en una pelambrera hirsuta genuinamente abandonada a la Naturaleza. Cuando más joven y sana es una mujer, más parece destinado su cuerpo nuevo y lustroso a una eterna lozanía y menos útil le es el artificio; pero siempre hay que disimular al hombre la debilidad carnal de esta presa que él estrecha entre sus brazos y la degradación que la amenaza. Es también porque teme el destino contingente de la mujer, porque la sueña inmutable, necesaria, por lo que el hombre busca en el rostro femenino, en su busto y sus piernas, la exactitud de una idea. Entre los pueblos primitivos, la idea es solamente la de la perfección del tipo popular: una raza de labios carnosos y nariz aplastada forja una Venus de labios carnosos y nariz aplastada; más tarde, se aplican a las mujeres los cánones de una estética más compleja. Pero, en todo caso, cuanto más concertados parecen los rasgos y las proporciones de una mujer, más regocija el corazón del hombre, porque parece escapar a los avatares de las cosas naturales. Se desemboca así en la extraña paradoja de que, deseando asir en la mujer a la Naturaleza, aunque transfigurada, el hombre consagra la mujer al artificio. Ya no es ella solamente physis, sino también y en la misma medida antiphysis; y eso no únicamente en la civilización de las permanentes eléctricas, de la depilación con cera, etc., sino también en el país de las negras de platillos en la boca, en China y en todos los lugares del planeta. Swift denunció, en su célebre oda a Celia, esta mistificación; describe con desagrado los perifollos de la coqueta y recuerda con disgusto las servidumbres animales de su cuerpo; se indigna doblemente sin motivo, porque el hombre quiere, al mismo tiempo, que la mujer sea bestia y planta y que se oculte detrás de una armazón fabricada; la ama cuando surge de las ondas y cuando sale de una casa de modas, vestida y desnuda, desnuda debajo de sus vestidos, tal y como precisamente la encuentra en el universo humano. El ciudadano busca la animalidad en la mujer; sin embargo, para el joven campesino que hace el servicio militar, el burdel encarna toda la magia de la ciudad. La mujer es campos y pastos, pero también es Babilonia.

Con todo, he ahí la primera mentira, la primera traición de la mujer: es la de la vida misma, que, aun revestida de las formas más atractivas, siempre está habitada por los fermentos de la vejez y la muerte. El uso mismo que el hombre hace de ella destruye sus más preciosas virtudes: entorpecida por las maternidades, pierde su atractivo erótico; incluso estéril, basta el paso de los años para alterar sus encantos. Achacosa, fea, vieja, la mujer produce horror. Se dice que está marchita, ajada, como se diría de una planta. Ciertamente, entre los hombres también la decrepitud espanta; pero el hombre

---

[69] «Los hotentotes, entre quienes la esteatopigia no está tan desarrollada ni es tan constante como entre las mujeres bosquimanas, consideran estética esta conformación y amasan las nalgas de sus hijas desde la infancia para que se desarrollen. Del mismo modo, en diversas regiones de África, se encuentra la práctica del engorde artificial de las mujeres, verdadera cebadura cuyos dos procedimientos esenciales son la inmovilidad y la abundante ingestión de alimentos adecuados, en particular la leche. Todavía se entregan a esta práctica los ciudadanos acomodados árabes e israelitas de Argelia, Túnez y Marruecos.» (LUQUET: Journal de Psychologie, 1934. «Las Venus de las cavernas».)

normal no experimenta a los demás hombres en tanto que carne; no tiene con esos cuerpos autónomos y extraños más que una solidaridad abstracta. Es sobre el cuerpo de la mujer, ese cuerpo que le está destinado, sobre el que el hombre experimenta sensiblemente la decadencia de la carne. La «bella yelmera» de la balada de Villon con templa la degradación de su cuerpo con los ojos hostiles del varón. La vieja, la fea, no son solamente objetos sin atractivo, sino que suscitan un aborrecimiento mezclado al miedo. En ellas vuelve a encontrarse la figura inquietante de la Madre, en tanto que los encantos de la Esposa se han desvanecido.

Pero la Esposa misma es una presa peligrosa. Deméter se perpetúa en Venus surgida de las aguas, fresca espuma, rubia cosecha; al apropiarse la mujer por el placer que extrae de ella, el hombre le despierta también las turbias potencias de la fecundidad; el mismo órgano que él penetra es el que alumbra al niño. Por eso, en todas las sociedades, el hombre está protegido por tantos tabúes contra las amenazas del sexo femenino. Lo recíproco no es cierto, la mujer no tiene nada que temer del hombre; el sexo de este es considerado como laico, profano. El falo puede ser elevado a la dignidad de un dios: en el culto que se le rinde no entra ningún elemento de terror y, en el curso de la vida cotidiana, la mujer no tiene que ser místicamente defendida contra él, que solamente le es propicio. Por otra parte, es notable que en multitud de sociedades de derecho materno exista una sexualidad muy libre; pero solo durante la infancia de, la mujer y en su primera juventud, cuando el coito no está ligado a la idea de generación. Con cierto asombro cuenta Malinowski que los jóvenes que se acuestan libremente juntos en la «casa de los solteros» hagan voluntaria ostentación de sus amores; se debe ello a que la joven no casada es considerada incapaz de parir, y el acto sexual no pasa de ser un tranquilo placer profano. Por el contrario, una vez casada la mujer, su marido no debe dar ya ninguna muestra de cariño en público, no debe tocarla, y toda alusión a sus relaciones íntimas es sacrilegio: es que entonces la mujer participa de la temible esencia de la madre, y el coito se ha convertido en un acto sagrado. A partir de entonces, se le rodea de prohibiciones y de precauciones. El coito está prohibido mientras se cultiva la tierra, cuando se siembra, cuando se planta: en este caso, es porque no se quiere que se malgasten en relaciones interindividuales las fuerzas fecundantes que son necesarias para la prosperidad de las cosechas y, por consiguiente, para el bien de la comunidad; por respeto a los poderes adheridos a la fecundidad es por lo que se ordena economizarlas. Empero, en la mayoría de las ocasiones la continencia protege la virilidad del esposo; se la recomienda cuando el hombre parte para la pesca, para la caza y, sobre todo, cuando se prepara para la guerra; en la unión con la mujer, el principio masculino se debilita, y, por tanto, conviene que la evite cada vez que necesita íntegramente de sus fuerzas. En ocasiones, ha surgido la pregunta de si el horror que el hombre experimenta con respecto a la mujer procede del que le inspira la sexualidad en general o a la inversa. Se comprueba que, particularmente en el Levítico, la polución nocturna es considerada como una mancilla, aunque la mujer no esté mezclada en ello. Y en nuestras sociedades modernas, la masturbación está considerada como un peligro y un pecado: muchos de los niños y de los jóvenes que se entregan a ella no lo hacen sino a través de horribles angustias. Lo que hace un vicio del placer solitario es la intervención de la sociedad y singularmente de los padres; pero más de un muchacho se ha espantado espontáneamente ante sus primeras eyaculaciones: sangre o semen, todo flujo de su propia sustancia le parece inquietante; es su vida, su maná, lo que se escapa. Sin embargo, incluso si subjetivamente un hombre puede atravesar por experiencias en que la mujer no esté presente, ella está objetivamente implicada en su sexualidad: como decía Platón en el mito de los andróginos, el organismo del varón supone el de la mujer. Lo que descubre al descubrir su propio sexo es la mujer, aun cuando esta no le sea dada ni en carne y hueso ni en imagen; e, inversamente, la mujer es temible en tanto encarna la sexualidad. Nunca se pueden separar el aspecto inmanente y el aspecto trascendente de la experiencia viva: lo que yo temo o deseo siempre es un avatar de mi propia existencia, pero nada me sucede sino a través de lo que no soy yo. El no-yo está implicado en las poluciones nocturnas, en la erección, si no bajo la figura precisa de la mujer, sí al menos en tanto que Naturaleza y Vida: el individuo se siente poseído por una magia extraña. De igual modo, la ambivalencia de los sentimientos que le inspira la mujer se halla en su actitud hacia su propio sexo: está orgulloso de él, ríe por su causa, por su culpa se avergüenza. El muchachito compara desafiante su pene con el de sus camaradas; su primera erección le enorgullece y le espanta a la vez. El hombre hecho considera su sexo como un símbolo de trascendencia y de poder; se envanece de él como de un músculo estriado y al mismo tiempo como de una gracia mágica: es una libertad rica con toda la contingencia del dato, un dato libremente querido; es bajo este aspecto contradictorio como le encanta; pero sospecha su añagaza; ese órgano por el que pretende afirmarse, no le obedece; cargado de deseos insatisfechos, irguiéndose inopinadamente, a veces aliviándose durante el sueño, manifiesta una vitalidad sospechosa y caprichosa. El hombre pretende hacer triunfar el Espíritu sobre la Vida, la actividad sobre la pasividad; su conciencia mantiene a distancia a la Naturaleza, su voluntad la modela; pero, bajo la figura del sexo, encuentra en él la vida, la Naturaleza y la pasividad. «Las partes sexuales son el verdadero hogar de la voluntad, cuyo polo opuesto es el cerebro», escribe Schopenhauer. Lo que él llama voluntad es el apego a la vida, que es sufrimiento y muerte, mientras que el cerebro es el

pasado que se desprende de la vida al representársela: la vergüenza sexual, según él, es la vergüenza que experimentamos ante nuestra estúpida obstinación carnal. Aun recusando el pesimismo propio de sus teorías, tiene razón cuando ve en la oposición sexo-cerebro la expresión de la dualidad del hombre. En tanto que sujeto, plantea el mundo y, permaneciendo fuera del universo que plantea, se hace su soberano; si se capta como carne, como sexo, deja de ser conciencia autónoma, libertad transparente: está comprometido en el mundo, es un objeto limitado y perecedero. Y, sin duda, el acto generador sobrepasa las fronteras del cuerpo; pero, en el mismo instante, las constituye. El pene, padre de generaciones, es simétrico de la matriz materna; surgido de un germen nutrido en el vientre de la mujer, el hombre es él mismo portador de gérmenes, y, por esa simiente que da la vida, es también su propia vida la que se niega. «El nacimiento de los hijos es la muerte de los padres», dice Hegel. La eyaculación es promesa de muerte, afirma a la especie frente al individuo; la existencia del sexo y su actividad niegan la orgullosa singularidad del sujeto. Es esta oposición de la vida con respecto al espíritu lo que hace del sexo un objeto de escándalo. El hombre exalta el falo en la medida en que lo toma como trascendencia y actividad, como modo de apropiación de lo otro; pero se avergüenza del mismo cuando solamente lo ve como una carne pasiva a través de la cual es juguete de las oscuras fuerzas de la Vida. Esta vergüenza se disfraza voluntariamente de ironía. El sexo de otro suscita fácilmente la risa; puesto que imita un movimiento concertado y, no obstante, es sufrida, la erección parece a menudo ridícula; y la simple presencia de los órganos genitales, tan pronto como se la evoca, provoca regocijo. Cuenta Malinowski que a los salvajes entre los cuales vivía les bastaba pronunciar el nombre de aquellas «partes vergonzosas» para despertar risas inextinguibles; multitud de chistes picantes apenas van más allá de esos rudimentarios juegos de palabras. Entre ciertos primitivos, y durante los días consagrados a la escarda de los huertos, las mujeres tienen derecho a violar brutalmente a todo forastero que se aventure en el poblado; le atacan todas juntas y a menudo le dejan medio muerto: los hombres de la tribu se ríen de la hazaña; por esa violación, la víctima ha sido constituida como carne pasiva y dependiente; ha sido a él a quien han poseído las mujeres y, a través de ellas, también lo han poseído los maridos, mientras que en el coito normal el hombre quiere afirmarse como poseedor.

Pero es entonces cuando va a experimentar con la mayor evidencia lo ambiguo de su condición carnal. El hombre no asume orgullosamente su sexualidad sino en tanto que es un modo de apropiación del Otro: y ese sueño de posesión solo desemboca en fracaso. En una auténtica posesión, lo otro es abolido como tal, es consumido y destruido: únicamente el sultán de Las mil y una noches tiene poder para cortar la cabeza a sus amantes tan pronto como el alba las expulsa de su lecho; la mujer sobrevive a los abrazos del hombre y por eso mismo se le escapa; tan pronto como él abre los brazos, su presa se convierte en una extraña; hela ahí toda nueva, intacta, dispuesta a ser poseída por un nuevo amante de una manera igualmente efímera. Uno de los sueños del varón consiste en «marcar» a la mujer de manera que permanezca suya para siempre; pero el más arrogante de ellos sabe muy bien que jamás le dejará más que recuerdos y que las imágenes más ardientes resultan frías al precio de una sensación. Toda una literatura ha denunciado este fracaso. Se objetiva en la mujer, a quien se dice inconstante y traidora, porque su cuerpo la consagra al hombre en general y no a un hombre singular. Su traición es más pérfida aún, puesto que es ella quien hace una presa del amante. Solamente un cuerpo puede tocar a otro cuerpo; el varón no se adueña de la carne codiciada más que convirtiéndose él mismo en carne; Eva le es dada a Adán para que cumpla en ella su trascendencia, y ella le arrastra a la noche de la inmanencia; al igual que la madre ha formado para el hijo esa ganga tenebrosa de la cual este quiere escapar, la amante cierra en torno al hombre esa arcilla opaca en el vértigo del placer. El hombre quería poseer, y hele ahí poseído. Olor, humedad, fatiga, fastidio, toda una literatura ha descrito esa lúgubre pasión de una conciencia que se hace carne. El deseo, que a menudo arropa a la repugnancia, vuelve a la repugnancia una vez satisfecho. *Post coitum homo animal triste*. «La carne es triste.» Y, sin embargo, el hombre ni siquiera ha encontrado en los brazos de la amante un apaciguamiento definitivo. Muy pronto renace el deseo, y, a menudo, no es solamente deseo de la mujer en general, sino de esa mujer. Entonces se reviste ella de un poder singularmente inquietante. Porque, en su propio cuerpo, el hombre no encuentra la necesidad sexual sino como una necesidad general análoga al hambre o la sed y cuyo objeto no es particular: así, pues, el vínculo que le une a ese cuerpo femenino singular ha sido forjado por el Otro. Es un lazo misterioso, como el vientre impuro y fértil en donde tiene sus raíces, una suerte de fuerza pasiva: es mágico. El vocabulario trasnochado, de los folletines en que la mujer es descrita como una hechicera que fascina al hombre y lo embruja, refleja el más antiguo, el más universal de los mitos. La mujer está destinada a la magia. La magia, decía Alain, es el espíritu que hay en las cosas; una acción es mágica cuando, en lugar de ser producida por un agente, emana de una pasividad; precisamente los hombres han mirado siempre a la mujer como la inmanencia de lo dado; si produce cosechas e hijos, no es por un acto de su voluntad; no es sujeto, trascendencia, potencia creadora; es un objeto cargado de fluidos. En las sociedades en que el hombre adora estos misterios, la mujer, a causa de esas virtudes, es asociada al culto y venerada como sacerdotisa; pero, cuando el hombre lucha por hacer triunfar la sociedad sobre la Naturaleza, la razón sobre la vida, la

voluntad sobre lo dado inerte, entonces la mujer es considerada una bruja. Sabida es la diferencia que distingue al sacerdote del mago: el primero domina y dirige las fuerzas que ha domeñado de acuerdo con los dioses y las leyes, para el bien de la comunidad, en nombre de todos sus miembros; el mago opera al margen de la sociedad, contra los dioses y las leyes, según sus propias pasiones. Ahora bien, la mujer no está plenamente integrada en el mundo de los hombres; en tanto que lo Otro, se opone a ellos; es natural que se sirva de las fuerzas que posee, no para extender a través de la comunidad de los hombres y en el futuro la influencia de la trascendencia, sino, estando separada, en oposición, para arrastrar a los varones a la soledad de la separación, a las tinieblas de la inmanencia. Es la sirena cuyos cantos precipitaban a los marinos contra los escollos; es Circe, que transformaba en bestias a sus amantes, la ondina que atrae al pescador al fondo de los estanques. El hombre, cautivo de sus encantos, ya no tiene voluntad, ni proyectos, ni porvenir; ya no es ciudadano, sino una carne esclava de sus deseos; está excluido de la comunidad, encerrado en el instante, zarandeado pasivamente entre la tortura y el placer; la maga perversa levanta la pasión contra el deber, el momento presente contra la unidad del tiempo, retiene al viajero lejos de su hogar, escancia el olvido. Al intentar apropiarse de lo Otro, es preciso que el hombre siga siendo él mismo; pero, ante el fracaso de la posesión imposible, trata de convertirse en eso otro con lo que no logra unirse; entonces se aliena, se pierde, bebe el filtro que le hace extraño para sí mismo, se sumerge en aguas huidizas y mortales. La Madre consagra su hijo a la muerte al darle vida; la amante arrastra al amante a renunciar a la vida y abandonarse a un sueño supremo. Este lazo que une al Amor y la Muerte ha sido patéticamente iluminado en la leyenda de Tristán, pero encierra una verdad más original. Nacido de la carne, el hombre se realiza en el amor como carne, y la carne está prometida a la tumba. En su virtud, se confirma la alianza entre la Mujer y la Muerte; la gran segadora es la figura inversa de la fecundidad que hace crecer las espigas. Pero también aparece como la pavorosa desposada cuyo esqueleto se revela bajo una tierna carne mentirosa[70].

Así, pues, lo que primeramente anhela y detesta el hombre en la mujer, tanto amante como madre, es la imagen fija de su destino animal, es la vida necesaria a su existencia, pero que la condena a la finitud y la muerte. Desde el día en que nace, el hombre empieza a morir: esa es la verdad que encarna la Madre. Al procrear, afirma a la especie contra si mismo: eso es lo que aprende entre los brazos de la esposa; en la turbación y el placer, aun antes de haber engendrado, olvida su yo singular. Aunque intenta distinguirlas, en una y otra solo encuentra una evidencia: la de su condición carnal. Unas veces desea cumplirla: venera a su madre y desea a su amante; otras veces se rebela contra ellas en la repugnancia y el temor.

Un texto significativo, en el que vamos a encontrar una síntesis de casi todos esos mitos, es aquel en el cual Jean-Richard Bloch, en La noche kurda, describe las copulaciones del joven Saad con una mujer mucho mayor que él, pero todavía bella, durante el saqueo de una ciudad:

«La noche abolía los contornos de las cosas y de las sensaciones. Ya no estrechaba a una mujer contra sí. Llegaba, por fin, al término de un viaje interminable, perseguido desde los orígenes del mundo. Se aniquilaba poco a poco en una inmensidad que se mecía a su alrededor, sin fin y sin rostro. Todas las mujeres se confundían en un país gigantesco, replegado en sí mismo, lúgubre como el deseo, ardiente como el estío... No obstante, reconocía con temerosa admiración la potencia encerrada en la mujer, los largos muslos revestidos de raso, las rodillas semejantes a dos colinas de marfil. Cuando remontaba el terso eje de la espalda, desde los riñones hasta los hombros, parecíale recorrer la bóveda misma que sostiene al mundo. Pero era el vientre el que le atraía sin cesar, océano elástico y tierno donde toda vida nace y adonde retorna, asilo entre los asilos, con sus mareas, sus horizontes, sus ilimitadas superficies.

Entonces le invadió el loco anhelo de rasgar aquella deliciosa envoltura para llegar, por fin, a la fuente misma de sus bellezas. Una conmoción simultánea los confundió al uno con el otro. La mujer ya no existió sino para henderse como el suelo, abrirle sus vísceras, colmarse con los humores del amado. El arrebato se hizo asesinato. Se unieron como quienes se apuñalan.

... El, el hombre aislado, el dividido, el separado, el cercenado, iba a brotar de su propia sustancia, evadirse de su prisión de carne y rodar, al fin, materia y alma, en la materia universal. A él estaba reservada la dicha suprema, jamás experimentada hasta ese día, de sobrepasar los límites de la criatura, de fundir en la misma exaltación el sujeto con el objeto, la pregunta y la respuesta, de anexionar al ser todo lo que no es el ser, y de alcanzar a través de una última convulsión el imperio de lo inasequible.

70 Por ejemplo, en el ballet de PRÉVERT Le rendez-vous*, y en el de Cocteau Le jeune homme et la mort, la Muerte es representada bajo los rasgos de la joven amada.
*Rendez-vous: cita; lugar de la cita, sitio de la reunión. Encuentro; consultation sur rendez-vous: consulta previa petición de hora; Donner rendez-vous: citar, dar cita.

... Cada vaivén del arco despertaba en el precioso instrumento que tenía a su merced vibraciones cada vez más agudas. De pronto, un último espasmo desprendió a Saad del cenit y lo arrojó hacia la tierra y el fango.»

Como el deseo de la mujer no ha sido satisfecho, aprisiona entre sus piernas a su amante, quien siente renacer su deseo a pesar suyo: se le aparece entonces ella como una potencia enemiga que le arranca su virilidad, y, al poseerla de nuevo, la muerde en la garganta tan profundamente, que la mata. Así se cierra el ciclo que va de la madre a la amante, a la muerte, a través de complicados meandros.

Muchas actitudes son posibles aquí para el hombre, según que ponga el acento sobre tal o cual aspecto del drama carnal. Si un hombre no tiene la idea de que la vida es única, si no tiene la preocupación de su destino singular, si no teme a la muerte, aceptará gozosamente su animalidad. Entre los musulmanes, la mujer está reducida a un estado de abyección a causa de la estructura feudal de la sociedad que no permite el recurso al Estado contra la familia, a causa de la religión que, expresando el ideal guerrero de esa civilización, ha consagrado directamente al hombre a la Muerte y ha despojado de su magia a la mujer. ¿Qué temerá en la Tierra el que está dispuesto a sumergirse, de un momento a otro, en las voluptuosas orgías del paraíso mahometano? Así, pues, el hombre puede gozar tranquilamente de la mujer sin tener que defenderse contra sí mismo, ni contra ella. Los cuentos de Las mil y una noches la consideran fuente de untuosas delicias, con el mismo título que las frutas, las confituras, los pasteles opulentos, los perfumados aceites. Se encuentra hoy esa misma benevolencia sensual en muchos pueblos mediterráneos: colmado por el instante, no pretendiendo la inmortalidad, el hombre del Mediodía que, a través del esplendor del cielo y del mar, capta la Naturaleza bajo su aspecto venturoso, amará a las mujeres con glotonería; por tradición, las desprecia lo bastante para no tomarlas como personas: no establece grandes diferencias entre el encanto de su cuerpo y el de la arena y el agua; ni en ellas ni en sí mismo experimenta el horror de la carne. En Conversaciones en Sicilia, dice Vittorini, con tranquilo deslumbramiento, haber descubierto a la edad de siete años el cuerpo desnudo de la mujer. El pensamiento racionalista de Grecia y de Roma confirma esta actitud espontánea, La filosofía optimista de los griegos ha superado al maniqueísmo pitagórico, lo inferior está subordinado a lo superior y como tal le es útil: estas ideologías armoniosas no manifiestan ninguna hostilidad con respecto a la carne. Orientado hacia el cielo de las Ideas, o bien hacia la Ciudad o el Estado, el individuo, al pensarse como Novs o como ciudadano, cree haber superado su condición animal: ya sea que se entregue a la voluptuosidad o que practique el ascetismo, la mujer sólidamente integrada en la sociedad masculina no tiene más que una importancia secundaria. Desde luego, el racionalismo no ha triunfado jamás enteramente y la experiencia erótica conserva en esas civilizaciones su carácter ambivalente: dan fe de ello ritos, mitologías, literatura. Pero los atractivos y los peligros de la feminidad no se manifiestan ahí sino en forma atenuada. Es el cristianismo el que reviste de nuevo a la mujer de un prestigio pavoroso: el temor al otro sexo es una de las formas que adopta para el hombre el desgarramiento de la conciencia desdichada. El cristiano está separado de sí mismo; se consuma la división entre el cuerpo y el alma, entre la vida y el espíritu: el pecado original hace del cuerpo el enemigo del alma; todas las ligaduras carnales se presentan como malignas[71]. El hombre solo puede ser salvado en tanto rescatado por Cristo y orientado hacia el reino celestial; pero originariamente no es más que podredumbre; su nacimiento le destina, no solo a la muerte, sino también a la condenación; el cielo podrá serle abierto en virtud de una gracia divina; pero, en todos los avatares de su existencia natural, hay una maldición. El mal es una realidad absoluta, y la carne es pecado. Y, bien entendido, puesto que jamás la mujer deja de ser lo Otro, no se considera que recíprocamente macho y hembra sean carne: la carne que para el cristiano es lo Otro enemigo, no se distingue de la mujer. En ella es donde se encarnan las tentaciones de la tierra, del sexo, del demonio. Todos los Padres de la Iglesia insisten sobre el hecho de que ella condujo a Adán al pecado. Preciso es volver a citar las palabras de Tertuliano: «¡Mujer!. Eres la puerta del diablo. Tú has persuadido a aquel a quien el diablo no osaba atacar de frente. Por tu causa hubo de morir el Hijo de Dios. Deberías ir siempre vestida de luto y harapos.» Toda la literatura cristiana se esfuerza por exasperar la repugnancia que el hombre puede experimentar por la mujer. Tertuliano la define Templum aedificatum super cloacam. San Agustín subraya con horror la promiscuidad de los órganos sexuales y excretores: Inter foeces et urinam nascimur. La repugnancia del cristianismo por el cuerpo femenino es tal, que consiente en destinar a su Dios a una muerte ignominiosa, pero que le evita la mancilla del nacimiento: el Concilio de Éfeso en la Iglesia oriental, el de Letrán en Occidente, afirman el alumbramiento virginal de Cristo.

[71] Hasta el fin del siglo XII, los teólogos -con excepción de San Anselmo- consideran, de acuerdo con la doctrina de San Agustín, que la ley misma de la generación implica el pecado original: «La concupiscencia es un vicio... La carne humana que nace por ella es una carne de pecado», escribe San Agustín. Y Santo Tomás dice: «La unión de los sexos, estando acompañada de concupiscencia después del pecado, transmite al hijo el pecado original».

Los primeros Padres de la Iglesia -Orígenes, Tertuliano, Jerónimo- pensaban que María había dado a luz en medio de la sangre y la inmundicia, como las otras mujeres; pero es la opinión de San Ambrosio y San Agustín la que prevalece. El seno de la Virgen ha permanecido cerrado. Desde la Edad Media, el tener un cuerpo ha sido considerado en la mujer como una ignominia. La ciencia misma se ha visto durante mucho tiempo paralizada por esa repugnancia. En su tratado de la Naturaleza, Linneo deja a un lado por «abominable» el estudio de los órganos genitales de la mujer. El médico francés Di Laurens se pregunta escandalizado cómo «ese divino animal lleno de razón y de juicio llamado hombre puede sentirse atraído por esas partes obscenas de la mujer, manchadas de humores y vergonzosamente colocadas en la parte más baja del tronco». Hoy día, multitud de otras influencias interfieren con la del pensamiento cristiano; e incluso esta tiene más de un aspecto; sin embargo, en el mundo puritano, entre otros, el odio a la carne se perpetúa; por ejemplo, se exterioriza en Light in August de Faulkner; las primeras iniciaciones sexuales del héroe provocan en él terribles traumatismos. En toda la literatura es frecuente mostrar a un joven trastornado hasta el vómito después del primer coito; y si, en verdad, semejante reacción es muy rara, no por azar se la describe con tanta frecuencia. En particular en los países anglosajones, impregnados de puritanismo, la mujer suscita en la mayor parte de los adolescentes y entre muchos hombres un terror más o menos confesado. Existe con bastante intensidad en Francia. Michel Leiris escribe en L'age d'homme: «Por lo común, tengo tendencia a considerar el órgano femenino como una cosa sucia o como una herida, no por ello menos atrayente, pero peligrosa en sí misma, como todo lo que es sangriento, mucoso, contaminado.» La idea de enfermedad venérea traduce esos espantos; no es porque transmita esas enfermedades por lo que la mujer espanta; son las enfermedades las que parecen abominables porque provienen de la mujer: me han hablado de jóvenes que se imaginaban que las relaciones sexuales demasiado frecuentes bastaban para producir la blenorragia. También se cree de buen grado que, a través del coito, el hombre pierde su vigor muscular, su lucidez cerebral, que su fósforo se consume, su sensibilidad se embota. Es verdad que el onanismo implica los mismos peligros, e incluso, por razones morales, la sociedad lo considera más nocivo que la función sexual normal. El legítimo matrimonio y la voluntad de procreación defienden contra los maleficios del erotismo. Pero ya he dicho que en todo acto sexual está implicado lo Otro, y su rostro más habitual es el de la mujer. Frente a ella es como el hombre experimenta con la máxima evidencia la pasividad de su propia carne. La mujer es vampiro, gubia, devoradora, bebedora; su sexo se nutre glotonamente del sexo masculino. Ciertos psicoanalistas han querido dar bases científicas a estas fantasías: todo el placer que la mujer extrae del coito provendría de que castra simbólicamente al macho y se apropia de su sexo. Mas parece que estas teorías mismas exigen ser psicoanalizadas y que los médicos que las inventaron habrían proyectado en ellas terrores ancestrales[72].

La fuente de esos terrores radica en que, en lo Otro, y más allá de toda anexión, subsiste la alteridad. En las sociedades patriarcales, la mujer ha conservado muchas de las inquietantes virtudes que ostentaban en las sociedades primitivas. Esa es la razón de que jamás se la abandone a la Naturaleza y se la rodee de tabúes, se la purifique mediante ritos, se la coloque bajo el control de sacerdotes; se enseña al hombre a no abordarla jamás en su desnudez original, sino a través de ceremonias y sacramentos que la arrancan de la tierra, de la carne, y la metamorfosean en una criatura humana: entonces la magia que ella ostenta se canaliza como el rayo después de la invención del pararrayos y de las centrales eléctricas. Incluso resulta posible utilizarla en beneficio de la colectividad: se ve aquí otra fase de ese movimiento oscilatorio que define las relaciones del hombre con su hembra. La ama en tanto que es suya, la teme en tanto que permanece otra; pero precisamente siendo esa otra temible es como él busca hacerla más profundamente suya: eso será lo que le lleve a elevarla a la dignidad de una persona y a reconocerla como semejante.

La magia femenina ha sido profundamente domesticada en la familia patriarcal. La mujer permite que la sociedad integre en ella las fuerzas cósmicas. En su obra Mitra-Varuna, Dumézil señala que tanto en la India como en Roma, el poder viril tiene dos maneras de afirmarse: en Varuna y Rómulo, en los Gandharvas y los Lupercales, hay agresión, rapto, desorden, hibris; entonces la mujer se presenta como un ser al que es preciso raptar, violentar; las Sabinas raptadas se muestran estériles, y entonces las azotan con correas de piel de macho cabrío, compensando con la violencia un exceso de violencia. Sin embargo, Mitra, Numa, los brahmanes y los flamines aseguran, por el contrario, el orden y el equilibrio razonables de la ciudad: entonces la mujer se une al marido por medio de un matrimonio de complicado ritual y, colaborando con él, le asegura el dominio de todas las fuerzas femeninas de la Naturaleza; en Roma, si la flamina muere, el flamen dialis dimite de sus funciones. Es así como en Egipto, habiendo perdido Isis su poder supremo de diosa madre, sigue siendo, no obstante, generosa, sonriente, benévola y sabia, esposa magnífica de Osiris. Pero, cuando la mujer aparece así asociada al hombre, su complemento, su mitad, necesariamente está dotada de una

[72] Ya hemos demostrado que el mito de la Mantis religiosa carece de todo fundamento biológico.

conciencia, de un alma; no podría depender tan íntimamente de un ser que no participase de la esencia humana.

Ya se ha visto que las Leyes de Manu prometían a la esposa legítima el mismo paraíso que al esposo. Cuanto más se individualiza el varón y reivindica su individualidad, más reconocerá en su compañera un individuo y una libertad.

El oriental, despreocupado de su propio destino, se contenta con una mujer que es para él objeto de placer; pero el sueño del occidental, una vez que se ha elevado a la conciencia de lo singular de su ser, se cifra en ser reconocido por una libertad extraña y dócil. El griego no encuentra en la prisionera del gineceo al semejante que reclama: por eso deposita su amor en compañeros masculinos cuya carne está habitada, como la suya, por una conciencia y una libertad; o bien se lo dedica a las hetairas, cuya independencia, cultura e inteligencia casi las hacen sus iguales. Pero, cuando las circunstancias lo permiten, quien mejor puede satisfacer las exigencias del hombre es la esposa. El ciudadano romano ve en la matrona una persona: en Cornelia, en Arria, posee a su doble. Paradójicamente, será el cristianismo el que proclame, en cierto plano, la igualdad entre el hombre y la mujer. Detesta en ella la carne; si la mujer se niega como carne, entonces, con los mismos títulos que el varón, es una criatura de Dios, rescatada por el Redentor: hela situada junto a los varones, entre las almas prometidas a las dichas celestiales. Hombres y mujeres son servidores de Dios, casi tan asexuados como los ángeles, y, juntos, con ayuda de la gracia, rechazan las tentaciones de la tierra. Si acepta renegar de su animalidad, la mujer, por el hecho mismo de encarnar el pecado, será también la más radiante encarnación del triunfo de los elegidos que han vencido al pecado[73]. Bien entendido, el divino Salvador que obra la Redención de los hombres, es varón; pero es preciso que la Humanidad coopere a su propia salvación: bajo su figura más humillada y más perversa será llamada a manifestar su buena voluntad sumisa. Cristo es Dios; pero es una mujer, la Virgen Madre, la que reina sobre todas las criaturas humanas. Sin embargo, solamente las sectas que se desarrollan al margen de la sociedad resucitan en la mujer los antiguos privilegios de las grandes diosas. La Iglesia expresa y sirve a una civilización patriarcal, en la que conviene que la mujer permanezca como anexo del hombre. Al convertirse en su dócil sirviente, se hará también santa bendecida. Así, en el corazón de la Edad Media, se yergue la más acabada imagen de la mujer propicia a los hombres: el rostro de la Madre de Cristo se circunda de gloria. Es la figura inversa de Eva la pecadora; aplasta a la serpiente bajo sus plantas; es la mediadora de la salvación, como Eva lo ha sido de la condenación.

La mujer era temible en tanto que Madre; en la maternidad es donde hay que transfigurarla y esclavizarla. La virginidad de María tiene sobre todo un valor negativo: aquella por la que la carne ha sido rescatada, ya no es carnal; no ha sido tocada ni poseída. A la Gran Madre asiática tampoco se le reconocía esposo: había engendrado el mundo y reinaba solitaria sobre él; podía ser lúbrica por capricho, pero en ella la grandeza de la Madre no estaba disminuida por las servidumbres impuestas a la esposa. Así, pues, María no ha conocido la mancilla que implica la sexualidad. Emparentada con Minerva la guerrera, es torre de marfil, ciudadela, torreón inexpugnable. Las sacerdotisas de la Antigüedad, como la mayoría de las santas cristianas, eran también vírgenes: la mujer consagrada al bien debe serlo en todo el esplendor de sus fuerzas intactas; preciso es que conserve en su integridad no domeñada el principio de su feminidad. Si a María se le niega su carácter de esposa, es para exaltar en ella más puramente a la Mujer-Madre. Pero únicamente será glorificada si acepta el papel subordinado que le ha sido asignado. «Soy la sierva del Señor.» Por primera vez en la Historia de la Humanidad, la madre se arrodilla delante de su hijo; reconoce libremente su inferioridad. He ahí la suprema victoria masculina, que se consuma en el culto de María: es este la rehabilitación de la mujer mediante la realización de su derrota. Istar, Astarté y Cibeles eran crueles, caprichosas, lujuriosas: eran poderosas; fuente de muerte tanto como de vida, al alumbrar a los hombres, hacían de ellos sus esclavos. Como la vida y la muerte no dependen en el cristianismo nada más que de Dios, el hombre surgido del seno materno se ha evadido del mismo para siempre, la tierra no acecha nada más que sus huesos; el destino de su alma se decide en regiones donde los poderes de la madre han sido abolidos; el sacramento del bautismo hace irrisorias las ceremonias con que se quemaba o enterraba la placenta. Ya no hay sitio en la tierra para la magia: Dios es el único rey. La Naturaleza es originariamente mala: pero, ante la gracia, es impotente. La maternidad, en tanto que fenómeno natural, no confiere ningún poder. Así, pues, si la mujer quiere superar en sí misma la tara original, no tiene más remedio que inclinarse ante Dios, cuya voluntad la somete al hombre. Y, en virtud de esa sumisión, puede tomar en la mitología masculina un papel nuevo. Combatida, pisoteada, cuando se quería dominadora y en tanto que no había explícitamente abdicado, podrá ser ahora honrada como vasalla. No pierde ninguno de sus atributos primitivos, pero cambian de signo; de nefastos se hacen fastos; la magia negra se torna magia blanca. Sirviente, la mujer tiene derecho a las más espléndidas apoteosis.

[73] De ahí proviene el lugar privilegiado que ocupa, por ejemplo, en la obra de Claudel.

Y puesto que ha sido en calidad de Madre como ha sido sometida, será primeramente en tanto que madre como será querida y respetada. De los dos antiguos rostros de la maternidad, el hombre de hoy no quiere conocer sino el sonriente. Limitado en el tiempo y el espacio, no poseyendo más que un cuerpo y una vida finitos, el hombre solo es un individuo en el seno de una naturaleza y una historia extrañas. Limitada como él, semejante a él, puesto que también está habitada por el espíritu, la mujer pertenece a la Naturaleza, está cruzada por la corriente infinita de la vida; de modo que aparece como mediadora entre el individuo y el cosmos. Cuando la figura de la madre se ha hecho tranquilizadora y santa, se comprende que el hombre se vuelva hacia ella con amor. Perdido en la Naturaleza, trata de salvarse de ella; pero separado de ella, aspira a reunírsele. Sólidamente asentada en la familia, en la sociedad, de acuerdo con las leyes y las costumbres, la madre es la encarnación misma del Bien: la Naturaleza de la cual participa se hace buena; ya no es enemiga del espíritu; y, si continúa siendo misteriosa, es un misterio sonriente, como el de las madonas de Leonardo da Vinci. El hombre no quiere ser mujer, pero sueña con abarcar en él todo cuanto es, y, por tanto, también a esa mujer que no es: en el culto que rinde a su madre, intenta apropiarse sus riquezas extrañas. Reconocerse hijo de su madre es reconocer a su madre en él, es integrar la feminidad en tanto que esta es ligazón con la tierra, la vida, el pasado. En las Conversaciones en Sicilia, de Vittorini, eso es lo que el héroe va a buscar cerca de su madre: el suelo natal, sus olores y sus frutos, su infancia, el recuerdo de sus antepasados, las tradiciones, las raíces de las que le ha separado su existencia individual. Es este mismo enraizamiento el que exalta en el hombre el orgullo de la superación; le place admirarse arrancándose de los brazos maternos para partir hacia la aventura, el porvenir, la guerra; esta partida sería menos conmovedora si no hubiese nadie que tratase de impedirla: entonces parecería un accidente, no una victoria duramente ganada. Y también le place saber que aquellos brazos permanecen prestos a acogerle. Tras la tensión de la acción, el héroe gusta de saborear nuevamente cerca de la madre el reposo de la inmanencia: ella es el refugio, el sueño; por la caricia de sus manos, se sumerge de nuevo en el seno de la Naturaleza, se deja llevar por la gran corriente de. la vida tan tranquilamente como en la matriz, como en la tumba. Y si la tradición quiere que muera llamando a su madre, es porque, bajo la mirada maternal, la misma muerte está domesticada, simétrica al nacimiento, indisolublemente ligada a toda vida carnal. La madre permanece asociada a la muerte como en el antiguo mito de las Parcas; a ella corresponde enterrar a los muertos, llorarlos. Pero su papel consiste precisamente en integrar la muerte a la vida, a la sociedad, al bien. Así se estimula sistemáticamente el culto de las «madres heroicas»: si la sociedad obtiene que las madres cedan sus hijos a la muerte, se considera con derecho a asesinarlos. Debido a la influencia que la madre ejerce sobre sus hijos, a la sociedad le resulta ventajoso anexionársela: por esa razón se rodea a la madre de tantas muestras de respeto, se la dota de todas las virtudes, se crea respecto a ella una religión a la cual está prohibido hurtarse, so pena de sacrilegio y de blasfemia; se la convierte en guardiana de la moral; sirviente del hombre, sirviente de los poderes, guiará dulcemente a sus hijos por los caminos trazados. Cuanto más resueltamente optimista es una colectividad, más dócilmente aceptará esa tierna autoridad, más se transfigurará en ella la madre. La «Mom» americana se ha convertido en ese ídolo que describe Philipp Wyllie en Generation of Vipers, porque la ideología oficial de Norteamérica es el más obstinado de los optimismos. Glorificar a la madre es aceptar el nacimiento, la vida y la muerte bajo su forma animal y social al mismo tiempo; es proclamar la armonía de la Naturaleza y de la sociedad. Porque sueña con la realización de esta síntesis es por lo que Auguste Comte hace de la mujer la divinidad de la futura Humanidad. Mas también es por eso por lo que todos los rebeldes se encarnizan con la figura de la madre; al escarnecerla, rechazan el dato que pretenden imponerles a través de la guardiana de las costumbres y las leyes[74].

---

[74] Sería preciso citar aquí todo el poema de Michel Leiris intitulado *La mère*. He aquí algunos extractos característicos del mismo:

La madre en negro, malva, violeta, / ladrona de noches, / es la hechicera cuya secreta industria os pone en el mundo, la que os acuna, os mima, os amortaja, cuando no abandona / postrer juguete / en vuestras manos, que lo depositan dulcemente en el féretro, su cuerpo encogido. (...) La madre / estatua ciega, fatalidad erguida en el centro del santuario inviolado / es la naturaleza que os acaricia, el viento que os inciensa, el mundo que os penetra todo entero, os eleva al cielo (arrebatado sobre múltiples espirales) y os pudre. (...)

La madre / joven o vieja, bella o fea, misericordioso o terca / es la caricatura, el monstruo de la mujer celosa, el Prototipo fracasado, / tanto como la Idea (pitonisa marchita y encaramada en el trípode de su austera mayúscula) no es más que la parodia de los vivos, ligeros, tornasolados pensamientos... La madre / cadera rotunda o seca, seno temblequeante o firme / es el prometido declinar, desde el origen, a toda mujer, el desmenuzamiento progresivo de la roca chispeante bajo la oteada de menstruos, la lenta inhumación / bajo la arena del viejo desierto / de la caravana lujuriante y cargada de belleza.

La madre / ángel de la muerte que acecha, del universo que enlaza, del amor al que rechaza la ola del tiempo / es la concha de insensato grafismo (signo de un seguro veneno) que hay que arrojar a los profundos estanques, generadora de círculos para las aguas olvidadas.

La madre / charca sombría, eternamente de luto por todo y por nosotros mismos / es la pestilencia vaporosa que se irisa y revienta, hinchando pompa a pompa su enorme sombra bestial (vergüenza de carne y leche), rígido velo que un rayo aún no nacido debería desgarrar...¿Le pasará jamás por las mientes a una de esas inocentes marranas arrastrarse descalza a través de los siglos para hacerse perdonar el crimen de habernos parido?

El respeto que aureola a la Madre, las prohibiciones que la rodean, rechazan la hostil repugnancia que espontáneamente se mezcla con la ternura carnal que inspira. Sin embargo, el horror de la maternidad pervive bajo formas larvadas. En particular, es interesante observar que en Francia, desde la Edad Media, se ha forjado un mito secundario que permite a esas repugnancias expresarse libremente: es el mito de la Suegra. Desde los «fabliaux» hasta los «vaudevilles», es la maternidad en general lo que el hombre escarnece a través de la madre de su esposa, a la cual no defiende ningún tabú. Detesta que la mujer a quien ama haya sido engendrada: la suegra es la imagen evidente de la decrepitud a que ha condenado a su hija al darle el ser; su obesidad, sus arrugas, anuncian la obesidad y las arrugas prometidas a la joven casada, cuyo porvenir está así tristemente prefigurado; al lado de su madre, ya no aparece ella como individuo, sino como el momento de una especie; ya no es la presa deseada, la compañera amada, porque su existencia singular se disuelve en la vida universal. Su particularidad es irrisoriamente contestada por la generalidad, la autonomía del espíritu por su enraizamiento en el pasado y en la carne: esa irrisión es la que el hombre objetiva en un personaje grotesco; pero si hay tanto rencor en su risa es porque sabe muy bien que la suerte de su mujer es la de todo ser humano: es la suya. En todos los países, leyendas y cuentos han encarnado también en la segunda esposa el aspecto cruel de la maternidad. Es una madrastra la que busca la muerte de Blanca Nieves. En la suegra malvada -madame Fichini fustigando a Sophie a través de los libros de madame de Ségur- sobrevive la antigua Kali del collar de cabezas cortadas.

Sin embargo, detrás de la Madre santificada, se apretuja la cohorte de magas blancas que ponen al servicio del hombre los jugos de las hierbas y las radiaciones astrales: abuelas, viejas con ojos llenos de bondad, sirvientas de gran corazón, hermanas de la caridad, enfermeras de manos maravillosas, mujer amante como la sueña Verlaine:

Dulce, pensativa y morena y jamás extrañada,
y que a veces te besa como un niño en la frente;

se les presta el claro misterio de las cepas nudosas, del agua fresca; curan y sanan; su sabiduría es la silenciosa sabiduría de la vida, y comprenden sin palabras. A su lado, el hombre olvida todo orgullo; conoce la dulzura de abandonarse y de volver a ser niño, porque entre ellas y él no hay ninguna lucha de prestigio: no podría envidiar a la Naturaleza sus virtudes inhumanas; y, en su abnegación, las prudentes iniciadas que le cuidan se reconocen sus sirvientes; él se somete a su poder bienhechor, porque sabe que en esa sumisión sigue siendo su amo. Las hermanas, las amigas de la infancia, las puras muchachitas, todas las futuras madres, forman parte de esa bendita compañía. Y la esposa misma, una vez disipada su magia erótica, aparece a los ojos de muchos hombres menos como amante que como madre de sus hijos. Desde el día en que la madre ha sido santificada y sometida, se puede sin temor reencontrarla en la compañera, igualmente santificada Y sumisa. Rescatar a la madre es redimir la carne y, por tanto, la unión carnal y la esposa.

Privada de sus armas mágicas por los ritos nupciales, económica y socialmente subordinada a su marido, la «buena esposa» es para el hombre el más preciado tesoro. Le pertenece tan profundamente, que participa de la misma esencia que él: «Ubi tu Gaïus, ego Gaïa»; ella tiene su nombre, sus dioses, y él responde por ella: la llama su mitad. Se enorgullece de su mujer como de su casa, sus tierras, sus rebaños, sus riquezas, y, a veces, incluso más; a través de ella es como manifiesta su poder a los ojos del mundo: ella es su medida y su parte en la Tierra. Entre los orientales, la mujer debe ser gruesa: así se ve que está bien alimentada y hace honor a su dueño. Un musulmán es tanto más considerado cuanto mayor es el número de mujeres que posee y más floreciente es su aspecto. En la sociedad burguesa, uno de los papeles asignados a la mujer es el de representar: su belleza, su encanto, su inteligencia, su elegancia, son los signos exteriores de la fortuna del marido, con el mismo título que la carrocería de su automóvil. Rico, la cubre de pieles y alhajas. Más pobre, encomiará sus cualidades morales y su talento de ama de casa; el más desheredado, si ha conseguido una mujer que le sirva, cree poseer algo en la Tierra. Todo hombre resucita más o menos al rey Candaules: exhibe a su mujer, porque cree mostrar así sus propios méritos.

Pero la mujer no solo halaga la vanidad social del hombre; le permite también un orgullo más íntimo; le encanta el dominio que ejerce sobre ella; a las imágenes naturalistas de la reja del arado abriendo el surco, se superponen símbolos más espirituales cuando la mujer es una persona; no solo eróticamente, sino moral e intelectualmente, es como el marido «forma» a su esposa; la educa, la marca, le impone su impronta. Uno de los sueños en los que el hombre se complace es el de la impregnación de las cosas por su voluntad, el modelado de su forma, la penetración de su sustancia: la mujer es, por excelencia, la «pasta maleable» que se deja pasivamente amasar y moldear; al mismo tiempo que cede, resiste, lo cual permite que la acción masculina se perpetúe. Una materia demasiado plástica se anula por su docilidad; lo que hay de precioso en la mujer es que algo en ella

escapa indefinidamente a todo abrazo; así, el hombre es dueño de una realidad tanto más digna de ser dominada cuanto que le desborda. La mujer despierta en él a un ser ignorado que reconoce con orgullo como a sí mismo; en las sabias orgías conyugales, descubre el esplendor de su animalidad: él es el Macho; correlativamente, la mujer es la hembra, pero esta palabra adquiere en ocasión las más lisonjeras resonancias: la hembra que incuba, amamanta, lame a sus pequeños, los defiende, los salva con peligro de su propia vida, es un ejemplo para la Humanidad; con emoción, el hombre reclama de su compañera esa paciencia, esa abnegación; es todavía la Naturaleza, pero penetrada de todas las virtudes útiles a la sociedad, a la familia, al jefe de la familia, lo que este cree tener en su hogar. Uno de los deseos comunes al niño y al hombre es el de desvelar el secreto escondido en el interior de las cosas; desde ese punto de vista, la materia es decepcionante: una muñeca rota deja su vientre al exterior, ya no tiene interioridad; la intimidad viva es más impenetrable; el vientre femenino es el símbolo de la inmanencia, de la profundidad; en parte revela estos secretos, entre otros cuando el placer se inscribe en el rostro femenino; pero también los retiene; el hombre capta a domicilio las oscuras palpitaciones de la vida, sin que la posesión destruya su misterio. En el mundo humano, la mujer traspone las funciones de la hembra animal: conserva la vida, reina en las regiones de la inmanencia; transporta al hogar el calor y la intimidad de la matriz; ella es quien guarda y anima la morada donde se ha depositado el pasado, donde se prefigura el porvenir; engendra la generación futura y alimenta a los hijos ya nacidos; gracias a ella, la existencia que el hombre consume a través del mundo en el trabajo y la acción, se reúne al volver a sumergirse en su inmanencia: cuando el hombre regresa por la tarde a su casa, ya está anclado en la tierra; gracias a la mujer, está asegurada la continuidad de los días; cualesquiera que sean los azares que afronte en el mundo exterior, ella garantiza la repetición de las comidas, del sueño; ella repara todo cuanto la actividad destruye o gasta: prepara los alimentos del trabajador fatigado, le cuida si está enfermo, remienda, lava. Y en el universo conyugal que ella constituye y perpetúa, introduce todo un vasto mundo: enciende el fuego, pone flores en la casa, domina los efluvios del sol, del agua, de la tierra. Un escritor burgués citado por Bebel resume así seriamente este ideal: «El hombre quiere alguien cuyo corazón palpite por él, cuya mano le enjugue la frente, que haga irradiar paz, orden y tranquilidad, que ejerza una silenciosa autoridad sobre él mismo y sobre las cosas que encuentra todos los días al entrar en su casa; quiere alguien que difunda sobre todas las cosas ese indefinible perfume de mujer que es el calor vivificante de la vida en el hogar.»

Ya se ve cuánto se ha espiritualizado la figura femenina desde la aparición del cristianismo; la bondad, el calor, la intimidad que el hombre desea captar a través de ella han dejado de ser cualidades sensibles; en lugar de resumir la sabrosa apariencia de las cosas, se convierte en su alma; más profunda que el misterio carnal, anida en su corazón una secreta y pura presencia en la cual se refleja la verdad del mundo. Ella es el alma de la casa, de la familia, del hogar. Es también el alma de las colectividades más vastas: ciudad, provincia o nación. Jung hace notar que las ciudades siempre han sido asimiladas a la Madre por el hecho de que contienen en su seno a los ciudadanos: por esa razón Cibeles aparece coronada de torres; por el mismo motivo se habla de la «madre patria»; pero no es solo el suelo nutricio, sino una realidad más sutil la que halla en la mujer su símbolo.

En el Antiguo Testamento y en el Apocalipsis, Jerusalén y Babilonia no son exclusivamente madres: son también esposas. Hay ciudades vírgenes y ciudades prostitutas, como Babel y Tiro. También se ha llamado a Francia la «hija mayor» de la Iglesia; Francia e Italia son hermanas latinas. En las estatuas que representan a Francia, Roma, Germania, y en las que, en la plaza de la Concordia, evocan a Estrasburgo y Lyon, no está especificada la función de la mujer, sino solo su feminidad. Esta asimilación no es exclusivamente alegórica: multitud de hombres la realizan afectivamente[75].

Es un hecho frecuente que el viajero pida a la mujer la clave de las regiones que visita: cuando tiene entre sus brazos a una italiana o una española, se le antoja poseer la sabrosa esencia de Italia o de España. «Cuando llego a una nueva ciudad, siempre empiezo por ir al burdel», decía un periodista. Si un espeso chocolate puede descubrirle a Gide toda España, con mayor razón los besos de una boca exótica entregarán al amante un país con su flora, su fauna, sus tradiciones, su cultura. La mujer no resume sus instituciones políticas ni sus riquezas económicas; pero encarna a la vez su pulpa carnal y su maná místico. De la Graziella de Lamartine a las novelas de Loti y las novelas cortas de Morand, es a través de las mujeres como se ve al extranjero tratar de apropiarse el alma de una región. Mignon, Sylvie, Mireille, Colomba, Carmen desvelan la verdad más íntima de Italia, del Valais, de la

---

75 Es alegórica en el vergonzoso poema que Claudel acaba de consumar en el que llama a Indochina «Esa mujer amarilla»; es afectiva, por el contrario, en los versos del poeta negro:
El alma del negro país donde duermen los ancianos
vive y habla
esta noche
en la fuerza inquieta a lo largo de tus riñones huecos

Provenza, de Córcega, de Andalucía. El que Goethe se hiciese amar por la alsaciana Federica les ha parecido a los alemanes un símbolo de la anexión de Alsacia por Alemania, y, recíprocamente, cuando Colette Baudoche rehusa desposarse con un alemán, a los ojos de Barrès es Alsacia la que se niega a Alemania; simboliza a Aigues-Mortes y a toda una civilización refinada y friolera en la personilla de Bérénice, que representa también la sensibilidad del propio escritor. Porque en la que es el alma de la Naturaleza, de las ciudades, del Universo, el hombre reconoce también a su misterioso doble; el alma del hombre es Psique, una mujer.

Psique tiene rasgos femeninos en Ulalume, de Edgar A. Poe: «Aquí, una vez, a lo largo de una titánica avenida de cipreses, erraba yo con mi alma / una avenida de cipreses con Psique, mi alma... Así pacifiqué yo a Psique y la besé... y le dije: Dulce hermana, ¿qué hay, escrito sobre la puerta?»

Y Mallarmé, dialogando en el teatro con «un alma, o bien nuestra idea» (a saber, la divinidad presente en el espíritu del hombre), la llama «una tan exquisita dama anormal (sic)»[76].

Y Valéry la interpela así:
Armonioso yo diferente de un sueño.
¡Mujer flexible y firme de continuados silencios
y actos puros!...
Misterioso yo...

Las ninfas y las hadas las ha sustituido el mundo cristiano por presencias menos carnales; pero los hogares, los paisajes, las ciudades y los mismos individuos siguen estando poblados por una impalpable feminidad.

Esta verdad sepultada en la noche de las cosas resplandece también en el cielo; inmanencia perfecta, el Alma es, al mismo tiempo, lo trascendente, la Idea. No solamente las ciudades y las naciones, sino entidades, instituciones abstractas, revisten rasgos femeninos: la Iglesia, la Sinagoga, la República, la Humanidad, son mujeres, y también la Paz, la Guerra, la Libertad, la Revolución, la Victoria. El ideal que el hombre se propone como lo Otro esencial, él lo feminiza, porque la mujer es la figura sensible de la alteridad; por eso casi todas las alegorías, tanto en el lenguaje como en la iconografía, son mujeres[77]. Alma e Idea, la mujer es también mediadora entre una y otra: ella es la Gracia que conduce al cristiano hacia Dios, y Beatriz guiando a Dante en el más allá, y Laura llamando a Petrarca hacia las altas cumbres de la poesía. En todas las doctrinas que asimilan la Naturaleza al Espíritu, ella aparece como Armonía, Razón, Verdad. Las sectas gnósticas habían hecho de la Sabiduría una mujer: Sofía; le atribuían la redención del mundo y hasta su creación. Entonces la mujer ya no es carne, sino cuerpo glorioso; ya no se pretende poseerla, se la venera en su esplendor intocado; las pálidas muertas de Edgar A. Poe son fluidas como el agua, como el viento, como el recuerdo; para el amor cortés, para los «preciosos» y para toda la tradición galante, la mujer ya no es una criatura animal, sino un ser etéreo, un soplo, una luz. Así se convierte en transparencia la opacidad de la Noche femenina, en pureza la negrura, como en estos textos de Novalis:

«Éxtasis nocturnal, sueño celeste, tú descendiste hacia mí; el paisaje se elevó suavemente, y, por encima del paisaje, mi espíritu planeó liberado, regenerado. El texto hízose nube, y a través de ella percibí los rasgos transfigurados de la Bien Amada.

¿Te somos, pues, agradables, también a ti, noche sombría?... Fluye de tus manos un bálsamo precioso; de tu haz desciende un rayo luminoso. Tú retienes las pesadas alas del alma. Nos embarga una emoción oscura e indecible: veo un semblante grave, gozosamente asustado, que se inclina hacia mí, y reconozco bajo los bucles enlazados la querida juventud de la Madre... Más celestes que esas estrellas centelleantes nos parecen los ojos infinitos que la Noche ha abierto en nosotros.»

La atracción descendente ejercida por la Mujer se ha invertido; ya no llama al hombre hacia el corazón de la tierra, sino hacia el cielo.

El Eterno Femenino
nos atrae hacia lo alto,

proclama Goethe al final del Segundo Fausto.

[76] Crayonné au théâtre.
[77] La filología se muestra respecto a esta cuestión un tanto misteriosa; todos los lingüistas están de acuerdo en reconocer que la distribución de las palabras concretas en géneros es puramente accidental. En francés, sin embargo, la mayoría de las entidades pertenecen al género femenino: belleza, lealtad, etc. Y en alemán, la mayoría de las palabras importadas, extrañas, *otras*, son también femeninas: d*ie Bar*, etc.

Puesto que la Virgen María es la imagen más acabada, más generalmente venerada de la mujer regenerada y consagrada al Bien, resulta interesante ver cómo aparece a través de la literatura y la iconografía. He aquí un extracto de las letanías que le dirigía en la Edad Media la cristiandad enfervorizada:

... Virgen Excelsa, eres Rocío fecundo, Fuente de Gozo.
Canal de misericordias, Pozo de aguas vivas que extinguen
nuestros ardores.
Eres la Mama con que Dios amamanta a los huérfanos...
Eres la Médula, la Miga, el Núcleo de todos los bienes.
Eres la Mujer sin malicia, cuyo amor jamás cambia...
Eres la Piscina probática, el Remedio de las vidas leprosas, la
Médica sutil, cuyo par no se encuentra ni en Salerno ni en
Montpellier...

Eres la Dama de manos curativas, cuyos dedos, tan bellos,
tan blancos, tan largos, restauran narices y bocas,
renuevan ojos y orejas. Apaciguas a los ardientes, reanimas
a los paralíticos, corriges a los timoratos, resucitas
a los muertos.

En tales invocaciones se halla la mayor parte de los atributos femeninos que ya hemos indicado. La virgen es fecundidad, rocío, fuente de vida; muchas imágenes la representan como pozo, manantial, fuente; la expresión «fuente de vida» es una de las más difundidas; no es creadora, pero fertiliza, hace surgir a la superficie lo que estaba escondido en la tierra. Es la profunda realidad encerrada como un germen bajo la apariencia de las cosas: el Núcleo, la Médula. Por ella se apaciguan los deseos: ella es lo que le ha sido dado al hombre para saciarlo. Dondequiera que la vida esté amenazada, ella la salva y la restaura: cura y fortifica.

Y como la vida emana de Dios, siendo intermediaria entre la vida y el hombre, es también trujamán entre la Humanidad y Dios. «Puerta del diablo», decía Tertuliano. Pero, transfigurada, es puerta del cielo; algunos cuadros la representan en el acto de abrir una puerta o una ventana que da al paraíso, o bien alzando una escala entre la Tierra y el firmamento. Más claramente, hela abogada, postulando cerca de su Hijo por la salvación de los hombres: multitud de cuadros del Juicio Final muestran a la Virgen descubriendo sus senos y suplicando a Cristo en nombre de su gloriosa maternidad. Protege entre los pliegues de su manto a los hijos de los hombres; su amor misericordioso los sigue a través de los océanos, los campos de batalla, de todos los peligros. En nombre de la caridad, doblega la Justicia divina: se ven «Vírgenes con balanza» que, sonriendo, hacen inclinarse del lado del Bien el platillo donde se pesan las almas.

Este papel misericordioso y tierno es uno de los más importantes de todos cuantos han sido reservados a la mujer. Incluso integrada en la sociedad, la mujer desborda sutilmente sus fronteras, porque posee la insidiosa generosidad de la Vida. Es esta distancia entre las construcciones queridas por los varones y la contingencia de la Naturaleza lo que parece inquietante en ciertos casos: pero se hace benéfica cuando la mujer, demasiado dócil para amenazar la obra de los hombres, se limita a enriquecerla y suavizar las líneas demasiado acusadas. Los dioses masculinos representan al Destino; por parte de las diosas, hallamos una benevolencia arbitraria, un favor caprichoso. El Dios cristiano tiene los rigores de la Justicia; la Virgen tiene la dulzura de la Caridad. En la Tierra, los hombres son defensores de las leyes, de la razón, de la necesidad; la mujer conoce la contingencia original del hombre mismo y de esa necesidad en la cual cree; de ahí proviene la misteriosa ironía que florece en sus labios y su generosa flexibilidad. Ha parido en el dolor, ha curado las heridas de los varones, amamanta al recién nacido y amortaja a los muertos; conoce del hombre todo cuanto veja su orgullo y humilla su voluntad. Mientras se inclina ante él, sometiendo la carne al espíritu, se mantiene en las fronteras carnales del espíritu; y pone en tela de juicio la seriedad de las duras arquitecturas masculinas: suaviza sus aristas introduciendo en ellas un lujo gratuito, una gracia imprevista. Su poder sobre los hombres proviene de que los llama tiernamente a una conciencia modesta de su auténtica condición; ese es el secreto de su sabiduría desengañada, dolorosa, irónica y amante. Hasta la frivolidad, el capricho y la ignorancia son en ella virtudes encantadoras, porque florecen más acá y más allá del mundo en que el hombre ha elegido vivir, pero donde no le gusta sentirse encerrado. Frente a significaciones estancadas, a instrumentos conformados para fines útiles, ella levanta el misterio de las cosas intactas; ha hecho pasar por las calles de las ciudades y por los campos cultivados el soplo de la poesía. La poesía pretende captar lo que existe más allá de la prosa cotidiana: la mujer es una realidad eminentemente poética, puesto que en ella el hombre

proyecta todo cuanto no decide ser. Ella encarna el Sueño; el sueño es para el hombre la presencia más íntima N, la más extraña, lo que no quiere, lo que no hace, a lo que aspira y lo que no podrá alcanzar; lo Otro misterioso, que es la profunda inmanencia y la lejana trascendencia, le prestará sus rasgos. Es así como Aurelia visita en sueños a Nerval y le entrega el mundo entero bajo la figura del sueño: «Se puso a crecer bajo un claro rayo de luz de tal suerte, que, poco a poco, el jardín fue tomando forma, y los arriates y los árboles convertíanse en los rosetones y festones de su vestido, mientras su figura y sus brazos imprimían sus contornos a las purpúreas nubes del cielo. Yo la perdía de vista a medida que se transfiguraba, porque parecía desvanecerse en su propia grandeza. «¡Oh, no me huyas! -exclamé-; porque la Naturaleza muere contigo.»

Siendo la mujer la sustancia misma de las actividades poéticas del hombre, se comprende que aparezca como su inspiradora: las Musas son mujeres. La Musa es mediadora entre el creador y las fuentes naturales donde debe beber. A través de la mujer, cuyo espíritu está profundamente comprometido en la Naturaleza, el hombre sondeará los abismos del silencio y de la noche fecunda. La Musa no crea nada por sí misma; es una Sibila que ha adquirido sabiduría y se ha hecho dócilmente sirvienta de un amo. Hasta en los dominios concretos y prácticos serán útiles sus consejos. El hombre quiere alcanzar, sin ayuda de sus semejantes, los fines que se inventa; y, a menudo, el parecer de otro hombre le resultaría importuno; sin embargo, se imagina que la mujer le habla en nombre de otros valores, en nombre de una sabiduría que él no pretende poseer, más instintiva que la suya, más inmediatamente acordada con lo real; son «intuiciones» lo que Egeria entrega al consultante; la interroga sin amor propio, como interrogaría a los astros. Esta «institución» se introduce hasta en los negocios o en la política: Aspasia y madame de Maintenon todavía hacen hoy carreras florecientes[78].

Hay otra función que el hombre confía de buen grado a la mujer: siendo objeto de las actividades de los hombres y fuente de sus decisiones, aparece al mismo tiempo como medida de los valores. Se revela como un juez privilegiado. No es solo para poseerlo por lo que el hombre sueña con un Otro, sino también para ser confirmado por él; ser confirmado por hombres, que son sus semejantes, exige de él una tensión constante: por ello desea que una mirada venida de fuera confiera a su vida, a sus empresas, a él mismo, un valor absoluto. La mirada de Dios es una mirada oculta, extraña, inquietante: incluso en las épocas de fe, solo algunos místicos se sentían abrasados por ella. Ese papel divino es el que con frecuencia se ha asignado a la mujer. Próxima al hombre, dominada por él, no plantea valores que le sean extraños; y, sin embargo, como ella es otro, permanece exterior al mundo de los hombres y, por tanto, es capaz de captarlo con objetividad. Es ella quien en cada caso singular denunciará la presencia o la ausencia del valor, de la fuerza, de la belleza, confirmando desde fuera su precio universal. Los hombres están demasiado ocupados con sus relaciones de cooperación y de lucha para constituir un público los unos de los otros: no se contemplan. La mujer está al margen de sus actividades, no toma parte en las justas y combates: toda su situación la destina a representar ese papel de mirada. El caballero combate en el torneo por su dama; lo que los poetas tratan de obtener es el sufragio de las mujeres. Cuando Rastignac quiere conquistar París, en lo primero que piensa es en tener mujeres, menos para poseerlas en sus cuerpos que para gozar de esa reputación que únicamente ellas son capaces de crearle a un hombre. Balzac ha proyectado en sus jóvenes héroes la historia de su propia juventud: él empezó a formarse junto a queridas mayores que él; y no solo en Le Lys dans la vallée representa la mujer ese papel de educadora, sino que es también el que se le asigna en L'éducation sentimentale, en las novelas de Stendhal y en multitud de otras novelas de aprendizaje. Ya hemos visto que la mujer es a la vez physis y antiphysis: tanto como a la Naturaleza, encarna a la Sociedad; en ella se resume la civilización de una época, su cultura, como se ve en los poemas cortesanos, en el Decamerón, en L'Astrée, ella lanza modas, reina en los salones, dirige y refleja la opinión. La celebridad, la gloria, son mujeres. «La multitud es mujer», decía Mallarmé. Cerca de las mujeres, el joven se inicia en el «mundo» y en esta realidad compleja que llamamos «vida». Ella es uno de los fines privilegiados que persiguen el héroe, el aventurero, el individualista. En la Antigüedad vemos a Perseo liberar a Andrómeda, a Orfeo buscar a Eurídice en los infiernos y a Troya combatir para conservar a la bella Helena. Los libros de caballerías apenas conocen otras proezas que la liberación de princesas cautivas. ¿Qué haría el Príncipe Azul si no despertase a la Bella Durmiente del Bosque, si no colmase con sus dones a Piel de Asno? El mito del rey desposando a una pastora lisonjea al hombre tanto como a la mujer. El hombre rico necesita dar, porque de lo contrario su riqueza inútil es una riqueza abstracta: necesita tener enfrente alguien a quien dar. El mito de Cenicienta, que Philipp Wyllie ha descrito con complacencia en Generation of Vipers, florece sobre todo en los países prósperos; tiene más fuerza en Norteamérica que en cualquier otro lugar, porque a los hombres les embarazan allí más sus riquezas: ese dinero para ganar el cual han empleado toda su vida, ¿cómo lo gastarían si no lo dedicasen a una mujer? Orson Welles, entre otros, ha encarnado en Ciudadano Kane al imperialismo de esa falsa generosidad: para

[78] Ni que decir tiene que, en verdad, manifiestan cualidades intelectuales completamente idénticas a las de los hombres.

afirmar su propio poder, Kane opta por aplastar con sus dones a una oscura cantante e imponerla al público como una gran actriz; también en Francia podrían citarse multitud de ciudadanos Kane, en pequeña escala. En esa otra película titulada El filo de la navaja, cuando el héroe regresa de la India provisto de la sabiduría absoluta, el único uso que puede hacer de ella consiste en redimir a una prostituta. Está claro que, al soñarse así como donante, liberador, redentor, el hombre desea todavía la sumisión de la mujer; porque para despertar a la Bella Durmiente del Bosque es preciso que duerma; hacen falta ogros y dragones para que haya princesas cautivas. Sin embargo, cuanto mayor es el gusto del hombre por las empresas difíciles, con mayor placer concederá la independencia a la mujer. Vencer es todavía más fascinante que liberar o dar. El ideal del hombre medio occidental es una mujer que sufra libremente su dominación, que no acepte sus ideas sin discusión, pero que ceda ante sus razones, que le resista con inteligencia para terminar dejándose convencer. Cuanto más se exalta su orgullo, más le agrada que la aventura sea peligrosa: resulta más hermoso domeñar a Pentesilea que desposarse con una Cenicienta consentidora. «El guerrero ama el peligro y el juego -dice Nietzsche-, y por eso ama a la mujer, que es el juego más peligroso.» El hombre que ama el peligro y el juego ve sin desagrado que la mujer se torne amazona, si mantiene la esperanza de reducirla[79]: lo que su corazón exige es que esa lucha siga siendo para él un juego, mientras que la mujer empeña en la misma su destino; esa es la verdadera victoria del hombre, libertador y conquistador: que la mujer le reconozca libremente como su destino.

Así, la expresión «tener una mujer» encubre un doble sentido: las funciones de objeto y de juez no están disociadas. Desde el momento en que a la mujer se la considera una persona, no se la puede conquistar sin su consentimiento; hay que ganarla. Es la sonrisa de la Bella Durmiente del Bosque la que colma de dicha al Príncipe Azul; son las lágrimas de felicidad y gratitud de las princesas cautivas las que dan su verdad a la proeza del caballero. Inversamente, su mirada no tiene la severidad abstracta de una mirada masculina, se deja encantar. Así, el heroísmo y la poesía son modos de seducción; pero, al dejarse seducir, la mujer exalta el heroísmo y la poesía. A los ojos del individualista, ejerce ella un privilegio aún más esencial: se le aparece, no como la medida de valores universalmente reconocidos, sino como la revelación de sus méritos singulares y de su mismo ser. A un hombre lo juzgan sus semejantes de acuerdo con lo que hace, en su objetividad y según medidas generales. Pero algunas de sus cualidades y, entre otras, sus cualidades vitales, no pueden interesar más que a la mujer; no es viril, encantador, seductor, tierno, cruel, sino en función de ella; si es a estas secretísimas virtudes a las que concede valor, tiene de ella una necesidad absoluta; por ella conocerá el milagro de aparecerse a sí mismo como si fuese otro, un otro que es también su yo más profundo. Hay un texto de Malraux que expresa admirablemente lo que el individualista espera de la mujer amada. Kyo se pregunta: «Uno oye la voz de los otros con los oídos; la suya propia la oye con la garganta. Sí. También su vida la oye con la garganta ... ¿Y la de los demás?... Para los demás, soy lo que he hecho ... Únicamente para May no era lo que había hecho; solo para él era ella algo enteramente distinto de su biografía. La ayuda del abrazo por medio del cual mantiene el amor a los seres pegados uno contra otro frente a la soledad, no se la prestaba ella al hombre, sino al loco, al monstruo incomparable, preferible a todo cuanto todo ser es para sí mismo y que él acaricia en el fondo de su corazón. Desde que murió su madre, May era el único ser para quien él no era Kyo Gisors, sino la más estrecha complicidad... Los hombres no son mis semejantes, ellos son quienes me miran y me juzgan; mis semejantes son quienes me aman y no me miran, los que me aman contra todo, los que me aman contra el fracaso, contra la bajeza, contra la traición, los que me aman a mí y no a lo que he hecho o haré, los que me amarán mientras me ame a mí mismo, comprendido hasta el suicidio»[80]. Lo que hace humana y conmovedora la actitud de Kyo es que implica reciprocidad y pide de May que le ame en su autenticidad, no que le devuelva un reflejo complaciente de sí mismo. En muchos hombres, esta exigencia se degrada: en lugar de una revelación exacta, buscan en el fondo de dos ojos vivaces su imagen nimbada de admiración y de gratitud, divinizada. Si tan frecuentemente se ha comparado a la mujer con el agua, es porque, entre otras cosas, ella es el espejo donde se contempla el Narciso masculino: se inclina sobre ella con buena o con mala fe. Pero lo que en todo caso le pide es que sea fuera de él todo cuanto no puede él aprehender en sí mismo, porque la interioridad de lo existente no es más que la nada, y porque, para alcanzarse, necesita proyectarse en un objeto. La mujer es para él la suprema recompensa, puesto que ella, bajo una forma extraña que puede él poseer en su carne, es su propia apoteosis. Es a ese «monstruo incomparable», a sí mismo, a quien estrecha entre sus brazos, cuando abraza al ser que resume para él al Mundo y a quien ha impuesto sus valores y sus leyes. Al unirse entonces a ese otro a quien ha hecho suyo, espera alcanzarse a sí mismo. Tesoro, presa, juego y riesgo, musa, guía, juez, mediadora y espejo, la mujer es lo Otro en lo que el sujeto se supera sin limitarse y que se opone a él sin negarlo; ella es lo Otro que se deja anexionar sin cesar de ser lo Otro. De ahí que sea tan

[79] Las novelas policíacas americanas -o escritas al modo americano- son notable ejemplo de ello. Los héroes de Peter Cheyney, entre otros, siempre están enzarzados con una mujer extremadamente peligrosa, indomable para otros que no sean ellos: tras un duelo que se desarrolla a lo largo de toda la novela, resulta finalmente vencida por Campion o Callagham, y cae en sus brazos.
[80] La condición humana.

necesaria para la dicha del hombre y para su triunfo, que puede decirse que, si no existiese, los hombres la habrían inventado.

Y la han inventado[81]. Pero también existe sin su invención. Por eso, al mismo tiempo que la encarnación de su sueño, ella es su fracaso. No existe una sola de las figuras de la mujer que no engendre inmediatamente su figura inversa: ella es la Vida y la Muerte, la Naturaleza y el Artificio, la Luz y la Noche. Bajo cualquier aspecto que la consideremos, hallamos siempre la misma oscilación por el hecho de que lo inesencial retorna necesariamente a lo esencial. En las figuras de la Virgen María y de Beatriz subsisten Eva y Circe.

«Por la mujer -escribe Kierkegaard- entre la idealidad en la vida, y, sin ella, ¿qué sería del hombre? Muchos hombres se han convertido en genios gracias a una joven... Pero ninguno de ellos se convirtió en genio gracias a la joven cuya mano obtuvo...»

«En el contexto de una relación negativa es como la mujer hace al hombre productivo en la idealidad... Unas relaciones negativas con la mujer pueden hacernos infinitos... Unas relaciones positivas con la mujer hacen al hombre finito en las más vastas proporciones»[82]. Es decir, que la mujer resulta necesaria en la medida en que subsiste como Idea en la que el hombre proyecta su propia trascendencia, pero es nefasta en tanto que realidad objetiva, existiendo para sí y limitada a sí misma. Al negarse a desposar a su prometida es cuando Kierkegaard estima haber establecido con la mujer la única relación válida. Y tiene razón en el sentido de que el mito de la mujer planteada como un Otro infinito entraña inmediatamente su contrario.

Porque es un falso Infinito, un Ideal sin verdad, la mujer se descubre como finitud y mediocridad y, al mismo tiempo, como mentira. Es así como aparece en Laforgue; en toda su obra, este expresa su rencor contra una mistificación de la que hace tan responsable al hombre como a la mujer. Ofelia y Salomé no son de hecho más que «insignificantes mujeres». Hamlet piensa: «Es así como Ofelia me hubiese amado, como su "bien" y porque social y moralmente era yo superior a los bienes de sus amigas. Y las frasecitas que se le escapaban a la hora en que se encienden las lámparas respecto al bienestar y las comodidades.» La mujer hace soñar al hombre; sin embargo, piensa en sus comodidades, en sus ollas; le hablan de su alma, cuando no es más que un cuerpo. Y, creyendo perseguir el Ideal, el amante es un juguete de la Naturaleza, que utiliza todas sus místicas con fines de reproducción. En verdad, ella representa lo cotidiano de la existencia; es bobería, prudencia, mezquindad, aburrimiento. Es lo que expresa, entre otras cosas, el poema intitulado «Nuestra compañerita»:

> ...Tengo el arte de todas las escuelas.
> Tengo almas para todos los gustos.
> Coged la flor de mis rostros,
> bebed mi boca y no mi voz,
> y no busquéis nada más:
> nadie vio claro allí, ni siquiera yo.
> Nuestros amores no son iguales
> para que os tienda la mano.
> ¡No sois más que varones ingenuos
> y yo soy el Eterno Femenino!
> ¡Mi Designio se pierde en las Estrellas!
> ¡Yo, yo soy la Gran Isis!
> Nadie me ha levantado el velo.
> No penséis sino en mis oasis...

El hombre ha logrado sojuzgar a la mujer, pero en esa medida la ha despojado de lo que hacía deseable su posesión. Integrada en la familia y la sociedad, la magia de la mujer más se disipa que se transfigura; reducida a la condición de sirviente, ya no es esa presa indomada en la cual se encarnaban todos los tesoros de la Naturaleza. Desde el nacimiento del amor cortesano, ya es un lugar común lo de que el matrimonio mata al amor. Demasiado despreciada o demasiado respetada, demasiado cotidiana, la esposa ya no es un objeto erótico. Los ritos del matrimonio están primitivamente destinados a defender al hombre contra la mujer; esta se convierte en su propiedad: pero todo lo que poseemos nos posee a su vez; también el matrimonio es para el hombre una servidumbre; entonces es cuando cae en la trampa tendida por la Naturaleza: por haber deseado una joven lozana, el varón debe alimentar durante toda su vida a una gorda matrona, a una vieja reseca;

[81] «El hombre ha creado a la mujer, pero ¿con qué? Con una costilla de su dios, de su ideal», (NIETZSCHE: El crepúsculo de los ídolos).
[82] In vino veritas

la delicada joya destinada a embellecer su existencia se convierte en un fardo odioso: Jantipa es uno de los tipos femeninos de quienes los hombres han hablado siempre con más horror[83]. Pero, incluso cuando la mujer es joven, hay en el matrimonio una mistificación, puesto que, pretendiendo socializar el erotismo, no ha conseguido sino matarlo. Y es que el erotismo implica una reivindicación del instante contra el tiempo, del individuo contra la colectividad; afirma la separación contra la comunicación; es rebelde a toda reglamentación; contiene un principio hostil a la sociedad. Jamás las costumbres se han plegado al rigor de las instituciones y las leyes: el amor se ha afirmado contra ellas en todos los tiempos. Bajo su figura sensual, se dirige en Grecia y en Roma a los jóvenes o a las cortesanas; carnal y platónico a la vez, el amor cortesano está siempre destinado a la esposa de otro. Tristán es la epopeya del adulterio. La época que vuelve a crear, alrededor de 1900, el mito de la mujer, es aquella en que el adulterio se convierte en tema de toda la literatura. Ciertos escritores, como Bernstein, en una suprema defensa de las instituciones burguesas, se esfuerzan por reintegrar al matrimonio el erotismo y el amor; pero hay más verdad en Amoureuse, de Porto-Riche, que muestra la incompatibilidad de estos dos órdenes de valores. El adulterio no puede desaparecer sino con el matrimonio mismo. Porque el fin del matrimonio consiste, en cierto modo, en inmunizar al hombre contra su mujer: pero las demás mujeres conservan a sus ojos su vertiginoso atractivo, y hacia ellas se volverá. Las mujeres se hacen cómplices. Porque se rebelan contra un orden que pretende privarlas de todas sus armas. Para arrebatar la mujer a la Naturaleza, para someterla al hombre mediante ceremonias y contratos, se la ha elevado a la dignidad de persona humana, se la ha dotado de libertad. Pero la libertad es precisamente lo que escapa a toda servidumbre; y, si se la pone de acuerdo con un ser originariamente habitado por potencias maléficas, se hace peligrosa. Y se hace tanto más cuanto que en el hombre se ha detenido en las medidas a medias; no ha aceptado a la mujer en el mundo masculino sino convirtiéndola en sirviente, en la frustración de su trascendencia; la libertad de que la han dotado no podría tener otro uso que no fuese negativo; ella se dedica a negarse. La mujer solo se ha hecho libre al hacerse cautiva; renuncia a ese privilegio humano para reencontrar su poder de objeto natural. Durante el día, representa pérfidamente su papel de sirviente dócil; pero llegada la noche se convierte en gata, en cierva; vuelve a deslizarse en su piel de sirena, o bien, cabalgando sobre una escoba, vuela hacia rondas satánicas. A veces ejerce su magia nocturna sobre su propio marido; pero es más prudente disimular sus metamorfosis a los ojos de su dueño; es a extraños a quienes elige como presa; estos no tienen ningún derecho sobre ella, y ella sigue siendo para ellos planta, fuente, estrella, hechicera. Hela ahí, pues, destinada a la infidelidad: es el único semblante concreto que puede revestir su libertad. Es infiel más allá incluso de sus deseos, sus pensamientos, su conciencia; por el hecho de que se la mire como a un objeto, es ofrecida a toda subjetividad que opte por adueñarse de ella; encerrada en el harén, oculta bajo sus velos, todavía no se tiene la seguridad de que no inspire deseo a nadie: inspirar deseo a un extraño ya es faltar al esposo y a la sociedad. Pero, además, a menudo ella se hace cómplice de esa fatalidad; únicamente a través del adulterio y la mentira puede demostrar que no es la cosa de nadie y desmentir las pretensiones del varón. Por eso están tan prontos a despertarse los celos del hombre; se ve en las leyendas que puede sospecharse sin razón de la mujer, y condenarla a la menor sospecha, como a Genoveva de Brabante y a Desdémona; aun antes de toda sospecha, Grisélidis es sometida a las más duras pruebas; este cuento sería absurdo si la mujer no fuese sospechosa por anticipado; no es necesario demostrar sus culpas: es a ella a quien corresponde demostrar su inocencia. También por esa razón los celos pueden ser insaciables; ya se ha dicho que la posesión jamás puede ser positivamente realizada; aun prohibiendo a todos los demás beber en ella, tampoco se posee plenamente la fuente en la que uno bebe, y el celoso lo sabe muy bien. Por esencia, la mujer es inconstante, igual que es fluida el agua; y ninguna fuerza humana puede contradecir una verdad natural. A través de todas las literaturas, tanto en Las mil y una noches como en el Decamerón, se asiste al triunfo de la astucia de la mujer sobre la prudencia del hombre. Y, sin embargo, el hombre no es carcelero solo por voluntad individualista: es la sociedad la que, en tanto que padre, hermano o esposo, le hace responsable de la conducta de la mujer. La castidad le es impuesta por razones económicas y religiosas, pues cada ciudadano debe ser autentificado como hijo de su propio padre. Pero también es muy importante obligar a la mujer a coincidir exactamente con el papel que la sociedad le ha asignado. Hay una doble exigencia del hombre que destina a la mujer a la duplicidad: quiere que la mujer sea suya y que permanezca extraña; la sueña sirviente y hechicera a la vez. Pero públicamente solo asume el primero de estos deseos; el otro es una reivindicación hipócrita que disimula en lo más recóndito de su corazón y su carne; ella se opone a la moral y a la sociedad; es mala como lo Otro, como la Naturaleza rebelde, como la «mala mujer». El hombre no se dedica íntegramente al Bien que él construye y pretende imponer; conserva vergonzosas inteligencias con el Mal. Pero dondequiera que este ose mostrar imprudentemente el rostro, el hombre entra en guerra con él. En las tinieblas de la noche, el hombre invita al pecado a la mujer. Pero, en pleno día, repudia al pecado y a la pecadora. Y las mujeres, pecadoras ellas mismas en el misterio del lecho, no rinden por ello menos apasionadamente culto público a la virtud. Así como entre los primitivos el sexo

[83] Ya se ha visto que, en Grecia y durante la Edad Media, era tema de muchas lamentaciones.

masculino es laico, mientras el de la mujer está cargado de virtudes religiosas y mágicas, así también la falta del hombre en las sociedades más modernas no es más que una cana al aire sin ninguna gravedad; a menudo se la considera con indulgencia; aunque desobedezca las leyes de la comunidad, el hombre continúa perteneciéndole; no es más que un niño terrible que no amenaza profundamente el orden colectivo. Por el contrario, si la mujer se evade de la sociedad, retorna a la Naturaleza y al demonio, desencadena en el seno de la colectividad fuerzas incontrolables y malignas. A la censura que inspira una conducta desvergonzada, siempre se mezcla el miedo. Si el marido no consigue mantener a su mujer en la virtud, entonces participa de su falta; su desgracia es a los ojos de la sociedad un deshonor; hay civilizaciones tan severas, que el marido tendrá que matar a la criminal para no solidarizarse con el crimen. En otras, se castigará al esposo complaciente con alguna cencerrada o paseándole desnudo sobre un asno. Y la comunidad se encargará de castigar por él a la culpable: porque no ha sido solamente a él a quien ha ofendido, sino a toda la colectividad. Tales costumbres han existido con particular aspereza en la España supersticiosa y mística, sensual y aterrorizada por la carne. Calderón, García Lorca y Valle-Inclán han hecho de ellas el tema de multitud de dramas. En La casa de Bernarda Alba, las comadres del pueblo quieren castigar a la muchacha seducida quemándola con un carbón encendido «en el lugar de su pecado». En Divinas Palabras, de Valle-Inclán, la mujer adúltera aparece como una bruja que danza con el demonio; descubierta su falta, todo el pueblo se congrega para arrancarle las ropas y luego ahorcarla. Numerosas tradiciones informan que así desnudaban a la pecadora; después la lapidaban, como señala el Evangelio, la enterraban viva, la ahogaban, la quemaban. El sentido de tales suplicios radica en que así la devolvían a la Naturaleza, tras haberla despojado de su dignidad social; por su pecado, la adúltera había desencadenado malignos efluvios naturales: la expiación iba acompañada de una suerte de orgía sagrada, en la cual las mujeres, desnudando, golpeando, aniquilando a la culpable, desencadenaban a su vez misteriosos efluvios, pero estos propicios, puesto que actuaban de acuerdo con la sociedad.

Esta salvaje severidad se pierde a medida que disminuyen las supersticiones y se disipa el temor. Pero en el campo se mira con desconfianza a las gitanas sin Dios, fuego ni hogar. La mujer que ejerce libremente su encanto, aventurera, vampiresa, mujer fatal, sigue siendo un tipo inquietante. En la mujer mala de las películas de Hollywood pervive la figura de Circe. Se ha quemado a mujeres como hechiceras, simplemente porque eran hermosas. Y en la timorata mojigatería de las virtudes provincianas, se perpetúa un antiguo espanto ante las mujeres de mala vida.

Esos mismos peligros son los que hacen de la mujer un juego cautivante para un hombre aventurero. Renunciando a sus derechos de marido, rehusando apoyarse en las leyes sociales, tratará de vencerla en singular combate. Intenta anexionarse a la mujer hasta en sus resistencias; la persigue en esa libertad por donde se le escapa. En vano. A la libertad no se le puede leer la cartilla: la mujer libre lo será a menudo contra el hombre. Hasta la Bella Durmiente del Bosque puede despertarse malhumorada, y no reconocer en quien la despierta al Príncipe Azul, puede no sonreír. Ese es, precisamente, el caso del ciudadano Kane, cuya protegida aparece como una oprimida y cuya generosidad se revela como una voluntad de poder y tiranía; la mujer del héroe escucha el relato de sus hazañas con indiferencia, la Musa con la que sueña el poeta bosteza al escuchar sus versos. La amazona puede rehusar con fastidio el combate, y también puede salir victoriosa del mismo. Las romanas de la decadencia, muchas norteamericanas de hoy, imponen a los hombres sus caprichos o su ley. ¿Dónde está Cenicienta? El hombre deseaba dar, y he ahí que la mujer toma. Ya no se trata de jugar, sino de defenderse. Desde el momento en que la mujer es libre, no tiene otro destino que aquel que libremente se crea. La relación entre los dos sexos es entonces una relación de lucha. Convertida para el hombre en una semejante, aparece entonces tan temible como cuando era frente a él la Naturaleza extraña. La hembra nutricia, abnegada, paciente, se torna bestia ávida y devoradora. La mala mujer también hunde sus raíces en la Tierra, en la Vida; pero la tierra es una fosa, y la vida, un combate inmisericorde: al mito de la abeja diligente, de la gallina madre, lo sustituye el del insecto devorador, la mantis religiosa, la araña; la hembra ya no es la que amamanta a los pequeños, sino la que devora al macho; el óvulo ya no es un granero de abundancia, sino una trampa de materia inerte en la que el espermatozoide, castrado, se ahoga; la matriz, ese antro cálido, apacible y seguro, se torna pulpa humosa, planta carnívora, un abismo de tinieblas convulsas; la habita una serpiente que engulle insaciablemente las fuerzas masculinas. Una misma dialéctica hace del objeto erótico una maga negra, de la sirviente una traidora, de Cenicienta un ogro, y cambia a toda mujer en enemigo: he ahí el rescate que paga el hombre por haberse planteado con mala fe como el único esencial.

Sin embargo, ese rostro enemigo tampoco es la figura definitiva de la mujer. Más bien, el maniqueísmo se ha introducido en el seno de la especie femenina. Pitágoras asimilaba el principio bueno al hombre y el principio malo a la mujer. Los hombres han intentado superar el mal anexándose a la mujer, lo cual han logrado en parte; pero del mismo modo que el cristianismo, al

aportar las ideas de redención y salvación, ha sido el que ha dado su pleno sentido a la palabra condenación, así también la mujer mala donde adquiere todo su relieve es frente a la mujer santificada. En el curso de esta «querella de las mujeres», que dura desde la Edad Media hasta nuestros días, ciertos hombres solo quieren conocer a la mujer bendita con la que sueñan, mientras otros solo desean conocer a la mujer maldita que desmiente sus sueños. Pero, en verdad, si el hombre puede encontrar todo en la mujer, es porque ella tiene a la vez esos dos rostros. Ella representa de una manera carnal y viva los valores y antivalores en virtud de los cuales la vida adquiere sentido. He aquí, bien definidos, al Bien y al Mal, que se oponen bajo los rasgos de la Madre abnegada y la Amante pérfida; en la vieja balada inglesa Randall my son, un joven caballero viene a morir en brazos de su madre, envenenado por su amante. *La Glu* de Richepin toma el mismo tema, aunque con más patetismo y peor gusto. La angelical Micaela se opone a la negra Carmen. La madre, la novia fiel, la esposa paciente, se ofrecen para curar las heridas causadas al corazón de los hombres por vampiresas y mandrágoras. Entre estos polos claramente establecidos, multitud de figuras ambiguas van a definirse, figuras lamentables, odiosas, pecadoras, víctimas, coquetas, débiles, angelicales, demoníacas. Por ahí solicitan al hombre y lo enriquecen multitud de conductas y sentimientos.

Esta misma complejidad de la mujer le encanta: he ahí un maravilloso servidor con el que puede deslumbrarse con poco gasto. ¿Es ángel o demonio? La incertidumbre hace de ella una Esfinge. Una de las casas de prostitución más conocidas de París había sido puesta bajo esa égida. En la gran época de la Feminidad, en los tiempos del corsé, de Paul Bourget, de Henri Bataille, del french-cancan, el tema de la Esfinge reinaba incansablemente en comedias, poesías y canciones: «¿Quién eres, de dónde vienes, extraña Esfinge?» Y todavía no se ha terminado de soñar y de discutir sobre el misterio femenino. Para salvaguardar ese misterio es por lo que los hombres han suplicado durante tanto tiempo a las mujeres que no abandonasen los vestidos largos, las faldas, los velos, los guantes largos, los altos botines: todo cuanto acentúa en lo Otro la diferencia lo hace más deseable, puesto que es lo Otro en tanto que tal lo que el hombre desea apropiarse. En las cartas de Alain-Fournier, se ve cómo reprocha este a las inglesas su varonil apretón de manos; pero lo que le turba es la púdica reserva de las francesas. Es preciso que la mujer permanezca secreta, desconocida, para que se la pueda adorar como a una princesa lejana; no parece que Fournier se haya mostrado particularmente deferente con las mujeres que cruzaron por su vida; pero toda la maravilla de la infancia, de la juventud, toda la nostalgia del paraíso perdido, están en una mujer que él ha encarnado, una mujer cuya primera virtud era la de parecer inaccesible. Fournier ha trazado de Yvonne de Galais una imagen blanca y dorada. Sin embargo, a los hombres les encantan incluso los defectos femeninos, si crean un misterio. «Una mujer debe tener caprichos», decía con autoridad un hombre a una mujer razonable. El capricho es imprevisible; presta a la mujer la gracia del agua ondulante; la mentira la adorna con fascinantes reflejos; la coquetería, la misma perversidad, le dan un perfume embriagador. Decepcionante, huidiza, incomprendida, falaz, así se presta mejor a los deseos contradictorios de los hombres; es la Maya de las innumerables metamorfosis. Es un lugar común representarse a la Esfinge bajo los rasgos de una joven: la virginidad es uno de los secretos que los hombres encuentran más turbadores, y tanto más cuanto más libertinos son; la pureza de la joven permite la esperanza de todas las licencias y nunca se sabe qué perversidades pueden disimularse bajo su inocencia; todavía próxima al animal y a la planta, ya dócil a los ritos sociales, no es ni niña ni adulta; su tímida feminidad no inspira temor, sino una inquietud atemperada. Se comprende que sea una de las figuras privilegiadas del misterio femenino. Sin embargo, como «la verdadera joven» se pierde, su culto ha caducado un poco. En desquite, el rostro de la prostituta que, en una pieza de éxito apoteótico, Gantillon prestaba a Maya, ha conservado mucho de su prestigio. Es ese uno de los tipos femeninos más plásticos, el que mejor permite el gran juego de los vicios y las virtudes. Para el puritano timorato, ella encarna el mal, la vergüenza, la enfermedad, la condenación; ella inspira espanto y disgusto; no pertenece a ningún hombre, pero se presta a todos y vive de ese comercio; encuentra así la temible independencia de las lujuriosas diosas madres primitivas y encarna la Feminidad que la sociedad masculina no ha santificado y que permanece cargada de poderes maléficos; en el acto sexual, el hombre no puede imaginarse que la posee, porque solamente él está entregado al demonio de la carne; es una humillación, una mancilla que sienten singularmente los anglosajones, a los ojos de los cuales la carne está más o menos maldita. En cambio, un hombre a quien no asuste la carne, amará en la prostituta la afirmación generosa y cruda; verá en ella la exaltación de la feminidad a la que ninguna moral ha despojado de su gracia; encontrará en su cuerpo aquellas virtudes mágicas que otrora emparentaban a la mujer con los astros y el mar; un Miller, al acostarse con una prostituta, cree sondear los abismos mismos de la vida, de la muerte, del cosmos; se reúne con Dios en el fondo de las húmedas tinieblas de una vagina acogedora. Porque, al margen de un mundo hipócritamente moral, ella es una suerte de paria, y se puede considerar también a la «mujer perdida» como la oposición a todas las virtudes oficiales; su indignidad la emparenta con las santas auténticas; porque lo que ha sido humillado será ensalzado; Jesucristo miró con indulgencia a María Magdalena; el pecado abre más fácilmente las puertas del

cielo que una virtud hipócrita. Así, a los pies de Sonia Raskolnikov sacrifica el arrogante orgullo masculino que le ha conducido al crimen; por medio del asesinato, ha exasperado esa voluntad de separación que hay en todo hombre: resignada, abandonada por todos, es una humilde prostituta quien mejor puede recibir la confesión de su abdicación[84]. Las palabras «mujer perdida» despiertan ecos turbadores; muchos hombres sueñan con perderse; pero no es fácil, no se logra fácilmente alcanzar el Mal bajo una figura positiva; y hasta el demoníaco se espanta ante crímenes excesivos; la mujer permite celebrar sin grandes riesgos esas misas negras donde se evoca a Satán, aunque no se le haya precisamente invitado; ella está al margen del mundo masculino: los actos que la conciernen no tienen realmente consecuencias; sin embargo, es un ser humano y, por consiguiente, pueden realizarse a través de ella sombrías revueltas contra las leyes humanas.

Desde De Musset hasta Georges Bataille, la orgía de rasgos repelentes y fascinantes es la frecuentación de las prostitutas. Sade y Sacher Masoch sacian en las mujeres los deseos que los abruman; sus discípulos, y la mayor parte de los hombres que tienen «vicios» que satisfacer, se dirigen por lo general a las prostitutas. De todas las mujeres, ellas son las más sometidas al varón, y, sin embargo, las que más se le escapan; eso es lo que las dispone para revestir tan múltiples significados. Empero, no hay ninguna figura femenina, virgen, madre, esposa, hermana, sirvienta, amante, adusta virtud, odalisca sonriente, que no sea susceptible de resumir así las ondulantes aspiraciones de los hombres.

Corresponde a la psicología -y en particular al psicoanálisis- el descubrir por qué un individuo se adhiere más singularmente a tal o cual aspecto del Mito de innumerables rostros, y por qué lo encarna en determinada mujer singular. Pero ese mito está implícito en todos los complejos, obsesiones y psicosis. En particular, muchas de las neurosis tienen su origen en un vértigo de lo prohibido, que solo puede aparecer si previamente se han constituido los oportunos tabúes; una presión social exterior es insuficiente para explicar su presencia; en realidad, las prohibiciones sociales no son únicamente convenciones; entre otras significaciones, tienen un sentido ontológico que cada individuo experimenta de manera individual. A título de ejemplo, es interesante examinar el «complejo de Edipo»; con excesiva frecuencia se le considera producido por una lucha entre las tendencias instintivas y las consignas sociales; pero es, ante todo, un conflicto interno del sujeto mismo. El apego del niño al seno materno es, en principio, apego a la Vida bajo su forma inmediata, en su generalidad y su inmanencia; el rechazo del destete es el rechazo del abandono al que está condenado el individuo desde que se separa del Todo; a partir de entonces, y a medida que se individualiza y se separa más y más, es cuando puede calificarse de «sexual» el gusto que conserva por la carne materna, ya separada de la suya; su sensualidad se ve entonces mediatizada, se ha convertido en trascendencia respecto a un objeto extraño. Pero cuanto más deprisa y más decididamente se asume el niño como sujeto, más inoportuno le va a resultar el vínculo carnal que se opone a su autonomía. Entonces se hurta a las caricias, y la autoridad ejercida por su madre, los derechos que ella tiene sobre él, a veces incluso su presencia misma, le inspiran una especie de vergüenza. Sobre todo, le parece embarazoso y obsceno descubrirla como carne, evita pensar en su cuerpo; en el horror que experimenta con respecto a su padre o a un segundo marido o a un amante, hay menos celos que escándalo: recordarle que su madre es un ser de carne, es recordarle su propio nacimiento, acontecimiento que repudia con todas sus fuerzas; o, por lo menos, desea revestirlo con la majestad de un gran fenómeno cósmico; es preciso que su madre resuma a la Naturaleza, que inviste a todos los individuos sin pertenecer a ninguno; detesta que ella se convierta en presa, no porque -como se pretende a menudo- quiera él mismo poseerla, sino porque desea que exista por encima de toda posesión: ella no debe tener las mezquinas dimensiones de la esposa o la amante. Sin embargo, cuando en el momento de la adolescencia su sexualidad se viriliza, sucede que el cuerpo de su madre le turba; pero esto ocurre porque en ella capta la feminidad en general: y frecuentemente el deseo que despierta la vista de un muslo, o de un seno, se extingue tan pronto como el joven se da cuenta de que aquella carne es la carne materna. Existen numerosos casos de perversión, puesto que, siendo la adolescencia la edad del desorden, también es la de la perversión, en la que el asco suscita el sacrilegio, en la que de lo prohibido nace la tentación. Pero no es preciso creer que ante todo el hijo desee ingenuamente acostarse con su madre y que unas defensas exteriores se interponen y le oprimen; por el contrario, el deseo nace a causa de esas defensas que se han levantado en el corazón del mismo individuo. Esa prohibición es precisamente la reacción más normal, más general. Pero, de nuevo, no procede de una consigna social que enmascara deseos

---

[84] Marcel Schwob expone poéticamente ese mito en el Livre de Monelle. «Te hablaré de las pequeñas prostitutas y sabrás el comienzo... Mira, lanzan un grito de compasión por ti y te acarician la mano con la suya descarnada. Solo te comprenden si eres muy desdichado; lloran contigo y te consuelan... Mira, ninguna de ellas puede permanecer contigo. Estarían demasiado tristes y les avergüenza quedarse cuando has dejado de llorar; entonces no se atreven a mirarte. Te enseñan la lección que tienen que enseñarte y se van. Vienen a través del frío y de la lluvia a besarte la frente y enjugarte los ojos, y las pavorosas tinieblas vuelven a engullirlas... No hay que pensar en lo que han podido hacer en las tinieblas.»

instintivos. Más bien, el respeto es la sublimación de una repugnancia original; el joven se niega a mirar a su madre como a un ser carnal; la transfigura, la asimila a una de las puras imágenes de mujer santificada que la sociedad le propone. En su virtud, contribuye él a fortalecer la figura ideal de la Madre, que acudirá en ayuda de la generación siguiente. Pero esta no tiene tanta fuerza sino porque es solicitada por una dialéctica individual. Y puesto que cada mujer está habitada por la esencia general de la Mujer y, por tanto, de la Madre, es seguro que la actitud con respecto a la Madre repercutirá en las relaciones con la esposa y la amante, aunque menos simplemente de lo que a menudo se imagina. El adolescente que ha deseado concretamente, sexualmente, a su madre, puede haber deseado en ella a la mujer en general, y el ardor de su temperamento se apaciguará al lado de no importa qué mujer; no está destinado a nostalgias incestuosas[85]. Y, a la inversa, un joven que haya sentido por su madre una reverencia tierna, pero platónica, puede desear que en todo caso la mujer participe de la pureza materna.

Se conoce bastante bien la importancia de la sexualidad y, por ende, de la mujer en las conductas patológicas y normales. Sucede que otros objetos son feminizados; puesto que también la mujer es, en gran parte, una invención del hombre, este puede inventarla a través de un cuerpo masculino: en la pederastia se mantiene la división de los sexos. Pero, en general, a la Mujer se la busca en seres femeninos. Por ella y a través de lo que en ella hay de mejor y de peor, hace el hombre el aprendizaje de la dicha, del sufrimiento, del vicio, de la virtud, de la codicia, de la renuncia, de la abnegación, de la tiranía, o sea, que hace el aprendizaje de sí mismo; ella es el juego de la aventura, pero también del riesgo; ella es el triunfo de la victoria y el más áspero del fracaso superado; ella es el vértigo de la pérdida, la fascinación de la condenación, de la muerte. Hay todo un mundo de significaciones que no existe sino por la mujer; ella es la sustancia de los actos y de los sentimientos de los hombres, la encarnación de todos los valores que solicitan su libertad. Se comprende que, aun condenado a los más crueles mentís, el hombre no desee renunciar a un sueño en el que están envueltos todos sus sueños.

He ahí por qué la mujer tiene un doble y engañoso semblante: ella es todo cuanto el hombre llama y todo aquello que no alcanza. Ella es la sabia mediadora entre la Naturaleza propicia y el hombre, y es la tentación de la Naturaleza no domada frente a toda sabiduría. Del bien al mal ella encarna en su propia carne todos los valores morales y sus contrarios; ella es la sustancia de la acción y lo que la obstaculiza, el dominio del hombre sobre el mundo y su fracaso; como tal, ella está en el origen de toda reflexión del hombre sobre su existencia y de toda expresión que pueda dar de la misma; sin embargo, se aplica a desviarle de sí mismo, a hacerle naufragar en el silencio y en la muerte. Sirviente y compañera, espera él que también sea su público y su juez, que le confirme en su ser; pero ella se le opone con su indiferencia, es decir, con sus burlas y sus risas. El hombre proyecta en ella cuanto desea y teme, lo que ama y lo que aborrece. Y si resulta tan difícil no decir nada de ello es porque el hombre se busca todo entero en ella, y ello lo es Todo. Solo que es Todo sobre el modo de lo inesencial: es todo lo Otro. Y, en tanto que otro, ella es también otro que ella misma, otro que aquello que se espera de ella. Siendo todo, jamás es justamente esto que debería ser; es una perpetua decepción, la decepción misma de la existencia, que no logra nunca alcanzarse ni reconciliarse con la totalidad de los existentes.

[85] El ejemplo de Stendhal es notabilísimo.

PARTE CUARTA.

FORMACIÓN.

INTRODUCCIÓN.

Las mujeres de hoy están a punto de destronar el mito de la feminidad; empiezan a afirmar concretamente su independencia; pero no sin grandes esfuerzos consiguen vivir íntegramente su condición de seres humanos. Educadas por mujeres en el seno de un mundo femenino, su destino normal es el matrimonio, que las subordina todavía prácticamente al hombre; el prestigio viril está muy lejos de haberse borrado: todavía descansa sobre sólidas bases económicas y sociales. Por consiguiente, es necesario estudiar cuidadosamente el destino tradicional de la mujer. Cómo hace la mujer el aprendizaje de su condición, cómo la experimenta, en qué universo se encuentra encerrada, qué evasiones le están permitidas: he ahí lo que intentaré describir. Solamente entonces podremos comprender cuáles son los problemas que se les plantean a las mujeres, que, herederas de un duro pasado, se esfuerzan por forjar un nuevo porvenir. Cuando empleo las palabras «mujer» o «femenino» no me refiero, evidentemente, a ningún arquetipo, a ninguna esencia inmutable; detrás de la mayoría de mis afirmaciones es preciso sobreentender «en el estado actual de la educación y las costumbres». No se trata aquí de enunciar verdades eternas, sino de describir el fondo común sobre el cual se alza toda existencia femenina singular.

CAPITULO PRIMERO.

INFANCIA.

No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica de femenino. Únicamente la mediación de otro puede constituir a un individuo como un Otro. En tanto que existe para sí, el niño podría concebirse como sexualmente diferenciado. Entre las chicas y los chicos, el cuerpo es al principio la irradiación de una subjetividad, el instrumento que efectúa la comprensión del mundo: a través de los ojos, de las manos, y no de las partes sexuales, ellos aprehenden el Universo. El drama del nacimiento, el del destete, se desarrollan de la misma manera para los bebés de ambos sexos; tienen los mismos intereses y los mismos goces; la succión es en primer lugar la fuente de sus sensaciones más agradables; luego pasan por una fase anal en la que extraen sus mayores satisfacciones de las funciones excretorias que les son comunes; su desarrollo genital es análogo; exploran su cuerpo con la misma curiosidad y la misma indiferencia; del clítoris y del pene extraen un mismo placer incierto; en la medida en que ya se objetiva su sensibilidad, esta se vuelve hacia la madre: es la carne femenina, suave, lisa y elástica, la que suscita deseos sexuales, y esos deseos son prensiles; tanto la niña como el niño abrazan a la madre, la palpan, la acarician, de una manera agresiva; sienten los mismos celos si nace un nuevo niño, y los manifiestan por los mismos procedimientos: cóleras, enfurruñamientos, trastornos urinarios; recurren a las mismas coqueterías para captarse el amor de los adultos. Hasta los doce años, la niña es tan robusta como sus hermanos y manifiesta la misma capacidad intelectual; no existe ninguna esfera en donde le esté prohibido rivalizar con ellos. Si, mucho antes de la pubertad, y a veces incluso desde su más tierna infancia, se nos presenta ya como sexualmente especificada, no es porque misteriosos instintos la destinen inmediatamente a la pasividad, la coquetería y la maternidad, sino porque la intervención de otro en la vida del niño es casi original y porque, desde sus primeros años, su vocación le ha sido imperiosamente insuflada.

El mundo no está presente en principio ante el recién nacido sino bajo la figura de sensaciones inmanentes; todavía está anegado en el seno del Todo, como cuando moraba en las tinieblas de un vientre; lo mismo si le cría el pecho materno que si lo hace el biberón, el niño está cercado por el calor de una carne maternal. Poco a poco, aprende a percibir los objetos en tanto que distintos a él:

se distingue de ellos; al mismo tiempo, de una manera más o menos brutal, es separado del cuerpo nutricio; a veces reacciona con una violenta crisis ante esa separación[86]; en todo caso, alrededor del momento en que esta se consuma -hacia la edad de seis meses, poco más o menos-, es cuando empieza a manifestar por medio de la mímica, que en seguida se convierte en verdaderos alardes expresivos, el deseo de seducir a otros. Ciertamente, esta actitud no está definida por una elección reflexiva; pero no es necesario pensar una situación para existirla. De una manera inmediata, el bebé vive el drama original de todo existente, que es el drama de su relación con lo Otro. Donde el hombre experimenta su desamparo es en la angustia. Huyendo de su libertad, de su subjetividad, quisiera perderse en el seno del Todo: ahí está el origen de sus sueños cósmicos panteístas, de su deseo de olvido, de sueño, de éxtasis, de muerte. Jamás consigue abolir su yo separado: al menos anhela alcanzar la solidez del en-sí, quedar petrificado en cosa; cuando queda fijado por la mirada de otro, es cuando aparece singularmente como un ser. Con esta perspectiva es como hay que interpretar la conducta del niño: bajo una forma carnal, descubre la finitud, la soledad y el desamparo en un mundo extraño, y trata de compensar esta catástrofe enajenando su existencia en una imagen cuyo valor y cuya realidad los fundará otro. Parece ser que es a partir del momento en que capta su reflejo en los espejos -momento que coincide con el del destete- cuando empieza a afirmar su identidad[87]: su yo se confunde tan bien con ese reflejo, que no se forma sino enajenándose. Represente o no el espejo propiamente dicho un papel más o menos considerable, lo que sí es seguro es que el niño empieza hacia los seis meses a comprender la mímica de sus padres y a captarse bajo su mirada como un objeto. Ya es un sujeto autónomo que se trasciende hacia el mundo: pero únicamente bajo una figura enajenada es como se encontrará a si mismo.

Cuando el niño crece, lucha de dos maneras contra el desamparo original. Trata de negar la separación: se acurruca entre los brazos de la madre, busca su calor vivo, reclama sus caricias. Procura justificarse por el sufragio de otro. Los adultos se le aparecen como dioses: tienen poder para conferirle el ser. Experimenta la magia. de la mirada que le metamorfosea, ora en un delicioso angelito, ora en un monstruo. Estos dos modos de defensa no se excluyen: por el contrario, se completan y penetran mutuamente. Cuando la seducción tiene éxito, el sentimiento de justificación encuentra una confirmación carnal en los besos y caricias recibidos: el niño conoce una misma y dichosa pasividad en el regazo de la madre y bajo sus ojos benevolentes. Durante los tres o cuatro primeros años, no hay diferencia entre la actitud de las niñas y la de los niños: todos ellos tratan de perpetuar el feliz estado que ha precedido al destete; tanto en estos como en aquellas, se observan conductas de seducción y ostentación: ellos desean agradar tanto como sus hermanas, provocar sonrisas, hacerse admirar.

Es más satisfactorio negar el desgarramiento que superarlo, es más radical estar perdido en el corazón del Todo que hacerse petrificar por la conciencia de otro: la fusión carnal crea una enajenación más profunda que toda dimisión bajo la mirada de otro. La seducción, la ostentación, representan un estadio más completo, más fácil que el simple abandono en los brazos maternos. La magia de la mirada adulta es caprichosa; el niño finge ser invisible, sus padres entran en el juego, le buscan a tientas, ríen, y luego, bruscamente, declaran: «Nos aburres; no eres invisible.» Una frase del niño ha hecho gracia, y él la repite: esta vez los adultos se encogen de hombros. En ese mundo tan incierto e imprevisible como el universo de Kafka, se tropieza a cada paso [88]. Por eso multitud de niños temen crecer; se desesperan si sus padres cesan de tomarlos sobre sus rodillas y admitirlos en su lecho: a través de la frustración física, experimentan cada vez más cruelmente el desamparo del cual el ser humano solo con angustia adquiere conciencia.

Aquí es donde las niñas van en principio a aparecer como privilegiadas. Un segundo destete, menos brutal, más lento que el primero, sustrae el cuerpo de la madre a los abrazos del hijo; pero es sobre todo a los varones a quienes se les niegan, poco a poco, besos y caricias; en cuanto a la niña, continúan mimándola, se le permite vivir pegada a las faldas de su madre, el padre la toma sobre sus

---

[86] Judith Gautier cuenta en sus recuerdos que lloró y se desmejoró tan lamentablemente cuando la separaron de su nodriza, que fue preciso reunirlas de nuevo. Y no la destetaron hasta mucho más tarde.

[87] Esta teoría es propuesta por el doctor Lacan en los Complexes familiaux dans la formation de l'ndividu. Este hecho, de primordial importancia, explicaría que en el curso de su desarrollo «el yo conserva la figura ambigua del espectáculo».

[88] En L'orange bleue, dice Yassu Gauclére a propósito de su padre: «Su buen humor me parecía tan temible como sus impaciencias, porque nada me explicaba lo que podía motivarlo... Tan insegura respecto a los movimientos de su humor como lo hubiera estado respecto a los caprichos de un dios, le reverenciaba con inquietud... Lanzaba mis palabras como si jugase a cara o cruz, preguntándome cómo serían acogidas.» Y, más adelante, cuenta la siguiente anécdota: «Un día, después de sufrir una reprimenda, empecé a desgranar mi letanía: vieja mesa, cepillo de parquet, horno, barreño, botella de leche, cazo, sartén, etc.; mi madre me oyó y se echó a reír... Unos días más tarde, intenté utilizar mi letanía para ablandar a mi madre, que de nuevo me había reprendido, pero en esta ocasión me salió mal. En vez de divertirla, lo único que logré fue redoblar su severidad y atraerme un castigo complementario. Me dije entonces que la conducta de las personas mayores era decididamente incomprensible.»

rodillas y le acaricia los cabellos; la visten con ropas suaves como besos, son indulgentes con sus lágrimas y sus caprichos, la peinan con esmero, divierten sus gestos y coqueterías; contra la angustia de la soledad la protegen contactos carnales y miradas complacientes. Al niño, en cambio, se le va a prohibir incluso la coquetería, sus maniobras de seducción; sus comedias irritan. «Un hombre no debe pedir que le besen... Un hombre no se mira en los espejos... Un hombre no llora», le dicen. Quieren que sea un «hombrecito»; solo emancipándose de los adultos obtendrá su sufragio. Agradará cuando no parezca que trate de agradar.

Muchos niños, asustados de la dura independencia a que se les condena, desean ser niñas; en la época en que al principio se les vestía como a ellas, a menudo dejaban con lágrimas el vestido por el pantalón y con lágrimas veían cómo les cortaban los rizos. Algunos buscaban obstinadamente la feminidad, lo cual es uno de los modos de orientarse hacia la homosexualidad: «Deseaba apasionadamente ser niña y llevaba la inconsciencia de lo grande que es ser hombre hasta pretender orinar sentado», cuenta Maurice Sachs[89]. Sin embargo, si el niño parece en principio menos favorecido que sus hermanas, es porque acerca de él se abrigan más grandes designios. Las exigencias a que se le somete, implican inmediatamente una valoración. En sus recuerdos, cuenta Maurras que estaba celoso de un hermano menor a quien mimaban su madre y su abuela: su padre le tomó de la mano y le condujo fuera de la estancia: «Nosotros somos hombres -le dijo-; dejemos solas a las mujeres.» Se persuade al niño de que se le exige más a causa de la superioridad de los varones; para animarle ante el difícil camino que le corresponde, se le insufla el orgullo de su virilidad; esta noción abstracta reviste para él una figura concreta: se encarna en el pene; no experimenta orgullo espontáneamente respecto a su pequeño sexo indolente, sino que lo percibe a través de la actitud de su entorno. Madres y nodrizas perpetúan la tradición que asimila el falo a la idea de macho; ya sea porque reconozcan su prestigio en la gratitud amorosa o en la sumisión, o porque para ellas sea un desquite hallarlo en el bebé bajo una forma humillada, el hecho es que tratan al pene infantil con singular complacencia. Rabelais nos cuenta los juegos y dichos de las nodrizas de Gargantúa[90]; la Historia ha conservado los de las nodrizas de Luis XIII. Mujeres menos descaradas dan, sin embargo, un nombre cariñoso al sexo del niño, le hablan de él como de una personita que fuese a la vez él mismo y otro distinto; según la frase citada, hacen de él «un alter ego habitualmente más astuto, más inteligente y más hábil que el individuo en cuestión»[91]. Anatómicamente, el pene es perfectamente apto para desempeñar ese papel: destacado del cuerpo, se presenta como un juguetito natural, una especie de muñeco. De modo que se valorizará al niño al valorizar a su doble. Un padre me contaba que uno de sus hijos, a la edad de tres años, todavía orinaba sentado; rodeado de hermanas y primas, era un niño tímido y triste; un día su padre le llevó consigo al cuarto de aseo y le dijo: «Voy a enseñarte cómo lo hacen los hombres.» A partir de entonces, el niño, orgulloso por orinar de pie, despreció a las niñas, «que orinan por un agujero»; su desdén provenía originariamente, no del hecho de que a ellas les faltase un órgano, sino porque no habían sido distinguidas e iniciadas por el padre. Así, pues, muy lejos de que el pene se descubra como un privilegio inmediato del que el niño extraería un sentimiento de superioridad; su valoración, por el contrario, aparece como una compensación -inventada por los adultos y ardientemente aceptada por el niño- a las durezas del último destete: así queda defendido contra el pesar de no ser ya un bebé, de no ser una niña. En consecuencia, encarnará en su sexo su trascendencia y su soberanía orgullosa[92].

La suerte de la niña es muy diferente. Madres y nodrizas no tienen para sus partes genitales reverencia ni ternura; no llaman su atención sobre ese órgano secreto, del que solamente se ve la envoltura y no se deja empuñar; en cierto sentido, no tiene sexo. Y no experimenta esa ausencia como una falta; su cuerpo es para ella, evidentemente, una plenitud; pero se halla situada en el mundo de un modo distinto al del niño, y un conjunto de factores puede transformar a sus ojos esa diferencia en inferioridad.

Hay pocas cuestiones más discutidas por los psicoanalistas que el famoso «complejo de castración» femenino. La mayoría admite hoy que el deseo de un pene se presenta, según los casos, de maneras muy diversas[93]. En primer lugar, hay multitud de niñas que ignoran la anatomía masculina hasta una

---

89 Le Sabbat

90 «...Comenzaba ya a ejercitar su bragueta, y las niñeras solían ornársela de bellos ramilletes, de bellas cintas, de bellos capullos. Pasaban el tiempo frotándosela con las manos, y cuando la veían alzar las orejas se morían de risa, cual si el juego las hubiese complacido. Una la llamaba mi barrenita, otra mi pinito, otra mi ramita de coral, otra mi taponcito, mi agujerito, mi pendeloque, mi baja y sube, mi choricito...», etc.

91 A. BALINT: *La Vie intime de l'enfant*, véase vol. I, págs. 90-91

92 Véase anteriormente, págs. 90-91

93 Además de las obras de Freud y de Adler, existe sobre el tema una abundante literatura. Abraham ha sido el primero en emitir la idea de que la niña consideraba su sexo como una herida resultante de una mutilación. Karen Horney, Jones, Jeanne Lampt de Groot, H.

edad tardía. El niño acepta, naturalmente, que haya hombres y mujeres, lo mismo que hay un Sol y una Luna: cree en esencias contenidas en las palabras, y su curiosidad no es en principio analítica. Para muchas niñas, ese pedacito de carne que pende entre las piernas de los niños es insignificante y hasta irrisorio; es una singularidad que se confunde con la de los vestidos y el peinado; a menudo es en un hermanito recién nacido donde se descubre, y «cuando la niña es muy joven -dice H. Deutsch-, no queda impresionada por el pene de su hermanito»; cita el ejemplo de una niña de dieciocho meses que permaneció absolutamente indiferente ante el descubrimiento del pene, y no le concedió valor sino mucho más tarde, en relación con sus preocupaciones personales. Sucede incluso que el pene sea considerado como una anomalía: se trata de una excrecencia, una cosa vaga que pende como las lupias, las ubres, las verrugas; puede incluso inspirar disgusto. En fin, hay numerosos casos en que la niña se interesa por el pene de un hermano o de un camarada; pero eso no significa que experimente por ello unos celos propiamente sexuales, y aun menos que se sienta profundamente afectada por la ausencia de ese órgano; desea apropiárselo como desea apropiarse de todo objeto; pero ese deseo puede permanecer superficial.

Es cierto que las funciones excretorias, y singularmente las funciones urinarias, interesan apasionadamente a los niños: orinarse en la cama es a menudo una protesta contra la acusada preferencia de los padres por otro hijo. Hay países en los que los hombres orinan sentados, y sucede que las mujeres orinan de pie: esa es la costumbre, entre otras, de muchas campesinas; pero, en la sociedad occidental contemporánea, las costumbres quieren generalmente que las mujeres se pongan en cuclillas, en tanto que la postura de pie está reservada para los hombres. Esta diferencia constituye para la niña la diferenciación sexual más notable. Para orinar, ella tiene que ponerse en cuclillas, destaparse y, por tanto, ocultarse: es una servidumbre vergonzosa e incómoda. La vergüenza se acrecienta en los casos frecuentes en que sufre emisiones urinarias involuntarias, durante un acceso de hilaridad, por ejemplo, ya que el control es menos seguro en el caso de las chicas que en el de los chicos. Para estos últimos, la función urinaria se presenta como un juego libre, que tiene el atractivo de todos los juegos en los cuales se ejercita la libertad; el pene se deja manipular y se puede obrar a través del mismo, lo cual tiene un profundo interés para el niño. Al ver orinar a un chico, una niña exclamó con admiración: «¡Qué cómodo!»[94]. El chorro puede ser dirigido a voluntad, la orina lanzada a lo lejos: el muchacho extrae de ello una sensación de omnipotencia. Freud ha hablado de «la ardiente ambición de los ancianos diuréticos»; Stekel ha discutido con buen sentido esta fórmula, pero es cierto que, como dice Karen Horney [95], «fantasmas de omnipotencia, sobre todo de carácter sádico, se asocian con frecuencia al chorro masculino de la orina»; esos fantasmas, que perviven entre algunos hombres[96], son importantes en el niño. Abraham habla del «gran placer que experimentan las mujeres cuando riegan el jardín con una manguera»; de acuerdo con las teorías de Sartre y de Bachelard[97], yo creo que el origen de ese placer no está necesariamente[98] en la asimilación de la manguera al pene; todo chorro de agua se representa como un milagro, como un desafío a la gravedad: dirigirlo, gobernarlo, equivale a lograr una pequeña victoria sobre las leyes naturales; en todo caso, el niño dispone así de un entretenimiento cotidiano que le está prohibido a sus hermanas. Ello permite, además, y sobre todo en el campo, establecer multitud de relaciones con las cosas a través del chorro urinario: con el agua, la tierra, el musgo, la nieve, etc. Hay niñas que, para conocer esas experiencias, se tienden de espaldas y tratan de lanzar la orina «hacia arriba», o bien se ejercitan en orinar de pie. Según Karen Horney, envidiarían también al niño la posibilidad de exhibición que le es acordada. «Después de haber visto orinar a un hombre en la calle, una enferma exclamó súbitamente: "Si pudiese pedir un regalo a la Providencia, pediría poder orinar una sola vez en mi vida como un hombre"», informa Karen Horney. A las niñas les parece que el niño, teniendo derecho a tocarse el pene, puede servirse del mismo como de un juguete, mientras que sus propios órganos son tabú. Que este conjunto de factores hace deseable para multitud de niñas la posesión de un sexo masculino, es un hecho del que dan fe numerosas encuestas y confidencias recogidas por los psiquiatras. Havelock Ellis[99] cita estas palabras de un personaje al que designa con el nombre de Zenia: «El rumor de un chorro de agua, sobre todo si sale de una larga manguera de riego, ha sido siempre muy excitante para mí, ya que me recuerda el rumor del chorro de orina observado por mí durante mi infancia en mi hermano e incluso en otras personas.» Otra mujer, madame R. S., cuenta que de niña le gustaba infinitamente tener entre las manos el pene de un compañero; un día le confiaron una manguera de riego: «Me pareció delicioso tenerla como si yo misma tuviese un pene.» E insiste en que el pene no tenía para ella ningún sentido

Deutsch, Al Balint han estudiado la cuestión desde un punto de vista analítico. Saussure trata de conciliar el psicoanálisis con las ideas de Piaget y Lucquet. Véase también POLLACK: Les Idées des enfants sur la différence des sexes.

94 Citado por A. Balint.

95 «The genesis of castration complex in women International». Journal of Psychanalyse, 1923-1924.

96 Véase MONTHERLANT: Les Chenilles, Solstice de juin.

97 Véase anteriormente, parte primera, capítulo II.

98 En ciertos casos, sin embargo, es manifiesto.

99 Véase HAVELOCK ELLIS: L'Ondinisme.

sexual; solamente conocía su uso urinario. El caso más interesante es el de Florrie, recogido por Havelock Ellis[100] y cuyo análisis ha realizado más tarde Stekel. Por tanto, ofrezco del mismo un informe detallado:

> Se trata de una mujer muy inteligente, artista, dinámica, biológicamente normal y no invertida. Cuenta que la función urinaria ha desempeñado un importante papel en su infancia; se entregaba con sus hermanos a juegos urinarios, y todos se mojaban las manos sin el menor disgusto. «Mis primeras concepciones respecto a la superioridad de los varones estuvieron en relación con los órganos urinarios. Aborrecía a la Naturaleza por haberme privado de un órgano tan cómodo y decorativo. Ninguna tetera privada de su pitorro podría sentirse tan miserable. Nadie tuvo necesidad de insuflarme la teoría del predominio y la superioridad masculinos. Tenía de ello una prueba constante a la vista.» Ella misma experimentaba un gran placer cuando orinaba en el campo. «Nada le parecía comparable al rumor delicioso del chorro sobre las hojas secas en un rincón del bosque, mientras observaba al mismo tiempo su absorción. Pero lo que más la fascinaba era orinar en el agua.» Es este un placer al que son sensibles muchos niños, y existe toda una imaginería pueril y vulgar que muestra a los pequeños orinando en estanques o en arroyos. Florrie se queja de que la forma de sus pantalones la impedía entregarse a las experiencias que le hubiera gustado intentar; con frecuencia, en el curso de un paseo por el campo, se contenía durante el mayor tiempo posible para luego aliviarse bruscamente de pie. «Recuerdo perfectamente la extraña y prohibida sensación de ese placer, así como mi asombro porque el chorro pudiese surgir estando yo de pie.» En su opinión, la forma de los vestidos infantiles tiene mucha importancia en la psicología de la mujer en general. «No solo era para mí motivo de fastidio el tener que desatarme los pantalones y luego agacharme para no mojarlos por delante, sino que el faldón trasero que debe ser recogido y deja las nalgas al descubierto explica por qué, en tantas mujeres, el pudor se sitúa detrás y no delante. La primera distinción sexual que se me impuso de hecho, la gran diferencia, fue que los chicos orinan de pie y las chicas en cuclillas. Probablemente fue así como mis más antiguos sentimientos de pudor se asociaron a mis nalgas antes que a mi pubis.» Todas esas impresiones adquieren en Florrie extremada importancia, porque su padre la azotaba frecuentemente hasta hacerla sangrar, y una institutriz la había azotado un día para obligarla a orinar; la acosaban sueños y fantasmas masoquistas, en los cuales se veía azotada por una institutriz en presencia de toda la escuela, y entonces se orinaba contra su voluntad, «idea que me procuraba una sensación de placer verdaderamente curiosa». A los quince años de edad, apremiada por urgente necesidad, orinó de pie en una calle desierta. «Al analizar mis sensaciones, creo que la más importante era la vergüenza de estar de pie y la longitud del trayecto que debía recorrer el chorro entre mi persona y el suelo. Era esa distancia la que hacía del asunto algo importante y risible, aunque lo encubriesen mis ropas. En la postura ordinaria, había un elemento de intimidad. Siendo niña, e incluso mayor, el chorro no hubiera podido recorrer un largo trayecto; pero a los quince años de edad tenía yo una elevada estatura, y me daba vergüenza pensar en la longitud del trayecto. Estoy segura de que las damas de quienes he hablado[101], y que huyeron espantadas del moderno lurinario de Portsmouth, considerarían sumamente indecente el que una mujer permaneciese de pie, con las piernas separadas y la falda recogida para proyectar hacia abajo un chorro tan largo.» Reinició esa experiencia a los veinte años de edad, y aun después; experimentaba una mezcla de vergüenza y voluptuosidad ante la idea de que pudieran sorprenderla y ella no fuese capaz de detenerse. «El chorro parecía surgir de mí sin mi consentimiento, y, no obstante, me causaba más placer que si lo hubiese emitido de manera plenamente voluntaria[102]. Esta curiosa sensación de que ha sido extraído de una por un poder invisible que hubiese resuelto que así lo hiciese una, constituye un placer exclusivamente femenino y tiene un encanto sutil. Hay un intenso encanto en sentir brotar de una el torrente a causa de una voluntad más poderosa que una misma.» Como consecuencia de ello, en Florrie se desarrolla un erotismo flagelatorio siempre mezclado con obsesiones urinarias.

Este caso es muy interesante, porque esclarece diversos elementos de la experiencia infantil. Pero son evidentemente circunstancias singulares las que les confieren tan enorme importancia.

Para las niñas normalmente educadas, el privilegio urinario del niño es algo demasiado secundario para engendrar directamente un sentimiento de inferioridad. Los psicoanalistas que suponen, después de Freud, que el simple descubrimiento del pene bastaría para originar un traumatismo, desconocen profundamente la mentalidad infantil; esta es mucho menos racional de lo que aquellos

[100] H. ELLIS: Études de psychologie sexuelle, tomo XIII.
[101] Alusión a un episodio que ha relatado anteriormente: se había inaugurado en Portsmouth un urinario moderno para mujeres que exigía la postura erecta; todas las clientes salían tan pronto como entraban.
[102] El subrayado es de Florrie

parecen suponer; no se plantea categorías tajantes y no la turban las contradicciones. Cuando la niña pequeñita ve un pene y declara: «Yo también lo he tenido», o bien «Yo también lo tendré», o incluso «Yo también tengo uno», no se trata de una defensa con mala fe; la presencia y la ausencia no se excluyen; el niño -como lo prueban sus dibujos- cree mucho menos en lo que ve con sus propios ojos que en los tipos significativos que ha fijado de una vez y para siempre: dibuja a menudo sin mirar, y, en todo caso, no halla en sus percepciones sino lo que él mismo pone. Saussure[103], que insiste justamente en este punto, cita la siguiente e importantísima observación de Luquet: «Una vez reconocido un rasgo como defectuoso, es como si no existiese, el niño ya no lo ve literalmente, hipnotizado de algún modo por el nuevo trazo que lo reemplaza, de la misma forma que se desentiende de las líneas que puedan hallarse accidentalmente en el papel.» La anatomía masculina constituye una forma fuerte que a menudo se impone a la niña, la cual literalmente ya no ve su propio cuerpo. Saussure cita el ejemplo de una chiquilla de cuatro años de edad que trataba de orinar como un chico entre los barrotes de una verja, diciendo que quería «una cosita larga que chorrea». Afirmaba al mismo tiempo poseer un pene y no poseerlo, lo cual está de acuerdo con el pensamiento por «participación» que Piaget ha descrito en los niños. La niña piensa de buen grado que todos los niños nacen con un pene, pero los padres se lo cortan a algunos de ellos para convertirlos en niñas; esta idea satisface el artificialismo del niño, que, divinizando a los padres, «los concibe como la causa de todo cuanto posee», dice Piaget, y no ve en la castración un castigo en principio. Para que adopte el carácter de una frustración, es preciso que la niña esté ya descontenta de su situación por una razón cualquiera; como observa justamente H. Deutsch, un acontecimiento exterior, tal como la vista de un pene, no podría determinar un desarrollo interior: «La vista del órgano masculino puede tener un efecto traumático -dice-, pero solo a condición de que lo haya precedido una serie de experiencias anteriores y aptas para producir ese efecto.» Si la chiquilla se siente impotente para satisfacer sus deseos de masturbación o de exhibición, si sus padres reprimen su onanismo, si tiene la impresión de ser menos amada, menos estimada que sus hermanos, entonces proyectará su insatisfacción sobre el órgano masculino. «El descubrimiento realizado por la pequeña en cuanto a su diferenciación anatómica con el niño es una confirmación de una necesidad anteriormente experimentada, su racionalización por así decir»[104]. Y Adler ha insistido justamente sobre el hecho de que es la valoración efectuada por los padres y el entorno lo que da al muchacho el prestigio del cual el pene se hace explicación y símbolo a los ojos de la chiquilla. Consideran superior a su hermano; este mismo se enorgullece de su virilidad; y entonces ella le envidia y se siente frustrada. A veces siente rencor contra su madre, y más raramente contra su padre; o bien se acusa a sí misma de haberse mutilado o se consuela pensando que el pene está escondido en su cuerpo y que un día saldrá del mismo.

Es seguro que la ausencia de pene representará en el destino de la niña un papel importante, aunque no desee seriamente su posesión. El gran privilegio que el muchacho extrae del pene consiste en que, dotado de un órgano que se deja ver y coger, puede al menos alienarse parcialmente en el mismo. Proyecta fuera de sí el misterio de su cuerpo, de sus amenazas, lo cual le permite mantenerlos a distancia; ciertamente, se siente en peligro con su pene, cuya castración teme, pero es un temor más fácil de dominar que el temor difuso experimentado por la niña con respecto a sus «interiores», temor que a menudo se perpetúa durante toda su vida de mujer. Siente una extremada preocupación por todo cuanto sucede dentro de ella; desde el principio, se siente mucho más opaca a sus propios ojos y más profundamente investida del turbio misterio de la vida que el varón. Por el hecho de que posee un alter ego en el cual se reconoce, el niño puede osadamente asumir su subjetividad; el objeto mismo en el cual se aliena se convierte el símbolo de autonomía, de trascendencia, de poder: mide la longitud de su pene, compara con sus camaradas la del chorro urinario; más tarde, la erección, la eyaculación, serán fuentes de satisfacción y desafío. La niña, en cambio, no puede encarnarse en ninguna parte de ella misma. En compensación, le ponen entre las manos, con el fin de que desempeñe junto a ella el papel de alter ego, un objeto extraño: una muñeca. Es preciso notar que también se llama poupée («muñeca») a ese vendaje con que se envuelve un dedo herido: un dedo entrapado, separado, es mirado con regocijo y con una especie de orgullo, y el niño esboza con respecto al mismo el proceso de alienación. Pero una figurilla con rostro humano, o en su defecto una mazorca o un palo, reemplazará de la manera más satisfactoria a ese doble, a ese juguete natural que es el pene.

La gran diferencia consiste en que, por un lado, la muñeca representa el cuerpo en su totalidad y, por otro lado, es una cosa pasiva. En su virtud, la niña se sentirá animada a alienarse en su persona toda entera y a considerar a esta como un dato inerte. Mientras el niño se busca en el pene en tanto que sujeto autónomo, la niña mima a su muñeca y la adorna como sueña que la adornen y la mimen a

---

[103] «Psychogenése et psychanalyse», Revue française de psychanalyse, año 1933.
[104] Véase H. DEUTSCH: Psychology of women. Cita también la autoridad de R. Abraham y J. H. Wram Ophingsen.

ella; inversamente, se ve a sí misma como una maravillosa muñeca[105]. A través de cumplidos y regañinas, a través de imágenes y palabras, descubre el sentido de las palabras «bonita» y «fea»; sabe muy pronto que para agradar hay que ser «bonita como una muñeca», y procura parecerse a una muñeca, se disfraza, se mira en los espejos, se compara con las princesas y las hadas de los cuentos. Ejemplo notable de esta coquetería infantil nos lo procura Marie Bashkirtseff. No fue ciertamente un azar el que, tardíamente destetada a los tres años y medio, experimentase tan intensamente, hacia los cuatro o cinco años de edad, la necesidad de hacerse admirar, de existir para otro: el choque debió de ser violento en una niña más madura y debió de buscar con más pasión sobreponerse a la separación infligida: «A los cinco años -escribe en su diario-, me vestía con encajes de mamá, me ponía flores en el pelo y me iba a bailar al salón. Yo era la gran bailarina Petipa y toda la casa estaba allí, mirándome...»

Este narcisismo aparece tan precozmente en la niña, representará en su vida de mujer un papel tan primordial, que se le juzga de buen grado como emanando de un misterioso instinto femenino. Pero acabamos de ver que, en verdad, no es un destino anatómico el que le dicta su actitud. La diferencia que la distingue de los chicos es un hecho que ella podría asumir de multitud de maneras. El pene constituye, ciertamente, un privilegio, pero su valor disminuye naturalmente cuando el niño se desinteresa de sus funciones excretorias y se socializa: si aún lo conserva a sus ojos, traspuesta la edad de ocho o nueve años, es porque se ha convertido en el símbolo de una virilidad que se ha valorado socialmente. En verdad, la influencia de la educación y del medio ambiente es aquí enorme. Todos los niños procuran compensar la separación del destete por medio de conductas de seducción y de exhibición; se obliga al niño a superar esa fase, se le libera de su narcisismo fijándole en su pene; mientras que a la niña se la confirma en esa tendencia a convertirse en objeto que es común a todos los niños. La muñeca la ayuda a ello, pero tampoco tiene un papel determinante; también el niño puede depositar su afecto en un oso, o en un polichinela en el cual se proyecte; en la forma global de su existencia, es donde cada factor, pene o muñeca, adquiere su peso.

Así, pues, la pasividad que caracteriza esencialmente a la mujer «femenina» es un rasgo que se desarrolla en ella desde los primeros años. Pero es falso pretender que se trata de una circunstancia biológica; en realidad, se trata de un destino que le ha sido impuesto por sus educadores y por la sociedad. La inmensa suerte del niño consiste en que su manera de existir para otro le anima a plantearse para sí mismo. Efectúa el aprendizaje de su existencia como un libre movimiento hacia el mundo; rivaliza en dureza e independencia con los otros niños, y desprecia a las niñas. Trepando a los árboles, zurrándose con sus camaradas, compitiendo con ellos en juegos violentos, toma su cuerpo como un medio para dominar a la Naturaleza y como instrumento de combate; se enorgullece tanto de sus músculos como de su sexo; a través de juegos, deportes, luchas, desafíos y pruebas, halla un empleo equilibrado de sus fuerzas; al mismo tiempo, conoce las severas lecciones de la violencia; aprende a encajar los golpes, a despreciar el dolor, a rechazar las lágrimas de la primera edad. Emprende, inventa, osa. Cierto que también se prueba como «para otro», pone en tela de juicio su virilidad, y de ello se derivan numerosos problemas con respecto a los adultos y a los camaradas. Pero lo que es muy importante es que no haya oposición fundamental entre el cuidado de esa figura objetiva que es suya y su voluntad de afirmarse en sus proyectos concretos. Es haciéndose como se hace ser, con un solo movimiento. Por el contrario, en la mujer hay un conflicto, al principio, entre su existencia autónoma y su «ser-otro»; se le enseña que, para agradar, hay que tratar de agradar, hay que hacerse objeto, y, por consiguiente, tiene que renunciar a su autonomía. Se la trata como a una muñeca viviente y se le rehusa la libertad; así se forma un círculo vicioso; porque, cuanto menos ejerza su libertad para comprender, captar y descubrir el mundo que la rodea, menos recursos hallará en sí misma, menos se atreverá a afirmarse como sujeto; si la animasen a ello, podría manifestar la misma exuberancia viva, la misma curiosidad, el mismo espíritu de iniciativa, la misma audacia que un muchacho. Eso es lo que ocurre, a veces, cuando se le da una formación viril; entonces se le ahorran muchos problemas[106]. Resulta interesante comprobar que ese es el género de educación que un padre da de buen grado a su hija; las mujeres educadas por un hombre escapan, en gran parte, a las taras de la feminidad. Pero las costumbres se oponen a que se trate a las chicas como si fuesen chicos. He conocido en una aldea unas niñas de tres y cuatro años a quienes su padre hacía llevar pantalones; todos los chicos las perseguían, gritando: «¿Son muchachos o muchachas?», y pretendían comprobarlo; hasta que las niñas suplicaron que les pusiesen vestidos. A menos que lleve una existencia muy solitaria, incluso si los padres autorizan sus maneras masculinas, el entorno de la pequeña, sus amigas y profesores no dejarán de sentirse escandalizados. Siempre habrá tías, abuelas y primas para contrapesar la influencia del padre. Normalmente, el papel que se le asigna

[105] La analogía entre la mujer y la muñeca se mantiene en la edad adulta; en francés, se llama vulgarmente muñeca a una mujer; en inglés, de una mujer emperifollada se dice que está dolled up.
[106] Al menos en su primera infancia. En el estado actual de la sociedad, los conflictos de la adolescencia, por el contrario, podrán verse por ello magnificados.

con respecto a sus hijas es un papel secundario. Una de las maldiciones que pesan sobre la mujer -Michelet lo ha señalado justamente- consiste en que, durante su infancia, está abandonada en manos de mujeres. El niño también es educado, en principio, por la madre; pero esta tiene respeto por su virilidad y él se le escapa muy pronto[107]; en cambio, considera que debe integrar a su hija en el mundo femenino.

Más adelante se verá cuán complejas son las relaciones de la madre con la hija: esta es para la madre su doble y otra al mismo tiempo, y la madre la mima imperiosamente y le es hostil al mismo tiempo; la madre impone a la niña su propio destino, lo cual es un modo de reivindicar orgullosamente su feminidad, y también una manera de vengarse. Se observa el mismo proceso en los pederastas, los jugadores, los drogadictos, en todos aquellos que, a la vez, se jactan de pertenecer a cierta hermandad y se sienten humillados por ello: procuran ganar adeptos con ardiente proselitismo. Así, las mujeres, cuando se les confía una niña, se empeñan en transformarla en una mujer semejante a ellas, con un celo en el que la arrogancia se mezcla al rencor. Y hasta una madre generosa, que busca sinceramente el bien de su hija, pensará por lo común que es más prudente hacer de ella una «verdadera mujer», puesto que así la acogerá más fácilmente la sociedad. Por consiguiente, le dan por amigas a otras niñas, la confían a profesoras, vive entre matronas como en los tiempos del gineceo, se le eligen los libros y los juegos que la inician en su destino, le vierten en el oído los tesoros de la prudencia femenina, le proponen virtudes femeninas, le enseñan a cocinar, a coser y a cuidar de la casa, al mismo tiempo que la higiene personal, el encanto y el pudor; la visten con ropas incómodas y preciosas, que es preciso cuidar mucho; la peinan de manera complicada; le imponen normas de compostura: «Mantente erguida, no andes como un pato...» Para ser graciosa, deberá reprimir sus movimientos espontáneos; se le pide que no adopte aires de chico frustrado, se le prohiben los ejercicios violentos, se le prohibe pelearse; en una palabra, la comprometen a convertirse, como sus mayores, en una sirviente y un ídolo. Hoy, gracias a las conquistas del feminismo, cada vez es más normal animarla para que estudie, para que practique los deportes; pero se le perdona de mejor grado que al muchacho su falta de éxito; al mismo tiempo, se le hace más difícil el triunfo, al exigir de ella otro género de realización: por lo menos, se quiere que sea también una mujer, que no pierda su feminidad.

Durante los primeros años se resigna, sin demasiada pena, a esta suerte. El niño se mueve en el plano del juego y del sueño: juega a ser, juega a hacer; el hacer y el ser no se distinguen netamente cuando solo se trata de realizaciones imaginarias. La niña puede compensar la actual superioridad de los chicos mediante las promesas encerradas en su destino de mujer y que, ya, realiza ella en sus juegos. Como todavía no conoce más que su universo infantil, su madre le parece al principio dotada de más autoridad que el padre; se imagina el mundo como una especie de matriarcado; imita a su madre, se identifica con ella; con frecuencia incluso invierte los papeles: «Cuando yo sea grande y tú seas pequeña...», le dice con satisfacción anticipada. La muñeca no es solamente su doble: es también su hija, funciones estas que se excluyen tanto menos cuanto que la hija verdadera es también para la madre un alter ego; cuando reprende, castiga y luego consuela a su muñeca, la niña se defiende de su madre y, al mismo tiempo, se reviste de la dignidad de madre: ella resume los dos elementos de la pareja; se confía a su muñeca, la educa, afirma su autoridad soberana sobre ella, a veces incluso le arranca los brazos, la golpea, la tortura; es decir, a través de ella realiza la experiencia de la afirmación subjetiva y de la alienación. Con frecuencia, la madre está asociada a esa vida imaginaria: en torno a la muñeca, la niña juega al padre y a la madre con su madre, y es esta una pareja de la que está excluido el padre. Tampoco hay ahí ningún «instinto maternal» innato y misterioso. La niña comprueba que el cuidado de los hijos corresponde a la madre, y así se lo enseñan; los relatos oídos, los libros leídos, toda su pequeña existencia, se lo confirma; se la estimula a extasiarse ante aquellas riquezas futuras, le dan muñecas para que ya adopten un aspecto tangible. Su «vocación» le es dictada imperiosamente. Como el hijo se le presenta como su destino, como también ella se interesa por su «interior» más que el niño por el suyo, la pequeña siente una particular curiosidad por el misterio de la procreación; deja pronto de creer que los bebés nacen de las coles o que los traen las cigüeñas; sobre todo cuando la madre le da hermanitos o hermanitas, aprende, en seguida, que los pequeñuelos se forman en el vientre materno. Por otra parte, los padres de hoy rodean al hecho de menos misterio que los de antes; la niña se siente, por lo general, más maravillada que asustada, porque el fenómeno se le presenta bajo una apariencia mágica, y todavía no capta todas las implicaciones fisiológicas. En primer lugar, ignora el papel del padre, y supone que es absorbiendo ciertos alimentos como la mujer queda encinta, lo cual es un tema legendario (se ve a las reinas de los cuentos dar a luz una niña o un hermoso niño tras haber comido cierta fruta, cierto pescado) y lo cual da lugar más tarde, en ciertas mujeres, a establecer una vinculación entre la idea de gestación y la del sistema digestivo. El conjunto de esos problemas y de esos descubrimientos absorbe una gran parte de los intereses de la niña; y nutre su imaginación.

107 Hay multitud de excepciones, naturalmente; pero no podemos estudiar aquí el papel de la madre en la formación del niño varón.

Multitud de niñas ocultan cojines dejado del delantal para jugar a estar encinta, o bien pasean a la muñeca por los pliegues de la falda y la dejan caer en la cuna; también hacen que le dan el pecho. Los niños, como las niñas, admiran el misterio de la maternidad; todos los niños tienen una imaginación «en profundidad» que les hace presentir secretas riquezas en el interior de las cosas; todos son sensibles al milagro de esas muñecas que contienen otras muñecas más pequeñas, cajas que contienen otras cajas, viñetas que se reproducen bajo forma reducida en su propio interior; a todos les encanta que abran un capullo ante sus ojos, o que les muestren al pollito en el cascarón, o que se despliegue a su vista, en una cubeta de agua, la sorpresa de las «flores japonesas». Un pequeño, al abrir un huevo de Pascua lleno de huevecitos de azúcar, exclamó extasiado: «¡Oh, una mamá!» Hacer salir un niño del vientre es hermoso como un juego de prestidigitación. La madre aparece dotada del mirífico poder de las hadas. Muchos niños varones se sienten desolados ante la idea de que semejante privilegio les esté vedado; si más tarde cogen los huevos de los nidos, pisotean las plantas jóvenes, si destruyen la vida a su alrededor con una especie de rabia, lo hacen para vengarse de no poder hacerla brotar; en cambio, a la niña le encanta la idea de que algún día podrá crearla.

Además de esa esperanza, que se concreta en el juego con la muñeca, la vida doméstica también ofrece a la niña posibilidades de afirmación de sí misma. Gran parte de las faenas domésticas puede realizarías una niña muy joven; por lo general, al chico se le dispensa de ese trabajo; pero a su hermana se le permite, incluso se le exige, que barra, limpie el polvo, pele legumbres y tubérculos, lave al recién nacido, vigile el puchero. En particular a la hermana mayor, se la asocia a menudo a las tareas maternales; sea por comodidad, sea por hostilidad y sadismo, la madre descarga sobre ella gran número de sus funciones; entonces la niña se ve precozmente integrada al universo de lo serio; el sentido de su importancia la ayudará a asumir su feminidad; pero la feliz gratuidad, la despreocupación infantil, le son negadas; mujer antes de tiempo, conoce demasiado pronto los límites que esa especificación impone al ser humano; llega adulta a la adolescencia, lo cual presta a su historia un carácter singular. La niña sobrecargada de funciones puede ser prematuramente esclava, estar condenada a una existencia sin alegría. Pero si solo se le pide un esfuerzo adecuado a sus condiciones, entonces experimenta el orgullo de sentirse eficaz como una persona mayor; y se alegra de ser solidaria de los adultos. Esa solidaridad es posible por el hecho de que la distancia que media entre la niña y el ama de casa no es considerable. Un hombre especializado en su oficio está separado del estadio infantil por muchos años de aprendizaje; las actividades paternas son profundamente misteriosas para el niño, en quien apenas se esboza el hombre que será más tarde. Por el contrario, las actividades de la madre son asequibles a la niña. «Ya es una mujercita», dicen los padres, y a veces se estima que es más precoz que el niño: en realidad, si ella está más cerca del estadio adulto es porque, para la mayoría de las mujeres, ese estadio sigue siendo tradicionalmente más infantil. El hecho es que ella se siente precoz, que le halaga representar con los recién nacidos el papel de una «madrecita»; se vuelve importante de buen grado, habla razonablemente, da órdenes, adquiere superioridad con respecto a sus hermanos, encerrados en el círculo infantil; habla con su madre en pie de igualdad.

A pesar de estas compensaciones, no acepta sin pesar el destino que le han asignado; al crecer, envidia a los chicos su virilidad. Sucede que padres y abuelos disimulan mal que hubieran preferido un vástago varón a una hembra, o bien muestran más cariño por el hermano que por la hermana: diversas encuestas han demostrado que la mayoría de los padres desean tener hijos antes que hijas. Se habla a los muchachos con más gravedad, más estima, y se les reconocen más derechos; los mismos chicos tratan a las chicas con desprecio, juegan entre ellos, no admiten chicas en sus bandas, las insultan: entre otras cosas, las llaman «meonas», reavivando con esos epítetos la secreta humillación infantil de la niña. En Francia, en las escuelas mixtas, la casta de los muchachos oprime y persigue deliberadamente a la de las chicas. Sin embargo, si estas quieren entrar en competencia con ellos, pegarse con ellos, son objeto de reprimenda.

Envidian doblemente las actividades por las cuales se singularizan los varones: sienten el espontáneo deseo de afirmar su poder sobre el mundo y protestan contra la situación de inferioridad a la cual se las condena. Entre otras cosas, sufren porque les prohiben trepar a los árboles, ascender por una escala, subirse a un tejado. Adler observa que las nociones de alto y bajo tienen gran importancia, ya que la idea de elevación espacial implica una superioridad espiritual, como se ve a través de numerosos mitos heroicos; alcanzar una cima, una cumbre, es emerger más allá del mundo dado como sujeto soberano, y entre los chicos es un frecuente pretexto de desafío. La niña a quien tales proezas le están prohibidas y que, sentada al pie de un árbol o de un peñasco, ve por encima de ella a los muchachos triunfadores, se considera inferior en cuerpo y alma. Y lo mismo le ocurre si la dejan atrás en una carrera o en una competición de saltos, si la arrojan al suelo en una pelea, o simplemente si la mantienen apartada.

Cuanto más madura el niño, más se ensancha su universo y más se afirma la superioridad masculina. Muy a menudo, la identificación con la madre no aparece ya como una solución satisfactoria; si la niña acepta en principio su vocación femenina, no es que piense abdicar: por el contrario, lo hace para reinar; se quiere matrona, porque la sociedad de las matronas se le antoja privilegiada; pero, cuando sus relaciones, sus estudios, sus juegos, sus lecturas, la arrancan del círculo materno, comprende que no son las mujeres, sino los hombres, quienes son los dueños del mundo. Esta revelación -mucho más que el descubrimiento del pene- es la que modifica imperiosamente la conciencia que adquiere de sí misma.

La jerarquía de los sexos se le descubre, en principio, en la experiencia familiar; comprende poco a poco que, si la autoridad del padre no es la que más cotidianamente se hace sentir, es, no obstante, la autoridad soberana, y el hecho de que no se prostituya no hace sino aumentar su fulgor; incluso si, de hecho, es la madre la que reina como dueña y señora en la casa, por lo común tiene el tacto de anteponer la voluntad del padre; en los momentos importantes, exige, recompensa o castiga en su nombre, a través de él. La vida del padre está rodeada de un misterioso prestigio: las horas que pasa en casa, el cuarto donde trabaja, los objetos que le rodean, sus ocupaciones, sus manías, todo tiene un carácter sagrado. Es él quien alimenta a la familia, es su responsable y su jefe. Habitualmente trabaja fuera; y, por intermedio suyo, la casa se comunica con el resto del mundo: él es la encarnación de ese mundo aventurero, inmenso, difícil y maravilloso; él es la trascendencia, él es Dios[108]. Eso es lo que experimenta carnalmente la niña en el poder de aquellos brazos que la levantan, en la fuerza de aquel cuerpo contra el cual se acurruca. Por él es destronada la madre, como en otro tiempo Isis por Ra y la Tierra por el Sol. Pero la situación de la niña queda entonces profundamente cambiada: estaba llamada a convertirse un día en una mujer semejante a su madre todopoderosa, pero nunca llegará a ser el padre soberano; el vínculo que la unía a su madre era una emulación activa, pero del padre no puede más que esperar pasivamente una valoración. El niño capta la superioridad paterna a través de un sentimiento de rivalidad, en tanto que la niña la sufre con una admiración impotente. Ya he dicho que lo que Freud llama «complejo de Electra» no es, como él pretende, un deseo sexual, sino una profunda abdicación del sujeto, que consiente hacerse objeto en la sumisión y la adoración. Si el padre manifiesta ternura por su hija, esta siente su existencia magníficamente justificada; está dotada de todos los méritos que las otras han de adquirir trabajosamente; está colmada y divinizada. Es posible que durante toda su vida busque con nostalgia esa plenitud y esa paz. Si este amor le es negado, puede sentirse culpable y condenada para siempre, o puede buscar en otra parte una valoración de sí misma y volverse indiferente y aun hostil con respecto a su padre. Por lo demás, el padre no es el único que posee las llaves del mundo: todos los hombres participan normalmente del prestigio viril; no ha lugar a considerarlos como «sustitutos» del padre. En tanto que hombres, los abuelos, hermanos mayores, tíos, padres de sus compañeros de juego, amigos de la casa, profesores, sacerdotes, médicos, fascinan inmediatamente a la pequeña. La conmovida consideración que las mujeres adultas testimonian al Hombre, bastaría para colocarlo sobre un pedestal[109].

Todo contribuye a confirmar a los ojos de la niña esta jerarquía. Su cultura histórica, literaria, las canciones, las leyendas con que la acunan, son una exaltación del hombre. Han sido los hombres quienes han hecho Grecia, el Imperio Romano, Francia y todas las naciones, quienes han descubierto la Tierra e inventado los instrumentos que permiten explotarla, quienes la han gobernado, quienes la han poblado de estatuas, cuadros, libros. La literatura infantil, la mitología, cuentos, relatos, reflejan los mitos creados por el orgullo y los deseos de los hombres: a través de los ojos de los hombres es como la niña explora el mundo y en él descifra su destino. La superioridad masculina es aplastante: Perseo, Hércules, David, Aquiles, Lancelot, Du Guesclin, Bayardo, Napoleón... ¡Qué de hombres por una sola Juana de Arco! ¡Y, aun detrás de esta, se perfila la gran figura masculina de San Miguel Arcángel! Nada más aburrido que los libros que trazan la existencia de mujeres ilustres: son éstas palidísimas figuras al lado de las de los grandes hombres, y la mayoría de ellas se bañan en la sombra de algún héroe masculino. Eva no ha sido creada por sí misma, sino como compañera de Adán y extraída de su flanco; en la Biblia hay pocas mujeres cuyas acciones sean notorias: Ruth

108 «Su generosa persona me inspiraba un gran amor y un extremado temor...», dice madame de Noailles al hablar de su padre, y añade: «Al principio, me asombraba. El primer hombre siempre asombra a una niña. Percibía perfectamente que todo dependía de él.»

109 Es notable que el culto al padre se encuentre, sobre todo, en la hija mayor: el hombre se interesa más por una primera paternidad; con frecuencia es él quien consuela a su hija, igual que consuela al hijo, cuando la madre es acaparada por nuevos retoños, y la niña se adherirá ardientemente a él. Por el contrario, la hija menor no posee jamás al padre sin compartirlo; por lo general, tiene celos de él y de su hermana mayor al mismo tiempo; se fija en esta, a quien la complacencia del padre reviste de un gran prestigio, o se vuelve hacia su madre, o se rebela contra su familia y busca ayuda fuera de la misma. En las familias numerosas, la menor de las hijas halla de manera distinta un lugar privilegiado. Bien entendido que numerosas circunstancias pueden motivar en el padre predilecciones singulares. Pero casi todos los casos que yo conozco confirman esta observación sobre las actitudes inversas de la hija mayor y la menor.

no hizo sino encontrar un marido; Esther obtuvo gracia de los judíos arrodillándose a los pies de Asuero, y, en realidad, no fue sino un dócil instrumento en manos de Mardoqueo; Judith tuvo más audacia, pero también ella obedecía a los sacerdotes, y su hazaña tiene un regusto sospechoso: no podría compararse con el puro y deslumbrante triunfo del joven David. Las diosas de la mitología son frívolas o caprichosas, y todas tiemblan en presencia de Júpiter; mientras Prometeo hurta soberbiamente el fuego del cielo, Pandora abre la caja de las desdichas. Desde luego, hay algunas brujas, algunas viejas que, en los cuentos, ejercen un poder temible. Entre otros, en el Jardín del paraíso, de Andersen, la figura de la Madre de los Vientos recuerda a la Gran Diosa primitiva: sus cuatro hijos gigantescos la obedecen temblando, y ella les pega y los encierra en sacos cuando se portan mal. Pero no son personajes atractivos. Más seductoras son las hadas, sirenas y ondinas que escapan a la dominación del macho; pero su existencia es incierta, apenas individualizada; intervienen en el mundo humano sin tener un destino propio: tan pronto como la sirenita de Andersen se hace mujer, conoce el yugo del amor, y el sufrimiento se convierte en su patrimonio. En los relatos contemporáneos, como en las leyendas antiguas, el hombre es el héroe privilegiado. Los libros de madame de Ségur constituyen una curiosa excepción: describen una sociedad matriarcal en donde el marido, cuando no está ausente, representa un personaje ridículo; pero habitualmente, como en el mundo real, la imagen del padre aparece nimbada de gloria. Los dramas femeninos de Little Women se desarrollan bajo la égida del padre divinizado por la ausencia. En las novelas de aventuras, son los varones quienes dan la vuelta al mundo, viajan como marinos en los barcos, se alimentan en la selva con los frutos del árbol del pan. Todos los acontecimientos importantes suceden por medio de los hombres. La realidad confirma esas novelas y esas leyendas. Si la niña lee los periódicos, si escucha la conversación de las personas mayores, comprueba que, hoy como ayer, los hombres son quienes conducen el mundo. Los jefes de Estado, los generales, los exploradores, los músicos, los pintores a quienes admira, son hombres; y esos hombres hacen latir su corazón con entusiasmo.

Ese prestigio se refleja en el mundo sobrenatural. Generalmente, y como consecuencia del papel que desempeña la religión en la vida de las mujeres, la pequeña, más dominada por la madre que su hermano, sufre también más las influencias religiosas. Ahora bien: en las religiones occidentales, Dios Padre es un hombre, un anciano dotado de un atributo específicamente viril: una opulenta barba blanca[110]. Para los cristianos, Jesucristo es más concretamente todavía un hombre de carne y hueso de larga barba rubia. Según los teólogos, los ángeles no tienen sexo; pero llevan nombres masculinos y se manifiestan en figura de hermosos jóvenes. Los emisarios de Dios en la Tierra, el papa, los obispos cuyo anillo se besa, el sacerdote que dice la misa, el que predica, aquel ante el cual uno se arrodilla en el secreto del confesonario, son hombres. Para una niña piadosa, las relaciones con el Padre Eterno son análogas a las que sostiene con el padre terrenal; como se desarrollan en el plano de lo imaginario, la niña conoce incluso una dimisión más total. La religión católica, entre otras, ejerce sobre ella la más turbadora de las influencias[111]. La Virgen recibe de rodillas las palabras del ángel: «Soy la sierva del Señor», responde ella.

María Magdalena se postra a los pies de Cristo y le enjuga los pies con su larga cabellera de mujer. Las santas declaran de rodillas su amor por el Cristo radiante. De hinojos, en medio del olor a incienso, la niña se abandona a la mirada de Dios y de los ángeles: una mirada de hombre. Se ha insistido frecuentemente sobre las analogías del lenguaje erótico con el lenguaje místico, tal y como lo hablan las mujeres; por ejemplo, Santa Teresita del Niño Jesús escribe:

> ¡Oh, mi Bienamado!, por tu amor acepto no ver aquí
> abajo la dulzura de tu mirada, ni sentir el inexpresable beso
> de tu boca, pero te suplico que me inflames con tu amor...
>
> Mi Bienamado, de tu primera sonrisa
> pronto entrever la dulzura déjame.
> ¡Ah!, déjame en mi ardiente quimera.
> Sí; esconderme en tu corazón, déjame.
>
> Quiero sentirme fascinada por tu divina mirada, quiero ser
> presa de tu amor. Un día, así lo espero, te abatirás sobre mí

[110] «Por otra parte, ya no sufría a causa de mi incapacidad para ver a Dios, porque desde hacía poco había logrado imaginarlo con los rasgos de mi difunto abuelo; esta imagen, a decir verdad, era más bien humana; pero yo me había apresurado a divinizarla separando del busto la cabeza de mi abuelo y aplicándola mentalmente a un fondo de cielo azul, donde nubes blancas le hacían un collar», cuenta Yassu Gauclère en L'orange bleue.

[111] Está fuera de toda duda que las mujeres son infinitamente más pasivas, entregadas al hombre, serviles y humilladas en los países católicos, Italia, España, Francia, que en los países protestantes: escandinavos y anglosajones. Y ello proviene en gran parte de su propia actitud: el culto a la Virgen, la confesión, etc., las invitan al masoquismo.

> para llevarme al hogar del amor, me hundirás al fin en ese ardiente abismo para hacerme eternamente su dichosa víctima.

Sin embargo, no hay que deducir de ello que tales efusiones sean siempre de carácter sexual; más bien, cuando la sexualidad femenina se desarrolla, se encuentra penetrada del sentimiento religioso que la mujer ha dedicado al hombre desde su infancia. Es cierto que la niña experimenta cerca del confesor, e incluso al pie del altar desierto, un estremecimiento muy semejante al que experimentará más tarde en brazos del hombre amado, y es que el amor femenino es una de las formas de la experiencia en la cual una conciencia se hace objeto para un ser que la trascienda; y también son esas delicias pasivas las que la joven devota gusta en las sombras de la iglesia.

Postrada, con el rostro oculto entre las manos, conoce el milagro de la renuncia: asciende al cielo de rodillas; su abandono en los brazos de Dios le asegura una Asunción acolchada con nubes y ángeles. Sobre tan maravillosa experiencia, calca ella su porvenir terrestre. La niña puede descubrirlo también por multitud de otros caminos: todo la invita a abandonarse en sueños en brazos de los hombres para ser transportada a un cielo de gloria. Aprende que, para ser dichosa, hay que ser amada, y, para ser amada, hay que esperar al amor. La mujer es la Bella Durmiente del Bosque, Piel de Asno, Cenicienta, Blanca Nieves, la que recibe y sufre. En las canciones, en los cuentos, se ve al joven partir a la ventura, en busca de la mujer; él mata dragones, lucha con gigantes; ella está encerrada en una torre, un palacio, un jardín, una caverna, o encadenada a una roca, cautiva, dormida: ella espera. Un día vendrá mi príncipe... Some day he'll come along, the man I love ...; los refranes populares le insuflan sueños de paciencia y esperanza. La suprema necesidad para la mujer consiste en hechizar un corazón masculino; aun siendo intrépidas y aventureras, esa es la recompensa a la cual aspiran todas las heroínas; y casi nunca se les pide otra virtud que la de su belleza. Se comprende que el cuidado de su aspecto físico pueda convertirse para la muchacha en una verdadera obsesión; princesas o pastoras, siempre es preciso ser bonita para conquistar el amor y la dicha; la fealdad es cruelmente asociada a la maldad, y, cuando se ven las desdichas que se abaten sobre las feas, no se sabe bien si el destino castiga sus crímenes o su desgracia. Con frecuencia, las jóvenes bellezas destinadas a un glorioso futuro empiezan por presentarse en papel de víctimas; las historias de Genoveva de Brabante, de Grisélides, no son tan inocentes como parece; el amor y el sufrimiento se entrelazan en ellas de manera turbadora; cayendo al fondo de la abyección es como la mujer se asegura los triunfos más deliciosos; ya se trate de Dios o de un hombre, la jovencita aprende que, admitiendo las más profundas renuncias, se hará omnipotente: se complace en un masoquismo que le promete supremas conquistas. Santa Blandina, blanca y ensangrentada entre las garras de los leones, Blanca Nieves tendida como muerta en un ataúd de cristal, la Bella Durmiente, Atala desvanecida, toda una cohorte de tiernas heroínas lastimadas, pasivas, heridas, arrodilladas, humilladas, enseñan a su joven hermana el fascinante prestigio de la belleza martirizada, abandonada, resignada. Así, pues, no es sorprendente que, mientras su hermano juega al héroe, la niña juegue a la mártir de tan buen grado: los paganos la arrojan a los leones; Barba Azul la arrastra por los cabellos; el rey, su esposo, la destierra al fondo de los bosques; ella se resigna, sufre, muere y su frente se nimba de gloria. «Cuando era yo muy pequeña, deseaba atraerme la ternura de los hombres, inquietarlos, ser salvada por ellos, morir entre sus brazos», escribe madame de Noailles. En *La voile noire*, de Marie Le Hardouin, se halla un notable ejemplo de esos sueños masoquistas:

> A los siete años, de no sé qué costilla, fabriqué yo mi primer hombre. Era alto, esbelto, extremadamente joven, vestido con un traje de raso negro cuyas largas mangas llegaban hasta el suelo. Los hermosos cabellos rubios le caían sobre los hombros en densos rizos... Le llamaba Edmond... Llegó un día en que le di dos hermanos... Y aquellos tres hermanos, Edmond, Charles y Cédric, los tres vestidos de raso negro, los tres rubios y esbeltos, me hicieron conocer extrañas beatitudes. Sus pies calzados de seda eran tan lindos y sus manos tan frágiles, que me subían al alma toda suerte de impulsos... Me convertí en su hermana Marguerite... Me complacía imaginarme sujeta al capricho de mis hermanos y totalmente a su merced. Soñaba que mi hermano mayor, Edmond, tenía derecho de vida y muerte sobre mí. Jamás obtuve permiso para alzar la mirada hacia su rostro. Mandaba que me azotasen con el menor pretexto. Cuando me dirigía la palabra me sentía tan trastornada por el temor y el pesar, que no encontraba nada que contestarle y farfullaba incansablemente: «Sí, monseñor», «No, monseñor», lo cual me hacía saborear la extraña delicia de sentirme idiota... Cuando el sufrimiento que me imponía era demasiado intenso, yo murmuraba: «Gracias, monseñor», y llegaba un momento en que, desfalleciendo casi de dolor, para no gritar, posaba los labios en su mano, mientras, rompiéndome por fin el corazón algún impulso extraño, alcanzaba uno de esos estados en que se desea morir por exceso de dicha.

A una edad más o menos precoz, la niña sueña que ya ha llegado a la edad del amor; a los nueve o diez años, se divierte maquillándose, se rellena el corpiño, se disfraza de mujer. Sin embargo, no busca realizar ninguna experiencia erótica con los niños: si sucede que se va con ellos a los rincones para jugar a «mostrarse cosas», lo hace solo por curiosidad sexual. Pero el compañero de las ensoñaciones amorosas es un adulto, bien puramente imaginario, bien evocado partiendo de individuos reales: en este último caso, la niña se contenta con amarle a distancia. En los recuerdos de Colette Audry[112] se hallará un excelente ejemplo de esas ensoñaciones infantiles; según cuenta, ella descubrió el amor a la edad de cinco años.

> Aquello, naturalmente, no tenía nada que ver con los pequeños placeres sexuales de la infancia, con la satisfacción que experimentaba, por ejemplo, al cabalgar sobre cierta silla del comedor o al acariciarme antes de quedarme dormida... El único rasgo común entre el sentimiento y el placer consistía en que yo disimulaba cuidadosamente ambos a quienes me rodeaban... Mi amor por aquel joven consistía en pensar en él antes de dormirme, imaginándome historias maravillosas. En Privas, me enamoré sucesivamente de todos los jefes de gabinete de mi padre... Nunca me afligía demasiado su partida, porque apenas constituían más que un pretexto para fijar mis ensueños amorosos... Por la noche, cuando ya estaba acostada, me desquitaba de un exceso de juventud y timidez. Lo preparaba todo cuidadosamente, no me costaba ningún esfuerzo traérmelo allí, presente; pero de lo que se trataba era di transformarme yo misma, de manera que pudiese verme desde el interior, porque me convertía en ella y dejaba de ser yo. En primer lugar, yo era bella y tenía dieciocho años. Me ayudó mucho una caja de bombones: una larga caja de peladillas rectangular y aplastada que representaba a dos muchachas rodeadas de palomas. Yo era la morena de los ciertas, la del largo vestido de muselina. Nos había separado una ausencia de diez años. El regresaba algo envejecido, y la vista de aquella maravillosa criatura le trastornaba. Ella apenas parecía acordarse de él, y se mostraba llena de naturalidad, de indiferencia y de inteligencia. Compuse para aquel primer encuentro conversaciones verdaderamente brillantes. Se sucedían los malentendidos, toda una conquista difícil, horas crueles de desaliento y celos para él. Al fin, acorralado, confesaba su amor. Ella le escuchaba en silencio, y, cuando él lo creía todo perdido, le decía que jamás había dejado de amarle, y entonces se abrazaban un poco. La escena se desarrollaba generalmente en un banco del parque, por la noche. Veía las dos formas unidas, oía el murmullo de sus voces, percibía al mismo tiempo el cálido contacto de sus cuerpos. Pero, a partir de ahí, todo se diluía..., jamás llegaba al matrimonio[113]... A la mañana siguiente, pensaba un poco en ello mientras me lavaba. No sé por qué el rostro enjabonado que contemplaba en el espejo me encantaba (el resto del tiempo no me encontraba bonita) y me llenaba de esperanza. Habría contemplado durante horas enteras aquella faz nebulosa y un poco conmovida que parecía esperarme a lo lejos, en el camino del porvenir. Pero era preciso apresurarse; una vez que me hubiese enjugado, todo terminaba y volvía a encontrar mi trivial carita de niña que ya no me interesaba.

Juegos y sueños orientan a la niña hacia la pasividad; pero, antes de hacerse mujer, es un ser humano; y ya sabe que aceptarse como mujer equivale a denegarse y mutilarse; si la negación es tentadora, la mutilación es odiosa. El Hombre, el Amor, están todavía muy lejos, en las brumas del porvenir; en el presente, la niña, al igual que sus hermanos, busca la actividad, la autonomía. El fardo de la libertad no es pesado para los niños, porque no implica responsabilidad; ellos se saben en seguridad al amparo de los adultos: no se sienten tentados por la huida. Su espontáneo impulso hacia la vida, su gusto por el juego, la risa y la aventura llevan a la niña a encontrar estrecho y asfixiante el círculo maternal. Querría escapar a la autoridad de su madre. Es una autoridad que se ejerce de manera mucho más cotidiana e íntima que la que han de aceptar los chicos. Raros son los casos en que se muestra tan comprensiva y discreta como esa «Sido» que Colette pinta con amor. Sin hablar de los casos cuasi patológicos -que son frecuentes[114]- en los que la madre es una suerte de verdugo, saciando en la niña su instinto de dominación y su sadismo, la niña es un objeto privilegiado frente al cual pretende afirmarse como sujeto soberano; esa protección lleva a la niña a encabritarse con rebeldía. Colette Audry ha descrito esta rebeldía de una niña normal contra una madre normal:

> No habría podido responder con la verdad, por inocente que fuese esta, ya que jamás me sentía inocente delante de mamá. Ella era la gran persona esencial, y yo la detestaba tanto por eso, que todavía no estoy curada de ese aborrecimiento. Había en lo

112 Aux Yeux du souvenir.

113 Frente a las figuraciones masoquistas de Marie Le Hardouin, las de Colette Audry son de un tipo sádico. Desea que el bienamado esté herido, en peligro, para salvarlo heroicamente, no sin antes haberle humillado. He ahí la nota personal y característica de una mujer que no aceptará jamás la pasividad y tratará de conquistar su autonomía de ser humano.

114 Véanse V. LEDUC: L'Asphyxie, S. DE TERVAGNES: La Haine maternelle, H. BAZIN: Vipère au poing.

> más hondo de mí una especie de herida tumultuosa y feroz que estaba segura de encontrar siempre en carne viva... No pensaba que fuese demasiado severa ni que no tuviese derecho a hacer lo que hacía. Pensaba simplemente: no, no, no, con todas mis fuerzas. No le reprochaba el hecho mismo de su autoridad, ni las órdenes o las prohibiciones arbitrarias, sino su deseo de hacerme entrar por el aro. Lo decía así algunas veces, y, cuando no lo decía, lo decían sus ojos, lo decía su voz. O bien contaba a otras damas que los niños son mucho más dóciles después de aplicarles un correctivo. Estas palabras se me quedaban atravesadas en la garganta, inolvidables: no podía vomitarlas, no podía tragarlas. Esta cólera era mi culpabilidad ante ella y también mi vergüenza ante mí misma (porque, en definitiva, ella me atemorizaba y yo no tenía en mi activo, a guisa de represalias, más que algunas palabras violentas o algunas insolencias), pero también mi gloria, a pesar de todo, mientras la herida estuviese allí y se mantuviese viva la muda locura que me sobrevenía con solo repetir: pasar por el aro, docilidad, correctivo, humillación, no pasaré por el aro.

La rebelión es tanto más violenta cuanto que a menudo la madre pierde su prestigio. Se presenta como la que espera, la que sufre, la que se queja, la que llora, la que hace escenas: y, en la realidad cotidiana, ese ingrato papel no conduce a ninguna apoteosis; como víctima, es despreciada; como arpía, detestada; su destino aparece como el prototipo de la insulsa repetición: para ella, la vida no hace sino repetirse estúpidamente, sin ir a ninguna parte; obstinada en su papel de ama de casa, detiene la expansión de la existencia, es obstáculo y negación. Su hija desea ardientemente no parecérsele. Rinde culto a las mujeres que han escapado a la servidumbre femenina: actrices, escritoras, profesoras; se entrega con ardor a los deportes, al estudio; trepa a los árboles, se desgarra la ropa, trata de rivalizar con los chicos. Lo más frecuente es que elija una amiga del alma a la cual se confía; es una amistad exclusiva como una pasión amorosa y que generalmente implica el compartir secretos sexuales: las niñas se intercambian los informes que han logrado procurarse y los comentan. Sucede con bastante frecuencia que se forme un triángulo, cuando una de las niñas se enamora del hermano de su amiga. Así, Sonia, en Guerra y paz, es la amiga del alma de Natacha, de cuyo hermano Nicolás está enamorada.

En todo caso, esa amistad se rodea de misterio; por lo común, la niña, en ese período, gusta de tener secretos: de la cosa más insignificante hace un secreto; así reacciona contra los tapujos que oponen a su curiosidad; también es una manera de darse importancia, cosa que busca por todos los procedimientos; procura intervenir en la vida de las personas mayores, inventa a su propósito novelas en las cuales no cree más que a medias y en las que desempeña un papel importantísimo. Con sus amigas, afecta responder con el desprecio al desprecio de los muchachos; forman rancho aparte, ríen y se mofan de ellos. Pero, en realidad, se siente halagada cuando la tratan en pie de igualdad y busca su aprobación. Le gustaría pertenecer a la casta privilegiada. El mismo movimiento que, en las hordas primitivas, somete la mujer a la supremacía masculina, se traduce en cada nueva iniciada por un rechazo de su suerte: en ella, la trascendencia condena lo absurdo de la inmanencia. La irrita verse vejada por las normas de la decadencia, embarazada por sus ropas, esclavizada por los cuidados de la casa, detenida en todos sus impulsos; sobre este punto se han hecho multitud de encuestas; todas ellas han arrojado, poco más o menos, el mismo resultado[115]: todos los chicos -como Platón en otro tiempo- declaran que les hubiera horrorizado ser niñas, y casi todas las niñas se muestran desoladas por no ser chicos. Según las estadísticas elaboradas por Havelock Ellis, de cada cien niños, solamente uno desearía ser niña, mientras que más del 75 por 100 de las niñas hubieran preferido cambiar de sexo. Según una encuesta de Karl Pipal (de la que habla Baudouin en su obra L'âme enfantine), de veinte muchachos de doce a catorce años, dieciocho dijeron que preferirían ser cualquier cosa antes que niñas, y de veintidós niñas, diez hubieran deseado ser niños; ellas exponían las razones siguientes: «Los varones están mejor: no tienen que sufrir como las mujeres... Mi madre me querría más... Un muchacho hace trabajos más interesantes... Un chico tiene más capacidad para estudiar... Me divertiría asustando a las chicas... Ya no tendría miedo a los chicos... Son más libres... Los juegos de los chicos son más divertidos... A ellos no les estorba la ropa...» Esta última observación se repite con frecuencia: las niñas se quejan casi todas de que las molestan sus ropas, de que no tienen libertad de movimientos, de verse obligadas a vigilar sus faldas o sus vestidos claros, tan fáciles de manchar. Hacia los diez o doce años, la mayor parte de las niñas son verdaderamente «chicos frustrados», es decir, niñas a quienes falta la licencia para ser varones. No solo sufren esto como una privación y una injusticia, sino que el régimen al cual se las condena es insano. La exuberancia de la vida tropieza en ellas con barreras, su vigor no empleado se torna nerviosismo; sus ocupaciones, demasiado juiciosas, no consumen su exceso de energía; se aburren,

[115] Hay excepción, por ejemplo, en una escuela suiza, donde niños y niñas participan de la misma educación mixta, en privilegiadas condiciones de comodidad y libertad, y todos ellos se han declarado satisfechos. Pero tales circunstancias son excepcionales. Seguramente, las niñas podrían ser tan felices como los niños; pero el hecho es que, en la sociedad actual, no lo son.

y, por aburrimiento y para compensar la inferioridad que padecen, se abandonan a ensueños morosos y novelescos; toman gusto a esas evasiones fáciles y pierden el sentido de la realidad; se entregan a sus emociones con una exaltación desordenada; a falta de obrar, hablan, mezclan de buen grado conversaciones serias con palabras sin pies ni cabeza; abandonadas, «incomprendidas», buscan consuelo en sentimientos narcisistas: se consideran heroínas de novela, se admiran a sí mismas y se lamentan; es natural que se hagan coquetas y comediantas, defectos estos que se acentuarán en el momento de la pubertad. Su malestar se traduce en impaciencias, crisis de cólera, lágrimas; tienen gusto por las lágrimas -gusto que conservan después muchas mujeres-, en gran parte porque les agrada representar el papel de víctimas: se trata, al mismo tiempo, de una protesta contra la dureza del destino y de una manera de presentarse bajo un aspecto conmovedor. «A las niñas les gusta tanto llorar, que he conocido algunas que iban a llorar delante de un espejo para gozar doblemente con sus lágrimas», cuenta monseñor Dupanloup. La mayor parte de sus dramas conciernen a sus relaciones con la familia; tratan de romper sus vínculos con la madre: tan pronto le son hostiles como conservan una aguda necesidad de su protección; querrían acaparar el amor del padre; son celosas, susceptibles, exigentes. A menudo inventan novelas; se imaginan que son niñas adoptadas, que sus padres no son sus verdaderos padres; les atribuyen una vida secreta; sueñan con sus relaciones; se imaginan de buen grado que el padre es un hombre incomprendido, desdichado, que no encuentra en su mujer la compañera ideal que su hija sabría ser para él; o, por el contrario, que la madre le encuentra con razón grosero y brutal, que siente horror ante la idea de toda relación física con él. Fantasmas, comedias, pueriles tragedias, falsos entusiasmos, rarezas; la razón de todo ello hay que buscarla, no en una misteriosa alma femenina, sino en la situación concreta de la niña.

Para un individuo que se experimenta como sujeto, autonomía, trascendencia, como un absoluto, es una extraña experiencia descubrir en sí mismo, a título de esencia dada, la inferioridad: es una extraña experiencia para quien se plantea ante sí como el Uno, verse revelado a sí mismo como disimilitud. Eso es lo que le sucede a la niña cuando, al hacer el aprendizaje del mundo, se capta en él como mujer. La esfera a la cual pertenece está cerrada por todas partes, limitada, dominada por el universo masculino: por alto que se ice, por lejos que se aventure, siempre habrá un techo sobre su cabeza y unas paredes que le impedirán el paso. Los dioses del hombre se hallan en un cielo tan lejano, que, en verdad, para él, no hay dioses: la niña, en cambio, vive entre dioses de rostro humano.

Esta situación no es única. Es también la que conocen los negros de Norteamérica, parcialmente integrados en una civilización que, no obstante, los considera como una casta inferior; lo que Big Thomas[116] experimenta con tanto rencor en la aurora de su vida es esa inferioridad definitiva, esa disimilitud maldita que se inscribe en el color de su piel: contempla el paso de los aviones y sabe que, porque es negro, el cielo le está prohibido. Porque es hembra, la niña sabe que el mar y los polos, que mil aventuras, mil gozos, le están prohibidos: ha nacido del lado malo. La gran diferencia consiste en que los negros sufren su suerte en la revuelta: ningún privilegio compensa su dureza; en cambio, a la mujer se le invita a la complicidad. Ya he recordado que, junto a la auténtica reivindicación del sujeto que se quiere en soberana libertad, hay en el existente un deseo inauténtico de dimisión y de huida; son las delicias de la pasividad, que padres y educadores, libros y mitos, mujeres y hombres hacen espejear ante los ojos de la pequeña; durante los primeros años de su infancia, ya se le enseña a gustar esas delicias; la tentación se hace cada vez más insidiosa, y ella cede tanto más fatalmente cuanto que el impulso de su trascendencia choca con las más severas resistencias. Pero, al aceptar su pasividad, acepta también sufrir sin resistencia un destino que le van a imponer desde fuera, y esa fatalidad la espanta. Ya sea ambicioso, aturdido o tímido, el joven se lanza hacia un porvenir abierto; será marino o ingeniero, permanecerá en el campo o marchará a la ciudad, verá mundo, se hará rico; se siente libre ante un porvenir donde le esperan oportunidades imprevistas. La niña llegará a ser esposa, madre, abuela; tendrá la casa exactamente igual que lo ha hecho su madre; cuidará a sus hijos como la cuidaron a ella; tiene doce años y su historia ya está inscrita en el cielo; la descubrirá día tras día, sin hacerla jamás, siente curiosidad, pero se asusta cuando evoca esa vida cuyas etapas, todas, están previstas de antemano y hacia la cual la encamina ineluctablemente cada jornada.

Por eso a la niña le preocupan los misterios sexuales mucho más todavía que a sus hermanos; ciertamente, a ellos también les interesan apasionadamente, pero, en su porvenir, el papel de marido y de padre no es el que más le preocupa; en el matrimonio, en la maternidad, lo que está en juego es el destino entero de la pequeña, y, desde que empieza a presentir sus secretos, su cuerpo se le aparece odiosamente amenazado. La magia de la maternidad se ha disipado: que haya sido informada más o menos temprano, de manera más o menos coherente, ella sabe que el niño no

[116] Véase R. WRIGHT: *Native Son*.

aparece por azar en el vientre materno y que no es un golpe de varita mágica el que lo hace salir de allí; entonces se interroga a sí misma con angustia. A menudo, ya no le parece maravilloso, sino horrendo, que un cuerpo parásito deba proliferar en el interior de su cuerpo; la idea de aquella monstruosa hinchazón la espanta. ¿Y cómo saldrá el bebé? Aunque nadie le haya hablado nunca de los gritos y sufrimientos de la maternidad, ha sorprendido conversaciones, ha leído las palabras bíblicas: «Parirás con dolor»; presiente torturas que no podría ni siquiera imaginar; inventa extrañas operaciones en la región del ombligo; si supone que el feto será expulsado por el ano, no por ello se siente más tranquila: algunas muchachitas han sufrido crisis de estreñimiento neurótico, cuando han creído descubrir el proceso del nacimiento. Las explicaciones exactas no serán de gran ayuda, porque van a atormentarla imágenes de hinchazón, desgarramientos y hemorragia. La muchacha será tanto más sensible a esas visiones cuanto más imaginativa sea; pero ninguna podrá encararlas sin estremecerse. Colette cuenta que su madre la encontró desvanecida después de haber leído en una novela de Zola la descripción de un nacimiento.

> El autor pintaba el parto «con un crudo y brusco lujo de detalles, una minuciosidad anatómica, una complacencia en el color, la actitud y el grito, en los que no reconocí nada de mi tranquila experiencia de joven campesina. Me sentí invadida de credulidad, despavorida, amenazada en mi destino de pequeña hembra... Otras palabras pintaban ante mis ojos la carne rasgada, el excremento, la sangre sucia... El césped me recogió tendida y desmadejada como una de aquellas pequeñas liebres que los cazadores furtivos llevaban, recién muertas, a la cocina».

Las palabras tranquilizadoras que ofrecen las personas mayores dejan inquieta a la niña; al crecer, aprende a no creer ya en la palabra de los adultos; con frecuencia ha sido sobre los misterios mismos de la generación donde ha descubierto sus mentiras; y sabe igualmente que ellos consideran normales las cosas espantosas; si ha experimentado algún choque físico violento, como una extirpación de amígdalas, una extracción dental, un panadizo abierto con el bisturí, proyectará sobre el parto la angustia cuyo recuerdo ha conservado.

El carácter físico del embarazo y del parto sugiere inmediatamente que entre los esposos sucede algo de tipo físico. La palabra «sangre», que a menudo se encuentra en expresiones tales como «hijo de la misma sangre, pura sangre, sangre mezclada», orienta en ocasiones la imaginación infantil; se supone que el matrimonio va acompañado de alguna transfusión solemne. Pero lo más frecuente es que la «cosa física» aparezca ligada al sistema urinario y excretorio; en particular los niños suponen de buen grado que el hombre orina dentro de la mujer. Se piensa en la operación sexual como en una cosa sucia. Eso es lo que trastorna al niño, para quien las cosas «sucias» siempre han estado rodeadas de los más severos tabúes: así, pues, ¿cómo sucede que los adultos las integren en su vida? Al principio, el niño está defendido contra el escándalo por lo absurdo mismo de lo que descubre: no encuentra sentido alguno a lo que oye contar, a lo que lee, a lo que ve; todo le parece irreal. En el encantador libro de Carson Mac Cullers titulado The member of the wedding, la joven heroína sorprende en el lecho a dos vecinos desnudos; la anomalía misma del caso impide que le conceda la menor importancia.

Era un domingo de verano, y la puerta de los Marlowe estaba abierta. Ella solo podía ver una parte de la habitación, una parte de la cómoda y únicamente el pie de la cama, sobre el que estaba tirado el corsé de la señora Marlowe. Pero en la tranquila estancia sonaba un ruido que ella no identificaba, y, cuando avanzó hasta el umbral, quedó asombrada ante un espectáculo que al primer vistazo la hizo precipitarse hacia la cocina gritando: «¡El señor Marlowe tiene una crisis!» Berenice se había precipitado hacia el vestíbulo, pero cuando miró en la habitación, no hizo más que apretar los labios y cerró la puerta de golpe... Frankie había tratado de preguntar a Berenice para descubrir lo que era aquello. Pero Berenice se había limitado a contestar que era gente vulgar y había añadido que, por consideración a cierta persona, al menos deberían haber cerrado la puerta. Frankie sabía quién era aquella persona, y, sin embargo, no comprendía nada. ¿Qué clase de crisis era aquélla?, preguntó. Pero Berenice respondió únicamente: «Mi pequeña, no ha sido más que una crisis normal.» Y Frankie comprendió por el tono de su voz que no le decía todo. Más tarde, solo recordó a los Marlowe como gente vulgar...

Cuando se previene a los niños contra los desconocidos, cuando delante de ellos se interpreta un incidente sexual, se les habla de buen grado de enfermos, de maníacos, de locos; es una explicación cómoda; la muchachita palpada por su vecino de butaca en el cine, aquella otra delante de la cual un transeúnte se desabrocha la bragueta, piensan que han tenido que habérselas con locos; ciertamente, el encuentro con la locura es desagradable: un ataque de epilepsia, una crisis de histerismo, una discusión violenta, revelan los defectos en el orden del mundo de los adultos, y el niño que es testigo de ellos se siente en peligro; pero, en fin, lo mismo que en una sociedad

armoniosa hay vagabundos, mendigos, tullidos de llagas horrendas, también puede haber ciertos anormales, sin que los fundamentos de aquella se resquebrajen. El niño sólo siente verdadero miedo cuando sospecha que los padres, los amigos y los maestros celebran a escondidas misas negras.

Cuando me hablaron por primera vez de las relaciones sexuales entre el hombre y la mujer, yo declaré que era imposible, ya que mis padres también deberían tenerlas y yo los estimaba demasiado para creerlo. Dije que era demasiado repugnante para que yo lo hiciese jamás. Desgraciadamente, había de desengañarme poco después, al oír lo que hacían mis padres... Aquel momento fue espantoso; me tapé la cabeza con las sábanas, me taponé los oídos y deseé estar a mil kilómetros de allí[117].

¿Cómo pasar de la imagen de gentes vestidas y dignas, esas gentes que enseñan la decencia, la reserva, la razón, a la de dos bestias desnudas que se enfrentan? Hay ahí una oposición de los adultos consigo mismos que sacude su pedestal y entenebrece el cielo. A menudo el niño rechaza obstinadamente la odiosa revelación: «Mis padres no hacen eso», declara. O bien procura formarse del coito una imagen decente: «Cuando los padres quieren tener un niño -decía una pequeña-, van al médico, se desnudan, se vendan los ojos, porque no hay que mirar; luego, el médico los junta y ayuda para que todo marche bien»; había convertido el acto amoroso en una operación quirúrgica, sin duda poco agradable, pero tan honorable como una visita al dentista. Sin embargo, y pese a negativas y huidas, el malestar y la duda se insinúan en el corazón del niño; se produce un fenómeno tan doloroso como el del destete: ya no es que se arranque al niño de la carne materna, sino que a su alrededor se derrumba el universo protector; se encuentra sin techo sobre su cabeza, abandonado, absolutamente solo ante un porvenir poblado de tinieblas. Lo que aumenta la angustia de la niña es que no logra discernir exactamente los contornos de la equívoca maldición que pesa sobre ella. Los informes obtenidos son incoherentes, contradictorios los libros; ni siquiera las exposiciones técnicas disipan las densas sombras; se plantean cien preguntas: ¿Es doloroso el acto sexual? ¿Es delicioso? ¿Cuánto tiempo dura? ¿Cinco minutos o toda la noche? A veces se lee que una mujer se ha convertido en madre después de un solo abrazo, y otras veces, en cambio, permanece estéril después de muchas horas de voluptuosidad. ¿La gente «hace eso» todos los días? ¿O lo hace raras veces? El niño trata de informarse leyendo la Biblia, consultando diccionarios, interrogando a camaradas ...; tantea en medio de la oscuridad y la repugnancia. Sobre este punto, un documento interesante es la encuesta llevada a cabo por el doctor Liepmann; he aquí las respuestas que dieron algunas jovencitas respecto a su iniciación sexual:

> Seguía errando con mis ideas nebulosas y extravagantes. Nadie abordaba el tema, ni mi madre, ni la maestra de escuela; ningún libro trataba la cuestión a fondo. Poco a poco, se tejía una especie de misterio, de peligro y de fealdad en torno al acto que en principio me pareciera tan natural. Las chicas que ya tenían doce años se servían de groseras bromas para tender una suerte de puente entre ellas y nuestras compañeras de clase. Todo ello era todavía tan vago y repelente, que se discutía respecto al lugar en que se formaban los niños, y si la cosa no tenía lugar más que una sola vez en el hombre, puesto que el matrimonio era la ocasión de semejante barahúnda. Mis reglas, que aparecieron cuando tenía quince años, fueron una nueva sorpresa para mí. Me vi arrastrada, a mi vez, de algún modo, a la ronda...

> ... ¡Iniciación sexual! He ahí una expresión a la que no debía aludirse en casa de nuestros padres... Yo buscaba en los libros, pero me atormentaba y enervaba buscando sin saber dónde hallar el camino a seguir... Yo iba a una escuela de niños, pero esa cuestión no parecía existir para el maestro. La obra de Horlam Garçonnet et fillette me reveló, al fin, la verdad. Mi estado de crispación, de sobrexcitación insoportable, se disipó, aunque entonces fuese muy desdichada y necesitase mucho tiempo para reconocer y comprender que únicamente el erotismo y la sexualidad constituyen el verdadero amor.

> Etapas de mi iniciación: I. Primeras preguntas y algunas vagas nociones (en modo alguno satisfactorias). Desde los tres años y medio hasta los once... Ninguna respuesta a las preguntas que formulé durante los años siguientes. Cuando tenía siete años, al dar de comer a mi coneja, vi de pronto arrastrarse debajo de ella a unos conejitos completamente desnudos... Mi madre me dijo que entre los animales y también entre las personas, los pequeñuelos crecen en el vientre de la madre y salen por un costado. Aquel nacimiento por el costado me pareció irrazonable... Una niñera me contó muchas cosas sobre el embarazo, la gestación, la menstruación... En fin, a la última pregunta que le hice a mi padre sobre su función real, me respondió con oscuras historias respecto al polen y los pistilos. II. Algunos ensayos de

[117] Citado por el doctor LIEPMANN: Jeunesse et sexualité.

iniciación personal (once a trece años). Descubrí una enciclopedia y una obra de medicina... No fue más que una lección teórica constituida por gigantescas y extrañas palabras. III. Control de los,. conocimientos adquiridos (trece a veinte años): a) en la vida. cotidiana; b) en los trabajos científicos.

Cuando tenía ocho años, jugaba a menudo con un chico de mi edad. Una vez abordamos el tema. Yo sabía ya, porque mi madre me lo había dicho, que una mujer tiene muchos huevos en el cuerpo... y que un niño nacía de uno de aquellos huevos cada vez que la madre experimentaba un vivo deseo de tenerlo... Habiendo dado la misma explicación a mi pequeño camarada, recibí de él esta respuesta: «¡Eres tonta de remate! Cuando nuestro carnicero y su mujer quieren tener un hijo, se meten en la cama y hacen guarrerías.» Me indigné... Teníamos nosotros a la sazón (hacia los doce años y medio) una criada que nos contaba toda suerte de feas historias. Yo no le decía nada a mamá, porque me daba vergüenza, pero le pregunté si se tiene un hijo cuando una se sienta en las rodillas de un hombre. Ella me lo explicó todo del mejor modo posible.

En la escuela me enteré de dónde salían los niños y tuve la impresión de que era espantoso. Pero ¿cómo venían al mundo? Las dos nos hacíamos una idea en cierto modo monstruosa del asunto, sobre todo después de que, yendo a la escuela en una mañana de invierno, en plena oscuridad, nos encontramos con un hombre que nos mostró sus partes sexuales y nos dijo, mientras se acercaba a nosotras: «¿No os parece que está para comérsela?» Sentimos una repugnancia indecible y experimentamos verdaderas náuseas. Hasta los veintiún años, me imaginé que la venida al mundo de los niños se efectuaba por el ombligo.

Una niña me llevó aparte y me preguntó: «¿Tú sabes de dónde salen los niños?» Finalmente, se decidió a declarar: «¡Caramba, qué tonta eres! Los niños salen del vientre de las mujeres, y, para que vengan al mundo, ellas tienen que hacer con los hombres una cosa completamente repugnante.» Después de lo cual, me explicó con más detalle aquella cosa repugnante. Sin embargo, yo me negaba rotundamente a considerar posible que sucediesen tales cosas. Dormíamos en la misma habitación que mis padres... Una de las noches que siguieron a aquella conversación, oí que se producía lo que. no había creído posible, y entonces tuve vergüenza, sí, tuve vergüenza de mis padres... Todo aquello hizo de mí otro ser. Experimentaba terribles padecimientos morales. Me juzgaba una criatura profundamente depravada por estar ya al corriente de tales cosas.

Preciso es decir que ni siquiera una enseñanza coherente resolverla el problema; pese a toda la buena voluntad de padres y maestros, no podría encerrarse en palabras y conceptos la experiencia erótica; esa experiencia no se comprende más que viviéndola; todo análisis, aunque fuese el más serio del mundo, ofrecería un aspecto humorístico y no lograría hacer patente toda la verdad. Cuando, a partir de los poéticos amores de las flores, de las nupcias de los peces, pasando por el pollito, el gato, el cabrito, nos hayamos elevado hasta la especie humana, se puede aclarar perfectamente el misterio de la generación desde un punto de vista teórico: el de la voluptuosidad y el amor sexual permanece intacto. ¿Cómo explicar a una niña sin vivencias eróticas el placer de una caricia o un beso? En familia se dan y reciben besos, a veces incluso en los labios: ¿por qué en ciertos casos ese encuentro de las mucosas provoca vértigo? Es como describir colores a un ciego. En tanto falte la intuición de la turbación y el deseo que da a la función erótica su sentido y su unidad, los diferentes elementos de la misma parecerán chocantes, monstruosos. En particular, la niña se subleva cuando comprende que es virgen y está sellada, y que para transformarse en mujer será preciso que la penetre un sexo de hombre. Como el exhibicionismo es una perversión bastante extendida, muchas niñas han visto penes en erección; en todo caso, han observado sexos de animales, y es lamentable que el del caballo atraiga sus miradas tan a menudo; se concibe que las espante. Temor al parto, temor al sexo masculino, temor a las «crisis» que amenazan a las personas casadas, disgusto por las prácticas sucias, irrisión con respecto a los gestos desprovistos de toda significación...; todo eso lleva con frecuencia a la niña a declarar: «Yo no me casaré nunca»[118]. Esa es la defensa más segura contra el dolor, la locura, la obscenidad. En vano se tratará de explicarle

118 «Colmada de repugnancia, suplicaba a Dios que me otorgase una vocación religiosa que me permitiese no cumplir las leyes de la maternidad. Y, tras haber meditado largamente sobre los repugnantes misterios que ocultaba yo a mi pesar, reafirmada por tanta repulsión como por un signo divino, concluí: la castidad es, ciertamente, mi vocación», escribe Yassu Gauclère en L'orange bleue. Entre otras, la idea de la perforación la horrorizaba. «¡Así, pues, era aquello lo que hacía terrible la noche de bodas! Semejante descubrimiento me trastornó por completo, añadiendo a la repugnancia que ya sentía anteriormente el terror físico de esa operación, que me imaginaba extremadamente dolorosa. Mi terror habría crecido de punto si hubiese supuesto que por esa vía se efectuaba el nacimiento; pero, aunque sabía desde hacía mucho tiempo que los niños nacen del vientre de su madre, creía que se desprendían del mismo por segmentación.»

que, llegado el día, ni la desfloración ni el parto le parecerán tan terribles, que millones de mujeres se han resignado a ello y ya no lo pasan mal. Cuando un niño tiene miedo de un acontecimiento exterior, se le libra de él, pero se le predice que más adelante lo aceptará de la manera más natural: es a él mismo a quien teme entonces volver a encontrar alienado, extraviado, en el fondo del porvenir. Las metamorfosis de la oruga que se hace crisálida y mariposa ponen malestar en el corazón: ¿sigue siendo la misma oruga después de tan largo sueño? ¿Se reconoce bajo aquellas alas brillantes? He conocido niñas a quienes la vista de una crisálida sumía en un ensueño estupefacto.

Y, sin embargo, la metamorfosis se opera. La niña ni siquiera conoce su sentido, pero se da cuenta de que, en sus relaciones con el mundo y con su propio cuerpo, algo está cambiando sutilmente: se ha sensibilizado respecto a gustos, contactos, olores que antes la dejaban indiferente; pasan por su cabeza imágenes extravagantes; en los espejos le cuesta trabajo reconocerse; se siente «extraña», las cosas tienen un aire «raro»; tal sucede con la pequeña Emily, a quien Richard Hughes describe en Huracán en Jamaica:

> Para refrescarse, Emily se había sentado en el agua hasta el vientre, y centenares de pececillos cosquilleaban con sus bocas curiosas cada pulgada de su cuerpo; hubiérase dicho leves besos desprovistos de sentido. En estos últimos tiempos, había empezado a detestar que nadie la tocase, pero esto era abominable. No pudo soportarlo más: salió del agua y se vistió.

Hasta la armoniosa Tessa, de Margaret Kennedy, conoce esa extraña turbación:

> De pronto, se había sentido profundamente desgraciada. Sus ojos miraron fijamente la oscuridad del vestíbulo, partido en dos por la luz de la luna que penetraba como un torrente a través de la puerta abierta. No pudo aguantar más. Se levantó de un salto, lanzando un gritito exagerado: «¡Oh! -exclamó- ¡Cómo odio a todo el mundo!» Corrió luego a ocultarse en la montaña, asustada y furiosa, perseguida por un triste presentimiento que parecía llenar la casa tranquila y callada. Mientras tropezaba por el sendero, volvió a murmurar para sus adentros: «Quisiera morirme, quisiera estar muerta.»
>
> Sabía que no pensaba lo que decía, no tenía el menor deseo de morir. Pero la violencia de sus palabras parecía satisfacerla...

En el ya citado libro de Carson Mac Cullers se describe ampliamente ese inquietante momento:

> Fue el verano en que Frankie se sentía asqueada y fatigada de ser Frankie. Se odiaba a sí misma, se había convertido en una vagabunda y una inútil que no servía para nada, que no hacía más que rondar por la cocina: sucia y hambrienta, miserable y triste. Y, además, era una criminal... Aquella primavera había sido una estación muy rara, que no acababa nunca. Las cosas empezaron a cambiar, y Frankie no comprendía ese cambio... En los árboles verdeantes y en las flores de abril había algo que la entristecía. No sabía por qué estaba triste; pero, a causa de aquella singular tristeza, pensó que debería haberse marchado de la ciudad... Tenía que haberse marchado de la ciudad y haberse ido muy lejos. Porque aquel año la tardía primavera se había mostrado displicente y almibarada. Las largas tardes fluían lentamente y la verde dulzura de la estación la asqueaba... Muchas cosas le hacían sentir de pronto deseos de llorar. Por la mañana temprano, salía a veces al patio y permanecía allí largo rato contemplando la aurora; y era como una interrogante que naciese en su corazón, pero el cielo no respondía. Cosas en las que antes no había reparado nunca, empezaron a conmoverla: las luces de las casas que percibía por la noche mientras paseaba, una voz desconocida que salía de un callejón. Contemplaba las luces, escuchaba la voz y algo en su interior se erguía expectante. Pero las luces se apagaban, la voz se callaba, y, pese a su espera, eso era todo. Tenía miedo de aquellas cosas que le hacían preguntarse de pronto quién era ella y qué sería de ella en este mundo, y por qué se encontraba allí, viendo una luz o escuchando una voz o contemplando fijamente el firmamento: sola. Tenía miedo y el pecho se le oprimía extrañamente.
>
> ... Paseaba por la ciudad y las cosas que veía y oía parecían inacabadas, y la invadía aquella angustia. Se apresuraba a hacer algo: pero nunca era lo que debería haber hecho... Tras los largos crepúsculos de la estación, cuando había caminado por toda la ciudad, sus nervios vibraban como un aire de jazz melancólico; su corazón se endurecía y hasta parecía que se paraba.

Lo que sucede en ese confuso período es que el cuerpo infantil se torna cuerpo de mujer y se hace carne. Salvo en casos de deficiencia glandular en que el sujeto se estanca en el estadio infantil, la crisis de pubertad se inicia hacia los doce o los trece años[119]. Dicha crisis empieza mucho antes para la niña que para el niño y comporta cambios mucho más importantes. La niña la aborda con inquietud, con disgusto. En el momento en que se desarrollan los senos y el sistema piloso, nace un sentimiento que a veces se transforma en orgullo, pero que originariamente es de vergüenza; de pronto, la niña manifiesta pudor, rehusa mostrarse desnuda incluso a sus hermanas o a su madre, se examina con un asombro mezclado de horror y espía con angustia la hinchazón de ese núcleo duro, poco doloroso, que aparece debajo de los pezones, antes tan inofensivos como un ombligo. Se inquieta al sentir en ella un punto vulnerable: sin duda esa magulladura es bien ligera al lado de los sufrimientos de una quemadura, de un dolor de muelas; pero, accidentes o enfermedades, los dolores eran siempre anomalías; en cambio, el pecho joven está ahora normalmente habitado por no se sabe qué sordo rencor. Algo va a pasar que no es una enfermedad, que está implícito en la ley misma de la existencia y que, sin embargo, es lucha, desgarramiento. Ciertamente, desde el nacimiento hasta la pubertad, la niña ha crecido, pero ella no se ha sentido nunca crecer: día tras día, su cuerpo estaba presente para ella como una cosa exacta, acabada; ahora, ella «se forma»: el verbo mismo le causa horror; los fenómenos vitales solo son tranquilizadores cuando han hallado equilibrio y han revestido el aspecto definitivo de una flor lozana, de un animal lustroso; pero en el apuntamiento de su pecho, la niña experimenta lo ambiguo de la palabra viviente. No es ni oro ni diamante, sino una extraña materia, mutante, incierta, en el corazón de la cual se elaboran impuras alquimias. Está habituada a una cabellera que se despliega con la tranquilidad de una madeja de seda; pero esa vegetación nueva en las axilas y en el bajo vientre la metamorfosea en animal o alga. Aunque esté más o menos advertida, presiente en esos cambios una finalidad que la arranca de sí misma; hela ahí lanzada a un ciclo vital que desborda el momento de su propia existencia, y adivina una dependencia que la destina al hombre, al hijo, a la tumba. Por sí mismos, los senos aparecen como una proliferación inútil, indiscreta. Brazos, piernas, piel, músculos, incluso las redondas nalgas sobre las cuales se sienta, todo tenía hasta entonces un uso claro; solamente el sexo definido como órgano urinario era un órgano un tanto turbio, pero secreto, invisible para los demás. Debajo del jersey o de la blusa, los senos se manifiestan, y aquel cuerpo que la pequeña confundía consigo misma aparece como carne; es un objeto que los demás miran y ven. «Durante dos años he llevado esclavina para disimular el pecho; tanto me avergonzaba de ello», me dijo una mujer. Y otra: «Todavía me acuerdo de la extraña turbación que experimenté cuando una amiga de mi misma edad, pero más desarrollada que yo, se agachó para recoger una pelota y percibí por la abertura de su escote dos senos ya formados: a través de aquel cuerpo tan próximo al mío, y sobre el cual iba a modelarse el mío, me ruboricé de mí misma.» «A los trece años, me paseaba con las piernas desnudas y un vestido corto -me dijo otra mujer-. Un hombre hizo una reflexión socarrona respecto a mis gruesas pantorrillas. A la mañana siguiente, mamá me hizo ponerme medias y ordenó que alargasen mis faldas; pero nunca olvidaré el choque que recibí de pronto al verme vista.» La niña percibe que su cuerpo se le escapa, ya no es la clara expresión de su individualidad; se le vuelve extraño; y, al mismo tiempo, se siente tomada por otros como si fuese una cosa: en la calle, la siguen con la mirada, se comenta su anatomía; querría hacerse invisible; tiene miedo de hacerse carne y miedo de mostrarla.

Esa repulsión se traduce en multitud de muchachas en una voluntad de adelgazar: se niegan a comer; si se las obliga a ello, padecen vómitos; vigilan su peso sin cesar. Otras se vuelven enfermizamente tímidas; entrar en un salón y hasta salir a la calle es para ellas un suplicio. A partir de ahí se desarrollan a veces psicosis.

Un ejemplo típico es el de la enferma que, en Les obsessions et la psychasthénie, describe Janet con el nombre de Nadia:

> Nadia era una joven de familia rica, y notablemente inteligente; elegante, artista, era sobre todo una excelente intérprete musical; pero desde la infancia siempre se mostró testaruda e irritable: «Le importaba enormemente que la amasen y reclamaba un amor loco de todo el mundo, de sus padres, de sus hermanas, de sus criados; pero, tan pronto como obtenía un poco de afecto, se mostraba de tal modo exigente, tan sumamente dominante, que la gente no tardaba en alejarse de su lado; horriblemente susceptible, las burlas de sus primos, que deseaban cambiarle el carácter, la comunicaron un sentimiento de vergüenza que se localizó en su cuerpo.» Por otra parte, su necesidad de ser amada le inspiraba el deseo de seguir siendo niña, de ser siempre una pequeñuela a quien se mima y que puede exigirlo todo; en una palabra, le inspiraba terror la idea de crecer... La llegada precoz de la pubertad agravó singularmente las cosas al mezclar los temores del pudor con el miedo a crecer: puesto que a los hombres les gustan las mujeres gruesas, yo quiero ser siempre extremadamente delgada.

[119] En el capítulo primero del volumen 1 hemos descrito sus procesos propiamente fisiológicos.

> Los terrores por el vello del pubis y el desarrollo del pecho vinieron a añadirse a los temores precedentes. Desde la edad de once años, como llevaba faldas cortas, le parecía que todo el mundo la miraba; le pusieron faldas largas y tuvo vergüenza de sus pies, de sus caderas, etc. La aparición de las reglas la volvió medio loca; cuando el vello del pubis empezó a crecer, tuvo el convencimiento de que estaba sola en el mundo con aquella monstruosidad y hasta la edad de veinte años se afanó en depilarse «para hacer desaparecer aquel ornamento de salvajes». El desarrollo del pecho agravó esas obsesiones, porque siempre había sentido horror por la obesidad; no la detestaba en otras, pero estimaba que para ella habría sido una tara. «No me importa no ser bonita, pero me darla demasiada vergüenza si llegara a hincharme, eso me horrorizaría; si, por desgracia, engordase, no me atrevería a presentarme ante nadie.» Entonces se puso a buscar todos los medios posibles para no crecer, se rodeó de toda suerte de precauciones, se ligó con juramentos, se entregó a conjuros: juraba recomenzar cinco o diez veces una oración, o saltar cinco veces sobre un solo pie. «Si toco cuatro veces una nota de piano en el mismo trozo, consiento en crecer y no ser amada nunca más por nadie.» Terminó por decidir que no comería. «No quería engordar, ni crecer, ni parecerme a una mujer, porque hubiera querido seguir siendo siempre niña.» Promete solemnemente no aceptar ya ningún alimento; sin embargo, ante las súplicas de su madre, quebranta ese voto, pero entonces se la ve horas enteras de rodillas, escribiendo juramentos y luego desgarrándolos. Tras la muerte de su madre, sobrevenida cuando ella tenía dieciocho años, se impone el régimen siguiente: dos platos de sopa clarita, una yema de huevo, una cucharada de vinagre, una taza de té con el jugo de un limón entero: he ahí todo cuanto ingerirá en el curso del día. El hambre la devora. «A veces pasaba horas enteras pensando en la comida, tanta hambre tenía: me tragaba la saliva, masticaba el pañuelo, rodaba por el suelo, tanta era mi ansia por comer.» Pero resistía las tentaciones. Aunque era bonita, pretendía que tenía el rostro abotargado y cubierto de granos; si el médico afirmaba que no los veía, ella decía que no entendía nada, que no sabía «reconocer esos granos que están entre la piel y la carne». Terminó por apartarse de la familia y encerrarse en un pequeño apartamento donde no veía más que a la enfermera y el médico; no salía jamás; solo difícilmente aceptaba la visita de su padre; este provocó una grave recaída de la joven al decirle un día que tenía buen aspecto; temía ponerse gruesa, tener una tez deslumbrante y fuertes músculos. Vivía casi siempre en la oscuridad, hasta tal punto le resultaba intolerable ser vista o incluso estar *visible*.

Con mucha frecuencia, la actitud de los padres contribuye a inculcar en la niña la vergüenza de su aspecto físico. Una mujer declara[120]:

> Yo padecía un sentimiento de inferioridad física. alimentado por incesantes críticas en casa... Mi madre, con su exagerada vanidad, quería verme siempre particularmente aventajada y siempre tenía un cúmulo de detalles que hacer observar a la modista para disimular mis defectos: hombros caídos, caderas demasiado pronunciadas, trasero demasiado plano, senos demasiado llenos, etc. Como durante años había tenido el cuello hinchado, no me permitían llevarlo al descubierto... Sobre todo, me irritaban mis pies, que durante mi pubertad habían sido muy feos y habían dado lugar a bromas irritantes respecto a mi manera de andar... Ciertamente, había algo de cierto en todo aquello, pero me habían hecho tan desgraciada y en ocasiones me sentía tan intimidada, que no sabía qué hacer en absoluto; si me encontraba con alguien, mi primera idea era siempre: «Si, al menos, pudiera esconder los pies.»

Esa vergüenza lleva a la niña a comportarse torpemente, a ruborizarse constantemente y sin motivo; esos rubores aumentan su timidez y se convierten, a su vez, en objeto de una fobia. Stekel habla, entre otras, de una mujer que «de joven enrojecía de forma tan enfermiza y violenta, que, durante un año, llevó apósitos en la cara so pretexto de dolor de muelas».

A veces, durante el período que puede llamarse de prepubertad y que precede a la aparición de las reglas, la niña no experimenta todavía el disgusto de su cuerpo; se siente orgullosa por irse convirtiendo en mujer, observa con satisfacción la madurez de su pecho, se rellena el corpiño con pañuelos y se jacta en presencia de sus hermanas mayores; todavía no capta la significación de los fenómenos que se producen en ella. Su primera menstruación se la revela y aparecen los sentimientos de vergüenza. Si ya existían, se confirman y exageran a partir de ese momento. Todos los testimonios concuerdan: que la niña haya sido advertida o no, el acontecimiento siempre le parece repugnante y humillante. Es muy frecuente que su madre haya descuidado prevenirla **{**298**}**; se ha observado[121] que las mujeres descubren de mejor grado a sus hijas los misterios del embarazo, del parto e incluso de las relaciones sexuales que el de la menstruación; y es porque ellas mismas

[120] STEKEL: *La femme frigide*.
[121] Véanse los trabajos de Daly y Chadwick, citados por H. DEUTSCH: *Psychology of Women*.

sienten horror por esa servidumbre femenina, horror que refleja los antiguos terrores místicos de los varones y que ellas transmiten a su descendencia. Cuando la muchachita encuentra en su ropa blanca manchas sospechosas, se cree víctima de una diarrea, de una hemorragia mortal, de una enfermedad vergonzosa. Según una encuesta realizada en 1896 por Havelock Hellis, de 125 alumnas de un instituto de segunda enseñanza americano, 36 no sabían absolutamente nada de la cuestión en el momento de sus primeras reglas, y 39 solo tenían un vago conocimiento de ello; es decir, que más de la mitad de ellas estaban en la ignorancia. Según Helen Deutsch, las cosas apenas habrían cambiado en 1946. H. Hellis cita el caso de una joven que se arrojó al Sena en Saint-Ouen porque creyó haber contraído una «enfermedad desconocida». Stekel, en las «cartas a una madre», cuenta también la historia de una niña que intentó suicidarse porque creyó ver en el flujo menstrual el signo y el castigo de las impurezas que manchaban su alma. Es natural que la jovencita tenga miedo; le parece que es la vida lo que se le escapa. Según Klein y la escuela psicoanalítica inglesa, la sangre manifestaría a sus ojos una herida de los órganos internos. Aun en el caso de que prudentes advertencias le ahorren angustias demasiado vivas, experimenta vergüenza, se siente sucia, trata de lavar o de ocultar su ropa manchada. En el libro de Colette Audry Aux yeux du souvenir se encuentra un relato típico de esta experiencia:

> En medio de esa exaltación, se ha cerrado el drama brutal. Una noche, al desnudarme, me creí enferma; pero no me asusté y me guardé mucho de decir nada, con la esperanza de que habría pasado a la mañana siguiente... Cuatro semanas más tarde, volvió el mal, más violento esta vez. Fui con mucho sigilo a echar las bragas en el cesto de la ropa sucia que estaba detrás de la puerta del cuarto de baño. Hacía tanto calor, que las baldosas romboidales del pasillo estaban tibias debajo de mis pies desnudos. Cuando estaba metiéndome en la cama de nuevo, mamá abrió la puerta de mí habitación: venía a explicarme las cosas. Soy incapaz de recordar el efecto que me produjeron en aquel momento sus palabras; pero, mientras cuchicheaba. Kaki asomó de repente la cabeza. La vista de aquel rostro redondo y curioso me puso fuera de mí. Le grité que se marchase, y ella desapareció espantada. Supliqué a mamá que la pegase por no haber llamado antes de entrar... La calma de mi madre, su aire advertido y dulcemente feliz, terminaron de hacerme perder la cabeza. Cuando se marchó, me hundí en una noche salvaje.
>
> Dos recuerdos acudieron de pronto a mi mente: unos meses antes, cuando regresábamos de nuestro paseo con Kaki, mamá y yo nos encontramos con el viejo médico de Privas, robusto como un leñador y con una amplia barba blanca. «Su hija está creciendo, señora», dijo mirándome, e instantáneamente le detesté, sin comprender nada. Un poco más tarde, a su regreso de París, mamá había colocado en una cómoda un paquete de toallitas nuevas. «¿Qué es eso?», había preguntado Kaki. Mamá adoptó ese aire de naturalidad que adoptan las personas mayores cuando van a revelar una cuarta parte de la verdad reservándose las otras tres: «Muy pronto serán para Colette.» Muda, incapaz de hacer una sola pregunta, yo detesté a mi madre.
>
> Durante toda la noche estuve dando vueltas en la cama. No era posible. Iba a despertarme. Mamá se había engañado, aquello pasaría y no volvería a suceder más... A la mañana siguiente, secretamente cambiada y manchada, tuve que afrontar a los demás. Miraba con odio a mi hermana, porque todavía no sabía nada, porque, de pronto y sin sospecharlo, se hallaba dotada de una aplastante superioridad sobre mí. Luego me puse a odiar a los hombres, que jamás conocerían aquello, pero que sabían. Para terminar, detesté también a las mujeres por tomar con tanta tranquilidad su suerte. Estaba segura de que, si les hubiesen advertido lo que me sucedía, todas se habrían regocijado: «Ahora te toca a ti», habrían pensado. Esta también lo diría, pensaba yo en cuanto veía una. Y esta otra. El mundo me había atrapado. Caminaba molesta y no me atrevía a correr. De la tierra, de las plantas caldeadas por el sol, parecía desprenderse un olor sospechoso... Pasó la crisis y, contra todo sentido común **{**300**}**, volví a abrigar la esperanza de que no se repetiría. Un mes más tarde, fue preciso rendirse a la evidencia y admitir el mal definitivamente, esta vez en medio de un pesado estupor. A partir de entonces, hubo en mi memoria un «antes». El resto de mi existencia no sería más que un «después».

Las cosas suceden de un modo análogo para la mayor parte de las niñas. A muchas de ellas les horroriza descubrir su secreto a quienes les rodean. Una amiga me ha contado que, huérfana de madre, vivía con su padre y una institutriz; pasó tres meses llena de miedo y de vergüenza, escondiendo su ropa manchada, antes de que descubriesen que ya tenía reglas. Incluso las campesinas, a quienes podría creerse endurecidas por el conocimiento que tienen de los más rudos aspectos de la vida animal, sienten horror ante esa maldición por el hecho de que en el campo la

menstruación tiene todavía un carácter de tabú: he conocido a una joven granjera que, durante todo un invierno, estuvo lavándose las prendas íntimas a escondidas en el arroyo helado y se volvía a poner sobre la piel la camisa empapada, para disimular su inconfesable secreto. Podría citar cien hechos análogos. Ni siquiera la confesión de esa asombrosa desdicha supone una liberación. Sin duda, aquella madre que abofeteó brutalmente a su hija, al tiempo que decía: «¡Idiota!, eres demasiado joven todavía», es una excepción. Pero más de una manifiesta mal humor; la mayoría no ofrece a la niña esclarecimientos suficientes, y esta permanece llena de ansiedad ante el nuevo estado que inaugura la primera crisis menstrual, pues se pregunta si el porvenir no le reservará otras sorpresas igualmente dolorosas; o se imagina que en adelante puede quedar encinta por la simple presencia o el contacto de un hombre, y entonces experimenta con respecto a los varones un verdadero terror. Ni siquiera ahorrándole esas angustias mediante explicaciones inteligentes se consigue llevar de nuevo la paz a su corazón. Antes, la niña, con un poco de mala fe, podía pensarse todavía un ser asexuado, incluso podía no pensarse en absoluto; hasta soñaba a veces que una mañana se despertaría transformada en hombre; ahora las madres y las tías cuchichean con aire halagado:

«Ya es una mujercita»; la cofradía de las matronas ha ganado; ella les pertenece. Hela ahí alineada sin recursos en el bando de las mujeres. Sucede también que se enorgullece de ello; piensa que se ha convertido en una persona mayor y que en su existencia va a producirse un trastorno. Thyde Monnier, por ejemplo, cuenta:

> Algunas de nosotras se habían convertido en «mujercitas» en el curso de las vacaciones; otras se convertían en el mismo liceo, y entonces, una tras otra, íbamos al excusado del patio, donde estaban sentadas como reinas que recibiesen a sus súbditos, para «ver la sangre».

Sin embargo, la niña se desengaña muy pronto, porque se percata de que no ha adquirido ningún privilegio y que la vida sigue su curso. La única novedad consiste en el sucio acontecimiento que se repite todos los meses; hay niñas que lloran durante horas enteras cuando se enteran de que están condenadas a ese destino; lo que aún agrava más su rebeldía es que los hombres conozcan la existencia de esa tara vergonzosa: al menos querrían que la humillante condición femenina fuese para ellos un misterio. Pero no; padres, hermanos, primos, los hombres saben y hasta en ocasiones bromean. Es entonces cuando en la niña nace o se exacerba el disgusto por su cuerpo, demasiado carnal. Y, pasada la primera sorpresa, el malestar mensual no se borra por eso: en cada nueva ocasión, la joven vuelve a experimentar el mismo disgusto ante aquel olor insípido y corrompido que asciende de sí misma -olor de pantano, de violetas marchitas-, ante aquella sangre menos roja y más sospechosa que la que fluía de sus heridas infantiles. Día y noche tendrá que pensar en cambiarse, en vigilar su ropa interior, sus paños higiénicos, resolver mil pequeños problemas prácticos y repugnantes; en las familias modestas, los paños higiénicos se lavan cada mes y vuelven a ocupar su sitio entre montones de pañuelos; así, pues, será preciso entregar a las manos encargadas de hacer la colada -lavandera, criada, madre, hermana mayor- esas deyecciones salidas de sí misma. Esa especie de apósitos que venden en las farmacias en cajas con nombres floridos: «Camelia», «Edelweiss», se tiran después de usarlos; pero en el curso de un viaje, de vacaciones, de excursión, no resulta tan cómodo desembarazarse de ellos, pues está expresamente prohibido arrojarlos al inodoro. La pequeña heroína del Journal psychanalytique[122] describe su horror por el paño higiénico; ni siquiera delante de su hermana consiente en desnudarse sino en la oscuridad durante sus reglas. Ese objeto molesto y embarazoso puede desprenderse durante un ejercicio violento, y ello es una humillación peor que perder las bragas en medio de la calle: esa atroz perspectiva origina a veces manías psicasténicas. Por una especie de malevolencia de la Naturaleza, el malestar, los dolores no empiezan a menudo sino después de la hemorragia, cuyo inicio puede pasar inadvertido; las muchachas tienen con frecuencia reglas irregulares, y corren el riesgo de verse sorprendidas en el curso de un paseo, en la calle, en casa de amistades; se exponen -como madame de Chevreuse[123]- a mancharse el vestido o el asiento; hay a quien semejante posibilidad hace vivir en constante angustia. Cuanto mayor es la repulsión que la joven experimenta por esa tara femenina, más obligada está de pensar en ello con vigilancia, para no exponerse a la espantosa humillación de un accidente o una confidencia.

He aquí la serie de respuestas que obtuvo a este respecto el doctor Liepmann[124] en el curso de su encuesta sobre la sexualidad juvenil:

---

122 Traducido por Clara Malraux.
123 Disfrazada de hombre durante la Fronda, madame de Chevreuse, después de una larga cabalgada, fue descubierta a causa de unas manchas de sangre que vieron en su silla.
124 Véase doctor W. LIEPMANN: *Jeunesse et sexualité.*

> A los dieciséis años, cuando me sentí indispuesta por primera vez, me asusté mucho al comprobarlo una mañana. A decir verdad, yo sabía que aquello tenía que llegar; pero me produjo tal vergüenza, que permanecí acostada toda la mañana, y a todas las preguntas que me hacían, solo contestaba: «No puedo levantarme.»
>
> Me quedé muda de asombro cuando, no teniendo todavía doce años, me sentí indispuesta por primera vez. Me invadió el espanto y, como mi madre se contentó con informarme secamente que aquello sucedía todos los meses, lo consideré una enorme porquería y me negué a admitir que no les sucediera también a los hombres.
>
> Aquella aventura decidió a mi madre a efectuar mi iniciación, sin olvidar al mismo tiempo la menstruación. Entonces sufrí mi segunda decepción, porque, al sentirme indispuesta, me precipité toda radiante de alegría en el cuarto de mi madre, que aún dormía, y la desperté gritando: «¡Mamá, ya la tengo!» Y ella se contentó con replicarme: «¿Y para eso me despiertas?» A pesar de todo, consideré el acontecimiento como una verdadera convulsión en mi existencia.
>
> También experimenté el más horrendo espanto cuando me indispuse por primera vez y constaté que la hemorragia no cesaba al cabo de unos minutos. Sin embargo, no dije nada a nadie, ni siquiera a mi madre. Acababa de cumplir los quince años. Por lo demás, la regla me hacía sufrir muy poco. Una sola vez experimenté dolores tan tremendos, que me desvanecí y permanecí cerca de tres horas en mi habitación, tendida en el suelo. Pero tampoco dije nada a nadie.
>
> Cuando, por primera vez, sufrí esa indisposición, tenía unos trece años. Mis camaradas de clase y yo habíamos hablado ya de ello, y me sentía muy orgullosa de haberme convertido, a mi vez, en una de las mayores. Expliqué al profesor de gimnasia, dándome aires de gran importancia, que aquel día me sería imposible tomar parte en la lección, porque me hallaba indispuesta.
>
> No fue mi madre quien me inició. Ella no tuvo la regla hasta los diecinueve años y, temiendo que la regañasen por haber manchado la ropa, fue a enterrarla al campo.
>
> A los dieciocho años tuve mis primeras reglas[125]. Estaba sumida en la mayor de las ignorancias... Por la noche sufrí violentas hemorragias acompañadas de fuertes cólicos y no pude descansar un solo instante. Al rayar el día, corrí en busca de mi madre y, sin dejar de sollozar, le pedí consejo. Pero no obtuve más que esta severa reprimenda: «Deberías haberte dado cuenta antes y no manchar de ese modo las sábanas.» Esa fue toda la explicación que me dio. Naturalmente, me devané los sesos pensando qué crimen podría haber cometido y sentí una terrible angustia.
>
> Yo sabía ya lo que era. Incluso aguardaba la cosa con impaciencia, porque esperaba que mi madre me revelaría entonces la forma en que se fabrican los niños. Llegó el célebre día, pero mi madre guardó silencio. Sin embargo, yo me sentía toda gozosa. «Ahora -me decía para mis adentros- también tú puedes hacer niños: ya eres una señora.»

Esa crisis se produce a una edad todavía tierna; el muchacho no llega a la adolescencia más que a los quince o dieciséis años; la muchacha se torna mujer entre los trece y los dieciséis. Pero no es de ahí de donde procede la diferencia esencial de su experiencia; tampoco reside en las manifestaciones fisiológicas que le dan, en el caso de la joven, su tremendo esplendor: la pubertad adopta en ambos sexos una significación radicalmente distinta, puesto que no anuncia a los dos un mismo porvenir.

También los muchachos, ciertamente, en el momento de su pubertad, sienten su cuerpo como una presencia embarazosa; pero, orgullosos de su virilidad desde la infancia, es a esa virilidad a la que, orgullosamente, trascienden el momento de su formación; se muestran entre sí con orgullo el vello que les crece en las piernas y que los convierte en hombres; más que nunca, su sexo es objeto de comparación y desafío. Convertirse en adultos es una metamorfosis que los intimida: muchos adolescentes experimentan angustia cuando se anuncia una libertad exigente, pero acceden con **{**305**}** alegría a la dignidad de varón. Por el contrario, para transformarse en persona mayor, la niña tiene que confinarse en los límites que le impondrá su feminidad. El muchacho admira en su vello naciente promesas indefinidas; ella permanece confundida ante el «drama brutal y cerrado» que

[125] Se trata de una muchacha perteneciente a una miserable familia berlinesa.

detiene su destino. Al igual que el pene extrae del contexto social su valor privilegiado, del mismo modo es el contexto social el que hace de la menstruación una maldición. El uno simboliza la virilidad, la otra la feminidad, y porque la feminidad significa alteridad e inferioridad, su revelación es acogida con escándalo. La vida de la niña siempre se le ha presentado como determinada por esa impalpable esencia a la cual la ausencia de pene le impide lograr una figura positiva: es ella la que se descubre en el flujo rojo que se escapa entre sus muslos. Si ya ha asumido su condición, acoge el acontecimiento con alegría... «Ahora, ya eres una señora.» Si la ha rechazado siempre, el veredicto sangriento la fulmina; lo más frecuente es que vacile: la mancilla menstrual la inclina hacia el disgusto y el temor. «¡He ahí lo que significan esas palabras: ser mujer!» La fatalidad que hasta entonces pesaba sobre ella confusamente y desde fuera, está agazapada en su vientre; no hay medio de escapar; y se siente acosada. En una sociedad sexualmente igualitaria, no encararía ella la menstruación sino como su manera singular de acceder a su vida adulta; el cuerpo humano conoce en hombres y mujeres muchas otras servidumbres más repugnantes, a las cuales se acomodan fácilmente, porque, siendo comunes a todos, no representan una tara para nadie; las reglas inspiran horror a la adolescente, porque la precipitan a una categoría inferior y mutilada. Ese sentimiento de degradación pesará abrumadoramente sobre ella. Conservaría el orgullo de su cuerpo sangrante si no perdiese su orgullo de ser humano. Y si consigue preservar este orgullo, sentirá mucho menos vivamente la humillación de su carne: la joven que, en actividades deportivas, sociales, intelectuales, místicas, se abre los caminos de la trascendencia, no verá en su especificación una mutilación y la superará fácilmente. Si en esa época se desarrollan con tanta frecuencia psicosis en la joven, es debido a que se siente sin defensa ante una sorda fatalidad que la condena a pruebas inimaginables; su feminidad significa a sus ojos enfermedad, sufrimiento y muerte; y a ella le fascina ese destino.

Un ejemplo que ilustra de manera impresionante estas angustias es el de la enferma descrita por H. Deutsch bajo el nombre de Molly:

> Molly tenía catorce años cuando empezó a sufrir trastornos psíquicos; era la cuarta hija de una familia de cinco; el padre, muy severo, criticaba a sus hijas en cada comida, la madre era desdichada y a menudo no se hablaba con su marido. Uno de los hermanos había huido de casa. Molly estaba ventajosamente dotada, bailaba muy bien los zapateados, pero era tímida y le afectaba penosamente el ambiente familiar; los chicos le daban miedo. Su hermana mayor se casó contra la voluntad de su madre, y a Molly le interesó mucho el embarazo de su hermana, que tuvo un parto difícil y fue preciso emplear los fórceps; Molly, que supo los detalles del mismo y que se enteró de que frecuentemente las mujeres morían de parto, quedó muy impresionada. Durante dos meses, cuidó del recién nacido; cuando su hermana se fue de la casa, hubo una escena terrible en el curso de la cual se desmayó la madre; también Molly se desvaneció: había visto a compañeras suyas desvanecerse en clase, y las ideas relativas a la muerte y los desvanecimientos la obsesionaban. Cuando tuvo la primera regla, le dijo a su madre con aire embarazado: «Ya ha llegado la cosa», y se fue a comprar paños higiénicos en compañía de su hermana; en la calle se encontraron con un hombre y ella bajó la cabeza; de manera general, manifestaba disgusto con respecto a ella misma. No sufría durante las menstruaciones, pero siempre procuraba ocultárselas a su madre. Una vez, después de observar una mancha en las sábanas, su madre le preguntó si estaba indispuesta y ella lo negó, aunque era verdad. Un día le dijo a su hermana: «Ahora me puede suceder todo. Puedo tener un hijo.» «Para eso tendrías que vivir con un hombre», le replicó su hermana. «Pero si ya vivo con dos hombres: papá y tu marido.»
>
> El padre no permitía a sus hijas que saliesen solas de noche por temor a que las violaran, y tales temores contribuyeron a dar a Molly la idea de que los hombres eran seres temibles; el miedo a quedar encinta, a morir de parto, adquirió tal intensidad a partir del momento en que tuvo sus reglas, que poco a poco se negó a salir de su habitación e incluso quería quedarse todo el día en la cama; sufría terribles crisis de ansiedad si la obligaban a salir, y si tenía que alejarse de casa, era víctima de un ataque y se desvanecía. Tenía miedo de los automóviles, de los taxis; ya no podía dormir; creía que por la noche entraban ladrones en la casa, gritaba y lloraba. Tenía manías alimentarías y en ocasiones comía demasiado para no desmayarse; también se sentía atemorizada cuando estaba encerrada. No pudo seguir asistiendo a la escuela, ni llevar una vida normal.

Una historia análoga, que no se liga a la crisis de la menstruación, pero que manifiesta la ansiedad que experimenta la muchacha con respecto a su interior, es la de Nancy[126].

[126] Citada también por H. DEUTSCH: *Psychology of Women*.

Cuando tenía unos trece años de edad, la pequeña era íntima de su hermana mayor y se sintió muy orgullosa de recibir sus confidencias cuando esta se prometió en secreto y luego se casó: compartir el secreto de una persona mayor equivalía a ser admitida entre los adultos. Durante algún tiempo, vivió en casa de su hermana; pero, cuando esta le anunció que iba a «comprar» un bebé, Nancy sintió celos de su cuñado y del niño que vendría; le resultaba insoportable ser tratada de nuevo como si fuese una niña con quien hubiese que andar con tapujos. Empezó a experimentar trastornos internos y quiso que la operasen de apendicitis; la operación tuvo éxito, pero, durante su permanencia en el hospital, Nancy vivió en medio de una terrible agitación; tenía violentas escenas con la enfermera, a quien aborrecía con toda su alma; trató de seducir al médico, le daba citas, se mostraba provocativa y exigía en medio de crisis nerviosas que la tratase como a una mujer; se acusaba de ser responsable de la muerte de un hermanito, sobrevenida años antes; y, sobre todo, estaba segura de que no le habían extirpado el apéndice y que habían olvidado un escalpelo en su estómago: exigí¿) que la examinasen por rayos X, so pretexto de haberse tragado una moneda.

Este deseo de sufrir una operación -y en particular la de la ablación del apéndice- se encuentra con frecuencia a esa edad; las muchachitas expresan de ese modo su temor a la violación, el embarazo y el parto. Experimentan en el vientre oscuras amenazas y esperan que el cirujano las salvará de aquel desconocido peligro que las acecha.

No es solamente la aparición de las reglas lo que anuncia a la niña su destino de mujer. En ella se producen otros fenómenos sospechosos. Hasta entonces su erotismo era clitoridiano. Es muy difícil saber si las prácticas solitarias están menos extendidas entre las muchachas que entre los muchachos; la niña se entrega a ellas en los dos primeros años, tal vez incluso desde los primeros meses de su vida; parece ser que las abandona hacia los dos años para no reanudarlas sino mucho más tarde; por su conformación anatómica, ese tallo plantado en la carne masculina solicita las caricias más que una mucosa secreta; pero los azares de un frotamiento -la niña que utiliza aparatos de gimnasia, trepa a los árboles o monta en bicicleta-, de un contacto con ciertas prendas, de un juego o de una iniciación por parte de sus camaradas, de sus mayores, de adultos, revelan frecuentemente a la niña sensaciones que ella se esfuerza por resucitar. En todo caso, el placer, cuando llega, es una sensación autónoma: tiene la ligereza y la inocencia de todas las diversiones infantiles[127]. La niña apenas establecía antes una relación entre estas delectaciones íntimas y su destino de mujer; sus relaciones sexuales con los chicos, si las había, se basaban esencialmente en la curiosidad. Pero he aquí que se siente invadida por confusas emociones en las cuales ya no se reconoce. La sensibilidad de las zonas erógenas se desarrolla, y estas son en la mujer tan numerosas, que se puede considerar a todo su cuerpo como erógeno: eso es lo que le revelan caricias familiares, besos inocentes, el contacto indiferente de una costurera, de un médico, de un peluquero, una mano amiga que se posa en sus cabellos o en su nuca; experimenta y a menudo busca deliberadamente una turbación más profunda en sus juegos, en sus luchas con chicos o chicas: así Gilberte luchando en los Campos Elíseos con Proust; entre los brazos de su pareja de baile, bajo la mirada ingenua de su madre, conoce extrañas languideces. Por otra parte, incluso los adolescentes más protegidos están expuestos a experiencias de este tipo; en los medios «bien» se silencian de común acuerdo esos desagradables incidentes; pero es frecuente que ciertas caricias de amigos de la casa, tíos, primos, por no decir nada de abuelos y padres, sean mucho menos inofensivas de lo que supone la madre; un profesor, un sacerdote, un médico, han podido mostrarse audaces e indiscretos. Se hallarán relatos de tales experiencias en L'asphyxie, de Violette Leduc; en La haine maternelle, de S. de Tervagnes, y en L'orange bleue, de Yassu Gauclère. Stekel estima que los abuelos, entre otros, son con frecuencia muy peligrosos.

«Tenía yo quince años. La víspera del entierro, mi abuelo había venido a dormir a casa. A la mañana siguiente, cuando mi madre ya se había levantado, él me preguntó si no podía venir a mi cama para jugar conmigo; yo me levanté inmediatamente, sin contestarle... Empezaba a tener miedo de los hombres.» He ahí lo que cuenta una mujer.

Otra niña recuerda haber sufrido un grave choque a la edad de ocho o diez años, cuando su abuelo, un viejo de setenta años, le manoseó los órganos genitales. La había sentado en sus rodillas y le habla deslizado un dedo en la vagina. La niña experimentó una inmensa angustia, pero no se atrevió a hablar jamás del asunto. Desde entonces, tuvo mucho miedo a todo lo sexual[128].

---

127 Salvo, bien entendido, en los casos, bastante numerosos, en que la intervención directa o indirecta de los padres, o los escrúpulos religiosos, lo convierten en pecado. En el apéndice se encontrará un abominable ejemplo de las persecuciones a las cuales son a veces sometidos los niños, so pretexto de librarlos de sus «malos hábitos».

128 *La femme frigide*.

La niña guarda silencio generalmente sobre tales incidentes, a causa de la vergüenza que le inspiran. Por otra parte, a menudo, si se confía a sus padres, estos reaccionan reprendiéndola. «No digas tonterías... Eres malintencionada.» También se calla respecto a las extrañas maniobras de ciertos desconocidos. Una muchachita le contó al doctor Liepmann[129] lo siguiente:

> Habíamos alquilado una habitación en el sótano de un zapatero. A menudo, cuando nuestro casero estaba solo, venía a buscarme, me tomaba en sus brazos y me besaba muy largamente, mientras se movía agitadamente hacia atrás y hacia adelante. Además, su beso no era superficial, porque me hundía la lengua en la boca. Yo le detestaba por esas cosas. Pero nunca dije nada, porque era muy medrosa.

Además de los camaradas emprendedores y las amigas perversas, está esa rodilla que en el cine ha presionado la de la niña, esa mano que, por la noche, en el tren, se ha deslizado a lo largo de su pierna, esos jóvenes que ríen socarronamente a su paso, esos hombres que la han seguido en la calle, esos abrazos, esos roces furtivos. No comprende bien el sentido de tales aventuras. En una cabeza de quince años hay a menudo una extraña confusión, porque los conocimientos teóricos y las experiencias concretas no coinciden. Esta ha experimentado ya todos los ardores de la turbación y el deseo, pero se imagina -como la Clara d'Ellébeuse inventada por Francis Jammes- que bastaría un beso masculino para hacerla madre; aquella tiene ideas exactas sobre la anatomía genital; pero, cuando su pareja de baile la estrecha contra sí, toma por jaqueca la emoción que experimenta. Seguramente las jóvenes de hoy están mejor informadas que las de antes. Sin embargo, algunos psiquiatras afirman que más de una adolescente ignora todavía que los órganos sexuales tienen otro uso además del urinario[130]. De todos modos, establecen escasa relación entre sus emociones sexuales y la existencia de sus órganos genitales, puesto que ningún signo tan preciso como la erección masculina les indica esa correlación. Entre sus ensueños románticos relativos al hombre, al amor, y la crudeza de ciertos hechos que les son revelados, existe tal hiato, que no inventan entre ellos ninguna síntesis. Thyde Monnier cuenta que se había juramentado con otras amigas para observar cómo estaba hecho un hombre y contárselo a las demás:

> Habiendo entrado expresamente sin llamar en la habitación paterna, lo describí así: «Se parece a una butifarra, es decir, que es como un rodillo y luego hay una cosa redondeada.» Era difícil de explicar. Hice un dibujo, hice incluso tres, y cada una de nosotras llevaba el suyo escondido en el corpiño y, de vez en cuando, estallaba de risa al contemplarlo; luego permanecía soñadora... ¿Cómo establecíamos unas niñas tan inocentes como nosotras una relación entre aquel objeto y las canciones sentimentales, los lindos relatos novelescos donde el amor todo respeto, timidez suspiros y besamanos es sublimado hasta convertirlo en eunuco?

No obstante, a través de sus lecturas, sus conversaciones, los espectáculos y las palabras que ha sorprendido, la jovencita da un sentido a la turbación de su carne; se hace llamada, deseo. En sus fiebres, estremecimientos, humedades, malestares inciertos, su cuerpo adquiere una hueva e inquietante dimensión. El muchacho reivindica sus tendencias eróticas, porque asume gozosamente su virilidad; el deseo sexual, en él, es agresivo, aprehensivo; ve en el mismo una afirmación de su subjetividad y de su trascendencia; se jacta de ello con sus camaradas; su sexo es para él una turbación de la que se enorgullece; el impulso que le lleva hacia la hembra es de la misma naturaleza que el que le lanza hacia el mundo, y en él se reconoce. Por el contrario, la vida sexual de la muchacha siempre ha sido clandestina; cuando su erotismo se transforma e invade toda su carne, el misterio que lo rodea se hace angustioso: experimenta su turbación como una enfermedad vergonzosa; no es activo, es un estado, y ni siquiera imaginariamente puede librarse de él mediante una decisión autónoma; ella no sueña con tomar, amasar, violar: ella es espera y llamada; se prueba como dependiente; se siente en peligro en su carne enajenada.

Porque su esperanza difusa, su sueño de pasividad feliz, le revelan con evidencia su cuerpo como un objeto destinado a otro; no quiere conocer la experiencia sexual más que en su inmanencia; lo que ella solicita es el contacto de la mano, de la boca, de otra carne, pero no la mano, la boca, la carne extraña; ella deja en la sombra la imagen de su pareja, o la ahoga en vapores ideales; no obstante, no puede impedir que su presencia la acose. Sus terrores y repulsiones juveniles con respecto al hombre han adoptado un carácter más equívoco que antes y, por ello, más angustioso. Antes nacían de un profundo divorcio entre el organismo infantil y su porvenir de adulto; ahora tienen su origen en esa misma complejidad que la joven experimenta en su carne. Comprende que está destinada a la posesión, puesto que la llama, y se subleva contra sus deseos. Desea y teme, al mismo tiempo, la vergonzosa pasividad de la presa consentidora. La idea de desnudarse delante de un hombre la

[129] LIEPMANN: *Jeunesse et sexualité*.
[130] Véase H. DEUTSCH: *Psychology of Women*, 1946.

trastorna de turbación, pero también siente que entonces quedará entregada sin remedio a su mirada. La mano que toma, que toca, tiene una presencia aún más imperiosa que los ojos, y atemoriza más. Pero el símbolo más evidente y el más detestable de la posesión física es la penetración por el sexo del varón. La joven detesta que ese cuerpo que ella confunde consigo misma puedan perforarlo como se perfora el cuero, desgarrarlo como se desgarra una tela. Pero más que la herida y el dolor que la acompaña, lo que la joven rehusa es que herida y dolor sean infligidos. «Es horrible la idea de ser horadada por un hombre», me decía un día una joven. No es el temor al miembro viril lo que engendra el horror al hombre, sino que es su confirmación y su símbolo, la idea de penetración adquiere su sentido obsceno y humillante en el interior de una forma más general, de la cual, a su vez, es un elemento esencial.

La ansiedad de la niña se traduce en las pesadillas que la atormentan y los fantasmas que la acosan: la idea de la violación se hace en muchos casos obsesionante en el momento en que siente en su interior una insidiosa complacencia. Esa idea se manifiesta en los sueños y en las conductas, a través de multitud de símbolos más o menos claros. La joven explora su habitación antes de acostarse, con el temor de descubrir algún ladrón de aviesas intenciones; cree oír el ruido hecho por asaltantes nocturnos; un agresor penetra por la ventana, armado de un cuchillo con el cual la traspasa. De manera más o menos aguda, los hombres le inspiran terror. Empieza a experimentar hacia su padre cierto disgusto; ya no puede soportar su olor a tabaco y detesta entrar después que él en el cuarto de aseo; aunque siga queriéndole mucho, esa repulsión física es frecuente; adopta una figura exasperada, como si la niña le fuese ya hostil a su padre, tal y como sucede a menudo entre las hijas menores. Existe un sueño que los psiquiatras dicen haber encontrado frecuentemente en sus jóvenes pacientes: estas se imaginan ser violadas por un hombre en presencia de una mujer de edad y con el consentimiento de la misma. Está claro que piden simbólicamente a su madre el permiso para abandonarse a sus deseos. Porque una de las coacciones que más odiosamente pesan sobre ellas es la de la hipocresía. La jovencita está destinada a la «pureza» y la inocencia precisamente cuando descubre en ella y alrededor de ella los turbadores misterios de la vida y del sexo. Se la quiere blanca como el armiño, transparente como el cristal, la visten de organdí vaporoso, tapizan su habitación con colgaduras color de almendra, se baja la voz cuando ella se acerca, se le prohiben los libros escabrosos; ahora bien, no existe hija de María que no acaricie imágenes y deseos «abominables». Ella se aplica a disimularlos incluso ante su mejor amiga, incluso ante sí misma; ya no quiere vivir ni pensar sino por medio de consignas; su desconfianza de sí misma le da un aire socarrón, desdichado, enfermizo; y, más tarde, nada le será más difícil que, combatir esas inhibiciones. Sin embargo, a pesar de todas sus inhibiciones, se siente abrumada bajo el peso **{**314**}** de faltas indecibles. Su metamorfosis en mujer la sufre no solo en la vergüenza, sino en el remordimiento.

Se comprende que la edad ingrata sea para la jovencita un período de doloroso desarreglo. Ella no quiere seguir siendo una niña. Pero el mundo adulto se le antoja temible o fastidioso:

> «Así, pues, deseaba crecer, pero jamás pensaba seriamente en llevar la vida que yo veía llevaban los adultos -dice Colette Audry-. Y así se alimentaba en mi interior la voluntad de crecer sin asumir jamás la condición de adulta, sin hacerme nunca solidaria de los padres, de las amas de casa, de los cabezas de familia.»

Ella hubiera querido manumitirse del yugo de su madre; pero, al mismo tiempo, siente una ardiente necesidad de su protección. Son las faltas que pesan sobre su conciencia, prácticas solitarias, amistades equívocas, malas lecturas, las que le hacen necesario ese refugio. La carta siguiente[131], escrita a una amiga por una muchachita de quince años, es característica:

> Mamá quiere que lleve un vestido largo al baile que van a dar en casa de los X...., mi primer vestido largo. Y se asombra de que yo no quiera. He suplicado que me deje llevar mi vestidito rosa por última vez. Tengo tanto miedo.... Me parece que, si me pongo el vestido largo, mamá partirá para un largo viaje y no sé cuándo volverá. ¿No es estúpido? Algunas veces, además, me mira como si yo fuese una niña. ¡Ah, si supiera! ¡Me ataría las manos a la cama y me despreciaría!

En el libro de Stekel La femme frigide se encuentra un notable documento respecto a una infancia femenina. Se trata de una «Süsse Mädel» vienesa que, a los veintiún años de edad, redactó una detallada confesión. Constituye una síntesis concreta de todos los momentos que hemos estudiado separadamente.

[131] Citada por H. Deutsch

«A la edad de cinco años, elegí a mi primer compañero de juegos, un niño de seis o siete años llamado Richard. Siempre había deseado yo saber cómo se reconoce que un niño es varón o hembra. Me decían que por los pendientes, por la nariz... Me contentaba con esta explicación, aunque sin dejar de tener la impresión de que me ocultaban algo. Un día, Richard quiso de pronto hacer pis... Se me ocurrió la idea de prestarle mi orinal. Al ver su miembro, algo absolutamente sorprendente para mí, grité con gozo: "Pero ¿qué tienes ahí? ¡Qué bonito! Señor, yo también quisiera tener uno." Y, al mismo tiempo, se lo tocaba osadamente...» Una tía los sorprende, y, a partir de entonces, los niños son muy vigilados. A los nueve años, juega al matrimonio con otros dos niños de ocho y diez años, y también al médico; le tocan los órganos genitales y un día uno de los chicos la toca con el sexo; luego le dice qué sus padres hicieron lo mismo cuando se casaron: «Yo estaba indignadísima. ¡Oh, no; ellos no habían hecho una cosa tan fea!» Continúan durante largo tiempo esos juegos y mantiene una gran amistad amorosa y sexual con los dos chicos. Su tía la sorprende un día y se produce una espantosa escena, en el curso de la cual la amenazan con meterla en un correccional. Deja de ver a Arthur, que era su preferido, y sufre mucho con ello; empieza a trabajar mal, se deforma su escritura, se pone bizca. Recomienza otra amistad con Walter y François. «Walter ocupaba todos mis pensamientos y todos mis sentidos. Le permitía que me tocase por debajo de la falda, estando de pie o sentada delante de él, mientras escribía... Cuando mi madre abría la puerta, él retiraba la mano y yo continuaba escribiendo. Por fin, tuvimos relaciones normales entre hombre y mujer, aunque no le permitía gran cosa; tan pronto como él creía haber penetrado en mi vagina, yo me separaba diciéndole que había alguien... No suponía yo que aquello fuese pecado.»

Sus amistades con los chicos terminan y solamente le queda la amistad con algunas muchachas. «Trabé estrecha amistad con Emmy, una chiquilla bien educada e instruida. Una vez, en Navidad, a la edad de doce años, nos intercambiamos unos corazoncitos de oro con nuestros nombres grabados en el interior. Lo consideramos como una suerte de esponsales y nos juramos eterna fidelidad. Debo a Emmy parte de mi instrucción. También me informó respecto a los problemas sexuales. Cursando quinto, ya había empezado yo a dudar de la historia de la cigüeña que trae los niños. Creía que los niños provenían del vientre y que era preciso abrirlo para que aquellos pudiesen salir. Emmy me asustaba especialmente a propósito de la masturbación. En la escuela, diversos evangelios nos abrieron los ojos sobre las cuestiones sexuales. Por ejemplo, cuando Santa María iba a visitar a Santa Isabel: "El niño saltaba de gozo en su seno", y otros curiosos pasajes de la Biblia. Subrayábamos esos pasajes y poco faltó para que la clase tuviese una mala nota en conducta cuando aquello se descubrió. Emmy me mostró también el "recuerdo de nueve meses" de que habla Schiller en Los bandidos. El padre de Emmy fue trasladado y yo me quedé sola de nuevo. Nos escribíamos utilizando una escritura secreta de nuestra invención; pero, como me sentía muy sola, trabé estrecha amistad con una pequeña judía llamada Hedl. En una ocasión, Emmy me sorprendió saliendo de la escuela en compañía de Hedl y me hizo una escena de celos. Permanecí con Hedl hasta nuestro ingreso en la escuela de comercio y éramos las mejores amigas del mundo, soñando con convertirnos en cuñadas más adelante, porque me había enamorado de un hermano suyo que era estudiante. Cuando este me abordaba, me llenaba de confusión, hasta el punto de responderle de manera ridícula. En la hora del crepúsculo, apretadas Hedl y yo una contra otra en el pequeño sofá, lloraba a lágrima viva sin saber por qué cuando él tocaba el piano.»

«Antes de mi amistad con Hedl, frecuenté durante varias semanas la compañía de cierta Ella, hija de gente pobre. Ella había observado a sus padres en un tête à tête, despertada por el ruido de la cama. Me dijo que su padre se había tendido encima de su madre, que esta había gritado terriblemente y el padre le había dicho: "Ve a lavarte en seguida, para que no haya nada." Me intrigó la conducta del padre, le rehuía en la calle y sentía una profunda piedad por su madre (quien debía de haber sufrido mucho para gritar de aquel modo). Hablé con otra compañera de la longitud del pene, que en cierta ocasión oí decir que era de doce a quince centímetros; durante la lección de costura, cogíamos la cinta métrica para medir a partir del lugar en cuestión a lo largo del vientre por encima de nuestras faldas. Evidentemente llegábamos, por lo menos, hasta el ombligo, y nos espantaba la idea de ser literalmente empaladas cuando nos casásemos.»

Ve a un perro copular con una perra. «Si veía en la calle orinar a un caballo, no podía apartar la mirada; creo que la longitud del pene me impresionaba profundamente.» Observa a las moscas y, en el campo, a los animales.

> «A la edad de doce años, caí enferma con anginas y llamaron a un médico amigo; sentado junto a mi cama, metió de pronto la mano debajo de las sábanas y casi me tocó "el sitio". Me sobresalté y grité: "¡No sea desvergonzado!" Mi madre acudió precipitadamente, el doctor estaba terriblemente corrido y dijo que yo era una pequeña impertinente, que solo había pretendido pellizcarme las pantorrillas. Tuve que pedirle perdón... Cuando, por fin, tuve mis reglas y mi padre descubrió mis paños manchados de sangre, hubo una escena terrible. ¿Por qué un hombre limpio como él "tenía que vivir entre tantas sucias mujeres"? Tuve la impresión de haber cometido un delito sintiéndome indispuesta.» A los quince años, tiene otra amiga con la cual se comunica por medio de la taquigrafía «para que nadie pudiera leer nuestras cartas en casa. Teníamos tanto que contarnos respecto a nuestras conquistas... Ella también me dio a conocer un gran número de versos que había visto escritos en las paredes de los cuartos de aseo; me acuerdo de uno, porque degradaba hasta la inmundicia al amor, que tan sublime era en mi imaginación: "¿Cuál es el fin supremo del amor? Cuatro nalgas suspendidas en el extremo de un tallo." Decidí que jamás llegaría a eso; un hombre que ame a una muchacha no puede pedirle tal cosa. Cuando tenía quince años y medio, me vino un hermanito, y me sentí muy celosa, porque siempre había sido hija única. Mi amiga me incitaba constantemente a observar cómo estaba hecho mi hermano, pero yo no podía darle los informes que deseaba. En aquella época, otra amiga me describió una noche de bodas, después de lo cual tuve la idea de casarme impulsada por la curiosidad; únicamente aquello de "Jadear como un caballo", de acuerdo con la descripción, ofendía mi sentido estético... ¿Quién de nosotras no hubiera querido casarse, para dejarse desnudar por su amado esposo y ser transportada por él a la cama? Era tan tentador...»

Tal vez se dirá -aunque se trate de un caso normal y no patológico- que esa niña era de una excepcional «perversidad»; pero solo era una niña menos vigilada que otras. Si la curiosidad y los deseos de muchachas «bien educadas» no se traducen en actos, no por ello existen menos bajo la forma de juegos y fantasmas. Conocí en otro tiempo a una joven muy piadosa y de una desconcertante inocencia -que luego se convirtió en una cumplida mujer, impregnada de maternidad y devoción- que una noche confió, toda trémula, a una hermana mayor: «¡Qué maravilloso debe de ser desnudarse delante de un hombre! Supongamos que tú eres mi marido», y empezó a desvestirse toda temblorosa de emoción. Ninguna educación puede impedir que la niña tome conciencia de su cuerpo y sueñe con su destino; todo lo más, se le pueden imponer estrictas inhibiciones que luego pesarán sobre toda su vida sexual. Lo deseable sería, por el contrario, que se la enseñase a aceptarse sin complacencia y sin vergüenza.

Se comprende, ahora, qué drama desgarra a la adolescente en el momento de la pubertad: no puede convertirse en una «persona mayor» sin aceptar su feminidad; ya sabía ella que su sexo la condenaba a una existencia mutilada e inmutable; ahora lo descubre bajo la figura de una enfermedad impura y de un crimen oscuro. Su inferioridad solo se tomaba en principio como una privación: la ausencia de pene se ha convertido en mancilla y culpa. Herida, avergonzada, inquieta y culpable, así se encamina la joven hacia el porvenir.

CAPÍTULO II.

LA JOVEN.

Durante toda su infancia, la niña se ha sentido vejada y mutilada; pero, no obstante, se tenía por individuo autónomo; en sus relaciones con sus padres, sus amigos, en sus estudios y sus juegos, se descubría en el presente como una trascendencia: no hacía sino soñar su futura pasividad. Una vez púber, el porvenir no solo se acerca, sino que se instala en su cuerpo, se transforma en la más concreta realidad. Conserva el carácter fatal que siempre ha tenido; mientras el adolescente se encamina activamente hacia la edad adulta, la joven acecha la apertura de ese período nuevo, imprevisible, cuya trama ya está urdida y hacia la cual la arrastra el tiempo. Desprendida ya de su pasado de niña, el presente solo se le aparece como una transición; no descubre ningún fin válido, sino únicamente ocupaciones. De manera más o menos disfrazada, su juventud se consume en la espera. Ella espera al Hombre.

Ciertamente, el adolescente también sueña con la mujer, la desea; pero ella no será jamás sino un elemento de su existencia: no resume su destino; desde su infancia, la niña, ora desease realizarse como mujer, ora quisiera superar los límites de su feminidad, ha esperado del varón realización y evasión; tiene este el rostro deslumbrador de Perseo, de San Jorge; es un libertador; es también rico

y poderoso, tiene las llaves de la dicha, es el Príncipe Azul. Presiente que, bajo sus caricias, se sentirá transportada por la gran corriente de la Vida, como en los tiempos en que reposaba en el regazo materno; sometida a su dulce autoridad, encontrará la misma seguridad que en los brazos de su padre: la magia de los abrazos y de las miradas la petrificará de nuevo en ídolo. Siempre ha estado convencida de la superioridad viril; este prestigio de los varones no es un pueril espejismo; tiene bases económicas y sociales; los hombres son los dueños del mundo sin discusión; todo se inclina a hacer que la adolescente centre su interés en hacerse vasalla; sus padres la comprometen a ello; el padre se muestra orgulloso de los éxitos conseguidos por su hija, la madre ve en ellos la promesa de un próspero porvenir; las compañeras envidian y admiran a aquella que recoge el mayor número de homenajes masculinos; en los institutos americanos se mide el nivel de una estudiante por el número de «citas» que acumula. El matrimonio no solo es una carrera honorable y menos fatigosa que otras muchas, sino que únicamente él permite a la mujer acceder a su dignidad social íntegra y realizarse sexualmente como amante y como madre. Bajo esta figura es como su entorno encara su porvenir y ella misma así lo encara. Se admite unánimemente que la conquista de un marido -o, en ciertos casos, de un protector- es para ella la más importante de las empresas. En el hombre se encarna a sus ojos el Otro, así como para el hombre él se encarna en ella: pero ese Otro se le aparece al modo de lo esencial y ella se tiene ante él como lo inesencial. Se liberará ella del hogar paterno, de la influencia materna y se abrirá al porvenir no mediante una conquista activa, sino entregándose pasiva y dócil en manos de un nuevo amo.

Se ha pretendido a menudo que, si se resignaba a esa dimisión, era porque física y moralmente se juzgaba entonces inferior a los varones e incapaz de rivalizar con ellos: renunciando a una competencia, descargaría en un miembro de la casta superior el cuidado de asegurar su dicha. En realidad, su humildad no proviene de una inferioridad dada, sino que, por el contrario, esa humildad engendra todas sus insuficiencias; el origen de esa inferioridad está en el pasado de la adolescencia, en la sociedad que la rodea y, precisamente, en ese porvenir que le es propuesto.

Ciertamente, la pubertad transforma el cuerpo de la jovencita. Es más frágil que antes; los órganos femeninos son vulnerables; su funcionamiento, delicado; insólitos y embarazosos, los senos son un fardo; en los ejercicios violentos, recuerdan su presencia, tiemblan, duelen. En adelante, la fuerza muscular, la resistencia, la agilidad de la mujer son inferiores a la del hombre. El desequilibrio de las secreciones hormonales crea una inestabilidad nerviosa y vasomotora. La crisis menstrual es dolorosa: jaquecas, cansancio, dolores de vientre, hacen penosas y hasta imposibles las actividades normales; a esos malestares se añaden con frecuencia trastornos psíquicos; nerviosa, irritable, es frecuente que la mujer atraviese cada mes un estado de semienajenación; el control del sistema nervioso y del sistema simpático por parte de los centros deja de estar asegurado; los trastornos de la circulación y ciertas autointoxicaciones hacen del cuerpo una pantalla que se interpone entre la mujer y el mundo, una bruma ardiente que pesa sobre ella, la asfixia y la separa: a través de esa carne doliente y pasiva, el universo entero es un fardo demasiado pesado. Oprimida sumergida, se convierte en una extraña para sí misma por el hecho de que es extraña para el resto del mundo. Las síntesis se descomponen, los instantes dejan de estar ligados, los terceros solo son reconocidos a través de un reconocimiento abstracto; y si el razonamiento y la lógica permanecen intactos como en los delirios melancólicos, están al servicio de evidencias pasionales que estallan en el seno del desarreglo orgánico. Estos hechos son extremadamente importantes: pero su peso se lo da la manera con que la mujer tome conciencia de ellos.

Hacia los trece años es cuando los chicos hacen un verdadero aprendizaje de la violencia, se desarrolla su agresividad, su voluntad de poder, su gusto por el desafío; y es justamente en ese momento cuando la chiquilla renuncia a los juegos violentos. Le siguen siendo accesibles los deportes; pero el deporte que es especialización, sumisión a reglas artificiales, no ofrece el equivalente de un recurso espontáneo y habitual a la fuerza; se sitúa al margen de la vida; no informa sobre el mundo y sobre uno mismo tan íntimamente como un combate desordenado, una escalada imprevista. La muchacha deportista jamás experimenta el orgullo conquistador del muchacho que ha puesto de espaldas a un camarada. Por otra parte, en muchos países la mayoría de las muchachas no reciben ninguna preparación deportiva; al igual que las peleas, les están prohibidas las escaladas; las chicas no hacen más que sufrir pasivamente su cuerpo; de manera mucho más nítida que en la primera edad, tienen que renunciar a emerger más allá del mundo dado, a afirmarse por encima del resto de la Humanidad: les está prohibido explorar, osar, ensanchar los límites de lo posible. En particular, la actitud de desafío, tan importante para los jóvenes, les es casi de todo punto desconocida; desde luego, las mujeres se comparan entre sí, pero el desafío es otra cosa que esas confrontaciones pasivas: dos libertades se enfrentan mientras tengan sobre el mundo un dominio cuyos límites pretenden ampliar; trepar más alto que un compañero, doblarle el brazo, es tanto como afirmar su soberanía sobre la Tierra entera. Tales actitudes conquistadoras no le están permitidas a la muchacha, en particular la violencia. Sin duda, en el universo de los adultos la fuerza bruta no

desempeña, en períodos normales, un gran papel; pero, no obstante, le acosa; son numerosas las conductas masculinas que se alzan sobre un fondo de posible violencia: en cada esquina de la calle se inicia una pendencia; la mayor parte de las veces, aborta; pero al hombre le basta con experimentar en sus puños su voluntad de afirmación de sí mismo para sentirse confirmado en su soberanía. Contra toda afrenta, contra toda tentativa de reducirlo a objeto, el varón tiene el recurso de golpear, de exponerse a los golpes: no se deja trascender por otro, se encuentra en el corazón de su subjetividad. La violencia es la prueba auténtica de la adhesión de cada cual a sí mismo, a sus pasiones, a su propia voluntad; rechazarla radicalmente es rechazar toda la verdad objetiva, es encerrarse en una subjetividad abstracta; una cólera, una revuelta que no pase a los músculos, es imaginaria. Es una terrible frustración no poder inscribir los movimientos del corazón en la faz de la Tierra. En el sur de los Estados Unidos, a un negro le es rigurosamente imposible usar la violencia con respecto a los blancos; esta consigna es la clave de esa misteriosa «alma negra»; la forma en que el negro se experimenta en el mundo blanco, las conductas mediante las cuales se adapta al mismo, las compensaciones que busca, toda su manera de sentir y de obrar, se explican a partir de la pasividad a la cual está condenado. Durante la ocupación, los franceses que habían decidido no dejarse llevar a actitudes violentas contra los ocupantes, ni siquiera en caso de provocación (ya fuese por prudencia egoísta o porque tuviesen exigentes deberes que cumplir), sentían profundamente trastornada su situación en el mundo, pues del capricho de otro dependía el que fuesen convertidos en objetos, su subjetividad ya no podía expresarse concretamente, no era más que un fenómeno secundario. Así, pues, el universo tiene un rostro completamente distinto para el adolescente, a quien está permitido testimoniar imperiosamente sobre sí mismo, que para la adolescente, cuyos sentimientos están privados de eficacia inmediata; aquel pone sin cesar al mundo en tela de juicio, puede sublevarse a cada instante contra el hecho dado y, por tanto, tiene la impresión, cuando lo acepta, de confirmarlo activamente; esta no hace sino sufrirlo; el mundo se define sin ella y tiene una faz inmutable. Esa impotencia física se traduce por una timidez más general: no cree en una fuerza que no ha experimentado en su cuerpo; no se atreve a emprender, a sublevarse, a inventar: destinada a la docilidad, a la resignación, no puede más que aceptar en la sociedad un lugar ya preparado. Toma el orden de las cosas como algo dado, Me contaba una mujer que durante toda su juventud había negado con hosca mala fe su debilidad física; admitirla hubiese sido tanto como perder el gusto y el valor de emprender cualquier cosa, aunque fuese en los dominios intelectual o político. He conocido a una joven educada como un chico y excepcionalmente vigorosa, que se creía tan fuerte como un hombre; aunque era muy bonita y aunque todos los meses tenía unas reglas dolorosas, no adquiría conciencia de su feminidad en absoluto; tenía la brusquedad, la exuberancia vital y las iniciativas de un muchacho, y también sus audacias: no vacilaba en intervenir en plena calle a puñetazo limpio si veía que molestaban a un niño o a una mujer. Una o dos experiencias desdichadas le revelaron que la fuerza bruta está del lado de los varones. Cuando hubo medido su debilidad, se derrumbó gran parte de su seguridad; ello fue el comienzo de una evolución que la condujo a feminizarse, a realizarse como pasividad, a aceptar la dependencia. No tener ya confianza en el propio cuerpo es perder confianza en sí mismo. No hay más que ver la importancia que los jóvenes dan a sus músculos para comprender que todo sujeto toma su cuerpo como su expresión objetiva.

Sus impulsos eróticos no hacen más que confirmar en el joven el orgullo que extrae de su cuerpo: en ello descubre el signo de su trascendencia y de su poder. La muchacha puede que logre asumir sus deseos, pero lo más frecuente es que conserven un carácter vergonzoso. Soporta todo su cuerpo con embarazo. La desconfianza que de muy niña experimentaba con respecto a su «interior» contribuye a dar a la crisis menstrual el carácter sospechoso que la hace odiosa. Es por la actitud psíquica que suscita por lo que la servidumbre menstrual constituye una pesada desventaja. La amenaza que pende sobre la joven durante ciertos períodos puede parecerle tan intolerable, que renunciará a excursiones y entretenimientos placenteros por temor a que se conozca su desgracia. El horror que esta inspira repercute en el organismo y acrecienta sus trastornos y dolores. Se ha visto que una de las características de la fisiología femenina es la estrecha vinculación entre las secreciones endocrinas y la regulación nerviosa: existe una acción recíproca; un cuerpo de mujer -y singularmente de mujer joven- es un cuerpo «histérico» en el sentido de que no hay, por así decir, distancia entre la vida psíquica y su realización fisiológica. El trastorno que provoca en la muchacha el descubrimiento de los desarreglos de la pubertad, los exacerba. Como su cuerpo le es sospechoso y lo espía con inquietud, le parece enfermo: está enfermo. Ya se ha visto que, en efecto, ese cuerpo es frágil y que hay desórdenes propiamente orgánicos que en él se producen; pero los ginecólogos están de acuerdo en afirmar que el noventa por ciento de sus clientes son enfermas imaginarias, es decir, que, o bien su malestar no tiene ninguna realidad fisiológica, o bien el desorden orgánico mismo es motivado por una actitud psíquica. En gran parte, la angustia de ser mujer es lo que roe el cuerpo femenino.

Se ve que si la situación biológica de la mujer constituye para ella un handicap es a causa de la perspectiva en que es captada. La fragilidad nerviosa, la inestabilidad vasomotora, cuando no se hacen patológicas, no le prohíben ningún oficio: entre los mismos varones, hay gran diversidad de temperamentos. Una indisposición de uno o dos días por mes, aunque dolorosa, no es tampoco un obstáculo; en realidad, multitud de mujeres se acomodan a ello y en particular aquellas a quienes la «maldición» mensual podría molestar más: deportistas, viajeras, mujeres que ejercen profesiones penosas. La mayor parte de las profesiones no exige una energía superior a la que puede proporcionar la mujer. Y en el deporte, el fin propuesto no es un logro independiente de las aptitudes físicas, sino la realización de la perfección adecuada a cada organismo; el campeón de los pesos plumas vale tanto como el de los pesos pesados; una campeona de esquí no es inferior al campeón más rápido que ella: pertenecen a categorías diferentes, nada más. Son precisamente las mujeres deportistas las que, positivamente interesadas en su propia realización, se sienten con menos desventaja respecto al hombre. Queda el hecho de que su debilidad física no permite a la mujer conocer las lecciones de la violencia: si le fuese posible afirmarse en su cuerpo y emerger en el mundo de otra manera, esa deficiencia sería fácilmente compensada. Que nade y escale cimas, que pilote un avión y luche contra los elementos, que acepte riesgos y se aventure, y entonces la mujer no experimentará ante el mundo la timidez de que he hablado.

Es en el conjunto de una situación que le deja muy pocas salidas donde esas singularidades adquieren su valor, y no inmediatamente, sino confirmando el complejo de inferioridad que se ha desarrollado en ella desde su infancia.

Es también ese complejo el que va a pesar sobre sus realizaciones intelectuales. Se ha observado con frecuencia que, a partir de la pubertad, la joven pierde terreno en las esferas intelectuales y artísticas. Muchas razones lo explican. Una de las más frecuentes es que la adolescente no halla a su alrededor los estímulos que se conceden a sus hermanos; sino, muy al contrario, se quiere que sea también una mujer, y necesita acumular las cargas de su trabajo profesional a las que implica su feminidad.

La directora de una escuela profesional ha hecho al respecto las siguientes observaciones:

> La joven se convierte de pronto en un ser que se gana la vida trabajando. Siente nuevos deseos que ya no tienen nada que ver con la familia. Sucede con bastante frecuencia que debe realizar un esfuerzo considerable... Regresa por la noche al seno de la familia, molida de cansancio y con la cabeza atiborrada con los acontecimientos de la jornada... ¿Cómo es recibida en su casa? La madre la envía inmediatamente a un recado. Hay que terminar también las faenas domésticas dejadas en suspenso, y todavía tiene que ocuparse de los cuidados de su propio guardarropa. Le resulta imposible desprenderse de todos los pensamientos íntimos que continúan preocupándola. Se siente desdichada, compara su situación con la de su hermano, que no tiene ninguna obligación que cumplir en la casa, y se subleva[132].

Las faenas domésticas o las servidumbres mundanas que la madre no vacila en imponer a la estudiante, a la aprendiza, terminan por agotarla. Durante la guerra, he visto alumnas a quienes yo preparaba en Sèvres, abrumadas por las tareas familiares que se acumulaban a su labor escolar: una contrajo el mal de Pott, y otra, la meningitis. La madre -ya se verá- es sordamente hostil a la manumisión de su hija y, más o menos deliberadamente, se dedica a vejarla; se respeta el esfuerzo que realiza el adolescente para convertirse en hombre, y ya se le reconoce una gran libertad. De la muchacha se exige que permanezca en casa, se vigilan sus salidas: no se la estimula en modo alguno para que tome en sus manos sus propias distracciones y placeres. Es raro ver a las mujeres organizar por sí solas una excursión, un paseo a pie o en bicicleta, o entregarse a un juego como el del billar, los bolos, etc. Además de la falta de iniciativa que proviene de su educación, las costumbres les hacen difícil la independencia. Si vagabundean por las calles, las miran, las abordan.

Conozco muchachas que, sin ser tímidas en absoluto, no experimentan ningún placer en pasear solas por París, ya que, continuamente importunadas, necesitan estar siempre en guardia; y, en tales condiciones, todo placer desaparece. Si las chicas estudiantes recorren las calles en alegres bandadas, como hacen los estudiantes, dan un espectáculo; caminar a grandes pasos, cantar, hablar a gritos, reír a carcajadas, comerse una manzana, son otras tantas provocaciones, y se harán insultar o seguir o abordar. La despreocupación se convierte inmediatamente en falta de compostura; ese control de sí misma al que está obligada la mujer y que en «la joven bien educada» se transforma en una segunda naturaleza, mata la espontaneidad; la exuberancia viva es cohibida. Ello produce tensión y tedio. Este tedio es comunicativo: las muchachas se cansan pronto unas de otras; no se

[132] Citado por LIEPMANN: *Jeunesse et sexualité*.

arrancan mutuamente de su prisión; y esa es una de las razones que tan necesaria les hace la compañía de los muchachos. Esa incapacidad de bastarse a sí mismas engendra una timidez que se extiende a toda su existencia y se marca en su mismo trabajo. Piensan que los triunfos deslumbrantes están reservados para los hombres; ellas no se atreven a apuntar demasiado alto. Ya se ha visto que, al compararse con los chicos, algunas muchachitas de quince años declaraban: «Los chicos son mejores.» Esa convicción es debilitante. Invita a la pereza y la mediocridad. Una joven -que no tenía ninguna deferencia especial por el sexo fuerte- reprochaba a un hombre su cobardía; le hicieron observar entonces que también ella era cobarde en grado sumo. «¡Oh, una mujer es distinto!», exclamó con tono complacido.

La razón profunda de ese derrotismo está en que la adolescente no se piensa responsable de su porvenir; juzga inútil exigir mucho de sí misma, puesto que, en última instancia, no depende de ella su suerte. Muy lejos de consagrarse al hombre porque se sepa inferior a él, es por el hecho de estarle consagrada por lo que, al aceptar la idea de su inferioridad, la constituye.

En efecto, no es aumentando su valor humano como aumentará ella de precio a los ojos de los hombres, sino amoldándose a los sueños de estos. Cuando carece de experiencia, no siempre se percata de ello. Sucede que manifiesta la misma agresividad que los muchachos; trata de conquistarlos con una autoridad brutal, una franqueza orgullosa; y esa actitud la condena casi con toda seguridad al fracaso. Desde la más servil hasta la más altanera, todas aprenden que, para complacer, tienen que abdicar. Sus madres las conminan para que dejen de tratar como camaradas a los muchachos, para que no les aventajen, para que asuman un papel pasivo. Si desean esbozar una amistad, un devaneo, deben evitar cuidadosamente dar la impresión de que toman la iniciativa; a los hombres no les agradan los «chicos frustrados», ni las sabihondas, ni las mujeres con cabeza; la audacia, la cultura o la inteligencia excesivas, o el demasiado carácter, los espanta. En la mayor parte de las novelas, como observa G. Eliot, es la heroína rubia y necia la que vence a la morena de carácter viril; en El molino del Floss, Maggie se esfuerza en vano por trastrocar los papeles; al final, muere, y es Lucy, la rubia, quien se casa con Stephen; en El último mohicano, es la insípida Alice quien conquista el corazón del héroe y no la valiente Clara; en Mujercitas, la simpática Joe no es para Laurie más que una camarada de infancia, y este consagra su amor a la insípida Amy de cabellos rizados. Ser femenina es mostrarse impotente, fútil, pasiva, dócil. La joven no solo tendrá que adornarse, engalanarse, sino también reprimir su espontaneidad y sustituirla por la gracia y el encanto estudiados que le enseñan sus mayores. Toda afirmación de sí misma disminuye su feminidad y sus oportunidades de seducción. Lo que hace relativamente fácil la iniciación del joven en la existencia es que su vocación de ser humano y de varón no se contrarían: ya su infancia anunciaba esa feliz suerte. Al realizarse en tanto que independencia y libertad es como adquiere su valor social y conjuntamente su prestigio viril: el ambicioso, como Rastignac, apunta al dinero, la gloria y las mujeres, al mismo tiempo; uno de los modelos estereotipados que le estimulan es el del hombre poderoso y célebre a quien adulan las mujeres. Para la joven, por el contrario, existe divorcio entre su condición propiamente humana y su vocación femenina. Y esa es la razón de que la adolescencia sea para la mujer un momento tan difícil y decisivo. Hasta entonces era un individuo autónomo; ahora tiene que renunciar a su soberanía. No solo se siente desgarrada, como sus hermanos, entre el pasado y el porvenir, sino que, además, estalla un conflicto entre su reivindicación original, que es la de ser sujeto, actividad, libertad, por un lado, y, por otro, sus tendencias eróticas y las solicitaciones sociales que la invitan a asumirse como objeto pasivo. La mujer se toma espontáneamente como lo esencial: ¿cómo se resolverá a convertirse en lo inesencial? Pero, si no puedo realizarme más que en tanto que Otro, ¿cómo renunciar a mi Yo? He ahí el angustioso dilema ante el cual se debate la mujer en agraz. Oscilando entre el deseo y la repugnancia, entre la esperanza y el temor, está todavía en suspenso entre el momento de la independencia infantil y el de la sumisión femenina. Y es esa incertidumbre la que, al salir de la edad ingrata, le da un gusto ácido de fruta verde.

La joven reacciona ante su situación de manera muy diferente según sus predilecciones anteriores. La «mujercita», la matrona en ciernes, puede resignarse fácilmente a su metamorfosis; sin embargo, puede también haber adquirido, en su condición de «madrecita», un gusto por la autoridad que la lleve a rebelarse contra el yugo masculino: está pronta a fundar un matriarcado, no a convertirse en objeto erótico y servil. Tal será a menudo el caso de las hermanas mayores que han asumido muy jóvenes importantes responsabilidades. Al descubrirse mujer, el «muchacho frustrado» experimenta a veces una decepción tan abrasadora, que puede conducirla directamente a la homosexualidad; no obstante, lo que ella buscaba en la independencia y la violencia era la posesión del mundo: puede no querer renunciar al poder de su feminidad, a las experiencias de la maternidad, a toda una parte de su destino. Generalmente, a través de ciertas resistencias, la joven consiente en su feminidad: en el estadio de la coquetería infantil, frente a su padre, en sus ensueños eróticos, ya ha conocido el encanto de la pasividad; descubre su poder; con la vergüenza que le inspira su carne, se mezcla muy pronto la vanidad. Esa mano que la ha conmocionado, esa mirada que la ha turbado, eran una

llamada, una plegaria; su cuerpo se le aparece como dotado de virtudes mágicas; es un tesoro, un arma; está orgullosa de él. Su coquetería, que a menudo había desaparecido durante los años de infancia autónoma, resucita. Hace pruebas con afeites y peinados; en lugar de disimular sus senos, se los frota para que se desarrollen, estudia su sonrisa en el espejo. La unión entre la turbación y la seducción es tan estrecha, que en todos los casos en que no se despierta la sensibilidad erótica, no se observa en el sujeto el menor deseo de agradar. Diversas experiencias han demostrado que enfermas que padecían alguna insuficiencia tiroidea, y, por consiguiente, eran apáticas y desabridas, podían transformarse mediante una inyección de extractos glandulares y volverse sonrientes, alegres y mimosas. Audazmente, algunos psicólogos imbuidos de metafísica materialista han declarado que la coquetería era un «instinto» segregado por la glándula tiroides; pero esta oscura explicación no es ya valedera aquí más que para la primera infancia. El hecho es que, en todos los casos de deficiencia orgánica: linfatismo, anemia, etc., el cuerpo es sufrido como un fardo; extraño, hostil, no espera ni promete nada; cuando encuentra su equilibrio y su vitalidad, el sujeto lo reconoce inmediatamente como suyo y, a través de él, se trasciende hacia otro.

Para la joven, la trascendencia erótica consiste en habituarse a hacerse presa. Se convierte en objeto, y se capta como objeto; con sorpresa descubre este nuevo aspecto de su ser: le parece que se desdobla; en lugar de coincidir exactamente consigo misma, he ahí que se pone a existir afuera. Así, en *La invitación al vals*, de Rosamond Lehmann, se ve a Olivia descubrir ante el espejo una figura desconocida: es el ella-objeto que se yergue súbitamente frente a ella; y la joven experimenta una emoción prontamente disipada, pero que la trastorna profundamente:

> Desde hacía algún tiempo, una emoción particular acompañaba el momento en que se contemplaba así, de arriba abajo: de manera imprevista y extraña, sucedía que veía delante de ella a una extraña, a un ser nuevo.
>
> Había ocurrido eso en dos o tres ocasiones. Se contemplaba en un espejo, se veía. Pero ¿qué sucedía?... Lo que hoy veía era algo completamente distinto: un rostro misterioso, a la vez sombrío y radiante; una cabellera desbordante de movimientos y de fuerza, y como recorrida por descargas eléctricas. Su cuerpo -tal vez a causa del vestido- le parecía que se ordenaba armoniosamente: se centraba, se expandía, flexible y estable a la vez: vivo. Tenía ante sí, semejante a un retrato, a una joven vestida de rosa y a la que todos los objetos de la estancia, reflejados en el espejo, parecían enmarcar, presentar, murmurando: «Es usted...»

Lo que deslumbra a Olivia son las promesas que cree leer en esa imagen en la cual reconoce sus sueños infantiles y que es ella misma; pero la joven ama también en su presencia carnal ese cuerpo que la maravilla como si fuese de otra. Se acaricia a sí misma, besa la redondez del hombro, la sangradura del brazo, se contempla el pecho, las piernas; el placer solitario se hace pretexto para su ensueño y busca en él una tierna posesión de sí misma. En el adolescente hay oposición entre el amor a sí mismo y el movimiento erótico que le impulsa hacia el objeto destinado a la posesión: su narcisismo, por lo general, desaparece en el momento de la madurez sexual. Siendo la mujer un objeto pasivo tanto para el amante como para sí misma, hay en su erotismo una indiscriminación primitiva. En un movimiento complejo, la mujer ve la glorificación de su cuerpo a través del homenaje de los varones a quienes ese cuerpo está destinado; y sería simplificar las cosas decir que quiere ser bella con el fin de agradar, o que trata de agradar para asegurarse de que es bella: en la soledad de su cuarto, en los salones donde procura atraer las miradas, ella no separa el deseo del hombre del amor que siente por sí misma. Esa confusión es manifiesta en Marie Bashkirtseff. Ya hemos visto que un destete tardío la ha dispuesto más vivamente que a ninguna otra niña a querer ser mirada y valorada por los demás; desde la edad de cinco años hasta salir de la adolescencia, dedica todo su amor a su imagen; admira con delirio sus manos, su cara, su gracia, y escribe: «Yo soy mi propia heroína...» Quiere hacerse cantante para ser contemplada por un público deslumbrado y para, a su vez, mirarlo con desdén desde las alturas de su orgullo; pero ese «autismo» se traduce en sueños románticos; desde los doce años de edad está enamorada: es que desea ser amada, y en la adoración que desea inspirar no busca sino la confirmación de la que siente por sí misma. Sueña que el duque de H.... del cual está enamorada, sin haberle hablado jamás, se prosterna a sus pies: «Quedarás deslumbrado por mi esplendor y me amarás... Solo eres digno de una mujer como espero serlo yo.» Es la misma ambivalencia que hallamos en la Natacha de Guerra y paz:

> Mamá tampoco me comprende. ¡Dios mío, con el espíritu que tengo! Esta Natacha es verdaderamente encantadora -prosiguió, hablando de sí misma en tercera persona y poniendo estas palabras en boca de un personaje masculino que le prestaba todas las perfecciones de su sexo-. Lo tiene todo, absolutamente todo. Es inteligente y gentil y linda y dispuesta. Sabe nadar, monta soberbiamente a caballo, canta que es una bendición. ¡Sí, una verdadera bendición!...

Aquella mañana había vuelto a ese amor por sí misma, a esa admiración por su persona que constituían su estado de ánimo habitual. «¡Cuán encantadora es esta Natacha! -decía, haciendo hablar a un tercero, personaje colectivo y masculino-. Es joven y bonita, tiene una voz espléndida, no molesta a nadie. ¡Dejadla, pues, tranquila!»

Katherine Mansfield ha descrito también, en el personaje de Beryl, un caso en el cual se mezclan estrechamente el narcisismo y el deseo romántico de un destino de mujer:

En el comedor, al resplandor parpadeante de un fuego de leños, Beryl, sentada en un cojín, tocaba la guitarra. Tocaba para sí misma, cantaba a media voz y se observaba. El resplandor del fuego se reflejaba en sus zapatos, en el vientre rubicundo de la guitarra y en sus dedos blancos...

«Si yo estuviese fuera y mirase al interior por la ventana, me impresionaría bastante verme así», pensaba. Tocó el acompañamiento con sordina; ya no cantaba, pero escuchaba.

«La primera vez que te vi, pequeña, ¡oh, te creías muy sola! Estabas sentada, apoyados los pies en un cojín, y tocabas la guitarra. ¡Dios mío! Jamás podría olvidarlo...» Alzó Beryl la cabeza y se puso a cantar:

Hasta la Luna está cansada...

Pero sonó un fuerte golpe en la puerta. Apareció el rostro carmesí de la doncella... ¡No!, no soportaría a aquella estúpida. Se refugió en el salón oscuro y empezó a pasear de arriba abajo. ¡Oh, cuán agitada estaba! Sobre la campana de la chimenea había un espejo. Con los brazos apoyados, contempló su pálida imagen. ¡Qué bella era! Pero allí no había nadie para percatarse de ello, nadie... Beryl sonrió, y su sonrisa era verdaderamente tan adorable, que sonrió de nuevo... (Preludio.)

Ese culto del yo no solo se traduce en la joven en la adoración de su persona física, sino que desea poseer e incensar su yo todo entero. Ese es el fin perseguido a través de esos diarios íntimos en los cuales vierte de buen grado su alma: el de Marie Bashkirtseff es célebre y constituye un modelo en su género. La joven habla con su cuaderno como hablara en otros tiempos con sus muñecas; es un amigo, un confidente, se le interpela como si fuese una persona. Entre sus páginas se inscribe una verdad celada a los padres, a los camaradas, a los profesores, y con la cual se embriaga solitariamente la autora. Una niña de doce años, que llevó su diario hasta los veinte, había escrito en exergo:

Soy el pequeño carnet,
gentil, bonito y discreto.
Confíame tus secretos;
soy el pequeño carnet[133].

Otras advierten: «No leer antes de mi muerte», o bien: «Quémese después de mi muerte». El sentido de lo secreto que se desarrolla en la muchachita en el momento de la prepubertad no hace más que ganar importancia. Se encierra en una hosca soledad; rehusa entregar a su entorno el yo escondido que ella considera como su verdadero yo y que, en realidad, es un personaje imaginario: juega a ser una bailarina como la Natacha de Tolstoi, o una santa, como hacía Marie Lenéru, o simplemente esa singular maravilla que es ella misma. Siempre hay una enorme diferencia entre esta heroína y la faz objetiva que sus padres y amigos le reconocen. Así se persuade de que es una incomprendida; sus relaciones consigo misma no se hacen por ello sino más apasionadas: se embriaga con su aislamiento, se siente diferente, superior, excepcional: se promete que el porvenir será un desquite sobre la mediocridad de su vida presente. De esa existencia angosta y mezquina se evade a través de sus ensueños. Siempre le ha gustado soñar y se abandonará más que nunca a esa inclinación; enmascara tras poéticos clisés un universo que la intimida; nimba al sexo masculino con un claro de luna, nubes sonrosadas, una noche aterciopelada; hace de su cuerpo un templo de mármol, de jaspe, de nácar; se cuenta a sí misma necias historias de hadas. Por no haber aprehendido al mundo, zozobra frecuentemente en la **{**335**}** bobería; si tuviese que actuar, tendría que ver claro, en tanto que esperar puede hacerlo en medio de la bruma. También el joven sueña: sobre todo, sueña con aventuras en las cuales desempeña un papel activo. La joven prefiere lo maravilloso e la aventura; propaga sobre las cosas y las gentes una incierta luz mágica. La idea de magia es la de una fuerza

133 Citado por DEBESSE: *La crise d'originalité juvénile*

pasiva; porque está consagrada a la pasividad y, no obstante, desea el poder: es preciso que la adolescente crea en la magia: en la de su cuerpo, que reducirá a los hombres a su yugo, y la del destino en general, que la colmará sin que ella tenga nada que hacer. En cuanto al mundo real, procura olvidarlo.

> «Algunas veces, en la escuela, me evado, no sé cómo, del tema explicado y me remonto al país de los sueños...», escribe una muchacha[134]. «Me siento entonces tan absolutamente absorbida en deliciosas quimeras, que pierdo por completo la noción de la realidad. Permanezco clavada en el banco, y, cuando despierto, me asombro de hallarme entre cuatro paredes.»

> «Me gusta mucho más soñar despierta que hacer versos -escribe otra-, pergeñar en mi mente lindos cuentos sin pies ni cabeza, o inventar una leyenda mientras contemplo unas montañas a la luz de las estrellas. Es mucho más bonito, porque es más vago y deja una impresión de descanso, de recuperación.»

Sin embargo, el culto solitario que se rinde a sí misma no satisface a la joven. Para realizarse, necesita existir en una conciencia distinta. Busca frecuentemente ayuda en sus compañeras. Cuando era más pequeña, la amiga íntima le servía de apoyo para evadirse del círculo materno, para explorar el mundo y, en particular, el mundo sexual; ahora es a la vez un objeto que arranca a la adolescencia de los límites de su yo y un testigo que se lo restituye. Algunas niñas se exhiben unas a otras su desnudez, comparan sus pechos: tal vez se recuerde la escena de Muchachas de uniforme que mostraba unos audaces juegos de internas de pensionado, que intercambian caricias difusas o precisas. Como indica Colette en Claudine à l'école y, con menos franqueza, Rosamond Lehmann en Poussière, casi todas las muchachas tienen inclinaciones lesbianas; esas inclinaciones apenas se distinguen de la delectación narcisista: cada una codicia en la otra la suavidad de su propia piel, el modelado de sus propias curvas; y, recíprocamente, en la adoración que siente por sí misma, está implícito el culto de la feminidad en general.

Sexualmente, el hombre es sujeto; por tanto, los hombres están normalmente separados por el deseo que los impulsa hacia un objeto diferente de ellos; pero la mujer es objeto absoluto de deseo; por eso en los liceos, en las escuelas, en los pensionados, en los talleres, florecen tantas «amistades particulares»; algunas son puramente espirituales, otras intensamente carnales. En el primer caso, se trata, sobre todo, de abrirse el corazón entre amigas, de intercambiar confidencias; la más apasionada prueba de confianza consiste en mostrar a la elegida el diario íntimo; a falta de abrazos sexuales, las amigas intercambian manifestaciones de extremada ternura, y a menudo, mediante un rodeo, se dan una prenda física de sus sentimientos; así Natacha se quema el brazo con una regla calentada al rojo para probar su amor a Sonia; sobre todo, se llaman con mil nombres acariciadores, se escriben ardientes cartas. He aquí, por ejemplo, lo que escribía Emilie Dickinson, joven puritana de Nueva Inglaterra, a su amada amiga:

> He pensado en usted durante todo el día y he soñado con usted durante toda la noche. Me paseaba con usted por el más maravilloso de los jardines y la ayudaba a coger rosas, pero mi cestito no se llenaba nunca. Y así, durante todo el día, pido poder pasearme con usted; y, cuando se acerca la noche, me siento dichosa y cuento impaciente las horas que me separan de la oscuridad, de mis sueños y del cestito nunca lleno....

En su obra L'âme de l'adolescente, Mendousse cita un gran número de cartas análogas:

> Mi querida Suzanne... Me hubiera gustado transcribir aquí algunos versículos del Cantar de los cantares: «¡Qué bella eres, amiga mía, qué bella eres!» Al igual que la novia mística, era usted semejante a la rosa de Saron, al lirio del Valle, y, como ella, ha sido usted para mí más que una joven común; ha sido usted un símbolo, el símbolo de tantas cosas bellas y elevadas... Y por eso, blanca Suzanne, la amo con un amor puro y desinteresado que tiene algo de religioso.

Otra confiesa en su diario emociones menos elevadas:

> Allí estaba yo, con el talle oprimido por aquella blanca manita; la mía descansaba sobre uno de sus mórbidos hombros, mi brazo tocaba el suyo desnudo y tibio y se apretaba contra la dulzura de su seno; tenía ante mí su linda boca entreabierta, mostrando sus dientecitos... Me estremecí y sentí que me ardía la cara[135].

[134] Citado por DEBESSE: *La crise d'originalité juvénile*

[135] Citado también por MENDOUSSE: L'âme de l'adolescente.

En su libro La adolescente, madame Évard ha recogido también gran número de estas efusiones íntimas:

> A mi hada bienamada, a mi muy querida amiga. Linda hada mía. ¡Oh!, dime que me amas todavía, dime que sigo siendo para ti la amiga abnegada. Estoy triste, te amo tanto, ¡oh, L... mía!, y no puedo hablar contigo, expresarte mi cariño lo suficiente; no hay palabras para describir mi amor. Idolatría es poco decir para lo que experimento en mi interior; a veces me parece que va a estallarme el corazón. Ser amada por ti es demasiado hermoso, y no puedo creerlo. ¡Oh, cariñito!, dime: ¿me seguirás amando durante mucho tiempo?..., etc.

De esas exaltadas ternuras es fácil deslizarse a culpables amores juveniles; a veces, una de las dos amigas domina a la otra y ejerce su poder con sadismo; pero frecuentemente se trata de amores recíprocos, sin humillación ni lucha; el placer dado y recibido sigue siendo tan inocente como en la época en que cada una se amaba a sí misma solitariamente, sin desdoblarse en una pareja. Pero semejante pureza resulta insípida; cuando la adolescente desea entrar en la vida, acceder a lo Otro, quiere resucitar en su provecho la magia de la mirada paterna, exige el amor y las caricias de una divinidad. Entonces se dirigirá a una mujer menos extraña y menos temible que el varón, pero que participará del prestigio varonil: una mujer que tenga un oficio, que se gane la vida, que disfrute de cierta consideración social, será fácilmente tan fascinante como un hombre: sabido es cuántas «llamas» prenden en el corazón de las colegialas las profesoras, las cuidadoras. En Régiment de femmes, Clémence Dane describe castamente pasiones abrasadoras. A veces, la joven hace a su amiga íntima la confidencia de su gran pasión; puede suceder incluso que ambas la compartan y que cada cual tenga el prurito de demostrarla más vivamente. Así, una colegiala escribe a su amiga preferida:

> Estoy en cama, resfriada, y no puedo pensar más que en la señorita X... Nunca he amado de tal modo a una maestra. Ya en primer año la quería mucho; pero ahora se trata de un verdadero amor. Creo que soy más apasionada que tú. Tengo la impresión de que la beso real y verdaderamente; estoy a punto de desvanecerme y me reconforta la idea de volver a la escuela para verla.

Lo más frecuente es que ose confesar sus sentimientos a su mismo ídolo:

> Con respecto a usted, mi querida señorita, me hallo en un estado indescriptible... Cuando no la veo, daría cualquier cosa por verla; pienso en usted a cada instante. Si la veo, se me llenan los ojos de lágrimas y me invade el deseo de ocultarme; soy tan pequeña y tan ignorante a su lado... Cuando usted me habla, me siento confusa, conmovida, y me parece oír la dulce voz de un hada y como un zumbido de cosas amables, imposibles de traducir; espío sus menores gestos, no me entero de lo que se habla y farfullo cualquier tontería: admitirá usted, mi querida señorita, que todo esto es muy confuso. Pero una cosa la veo con toda claridad, y es que la amo desde lo más profundo de mi alma[136].

La directora de una escuela profesional cuenta lo siguiente[137]:

> Recuerdo que, en mi propia juventud, nos disputábamos el papel con el cual envolvía su almuerzo uno de nuestros jóvenes profesores y que pagábamos hasta veinte pfennigs por trozos del mismo. Sus billetes atrasados del Metro también eran objeto de nuestra manía de coleccionistas.

Puesto que debe desempeñar un papel viril, es preferible que la mujer amada no esté casada: el matrimonio no siempre desalienta a la joven enamorada, pero la molesta; detesta que el objeto de su adoración aparezca sometido al poder de un marido o de un amante. A menudo, tales pasiones se desarrollan en secreto, o, al menos, en un plano puramente platónico; sin embargo, el paso a un erotismo concreto es aquí mucho más fácil que si el objeto amado es del sexo masculino; aun cuando no haya tenido experiencias fáciles con amigas de su edad, el cuerpo femenino no asusta a la muchacha; a menudo ha conocido con sus hermanas, con su madre, una intimidad en que la ternura se penetraba sutilmente de sensualidad, y junto a la amada a quien admira, el deslizamiento de la ternura al placer se efectuará igualmente de un modo insensible. Cuando, en Muchachas de uniforme, Dorothy Wieck besa en los labios a Herta Thill, es el suyo un beso maternal y sexual al

136 Citado por MARGUERITE ÉVARD: L'adolescente (la anterior cita también pertenece a la misma autora).
137 LIEPMANN: *Jeunesse et sexualité*.

mismo tiempo. Entre mujeres hay una complicidad que desarma al pudor; la turbación que una de ellas despierta en la otra carece generalmente de violencia; las caricias homosexuales no implican ni desfloración, ni penetración: sacian el erotismo clitoridiano de la infancia sin reclamar nuevas e inquietantes metamorfosis. La joven puede realizar su vocación de objeto pasivo sin sentirse profundamente enajenada. Eso es lo que expresa Renée Vivien en esos versos en que describe las relaciones de las «mujeres condenadas» con sus amantes:

Nuestros cuerpos para los suyos son fraternal espejo,
Nuestros besos lunares tienen lívidas dulzuras,
Nuestros dedos no ajan el vello de una mejilla;
y cuando el cinturón se desata podemos
ser amantes y hermanas al mismo tiempo[138].

Y en estos otros:

Porque amamos la gracia y la delicadeza
y mi posesión no lastima tus senos...
Mi boca no podría morder ásperamente la tuya[139].

A través de la impropiedad poética de las palabras «senos» y «boca», lo que promete claramente a su amiga es no violentarla. Y en parte es por temor a la violencia, a la violación, por lo que la adolescente dirige frecuentemente su primer amor a una muchacha mayor antes que a un hombre. La mujer viril reencarna para ella, a la vez, al padre y a la madre: del padre tiene la autoridad, la trascendencia, es fuente y medida de valores, emerge más allá del mundo dado, es divina; pero sigue siendo mujer. Que de niña haya estado demasiado privada de las caricias maternas o, por el contrario, que su madre la haya mimado en demasía, la adolescente sueña como sus hermanos con el calor del seno; en esa carne próxima a la suya encuentra con abandono esa fusión inmediata con la vida, que el destete destruyera; y la separación que la individualiza es superada por esa mirada extraña que la envuelve. Bien entendido, toda relación humana implica conflictos; todo amor, celos. Pero muchas de las dificultades que se alzan entre la virgen y su primer amante son aquí allanadas. La experiencia homosexual puede adoptar la figura de un genuino amor; puede aportar a la joven un equilibrio tan dichoso, que deseará perpetuarla, repetirla, y conservará de ella un recuerdo nostálgico; puede revelar o dar nacimiento a una vocación lesbiana. Pero lo más frecuente es que no represente sino una etapa: su misma facilidad la condena. En el amor que consagra a una mayor, la joven codicia su propio porvenir: quiere identificarse con el ídolo; a menos que posea una superioridad excepcional, este pierde pronto su aura; cuando ella empieza a afirmarse, la menor juzga, compara: la otra, que ha sido elegida precisamente porque estaba próxima y no intimidaba, no es lo bastante otra para imponerse durante mucho tiempo; los dioses masculinos están más sólidamente instalados, porque su cielo está más lejos. Su curiosidad, su sensualidad, incitan a la joven a desear abrazos más violentos. Con mucha frecuencia, desde el principio, no se ha propuesto la aventura homosexual más que como una transición, una iniciación, una espera; ha jugado al amor, a los celos, a la cólera, al orgullo, a la alegría y a las penas con la idea, más o menos confesada, de que imitaba sin gran riesgo las aventuras con las que sueña, pero las cuales no se atrevía todavía o no tuvo ocasión de vivirlas. Está destinada al hombre y lo sabe; y quiere un destino de mujer normal y completa.

El hombre la deslumbra; y, sin embargo, la asusta. Para conciliar los contradictorios sentimientos que suscita en ella, disociará en él al varón que la espanta de la radiante divinidad a la que adora piadosamente. Brusca y salvaje con sus camaradas masculinos, idolatra a lejanos príncipes azules: actores de cine cuya foto coloca a la cabecera de su cama, héroes difuntos o vivos, pero en todo caso inaccesibles, desconocidos vislumbrados por azar y a los que sabe no volverá a ver nunca más. Tales amores no crean ningún problema. Muy a menudo se dirigen hacia hombres dotados de prestigio social o intelectual, pero cuyo físico no podría suscitar ninguna turbación: por ejemplo, un viejo profesor un poco ridículo; esos hombres de edad emergen más allá del mundo en que está encerrada la adolescente, que puede destinarse a ellos en secreto, consagrarse a ellos como se consagraría a Dios: semejante don no tiene nada de humillante; es libremente consentido, puesto que no se les desea en su carne. La enamorada novelesca acepta incluso de buen grado que el elegido tenga un aspecto humilde, que sea feo, incluso un poco ridículo: ello no hace sino que se sienta más segura. Simula deplorar los obstáculos que la separan de él; pero en realidad le ha elegido justamente porque entre ella y él no era posible ninguna relación verdadera. Así puede hacer del amor una experiencia abstracta, puramente subjetiva, que no atenta contra su integridad; su corazón palpita, conoce el dolor de la ausencia, las angustias de la presencia, el despecho, la esperanza, el

138 L'heure des mains jointes
139 Sillages.

odio, el entusiasmo, pero en blanco; nada de sí misma está comprometido. Resulta divertido constatar que el ídolo elegido es más brillante cuanto más lejano: es útil que el profesor de piano, a quien se ve cotidianamente, sea feo y ridículo; pero si una se enamora de un extraño que se mueve en esferas inasequibles, entonces se le prefiere apuesto y varonil. Lo importante es que, de un modo u otro, la cuestión sexual no se plantee. Esos amores mentales prolongan y confirman la actitud narcisista en que el erotismo no aparece más que en su inmanencia, sin presencia real del Otro. Como en ello encuentra una coartada que le permite eludir experiencias concretas, la adolescente desarrolla a menudo una vida imaginaria de extraordinaria intensidad. Ella opta por confundir sus fantasmas con la realidad. Entre otros ejemplos, H. Deutsch[140] aporta uno muy significativo: el de una joven bonita y seductora que fácilmente podría haber sido cortejada, pero que se negaba a todo comercio con los jóvenes de su entorno; sin embargo, en lo más secreto de su corazón, a la edad de trece años había optado por rendir culto a un muchacho de diecisiete, más bien feúcho y que jamás le había dirigido la palabra. Se procuró una fotografía de él, le puso ella misma una dedicatoria, y, durante tres años, llevó un diario en el que todos los días relataba sus experiencias imaginarias: intercambiaban besos, apasionados abrazos; a veces había entre ellos escenas en las que corrían las lágrimas y de las que ella salía con los ojos realmente enrojecidos e hinchados; luego, se reconciliaban y ella se enviaba flores, etc. Cuando un cambio de residencia le separó de ella, le escribió cartas que no le enviaba jamás, pero a las cuales respondía ella misma. Esta historia era, evidentemente, una defensa contra experiencias reales a las cuales temía.

Este caso es casi patológico. Pero ilustra, magnificándolo, un proceso que se produce normalmente. En Marie Bashkirtseff se encuentra un impresionante ejemplo de vida sentimental imaginaria. Jamás ha hablado con el duque de H.... de quien pretende estar enamorada. Lo que de verdad desea es la exaltación de su yo; pero, siendo mujer, y, sobre todo, en la época y en la clase a las cuales pertenece, no podía soñar con el triunfo mediante una existencia autónoma. A la edad de dieciocho años, anota lúcidamente: «Escribo a C... diciéndole que me gustaría ser hombre. Sé que podría llegar a ser alguien; pero, con faldas, ¿adónde quiere que vaya? El matrimonio es la única carrera de las mujeres; los hombres tienen treinta y seis oportunidades; la mujer solo tiene una: el cero, como en la banca.» Así, pues, necesita el amor de un hombre; mas para que este pueda conferirle un valor soberano, debe ser él mismo una conciencia soberana. «Jamás podrá agradarme un hombre por debajo de mi posición -escribe-. Un hombre rico, independiente, lleva consigo el orgullo y cierto aire de comodidad. La seguridad tiene cierto aire victorioso. Amo en H... ese aire caprichoso, fatuo y cruel: tiene algo de Nerón.» Y prosigue: «Este aniquilamiento de la mujer ante la superioridad del hombre amado debe ser el más grande goce de amor propio que puede experimentar una mujer superior.»

Así, pues, el narcisismo conduce al masoquismo: esta vinculación se encontraba ya en la niña que soñaba con Barba Azul, con Grisélidis y las santas mártires. El yo está constituido como por otro, para otro: cuanto más poderoso es el otro, más riquezas y poderes tiene el yo; cautivando a su dueño, encierra en sí todas las virtudes que este ostenta; amada por Nerón, Marie Bashkirtseff sería Nerón; aniquilarse ante otro es realizar al otro en sí y para sí al mismo tiempo; en verdad este sueño de aniquilamiento es una orgullosa voluntad de ser. En realidad, Marie Bashkirtseff no ha encontrado jamás a un hombre lo bastante soberbio para que ella aceptase alienarse a través de él. Una cosa es arrodillarse ante un dios forjado por una misma y que permanece a distancia; y otra cosa muy distinta es abandonarse a un varón de carne y hueso. Multitud de muchachas se obstinan, durante largo tiempo, en perseguir su sueño a través del mundo real; y buscan un hombre que les parezca superior a todos los demás por su posición, su mérito, su inteligencia; le quieren de más edad que ellas, que ya se haya labrado una posición en la Tierra, que goce de autoridad y prestigio; la fortuna, la celebridad, las fascinan: el elegido se presenta como el Sujeto absoluto que, con su amor, les comunicará su esplendor y su necesidad. Su superioridad idealiza el amor que la joven siente por él: no desea ella darse a él porque sea varón, sino porque es ese ser de excepción. «Quisiera gigantes y solo hallo hombres», me decía antaño una amiga.

En nombre de tan altas exigencias, la joven desdeña a pretendientes demasiado cotidianos y elude los problemas de la sexualidad. En sus sueños, acaricia también, sin riesgo, una imagen de sí misma, que la encanta en cuanto imagen, aunque no consiente en modo alguno conformarse a ella. Así, Marie Le Hardouin[141] cuenta que le complacía verse como una víctima toda consagrada a un hombre, cuando en realidad era una mujer sumamente autoritaria.

Por una suerte de pudor, jamás he podido expresar en la realidad esas tendencias soterradas de mi naturaleza y que tantas veces he vivido en mis sueños. Tal y como he aprendido a conocerme, soy, en efecto, autoritaria, violenta, incapaz, en el fondo, de doblegarme.

[140] Psychology of Women.
[141] La voile noire.

Siempre obedeciendo a una necesidad de abolirme, me imaginaba a veces que era una mujer admirable, que solo vivía para el deber y que estaba enamorada hasta la imbecilidad de un hombre cuyos menores deseos me esforzaba por adivinar. Nos debatíamos en medio de una odiosa existencia llena de necesidades. El se mataba trabajando y por la noche volvía macilento y deshecho. Yo me dejaba los ojos cosiéndole la ropa junto a una ventana sin luz. En una angosta cocina llena de humo, le preparaba algunos platos míseros. La enfermedad amenazaba continuamente con hacer morir a nuestro único hijo. Sin embargo, en mis labios palpitaba siempre una sonrisa crucificada de dulzura y siempre se veía en mis ojos esa insoportable expresión de silencioso valor que jamás he podido sufrir sin disgusto en la realidad.

Además de estas complacencias narcisistas, algunas jóvenes experimentan más concretamente la necesidad de un guía, de un maestro. En el momento en que escapan a la influencia de los padres, se encuentran embarazadas por una anatomía a la que no están habituadas, y no saben hacer de ella sino un uso negativo; caen en el capricho y la extravagancia; desean desistir nuevamente de su libertad. La historia de la joven caprichosa, orgullosa, rebelde e insoportable que se hace domar amorosamente por un hombre razonable, es un tópico de la literatura barata y del cine: es un cliché que halaga tanto a los hombres como a las mujeres. Esa es la historia que cuenta, entre otras, madame de Ségur en Quel amour d'enfant! De niña, Gisèle, decepcionada por un padre demasiado indulgente, desarrolla un gran apego por una tía vieja y severa; de joven sufre el ascendiente de un hombre joven y gruñón, Julien, que le canta duramente las verdades, la humilla, trata de reformarla; se casa con un rico duque sin carácter, con el cual es muy desgraciada, y solo cuando, viuda, acepta el amor exigente de su mentor, encuentra al fin alegría y prudencia. En Good wives, de Louisa Alcott, la independiente Joe empieza a enamorarse de su futuro marido, porque este le reprocha severamente una tontería que ha cometido; también la reprende, y ella se apresura a excusarse, a someterse. Pese al crispado orgullo de las mujeres norteamericanas, las películas de Hollywood nos han ofrecido cien veces la imagen de la niña terrible domada por la saludable brutalidad de un enamorado o de un marido. Un par de bofetadas o una buena azotaina parecen los medios más seguros de seducción. Sin embargo, en la realidad, el paso del amor ideal al amor sexual no es sencillo. Muchas mujeres evitan cuidadosamente acercarse al objeto de su pasión, por el temor, más o menos confesado, a sufrir una decepción. Si el héroe, el gigante, el semidiós, responde al amor que inspira y lo transforma en una experiencia real, la joven se alarma; su ídolo se convierte en un macho del cual se aleja, asqueada. Hay adolescentes coquetas que no perdonan medio para seducir a un hombre que les parezca «interesante» o «fascinador», pero que paradójicamente se irritan si él, a su vez, les manifiesta un sentimiento demasiado vivo; les complacía porque parecía inasequible: enamorado, se hace trivial. «Es un hombre como los demás.» La joven le guarda rencor por su fracaso, y toma pretexto del mismo para rehusar los contactos físicos que espantan a su sensibilidad virginal. Si la joven cede a su «Ideal», permanece insensible entre sus brazos y, como dice Stekel[142], «sucede que algunas muchachas exaltadas se suicidan después de tales escenas, en las cuales se desploma toda la construcción de la imaginación amorosa, ya que el Ideal se revela bajo la forma de un «animal brutal». También por afición a lo imposible, la joven se enamora frecuentemente de un hombre cuando este empieza a hacer la corte a una de sus amigas, y también con mucha frecuencia elige a un hombre casado. Se siente fascinada de buen grado por los donjuanes; sueña con someter y atraerse a ese seductor a quien jamás retiene ninguna mujer, acariciando la esperanza de reformarle: pero en realidad sabe que fracasará en su empresa; y esa es una de las razones de su elección. Algunas jóvenes se revelan incapaces de conocer nunca un amor real y completo. Durante toda su vida, buscan un ideal imposible de alcanzar.

Y es que hay conflicto entre el narcisismo de la joven y las experiencias a las cuales la destina su sexualidad. La mujer no se acepta como lo inesencial sino a condición de encontrar lo esencial en el seno de su abdicación. Al hacerse objeto, he ahí que se transforma en un ídolo en el cual se reconoce orgullosamente; pero rechaza la implacable dialéctica que le impone retornar a lo inesencial. Quiere ser un tesoro fascinante, no un objeto que se toma. Le gusta aparecer como un maravilloso fetiche cargado de efluvios mágicos, y no verse como una carne que se deja contemplar, palpar., amasar: así, el hombre mima a la mujer presa, pero huye de esa especie de ogro que es Deméter.

Orgullosa de captar el interés masculino, de suscitar admiración, lo que la subleva es ser captada, a su vez. Con la pubertad, ha aprendido a avergonzarse, y la vergüenza permanece mezclada con su coquetería y su vanidad; la mirada del varón la lisonjea y la hiere al mismo tiempo; no querría ser vista sino en la medida en que se muestra: los ojos son siempre demasiado penetrantes. De ahí las incoherencias que desconciertan a los hombres: ella muestra el escote, las piernas; pero, tan pronto

142 *La femme frigide*

como la miran, enrojece, se irrita. Se divierte provocando al varón; pero si advierte que ha suscitado el deseo en él, retrocede con disgusto: el deseo masculino es una ofensa tanto como un homenaje; en la medida en que se siente responsable de su encanto y le parece ejercerlo libremente, le encantan sus victorias; pero en tanto que sus rasgos, sus formas, su carne, le han sido dados y los sufre, quiere hurtarlos a esa libertad extraña e indiscreta que los codicia. He ahí el sentido profundo de ese pudor original que se interfiere, de manera desconcertante, en las más osadas coqueterías. Una jovencita puede tener audacias sorprendentes, porque no comprende que sus iniciativas la revelan en su pasividad: tan pronto como se percata de ello, se atemoriza y se enfada. Nada más equívoco que una mirada; existe a distancia y, en virtud de esa distancia, parece respetuosa: pero se adueña socarronamente de la imagen percibida. La mujer en ciernes se debate en esas trampas. Empieza a abandonarse; pero inmediatamente se crispa y mata en ella el deseo. En su cuerpo todavía incierto, la caricia se experimenta, ora como un tierno placer, ora como un desagradable cosquilleo; un beso la conmueve en principio; luego, bruscamente, la hace reír; cada complacencia es seguida por una revuelta; se deja besar, pero se limpia la boca con afectación; se muestra sonriente y tierna; luego, súbitamente, irónica y hostil; hace promesas que olvida deliberadamente. Tal es Mathilde de la Mole, seducida por la apostura y las raras cualidades de Julien, deseosa de alcanzar a través del amor un destino excepcional, pero rechazando hoscamente la dominación de sus propios sentidos y la de una conciencia extraña; pasa del servilismo a la arrogancia, de la súplica al desprecio; todo cuanto da, se lo hace pagar inmediatamente. Tal es también esta «Monique» cuyo retrato ha trazado Marcel Arland y que confunde la turbación con el pecado, para quien el amor es una abdicación vergonzosa, cuya sangre arde, pero que detesta ese ardor y no se somete sino encabritándose.

Exhibiendo una naturaleza pueril y perversa es como la «fruta verde» se defiende del hombre. Bajo esta figura, mitad salvaje, mitad juiciosa, se ha descrito frecuentemente a la joven. Colette, entre otros, la ha pintado en Claudine à l'école, y también en Le blé en herbe, con los rasgos de la seductora Vinca. Siente un ardiente interés por el mundo que tiene delante y sobre el cual reina como soberana; pero también experimenta curiosidad y un deseo sensual y novelesco con respecto al hombre. Vinca se araña con las zarzas, pesca camarones, trepa a los árboles, pero se estremece cuando su camarada Phil le toca la mano; conoce la turbación en que el cuerpo se hace carne y que constituye la primera revelación de la mujer como tal; turbada, empieza a quererse bonita: unas veces se peina, se maquilla, se viste con vaporosa tela de organdí, se divierte mostrándose coqueta y seduciendo; pero, como también quiere existir para sí misma y no solamente para otros, tiene momentos en que se pone viejos vestidos sin gracia alguna y pantalones mal cortados; hay toda una parte de sí misma que censura la coquetería y la considera como una dimisión: por tanto, se mancha adrede los dedos de tinta, se muestra despeinada, desaseada. Esas rebeliones le comunican una torpeza que ella percibe con despecho: se irrita por ello, enrojece, redobla su torpeza y se horroriza de esas abortadas tentativas de seducción. En esa fase, la jovencita ya no quiere seguir siendo niña, pero tampoco acepta convertirse en adulta; se reprocha sucesivamente su puerilidad y su resignación de hembra. Está en actitud de constante rechazo.

Ese es el rasgo que caracteriza a la joven y que nos da la clave de la mayor parte de sus actitudes; no acepta el destino que la Naturaleza y la sociedad le asignan, y, sin embargo, no lo repudia positivamente: se halla interiormente demasiado dividida para entrar en lucha contra el mundo; se limita a huir de la realidad o a oponerse a ella simbólicamente. Cada uno de sus deseos se dobla con una angustia: está ávida de entrar en posesión de su porvenir, pero teme romper con su pasado; desea «tener» un hombre, pero le repugna ser su presa. Y detrás de cada temor se disimula un deseo: la violación la horroriza, pero aspira a la pasividad. Por eso está destinada a la mala fe y a todas sus astucias; está predispuesta a toda suerte de obsesiones negativas que traducen la ambivalencia del deseo y la ansiedad.

Una de las formas de oposición que más a menudo se encuentra en la adolescente es la risa burlona y socarrona. Las estudiantes de instituto y las modistillas «revientan» de risa cuando se cuentan historias sentimentales o escabrosas, cuando hablan de sus coqueteos, se cruzan con hombres, ven a los enamorados besarse; he conocido colegialas que entraban expresamente en el jardín del Luxemburgo por el paseo de los enamorados, solo para reírse, y a otras que frecuentaban los baños turcos con objeto de mofarse de las señoras gordas de abultado vientre y senos colgantes a quienes veían allí; escarnecer su cuerpo femenino, poner a los hombres en ridículo, reírse del amor, es una manera de repudiar la sexualidad: en esas risas, junto con un desafío a los adultos, hay una manera de superar su propia confusión; se juega con imágenes, con palabras, para matar su magia peligrosa: así, yo he visto a las alumnas de cuarto «reventar» de risa al encontrar en un texto latino la palabra fémur. Con mayor motivo, si la jovencita se deja besar y manosear, se tomará el desquite riéndose en las narices de su pareja o con sus compañeras. Recuerdo que una noche, en un compartimiento de un tren, dos jovencitas se dejaban acariciar alternativamente por un viajante de comercio, encantado

con aquella ganga: entre sesión y sesión, ellas reían histéricamente, encontrando, en un compromiso de sexualidad y vergüenza, las actitudes de la edad ingrata. Al mismo tiempo que a esas risas locas, las jóvenes recurren al lenguaje: en boca de algunas de ellas se encuentra un vocabulario cuya grosería haría ruborizarse a sus hermanos; pero a ellas les espanta tanto menos cuanto que, sin duda, las expresiones de que se sirven no evocan en ellas, por el hecho de su semiignorancia, una imagen muy precisa; por lo demás, el propósito consiste, si no en impedir que las imágenes se formen, sí al menos en desarmarlas. Las groseras historias que se cuentan las estudiantes de instituto están destinadas mucho menos a saciar instintos sexuales que a negar la sexualidad: no quieren considerarla sino bajo un aspecto humorístico, como una operación mecánica y casi quirúrgica. Pero, como la risa, el uso de un lenguaje obsceno no es solamente una oposición: es también un desafío a los adultos, una suerte de sacrilegio, una conducta deliberadamente perversa. Al rechazar a la Naturaleza y la sociedad, la joven las provoca y desafía mediante una multitud de singularidades. Con frecuencia se han observado en ella manías alimentarías: come minas de lápiz, lacre, trozos de madera, camarones vivos; ingiere tabletas de aspirina por decenas; incluso se traga moscas y arañas; he conocido a una, muy juiciosa por lo demás, que preparaba con café y vino blanco horribles mixturas que se esforzaba por beber; otras veces comía azúcar empapada en vinagre; he visto a otra encontrarse en la ensalada un gusano blanco y masticarlo con decisión. Todos los niños experimentan el mundo con los ojos, las manos y mas íntimamente con la boca y el estómago; pero, en la edad ingrata, la niña se complace más particularmente en explorarlo en aquello que tiene de indigesto, de repugnante. Muy a menudo la atrae lo que es «repugnante». Una de ellas, que era bonita, coqueta y muy aseada, se mostraba verdaderamente fascinada por todo cuanto le parecía «sucio»: tocaba insectos, contemplaba sus paños higiénicos manchados, se chupaba la sangre de sus heridas. Jugar con cosas sucias es, evidentemente, una manera de superar la repugnancia; este sentimiento adquiere gran importancia en el momento de la pubertad; la jovencita siente disgusto por su cuerpo demasiado carnal, por la sangre menstrual, por las prácticas sexuales de los adultos, por el varón al que está destinada; y lo niega, complaciéndose precisamente en la familiaridad de todo cuanto le repugna. «Puesto que es preciso que sangre todos los meses, demuestro chupándome la sangre de mis heridas que mi sangre no me asusta. Puesto que he de someterme a una prueba repelente, ¿por qué no masticar un gusano blanco?» De manera mucho más tajante, esta actitud se afirma en las automutilaciones tan frecuentes en esa edad. La joven se hace cortes en el muslo con una navaja de afeitar, se quema con un cigarrillo, se da tajos, se despelleja; para no ir a una aburrida fiesta al aire libre, una amiga de mi juventud se partió un pie con un hacha pequeña y tuvo que guardar cama durante seis semanas. Estas prácticas sádico-masoquistas son a la vez una anticipación de la experiencia sexual y una sublevación contra ella; al soportar tales pruebas, la joven se endurece contra toda prueba posible y así las hace anodinas, incluida la noche nupcial. Cuando se pone una babosa en el pecho, cuando ingiere un tubo de aspirinas, cuando se hiere adrede, la joven desafía al futuro amante: «Jamás me infligirás nada más odioso que lo que yo misma me inflijo.» Se trata de iniciaciones sombrías y orgullosas a la aventura sexual. Destinada a ser una presa pasiva, reivindica su libertad hasta en el hecho de sufrir dolor y repugnancia. Cuando se inflige la mordedura del cuchillo, la quemadura de la brasa, protesta contra la penetración que la desflorará, y protesta anulándola. Masoquista, puesto que con su conducta acoge al dolor, es sobre todo sádica: en tanto que sujeto autónomo, vapulea, escarnece, tortura a esa carne dependiente, esa carne condenada a la sumisión que tanto detesta, sin querer, no obstante, distinguirse de ella. Porque, en todas esas coyunturas, no opta por rechazar auténticamente su destino. Las manías sádico-masoquistas implican una mala fe fundamental: si la joven se entrega a ellas es porque acepta, a través de su repudio, su porvenir de mujer; no mutilaría rencorosamente su cuerpo si, en principio, no se reconociese como carne. Hasta sus explosiones de violencia se alzan sobre un fondo de resignación. Cuando un muchacho se subleva contra su padre, contra el mundo, se entrega a violencias eficaces; busca pendencia con un camarada, se pelea, se afirma como sujeto a puñetazo limpio: se impone al mundo, lo sobrepasa. Pero afirmarse, imponerse, le está prohibido a la adolescente, y eso precisamente es lo que pone tanta rebeldía en su corazón, porque no espera ni cambiar el mundo, ni emerger del mismo; se sabe o, por lo menos, se cree, y tal vez incluso se quiere, atada: no puede hacer más que destruir; hay desesperación en su rabia; en el curso de una velada irritante, rompe vasos, floreros, etc.; no lo hace para vencer a la suerte, sino para protestar simbólicamente. A través de su impotencia presente es como la joven se rebela contra su futura servidumbre; y sus vanas explosiones, lejos de librarla de sus ataduras, no hacen frecuentemente más que apretarlas. Las violencias contra ella misma o contra el universo que la rodea tienen siempre un carácter negativo: son más espectaculares que eficaces. El muchacho que escala rocas, que se zurra con sus camaradas, considera el dolor físico, las heridas y los chichones como una consecuencia insignificante de las actividades positivas a las cuales se entrega; ni las busca ni las rehuye por sí mismas (salvo en el caso de un complejo de inferioridad que le sitúe en posición análoga a la de las mujeres). La joven contempla su propio sufrimiento: busca en su propio corazón el gusto de la violencia y de la revuelta, y ello le interesa más que sus resultados. Su perversidad proviene de que permanece anclada en el universo infantil, del que no puede o no quiere

verdaderamente evadirse; más que tratar de salir de su jaula, lo que hace es debatirse en ella; sus actitudes son negativas, reflexivas, simbólicas. Hay casos en que esa perversidad adquiere formas inquietantes. Un número bastante elevado de jóvenes vírgenes son cleptómanas; la cleptomanía es una «sublimación sexual» de naturaleza muy equívoca; la voluntad de quebrantar las leyes, de violar un tabú, el vértigo del acto prohibido y peligroso, es ciertamente esencial en la ladrona: pero tiene un doble aspecto. Tomar objetos sin tener derecho a hacerlo, es afirmar con arrogancia la propia autonomía, es plantearse como sujeto frente a las cosas hurtadas y a la sociedad que condena el robo, es rechazar el orden establecido y desafiar a sus guardianes; pero este desafío tiene también un aspecto masoquista; a la ladrona la fascina el riesgo que corre, el abismo en que será precipitada si la sorprenden; lo que presta tan voluptuoso atractivo al hecho de robar es el peligro de ser sorprendida; en tal caso, bajo miradas llenas de censura, bajo la mano posada en su hombro, en medio de la vergüenza, se realizará totalmente y sin ayuda como objeto. Tomar sin ser tomada, con la angustia de convertirse en presa, he ahí el peligroso juego de la sexualidad femenina adolescente. Todas las condiciones perversas y delictivas que se encuentran en las jóvenes tienen esa misma significación. Algunas se especializan en el envío de cartas anónimas, otras se divierten engañando a quienes las rodean: una niña de catorce años persuadió a toda una aldea de que una casa estaba llena de espíritus. Gozan a la vez con el ejercicio clandestino de su poder, con su desobediencia, con su desafío a la sociedad y con el riesgo de ser desenmascaradas; es ello un elemento tan importante de su placer, que frecuentemente se desenmascaran a sí mismas y hasta se acusan a veces de faltas o crímenes que no han cometido. No es sorprendente que la negativa a convertirse en objeto lleve a constituirse en objeto: es un proceso común a todas las obsesiones negativas. En una parálisis de tipo histérico, el paciente teme a la parálisis, la desea y la realiza todo al mismo tiempo, y solamente se cura si cesa de pensar en ella; lo mismo sucede con los tics de los psicasténicos. La profundidad de su mala fe es lo que emparenta a la joven con esos tipos de neuróticos: manías, tics, conjuraciones, perversidades, en ella se encuentran muchos síntomas neuróticos a causa de esa ambivalencia del deseo y la angustia que hemos señalado. Es bastante frecuente, por ejemplo, que ponga en práctica «fugas»; se marcha al azar, vaga lejos de la casa paterna y, al cabo de dos o tres días, regresa por su propia voluntad. No se trata en ese caso de una verdadera partida, de un acto real de ruptura con la familia; se trata solamente de una comedia de evasión, y a menudo la joven queda completamente desconcertada si le proponen sustraerla definitivamente a su entorno: quiere abandonarlo al mismo tiempo que no desea en absoluto hacerlo. La fuga está vinculada a veces a los fantasmas de la prostitución: la joven suena que es una prostituta y representa ese papel más o menos tímidamente; se maquilla de forma llamativa, se asoma a la ventana y dirige miradas provocativas a los transeúntes; en ciertos casos, se va de casa y lleva tan lejos la comedia, que esta se confunde con la realidad. Tales actitudes traducen a menudo una repugnancia por el deseo sexual, un sentimiento de culpabilidad: «Puesto que tengo estos pensamientos, estos apetitos, no valgo más que una prostituta, soy una prostituta», piensa la joven. En ocasiones, busca liberarse de ello: «Terminemos de una vez; vayamos hasta el fin», se dice; quiere demostrarse que la sexualidad tiene escasa importancia entregándose al primero que llega. Al mismo tiempo, semejante actitud manifiesta a menudo una hostilidad con respecto a la madre, ora porque la joven sienta horror ante la austera virtud de esta, ora porque sospeche que es una mujer de costumbres fáciles; o bien expresa rencor con respecto al padre, que se ha mostrado demasiado indiferente. De todas formas, en esa obsesión -como en los fantasmas de embarazo de que ya hemos hablado y que a menudo se le asocian- se encuentra esa inextricable confusión de la revuelta y de la complicidad que es característica de los vértigos psicasténicos. Es notable que en todas esas actitudes la joven no busque sobrepasar el orden natural y social, ni pretenda hacer retroceder los límites de lo posible, ni efectuar una transmutación de valores; se contenta con manifestar su revuelta en el seno de un mundo establecido cuyas leyes y fronteras se conservan; esa es la actitud que a menudo se ha definido como «demoníaca» y que implica un ardid fundamental: se reconoce el bien para escarnecerlo, se instaura la norma para violarla, se respeta lo sagrado para hacer posible la perpetración de sacrilegios. La actitud de la joven se define esencialmente por el hecho de que, en las angustiosas tinieblas de la mala fe, rechaza, aceptándolos, al mundo y a su propio destino.

Sin embargo, no se limita a oponerse negativamente a la situación que le es impuesta, sino que trata también de compensar sus insuficiencias. Si el porvenir la asusta, el presente no la satisface; vacila en convertirse en mujer; la irrita no ser todavía más que una niña; ya ha abandonado su pasado; todavía no se ha comprometido en una vida nueva; tiene ocupaciones, pero no hace nada, y, como no hace nada, no tiene nada, no es nada. Se esfuerza por colmar ese vacío recurriendo a comedias y engaños. A menudo se le reprocha que sea socarrona, embustera y que no haga más que enredar. El hecho es que está destinada al secreto y la mentira. A los dieciséis años, una mujer ha pasado ya por penosas pruebas: la pubertad, las reglas, el despertar de la sexualidad, las primeras turbaciones, las primeras fiebres, temores, repugnancias, torpes experiencias, y todas esas cosas las ha encerrado en su corazón; ha aprendido a guardar celosamente sus secretos. El solo hecho de tener que ocultar sus paños higiénicos y disimular sus reglas, la arrastra ya a la mentira. En Old Mortality, C. A. Porter

cuenta que las jóvenes norteamericanas del Sur, hacia 1900, enfermaban por ingerir mezclas de sal y limón para detener sus reglas cuando iban al baile: temían que los muchachos descubriesen su estado por sus ojeras, el contacto de sus manos, un olor tal vez, y esa idea las trastornaba. Es difícil jugar a los ídolos, las hadas, las princesas altivas, cuando se siente entre las piernas el contacto de un paño ensangrentado, y, más generalmente, cuando se conoce la miseria original de ser cuerpo. El pudor, que es la espontánea negativa a dejarse captar como carne, raya en hipocresía. Pero, sobre todo, la mentira a la cual se condena a la adolescente consiste en que necesita fingir que es objeto, y objeto prestigioso, cuando ella se experimenta como una existencia incierta, dispersa y conoce sus propias taras. Maquillajes, falsos rizos, sujetadores con relleno son otras tantas mentiras; la cara misma se hace máscara: se suscitan en ella con maña expresiones espontáneas, se imita una pasividad maravillada; nada más asombroso que descubrir de pronto en el ejercicio de su función femenina una fisonomía de la cual se conoce el aspecto familiar; su trascendencia se reniega e imita la inmanencia; la mirada ya no capta, refleja; el cuerpo deja de vivir: espera; todos los gestos y todas las sonrisas se hacen llamada; desarmada, disponible, la joven no es sino una flor ofrecida, una fruta pronta para ser cogida. Es el hombre quien la estimula a tales engañifas, exigiendo ser engañado, aunque a renglón seguido se irrita, acusa. Sin embargo, para la jovencita sin malicia no hay más que indiferencia y hasta hostilidad. El hombre solo es seducido por aquella que le tiende trampas; ofrecida, es ella quien acecha una presa; su pasividad sirve a una empresa, hace de su debilidad el instrumento de su fuerza; puesto que le está prohibido atacar francamente, se ve reducida a las maniobras y los cálculos, y su interés consiste en parecer gratuitamente dada; así, le reprocharán que sea pérfida y traidora, y es verdad. Pero también lo es que está obligada a ofrecer al hombre el mito de su sumisión, puesto que él exige dominar. ¿Puede pedirse entonces que ella ahogue sus reivindicaciones más esenciales? Su complacencia no puede más que estar pervertida desde el origen. Por otra parte, no hace trampas solamente mediante tretas concertadas. Puesto que todos los caminos le están vedados, puesto que no puede hacer, que tiene que ser, sobre su cabeza pesa una maldición. De niña, jugaba a ser bailarina, santa; más tarde juega a ser ella misma. ¿Dónde está exactamente la verdad? En el dominio en que se la ha encerrado, es esta una palabra que carece de sentido. La verdad es la realidad desvelada, y el descubrimiento se efectúa por medio de actos: sin embargo, ella no actúa. Las novelas que se cuenta sobre sí misma -y que frecuentemente cuenta también a terceros- le parece que traducen mejor las posibilidades que siente en sí misma que el anodino informe de su vida cotidiana. Ella carece de los medios necesarios para medirse, y se consuela de ello recurriendo a la comedia; esboza un personaje al cual trata de dar importancia; intenta singularizarse por medio de extravagancias, porque no le está permitido individualizarse en actividades definidas. Se sabe sin responsabilidad, insignificante en este mundo de hombres: como no tiene ninguna otra cosa seria que hacer, enreda.

La Electra de Giraudoux es una mujer enredadora, porque solamente a Orestes corresponde realizar un verdadero homicidio con una espada verdadera. Al igual que el niño, la joven se agota en escenas y en cóleras, enferma, presenta trastornos histéricos con objeto de retener la atención y de ser alguien que cuenta. Interviene en el destino de otros con objeto de contar para algo; todas las armas son buenas para ella; delata secretos, los inventa, traiciona, calumnia; necesita la tragedia a su alrededor para sentirse viva, puesto que no encuentra auxilio en su vida misma. Por la misma razón, es caprichosa; los fantasmas que formamos, las imágenes con que nos acunamos son contradictorios: solamente la acción unifica la diversidad del tiempo. La joven no tiene verdadera voluntad, sino deseos, y salta de una a otros con incoherencia. Lo que a veces hace peligrosas sus inconsecuencias e s que, a cada momento, no comprometiéndose más que en sueños, se compromete toda entera. Se sitúa en un plano de intransigencia, de exigencia; tiene el gusto de lo definitivo y de lo absoluto: a falta de disponer del porvenir, quiere alcanzar lo eterno. «No abdicaré jamás. Lo querría todo. Necesito preferir mi vida para aceptarla», escribe Marie Lenéru. A estas palabras hace eco la Antígona de Anouilh: «Lo quiero todo, y en seguida.» Este imperialismo infantil no puede encontrarse sino en un individuo que sueñe su destino: el sueño anula el tiempo y los obstáculos, necesita exasperarse para compensar su poco de realidad; quienquiera que tenga verdaderos proyectos conoce una finitud que es prenda de su poder concreto. La joven quiere recibirlo todo, porque no hay nada que dependa de ella. De ahí le viene, frente a los adultos y al hombre en particular, su carácter de «niña terrible». No admite las limitaciones que impone a un individuo su inserción en el mundo real; lo desafía para superarlas. Así, Hilde[143] espera que Solness le dé un reino: no es ella quien tiene que conquistarlo; por tanto, lo quiere sin límites; exige, además, que construya la torre más alta que jamás se haya construido y que «suba tan alto como construye»: él vacila en subir, porque teme al vértigo; pero ella, que permanece en tierra y mira, niega la contingencia y la flaqueza humanas; no acepta que la realidad imponga un límite a sus sueños de grandeza. Los adultos siempre le parecen mezquinos y prudentes a aquella que no retrocede ante ningún riesgo, simplemente porque no tiene nada que arriesgar; permitiéndose en sueños las

143 Véase IBSEN: Solness, el constructor.

audacias más extraordinarias, los provoca a que se igualen con ella en la realidad. No teniendo ocasión de ponerse a prueba, se adorna con las virtudes más asombrosas, sin temor a un mentís.

Sin embargo, su incertidumbre nace también de esa ausencia de control; sueña que es infinita; no por ello está menos enajenada en el personaje que propone a la admiración de los demás y que depende de esas conciencias extrañas: ella está en peligro en ese doble que identifica consigo misma, pero cuya presencia sufre pasivamente. Por eso es susceptible y vanidosa. La menor crítica, la broma más inocente, la ponen toda entera en tela de juicio. Extrae su valor, no de su propio esfuerzo, sino de un caprichoso sufragio. Ese valor no está definido por actividades singulares, sino compuesto por la voz general del renombre; por tanto, parece cuantitativamente mensurable; el precio de una mercancía disminuye cuando se hace demasiado común: así, la joven no es rara, excepcional, notable, extraordinaria, sino en la medida en que no lo es ninguna otra. Sus compañeras son rivales, enemigas; ella procura despreciarlas, negarlas; es celosa y malévola.

Se ve que todos los defectos que se le reprochan a la adolescente no hacen sino expresar su situación. Es una condición muy penosa la de saberse pasiva y dependiente a la edad de la esperanza y de la ambición, a la edad en que se exalta la voluntad de vivir y de ocupar un lugar en la Tierra; y es en esa edad conquistadora cuando la mujer aprende que no le está permitida ninguna conquista, que debe renegar de si misma, que su porvenir depende del capricho de los hombres. Tanto en el plano social como en el sexual, se despiertan en ella nuevas aspiraciones, solo para verse condenadas a permanecer insatisfechas; todos sus impulsos de orden vital o espiritual se ven inmediatamente obstaculizados. Se comprende que le cueste trabajo restablecer su equilibrio. Su humor inestable, sus lágrimas, sus crisis nerviosas son menos consecuencia de una fragilidad fisiológica que signo de una profunda inadaptación.

Sin embargo, esa situación de la cual huye la joven por mil caminos inauténticos también sucede que la asuma de manera auténtica. Irrita por sus defectos, pero a veces asombra por cualidades singulares. Unos y otras tienen el mismo origen. Con su rechazo del mundo, con su espera inquieta, con su nada, puede formarse un trampolín y emerger entonces en su soledad y su libertad.

La joven es reservada, atormentada, es presa de difíciles conflictos. Esa complejidad la enriquece; su vida interior se desarrolla más profundamente que la de sus hermanos; está más atenta a los movimientos de su corazón, que por eso mismo se hacen más matizados, más diversos; tienen más sentido psicológico que los muchachos empeñados en fines externos. Es capaz de dar peso a esas revueltas que la oponen al mundo. Evita las trampas de lo serio y de lo conformista. Las concertadas mentiras de su entorno la encuentran irónica y clarividente. Experimenta cotidianamente la ambigüedad de su condición: más allá de las protestas estériles, puede tener el valor de replantear el optimismo establecido, los valores consagrados, la moral hipócrita y tranquilizadora. Tal es el conmovedor ejemplo que da, en El molino del Floss, esa Maggie en la cual ha reencarnado George Eliot las dudas y las valerosas rebeliones de su juventud contra la Inglaterra victoriana; los héroes -y en particular Tom, el hermano de Maggie- afirman con obstinación los principios aceptados, establecen la moral en normas formales: Maggie intenta reintroducir en todo ello un soplo vivificador, lo derroca, va hasta el fin de su soledad y emerge como una pura libertad más allá del universo en estado de esclerosis de los varones.

De esa libertad, la joven apenas sabe hacer sino un uso negativo. No obstante, su disponibilidad puede engendrar una preciosa facultad de receptividad; entonces se mostrará abnegada, atenta, comprensiva, amante. Esa dócil generosidad es la que distingue a las heroínas de Rosamond Lehmann. En Invitación al vals, se ve a Olivia, todavía tímida y torpe, apenas coqueta, escrutar con una conmovida curiosidad ese mundo en el cual entrará mañana. Escucha con toda su alma a los bailarines que se suceden a su lado, se esfuerza por responderles de acuerdo con sus votos, se hace eco, vibra, acoge cuanto se le ofrece. La heroína de Poussière, Judy, tiene la misma atrayente cualidad. No ha renunciado a los goces de la infancia; le gusta bañarse desnuda por la noche en el río del parque; ama la Naturaleza, los libros, la belleza, la vida; no se rinde un culto narcisista; sin mentira, sin egoísmo, no busca a través de los hombres una exaltación de su yo: su amor es don. Se lo dedica a todo ser que la seduzca, hombre o mujer, Jennifer o Rody. Se da sin perderse: lleva una vida de estudiante independiente, tiene su mundo propio, sus proyectos. Pero lo que la distingue de un muchacho es su actitud de espera, su tierna docilidad. De manera sutil es al Otro a quien, pese a todo, se destina: lo Otro tiene a sus ojos una dimensión maravillosa, hasta el punto de que está enamorada a la vez de todos los jóvenes de la familia vecina, de la casa de estos, de su hermana, de su universo; no es como camarada, sino en tanto que Otro, como la fascina Jennifer. Y ella encanta a Rody y sus primos por su aptitud para adaptarse a ellos, para amoldarse a sus deseos; ella es paciencia, dulzura, aceptación y callado sufrimiento.

Diferente, pero igualmente cultivadora por su manera de acoger en su corazón a quienes estima, se nos presenta en La ninfa constante, de Margaret Kennedy, Tessa, a la vez espontánea, salvaje y entregada. Rehusa abdicar nada de sí misma: le repugnan los adornos, los afeites, los disfraces, la hipocresía, las gracias aprendidas, la prudencia y la sumisión de mujer; desea ser amada, pero no bajo una máscara; se doblega a los humores de Lewis, pero sin servilismo; ella le comprende, vibra al unísono con él, pero si alguna vez disputan, Lewis sabe que no será por medio de caricias como podrá someterla. En tanto que Florence, autoritaria y vanidosa, se deja convencer con besos, Tessa logra el prodigio de permanecer libre en su amor, lo cual le permite amar sin hostilidad ni orgullo. Su naturalidad tiene todas las seducciones del artificio; jamás se mutila para agradar, ni se disminuye, ni se petrifica en objeto. Rodeada de artistas que han dedicado toda su existencia a la creación musical, no experimenta en sí misma ese demonio devorador; se emplea toda entera en amarlos, en comprenderlos, en ayudarlos; y lo hace sin esfuerzo, por una generosidad tierna y espontánea, y por eso permanece perfectamente autónoma en los momentos mismos en que se olvida en favor de otro. Gracias a esa pura autenticidad, le son ahorrados los conflictos de la adolescencia; puede sufrir por la dureza del mundo, pero no está dividida en el interior de sí misma; es armoniosa a la vez como una niña despreocupada y como una mujer muy prudente. La joven sensible y generosa, receptiva y ardiente, está presta a convertirse en una gran enamorada.

Cuando no encuentra el amor, sucede que da con la poesía. Como no actúa, mira, siente, registra; un color, una sonrisa, despiertan en ella ecos profundos; porque su destino está esparcido fuera de ella, en las ciudades ya edificadas, en los rostros de los hombres hechos; toca y gusta de una manera a la vez más apasionada y más gratuita que el joven. Estando mal integrada en el universo humano, adaptándose a duras penas al mismo, es como el niño capaz de verlo; en lugar de interesarse exclusivamente por su aprehensión de las cosas, se aferra a su significación; capta de ellas los perfiles singulares, las metamorfosis imprevistas. Es raro que sienta en ella una audacia creadora, y lo más frecuente es que le falten las técnicas que le permitirían expresarse; pero en sus conversaciones, sus cartas, sus ensayos literarios, sus bocetos, sucede que manifiesta una sensibilidad original. La joven se proyecta con ardor hacia las cosas, porque todavía no está mutilada en su trascendencia; y el hecho de que no realice nada, que no sea nada, hará que su impulso sea tanto más apasionado: vacía e ilimitada, lo que tratará de alcanzar desde el seno de su nada es el Todo. Por eso dedicará un amor singular a la Naturaleza, a la cual rinde aún mayor culto que el adolescente. Indómita e inhumana, es la Naturaleza la que con más evidencia resume la totalidad de lo que es. La adolescente no se ha anexionado todavía ninguna parcela del universo, y gracias a esta indigencia, ese es enteramente su reino; cuando toma posesión del mismo, toma también orgullosamente posesión de sí misma. Colette nos ha hecho con frecuencia el relato de estas orgías juveniles:

> Amaba ya tanto ver la aurora, que mi madre, en recompensa, me daba facilidades para ello. Conseguía que me despertase a las tres y media de la mañana y allá me iba, con un cestillo vacío en cada brazo, hacia los huertos que se refugiaban en el angosto pliegue del río, hacia las fresas, las grosellas negras y las grosellas espinosas.
>
> A las tres y media de la mañana, todo dormía en un azul original, húmedo y confuso, y cuando descendía por el camino de arena, la bruma, retenida por su peso, bañaba primero mis piernas, luego mi pequeño torso bien formado, alcanzaba mis labios, mis orejas y mi nariz, más sensibles que el resto de mi cuerpo... Por ese camino y a esa hora, tomaba yo conciencia de mi valor, de un estado de gracia indescriptible y de mi connivencia con el primer soplo exhalado, el primer pájaro, el sol todavía oval, deformado por su eclosión... Regresaba con el tañido de la campana que anunciaba la primera misa. Pero no antes de haberme bebido mi alma, no antes de haber descrito en el bosque un amplio circuito de perro que caza solo y gusta el agua de dos manantiales perdidos que yo adoraba...

En la casa paterna reinan la madre, las leyes, la costumbre, la rutina; ella quiere arrancarse a ese pasado; quiere convertirse, a su vez, en sujeto soberano; pero, socialmente, no accede a su vida de adulta sino haciéndose mujer; paga su liberación con una abdicación; en cambio, en medio de las plantas y los animales, es un ser humano; se ha liberado a la vez de la familia y de los varones, es un sujeto, una libertad. Halla en el secreto de los bosques una imagen de la soledad de su alma, y en los vastos horizontes de las llanuras, la figura sensible de la trascendencia; esa landa ilimitada, esa cima lanzada hacia el cielo, son ella misma; puede seguir esas rutas que parten hacia el porvenir desconocido, y las seguirá; sentada en lo alto de la colina, domina todas las riquezas del mundo vertidas a sus pies, ofrecidas; a través de las palpitaciones del agua, del estremecimiento de la luz, presiente goces, lágrimas y éxtasis que aún ignora; son las aventuras de su propio corazón las que confusamente le prometen las ondas del estanque, las manchas de sol. Olores y colores hablan un lenguaje misterioso, pero del cual se destaca una palabra con triunfante evidencia: la palabra «vida».

La existencia no es solo un destino abstracto que se inscribe en los registros de la alcaldía, es también porvenir y riqueza carnal. Tener un cuerpo ya no parece una tara vergonzosa; en esos deseos que bajo la mirada materna repudia la adolescente, reconoce esta la savia que asciende en los árboles; ya no está maldita, ahora reivindica orgullosamente su parentesco con el follaje y las flores; roza una corola y sabe que una presa viva llenará un día sus manos vacías. La carne ya no es mancilla, sino gozo y belleza. Confundida con el cielo y la landa, la joven es ese soplo indistinto que anima y abraza al universo, y es cada brizna de hierba; individuo enraizado en el suelo y conciencia infinita, es a la vez espíritu y vida; su presencia es imperiosa y triunfante como la de la tierra misma.

Más allá de la Naturaleza, busca a veces una realidad más lejana y más deslumbradora todavía; está dispuesta a perderse en místicos éxtasis; en épocas de fe, multitud de jóvenes almas femeninas pedían a Dios que colmase el vacío de su ser; fue en una edad tierna cuando se reveló la vocación de Catalina de Siena y la de Teresa de Ávila. Juana de Arco era una muchacha. En otros tiempos, es la humanidad la que aparece como el fin supremo; entonces el impulso místico se funde en proyectos concretos; pero también es un joven deseo de absoluto el que hace nacer en madame Roland y en Rosa Luxemburgo la llama con que se alimenta su existencia. En su servidumbre, en su indigencia, desde el fondo de su rechazo, la joven puede hallar las más grandes audacias. Encuentra la poesía, y también el heroísmo. Uno de los modos de asumir el hecho de que está mal integrada en la sociedad consiste en sobrepasar sus horizontes limitados.

La riqueza y la fuerza de su naturaleza, circunstancias felices, han permitido a algunas mujeres perpetuar en su vida de adultas los apasionados proyectos de su adolescencia. Pero son excepciones. No sin razón hace morir George Eliot a Maggie Tulliver, y Marguerite Kennedy a Tessa. El destino que conocieron las hermanas Brontë fue un destino áspero. La joven es patética, porque se yergue, débil y sola, frente al mundo; pero el mundo es demasiado poderoso; si se obstina en rechazarlo, se rompe. Belle de Zuylen, que deslumbraba a Europa por la fuerza cáustica y la originalidad de su inteligencia, asustaba a todos sus pretendientes: su rechazo de toda concesión la condenó durante largos años a un celibato que le pesaba grandemente, puesto que afirmaba que la expresión «virgen y mártir» es un pleonasmo. Esta obstinación es rara. En la inmensa mayoría de los casos, la joven se da cuenta de que la lucha es demasiado desigual y termina por ceder. «Todas vosotras morís a los quince años», escribe Diderot a Sophie Volland. Cuando el combate -como sucede con la mayor frecuencia- no ha sido más que una revuelta simbólica, la derrota es segura. Exigente en sueños, llena de esperanza, pero pasiva, la joven hace sonreír con un poco de piedad a los adultos, que la destinan a la resignación. Y, en efecto, aquella niña rebelde y extravagante que uno dejara, vuelve a encontrársela unos dos años más tarde ya entrada en razón, dispuesta a aceptar su vida de mujer. Esa es la suerte que Colette vaticina a Vinca; así es como aparecen las heroínas de las primeras novelas de Mauriac. La crisis de la adolescencia es una especie de «trabajo» análogo a lo que el doctor Lagache denomina «el trabajo del duelo». La joven entierra lentamente su infancia, ese individuo autónomo e imperioso que ha sido; y entra con sumisión en la existencia adulta.

Bien entendido, partiendo exclusivamente de la edad, no pueden establecerse categorías tajantes; hay mujeres que permanecen infantiles durante toda su vida; las conductas que hemos descrito se perpetúan a veces hasta una edad avanzada. No obstante, hay una gran diferencia en conjunto entre el «pimpollo» de quince años y una «chica mayor». Esta ya se ha adaptado a la realidad; apenas se mueve ya en el plano de lo imaginario; está menos dividida en sí misma que antes. Marie Bashkirtseff escribe hacia los dieciocho años de edad:

> Cuanto más me acerco a la vejez de mi juventud, más me recubro de indiferencia. Pocas cosas me agitan, y antes todo me agitaba.

Irène Reweliotty observa:

> Para ser aceptada por los hombres, hay que pensar y actuar como ellos; de lo contrario, os tratan como a una apestada y la soledad viene a ser vuestra suerte. Yo, ahora, ya he tenido mi ración de soledad y quiero la multitud, no a mi alrededor, sino conmigo... Vivir ahora y no existir ya, esperar y soñar, y contármelo todo a mí misma, con la boca cerrada y el cuerpo inmóvil.

Y más adelante:

> A fuerza de ser halagada, cortejada, etc., me vuelvo terriblemente ambiciosa. Ya no es la dicha trémula y maravillada de mis quince años. Es una especie de embriaguez fría y dura, un modo de tomarme el desquite sobre la vida, de subir. Coqueteo, juego al amor. Pero no amo... Gano en inteligencia, en sangre fría, en lucidez habitual. Pierdo el corazón. Se ha producido como una ruptura... En dos meses he perdido mi infancia.

Es, poco más o menos, el mismo son de esas confidencias de una joven de diecinueve años[144]:

> ¡Qué conflicto en otros tiempos entre una mentalidad que parecía incompatible con este siglo y los llamamientos del siglo mismo! Ahora tengo la impresión de un apaciguamiento. Cada nueva idea grande que entra en mí, en lugar de provocar una penosa convulsión, una destrucción y una reconstrucción incesantes, viene a adaptarse maravillosamente a lo que ya está en mí... Ahora paso insensiblemente de los pensamientos teóricos a la vida corriente sin solución de continuidad.

La joven -a menos que sea particularmente poco agraciada- ha terminado por aceptar su feminidad; y con frecuencia es dichosa al gozar gratuitamente de los placeres y los triunfos que extrae de ella, antes de instalarse definitivamente en su destino; no estando todavía solicitada por ningún deber, irresponsable, disponible, el presente no le parece, sin embargo, ni vacío ni decepcionante, puesto que solo es una etapa; el cuidado de su persona y el coqueteo tienen todavía la ligereza de un juego, y sus sueños de futuro le disfrazan su futilidad.

Es así como V. Woolf describe las impresiones de una joven coqueta en el curso de una velada:

> Me siento toda reluciente en la oscuridad. Mis piernas sedosas se frotan suavemente una contra otra. Las frías piedras de un collar descansan en mi pecho. Estoy adornada, estoy dispuesta... Mis cabellos describen la curva adecuada. Mis labios están tan rojos como quiero. Estoy pronta a reunirme con esos hombres y esas mujeres que suben la escalera. Son mis iguales. Paso por delante de ellos, expuesta a sus miradas, como ellos a las mías... En este ambiente de perfumes, de luces, me expando como un helecho que despliega sus hojas rizadas... Siento nacer en mí un millar de posibilidades. Sucesivamente, soy traviesa, alegre, lánguida, melancólica. Ondulo por encima de mis raíces profundas. inclinada hacia la derecha, toda dorada, le digo a ese joven: «Acércate...» Y él se acerca. Viene hacia mí. Es el momento más excitante que jamás he vivido. Me estremezco, ondulo... ¿No somos encantadores, sentados juntos, yo vestida de raso y él todo de negro y blanco? Ahora, mis iguales pueden mirarme cuanto quieran, todos ellos, hombres y mujeres. Os devuelvo vuestras miradas. Estoy aquí en mi universo... La puerta se abre. La puerta se abre sin cesar. La próxima vez que se abra, tal vez mi vida entera cambiará... La puerta se abre. «Oh, acércate», le digo a ese joven, inclinándome hacia él como una gran flor de oro. «Acércate», le digo, y viene hacia mí.

Sin embargo, cuanto más madura la joven, más le pesa la autoridad materna. Si en casa lleva una vida hogareña, sufre por no ser más que una asistenta; querría consagrar su trabajo a su propio hogar, a sus propios hijos. A menudo la rivalidad con su madre se exacerba: en particular una hija mayor se irrita si le nacen más hermanitos o hermanitas; considera que su madre ya «ha hecho lo suyo» y que ahora le toca a ella engendrar, reinar. Si trabaja fuera de casa, cuando regresa a ella sufre porque la traten como a un simple miembro de la familia y no como a un individuo autónomo.

Menos novelesca que antaño, empieza a pensar mucho más en el matrimonio que en el amor. Ya no adorna a su futuro esposo con una aureola de prestigio: lo que desea es tener en este mundo una posición estable, empezar a llevar su vida de mujer. Virginia Woolf describe así las fantasías de una rica joven campesina:

> Muy pronto, en la hora cálida del mediodía, cuando las abejas zumban alrededor de las madreselvas, llegará mi bienamado. Pronunciará una sola palabra y yo le contestaré también con una sola. Le haré el don de todo cuanto ha crecido en mí. Tendré hijos, tendré criadas con delantales y obreras que portarán rodetes en la cabeza para la carga. Tendré una cocina adonde llevarán en cestos corderillos enfermos para que se calienten, y en donde los jamones colgarán de las vigas y relucirán las ristras de cebollas. Me pareceré a mi madre, callada, con un delantal azul, y llevaré en la mano las llaves de los armarios.

Un sueño análogo tiene la pobre Prue Sarn[145]:

> Pensaba que no casarse nunca era una suerte atroz. Todas las muchachas se casan. Y, cuando una muchacha se casa, tiene un hogar y, tal vez, una lámpara que enciende por la noche, a la hora en que vuelve su marido; si solamente tiene velas, es lo mismo, porque puede colocarlas junto a la ventana; entonces él se dice: «Mi mujer está ahí: ya ha encendido las

[144] Citado por DEBESSE: La crise d'originalité de l'adolescence

[145] MARY WEBB: Sarn.

> velas.» Y llega un día en que la señora Beguildy le hace una cuna de cañas; y otro día se ve en ella a un bebé hermoso y serio, y se envían invitaciones para el bautizo; y los vecinos acuden alrededor de la madre como las abejas en torno a su reina. A menudo, cuando las cosas iban mal, yo me decía: «¡Bah!, no importa, Prue Sarn. Un día serás reina de tu propia colmena.»

Para la mayor parte de las chicas mayores, hayan llevado una vida laboriosa o frívola, hayan estado confinadas en el hogar paterno o se hayan evadido parcialmente, la conquista de un marido -o, si no hay más remedio, de un amante serio- se convierte en una empresa cada vez más urgente. Esa preocupación resulta a menudo nefasta para las amistades femeninas. La «amiga del alma» pierde su lugar privilegiado. En sus compañeras, la joven ve más bien rivales que cómplices. He conocido a una, inteligente y dotada, que había optado por considerarse una especie de «princesa lejana», y así se describía en poemas y ensayos literarios; confesaba sinceramente que no conservaba ningún apego a sus camaradas de la infancia: feas y necias, la desagradaban; seductoras, las temía. La espera impaciente del hombre, que implica a menudo maniobras, ardides y humillaciones, obstruye el horizonte de la joven, que se hace egoísta y dura. Y, si el Príncipe Azul tarda en presentarse, nacen el disgusto y la acritud.

El carácter y las actitudes de la joven expresan su situación: si esta se modifica, la figura de la adolescente aparece también diferente. Hoy le es posible tomar su suerte en sus manos, en lugar de depender del hombre. Si está absorbida por los estudios, el deporte, el aprendizaje profesional, una actividad social y política, se libera de la obsesión del varón, está mucho menos preocupada por sus conflictos sentimentales y sexuales. Sin embargo, tropieza con muchas más dificultades que el joven para realizarse como individuo autónomo. Ya he dicho que ni la familia ni las costumbres favorecen sus esfuerzos. Además, aun cuando elija la independencia, no por ello hace menos sitio en su vida al hombre, al amor. Con frecuencia tendrá miedo de que se frustre su destino de mujer si se entrega toda entera a cualquier empresa. Ese sentimiento permanece con frecuencia inconfesado; pero está ahí, corrompe las voluntades concertadas, establece límites. En todo caso, la mujer que trabaja quiere conciliar su éxito con triunfos puramente femeninos; eso no exige que consagre un tiempo considerable al cuidado de su persona, a su belleza, pero, y eso es más grave, implica que sus intereses vitales queden divididos. Al margen de los programas, el estudiante se divierte con juegos gratuitos de pensamiento, y de ahí nacen sus mejores hallazgos; los ensueños de la mujer se orientan de otra manera: pensará en su aspecto físico, en el hombre, en el amor; no concederá más que lo estrictamente necesario a sus estudios, a su carrera, cuando precisamente en tales actividades lo accesorio es de suma importancia. No se trata aquí de una debilidad mental, de una incapacidad para concentrarse, sino de una distinta participación en intereses que se concilian mal.

Aquí se establece un círculo vicioso: con frecuencia nos asombramos de ver con qué facilidad una mujer puede abandonar la música, los estudios, una profesión, tan pronto como ha encontrado marido; la causa está en que había comprometido demasiado poco de sí misma en sus proyectos para hallar mucho provecho en su realización. Todo concurre a frenar su ambición personal, y, sin embargo, una enorme presión social la invita a buscar en el matrimonio una posición social, una justificación. Es natural que no trate de crearse por sí misma un puesto en este mundo o que lo busque tímidamente. Mientras no se logre una perfecta igualdad económica en el seno de la sociedad y mientras las costumbres autoricen a la mujer a beneficiarse, en tanto que esposa y amante, de los privilegios detentados por algunos hombres, se mantendrá en ella el sueño de un éxito pasivo y frenará sus propios logros.

Sin embargo, de cualquier manera que la joven aborde su existencia de adulta, su aprendizaje no ha terminado todavía. Mediante lentas gradaciones o brutalmente, tiene que sufrir su iniciación sexual. Hay jóvenes que se niegan a ello.

Si su infancia ha sido marcada por algún incidente sexualmente penoso, si una educación torpe ha enraizado lentamente en ellas el horror a la sexualidad, conservan con respecto al hombre su repugnancia de niña púber. Sucede también a veces que las circunstancias conducen a algunas mujeres, muy a pesar suyo, a una virginidad prolongada.

Pero, en la inmensa mayoría de los casos, la joven cumple, a una edad más o menos avanzada, su destino sexual. La manera con que lo afronta está evidentemente en estrecha relación con todo su pasado. Pero hay también ahí una experiencia nueva que se propone en circunstancias imprevistas y ante la cual reacciona libremente. Esta nueva etapa es la que vamos a examinar ahora.

CAPITULO III.

LA INICIACIÓN SEXUAL.

En cierto sentido, la iniciación sexual de la mujer, como la del hombre, empieza desde la más tierna infancia. Hay un aprendizaje teórico y práctico que se prosigue de manera continua desde las fases oral, anal y genital hasta la edad adulta. Pero las experiencias eróticas de la joven no son una simple prolongación de sus actividades sexuales anteriores; a menudo tienen un carácter imprevisto y brutal; y siempre constituyen un acontecimiento nuevo que crea una ruptura con el pasado. Cuando vive estas experiencias, todos los problemas que se le plantean a la joven se encuentran resumidos bajo una forma urgente y aguda. En algunos casos, la crisis se resuelve con facilidad; pero hay coyunturas trágicas en las que solo se resuelve por el suicidio o la locura. De todos modos, la mujer, según la forma en que reaccione en estos momentos, comprometerá gran parte de su destino. Todos los psiquiatras están de acuerdo respecto a la extremada importancia que para ella tienen sus comienzos eróticos, que repercuten a lo largo de toda su existencia. La situación es aquí profundamente distinta para el hombre y para la mujer, tanto desde el punto de vista biológico como desde el social y psicológico. Para el hombre, el paso de la sexualidad infantil a la madurez es relativamente simple: hay una objetivación del placer erótico que, en lugar de realizarse en su presencia inmanente, se proyecta sobre un ser trascendente. La erección es la expresión de esa necesidad; sexo, manos, boca, el hombre se tiende con todo su cuerpo hacia su pareja, pero permanece en el centro de esa actividad, como en general el sujeto frente a los objetos que percibe y los instrumentos que manipula; se proyecta hacia lo otro sin perder su autonomía; la carne femenina es para él una presa y toma de ella las cualidades que su sensualidad reclama de todo objeto; sin duda, no logra apropiárselas, pero, al menos, las estrecha entre sus brazos; la caricia, el beso, implican un semifracaso: pero este fracaso mismo es un estimulante y un gozo. El acto amoroso halla su unidad en su culminación natural: el orgasmo. El coito tiene un fin fisiológico preciso; mediante la eyaculación, el varón se descarga de secreciones que le pesan; después del celo, obtiene una completa liberación acompañada, desde luego, de placer. Y, ciertamente, el placer no era la única finalidad; a menudo le sigue la decepción: la necesidad, más que satisfacerse, ha desaparecido. En todo caso, se ha consumado un acto definido y el hombre se encuentra con un cuerpo íntegro: el servicio que ha prestado a la especie se ha confundido con su propio placer. El erotismo de la mujer es mucho más complejo y refleja la complejidad de la situación femenina. Ya hemos visto[146] que, en lugar de integrar en su vida individual las fuerzas específicas, la hembra es presa de la especie, cuyos intereses están disociados de sus fines singulares; esa antinomia alcanza su paroxismo en la mujer; entre otras cosas, se expresa por la oposición de dos órganos; el clítoris y la vagina. En el estadio infantil, el primero es el centro del erotismo femenino: algunos psiquiatras sostienen que existe una sensibilidad vaginal en algunas niñas, pero esta es una opinión muy controvertida, y, en todo caso, no tendría más que una importancia secundaria. El sistema clitoridiano no se modifica en la edad adulta[147], y la mujer conserva durante toda su vida esa autonomía erótica; el espasmo clitoridiano, como el orgasmo masculino, es una suerte de deshinchazón que se obtiene de manera cuasi mecánica; pero solo indirectamente está ligado al coito normal, no representa ningún papel en la procreación. La mujer es penetrada y fecundada por la vagina, que solo se convierte en centro erótico por la intervención del hombre, la cual constituye siempre una suerte de violación. En otros tiempos, la mujer era arrancada a su universo infantil y lanzada a su vida de esposa mediante un rapto real o simulado; se trata de una violencia que la transforma de niña en mujer: también se habla de «arrebatar» la virginidad a una jovencita, de «tomarle» la flor. Esta desfloración no es el término armonioso de una evolución continua, sino una ruptura abrupta con el pasado, el comienzo de un nuevo ciclo. El placer se alcanza entonces por las contracciones de la superficie interior de la vagina; pero ¿se resuelven estas en un orgasmo preciso y definitivo? Es este un punto sobre el que todavía se está discutiendo. Los datos de la anatomía son muy vagos. «La anatomía y la clínica prueban abundantemente que la mayor parte del interior de la vagina no está inervada -dice, entre otras cosas, el informe Kinsey-. Se puede proceder a numerosas intervenciones quirúrgicas en el interior de la vagina sin recurrir a los anestésicos. Se ha demostrado que, en el interior de la vagina, los nervios están localizados en una zona situada en la pared interna próxima a la base del clítoris.» Sin embargo, además del estímulo de esa zona inervada, «la hembra puede tener conciencia de la intrusión de un objeto en la vagina, en particular si los músculos vaginales están contraídos; pero la satisfacción así obtenida se refiere probablemente más al tono muscular que al estímulo erótico de los nervios». No obstante, está fuera de toda duda que el placer vaginal existe; y la masturbación vaginal misma -entre las mujeres adultas- parece más difundida de lo que dice Kinsey[148]. Pero lo cierto es que la reacción vaginal es

[146] Parte primera, capítulo primero.
[147] A menos que se practique la escisión, que es norma en ciertos primitivos.
[148] El uso del pene artificial se comprueba sin interrupción desde nuestros días hasta la Antigüedad clásica e incluso antes... He aquí una lista de objetos hallados durante estos últimos años en vaginas y vejigas, y que solo han podido ser extraídos mediante intervenciones

una reacción muy compleja, que se puede calificar de psicofisiológica, puesto que interesa no solamente al conjunto del sistema nervioso, sino que depende de toda la situación vivida por el sujeto: reclama un profundo consentimiento del individuo todo entero; el nuevo ciclo erótico que inaugura el primer coito exige para establecerse una especie de «montaje» del sistema nervioso, la elaboración de una forma que todavía no está bosquejada y que debe envolver también al sistema clitoridiano; emplea mucho tiempo en realizarse y, a veces, jamás consigue crearse. Es notable que la mujer tenga opción a dos ciclos, uno de los cuales perpetúa la independencia juvenil, mientras que el otro la destina al hombre y al hijo. En efecto, el acto sexual normal sitúa a la mujer bajo la dependencia del varón y de la especie. El hombre -como en el caso de casi todos los animales- es quien desempeña el papel agresivo, mientras que la mujer sufre su abrazo. Normalmente, ella siempre puede ser tomada por el hombre, pero este no puede tomarla sino en estado de erección; salvo en casos de una rebelión tan profunda como el vaginismo, que sella a la mujer todavía más que el himen, el rechazo femenino puede ser superado; e incluso el vaginismo deja al hombre en posesión de los medios necesarios para satisfacerse sobre un cuerpo al que su fuerza muscular le permite reducir a su merced. Puesto que la mujer es objeto, su inercia no modifica profundamente su papel natural, hasta el punto de que muchos hombres no se preocupan de saber si la mujer que comparte su lecho desea el coito o se somete simplemente al mismo. Lo mismo podría acostarse con una muerta. El coito no puede producirse sin el consentimiento masculino, y el término natural del mismo es la satisfacción del varón. La fecundación puede efectuarse sin que la mujer experimente el menor placer. Por otro lado, la fecundación está muy lejos de representar para ella la realización del proceso sexual; en ese momento es cuando, por el contrario, empieza el servicio que la especie le reclama: servicio que se realiza lentamente, penosamente, en el embarazo, el parto y el amamantamiento.

Así, pues, el «destino anatómico» del hombre y de la mujer es profundamente distinto. La situación moral y social de ambos no lo es menos. La civilización patriarcal ha destinado la mujer a la castidad; se reconoce más o menos abiertamente el derecho del hombre a satisfacer sus deseos sexuales, en tanto que la mujer está confinada en el matrimonio: para ella, el acto carnal, si no está santificado por el código, por el sacramento, es una falta, una caída, una derrota, una. flaqueza; tiene que defender su virtud, su honor; si «cede», si «cae», provoca el desprecio; en cambio, la misma censura que se dirige contra su vencedor está teñida de admiración. Desde las civilizaciones primitivas hasta nuestros días, siempre se ha admitido que el lecho era para la mujer un «servicio» que el hombre agradece con regalos o asegurándole la subsistencia: pero servir es darse un amo; en esa relación no hay ninguna reciprocidad. La estructura del matrimonio, como también la existencia de prostitutas, es prueba de ello: la mujer se da, el hombre la remunera y la toma. Nada prohibe al varón dominar, tomar criaturas inferiores: los amores domésticos siempre han sido tolerados, mientras que la burguesa que se entrega al chófer o al jardinero es socialmente degradada. Los sudistas norteamericanos, tan ferozmente racistas, siempre han sido autorizados por las costumbres para acostarse con mujeres negras, tanto antes de la guerra de Secesión como hoy, y hacen uso de ese derecho con una arrogancia señorial; pero una blanca que hubiese tenido comercio carnal con un negro en tiempos de la esclavitud, habría sido condenada a muerte y hoy sería linchada. Para decir que se ha acostado con una mujer, el hombre dice que la ha «poseído», que la ha «conseguido»; inversamente, para decir que se ha «conseguido» a alguien, a veces se emplean expresiones sumamente groseras; los griegos llamaban «Parthenos ademos», virgen insumisa, a la mujer que no había conocido varón; los romanos calificaban de «invicta» a Mesalina, porque ninguno de sus amantes le había procurado placer. Para el amante, el acto amoroso es, pues, conquista y victoria. Si, en otro hombre, la erección aparece a menudo como una irrisoria parodia del acto voluntario, cada cual, sin embargo, la considera en su propio caso con cierta vanidad. El vocabulario erótico del varón se inspira en el vocabulario militar: el amante posee el ardor de un soldado, su sexo se tensa como un arco; cuando eyacula, «descarga»; es una ametralladora, un cañón. Habla de asalto, de victoria. Hay en su celo no se sabe qué gusto de heroísmo. «Consistiendo el acto generador en la ocupación de un ser por otro -escribe Benda[149]-, impone, por un lado, la idea de un conquistador y, por otro, la de una cosa conquistada. De tal modo que cuando tratan de sus relaciones amorosas, los más civilizados hablan de conquista, ataque, asalto, asedio y defensa, derrota, capitulación, calcando nítidamente la idea del amor sobre la de la guerra. Ese acto, que comporta la polución de un ser por otro, impone al que mancilla un cierto orgullo, y al mancillado, aun consintiendo en ello, una cierta humillación.» Esta última frase introduce un nuevo mito, a saber, que el hombre inflige una mancilla a

quirúrgicas: lapiceros, trozos de lacre, alfileres del pelo, bobinas, alfileres de hueso, tenacillas, agujas de coser y de hacer punto, estuches de agujas, compases, tapones de cristal, velas, tapones de corcho, cubiletes, tenedores, mondadientes, cepillos de dientes, tarros de pomada (en un caso citado por Schroeder, el tarro contenía un abejorro y, por tanto, era un sustituto del rinutama japonés), huevos de gallina, etc. Los objetos grandes fueron hallados, como es natural, en la vagina de mujeres casadas. (H. ELLIS: Études de psychologie sexuelle, volumen I.)

[149] *Le Rapport d'Uriel*.

la mujer. De hecho, el semen no es un excremento; se habla de «polución nocturna», porque entonces se le desvía de su fin natural; pero nadie afirma que el café es una inmundicia que ensucia el estómago por el hecho de que pueda manchar un vestido claro. Otros hombres sostienen, por el contrario, que la mujer es impura, porque ella es la que está «manchada de humores» y mancilla al varón. El hecho de ser el que mancilla no confiere, en todo caso, más que una superioridad sumamente equívoca. En realidad, la situación privilegiada del hombre proviene de la integración de su papel biológicamente agresivo en su función social de jefe, de amo; a través de esta, es como las diferencias fisiológicas adquieren todo su sentido. Como en este mundo el hombre es soberano, reivindica como signo de su soberanía la violencia de sus deseos; de un hombre dotado de gran capacidad erótica se dice que es fuerte, que es poderoso: epítetos que le designan como una actividad y una trascendencia; por el contrario, de la mujer, al no ser más que objeto, se dirá que es ardiente o fría, es decir, que jamás podrá manifestar sino cualidades pasivas.

El clima en el cual se despierta la sexualidad femenina es, por consiguiente, completamente distinto del que encuentra a su alrededor el adolescente. Por otra parte, en el momento en que la mujer afronta al varón por primera vez, su actitud erótica es muy compleja. No es cierto, como se ha pretendido a veces, que la virgen no conozca el deseo y que sea el hombre quien despierte su sensualidad; esta leyenda delata una vez más el gusto de dominar que experimenta el varón, quien quiere que en su compañera no haya nada autónomo, ni siquiera el deseo que siente por él; de hecho, también en el caso del hombre, es a menudo el contacto con la mujer el que suscita el deseo, e, inversamente, la mayor parte de las muchachas desean febrilmente las caricias antes de haber sentido siquiera el roce de una mano.

> «Mis caderas, que la víspera me daban como un aire de muchacho, se redondearon, y sentía en todo mi ser una inmensa impresión de espera, una llamada que ascendía en mí y cuyo sentido estaba demasiado claro: ya no podía dormir por la noche, daba vueltas y más vueltas en la cama, me agitaba febril y doliente», dice Isadora Duncan en Mi vida.

Una joven, que ha hecho a Stekel una amplia confesión de su vida, cuenta lo siguiente:

> Empecé a coquetear apasionadamente. Necesitaba un «cosquilleo en los nervios» (sic). Bailarina apasionada, cerraba los ojos mientras danzaba para abandonarme por completo a ese placer... Al bailar, expresaba una suerte de exhibicionismo, porque la sensualidad podía más que el pudor. Durante el primer año, bailé apasionadamente. Me gustaba dormir y dormía mucho, y me masturbaba todos los días, a veces durante una hora... Con frecuencia me masturbaba hasta que, empapada de sudor, incapaz de proseguir a causa de la fatiga, me quedaba dormida... Ardía y hubiera aceptado a quienquiera que hubiese deseado apaciguarme. No buscaba al individuo, sino al hombre.

Lo que más bien ocurre es que la turbación virginal no se traduce en una necesidad precisa: la virgen no sabe exactamente lo que quiere. En ella pervive el erotismo agresivo de la infancia; sus primeros impulsos fueron de carácter aprehensivo, y todavía conserva el deseo de abrazar, de poseer; la presa que codicia la desea dotada de aquellas cualidades que a través del gusto, del olfato y del tacto se le han revelado como valores; porque la sexualidad no es un dominio aislado, sino que prolonga los sueños y los goces de la sensualidad; los niños y los adolescentes de ambos sexos gustan de lo liso, lo cremoso, lo satinado, lo suave, lo elástico: aquello que, sin deshacerse ni descomponerse, cede a la presión, resbala bajo la mirada o bajo los dedos; lo mismo que al hombre, a la mujer le encanta la cálida dulzura de las dunas de arena tan frecuentemente comparadas con los senos, el roce de la seda, la suavidad plumosa de un edredón, el aterciopelado de una flor o de una fruta; y, en particular, la joven disfruta con los pálidos colores del pastel, con lo vaporoso de tules y muselinas. No le agradan las telas rugosas, la grava, la rocalla, los sabores acres, los olores ácidos; lo primero que ha acariciado y codiciado, como sus hermanos, ha sido la carne materna; en su narcisismo, en sus experiencias homosexuales difusas o precisas, ella se planteaba como sujeto y buscaba la posesión de un cuerpo femenino. Cuando afronta al varón, tiene en las palmas de las manos y en los labios el deseo de acariciar activamente a una presa. Pero el hombre, con sus músculos duros, su piel áspera y a menudo velluda, su olor rudo, sus rasgos groseramente tallados, no le parece deseable y hasta le inspira repulsión. Eso es lo que expresa Renée Vivien cuando escribe:

Soy mujer, no tengo derecho a la belleza....
Me habían condenado a las fealdades masculinas,
me habían prohibido tus cabellos, tus pupilas,
porque tienes los cabellos largos y olorosos.

Si la tendencia aprehensiva, posesiva, se revela en la mujer como la más fuerte, se orientará hacia la homosexualidad, como Renée Vivien. O bien solo se interesará por los varones a quienes pueda tratar como mujeres: así, la heroína de Monsieur Vénus, de Rachilde, se compra un joven amante a quien se complace en acariciar apasionadamente, pero por quien no se deja desflorar. Hay mujeres a quienes gusta acariciar a jóvenes de trece o catorce años, o incluso a niños, pero que se niegan al hombre hecho. Sin embargo, ya se ha visto que en la mayoría de las mujeres se ha desarrollado también desde la infancia una sexualidad pasiva: a la mujer le gusta ser abrazada y acariciada, y, sobre todo desde la pubertad, desea hacerse carne entre los brazos de un hombre, a quien normalmente corresponde el papel de sujeto; ella lo sabe; le han repetido numerosas veces que «el hombre no necesita ser guapo»; no debe buscar en él las cualidades inertes de un objeto, sino la potencia y la fuerza viriles. Así, se encuentra dividida en sí misma: solicita un abrazo robusto que la metamorfosee en una cosa estremecida, pero la rudeza y la fuerza son también resistencias ingratas que la hieren. Su sensualidad se localiza, a la vez, en la piel y en la mano, y las exigencias de una se oponen en parte a las de la otra. En la medida en que le es posible, elige un compromiso; se da a un hombre viril, pero lo bastante joven y seductor para ser un objeto deseable; en un bello adolescente podrá encontrar todos los atractivos que codicia; en El cantar de los cantares hay simetría entre la delectación de la esposa y la del esposo; ella capta en él lo que él busca en ella: la fauna y la flora terrestre, las piedras preciosas, los arroyos, las estrellas. Pero ella no tiene los medios necesarios para tomar esos tesoros; su anatomía la condena a permanecer torpe e impotente como un eunuco: el deseo de posesión aborta por falta de un órgano en el cual encarnarse. Y el hombre rehusa el papel pasivo. Por otra parte, las circunstancias conducen frecuentemente a la joven a convertirse en presa de un hombre cuyas caricias la conmueven, pero sin que ella sienta, a su vez, placer alguno en mirarlo o acariciarlo. No se ha insistido lo suficiente en el hecho de que en la repugnancia que se mezcla a sus deseos no solo hay miedo a la agresividad masculina, sino también un profundo sentimiento de frustración: la voluptuosidad deberá ser conquistada contra el impulso espontáneo de la sensualidad, mientras en el hombre el gozo del tacto y de la vista se funde con el placer sexual propiamente dicho.

Los elementos mismos del erotismo pasivo son ambiguos. Nada tan equívoco como un contacto. Muchos hombres que trituran sin repugnancia entre sus manos no importa qué materia, detestan que les rocen hierbas o bestias; tocada por la seda o el terciopelo, la carne femenina unas veces se estremece agradablemente y otras se eriza: me acuerdo de una amiga de juventud a quien la simple vista de un melocotón le ponía la carne de gallina; es fácil deslizarse de la turbación al cosquilleo, de la irritación al placer; unos brazos que enlacen un cuerpo pueden ser refugio y protección, pero también aprisionan, ahogan. En la virgen se perpetúa esta ambigüedad a causa de lo paradójico de su situación: el órgano donde culminará su metamorfosis está sellado. La llamada incierta y ardiente de su carne se extiende por todo el cuerpo, salvo en el lugar mismo en donde el coito debe cumplirse. Ningún órgano permite a la virgen satisfacer su erotismo activo, y no tiene la experiencia vivida de quien la consagra a la pasividad.

Sin embargo, esa pasividad no es pura inercia. Para que la turbación se apodere de la mujer es preciso que se produzcan en su organismo fenómenos positivos: inervación de las zonas erógenas, hinchazón de ciertos tejidos eréctiles, secreciones, elevación de la temperatura, aceleración del pulso y la respiración. El deseo y la voluptuosidad exigen de ella, como del hombre, un gasto vital; receptivo, el deseo femenino es activo en cierto sentido y se manifiesta por un aumento del tono nervioso y muscular. Las mujeres apáticas y lánguidas son siempre frías; es cuestión de saber si existen frigideces constitutivas, y seguramente los factores psíquicos, en cuanto a la capacidad erótica de la mujer, representan un papel preponderante; pero es seguro que las insuficiencias fisiológicas, una vitalidad empobrecida, se expresan, entre otras maneras, por la indiferencia sexual. Inversamente, si la energía vital se prodiga en actividades voluntarias, en el deporte, por ejemplo, no se integra en la necesidad sexual: las escandinavas son sanas, robustas y frías. Las mujeres «temperamentales» son aquellas que concilian la languidez con el «fuego», como las italianas y las españolas, es decir, aquellas cuya ardiente vitalidad se ha fundido toda ella en carne. Hacerse objeto, hacerse pasiva, es algo muy distinto que ser un objeto pasivo: una mujer enamorada no es ni una dormilona ni una muerta; hay en ella un impulso que decae y se renueva sin cesar, y es el impulso decaído el que crea el hechizo donde se perpetúa el deseo. Pero el equilibrio entre el ardor y el abandono es fácil de destruir. El deseo masculino es tensión; puede invadir un cuerpo cuyos nervios y músculos estén en tensión: posturas y gestos que reclaman del organismo una participación voluntaria no solo no le contrarían, sino que, a menudo, le sirven. Todo esfuerzo voluntario impide, por el contrario, que la carne femenina «se tome»; por ello la mujer rehusa espontáneamente las formas del coito que le exijan esfuerzo y tensión; los cambios demasiado bruscos y numerosos de posición, la exigencia de actividades conscientemente dirigidas -gestos o palabras- rompen el hechizo. La violencia de las tendencias desencadenadas puede provocar crispación, contracción, tensión: la mujer araña o muerde, su cuerpo se arquea dotado de una fuerza desacostumbrada; pero

esos fenómenos solo se producen cuando se ha alcanzado cierto paroxismo, y ese paroxismo no se alcanza más que si, desde el principio, la ausencia de toda consigna -física o moral- permite una concentración sexual de toda la energía viva. Es decir, que a la joven no le basta con dejarse hacer; dócil, lánguida y ausente, no satisface ni a su compañero ni a sí misma. Se le pide una participación activa en una aventura que no apetece positivamente ni a su cuerpo virgen ni a su conciencia abrumada por tabúes, prohibiciones, prejuicios y exigencias.

En las condiciones que acabamos de describir, se comprende que los inicios eróticos de la mujer no sean fáciles. Ya hemos visto que sucedía con bastante frecuencia que incidentes ocurridos durante la infancia o en la primera juventud engendrasen en ella profundas resistencias, que a veces son insuperables; lo más frecuente es que la joven se esfuerce por ignorarlos, pero entonces nacen en ella violentos conflictos. Una educación severa, el temor al pecado, el sentimiento de culpabilidad con respecto a la madre, crean poderosas barreras. En muchos medios se da tanto valor a la virginidad, que perderla fuera del legítimo matrimonio parece un verdadero desastre. La joven que cede por un arrebato o por sorpresa, piensa que está deshonrada. La «noche de bodas» que entrega la virgen a un hombre a quien, por lo común, no ha elegido ella verdaderamente, y que pretende resumir en unas horas -o en unos instantes- toda la iniciación sexual, tampoco es una experiencia fácil. En general, todo «tránsito» es angustioso a causa de su carácter definitivo, irreversible: convertirse en mujer es romper con el pasado, sin remedio; pero este tránsito es más dramático que cualquier otro; no solamente crea un hiato entre el ayer y el mañana, sino que arranca a la joven del mundo imaginario en el cual se ha desarrollado una parte importante de su existencia y la lanza al mundo real. Por analogía con las corridas de toros, Michel Leiris llama al lecho nupcial «el terreno de la verdad», expresión que para la virgen adquiere su sentido más rotundo y más temible. Durante el período del noviazgo, del coqueteo, de la corte, por rudimentario que haya sido, la joven ha seguido viviendo en su habitual universo de ceremonia y ensueño; el pretendiente hablaba un lenguaje novelesco o, por lo menos, cortés; todavía era posible hacer trampas. Y, de pronto, he ahí que la miran un par de ojos verdaderos, que la estrechan unas manos verdaderas: es la implacable realidad de esas miradas y esos abrazos lo que la espanta.

El destino anatómico y las costumbres confieren al hombre, de consuno, el papel de iniciador. Sin duda, al lado del joven virgen la primera amante es también una iniciadora; pero él posee una autonomía erótica que manifiesta claramente la erección; su amante no hace sino entregarle en su realidad el objeto que ya codiciaba: un cuerpo de mujer. La joven necesita al hombre para que su propio cuerpo le sea revelado: su dependencia es mucho más profunda. Desde sus primeras experiencias, hay en el hombre, generalmente, actividad, decisión, ora pague a su pareja, ora la corteje y solicite más o menos sumariamente. Por el contrario, en la mayoría de los casos, la joven es cortejada y solicitada; aun en el caso de que haya sido la primera en provocar al hombre, este es quien toma en sus manos sus relaciones; frecuentemente es mayor que ella, más experto, y se admite que es a él a quien corresponde la responsabilidad de esa aventura, nueva para ella; su deseo es más agresivo y más imperioso. Amante o marido, es él quien la lleva al lecho, en donde ella no tiene más que abandonarse y obedecer. Aun cuando hubiese aceptado mentalmente esa autoridad, en el momento en que tiene que sufrirla concretamente, la invade el pánico. En primer lugar, tiene miedo de esa mirada en la cual se abisma. Su pudor es en parte aprendido, pero también tiene raíces profundas; hombres y mujeres conocen todos la vergüenza de su carne; en su pura presencia inmóvil, su inmanencia injustificada, la carne existe bajo la mirada de otro como la absurda contingencia de lo ficticio, y, sin embargo, es ella misma: se quiere impedir que exista para otro; se la quiere negar. Hay hombres que dicen que no pueden soportar el mostrarse desnudos a una mujer más que en estado de erección; mediante la erección, en efecto, la carne se hace actividad, potencia; el sexo ya no es objeto inerte, sino, como la mano o el rostro, imperiosa expresión de una subjetividad. Esa es una de las razones por las cuales el pudor paraliza mucho menos a los jóvenes que a las muchachas; a causa de su papel agresivo, están menos expuestos a ser contemplados; y, si lo son, temen poco el ser juzgados, porque no son cualidades inertes las que de ellos exige su amante: sus complejos se referirán más bien a su potencia amorosa y a su habilidad para dar placer; al menos, pueden defenderse, tratar de ganar la partida. A la mujer no le es dado cambiar su carne en voluntad: puesto que ya no la hurta, la entrega sin defensa; incluso si desea las caricias, se rebela contra la idea de ser vista y palpada; tanto más cuanto que los senos y las nalgas son una proliferación singularmente carnosa; multitud de mujeres adultas soportan mal el ser vistas de espaldas incluso cuando están vestidas; es fácil imaginar qué resistencias debe vencer una enamorad a ingenua para consentir en mostrarse. Sin duda, una Friné no teme las miradas; por el contrario, se desnuda con soberbia: su belleza la viste. Pero, aunque fuese igual que Friné, una joven no lo sabe nunca con certidumbre; no puede tener el orgullo arrogante de su cuerpo mientras los sufragios masculinos no hayan confirmado su joven vanidad. Y eso mismo es lo que la espanta; el amante es más temible todavía que una mirada: es un juez; va a revelarla a ella misma en su verdad; aun apasionadamente enamorada de su propia imagen, toda muchacha duda de sí misma en el

momento del veredicto masculino, y por eso reclama la oscuridad, se oculta entre las sábanas; cuando se admiraba en su espejo, no hacía todavía sino soñarse: se soñaba a través de los ojos del hombre; ahora los ojos están presentes; imposible hacer trampas; imposible luchar: es una misteriosa libertad la que decide, y esa decisión es inapelable. En la prueba real de la experiencia erótica, las obsesiones de la infancia y la adolescencia van por fin a disiparse o a confirmarse para siempre; muchas jóvenes sufren a causa de esas pantorrillas demasiado robustas, de esos senos demasiado discretos o demasiado abultados, de esas caderas escurridas, de esa verruga; o bien, temen alguna deformación secreta.

> «Toda joven lleva en sí toda suerte de temores ridículos que apenas se atreve a confesarse», dice Stekel. Es increíble el número de muchachas que padecen la obsesión de ser físicamente anormales y se atormentan en secreto, porque no pueden tener la certidumbre de estar normalmente constituidas. Una muchacha, por ejemplo, creía que su «abertura inferior» no estaba en su lugar. Creía que el comercio sexual se efectuaba a través del ombligo. Y era desdichada porque su ombligo estaba cerrado y no podía introducir el dedo. Otra se creía hermafrodita. Otra se creía inválida e incapaz de tener jamás relaciones sexuales.

Aun cuando no sufran tales obsesiones, les asusta la idea de que ciertas zonas de su cuerpo que no existían ni para ella ni para nadie, que no existían en absoluto, van a emerger de pronto a la luz. Esa figura desconocida que la muchacha debe asumir como suya, ¿suscitará disgusto, ironía o indiferencia? La muchacha no puede hacer otra cosa más que sufrir el juicio masculino: la suerte está echada. Es por ese motivo por lo que la actitud del hombre tendrá tan profundas resonancias. Su ardor y su ternura pueden dar a la mujer una confianza en sí misma que resistirá a todos los mentís: hasta los ochenta años se creerá esa flor, esa ave de las islas que una noche hizo nacer un deseo de hombre. Por el contrario, si el amante o el marido se muestran torpes, harán nacer en ella un complejo de inferioridad en el cual se injertarán a veces perdurables neurosis, y experimentará un rencor que se traducirá en una obstinada frigidez. A este respecto, Stekel aporta ejemplos conmovedores:

> Una señora de treinta y seis años sufre desde hace catorce unos dolores lumbares tan insoportables, que debe guardar cama durante semanas enteras... Sintió ese violento dolor, por primera vez, en el curso de su noche de bodas. Durante la desfloración, que había sido excesivamente dolorosa, su marido había exclamado: «¡Me has engañado; no eres virgen...!» El dolor de esa mujer es la fijación de tan penosa escena. Esa enfermedad es el castigo del marido, que ha tenido que gastar cuantiosas sumas en innumerables curas... Esa mujer permaneció insensible durante toda la noche de bodas y ha seguido estándolo durante todo el tiempo de su matrimonio... La noche de bodas fue para ella un horrendo traumatismo que determinó toda su vida futura.
>
> Una joven me consulta respecto a ciertos trastornos nerviosos y, sobre todo, respecto a una frigidez absoluta... Durante la noche de bodas, su marido, después de haberla descubierto, había exclamado: «¡Oh, qué piernas tan cortas y tan gordas tienes!» Después intentó el coito, que la dejó completamente insensible y solo le causó dolor... Ella sabía muy bien que la causa de su frigidez era la ofensa recibida en su noche de bodas.
>
> Otra mujer frígida cuenta que, durante su noche de bodas, su marido la había ofendido profundamente; según ella, al verla desnudarse, dijo: «¡Dios mío, qué flaca estás!» A continuación, se decidió a acariciarla. Para ella, aquel momento fue imborrable y horrible. ¡Qué brutalidad!
>
> La señora Z. W. es también completamente frígida. El gran traumatismo de la noche de bodas consistió en que su marido, después del primer coito, le dijo: «Tienes una abertura muy grande; me has engañado.»

La mirada es peligro; las manos constituyen otra amenaza. La mujer no tiene acceso generalmente al universo de la violencia; no ha conocido nunca la prueba que el joven ha superado a través de las peleas de su infancia y adolescencia: ser una cosa de carne que otro ha apresado; y ahora es agarrada y enzarzada en un cuerpo a cuerpo en el que el hombre es el más fuerte; ya no tiene libertad para soñar, retroceder, maniobrar: está entregada al varón, que dispone de ella. Esos abrazos análogos a los de la lucha, cuando ella no ha luchado jamás, la aterrorizan. Antes se abandonaba a las caricias de un novio, de un camarada, de un colega, de un hombre civilizado y cortés; pero ahora ha adoptado un aspecto extraño, egoísta y obstinado; ya no tiene recursos contra este desconocido. No es raro que la primera experiencia de la joven sea una verdadera violación y que el hombre se muestre odiosamente brutal; en el campo y en otros lugares donde las costumbres

sean rudas sucede con frecuencia que, medio consentidora, medio sublevada, la joven campesina pierde su doncellez en alguna zanja, en medio de la vergüenza y el espanto. Lo que, en todo caso, es extremadamente frecuente en todos los medios y en todas las clases sociales es que la joven sea violentada por un amante egoísta que busca su propio placer lo más rápidamente posible, o por un marido pagado de sus derechos conyugales, a quien la resistencia de su esposa hiere como un insulto y que llega incluso a enfurecerse si la desfloración resulta difícil.

Por otra parte, aun cuando el hombre se muestre deferente y cortés, la primera penetración es siempre una violación. Porque ella desea que le acaricien los labios, los senos, porque, tal vez, codicia entre sus muslos un placer conocido o presentido, he ahí que un sexo viril desgarra a la joven y se introduce en regiones adonde no había sido llamado. Se ha descrito con frecuencia la penosa sorpresa de una virgen pasmada entre los brazos de un marido o de un amante, que cree llegar, por fin, a la realización de sus sueños voluptuosos y que experimenta en lo más profundo de su sexo un dolor imprevisto; los sueños se desvanecen, la turbación se disipa y el amor adopta la figura de una operación quirúrgica.

De las confesiones recogidas por el doctor Liepmann[150] escojo el siguiente relato, que es típico. Se trata de una muchacha que pertenece a un medio modesto y es muy ignorante sexualmente:

> «A menudo me imaginaba que era posible tener un hijo solamente intercambiando un beso. Cuando hube cumplido los dieciocho años, conocí a un señor de quien me enamorisqué como vulgarmente se dice.» Salió a menudo con él, y, en el curso de sus conversaciones, él le explicaba que cuando una muchacha ama a un hombre, debe entregársele, porque los hombres no pueden vivir sin relaciones sexuales y, en tanto que no tengan una situación suficientemente despejada para casarse, necesitan tener relaciones con las muchachas. Ella se resistía. Un día, él organizó una excursión que les permitiera pasar juntos la noche. Le escribió ella una carta repitiéndole que «eso sería para ella un gravísimo perjuicio». En la mañana del día señalado, ella le entregó la carta, pero él se la guardó en el bolsillo sin leerla y la condujo al hotel; la dominaba moralmente, ella le amaba; le siguió. «Estaba como hipnotizada. Mientras nos dirigíamos hacia allí, le supliqué que me evitase aquello... No sé en absoluto cómo llegé al hotel. El único recuerdo que me queda es que todo mi cuerpo temblaba violentamente. Mi compañero trataba de calmarme, pero no lo consiguió sino después de una prolongada resistencia. Entonces ya no fui dueña de mi voluntad y, a pesar mío, me dejé hacer todo. Cuando, más tarde, me encontré de nuevo en la calle, me parecía que todo había sido un sueño del cual acababa de despertarme.» Se negó a repetir la experiencia y, durante nueve años, no volvió a conocer varón. Luego, encontró a un hombre que la pidió en matrimonio y ella consintió.

En este caso, la desfloración fue una especie de violación. Pero, aunque sea consentida, puede ser muy penosa. Ya hemos visto qué fiebres atormentaban a la joven Isadora Duncan. Conoció a un actor admirablemente apuesto, que la cortejó ardientemente y de quien ella se enamoró nada más verlo.

> Yo también me sentía turbada, me daba vueltas la cabeza y me invadía el irresistible deseo de abrazarle más estrechamente, hasta que una noche, perdiendo todo dominio de sí mismo y como enfurecido, me llevó al sofá. Espantada, extasiada y luego gritando de dolor, fui iniciada en el gesto del amor. Confieso que mis primeras impresiones fueron un espantoso temor y un dolor atroz, como si me hubiesen arrancado varios dientes a la vez; pero la gran piedad que me inspiraban los sufrimientos que él mismo parecía experimentar, me impidió huir de lo que en principio no fue sino una mutilación y una tortura... [Al día siguiente], lo que entonces no era para mí más que una experiencia dolorosa recomenzó en medio de mis gemidos y mis gritos de mártir. Me sentía como lisiada.

Muy pronto conocería con aquel amante primero, y con otros después, paraísos que ella describió líricamente.

Sin embargo, en la experiencia real, como antaño en la imaginación virginal, no es el dolor el que representa el papel más importante: el hecho de la penetración es mucho más significativo. El hombre sólo compromete en el coito un órgano exterior; la mujer es alcanzada en el interior de sí misma. Sin duda, hay muchos jóvenes que no se aventuran sin angustia en las secretas tinieblas de la mujer; vuelven a encontrar sus terrores infantiles ante la boca de las grutas y los sepulcros, y también su espanto ante las fauces, las máscaras, los cepos de lobo: se imaginan que su pene

150 Publicadas en francés con el título de Jeunesse et sexualité.

tumefacto quedará aprisionado en el estuche de las mucosas; la mujer, una vez penetrada, no tiene esa sensación de peligro; pero, en cambio, se siente carnalmente enajenada, La propietaria afirma sus derechos sobre sus tierras; el ama de casa, sobre su hogar, proclamando que está «prohibida la entrada»; las mujeres en particular, por el hecho de que se les frustra su trascendencia, defienden celosamente su intimidad: su habitación, su armario, sus cofrecillos, son sagrados. Colette cuenta que una vieja prostituta le decía un día: «En mi cuarto, señora, no ha entrado nunca ningún hombre; para lo que yo tengo que hacer con los hombres, París es bastante grande.» A falta de su cuerpo, al menos poseía una parcela de terreno que le estaba prohibida a los demás. La joven, por el contrario, apenas posee otra cosa que no sea su cuerpo: es su más preciado tesoro; el hombre que penetra en él, se lo toma; la frase popular queda confirmada por la experiencia vivida. La humillación que presentía, ahora la experimenta concretamente: está dominada, sometida, vencida. Como casi todas las hembras, durante el coito está debajo del hombre[151]. Adler ha insistido mucho sobre el sentimiento de inferioridad que de ello resulta. Desde la infancia, las nociones de superior e inferior son de las más importantes; trepar a los árboles es un acto prestigioso; el cielo está encima de la tierra; el infierno, debajo; caer, descender, equivale a fracasar, mientras subir es exaltarse; en la lucha, la victoria pertenece a quien pone de espaldas en el suelo al adversario; ahora bien, la mujer está acostada en la cama en actitud de derrota; peor todavía es que el hombre la cabalgue como si fuera una bestia sometida a la rienda y el bocado. En todo caso, se siente pasiva: es acariciada, penetrada, sufre el coito, en tanto que el hombre se prodiga activamente. Sin duda, el sexo masculino no es un músculo estriado al que la voluntad dé órdenes,; no es ni arado ni espada, sino solamente carne; sin embargo, es un movimiento voluntario el que el hombre le imprime; va y viene, se detiene, comienza de nuevo, mientras la mujer lo recibe dócilmente; el hombre -sobre todo cuando la mujer es novicia- es quien elige las posturas amorosas, quien decide la duración del coito y su frecuencia. Se siente instrumento: toda la libertad está en el otro. Eso es lo que se expresa poéticamente cuando se dice que la mujer es comparable a un violín y el hombre es el arco que la hace vibrar. «En el amor -dice Balzac[152]-, alma aparte, la mujer es como una lira que solo entrega su secreto a quien sabe tocarla.» El hombre toma su placer con la mujer, y es él quien se lo da a ella; estas mismas palabras no implican reciprocidad. La mujer está imbuida de las representaciones colectivas que dan al celo masculino un carácter glorioso y que hacen de la turbación femenina una vergonzosa abdicación: su experiencia íntima confirma esta asimetría. No hay que olvidar que el adolescente y la adolescente experimentan su cuerpo de manera muy diferente: el primero lo asume tranquilamente y reivindica orgullosamente sus deseos; para la segunda, a pesar de su narcisismo, representa un fardo extraño e inquietante.

El sexo del hombre es limpio y sencillo como un dedo; se exhibe con inocencia, a menudo los chicos se lo muestran a sus camaradas con orgullo y desafío; el sexo femenino es misterioso para la mujer misma, escondido, atormentado, mucoso, húmedo; sangra todos los meses, a veces está manchado de humores, tiene una vida secreta y peligrosa. En gran parte, la mujer no reconoce como suyos los deseos de su sexo porque no se reconoce en él. Esos deseos se expresan de una manera vergonzosa. Mientras el hombre se «yergue», la mujer se «moja»; hay en esta palabra incluso recuerdos infantiles de lecho mojado, de abandono culpable e involuntario a la necesidad urinaria; el hombre siente el mismo disgusto ante sus inconscientes poluciones nocturnas; proyectar un líquido, orina o semen, no humilla: es una operación activa; pero hay humillación si el líquido se escapa pasivamente, porque el cuerpo no es entonces un organismo, músculos, esfínteres, nervios, dirigidos por el cerebro y expresando el sujeto consciente, sino un vaso, un receptáculo hecho de materia inerte y juguete de caprichos mecánicos. Si la carne rezuma -como rezuma una vieja pared o un cadáver-, no parece que emita un líquido, sino que se licúa: es un proceso de descomposición que causa horror. El celo femenino es la muelle palpitación de un marisco; mientras el hombre es impetuosidad, la mujer solo es impaciencia; su espera puede hacerse ardiente sin dejar de ser pasiva; el hombre se precipita sobre su presa como el águila o el milano; la mujer acecha como la planta carnívora, el pantano donde se hunden insectos y niños; es succión, ventosa, pez y liga; es una llamada inmóvil, insinuante y viscosa: al menos, así es como ella se percibe sordamente. Por eso, no solo hay en ella resistencia contra el macho que pretende someterla, sino también conflicto inferior. A los tabúes, a las inhibiciones provenientes de su educación y de la sociedad, se superponen repugnancias y rechazos que tienen su origen en la propia experiencia erótica: unas y otros se refuerzan mutuamente de tal modo, que, después del primer coito, la mujer se halla con frecuencia más sublevada que antes contra su destino sexual.

---

[151] Sin duda, la posición puede ser invertida. Pero en las primeras experiencias es extremadamente raro que el hombre no practique el coito llamado normal.

[152] Physiologie du Mariage. En el Bréviaire de l'Amour expérimental, Jules Guyot dice también del marido: «Es el trovador que produce la armonía o la cacofonía con su mano y su arco. Desde este punto de vista, la mujer es verdaderamente el instrumento de varias cuerdas que producirá sonidos armoniosos o discordantes, según que esté bien o mal afinado.»

Por último, hay otro factor que da frecuentemente al hombre un semblante hostil y torna el acto sexual en un grave peligro: la amenaza del hijo. En la mayoría de las civilizaciones, un hijo ilegítimo supone tal inconveniente social y económico para la mujer no casada, que sabido es el caso de muchachas que se suicidan cuando comprueban que están encinta, y el de las madres solteras que degüellan al recién nacido; semejante riesgo constituye un freno sexual lo bastante poderoso para que multitud de muchachas observen la castidad prenupcial exigida por las costumbres. Cuando este freno es insuficiente, la muchacha, mientras cede al amante, se siente espantada ante el terrible peligro que este oculta en sus flancos. Stekel cita, entre otros, el caso de una joven que, mientras duraba el coito, no dejaba de exclamar: «¡Con tal que no pase nada! ¡Con tal que no pase nada!» En el mismo matrimonio, a menudo la mujer no desea tener hijos, ora porque su salud sea deficiente, ora porque eso representaría para el joven matrimonio una carga demasiado pesada. Amante o marido, si ella no tiene en su compañero una confianza absoluta, su erotismo quedará paralizado por la prudencia. O bien observará con inquietud la conducta del hombre, o bien, apenas terminado el coito, tendrá que correr hasta el cuarto de aseo para expulsar de su vientre el germen vivo depositado en ella muy a su pesar; esa operación higiénica contradice brutalmente la magia sensual de las caricias, efectúa una absoluta separación de los cuerpos a los cuales confundía un mismo gozo; entonces es cuando el semen masculino aparece como un germen nocivo, una mancilla; la mujer se limpia como quien limpia un vaso sucio, mientras el hombre reposa en el lecho, en toda su soberbia integridad. Una joven divorciada me ha contado su horror, después de una noche nupcial de placer incierto, cuando tuvo que encerrarse en el cuarto de baño, mientras su esposo encendía indolentemente un cigarrillo: parece ser que, desde aquel instante, la ruina del matrimonio estuvo decidida. La repugnancia por la «pera», el irrigador y el bidet es una de las causas frecuentes de la frigidez femenina. La existencia de medios anticonceptivos más seguros y más cómodos contribuye mucho a la manumisión sexual de la mujer; en un país como los Estados Unidos, donde esas prácticas están muy extendidas, el número de muchachas que llegan vírgenes al matrimonio es muy inferior al que se encuentra en Francia; esas prácticas permiten un mayor abandono durante el acto amoroso. Pero también en este caso la joven tiene repugnancias que vencer antes de tratar su cuerpo como una cosa: del mismo modo que no aceptaba sin un estremecimiento la idea de ser «perforada» por un hombre, tampoco se resigna alegremente a ser «taponada» para satisfacer los deseos de un hombre. Que se haga sellar el útero o que se introduzca algún tampón mortal para los espermatozoides, una mujer consciente de los equívocos del cuerpo y del sexo se sentirá molesta por esa fría premeditación: hay también muchos hombres que consideran con repugnancia el uso de preservativos. Es el conjunto del comportamiento sexual el que justifica sus diversos momentos: conductas que parecerían repugnantes sometidas a análisis, parecen naturales cuando los cuerpos se transfiguran por las virtudes eróticas de que están revestidos; pero, inversamente, tan pronto como cuerpos y conductas se descomponen en elementos separados y privados de sentido, esos elementos se vuelven sucios, obscenos. La penetración que una enamorada experimentará con alegría como unión, como fusión con el hombre amado, vuelve a encontrar el carácter quirúrgico y sucio que reviste a los ojos de los niños si se realiza fuera de la turbación, del deseo, del placer, y eso es lo que sucede con el uso concertado del preservativo. De todos modos, esas precauciones no están al alcance de todas las mujeres; muchas jóvenes no conocen ninguna defensa contra la amenaza del embarazo y perciben de manera angustiosa que su suerte depende de la buena voluntad del nombre a quien se entregan.

El caso más favorable para una iniciación sexual es aquel en que, sin violencia ni sorpresa, sin consigna fija ni plazo preciso, la joven aprende lentamente a vencer su pudor, a familiarizarse con su compañero, a gustar sus caricias. En este sentido, no puede por menos que aprobarse la libertad de costumbres de que gozan las jóvenes norteamericanas y que las francesas tienden hoy a conquistar: aquellas se deslizan, casi sin percatarse de ello, de] «necking» y del «petting» a relaciones sexuales completas. La iniciación es tanto más fácil cuanto menos revestida de un carácter tabú se presenta y más libre se siente la joven con respecto a su compañero, y en este se esfuma el carácter dominador; si el amante es también joven, novicio, tímido, un igual, las resistencias de la muchacha son menos fuertes; pero también será menos profunda su metamorfosis en mujer. Así, en Le blé en herbe, la Vinca de Colette, al día siguiente de una desfloración bastante brutal, muestra una placidez que sorprende a su camarada Phil, y es que no se ha sentido «poseída», sino que, por el contrario, ha cifrado su orgullo en desprenderse de su virginidad, no ha experimentado ningún extravío que la haya trastornado; en verdad, Phil no tiene razón para asombrarse, puesto que su amiga no ha conocido al macho. Claudine estaba menos indemne después de bailar entre los brazos de Renaud. Me han hablado del caso de una estudiante de instituto, todavía rezagada en la fase de «fruta verde», la cual, después de pasar una noche con un camarada, corrió a la mañana siguiente a casa de una amiga para anunciarle: «Me he acostado con C... Ha sido muy divertido.» Un profesor de colegio norteamericano me decía que sus alumnas dejaban de ser vírgenes mucho antes de hacerse mujeres; sus compañeros las respetaban demasiado para espantar su pudor, eran demasiado jóvenes y pudibundos para despertar en ellas demonio alguno. Hay muchachas que se lanzan a

experiencias eróticas y las multiplican con objeto de escapar a la angustia sexual; esperan librarse así de su curiosidad y de sus obsesiones; pero con frecuencia sus actos conservan un carácter teórico que los hace tan irreales como los fantasmas por medio de los cuales otros anticipan el porvenir. Entregarse por desafío, por temor, por racionalismo puritano, no es realizar una auténtica experiencia erótica: solamente se obtiene un ersatz sin peligro y sin gran sabor; el acto sexual no va acompañado ni de angustia ni de vergüenza, porque la turbación ha sido superficial y el placer no ha invadido la carne. Esas doncellas desfloradas siguen siendo vírgenes, y es probable que el día en que tengan que habérselas con un hombre sensual e imperioso, le opondrán resistencias virginales. Mientras tanto, permanecen en una especie de edad ingrata; las caricias les hacen cosquillas, los besos a veces les hacen reír, consideran como un juego el amor físico, y, si no están de humor para divertirse, las exigencias del amante pronto les parecen importunas y groseras; conservan repugnancias, fobias y pudores de adolescente. Si no logran franquear nunca ese estadio -lo cual, al decir de los varones norteamericanos, es el caso de muchas norteamericanas-, pasarán el resto de su vida en un estado de semifrigidez. Solo hay verdadera madurez sexual en la mujer que consiente hacerse carne en la turbación y el placer.

No hay que creer, sin embargo, que todas las dificultades se atenúen en aquellas mujeres que tengan un temperamento ardiente. Sucede, por el contrario, que se exasperan. La turbación femenina puede alcanzar una intensidad desconocida para el hombre. El deseo del hombre es violento, pero está localizado, y le deja -salvo, quizá, en el instante del espasmo- consciente de sí mismo; la mujer, por el contrarío, sufre una genuina alienación; para muchas, esa metamorfosis es el momento más voluptuoso y definitivo del amor, pero también tiene un carácter mágico y terrorífico. Sucede que el hombre experimenta temor ante la mujer que tiene en sus brazos, tan ausente parece esta, presa del más profundo extravío; el trastorno que ella experimenta es una transmutación mucho más radical que el frenesí agresivo del varón. Esa fiebre la libera de la vergüenza; pero, al despertar, le causa a su vez vergüenza y horror; para que la acepte dichosamente -y hasta orgullosamente-, sería preciso, al menos, que se inflamase de voluptuosidad; podría reivindicar sus deseos si los hubiera satisfecho gloriosamente; de lo contrario, los repudiará con ira.

Se llega aquí al problema crucial del erotismo femenino: al comienzo de su vida erótica, la abdicación de la mujer no se ve compensada por un goce violento y seguro.

Sacrificaría mucho más fácilmente pudor y orgullo si de ese modo se abriesen las puertas de un paraíso. Pero ya se ha visto que la desfloración no es una feliz realización del erotismo juvenil; por el contrario, es un fenómeno insólito; el placer vaginal no se desencadena en seguida; según las estadísticas de Stekel -confirmadas por multitud de sexólogos y psicoanalistas-, apenas el 4 por 100 de las mujeres experimentan placer desde el primer coito; el 50 por 100 no alcanza el placer vaginal sino después de semanas, meses y hasta años. Los factores psíquicos representan aquí un papel especial. El cuerpo de la mujer es singularmente «histérico» en el sentido de que a menudo no hay en ella ninguna distancia entre los hechos conscientes y su expresión orgánica; sus resistencias morales impiden la aparición del placer; al no ser compensadas por nada, frecuentemente se perpetúan y forman una barrera cada vez más poderosa. En muchos casos, se crea un círculo vicioso: una primera torpeza del amante, una palabra desafortunada, una sonrisa arrogante, repercuten durante toda la luna de miel y hasta en la vida conyugal; decepcionada por no haber conocido en seguida el placer, la joven guarda un rencor que la predispone mal para una experiencia más feliz. Verdad es que, a falta de una satisfacción normal, el hombre siempre puede proporcionarle el placer clitoridiano, el cual, a despecho de leyendas moralizadoras, es susceptible de procurarla relajamiento y apaciguamiento. Pero muchas mujeres lo rechazan, porque, aún más que el placer vaginal, aparece como infligido; porque si la mujer sufre a causa del egoísmo de los hombres, que solo piensan en su propia satisfacción, también se siente herida por una voluntad demasiado explícita de darle placer. «Hacer gozar al otro -dice Stekel- quiere decir dominarlo; entregarse a alguien es abdicar de la propia voluntad.» La mujer aceptará mucho más fácilmente el placer si le parece que fluye naturalmente del que experimenta el hombre, como sucede en un coito normal y feliz.

«Las mujeres se someten con alegría tan pronto como se percatan de que su compañero no quiere someterlas», añade Stekel; en cambio, si perciben esa voluntad, se rebelan.

A muchas mujeres les repugna dejarse acariciar con la mano, porque esta es un instrumento que no participa del placer que procura, es actividad y no carne; y si el mismo sexo aparece como un instrumento hábilmente utilizado y no como una carne penetrada de deseo, la mujer experimentará la misma repulsión. Además, toda compensación le parecerá que ratifica su fracaso en cuanto a conocer las sensaciones de una mujer normal. De acuerdo con numerosas observaciones, Stekel advierte que todo el deseo de las mujeres llamadas frígidas se dirige hacia la norma: «Quieren

obtener el orgasmo como una mujer normal; cualquier otro procedimiento no las satisface moralmente.»

La actitud del hombre tiene, pues, una extremada importancia. Si su deseo es violento y brutal, su compañera se siente en sus brazos transformada en pura cosa; pero si es demasiado dueño de sí mismo, demasiado desasido, no se constituye como carne; pide a la mujer que se haga objeto sin que ella, a su vez, le haya tomado a él. En ambos casos, su orgullo se rebela; para que pueda conciliar su metamorfosis en objeto carnal con la reivindicación de su subjetividad, es preciso que, al hacerse presa del hombre, haga de este también su propia presa. Por ese motivo, la mujer se obstina con tanta frecuencia en la frigidez. Si el amante carece de seducción, si es frío, negligente o torpe, fracasa en despertar su sexualidad o la deja insatisfecha; pero viril y experto, puede suscitar reacciones de rechazo; la mujer teme su dominación, y algunas no pueden hallar placer más que con hombres tímidos, mal dotados y hasta semiimpotentes, pero que no las atemorizan. Es fácil que el hombre despierte en su amante amargura y rencor. El rencor es la fuente más habitual de la frigidez femenina; en la cama, la mujer le hace pagar al hombre con su insultante frialdad todas las afrentas que estima haber sufrido; con frecuencia hay en su actitud un complejo de inferioridad agresivo: «Puesto que no me amas, puesto que tengo defectos que me impiden complacer y puesto que soy despreciable, tampoco me entregaré al amor, al deseo, al placer.» Así es como se venga de él y de ella misma a la vez, si él la ha humillado con su negligencia, si ha excitado sus celos, si se ha declarado demasiado tarde, si la ha convertido en su amante cuando ella deseaba el matrimonio; el agravio puede aparecer de repente y desencadenar esa reacción en el curso mismo de una relación que ha comenzado de manera feliz. Es raro que el hombre que ha suscitado semejante enemistad logre vencerla él mismo: puede suceder, no obstante, que un persuasivo testimonio de amor o de estima modifique la situación. Se ha visto a mujeres desafiantes y rígidas entre los brazos de un amante a quienes ha transformado una alianza en el dedo: dichosas, halagadas, con la conciencia en paz, todas sus resistencias se derrumbaban. Pero será un recién llegado respetuoso, amoroso y delicado quien mejor podrá transformar a la mujer despechada en una amante o una esposa feliz; si la libera de su complejo de inferioridad, se entregará a él con ardor.

La obra de Stekel *La femme frigide* se dedica esencialmente a demostrar el papel de los factores psíquicos en la frigidez femenina.

Los siguientes ejemplos demuestran claramente que muy a menudo se trata de una actitud de rencor con respecto al marido o al amante:

> La señorita G. S... se había entregado a un hombre esperando que se casaría con ella, pero insistiendo en el hecho de que «a ella no le importaba en realidad el matrimonio, que no quería atarse». Jugaba así a la mujer libre. Pero, en verdad, era esclava de la moral, como toda su familia. Su amante, sin embargo, la creía y jamás hablaba de matrimonio. Su obstinación se intensificaba cada vez más, hasta que se hizo insensible. Cuando, por fin, la pidió en matrimonio, ella se vengó confesando su indiferencia y no queriendo oír hablar de una unión entre ellos. Ya no deseaba ser dichosa. Había esperado demasiado tiempo... La devoraban los celos y esperaba ansiosamente el día de su petición para rechazarla orgullosamente. Después, quiso suicidarse, únicamente para castigar a su amante con todo refinamiento.
>
> Una mujer que hasta entonces había gozado con su marido, pero que era muy celosa, se imaginó durante una enfermedad que su marido la engañaba. Al volver a casa, decidió permanecer fría con su esposo. Jamás se dejaría excitar, puesto que no la estimaba y solo la utilizaba en caso de necesidad. Desde su regreso, pues, se mostró frígida. Al principio, se servía de pequeños trucos para no ser presa de la excitación. Se imaginaba a su marido haciendo la corte a su amiga. Pero pronto el orgasmo fue reemplazado por unos dolores...
>
> Una muchacha de diecisiete años mantenía relaciones amorosas con un hombre, relaciones que le procuraban un intenso placer. Quedó encinta a los diecinueve años y pidió a su amante que la desposase; él se mostró indeciso y le aconsejó que abortase, a lo cual ella se negó. Al cabo de tres semanas, se declaró dispuesto a casarse con ella, y la muchacha se convirtió en su mujer. Pero nunca le perdonó aquellas tres semanas de tormento y se tornó frígida. Más tarde una explicación con su marido venció aquella frigidez.
>
> La señora N. M... se entera de que su marido, dos días después de su matrimonio, ha ido a visitar a una antigua amante. El orgasmo que hasta entonces experimentara desaparece para siempre. Se clavó en su mente la idea fija de que ya no agradaba a su marido, a quien creía haber decepcionado; esa fue la causa de su frigidez.

Incluso cuando la mujer supera sus resistencias y al cabo de un tiempo más o menos largo conoce el placer vaginal, no todas las dificultades han sido abolidas, porque el ritmo de su sexualidad y el de la sexualidad del hombre no coinciden. Ella es mucho más lenta que él para el goce.

> Las tres cuartas partes, quizá, de todos los hombres experimentan el orgasmo durante los dos minutos que siguen a la iniciación de la relación sexual, afirma el informe Kinsey. Si se considera el elevado número de mujeres de nivel superior cuyo estado es tan desfavorable para las situaciones sexuales, que necesitan de diez a quince minutos de los más activos estímulos para experimentar el orgasmo, y si se considera el número bastante importante de mujeres que jamás han conocido el orgasmo en toda su vida, se precisa desde luego que el varón tenga una competencia absolutamente excepcional para prolongar la actividad sexual sin eyacular y poder crear así una situación de armonía con su pareja.

Parece ser que en la India el esposo, mientras cumple sus deberes conyugales, fuma de buen grado su pipa, con objeto de distraerse de su propio placer y hacer durar el de su esposa; en Occidente, de lo que más bien se jacta Casanova es del número de sus «asaltos», y su orgullo supremo consiste en conseguir que su pareja pida cuartel: según la tradición erótica, es una hazaña que no se consigue a menudo; los hombres se quejan de las terribles exigencias de su pareja: es una matriz rabiosa, una especie de ogro, una hambrienta; jamás está satisfecha. Montaigne expone este punto de vista en el Libro III de sus Ensayos (capítulo V):

> Las mujeres son, sin comparación, más capaces y ardientes para el amor que nosotros, cosa que ha testimoniado ese anciano sacerdote que fue unas veces hombre y otras mujer... Y además hemos oído de sus propios labios la prueba que hicieron en otros tiempos, en otros siglos, un emperador y una emperatriz de Roma, maestros famosos en esos menesteres (él desfloró en una noche a diez vírgenes sármatas cautivas suyas; pero ella culminó en una sola noche veinticinco empresas, cambiando de compañía según su necesidad y su gusto,
>
> adhuc ardens rigidoe tentigine vulvoe
> Et lassata viris, necdum satiata recessit [153]
>
> y [que] acerca de la diferencia surgida en Cataluña entre una mujer que se quejaba de los esfuerzos demasiado asiduos de su marido, no tanto a mi juicio porque la incomodasen (puesto que solo en materia de fe creo en los milagros).... intervino ese notable fallo de la reina de Aragón en virtud del cual, y tras madura deliberación del Consejo, aquella buena señora... ordenó como límites legítimos y necesarios el número de seis por día, quitando mucho de la necesidad y deseo de su sexo para establecer, decía ella, una forma cómoda y, por tanto, permanente e inmutable.

Y es que, en verdad, la voluptuosidad no tiene en la mujer, en absoluto, la misma figura que en el hombre. Ya he dicho que no se sabía exactamente si el placer vaginal terminaba alguna vez en un orgasmo definido: acerca de este punto, las confidencias femeninas son raras, y hasta cuando se proponen la precisión, siguen siendo extremadamente vagas; parece que las reacciones son muy diferentes, según los sujetos. Lo que sí es cierto es que el coito tiene para el hombre un fin biológico preciso: la eyaculación; y seguramente esa finalidad se persigue a través de multitud de otras intenciones sumamente complejas; pero, una vez obtenidas, se presenta como un desenlace y, si no como la satisfacción del deseo, si al menos como la supresión del mismo. En la mujer, por el contrario, la finalidad es incierta al principio y de naturaleza más psíquica que fisiológica; ella quiere la turbación, la voluptuosidad en general, pero su cuerpo no proyecta ninguna conclusión neta del acto amoroso: por ese motivo, para ella el coito nunca termina del todo, puesto que no comporta ningún fin. El placer masculino asciende como flecha; cuando llega a cierto umbral, se realiza y muere abruptamente en el orgasmo; la estructura del acto sexual es finita y discontinua. El goce femenino se irradia por todo el cuerpo; no siempre se centra en el sistema genital; incluso cuando eso sucede, las contracciones vaginales, antes que un verdadero orgasmo, constituyen un sistema de ondulaciones que rítmicamente nacen, desaparecen, vuelven a formarse, alcanzan por instantes un paroxismo, luego se embarullan y se funden, sin morir nunca del todo. Como no le ha sido asignado ningún término fijo, el placer apunta al infinito: a menudo es una fatiga nerviosa o cardíaca, o una saciedad psíquica, lo que limita las posibilidades eróticas de la mujer, antes que una satisfacción precisa; incluso colmada, incluso exhausta, jamás se siente completamente liberada: Lassata necdum satiata, según la frase de Juvenal.

---

[153] Juvenal.

El hombre comete un grave error cuando pretende imponer a su compañera su propio ritmo y se encarniza en procurarla un orgasmo: a menudo lo único que consigue es romper la forma voluptuosa que ella estaba viviendo a su manera singular[154]. Es una forma bastante plástica para darse a sí misma un término: ciertos espasmos localizados en la vagina o en el conjunto del sistema genital o emanando del cuerpo entero, pueden constituir una resolución; en algunas mujeres se producen con bastante regularidad y violencia para ser asimiladas a un orgasmo; pero una enamorada puede hallar también en el orgasmo masculino una conclusión que la apacigüe y la satisfaga. También es posible que, de una manera continua, sin choques, la forma erótica se disuelva tranquilamente. El logro no exige, como creen multitud de hombres meticulosos pero simplistas, una sincronización matemática del placer, sino el establecimiento de una forma erótica compleja. Muchos se imaginan que «hacer gozar» a una mujer es cuestión de tiempo y de técnica, y, por tanto, de violencia; ignoran hasta qué punto la sexualidad de la mujer está condicionada por el conjunto de la situación. Ya hemos dicho que la voluptuosidad es en ella una suerte de hechizo; reclama un abandono total; si palabras o gestos se oponen a la magia de las caricias, el hechizo se disipa. Esa es una de las razones por las cuales la mujer cierra los ojos: fisiológicamente, hay ahí un reflejo destinado a compensar la dilatación de la pupila; pero incluso en la oscuridad cierra ella los párpados; quiere abolir todo decoro, abolir la singularidad del instante, de ella misma y de su amante; quiere perderse en el corazón de una noche carnal tan indistinta como el seno materno. Y, más particularmente, desea suprimir esa separación que yergue al varón ante ella, desea fundirse con él. Ya se ha dicho que, al hacerse objeto, lo que desea es seguir siendo sujeto. Más profundamente enajenada que el hombre, por el hecho de que es deseo y turbación en todo su cuerpo, la mujer sólo sigue siendo sujeto por la unión con su pareja; sería preciso que para ambos recibir y dar se confundiesen; si el hombre se limita a tomar sin dar, o si da el placer sin experimentarlo, ella se sentirá manipulada; tan pronto como se realiza como otro, ella es el otro inesencial; tiene que negar la alteridad. Por ese motivo, el momento de la separación de los cuerpos le resulta casi siempre penoso. El hombre, después del coito, ya se sienta triste o gozoso, engañado por la Naturaleza o vencedor de la mujer, siempre reniega, en todo caso, de la carne; vuelve a ser un cuerpo íntegro, quiere dormir, tomar un baño, fumarse un cigarrillo, salir al aire libre. La mujer, en cambio, quisiera prolongar el contacto carnal hasta que el hechizo que la hizo carne se disipase por completo; la separación es un desgarramiento doloroso como un nuevo destete; siente rencor contra el amante que se separa de ella con excesiva brusquedad. Pero lo que más la hiere son las palabras que rechazan la fusión en la cual creyera durante un instante. La «mujer de Gilles», cuya historia ha contado Madeleine Bourdouxhe, se retrae cuando su marido le pregunta: «¿Has gozado mucho?» Ella le pone la mano en la boca; la palabra horroriza a muchas mujeres, porque reduce el placer a una sensación inmanente y separada. «¿Tienes bastante? ¿Quieres más? ¿Has disfrutado?» El hecho mismo de plantear la pregunta manifiesta la separación, convierte el acto amoroso en una operación mecánica, cuya dirección ha asumido el hombre. Y por eso mismo la plantea. Mucho más que la fusión y la reciprocidad, lo que busca es la dominación; cuando la unidad de la pareja se deshace, él se encuentra sujeto único: se precisa mucho amor o mucha generosidad para renunciar a ese privilegio; le gusta que la mujer se sienta humillada, poseída a pesar suyo; siempre quiere tomarle un poco más de lo que ella da. Muchas dificultades le serían ahorradas a la mujer si el hombre no arrastrase en pos de sí multitud de complejos que le hacen considerar el acto amoroso como una lucha: entonces ella podría dejar de mirar el lecho como una palestra.

Sin embargo, al mismo tiempo que el narcisismo y el orgullo, se observa en la joven un deseo de ser dominada. Según algunos psicoanalistas, el masoquismo sería una de las características de la mujer, y gracias a esta tendencia ella podría adaptarse a su destino erótico. Pero la noción de masoquismo está muy embrollada y precisamos considerarla de cerca.

De acuerdo con Freud, los psicoanalistas distinguen tres formas de masoquismo: consiste una de ellas en la unión entre el dolor y la voluptuosidad; otra sería la aceptación femenina de la dependencia erótica; la última reposaría sobre un mecanismo de autocastigo. La mujer sería masoquista porque en ella placer y dolor estarían ligados a través de la desfloración y el parto, y porque aceptaría su papel pasivo.

Primero es preciso observar que atribuir un valor erótico al dolor no constituye en absoluto una actitud de sumisión pasiva. A menudo el dolor sirve para levantar el tono del individuo que lo sufre, para despertar una sensibilidad entumecida por la violencia misma de la turbación y el placer; es una luz intensa que estalla en la noche carnal y arranca al enamorado del limbo en que se pasmaba, con

154 Lawrence ha visto muy bien la oposición entre estas dos formas eróticas. Pero es arbitrario declarar, como hace él, que la mujer no debe conocer el orgasmo. Si es un error tratar de provocarlo a cualquier precio, también lo es rechazarlo en cualquier caso, como hace don Cipriano en La serpiente emplumada.

objeto de que pueda ser precipitado de nuevo en él. El dolor forma parte normalmente del frenesí erótico; los cuerpos que se sienten satisfechos de ser cuerpos para su goce recíproco, tratan de hallarse, de unirse, de confrontarse de todas las maneras posibles. Hay en el erotismo como un desgarramiento de sí mismo, un transporte, un éxtasis: también el sufrimiento destruye los límites del yo, es una superación y un paroxismo; el dolor ha representado siempre un gran papel en las orgías, y sabido es que lo exquisito y lo doloroso se tocan: una caricia puede convertirse en tortura y un suplicio procurar placer. Abrazar lleva fácilmente a morder, pellizcar, arañar; estas actitudes no son generalmente sádicas; expresan un deseo de fusionar, no de destruir; y el sujeto que las sufre tampoco busca renegarse y humillarse, sino unirse; por lo demás, están muy lejos de ser específicamente masculinas. En realidad, el dolor solo tiene significación masoquista en el caso en que sea captado y querido como manifestación de una servidumbre. En cuanto al dolor de la desfloración, no va acompañado precisamente de placer; todas las mujeres temen los sufrimientos del parto, y se alegran de que los métodos modernos se los ahorren. El dolor tiene en su sexualidad ni más ni menos dolor que en la del hombre.

La docilidad femenina, por otra parte, es una noción muy equívoca. Ya hemos visto que la mayor parte del tiempo la joven acepta en lo imaginario la dominación de un semidiós, de un héroe, de un varón; pero todavía no es más que un juego narcisista. En modo alguno está dispuesta a sufrir por ello en la realidad la expresión carnal de esa autoridad. A menudo, por el contrario, se rehusa al hombre a quien admira y respeta, y se entrega a un hombre sin prestigio. Es un error buscar en fantasmas la clave de actitudes concretas; porque los fantasmas son creados y acariciados en tanto que fantasmas. La muchachita que sueña con la violación con una mezcla de horror y complacencia, no desea ser violada; y el acontecimiento, si se produjese, sería una odiosa catástrofe. Ya se ha visto en Marie Le Hardouin un ejemplo típico de esta disociación. Ella misma escribe también:

> Pero, en el camino de la abolición, había un dominio en el que no entraba sino con las narices tapadas y el corazón palpitante. Era aquel que, más allá de la sensualidad amorosa, me llevaba la sensualidad lisa y llana... No hay infamia solapada que no haya cometido yo en sueños. Sufría por la necesidad de afirmarme de todas las maneras posibles[155].

Preciso es volver a recordar el caso de Marie Bashkirtseff:

> Durante toda mi vida, he tratado de situarme voluntariamente bajo una dominación ilusoria cualquiera; pero todas aquellas gentes con las cuales lo he intentado eran tan ordinarias comparadas conmigo, que solo me han producido asco.

Por otra parte, es verdad que el papel sexual de la mujer es en gran parte pasivo; pero vivir inmediatamente esa situación pasiva no es masoquismo como tampoco es sadismo la normal agresividad del hombre; la mujer puede trascender caricias, turbación y penetración hacia su propio placer, manteniendo así la afirmación de su subjetividad; también puede buscar la unión con el amante y entregarse a él, lo cual significa una superación de sí misma y no una abdicación. El masoquismo aparece cuando el individuo opta por dejar que la conciencia de otro le constituya en pura cosa, por representarse a sí mismo como cosa, por jugar a ser una cosa. «El masoquismo no es una tentativa de fascinar al otro por mi objetividad, sino de fascinarme a mí mismo por mi objetividad para con otro[156].» La Juliette de Sade o la joven doncella de la Filosofía en el tocador que se entregan al varón de todas las maneras posibles, pero con la exclusiva finalidad de su propio placer, no son en modo alguno masoquistas. Para que se pueda hablar de masoquismo, es preciso que el yo sea planteado y que considere a ese doble enajenado como fundado por la libertad de otro.

En este sentido se encontrará, en efecto, en algunas mujeres un verdadero masoquismo. La joven está dispuesta a ello, porque es narcisista de buen grado y porque el narcisismo consiste en enajenarse en su ego. Si, desde el principio de su iniciación erótica, experimentara una honda turbación y un deseo violento, viviría auténticamente sus experiencias y cesaría de proyectarlas hacia ese pálido ideal al que denomina yo; pero, en la frigidez, el yo continúa afirmándose; hacerlo cosa de un varón aparece entonces como una falta. Ahora bien, «el masoquismo, como el sadismo, es asunción de culpabilidad. Soy culpable, en efecto, por el solo hecho de que soy objeto». Esta idea de Sartre coincide con la noción freudiana de autocastigo. La joven se estima culpable por entregar su yo a otro, y se castiga por ello redoblando voluntariamente humillación y servidumbre; ya hemos visto cómo las vírgenes desafiaban a su futuro amante y se castigaban por su sumisión venidera infligiéndose diversas torturas; cuando el amante es real y está presente, ellas se obstinan en esta actitud. La frigidez misma ya se nos ha presentado como un castigo que la mujer impone tanto a su

155 La voile noire
156 J. P. SARTRE: El ser y la nada.

pareja como a sí misma: herida en su vanidad, siente rencor contra él y contra sí misma, y se prohibe el placer. En el masoquismo se hará perdidamente esclava del varón, le dirigirá palabras de adoración, deseará ser humillada, golpeada; se enajenará cada vez más profundamente, enfurecida por haber consentido en la enajenación. Esa es claramente la actitud de Mathilde de la Mole, por ejemplo; se odia por haberse entregado a Julien, y por ese motivo, en algunos momentos, cae a sus pies, quiere plegarse a todos sus caprichos, le inmola su cabellera; pero, al mismo tiempo, se rebela tanto contra él como contra sí misma; se la adivina helada entre sus brazos. El fingido abandono de la mujer masoquista crea nuevas barreras que le prohiben el placer, y, al mismo tiempo, es de esta incapacidad por conocer el placer de lo que ella se venga contra sí misma. El círculo vicioso que va de la frigidez al masoquismo puede anudarse para siempre, comportando entonces, por compensación, actitudes sádicas. También puede ocurrir que la madurez erótica libere a la mujer de su frigidez, de su narcisismo, y que, asumiendo su pasividad sexual, la viva inmediatamente en lugar de hacer un juego de ella. Porque lo paradójico del masoquismo consiste en que el sujeto se reafirma sin cesar en su propio esfuerzo por abdicar; es en la entrega irreflexiva, en el movimiento espontáneo hacia el otro, donde logra olvidarse.

Así, es cierto que la mujer se verá más solicitada que el hombre por la tentación masoquista; su situación erótica de objeto pasivo la compromete a jugar a la pasividad; ese juego es el autocastigo al cual le invitan sus rebeliones narcisistas y la frigidez que es consecuencia de ellas; el hecho es que muchas mujeres, y en particular las jóvenes, son masoquistas. Hablando de sus primeras experiencias amorosas, Colette nos confía en Mes apprentissages:

> Con ayuda de la juventud y la ignorancia, yo había empezado por la embriaguez, una culpable embriaguez, un horrendo e impuro impulso de adolescente. Son numerosas las muchachas apenas núbiles que sueñan con ser el espectáculo, el juego, la obra maestra libertina de un hombre maduro. Es un feo deseo que expían satisfaciéndolo, un deseo parejo a las neurosis de la pubertad, la costumbre de mordisquear la tiza y el carbón, de beber agua con dentífrico, de leer libros sucios y de clavarse alfileres en la palma de la mano.

No puede decirse mejor que el masoquismo forma parte de las perversiones juveniles; que no es una auténtica solución del conflicto creado por el destino sexual de la mujer, sino una manera de rehuirlo revolcándose en él. No representa en modo alguno la floración normal y feliz del erotismo femenino.

Esa floración supone que -en el amor, la ternura, la sensualidad- la mujer logra superar su pasividad y establecer con su pareja unas relaciones de reciprocidad. La asimetría del erotismo macho y hembra crea problemas insolubles en tanto haya lucha de sexos; esos problemas podrían zanjarse fácilmente si la mujer percibiese en el hombre deseo y respeto, al mismo tiempo; si él la codicia en su carne, sin dejar de reconocer su libertad, ella se considera lo esencial en el momento en que se hace objeto, permanece libre en la sumisión en que consiente. Entonces, los amantes pueden conocer, cada cual a su manera, un goce común; el placer es experimentado por cada uno de ellos como suyo, aun teniendo su origen en el otro. Las palabras recibir y dar intercambian su sentido; el goce es gratitud; el placer, ternura. Bajo una forma concreta y carnal, se cumple el reconocimiento recíproco del yo y del otro en la más aguda conciencia del otro y del yo. Algunas mujeres dicen que sienten en ellas el sexo masculino como una parte de su propio cuerpo; algunos hombres creen ser la mujer en la cual penetran; estas expresiones son, evidentemente, inexactas; la dimensión del otro permanece; pero el hecho es que la alteridad ya no tiene un carácter hostil; esta conciencia de la unión de los cuerpos en su separación es la que confiere al acto sexual su carácter conmovedor; ese acto es tanto más trastornador cuanto que los dos seres que juntos niegan y afirman apasionadamente sus límites, son semejantes y, no obstante, son diferentes. Esta diferencia que, con demasiada frecuencia, los aísla, se convierte cuando se unen en fuente de su maravilla; en el ardor viril, la mujer contempla la figura invertida de la fiebre inmóvil que la quema; la potencia del hombre es el poder que ella ejerce sobre él; ese sexo hinchado de vida le pertenece como su sonrisa pertenece al hombre que le da el placer. Todas las riquezas de la virilidad y la feminidad, al reflejarse y captarse las unas a través de las otras, componen una conmovedora y extática unidad. Lo que necesita una tal armonía no son refinamientos técnicos, sino más bien una recíproca generosidad de cuerpo y alma, sobre la base de un atractivo erótico inmediato.

Esa generosidad está, a menudo, impedida en el hombre por su vanidad, y en la mujer por su timidez; mientras no haya superado sus inhibiciones, esta última no podrá hacerla triunfar. Por ese motivo, la plena expansión sexual de la mujer es, por lo general, bastante tardía: hacia los treinta y cinco años es cuando alcanza eróticamente su apogeo. Desgraciadamente, si es casada, su esposo ya está demasiado habituado a su frigidez; todavía puede seducir a nuevos amantes, pero ya empieza a perder lozanía: su tiempo está contado. En el momento. en que dejan de ser deseables, es cuando muchas mujeres se deciden, por fin, a asumir sus deseos.

Las condiciones en las cuales se desarrolla la vida sexual de la mujer dependen, no solo de estos datos, sino de todo el conjunto de su situación social y económica. Sería una abstracción pretender estudiarlo más adelante sin este contexto. De nuestro examen, empero, se deducen varias conclusiones generalmente valederas. La experiencia erótica es una de las que descubren a los seres humanos de la forma más punzante lo ambiguo de su condición; en ella se experimentan como carne y como espíritu, como el otro y como sujeto. Ese conflicto reviste el carácter más dramático para la mujer, ya que ella se capta inmediatamente como objeto y no halla en seguida en el placer una segura autonomía; necesita reconquistar su dignidad de sujeto trascendente y libre, mientras asume su condición carnal: se trata de una empresa difícil y erizada de riesgos en la que a menudo zozobra. Pero la misma dificultad de su situación la defiende contra los engaños en que se deja prender el hombre, que cae con gusto en la trampa de los falaces privilegios que implican su papel agresivo y la soledad satisfecha del orgasmo; el hombre vacila en reconocerse plenamente como carne. La mujer tiene de sí misma una experiencia más auténtica.

Aunque se adapte más o menos exactamente a su papel pasivo, la mujer siempre se siente frustrada en tanto que individuo activo. No es el órgano de la posesión lo que le envidia al hombre, sino su presa. Curiosa paradoja es que el, hombre viva en un mundo sensual de dulzura, ternura y suavidad, un mundo femenino, en tanto que la mujer se mueve en el universo masculino, que es duro y severo; sus manos conservan el deseo de oprimir la carne tersa, la pulpa fundente: adolescente, mujer, flores, pieles, niño; toda una parte de sí misma permanece disponible y desea la posesión de un tesoro análogo al que ella entrega al varón. Ello explica que en muchas mujeres subsista, de manera más o menos larvada, una tendencia a la homosexualidad. Hay mujeres en quienes, por un conjunto de complejas razones, esa tendencia se afirma con particular autoridad. No todas ellas aceptan dar a sus problemas sexuales la solución clásica, única oficialmente admitida por la sociedad. Hemos de enfrentarnos también con aquellas otras que eligen los caminos condenados.

CAPÍTULO IV.

LA LESBIANA.

Se representa uno fácilmente a la lesbiana tocada con un sombrero de fieltro, cabellos cortos y corbata; su virilidad sería una anomalía que traduciría un desequilibrio hormonal. Nada más erróneo que esa confusión entre la invertida y el marimacho. Hay muchísimas homosexuales entre las odaliscas, las cortesanas, las mujeres más deliberadamente «femeninas», y, a la inversa, gran número de mujeres «masculinas» son heterosexuales. Sexólogos y psiquiatras confirman lo que sugiere la observación corriente, a saber: que la inmensa mayoría de las «condenadas» están constituidas exactamente como las demás mujeres. Ningún «destino anatómico» determina su sexualidad.

Seguramente hay casos en que los datos fisiológicos crean situaciones singulares. Entre los dos sexos no existe una distinción biológica rigurosa; un soma idéntico es modificado por acciones hormonales cuya orientación está genotípicamente definida, pero que puede ser desviada en el curso de la evolución del feto; resulta de ello la aparición de individuos intermediarios entre los varones y las hembras. Algunos hombres tienen apariencia femenina, porque la maduración de sus órganos viriles es tardía: así también se ve algunas veces cómo ciertas muchachas -en particular las deportistas- se transforman en muchachos. H. Deutsch cuenta la historia de una joven que cortejó ardientemente a una mujer casada, quiso raptarla y vivir con ella, hasta que un día se apercibió de que, en realidad, era un hombre, lo cual le permitió casarse con su bienamada Y tener hijos suyos. Pero no sería acertado concluir por ello que toda invertida es un «hombre oculto» bajo formas engañosas. El hermafrodita, en quien los dos sistemas genitales están bosquejados, tiene a menudo una sexualidad femenina: he conocido a una de estas criaturas, exiliada de Viena por los nazis, que se desolaba por no agradar ni a los heterosexuales ni a los pederastas, cuando a ella solamente le gustaban los hombres. Bajo la influencia de las hormonas masculinas, las mujeres «viriloides» presentan caracteres secundarios masculinos; en las mujeres infantiles, las hormonas femeninas son deficientes y su desarrollo permanece inacabado. Estas particularidades pueden motivar, más o menos directamente, una vocación lesbiana. Una persona dotada de una voluntad vigorosa, agresiva, exuberante, desea prodigarse activamente y rechaza por lo general la pasividad; una mujer mal conformada puede tratar de compensar su inferioridad adquiriendo cualidades viriles; si su sensibilidad erógena no se ha desarrollado, entonces no desea las caricias masculinas. Pero

anatomía y hormonas no definen jamás sino una situación y no plantean el objeto hacia el cual aquélla será trascendida. H. Deutsch cita también el caso de un legionario polaco herido, a quien cuidó en el curso de la guerra 1914-1918, y que en realidad era una muchacha con acusados caracteres viriloides; había seguido al ejército como enfermera, luego había logrado ponerse el uniforme; no por ello dejó de enamorarse de un soldado -con quien se casó después-, lo cual hizo que la considerasen un homosexual. Sus actitudes viriles no contradecían un erotismo de tipo femenino. El hombre mismo tampoco desea exclusivamente a la mujer; el hecho de que el organismo del homosexual masculino pueda ser perfectamente viril implica que la virilidad de una mujer no la destine necesariamente a la homosexualidad.

Entre las mujeres fisiológicamente normales se ha pretendido a veces distinguir a las «clitoridianas» de las «vaginales», estando las primeras destinadas a los amores sáficos; pero ya hemos visto que en todas ellas el erotismo infantil es clitoridiano; que permanezca en ese estadio o se transforme no depende de ninguna circunstancia anatómica; tampoco es verdad, como se ha sostenido frecuentemente, que la masturbación infantil explique el privilegio ulterior del sistema clitoridiano: la sexología reconoce hoy en el onanismo del niño un fenómeno absolutamente normal y generalmente difundido. La elaboración del erotismo femenino -ya lo hemos visto- es una historia psicológica en la cual están involucrados factores fisiológicos, pero que depende de la actitud global del sujeto frente a la existencia. Marañón consideraba que la sexualidad es «de sentido único» y que en el hombre alcanza una forma acabada, mientras en la mujer permanece «a medio camino»; solamente la lesbiana poseería una libido tan rica como la del varón, y, por tanto, sería un tipo femenino «superior». En realidad, la sexualidad femenina tiene una estructura original, y la idea de jerarquizar la libido masculina y femenina es absurda; la elección del objeto sexual no depende, en modo alguno, de la cantidad de energía de que la mujer dispone.

Los psicoanalistas han tenido el gran mérito de ver en la inversión un fenómeno psíquico y no orgánico; sin embargo, todavía aparece entre ellos como determinada por circunstancias exteriores. Por lo demás, la han estudiado poco. Según Freud, la maduración del erotismo femenino exige el paso del estadio clitoridiano al estadio vaginal, paso simétrico de aquel que ha transferido al padre el amor que la pequeña sentía primero por su madre; diversas razones pueden frenar ese desarrollo; la mujer no se resigna a la castración, se oculta la ausencia del pene, permanece fijada a su madre, a la cual busca sustitutos. Para Adler, esa detención no es un accidente sufrido: lo quiere el sujeto que, por voluntad de poder, niega deliberadamente su mutilación y trata de identificarse con el hombre cuya dominación rehusa. Fijación infantil o protesta viril, la homosexualidad aparecería en todo caso como algo inacabado. En verdad, la lesbiana no es más una mujer «frustrada» que una mujer «superior». La historia del individuo no es un progreso fatal: con cada movimiento se vuelve a asir el pasado mediante una elección nueva, y la «normalidad» de la elección no le confiere ningún valor privilegiado: hay que juzgarlo según su autenticidad. La homosexualidad puede ser para la mujer una manera de rehuir su condición o una manera de asumirla. La gran equivocación de los psicoanalistas consiste en no considerarla jamás, por conformismo moralizador, sino como una actitud inauténtica.

La mujer es un existente a quien se le pide que se haga objeto; en tanto que sujeto, posee una sensualidad agresiva que no se sacia sobre el cuerpo masculino: de ahí nacen los conflictos que su erotismo debe superar. Se considera normal el sistema que, entregándola como presa a un miembro del sexo masculino, le restituye su soberanía poniendo en sus brazos un niño: pero ese «naturalismo» está ordenado por un interés social más o menos bien comprendido. La heterosexualidad misma permite otras soluciones. La homosexualidad de la mujer es una tentativa, entre otras, para conciliar su autonomía con la pasividad de su carne. Y, si se invoca a la Naturaleza, puede decirse que toda mujer es naturalmente homosexual. La lesbiana se caracteriza, en efecto, por su rechazo del varón y su gusto por la carne femenina; pero toda adolescente teme la penetración, la dominación masculina, y experimenta cierta repulsión con respecto al cuerpo del hombre; en desquite, el cuerpo femenino es para ella, como para el hombre, un objeto de deseo. Lo he dicho ya: los hombres, al plantearse como sujetos, se plantean al mismo tiempo como separados; considerar al otro como una cosa que tomar, es atentar en él y solidariamente en sí mismo contra el ideal viril; por el contrario, la mujer que se reconoce como objeto ve en sus semejantes y en sí misma una presa. El pederasta inspira hostilidad a los heterosexuales masculinos y femeninos, porque estos exigen que el hombre sea un sujeto dominador[157]; por el contrario, los dos sexos consideran espontáneamente a las lesbianas con indulgencia. «Confieso -dice el conde de Tilly- que es una rivalidad que no me pone de mal humor; por el contrario, me divierte y tengo la inmoralidad de reírme de ello.» Colette ha prestado esa misma indiferencia divertida a Renaud ante la pareja formada por Claudine con Rézi[158] .

157 Una heterosexual siente fácilmente amistad por ciertos pederastas, porque halla seguridad y diversión en esas relaciones asexuadas. Pero, en conjunto, experimenta hostilidad con respecto a esos hombres que, en sí mismos o en otros, degradan al varón soberano convirtiéndolo en una cosa pasiva.

158 Es notable que el Código inglés castigue la homosexualidad en los hombres y no la considere delito en las mujeres.

Al hombre le irrita más una heterosexual activa y autónoma que una homosexual no agresiva; solamente la primera se opone a las prerrogativas masculinas; los amores sáficos están muy lejos de contradecir la forma tradicional de la división de los sexos: en la mayoría de los casos, son una asunción de la feminidad, no su rechazo. Ya se ha visto que a menudo aparecen en la adolescente como un ersatz de las relaciones heterosexuales que todavía no ha tenido la ocasión o la audacia de vivir: es una etapa, un aprendizaje, y la que se entregue a ello con más ardor puede ser mañana la más ardiente de las esposas, de las amantes, de las madres. Lo que hay que explicar en la invertida, por tanto, no es el aspecto positivo de su elección, sino la faz negativa: no se caracteriza por su afición a las mujeres, sino por lo exclusivo de esa afición.

Con frecuencia se distinguen -de acuerdo con Jones y Hesnard- dos tipos de lesbianas: las «masculinas» que quieren «imitar al hombre», y las «femeninas» que «tienen miedo del hombre». Es cierto que, en general, pueden considerarse en la inversión dos tendencias: algunas mujeres rechazan la pasividad, en tanto que otras optan por entregarse pasivamente a unos brazos femeninos; pero tales actitudes reaccionan una sobre otra; las relaciones con el objeto elegido, con el objeto rechazado, se explican una por otra. Por multitud de razones, según vamos a ver, la distinción indicada nos parece asaz arbitraria.

Definir a la lesbiana «viril» por su voluntad «de imitar al hombre» es consagrarla a la inautenticidad. Ya he dicho antes cuántos equívocos crean los psicoanalistas al aceptar las categorías masculina-femenina tal y como la sociedad actual las define. En efecto, el hombre representa hoy lo positivo y lo neutro, es decir, el macho y el ser humano, mientras la mujer es solamente lo negativo, la hembra. Así, pues, cada vez que se comporta como ser humano, se declara que se identifica con el macho. Sus actividades deportivas, políticas, intelectuales, su deseo por otras mujeres, son interpretados como una «protesta viril»; se rehusa tener en cuenta los valores hacia los cuales ella se trasciende, lo cual lleva evidentemente a considerar que hace una elección inauténtica de una actitud subjetiva. El gran malentendido sobre el que descansa ese sistema de interpretación consiste en que se admite que para el ser humano hembra es natural que haga de sí una mujer femenina: no basta ser una heterosexual, ni siquiera una madre, para realizar ese ideal; la «verdadera mujer» es un producto artificial que la civilización fabrica como en otro tiempo fabricaba castrados; sus pretendidos «instintos» de coquetería, de docilidad, le son insuflados del mismo modo que al hombre el orgullo fálico; el hombre no siempre acepta su vocación viril; la mujer tiene buenas razones para aceptar menos dócilmente aún la que le ha sido asignada. Las nociones de «complejo de inferioridad» y «complejo de masculinidad» me hacen pensar en esa anécdota que Denis de Rougemont cuenta en La part du diable: una dama se imaginaba que, cuando se paseaba por el campo, los pájaros la atacaban; tras varios meses de un tratamiento psicoanalítico que no logró curarla de su obsesión, el médico que la acompañaba en el jardín de la clínica se percató de que los pájaros la atacaban. La mujer se siente disminuida porque, en verdad, las consignas de la feminidad la disminuyen. Espontáneamente opta por ser un individuo completo, un sujeto y una libertad ante quien se abren el mundo y el porvenir: si esa opción se confunde con la de la virilidad, es en la medida en que la feminidad significa hoy mutilación. Se ve claramente en las confesiones de mujeres invertidas -platónica en el primer caso, declarada en el segundo- recogidas por Havelock Ellis y Stekel, que la especificación de femenina es lo que indigna a ambos sujetos.

> Hasta donde alcanza mi memoria -dice una-, jamás me he considerado una niña ni una muchacha, y siempre he sido presa de una perenne turbación. Hacia los cinco o seis años, me dije que, cualquiera que fuese la opinión de las gentes, si no era un chico, en todo caso tampoco era una chica... Miraba la conformación de mi cuerpo como un accidente misterioso... Cuando apenas sabía andar, ya me interesaban los martillos y los clavos, y quería que me sentasen en el lomo de los caballos. Hacia los siete años, me parecía que todo cuanto me gustaba estaba mal para una niña. No era feliz en absoluto y frecuentemente lloraba y montaba en cólera, tanto me enfurecían aquellas conversaciones sobre los chicos y las chicas... Todos los domingos salía con los muchachos de la escuela de mis hermanos... Hacia los once años..., para castigarme por ser lo que era, me pusieron interna... Hacia los quince años, cualquiera que fuese la dirección en que se enderezasen mis pensamientos, mi punto de vista era siempre el de un muchacho... Me sentía transida de compasión por las mujeres... Me convertí en su protector y su ayuda.

En cuanto a la invertida de Stekel:

> Hasta su sexto año, y pese a los asertos de su entorno, ella se creía un chico, vestido de niña por razones que le eran desconocidas... A los seis años, se decía: «Seré teniente y, si Dios me conserva la vida, mariscal.» Con frecuencia soñaba que montaba un caballo y salía de la

ciudad a la cabeza de un ejército. Muy inteligente, se sintió desgraciada cuando la trasladaron de la escuela normal a un liceo, porque temía hacerse afeminada.

Esa revuelta no implica en absoluto una predestinación sáfica; la mayor parte de las niñas conocen el mismo escándalo y la misma desesperación cuando se enteran de que la accidental conformación de su cuerpo condena sus gustos y aspiraciones; encolerizada fue como Colette Audry[159] descubrió a los doce años de edad que jamás podría convertirse en marino; de manera completamente natural, la futura mujer se indigna por las limitaciones que le impone su sexo. Se plantea mal la cuestión cuando se pregunta por qué las rechaza: el problema consiste más bien en comprender por qué las acepta. Su conformismo proviene de su docilidad, de su timidez; pero esa resignación se tornará fácilmente en rebeldía si las compensaciones ofrecidas por la sociedad no son juzgadas suficientes. Eso es lo que sucederá en el caso de que la adolescente se juzgue poco favorecida por la Naturaleza como mujer: a través de este rodeo, sobre todo, es como las circunstancias anatómicas adquieren su importancia; fea, mal conformada, o creyendo serlo, la mujer rehusa un destino femenino para el cual no se considera dotada; pero sería falso decir que la actitud viril es adoptada para compensar una falta de feminidad: más bien las oportunidades otorgadas a la adolescente se le antojan demasiado raquíticas a cambio de las ventajas viriles que se le pide sacrifique. Todas las niñas envidian las cómodas ropas de los chicos; es su imagen en el espejo, las promesas que allí adivinan, lo que, poco a poco, les hace preciosos sus perifollos y faralaes; si el espejo refleja secamente un rostro vulgar, si no promete nada, encajes y cintas no dejan de ser una librea molesta o, por mejor decir, ridícula, y el «chico frustrado» se obstina en seguir siendo chico.

Aunque estuviese bien formada y fuese bonita, la mujer comprometida en proyectos singulares o que reivindique su libertad en general, se niega a abdicar en beneficio de otro ser humano; ella se reconoce en sus actos, no en su presencia inmanente: el deseo masculino que la reduce a los límites de su cuerpo la contraría tanto como contraría al muchacho; experimenta hacia sus compañeras sumisas el mismo desagrado que el hombre viril experimenta con respecto al pederasta pasivo. Para repudiar toda complicidad con ellas es por lo que, en parte, adopta una actitud masculina; disfraza su ropaje, su porte, su lenguaje; forma con una amiga femenina una pareja en la cual encarna el personaje varonil: esta comedia es, en efecto, una «protesta viril», pero aparece como un fenómeno secundario; lo que sí es espontáneo es el escándalo del sujeto conquistador y soberano ante la idea de convertirse en una presa carnal. Un elevado número de mujeres deportistas son homosexuales; ese cuerpo que es músculo, movimiento, resorte, impulso, no lo toman ellas como una carne pasiva; no solicita mágicamente las caricias, hace presa en el mundo, no es una cosa del mundo: el foso que existe entre el cuerpo para-sí y el cuerpo para-otro parece en este caso infranqueable. Se observan resistencias análogas en la mujer de acción, la mujer «con cabeza», para quien la dimisión, aunque sea bajo una forma carnal, es imposible. Si la igualdad de los sexos se realizase concretamente, se aboliría ese obstáculo en gran número de casos; pero el hombre está imbuido todavía de su superioridad; y esta es una convicción molesta para la mujer si no la comparte. Hay que decir, sin embargo, que las mujeres más voluntariosas, las más dominadoras, titubean poco en afrontar al varón: la llamada mujer «viril» es con frecuencia una franca heterosexual. No quiere renunciar a su reivindicación de ser humano; pero tampoco piensa mutilarse de su feminidad, y opta por acceder al mundo masculino, o, más bien, por anexionárselo. Su sensualidad robusta no se asusta ante la aspereza masculina; para encontrar su gozo en un cuerpo de hombre, tiene que vencer menos resistencias que la virgen tímida. Una naturaleza zafia y animal no sentirá la humillación del coito; una intelectual de inteligencia intrépida se le opondrá; segura de sí misma, con talante batallador, la mujer se enzarzará alegremente en un duelo que está segura de ganar. George Sand sentía predilección por los jóvenes, por los hombres «femeninos»; en cambio, madame de Staël solo tardíamente buscó en sus amantes juventud y belleza: dominando a los hombres por el vigor de su espíritu, recibiendo con orgullo su admiración, apenas debía de sentirse una presa entre sus brazos. Una soberana como Catalina de Rusia podía incluso permitirse embriagueces masoquistas: en tales juegos, ella era la única dueña. Isabelle Ehberardt, que, vestida de hombre, recorrió el Sahara a caballo, no se estimaba en nada disminuida cuando se entregaba a algún vigoroso tirador. La mujer que no quiere ser vasalla del hombre está muy lejos de huirle siempre: más bien trata de convertirlo en instrumento de su placer. En circunstancias favorables -dependientes en gran parte de su pareja-, la idea misma de competencia quedará abolida; y ella se complacerá en vivir plenamente su condición de mujer lo mismo que el hombre vive su condición de tal.

Pero esa conciliación entre su personalidad activa y su papel de hembra pasiva es, a pesar de todo, mucho más difícil para ella que para el hombre; antes que agotarse en ese esfuerzo, habrá muchas mujeres que renunciarán a intentarlo. Entre los artistas y escritores del sexo femenino se cuentan numerosas lesbianas. No es que su singularidad sexual sea fuente de energía creadora o manifieste

159 Aux Yeux du Souvenir.

la existencia de esa energía superior, sino más bien que, absorbidas por una labor seria, no quieren perder el tiempo en representar un papel de mujer ni en luchar con los hombres. No admitiendo la superioridad masculina, no quieren fingir que la reconocen ni fatigarse en oponérsela; buscan en la voluptuosidad relajamiento, apaciguamiento, diversión: les interesa más alejarse de un socio que se presenta bajo la figura de un adversario, y así se liberan de las trabas que implica la feminidad. Bien entendido, será frecuentemente la naturaleza de sus experiencias heterosexuales la que decidirá a la mujer «viril» a optar por la asunción o el repudio de su sexo. El desdén masculino confirma a la fea en el sentimiento de su desgracia; la arrogancia de un amante herirá a la orgullosa. Todos los motivos de frigidez que hemos examinado: rencor, despecho, temor al embarazo, traumatismo provocado por el aborto, etc., vuelven a encontrarse aquí. Y adquieren tanto más peso cuanto la mujer aborda al hombre con más recelo.

Sin embargo, la homosexualidad no aparece siempre, cuando se trata de una mujer dominadora, como una solución enteramente satisfactoria; puesto que trata de afirmarse, le desagrada no realizar íntegramente sus posibilidades femeninas; las relaciones heterosexuales le parecen, a la vez, una disminución y un enriquecimiento; al repudiar las limitaciones implícitas en su sexo, resulta que se limita de otra manera. Así como la mujer frígida desea el placer al mismo tiempo que lo rechaza, la lesbiana querría ser con frecuencia una mujer normal y completa, aunque sin quererlo al mismo tiempo. Esta vacilación es notoria en el caso de la invertida estudiado por Stekel.

> Ya se ha visto que solamente le gustaban los chicos y que no quería «afeminarse». A los dieciséis años, estableció sus primeras relaciones con muchachas; sentía por ellas un profundo desprecio, lo cual dio inmediatamente a su erotismo un carácter sádico; a una compañera a la que respetaba, le hizo la corte apasionadamente, aunque de forma platónica: en cambio, experimentaba disgusto hacia aquellas a quienes poseía. Se enfrascó con rabia en difíciles estudios. Decepcionada por su primer gran amor sáfico, se entregó con frenesí a experiencias puramente sexuales y se dio a la bebida. A los diecisiete años, trabó conocimiento con un joven y se casó con él: pero consideró que él era su mujer; se vestía como un hombre y siguió bebiendo y estudiando. Primero tuvo vaginismo y el coito jamás provocó el orgasmo. Encontraba su postura «humillante», y era siempre ella quien adoptaba el papel agresivo y activo. Abandonó a su marido, pese a que «le amaba con locura», y reanudó sus relaciones con mujeres. Conoció a un artista al cual se entregó, pero también sin orgasmo. Su vida se dividía en períodos nítidamente diferenciados; durante algún tiempo, escribía, trabajaba como un creador y se sentía completamente varón; entonces se acostaba con mujeres, de manera episódica y sádicamente. Luego, tenía un período de hembra. Se hizo examinar, porque deseaba llegar al orgasmo.

La lesbiana podría consentir fácilmente en la pérdida de su feminidad si con ello adquiriese una triunfante virilidad. Pero no. Evidentemente, sigue privada de órgano viril; puede desflorar a su amiga con la mano o utilizar un pene artificial para imitar la posesión; no por ello es menos un castrado. Sucede que eso la hace sufrir profundamente. Inacabada en tanto que mujer, impotente en tanto que hombre, su malestar se traduce a veces en psicosis. Una paciente decía a Dalbiez[160]: «Si tuviese algo con que penetrar, la cosa marcharía mejor.» Otra deseaba que sus senos fuesen rígidos. A menudo la lesbiana tratará de compensar su inferioridad viril mediante la arrogancia y un exhibicionismo que, en realidad, manifiestan un desequilibrio interior. A veces logrará crear también con las otras mujeres un tipo de relaciones completamente análogas a las que sostiene con ellas un hombre «femenino» o un adolescente todavía no muy seguro en su virilidad. Uno de los casos más notables de semejante destino es el de «Sandor», con respecto al cual informa Krafft Ebbing. Por medio de ese sesgo, había alcanzado un perfecto equilibrio, que vino a destruir la intervención de la sociedad.

> Sarolta era originaria de una familia de nobles húngaros reputada por sus excentricidades. Su padre la hizo educar como si fuese un muchacho: montaba a caballo, cazaba, etc. Esa influencia se prolongó hasta los trece años, edad en la que la enviaron a un pensionado: se enamoró de una inglesita, fingió ser un muchacho y la raptó, Volvió a casa de su madre, pero muy pronto, con el nombre de «Sandor», vestida de muchacho, partió de viaje con su padre; practicaba deportes viriles, bebía y frecuentaba los burdeles. Se sentía particularmente atraída por las actrices o por las mujeres solas y que, en la medida de lo posible, hubiesen pasado ya la primera juventud; le gustaban verdaderamente «femeninas». «Adoraba -dice- la pasión femenina que se manifiesta bajo un velo poético. Toda desvergüenza por parte de una mujer me inspiraba repugnancia. Sentía una aversión invencible por los vestidos de mujer y, en general, por todo cuanto fuese femenino, pero exclusivamente sobre mí y en mí; porque el

160 La Méthode psychanalytique et la Doctrine freudienne.

> bello sexo, por el contrario, me entusiasmaba.» Tuvo numerosas relaciones con mujeres y gastó mucho dinero con ellas. Colaboraba, no obstante, en dos **{**424**}** grandes diarios de la capital. Vivió maritalmente durante tres años con una mujer diez años mayor que ella, y le costó Dios y ayuda hacerle aceptar una ruptura. Inspiraba violentas pasiones. Enamorada de una joven institutriz, se unió a ella en un simulacro de matrimonio: su novia y su familia política la tenían por hombre; su suegro había creído observar en su futuro yerno un miembro en erección (probablemente un príapo); se hacía afeitar para guardar las formas, pero la criada había encontrado en su ropa interior huellas de sangre menstrual, y, por el agujero de la cerradura, se convenció de que Sandor era una mujer. Desenmascarada, fue encarcelada, pero luego sobreseyeron su causa. Fue inmensa su pena al verse separada de su bienamada Marie, a quien escribía desde su celda las cartas más apasionadas. No tenía una conformación completamente femenina. La pelvis era muy estrecha, no tenía talle. Tenía desarrollados los senos, y las partes genitales eran totalmente femeninas, pero estaban imperfectamente desarrolladas. Sandor no había tenido la menstruación hasta los diecisiete años, y experimentaba verdadero horror ante el fenómeno menstrual. La idea de mantener relaciones sexuales con un hombre la espantaba; su pudor solo se había desarrollado con respecto a las mujeres, hasta el punto de que prefería compartir el lecho de un hombre que el de una mujer. Muy molesta cuando la trataban como mujer, fue presa de una verdadera angustia cuando tuvo que volver a ponerse vestidos femeninos. Se sentía «atraída por una fuerza magnética hacia las mujeres de veinticuatro a treinta años». Hallaba su satisfacción sexual exclusivamente acariciando a su amiga, nunca dejándose acariciar. Si se terciaba, se servía de una media rellena de estopa a modo de príapo. Detestaba a los hombres. Muy sensible a la estimación moral de los demás, poseía mucho talento literario, una gran cultura y una memoria colosal.

Sandor no ha sido psicoanalizada, pero de la simple exposición de los hechos destacan algunos puntos sobresalientes. Parece ser que, sin «protesta viril», de la manera más espontánea, siempre se consideró un hombre, gracias a la educación recibida y a la constitución de su organismo; la forma en que su padre la asoció a sus viajes y a su vida tuvo, evidentemente, una influencia decisiva; su virilidad estaba tan asegurada, que no manifestaba ninguna ambivalencia con respecto a las mujeres: las amaba como un hombre, sin sentirse comprometida por ellas; las amaba de un modo puramente dominador y activo, sin aceptar reciprocidad. Sin embargo, es chocante que «detestase a los hombres» y que le gustasen singularmente las mujeres maduras. Esto sugiere que Sandor podría sufrir con respecto a su madre un complejo de Edipo masculino; perpetuaba la actitud infantil de la niñita que, formando pareja con su madre, alimenta la esperanza de protegerla y dominarla algún día. Muy a menudo, cuando la niña se ha visto frustrada de la ternura materna, es cuando la necesidad de esa ternura la acosa durante toda su vida de adulta: criada por su padre, Sandor debió soñarse madre amante y querida, a la cual buscó después a través de otras mujeres; eso explica sus tremendos celos de otros hombres, celos ligados a su respeto, a su amor «poético» por mujeres «solas» y maduras que tenían a sus ojos un carácter sagrado. Su actitud era exactamente la de Rousseau con madame de Warens, la del joven Benjamín Constant con respecto a madame de Charrière: los adolescentes sensibles, «femeninos», también se vuelven hacia queridas maternales. Bajo figuras más o menos acusadas, se encuentra a menudo ese tipo de lesbiana que jamás se ha identificado con su madre -porque la admiraba o la detestaba demasiado-, pero que, negándose a ser mujer, anhela a su alrededor la dulzura de una protección femenina; del seno de esa cálida matriz puede emerger en el mundo con audacias de muchacho; se comporta como un hombre; pero, en tanto que hombre, tiene una fragilidad que le hace desear el amor de una amante mayor que ella; la pareja reproducirá la pareja heterosexual clásica: matrona y adolescente.

Los psicoanalistas han señalado la importancia de las relaciones sostenidas en otro tiempo por la homosexual con su madre. Hay dos casos en los cuales le cuesta trabajo a la adolescente escapar a su influjo: si ha sido ardientemente mimada por una madre llena de ansiedad, o si ha sido maltratada por una «mala madre» que le haya insuflado un profundo sentimiento de culpabilidad; en el primer caso, sus relaciones rayaban a menudo en la homosexualidad: dormían juntas, se acariciaban o se besaban los senos; la joven buscará esa misma dicha en otros brazos. En el segundo caso, experimentará una ardiente necesidad de una «buena madre» que la proteja contra la primera, que aparte la maldición que siente sobre su cabeza. Uno de los pacientes cuya historia cuenta Havelock Ellis y que había detestado a su madre durante toda su infancia, describe así el amor que experimentó a los dieciséis años por una mujer de más edad:

> Me sentía como una huérfana que de pronto adquiere una madre, y empecé a sentir menos hostilidad hacia las personas mayores, a experimentar respeto por ellas... Mi amor por ella era perfectamente puro y pensaba en ella como en una madre... Me gustaba que me tocase, y, a veces, me estrechaba entre sus brazos o dejaba que me sentase en sus rodillas... Cuando estaba acostada, venía a darme las buenas noches y me besaba en la boca.

Si la mayor se presta a ello, la menor se entregará llena de gozo a caricias más ardientes. Por lo general, asumirá el papel pasivo, porque desea ser dominada, protegida, acunada y acariciada como una niña. Que esas relaciones no pasen de ser platónicas o que se transformen en carnales, a menudo tienen el carácter de una verdadera pasión amorosa. Mas, por el hecho mismo de que aparecen en la evolución de la adolescente como una etapa clásica, no bastarían para explicar una decidida elección de la homosexualidad. La joven busca en ella, a la vez, una liberación y una seguridad que también podrá encontrar entre unos brazos masculinos. Pasado el período de entusiasmo amoroso, la menor experimentará frecuentemente con relación a la mayor el mismo sentimiento ambivalente que experimentaba con respecto a su madre; sufre su influencia y desea sustraerse a ella; si la otra se obstina en retenerla, permanecerá durante algún tiempo como su «prisionera»[161]; pero, después de escenas violentas o amistosamente, terminará por evadirse; habiendo culminado su adolescencia, se siente madura para afrontar una vida de mujer normal. Para que su vocación lesbiana se afirme, hace falta, o bien que -como Sandor- rechace su feminidad, o bien que su feminidad florezca de la manera más feliz entre brazos femeninos. Es decir, que el apego a la madre no basta para explicar la inversión. Y esta puede ser elegida por motivos completamente distintos. La mujer puede descubrir o presentir a través de experiencias completas o esbozadas que no extraerá ningún placer de las relaciones heterosexuales, y que únicamente otra mujer será capaz de satisfacerla plenamente: en particular, para la mujer que rinda culto a su femineidad, es el abrazo sáfico el que se revela más satisfactorio.

Es muy importante subrayarlo: no siempre es la negativa a convertirse en objeto lo que conduce a la mujer a la homosexualidad; la mayoría de las lesbianas, por el contrario, tratan de apropiarse los tesoros de su feminidad. Consentir en metamorfosearse en cosa pasiva no es renunciar a toda reivindicación subjetiva: la mujer espera así alcanzarse bajo la figura del en-sí; pero entonces tratará de recobrarse en su disimilitud. En la soledad, no logra realmente desdoblarse; aunque se acaricie el pecho, no sabe cómo se revelarían sus senos bajo una mano extraña, ni cómo se sentirían vivir bajo esa mano extraña; un hombre puede descubrirle la *existencia para sí* de su carne, pero no lo que es *para otro*. Solamente cuando sus dedos modelan el cuerpo de una mujer cuyos dedos modelan, a su vez, su propio cuerpo, solamente entonces se cumple el milagro del espejo. Entre el hombre y la mujer, el amor es un acto; cada uno de ellos, arrancado de sí mismo, deviene otro: lo que maravilla a la enamorada es que la languidez pasiva de su carne se refleje bajo la figura del ardor viril; pero en ese sexo erecto la narcisista no reconoce sino demasiado confusamente sus incentivos. Entre mujeres, el amor es contemplación; las caricias están destinadas menos a apropiarse de la otra que a recrearse lentamente a través de ella; la separación está abolida, no hay lucha, ni victoria, ni derrota; en una exacta reciprocidad, cada una es a la vez sujeto y objeto, soberana y esclava; la dualidad es complicidad. «La estrecha semejanza -dice Colette[162]- tranquiliza incluso a la voluptuosidad. La amiga se complace en la certidumbre de acariciar un cuerpo cuyos secretos conoce y del cual su propio cuerpo le indica las preferencias.» Y Renée Vivien:

Nuestro corazón es semejante en nuestro seno de mujer,
¡Oh, querida mía! De forma parecida está hecho nuestro cuerpo.
Un mismo destino cruel ha pesado sobre nuestra alma.
Yo traduzco tu sonrisa y la sombra que oscurece tu faz.
Mi dulzura es igual a tu gran dulzura.
Incluso a veces nos parece ser de la misma raza.
Amo en ti a mi hija, a mi amiga y a mi hermana[163].

Ese desdoblamiento puede adoptar una figura maternal; la madre que se reconoce y se enajena en su hija siente a menudo por ella un apego sexual; el gusto de proteger y acunar en sus brazos un tierno objeto de carne le es común con la lesbiana. Colette subraya esta analogía cuando escribe en Les vrilles de la vigne:

Me darás la voluptuosidad, inclinada sobre mí, con los
ojos cuajados de maternal ansiedad, tú que buscas, a través
de tu alma apasionada, el hijo que no has tenido.

Y Renée Vivien expresa el mismo sentimiento:

Ven, te llevaré como a una niña enferma,

161 Como en la novela Trío, de DOROTHY BAKER, que, por lo demás, es muy superficial.
162 Ces plaisirs...
163 Sortilèges...

como a una niña quejumbrosa y temerosa y enferma.
Entre mis brazos nerviosos, estrecho tu cuerpo leve.
Verás que sé curar y proteger,
y que mis brazos están hechos para protegerte mejor[164].

Y agrega:

Te amo por ser débil y estar entre mis brazos sosegada,
como una tibia cuna donde reposases.

En todo amor -amor sexual o amor maternal- hay a la vez avaricia y generosidad, deseo de poseer al otro y de dárselo todo; pero, en la medida en que ambas son narcisistas y acarician en el niño, en la amante, su prolongación o su reflejo, en esa medida la madre y la lesbiana coinciden singularmente.

Sin embargo, el narcisismo tampoco conduce siempre a la homosexualidad: el ejemplo de Marie Bashkirtseff lo prueba; no se halla en sus escritos la menor huella de un sentimiento afectuoso con respecto a una mujer; cerebral antes que sensual, extremadamente vanidosa, sueña desde la infancia con ser valorada por el hombre: no le interesa nada, excepto lo que pueda contribuir a su gloria. La mujer que se idolatra exclusivamente a sí misma y que apunta a un logro abstracto es incapaz de una cálida complicidad con respecto a otras mujeres; no ve en ellas más que rivales y enemigas.

En verdad, ningún factor es jamás determinante; siempre se trata de una opción efectuada en el corazón de un conjunto complejo y que descansa en una libre decisión; ningún destino sexual rige la vida del individuo: su erotismo traduce, por el contrario, su actitud global con respecto a la existencia.

Las circunstancias, sin embargo, tienen también en esta opción parte importante. Todavía hoy los dos sexos viven en gran parte separados: en los pensionados, en las escuelas femeninas, se resbala fácilmente de la intimidad a la sexualidad; hay muchas menos lesbianas en los medios en que la camaradería entre chicos y chicas facilita las experiencias heterosexuales. Multitud de mujeres que trabajan en talleres y oficinas entre mujeres, y que tienen pocas ocasiones de frecuentar el trato con hombres, establecerán entre ellas amistades amorosas: material y moralmente, les será cómodo asociar sus vidas. La ausencia o el fracaso de relaciones heterosexuales las destinará a la inversión. Resulta difícil trazar un límite entre la resignación y la predilección: una mujer puede consagrarse a las mujeres porque el hombre la haya decepcionado, pero también a veces éste la decepciona porque ella buscaba en él una mujer. Por todas estas razones, es falso establecer una distinción radical entre la heterosexual y la homosexual. Pasado el tiempo indeciso de la adolescencia, el varón normal no vuelve a permitirse ninguna extravagancia pederasta; pero la mujer normal vuelve con frecuencia a los amores que -platónicamente o no- han encantado su juventud. Decepcionada por el hombre, buscará en brazos femeninos al amante que la ha traicionado. Colette ha indicado en La vagabonde ese papel consolador que representan a menudo en la vida de las mujeres las voluptuosidades condenadas: y sucede que algunas se pasan la vida entera consolándose. Hasta una mujer colmada de abrazos masculinos puede no desdeñar voluptuosidades más sosegadas. Pasiva y sensual, las caricias de una amiga no la desagradarán, porque así no tendrá más que abandonarse, dejarse colmar. Activa y ardiente, aparecerá como una «andrógina», no por una misteriosa combinación de hormonas, sino por el solo hecho de que se consideran la agresividad y el gusto de la posesión como cualidades viriles; Claudine, enamorada de Renaud, no por ello codicia menos los encantos de Rézi; es plenamente mujer, sin dejar por ello de anhelar ella también, tomar y acariciar. Bien entendido, entre las «mujeres honestas» esos deseos «perversos» son escrupulosamente rechazados; no obstante, se manifiestan bajo la forma de amistades puras, pero apasionadas, o bajo la tapadera de la ternura maternal; algunas veces se descubren clamorosamente en el curso de una psicosis o durante la crisis de la menopausia.

Con mucho más motivo, resulta vano pretender clasificar a las lesbianas en dos categorías tajantes. Por el hecho de que una comedia social se superpone a menudo a sus verdaderas relaciones, complaciéndose en simular una pareja bisexuada, ellas mismas sugieren la división en «viriles» y «femeninas». Pero el que una lleve un severo traje sastre y la otra se ponga un vestido vaporoso, no debe inducir a engaño. Examinando la cuestión más de cerca, se advierte que -salvo en casos extremos- su sexualidad es ambigua. La mujer que se hace lesbiana porque rechaza la dominación masculina, saborea frecuentemente el gozo de reconocer en otra a la misma orgullosa amazona; antaño florecieron muchos amores culpables entre las estudiantes de Sèvres, que vivían juntas lejos de los hombres; estaban orgullosas de pertenecer a una elite femenina y querían permanecer como

[164] L'heure des mains joints.

sujetos autónomos; esta complejidad, que las reunía contra la casta privilegiada, permitía que cada una de ellas admirase en una amiga a aquel ser prestigioso que acariciaba en sí misma; al abrazarse mutuamente, cada una era a la vez hombre y mujer y estaba encantada de sus virtudes andróginas. De manera inversa, una mujer que quiere gozar su feminidad en brazos femeninos, conoce también el orgullo de no obedecer a ningún amo. Renée Vivien amaba ardientemente la belleza femenina y ella misma se quería bella; se adornaba, estaba orgullosa de su larga cabellera; pero también le agradaba sentirse libre, intacta; en sus poemas, expresa su desprecio con respecto a aquellas que, a través del matrimonio, consienten en convertirse en siervas de un hombre. Su afición a los licores fuertes, su lenguaje a veces indecente, ponían de manifiesto su deseo de virilidad. De hecho, en la inmensa mayoría de las parejas las caricias son recíprocas. De ello se deduce que los papeles se distribuyen de manera muy incierta: la mujer más infantil puede representar el personaje de una adolescente frente a una matrona protectora, o el de la querida apoyada en el brazo del amante. Pueden amarse en la igualdad. Puesto que las compañeras son homólogas, todas las combinaciones, transposiciones, cambios y comedias son posibles. Las relaciones se equilibran según las tendencias psicológicas de rada una de las amigas y de acuerdo con el conjunto de la situación. Si hay una de ellas que ayuda o mantiene a la otra, asume las funciones del varón: tiránico protector, víctima a quien se explota, soberano respetado y a veces hasta chulo **{**432**}**; una superioridad moral, social e intelectual le conferirá frecuentemente autoridad; sin embargo, la más amada gozará los privilegios de que la reviste la apasionada adhesión de la más amante. Al igual que la de un hombre y una mujer, la asociación de dos mujeres adopta multitud de figuras diferentes; se funda en el sentimiento, el interés o la costumbre; es conyugal o novelesca; da cabida al sadismo, al masoquismo, a la generosidad, a la fidelidad, a la abnegación, al capricho, al egoísmo, a la traición; entre las lesbianas hay prostitutas y también grandes enamoradas.

Sin embargo, ciertas circunstancias prestan características singulares a esas relaciones. No están consagradas por ninguna institución ni por las costumbres, ni reglamentadas por convenciones: por eso mismo se viven con más sinceridad.

Hombre y mujer -aunque sean esposos- se hallan más o menos en representación uno delante del otro, sobre todo la mujer, a quien el varón siempre impone alguna consigna: virtud ejemplar, encanto, coquetería, infantilismo o austeridad; en presencia del marido o del amante, jamás se siente del todo ella misma; al lado de una amiga, no alardea, no tiene que fingir, son demasiado semejantes para no mostrarse al descubierto. Esa similitud engendra la más completa intimidad. El erotismo, a menudo, no tiene más que una parte asaz pequeña en tales uniones; la voluptuosidad tiene un carácter menos fulminante, menos vertiginoso que entre hombre y mujer, y no produce metamorfosis tan trastornadoras; pero, una vez que los amantes han desunido su carne, vuelven a ser extraños el uno para el otro; incluso el cuerpo masculino le parece repulsivo a la mujer; y el hombre experimenta a veces una suerte de insípido hastío ante el de su compañera; entre mujeres, la ternura carnal es más uniforme, más continuada; no son arrebatadas a éxtasis frenéticos, pero jamás caen en una indiferencia hostil; verse, tocarse, es un tranquilo placer que prolonga con sordina el del lecho. La unión de Sarah Posonby con su bienamada duró cerca de cincuenta años sin una nube: parece que ambas supieron crearse un apacible edén al margen del mundo. Pero la sinceridad también se paga. Como se muestran al descubierto, sin la preocupación de dominarse ni disimular, las mujeres se incitan entre ellas a violencias inauditas.

El hombre y la mujer se intimidan por el hecho de que son diferentes: ante ella experimenta él piedad, inquietud; se esfuerza por tratarla con cortesía, indulgencia y circunspección; ella, a su vez, le respeta y le teme un poco, y procura dominarse en su presencia; cada cual procura disculpar al otro misterioso, cuyos sentimientos y reacciones mide mal. Las mujeres son implacables entre ellas; se engañan, se provocan, se persiguen, se encarnizan y se arrastran mutuamente al fondo de la abyección. La calma masculina -ya sea indiferencia o dominio de sí mismo- es un dique contra el que se estrellan las escenas femeninas; pero entre dos amigas hay puja de lágrimas y convulsiones; su paciencia para reiterarse reproches y explicaciones es insaciable. Exigencias, recriminaciones, celos, tiranía, todas estas plagas de la vida conyugal se desencadenan bajo una forma exacerbada. Si tales amores son a menudo tempestuosos, es porque también están ordinariamente más amenazados que los amores heterosexuales. Son censurados por la sociedad y difícilmente logran integrarse en la misma.

La mujer que asume la actitud viril -por su carácter, su situación, la fuerza de su pasión- lamentará no proporcionar a su amiga una existencia normal y respetable, no poder casarse con ella, arrastrarla por caminos insólitos: esos son los sentimientos que, en Le puits de solitude, Radcliffe Hall atribuye a su heroína; esos remordimientos se traducen en una ansiedad morbosa y, sobre todo, en unos celos torturantes. Por su parte, la amiga más pasiva o menos enamorada sufrirá, en efecto, a causa de las censuras de la sociedad; se considerará degradada, pervertida, frustrada, y sentirá rencor contra

aquella que le impone semejante suerte. Puede suceder que una de las dos mujeres desee tener un hijo; o bien se resigna con tristeza a su esterilidad, o ambas adoptan un niño, o bien la que desea la maternidad solicita los servicios de un hombre; el niño es a veces un lazo de unión y a veces una nueva fuente de fricción.

Lo que da un carácter viril a las mujeres encerradas en la homosexualidad no es su vida erótica, que, por el contrario, las confina en un universo femenino, sino el conjunto de responsabilidades que se ven obligadas a asumir por el hecho de pasarse sin los hombres. Su situación es inversa a la de la cortesana, que a veces adquiere un espíritu viril a fuerza de vivir entre varones -tal Ninon de Lenclos-, pero que depende de ellos. La singular atmósfera que reina en torno a las lesbianas proviene del contraste entre el clima de gineceo en que se desenvuelve su vida privada y la independencia masculina de su existencia pública. Se conducen como hombres en un mundo sin hombre. La mujer sola siempre parece un poco insólita; no es verdad que los hombres respeten a las mujeres: se respetan unos a otros a través de sus mujeres -esposas, amantes, entretenidas-; cuando la protección masculina deja de extenderse sobre ella, la mujer se encuentra desarmada ante una casta superior que se muestra agresiva, sarcástica u hostil. En tanto que «perversión erótica», la homosexualidad femenina más bien hace sonreír; pero, en tanto implique un modo de vivir, suscita desprecio o escándalo. Si hay mucho de provocación y de afectación en la actitud de las lesbianas, es porque no tienen medio alguno para vivir su situación con naturalidad: lo natural implica que no se reflexione sobre uno mismo, que se actúe sin representar los propios actos; pero las actitudes de los demás llevan a la lesbiana sin cesar a tomar conciencia de sí misma. Solo si tiene bastante edad o goza de gran prestigio social, podrá seguir su camino con tranquila indiferencia.

Resulta difícil decretar, por ejemplo, si es por gusto o como reacción defensiva por lo que ella se viste tan a menudo de manera masculina. Ciertamente, hay en ello, en gran parte, una elección espontánea. No hay nada menos natural que vestirse de mujer; sin duda, la ropa masculina también es artificial, pero es más cómoda y más sencilla; está hecha para favorecer la acción en lugar de entorpecerla; George Sand e Isabelle Ehberardt llevaban trajes de hombre; en su último libro, Thyde Monnier proclama su predilección por el uso del pantalón; a toda mujer activa le gustan los tacones bajos y los tejidos fuertes. El sentido de la toilette femenina es manifiesto: se trata de «adornarse», y adornarse es ofrecerse; las feministas heterosexuales se mostraron antaño, sobre este punto, tan intransigentes como las lesbianas: rehusaban convertirse en una mercancía que se exhibe y adoptaron el uso de trajes sastre y sombreros de fieltro; los vestidos adornados, escotados, les parecían el símbolo del orden social que combatían. Hoy han logrado dominar la realidad, y el símbolo tiene a sus ojos menos importancia. Para la lesbiana, sin embargo, todavía la tiene en la medida en que ella se siente todavía ente reivindicante. Sucede también -si determinadas particularidades físicas han motivado su vocación- que la indumentaria austera le siente mejor.

Hay que añadir que uno de los papeles representados por el adorno consiste en satisfacer la sensualidad aprehensora de la mujer; pero la lesbiana desdeña los consuelos del terciopelo y de la seda: al igual que a Sandor, le gustarán en sus amigas, o el cuerpo mismo de su amiga ocupará su lugar. También por esta razón la lesbiana gusta a menudo de ingerir bebidas secas, fumar tabaco fuerte, hablar un lenguaje rudo, imponerse ejercicios violentos: eróticamente, comparte la suavidad femenina, y, por contraste, gusta de un clima sin insipidez. Por esa inclinación, puede llegar a disfrutar con la compañía de los hombres. Pero aquí interviene un nuevo factor: las relaciones frecuentemente ambiguas que sostiene con ellos. Una mujer muy segura de su virilidad solo querrá hombres como amigos y camaradas: esta seguridad apenas se encuentra nada más que en aquella que tenga con ellos intereses comunes, que -en los negocios, la acción o el arte- trabaje y triunfe como uno de ellos. Cuando Gertrude Stein recibía a sus amigos, solo conversaba con los hombres y dejaba a Alice Toklas el cuidado de entretener a sus amigas[165]. Será con las mujeres con quienes la homosexual muy viril observará una actitud ambivalente: las desprecia, pero ante ellas tiene un complejo de inferioridad tanto en cuanto mujer como en cuanto hombre; teme parecerles una mujer frustrada, un hombre inacabado, lo cual la lleva a ostentar una superioridad altiva o a manifestar hacia ellas -como la invertida de Stekel- una agresividad sádica. Pero este caso es bastante raro. Ya se ha visto que la mayoría de las lesbianas rechazan al hombre con reticencia: hay en ellas, como en la mujer frígida, repugnancia, rencor, timidez, orgullo; no se sienten realmente semejantes a ellos; a su rencor femenino se añade un complejo de inferioridad viril; son rivales mejor armados para seducir, poseer y conservar la presa; detestan ellas ese poder del hombre sobre las mujeres, detestan la «mancilla» que hacen sufrir a la mujer. También las irrita ver que ellos ejercen los privilegios sociales y el sentirles más fuertes que ellas: es una hiriente humillación no poder batirse con un rival, saberle capaz de derribarnos de un puñetazo. Esta compleja hostilidad es una de las

[165]Una heterosexual que crea -o quiera persuadirse de ello- que por su valía trasciende la diferencia de los sexos, observará de buen grado la misma actitud: tal fue el caso de madame de Staël.

razones que lleva a algunas homosexuales a exhibirse; solo tienen trato entre ellas; forman una especie de clubs, para manifestar que no tienen necesidad de los hombres, ni social ni sexualmente. De ahí se resbala fácilmente a inútiles fanfarronadas y a todas las comedias de la inautenticidad. La lesbiana juega primero a ser hombre; después, ser lesbiana también se convierte en un juego; el disfraz se torna librea; y la mujer, so pretexto de sustraerse a la opresión del varón, se hace esclava de su personaje; no ha querido encerrarse en la situación de mujer y se encarcela en la de lesbiana. Nada ofrece peor impresión de estrechez de espíritu y de mutilación que esos clanes de mujeres manumitidas. Hay que añadir que muchas mujeres solo se declaran homosexuales por interesada complacencia: adoptan de manera aún más consciente aires equívocos, esperando incitar a los hombres que gustan de las «viciosas». Estas ruidosas celadoras -que son evidentemente las que más se hacen notar- contribuyen a desacreditar lo que la opinión considera como un vicio y una pose.

En verdad, la homosexualidad no es ni una perversión deliberada ni una maldición fatal[166]. Es una actitud elegida en situación, es decir, a la vez motivada y libremente adoptada. Ninguno de los factores que el sujeto asume con esta elección -datos fisiológicos, historia psicológica, circunstancias sociales- es determinante, aunque todos contribuyen a explicarla. Para la mujer, esa es una manera, entre otras, de resolver los problemas planteados por su condición en general y por su situación erótica en particular. Como todas las actitudes humanas, irá acompañada de comedias, desequilibrios, fracasos, mentiras, o bien, por el contrario, será fuente de fecundas experiencias, según sea vivida de mala fe, en la pereza y la inautenticidad, o en la lucidez, la generosidad y la libertad.

[166] Le puits de solitude presenta una heroína marcada por una fatalidad psicofisiológica. Pero el valor documental de esa novela es muy tenue, a. despecho de la reputación que ha conocido.

EL SEGUNDO SEXO II.
(Le deuxième sexe II).

¡Qué desdicha ser mujer! Y, sin embargo, cuando
se es mujer, la peor desgracia, en el fondo,
consiste en no comprender que se es.
KIERKEGAARD.

Mitad víctimas, mitad cómplices, como todo
el mundo.
J. P. SARTRE.

PARTE PRIMERA.

SITUACIÓN.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA MUJER CASADA.

El destino que la sociedad propone tradicionalmente a la mujer es el matrimonio. La mayor parte de las mujeres, todavía hoy, están casadas, lo han estado, se disponen a estarlo o sufren por no estarlo. La soltera se define con relación al matrimonio, ya sea una mujer frustrada, sublevada o incluso indiferente con respecto a esa institución. Así, pues, tendremos que proseguir este estudio mediante el análisis del matrimonio.

La evolución económica de la condición femenina está en camino de trastornar la institución del matrimonio, que se convierte en una unión libremente consentida entre dos individualidades autónomas; los compromisos de los cónyuges son personales y recíprocos; el adulterio es para ambas partes una denuncia del contrato; el divorcio puede ser obtenido por una y otra parte en las mismas condiciones. La mujer ya no está acantonada en su función reproductora: esta ha perdido en gran parte su carácter de servidumbre natural y se presenta como una carga voluntariamente asumida; además, está asimilada a un trabajo productivo, puesto que en muchos casos el tiempo de reposo que exige un embarazo debe serle pagado a la madre por el Estado o por el empresario. En la URSS el matrimonio apareció durante algunos años como un contrato interindividual, que descansaba en la sola libertad de los esposos; hoy parece ser un servicio que el Estado impone a ambos. El que una u otra tendencia se imponga en el mundo de mañana depende de la estructura general de la sociedad: pero, en todo caso, la tutela masculina está en vía de desaparición. Sin embargo, la época que vivimos es todavía, desde el punto de vista feminista, un período de transición. Solamente una parte de las mujeres participa en la producción, y aun esas pertenecen a una sociedad en la que perviven antiguas estructuras, antiguos valores. El matrimonio moderno no puede comprenderse más que a la luz del pasado que perpetúa.

El matrimonio siempre se ha presentado de manera radicalmente diferente para el hombre y para la mujer. Los dos sexos son necesarios el uno para el otro, pero esa necesidad jamás ha engendrado reciprocidad entre ellos; nunca han constituido las mujeres una casta que estableciese intercambios y contratos con la casta masculina sobre un pie de igualdad. Socialmente, el hombre es un individuo autónomo y completo; ante todo, es considerado como productor, y su existencia está justificada por el trabajo que proporciona a la colectividad; ya se ha visto por qué razones el papel reproductor y doméstico en el cual se halla encerrada la mujer no le ha garantizado una dignidad igual, Es cierto que el hombre la necesita; en algunos pueblos primitivos sucede que el soltero, incapaz de asegurarse la subsistencia por sí solo, es una especie de paria; en las comunidades agrícolas, una colaboradora le es indispensable al campesino; y para la mayoría de los hombres resulta ventajoso

descargar sobre una compañera ciertas faenas penosas; el individuo desea una vida sexual estable, anhela una posteridad, y la sociedad le exige que contribuya a perpetuarla. Pero no es a la mujer misma a quien el hombre hace un llamamiento: es la sociedad de los hombres la que permite a cada uno de sus miembros que se realice como esposo y como padre; integrada en tanto que esclava o vasalla a los grupos familiares que dominan padres y hermanos, la mujer siempre ha sido dada en matrimonio a unos hombres por otros hombres. Primitivamente, el clan, la gens paterna, disponen de ella como si fuese poco menos que una cosa: forma parte de las prestaciones que dos grupos se consienten mutuamente; su condición no ha sido profundamente modificada cuando el matrimonio ha revestido, en el curso de su evolución[167], una forma contractual; dotada o percibiendo su parte de herencia, la mujer aparece como una persona civil: pero dote y herencia la someten aún a su familia; durante mucho tiempo, los contratos fueron firmados entre el suegro y el yerno, no entre marido y mujer; únicamente la viuda gozaba entonces de autonomía económica[168]. La libertad de elección de la joven ha sido siempre muy restringida; y el celibato -salvo en los casos excepcionales en que reviste un carácter sagrado- la rebaja a la condición de parásito y de paria; el matrimonio es su único medio de ganarse la vida y la exclusiva justificación social de su existencia. Se le impone a doble título: debe dar hijos a la comunidad; pero son raros lo casos en que -como en Esparta y en cierta medida bajo el régimen nazi- el Estado la toma directamente bajo su tutela y solo le pide que sea madre. Incluso las civilizaciones que ignoran el papel generador del padre, exigen que se halle bajo la protección de un marido; también tiene la función de satisfacer las necesidades sexuales de un hombre y cuidar de su hogar. La carga que le impone la sociedad es considerada como un servicio prestado al esposo, el cual, a su vez, debe a su esposa regalos o una viudedad y se compromete a mantenerla; a través de él la comunidad cumple sus deberes con respecto a la mujer que le destina. Los derechos que la esposa adquiere al cumplir sus deberes se traducen en obligaciones a las cuales está sometido el varón. Este no puede romper a su antojo el vínculo conyugal; la repudiación y el divorcio solo se obtienen mediante una decisión de los poderes públicos, y algunas veces el marido debe entonces una compensación monetaria: su uso se hizo incluso abusivo en el Egipto de Boccoris, como sucede hoy en Estados Unidos bajo la forma de alimony. La poligamia siempre ha sido más o menos abiertamente tolerada: el hombre puede llevar a su lecho esclavas, cortesanas, concubinas, queridas, prostitutas; pero está obligado a respetar ciertos privilegios de su legítima esposa. Si esta se ve maltratada o perjudicada, tiene el recurso -más o menos concretamente garantizado- de volver con su familia y obtener la separación o el divorcio. Así, pues, para ambos cónyuges el matrimonio es a la vez una carga y un beneficio; pero no existe simetría en sus respectivas situaciones; para las jóvenes, el matrimonio es el único medio de integrarse en la colectividad, y si se quedan solteras, son consideradas socialmente como desechos. Por eso las madres han buscado siempre con tanto ahínco casar a sus hijas. En el siglo pasado, en el seno de la burguesía, apenas eran consultadas. Se les ofrecía a eventuales pretendientes en el curso de «entrevistas» previamente concertadas. Zola ha descrito esta costumbre en Pot-Bouille:

-Fallado; ha fallado -dijo la señora Josserand, dejándose caer en su silla-.

-Ah -dijo simplemente el señor Josserand-.

-Pero ¿es que no lo comprendéis? -continuó la señora Josserand con voz aguda-. Os digo que es otro matrimonio al garete. ¡Y es el cuarto que falla! -la señora Josserand se levantó y se dirigió hacia donde estaba su hija-: ¿Lo oyes? ¿Cómo te las has arreglado para estropear también esta oportunidad de matrimonio?

Berthe comprendió que había llegado su turno.

-No lo sé, mamá -murmuró-.

-Un subjefe de negociado -prosiguió su madre-; con menos de treinta años y un porvenir soberbio. Eso supone dinero todos los meses; es una cosa sólida, y eso es lo que verdaderamente importa... ¿Acaso has cometido alguna tontería, como con los otros?

-Te aseguro que no, mamá.

-Mientras bailabais, pasasteis a la salita.

Berthe se turbó.

---

167 Esta evolución se ha producido de manera discontinua. Se ha repetido en Egipto, en Roma, en la civilización moderna; véase volumen I, «Historia».
168 De donde el carácter singular de la viuda joven en la literatura erótica.

-Sí, mamá... Y, como estábamos solos, quiso hacer cosas feas; me abrazó, cogiéndome así... Entonces tuve miedo y le empujé contra un mueble.

Su madre la interrumpió, presa nuevamente de furor:

-¡Lo empujó contra un mueble! ¡Ah! ¡Desdichada! ¡Lo empujó contra un mueble!

-Pero, mamá, me tenía abrazada...

-¿Y qué? Te tenía abrazada... ¡Qué cosas! Meta usted a estas zoquetes en un pensionado... Pero ¿qué es lo que os enseñan allí, vamos a ver? ¡Por un beso detrás de una puerta! ¿Acaso tendríais que hablarnos de eso a nosotros, vuestros padres? ¡Y empujáis a la gente contra un mueble, y echáis a perder matrimonios!

Adoptó un aire doctoral y continuó:

-Se acabó. Pierdo la esperanza, hija mía; eres tonta de remate... Cuando se carece de fortuna, hay que comprender que es preciso tomar a los hombres por otra cosa. Se es amable con ellos, se ponen ojos tiernos, se olvida la mano, se permiten chiquilladas sin parecer que se permiten; en fin, se pesca un marido... Y lo que me enciende la sangre es que no está demasiado mal cuando se lo propone -continuó la señora Josserand-. Veamos, enjúgate los ojos, mírame como si yo fuese un señor que te hiciese la corte. Mira, dejas caer el abanico para que el señor, al recogerlo, te roce los dedos... Y no estés tensa, da flexibilidad al talle. A los hombres no les gustan los tablones. Y, sobre todo, aunque vaya demasiado lejos, no cometas estupideces. Un hombre que va demasiado lejos está inflamado, querida.

Dieron las dos en el reloj del salón; en la excitación de aquella prolongada velada, en su furioso deseo de un matrimonio inmediato, la madre se olvidaba de todo y expresaba sus pensamientos en voz alta, dando vueltas y más vueltas a su hija, como si fuese una muñeca de cartón. La joven, desmadejada, sin voluntad, se abandonaba, pero tenía el corazón oprimido, y el temor y la vergüenza le apretaban la garganta...

Así, pues, la joven aparece como absolutamente pasiva; sus padres la casan, la dan en matrimonio. Los muchachos se casan, toman a la mujer. Buscan en el matrimonio una expansión, una confirmación de su existencia, pero no el derecho mismo de existir; es una carga que asumen libremente. Por consiguiente, pueden interrogarse sobre sus ventajas y sus inconvenientes, como hicieran los satíricos griegos y los de la Edad Media; para ellos no es más que un modo de vivir, no un destino. Les está permitido preferir la soledad del celibato; algunos se casan tarde o no se casan.

La mujer, al casarse, recibe como feudo una parcela del mundo; garantías legales la defienden contra los caprichos del hombre; pero se convierte en su vasalla. El jefe de la comunidad, económicamente, es él, y, por tanto, él es quien la encarna a los ojos de la sociedad. En Francia, ella toma el nombre del marido, es asociada a su culto, integrada en su clase, en su medio; pertenece a la familia de él, se convierte en su «mitad». Le sigue allí adonde su trabajo le llama: precisamente, el domicilio conyugal estará en función del sitio donde él ejerza su profesión; más o menos brutalmente, rompe con su pasado y es anexionada al universo de su esposo; le entrega su persona: le debe su virginidad y una rigurosa fidelidad. Pierde una parte de los derechos que el Código reconoce a la soltera. La legislación romana colocaba a la mujer en manos del marido, loco filiae, en los inicios del siglo XIX, Bonald declaraba que la mujer es a su esposo lo que el niño es a la madre; hasta la ley de 1942, el Código francés exigía de ella obediencia al marido; la ley y las costumbres todavía confieren a este una gran autoridad, que está implícita en su situación en el seno de la sociedad conyugal. Puesto que él es el productor, él es quien supera el interés de la familia hacia el de la sociedad y quien le abre un porvenir cooperando a la edificación del porvenir colectivo: es él quien encarna la trascendencia. La mujer está destinada a la conservación de la especie y al mantenimiento del hogar, es decir, a la inmanencia[169]. En verdad, toda existencia humana es trascendencia e inmanencia a la vez; para superarse exige conservarse, para lanzarse hacia el porvenir necesita integrar el pasado y, sin dejar de comunicarse con otro, debe confirmarse en sí misma. Estos dos momentos están implícitos en todo movimiento vivo: al hombre, el matrimonio le permite precisamente la feliz síntesis de ambos; en su trabajo, en su vida política, conoce el cambio, el progreso, experimenta su dispersión a través del tiempo y el universo; y cuando está cansado de ese vagabundeo, funda un hogar, se fija en un lugar,

[169] Véase volumen I. Esta tesis se encuentra en San Pablo, los Padres de la Iglesia, Rousseau, Proudhon, Auguste Comte, D. H. Lawrence, etc.

se ancla en el mundo; por la noche, se recoge en la casa donde su mujer cuida de los muebles y de los niños, del pasado que ella almacena. Pero ella no tiene más tarea que mantener y conservar la vida en su pura e idéntica generalidad; ella perpetúa la especie inmutable, asegura el ritmo igual de las jornadas y la permanencia del hogar, cuyas puertas mantiene cerradas; no se le otorga ninguna influencia directa sobre el porvenir ni sobre el universo; no se supera hacia la colectividad sino por mediación del marido.

El matrimonio conserva hoy gran parte de esa figura tradicional. Y, en primer lugar, se impone mucho más imperiosamente a la joven que al joven. Todavía hay importantes capas sociales en las cuales no se le ofrece ninguna otra perspectiva; entre los campesinos, la soltera es una paria; no deja de ser la criada de su padre, de sus hermanos, de su cuñado; el éxodo hacia las ciudades apenas le es posible; al someterla a un hombre, el matrimonio la hace dueña de un hogar. En ciertos medios burgueses, todavía se deja a la joven en la incapacidad de ganarse la vida; no puede hacer otra cosa sino vegetar como un parásito en el hogar paterno o aceptar en un hogar extraño una posición subalterna. Aun en el caso de que esté más emancipada, el privilegio económico detentado por los varones la obliga a preferir el matrimonio a un oficio: buscará un marido cuya situación sea superior a la suya y en la que espera que él «llegará» más rápidamente y más lejos de lo que ella sería capaz. Se admite, como en otro tiempo, que el acto amoroso, por parte de la mujer, es un servicio que presta al hombre; este toma su placer, y, a cambio, le debe una compensación. El cuerpo de la mujer es un objeto que se compra; para ella, representa un capital que está autorizada a explotar. En ocasiones aporta una dote al esposo; a menudo se compromete a proporcionar cierto trabajo doméstico: conservará la casa, cuidará de los niños. En todo caso, tiene derecho a dejarse mantener, e incluso la moral tradicional la exhorta a ello. Es natural que se sienta tentada por esta facilidad, tanto más cuanto que los oficios femeninos son frecuentemente ingratos y están mal remunerados; el matrimonio es una carrera más ventajosa que otras muchas. Las costumbres dificultan todavía la manumisión sexual de la soltera; en Francia, el adulterio de la esposa ha sido hasta nuestros días un delito, en tanto que ninguna ley prohibía a la mujer el amor libre; no obstante, si quería tomar un amante, era preciso que antes contrajese matrimonio. Multitud de jóvenes burguesas severamente educadas se casan todavía hoy «para estar libres». Un número bastante elevado de norteamericanas han conquistado su libertad sexual; pero sus experiencias se asemejan a las de los jóvenes primitivos descritos por Malinowsky, quienes en La casa de los solteros gustan placeres sin consecuencias; se espera de ellos que contraigan matrimonio, y solamente entonces se les considera plenamente como adultos. Una mujer sola, en Norteamérica aún más que en Francia, es un ser socialmente incompleto, aunque se gane la vida por sí misma; necesita una alianza en el dedo para conquistar la dignidad íntegra de una persona y la plenitud de sus derechos. En particular, la maternidad solo es respetada en la mujer casada; la madre soltera sigue siendo piedra de escándalo, y su hijo representa para ella un pesado handicap. Por todas estas razones, muchas adolescentes del Viejo y del Nuevo Mundo, al ser interrogadas sobre sus proyectos respecto al futuro, responden hoy como lo habrían hecho en otro tiempo: «Quiero casarme.» Ningún joven, en cambio, considera al matrimonio como su proyecto fundamental. El éxito económico será el que le dé su dignidad de adulto: ello puede implicar el matrimonio -en particular para el campesino-, pero también puede excluirlo. Las condiciones de la vida moderna -menos estable, más incierta que antes- hacen singularmente pesadas las cargas del matrimonio para el joven; los beneficios, por el contrario, han disminuido, puesto que puede fácilmente subvenir a su mantenimiento por sí mismo y puesto que las satisfacciones sexuales le son, en general, posibles. Sin duda, el matrimonio comporta comodidades materiales -«se come mejor en casa que en el restaurante»- y comodidades eróticas -«así tiene uno el burdel en casa»-; libera al individuo de su soledad, le fija en el espacio y el tiempo al darle un hogar, hijos; es una realización definitiva de su existencia. Ello no impide que, en conjunto, las exigencias masculinas sean inferiores a los ofrecimientos femeninos. Lo que hace el padre es desembarazarse de su hija más que darla; la joven que busca marido, no responde a un llamamiento masculino: lo provoca.

Los matrimonios concertados no han desaparecido; hay toda una burguesía calculadora que los perpetúa. En torno a la tumba de Napoleón, en la Opera, en el baile, en cualquier playa, en un salón de té, la aspirante de cabellos recién alisados y vestida con sus mejores galas, exhibe tímidamente sus gracias físicas y su conversación modesta; sus padres la atosigan: «Ya me has costado bastante en entrevistas; decídete. La próxima vez le tocará a tu hermana.» La desdichada candidata sabe que sus oportunidades disminuyen a medida que pasa el tiempo; los pretendientes no son muy numerosos: no tiene mucha más libertad para elegir que la muchacha beduina a quien cambian por un rebaño de ovejas. Como dice Colette[170]: «Una joven sin fortuna y sin oficio, que esté encargada de sus hermanos, no tiene más opción que callarse, aceptar su suerte y renegar de Dios.»

[170] *La maison de Claudine.*

De una manera menos cruda, la vida mundana permite a los jóvenes reunirse bajo la vigilante mirada de las madres. Un poco más liberadas, las jóvenes multiplican las salidas, frecuentan las facultades, aprenden un oficio que les proporciona la ocasión de conocer hombres. Entre 1945 y 1947, la señora Claire Leplae realizó una encuesta entre la burguesía belga sobre el problema de la elección matrimonial[171]. La autora procedió por medio de entrevistas; citaré algunas de las preguntas que planteó y las respuestas obtenidas:

P.: ¿Son frecuentes los matrimonios concertados?

R.: Ya no hay matrimonios concertados (51%).

Los matrimonios concertados son muy raros, el 1% a lo sumo (16%).

Del 1 al 3% de los matrimonios son concertados (28%).

Del 5 al 10% de los matrimonios son concertados (5%).

Las personas interesadas señalan que los matrimonios concertados, numerosos antes de 1945, casi han desaparecido. Sin embargo, «el interés, la ausencia de relaciones, la timidez o la edad, o el deseo de realizar una buena unión, son los motivos de algunos matrimonios concertados». Esos matrimonios son concertados a menudo por sacerdotes; a veces también la joven se casa por correspondencia. «Ellas mismas hacen su retrato por escrito, el cual pasa a una hoja especial, numerada. Dicha hoja es enviada a todas las personas que allí están descritas. incluye, por ejemplo, doscientas candidatas al matrimonio y un número aproximadamente igual de candidatos. También ellos han hecho su. propio retrato. Todos pueden elegir libremente un corresponsal, a quien escriben por intermedio de la agencia.»

P.: ¿En qué circunstancias han encontrado oportunidades los jóvenes para casarse durante estos últimos diez años?

R.: En reuniones mundanas (48%).

En los estudios y obras realizados en común (22%).

En reuniones íntimas y durante temporadas de permanencia en algún lugar (30%).

Todo el mundo está de acuerdo sobre el hecho de que «los matrimonios entre amigos de la infancia son muy raros. El amor nace de lo imprevisto».

P.: ¿Representa el dinero un papel primordial en la elección de la persona con quien se contrae matrimonio?

R.: El 30% de los matrimonios no son más que un asunto de dinero (48%).

El 50% de los matrimonios no son más que un asunto de dinero (35%).

El 70% de los matrimonios no son más que un asunto de dinero (17%).

P.: ¿Están ávidos los padres por casar a sus hijas?

R.: Los padres están ávidos por casar a sus hijas (58%) **{**454**}**.

Los padres desean casar a sus hijas (24%).

Los padres desean conservar con ellos a sus hijas (18%).

P.: ¿Están ávidas las jóvenes por casarse?

R.: Las jóvenes están ávidas por casarse (36%)

Las jóvenes desean casarse (38%).

171 Véase CLAIRE LEPLAE: Les fiançailles.

Las jóvenes, antes que casarse mal, prefieren no casarse (26%).

«Las jóvenes se lanzan al asalto de los jóvenes. Las jóvenes se casan con el primero que llega, con tal de "colocarse". Todas esperan casarse y se esfuerzan al máximo por conseguirlo. Para una muchacha es una humillación que nadie la pretenda: con objeto de escapar a esa humillación, se casa a menudo con el primero que llega. Las jóvenes se casan por casarse. Las jóvenes tienen prisa por casarse, porque el matrimonio les asegurará más libertad.» Sobre este punto, casi todos los testimonios coinciden.

P.: En la búsqueda del matrimonio, ¿son más activas las jóvenes que los mismos jóvenes?

R.: Las jóvenes declaran sus sentimientos a los jóvenes y les piden que se casen con ellas (43%).

Las jóvenes son más activas que los jóvenes en la búsqueda del matrimonio (43%).

Las jóvenes son discretas (14%).

También aquí hay casi unanimidad: son las jóvenes quienes generalmente toman la iniciativa del matrimonio. «Las jóvenes se dan cuenta de que no han adquirido nada que les permita salir adelante en la vida; al no saber cómo podrían trabajar para procurarse medios de vida, buscan en el matrimonio una tabla de salvación. Las jóvenes se declaran, se les meten por los ojos a los jóvenes. ¡Son terribles! La joven recurre a todo para casarse... Es la mujer quien busca al hombre, etc.»

No existe un documento semejante con respecto a Francia; pero, siendo análoga la situación de la burguesía en Francia y en Bélgica, se llegaría sin duda a conclusiones muy similares. Los matrimonios «concertados» siempre han sido más numerosos en Francia que en cualquier otro país, y el célebre «Club des lisérés verts», cuyos adherentes se encuentran en veladas destinadas a facilitar el acercamiento entre ambos sexos, prospera todavía; los anuncios matrimoniales ocupan largas columnas en numerosos periódicos. En Francia, como en Norteamérica, las madres, las hermanas mayores, los semanarios femeninos, enseñan con cinismo a las jóvenes el arte de «atrapar» un marido, lo mismo que el papel matamoscas atrapa a estas; es una «pesca», una «caza», que exige mucho tino: no apuntéis demasiado alto ni demasiado bajo; no seáis noveleras, sino realistas; mezclad la coquetería con la modestia; no pidáis demasiado ni demasiado poco... Los jóvenes desconfían de las mujeres que «quieren casarse». Un joven belga dice: «Para un hombre no hay nada más desagradable que sentirse perseguido, darse cuenta de que una mujer le ha echado el guante.» Ellos procuran sortear las trampas que les tienden ellas. La opción de la joven es con muchísima frecuencia sumamente limitada: solo sería una opción verdaderamente libre si también ella se considerase libre para no casarse. Por lo común, en su decisión hay cálculo, disgusto y resignación antes que entusiasmo. «Si el joven que la pretende conviene más o menos (medio, salud, carrera), ella lo acepta sin amarlo. Lo acepta incluso aunque haya peros y conserva la cabeza fría.»

Sin embargo, al mismo tiempo que lo desea, la joven teme con frecuencia el matrimonio. Representa este un beneficio mucho más considerable para ella que para el hombre, y por eso lo desea más ávidamente; pero también exige sacrificios más pesados; en particular, implica una ruptura mucho más brutal con el pasado. Ya se ha visto que a muchas adolescentes les angustiaba la idea de abandonar el hogar paterno: cuando ese acontecimiento se acerca, esa ansiedad se exaspera. En ese momento es cuando nacen multitud de neurosis; también se observa en los jóvenes a quienes asustan las nuevas responsabilidades que van a asumir; pero están mucho más extendidas entre las jóvenes por las razones que ya hemos apuntado, y que en esa crisis adquieren su máxima intensidad.

Citaré solo un ejemplo que tomo de Stekel. Tuvo que tratar a una joven de buena familia, que presentaba diversos síntomas neuróticos.

> En el momento en que Stekel la conoce, la joven sufre vómitos, toma morfina todas las noches, padece crisis de cólera, rehusa lavarse, come en la cama, permanece encerrada en su habitación. Está prometida y afirma que ama ardientemente a su prometido. Confiesa a Stekel que se ha entregado a él... Más tarde dice que no experimentó ningún placer, que incluso ha conservado de sus besos un recuerdo repugnante y que esa es la causa de sus vómitos. Se descubre que, de hecho, se ha entregado para castigar a su madre, por la cual no se sentía suficientemente amada; de niña, espiaba a sus padres por la noche, porque temía que le diesen un hermanito o una hermanita; adoraba a su madre. «¿Y ahora tenía que casarse, dejar el hogar paterno, abandonar el dormitorio de sus padres? Eso era imposible.» Engorda a propósito, se araña y estropea las manos, enferma, procura ofender a su prometido por todos

> los medios a su alcance. El médico la cura, pero ella suplica a su madre que renuncie a aquella idea del matrimonio: «Quería quedarse en casa para siempre y seguir siendo niña.» Su madre insistía en que se casara. Una semana antes del día fijado para la boda, la encontraron en su cama, muerta; se había matado de un balazo.

En otros casos, la joven se obstina en una larga enfermedad; se desespera, porque su estado no le permite casarse con el hombre «a quien adora»; en verdad, enferma adrede, con objeto de no casarse con él, y solo rompiendo el noviazgo recupera su equilibrio. A veces el temor al matrimonio proviene de que la joven ha tenido anteriormente experiencias eróticas que la han marcado; en particular, puede temer que la pérdida de su virginidad sea descubierta. Pero, a menudo, un ardiente afecto por el padre, la madre, una hermana, o el apego al hogar paterno en general, le hacen insoportable la idea de someterse a un hombre extraño. Y muchas de las que se deciden a ello, porque es preciso casarse, porque se ejerce presión sobre ellas, porque saben que es la única salida razonable, porque desean una existencia normal de esposa y madre, no por ello dejan de albergar en el fondo de su corazón secretas y obstinadas resistencias, que hacen difíciles los comienzos de su vida conyugal y que pueden incluso impedirles hallar jamás en esta un equilibrio feliz.

Así, pues, los matrimonios no se deciden en general por amor. «El esposo no es nunca, por así decir, más que un sucedáneo del hombre amado, y no ese hombre mismo», ha dicho Freud. Esta disociación no tiene nada de accidental. Está implícita en la naturaleza misma de la institución. Se trata de trascender hacia el interés colectivo la unión económica y sexual del hombre y la mujer, no de asegurar su felicidad individual. En los regímenes patriarcales, sucedía -todavía sucede hoy entre ciertos musulmanes- que los novios elegidos por la autoridad de los padres ni siquiera se habían visto el rostro antes del día de su boda. No sería cuestión de fundar la empresa de toda una vida, considerada en su aspecto social, sobre un capricho sentimental o erótico.

> En esta prudente transacción, dice Montaigne, los apetitos no son tan retozones; son más sombríos y embotados. El amor detesta que se le tenga por otra cosa y se mezcla cobardemente con las relaciones que se traban y sustentan bajo otros títulos, como es el matrimonio: la alianza, los medios, pesan como razón tanto o más que las gracias y la belleza. Nadie se casa por sí mismo, dígase lo que se quiera; la gente se casa por eso y todavía más por su posteridad, por su familia (libro III, capítulo V).

Por el hecho de que el hombre es quien «toma» a la mujer -sobre todo cuando las ofertas femeninas son numerosas-, tiene algunas posibilidades más de elección. Pero, puesto que el acto sexual es considerado como un servicio a la mujer y en el cual se fundan las ventajas que se le conceden, es lógico que se haga caso omiso de sus preferencias singulares. El matrimonio está destinado a defenderla contra la libertad del hombre; pero, como no existe amor ni individualidad fuera de la libertad, para asegurarse la protección de un hombre durante toda la vida, la mujer debe renunciar al amor de un individuo singular. He oído a una piadosa madre de familia enseñar a sus hijas que «el amor es un sentimiento grosero reservado a los hombres y que las mujeres como es debido no conocen». Bajo una forma ingenua, era la misma doctrina que Hegel expone en la Fenomenología del espíritu (tomo II, pág. 25):

> Pero las relaciones de madre y de esposa tienen la singularidad de ser, en parte, una cosa natural que pertenece al placer y, en parte, una cosa negativa que contempla exclusivamente su propia desaparición; por eso justamente es por lo que, también en parte, esa singularidad es algo contingente que siempre puede ser reemplazada por otra singularidad. En el hogar del reino erótico, no se trata de este marido, sino de un marido en general, de los hijos en general. Estas relaciones de la mujer no se fundan en la sensibilidad, sino en lo universal. La distinción entre la vida ética de la mujer y la del hombre consiste justamente en que la mujer, en su distinción por la singularidad y en su placer, permanece inmediatamente universal y extraña a la singularidad del deseo. En el hombre, por el contrario, esos dos aspectos se separan uno del otro, y, puesto que el hombre posee como ciudadano la fuerza consciente de sí y la universalidad, se compra así el derecho del deseo y preserva al mismo tiempo su libertad con respecto a ese deseo. Así, pues, si con esa relación de la mujer se encuentra mezclada la singularidad, su carácter ético no es puro; pero, en tanto que ese carácter ético sea tal, la singularidad es indiferente y la mujer se ve privada del reconocimiento de sí misma como esta sí-misma en otro.

Lo cual equivale a decir que no se trata, en modo alguno, de que la mujer funde en su singularidad relaciones con un esposo de su elección, sino de justificar en su generalidad el ejercicio de sus funciones femeninas; no debe conocer el placer más que de una forma específica y no individualizada; de ello resultan, con respecto a su destino erótico, dos consecuencias esenciales: en

primer lugar, no tiene derecho a ninguna actividad sexual fuera del matrimonio; como para los dos esposos el comercio carnal se convierte en una institución, el deseo y el placer se superan hacia el interés social; pero el hombre, trascendiéndose hacia lo universal en tanto que trabajador y ciudadano, puede gustar antes de las nupcias, y al margen de la vida conyugal, placeres contingentes: en todo caso, encuentra su salvación por otros caminos; mientras que, en un mundo donde la mujer es esencialmente definida como hembra, es preciso que en tanto que hembra esté íntegramente justificada. Por otra parte, ya se ha visto que la unión entre lo general y lo singular es biológicamente diferente en el varón y en la hembra: al realizar su tarea específica de esposo y de reproductor, el primero encuentra con toda seguridad su placer[172]; en la mujer, por el contrario, hay con mucha frecuencia disociación entre la función genital y la voluptuosidad. Hasta el punto de que, pretendiendo dar a su vida erótica una dignidad ética, el matrimonio en realidad se propone suprimirla.

Esta frustración sexual de la mujer ha sido deliberadamente aceptada por los hombres; ya se ha visto que estos se apoyaban en un naturalismo optimista para resignarse sin pena en sus sufrimientos: es su sino; y la maldición bíblica los confirma en esta cómoda opinión. Los dolores del embarazo -ese pesado rescate infligido a la mujer a cambio de un efímero e incierto placer- han sido incluso tema para numerosas bromas. «Cinco minutos de placer: nueve meses de dolor... Eso entra más fácilmente que sale.» Y ese contraste les ha regocijado con frecuencia. Hay sadismo en esta filosofía: muchos hombres se alegran de la miseria femenina y les repugna la idea de que se la quiera atenuar[173]

Así se comprende que los varones no tengan ningún escrúpulo en negar a su compañera la dicha sexual; incluso les ha parecido ventajoso negarle, con la autonomía del placer, las tentaciones del deseo[174].

Es lo que, con encantador cinismo, expresa Montaigne:

> De modo que es una especie de incesto ir a emplear en ese parentesco venerable y sagrado los esfuerzos y las extravagancias de la licencia amorosa; dice Aristóteles que hay que «tocar prudente y severamente a la mujer, para que un cosquilleo demasiado lascivo no le cause un placer que la haga salir de los goznes de la razón...» Yo no veo matrimonios que fracasen antes y se embrollen más prestamente que aquellos que se encaminan por la belleza y los deseos amorosos: hacen falta fundamentos más sólidos y constantes y marchar con pies de plomo; esa brillante alegría no vale nada... Un buen matrimonio, si hay alguno, rehusa la compañía y la condición del amor» (libro III, capítulo V). Dice también (libro I, capítulo XXX): «Los mismos placeres que gozan con sus mujeres son reprobables si no se observa moderación en ellos; hay motivos para desfallecer ante la licencia y los excesos como algo ilegítimo. Esas pujas desvergonzadas que el primer ardor nos sugiere en este juego, no solo son indecentes, sino perjudicialmente empleadas con respecto a nuestras mujeres. Que aprendan la impudicia, al menos, de otra manera. Siempre están demasiado despiertas para nuestra necesidad... El matrimonio es una unión religiosa y devota: he ahí por qué el placer que se obtiene debe ser un placer contenido, grave y mezclado con cierta severidad; debe ser una voluptuosidad matizada de prudencia y consciencia.»

---

172 Bien entendido, el adagio «Un agujero es siempre un agujero» es un adagio groseramente humorístico; el hombre busca algo más que el placer bruto; sin embargo, la prosperidad de ciertas casas de citas basta para demostrar que el hombre puede hallar alguna satisfacción con la primera mujer que se presente.

173 Hay quienes sostienen, por ejemplo, que el dolor del parto es necesario para la aparición del instinto maternal: al parecer, algunas ciervas, después de parir bajo los efectos de un anestésico, se desentendieron de sus cervatillos. Los hechos alegados son de lo más vago; y, en todo caso, la mujer no es una cierva. La verdad es que a algunos varones les escandaliza que se alivien las cargas de la feminidad.

174 Todavía en nuestros días, la pretensión de la mujer al placer suscita cóleras masculinas; un documento sorprendente sobre este punto es el opúsculo del doctor Grémillon titulado La vérité sur l'orgasme vénérien de la femme. El prefacio nos informa de que el autor, héroe de la guerra de 1914-1918, que salvó la vida de cincuenta y cuatro prisioneros alemanes, es hombre de la más elevada moralidad. Hace un ataque violento de la obra de Stekel: La femme frigide, declarando entre otras cosas: «La mujer normal, la buena ponedora, no tiene orgasmo venéreo. Son numerosas las madres (y las mejores) que jamás han experimentado el espasmo mirífico... Las zonas erógenas, por lo general latentes, no son naturales, sino artificiales. Su adquisición es motivo de orgullo, pero se trata de estigmas de decadencia... Decidle todo esto al libertino; no lo tomará en consideración. El quiere que su compañera de liviandad tenga un orgasmo venéreo, y lo tendrá. Si no existe, se lo hará nacer. La mujer moderna quiere que la hagan vibrar. Nosotros le replicamos: "Señora, no tenemos tiempo, y la higiene nos lo prohibe..." El creador de zonas erógenas trabaja contra sí mismo: crea mujeres insaciables. La mujer lasciva puede agotar a innumerables maridos sin fatigarse... La mujer a quien se le han despertado las zonas erógenas se convierte en una mujer nueva, a veces terrible, que puede llegar hasta el crimen... No habría neurosis, ni psicosis, si se llegase a la persuasión de que "hacer la bestia de dos espaldas" es un acto tan indiferente como el comer, orinar, defecar, dormir...»

En efecto, si el marido despierta la sensualidad femenina, la despierta en su generalidad, puesto que él no ha sido elegido singularmente; dispone a su esposa para buscar el placer en otros brazos; acariciar demasiado bien a una mujer, agrega Montaigne, es «cagarse en el cesto y luego ponérselo en la cabeza». Por otra parte, admite de buena fe que la prudencia masculina coloca a la mujer en una situación sumamente ingrata.

> Las mujeres no dejan de tener razón cuando rechazan las normas de vida que se han introducido en el mundo, tanto más cuanto que han sido los hombres quienes las han elaborado sin ellas. Naturalmente, entre ellas y nosotros hay intrigas y querellas. Las tratamos inconsideradamente en lo siguiente: después de saber que, sin punto de comparación, son más capaces y ardientes que nosotros en las cosas del amor.... hemos ido a darles la continencia como su parte, para que la observen so penas últimas y extremadas... Las queremos sanas, vigorosas, en su punto, bien nutridas y castas, todo uno, lo cual equivale a decir ardientes y frías; porque el matrimonio, que nosotros decimos tiene por objeto impedirles que ardan, les aporta escaso refrigerio, según nuestras costumbres.

Proudhon tiene menos escrúpulos: separar el amor del matrimonio, según él, es conforme a la «justicia»:

> El amor debe ser ahogado en la justicia... Toda conversación amorosa, incluso entre prometidos, incluso entre esposos, es una inconveniencia, destructora del respeto doméstico, del amor al trabajo y de la práctica de los deberes sociales... [Una vez cumplido el oficio del amor]... debemos apartarlo como el pastor que, tras haber hecho cuajar la leche, retira el cuajo...

Sin embargo, en el Curso del siglo XIX, las concepciones de la burguesía se modificaron un poco; la burguesía se esforzaba ardientemente por defender y mantener el matrimonio; y, por otra parte, los progresos del individualismo impedían que se pudiesen ahogar simplemente las reivindicaciones femeninas; Saint-Simon, Fourier, George Sand y todos los románticos habían proclamado demasiado violentamente el derecho al amor. Se planteó el problema de integrar al matrimonio los sentimientos individuales que hasta entonces habían sido tranquilamente excluidos. Es entonces cuando se inventa la noción equívoca de «amor conyugal», fruto milagroso del tradicional matrimonio de conveniencia.

Balzac expresa las ideas de la burguesía conservadora con todas sus inconsecuencias. Reconoce que, al principio, matrimonio y amor no tienen nada que ver en común; pero le repugna asimilar una institución respetable a un simple mercado donde la mujer es tratada como una cosa; y así desemboca en las desconcertantes incoherencias de la Physiologie du mariage, en donde leemos:

> El matrimonio puede ser considerado política, civil y moralmente como una ley, como un contrato, como una institución... Debe, pues, el matrimonio ser objeto de general respeto. La sociedad solo ha podido considerar esas sumidades que para ella dominan la cuestión conyugal.
>
> La mayoría de los hombres, al casarse, no han tenido en cuenta más que la reproducción, la propiedad del hijo; pero ni la reproducción ni la propiedad ni el hijo constituyen la felicidad. El crescite et multiplicamini no implica el amor. Pedirle amor a una muchacha que hemos visto catorce veces en quince días, en nombre de la ley, el rey y la justicia, es un absurdo.

He aquí algo tan nítido como la teoría hegeliana. Pero Balzac ensarta sin ninguna transición:

> El amor es el acuerdo de la necesidad con el sentimiento, y la felicidad en el matrimonio resulta de una perfecta inteligencia de almas entre los esposos. De donde se sigue que, para ser feliz, viene obligado el hombre a observar ciertas reglas de honor y delicadeza. Luego de haber hecho uso del beneficio de la ley social, que consagra la necesidad, debe obedecer a las secretas leyes de la Naturaleza, que hacen nacer los sentimientos. Si cifra su felicidad en ser amado, es preciso que ame él sinceramente; nada resiste a una pasión verdadera. Pero ser apasionado equivale a desear siempre. Y ¿se puede desear siempre a la mujer propia?
>
> -Sí.

Luego de lo cual, Balzac expone la ciencia del matrimonio. Pero pronto se advierte que para el marido no se trata de ser amado, sino de no ser engañado: no vacilará en infligir a su mujer un régimen debilitante, en negarle toda cultura, en embrutecerla, con el solo propósito de salvaguardar su honor.

¿Acaso se trata todavía de amor? Si se quiere encontrar algún sentido a esas ideas brumosas y deshilvanadas, parece que el hombre tiene derecho a elegir una mujer con la cual satisfacer sus necesidades en su generalidad, generalidad que es prenda de su fidelidad: a él corresponde, por consiguiente, despertar el amor de su mujer utilizando ciertas recetas. Pero ¿está verdaderamente enamorado si se casa por su propiedad, por su posteridad? Y, si no lo está, ¿cómo puede ser su pasión lo bastante irresistible para despertar una pasión recíproca? ¿Acaso ignora Balzac realmente que un amor no compartido, lejos de seducir ineluctablemente, lo que hace es importunar y repugnar, por el contrario? Se ve claramente toda su mala fe en Mémoires de deux jeunes mariées, novela epistolar y de tesis. Louise de Chaulieu pretende basar el matrimonio en el amor: por exceso de pasión, mata a su primer marido, y ella muere como consecuencia de la celosa exaltación que experimenta por el segundo. Renée de l'Estorade ha sacrificado sus sentimientos a su razón: pero los goces de la maternidad la compensan lo suficiente y se edifica una felicidad estable. Cabe preguntarse, en primer lugar, qué maldición -salvo un decreto del autor mismo- prohibe a la enamorada Louise la maternidad que desea: el amor no ha impedido jamás la concepción; y, por otra parte, cabe pensar que, para aceptar gozosamente los abrazos de su esposo, Renée ha necesitado de esa «hipocresía» que tanto odiaba Stendhal en las «mujeres honestas». Balzac describe la noche de bodas en los siguientes términos:

> «Desapareció esa bestia que llamamos marido, según tu expresión -escribe Renée a su amiga-. No sé qué noche encontréme con un amante, cuyas palabras me llegaban al alma y en cuyo brazo me apoyaba con placer indecible... Surgió la curiosidad en mi corazón... Pero ten por cierto que nada faltó allí de lo que pide el amor más delicado, ni esos detalles imprevistos que son, en cierto modo, el honor de ese momento; las gracias misteriosas que nuestras imaginaciones le piden, el arrebato que disculpa, las voluptuosidades ideales largo tiempo presentidas y que nos subyugan el alma antes de abandonarnos a la realidad, todas las seducciones estaban allí presentes con sus formas encantadoras.»

Ese hermoso milagro no debió de repetirse a menudo, porque después de algunas cartas, hallamos a Renée anegada en lágrimas: «Yo era antes un ser humano, y ahora soy una cosa»; y se consuela de sus noches «de amor conyugal» leyendo a Bonald. Sin embargo, querría uno saber por medio de qué fórmula el marido pudo transformarse, en el momento más difícil de la iniciación femenina, en un hombre encantador; las razones que expone Balzac en Psysiologie du mariage son sumarias: «No empecéis nunca el matrimonio por una violación», o muy vagas: «Captar hábilmente los matices del placer, desarrollarlos, darles un estilo nuevo, una expresión original: he ahí lo que constituye el genio de un marido». Por otra parte, agrega inmediatamente que «entre dos seres que no se aman, ese genio es libertinaje». Ahora bien, precisamente Renée no ama a Louis, y, tal y como nos lo pintan, ¿de dónde le viene a este ese «genio»?

En verdad, Balzac ha escamoteado cínicamente el problema. Ha desconocido el hecho de que no existen sentimientos neutros y que la ausencia de amor, la coacción, el fastidio, engendran más fácilmente el rencor, la impaciencia y la hostilidad que la tierna amistad. Balzac se muestra más sincero en Le lys dans la vallée; y el destino de la desdichada madame de Mortsauf aparece mucho menos edificante.

Reconciliar el matrimonio con el amor es hazaña de tal calibre, que se precisa no menos que una intervención divina para realizarla; esa es la solución a la cual se adhiere Kierkegaard a través de complicados rodeos. Se complace así en denunciar la paradoja del matrimonio:

> ¡Qué extraña invención es el matrimonio! Y lo que aún le hace más extraño es que pasa por ser un acto espontáneo. Sin embargo, ningún paso es tan decisivo... Por tanto, acto tan decisivo sería preciso realizarlo espontáneamente.
>
> La dificultad es esta: el amor y la inclinación amorosa son absolutamente espontáneos; el matrimonio es una decisión; sin embargo, la inclinación amorosa debe ser despertada por el matrimonio o por la decisión: querer casarse; eso quiere decir que lo que hay de más espontáneo debe ser al mismo tiempo la decisión más libre, y que aquello que a causa de la espontaneidad es de tal modo inexplicable que hay que atribuirlo a una divinidad, debe tener lugar al mismo tiempo en virtud de una reflexión, y de una reflexión tan exhaustiva que de ella resulte la decisión. Además, una de las cosas no debe seguir a la otra; la decisión no debe llegar por detrás, a paso de lobo; el todo debe tener lugar simultáneamente, las dos cosas deben hallarse reunidas en el momento del desenlace.

Es decir, que amar no es casarse y que resulta dificilísimo comprender cómo el amor puede convertirse en deber. Sin embargo, la paradoja no arredra a Kierkegaard: todo un ensayo sobre el matrimonio está hecho para dilucidar ese misterio. Es verdad, admite, que

> «La reflexión es el ángel exterminador de la espontaneidad... Si fuese cierto que la reflexión debe dirigirse hacia la inclinación amorosa, jamás habría matrimonio.» Pero «la decisión es una nueva espontaneidad obtenida a través de la reflexión, experimentada de manera puramente ideal, espontaneidad que corresponde precisamente a la de la inclinación amorosa. La decisión es una concepción religiosa de la vida construida sobre los datos éticos y, por así decir, debe abrir el camino a la inclinación amorosa y asegurarla contra todo peligro exterior o interior». Y por eso «un esposo, un verdadero esposo, es en sí mismo un milagro... ¡Poder conservar el placer del amor, mientras la existencia reúne toda la potencia de lo serio sobre él y sobre la amada!»

En cuanto a la mujer, la razón no es su patrimonio; carece de «reflexión»; así «pasa de lo inmediato del amor a lo inmediato de lo religioso». Traducida en lenguaje claro, esta doctrina significa que un hombre que ama se decide al matrimonio por un acto de fe en Dios, que debe garantizarle el acuerdo entre el sentimiento y el compromiso; y que la mujer, desde el momento que está enamorada, desea casarse. He conocido a una anciana católica que, aún más ingenuamente, creía en el «coup de foudre sacramental»; afirmaba que, en el momento en que los esposos pronuncian al pie del altar el «sí» definitivo, sienten que se abrasan sus corazones. Kierkegaard admite, desde luego, que anteriormente tiene que existir una «inclinación»; pero que esta encierre la promesa de durar toda una existencia no deja de ser menos milagroso.

En Francia, no obstante, novelistas y dramaturgos de finales de siglo, menos confiados en la virtud del sacramento, procuran asegurar por procedimientos más humanos la dicha conyugal; más osadamente que Balzac, encaran la posibilidad de integrar el erotismo al amor legítimo. En Amoureuse, Porto-Riche afirma la incompatibilidad entre el amor sexual y la vida hogareña: el marido, harto de los ardores de su mujer, busca la paz al lado de una querida más moderada. Pero, por instigación de Paul Hervieu, se inscribe en el Código que «el amor» es un deber entre esposos **{**467**}**. Marcel Prévost predica al joven esposo que debe tratar a su mujer como si fuese una amante, y, en términos discretamente libidinosos, evoca las voluptuosidades conyugales. Bernstein se hace el dramaturgo del amor legítimo: al lado de la mujer amoral, embustera, sensual, ladrona, perversa, el marido aparece como un ser prudente y generoso; y en él se adivina también al amante poderoso y experto. Como reacción contra las novelas de adulterio, surgen numerosas apologías novelescas del matrimonio. Hasta Colette cede ante esa oleada moralizante cuando, en L'ingénue libertine, tras haber descrito las cínicas experiencias de una joven casada y torpemente desflorada, decide hacerle conocer la voluptuosidad en brazos de su marido. De igual modo, Martin Maurice, en un libro que tuvo cierta resonancia, lleva a la joven, tras una breve incursión al lecho de un amante hábil, al de su marido, a quien ella hace aprovecharse de su experiencia. Por otras razones y de manera diferente, las norteamericanas de hoy, respetuosas con la institución conyugal e individualistas al mismo tiempo, multiplican sus esfuerzos para integrar la sexualidad al matrimonio. Todos los años aparecen multitud de obras de iniciación a la vida conyugal, destinadas a enseñar a los esposos a adaptarse el uno al otro, y singularmente a enseñar al hombre cómo crear con la mujer una feliz armonía. Psicoanalistas y médicos representan el papel de «consejeros conyugales»; se admite que también la mujer tiene derecho al placer y que el hombre debe conocer las técnicas susceptibles de procurárselo. Pero ya hemos visto que el éxito sexual no es solo cuestión de técnica. Aunque el joven se hubiese aprendido de memoria veinte manuales tales como Lo que todo marido debe saber, El secreto de la felicidad conyugal, El amor sin temor, no sería ello garantía de que sabría hacerse amar por su joven esposa. Esta reacciona ante el conjunto de la situación psicológica. Y el matrimonio tradicional está lejos de crear las condiciones más favorables para despertar y desarrollar el erotismo femenino.

En otros tiempos y en comunidades de derecho materno, a la recién casada no se le exigía la virginidad; incluso, por razones místicas, debía ser desflorada generalmente antes de las nupcias. En algunas zonas rurales francesas todavía se observan supervivencias de esas antiguas licencias; a las jóvenes no se les exige la castidad prenupcial; y hasta las muchachas que han caído en falta, o, por mejor decir, las madres solteras, encuentran a veces esposo con más facilidad que las otras. Por otro lado, en los medios que aceptan la emancipación de la mujer, se reconoce a las muchachas la misma libertad sexual que a los muchachos. Empero, la ética paternalista exige imperiosamente que la novia sea entregada virgen al esposo; este quiere estar seguro de que ella no lleva en su seno un germen extraño; quiere la propiedad íntegra y exclusiva de esa carne que hace suya; la virginidad ha revestido un valor moral, religioso y místico, y ese valor está todavía muy generalmente reconocido hoy día. En Francia hay regiones donde los amigos del marido permanecen ante la puerta de la

alcoba nupcial, riendo y cantando, hasta que el esposo sale triunfalmente para mostrarles la sábana manchada de sangre; o bien los padres se la muestran al día siguiente a las gentes del vecindario[175]. Bajo una forma menos brutal, la costumbre de la «noche de bodas» está todavía muy extendida. No es un azar que haya suscitado toda una literatura verde: la separación de lo social y de lo animal engendra necesariamente la obscenidad. Una moral humanista exige que toda experiencia viva tenga un sentido humano, que esté habitada por una libertad; en una vida erótica auténticamente moral hay una libre asunción del deseo y del placer o, al menos, una lucha patética para reconquistar la libertad en el seno de la sexualidad: pero esto solo es posible si se realiza un reconocimiento singular del otro en el amor o en el deseo. Cuando la sexualidad ya no tiene que ser salvada por el individuo, sino que son Dios o la sociedad quienes pretenden justificarla, la relación **{**469**}** entre la pareja no es más que una relación bestial. Se comprende que las matronas sensatas hablen con repugnancia de las aventuras de la carne, que ellas han rebajado al rango de funciones escatológicas. También por eso se oyen tantas risas chocarreras durante el banquete nupcial. Hay una obscena paradoja en la superposición de una ceremonia pomposa a una función animal de brutal realismo. El matrimonio expone su significación universal y abstracta: un hombre y una mujer se unen según ritos simbólicos ante los ojos de todo el mundo; pero, en el secreto del lecho, son individuos concretos y singulares que se enfrentan, y todas las miradas se apartan de sus abrazos. A la edad de trece años asistió Colette a una boda campesina, y fue víctima de un gran desasosiego cuando una amiga la llevó a ver la alcoba nupcial:

> La habitación de los jóvenes esposos... Bajo sus cortinas de tela de algodón encarnada, el lecho angosto y alto, el lecho relleno de plumas, henchido de almohadas de plumón de oca, el lecho donde termina esa jornada humeante de sudor, de incienso, de hálito de ganado, de vapores de salsas... Dentro de poco vendrán aquí los recién casados. No había pensado en ello. Se hundirán en estas plumas profundas... Habrá entre ellos esa lucha oscura respecto a la cual el candor osado de mi madre y la vida de los animales me han enseñado demasiado y demasiado poco. ¿Y después? Me atemorizan esta habitación y este lecho en el que no había pensado[176].

En su angustia infantil, la niña ha percibido el contraste entre el aparato de la fiesta familiar y el misterio animal del gran lecho cerrado. El aspecto cómico y escabroso del matrimonio apenas se descubre en las civilizaciones que no individualizan a la mujer: en Oriente, en Grecia, en Roma; la función animal aparece allí de manera tan general como los ritos sociales; pero, en nuestros días, en Occidente, hombres y mujeres están sentados como otros tantos individuos y los invitados a la boda ríen socarronamente, porque son este hombre y esta mujer quienes van a consumar, en una experiencia singular, el acto que se disfraza con ritos, discursos y flores.

También hay un macabro contraste, ciertamente, entre la pompa de los grandes entierros y la podredumbre de la tumba. Pero el muerto no se despierta cuando le dan tierra, mientras la recién casada experimenta una terrible sorpresa cuando descubre la singularidad y la contingencia de la experiencia real a la cual la destinaban la banda tricolor del alcalde y los órganos de la iglesia. No solo en los vodeviles se ve a las recién casadas volver llorando a casa de la madre en la noche de bodas: los libros de psiquiatría abundan en relatos de esa especie; a mí me han contado directamente varios casos: se trataba de jóvenes demasiado bien educadas, que no habían recibido ninguna educación sexual y a quienes había trastornado el brusco descubrimiento del erotismo. En el siglo pasado, la señora Adam se imaginaba que su deber consistía en casarse con un hombre que la había besado en la boca, porque creía que aquella era la forma acabada de la unión sexual. Más recientemente, Stekel cuenta a propósito de una recién casada: «Cuando, en el curso del viaje de novios, su marido la desfloró, ella lo tomó por loco y no se atrevió a decir palabra ante el temor de habérselas con un alienado»[177]. Ha sucedido incluso que la joven fuese lo bastante inocente para casarse con una invertida y vivir largo tiempo con su seudomarido sin sospechar que no se las había con un hombre.

> Si el día de la boda, al entrar en casa, pone usted a su mujer en remojo durante toda la noche en un pozo, quedará estupefacta. Por mucho que hubiese experimentado una vaga inquietud...
>
> «Vaya, vaya -se dice para sus adentros-. Con que esto es el matrimonio... Por eso tenían tan en secreto su práctica. Me he dejado coger en esta trampa.»

---

[175] «Hoy en día, en ciertas regiones de Estados Unidos, los inmigrantes de la primera generación envían todavía la sábana ensangrentada a la familia que ha quedado en Europa, como prueba de la consumación del matrimonio», dice el informe Kinsey.
[176] *La maison de Claudine*
[177] *Les états nerveux d'angoisse*

Pero, aunque está irritada, no dice palabra. Por eso podrá usted sumergirla largamente y muchas veces, sin causar ningún escándalo en el vecindario.

Este fragmento de un poema de Michaux[178], intitulado Nuits de Noces, informa con bastante exactitud respecto a la situación. Hoy en día, multitud de jóvenes están más advertidas; pero su consentimiento sigue siendo abstracto; y su desfloración conserva el carácter de una violación. «Desde luego, se cometen más violaciones en el matrimonio que fuera del matrimonio», dice Havelock Ellis. En su obra Monatsschrift für Geburtshilfe, 1889, tomo IX, Neugebauer ha reunido más de ciento cincuenta casos de heridas causadas a las mujeres por el pene durante el coito; las causas fueron la brutalidad, la embriaguez, una falsa postura, una desproporción de los órganos. En Inglaterra, informa Havelock Ellis, una señora preguntó a seis mujeres casadas de la clase media, inteligentes, cuál fue su reacción durante la noche de bodas: para todas ellas el coito había sobrevenido como un choque; dos de ellas lo ignoraban todo; las otras creían saber, mas no por ello resultaron menos psíquicamente heridas. También Adler ha insistido sobre la importancia psíquica del acto de la desfloración:

> Ese primer momento en que el hombre adquiere todos sus derechos decide a menudo toda una vida. El marido sin experiencia y sobreexcitado puede sembrar entonces el germen de la insensibilidad femenina y, por su torpeza y brutalidad continuas, transformarla en una anestesia permanente.

En el capítulo precedente se han visto multitud de ejemplos de esas desdichadas iniciaciones. He aquí otro caso expuesto por Stekel:

> Madame H. N.... educada muy púdicamente, temblaba ante la idea de su noche de bodas. Su marido la desnudó casi con violencia, sin permitir que se acostase. A su vez, se despojó de toda la ropa y pidió a su mujer que lo mirase desnudo y admirase su pene. Ella escondió el rostro entre las manos. Entonces él exclamó: «¿Por qué no te has quedado en tu casa, especie de témpano?» A renglón seguido, la arrojó sobre la cama y la desfloró brutalmente. Ni qué decir tiene que la mujer quedó frígida para siempre.

Ya hemos visto, en efecto, todas las resistencias que debe vencer la virgen para cumplir su destino sexual: su iniciación exige todo un «trabajo» a la vez fisiológico y psíquico. Estúpido y bárbaro es querer resumir esa iniciación en una sola noche; absurdo es transformar en un deber la tan difícil operación del primer coito. La mujer se siente tanto más aterrorizada cuanto que la extraña operación a la cual se ha sometido es una operación sagrada, y la sociedad, la religión, la familia, los amigos la han entregado solemnemente al esposo como a un amo; además, ese acto le parece que compromete todo su porvenir, puesto que el matrimonio tiene todavía un carácter definitivo. Es entonces cuando verdaderamente se siente revelada en lo absoluto: este hombre a quien está destinada para siempre encarna a sus ojos al Hombre todo entero, y también se le revela bajo una figura desconocida, que tiene una importancia terrible, puesto que será el compañero de toda su vida. El hombre mismo, sin embargo, también se siente angustiado por la consigna que pesa sobre él; tiene sus propias dificultades, sus propios complejos, que le hacen tímido y torpe, o, por el contrario, brutal; hay muchos hombres que se muestran importantes la noche de su boda a causa de la solemnidad del matrimonio. En Les obsessions et la psychasthénie, Janet escribe:

> ¿Quién no conoce a esos jóvenes casados, avergonzados de su suerte, que no pueden realizar el acto conyugal y que son víctimas por ello de una obsesión de vergüenza y desesperación? El año pasado asistimos a una escena tragicómica muy curiosa cuando un suegro enfurruñado arrastró a la Salpêtrière a su yerno, humilde y resignado: el suegro solicitaba un certificado médico que le permitiese pedir el divorcio. El pobre muchacho explicó que en otro tiempo había podido, pero que, después de su matrimonio, un sentimiento de vergüenza y embarazo lo había hecho todo imposible.

Demasiado ardor asusta a la virgen, demasiado respeto la humilla; las mujeres odian eternamente al hombre que ha gozado egoístamente a costa de su dolor; pero también experimentan un eterno rencor contra quien ha parecido desdeñarlas[179] y a menudo también contra quien no ha intentado desflorarlas en el curso de la primera noche o se ha mostrado incapaz de hacerlo. Hélène Deutsch señala[180] que ciertos maridos, tímidos o torpes, piden al médico que desfloren a su mujer mediante una intervención quirúrgica, so pretexto de que la mujer está mal conformada; pero este

[178] Véase *La nuit remue.*
[179] Véanse las observaciones de Stekel citadas en el capítulo precedente.
[180] *Psychology of Women.*

motivo no es valedero generalmente. Las mujeres, dice, guardan un rencor y un desprecio eternos al marido que ha sido incapaz de penetrarlas normalmente. Una de las observaciones de Freud[181] demuestra que la impotencia del esposo puede originar un traumatismo a la mujer:

> Una enferma tenía la costumbre de correr de una habitación a otra en medio de la cual había una mesa. Arreglaba el mantel de cierta manera, tocaba el timbre para que acudiese la criada, que debía acercarse a la mesa, y la ordenaba que se marchase... Cuando trató de explicar esa obsesión, recordó que aquel mantel tenía una mancha, y ella lo colocaba cada vez de forma que la mancha saltase a los ojos de la criada... El todo era una reproducción de la noche de bodas, durante la cual el marido no se mostró viril. El hombre había corrido mil veces de su habitación a la de ella, para intentarlo de nuevo. Avergonzado al pensar en la criada que haría las camas al día siguiente, vertió tinta roja en las sábanas para hacerle creer que era sangre.

La «noche de bodas» transforma la experiencia erótica en una prueba que angustia a cada cual ante el temor de no saber superarla, demasiado enzarzado en sus propios problemas para tener tiempo de pensar generosamente en el otro; le comunica una solemnidad que la hace temible; y no es sorprendente que a menudo condene para siempre a la mujer a la frigidez. El difícil problema que se le plantea al esposo es el siguiente: si «acaricia con demasiada lascivia a su mujer», esta puede escandalizarse o sentirse ultrajada; al parecer, este temor paraliza, entre otros, a los maridos norteamericanos, sobre todo en las parejas que han recibido una educación universitaria, según observa el informe Kinsey, ya que las mujeres, más conscientes de sí mismas, se muestran más profundamente inhibidas. Sin embargo, si la «respeta», no logra despertar su sensualidad. Este dilema lo crea lo ambiguo de la actitud femenina: la joven quiere y rehusa el placer al mismo tiempo; exige una discreción que la hace sufrir. A menos de una dicha excepcional, el marido aparecerá necesariamente como un libertino o como un hombre torpe.

No es sorprendente, por tanto, que los «deberes conyugales» no sean a menudo para la mujer más que una repugnante servidumbre.

> «La sumisión a un amo que la disgusta es para ella un suplicio», dice Diderot[182]. He visto a una mujer honesta estremecerse de horror ante la proximidad de su esposo; la he visto meterse en el baño y no creerse jamás lo bastante lavada de la mancha del deber. Esa suerte de repugnancia nos es casi desconocida a nosotros. Nuestro órgano es más indulgente.
>
> Numerosas mujeres morirán sin haber experimentado los extremos de la voluptuosidad. Esa sensación, que yo considero como una epilepsia pasajera, es rara para ellas; pero nunca deja de llegar cuando la llamamos nosotros. La dicha soberana se les escapa entre los brazos del hombre a quien adoran. Nosotros la encontramos al lado de una mujer complaciente que nos disgusta. Menos dueñas de sus sentidos que nosotros, la recompensa es menos pronta y menos segura para ellas. Cien veces su espera es defraudada.

Multitud de mujeres, en efecto, son madres y abuelas sin haber conocido jamás el placer, ni siquiera la turbación; tratan de hurtarse a la «mancha del deber» buscando certificados médicos o recurriendo a otros pretextos. El informe Kinsey indica que, en Norteamérica, un elevado número de esposas «declaran que consideran la frecuencia de sus coitos muy elevada y desearían que sus maridos no quisieran relaciones tan frecuentes. Muy pocas mujeres desean coitos más frecuentes». Ya se ha visto, sin embargo, que las posibilidades eróticas de la mujer son casi indefinidas. Esta contradicción pone bien de manifiesto que el matrimonio, al pretender reglamentar el erotismo femenino, lo asesina.

En Thérèse Desqueyroux, Mauriac ha descrito las reacciones de una joven «razonablemente casada» frente al matrimonio en general y a los deberes conyugales en particular:

> ¿Tal vez buscaba en el matrimonio más un refugio que una dominación, una posesión? Lo que la había precipitado a él ¿no había sido el pánico? Niña práctica, criatura doméstica, tenía prisa por ocupar su rango, por hallar su lugar definitivo; quería sentirse segura contra no sabía qué peligro. Nunca pareció más razonable que en, la época de su noviazgo: se incrustaba en un bloque familiar, «se casaba», entraba en un orden. Se salvaba. El día asfixiante de la boda, en la angosta iglesia de Saint-Clair, donde el parloteo de las mujeres ahogaba el armonio exhausto y donde sus perfumes triunfaban del incienso, fue precisamente el día en que Thérèse se sintió perdida. Había entrado sonámbula en la jaula y, al oír el pesado estrépito de la puerta al cerrarse, la desdichada niña se despertó de repente. Nada había cambiado, pero

181 La resumimos de acuerdo con STEKEL: *La femme frigide.*
182 *Sur les femmes*

> tenía la impresión de que, a partir de ahora, ya no podría perderse sola. En lo más denso de una familia iba a cobijarse, semejante a un fuego solapado que sube por las ramas...
>
> ... En la noche de aquella boda, mitad campesina, mitad burguesa, los grupos de personas, entre los cuales destacaban los vestidos de las niñas, obligaron al coche de los esposos a disminuir la marcha, y los aclamaban... Pensando en la noche que siguió, Thérèse murmura: «Fue horrible -luego rectifica-: Bueno, no.... no tan horrible.» En el curso de aquel viaje a los lagos italianos, ¿sufrió mucho? No, no; ella jugaba a aquel juego de no traicionarse... Thérèse supo plegar su cuerpo a aquellas fintas, y en ello gustaba un placer amargo. En aquel mundo de sensaciones desconocidas en que un hombre la obligaba a penetrar, su imaginación la ayudaba a concebir que allí habría habido tal vez también para ella una dicha posible; pero ¿qué dicha? Así como ante un paisaje difuminado bajo la lluvia nos imaginamos cómo hubiera sido bajo un sol radiante, así descubrió Thérèse la voluptuosidad. Bernard, aquel muchacho de mirada ausente.... ¡qué fácil era de engañar! Bernard se encerraba en su placer como esos puercos jóvenes y encantadores a los cuales resulta curioso observar a través del enrejado cuando resoplan de felicidad delante del dornajo: «Yo soy el dornajo», piensa Thérèse... ¿Dónde había aprendido él a clasificar todo lo tocante a la carne, a distinguir las caricias del hombre honesto de las del sátiro? Jamás una vacilación...
>
> ... El pobre Bernard no era peor que otros. Pero el deseo transforma al ser que se nos acerca en un monstruo que no se le parece. «Me hacía la muerta, como si aquel loco, aquel epiléptico, hubiera podido estrangularme al menor gesto.»

He aquí un testimonio más crudo. Es una confesión recogida por Stekel y de la cual cito el pasaje que concierne a la vida conyugal. Se trata de una mujer de veintiocho años, que ha sido educada en un medio. refinado y cultivado.

> Yo era una novia feliz; tenía, por fin, la impresión de estar protegida, era de pronto alguien que llamaba la atención. Era mimada, mi prometido me admiraba, todo aquello era nuevo para mí... Los besos (mi novio no había intentado jamás otras caricias) me habían inflamado hasta el punto de que no veía llegar el día de la boda... En la mañana de ese día, me hallaba presa de tal excitación, que empapé de sudor inmediatamente la camisa. Era la idea de que, por fin, iba a conocer al desconocido a quien de tal modo deseaba. Conservaba la infantil idea de que el hombre tenía que orinar en la vagina de la mujer... Una vez en nuestra alcoba, ya se produjo una pequeña decepción cuando mi marido me preguntó si quería que se alejase. Así se lo pedí, porque verdaderamente tenía vergüenza de hacerlo delante de él. La escena en la que yo me despojaría de la ropa había representado un importante papel en mi imaginación. Él regresó con aire sumamente confuso cuando yo estaba en la cama. Más tarde, me confesó que mi aspecto le había intimidado: yo era la encarnación de la juventud radiante y llena de expectación. Apenas se hubo desvestido, apagó la luz. Y, sin casi besarme, intentó tomarme inmediatamente. Estaba yo muy atemorizada y le rogué que me dejase tranquila. Deseaba estar muy lejos de él. Estaba horrorizada por aquel intento sin caricias preliminares. Lo encontré brutal, y se lo reproché a menudo más tarde: pero no era brutalidad, sino una gran torpeza y falta de sensibilidad. Todos sus intentos fueron vanos en el curso de la noche. Empecé a sentirme sumamente desgraciada, me avergonzaba mi estupidez, me creía defectuosa y mal conformada... Finalmente, me contenté con sus besos. Diez días después, logró, por fin, desflorarme; el coito sólo duró unos segundos y, salvo un leve dolor, no sentí absolutamente nada. ¡Qué gran decepción! Después experimentaba un poco de dicha durante el coito, pero el triunfo era sumamente penoso; a mi marido le costaba todavía un gran esfuerzo alcanzar su objetivo... En Praga, en el piso de soltero de mi cuñado, me imaginaba las sensaciones de este cuando supiese que yo me había acostado en su cama. Allí fue donde tuve mi primer orgasmo, que me hizo muy feliz. Mi marido me hizo el amor todos los días durante las primeras semanas. Todavía alcanzaba yo el orgasmo, pero no me satisfacía, porque era demasiado breve y estaba excitada hasta el borde de las lágrimas... Después de dos partos... el coito resultaba cada vez menos satisfactorio. Raras veces iba acompañado del orgasmo, mi marido lo experimentaba siempre antes que yo; seguía ansiosamente cada sesión (¿cuánto tiempo va a continuar?). Si él quedaba satisfecho, dejándome a medias, le aborrecía. A veces, pensaba en mi primo durante el coito, o en el médico que me había asistido durante mis partos. Mi marido intentó excitarme con el dedo... Eso me excitaba mucho, en efecto, pero, al mismo tiempo, encontraba que era un procedimiento vergonzoso y anormal y no me causaba ningún placer... Durante todo el tiempo de nuestro matrimonio, jamás me ha **{**478**}** acariciado ninguna parte del cuerpo. Un día me dijo que no Se atrevía a hacer nada conmigo... Nunca me ha visto desnuda, porque no nos despojábamos de nuestros camisones y mi marido solo efectuaba el coito por la noche.

Esa mujer, que en verdad era muy sensual, fue después completamente dichosa en brazos de un amante.

Los noviazgos están destinados precisamente a crear gradaciones en la iniciación de la muchacha; pero a menudo las costumbres imponen a los prometidos una extremada castidad. En el caso de que la virgen «conozca» a su futuro marido en el curso de ese período, su situación no es muy diferente de la de la recién casada; ella sólo cede porque su compromiso le parece ya tan definitivo como el matrimonio mismo, y el primer coito conserva el carácter de una prueba; una vez que se ha entregado -incluso si no queda encinta, lo cual terminaría de maniatarla-, es muy raro que se atreva a retirar su palabra.

Las dificultades de las primeras experiencias son fácilmente superadas si el amor o el deseo arrancan a la pareja un total asentimiento; el amor físico extrae su poder y su dignidad del gozo que se dan y toman los amantes en la recíproca conciencia de su libertad; entonces ninguna de sus prácticas es infame, puesto que no es padecida por ninguno de ellos, sino generosamente querida. Sin embargo, el principio del matrimonio es obsceno, ya que transforma en derechos y deberes un intercambio que debe estar fundado en un impulso espontáneo; al destinarlos a captarse en su generalidad, da a los cuerpos un carácter instrumental y, por tanto, degradante; al marido le hiela frecuentemente la idea de que está cumpliendo un deber, y la mujer tiene vergüenza de sentirse entregada a alguien que ejerce sobre ella un derecho. Bien entendido, puede suceder que, al principio de la vida conyugal, las relaciones se individualicen; el aprendizaje sexual se realiza a veces a través de lentas gradaciones; desde la primera noche, puede revelarse entre ambos cónyuges una feliz atracción física. El matrimonio facilita el abandono de la mujer al suprimir la noción de pecado, todavía tan frecuentemente adherida a la carne; una cohabitación regular y frecuente engendra una intimidad carnal que es favorable a la maduración sexual: durante los primeros años del matrimonio, hay esposas colmadas de felicidad. Es notable que las mujeres conserven con respecto a esos maridos un reconocimiento que las lleva a perdonarles más tarde todos los desaguisados que puedan cometer. «Las mujeres que no pueden librarse de una unión desdichada, siempre han sido satisfechas por sus maridos», dice Stekel. Ello no impide que la joven corra un terrible riesgo al comprometerse a acostarse durante toda la vida y exclusivamente con un hombre a quien no conoce sexualmente, precisamente cuando su destino erótico depende esencialmente de la personalidad de su compañero: esa es la paradoja que León Blum denunciaba con razón en su obra sobre el Matrimonio.

Pretender que una unión fundada en las conveniencias tenga muchas oportunidades de engendrar el amor es una hipocresía; exigir de dos cónyuges ligados por intereses prácticos, sociales y morales que a todo lo largo de su vida se dispensen una satisfactoria voluptuosidad es un puro absurdo. Sin embargo, los partidarios del matrimonio de conveniencia tienen buenas cartas en la mano para demostrar que el matrimonio por amor no tiene muchas oportunidades de asegurar la felicidad de los esposos. En primer lugar, el amor ideal, que es a menudo el que conoce la joven, no siempre la dispone para el amor sexual; sus adoraciones platónicas, sus ensueños, sus pasiones, en los cuales proyecta obsesiones infantiles o juveniles, no están destinados a, sufrir la prueba de la vida cotidiana, ni a perpetuarse mucho tiempo. Aun cuando exista entre ella y su novio una atracción erótica sincera y violenta, ello no constituye una base sólida para edificar la empresa de toda una vida.

La voluptuosidad tiene en el ilimitado desierto del amor un lugar ardiente y muy pequeño, tan inflamado, que al principio no se ve otra cosa que no sea él -escribe Colette[183]- En torno a ese fuego inconstante está lo desconocido, está el peligro. Cuando hayamos salido de un breve abrazo o incluso de una larga noche, será preciso comenzar a vivir uno junto al otro, el uno para el otro.

Además, aun en el caso de que el amor carnal exista antes del matrimonio o se despierte al comienzo de as nupcias, es muy raro que dure muchos años. Desde luego, la fidelidad es necesaria para el amor sexual, puesto que el deseo de dos amantes enamorados implica su singularidad; ellos rechazan que a esta se le opongan experiencias extrañas, los dos se quieren irreemplazables el uno para el otro; pero esa fidelidad solo tiene sentido si es espontánea; y espontáneamente la magia del erotismo se disipa asaz pronto. El prodigio consiste en que a cada amante le entrega en el instante, en su presencia carnal, un ser cuya existencia es una trascendencia indefinida: y, sin duda, la posesión de ese ser es imposible, pero, al menos, es conseguido de una manera privilegiada y punzante. Pero cuando los individuos no desean ya alcanzarse, porque entre ellos hay hostilidad, disgusto o indiferencia, el atractivo erótico desaparece; y muere casi con la misma seguridad en la estima y la amistad; porque dos seres humanos que se reúnen en el movimiento mismo de su

[183] *La vagabonde*

trascendencia, a través del mundo y sus empresas comunes, ya no tienen necesidad de unirse carnalmente; e incluso esa unión les repugna por el hecho mismo de que ha perdido su significación. La palabra incesto que pronuncia Montaigne es profunda. El erotismo es un movimiento hacia el Otro: ese es su carácter esencial; pero, en el seno de la pareja, los esposos se convierten el uno para el otro en el Mismo; ya no es posible entre ellos ningún intercambio, ningún don, ninguna conquista. Así, pues, si continúan siendo amantes, lo son a menudo vergonzosamente: perciben que el acto sexual ya no es una experiencia intersubjetiva, en la cual cada uno se supera, sino una suerte de masturbación en común. El que se consideren el uno al otro como un utensilio necesario para la satisfacción de sus necesidades es un hecho que disimula la cortesía conyugal, pero que resalta clamorosamente tan pronto como esa cortesía es negada, como, por ejemplo **{**481**}**, en las observaciones que el doctor Lagache hace en su obra Nature et forme de la jalousie; la mujer considera al miembro viril como cierta provisión de placer que le pertenece y de la cual se muestra tan avara como de las conservas encerradas en su despensa: si el hombre da esa provisión a la vecina, no quedará nada para ella; examina con recelo sus calzoncillos para ver si no ha malgastado la preciosa semilla. En Chroniques maritales, Jouhandeau señala esta «censura cotidiana ejercida por la mujer legítima, que acecha vuestra camisa y vuestro sueño para sorprender algún signo de vuestra ignominia». Por su parte, el hombre satisface con ella sus deseos sin pedir su opinión.

Esta brutal satisfacción de la necesidad, por otra parte, no basta para dar satisfacción a la sexualidad humana. Por ese motivo, en esos abrazos que se consideran como los más legítimos hay a menudo un regusto de vicio. Es frecuente que la mujer se ayude con fantasías eróticas. Stekel cita el caso de una mujer de veinticinco años que «puede experimentar un ligero orgasmo con su marido, imaginándose que un hombre fuerte y de más edad la toma sin pedírselo y de forma que ella no puede defenderse». Se imagina que la violan, que la maltratan, que su marido no es él mismo, sino otro. El acaricia el mismo sueño: en el cuerpo de su mujer posee los muslos de tal bailarina vista en un music-hall, los senos de aquella pin-up cuya fotografía ha contemplado, un recuerdo, una imagen; o bien se imagina que su mujer es deseada por alguien, poseída, violada, lo cual es un modo de devolverle la alteridad perdida. «El matrimonio -dice Stekel- crea transposiciones grotescas e inversiones, actores refinados, comedias representadas entre los dos cónyuges que amenazan destruir todo límite entre la apariencia y la realidad.» En el punto límite, se declaran vicios definidos. El marido se convierte en un mirón: necesita ver a su mujer acostada con un amante o saber que se acuesta con uno, para volver a encontrar un poco de su magia; o se encarniza sádicamente en hacer nacer en ella rechazos, de manera que, al fin, aparezcan su conciencia y su libertad y posea realmente a un ser humano. A la inversa, se esbozan actitudes masoquistas en la mujer, que trata de suscitar en el hombre al amo, al tirano que no es; he conocido a una dama educada en un convento y sumamente piadosa, autoritaria y dominadora durante el día, quien por la noche conjuraba apasionadamente a su marido para que le diese de latigazos, lo cual hacía éste lleno de horror. El vicio mismo adopta en el matrimonio un aspecto organizado y frío, un aspecto serio que lo convierte en un mal menor de lo más triste.

La verdad es que el amor físico no podría ser tratado ni como un fin absoluto ni como un simple medio; no podría justificar una existencia; pero no puede recibir ninguna justificación extraña. Lo cual quiere decir que debería representar en toda vida humana un papel episódico y autónomo. Lo cual quiere decir que, ante todo, debería ser libre.

Del mismo modo, no es el amor lo que el optimismo burgués promete a la joven desposada: el ideal que le ponen ante los ojos es el ideal de la dicha, es decir, de un tranquilo equilibrio en el seno de la inmanencia y la repetición. En ciertas épocas de prosperidad y de seguridad, ese ideal ha sido el de la burguesía entera y, en particular, el de los propietarios de bienes raíces; se proponían estos, no la conquista del porvenir del mundo, sino la conservación apacible del pasado, el statu quo. Una dorada mediocridad, sin ambición ni pasión, días que no llevan a ninguna parte y que recomienzan indefinidamente, una vida que se desliza suavemente hacia la muerte, sin buscar razones; he ahí lo que predica, por ejemplo, el autor del Sonnet du bonheur; esta seudosabiduría, muellemente inspirada en Epicuro y Zenón, ha perdido hoy su crédito: conservar y repetir el mundo tal y como es, no parece ni deseable ni posible. La vocación del varón es la acción; necesita producir, combatir, crear, progresar, superarse hacia la totalidad del universo y lo infinito del porvenir; pero el matrimonio tradicional no invita a la mujer a trascenderse con él, sino que la confina en la inmanencia. Así, pues, no puede proponerse otra cosa que edificar una vida equilibrada en la que el presente, prolongado al pasado, escapa a las amenazas del mañana, es decir, precisamente, a edificar una dicha. A falta de amor, experimentará por su marido un sentimiento tierno y respetuoso llamado amor conyugal; encerrará al mundo entero entre las paredes de su hogar, que ella será la encargada de administrar; perpetuará la especie humana a través del porvenir. Sin embargo, ningún existente renuncia jamás a su trascendencia, ni siquiera cuando se obstina en renegar de ella. El burgués de otro tiempo pensaba que, conservando el orden establecido y manifestando sus virtudes por su prosperidad,

servía a Dios, a su patria, a un régimen, a una civilización: ser feliz era cumplir su función de hombre. También la mujer necesita que la vida armoniosa del hogar se supere hacia algunos fines: el hombre será quien sirva de intérprete entre la individualidad de la mujer y el universo, será él quien revista de valor humano esa artificialidad contingente. Al extraer junto a su esposa la energía necesaria para emprender, actuar, luchar, es él quien la justifica; ella solo tiene que dejar su existencia entre las manos de él, que le dará su sentido. Ello supone por su parte una humilde renuncia; pero encuentra en esto su recompensa, porque, guiada, protegida por la fuerza masculina, escapará al abandono original; se hará necesaria. Reina en su colmena, reposando apaciblemente en sí misma en el corazón de su dominio, pero transportada por mediación del hombre a través del universo y el tiempo sin límites. Esposa, madre, ama de casa, la mujer encuentra en el matrimonio, a la vez, la fuerza para vivir y el sentido de la vida. Necesitamos ver cómo se traduce en la realidad ese ideal.

El ideal de la felicidad se ha materializado siempre en la casa, la choza o el castillo; encarna la permanencia y la separación. Entre sus paredes, la familia se constituye en célula aislada y afirma su identidad más allá del paso de las generaciones; el pasado, puesto en conserva bajo forma de muebles y retratos de antepasados, prefigura un porvenir sin riesgos; en el huerto, las estaciones inscriben en legumbres comestibles su ciclo tranquilizador; todos los años, la misma primavera, adornada con las mismas flores, promete el retorno del inmutable verano, del otoño con sus frutos idénticos a los de todos los otoños: ni el tiempo ni el espacio escapan hacia lo infinito, giran sabiamente en redondo. En toda civilización fundada en la propiedad de bienes raíces existe una abundante literatura que canta la poesía y las virtudes de la casa; en la novela de Henry Bordeaux titulada precisamente La maison se resumen todos los valores burgueses: fidelidad al pasado, paciencia, economía, previsión, amor a la familia, al suelo natal, etc.; es frecuente que los chantres de la casa sean mujeres, puesto que su tarea consiste en asegurar la dicha del grupo familiar; su papel, como en la época en que la «dómina» se sentaba en el atrio, consiste en ser «ama de casa». Hoy la casa ha perdido su esplendor patriarcal; para la mayoría de los hombres es solamente un hábitat al que ya no aplasta el recuerdo de las generaciones difuntas y que ya no aprisiona los siglos por venir. Pero la mujer todavía se esfuerza por dar a su «interior» el sentido y el valor que poseía la verdadera casa. En Cannery Road, Steinbeck describe a una vagabunda que se obstina en adornar con tapices y cortinas el viejo tubo abandonado donde vive con su marido: en vano objeta este que la ausencia de ventanas hace inútiles las cortinas.

Esta preocupación es específicamente femenina. Un hombre normal considera los objetos que le rodean como instrumentos; los dispone según los fines para que están destinados; su «orden» -donde la mujer frecuentemente solo verá desorden- consiste en tener a mano sus cigarrillos, sus papeles, sus útiles. Entre otros, los artistas a quienes es dado recrear el mundo a través de una materia -escultores y pintores- se despreocupan por completo del marco en que viven. A propósito de Rodin, escribe Rilke:

> La primera vez que fui a casa de Rodin comprendí que para él la casa no era sino una pura necesidad, nada más: un abrigo contra el frío, un techo bajo el cual dormir. Le era indiferente y no pesaba en absoluto sobre su soledad o su recogimiento. Era en sí mismo donde encontraba un hogar:
>
> Sombra, refugio Y Paz. El mismo se había convertido en su propio cielo, su bosque y su ancho río al que ya nada detiene.

Mas, para hallar un hogar en sí mismo, es preciso, en primer lugar, haberse realizado en obras o actos. El hombre sólo se interesa mediocremente por su interior, puesto que accede al universo entero y puede afirmarse en sus proyectos. En cambio, la mujer está encerrada en la comunidad conyugal: para ella se trata de transformar esa prisión en un reino. Su actitud con respecto al hogar está determinada por esa misma dialéctica que define generalmente su condición: toma al hacerse presa, se libera al abdicar; renunciando al mundo, quiere conquistar un mundo.

No sin pesar cierra tras de sí las puertas del hogar; de soltera, tenía por patria a toda la Tierra; los bosques le pertenecían. Ahora se halla confinada en un angosto espacio; la Naturaleza se reduce a las dimensiones de un tiesto de geranios; las paredes impiden ver el horizonte. Una heroína de Virginia Woolf[184] murmura:

> Ya no distingo el invierno del verano por el estado de la hierba o de los matorrales en las landas, sino por el vapor o el hielo que se forman sobre los cristales de las ventanas. Yo, que antes caminaba por los bosques de hayas, admirando el color azul que adquiere la pluma del

184 *Las olas.*

> arrendajo al caer; yo, que encontraba en mi camino al vagabundo y al pastor.... voy ahora de habitación en habitación con un plumero en la mano.

Pero ella se aplicará en negar esa limitación. Encierra entre sus paredes, bajo formas más o menos costosas, la fauna y la flora terrestres, los países exóticos, las épocas pasadas; encierra allí a su marido, que resume para ella a toda la colectividad humana, y a su hijo, que, bajo una forma portátil, le da todo el porvenir. El hogar se convierte en el centro del mundo e incluso en su única verdad; como observa justamente Bachelard, es «una suerte de contrauniverso o un universo de lo contrario»; refugio, retiro, gruta, vientre, protege contra las amenazas de fuera: y esta confusa exterioridad es la que se hace irreal. Al anochecer, sobre todo, cuando se cierran las contraventanas, la mujer se siente reina; la luz que el sol universal derrama al mediodía, la molesta; por la noche, ya no se siente desposeída, porque anula lo que no posee; ve brillar una luz bajo la pantalla, una luz que es suya y que ilumina exclusivamente su morada: no existe nada más. Un texto de Virginia Woolf nos muestra cómo la realidad se concentra en la casa, mientras el espacio exterior desaparece:

> Ahora la noche era mantenida aparte por los cristales de las ventanas, y estos, en lugar de ofrecer una visión exacta del mundo exterior, lo alabeaban de extraña manera, hasta el punto de que el orden, la fijeza, la tierra firme, parecían haberse instalado en el interior de la casa; fuera, por el contrario, ya no había más que un reflejo en el que las cosas transmutadas en fluidas temblaban y desaparecían.

Gracias a los terciopelos, las sedas y las porcelanas de que se rodea podrá la mujer satisfacer en parte esa sensualidad prensora a la que no da satisfacción ordinariamente su vida erótica; también hallará en esa decoración una expresión de su personalidad; ha sido ella quien ha elegido, fabricado, «descubierto» muebles y chucherías; ella quien los ha dispuesto según una estética en la que la preocupación por la simetría ocupa generalmente un amplio lugar; esos objetos le reenvían su imagen singular, al mismo tiempo que testimonian socialmente cuál es su nivel de vida. Por tanto, su hogar es para ella la parte que le ha correspondido en este mundo, la expresión de su valía social y de su verdad más íntima. Como no hace nada, se busca ávidamente en lo que tiene.

A través de las faenas domésticas es como la mujer realiza la apropiación de su «nido»; por ese motivo, aunque «se haga ayudar», tiene mucho interés en intervenir en todo; al menos, vigilando, controlando, criticando, se aplica a hacer suyos los resultados obtenidos por los servidores. De la administración de su morada extrae ella su justificación social; su tarea consiste también en velar por la alimentación, la ropa y, de una manera general, por la conservación de la sociedad familiar. Así se realiza ella, también ella, como una actividad. Pero ya se verá que se trata de una actividad que no la arranca a su inmanencia y que no le permite una afirmación singular de sí misma.

Se ha ponderado en grado sumo la poesía de las tareas domésticas. Es verdad que esas faenas hacen que la mujer se las tenga que haber con la materia y que realice con los objetos una intimidad que es descubrimiento del ser y que, por tanto, la enriquece. En A la recherche de Marie, Madeleine Bourdhouxe describe el placer que experimenta su heroína cuando extiende sobre el horno la pasta de limpiar: percibe en la punta de los dedos la libertad y el poder cuya brillante imagen le devuelve el hierro bien fregado.

> Cuando sube de la bodega, le gusta ese peso de los baldes llenos, que pesan más en cada escalón que asciende. Siempre ha tenido el gusto de las materias simples, que tienen su propio olor, su rugosidad o su forma. Y desde entonces sabe cómo manejarlas. Marie tiene unas manos que, sin vacilación, sin un movimiento de retroceso, se hunden en los hornos apagados o en las aguas jabonosas, desenmohecen y engrasan el hierro, extienden ceras, recogen con un solo y amplio gesto circular las mondas que cubren una mesa. Es un entendimiento perfecto, una camaradería entre las palmas de sus manos y los objetos que toca.

Multitud de escritoras han hablado con amor de la ropa blanca, limpia y recién planchada, del esplendor azulado del agua jabonosa, de las sábanas blancas, del cobre reluciente. Cuando el ama de casa limpia y lustra los muebles, «sueños de impregnación sostienen la dulce paciencia de la mano que da belleza a la madera a través de la cera», dice Bachelard. Concluida la tarea, el ama de casa conoce el gozo de la contemplación. Mas, para que se revelen las cualidades preciosas: el pulido de una mesa, el brillo de un candelabro, la albura helada y almidonada de la ropa blanca, es preciso primero que se haya ejercido una acción negativa; es preciso que haya sido expulsado todo principio malo. He ahí, escribe Bachelard, el ensueño esencial al cual se abandona el ama de casa:

he ahí el ensueño de la limpieza activa, es decir, de la limpieza conquistada contra la suciedad. Bachelard lo describe de esta forma[185]:

(1)

> Así, pues, parece que la imaginación de la lucha por la limpieza necesita una provocación. Esta imaginación debe excitarse con una cólera maligna. ¡Con qué aviesa sonrisa se recubre el cobre del grifo con la pasta para limpiar! Se le carga con las inmundicias de un trípoli extendido sobre el sucio y grasiento trapo de cocina. La amargura y la hostilidad se acumulan en el corazón del trabajador. ¿Por qué trabajos tan vulgares? Pero llega el instante del paño seco, y entonces aparece la maldad alegre, la maldad vigorosa y locuaz: grifo, serás un espejo; caldero, serás un sol... Por fin, cuando el cobre brilla y ríe con la grosería de un buen muchacho, la paz se hace. El ama de casa contempla satisfecha sus victorias rutilantes.

Ponge ha evocado la lucha que se desarrolla, en el corazón de la lavandera, entre la inmundicia y la pureza (1):

(1) Véase LIASSES: La lessiveuse.

> Quien no ha vivido un invierno, por lo menos, en la amigable compañía de una coladora, ignora todo respecto a cierto orden de cualidades y de emociones sumamente conmovedoras.
>
> Es preciso haberla levantado del suelo con un solo y tremante esfuerzo, repleta de su carga de inmundos tejidos, para llevarla al horno, donde hay que arrastrarla de cierta manera para asentarla justamente en el redondel del hogar.
>
> Hay que haber atizado la leña debajo de ella, removerla progresivamente; hay que haber tanteado a menudo sus paredes tibias o calientes; haber escuchado después el profundo rumor interior, y, a partir de ese momento, haber levantado la tapa varias veces para verificar la presión de los chorros y la regularidad del riego **{**489**}**.
>
> Hay que haberla vuelto a abrazar, hirviendo todavía, para depositarla de nuevo en el suelo...
>
> La coladora está concebida de tal forma que, llena de un montón de tejidos innobles, la emoción interior y la hirviente indignación que por ello siente se resuelven en lluvia sobre ese montón de tejidos innobles que le revuelve el corazón -casi perpetuamente-, y todo ello termina en una purificación...
>
> Es verdad que la ropa blanca, cuando la recibe la coladora, ya había sido despojada en parte de su mugre...
>
> No por ello deja de experimentar una noción o sentimiento de suciedad difusa de las cosas en el interior de sí misma, y de la cual, a fuerza de emoción, de hervores y de esfuerzos, logra librarse y librar a los tejidos, de tal modo que estos, aclarados bajo una catarata de agua fresca, van a presentarse revestidos de una blancura extrema.
>
> Y he aquí que el milagro se ha producido, en efecto:
>
> De pronto se despliegan mil banderas blancas -que atestiguan, no una capitulación, sino una victoria-, y que tal vez no son únicamente el signo de la limpieza corporal de los habitantes del lugar...

Estas dialécticas pueden prestar a las faenas domésticas el atractivo de un juego: la niña se divierte gustosa sacando brillo a la plata, frotando los tiradores de las puertas. Mas para que la mujer encuentre en ello satisfacciones positivas es preciso que consagre sus cuidados a un interior del que se sienta orgullosa; de lo contrario, no conocerá jamás el placer de la contemplación, único capaz de recompensar su esfuerzo. Un periodista norteamericano[186], que ha vivido varios meses entre los «blancos pobres» del sur de Estados Unidos, ha descrito el patético destino de una de esas mujeres abrumadas de trabajo que se encarnizan vanamente por hacer habitable un tugurio. Vivía con su marido y siete hijos en una barraca de madera, con las paredes cubiertas de hollín, llena de chinches; había intentado «adecentar la casa»; en la pieza principal, la chimenea recubierta de un enlucido de

[185] BACHELARD: *La terre et les rêveries du repos*.
[186] Véase ALGEE: *Let us now praise famous men*

cal de tono azulado, una mesa y algunos cuadros colgados de las paredes evocaban una especie de altar. Pero el tugurio seguía siendo un tugurio, y la señora G.... con lágrimas en los ojos, decía: «¡Ah, cómo detesto esta casa! ¡Creo que no hay nada en el mundo capaz de adecentarla!» Legiones de mujeres sólo comparten así una fatiga indefinidamente recomenzada en el curso de un combate que jamás proporciona la victoria. Hasta en los casos más privilegiados, esa victoria nunca es definitiva. Hay pocas tareas más emparentadas con el suplicio de Sísifo que las del ama de casa; día tras día, es preciso lavar los platos, quitar el polvo a los muebles y repasar la ropa; y mañana todo eso volverá a estar sucio, polvoriento y roto. El ama de casa se consume sin cambiar de lugar; no hace nada: perpetúa solamente el presente; no tiene la impresión de conquistar un Bien positivo, sino de luchar indefinidamente contra el Mal. Es una lucha que se renueva todos los días. Es conocida la historia de ese ayuda de cámara que se negaba melancólicamente a limpiar los zapatos de su amo. «¿Para qué? -decía-. Mañana habrá que volver a hacerlo.» Muchas jóvenes todavía no resignadas, comparten ese desaliento. Recuerdo la disertación de una alumna de dieciséis años que empezaba, poco más o menos, con estas palabras: «Hoy es día de limpieza general. Oigo el ruido del aspirador que mamá desplaza por el salón. Quisiera huir. Me juro a mí misma que, cuando sea mayor, nunca habrá en mi casa un día de limpieza general.» La niña ve el porvenir como una ascensión indefinida hacia no se sabe qué cima. De pronto, en la cocina donde la madre friega la vajilla, la niña comprende que, desde hace años, todos los días después de la comida, a la misma hora, aquellas manos se han sumergido en el agua grasienta y han limpiado la porcelana con el trapo rugoso. Y hasta la muerte estarán sometidas a esos ritos. Comer, dormir, limpiar... Los años ya no escalan el cielo, se extienden idénticos y grises en una capa horizontal; cada día imita al que le precede; es un eterno presente, inútil y sin esperanza. En el cuento titulado La potissière, Colette Audry ha descrito sutilmente la triste vanidad de una actividad que se encarniza contra el tiempo:

> Al día siguiente, al pasar la escoba por debajo del sofá, recogió algo que en principio tomó por un viejo trozo de algodón o un poco de plumón. Pero era una pelusilla de polvo como las que se forman en lo alto de los armarios que se olvida limpiar, o detrás de los muebles, entre la pared y la madera. Permaneció pensativa ante aquella curiosa sustancia. De modo que no hacía más que ocho o diez semanas que vivían en aquellas habitaciones, y ya, pese a la vigilancia de Juliette, un copo de polvo había tenido tiempo de formarse, de engordar, agazapado en la sombra, como aquellos animales grisáceos que la asustaban cuando era pequeña. Una fina ceniza de polvo delata negligencia, un principio de abandono; es el impalpable depósito del aire que se respira, de los vestidos que flotan, del viento que penetra por las ventanas abiertas; pero aquel copo representaba ya un segundo estado del polvo, el polvo triunfante, un espesamiento que toma forma y de depósito se convierte en residuo. Era casi bonito a la vista, transparente y ligero como copetes de espinos, pero más apagado.
>
> ... El polvo había ganado en velocidad a toda la potencia aspiradora del mundo. Se había adueñado del mundo, y el aspirador no era más que un objeto-testigo destinado a mostrar todo lo que la especie humana era capaz de echar a perder en cuanto a trabajo, materia e ingenio para luchar contra la irresistible suciedad. Era el desecho convertido en instrumento.
>
> ....La causa de todo era su vida en común, sus pequeñas comidas, que dejaban desperdicios, sus dos polvos que se mezclaban por doquier... Cada hogar segrega esas basuritas que es preciso destruir para que dejen sitio a otras nuevas... ¡Qué vida se da una para poder salir con una blusa limpia que atraiga la mirada de los transeúntes, para que un ingeniero, que es vuestro marido, esté presentable! Por la cabeza de Marguerite cruzaban fórmulas y más fórmulas: vigilar la conservación del parquet... Para la limpieza de los cobres emplear... Estaba encargada del mantenimiento de dos seres cualesquiera hasta el fin de sus días.

Lavar, planchar, barrer, sacar la pelusilla agazapada bajo la sombra de los armarios es detener la muerte, pero también rechazar la vida: porque, con un solo movimiento, el tiempo crea y destruye; el ama de casa solo capta su aspecto negativo. Su actitud es la del maniqueísta. Lo propio del maniqueísmo no es solamente reconocer dos principios, uno bueno y otro malo, sino plantear que el bien se obtiene por la abolición del mal y no por un movimiento positivo; en este sentido, el cristianismo es muy poco maniqueísta, pese a la existencia del diablo, porque como mejor se combate al demonio es consagrándose a Dios y no ocupándose de aquel con objeto de vencerlo. Toda doctrina de la trascendencia y de la libertad subordina la derrota del mal al progreso hacia el bien. Pero la mujer no ha sido llamada para edificar un mundo mejor; la casa, las habitaciones, la ropa sucia, el parqué, son cosas fijas: ella no puede hacer otra cosa que rechazar indefinidamente los principios malignos que allí se deslizan; ataca el polvo, las manchas, el barro, la grasa; combate el pecado, lucha contra Satanás. Pero es un triste destino el tener que rechazar sin descanso a un enemigo, en lugar de dirigirse hacia fines positivos; con frecuencia el ama de casa sufre ese destino llena de rabia. Bachelard pronuncia a este respecto la palabra «maldad»; también se la encuentra

bajo la pluma de los psicoanalistas. Para estos, la manía doméstica es una forma de sadomasoquismo; lo propio de las manías y de los vicios es comprometer la libertad para que quiera lo que no quiere; como detesta que su sino sea lo negativo, la suciedad, el mal, el ama de casa maníaca se encarniza llena. de furia contra el polvo, reivindicando una suerte que le repugna. A través de los desechos que deja en pos de sí toda expansión viva, ella se adhiere a la vida misma. Tan pronto como un ser vivo entra en sus dominios, sus ojos brillan con fulgor maligno. «Límpiate los pies; no lo pongas todo patas arriba; no toques eso.» Querría impedir que respirase todo su entorno: el menor soplo es una amenaza. Todo acontecimiento implica la amenaza de un trabajo ingrato: un tropezón del niño es un desgarrón que reparar. Al no ver en la vida más que promesas de descomposición, exigencias de un esfuerzo indefinido, pierde toda alegría de vivir; su mirada se hace dura, su rostro aparece preocupado, serio, siempre alerta; se defiende mediante la prudencia y la avaricia. Cierra las ventanas porque con el sol se introducirían también insectos, gérmenes y polvo; además, el sol se come la seda de las cortinas; los sillones antiguos son enfundados y embalsamados con naftalina, porque la luz los ajaría. Ni siquiera encuentra placer en exhibir esos tesoros a los visitantes: la admiración mancha.

Esa desconfianza se torna en acritud y suscita hostilidad con respecto a todo cuanto vive. Se ha hablado a menudo de esas burguesas de provincias que se ponen guantes blancos para asegurarse de que sobre los muebles no queda un polvo invisible: a mujeres de esa especie fue a las que ejecutaron las hermanas Papin hace unos años; su odio a la suciedad no se distinguía de su odio a los criados, al mundo entero y a ellas mismas.

Hay pocas mujeres que elijan desde su juventud un vicio tan tétrico. Las que aman generosamente la vida encuentran en ello una defensa contra semejante vicio. Colette nos dice de Sido:

> Era ágil y dinámica, pero no un ama de casa excesivamente aplicada; limpia, aseada, delicada, pero lejos de ese genio maníaco y solitario que cuenta las servilletas y toallas, los trozos de azúcar y las botellas llenas. Con la franela en la mano y vigilando a la sirvienta, que limpiaba despaciosamente los cristales de las ventanas mientras reía con el vecino, se le escapaban gritos nerviosos, impacientes llamadas a la libertad: «Cuando limpio largamente y con esmero mis tazas de China -decía-, me siento envejecer.» Coronaba lealmente su tarea. Entonces, franqueaba los dos escalones de nuestro umbral y entraba en el jardín. Inmediatamente, se esfumaban su *excitación taciturna y su rencor*.

En esa nerviosidad y en ese rencor es en lo que se complacen las mujeres frígidas o frustradas, las solteronas, las esposas engañadas, aquellas a quienes un marido autoritario condena a una existencia solitaria y vacía. He conocido, entre otras, a una anciana que todas las mañanas se levantaba a las cinco para inspeccionar sus armarios y empezar de nuevo a ordenar las cosas; parece ser que, cuando tenía veinte años, era alegre y coqueta; encerrada luego en una propiedad aislada, con un marido que la descuidaba y un hijo único, se dio a poner las cosas en orden como otros se dan a la bebida.

En la Elise de Chroniques maritales[187], el gusto por lo doméstico proviene del deseo exasperado de reinar sobre un universo, de una exuberancia viva y de una voluntad de dominio que, a falta de objeto, gira en vacío; es también un desafío al tiempo, al universo, a la vida, a los hombres, a todo cuanto existe.

> Desde las nueve, después de cenar, está lavando. Es medianoche. Yo había dormitado un poco, pero su coraje, como si insultase a mi reposo dándole aire de holgazanería, me ofende.
>
> ELISE. Para hacer la limpieza no hay que temer ensuciarse las manos.
>
> Y la casa estará pronto tan limpia, que nadie se atreverá ya a vivir en ella. Hay lechos para descansar, mas para descansar a su lado, sobre el parqué. Los almohadones están demasiado limpios. Da miedo mancharlos o arrugarlos al apoyar en ellos la cabeza o los pies, y cada vez que piso una alfombra, me sigue una mano armada de un artefacto mecánico o de un trapo que borra mi huella.
>
> Por la noche:
>
> -Ya está.

[187] JOUHANDEAU: *Chroniques maritales*

> ¿De qué se trata para ella, desde que se levanta hasta que se duerme? De desplazar cada objeto y cada mueble, y de tocar en todas sus dimensiones el parqué, las paredes y los techos de su casa.
>
> Por el momento, quien triunfa es la asistenta que lleva dentro. Cuando ha limpiado el polvo del interior de los armarios, también se lo limpia a los geranios de las ventanas.
>
> SU MADRE. Elise está siempre tan atareada, que no se percata de que existe.

Las faenas domésticas, en efecto, permiten a la mujer una huida indefinida lejos de sí misma. Chardonne dice justamente:

> Es una tarea meticulosa y desordenada, sin freno ni límites. En la casa, una mujer segura de agradar alcanza pronto un punto de desgaste, un estado de distracción y de vacío mental que la suprimen...

Esa huida, ese sadomasoquismo en que la mujer se encarniza contra los objetos y contra sí misma, a la vez, tiene a menudo un carácter precisamente sexual. «Las faenas domésticas, que exigen la gimnasia del cuerpo, son el burdel asequible a la mujer», dice Violette Leduc[188]. Es notable que el gusto por la limpieza adquiera una importancia suprema en Holanda, donde las mujeres son frías, y en las civilizaciones puritanas, que oponen a los goces de la carne un ideal de orden y de pureza. Si el Mediodía mediterráneo vive en medio de una suciedad gozosa, no es solo porque el agua escasee: el amor a la carne y a su animalidad conduce a tolerar el olor humano, la grasa y hasta los parásitos.

La preparación de las comidas es un trabajo más positivo y con frecuencia más gozoso que el de la limpieza. Implica, en primer lugar, el momento de ir al mercado, que para muchas amas de casa es el momento privilegiado de la jornada. La soledad del hogar pesa sobre la mujer tanto más cuanto que las tareas rutinarias no absorben su espíritu. En las poblaciones del Mediodía, es feliz cuando puede coser, lavar, pelar legumbres, sentada a la puerta de su casa, mientras charla con otras mujeres; ir a buscar agua al río constituye una gran aventura para las musulmanas semienclaustradas: en una pequeña aldea de Kabylia he visto a las mujeres destrozar la fuente que un administrador había hecho construir en la plaza; bajar por las mañanas todas juntas hasta el arroyo que corría al pie de la colina era su única distracción. Mientras efectúan sus compras, en las colas, en las tiendas, en las esquinas de las calles, las mujeres entablan conversaciones en las cuales afirman «valores domésticos» y cada una de ellas extrae el sentido de su propia importancia; se sienten miembros de una comunidad que -por un instante- se opone a la sociedad de los hombres como lo esencial a lo inesencial. Pero, sobre todo, la compra representa un profundo placer: es un descubrimiento, casi un invento. Gide observa en su Journal que los musulmanes que no conocen el juego lo han sustituido por el descubrimiento de tesoros escondidos; esa es la poesía y la aventura de las civilizaciones mercantiles. El ama de casa ignora la gratuidad del juego: pero un repollo con buen cogollo o un buen queso de Camembert son tesoros que el comerciante disimula maliciosamente y que es preciso escamotearle; entre vendedor y compradora se establecen relaciones de lucha y astucia: para esta, la apuesta consiste en procurarse la mejor mercancía al precio más bajo; la extremada importancia concedida a la más mínima economía no podría explicarse por la única preocupación de equilibrar un presupuesto difícil: hay que ganar una partida. Mientras inspecciona con recelo los puestos de los vendedores, el ama de casa es reina; el mundo está a sus pies, con sus riquezas y sus trampas, para que ella se haga con un botín. Saborea un triunfo fugaz cuando vacía sobre la mesa la bolsa de las provisiones. Coloca en la alacena las conservas y los géneros no perecederos que la aseguran contra el porvenir, y contempla con satisfacción la desnudez de las legumbres y de las carnes que va a someter a su poder.

El gas y la electricidad han matado la magia del fuego; pero, en el campo, muchas mujeres conocen todavía el gozo de extraer llamas vivas de la madera inerte. Una vez encendido el fuego, he ahí a la mujer convertida en hechicera. Con un simple movimiento de la mano -cuando bate huevos o amasa una pasta-, o por medio de la magia del fuego, realiza la transmutación de las sustancias; la materia se hace alimento. Colette describe el hechizo de esas alquimias:

> Todo es misterio, magia, sortilegio; todo cuanto se cumple entre el momento de colocar sobre el fuego la olla, el escalfador, la marmita y su contenido y el momento pleno de dulce ansiedad, de voluptuosa esperanza, en que destapáis en la mesa la fuente humeante...

188 *L'affamée*.

Entre otras cosas, y llena de complacencia, pinta las metamorfosis que se operan en el secreto de las cálidas cenizas:

> La ceniza de madera cuece sabrosamente lo que se le confía. La manzana o la pera alojadas en un nido de cálidas cenizas salen de allí arrugadas, acecinadas, pero muelles debajo de su piel como el vientre de un topo, y por muy bonne femme que se haga la manzana en el horno de la cocina, está lejos de ser esta confitura encerrada bajo su envoltura original, congestionada de sabor y que no ha exudado -si sabéis hacerlo como es debido- más que un solo llanto de miel... Un alto caldero de tres pies contenía una ceniza tamizada que no veía jamás el fuego. Repleto de patatas, vecinas, pero sin tocarse, plantado sobre sus negras patas encima de las brasas, el caldero nos facilitaba tubérculos blancos como la nieve, quemantes y escamosos.

Las escritoras han celebrado particularmente la poesía de las compotas: vasta empresa es casar en los lebrillos de cobre el azúcar sólida y pura con la muelle pulpa de las frutas; espumeante, viscosa, ardiente, la sustancia que se elabora es peligrosa: es una lava en ebullición que el ama de casa doma y cuela orgullosamente en los potes. Cuando los viste de pergamino e inscribe la fecha de su victoria, es su triunfo sobre el tiempo: ha apresado la duración en la trampa del azúcar, ha metido la vida en tarros. La cocina hace algo más que penetrar y revelar la intimidad de las sustancias. Las modela de nuevo, las recrea. En el trabajo con la pasta experimenta su poder. «Lo mismo que la mirada, la mano tiene también sus ensueños y su poesía», dice Bachelard[189]. Y habla de esa «flexibilidad de la plenitud, esa flexibilidad que llena la mano, que se refleja sin fin de la materia a la mano y de la mano a la materia». La mano de la cocinera que amasa es una «mano feliz» y la cocción reviste aún a la pasta de un nuevo valor. «La cocción es así un gran devenir material, un devenir que va de la palidez al dorado, de la pasta a la corteza (2)»: la mujer puede hallar una satisfacción singular en el logro de un pastel, de una pasta hojaldrada, porque ese logro no les es concedido a todos: hay que poseer un don especial. «Nada más complicado que el arte de las pastas -escribe Michelet-. Nada que menos se reglamente, que menos se aprenda. Hay que haber nacido. Todo es un don de la madre.»

Todavía en este dominio, se comprende que la niña se divierta apasionadamente cuando imita a sus mayores: con tiza, con hierba, juega a fabricar ersatz; y aún es más dichosa cuando tiene por juguete un verdadero y pequeño horno, o cuando su madre la admite en la cocina y le permite que amase entre sus manos la pasta del pastel o que corte el caramelo recién fundido. Pero sucede con esto lo mismo que con los cuidados de la casa: la repetición agota pronto esos placeres. Entre los indios, que se alimentan esencialmente de tortillas de maíz, las mujeres pasan la mitad del tiempo amasando, cociendo, recalentando y volviendo a amasar las tortas idénticas bajo cada techo, idénticas a través de los siglos, porque las mujeres indias apenas son sensibles a la magia del horno. No se puede transformar el mercado todos los días en una caza del tesoro ni extasiarse ante un grifo resplandeciente. Son, sobre todo, los hombres y mujeres escritores quienes exaltan líricamente esos triunfos, porque ellos no realizan las faenas domésticas o lo hacen raramente. Cotidiano, ese trabajo se hace monótono y maquinal; está acribillado de esperas: hay que esperar que el agua hierva, que el asado esté en su punto, que se haya secado la ropa; incluso si se organizan las diferentes tareas, quedan largos momentos de pasividad y vacío, que transcurren la mayor parte de las veces en medio del aburrimiento; no son entre la vida presente y la del mañana más que un intermediario inesencial. Si el individuo que las ejecuta es un productor, un creador, entonces se integran en su existencia de manera tan natural como las funciones orgánicas; por ese motivo, las servidumbres cotidianas parecen mucho menos tristes cuando son ejecutadas por hombres; para ellos solo representan un momento negativo y contingente del cual se apresuran a evadirse. Pero lo que hace ingrata la suerte de la mujer-sirvienta **}** es la división del trabajo que la consagra toda entera a lo general y a lo inesencial; el hábitat, el alimento, son útiles para la vida, pero no le confieren ningún sentido: los fines inmediatos del ama de casa no son más que medios, no verdaderos fines, y en ellos no se reflejan sino proyectos anónimos. Se comprende que para animarse en esa tarea, la mujer trate de conquistar en ella su singularidad y revestir de un valor absoluto los resultados obtenidos; tiene sus ritos, sus supersticiones, se aferra a su manera de colocar el cubierto, de disponer las cosas de la sala, de hacer un zurcido, de guisar un plato; se persuade de que, en su lugar, nadie podría hacer tan bien como ella un asado o bruñir un objeto; si el marido o la hija quieren ayudarla o intentan pasarse sin ella, les quita de las manos la aguja o la escoba. «No eres capaz de pegar un botón.» Con tierna ironía, Dorothy Parker[190] ha descrito el desconcierto de una mujer joven, convencida de que debe aportar a la disposición de su hogar una nota personal y no sabe cómo hacerlo.

[189] *La terre et les rêveries de la volonté*
[190] Véase *Too bad*

> La señora de Ernest Weldon erraba por el estudio bien arreglado, dando algún que otro de esos pequeños toques femeninos. No era especialmente experta en el arte de dar toques. La idea era agradable y atrayente. Antes de casarse, se había imaginado que se pasearía dulcemente por su nueva vivienda, desplazando aquí una rosa, enderezando allí una flor y transformando así una casa en un «hogar». Incluso ahora, después de siete años de matrimonio, gustaba imaginarse entregada a tan graciosa ocupación. Pero, aunque todas las noches lo intentaba conscientemente, tan pronto como las lámparas de pantalla rosa se encendían, se preguntaba un tanto afligida cómo se las arreglaría para realizar aquellos minúsculos milagros que hacen un interior completamente diferente... Dar un toque femenino era misión de la esposa. Y la señora Weldon no era mujer que esquivase sus responsabilidades. Con aire de incertidumbre casi lastimosa, tanteaba en la chimenea, levantaba un pequeño jarrón japonés y permanecía de pie, con el jarrón en la mano, examinando la estancia con expresión desesperada... Luego retrocedía unos pasos y consideraba sus innovaciones. Era increíble los escasos cambios que habían introducido en la pieza.

En esta búsqueda de la originalidad o de una perfección singular, la mujer malgasta mucho tiempo y considerables esfuerzos; eso es lo que presta a su trabajo el carácter de una «tarea meticulosa y desordenada, sin freno ni límites» que señala Chardonne y que tan difícil hace apreciar la carga que verdaderamente representan las preocupaciones domésticas. Según una reciente encuesta (publicada en 1947 por el diario Combat bajo la firma de C. Hébert), las mujeres casadas consagran unas tres horas cuarenta y cinco minutos a las faenas domésticas (arreglo de la casa, aprovisionamiento, etc.) todos los días laborables, y ocho horas los días de fiesta, es decir, en total treinta horas por semana, lo que corresponde a las tres cuartas partes de la duración del trabajo semanal de una obrera o de una empleada; es enorme si esa tarea se agrega a un oficio; es poco si la mujer no tiene otra cosa que hacer (tanto más cuanto que la obrera y la empleada pierden tiempo en desplazamientos que no tienen equivalente en este caso). El cuidado de los niños, si son numerosos, hace considerablemente más pesadas las tareas de la mujer: una madre de familia pobre consume sus energías a lo largo de una jornada desordenada. Por el contrario, las burguesas que se hacen ayudar viven casi en el ocio, y el rescate que pagan por ese ocio es el tedio. Como se aburren, muchas de ellas complican y multiplican indefinidamente sus deberes, de manera que se vuelven más fatigosos que un trabajo calificado. Una amiga que había sufrido varias crisis de depresión nerviosa me decía que, cuando su salud era buena, llevaba la casa casi sin darse cuenta de ello y le sobraba tiempo para dedicarlo a ocupaciones mucho más estimulantes; cuando una neurastenia le impedía dedicarse a estos otros trabajos, entonces se dejaba engullir por las preocupaciones domésticas y se las veía y se las deseaba para rematarlas, aunque les dedicase jornadas enteras.

Lo más triste es que ese trabajo no desemboca ni siquiera en una creación perdurable. La mujer se siente tentada -y tanto más cuanto más cuidados le prodiga- de considerar su obra como un fin en sí. Contemplando el pastel que sale del horno, suspira: «¡Es una lástima tener que comérselo!» Es verdaderamente una lástima que el marido y los hijos arrastren los pies llenos de barro por el parqué encerado. Cuando las cosas sirven para algo, o se manchan o se destruyen, y ella se siente tentada, como ya hemos visto, de sustraerlas a todo uso; esta, conserva la compota hasta que la invade el moho; aquella, cierra la salita con llave. Pero no se puede detener el tiempo; las provisiones atraen a las ratas; los gusanos se introducen en ellas. La polilla se come las colchas, las cortinas, la ropa: el mundo no es un sueño de piedra, está hecho de una sustancia sospechosa y, amenazada por la descomposición. La materia comestible es tan equívoca como los monstruos de carne de Dalí: parecía inerte, inorgánica, pero las larvas ocultas la han metamorfoseado en cadáver. El ama de casa, que se enajena en las cosas, depende, como las cosas, del mundo entero: la ropa blanca amarillea, el asado se quema, la porcelana se rompe; son desastres absolutos, porque las cosas, cuando se pierden, se pierden irreparablemente. Imposible obtener a través de ellas permanencia y seguridad. Las guerras, con los saqueos y las bombas, amenazan los armarios, la casa.

Así, pues, es preciso que el producto del trabajo doméstico se consuma; se exige de la mujer una constante renuncia, pues sus operaciones solo terminan con su destrucción. Para que consienta en ello sin lamentarse, hace falta, por lo menos, que esos menudos holocaustos enciendan en alguna parte una alegría, un placer. Pero, como el trabajo doméstico se agota en mantener un statu quo, el marido, al volver a casa, observa el desorden y la negligencia, pero, en cambio, el orden y la limpieza le parecen cosas naturales, que se dan por supuestas. Denota un interés más positivo por una comida bien preparada. El momento en que triunfa la cocinera es aquel en que coloca en la mesa un plato logrado: marido e hijos lo acogen con calor, no solo verbalmente, sino consumiéndolo gozosamente. La alquimia culinaria prosigue, el alimento se convierte en quilo y sangre. El mantenimiento de un cuerpo tiene un interés más concreto, más vital que el de un parqué; de manera evidente, el esfuerzo de la cocinera trasciende al porvenir. Sin embargo, si es menos vano descansar

en una libertad extraña que enajenarse en las cosas, no es menos peligroso. Solamente en la boca de los invitados halla el trabajo de la cocinera su verdad; necesita sus sufragios; exige que aprecien sus platos, que repitan; se irrita si ya no tienen apetito: hasta el punto de que ya no se sabe si las patatas fritas están destinadas al marido o el marido a las patatas fritas. Este equívoco se encuentra también en el conjunto de la actitud de la mujer «de su casa»: ella cuida la casa para su marido; pero exige que este destine todo el dinero que gane a la compra de muebles o de un frigorífico. Quiere hacerle feliz, pero de sus actividades solamente aprueba aquellas que entran en el marco de la dicha que ella ha fabricado.

Ha habido épocas en que estas pretensiones eran generalmente satisfechas: en los tiempos en que la felicidad era también el ideal del hombre, cuando estaba apegado, ante todo, a su casa, a su familia, y cuando los hijos mismos optaban por definirse a través de sus padres, sus tradiciones, su pasado. La que reinaba en el hogar, la que presidía la mesa Ira reconocida como soberana; todavía desempeña ese glorioso papel en el hogar de ciertos propietarios de bienes raíces, entre algunos campesinos ricos, que perpetúan esporádicamente la civilización patriarcal. Pero, en conjunto, el matrimonio es hoy día la supervivencia de costumbres fenecidas y la situación de la esposa es mucho más ingrata que antes, porque todavía tiene los mismos deberes, pero no le confieren ya los mismos derechos; tiene que ejecutar las mismas tareas, sin que ello le reporte recompensa ni honores. El hombre, hoy, se casa para anclarse en la inmanencia, pero no para encerrarse en ella; quiere un hogar, pero permaneciendo libre para evadirse de él; se fija, pero a menudo sigue siendo un vagabundo en el fondo de su corazón; no desprecia la dicha, pero no hace de ella un fin en sí misma; la repetición le aburre; busca la novedad, el riesgo, las resistencias a vencer, camaraderías, amistades que le arranquen de su soledad de dos en compañía. Los hijos, aún más que el marido, desean sobrepasar los límites del hogar: su vida está en otra parte, ante ellos; el niño desea siempre lo que es de otro. La mujer trata de constituir un universo de permanencia y de continuidad: marido e hijos quieren sobrepasar la situación que ella crea y que para ellos no es más que un dato. Por eso, si a ella le repugna admitir lo precario de las actividades a las cuales dedica toda su existencia, se ve impulsada a imponer sus servicios por la fuerza: de madre y ama de casa se convierte en madrastra y arpía.

Así, el trabajo que la mujer ejecuta en el interior del hogar no le confiere una autonomía; no es directamente útil a la colectividad, no desemboca en el porvenir, no produce nada. Solo adquiere su sentido y su dignidad cuando está integrado en existencias que trascienden hacia la sociedad en la producción y la acción: es decir, que, lejos de manumitir a la matrona, la sitúa bajo la dependencia del marido y de los hijos; a través de ellos se justifica ella, que no es en sus vidas más que una mediación inesencial. El hecho de que el Código haya suprimido de sus deberes el de la «obediencia» no cambia en nada su situación, que no descansa en la voluntad de los esposos, sino en la estructura misma de la comunidad conyugal. A la mujer no le está permitido hacer una obra positiva y, por consiguiente, hacerse reconocer como una persona completa. Por respetada que sea, no deja de ser una criatura subordinada, secundaria, parasitaria. La pesada maldición que gravita sobre ella consiste en que el sentido mismo de su existencia no está en sus manos. Por esa razón, los éxitos y los fracasos de su vida conyugal revisten mucha mayor gravedad para ella que para el hombre: este es un ciudadano, un productor, antes de ser marido; ella es, ante todo, y con frecuencia exclusivamente, una esposa; su trabajo no la arranca a su condición; por el contrario, es de esta de donde aquel extrae o no su valor. Enamorada, generosamente entregada, realizará sus tareas con alegría; pero se le antojarán insípidas servidumbres si las cumple con rencor. En su destino, no representarán jamás sino un papel inesencial; en los avatares de la vida conyugal, no serán una ayuda. Así, pues, necesitamos ver cómo se vive concretamente esa condición esencialmente definida por el «servicio» de la cama y el «servicio» de la casa, y en los cuales la mujer solo encuentra su dignidad si acepta su vasallaje.

Una crisis ha sido la que ha hecho pasar a la muchacha de la infancia a la adolescencia; una crisis más aguda es la que la precipita a su vida de adulta. A los trastornos que provoca fácilmente en la mujer una iniciación sexual un poco brusca se superponen las angustias inherentes a todo «paso» de una condición a otra.

> «Ser lanzada como por un horrendo relámpago a la realidad y el conocimiento por medio del matrimonio, sorprender en contradicción el amor y la vergüenza, tener que sentir en un mismo objeto el arrebato, el sacrificio, el deber, la piedad y el espanto, a causa de la inesperada vecindad entre Dios y la bestia... He ahí cómo se ha creado un enmarañamiento del alma cuyo igual sería vano buscar», escribe Nietzsche.

La agitación del tradicional «viaje de novios» estaba destinada, en parte, a enmascarar esa crisis: arrojada durante unas semanas fuera del mundo cotidiano, rotos provisionalmente todos los lazos con

la sociedad, la mujer ya no se situaba en el espacio, en el tiempo, en la realidad[191]. Pero, tarde o temprano, tenía que volver a ella; por eso siente siempre un sentimiento de inquietud al instalarse en su nuevo hogar. Sus vínculos con el hogar paterno son mucho más estrechos que los del joven. Arrancarse del seno de su familia es un destete definitivo: entonces es cuando conoce toda la angustia del abandono y el vértigo de la libertad. La ruptura, según los casos, es más o menos dolorosa; si ya ha roto los lazos que la unían al padre, a sus hermanos y hermanas, y, sobre todo, a su madre, los deja sin problemas; si, dominada todavía por ellos, puede permanecer prácticamente bajo su protección, el cambio de situación será menos sensible; pero habitualmente, aun cuando deseara evadirse de la casa paterna, se siente desconcertada al verse separada de la pequeña sociedad en la cual estaba integrada, aislada de su pasado, de su universo infantil, de principios seguros y valores garantizados. Solo una vida erótica ardiente y plena podría sumergirla de nuevo en la paz de la inmanencia; pero, de ordinario, se halla al principio más trastornada que colmada; que haya sido más o menos un éxito, la iniciación sexual no hace más que acrecentar su turbación. Al día siguiente de la boda, se dan en ella muchas de las reacciones que opuso a su primera menstruación: con frecuencia experimenta disgusto ante aquella suprema revelación de su feminidad y horror ante la idea de que esa experiencia se renovará. Conoce también la amarga decepción de los «días siguientes»; una vez que aparecía la menstruación, la muchacha se percataba con tristeza de que no era una adulta; desflorada, hela ya adulta: la última etapa está franqueada. ¿Y ahora? Esa inquieta decepción está ligada, por otra parte, al matrimonio propiamente dicho tanto como a la desfloración: una mujer que haya «conocido» ya a su novio, o que haya «conocido» a otros hombres, mas para quien el matrimonio representa el pleno acceso a la vida de adulta, tendrá frecuentemente la misma reacción. Vivir el comienzo de una empresa, exalta; pero no hay nada más deprimente que descubrir un destino sobre el cual ya no se tiene poder alguno. Sobre ese fondo definitivo, inmutable, emerge la libertad con la más intolerable gratuidad. Antes, protegida por la autoridad de los padres, la muchacha usaba su libertad para la revuelta y la esperanza; la empleaba para rechazar y sobrepasar una condición en la cual, al mismo tiempo, hallaba seguridad; trascendía hacia el matrimonio mismo desde el seno del calor familiar; ahora está casada, ya no tiene ante sí ningún otro porvenir. Las puertas del hogar paterno se han cerrado a su espalda: aquello que ahora tiene será toda su parte en la Tierra. Sabe exactamente qué tareas le están reservadas: las mismas que realizaba su madre. Día tras día, se repetirán los mismos ritos. De soltera tenía las manos vacías: pero en esperanzas, en sueños, lo poseía todo. Ahora, ha adquirido una parcela del mundo y se dice con angustia: nada más que esto, y para siempre. Para siempre este marido, esta casa. Ya no tiene nada que esperar, nada importante que desear. Sin embargo, tiene miedo de sus nuevas responsabilidades. Incluso si el marido tiene edad y autoridad, el hecho de que ella sostenga con él relaciones sexuales le quita prestigio: no podría reemplazar a un padre y aún menos a una madre; no puede librarla de su libertad. En la soledad del nuevo hogar, ligada a un hombre que le es más o menos extraño, habiendo dejado de ser niña para convertirse en esposa y destinada a ser madre, a su vez, se siente transida; definitivamente separada del seno materno, perdida en medio de un mundo donde ningún fin la solicita, abandonada en un presente glacial. descubre el tedio y la insipidez de lo puramente artificial, Es una angustia que se expresa de manera conmovedora en el diario de la joven condesa Tolstoi; ha concedido su mano con entusiasmo a un gran escritor a quien admira; después de los fogosos abrazos que ha recibido en el balcón de madera de Iasnaiava Poliana, se siente asqueada del amor carnal, lejos de los suyos, aislada de su pasado, al lado de un hombre con quien ha estado prometida solamente ocho días, que tiene diecisiete años más que ella, un pasado y unos intereses que le son totalmente extraños; todo se le antoja huero, helado; su vida no es más que un sueño. Hay que citar el relato que hace del comienzo de su matrimonio y las páginas de su diario en el curso de los primeros años.

Sofía se casa el 23 de septiembre de 1862 y esa misma tarde deja a su familia:

> Un sentimiento penoso, doloroso, me contraía la garganta y me oprimía el pecho. Comprendí entonces que había llegado el momento de abandonar para siempre a mi familia y a todos aquellos a quienes amaba profundamente y con quienes había vivido hasta entonces... Empezaron los adioses, que fueron terribles... Habían llegado los últimos minutos. Había reservado intencionadamente para el final la despedida con mi madre.... Cuando me desprendí de sus brazos y, sin volver la cabeza, fui a sentarme en el carruaje, ella lanzó un grito desgarrador que no he podido olvidar en toda mi vida. La lluvia del otoño no cesaba de caer... Acurrucada en mi rincón, abrumada de fatiga y de pena, di rienda suelta a mis lágrimas. León Nikolaievich. parecía atónito, incluso descontento... Cuando salimos de la población, experimenté en la oscuridad un sentimiento de espanto... Las tinieblas me oprimían. Apenas cruzamos palabra hasta llegar a la primera estación, Biriulev, salvo error. Recuerdo que León

[191] La literatura fin de siglo sitúa gustosa la desfloración en el cochecama, lo cual es una manera de situarla «en ninguna parte».

Nikolaievich se mostraba muy tierno y tenía delicadas atenciones conmigo. En Biriulev, nos dieron las llamadas habitaciones del zar, unas piezas enormes, con muebles tapizados de reps rojo que no tenían nada de acogedores. Nos trajeron el samovar. Acurrucada en un rincón del sofá, guardaba silencio como una condenada a muerte. «Y bien... -me dijo León Nikolaievich-, ¿qué te parece si lo sirvieras?» Obedecí y serví el té. Estaba confusa y no podía librarme de cierto temor. No me atrevía a tutear a León Nikolaievich y evitaba llamarle por su nombre. Durante mucho tiempo después, seguí llamándole de usted.

Veinticuatro horas más tarde llegan a Iasnaia Poliana. El 8 de octubre, Sofía reanuda su diario. Se siente angustiada. Sufre porque su marido ha tenido un pasado.

En lo que alcanza mi memoria, siempre he soñado con un ser completo, lozano, puro, a quien amaría... y me resulta difícil renunciar a esos sueños de niña. Cuando me besa, pienso que no soy la primera a quien besa de ese modo.

Al día siguiente anota:

Me siento ahogada. He tenido pesadillas esta noche y, aunque no piense en ello constantemente, no por eso dejo de tener el alma agobiada. Ha sido a mi madre a quien he visto en sueños, y me ha dado mucha pena. Era como si durmiese y no pudiera despertar... Algo me abruma. Me parece continuamente que voy a morir. Es extraño eso, ahora que tengo un marido. Le oigo dormir y me lleno de temor, sola. No me deja penetrar en su fuero interno, y eso me aflige. Todas estas relaciones carnales son repugnantes.

11 de octubre: ¡Terrible! ¡Espantosamente triste! Cada vez me repliego más en mí misma. Mi marido está enfermo, de mal humor y no me quiere. Lo esperaba, pero no creía que fuese tan espantoso. ¿A quién le importa mi felicidad? Nadie sospecha que esa felicidad yo no sé crearla ni para él ni para mí. En mis horas de tristeza, a veces me pregunto: «¿Para qué vivir cuando las cosas van tan mal para mí y para los demás?» Es extraño, pero esta idea me obsesiona. Mi marido está cada día más frío, mientras yo, por el contrario, le amo más cada vez... Evoco el recuerdo de los míos. ¡Qué alegre era la vida entonces! En cambio, ahora, ¡oh, Dios mío! ¡Tengo el alma desgarrada! Nadie me ama... Querida mamá, querida Tania, ¡qué buenas eran!

¿Por qué las he abandonado? ¡Es triste, es espantoso! Sin embargo, Liovochka es excelente... En otro tiempo, yo ponía ardor en vivir, en trabajar, en realizar las faenas de la casa. Ahora, eso ha terminado: podría permanecer callada días enteros, cruzada de brazos, machacando mis recuerdos de años pasados... Hubiera querido trabajar, pero no puedo... Me hubiera gustado tocar el piano, pero aquí es muy incómodo... Liovochka me propuso que me quedase en casa hoy, mientras él iría a Nikolskoie. Tenía que haber aceptado, para librarle de mí, pero no he tenido fuerzas para ello... ¡Pobrecillo! Busca en todas partes distracciones y pretextos para evitarme. ¿Por qué estaré en la Tierra?

13 de noviembre de 1863: Confieso que no sé ocuparme. Liovochka es feliz, porque tiene inteligencia y talento, mientras yo no tengo ni la una ni lo otro. No es difícil encontrar algo que hacer; el trabajo no falta. Pero es preciso tomarle gusto a esas pequeñas tareas, obligarse a amarlas: cuidar el corral, aporrear el piano, leer muchas tonterías y muy pocas cosas interesantes, salar pepinos... Me he quedado tan profundamente dormida, que ni nuestro viaje a Moscú, ni la espera de un hijo me procuran la menor emoción, la más pequeña alegría, nada. ¿Quién me indicará el medio de despertarme, de reanimarme? Esta soledad me abruma. No estoy habituada a ella. En casa había tanta animación... Y aquí, en su ausencia, todo es fúnebre. La soledad le es familiar. El no halla placer, como yo, en sus amistades íntimas, sino en sus actividades... Ha crecido sin familia.

23 de noviembre: Cierto, estoy inactiva, pero no lo soy por naturaleza. Simplemente, no sé qué trabajo emprender. A veces, experimento un deseo loco de escapar a su influencia... ¿Por qué me pesa su influencia?... La acepto, pero no me haré como él. No haría más que perder mi personalidad. Ya no soy la misma, lo cual me hace la vida más difícil.

1.º de abril: Tengo el gran defecto de no hallar recursos en mí misma... Liova está muy absorbido por su trabajo y por la administración del dominio, mientras que yo no tengo ninguna preocupación. No tengo dotes para nada. Me gustaría tener algo más que hacer, pero que se tratase de un genuino trabajo. En otro tiempo, cuando llegaban estas espléndidas jornadas primaverales, experimentaba la necesidad, el deseo de algo. ¡Sabe Dios en qué soñaría! Hoy, no tengo necesidad de nada, ya no siento esa vaga y estúpida aspiración hacia no sé qué,

> porque, habiéndolo hallado todo, ya no tengo nada que buscar. No obstante, sucede que me aburro.
>
> 20 de abril: Liova se aleja de mí cada vez más. El aspecto físico del amor representa para él un gran papel, mientras que para mí no representa ninguno.

Se ve que la joven sufre, en el curso de esos seis primeros meses, a causa de la separación de los suyos, de su soledad, del aspecto definitivo que ha adoptado su destino; detesta las relaciones físicas con su marido y se aburre. Ese mismo tedio es el que experimenta también hasta las lágrimas la madre de Colette después de su primer matrimonio, que le habían impuesto sus hermanos:

> Así, pues, abandonó la cálida casa belga, la cocina que olía a gas, el pan caliente y el café, dejó el piano, el violín, el gran Salvator Rosa legado por su padre, el bote de tabaco y las finas pipas de arcilla de largo cañón.... los libros abiertos y los periódicos arrugados para entrar, recién casada, en la mansión con escalinata y cercada por el crudo invierno de los países boscosos. Allí encontró un inesperado salón blanco y oro en la planta baja, pero también un primer piso apenas enlucido, abandonado como un granero... Los helados dormitorios no hablaban ni de amor ni de dulce sueño... Sido, que buscaba amigos, una sociabilidad inocente y alegre, no halló en su propia casa más que unos sirvientes y unos granjeros cautelosos... Adornó con flores la espaciosa mansión, hizo blanquear la sombría cocina, vigiló personalmente la preparación de platos flamencos, confeccionó pasteles de uva y esperó su primer hijo. El Salvaje la sonreía entre dos correrías y volvía a partir... Agotadas sus recetas culinarias, su paciencia y el encausto, Sido, enflaquecida de aislamiento, lloró...

En Lettres à Françoise mariée, Marcel Prévost describe el desconsuelo de la joven al regreso de su viaje de novios.

> Piensa en el piso materno, con sus muebles Napoleón III y Mac-Mahon, sus felpas en los espejos, sus armarios de ciruelo negro, todo cuanto ella juzgaba tan anticuado, tan ridículo... Todo eso lo evoca un instante su memoria como un refugio real, como un verdadero nido, el nido en donde ella ha sido empollada con una ternura desinteresada, al abrigo de toda intemperie y de todo peligro. Este piso de ahora, con su olor a alfombras nuevas, sus ventanas desguarnecidas, la zarabanda de las sillas, con su aire de improvisación y de partida en falso, no es un nido, no, no lo es. Solo es el sitio del nido que se trata de construir... Se sentirá de pronto horriblemente triste, triste como si la hubieran abandonado en un desierto.

A partir de ese desconsuelo, nacen a menudo en la joven prolongadas melancolías y diversas psicosis. En particular, y bajo la forma de diferentes obsesiones psicasténicas, experimenta el vértigo de su libertad vacía; por ejemplo, desarrolla esos fantasmas de prostitución que ya hemos encontrado en la muchachita. Pierre Janet[192] cita el caso de una joven casada que no podía soportar el permanecer sola en su piso, porque se sentía tentada a asomarse a la ventana y echar intencionadas miradas a los transeúntes. Otras permanecen abúlicas frente a un universo que «ya no tiene aire de autenticidad», que solo está poblado de fantasmas y decorados de cartón pintado. Las hay que se esfuerzan en negar su condición de adultas, que se obstinarán en negarlo toda su vida. Como esa enferma a quien Janet designa con las iniciales Qi.

> Qi, mujer de treinta y seis años, está obsesionada por la idea de que es una niña de diez a doce años; sobre todo, cuando está sola, se deja llevar por el deseo de saltar, reír, danzar, se suelta los cabellos, los deja flotar sobre sus hombros, se los corta en parte. Quisiera poder abandonarse por completo a ese sueño de ser una niña: «¡Qué desgracia que no pueda jugar delante de todo el mundo al escondite ni hacer travesuras!... Quisiera que todos me juzgasen agradable, tengo miedo de ser fea como el Coco, me gustaría que me quisiesen mucho, que me hablasen, me mimasen, que me dijeran a cada momento que me quieren como se quiere a los niños... Se quiere a un niño por sus diabluras, por su buen corazón, por sus gentilezas. ¿Y qué se le pide a cambio? Que os ame, nada más. Eso es lo bueno; pero no puedo decírselo a mi marido, porque no me comprendería. La verdad es que me gustaría mucho ser una niña, tener un padre o una madre que me sentasen sobre sus rodillas, me acariciasen el pelo... Pero no, soy una señora, una madre de familia; hay que cuidar de la casa, ser seria, reflexionar a solas... ¡Oh, qué vida!»

También para el hombre el matrimonio es con frecuencia una crisis: la prueba de ello es que muchas psicosis masculinas nacen en el curso del noviazgo o durante los primeros tiempos de la vida

[192] *Les obsessions et la psychasthénie*

conyugal. Menos apegado a la familia que sus hermanas, el joven pertenecía a alguna hermandad: instituto, universidad, taller de aprendizaje, equipo, banda, que le protege contra el abandono; la deja para comenzar su verdadera existencia de adulto; teme su soledad futura y, a menudo, se casa solamente para conjurarla. Pero es víctima de esa ilusión que mantiene la colectividad y que representa a la pareja como una «sociedad conyugal». Salvo en el breve incendio de una pasión amorosa, dos individuos no podrían constituir un mundo que proteja a cada uno de ellos contra el mundo: eso es lo que ambos experimentan al día siguiente de la boda. La mujer, muy pronto familiar, esclavizada, no enmascara al marido su libertad; es una carga, no una coartada; no le libera del peso de sus responsabilidades, sino que, por el contrario, lo agrava. La diferencia de sexos implica a menudo diferencias de edad, de educación, de situación, que no permiten ningún entendimiento real: aunque familiares, los esposos son, no obstante, extraños. En otro tiempo había entre ellos frecuentemente un verdadero abismo: la joven, educada en un estado de ignorancia, de inocencia, no tenía ningún «pasado», en tanto que su prometido había «vivido» y a él correspondía iniciarla en la realidad de la existencia. A algunos hombres les halagaba ese delicado papel; más lúcidos, medían con inquietud la distancia que los separaba de su futura compañera. Edith Wharton ha descrito, en su novela Au temps de l'innocence, los escrúpulos de un joven americano de 1870 ante la joven que le ha sido destinada:

> Con una suerte de terror respetuoso contempló la frente pura, los ojos llenos de gravedad, la boca inocente y alegre de la joven criatura que iba a confiarle su alma. Aquel temible producto del sistema social del cual formaba parte y en el cual creía -la joven que, ignorándolo todo, lo esperaba todo-, se le presentaba ahora como una extraña... ¿Qué sabían realmente el uno del otro, puesto que su deber como hombre galante consistía en ocultar su pasado a su prometida, y a esta correspondía no tenerlo?... La joven, centro de ese sistema de mistificación superiormente elaborado, resultaba incluso un enigma aún más indescifrable por su franqueza y audacia. Era franca la pobre criatura, porque no tenía nada que ocultar; confiada, porque ni siquiera imaginaba que tuviera que guardarse; y, sin otra preparación, debía ser sumergida en una sola noche en lo que llaman «las realidades de la vida...». Después de girar cien veces en torno a aquella alma sucinta, volvió desalentado a la idea de que aquella pureza ficticia, tan diestramente fabricada por la conspiración de las madres, las tías, las abuelas, hasta los lejanos antepasados puritanos, solo existía para satisfacer sus gustos personales, para que él pudiese ejercer sobre ella su derecho de señor y quebrarla como una imagen de nieve.

Hoy es menos profundo ese foso, porque la joven es un ser menos ficticio; está mejor informada, mejor armada para la vida. Pero todavía es con frecuencia mucho más joven que su marido. Es este un punto cuya importancia no se ha subrayado lo bastante; a menudo se toman por diferencias de sexo las consecuencias de una madurez desigual; en muchos casos, la mujer es una niña, no porque sea mujer, sino porque en realidad es muy joven. La gravedad de su marido y de los amigos de este la abruma. Aproximadamente un año después de su boda, Sofía Tolstoi escribía:

> Es viejo, está demasiado absorbido, ¡y yo me siento hoy tan joven, con tantos deseos de hacer locuras! En lugar de acostarme, hubiera querido hacer piruetas. Pero ¿con quién?
>
> Me envuelve una atmósfera de vejez, todo cuanto me rodea es viejo. Me esfuerzo por reprimir todo impulso de juventud; hasta tal punto parecería desplazado en este medio tan razonable.

Por su parte, el marido ve a su mujer como un «bebé»; no es para él la compañera que esperaba y se lo hace notar, la humilla. Sin duda, al salir de la casa paterna, a ella le gusta encontrar un guía; pero también le agrada que la consideren una «persona mayor»; desea seguir siendo niña, pero quiere convertirse en mujer; el esposo de más edad no puede tratarla jamás de modo que la satisfaga por completo.

Aun cuando la diferencia sea insignificante, subsiste el hecho de que la joven y el joven han sido educados, por lo general, de manera completamente distinta; ella emerge de un universo femenino donde le ha sido inculcada una sabiduría femenina, el respeto de los valores femeninos, en tanto que él está imbuido de los principios de la ética masculina. A menudo les resulta muy difícil entenderse, y no tardan en surgir los conflictos.

Por el hecho de que el matrimonio subordina normalmente la mujer al marido, a ella es fundamentalmente a quien se le plantea el problema de las relaciones conyugales en toda su agudeza. La paradoja del matrimonio consiste en que desempeña, a la vez, una función erótica y una función social: esa ambivalencia se refleja en la figura que el marido reviste para la joven. Es un semidiós dotado de prestigio viril y destinado a reemplazar al padre: protector, proveedor, tutor, guía; a su sombra es donde la vida de la esposa debe desarrollarse; es ostentador de todos los valores,

garante de la verdad, justificación ética de la pareja. Pero también es un macho con quien hay que compartir una experiencia a menudo vergonzosa, extravagante, odiosa o trastornadora, y, en cualquier caso, contingente; invita a la mujer a revolcarse con él en la bestialidad, a pesar de que la dirige con paso firme hacia el ideal.

> Una noche, en París, donde se detuvieron en el camino de regreso, Bernard abandonó ostensiblemente un music-hall cuyo espectáculo le había escandalizado: «¡Y pensar que los extranjeros ven eso! ¡Qué vergüenza! Y nos juzgan de acuerdo con eso...» Thérèse admiraba que aquel hombre púdico fuese el mismo cuyas pacientes invenciones en la oscuridad tendría que sufrir dentro de una hora escasa[193].

Entre el mentor y el fauno son posibles multitud de formas híbridas. A veces el hombre es a la vez padre y amante; el acto sexual se convierte en una orgía sagrada, y la esposa es una enamorada que halla en los brazos del esposo una salvación definitiva, comprada al precio de una dimisión total. Ese amor-pasión en el seno de la vida conyugal es muy raro.

A veces también la mujer amará platónicamente a su marido; pero rehusará abandonarse entre los brazos de un hombre demasiado respetado. Como esa mujer cuyo caso cuenta Stekel: «La señora D. S., viuda de un gran artista, tiene ahora cuarenta años. Aunque adoraba a su marido, fue completamente frígida con él.» Por el contrario, puede conocer con él un placer que sufre como un fracaso común y que mata en ella la estima y el respeto. Por otro lado, un fracaso erótico rebaja para siempre al marido a la categoría de bruto: aborrecido en su carne, será despreciado en su espíritu; a la inversa, ya se ha visto cómo el desprecio, la antipatía y el rencor condenan a la mujer a la frigidez. Lo que sucede con bastante frecuencia es que el marido, después de la experiencia sexual, sigue siendo un ser superior y respetado, cuyas flaquezas animales se disculpan; al parecer, ése ha sido, entre otros, el caso de Adèle Hugo. O bien es un agradable compañero sin prestigio. Katherine Mansfield ha descrito una de las formas que puede adoptar esa ambivalencia en su relato titulado Preludio:

> Ella le amaba de verdad. Le quería, le admiraba y le respetaba enormemente. ¡Oh, más que a nada en el mundo! Le conocía a fondo. Era la franqueza y la respetabilidad personificadas; y, a pesar de toda su experiencia práctica, seguía siendo sencillo, absolutamente ingenuo, se contentaba con poco y pocas cosas le molestaban. Si, al menos, no saltase de aquel modo en pos de ella, ladrando tan fuerte, mirándola con ojos tan ávidos, tan amorosos... Era demasiado fuerte para ella. Desde su infancia, detestaba las cosas que se precipitaban sobre ella. Había momentos en que se volvía terrorífico, verdaderamente terrorífico; y entonces estaba a punto de gritar con todas sus fuerzas: «¡Me vas a matar!» Entonces sentía el deseo de decir cosas rudas, cosas detestables... Sí, sí, era verdad; a pesar de todo su amor, su respeto y su admiración por Stanley, lo detestaba. Jamás lo había experimentado con tanta claridad; todos estos sentimientos con respecto a él eran nítidos, definidos, tan genuinos unos como otros. Y este otro, este odio, era tan real como el resto. Hubiera podido meterlos en otros tantos paquetitos para entregárselos a Stanley. Sentía deseos de entregarle el último como una sorpresa y se imaginaba la expresión de sus ojos cuando lo abriese.

La joven está muy lejos de confesarse siempre sus sentimientos con esa sinceridad. Amar a su esposo, ser dichosa, son deberes que tiene con respecto a sí misma y a la sociedad; eso es lo que su familia espera de ella; o, si los padres se han mostrado hostiles al matrimonio, es un mentís que ella desea infligirles. Por lo general, empieza a vivir su situación conyugal de mala fe; se persuade de que experimenta por su marido un gran amor; y esa pasión adopta una forma tanto más maniática, posesiva y celosa cuanto menos satisfecha sexualmente se encuentra; para consolarse de la decepción que en principio rehusa confesarse a sí misma, siente una insaciable necesidad de la presencia del marido. Stekel cita numerosos ejemplos de estos apegos enfermizos.

> Una mujer había permanecido frígida durante los primeros años de su matrimonio, como consecuencia de fijaciones infantiles. Entonces se desarrolló en ella un amor hipertrofiado, como se encuentra frecuentemente entre las mujeres que no quieren ver que su marido le es indiferente. No vivía y no pensaba más que en su marido. Ya no tenía voluntad. Por la mañana, él tenía que trazarle el programa para la jornada, decirle lo que debía comprar, etc. Ella lo realizaba todo concienzudamente. Si él no le indicaba nada, entonces ella se quedaba en su habitación sin hacer nada, aburriéndose a su lado. No podía dejarle ir a ninguna parte sin acompañarle. No podía quedarse sola y le gustaba tenerle de la mano... Era desdichada y

[193] Véase MAURIAC: *Thérèse Desqueyroux*

lloraba durante horas enteras; temblaba por su marido y, si no había motivos para temblar, los inventaba.

Mi segundo caso era el de una mujer encerrada en su habitación como en una cárcel por temor a salir sola. La encontré con las manos de su marido entre las suyas, mientras le conjuraba para que siempre estuviese a su lado... Casados desde hacía siete años, nunca había logrado tener relaciones. con su mujer.

El caso de Sofía Tolstoi es análogo; tanto de los pasajes que he citado como de todo cuanto sigue en su diario, se deduce obviamente que, tan pronto como se hubo casado, se percató de que no amaba a su marido. Las relaciones carnales que tenía con él la asqueaban; le reprochaba su pasado, le encontraba viejo y aburrido, no tenía más que hostilidad para sus ideas; por otra parte, parece ser que, ávido y brutal en el lecho, la descuidaba y la trataba con dureza. Sin embargo, con los gritos de desesperación, con las confesiones de tedio, de tristeza, de indiferencia, se mezclan en Sofía protestas de apasionado amor; quiere tener incesantemente a su lado al esposo amado; tan pronto como está lejos, los celos la torturan. Escribe:

11-1-1863: Mis celos son una enfermedad innata. Tal vez provengan de que, amándole y no amando a nadie más que a él, solo puedo ser dichosa con él y por él.

15-1-1863: Quisiera que no soñase y no pensase sino en mí y que no amase a nadie, excepto a mí... Apenas me digo: «También quiero esto y aquello», me retracto inmediatamente y comprendo que no amo nada fuera de Liovochka. Sin embargo, debería amar inexcusablemente alguna otra cosa, lo mismo que él ama su trabajo... No obstante, mi angustia sin él es tan grande... Siento crecer en mí, de día en día, la necesidad de no abandonarle...

17-10-1863: Me siento incapaz de comprenderle a fondo, y por eso le espío tan celosamente...

31-7-1868: ¡Qué extrañeza causa releer el propio diario! ¡Cuántas contradicciones! ¡Como si fuese una mujer desdichada! ¿Existirán parejas más unidas y felices que nosotros? Mi amor no hace sino crecer. Le sigo amando con el mismo amor inquieto, apasionado, celoso, poético. Su calma y su seguridad me irritan a veces.

16-9-1876: Busco ávidamente las páginas de su diario en las que habla del amor, y, tan pronto como las hallo, me devoran los celos. Guardo rencor a Liovochka por haberse marchado. No duermo, apenas como, me trago las lágrimas o lloro a escondidas. Todos los días tengo un poco de fiebre y por la noche tengo estremecimientos... ¿Estoy siendo castigada por haber amado tanto?

Se percibe a través de todas esas páginas un vano esfuerzo para compensar, por medio de la exaltación moral o «poética», la ausencia de un verdadero amor; sus exigencias, su ansiedad y sus celos traducen ese vacío del corazón. En tales condiciones, se desarrollan multitud de celos morbosos; los celos traducen, de manera indirecta, una insatisfacción que la mujer objetiva inventando una rival; al no experimentar jamás con su marido una sensación de plenitud, racionaliza de algún modo su decepción imaginándose que la engaña.

Muy a menudo, por moralidad, hipocresía, orgullo o timidez, la mujer se obstina en su mentira. «Con frecuencia resulta que la aversión hacia el esposo amado no ha sido percibida en el curso de toda la vida, y se la denomina melancolía con uno u otro nombre», dice Chardonne. Pero, aun sin recibir denominación, no por ello se vive menos la hostilidad, que se manifiesta con mayor o menor virulencia a través del esfuerzo de la joven por rechazar la dominación del esposo.

Después del período de trastorno que frecuentemente sigue a la luna de miel, la mujer trata de reconquistar su autonomía. No es una empresa fácil. Por el hecho de que el marido es frecuentemente mayor que ella y, en todo caso, posee un prestigio viril y es el «cabeza de familia», según la ley, ostenta una superioridad moral y social; muy a menudo posee también -al menos en apariencia- una superioridad intelectual. Tiene sobre la mujer la ventaja de la cultura o, al menos, de una formación profesional; desde la adolescencia, se interesa por los asuntos del mundo, que son sus propios asuntos; sabe algo de leyes, está al corriente de la política, pertenece a un partido, a un sindicato, a una asociación; trabajador, ciudadano, su pensamiento está comprometido en la acción; conoce la prueba de la realidad, con la cual no se puede hacer trampas: es decir, que el hombre medio posee la técnica del razonamiento, el gusto por los hechos y la experiencia, cierto sentido de crítica; eso es lo que les falta todavía a muchas jóvenes; aunque ellas hayan leído, asistido a conferencias y adquirido las artes del adorno, sus conocimientos, amontonados más o menos al azar,

no constituyen una cultura; si no saben razonar bien, no es como consecuencia de un vicio cerebral, sino porque la práctica no las ha obligado a ello; para ellas, el pensamiento es más bien un juego que un instrumento; aun siendo inteligentes, sensibles, sinceras, no saben exponer sus opiniones y extraer las consecuencias de las mismas, al carecer de una técnica intelectual. Por ese motivo, un marido -incluso mucho más mediocre- se impondrá fácilmente a ellas y podrá demostrar que tiene razón, aunque no la tenga. En manos masculinas, la lógica es a menudo violencia. Chardonne ha descrito perfectamente en su Epithalame esa forma solapada de opresión. De más edad, más cultivado e instruido que Berthe, se aprovecha Albert de esa superioridad para negar todo valor a las opiniones de su mujer cuando no las comparte; le demuestra incansablemente que tiene razón; por su parte, ella se empeña en no conceder ningún contenido a los razonamientos de su marido: este se obstina en sus ideas, eso es todo. De ese modo, se agrava entre ellos un serio malentendido. El no intenta comprender los sentimientos y las reacciones que ella no tiene la habilidad de justificar, pero que en ella tienen profundas raíces; ella no comprende lo que de vivo puede haber bajo la lógica pedante con que la abruma su marido. El llega hasta a irritarse por una ignorancia que, sin embargo, ella no le ha disimulado nunca, y le plantea desafiantemente cuestiones de astronomía; no obstante, le halaga dirigir sus lecturas, encontrar en ella una oyente a quien domina con facilidad.

En una lucha en que su insuficiencia intelectual la condena a ser vencida en cada ocasión, la joven no tiene otro recurso que el silencio, o las lágrimas, o la violencia:

> Con el cerebro adormecido, como abrumado de golpes, Berthe ya no era capaz de pensar cuando oía aquella voz entrecortada y estridente, mientras Albert seguía envolviéndola con un zumbido imperioso para aturdirla y herirla en el desconcierto de su espíritu humillado... Estaba vencida, desamparada ante las asperezas de una argumentación inconcebible, y para librarse de aquel injusto poder, gritó: «¡Déjame en paz!» Pero estas palabras se le antojaron demasiado débiles; mientras miraba un frasco de cristal que había sobre la coqueta, lanzó de pronto el cofrecillo contra Albert...

La mujer trata algunas veces de luchar. Pero, a menudo, de buena o mala gana, acepta que el hombre piense por ella, como Nora en Casa de muñecas[194]; será él la conciencia de la pareja. Por timidez, por torpeza, por pereza, deja al hombre el cuidado de forjar las opiniones comunes sobre todos los temas generales y abstractos. Una mujer inteligente, cultivada e independiente, pero que había admirado durante quince años a un marido a quien juzgaba superior, me decía con qué dificultades, después de la muerte de este, se había visto obligada a decidir por sí misma sus opiniones y su conducta: todavía trataba de adivinar lo que él hubiera pensado y resuelto en cada circunstancia. El marido se complace, generalmente, en ese papel de mentor y jefe[195]. Al término de una jornada en la que ha conocido las dificultades del trato con iguales, la sumisión a los superiores, gusta de sentirse un superior absoluto y dispensar verdades irrefutables[196]. Expone los acontecimientos de la jornada, se da la razón contra sus adversarios, dichoso de hallar en su esposa un doble que le confirma en sí mismo; comenta el periódico y las noticias políticas; se lo lee en voz alta con gusto, para que ni siquiera su relación con la cultura sea autónoma. Con objeto de extender su autoridad, exagera él complacido la incapacidad femenina, y ella acepta, más o menos dócilmente, ese papel subordinado. Sabido es con qué placer asombrado las mujeres, que lamentan sinceramente la ausencia de su marido, descubren en sí mismas, en esa ocasión, posibilidades insospechadas; administran los negocios, educan a sus hijos, deciden y administran sin ayuda. Y sufren cuando el regreso del marido las condena de nuevo a la incompetencia.

El matrimonio alienta al hombre hacia un caprichoso imperialismo: la tentación de dominar es la más universal, la más irresistible de todas las tentaciones; entregar el hijo a la madre, entregar la mujer al marido, es cultivar en la tierra la tiranía; con frecuencia, no le basta al esposo ser aprobado y

---

194 «Cuando estaba en casa de mi padre, él me comunicaba todos sus modos de pensar, y yo los adoptaba; y, si los míos eran distintos, lo disimulaba, porque no le habría gustado... De las manos de mi padre pase a las tuyas... Tú disponías todo a tu gusto y yo tuve los mismos gustos que tú, o lo fingía; no lo sé muy bien; creo que ha habido ambas cosas: unas veces una, otras veces otra. Mi padre y, tú me habéis hecho mucho daño. La culpa es vuestra si no he servido para nada.»

195 Helmer dice a Nora: «¿Acaso crees que me eres menos querida porque no sepas actuar por ti misma? No, no; solo tienes que apoyarte en mí; yo te aconsejaré; yo te dirigiré. No sería un hombre si esa incapacidad femenina no te hiciese doblemente más seductora a mis ojos... Tómate un buen descanso y estate tranquila; yo tengo amplias alas para protegerte... Para un hombre hay una dulzura y una satisfacción indecibles en la plena conciencia de haber perdonado a su mujer... En cierto modo, ella se ha convertido a la vez en su mujer y su hija. Eso serás para mí a partir de ahora, pequeña criatura perdida y desconcertada. No te inquietes por nada, Nora; no tienes más que hablarme con el corazón en la mano, y yo seré, a la vez, tu voluntad y tu conciencia.»

196 Véase LAWRENCE: Fantasía de lo inconsciente: «Debéis luchar para que vuestra mujer vea en vosotros un hombre verdadero, un verdadero pionero. Nadie es hombre si su mujer no ve en él un pionero... Y habéis de librar un duro combate para que la mujer someta sus fines a los vuestros... Entonces, ¡qué maravilla de vida! ¡Qué delicia volver por la noche a ella y encontrar que os espera con ansiedad! ¡Qué dulzura volver a casa y sentarse a su lado!... ¡Cuán rico y pesado se siente uno con toda la labor de la jornada sobre las espaldas camino de regreso! ... Se experimenta una gratitud insondable hacia la mujer que os ama, que cree en vuestra tarea.»

admirado, aconsejar y guiar; ordena, juega al soberano; de todos los rencores acumulados durante su infancia, a lo largo de toda su vida, cotidianamente amasados entre los otros hombres cuya existencia le veja y le molesta, se libra en su casa asestando su autoridad contra su mujer; imita la violencia, el poder, la intransigencia; emite órdenes con tono severo, o bien grita, golpea la mesa: esta comedia es para la mujer una cotidiana realidad. Tan convencido está de sus derechos, que la menor autonomía conservada por su mujer se le antoja una rebelión; quisiera impedirle respirar sin él. Ella, no obstante, se rebela. Aunque haya empezado por reconocer el prestigio viril, su deslumbramiento se disipa pronto; el niño se percata un día de que su padre no es más que un individuo contingente; la esposa no tarda en descubrir que no tiene ante sí la excelsa figura del Soberano, del Jefe, del Amo, sino simplemente la de un hombre; no ve entonces ninguna razón para estar esclavizada; el hombre solo representa para ella un ingrato e injusto deber. A veces, se somete con una complacencia masoquista: adopta el papel de víctima, y su resignación no es más que un prolongado y silencioso reproche; pero también a menudo entra en lucha abierta contra su amo y, a su vez, trata de tiranizarle.

El hombre es un ingenuo si se imagina que puede someter fácilmente a su mujer a su voluntad y que la podrá «formar» a su guisa. «La mujer es lo que su marido hace de ella», dice Balzac; pero, unas páginas más adelante, dice lo contrario. Sobre el terreno de la abstracción y de la lógica, la mujer se resigna frecuentemente a aceptar la autoridad masculina; pero, cuando se trata de ideas y costumbres verdaderamente enraizadas en ella, entonces le opone una tenacidad solapada. La influencia de la infancia y de la juventud es mucho más profunda en ella que en el hombre, por el hecho de que permanece más encerrada en su historia individual. Lo más frecuente es que no se deshaga jamás de lo que ha adquirido en el curso de esos períodos. El marido impondrá a su mujer una opinión política; pero no modificará sus convicciones religiosas, no quebrantará sus supersticiones: eso es lo que constata Jean Barois, quien se imaginaba haber adquirido una influencia real sobre la pequeña y boba devota a quien asociara a su vida. Dice abrumado: «Un cerebro de niña es adobado a la sombra de una ciudad provinciana, y ya no se puede limpiar de todas las afirmaciones de la necedad ignorante.» A despecho de opiniones aprendidas, a despecho de principios que recita como un loro, la mujer conserva su propia visión del mundo. Esa resistencia puede hacerla incapaz de comprender a un marido más inteligente que ella; o, por el contrario, la elevará por encima de la gravedad masculina, como les sucede a las heroínas de Stendhal o de Ibsen. A veces, por hostilidad hacia el hombre -ya sea porque la ha defraudado sexualmente, o que, por el contrario, la domine y ella desee vengarse-, se aferra deliberadamente a valores que no son los suyos; se apoya en la autoridad de una madre, de un padre, de un hermano, de cualquier personalidad masculina que le parezca «superior», de un confesor, de una hermana, para darle jaque. O, sin oponerle nada positivo, se dedica a contradecirle sistemáticamente, a atacarle, a herirle; se esfuerza por inculcarle un complejo de inferioridad. Bien entendido, si posee la capacidad necesaria, se complacerá en deslumbrar a su marido, imponiéndole sus opiniones, sus directrices; se apoderará de toda la autoridad moral. En los casos en que le sea imposible desafiar la supremacía espiritual del marido, tratará de tomarse el desquite en el plano sexual. O se niega a él, como madame Michelet, de quien Halévy nos dice que:

> Ella quería dominar en todas partes: en la cama, puesto que era preciso pasar por allí, y en la mesa de trabajo. Lo que se proponía era la conquista de la mesa de trabajo, y Michelet se la prohibió al principio, mientras ella le prohibía el lecho. Durante varios meses el matrimonio fue casto. Por fin, Michelet consiguió el lecho, e inmediatamente después Athenais Mialaret consiguió sentarse ante la mesa de trabajo: había nacido mujer de letras, y aquel era su verdadero lugar...

O bien se pone rígida entre sus brazos y le inflige la afrenta de su frigidez; o se muestra caprichosa, coqueta, le impone una actitud de súplica; coquetea, le da celos, le engaña: de una u otra manera, procura humillarlo en su virilidad. Si la prudencia le prohibe empujarlo hasta una situación límite, al menos encierra orgullosamente en su corazón el secreto de su altiva frialdad; a veces se lo confía a un diario, pero más gustosamente lo hace con algunas amigas: muchas mujeres casadas se divierten confiándose los «trucos» de que se sirven para fingir un placer que pretenden no experimentar, y se burlan ferozmente de la vanidosa ingenuidad de sus víctimas; tales confidencias son, quizá, otra comedia: entre la frigidez y la voluntad de frigidez, la frontera es incierta. En todo caso, se consideran insensibles y satisfacen así su resentimiento. Hay mujeres -aquéllas a quienes se asimila a la «mantis religiosa»- que quieren triunfar tanto de día como de noche: son frías en los abrazos, desdeñosas en las conversaciones, tiránicas en la conducta. Así era como -según el testimonio de Mabel Dodge- se comportaba Frieda con Lawrence. No pudiendo negar su superioridad intelectual, pretendía imponerle su propia visión del mundo, donde solamente importaban los valores sexuales.

Tenía que ver la vida a través de ella, y el papel de ella consistía en verla desde el punto de vista del sexo. Era en este punto de vista en el que ella se situaba para aceptar o condenar la vida.

Un día declaró a Mabel Dodge:

> Es preciso que lo reciba todo de mí. Mientras yo no estoy allí, él no siente nada; de mí es de quien recibe sus libros -prosiguió con ostentación-. Nadie lo sabe. He compuesto páginas enteras de sus libros para él.

Sin embargo, siente una amarga necesidad de probarse incesantemente esta necesidad que él tiene de ella; exige que se ocupe de ella sin tregua: si no lo hace espontáneamente, le acorrala para que lo haga:

> Frieda se aplicaba muy, concienzudamente a no permitir jamás que sus relaciones con Lawrence se desarrollasen con esa calma que se establece ordinariamente entre las personas casadas. Tan pronto como le sentía aletargarse en la costumbre, le arrojaba una bomba. Se las arreglaba para que no la olvidase nunca. Esa necesidad de una atención perpetua... se había convertido, cuando yo los vi, en el arma que se utiliza contra un enemigo. Frieda sabía herirle en los puntos sensibles... Si, durante la jornada, no le prestaba la debida atención, por la noche llegaba hasta el insulto.

La vida conyugal se había convertido entre ellos en una serie de escenas indefinidamente recomenzadas y en las cuales ninguno quería ceder, dando a los menores incidentes la forma titánica de un duelo entre el Hombre y la Mujer.

De manera muy diferente, se encuentra igualmente en la Elise que nos describe Jouhandeau[197] una hosca voluntad de dominación, que la lleva a rebajar todo lo posible a su marido:

ELISE. Desde el principio, rebajo todo cuanto me rodea. Y en seguida me quedo perfectamente tranquila. Ya no tengo que habérmelas más que con simios o tipos grotescos.

Al despertarse, me llama:

-¡Eh, esperpento mío!

Es una política.

Quiere humillarme.

Con qué franca alegría se complació en hacerme renunciar a todas mis ilusiones sobre mí mismo, una tras otra. Jamás ha perdido ocasión de decirme que soy esto o aquello, que soy un miserable, y ello en presencia de mis amigos boquiabiertos o de nuestros domésticos confundidos. De modo y manera que he terminado por creerla... Para despreciarme, no pierde ocasión de hacerme sentir que mi obra le interesa menos que lo que ella podría aportarnos de bienestar.

Ha sido ella quien ha cegado la fuente de mis pensamientos al desalentarme pacientemente, lentamente, pertinazmente, al humillarme metódicamente, al hacerme renunciar, a mi pesar, brizna a brizna, con una lógica precisa, imperturbable, implacable, a mi orgullo.

-En resumidas cuentas, ganas menos que un obrero -me dijo un día delante del encerador-...

... Quiere disminuirme para parecer superior o, al menos, .igual, y para que ese desdén la mantenga delante de mí a su altura... Solo siente estima por mí cuando lo que hago le sirve de escabel o de mercancía.

Frieda y Elise, para plantearse a su vez frente al hombre como sujeto esencial, emplean una táctica que los hombres han denunciado frecuentemente: se esfuerzan por negarles su trascendencia. Los hombres suponen de buen grado que la mujer alimenta con respecto a ellos sueños de castración; en realidad, su actitud es ambigua: antes desea humillar al sexo masculino que suprimirlo. Lo que es mucho más exacto es que desea mutilar al hombre en sus proyectos, en su porvenir.

[197] Chroniques maritales y Nouvelles chroniques maritales.

Ella triunfa cuando el marido o el hijo están enfermos, fatigados, reducidos a su presencia de carne. Entonces, en la casa donde ella reina, ya no aparecen sino como un objeto entre otros objetos; los trata con una competencia de ama de casa; los cura como quien pega un plato roto, los limpia como quien friega una olla; nada repugna a sus manos angelicales, amigas de desperdicios y agua sucia de fregar. Hablando de Frieda, Lawrence le decía a Mabel Dodge: «No puede usted imaginarse lo que es sentir sobre uno la mano de esa mujer cuando se está enfermo. La mano pesada, alemana, de la carne.» Conscientemente, la mujer impone esa mano con toda su pesadez para hacer sentir al hombre que también él no es más que un ser de carne. No se puede llevar más lejos esta actitud de Elise, de quien Jouhandeau, cuenta:

> Me acuerdo, por ejemplo, del piojo de Tchang Tsen al comienzo de nuestro matrimonio... En realidad, no he conocido verdaderamente la intimidad con una mujer sino gracias a él, aquel día en que Elise me tomó completamente desnudo sobre sus rodillas para esquilarme como a un cordero, iluminándome hasta en los más escondidos repliegues con una vela que paseaba alrededor de mi cuerpo. ¡Oh, su lenta inspección de mis axilas, de mi pecho, de mi ombligo, de la piel de mis testículos tirante entre sus dedos como el parche de un tambor, sus prolongadas paradas a lo largo de mis muslos, entre mis pies, y el paso de la navaja de afeitar alrededor del agujero de mi culo: por fin, la caída en el canastillo de un manojo de pelos rubios donde el piojo se ocultaba y que ella quemó, entregándome, al mismo tiempo que me libraba de él y de sus escondrijos, a una nueva desnudez y al desierto del aislamiento.

La mujer gusta de que el hombre sea, no un cuerpo en el que se expresa una subjetividad, sino una carne pasiva. Contra la existencia, ella afirma la vida; contra los valores espirituales, los valores carnales; con respecto a las empresas viriles, adopta con gusto la actitud humorística de Pascal; también ella piensa que «toda la desdicha de los hombres proviene de una sola cosa, que consiste en no saber permanecer tranquilos en una habitación»; de buena gana los encerraría en casa; toda actividad que no aproveche a la vida familiar provoca su hostilidad; la mujer de Bernard Palissy se indigna porque él quema los muebles para inventar un nuevo esmalte, sin el cual se ha pasado el mundo hasta entonces tan ricamente; madame Racine interesa a su marido en las grosellas del huerto y se niega a leer sus tragedias. Jouhandeau se muestra a menudo exasperado en Chroniques maritales porque Elise se obstina en no considerar su trabajo literario más que como una fuente de beneficios materiales.

> Le digo: «Esta mañana sale mi última narración.» Sin querer ser cínica, solo porque en verdad eso es únicamente lo que le importa, me responde: «Por lo menos, tendremos este mes trescientos francos más.»

Sucede que esos conflictos se exasperan hasta provocar una ruptura. Pero, generalmente, la mujer, aunque rechace la dominación de su esposo, quiere «conservarlo» no obstante. Lucha contra él con objeto de defender su autonomía, y combate contra el resto del mundo para conservar la «situación» que la destina a la dependencia. Este doble juego es difícil de llevar, lo que explica en parte el estado de inquietud y nerviosismo en el que transcurre la vida de multitud de mujeres. Stekel ofrece de ello un ejemplo muy significativo:

> Madame Z. T., que no ha gozado jamás, está casada con un hombre muy culto. Sin embargo, ella no podía soportar su superioridad y empezó a querer igualarle mediante el estudio de su especialidad. Como era demasiado penoso, abandonó esos estudios durante el noviazgo. El hombre es muy conocido y tiene numerosos alumnos que corren en pos de él. Ella se propuso no dejarse arrastrar a aquel culto ridículo. En su matrimonio fue insensible desde el principio y siguió siéndolo. No experimentaba el orgasmo sino por medio del onanismo, cuando su marido la dejaba, ya satisfecho, y ella se lo contaba. Al mismo tiempo, rechazaba todos sus intentos de excitarla con sus caricias... Muy pronto empezó a despreciar y ridiculizar el trabajo de su marido. No lograba «comprender a aquellos gansos que corrían en pos de él, ella que conocía los entresijos de la vida privada del gran hombre». En sus querellas cotidianas, surgían expresiones tales como: «¡A mí no vas a imponerte con tus garabatos!» O bien: «¿Acaso crees que puedes hacer de mí lo que se te antoje, porque seas un escritorzuelo?» El marido se ocupaba de sus alumnos cada vez más y ella se rodeaba de gente joven. Así continuó durante años, hasta que su marido se enamoró de otra mujer. Ella había soportado siempre sus pequeños enredos, y hasta se hacía amiga de las «pobres bobas» abandonadas... Pero ahora cambió de actitud y se entregó sin orgasmo al primer llegado de los jovenzuelos. Confesó a su marido que le había engañado y él lo admitió perfectamente. Se podrían separar tranquilamente... Ella se negó al divorcio. Hubo una gran explicación y una reconciliación... Ella se entregó llorando y experimentó su primer orgasmo intenso...

Ya se ve que, en la lucha con su marido, jamás había pensado en abandonarlo.

«Atrapar un marido» es todo un arte; «retenerlo» es un oficio. Para ello hace falta mucho tacto. A una joven desabrida, una hermana prudente le dijo: «Ten cuidado; a fuerza de hacerle escenas a Marcel, vas a perder tu situación.» Todo lo que está en juego es demasiado serio: la seguridad material y moral, un hogar propio, la dignidad de esposa, un sucedáneo más o menos logrado del amor, de la dicha. La mujer aprende pronto que su atractivo erótico solo es la más débil de sus armas; se disipa con la costumbre; y en el mundo, ¡ay!, existen otras mujeres deseables; por tanto, se dedica a hacerse seductora, a agradar: a menudo se siente compartida entre el orgullo que la inclina hacia la frigidez y la idea de que con su ardor sensual halagará y atará a su marido. Cuenta también con la fuerza de la costumbre, con el encanto que él halla en un hogar agradable, su afición a la buena mesa, su ternura por los niños; se aplica a «honrarle» por su manera de recibir, de vestirse, y a adquirir ascendiente sobre él por sus consejos y su influencia; en tanto que le sea posible, procurará hacerse indispensable tanto para su éxito mundano como para su trabajo. Pero, sobre todo, una tradición enseña a las esposas el arte de «saber retener al hombre»; hay que descubrir y lisonjear sus flaquezas, dosificar diestramente el halago y el desdén, la docilidad y la resistencia, la vigilancia y la indulgencia. Esta última mezcla es especialmente delicada. No hay que darle al marido ni demasiada ni excesivamente poca libertad. Complaciente en demasía, la mujer ve cómo su marido se le escapa: el dinero y el ardor amoroso que gasta con otras mujeres, a ella se lo quita; corre el riesgo de que una amante adquiera sobre él suficiente poder para obtener el divorcio, o, al menos, para ocupar en su vida el primer lugar. No obstante, si le prohibe toda aventura, si le agobia con su vigilancia, sus escenas y sus exigencias, puede indisponerle gravemente contra ella. Se trata de «saber hacer concesiones» en el momento oportuno; si el marido echa una cana al aire, preciso será hacer la vista gorda; pero, en otros momentos, hay que abrir los ojos de par en par; la mujer casada, en particular, desconfía de las jóvenes que serían muy dichosas -así lo cree ella- si pudieran robarle su «posición». Para arrancar a su marido de una rival inquietante, le llevará de viaje, procurará distraerle; en caso necesario -tomando ejemplo de madame de Pompadour-, suscitará otra rival menos peligrosa; si nada de eso tiene éxito, recurrirá a las crisis de lágrimas, de nervios, a las tentativas de suicidio, etc.; pero demasiadas escenas y recriminaciones echarán al marido del hogar; la mujer se hará insoportable en el momento en que más urgente necesidad tiene de seducir; si desea ganar la partida, dosificará hábilmente lágrimas conmovedoras y heroicas sonrisas, chantaje y coquetería. Disimular, usar de ardides, odiar y temer en silencio, especular con la vanidad y las flaquezas de un hombre, aprender a chasquearlo, a burlarlo, a maniobrar con él: he ahí una ciencia muy triste. La gran excusa de la mujer consiste en que le han impuesto que lo comprometa todo en el matrimonio: carece de oficio, de conocimientos, de relaciones personales; ni siquiera el nombre que lleva es suyo; no es más que «la mitad» de su marido. Si este la abandona, lo más frecuente es que no halle ninguna ayuda ni en sí misma ni fuera de sí misma. Resulta fácil lanzar piedras contra Sofía Tolstoi, como hacen A. de Monzie y Montherlant; pero, si hubiera rehusado la hipocresía de la vida conyugal, ¿adónde habría ido a parar? ¿Qué destino hubiera sido el suyo? Ciertamente, parece haber sido una odiosa arpía; pero ¿puede exigírsele que hubiese amado a su tirano y bendecido su esclavitud? Para que haya entre esposos lealtad y amistad, la condición sine qua non consiste en que ambos sean libres uno con respecto al otro y concretamente iguales. Mientras el hombre sea el único que posea autonomía económica y detente -por la ley y la costumbre- los privilegios que confiere la virilidad, es natural que aparezca tan frecuentemente como un tirano, lo cual incita a la mujer a la revuelta y a la astucia.

Nadie piensa negar las tragedias y mezquindades conyugales: pero lo que sostienen los defensores del matrimonio es que los conflictos de los cónyuges provienen de la mala voluntad de los individuos y no de la institución. Tolstoi, entre otros, ha descrito en el epílogo de Guerra y paz a la pareja ideal: la de Pedro y Natacha. Esta ha sido una joven coqueta y novelera; una vez casada, asombra a cuantos la rodean por su renuncia a sus perifollos, al mundo, a toda distracción, para consagrarse exclusivamente a su marido y a sus hijos; se convierte en el arquetipo de la matrona.

> Ya no tenía aquella llama de vida siempre ardiente que era su encanto de otro tiempo. Ahora, a menudo, solo se advertía su rostro y su cuerpo, no se veía su alma; solo se veía a la hembra fuerte, bella y fecunda.

Exige de Pedro un amor tan exclusivo como el que ella le consagra; está celosa; renuncia él a toda salida, a toda camaradería, para consagrarse, a su vez, todo entero a su familia.

> No se atrevía a ir a cenar a un club, ni a emprender un viaje de larga duración, salvo para atender sus asuntos, en el número de los cuales su mujer hace entrar sus trabajos en el terreno de la ciencia y a los cuales, sin comprender nada de ellos, les atribuía una extremada importancia.

Pedro estaba «bajo la zapatilla de su mujer», pero, en desquite:

> En la intimidad, Natacha se había hecho esclava de su marido. Toda la casa estaba regentada por las supuestas órdenes del marido, es decir, por los deseos de Pedro, que Natacha se esforzaba por adivinar.

Cuando Pedro parte sin ella, Natacha lo acoge a su regreso muy impaciente, porque ha sufrido mucho con su ausencia; pero entre los esposos reina un maravilloso entendimiento; apenas tienen que hablar para comprenderse. Entre sus hijos, su casa, el marido amado y respetado, disfruta ella de una felicidad casi sin mezcla.

Este cuadro idílico merece ser estudiado más de cerca. Natacha y Pedro están unidos, dice Tolstoi, como el alma al cuerpo; pero, cuando el alma abandona al cuerpo, se produce una sola muerte; ¿qué sucedería si Pedro dejase de amar a Natacha? Lawrence también rechaza la hipótesis de la inconstancia masculina: don Ramón amará siempre a la pequeña india Teresa, que le ha hecho el don de su alma. Sin embargo, uno de los más ardientes defensores del amor único, absoluto, eterno, André Breton, se ve obligado a admitir que, al menos en las circunstancias actuales, ese amor puede engañarse de objeto: error o inconstancia, para la mujer se trata del mismo abandono. Pedro, robusto y sensual, se sentirá carnalmente atraído por otras mujeres; Natacha está celosa: muy pronto van a agriarse sus relaciones; o la abandona, lo cual arruinaría la vida de ella, o la miente y la soporta con rencor, lo cual echaría a perder la vida de él, o viven de compromisos y paños calientes, lo cual les haría desgraciados a los dos. Se objetará que, al menos, Natacha tendrá a sus hijos: pero los hijos no son fuente de alegría más que en el seno de una forma equilibrada de la que el marido es una de las cimas; para la esposa abandonada, celosa, se convierten en una ingrata carga. Tolstoi admira la ciega devoción de Natacha por las ideas de Pedro; pero otro hombre, Lawrence, que también exigía de la mujer una ciega devoción, se burla de Pedro y de Natacha; así, pues, en opinión de otros hombres, un hombre puede ser un ídolo de barro y no un verdadero dios; al rendirle culto, se pierde la vida, en lugar de salvarla; ¿cómo saberlo?; las pretensiones masculinas son discutidas: la autoridad ya no funciona; es preciso que la mujer juzgue y critique; no podría ser un mero y dócil eco. Por otra parte, imponerle principios y valores a los cuales no se adhiere en virtud de ningún movimiento libre es envilecerla; lo que puede compartir del pensamiento de su esposo no podría compartirlo sino a través de un juicio autónomo; lo que le es extraño no tiene por qué aprobarlo ni rechazarlo; no puede tomar de otro sus propias razones de existencia.

La condena más radical del mito Pedro-Natacha la proporciona la pareja León-Sofía. Esta siente repulsión por su marido, a quien considera un «pelmazo»; él la engaña con todas las campesinas de los alrededores, lo cual la pone celosa; además, se aburre; pasa llena de nerviosismo sus múltiples embarazos, y sus hijos no llenan el vacío de su corazón ni el de sus días; para ella, el hogar es un árido desierto; para él, un infierno. Y todo ello termina con una vieja histérica que se acuesta semidesnuda en la húmeda noche del bosque y con ese anciano acosado que emprende la huida, renegando, al fin, de la «unión» de toda una vida.

Desde luego, el caso de Tolstoi es excepcional; hay multitud de matrimonios que «van bien», es decir, que los cónyuges han llegado a un compromiso; viven uno junto al otro sin zaherirse demasiado, sin mentirse en demasía. Pero hay una maldición a la cual escapan raras veces: el tedio. Que el marido logre hacer de su mujer un eco de sí mismo o que cada cual se atrinchere en su universo, el caso es que, al cabo de unos meses o de unos años, ya no tienen nada que comunicarse. La pareja es una comunidad cuyos miembros han perdido su autonomía sin librarse de su soledad; se han asimilado estáticamente el uno al otro, en lugar de sostener entre ambos una relación dinámica y viva; por eso, tanto en el dominio espiritual como en el plano erótico, no pueden darse nada, no pueden intercambiar nada. En una de sus mejores narraciones, Too bad!, Dorothy Parker ha resumido la triste novela de muchas vidas conyugales; es de noche y el señor Welton vuelve a casa:

La señora Welton abrió la puerta cuando sonó el timbre.

-¡Hola! -dijo alegremente-.

Se sonrieron ambos con expresión animada.

-¡Hola! -dijo él- ¿No has salido de casa?

Se besaron levemente. Con un interés cortés, le observó ella mientras colgaba el abrigo, el sombrero y sacaba los periódicos del bolsillo, uno de los cuales le ofreció.

-¡Ah! ¿Has traído los periódicos? -dijo ella, mientras lo cogía-.

-¿Y bien?... ¿Qué has hecho durante todo el día? -preguntó él-.

Esperaba la pregunta; antes de su regreso, había imaginado cómo le contaría todos los pequeños incidentes de la jornada... Pero ahora le parecía una larga e insípida historia.

-¡Oh!, nada de particular -contestó con una alegre risita-. ¿Y tú? ¿Has pasado una buena tarde?

-Pues mira...-empezó a decir él... Pero su interés se desvaneció antes que comenzase a hablar... Por otra parte, ella estaba ocupada en arrancar un hilo de un ribete de lana de un cojín-. Sí, no ha estado mal -dijo-.

... Ella sabía conversar bastante bien con otras gentes... También Ernest era bastante locuaz en sociedad... Trató ella de acordarse de qué hablaban antes de casarse, durante el noviazgo. Nunca habían tenido gran cosa que decirse. Pero eso no la había inquietado... Habla habido besos y cosas que ocupaban entonces el espíritu. Pero no se puede contar con los besos y todo lo demás para ocupar una velada al cabo de siete años.

Podría creerse que, en un plazo de siete años, uno se habitúa, se da cuenta de que las cosas son así y se resigna a ello. Pero no. Eso termina por afectar a los nervios. No es uno de esos silencios dulces y amistosos que se producen a veces entre las personas. Se tiene la impresión, por el contrario, de que hay algo que hacer, que no cumple uno con su deber. Como un ama de casa cuando su velada no marcha como es debido...

Ernest se pondría a leer laboriosamente, y, hacia la mitad del diario, empezaría a bostezar. Cuando hacía eso, la señora Welton sentía que algo sucedía en su interior. Murmuraría entonces que tenía algo que decir a Delia y se precipitaría hacia la cocina. Allí permanecería largo rato, contemplando vagamente los cacharros, comprobando las listas de la lavandería, y, cuando volviese, él estaría preparándose para irse a la cama.

En un año, pasaban de ese modo trescientas veladas. Siete por trescientas son más de dos mil.

A veces se pretende que ese mismo silencio es signo de una intimidad más profunda que toda palabra; y, desde luego, nadie piensa en negar que la vida conyugal crea una intimidad: así ocurre con todas las relaciones familiares, que no por ello encubren menos odios, celos y rencores. Jouhandeau observa vigorosamente la diferencia que existe entre esa intimidad y una verdadera fraternidad humana, cuando escribe:

> Elise es mi mujer, y, sin duda alguna, ninguno de mis amigos, ninguno de los miembros de mi familia, ninguno de mis propios miembros, me es más íntimo que ella; mas, por cerca de mí que esté el lugar que ella se ha hecho, que yo le he hecho en mi universo más privado, por enraizada que esté en el inextricable tejido de mi carne y de mi alma (y ése es todo el misterio y todo el drama de nuestra unión indisoluble), el desconocido que pasa en este momento por el bulevar y al que apenas apercibo desde mi ventana, quienquiera que sea, me es humanamente menos extraño que ella.

Y en otra parte dice:

> Uno advierte que es víctima de un veneno, al cual, sin embargo, ya se ha habituado. ¿Cómo renunciar a él en adelante, sin renunciar a uno mismo?

Y añade:

> Cuando pienso en ella, siento que el amor conyugal no tiene ninguna relación con la simpatía, ni con la sensualidad, ni con la pasión, ni con la amistad, ni con el amor. Adecuado solo a sí mismo, irreductible a ninguno de esos diversos sentimientos, tiene su propia naturaleza, su esencia particular y su modo único de acuerdo con la pareja a la que une.

Los defensores del amor conyugal[198] alegan de buena gana que no es amor y que eso mismo le presta un carácter maravilloso. Porque, en estos últimos años, la burguesía ha inventado un estilo épico: la rutina toma forma de aventura; la fidelidad, de una locura sublime; el tedio se convierte en sabiduría y los odios familiares son la forma más profunda del amor. En verdad, que dos individuos se detesten sin poder, no obstante, pasarse el uno sin el otro, no es de todas las relaciones humanas la más verdadera, la más conmovedora, sino la más lamentable. El ideal sería, por el contrario, que, bastándose perfectamente los seres humanos a sí mismos, no se encadenasen uno a otro sino mediante el libre consentimiento de su amor. Tolstoi admira que el vínculo de Natacha con Pedro sea algo «indefinible, pero firme, sólido como era la unión de su propia alma a su cuerpo». Si se acepta la hipótesis dualista, el cuerpo solo representa para el alma un puro artificio; así, en la unión conyugal, cada uno tendría para el otro la ineluctable pesadez del hecho contingente; sería en tanto que presencia absurda y no elegida, condición necesaria y materia misma de la existencia, como habría que asumirlo y amarlo. Entre estas dos palabras se introduce una confusión voluntaria, y de ahí nace la mistificación: lo que se asume no se ama. Asume uno su cuerpo, su pasado, su situación presente; pero el amor es movimiento hacia otro, hacia una existencia separada de la suya, un fin, un porvenir; la manera de asumir un fardo, una tiranía, no consiste en amarlos, sino en rebelarse. Una relación humana carece de valor en tanto que se sufra en lo inmediato; las relaciones de los hijos con los padres, por ejemplo, solo adquieren valor cuando se reflejan en una conciencia; no podría admirarse en las relaciones conyugales que recayesen en lo inmediato y en las que los cónyuges sepultasen su libertad. Esa compleja mezcla de apego, rencor, odio, consigna, resignación, pereza, hipocresía, que se llama amor conyugal, solo se finge respetarla porque sirve de coartada. Pero sucede con la amistad lo que con el amor físico: para que sea auténtica, antes es preciso que sea libre. Libertad no significa capricho: un sentimiento es un compromiso que sobrepasa el instante; pero solo corresponde al individuo confrontar su voluntad general y sus actitudes singulares de modo que mantenga su decisión o que, por el contrario, la desautorice; el sentimiento es libre cuando no depende de ninguna consigna extraña, cuando es vivido con una sinceridad sin miedo. La consigna del «amor conyugal» invita, por el contrario, a todos los rechazos y a todas las mentiras. Y lo primero que hace es impedir que los esposos se conozcan realmente. La intimidad cotidiana no crea comprensión ni simpatía. El marido respeta demasiado a su mujer para interesarse por los avatares de su vida psicológica: sería tanto como reconocerle una secreta autonomía que podría resultar molesta, peligrosa. En la cama ¿experimenta verdaderamente placer? ¿Ama realmente a su marido? ¿Se siente genuinamente dichosa de obedecerle? Prefiere no hacerse estas preguntas, que hasta le parecen chocantes. Se ha casado con una «mujer honesta»; por esencia, es virtuosa, abnegada, fiel, pura, feliz y piensa lo que se debe pensar. Un enfermo, después de haber dado las gracias a deudos, amigos y enfermeras, le dice a su joven esposa, que durante seis meses no se ha apartado de su cabecera: «A ti no te doy las gracias: no has hecho más que cumplir con tu deber.» Ninguna de sus cualidades son para él un mérito: están garantizadas por la sociedad, están implícitas en la institución misma del matrimonio; no piensa que su mujer no ha salido de un libro de Bonald, que es un ser de carne y hueso; da por supuesta su fidelidad a las consignas que ella se impone: le tiene sin cuidado que ella tenga tentaciones que vencer, que tal vez sucumba a ellas, que en todo caso su paciencia, su castidad y su decencia sean difíciles conquistas; ignora aún más radicalmente sus sueños, sus fantasmas, sus nostalgias, el clima afectivo en el que transcurren sus días. Así, Chardonne nos muestra en Eve a un marido que, durante años, lleva un diario de su vida conyugal: habla de su mujer con delicados matices; pero solamente de su mujer tal y como él la ve, tal y como es para él, sin restituirle jamás su dimensión de individuo libre; por eso, queda fulminado el día en que se entera de pronto que no le ama, que le abandona. A menudo se ha hablado de la desilusión del hombre ingenuo y leal ante la perfidia femenina: escandalizados descubren los maridos de Bernstein que la compañera de su vida es ladrona, perversa, adúltera; encajan el golpe con valor viril, mas no por ello es menor el fracaso del autor para hacerlos parecer fuertes y generosos: nos parecen, sobre todo, cernícalos desprovistos de sensibilidad y de buena voluntad; el hombre reprocha a las mujeres su disimulo, pero hace falta mucha complacencia para dejarse engañar con tanta constancia. La mujer está destinada a la inmoralidad, porque la moral consiste para ella en encarnar una entidad inhumana: la mujer fuerte, la madre admirable, la mujer honesta, etc. Tan pronto como piensa, o sueña, o duerme, o desea, o respira sin consigna, traiciona el ideal masculino. Por eso hay tantas mujeres que solo en ausencia del marido se permiten el lujo de «ser ellas mismas». Recíprocamente, la mujer no conoce a su marido; cree percibir su verdadero rostro, porque lo capta en su contingencia cotidiana; pero el hombre es, en primer lugar, lo que hace en el mundo, en medio de los demás hombres. Negarse a comprender el movimiento de su trascendencia es desnaturalizarlo. «Se casa una con un poeta -dice Elise-, y, cuando ya es su mujer, lo primero que advierte es que se le olvida tirar de la cadena en el excusado»[199]. No por ello deja de ser un poeta, y la mujer que no se interesa

---

198 Puede haber amor en el seno del matrimonio; pero entonces no se habla de «amor conyugal»; cuando se pronuncian estas palabras, el amor está ausente; de igual modo, cuando de un hombre se dice que es «muy comunista», se indica con ello que no es comunista; un «hombre sumamente honrado» es un hombre que no pertenece a la simple categoría de hombres honrados, etc.

199 Véase JOUHANDEAU: Chroniques maritales

por sus obras le conoce menos que un lejano lector. Con frecuencia no es culpa de la mujer el que esa complicidad le esté vedada: no puede ponerse al corriente de los asuntos de su marido, no tiene la experiencia ni la cultura necesarias para «seguirle»; no logra unirse a él a través de proyectos mucho más esenciales para él que la monótona repetición de las jornadas. En ciertos casos privilegiados, la mujer puede lograr convertirse para su marido en una verdadera compañera: discute sus proyectos, le da consejos, participa en sus trabajos. Pero se hace vanas ilusiones si cree realizar así una obra personal: la única libertad actuante y responsable sigue siendo él. Es preciso que ella le ame para que encuentre su dicha en servirle; de lo contrario, solo experimentará despecho, porque se sentirá frustrada en el producto de sus esfuerzos. Los hombres -fieles a la consigna dada por Balzac de tratar a la mujer como esclava, pero persuadiéndola de que es una reina- exageran de buen grado la importancia de la influencia ejercida por las mujeres; en el fondo, saben muy bien que mienten. Georgette Le Blanc fue víctima de esa mistificación cuando exigió a Maeterlinck que inscribiese los nombres de ambos en el libro que -así lo creía ella- habían escrito juntos; en el prefacio que hizo poner a los Souvenirs de la cantante, Grasset le explica sin miramientos que todo hombre está dispuesto a saludar en la mujer que comparte su existencia una asociada, una inspiradora, pero que no por ello deja de considerar su trabajo como exclusivamente perteneciente a él, y con razón. En toda acción, en toda obra, lo que cuenta es el momento de la elección y la decisión. La mujer representa generalmente el papel de esa bola de cristal que consultan las pitonisas: cualquier otra serviría igualmente para lo mismo. Y la prueba es que muy a menudo el hombre acoge con la misma confianza a otra consejera, a otra colaboradora. Sofía Tolstoi copiaba los manuscritos de su marido, los ponía en limpio: más tarde encargó él esa tarea a una de sus hijas; entonces comprendió ella que ni siquiera su celo la había hecho indispensable. Solo un trabajo autónomo puede asegurar a la mujer una auténtica autonomía[200].

La vida conyugal, según los casos, adopta figuras diferentes. Sin embargo, para muchas mujeres la jornada se desarrolla, poco más o menos, de la misma manera. Por la mañana, el marido deja a su esposa apresuradamente, y esta oye con placer cómo se cierra la puerta detrás de él; le gusta verse libre, sin consignas, soberana en su casa. Los niños, a su vez, se van a la escuela: ella se quedará sola durante todo el día; el bebé que se agita en la cuna o que juega en su parque no es una compañía. Emplea más o menos tiempo en su aseo personal, en el arreglo de la casa; si tiene criada, le da sus órdenes, va un rato a la cocina para charlar; si no la tiene, se va a dar una vuelta por el mercado, intercambia unas frases con sus vecinas o con los proveedores sobre el coste de la vida. Si marido e hijos vuelven a casa para comer, no aprovecha demasiado su presencia; tiene demasiado que hacer preparando la comida, sirviendo la mesa, levantándola; lo más frecuente es que no regresen. De todos modos, tiene ante sí una larga tarde vacía. Lleva a un jardín público a sus hijos más pequeños y teje o cose mientras los vigila; o bien, sentada en casa junto a la ventana, repasa la ropa; sus manos trabajan, su espíritu no está ocupado; piensa con reiterada machaconería en sus preocupaciones; esboza proyectos; sueña despierta, se aburre; ninguna de sus ocupaciones le es suficiente; su pensamiento se dirige hacia el marido y los hijos, que llevarán esas camisas, que comerán los platos que ella prepara; no vive sino para ellos; y, al menos, ¿le están reconocidos por ello? Su aburrimiento se traduce poco a poco en impaciencia; empieza a esperar con ansiedad su regreso. Los niños vuelven de la escuela, los abraza, les pregunta; pero ellos tienen deberes que hacer, tienen ganas de divertirse entre ellos, se escapan, no son una distracción. Además, han tenido malas notas, han perdido un pañuelo, hacen ruido, introducen el desorden, se pelean: siempre hay que estar regañándolos más o menos. Su presencia fatiga a la madre, más que la serena. Espera al marido cada vez con más impaciencia. ¿Qué hace? ¿Por qué no ha vuelto? El ha trabajado, ha visto personas, ha hablado con gente, no ha pensado en ella; la esposa se pone a rumiar llena de nerviosidad que es una estúpida sacrificándole su juventud de aquel modo; él ni siquiera se lo agradece. El marido que se dirige hacia su casa, donde su mujer está encerrada, percibe que es vagamente culpable; en los primeros tiempos del matrimonio, traía en ofrenda un ramo de flores, un regalito; pero ese rito pierde pronto todo sentido; ahora llega con las manos vacías, y se apresura tanto menos cuanto que teme la acogida cotidiana. En efecto, la mujer se venga a menudo mediante una escena por aquel aburrimiento y aquella espera de toda la jornada; de ese modo, previene también la decepción de una presencia que no colmará las esperanzas de la espera. Aun cuando ella silencie sus quejas, el marido, por su parte, se siente decepcionado. No se ha divertido en la oficina, está fatigado; experimenta un deseo contradictorio de excitación y de reposo. El rostro demasiado familiar de su mujer no le arranca de sí mismo; percibe que ella querría hacerle partícipe de sus preocupaciones, que también espera de él distracción y relajamiento: su presencia le pesa sin colmarle, no encuentra a su lado un verdadero descanso. Tampoco los niños aportan ni distracción ni paz; cena y velada transcurren en medio de un vago mal humor; leyendo, escuchando la radio,

200 A veces existe entre hombre y mujer una verdadera colaboración, en la cual ambos son igualmente autónomos: como en la pareja Joliot-Curie, por ejemplo. Pero entonces la mujer, tan competente como el marido, sale de su papel de esposa; su relación ya no es de orden conyugal. También hay mujeres que se sirven del hombre para alcanzar fines personales; estas escapan a la condición de mujeres casadas.

charlando indiferentemente, cada cual bajo la tapadera de la intimidad permanecerá solo. Sin embargo, la mujer se pregunta con ansiosa esperanza -o con una aprensión no menos ansiosa- si esa noche -¡al fin!, ¡otra vez!- sucederá algo. Se duerme decepcionada, irritada o aliviada; a la mañana siguiente, oirá con placer cómo se cierra la puerta después de salir su marido. La suerte de las mujeres es tanto más dura cuanto más pobres son y más sobrecargadas están de tareas; se alivia un poco cuando tienen a la vez ocios y distracciones. Pero este esquema: tedio, espera, decepción, se encuentra en multitud de casos.

A la mujer se le proponen ciertas evasiones; pero, prácticamente, no les están permitidas a todas. Particularmente en provincias, las cadenas del matrimonio son muy pesadas; es preciso que la mujer halle un modo de asumir una situación a la cual no puede escapar. Las hay, ya lo hemos visto, que se inflan de importancia y se convierten en matronas tiránicas, en arpías. Otras se complacen adoptando un papel de víctimas; se hacen las doloridas esclavas de sus maridos, de sus hijos, y encuentran en ello un placer masoquista. Otras aún perpetúan las actitudes narcisistas que hemos descrito a propósito de la joven: también ellas sufren por no realizarse en ninguna empresa, y, al no hacerse nada, por no ser nada; indefinidas, se sienten ilimitadas y se consideran mal conocidas; se rinden un culto melancólico; se refugian en sueños, en comedias, enfermedades, manías, escenas; crean dramas a su alrededor o se encierran en un mundo imaginario; la «sonriente madame Beudet» que ha pintado Amiel pertenece a esta especie. Encerrada en la monotonía de una vida provinciana, al lado de un marido que es un cernícalo, no teniendo ocasión de actuar ni tampoco de amar, se siente roída por la impresión del vacío y la inutilidad de su existencia; procura encontrar una compensación en ensueños novelescos, en las flores con que se rodea, en el cuidado de su persona, en representar lo mejor posible su papel: pero su marido echa a perder incluso estos juegos. Ella termina por intentar matarlo. Las actitudes simbólicas en las cuales se evade la mujer pueden comportar perversiones y sus obsesiones terminar en crímenes. Hay crímenes conyugales que han sido dictados menos por el interés que por puro odio. Así, Mauriac nos muestra a Thérèse Desqueyroux tratando de envenenar a su marido, como hiciera antes madame Lafarge. Recientemente han absuelto a una mujer de cuarenta años que durante veinte había soportado a un marido odioso, y al cual un día, fríamente, con ayuda de su nieto, había estrangulado. Para ella, no había otro medio de librarse de una situación intolerable.

A una mujer que desee vivir su situación en la lucidez, en la autenticidad, no le queda a menudo otro recurso que un orgullo estoico. Como depende de todo y de todos, no puede conocer más que una libertad exclusivamente interior y, por consiguiente, abstracta; rechaza los principios y los valores prefabricados, juzga, interroga, y escapa así a la esclavitud conyugal; pero su altiva reserva, su adhesión a la fórmula «Soporta y abstente», no constituyen más que una actitud negativa. Envarada en el renunciamiento y el cinismo, le falta un empleo positivo de sus energías; en tanto que es ardiente, viva, se ingenia para utilizarlas: ayuda a otros, consuela, protege, da, multiplica sus ocupaciones; pero sufre por no hallar ninguna tarea que verdaderamente la necesite, por no consagrar su actividad a algún fin. A menudo, roída por su soledad y su esterilidad, termina por negarse a sí misma y destruirse. Un ejemplo notable de semejante destino nos lo proporciona madame de Charrière. En el conmovedor libro que le ha dedicado[201], Geoffrey Scott la pinta con «rasgos de fuego, frente de hielo». Pero no ha sido su razón la que ha extinguido en ella esa llama de vida, de la cual decía Hermenches que hubiera «calentado un corazón de lapón»; ha sido el matrimonio el que ha asesinado lentamente a la deslumbrante Belle de Zuylen; ella ha hecho de resignación, razón: hubiera sido necesario mucho heroísmo o verdadero genio para inventar otra salida. Que sus altas y raras cualidades no hayan bastado para salvarla, es una de las más resonantes condenas de la institución conyugal que se encuentran en la Historia.

Brillante, cultivada, inteligente, ardiente, la señorita De Tuyll asombraba a Europa; espantaba a los pretendientes; no obstante, rechazó a más de doce; pero otros, quizá más aceptables, retrocedieron. Estaba fuera de toda cuestión que el único hombre que le interesaba, Hermenches, llegaría a convertirse en su marido: mantuvo con él una correspondencia de doce años; pero esa amistad y sus estudios terminaron por no bastarle; eso de «virgen y mártir» es un pleonasmo, solía decir; y las coacciones de la vida en Zuylen le resultaban insoportables; ella quería convertirse en mujer, ser libre; a los treinta años, se casó con M. de Charrière; apreciaba la «honestidad de corazón» que hallaba en él y «su espíritu de justicia», y decidió, antes que nada, convertirle en «el marido más tiernamente amado del mundo»; más tarde, Benjamín Constant contará que «le había atormentado mucho para imprimirle un movimiento igual al suyo»; ella no logró vencer su flema metódica; encerrada en Colombier entre aquel marido honesto y taciturno, un suegro senil y dos cuñadas sin encanto, madame de Charrière empezó a aburrirse; la sociedad provinciana de Neuchâtel le desagradaba por su espíritu estrecho; mataba el tiempo lavando la ropa blanca de la casa y jugando

[201] Le portrait de Zélide

por la tarde a la «comète». Un joven se cruzó en su vida, brevemente, y la dejó más sola que antes. «Tomando el tedio por musa», escribió cuatro novelas sobre las costumbres de Neuchâtel, y el círculo de sus amistades se redujo aún más. En una de sus obras pintó la prolongada desgracia de un matrimonio entre una mujer viva y sensible y un hombre bueno, pero frío y pesado: la vida conyugal se le presentaba como una serie de malentendidos, decepciones, pequeños rencores. Era obvio que ella misma se sentía desdichada; cayó enferma, se restableció, volvió a la larga soledad en compañía que era su vida. «Es evidente que la rutina de la vida en Colombier y la dulzura negativa y sumisa de su marido abrían perpetuos vacíos que ninguna actividad podía llenar», escribe su biógrafo. Fue entonces cuando surgió Benjamín Constant, que la ocupó apasionadamente durante ocho años. Cuando, demasiado orgullosa para disputárselo a madame de Staël, hubo renunciado a él, su orgullo se endureció. Ella le había escrito un día: «La estancia en Colombier me era odiosa, y nunca regresaba allí sin un sentimiento de desesperación. Después, no he querido dejarlo y me lo he hecho soportable.» Allí se encerró y no salió de su jardín durante quince años; así aplicaba el precepto estoico: tratar de vencer al corazón antes que a la fortuna. Prisionera, no podía hallar la libertad más que eligiendo su prisión. «Aceptaba la presencia de M. de Charrière a su lado como aceptaba los Alpes», dice Scott. Pero era demasiado lúcida para no comprender que aquella resignación no constituía, después de todo, sino engaño; se volví¿) tan reservada, tan dura, se la adivinaba tan desesperada, que asustaba. Había abierto su casa a los emigrantes que afluían a Neuchâtel; los protegía, los socorría, los dirigía; escribía obras elegantes y desencantadas, que Hüber, filósofo alemán en la miseria, traducía; prodigaba sus consejos a un círculo de mujeres jóvenes y explicaba Locke a su favorita, Henriette; le gustaba representar el papel de la Providencia entre los campesinos del contorno; eludiendo cada vez más cuidadosamente a la sociedad neufchâteliense, reducía orgullosamente su vida. «Ya solo se esforzaba por crear rutina y soportarla; sus mismos gestos de bondad infinita implicaban algo espantoso, hasta tal punto los dictaba una sangre fría que helaba el ánimo... Producía a cuantos la rodeaban el efecto de una sombra que atraviesa una pieza vacía»[202]. En raras ocasiones -una visita, por ejemplo- se reanimaba en ella la llama de la vida. Pero «los años transcurrían de manera árida. El señor y la señora de Charrière envejecían uno junto al otro, separados por todo un mundo, y más de un visitante, exhalando un suspiro de alivio al salir de la casa, tenía la impresión de escapar de una tumba cerrada... El reloj de pared hacía oír su tic-tac; abajo, M. de Charrière trabajaba en sus matemáticas; de la granja subía el rítmico son de los mayales... La vida proseguía, aunque los mayales la hubiesen vaciado de su grano... Una vida de pequeños hechos, desesperadamente reducidos a taponar los minúsculos resquicios de la jornada: he ahí adónde había llegado aquella Zélide que detestaba las pequeñeces».

Se dirá, tal vez, que la vida de M. de Charrière no fue más alegre que la de su mujer; al menos, así la había elegido y, según parece, estaba de acuerdo con su mediocridad. Imaginemos a un hombre dotado de las excepcionales cualidades de Belle de Tuyll; con toda seguridad, ese hombre no se habría consumido en la árida soledad de Colombier. Se habría forjado un lugar en el mundo, donde habría luchado, emprendido, actuado, vivido. ¡Cuántas mujeres, según frase de Stendhal, «se han perdido para la Humanidad» engullidas por el matrimonio! Se ha dicho que el matrimonio disminuye al hombre lo cual es cierto frecuentemente; pero, casi siempre, aniquila a la mujer. El propio Marcel Prévost, defensor del matrimonio, lo admite:

> Cien veces, al encontrarme de nuevo al cabo de unos meses o de unos años con una joven a quien conociera de soltera, me han sorprendido la trivialidad de su carácter y la insignificancia de su existencia.

Son casi las mismas palabras que fluyen de la pluma de Sofía Tolstoi seis meses después de su boda:

> ¡Qué trivial es mi existencia! Es como una muerte. En cambio, él tiene una vida plena, una vida interior, talento e inmortalidad (23-XII-1863).

Unos meses antes, había dejado escapar otra queja:

> ¿Cómo puede contentarse una mujer con estar sentada todo el día, con una aguja en la mano, tocando el piano, estando sola, absolutamente sola, si cree que su marido no la ama y la ha reducido a la esclavitud para siempre? (9 de mayo de 1863).

Once años más tarde, escribe estas palabras, las cuales suscriben todavía hoy muchas mujeres (22-X-1875):

202 G. SCOTT

> Hoy, mañana, meses, años, siempre lo mismo, siempre. Me despierto por la mañana y no tengo valor para saltar de la cama. ¿Quién me ayudará a sacudirme? ¿Qué es lo que me espera? Sí, ya sé: el cocinero va a venir, y luego le tocará el turno a Niannia. Luego, me sentaré en silencio y tomaré mi bordado inglés; después, las clases de gramática y de música. Cuando llegue la tarde, volveré a mi bordado inglés, mientras tiíta y Pedro se entregarán a sus eternos juegos de paciencia...

El lamento de madame Proudhon da exactamente el mismo tono. «Tú tienes tus ideas -le decía a su marido-. Pero yo, cuando tú trabajas y los niños están en clase, no tengo nada.»

A menudo, durante los primeros años, la mujer se mece en una cuna de ilusiones, trata de admirar incondicionalmente a su marido, de amarlo sin reservas, de sentirse indispensable para él y para los niños; luego, sus verdaderos sentimientos quedan al descubierto; se percata de que su marido podría prescindir de ella, que sus hijos están hechos para desprenderse de ella: siempre son más o menos ingratos. El hogar ya no la protege contra su libertad vacía; solitaria, abandonada, vuelve a encontrarse sujeto; y no sabe qué hacer consigo misma. Afectos, costumbres, pueden ser todavía una gran ayuda, no una salvación. Todas las escritoras que son sinceras han observado esa melancolía que anida en el corazón de las «mujeres de treinta años»; es un rasgo común a las heroínas de Katherine Mansfield, de Dorothy Parker, de Virginia Woolf. Cécile Sauvage, que tan alegremente cantó al principio de su vida el matrimonio y la maternidad, expresa más tarde una delicada aflicción. Es notable que, si se compara el número de suicidios femeninos perpetrados por solteras y casadas, se encuentra que estas últimas están sólidamente protegidas contra el disgusto de vivir entre los veinte y los treinta años (sobre todo de veinticinco a treinta), pero no durante los años siguientes. «En cuanto al matrimonio -escribe Halbwachs-[203], protege a las mujeres tanto en provincias como en París, sobre todo hasta los treinta años, pero cada vez menos en las edades subsiguientes.»

El drama del matrimonio no radica en que no asegure a la mujer la felicidad que promete -no existe seguridad respecto a la dicha-, sino en que la mutila, la destina a la repetición y la rutina. Los veinte primeros años de la vida femenina son de una extraordinaria riqueza; la mujer atraviesa las experiencias de la menstruación, la sexualidad, el matrimonio y la maternidad; descubre entonces el mundo y su propio destino. A los veinte años, dueña de un hogar, ligada para siempre a un hombre, con un hijo en los brazos, he ahí que su vida ha terminado para siempre. Las verdaderas acciones, el verdadero trabajo, son patrimonio del hombre: ella solo tiene ocupaciones que son a veces atosigantes, pero que jamás la colman. Le han encomiado la renuncia, la abnegación; pero frecuentemente se le antoja vano en demasía consagrarse «a cuidar de dos seres cualesquiera hasta el fin de sus vidas». Es muy hermoso eso de olvidarse de uno mismo; pero hay que saber para quién y por qué. Y lo peor es que su misma abnegación parece importuna; a los ojos del marido, se convierte en una tiranía a la cual procura sustraerse; y, sin embargo, es él quien se la impone a su mujer como suprema y única justificación; al desposarla, la obliga a entregarse a él toda entera; pero no acepta la obligación recíproca. Las palabras de Sofía Tolstoi: «Vivo para él, por él, y exijo lo mismo para mí» son ciertamente escandalosas; pero Tolstoi exigía, en efecto, que ella no viviese sino por él y para él, actitud que únicamente la reciprocidad puede justificar. Es la duplicidad del marido la que condena a la mujer a una infelicidad de la cual en seguida se queja él mismo de ser víctima. Del mismo modo que en el lecho la quiere a la vez ardiente y fría, así también la exige totalmente entregada y, no obstante, sin peso; le pide que le fije en la tierra y que le deje libre, que le asegure la monótona repetición de los días y que no le aburra, que esté siempre presente y jamás sea importuna; quiere tenerla toda para él, pero no pertenecerle; vivir en pareja y estar solo. Así, desde el momento en que la desposa, la engaña. Y ella se pasa la existencia calibrando la extensión de esa traición. Lo que dice D. H. Lawrence a propósito del amor sexual es generalmente valedero: la unión de dos seres humanos está condenada al fracaso si constituye un esfuerzo para completarse el uno por el otro, lo cual supone una mutilación original; sería preciso que el matrimonio fuese la puesta en común de dos existencias autónomas, no una retirada, una anexión, una huida, un remedio. Así lo comprende Nora[204] cuando decide que, antes de poder ser esposa y madre, necesita convertirse primero en persona. Sería preciso que la pareja no se considerase como una comunidad, una célula cerrada, sino que el individuo, como tal, estuviese integrado en una sociedad en cuyo seno pudiera desarrollarse sin ayuda; entonces le sería permitido crear lazos de pura generosidad con otro individuo igualmente adaptado a la colectividad, lazos que estarían fundados en el conocimiento de dos libertades.

---

[203] Les causes du suicide, págs. 195-239. La observación citada se aplica a Francia y Suiza, pero no a Hungría ni a Oldenburgo

[204] IBSEN: *Casa de muñecas*.

Esa pareja equilibrada no es una utopía; existen tales parejas, a veces incluso en el mismo marco del matrimonio, pero con más frecuencia fuera del mismo; unos están unidos por un gran amor sexual, que los deja libres en cuanto a sus amistades y ocupaciones; otros se hallan unidos por una amistad que no entorpece su libertad sexual; más raramente, los hay que son a la vez amantes y amigos, pero sin buscar el uno en el otro su exclusiva razón de vivir. Multitud de matices son posibles en las relaciones entre un hombre y una mujer: en la camaradería, el placer, la confianza, la ternura, la complicidad, el amor, pueden ser el uno para el otro la más fecunda fuente de alegría, de riqueza y de fuerza que pueda ofrecérsele a un ser humano. No son los individuos los responsables del fracaso del matrimonio: es -en contra de lo que pretenden Bonald, Comte, Tolstoi- la institución misma la que está originariamente pervertida. Declarar que un hombre y una mujer, que ni siquiera se han elegido, deben bastarse de todas las maneras a la vez durante toda su vida, es una monstruosidad que necesariamente engendra hipocresía, mentira, hostilidad y desdicha.

La forma tradicional del matrimonio está en camino de modificarse: pero todavía constituye una opresión que afecta de manera diversa a ambos cónyuges. Considerando únicamente los derechos abstractos de que disfrutan, hoy son casi iguales; se eligen más libremente que antes; pueden separarse con mucha mayor facilidad, sobre todo en Norteamérica, donde el divorcio es cosa corriente; hay entre los esposos menos diferencia de edad y de cultura que en otro tiempo; el marido reconoce de mejor gana a su mujer la autonomía que esta reivindica; sucede que comparten igualmente los cuidados de la casa; sus distracciones son comunes: camping, bicicleta, natación, etc. Ella no se pasa los días esperando el regreso del marido: hace deporte, pertenece a asociaciones, a algún club; tiene ocupaciones fuera de casa; a veces incluso ejerce un pequeño oficio que le reporta algún dinero. Muchos matrimonios jóvenes dan la impresión de una perfecta igualdad. Pero, en tanto el hombre conserve la responsabilidad económica de la pareja, eso no es más que una ilusión. Es él quien fija el domicilio conyugal, de acuerdo con las exigencias de su trabajo: ella le sigue de provincias a París, de París a provincias, a las colonias, al extranjero; el nivel de vida se establece en consonancia con sus ingresos; el ritmo de los días, de las semanas, del año, se determina según sus ocupaciones; relaciones y amistades dependen casi siempre de su profesión. Al estar más positivamente integrado que su mujer en la sociedad, conserva la dirección del matrimonio en los dominios intelectual, político y moral. El divorcio no pasa de ser para la mujer una posibilidad abstracta, si no cuenta con medios para ganarse la vida por sí misma: si en Norteamérica el «alimony» es para el hombre una pesada carga, en Francia la suerte de la mujer, de la madre abandonada con una pensión irrisoria, constituye un verdadero escándalo. Pero lo profundo de la desigualdad proviene de que el hombre se realiza concretamente en el trabajo o la acción, mientras que para la esposa, en tanto que tal, la libertad solo tiene una figura negativa: la situación de las jóvenes norteamericanas, entre otras, recuerda la de las romanas emancipadas, en la época de la decadencia. Ya hemos visto que estas podían optar entre dos clases de conducta: unas perpetuaban el modo de vida y las virtudes de sus abuelas; las otras pasaban el tiempo en una vana agitación; de igual modo, multitud de norteamericanas siguen siendo «mujeres de su casa» conforme al modelo tradicional; las otras, en su mayor parte, no hacen más que disipar sus energías y su tiempo. En Francia, el marido, aunque tenga toda la buena voluntad del mundo, no se sentirá menos abrumado que antes por las cargas del hogar, por el hecho de que la joven esposa se convierta en madre.

Es un lugar común declarar que en los matrimonios modernos, y sobre todo en Estados Unidos, la mujer ha reducido al hombre a esclavitud. El hecho no es nuevo. Desde los griegos, los varones se han quejado de la tiranía de Jantipa; la verdad es que la mujer interviene en dominios que en otros tiempos le estaban vedados; conozco, por ejemplo, mujeres de estudiantes que aportan al éxito de su hombre un encarnizamiento frenético; regulan el empleo de su tiempo, su régimen, vigilan su trabajo; los apartan de todas las distracciones, y poco falta para que los encierren bajo llave; también es cierto que el hombre se halla más desarmado que antes frente a este despotismo; reconoce a la mujer derechos abstractos y comprende que ella no puede concretarlos sino a través de él: será a sus propias expensas como compensará la impotencia y la esterilidad a las que está condenada la mujer; para que se realice en su asociación una aparente igualdad, es preciso que sea él quien dé más, puesto que también posee más. Pero, precisamente, si ella recibe, toma, exige, es porque es la más pobre. La dialéctica del amo y el esclavo encuentra aquí su aplicación más concreta: al oprimir, uno se convierte en oprimido. Su propia soberanía es la que encadena a los varones; la esposa exige cheques, porque únicamente ellos ganan el dinero, porque solamente ellos ejercen un oficio en el que ella les impone la necesidad de triunfar, porque exclusivamente ellos encarnan la trascendencia que ella quiere arrebatarles al hacer suyos sus proyectos, sus éxitos. E, inversamente, la tiranía ejercida por la mujer no hace sino manifestar su dependencia: ella sabe que el éxito de la pareja, su porvenir, su felicidad, su justificación, están en manos del otro; si trata de someterlo a su voluntad por todos los medios, es porque está enajenada en él. De su debilidad hace un arma; pero el hecho es que es débil. La esclavitud conyugal es más cotidiana y más irritante para el marido; pero es más profunda para la mujer; la mujer que retiene al marido a su lado durante horas porque se aburre, le veja y le

fastidia; pero, a fin de cuentas, él puede pasarse sin ella mucho más fácilmente que ella sin él; si él la deja, será ella quien verá arruinada su vida. La gran diferencia consiste en que, en la mujer, la dependencia está interiorizada: es esclava incluso cuando se conduce con una aparente libertad, en tanto que el hombre es esencialmente autónomo y lo encadenan desde fuera. Si tiene la impresión de ser víctima, es porque las cargas que soporta son las más evidentes: la mujer se nutre de él como un parásito; pero un parásito no es un amo triunfante. En verdad, del mismo modo que biológicamente los machos y las hembras no son jamás víctimas unos de otros, sino que lo son ambos de la especie, así también los cónyuges sufren en común la opresión de una institución que ellos no han creado. Si se dice que los hombres oprimen a las mujeres, el marido se indigna, porque es él quien se siente oprimido: y lo está; pero el hecho es que han sido el código masculino y la sociedad elaborada por los varones en su propio interés los que han definido la condición femenina bajo una forma que, en el presente, resulta para ambos sexos una fuente de tormentos.

Por su interés común, sería preciso modificar la situación, prohibiendo que el matrimonio fuese para la mujer una «carrera». Los hombres que se declaran antifeministas, so pretexto de que «las mujeres son ya bastante envenenadoras tal y como son», razonan sin mucha lógica: precisamente porque el matrimonio hace de ellas «mantis religiosas», «sanguijuelas», «venenos», es por lo que sería preciso transformarlo y, por consiguiente, transformar la condición femenina en general. La mujer pesa tanto sobre el hombre, porque se le prohibe descansar sobre sí misma: el hombre se liberará al liberarla, es decir, al darle algo que hacer en este mundo.

Hay mujeres jóvenes que ya intentan conquistar esa libertad positiva; pero son raras las que perseveran mucho tiempo en sus estudios o en su profesión: lo más frecuente es que sepan que los intereses de su trabajo serán sacrificados a la carrera del marido; no aportarán al hogar más que un salario complementario; no se comprometen sino tímidamente en una empresa que no las arranque a la servidumbre conyugal. Incluso aquellas que tienen una profesión seria, no extraen de ella los mismos beneficios sociales que los hombres: las mujeres de los abogados, por ejemplo, tienen derecho a una pensión al fallecimiento del marido; pero se les ha negado a las abogadas el mismo derecho de dejar una pensión a sus maridos en caso de fallecimiento. Es decir, que no se considera que la mujer que trabaja mantenga a la pareja en igualdad de condiciones con el hombre. Hay mujeres que encuentran en su profesión una verdadera independencia; pero numerosas son aquellas para quienes el trabajo «fuera de casa» no representa en el ámbito del matrimonio más que una fatiga suplementaria. Por otra parte, el caso más frecuente es que el nacimiento de un hijo las obligue a limitarse a su papel de matronas; actualmente es muy difícil conciliar el trabajo con la maternidad.

Precisamente es el hijo quien, según la tradición, debe asegurar a la mujer una autonomía concreta que la dispense de dedicarse a cualquier otro fin. Si, en tanto que esposa, no es un individuo completo, sí lo es en tanto que madre; su hijo es su alegría y su justificación. A través de él termina de realizarse sexual y socialmente; así, pues, por mediación de él, adquiere la institución del matrimonio su sentido y logra su finalidad. Examinemos, pues, esta suprema etapa del desarrollo de la mujer.

CAPÍTULO II.

LA MADRE.

En virtud de la maternidad es como la mujer cumple íntegramente su destino fisiológico, esa es su vocación «natural», puesto que todo su organismo está orientado hacia la perpetuación de la especie. Pero ya se ha dicho que la sociedad humana no está jamás abandonada a la Naturaleza. Y, en particular, desde hace aproximadamente un siglo, la función reproductora ya no está determinada por el solo azar biológico, sino que está controlada por la voluntad. Algunos países han adoptado oficialmente métodos precisos para el control de la natalidad, y, en las naciones sometidas a la influencia del catolicismo, ese control se realiza clandestinamente: o bien el hombre practica el «coitus interruptus», o bien la mujer, después del acto amoroso, expulsa de su cuerpo los espermatozoides. Ello es a menudo una fuente de conflictos y rencores entre amantes y esposos; el hombre se irrita por tener que vigilar su placer; la mujer detesta la servidumbre del lavatorio; guarda él rencor a la mujer por su vientre en demasía fecundo; teme ella esos gérmenes de vida que él se arriesga a depositar en ella. Y a los dos los invade la consternación cuando, pese a todas las precauciones, ella queda encinta. El caso es frecuente en los países donde los métodos anticonceptivos son rudimentarios. Entonces la antifisis adopta una forma particularmente grave: el aborto. Prohibido igualmente en los países que autorizan el control de la natalidad, el aborto tiene en

ellos muchas menos ocasiones de plantearse. Pero en Francia es una operación a la cual se ven obligadas multitud de mujeres y que acosa la vida amorosa de la mayor parte de ellas.

Existen pocos temas respecto a los cuales la sociedad burguesa despliegue más hipocresía: el aborto es un crimen repugnante, y aludir al mismo es una indecencia. El que un escritor describa las alegrías y los sufrimientos de una parturienta, es impecable; pero si habla de una mujer que ha abortado se le acusa de revolcarse en la inmundicia y de pintar a la Humanidad bajo una luz abyecta: ahora bien, en Francia se producen todos los años tantos abortos como nacimientos. Se trata de un fenómeno tan extendido, que es preciso considerarlo como uno de los riesgos normalmente implícitos en la condición femenina. El Código se obstina, no obstante, en considerarlo delito: exige que esta delicada operación sea ejecutada clandestinamente. Nada más absurdo que los argumentos invocados contra la legislación del aborto. Se pretende que es una intervención peligrosa. Pero los médicos honestos reconocen con el doctor Magnus Hirschfeld que «el aborto practicado por la mano de un verdadero médico especialista, en una clínica y con las medidas preventivas necesarias, no comporta esos graves peligros cuya existencia afirma el Código penal». Por el contrario bajo su forma actual es como hace correr grandes riesgos a la mujer. La falta de competencia de las «hacedoras de ángeles», las condiciones en las cuales operan, engendran multitud de accidentes, a veces mortales. La maternidad forzada termina por arrojar al mundo hijos enclenques, a quienes sus padres serán incapaces de alimentar y que se convertirán en víctimas de la Asistencia pública o en «niños mártires». Preciso es advertir, por otra parte, que la sociedad, encarnizada defensora de los derechos del embrión, se desinteresa de los niños tan pronto como han nacido; se persigue a las mujeres que abortan, en lugar de aplicarse a reformar esa vergonzosa institución llamada Asistencia pública; se deja en libertad a los responsables que ponen a sus pupilos en manos de semejantes verdugos; se cierra los ojos ante la horrible tiranía que ejercen «casas de educación» o en residencias privadas los verdugos de niños; y si se rehusa admitir que el feto pertenece a la mujer que lo lleva en su seno, en cambio se consiente que el niño sea una cosa de sus padres; en el curso de la misma semana, acabamos de ver cómo se suicidaba un cirujano convicto de maniobras abortivas y cómo se condenaba a tres meses de prisión con sobreseimiento a un padre que había golpeado a su hijo hasta casi matarlo. Recientemente, un padre ha dejado morir a su hijo de difteria por falta de cuidados; una madre se ha negado a llamar a un médico que viese a su hija, en nombre de su entrega incondicional a la voluntad divina: en el cementerio, unos niños la apedrearon; al manifestar su indignación algunos periodistas, toda una cohorte de gentes honradas ha protestado que los hijos pertenecen a los padres y que todo control extraño sería inaceptable. En la actualidad hay «un millón de niños en peligro», afirma el periódico Ce Soir; France-Soir dice que «quinientos mil niños están amenazados de peligro físico o moral». En África del Norte, la mujer árabe no tiene la posibilidad de recurrir al aborto: de cada diez hijos que engendra, mueren siete u ocho, y nadie se preocupa de ello, porque las penosas y absurdas maternidades han destruido el sentimiento maternal. Si a la moral le conviene eso, ¿qué pensar de semejante moral? Hay que añadir que los hombres más respetuosos con la vida embrionaria son también los que más prontos se muestran cuando se trata de condenar adultos a una muerte militar.

Las razones prácticas invocadas contra el aborto legal carecen de peso; en cuanto a las razones morales, se reducen al viejo argumento católico de que el feto posee un alma a la cual se le cierra el paraíso al suprimirlo sin bautismo. Es notable que la Iglesia autorice, en ocasiones, el homicidio de hombres hechos: en las guerras, o cuando se trata de condenados a muerte; pero, en cambio, reserva para el feto un humanitarismo intransigente. Este no es rescatado por el bautismo: en la época de las guerras santas contra los infieles, estos tampoco lo eran, pero se estimulaba ardientemente su matanza. Las víctimas de la Inquisición no se hallaban todas, sin duda, en estado de gracia, como tampoco lo están hoy el criminal a quien guillotinan y los soldados muertos en el campo de batalla. En todos estos casos, la Iglesia se remite a la gracia divina; admite que el hombre no es en su mano más que un instrumento y que la salvación de un alma se juega entre ella y Dios. Así, pues, ¿por qué prohibirle a Dios que acoja en su cielo al alma embrionaria? Si un concilio se lo autorizase, no protestaría más que en la bella época de las piadosas matanzas de indios. En verdad, se choca aquí contra una vieja y obstinada tradición que nada tiene que ver con la moral. Hay que contar también con ese sadismo masculino del cual ya he tenido ocasión de hablar. El libro que el doctor Roy dedicó en 1943 a Pétain es un notable ejemplo de ello; constituye un verdadero monumento de mala fe. Insiste paternalmente sobre los peligros del aborto; pero nada le parece más higiénico que una cesárea. Quiere que el aborto sea considerado como un crimen y no como un delito; y desea que sea prohibido hasta en su forma terapéutica, es decir, cuando el embarazo pone en peligro la vida o la salud de la madre: es inmoral elegir entre una vida y otra, declara; se atrinchera en ese argumento y aconseja sacrificar a la madre. Declara que el feto no pertenece a la madre, que es un ser autónomo. Sin embargo, cuando esos mismos médicos «bien pensados» exaltan la maternidad, afirman que el feto forma parte del cuerpo materno, que no es un parásito que se

alimente a sus expensas. Se ve cuán vivo es todavía el antifeminismo en ese encarnizamiento que ponen algunos hombres en rechazar todo cuanto podría manumitir a la mujer.

Por otra parte, la ley que condena a la muerte, la esterilidad o la enfermedad a multitud de mujeres jóvenes resulta impotente para asegurar un aumento de la natalidad. Un punto respecto al cual están de acuerdo partidarios y enemigos del aborto legal es el radical fracaso de la represión. Según los profesores Doléris, Balthazard y Lacassagne, habría habido en Francia medio millón de abortos alrededor de 1933; una estadística (citada por el doctor Roy) elaborada en 1938 estimaba su número en un millón. En 1941, el doctor Aubertin, de Burdeos, vacilaba entre ochocientos mil y un millón. Esta última cifra es la que parece más cercana a la verdad. En un artículo de Combat fechado en marzo de 1948, el doctor Desplas describe:

> El aborto ha pasado a formar parte de las costumbres... La represión ha fracasado prácticamente... En el Sena, en el año 1943, 1.300 investigaciones han comportado 750 acusaciones con 360 mujeres detenidas y 513 condenas de menos de un año a más de cinco, lo cual es poco en relación con los 15.000 abortos presumidos en el departamento. En todo el territorio se cuentan 10.000 casos.

Y añade:

> El aborto llamado criminal es tan familiar a todas las clases sociales como las políticas anticonceptivas aceptadas por nuestra hipócrita sociedad. Las dos terceras partes de las mujeres que abortan son casadas... Se puede calcular, aproximadamente, que hay en Francia tantos abortos como nacimientos.

Como la operación se practica en condiciones frecuentemente desastrosas, muchos abortos terminan con la muerte de la mujer.

> Todas las semanas llegan al Instituto Médico-Legal de París dos cadáveres de mujeres que han abortado; muchos de los abortos provocan enfermedades crónicas.

Se ha dicho a veces que el aborto es un «crimen clasista», y, en gran medida, es cierto. Las prácticas anticonceptivas están mucho más difundidas en la burguesía; la existencia de un cuarto de aseo decoroso hace su aplicación más fácil que en las casas de los obreros y los campesinos, privadas de agua corriente; las jóvenes de la burguesía son más prudentes que las otras; en los matrimonios, el hijo representa una carga menos pesada: la pobreza, la crisis de la vivienda, la necesidad que tiene la mujer de trabajar fuera de casa, se cuentan entre las causas más frecuentes del aborto. El caso más frecuente parece ser el de que la pareja decida limitar los nacimientos después de la segunda maternidad; de manera que la mujer de odiosos rasgos que aborta es también esa madre magnífica que mece en sus brazos a dos ángeles rubicundos: la misma mujer. En un documento publicado en Temps modernes, de octubre de 1945, bajo el título de «Salle commune», madame Geneviève Sarreau describe una sala de hospital en la cual tuvo ocasión de vivir y a la que acudían muchas enfermas para someterse a un raspado: de dieciocho de ellas, quince habían sufrido abortos, más de la mitad de los cuales habían sido provocados; la que tenía el número 9, esposa de un forzudo del mercado, había tenido en dos matrimonios diez hijos vivos, de los cuales solamente quedaban tres, y había sufrido siete abortos, de los cuales cinco fueron provocados; empleaba de buen grado la técnica de la «varilla», que explicaba complacida, y también usaba unos comprimidos cuyos nombres indicaba a sus compañeras. La número 16, joven de dieciséis años de edad, casada, había tenido aventuras y padecía de salpingitis a causa de un aborto. La número 7, de treinta y cinco años de edad, explicaba: «Hace veinte años que estoy casada; nunca he amado a mi marido, pero, durante veinte años, me he conducido correctamente. Hace tres meses un hombre me hizo el amor. Una sola vez, en la habitación de un hotel. Y quedé encinta. Entonces, no había más remedio, ¿verdad? Lo tuve que deshacer. Pero se ha acabado; nunca volveré a empezar. Se sufre demasiado... Y no me refiero al raspado... No, no; se trata de otra cosa: es... es el amor propio, ¿saben?» La número 14 había tenido cinco hijos en cinco años; a la edad de cuarenta años, tenía aspecto de vieja. En todas ellas había una resignación hecha de desesperación. «La mujer está hecha para sufrir», decían tristemente.

La gravedad de esta prueba varía mucho, según las circunstancias. La mujer casada que disfruta de una posición social acomodada burguesamente o confortablemente entretenida, apoyada por un hombre con dinero y relaciones, disfruta de muchas ventajas; en primer lugar, obtiene mucho más fácilmente que otras licencia para proceder a un aborto «terapéutico»; en caso necesario, dispone de medios para efectuar un viaje a Suiza, donde el aborto es liberalmente tolerado; en el estado actual de la ginecología, el aborto es una operación benigna cuando la efectúa un especialista con todas las

garantías de la higiene y, si es preciso, con los recursos de la anestesia; a falta de complicidad oficial, encuentra ayudas oficiosas que son tan seguras como aquella: conoce buenas direcciones, posee dinero suficiente para pagar cuidados concienzudos, sin esperar a que el embarazo esté avanzado; la tratarán con toda suerte de miramientos; algunas de estas privilegiadas pretenden que ese pequeño accidente es beneficioso para la salud y da brillo a la tez. En cambio, pocas desgracias hay más lamentables que la de una joven abandonada y sin dinero, que se ve forzada a cometer un «crimen» para borrar una «falta» que su entorno jamás le perdonaría: este es el caso todos los años en Francia de unas trescientas mil empleadas, secretarias, estudiantes, obreras, campesinas; la maternidad ilegítima es todavía una tara tan terrible, que muchas prefieren el suicidio o el infanticidio al estado de madre soltera, es decir, que ninguna penalidad les haría retroceder ante la necesidad de «deshacer el niño». Un caso trivial, que se repite millares de veces, es el que se relata en una confesión recogida por el doctor Liepmann[205]. Se trata de una berlinesa, hija natural de un zapatero y una criada:

> Trabé conocimiento con el hijo de un vecino diez años mayor que yo... Sus caricias fueron para mí de tal modo nuevas, que, a fe mía, me dejé hacer. De todos modos, aquello no era verdadero amor. No obstante, siguió iniciándome de todas las maneras posibles dándome a leer libros sobre la mujer, hasta que, finalmente, le entregué mi virginidad. Cuando, después de una espera de dos meses, acepté una plaza de institutriz en la escuela maternal de Speuze, estaba encinta. No volví a tener el período durante otros dos meses. Mi seductor me escribía que era absolutamente preciso que volviera a tener el período bebiendo petróleo y comiendo jabón negro. No soy capaz de describir ahora los tormentos que entonces padecí... Tuve que llegar completamente sola hasta el fondo de toda aquella miseria. El temor de tener un hijo me hizo cometer el acto horrendo. Entonces fue cuando aprendí a odiar al hombre.

El pastor de la escuela se enteró de la historia por una carta extraviada, la sermoneó largamente, y ella se separó del joven; pero la trataron como si fuese una leprosa.

> Fue como si hubiese vivido dieciocho meses en un correccional.

Entró luego como niñera en casa de un profesor, y allí permaneció cuatro años.

> En esa época conocí a un magistrado. Fui feliz amando a un verdadero hombre. Con mi amor, le di todo. El resultado de nuestras relaciones fue que, a los. veinticuatro años de edad, traje al mundo un niño perfectamente constituido. El niño tiene hoy diez años. No he visto al padre desde hace nueve años y medio... Como yo juzgaba insuficiente la suma de dos mil quinientos marcos, y él, por su parte, se negaba a dar su nombre al niño, renegando así de su paternidad, todo terminó entre nosotros. Ningún hombre me inspira ya el menor deseo.

Con frecuencia es el propio seductor quien convence a la mujer para que se desembarace del niño. O bien la ha abandonado ya cuando está encinta, o ella quiere ocultarle generosamente su desgracia, o no encuentra a su lado la menor ayuda. A veces, ella renuncia al hijo no sin pesar; ora sea porque no se decide inmediatamente a suprimirlo, o porque no conoce ninguna dirección, o porque no dispone de dinero y ha perdido el tiempo probando drogas ineficaces, llega al tercero, cuarto o quinto mes del embarazo y entonces decide librarse de aquel hijo; el aborto provocado será entonces infinitamente más peligroso, más doloroso y más comprometido que si se hubiese efectuado en el curso de las primeras semanas. La mujer lo sabe; intenta librarse de aquello, pero lo hace llena de angustia y desesperación. En el campo, el uso de la sonda apenas es conocido; la campesina que ha caído en «falta» se arroja desde lo alto del granero o se deja caer desde una escalera, y, a menudo, se lesiona sin resultado; así sucede que, en los setos, entre los matorrales o en las letrinas, se encuentra de vez en cuando un pequeño cadáver estrangulado. En la ciudad, las mujeres se ayudan entre sí. Pero no siempre resulta fácil encontrar una «hacedora de ángeles», y aún menos reunir la suma exigida; la mujer encinta pide ayuda a una amiga o se opera ella misma; estas cirujanas de ocasión son a menudo poco competentes, y se perforan rápidamente con una varilla o una aguja de hacer punto. Un médico me ha contado que una cocinera ignorante, pretendiendo inyectarse vinagre en el útero, se lo inyectó en la vejiga, lo cual le produjo atroces dolores. Brutalmente ejecutado y mal cuidado, el aborto provocado, a menudo más penoso que un parto normal, va acompañado de trastornos nerviosos que pueden llegar hasta el borde de la crisis epiléptica, provoca a veces graves enfermedades internas y puede desencadenar una hemorragia mortal. En Gribiche, Colette relata la dura agonía de una pequeña bailarina de music-hall abandonada a las manos ignorantes de su madre; un remedio habitual, dice ella, consistía en beber una solución de jabón concentrada y correr después durante un cuarto de hora: mediante semejantes tratamientos se suprime frecuentemente al niño, pero se mata a la madre. Me han hablado de una mecanógrafa que ha permanecido cuatro días en su habitación,

[205] *Jeunesse et sexualité*

bañada en sangre, sin comer ni beber, porque no se había atrevido a llamar. Es difícil imaginarse abandono más pavoroso que aquel en el que la amenaza de la muerte se confunde con la del crimen -y la vergüenza. La prueba es menos dura en el caso de mujeres pobres, pero casadas, que actúan de acuerdo con el marido y sin estar atormentadas por inútiles escrúpulos. Uña asistenta social me decía que en la «zona» ellas se dan consejos mutuamente, se prestan instrumentos y se ayudan tan sencillamente como si se tratase de extirpar unas durezas en los pies. Pero padecen tremendos sufrimientos físicos; en los hospitales, tienen la obligación de acoger a la mujer cuyo aborto provocado ya ha comenzado; pero la castigan sádicamente, negándole todo calmante durante los dolores y en el curso de la última operación de raspado. Como se aprecia, entre otros, en los testimonios recogidos por G. Sarreau, estas persecuciones ni siquiera indignan a las mujeres, demasiado habituadas al sufrimiento: pero son sensibles a las humillaciones que les infligen. El hecho de que la operación sufrida sea clandestina y criminal multiplica sus peligros y le da un carácter abyecto y angustioso. Dolor, enfermedad y muerte adoptan la figura de un castigo: sabida es la distancia que separa al sufrimiento de la tortura, al accidente del castigo; a través de los riesgos que asume, la mujer se tiene por culpable; y es esta interpretación del dolor y de la falta lo que resulta singularmente penoso.

Este aspecto del drama se siente con más o menos intensidad, según las circunstancias. Para las mujeres muy «independientes» gracias a su fortuna, su posición social o el medio libre al cual pertenecen, y para aquellas otras a quienes la pobreza o la miseria han enseñado el desdén hacia la moral burguesa, apenas hay problema alguno: hay un momento más o menos desagradable que pasar, y no hay más remedio que pasarlo, eso es todo. Pero multitud de mujeres se sienten intimidadas por una moral que conserva a sus ojos todo su prestigio, aunque ellas no puedan amoldar a ella su conducta; respetan en su fuero interno la ley que infringen y sufren por cometer un delito; todavía sufren más por tener que buscarse cómplices. En primer lugar, sufren la humillación de mendigar: mendigan una dirección, los cuidados de un médico, de una comadrona; se exponen a que las reprendan con altanería, o se arriesgan a una connivencia degradante. invitar deliberadamente a otro a cometer un delito es una situación que ignora la mayoría de los hombres y que la mujer vive con una mezcla de miedo y vergüenza. Esta intervención que ella reclama, a menudo la rechaza en el fondo de su corazón. Se encuentra dividida en el interior de sí misma. Puede que su deseo espontáneo sea el de conservar ese niño a quien impide nacer; incluso si no desea positivamente la maternidad, percibe con desazón lo ambiguo del acto que realiza. Porque, si bien es cierto que el aborto no es un asesinato, tampoco podría asimilársele a una simple práctica anticonceptiva; ha tenido lugar un acontecimiento que es un comienzo absoluto y cuyo desarrollo se detiene. Algunas mujeres serán perseguidas por el recuerdo de aquel hijo que no fue. Hélène Deutsch cita el caso de una mujer casada, psicológicamente normal, que, después de haber perdido dos veces a causa de su condición física sendos fetos de tres meses, les hizo construir dos pequeñas tumbas que cuidó con gran piedad, incluso después del nacimiento de numerosos hijos. Con mayor razón, si el aborto ha sido provocado, la mujer tendrá a menudo la impresión de haber cometido un pecado. El remordimiento que sigue en la infancia al deseo celoso de la muerte del hermanito recién nacido resucita, y la mujer se siente culpable de haber matado realmente a un niño. Ciertas melancolías patológicas pueden expresar ese sentimiento de culpabilidad. Junto a las mujeres que piensan que han atentado contra una vida extraña, hay muchas que estiman que han sido mutiladas de una parte de si mismas, y de ahí nace un rencor contra el hombre que ha aceptado o solicitado esa mutilación. De nuevo Hélène Deutsch cita el caso de una joven, profundamente enamorada de su amante, que insistió ella misma en hacer desaparecer a un hijo que hubiera sido un obstáculo para la felicidad de los dos; al salir del hospital, se negó a ver nunca más al hombre a quien amaba. Si una ruptura tan definitiva es rara, en desquite es frecuente que la mujer se vuelva frígida, ya sea con respecto a todos los hombres, ya sea exclusivamente con respecto a aquel que la ha dejado encinta.

Los hombres muestran tendencia a tomar el aborto a la ligera; lo consideran como uno de esos numerosos accidentes a los cuales la malignidad de la Naturaleza ha condenado a las mujeres: no calibran los valores que en ello se comprometen.

La mujer reniega de los valores de la feminidad, sus valores, en el momento en que la ética varonil se contradice de la manera más radical. Todo su porvenir moral resulta zarandeado. En efecto, desde la infancia se le repite a la mujer que está hecha para engendrar y se le canta el esplendor de la maternidad; los inconvenientes de su condición-reglas, enfermedades, etc.-, el tedio de las faenas domésticas, todo es justificado por ese maravilloso privilegio que ostenta de traer hijos al mundo. Y he ahí que el hombre, para conservar su libertad, para no perjudicar su porvenir, en interés de su profesión, le pide a la mujer que renuncie a su triunfo de hembra. El niño no es ya, en absoluto, un tesoro inapreciable; engendrar no es una función sagrada; esa proliferación se hace contingente, importuna, sigue siendo una de las taras de la feminidad. La servidumbre mensual de la menstruación se presenta, en comparación, como una bendición: he aquí que ahora se acecha ansiosamente el

retorno de ese rojo fluir que había sumido a la muchachita en el horror; precisamente se la había consolado prometiéndole las alegrías del alumbramiento. Aun consintiendo en el aborto, deseándolo, la mujer lo siente como un sacrificio de su feminidad: preciso es que, definitivamente, vea en su sexo una maldición, una especie de enfermedad, un peligro. Llegando al extremo de esa negación, algunas mujeres se vuelven homosexuales después del traumatismo provocado por el aborto. Con todo, en el momento mismo en que el hombre, para cumplir mejor su destino de hombre, exige de la mujer que sacrifique sus posibilidades carnales, denuncia la hipocresía del código moral de los varones. Estos prohiben universalmente el aborto, pero lo aceptan singularmente como una solución cómoda; les es posible contradecirse con un cinismo atolondrado; pero la mujer experimenta esas contradicciones en su carne herida; por lo general, es demasiado tímida para rebelarse deliberadamente contra la mala fe masculina; al considerarse víctima de una injusticia que la decreta criminal a pesar suyo, se siente mancillada, humillada; ella es quien encarna bajo una figura concreta e inmediata, en sí, la falta del hombre; él comete la falta, pero se desembaraza de ella descargándola sobre la mujer; se limita a pronunciar palabras con tono suplicante, amenazador, razonable, furioso, pero las olvida rápidamente; a ella le toca traducir esas frases en dolor y sangre. Algunas veces él no dice nada, se va; pero su silencio y su huida son un mentís aún más evidente de todo el código moral instituido por los varones. No hay que asombrarse de lo que se ha dado en llamar la «inmoralidad» de las mujeres, tema favorito de los misóginos. ¿Cómo no experimentarían estas una íntima desconfianza con respecto a principios arrogantes que los hombres proclaman públicamente y denuncian en secreto? Aprenden a no creer en lo que dicen los hombres cuando exaltan a la mujer, ni tampoco cuando exaltan al hombre: lo único seguro es ese vientre hurgado y sangrante, esos jirones de vida roja, esa ausencia de hijo. En el primer aborto es cuando la mujer empieza a «comprender». Para muchas de ellas, el mundo no volverá a tener jamás la misma figura. Y, no obstante, a falta de la difusión de métodos anticonceptivos, el aborto es hoy en Francia el único camino abierto a la mujer que no quiere traer al mundo hijos condenados a morir de miseria. Stekel lo ha dicho muy justamente: «La prohibición del aborto es una ley inmoral, puesto que ha de ser obligatoriamente violada, todos los días, a todas horas.»

*** * ***

El control de la natalidad y el aborto legal permitirían a la mujer asumir libremente sus maternidades. De hecho, una deliberada voluntad, en parte, y el azar, también en parte, son los que deciden la fecundidad femenina. Como la inseminación artificial no se ha convertido en una práctica corriente, sucede que la mujer desea la maternidad sin obtenerla, sea porque no tiene comercio con los hombres, o porque su marido es estéril, o porque está mal conformada. En cambio, frecuentemente se ve obligada a engendrar a su pesar. El embarazo y la maternidad serán vividos de manera muy diferente, según se desarrollen en la rebeldía, la resignación, la satisfacción o el entusiasmo. Hay que tener muy en cuenta que las decisiones y los sentimientos confesados de la joven madre no siempre corresponden a sus deseos más profundos. Una madre soltera puede sentirse materialmente abrumada por la carga que se le ha impuesto de pronto, desolarse abiertamente por ello y encontrar en el hijo, no obstante, la satisfacción de sueños acariciados en secreto; a la inversa, una joven casada que acoja su embarazo con alegría y orgullo, puede temerlo en silencio y detestarlo a través de obsesiones, de fantasmas, de recuerdos infantiles que ella misma rehusa reconocer. Esa es una de las razones que hace tan herméticas a las mujeres sobre este tema. Su silencio proviene, en parte, de que se complacen en rodear de misterio una experiencia que es de su exclusiva competencia; pero también se sienten desconcertadas por las contradicciones y los conflictos cuya sede son ellas. «Las preocupaciones del embarazo son un sueño que se olvida tan completamente como el sueño de los dolores del parto»[206], ha dicho una mujer. Son las complejas verdades que se les descubren entonces las que ellas se aplican en sepultar en el olvido.

Ya hemos visto que durante la infancia y la adolescencia la mujer pasa, con respecto a la maternidad, por diversas fases. De niña, es un milagro y un juego: encuentra en la muñeca, presiente en el hijo por venir un objeto a poseer y a dominar. De adolescente, ve en él, por el contrario, una amenaza contra la integridad de su preciosa persona. O bien la rehusa hoscamente, como la heroína de Colette Audry[207], que nos confía:

> Execraba a cada niño que jugaba en la arena; lo execraba por haber nacido de mujer... También execraba a las personas mayores por tener poder sobre aquellos niños, porque los purgaban, los azotaban, los vestían, los envilecían de todas las maneras posibles: las mujeres de cuerpos muelles siempre prestas a hacer brotar nuevos pequeños, los hombres que contemplaban con aire satisfecho e independiente toda aquella pulpa de mujeres e hijos suyos.

---

206 N. HALE
207 On joue perdant: «L'enfant».

> Mi cuerpo era exclusiva y enteramente mío, no lo quería más que tostado, impregnado de la sal del mar, arañado por los juncos. Tenía que permanecer duro y sellado.

O bien la teme al mismo tiempo que la desea, lo cual conduce a fantasmas de embarazo y a toda suerte de angustias. Hay jóvenes que se complacen en ejercer la autoridad que confiere la maternidad, pero que no están dispuestas a asegurar plenamente las responsabilidades que se desprenden de la misma. Tal es el caso de esa Lydia citado por H. Deutsch, quien, a la edad de dieciséis años, colocada como niñera en casa de unos extranjeros, se ocupaba de los niños confiados a sus cuidados con la más extraordinaria dedicación: aquello era una prolongación de los ensueños infantiles en los que se emparejaba con su madre para criar a un niño; de manera brusca, empezó a descuidar su servicio, a mostrarse indiferente con los niños, a salir, a coquetear; había terminado la época de los juegos y empezaba a preocuparse por su verdadera vida, en la que el deseo de maternidad ocupaba poco lugar. Algunas mujeres alimentan durante toda su existencia el deseo de dominar a los niños, pero conservan todo el horror al trabajo biológico del parto: se hacen comadronas, enfermeras, institutrices; son tías abnegadas, pero se niegan a alumbrar un hijo. Otras, sin rechazar con disgusto la maternidad, están demasiado absorbidas por su vida amorosa, o por una carrera, para hacerle un sitio en la existencia de ambos cónyuges. O bien tienen miedo de la carga que el niño representaría para ellas o para sus respectivos maridos.

A menudo la mujer asegura deliberadamente su esterilidad, ora hurtándose a toda relación sexual, ora recurriendo a las prácticas del control de la natalidad; pero también hay casos en los que ella no confiesa su temor al hijo y en los cuales es un proceso psíquico de defensa el que impide la concepción; se producen en ella trastornos funcionales que pueden descubrirse mediante un examen médico, pero que son de origen nervioso. El doctor Arthus[208] cita, entre otros, un ejemplo notable:

> Madame H... había sido muy mal preparada por su madre para su vida de mujer; esta le había predicho siempre las peores catástrofes si llegaba a quedarse encinta... Cuando madame H... se casó, creyó estar encinta al mes siguiente; luego advirtió su error; volvió a creer lo mismo al cabo de tres meses: nuevo error. Al cabo de un año, fue a consultar a un ginecólogo, quien se negó a reconocer en ella o en su marido ninguna causa de infecundidad. Tres años después, fue a ver a otro ginecólogo, que le dijo: «Quedará usted encinta cuando menos hable de ello...» Al cabo de cinco años de matrimonio, madame H... y su marido habían admitido el hecho de que nunca tendrían un hijo. El bebé nació a los seis años de matrimonio.

La aceptación o el rechazo de la concepción están influidos por los mismos factores que el embarazo en general. En el curso de este se reavivan los sueños infantiles del sujeto y sus angustias de adolescente, y se le vive de manera muy diferente, según las relaciones que la mujer sostenga con su madre, con su marido y consigo misma.

Cuando, a su vez, se convierte en madre, la mujer ocupa en cierto modo el lugar de aquella que la alumbró: para ella es una completa emancipación. Si lo desea sinceramente, se alegrará de su embarazo y tendrá empeño en llevarlo a buen puerto sin ayuda; por el contrario, si todavía está dominada y consiente en estarlo, se pondrá en manos de su madre, y el recién nacido le parecerá un hermanito o una hermanita antes que el fruto de su propio vientre; si desea liberarse y, al mismo tiempo, no se atreve, entonces temerá que el niño, en lugar de salvarla, la hará caer de nuevo bajo el yugo: esta angustia puede provocar el aborto. H. Deutsch cita el caso de una joven que, teniendo que acompañar a su marido en un viaje y abandonar el hijo a su madre, dio a luz un bebé muerto; se asombró de no llorarlo más, porque lo había deseado vivamente; pero le habría horrorizado tener que entregárselo a su madre, quien la hubiera dominado a través de él. Ya se ha visto que el sentimiento de culpabilidad con respecto a la madre es frecuente en la adolescente; si todavía se mantiene vivo, la mujer se imagina que una maldición pesa sobre su progenie o sobre ella misma: el niño, así lo cree, la matará al venir al mundo, o morirá él al nacer. Es el remordimiento el que a menudo provoca esta angustia, tan frecuente en las jóvenes, de no poder llevar a feliz término su embarazo. En el siguiente ejemplo, expuesto por H. Deutsch, se ve hasta qué punto la relación con la madre puede adquirir una importancia nefasta:

> La señora Smith, último vástago de una familia numerosa en la cual solamente había un varón, había sido acogida con despecho por su madre, que deseaba un hijo; no sufrió demasiado por ello, gracias al cariño de su padre y de una hermana mayor. Pero, cuando se casó y esperaba un hijo, aun cuando lo deseaba ardientemente, el odio que experimentara en otro tiempo contra su madre le hacía aborrecible la idea de ser madre ella misma: un mes antes del plazo normal, dio a luz un niño muerto. Encinta por segunda vez, tuvo miedo de un nuevo accidente;

[208] *Le mariage*

> felizmente, una de sus amigas más íntimas quedó encinta al mismo tiempo que ella; tenía esa amiga una madre muy cariñosa, que protegió a las dos jóvenes durante su embarazo; pero la amiga había concebido un mes antes que la señora Smith, que se sintió aterrorizada ante la idea de terminar sola su embarazo; ante la sorpresa de todos, la amiga permaneció encinta durante un mes más del término previsto para su alumbramiento (1), y las dos mujeres dieron a luz el mismo día. Las dos amigas decidieron concebir el mismo día su siguiente hijo, y la señora Smith comenzó sin inquietud su nuevo embarazo. Pero, en el curso del tercer mes, su amiga tuvo que marcharse de la ciudad; el día en que lo supo, la señora Smith sufrió un aborto. Nunca[209] pudo tener otro hijo; el recuerdo de su madre pesaba demasiado sobre ella.

Una relación no menos importante es la que la mujer sostiene con el padre de su hijo. Una mujer ya madura, independiente, puede querer un hijo que solamente le pertenezca a ella: he conocido a una cuyos ojos se encendían a la vista de un varón hermoso, no por deseo sensual, sino porque juzgaba sus cualidades de garañón; son estas amazonas maternales las que saludan con entusiasmo el milagro de la inseminación artificial. Si el padre del niño comparte sus vidas, ellas le niegan todo derecho sobre su progenie, y procuran -como la madre de Paul en Amants et fils- formar con su pequeño una pareja cerrada. Sin embargo, en la mayoría de los casos, la mujer necesita un apoyo masculino para aceptar sus nuevas responsabilidades; solo si un hombre se consagra a ella, se consagrará ella, a su vez, gozosamente al recién nacido.

Cuanto más infantil y tímida sea, más urgente será esa necesidad. Así, H. Deutsch cuenta la historia de una muchacha que se casó a los quince años con un muchacho de dieciséis que la había dejado encinta. De niña, siempre había amado a los bebés y había ayudado a su madre en los cuidados que esta prodigaba a sus hermanos y hermanas. Pero una vez que ella misma fue madre de dos niños, se sintió presa de pánico. Exigía que su marido permaneciese incesantemente a su lado, y él tuvo que buscar un trabajo que le permitiese estar en casa largas horas. Vivía la joven en un estado de constante ansiedad, exagerando las disputas de los niños, dando excesiva importancia a los menores incidentes de sus jornadas. Multitud de jóvenes madres piden así ayuda a sus respectivos maridos, a quienes a veces echan del hogar abrumándolos con sus preocupaciones. H. Deutsch cita otros casos curiosos, entre ellos el siguiente:

> Una joven casada se creyó encinta, y ello la hizo extraordinariamente feliz; separada de su marido a causa de un viaje, tuvo una aventura muy breve, que aceptó precisamente porque, colmada por su maternidad, ninguna otra cosa le parecía tener la menor importancia; de regreso al lado de su marido, supo un poco más tarde que, en verdad, se había engañado respecto a la fecha de la concepción: esta databa del momento de su viaje. Cuando hubo nacido el niño, la joven se preguntó súbitamente si sería hijo de su marido o de su amante ocasional; se volvió incapaz de experimentar ningún sentimiento respecto al hijo deseado; angustiada y desdichada, recurrió a un psiquiatra, y solo consiguió interesarse por su hijo cuando decidió considerar a su marido como el padre del recién nacido.

La mujer que ama a su marido amoldará frecuentemente sus sentimientos a los que experimente él: acogerá el embarazo y la maternidad con alegría o mal humor, según que él se sienta orgulloso o importunado por ello. A veces el hijo es deseado con objeto de que consolide una unión, un matrimonio, y el afecto que en él deposite la madre dependerá del éxito o el fracaso de sus planes. Si lo que siente con respecto al marido es hostilidad, la situación es diferente: puede consagrarse ásperamente al hijo cuya posesión le niega al padre, o, por el contrario, puede mirar con odio al vástago del hombre detestado. La señora H. N., cuya noche de bodas hemos relatado de acuerdo con la descripción de Stekel, quedó inmediatamente encinta, y durante toda su vida detestó a la pequeña concebida en el horror de aquella brutal iniciación. Se ve también en el Diario de Sofía Tolstoi que la ambivalencia de sus sentimientos con respecto a su marido se refleja en su primer embarazo. Escribe así:

> Este estado me resulta insoportable física y moralmente. Físicamente, estoy enferma de continuo, y moralmente experimento un tedio, un vacío y una. angustia terribles. Además, para Liova, he dejado de existir... No puedo darle ninguna dicha, puesto que estoy encinta.

El único placer que encuentra en tal estado es de carácter masoquista: sin duda ha sido el fracaso de sus relaciones amorosas el que le ha comunicado una infantil necesidad de autocastigo.

> Desde ayer estoy rotundamente enferma y temo tener un aborto. Este dolor en el vientre me procura incluso un goce. Sucede como cuando era niña y había cometido una tontería: mamá

[209] H. Deutsch afirma haber verificado que el niño nació verdaderamente diez meses después de haber sido concebido

me perdonaba, pero yo no. Me pinchaba o me pellizcaba fuertemente la mano, hasta que el dolor se hacía intolerable. Con todo, lo soportaba y hallaba en ello un inmenso placer... Cuando... haya venido el niño, eso volverá a empezar... ¡Es repugnante! Todo me parece fastidioso. ¡Cuán tristemente suenan las horas! Todo es tan lúgubre... ¡Ah, si Liova...!

Pero el embarazo es, sobre todo, un drama que se representa en el interior de la mujer; ella lo percibe a la vez como un enriquecimiento y una mutilación; el feto es una parte de su cuerpo y es también un parásito que la explota; ella lo posee y también es poseída por él; ese feto resume todo el porvenir, y, al llevarlo en su seno, la mujer se siente vasta como el mundo; pero esa misma riqueza la aniquila, tiene la impresión de no ser ya nada. Una existencia nueva va a manifestarse y a justificar su propia existencia, por lo cual se siente orgullosa; pero también se siente juguete de fuerzas oscuras, es zarandeada, violentada. Lo que de singular hay en la mujer encinta es que, en el momento mismo en que su cuerpo se trasciende, es captado como inmanente: se repliega sobre sí mismo en las náuseas y el malestar; cesa de existir para él solo, y es entonces cuando se hace más voluminoso que jamás lo haya sido. La trascendencia del artesano, del hombre de acción, está ocupada por una subjetividad; pero en la futura madre la oposición entre sujeto y objeto queda abolida: ella forma con ese niño de que está henchida una pareja equívoca a quien la vida sumerge; prendida en las redes de la Naturaleza, es planta y bestia, una reserva de coloides, una incubadora, un huevo; asusta a los niños de cuerpo egoísta y hace reír socarronamente a los jóvenes, porque es un ser humano, consciente y liberado, que se ha convertido en pasivo instrumento de la vida. Habitualmente la -,ida no es más que una condición de la existencia; en la gestación aparece como creadora; pero es la suya una extraña creación, que se realiza en la contingencia y la ficción. Hay mujeres para quienes las alegrías del embarazo y la lactancia son tan intensas, que quieren repetirlas indefinidamente; tan pronto como destetan al bebé, se sienten frustradas. Esas mujeres, que son «ponedoras» antes que madres, buscan ávidamente la posibilidad de enajenar su libertad en provecho de su carne: su existencia les parece tranquilamente justificada por la pasiva fertilidad de su cuerpo. Si la carne es pura inercia, no puede encarnar, ni siquiera bajo una forma degradada, la trascendencia; es pereza y tedio, pero, desde que germina, se hace cepa, fuente, flor; se supera, es movimiento hacia el porvenir al mismo tiempo que una presencia densa. La separación que ha sufrido la mujer en otro tiempo, en el momento de su destete, queda compensada; está de nuevo sumergida en la corriente de la vida, reintegrada al todo, eslabón en la cadena sin fin de las generaciones, carne que existe por y para otra carne. La fusión buscada en los brazos del varón y que es rehusada tan pronto como acordada, la realiza la madre cuando siente al niño en su pesado vientre o cuando lo aprieta contra sus senos henchidos. Ya no es un objeto sometido a un sujeto; tampoco es un sujeto angustiado por su libertad, sino esa realidad equívoca que se llama vida. Por fin, su cuerpo es de ella, puesto que es del hijo que le pertenece. La sociedad le reconoce su posesión y la reviste, además, de un carácter sagrado. El seno, que antes era un objeto erótico, puede exhibirlo ahora, porque es fuente de vida, hasta el punto de que hay cuadros piadosos que nos muestran a la Virgen Madre descubriéndose el pecho para suplicar a su Hijo que salve a la Humanidad. Enajenada en su cuerpo y en su dignidad social, la madre tiene la sosegante ilusión de sentirse un ser en sí misma, un valor perfectamente logrado.

Pero solo es una ilusión. Porque ella no hace verdaderamente al niño: este se hace en ella; su carne engendra solamente carne: es incapaz de fundar una existencia que tendrá que fundarse a sí misma; las creaciones que emanan de la libertad plantean el objeto como valor y lo revisten de una necesidad: en el seno materno, el niño está injustificado, no es todavía más que una proliferación gratuita, un hecho bruto, cuya contingencia es simétrica a la de la muerte. La madre puede tener sus razones para querer un hijo, pero no podría dar a ese otro que va a ser mañana sus propias razones de ser; ella lo engendra en la generalidad de su cuerpo, no en la singularidad de su existencia. Así lo comprende la heroína de Colette Audry, cuando dice:

Jamás había pensado que pudiera dar un sentido a mi vida... Su ser había germinado en mí y yo había tenido que llevarlo a feliz término, sucediera lo que sucediese, hasta el final, sin poder apresurar las cosas, ni siquiera aunque él hubiera estado en trance de perecer. Luego, había estado allí, nacido de mí; se asemejaba así a la obra que hubiera podido hacer en mi vida... Pero, en definitiva, no lo era[210].

En cierto sentido, el misterio de la encarnación se repite en cada mujer; todo niño que nace es un dios que se hace hombre: no podría realizarse en tanto que conciencia y libertad si no viniese al mundo; la madre se presta a ese misterio, pero no lo ordena; se le escapa la suprema verdad de ese ser que se forma en su vientre. Este equívoco es el que ella traduce por medio de dos fantasmas contradictorios: toda madre tiene la idea de que su hijo será un héroe; así expresa su maravillado asombro ante la idea de engendrar una conciencia y una libertad; pero también teme dar a luz un

[210] Véase On joue perdant: «L'enfant».

lisiado, un monstruo, porque conoce la pavorosa contingencia de la carne, y ese embrión que la habita es solamente carne. Hay casos en que tal o cual mito la domina: pero a menudo la mujer oscila entre uno y otro. También es sensible a otro equívoco. Cogida en el gran ciclo de la especie, afirma la vida contra el tiempo y la muerte, y de ese modo es prometida a la inmortalidad; pero también experimenta en su carne la realidad de las palabras de Hegel: «El nacimiento de los hijos es la muerte de los padres.» El niño, añade Hegel, es para los padres «el ser para sí de su amor, que cae fuera de ellos», e, inversamente, obtendrá su ser para sí «en la separación de la fuente, una separación en que esta fuente se agota». Esta superación de sí es también para la mujer prefiguración de su muerte. Traduce ella esta verdad en el miedo que siente cuando se imagina el parto: teme perder en él su propia vida.

Así, pues, siendo ambigua la significación del embarazo, es natural que la actitud de la mujer sea ambivalente: por lo demás, ella se modifica en los diversos estadios de la evolución del feto. Preciso es señalar, en primer lugar, que, al principio del proceso, el niño no está presente; todavía no tiene más que una existencia imaginaria; la madre puede soñar con ese pequeño individuo que nacerá dentro de unos meses, afanarse en prepararle una cuna, una canastilla: no capta concretamente sino los confusos fenómenos orgánicos que se desarrollan en su seno. Ciertos sacerdotes de la Vida y de la Fecundidad pretenden místicamente que la mujer reconoce por la calidad del placer experimentado que el hombre acaba de hacerla madre: se trata de uno de esos mitos que es preciso desechar resueltamente. Jamás tiene una intuición decisiva del acontecimiento: lo intuye a partir de signos inciertos. Se detienen sus reglas, engorda, sus senos se hacen pesados y le duelen, experimenta vértigos, náuseas; a veces se cree simplemente enferma, y es un médico quien la informa de su estado. Entonces sabe ella que su cuerpo ha recibido un destino que la trasciende; día tras día, un pólipo nacido de su carne y extraño a su carne va a cebarse con ella, que es presa de la especie, la cual le impone sus misteriosas leyes, y, por lo general, esa enajenación la espanta: su pavor se traduce en vómitos. Estos son provocados, en parte, por las modificaciones de las secreciones gástricas que entonces se producen; pero, si esta reacción, desconocida para las hembras de otros mamíferos, adquiere importancia, es por motivos psíquicos; manifiesta el carácter agudo que reviste entonces en la hembra humana el conflicto entre especie e individuo. Aun cuando la mujer desee profundamente al hijo, su cuerpo empieza por rebelarse cuando tiene que dar a luz. En Les états nerveux d'angoisse, Stekel afirma que el vómito de la mujer encinta expresa siempre cierto rechazo del niño; y si este es acogido con hostilidad -por razones a menudo inconfesadas-, los trastornos estomacales se exacerban.

«El psicoanálisis nos ha enseñado que la exageración psíquica de los síntomas del vómito solo se encuentra en el caso de que la expulsión oral traduzca emociones de hostilidad con respecto al embarazo o al feto», dice H. Deutsch. Y añade que «a menudo el contenido psíquico del vómito del embarazo es exactamente el mismo que el de los vómitos histéricos de las jóvenes, provocados por un fantasma de embarazo»[211]. En ambos casos se reaviva la vieja idea de la fecundación por la boca que se encuentra en los niños. Para las mujeres infantiles en particular, el embarazo se asimila, como antes, a una enfermedad del aparato digestivo. H. Deutsch cita el caso de una paciente que examinaba con ansiedad sus vómitos, para ver si no encontraba en ellos fragmentos de embrión; sin embargo, sabía que aquella obsesión era absurda, y así lo decía. La bulimia, la falta de apetito, las repugnancias, señalan la misma vacilación entre el deseo de conservar y el de destruir el embrión. He conocido a una joven que sufría a la vez vómitos exasperados y un estreñimiento feroz; un día me dijo espontáneamente que tenía la impresión de que trataba de expulsar el feto al mismo tiempo que se esforzaba por retenerlo; lo cual correspondía exactamente a sus deseos confesados.

El doctor Arthus cita el ejemplo siguiente, que yo resumo:

> La señora T. presenta graves trastornos producidos por el embarazo, con vómitos incoercibles... La situación es tan inquietante, que debe pensarse en practicar una interrupción del embarazo en curso... La joven está desolada... El breve análisis que puede efectuarse revela que la señora T. se identifica inconscientemente con una de sus antiguas amigas de pensionado que ha representado un importantísimo papel en su vida afectiva y que falleció a consecuencia de su primer embarazo. Tan pronto como esa causa pudo ser revelada, los síntomas mejoraron; al cabo de quince días, los vómitos todavía se producen a veces, pero ya no ofrecen ningún peligro.

[211] Me han citado con toda precisión el caso de un hombre que, durante los primeros meses del embarazo de su mujer- a quien, sin embargo, amaba poco-, presentó exactamente los mismos síntomas de náuseas, vértigos y vómitos que se encuentran en las mujeres encinta. Tales síntomas traducían, evidentemente, de una manera histérica, conflictos conscientes.

Estreñimiento, diarreas, trabajo de expulsión, siempre manifiestan la misma mezcla de deseo y angustia; el resultado es a veces un aborto: casi todos los abortos espontáneos tienen un origen psíquico. Esos malestares se acentúan tanto más cuanto más importancia les conceda la mujer y más «se escuche» esta. En particular, los famosos «antojos» de las mujeres encinta son obsesiones de origen infantil complacidamente acariciadas: siempre se refieren a los alimentos, como consecuencia de la antigua idea de fecundación alimentaria; la mujer, al sentir un desarreglo en su cuerpo, traduce ese sentimiento de extrañeza, como sucede a menudo en las psicastenias, por un deseo que a veces la fascina. Por lo demás, existe una «cultura» de esos antojos por tradición, como en tiempos hubo una cultura de la histeria; la mujer espera tener antojos, acecha su aparición, los inventa. Me han citado el caso de una joven madre que tuvo un antojo tan frenético de espinacas, que corrió a comprarlas en el mercado, y, mientras contemplaba cómo cocían, trepidaba de impaciencia: así expresaba la angustia de su soledad; sabiendo que solo podía contar consigo misma, se apresuraba a satisfacer sus deseos con febril apresuramiento. La duquesa de Abrantes ha descrito de muy divertida manera en sus Memorias un caso en que el antojo es imperiosamente sugerido por el entorno de la mujer. Esta se queja de haber sido rodeada de excesiva solicitud durante su embarazo.

> Tales cuidados y precauciones aumentan el malestar, los mareos, los trastornos nerviosos y los mil y un padecimientos que casi siempre son compañeros inseparables de los primeros embarazos. Yo misma lo he experimentado... Fue mi madre la que comenzó, un día que había ido yo a comer a su casa...
>
> -¡Ah, Dios mío! -me dijo de repente, dejando el tenedor y mirándome con aire consternado- ¡Ah, Dios mío! Ni siquiera se me ha ocurrido preguntarte cuál era tu antojo.
>
> -Yo no tengo ningún antojo -repliqué-.
>
> -¿No tienes antojos? -inquirió mi madre-. ¿Que no tienes antojos? ¡Pero si eso es algo jamás visto! Te engañas. Es que no prestas atención a ello. Hablaré del asunto con tu suegra.
>
> Y mis dos madres iniciaron las consultas entre ellas. Y hasta Junot, aterrorizado porque yo pudiera darle un niño con cabeza de jabalí, me preguntaba todas las mañanas: «Laura, ¿qué se te antoja, por favor?» Mi cuñada, cuando regresó de Versalles, se unió al coro... Lo que ella había visto respecto a personas desfiguradas por antojos insatisfechos, no podía ni contarse... Terminé por asustarme... Rebusqué en mí mente qué era lo que más me gustaba y no encontré nada. Por fin, un día, mientras me comía un caramelo de piña, se me ocurrió pensar que la piña debía de ser una cosa en extremo excelente... Una vez persuadida de que se me antojaba una piña, experimenté al principio un deseo vivísimo, que luego aumentó cuando Corcelet declaró que... no era la estación adecuada. ¡Oh! Entonces experimenté ese sufrimiento que participa de la rabia y que os pone en trance de morir o de satisfacer el deseo.
>
> (Después de numerosas gestiones, Junot terminó por recibir una piña de manos de madame Bonaparte. La duquesa de Abrantes la acogió con alegría y se pasó la noche tocándola, puesto que el médico le había ordenado que no la comiese hasta la mañana siguiente. Cuando, por fin, Junot se la sirvió):
>
> Rechacé el plato lejos de mí. «No sé lo que me pasa.... pero no puedo comerme esta piña.» Me puso el maldito plato delante de las narices, y eso no hizo sino provocar una afirmación positiva de que yo no podía comer piña. Fue preciso no solo llevársela, sino abrir las ventanas y perfumar mi habitación para hacer desaparecer hasta el menor vestigio de un olor que en un segundo se me había hecho odioso. Lo que de más singular hay en este hecho es que a partir de entonces solo he comido piña cuando me he visto forzada a ello...

Son las mujeres que reciben demasiados cuidados, o que se ocupan demasiado de ellas mismas, las que presentan el mayor número de fenómenos morbosos. Las que atraviesan más fácilmente la prueba del embarazo son, por un lado, las matronas totalmente dedicadas a su función de ponedoras y, por otro, aquellas mujeres que no se sienten fascinadas por las aventuras de su cuerpo y tienen empeño en superarlas con facilidad: madame de Staël llevaba un embarazo tan fácilmente como una conversación.

A medida que avanza el embarazo, cambia la relación entre la madre y el feto. Este se ha instalado sólidamente en el vientre materno, los dos organismos se han adaptado el uno al otro y entre ellos se producen intercambios biológicos que permiten a la mujer reencontrar su equilibrio. Ya no se siente poseída por la especie: es ella quien posee el fruto de sus entrañas. Durante los primeros meses, era

una mujer cualquiera, que además estaba disminuida por el secreto trabajo que se realizaba en ella; más tarde es con toda evidencia una madre, y sus desfallecimientos son el anverso de su gloria. La impotencia que padecía se convierte en coartada al acentuarse. Muchas mujeres hallan entonces en el embarazo una paz maravillosa, porque se sienten justificadas; siempre habían hallado gusto en observase, en espiar su cuerpo; pero, a causa del sentimiento de sus deberes sociales, no se atrevían a interesarse por él con demasiada complacencia: ahora tienen derecho a hacerlo; todo cuanto hagan por su propio bienestar, lo hacen también por el niño. Ya no se les exige ni trabajo ni esfuerzo alguno; ya no tienen que preocuparse por el resto del mundo; los sueños de porvenir que acarician comunican su sentido al momento presente; no tienen otra cosa que hacer más que abandonarse a la vida: están de vacaciones. La razón de su existencia está allí, en su vientre, y les comunica una perfecta impresión de plenitud. «Es como una pequeña estufa en invierno, siempre encendida, que está allí, para ti sola, enteramente sometida a tu voluntad. Es también una ducha fresca que cae sin cesar durante el verano. Allí está», dice una mujer, según cita de Hélène Deutsch. Colmada, la mujer conoce también la satisfacción de sentirse «interesante», lo cual ha sido, desde su adolescencia, su más profundo deseo; como esposa, sufría de su dependencia respecto al hombre; ahora, ya no es objeto sexual, sirviente; encarna a la especie, es promesa de vida, de eternidad, su entorno la respeta; hasta sus caprichos se hacen sagrados: eso es lo que la anima, según hemos visto, a inventar «antojos». «El embarazo permite a la mujer racionalizar actos que de otro modo parecerían absurdos», dice Hélène Deutsch. Justificada por la presencia de otro en su seno, goza plenamente, por fin, de ser ella misma.

En L'étoile Vesper, Colette ha descrito esta fase de su embarazo:

> Insidiosamente, sin prisa, me invadía la beatitud de las hembras plenas. Ya no era tributaría de ningún malestar, de ninguna desdicha. ¿Euforia, placentero ronroneo? ¿Qué nombre dar a esta preservación, el científico o el familiar? Preciso es que me haya colmado, puesto que no lo olvido... Se cansa una de callar lo que jamás ha dicho, en la especie, en el estado de orgullo y de trivial magnificencia que saboreaba preparando mi fruto... Todas las noches decía un pequeño adiós a alguno de los buenos momentos de mi vida. Sabía muy bien que lo lamentaría. Pero la alegría, el ronroneo, la euforia lo sumergían todo, y sobre mí reinaban la dulce bestialidad y la despreocupación que me imponían mi peso acrecentado y los sordos llamamientos de la criatura que yo estaba formando.
>
> Sexto, séptimo mes... Primeras fresas, primeras rosas. ¿Puedo dar a mi embarazo otro nombre que el de una larga fiesta? Se olvidan las angustias del final, pero no se olvida una larga y única fiesta: yo no he olvidado nada de ella. Recuerdo, sobre todo, que el sueño se apoderaba de mí a horas caprichosas y que me invadía, como en mi infancia, la necesidad de dormir sobre la tierra, en la hierba, en la tierra caldeada. Único «antojo», sano antojo.
>
> Hacia el final, tenía el aire de una rata que arrastrase un huevo robado. Incómoda incluso para mí misma, me sucedía a veces sentirme demasiado cansada para acostarme... Bajo el peso, bajo la fatiga, mi larga fiesta no se interrumpía todavía. Me transportaban sobre un pavés de privilegios y cuidados...

A tan feliz embarazo nos dice Colette que uno de sus amigos le dio el nombre de «embarazo de hombre». Y aparece ella, en efecto, como ese tipo de mujeres que soportan valientemente su estado, porque no se absorben en él. Proseguía ella, al mismo tiempo, su labor de escritora. «El niño manifestó que llegaría el primero, y entonces atornillé el capuchón de mi estilográfica.»

Otras mujeres se hacen más pesadas; rumian indefinidamente su nueva importancia. Por poco que se les anime a ello, toman por su cuenta los mitos masculinos: oponen a la lucidez de espíritu la noche fecunda de la Vida, a la conciencia clara los misterios de la interioridad, a la libertad viril el peso de ese vientre que está allí, con su enorme ficción; la futura madre se siente humus y gleba, fuente, raíz; cuando se amodorra, su sueño es el del caos donde fermentan los mundos. Las hay que, más olvidadas de sí mismas, se extasían ante el tesoro de vida que en ellas crece. Esa es la alegría que manifiesta Cécile Sauvage a lo largo de sus poemas intitulados L'âme en bourgeon:

Me perteneces como la aurora a la llanura.
En torno a ti, mi vida es una lana cálida,
donde tus miembros friolentos crecen en secreto.

Y más adelante:

Oh, tú, a quien mimo con temor entre algodones,

pequeña alma en flor adherida a la mía,
con un trozo de mi corazón doy forma al tuyo.
Oh, mi fruto aterciopelado, boquita húmeda.

Y en una carta a su marido dice:

> ¡Qué extraño! Me parece que asisto a la formación de un ínfimo planeta, cuyo frágil globo amaso entre mis manos. Jamás he estado tan cerca de la vida. Nunca he sentido tan intensamente que soy hermana de la tierra con sus vegetaciones y sus savias. Mis pies marchan sobre la tierra como sobre un animal vivo. Pienso en el día lleno de flautas, de abejas despiertas y de rocío, porque he aquí que él se encabrita y se agita en mi interior. Si supieses qué lozanía de primavera y qué juventud pone en mi corazón esta alma en flor. Y pensar que esa es el alma infantil de Pierrot y que elabora en la noche de mi ser dos grandes ojos de infinito semejantes a los suyos...

En desquite, las mujeres que son profundamente coquetas, que se captan esencialmente como objeto erótico, que se aman en la belleza de su cuerpo, sufren al verse deformadas, afeadas, incapaces de suscitar el deseo. El embarazo no se les aparece en absoluto como una fiesta o un enriquecimiento, sino como una disminución de su yo.

En Mi vida, de Isadora Duncan, se lee, entre otras cosas:

> El niño ya hacía sentir su presencia... Mi hermoso cuerpo de mármol se distendía, se quebraba, se deformaba... Mientras paseaba por la orilla del mar, sentía a veces un exceso de fuerza y de vigor, y me decía en ocasiones que aquella pequeña criatura sería mía, exclusivamente mía; pero otros días... tenía la impresión de ser un mísero animal cogido en una trampa... Con alternativas de esperanza y desesperación, pensaba a menudo en las peregrinaciones de mi juventud, en mis errantes viajes, en mis descubrimientos del arte, y todo eso no era más que un prólogo antiguo, perdido en la bruma, que desembocaba en la espera de un hijo, obra maestra al alcance de no importa qué campesina... Empezaba a ser presa de toda suerte de terrores. En vano me decía que todas las mujeres tienen hijos. Aquello era algo perfectamente natural; y, sin embargo, tenía miedo. ¿Miedo de qué? No de la muerte, desde luego, ni siquiera del sufrimiento; sentía un pavor desconocido hacia lo que no conocía. Mi hermoso cuerpo se deformaba cada vez más ante mis ojos atónitos. ¿Dónde estaban mis graciosas formas juveniles de náyade? ¿Dónde mi ambición, mi fama? Con frecuencia, y a despecho de mí misma, me sentía miserable y vencida. La lucha con la vida, ese gigante, era desigual; pero entonces pensaba en el niño que iba a nacer, y toda mi tristeza se desvanecía. Crueles horas de espera en la noche. ¡Qué caro pagamos la gloria de ser madres!...

En la última fase del embarazo se esboza la separación entre la madre y el hijo. Las mujeres acogen de diferente manera su primer movimiento, ese golpe que da con el pie en las puertas del mundo, aplicado contra la pared del vientre que lo encierra aislado del mundo. Unas acogen maravilladas esa señal que anuncia la presencia de una vida autónoma; otras se ven con repugnancia como el receptáculo de un individuo extraño. De nuevo se turba la unión del feto con el cuerpo materno: el útero desciende, la mujer tiene una sensación de presión, de tensión, de dificultades respiratorias. Esta vez está poseída, no por la especie indistinta, sino por ese niño que va a nacer; hasta entonces no era más que una imagen, una esperanza; ahora se hace pesadamente presente. Su realidad crea nuevos problemas. Todo tránsito es angustioso: el parto se presenta como singularmente pavoroso. Cuando la mujer se acerca al momento decisivo, se reavivan todos sus terrores infantiles; si, como consecuencia de un sentimiento de culpabilidad, se cree maldita por su madre, se persuade de que va a morir o que morirá el niño. Tolstoi ha pintado en Guerra y paz, bajo los rasgos de Lisa, a una de esas mujeres infantiles que ven en el parto una condena a muerte: y muere, en efecto.

Según los casos, el parto adoptará un carácter muy diferente: la madre desea conservar en su vientre el tesoro de carne que es una preciosa porción de sí misma y, a la vez, desembarazarse de un ser que la molesta; quiere tener, por fin, su sueño entre las manos, pero teme las nuevas responsabilidades que va a crear esa materialización: puede imponerse uno u otro deseo, pero a menudo ella se siente dividida. También es frecuente que no aborde la angustiosa prueba con ánimo decidido: quiere demostrarse a sí misma y probar a cuantos la rodean -a su madre, a su marido- que es capaz de superarla sin ayuda; pero, al mismo tiempo, siente rencor contra el mundo, contra la vida, contra sus allegados, por los sufrimientos que le son infligidos; y adopta, como protesta, una actitud pasiva. Las mujeres independientes tienen empeño en representar un papel activo en los momentos que preceden al parto e incluso durante el parto; las muy infantiles se abandonan a la comadrona, a su madre; unas tienen el prurito de no gritar; otras rechazan toda consigna. De un

modo general, puede decirse que, en esa crisis, expresan su actitud más profunda con respecto al mundo en general y a su maternidad en particular: son estoicas, resignadas, reivindicantes, imperiosas, amotinadas, inertes, tensas... Estas disposiciones psicológicas ejercen enorme influencia sobre la duración y la dificultad del parto (que también depende, bien entendido, de factores puramente orgánicos). Lo significativo es que normalmente la mujer -como ciertas hembras domésticas- necesita ayuda para cumplir la función a que la destina la Naturaleza; hay campesinas de rudas costumbres y madres solteras avergonzadas que dan a luz solas: pero su soledad entraña a menudo la muerte del niño o enfermedades incurables en la madre. En el momento mismo en que la mujer acaba de realizar su destino femenino, todavía sigue siendo dependiente: lo cual prueba también que, en la especie humana, la Naturaleza no se distingue jamás del artificio. Naturalmente, el conflicto entre el interés del individuo femenino y el de la especie es tan agudo, que entraña a menudo la muerte de la madre o del hijo: han sido las intervenciones humanas de la medicina y la cirugía las que han disminuido considerablemente -y hasta casi eliminado- los accidentes en otro tiempo tan frecuentes. Los métodos de la anestesia están en vías de desmentir la afirmación bíblica: «Parirás con dolor»; corrientemente utilizados en Norteamérica, empiezan a extenderse en Francia; en marzo de 1949, un decreto acaba de hacerlos obligatorios en Inglaterra[212].

Resulta difícil saber cuáles son exactamente los sufrimientos que evitan a la mujer. El hecho de que el parto dure a veces más de veinticuatro horas y otras veces se termina en dos o tres, prohibe toda generalización. Para ciertas mujeres, el alumbramiento es un martirio. Tal es el caso de Isadora Duncan: había vivido su embarazo en medio de la angustia, y los dolores del parto se vieron agravados, sin duda, por resistencias psíquicas. Escribe lo siguiente:

> Dígase lo que se quiera de la Inquisición española, ninguna mujer que haya tenido un hijo la temería. En comparación con esto, aquella era un juego. Sin tregua ni descanso, sin piedad, este genio invisible y cruel me tenía en sus garras, me trituraba los huesos y me desgarraba los nervios. Se dice que tales sufrimientos se olvidan pronto. Todo lo que puedo replicar es que me basta con cerrar los ojos para oír de nuevo mis gritos y mis quejas.

Algunas mujeres consideran, por el contrario, que se trata de una prueba relativamente fácil de soportar. Un pequeño número encuentra en ello un placer sensual.

> Soy una mujer hasta tal punto sexual, que el mismo parto es para mí un acto sexual -escribe una de ellas (1)-. Me atendía una comadrona muy bella. Me bañaba y me ponía inyecciones. Era lo bastante para sumirme en un estado de intensa excitación, con estremecimientos nerviosos.

(1) La interesada cuya confesión ha recogido Stekel y que nosotros hemos resumido en parte.

Las hay que afirman haber experimentado durante el parto una impresión de poder creador; verdaderamente han realizado un trabajo voluntario y productor; muchas, por el contrario, se han sentido pasivas, un instrumento dolorido, torturado **{**586**}**. Las primeras relaciones de la madre con el recién nacido son igualmente variables. Algunas mujeres sufren por ese vacío que ahora experimentan en su cuerpo: les parece que les han robado su tesoro. Cécile Sauvage escribe:

Soy la colmena sin palabras
cuyo enjambre ha partido por los aires;
ya no aporto el bocado
de mi sangre a tu cuerpo frágil;
mi ser es la casa cerrada
de donde acaban de llevarse un muerto.

Y agrega:

Ya no eres todo mío.
Tu cabeza refleja ya otros cielos.

---

212 Ya he dicho que ciertos antifeministas se indignaban, en nombre de la Naturaleza y de la Biblia, de que se pretendiese suprimir los dolores del alumbramiento, que serían una de las fuentes del «instinto» maternal. H. Deutsch parece tentada por esa opinión; cuando la madre no ha sentido el trabajo del parto, no reconoce profundamente por suyo al niño en el momento en que se lo presentan, dice; sin embargo, admite que ese mismo sentimiento de vacío y extrañeza se encuentra también en las parturientas que han sufrido mucho; y sostiene, a lo largo de su libro, que el amor maternal es un sentimiento, una actitud consciente, no un instinto, y que no está necesariamente ligado al embarazo; según ella, una mujer puede amar maternalmente a un niño adoptado, o al que el marido haya tenido de sus primeras nupcias, etc. Esta contradicción proviene, evidentemente, de que ha destinado a la mujer al masoquismo y de que su tesis le ordena otorgar un alto valor a los sufrimientos femeninos.

Y también:

Ha nacido, he perdido a mi niño muy amado;
ahora ha nacido, estoy sola, siento
que en mí se espanta el vacío de mi sangre...

Al mismo tiempo, sin embargo, hay en toda madre joven una curiosidad maravillada. Es un extraño milagro ver y tener entre los brazos a un ser vivo que se ha formado en el seno de una, que ha salido de una. Pero ¿qué parte ha tenido exactamente la madre en el extraordinario acontecimiento que arroja al mundo una nueva existencia? Ella lo ignora. Sin ella, no existiría, y, no obstante, se le escapa. Hay una tristeza asombrada en verlo fuera, separado de ella. Y casi siempre es una decepción. La mujer querría sentirlo tan suyo como su propia mano: pero todo cuanto el niño experimenta está encerrado en él; es un ser opaco, impenetrable, separado; ni siquiera le reconoce, puesto que no le conoce; su embarazo lo ha vivido sin él: no tiene ningún pasado común con aquel pequeño extraño; ella esperaba que le sería inmediatamente familiar: pero no, es un recién llegado, y ella se queda estupefacta ante la indiferencia con que lo acoge **{**587**}**.

Durante los sueños del embarazo, él era una imagen, era infinito, y la madre representaba con el pensamiento su futura maternidad; ahora, es un diminuto individuo terminado, y allí está, contingente, frágil, exigente. La dicha de que esté allí, por fin, tan real, se mezcla con el pesar de que no sea más que eso.

Mediante la lactancia, muchas madres jóvenes encuentran en su hijo, más allá de la separación, una íntima relación animal; se trata de una fatiga más agotadora que la del embarazo, pero que permite a la madre lactante perpetuar el estado de «vacaciones», de paz y de plenitud que saboreaba la mujer encinta.

> Cuando el bebé mamaba -dice a propósito de una de sus heroínas Colette Audry (1)-, no había absolutamente ninguna otra cosa que hacer, y aquello podía haber durado horas enteras; ella ni siquiera pensaba en lo que vendría después. Solo había que esperar a que se desprendiese del seno como una gorda abeja.

(1) On joue perdant.

Hay mujeres, sin embargo, que no pueden amamantar y en las cuales se perpetúa la asombrada indiferencia de las primeras horas, mientras no encuentren lazos concretos con el niño. Tal fue el caso, entre otros, de Colette, a quien no le fue posible amamantar a su hija y que describe con su habitual sinceridad sus primeros sentimientos maternales (2):

(2) Colette: L'étoile Vesper.

> Lo que sigue es la contemplación de una persona nueva que ha entrado en la casa sin venir de fuera... ¿Ponía yo en mi contemplación bastante amor? No me atrevo a afirmarlo. Ciertamente, tenía el hábito -todavía lo tengo- del asombro. Lo ejercitaba sobre el conjunto de prodigios que es el recién nacido: sus uñas, semejantes en transparencia al combado caparazón de la gamba; las plantas de sus pies, que habían venido a nosotros sin tocar tierra. El leve plumaje de sus pestañas, bajadas sobre las mejillas, interpuestas entre los paisajes terrestres y el sueño azulado del ojo. El pequeño **{588}** sexo, almendra apenas incisa, bivalva exactamente cerrada, labio con labio. Pero la minuciosa admiración que dedicaba a mi hija no tenía nombre para mí, no la sentía como amor..: Acechaba. De los espectáculos que mi vida había tanto tiempo esperado no extraía yo la vigilancia y la emulación de las madres deslumbradas. ¿Cuándo llegaría para mí el signo que realiza una segunda y más difícil fractura? Tuve que aceptar que una suma de advertencias, de furtivos impulsos celosos, de falsas premoniciones y aun de verdaderas, el orgullo de disponer de una vida de la cual era yo humilde creadora, la conciencia un poco pérfida de dar al otro una lección de modestia, me convirtiese, por fin, en una madre corriente. Empero, no me serené hasta que el lenguaje inteligible floreció en unos labios arrebatadores, cuando el conocimiento, la malicia e incluso la ternura hicieron de un rorro standard una hija, y de una hija, ¡mi hija!

Hay también multitud de madres a quienes espantan sus nuevas responsabilidades. En el curso de su embarazo, no tenían más que abandonarse a su carne; no se les exigía ninguna iniciativa. Ahora, tienen ante sí una persona con derechos sobre ellas. Algunas mujeres acarician alegremente a su hijo mientras están en el hospital, todavía gozosas y despreocupadas; pero tan pronto como entran

en su casa empiezan a mirarlo como un fardo. Ni siquiera la lactancia les aporta ningún goce; por el contrario, temen que el pecho se les estropee; llenas de rencor, sienten sus senos agrietados, sus pezones doloridos; la boca del niño las hiere: les parece que succiona sus energías, su vida, su felicidad. Les inflige una dura servidumbre, y ya no forma parte de ellas: se presenta como un tirano; miran con hostilidad a aquel diminuto individuo extraño que amenaza su carne, su libertad, su yo todo entero.

Otros muchos factores intervienen. Las relaciones de la mujer con su madre conservan toda su importancia. H. Deutsch cita el caso de una joven lactante cuya leche desaparecía cada vez que su madre iba a verla; con frecuencia solicita ayuda, pero se siente celosa de los cuidados que otra prodiga a su bebé y mira a este con cierta morosidad. Las relaciones con el padre del niño, los sentimientos que este mismo **{**589**}** experimente, ejercen también una gran influencia. Todo un conjunto de razones económicas y sentimentales define al niño como un fardo, una cadena o una liberación, una joya, una seguridad. Hay casos en los cuales la hostilidad se convierte en un odio declarado, que se traduce en una extremada negligencia o en malos tratos. Lo más frecuente es que la madre, consciente de sus deberes, la combata; esa hostilidad engendra remordimientos que provocan angustias en las cuales se prolongan las aprensiones del embarazo. Todos los psicoanalistas admiten que las madres que viven con la obsesión de hacer daño a sus hijos, las que se imaginan horrendos accidentes, experimentan hacia ellos una enemistad que se esfuerzan en rechazar. Lo que en todo caso es notable y distingue esa relación de toda otra relación humana, es que en los primeros tiempos el niño no interviene por sí mismo: sus sonrisas, sus balbuceos, no tienen otro sentido que el que su madre les da; de ella depende, y no de él, que le parezca encantador, único, o, por el contrario, enojoso, trivial, odioso. Por ese motivo, las mujeres frías, insatisfechas, melancólicas, que esperaban del niño una compañía, un calor, una excitación que las arrancase de sí mismas, siempre se sienten profundamente decepcionadas. Al igual que el «paso» de la pubertad, de la iniciación sexual, del matrimonio, el de la maternidad engendra una decepción melancólica en los sujetos que esperan que un acontecimiento exterior pueda renovar y justificar su vida. Es el sentimiento que hallamos en Sofía Tolstoi cuando escribe:

> Estos nueve meses han sido los más terribles de mi vida. En cuanto al décimo, es preferible no hablar.

En vano se esfuerza por inscribir en su diario una alegría convencional: lo que nos impresiona es su tristeza y su temor a las responsabilidades.

> Todo se ha cumplido., He dado a luz, he tenido mi parte de sufrimiento, me he levantado y, poco a poco, vuelvo a entrar en la vida con un temor y una inquietud constantes respecto al niño y, sobre todo, respecto a mi marido. Algo se **{**590**}** ha roto en mí. Algo me dice que sufriré constantemente; creo que es el temor a no saber cumplir mis deberes hacia mi familia. He dejado de ser natural, porque me atemoriza ese vulgar amor de la hembra por sus pequeños y temo amar exageradamente a mi marido. Se afirma que es una virtud amar al marido y a los hijos. Esta idea me consuela a veces... ¡Cuán poderoso es el sentimiento maternal y qué natural me parece ser madre! Es el hijo de Liova; he ahí por qué lo amo.

Pero se sabe que alardea de tanto amor por su marido precisamente porque no le ama; y esa antipatía recae sobre el hijo concebido en medio de abrazos que le repugnaban.

K. Mansfield ha descrito la vacilación de una joven madre que mima a su marido, pero que sufre con repulsión sus caricias. Delante de sus hijos, experimenta ternura y al mismo tiempo una impresión de vacío que ella interpreta con melancolía como una total indiferencia. Mientras descansa en el jardín al lado de su hijo recién nacido, Linda piensa en su marido, Stanley (1).

(1) En la bahía.

> Ya estaba casada con él, e incluso le amaba. No al Stanley que todo el mundo conocía, no al Stanley cotidiano, sino a un Stanley tímido, sensible, inocente, que se arrodillaba todas las noches para decir sus oraciones. Pero la desgracia era... que veía muy raras veces a su Stanley. Había relámpagos e instantes de calma, pero el resto del tiempo tenía la impresión de vivir en una casa siempre presta a incendiarse, o en un barco que todos los días naufragaba. Y siempre era Stanley quien se hallaba en el centro del peligro. Pasaba ella todo su tiempo salvándolo, cuidándolo, calmándolo y escuchando su historia. El tiempo que le quedaba libre, lo pasaba atemorizada ante la idea de tener hijos... Era muy bonito decir que tener hijos es la suerte común a todas las mujeres. No era cierto. Ella, por ejemplo, podría demostrar que era falso. Se sentía rota, debilitada y desalentada por sus embarazos. Y lo más duro de soportar

> era que no amaba a sus hijos. No vale la pena disimular... No; era como si un viento frío la hubiera helado en cada uno de aquellos terribles viajes; ya no le quedaba ningún calor que darles **{**591**}**.
>
> En cuanto al pequeño... ¡Pues bien!, gracias al cielo pertenecía a su madre, a Beryl, a quien quisiera. Ella apenas le había tenido en sus brazos. Mientras reposaba allí a sus pies, le resultaba completamente indiferente. Bajó la mirada... Había algo tan extraño, tan inesperado en aquella sonrisa, que Linda sonrió a su vez. Pero se repuso y dijo fríamente al niño: «No me gustan los bebés.» «¿No te gustan los bebés? -no podía creerlo-. ¿No me quieres?» Y agitaba estúpidamente los brazos hacia su madre. Linda se dejó caer sobre la hierba. «¿Por qué continúas sonriendo? -inquirió severamente-. Si supieses lo que estaba pensando, no te reirías...» Linda estaba asombrada de la confianza que mostraba aquella criaturita. Ah, no; sé sincera. No era eso lo que sentía; era algo enteramente diferente, algo tan nuevo, tan... Las lágrimas danzaron en sus ojos y susurré dulcemente al niño: «Buenos días, mi extraño pequeñín...»

Todos estos ejemplos bastan para demostrar que no existe el «instinto» maternal: en ningún caso es aplicable ese vocablo a la especie humana. La actitud de la madre es definida por el conjunto de su situación y por el modo en que la asume. Como acabamos de ver, es extremadamente variable.

El hecho, empero, es que, si las circunstancias no son positivamente desfavorables, la madre hallará en el niño un enriquecimiento.

Era como una respuesta a la realidad de su propia existencia... Por él aprehendía ella todas las cosas y a sí misma en primer lugar,

escribe C. Audry a propósito de una joven madre.

En boca de otra, pone estas palabras:

> Gravitaba sobre mis brazos y sobre mi pecho como lo que de más pesado hubiese en el mundo, hasta el límite de mis fuerzas. Me hundía en la tierra, en el silencio y la oscuridad. Me había arrojado de golpe sobre los hombros todo el peso del mundo. Por eso mismo lo había querido. Sola, era yo demasiado ligera **{**592**}**.

Si algunas mujeres, que más que madres son «ponedoras», se desinteresan del niño tan pronto como lo han destetado, o desde que ha nacido, y no desean más que un nuevo embarazo, muchas otras, por el contrario, experimentan que es la separación misma la que les da al hijo; este no es ya un pedazo indistinto de su yo, sino una parcela del mundo; ya no acosa sordamente al cuerpo, sino que se le puede ver y tocar; tras la melancolía del alumbramiento, Cécile Sauvage expresa la alegría de la maternidad posesiva:

Hete aquí, mi pequeño amante,
en el gran lecho de mamá;
puedo besarte, tenerte,
sopesar tu espléndido porvenir;
buenos días, mi estatuita
de sangre, de gozo y carne desnuda,
mi pequeño «doble», mi corazón...

Se ha dicho y repetido que la mujer encuentra felizmente en el niño un equivalente del pene: eso es rotundamente inexacto. De hecho, el hombre adulto ha dejado de ver en su pene un juguete maravilloso: el valor que conserva su órgano es el de los objetos deseables cuya posesión se asegura; de igual modo, la mujer adulta envidia al varón la presa que se anexiona, no el instrumento de esa anexión; el niño satisface ese erotismo agresivo al que no colma el abrazo masculino: es el homólogo de esa amante que ella entrega al varón y que este no es para ella; bien entendido, no existe equivalente exacto: toda relación es original; pero la madre encuentra en el niño -como el amante en la amada- una plenitud carnal, y esto, no en la rendición, sino en la dominación; ella capta en él lo que el hombre busca en la mujer: un otro, naturaleza y conciencia a la vez, que sea su presa, su doble. El encarna toda la Naturaleza. La heroína de C. Audry nos dice que encontraba en su hijo.

> La piel que era para mis dedos, que había cumplido la promesa de todos los gatitos, de todas las flores...

Su carne tiene esa dulzura, esa tibia elasticidad que, de niña, la mujer ha codiciado a través de la carne materna y **{593}**, más tarde, por doquier en el mundo. El es planta, animal; en sus ojos están las lluvias y los ríos, el azul del cielo y de la mar; sus uñas son de coral; sus cabellos, una vegetación sedosa; es un muñeco vivo, un pájaro, un gatito; mi flor, mi perla, mi polluelo, mi corderito... La madre murmura casi las mismas palabras que el amante, y, como él, se sirve ávidamente del adjetivo posesivo; utiliza los mismos modos de apropiación: caricias, besos; estrecha al niño contra su cuerpo, le envuelve en el calor de sus brazos, de su lecho. A veces esas relaciones revisten un carácter netamente sexual. Así, en la confesión recogida por Stekel y que ya he citado, se lee:

> Amamantaba a mi hijo, pero sin alegría, porque no medraba y los dos perdíamos peso. Eso representaba algo de sexual para mí y experimentaba un sentimiento de vergüenza al darle el pecho. Percibía la adorable sensación de notar el cálido cuerpecito que se apretaba contra el mío; me estremecía cuando sentía que sus manitas me tocaban... Todo mi amor se desprendía de mi yo para ir hacia mi hijo... El niño estaba conmigo con demasiada frecuencia. Tan pronto como me veía en la cama (tenía a la sazón dos años), se arrastraba hacia ella y trataba de subirse encima de mí. Me acariciaba los senos con sus manitas y quería descender con su dedo, lo cual me producía tal placer, que me costaba trabajo apartarle de mí. A menudo he tenido que luchar contra la tentación de jugar con su pene...

La maternidad reviste una nueva figura cuando el niño crece; en los primeros tiempos, no es más que un *rorrostandard*, solamente existe en su generalidad: poco a poco, se individualiza. Las mujeres excesivamente dominantes o muy carnales se enfrían entonces con respecto a él; por el contrario, es precisamente en ese momento cuando otras -como Colette- empiezan a interesarse por él. La relación de la madre con el niño se hace cada vez más compleja: él es un doble y a veces ella está tentada de enajenarse por completo en él; pero el niño es un sujeto autónomo y, por tanto, rebelde; hoy es cálidamente real, pero en el **{594}** fondo del porvenir es un adolescente, un adulto imaginario; es una riqueza, un tesoro: es también una carga, un tirano. La dicha que la madre puede encontrar en él es una dicha de generosidad; hace falta que se complazca en servir, en dar, en crear felicidad, como la madre que pinta C. Audry:

> Así, pues, gozaba de una infancia dichosa, como en los libros, pero que era a la infancia de los libros como las verdaderas rosas a las rosas de las tarjetas postales. Y esa felicidad suya brotaba de mí como la leche con que le había nutrido.

Lo mismo que a la enamorada, a la madre le encanta sentirse necesaria; la justifican las exigencias a las cuales responde; pero la dificultad y la grandeza del amor maternal radican en que no implica reciprocidad; la mujer no tiene ante sí un hombre, un héroe, un semidiós, sino una pequeña conciencia balbuciente, anegada en un cuerpo frágil y contingente; el niño no ostenta ningún valor, no puede conferir ninguno; ante él, la mujer permanece sola; no espera ninguna recompensa a cambio de sus dones, que se justifican en su propia libertad. Esta generosidad merece los encomios que le prodigan incansablemente los hombres; pero la mistificación empieza cuando la religión de la Maternidad proclama que toda madre es ejemplar. Porque la abnegación maternal puede ser vivida con perfecta autenticidad; pero, de hecho, ese es un caso raro. Por lo común, la maternidad, es un extraño compromiso de narcisismo, de altruismo, de sueños, de sinceridad, de mala fe, de abnegación, de cinismo.

El gran peligro que nuestras costumbres hacen correr al niño consiste en que la madre a quien se le confía, atado de pies y manos, es casi siempre una mujer insatisfecha: sexualmente es frígida o está insatisfecha; socialmente se siente inferior al hombre; no ejerce influencia sobre el mundo ni sobre el porvenir; tratará de compensar todas estas frustraciones valiéndose del niño; cuando se ha comprendido hasta qué punto la situación actual de la mujer le hace difícil su pleno desarrollo, cuántos deseos, rebeldías, pretensiones y **{595}** reivindicaciones laten sordamente en su interior, se espanta ?no de que le sean confiados niños indefensos. Como en la época en que, alternativamente, mimaba y torturaba a sus muñecas, sus actitudes son simbólicas: pero tales símbolos se convierten para el niño en áspera realidad. Una madre que azota a su hijo, no solo golpea al niño (en cierto sentido, no lo golpea en absoluto), sino que se venga de un hombre, del mundo o de ella misma; pero quien recibe los golpes es el niño. Mouloudji ha hecho sentir en Enrico ese penoso malentendido: Enrico comprende perfectamente que no es a él a quien su madre golpea tan locamente; y cuando ella despierta de su delirio, solloza llena de remordimientos y de ternura; Enrico no le guarda rencor, pero los golpes le han desfigurado el rostro. Del mismo modo, la madre descrita en L'asphyxie, de Violette Leduc, al desencadenarse contra su hija, se venga del seductor que la ha abandonado, de la vida que la ha humillado y vencido. Siempre se ha conocido ese aspecto cruel de la maternidad; pero, con pudor hipócrita, se ha desarmado la idea de la «mala madre» y se ha inventado el tipo de la madrastra; es la esposa de unas segundas nupcias la que atormenta al hijo de una «buena madre»

difunta. En realidad, lo que madame de Ségur nos describe en madame Fichini es una madre contrafigura exacta de la edificante madame de Fleurville. A partir de *Poil de carotte*, de Jules Renard, las actas de acusación se han multiplicado*: Enrico, L'asphyxie, La haine maternelle*, de S. de Tervagnes; *Vipère au poing*, de Hervé Bazin. Si los tipos descritos en esas novelas resultan un poco excepcionales, es porque la mayoría de las mujeres rechazan por moralidad y decencia sus impulsos espontáneos; pero estos se manifiestan, como relámpagos, a través de escenas, bofetadas, cóleras, insultos, castigos, etc. Al lado de madres francamente sádicas, hay muchas que sobre todo son caprichosas; lo que las encanta es dominar; de chiquitín, el bebé es un juguete; si es varón, se divierten sin escrúpulos con su sexo; si es una niña, la convierten en una muñeca; más tarde, quieren que un pequeño esclavo las obedezca ciegamente: vanidosas, exhiben al niño como si fuera **{**596**}** un animal sabio; celosas y exclusivistas, lo aíslan del resto del mundo. También es frecuente que la mujer no renuncie a ser recompensada por los cuidados que prodiga al niño: a través de este, modela un ser imaginario que la reconocerá con gratitud como una madre admirable y en quien ella se reconocerá, a su vez. Cuando Cornelia, mostrando a sus hijos, decía con orgullo: «He aquí mis joyas», daba el más nefasto ejemplo a la posteridad; demasiadas mujeres viven con la esperanza de repetir un día ese gesto orgulloso; y no vacilan en sacrificar a ese fin al pequeño individuo de carne y hueso cuya existencia contingente e indecisa no las colma. Le imponen que se parezca al marido, o, por el contrario, que no se parezca, o que reencarne a un padre, una madre, un antepasado venerado; imitan a un modelo prestigioso: una socialista alemana admiraba profundamente a Lily Braunn, cuenta H. Deutsch; la célebre agitadora tenía un hijo genial, que murió joven; su imitadora se obstinó en tratar a su propio hijo como si fuese un futuro genio, y el resultado fue que lo convirtió en un bandido. Nociva para el niño, esa tiranía inadecuada es siempre para la madre fuente de decepciones. H. Deutsch cita otro notable ejemplo, el de una italiana cuya historia siguió durante varios años:

> La señora Mazetti tenía numerosos hijos y siempre se estaba quejando de hallarse en dificultades con uno u otro de ellos; solicitaba ayuda, pero era muy difícil ayudarla, porque se consideraba superior a todo el mundo y, sobre todo, a su marido y a sus hijos; se conducía con mucha ponderación y elevación fuera de la familia; pero en su casa, por el contrario, se mostraba muy excitada y provocaba escenas violentas. Procedía de un medio pobre e inculto, y siempre había querido «elevarse»; asistía a cursos nocturnos y tal vez hubiera logrado satisfacer sus ambiciones si no se hubiese casado a los dieciséis años con un hombre que la atraía sexualmente y que la había hecho madre. Continuó esforzándose por salir de su medio, siguiendo cursos, etc.; el marido era un buen obrero calificado, a quien la actitud agresiva y superior de su mujer condujo, por reacción, al alcoholismo; tal vez para vengarse de ella, la dejó encinta numerosas veces. Separada de su marido, después de un tiempo en que se **{**597**}** resignó a su condición, empezó a tratar a sus hijos de la misma manera que al padre; durante los primeros años, los hijos la satisficieron: trabajaban bien, obtenían buenas notas en clase, etc. Pero cuando Luisa, la mayor, cumplió dieciséis años, la madre temió que repitiese su propia experiencia: se volvió tan severa y tan dura, que Luisa, en efecto, y por venganza, tuvo un hijo ilegítimo. Los hijos tomaban partido en general por su padre en contra de su madre, que los abrumaba con sus altas exigencias morales; nunca podía ella mostrar un tierno cariño más que a un solo hijo a la vez, poniendo en él todas sus esperanzas; luego, cambiaba de favorito, sin motivo aparente; y eso enfurecía a los niños y los volvía celosos. Una tras otra, las hijas empezaron a frecuentar el trato con hombres, a atrapar la sífilis y a llevar a la casa hijos ilegítimos; los muchachos se convirtieron en ladrones. Y la madre no quería comprender que habían sido sus exigencias ideales las que los habían arrojado a aquel camino.

Esta obstinación educadora y el sadismo caprichoso de que he hablado se mezclan a menudo; la madre da como pretexto de sus cóleras su deseo de «formar» al niño; e, inversamente, el fracaso de su empresa exaspera su hostilidad.

Otra actitud bastante frecuente, y que no es menos nefasta para el niño, es la devoción masoquista; algunas madres, para compensar el vacío de su corazón y castigarse por una hostilidad que no quieren confesarse, se hacen esclavas de su progenie; cultivan indefinidamente una ansiedad morbosa, no soportan que el hijo se aleje de ellas; renuncian a todo placer, a toda vida personal, lo cual les permite adoptar una actitud de víctimas; y de estos sacrificios extraen el derecho a negar al hijo toda independencia; esta renuncia se concilia fácilmente con una voluntad tiránica de dominación; la mater dolorosa hace de sus sufrimientos un arma que utiliza sádicamente; sus escenas de resignación engendran en el niño sentimientos de culpabilidad que, a menudo, pesarán sobre él durante toda la vida: esas escenas son aún más nocivas que las escenas agresivas. Zarandeado, desconcertado, el niño no da con ninguna actitud defensiva: ora los golpes, ora las lágrimas, lo denuncian como un criminal. La gran excusa **{**598**}**de la madre consiste en que el niño está muy lejos de proporcionarle esa feliz realización de ella misma que le han prometido desde la

infancia: se desquita en él del engaño de que ha sido víctima y que inocentemente denuncia el niño. De sus muñecas disponía a su antojo; cuando ayudaba a cuidar a un bebé, a una hermana o a una amiga, lo hacía sin responsabilidad. Ahora, la sociedad, su marido, su madre y su propio orgullo le exigen cuentas de esa pequeña vida extraña como si fuese obra suya: el marido en particular se irrita ante los defectos del niño como ante una comida echada a perder o ante la mala conducta de su mujer; sus exigencias abstractas pesan a menudo abrumadoramente en las relaciones entre madre e hijo; una mujer independiente -gracias a su soledad, su despreocupación o su autoridad en el hogar- será mucho más serena que aquellas otras sobre quienes pesan voluntades dominantes, a las cuales, le guste o no, debe obedecer haciendo que el niño obedezca. Porque la gran dificultad radica en encerrar en marcos previstos una existencia misteriosa como la de los animales, turbulenta y desordenada como las fuerzas de la Naturaleza, y, no obstante, humana; no se puede adiestrar al niño en silencio, como se adiestra a un perro, ni tampoco persuadirle con palabras de adulto: el niño se aprovecha de este equivoco, oponiendo a las palabras la animalidad de sus sollozos y sus convulsiones, y a las restricciones, la insolencia del lenguaje. Ciertamente, planteado así el problema, resulta apasionante; y, cuando tiene tiempo para ello, la madre se complace en ser una educadora: tranquilamente instalado en un jardín público, el bebé es todavía una coartada, como en los tiempos en que anidaba en su vientre; a menudo, habiendo permanecido más o menos infantil, a la madre le encanta hacer el tonto con él, resucitando los juegos, las palabras, las preocupaciones y las alegrías de tiempos ya enterrados. Pero cuando lava, guisa, amamanta a otro niño, hace la compra, recibe visitas y, sobre todo, cuando se ocupa de su marido, el niño no es más que una presencia importuna, agobiante; no tiene tiempo para «formarlo»; lo primero que hay que hacer es impedir que moleste **{**599**}**; el niño rompe, desgarra, mancha, es un constante peligro para los objetos y para sí mismo; se agita, grita, habla, hace ruido: vive por su cuenta; y esa vida trastorna la de sus padres. El interés de estos y el suyo no coinciden: de ahí el drama. Incesantemente agobiados por él, los padres le infligen sin cesar sacrificios cuyas razones no comprende: le sacrifican a su tranquilidad y también a su propio porvenir. Es natural que el niño se rebele. No comprende las explicaciones que su madre trata de darle, y esta no puede penetrar en su conciencia; los sueños del niño, sus fobias, sus obsesiones, sus deseos, forman un mundo opaco: la madre no puede hacer más que reglamentar desde fuera, a tientas, a un ser que experimenta esas leyes abstractas como una violencia absurda. Cuando el niño crece, la incomprensión subsiste: penetra en un mundo de intereses y de valores de donde está excluida la madre; a menudo la desprecia por ello. El niño varón, en particular, orgulloso de sus prerrogativas masculinas, se ríe de las órdenes de una mujer: esta le exige que haga sus deberes, pero no sabría resolver los problemas que él tiene que solucionar, ni traducir aquel texto latino; ella no puede «seguirle». La madre se enerva en ocasiones hasta las lágrimas en esa tarea ingrata, cuyas dificultades raras veces calibra el marido: gobernar a un ser con quien no se tiene comunicación y que, no obstante, es un ser humano; inmiscuirse en una libertad extraña que no se define ni se afirma sino rebelándose contra vosotros.

La situación es diferente según que el niño sea varón o hembra, y, aunque el primero sea más «difícil», la madre se acomoda mejor a él generalmente. A causa del prestigio con que la mujer reviste a los hombres, y también de los privilegios que estos detentan concretamente, muchas mujeres desean hijos varones. «¡Es maravilloso traer al mundo un hombre!», dicen. Ya se ha visto que soñaban con engendrar un «héroe», y el héroe es evidentemente del género masculino. El hijo será un jefe, un conductor de hombres, un soldado, un creador; impondrá su voluntad en la faz de la Tierra y la madre participará de su inmortalidad; las casas que ella no ha construido, los países que no ha explorado, los libros **{**600**}** que no ha leído, él se los dará. Por medio de él, poseerá ella el mundo: pero a condición de que posea a su hijo. De ahí nace la paradoja de su actitud. Freud considera que la relación de la madre con el hijo es la relación donde menos ambivalencia se encuentra; pero, de hecho, en la maternidad, al igual que en el matrimonio y el amor, la mujer mantiene una actitud equívoca con respecto a la trascendencia masculina; si su vida conyugal o amorosa la ha vuelto hostil a los hombres, para ella será una satisfacción dominar al varón reducido a su figura infantil; tratará con irónica familiaridad al sexo de arrogantes pretensiones: a veces espantará al niño diciéndole que le raptarán si no es bueno. Incluso si, más humilde y pacífica, respeta en su hijo al héroe futuro, con objeto de que sea verdaderamente suyo, se esfuerza por reducirlo a su realidad inmanente: lo mismo que trata a su marido como si fuese un niño, así trata al niño como si fuese un bebé. Resulta demasiado racional y demasiado simple creer que desea castrar a su hijo; su sueño es más contradictorio: lo quiere infinito, pero en el hueco de su mano; dominando al mundo entero, pero arrodillado ante ella. Le anima a mostrarse delicado, goloso, generoso, tímido, sedentario; le prohibe los deportes, la camaradería; le hace desconfiado de sí mismo, porque pretende tenerlo en exclusiva; pero se decepciona si, al mismo tiempo, no se convierte en un aventurero, un campeón, un genio del cual pudiera enorgullecerse. Que su influencia es a menudo nefasta -como afirma Montherlant, como lo ha ilustrado Mauriac en *Génitrix*- está fuera de toda duda. Felizmente para el muchacho, puede escapar fácilmente a esta influencia: las costumbres y la sociedad le animan a ello. Y la madre misma se resigna: sabe muy bien que la lucha contra el hombre

es una lucha desigual. Se consuela representando la mater dolorosa o rumiando el orgullo de haber engendrado a uno de los vencedores.

La niña se ve más completamente entregada a su madre; las pretensiones de esta se acrecientan. Las relaciones entre ambas revisten un carácter mucho más dramático. En una niña, la madre no saluda a un miembro de la casta elegida **{**601**}**; busca en ella su doble. Proyecta en la niña toda la ambigüedad de su relación propia, y, cuando se afirma la disimilitud de ese alter ego, se siente traicionada. Entre madre e hija es donde los conflictos de los que hemos hablado adoptan una forma exasperada.

Hay mujeres lo bastante satisfechas de su vida para desear reencarnarse en una hija o, al menos, para acogerla sin decepción; querrían dar a su hija las mismas oportunidades que han tenido ellas, y también las que no han tenido, y harán que su juventud sea dichosa. Colette ha trazado el retrato de una de esas madres equilibradas y generosas: Sido mima a su hija en su libertad; la colma sin exigirle nada jamás, porque extrae su dicha de su propio corazón. Pudiera ser que, al dedicarse por entero a ese doble en el que se reconoce y supera, la madre termine por enajenarse totalmente en ella; renuncia a su yo; su única preocupación es la felicidad de su hija; se mostrará hasta egoísta y dura con respecto al resto del mundo; el peligro que la amenaza es el de hacerse importuna para aquella a quien adora, como madame de Sévigné lo fue para madame de Grignan; la hija, de mal humor, procurará librarse de una dedicación tiránica; con frecuencia tiene escaso éxito y, durante toda su vida, sigue mostrándose infantil y tímida ante sus responsabilidades, porque ha sido «incubada» en exceso. Pero es sobre todo cierta forma masoquista de la maternidad lo que amenaza con pesar abrumadoramente sobre la joven. Algunas mujeres sienten su feminidad como una maldición absoluta: desean o acogen a una hija con el amargo placer de reencontrarse en otra víctima, y, al mismo tiempo, se juzgan culpables de haberla traído al mundo; sus remordimientos, la piedad que experimentan de sí mismas a través de su hija, se traducen en infinitas ansiedades; no dejarán a la hija ni a sol ni a sombra; dormirán en la misma cama que ella durante quince o veinte años; la pequeña será aniquilada por el fuego de esa pasión inquieta.

La mayor parte de las mujeres reivindican y detestan, a la vez, su condición femenina, y la viven con resentimiento. El disgusto que experimentan por su sexo podría incitarlas a **{**602**}** dar a sus hijas una educación viril: raras veces son bastante generosas. Irritada por haber engendrado una mujer, la madre la acoge con esta equívoca maldición: «Serás mujer.» Espera compensar su inferioridad haciendo una criatura superior de aquella a quien mira como su doble; y también tiende a infligirle la misma tara que ella ha padecido. A veces trata de imponer exactamente a la niña su propio destino: «Lo que era bastante bueno para mí, lo es también para ti; así me han educado, y tú compartirás mi suerte.» A veces, por el contrario, le prohibe hoscamente que se le parezca: quiere que su experiencia sirva de algo; es una manera de desquitarse. La mujer de vida alegre mete a su hija en un convento, la ignorante la hace instruir. En L'asphyxie, la madre que ve en su hija la consecuencia detestada de un desliz de juventud, le dice enfurecida:

> Procura comprender. Si llegara a sucederte algo semejante, renegaría de ti. Yo no sabía nada. ¡El pecado! ¡Eso es muy vago! ¡El pecado! Si un hombre te llama, no acudas. Sigue tu camino. No te vuelvas. ¿Me entiendes? Ya estás prevenida; no es necesario que te suceda eso, y, si llegara a sucederte, no tendría piedad, te dejaría en el arroyo.

Ya hemos visto que la señora Mazetti, a fuerza de querer evitar que su hija cometiese el mismo error que había cometido ella, lo que hizo fue precipitarla al mismo. Stekel refiere un complejo caso de «odio maternal» con respecto a una niña:

> Conocí a una madre que no podía soportar a su cuarta hija desde que nació, una hija que era una criaturita encantadora y gentil... La acusaba de haber heredado todos los defectos de su marido... La niña había nacido en una época en que otro hombre le había hecho la corte, un poeta de quien se había enamorado apasionadamente, y esperaba que -como en Las afinidades electivas de Goethe- la niña tuviese los rasgos del hombre amado. Pero, desde su nacimiento, la niña se pareció a su padre. Además, la madre veía en aquella niña su propio reflejo: entusiasmo, dulzura, devoción, sensualidad. Ella hubiera querido ser fuerte, inflexible **{**603**}**, dura, casta, enérgica. Mucho más que a su marido, se detestaba a sí misma en la niña.

Al crecer la niña es cuando surgen los verdaderos conflictos; ya hemos visto cómo deseaba afirmar su autonomía frente a su madre: a los ojos de esta, ese es un rasgo de odiosa gratitud; se obstina en someter a esa voluntad que se escabulle; no acepta que su doble se convierta en otra. El placer que el hombre saborea con las mujeres, el de sentirse absolutamente superior, solamente lo experimenta la mujer con sus hijos, y, sobre todo, con sus hijas; se siente frustrada si tiene que renunciar a sus

privilegios, a su autoridad. Madre apasionada o madre hostil, la independencia de la hija arruina sus esperanzas. Se siente doblemente celosa: del mundo que le arrebata a su hija y de su hija, que, al conquistar una parte del mundo, se la quita. Estos celos recaen al principio sobre las relaciones de la hija con su padre; a veces la madre se sirve de la hija para atraer al marido al hogar; si fracasa, se siente despechada; pero, si su maniobra tiene éxito, está pronta a reavivar, bajo una forma inversa, sus complejos infantiles: se irrita contra su hija, como en otros tiempos contra su propia madre; se enfurruña, se considera abandonada e incomprendida. Una francesa casada con un extranjero, que amaba mucho a sus hijas, decía un día encolerizada: «¡Estoy harta de vivir con metecos!» A menudo, la mayor, favorita del padre, es particularmente blanco de las persecuciones maternas. La madre la abruma con tareas ingratas, exige de ella una seriedad impropia de su edad: puesto que es una rival, será tratada como una adulta; aprenderá también que «la vida no es una novela, que no todo es color de rosa, que una no hace lo que quiere, que no estamos aquí para divertirnos...» Con mucha frecuencia, la madre abofetea a la niña venga o no a cuento, simplemente «para que aprenda»; tiene empeño, entre otras cosas, en demostrarle que ella sigue siendo el ama: porque lo que más la irrita es que no tiene ninguna superioridad genuina frente a una niña de once o doce años; esta ya puede realizar perfectamente las faenas domésticas, es una «mujercita» **{**604**}**; posee incluso una vivacidad, una curiosidad y una lucidez que la hacen en muchos aspectos superior a las mujeres adultas. La madre se complace en reinar sin oposición en su universo femenino; se quiere única, irreemplazable, y he ahí que su joven ayudante la reduce a la pura generalidad de su función. Reprende duramente a su hija si, después de dos días de ausencia, encuentra la casa en desorden; pero sufre accesos de furor si se demuestra que la vida familiar puede proseguir perfectamente sin ella. No acepta que su hija se convierta verdaderamente en doble, en sustituto de ella misma. No obstante, aún le resulta más intolerable que se afirme francamente como otra. Detesta sistemáticamente a las amigas en quienes su hija busca ayuda contra la opresión familiar y que «se le han subido a la cabeza»; las critica, prohibe a su hija que las vea con demasiada frecuencia y hasta toma como pretexto su «mala influencia» para prohibirle radicalmente que las trate. Toda influencia que no sea la suya, es mala; experimenta una particular animosidad contra las mujeres de su edad -profesoras, madres de camaradas- hacia quienes la niña dirige su afecto, y declara que estos sentimientos son absurdos o malsanos. A veces bastan para exasperarla la alegría, la inconsciencia, los juegos y las risas de la pequeña; se los perdona de mejor grado a los chicos; estos hacen uso de su privilegio masculino, y es natural, porque ella hace mucho tiempo que ha renunciado a una competencia imposible. Mas ¿por qué esta otra mujer gozaría de ventajas que a ella le son negadas? Aprisionada en los cepos de la seriedad, envidia todas las ocupaciones y diversiones que apartan a la niña del aburrimiento del hogar; esta evasión es un mentís a todos los valores a los cuales se ha sacrificado. Cuanto más crece la niña, más roe el rencor el corazón de la madre; cada año que pasa empuja a la madre hacia su declinación; en cambio, de año en año, el cuerpo juvenil se afirma, se desarrolla; ese porvenir que se abre ante su hija, le parece a la madre que se lo roban; de ahí proviene la irritación de algunas madres cuando sus hijas tienen la primera regla: les guardan rencor, porque ya están, consagradas mujeres. A esta que acaba de llegar se le **{**605**}** ofrecen, contra la repetición y la rutina que han sido la: suerte de la mayor, posibilidades todavía indefinidas: esas opurtunidades son las que la madre envidia y detesta; al no poder hacerlas suyas, trata, a menudo, de disminuirlas, de suprimirlas: no deja salir de casa a la muchacha, la vigila, la tiraniza, la maniata a propósito, le niega todo ocio, se encoleriza salvajemente si la adolescente se maquilla, si «sale»; todo su rencor con respecto a la vida lo vuelca contra aquella joven vida que se lanza hacia un nuevo porvenir; procura humillar a la muchacha, ridiculiza sus iniciativas, la veja. Una lucha abierta se declara, a menudo, entre ellas; normalmente, es la más joven quien gana, porque el tiempo trabaja a su favor; pero su victoria tiene gusto a culpa: la actitud de su madre engendra en ella rebeldía y remordimiento a la vez; la sola presencia de la madre hace de ella una culpable: ya se ha visto que ese sentimiento puede gravar pesadamente sobre todo su porvenir. De buena o mala gana, la madre termina por aceptar su derrota; cuando su hija se hace adulta, se restablece entre ellas una amistad más o menos atormentada. Pero una permanece decepcionada y frustrada para siempre; la otra se creerá a menudo perseguida por una maldición.

Volveremos a ocuparnos de las relaciones que sostiene con sus hijos mayores una mujer de edad avanzada; pero, evidentemente, es durante los veinte primeros años cuando aquellos ocupan el lugar más importante en la vida de su madre. De la descripción que acabamos de hacer resalta con evidencia la peligrosa falsedad de dos prejuicios corrientemente admitidos. Consiste el primero en la idea de que la maternidad basta, en todo caso, para colmar a una mujer: no hay nada de eso. Hay multitud de madres que son desdichadas y están agriadas e insatisfechas. El ejemplo de Sofía Tolstoi, que alumbró más de doce veces, es significativo; no deja de repetir a lo largo de su diario que todo le parece inútil y vacío en el mundo y en ella misma. Los hijos le procuran una suerte de paz masoquista. «Con los hijos, ya no tengo la sensación de ser joven. Me siento tranquila y feliz.» El renunciar a su juventud, a su belleza, a su vida **{**606**}** personal, le aporta un poco de sosiego; se siente mayor, justificada. «El sentimiento de que les soy indispensable constituye para mí una gran

dicha.» Son un arma que le permite rechazar la superioridad de su marido. «Mis únicos recursos, mis únicas armas para restablecer entre nosotros la igualdad, son los hijos, la energía, la alegría, la salud...» Pero no bastan en absoluto para dar sentido a una existencia roída por el tedio. El 25 de enero de 1905, después de un momento de exaltación, escribe:

> Yo también lo quiero y lo puedo todo (1). Pero, tan pronto como este sentimiento se desvanece, constato que no quiero ni puedo nada, como no sea cuidar a los bebés, comer, beber, dormir, amar a mi marido y a mis hijos, lo cual, en definitiva, debería constituir la felicidad; pero que me produce tristeza y, como ayer, me da ganas de llorar.

(1) El subrayado es de Sofía Tolstoi.

Y once años más tarde:

> Me consagro enérgicamente y con un ardiente deseo de hacerlo bien a la educación de los niños. Pero ¡Dios mío! ¡Cuán impaciente e irascible soy! ¡Y cuánto grito!... ¡Qué triste es esta eterna lucha con los niños!

La relación de la madre con sus hijos se define en el seno de la forma global que es su vida; depende de sus relaciones con su marido, con su pasado, con sus ocupaciones, consigo misma; tan absurdo como nefasto error es pretender ver en el hijo una panacea universal. Esa es la conclusión a la cual ,llega también H. Deutsch en la obra que he citado a menudo y en la cual estudia ella, a través de su experiencia de psiquiatra, los fenómenos de la maternidad. Sitúa en muy elevado lugar esta función; estima que la mujer se realiza totalmente en virtud de la misma: pero a condición de que sea libremente asumida y sinceramente querida; es preciso que la joven se halle en una situación psicológica, moral y material que le permita soportar su carga; de lo contrario, las **{**607**}** consecuencias serán desastrosas. En particular, es criminal aconsejar el hijo como remedio de melancólicas o de neuróticas; eso es hacer desgraciados a la mujer y al hijo. La mujer equilibrada, sana, consciente de sus responsabilidades, es la única capaz de convertirse en una «buena madre».

Ya he dicho que la maldición que pesa sobre el matrimonio consiste en que con excesiva frecuencia, los individuos se unen así en su debilidad, no en su fuerza, y en que cada cual exige al otro, en lugar de complacerse en darle. Es un señuelo aún más decepcionante soñar con alcanzar a través del hijo una plenitud, un calor y un valor que no ha sabido uno crear por sí mismo; eso no aporta dicha más que a la mujer capaz de querer desinteresadamente la felicidad de otro, a aquella que, sin reciprocidad, busca una superación de su propia existencia. Desde luego, el hijo es una empresa a la cual puede uno destinarse valederamente; pero no más que cualquier otra representa una justificación en sí misma; es preciso que sea deseada por ella misma, no por unos hipotéticos beneficios. Stekel dice muy justamente:

> Los hijos no son un ersatz del amor; no reemplazan un objetivo de vida rota; no son un material destinado a llenar el vacío de nuestra existencia; son una responsabilidad y un pesado deber; son los florones más generosos del amor libre. No son el juguete de los padres, ni la realización de su necesidad de vivir, ni sucedáneos de sus ambiciones insatisfechas. Los hijos son la obligación de formar seres dichosos.

Tal obligación no tiene nada de natural: la Naturaleza jamás podría dictar una elección moral; esta implica un compromiso. Parir es adquirir un compromiso; si la madre lo rehuye después, comete una falta contra una existencia humana, contra una libertad; pero nadie puede imponérselo. La relación de los padres con los hijos, como la de los esposos entre sí, debería ser libremente querida. Y ni siquiera es cierto que el hijo sea para la mujer una realización privilegiada; se dice de buen grado con respecto a una mujer que es coqueta, o enamoradiza, o lesbiana, o ambiciosa «a falta de un hijo»; su vida sexual, sus fines, los valores que persigue, serían sucedáneos del hijo. En realidad, hay en principio indeterminación: también puede decirse que la mujer desea un hijo a falta de amor, de ocupación, de poder satisfacer sus tendencias homosexuales. Bajo este seudonaturalismo se oculta una moral social y artificial. Que el hijo sea la suprema finalidad de la mujer es una afirmación que tiene justamente el valor de un slogan publicitario.

El segundo prejuicio, inmediatamente implicado en el primero, consiste en que el niño encuentra una segura felicidad en los brazos maternos. No existen madres «desnaturalizadas», puesto que el amor maternal no tiene nada de natural: pero, precisamente por eso, hay malas madres. Y una de las grandes verdades que el psicoanálisis ha proclamado es el peligro que constituyen para el hijo los propios padres «normales». Los complejos, las obsesiones y las neurosis que padecen los adultos tienen sus raíces en su pasado familiar; los padres que tienen sus propios conflictos, sus querellas,

sus dramas, representan para el hijo la compañía menos deseable. Profundamente marcados por la vida del hogar paterno, abordan luego a sus propios hijos a través de complejos y frustraciones; y esa cadena de miseria se perpetuará indefinidamente. En particular, el sadomasoquismo materno crea en la hija un sentimiento de culpabilidad que se traducirá en actitudes sadomasoquistas con respecto a sus hijos, indefinidamente. Existe una mala fe extravagante en la conciliación del desprecio con que se mira a las mujeres y el respeto con que se rodea a las madres. Constituye una paradoja criminal rehusar a la mujer toda actividad pública, cerrarle las carreras masculinas, proclamar en todos los dominios su incapacidad y confiarle, al mismo tiempo, la empresa más delicada y más grave de cuantas existen: la formación de un ser humano. Hay multitud de mujeres a quienes las costumbres y la tradición todavía niegan la educación, la cultura, las responsabilidades y las actividades que son privilegio de los hombres, y a quienes, no obstante, se les confía sin escrúpulo el cuidado de los hijos, como en otro tiempo se las consolaba de su inferioridad con respecto a los chicos entregándoles **{**609**}** muñecas; se les impide vivir; en compensación, se les permite jugar con muñecos de carne y hueso. Sería preciso que la mujer fuese perfectamente dichosa o que fuese una santa para que resistiese la tentación de abusar de sus derechos. Tal vez tuviese razón Montesquieu al decir que sería preferible confiar a las mujeres el gobierno del Estado antes que el de la familia; porque, tan pronto como se le da ocasión para ello, la mujer se muestra tan razonable y eficaz como el hombre: en el pensamiento abstracto, en la acción concertada, es donde ella supera más fácilmente su sexo; mucho más difícil le es actualmente librarse de su pasado de mujer, hallar un equilibrio afectivo que nada favorece en su situación. También el hombre resulta mucho más equilibrado y racional en su trabajo que en el hogar; realiza sus cálculos con una precisión matemática: se vuelve ilógico, embustero y caprichoso junto a la mujer por quien se «deja llevar»; del mismo modo, ella se «deja llevar» por el hijo. Y esta última complacencia es más peligrosa, porque la mujer puede defenderse mejor contra su marido que el niño contra ella. Por el bien del niño, sería obviamente deseable que su madre fuese una persona completa y no mutilada, una mujer que hallase en su trabajo, en sus relaciones con la colectividad, una realización de sí misma que no buscase obtener tiránicamente a través de él; y sería igualmente deseable que el niño estuviese infinitamente menos entregado a sus padres que lo está ahora, que sus estudios y diversiones se desarrollasen en medio de otros niños, bajo el control de adultos que no tendrían con él más que unos lazos impersonales y puros.

Incluso en el caso de que el hijo aparezca como una riqueza en el seno de una vida dichosa o, al menos, equilibrada, no podría limitar el horizonte de su madre. No la arranca a su inmanencia; ella modela su carne, le mantiene, le cuida: nunca puede crear más que una situación de hecho que solo a la libertad del hijo corresponde superar; cuando ella apuesta sobre su porvenir, es también por procuración como se trasciende a través del universo y el tiempo; es decir, que una vez más se entrega a la dependencia. No solo la **{**610**}** ingratitud, sino el fracaso de su hijo, serán el mentís a todas sus esperanzas: al igual que en el matrimonio o en el amor, deja a otro el cuidado de justificar su vida, cuando la única actitud auténtica consiste en asumirla libremente. Ya se ha visto que la inferioridad de la mujer procedía originariamente de que, en principio, se ha limitado a repetir la vida, mientras el hombre inventaba razones para vivir, más esenciales a sus ojos que la pura ficción de la existencia-, encerrar a la mujer en la maternidad sería perpetuar esa situación.

Hoy reclama ella participar en el movimiento a través del cual la Humanidad intenta sin cesar justificarse superándose; no puede consentir en dar la vida más que en el caso de que la vida tenga un sentido; no podría ser madre sin tratar de representar un papel en la vida económica, política y social. No es 16 mismo engendrar carne de cañón, esclavos o víctimas que engendrar hombres libres. En una sociedad convenientemente organizada, en la que el niño fuese tomado en gran parte a su cargo por la colectividad y la madre fuese cuidada y ayudada, la maternidad no sería inconciliable en absoluto con el trabajo femenino. Por el contrario, la mujer que trabaja -campesina, química o escritora- es la que tiene un embarazo más fácil por el hecho de que no se fascina con su propia persona; la mujer que posea la vida personal más rica será la que más dé al hijo y la que menos le pida; la mujer que adquiera en el esfuerzo y la lucha el conocimiento de los verdaderos valores humanos será la mejor educadora. Si con excesiva frecuencia hoy, la mujer tropieza con grandes dificultades para conciliar el oficio que la retiene fuera del hogar durante horas y consume todas sus energías con el interés de sus hijos, es porque, por un lado, el trabajo femenino es todavía, con excesiva frecuencia, una esclavitud; y, por otro lado, porque no se ha realizado ningún esfuerzo para asegurar el cuidado, la custodia y la educación de los niños fuera del hogar. Se trata de una carencia social: pero es un sofisma justificarla pretendiendo que una ley escrita en el cielo o en las entrañas de la Tierra exige que madre e hijo se pertenezcan exclusivamente **{**611**}** el uno al otro; esta mutua pertenencia no constituye, en verdad, sino una doble y nefasta opresión.

Es un engaño sostener que la maternidad convierte a la mujer en la igual concreta del hombre. Los psicoanalistas se han esforzado mucho por demostrar que el hijo aportaba a la mujer un equivalente del pene: mas, por envidiable que sea este atributo, nadie pretenderá que su sola posesión pueda

justificar una existencia, ni que ella sea el fin supremo de la misma. También se ha hablado muchísimo de los sacrosantos derechos de la madre, pero no ha sido en su calidad de madres como las mujeres han conquistado la papeleta electoral; todavía es despreciada la madre soltera; solo en el matrimonio es glorificada la madre, es decir, en tanto que permanece subordinada al marido. Mientras este siga siendo el jefe económico de la familia, y aunque ella se ocupe mucho más de los hijos, estos dependen mucho más de él que de ella. Ya se ha visto que, por ese motivo, las relaciones de la madre con los hijos están estrechamente determinadas por las que sostiene con su esposo.

Así, pues, las relaciones conyugales, la vida doméstica y la maternidad forman un conjunto cuyos momentos todos dependen unos de otros; tiernamente unida a su marido, la mujer puede llevar alegremente las cargas del hogar; feliz con sus hijos, será indulgente con su marido. Pero esa armonía no es fácil de conseguir, ya que las diferentes funciones asignadas a la mujer se acuerdan mal entre sí. Las revistas femeninas enseñan profusamente al ama de casa el arte de conservar su atractivo sexual sin dejar de lavar la vajilla, de conservarse elegante en el curso de su embarazo, de conciliar la coquetería con la maternidad y la economía; pero la mujer que se obligase a seguir con celo esos consejos se vería pronto enloquecida y desfigurada por las preocupaciones; resulta muy difícil conservarse deseable cuando se tienen las manos agrietadas y el cuerpo deformado por las maternidades; por eso, una mujer enamorada siente a menudo rencor contra los hijos que arruinan su seducción y la privan de las caricias de su marido; si, por el contrario, se siente profundamente madre, estará celosa del hombre que **{**612**}** reivindica también a los hijos como suyos. Por otra parte, ya se ha visto que el ideal doméstico contradice el movimiento de la vida; el niño es enemigo de los pisos encerados. El amor maternal se pierde a menudo en reprimendas y cóleras dictadas por la preocupación de mantener un hogar bien puesto. No es sorprendente que la mujer que se debate entre esas contradicciones pase con mucha frecuencia sus jornadas llena de nerviosismo y acritud; siempre pierde de algún modo y sus ganancias son precarias, no se inscriben en ningún éxito seguro. Nunca es por medio de su trabajo como puede salvarse; la tiene ocupada, desde luego, pero no constituye su justificación: esta descansa en libertades extrañas. La mujer encerrada en el hogar no puede fundar por sí misma su existencia; carece de los medios necesarios para afirmarse en su singularidad, y esta singularidad, por consiguiente, no le es reconocida. Entre los árabes y los indios, en muchas poblaciones rurales, la mujer no es más que una hembra doméstica a la que se aprecia según el trabajo que proporciona, y a la cual se reemplaza sin pesar cuando desaparece. En la civilización moderna, está más o menos individualizada a los ojos de su marido; pero, a menos que renuncie por completo a su yo, absorbiéndose como Natacha en una abnegación apasionada y tiránica hacia su madre, sufrirá al verse reducida a su pura generalidad. Ella es la dueña de la casa, la esposa, la madre única e indistinta; Natacha se complace en ese aniquilamiento soberano y, rechazando toda confrontación, niega a los otros. Pero la mujer occidental moderna, por el contrario, desea ser contemplada por otro en tanto que esta ama de casa, esta esposa, esta madre, esta mujer. Esa es la satisfacción que buscará en su vida social **{**613**}**.

CAPÍTULO III.

LA VIDA DE SOCEDAD.

La familia no es una comunidad encerrada en sí misma: dada su entidad independiente, establece comunicación con otras células sociales; el hogar no solamente es un «interior» en el cual se confina la pareja; es también la expresión de su nivel de vida, de su fortuna, de su gusto: debe ser mostrado a los ojos de terceros. Esencialmente, es la mujer quien ordenará esa vida mundana. El hombre está ligado a la colectividad, en tanto que productor y ciudadano, por los lazos de una solidaridad orgánica fundada en la división del trabajo; la pareja constituye una persona social, definida por la familia, la clase, el medio, la raza a que pertenece, vinculada por los lazos de una solidaridad mecánica a los grupos que están situados socialmente de una manera análoga; la mujer es quien puede encarnarla con la máxima pureza: las relaciones profesionales del marido no coinciden a menudo con la afirmación de su valor social; en cambio, la mujer, a quien ningún trabajo se exige, puede acantonarse en la frecuentación de sus iguales; además, tiene tiempo de sobra para asegurar en sus «visitas» y sus «recepciones» esas relaciones prácticamente inútiles y que, bien entendido, no tienen importancia más que en las categorías aplicadas a mantener su rango en la jerarquía social, es decir, que se estiman superiores a otras. Le encanta exhibir su casa, su propia figura, que no ven su marido y sus hijos, porque están saturados de ello. Su deber mundano, que consiste en «representar», se confundirá con el placer que experimenta al mostrarse **{**614**}**.

Y, en primer lugar, es preciso que se represente a sí misma; en casa, dedicada a sus ocupaciones, está meramente vestida: para salir, para recibir, se emperifolla. El adorno de su persona tiene un doble carácter: está destinado a exteriorizar la dignidad social de la mujer (su nivel de vida, su fortuna, el medio al cual pertenece), pero, al mismo tiempo, concreta el narcisismo femenino; es una librea y un ornato; a través del mismo, la mujer que sufre por no hacer nada cree expresar su ser. Cuidar su belleza, vestirse, es una suerte de trabajo que le permite apropiarse su persona como se apropia del hogar para las faenas domésticas; su yo le parece entonces elegido y recreado por ella misma. Las costumbres la incitan a enajenarse así en su imagen. La ropa del hombre, lo mismo que su cuerpo, debe indicar su trascendencia y no atraer las miradas (1); para él, ni la elegancia ni la belleza consisten en constituirse en objeto; así, no considera normalmente su apariencia como un reflejo de su ser. Por el contrario, la sociedad misma exige a la mujer que se haga objeto erótico. La finalidad de las modas, a las cuales está esclavizada, no consiste en revelarla como individuo autónomo, sino, por el contrario, en separarla de su trascendencia para ofrecerla como una presa a los deseos masculinos: no se busca servir sus proyectos, sino, al contrario, trabarlos. La falda es menos cómoda que el pantalón, los zapatos de tacón alto entorpecen la acción de caminar; los vestidos y los zapatos menos prácticos, los sombreros y las medias más frágiles, son precisamente los más elegantes; puede el indumento disfrazar el cuerpo, deformarlo o moldearlo, pero, en todo caso, lo entrega a las miradas. Por eso el adorno de su persona es un juego encantador para la niña que desea contemplarse; más tarde, su autonomía de niña se subleva contra las restricciones de las muselinas claras y los zapatos charolados; en la edad ingrata, se siente compartida **{**615**}** por el deseo y la negativa a exhibirse; una vez que ha aceptado su vocación de objeto sexual, se complace en adornarse.

(1) Véase volumen I. Se hace excepción de los pederastas, quienes, precisamente, se captan como objetos sexuales; y también de los dandys, a quienes habría que estudiar aparte. Hoy, en particular, el «zuitsuitismo» de los negros de América, que se visten con ropas claras de corte llamativo, se explica por razones muy complejas.

Ya hemos dicho (1) que, por el adorno, la mujer se emparenta con la Naturaleza achacándole a esta la necesidad de artificio; se convierte para el hombre en flor y gema, y eso se vuelve para sí misma. Antes de darle las ondulaciones del agua, la cálida dulzura de las pieles, ella se las apropia. Más íntimamente que sobre sus chucherías, sus tapices, sus cojines, sus ramos de flores, hace ella presa en las plumas, las perlas, los brocados y las sedas que mezcla con su carne; su aspecto tornasolado y su tierno contacto compensan la aspereza del universo erótico que es su patrimonio: valora eso tanto más cuanto más insatisfecha esté su sensualidad. Si muchas lesbianas se visten virilmente, no lo hacen solo para imitar a los hombres y desafiar a la sociedad: no necesitan las caricias del terciopelo y el raso, porque las cualidades pasivas de estos las toman ellas de un cuerpo femenino (2). La mujer destinada al rudo abrazo masculino -aunque le guste, y aún más si lo recibe sin placer- no puede estrechar otra presa carnal que su propio cuerpo: lo perfuma para tornarlo en flor, y el brillo de los diamantes que se pone al cuello no se distingue del de su piel; con objeto de poseerlas, se identifica con todas las riquezas del mundo. No solo codicia los tesoros sensuales de este, sino a veces también sus valores sentimentales, ideales. Tal joya es un recuerdo, tal otra un símbolo. Hay mujeres que se hacen ramo, pajarera; otras hay que son museos; otras, jeroglíficos. Georgette Leblanc, evocando los años de su juventud, nos dice en sus memorias:

(1) Volumen I.

(2) Sandor, cuyo caso ha sido relatado por Krafft-Ebbing, adoraba a las mujeres bien vestidas, pero no se «emperifollaba» jamás.

Siempre estaba vestida como un cuadro. Me paseaba en Van Eyck, en alegoría de Rubens o en Virgen de Memling. Todavía me veo cruzando una calle de Bruselas en un día de invierno, con un vestido de terciopelo amatista realzado con unos viejos galones de plata sacados de alguna casulla. Arrastrando una larga cola, cuyo cuidado me habría parecido {616} desdeñable, barría concienzudamente las aceras. Mi toca de piel amarilla enmarcaba mis cabellos rubios, pero lo más insólito era el diamante que llevaba sujeto en medio de la frente. ¿Por qué todo eso? Simplemente, porque me gustaba y porque así creía vivir fuera de todo convencionalismo. Cuanto más reían a mi paso, más redoblaba yo mis invenciones burlescas. Me hubiera avergonzado cambiar algo de mi aspecto solo porque se mofasen. Eso me habría parecido una capitulación degradante... En casa era otra cosa completamente distinta. Los ángeles de Gozzoli, de Fray Angélico, los Burne Jones y los Watts eran mis modelos. Siempre estaba vestida de azul y de aurora; mis amplias vestiduras se desplegaban en múltiples colas a mi alrededor.

En las residencias de ancianos es donde se encuentran los mejores ejemplos de esa apropiación mágica del Universo. La mujer que no controla su afición a los objetos preciosos y a los símbolos, olvida su propia figura y corre el riesgo de vestirse con extravagancia. Así, la niña ve sobre todo en el atuendo un disfraz que la transforma en hada, en reina, en flor; se cree bella tan pronto como está cargada de guirnaldas y de cintas, porque se identifica con esos oropeles maravillosos; encantada por el color de una tela, la joven ingenua no echa de ver la palidez del tinte que se refleja en su rostro; se encuentra también este mal gusto generoso en las artistas e intelectuales, más fascinadas por el mundo exterior que conscientes de su propia figura: enamoradas de esos tejidos antiguos, de esas viejas alhajas, les encanta evocar la China o la Edad Media y no lanzan al espejo más que una mirada rápida o prevenida. Asombran a veces esos extraños atavíos con que se complacen las mujeres de edad: diademas, encajes, vestidos chillones, collares extravagantes, que llaman enojosamente la atención sobre sus rasgos devastados. Sucede a menudo que, habiendo renunciado a seducir, el indumento vuelve a ser para ellas un juego gratuito, como en su infancia. Una mujer elegante, por el contrario, puede buscar en rigor en su indumentaria placeres sensuales o estéticos, pero es preciso que los concilie con la armonía de su imagen: el color {617} del vestido halagará a su tez, el corte subrayará o rectificará su línea; es a ella misma, adornada, a quien mima complaciente, no los objetos que la adornan.

El arreglo de la persona no es solamente adorno: ya hemos dicho que expresa la situación social de la mujer. Solamente la prostituta, cuya función es exclusivamente la de objeto erótico, debe manifestarse bajo ese único aspecto; como en otros tiempos su cabellera azafranada y las flores que sembraban su vestido, hoy son los tacones altos, los rasos que se ciñen, el maquillaje exagerado y los perfumes fuertes los que anuncian su profesión. A cualquier otra mujer se le censura que se vista «como una furcia». Sus virtudes eróticas están integradas en la vida social y no deben aparecer sino bajo esa figura prudente. Pero es preciso subrayar que la decencia no consiste en vestirse con riguroso pudor. Una mujer que solicite demasiado claramente el deseo masculino no es de buena índole; pero la que parece repudiarlo no es más recomendable: se piensa que quiere masculinizarse, que es una lesbiana; o singularizarse, y es una excéntrica; al rechazar su papel de objeto, desafía a la sociedad, es una anarquista. Si lo único que desea es no hacerse notar, preciso es que conserve su feminidad. La costumbre es la que reglamenta el compromiso entre el exhibicionismo y el pudor; tan pronto es el seno como el tobillo lo que la «mujer honesta» debe ocultar; unas veces la joven tiene derecho a subrayar sus atractivos físicos para atraer a los pretendientes, mientras la mujer casada renuncia a todo adorno: tal es el uso en muchas civilizaciones campesinas; otras veces, se impone a las muchachas el uso de vestidos vaporosos, de abigarrados colores y corte discreto, mientras sus mayores tienen derecho a llevar vestidos ceñidos, tejidos pesados, colores opulentos, corte provocativo; sobre un cuerpo de dieciséis años, el negro parece llamativo, porque la norma a esa edad consiste en no llevarlo (1). Bien entendido, hay que {618} plegarse a estas leyes; pero, en todo caso, e incluso en los medios

más austeros, se subrayará el carácter sexual de la mujer: la mujer de un pastor protestante se ondula los cabellos, se maquilla ligeramente, sigue la moda con discreción, indicando con el cuidado de su encanto físico que acepta su papel de hembra. Esta integración del erotismo en la vida social es particularmente evidente en el «vestido de noche». Para significar que hay fiesta, es decir, lujo y derroche, tales vestidos deben ser costosos y frágiles; se los quiere tan incómodos como sea posible; las faldas son largas y tan amplias y embarazosas, que entorpecen el caminar; bajo las alhajas, los volantes, las lentejuelas, las flores, las plumas, las pelucas, la mujer se torna muñeca de carne; esa carne misma se exhibe; así como las flores se expanden gratuitamente, así muestra la mujer los hombros, la espalda, el pecho; salvo en las orgías, el hombre no debe dar señales de que la codicia: solamente tiene derecho a las miradas y los abrazos del baile; pero puede sentirse encantado ante la idea de que es el rey de un mundo que encierra tan tiernos tesoros. De hombre a hombre, la fiesta adopta aquí la figura de un potlatch; cada uno ofrece como regalo a todos los demás la visión de aquel cuerpo que es de su propiedad. Con vestido de noche, la mujer está disfrazada de mujer para el placer de todos los varones y orgullo de su propietario.

(1) En una película, por lo demás estúpida, cuya acción se desarrolla en el siglo pasado, Bette Davis escandaliza llevando al baile un vestido rojo, cuando el blanco era de rigor hasta el matrimonio. Su acto es considerado como una rebelión contra el orden establecido.

Esta significación social del indumento le permite a la mujer expresar su actitud con respecto a la sociedad, por su manera de vestirse; sometida al orden establecido, se confiere una personalidad discreta y de buen tono; multitud de matices son posibles aquí: será frágil, infantil, misteriosa, cándida, austera, alegre, comedida, un poco atrevida, recoleta, a su gusto. O bien, por el contrario, afirmará su rechazo de los convencionalismos a través de su originalidad. Es notable que en muchas novelas la mujer «emancipada» se singularice por una audacia en el indumento que subraya su carácter de objeto sexual y, por tanto, su dependencia: así, en This Age of Innocence, de Edith Wharton, la joven divorciada de azaroso pasado y corazón audaz es presentada primero como exageradamente descotada; el estremecimiento **{**619**}** de escándalo que suscita le devuelve el reflejo tangible de su desprecio por el conformismo. Así, a la jovencita le divertirá vestirse como una mujer; a la mujer madura, como una jovencita; a la cortesana, como una mujer de mundo, y a esta, como una vampiresa. Y aunque cada cual se vista de acuerdo con su condición, seguirá habiendo en ello un juego. El artificio, como el arte, se sitúa en lo imaginario. No solamente la faja, el sujetador, los tintes y maquillajes disfrazan el cuerpo y el rostro, sino que la mujer menos sofisticada, desde que está «arreglada», no se propone a la percepción: es como el cuadro o la estatua, como el actor en escena, un análogo a través del cual se sugiere un sujeto ausente que es su personaje, pero que ella no es. Esta confusión con un objeto irreal, necesario, perfecto como un héroe de novela, como un retrato o un busto, es lo que la lisonjea, y se esfuerza por enajenarse en él y aparecerse de ese modo a sí misma, petrificada, justificada.

Es así como, a través de los Ecrits intimes de Marie Bashkirtseff, la vemos multiplicar incansablemente su figura de página en página. No nos perdona ninguno de sus vestidos: con cada nuevo indumento se cree otra y vuelve a adorarse.

> He cogido un enorme chal de mamá, he practicado una abertura para la cabeza y he cosido los dos lados. Este chal, que cae en pliegues clásicos, me da un aire oriental, bíblico, extraño.
>
> Voy a Laferrière, y Caroline, en tres horas, me hace un vestido con el cual tengo todo el aire de estar envuelta en una nube. Todo él es una pieza de crespón inglés con que me envuelve y que me hace esbelta, elegante, estilizada.

> Envuelta en un vestido de cálida lana y pliegues armoniosos, una figura de Lefebvre, que tan bien sabe dibujar esos cuerpos flexibles y jóvenes en púdicos paños.

Este estribillo se repite día tras día: «Estaba encantadora de negro... De gris, estaba encantadora... Iba de blanco, encantadora...»

Madame de Noailles, que también concedía gran importancia a su atuendo, evoca con tristeza en sus Memorias el drama de un vestido estropeado **{**620**}**:

> Me gustaba la vivacidad de los colores, sus audaces contrastes; un vestido me parecía un paisaje, un incentivo del destino, una promesa de aventura. En el momento de ponerme el vestido confeccionado por manos vacilantes, no dejaba de sufrir todos los defectos que se me revelaban.

Si el indumento tiene para muchas mujeres tan considerable importancia, es porque les entrega ilusoriamente el mundo y su propio yo. En una novela alemana, La joven de seda artificial (1), se relata la pasión que experimenta una muchacha pobre por un abrigo de petigrís; ama con sensualidad su calor acariciante, su forrada ternura; bajo las pieles preciosas, lo que ella mima es su propia persona transfigurada; al fin, posee la belleza del mundo, que jamás había estrechado entre sus brazos, y el radiante destino que nunca había sido suyo.

(1) I. Keun.

> Y he ahí que vi un abrigo colgado de una percha, una piel tan suave, tan dulce, tan tierna, tan gris, tan tímida... Me dieron ganas de abrazarlo, hasta tal punto lo amaba. Tenía un aire de consolación y de Todos los Santos y de absoluta seguridad; era como un cielo. Era un auténtico petigrís. Silenciosamente, me quité el impermeable y me puse el petigrís. Aquella piel era como un diamante para mi piel, que la amaba, y lo que se ama no se entrega una vez que se tiene. En el interior había un forro de crespón marroquí, pura seda, con bordados hechos a mano. El abrigo me envolvía por completo y le hablaba más que yo al corazón de Hubert. Estoy tan elegante con esta piel... Es como un hombre extraño que me volviese preciosa a través de su amor por mí. Este abrigo me quiere y yo le quiero: ambos nos tenemos.

Puesto que la mujer es un objeto, se comprende que la forma en que se adorne y se vista modifique su valor intrínseco. No es pura futilidad que conceda tanta importancia a unas medias de seda, unos guantes, un sombrero: mantener su rango constituye una imperiosa obligación. En Norteamérica, una enorme parte del presupuesto de la mujer trabajadora **{**621**}** está consagrada a los cuidados de belleza y a la ropa; en Francia, esta carga es menos pesada; no obstante, la mujer es tanto más respetada cuanto «mejor presentada» esté; cuanta más necesidad tenga de trabajar, más útil le resulta tener un aire acomodado: la elegancia es un arma, una enseña, un porta-respeto, una carta de recomendación.

También es una servidumbre; los valores que confiere se pagan; se pagan tan caros, que, a veces, un inspector sorprende en los grandes almacenes a una mujer de mundo o a una actriz en el momento de hurtar un perfume, unas medias de seda o una prenda interior. Muchas mujeres se prostituyen o «buscan ayuda» para vestirse; el indumento es el que determina su necesidad de dinero. Ir bien vestida también exige tiempo y cuidados; se trata de una tarea que a veces es fuente de goces positivos: en este dominio también existe «el descubrimiento de tesoros ocultos», regateos, añagazas, combinaciones, inventiva; diestra, la mujer puede incluso convertirse en creadora. Los días de rebajas -sobre todo, los saldos- son días de frenéticas aventuras. Un vestido nuevo es por si solo una fiesta. El maquillaje, el peinado, son el ersatz de una obra de arte. Hoy más que antes (1), la mujer conoce la alegría de modelar su cuerpo por medio del deporte, la gimnasia, los baños, el masaje, el régimen; decide su peso,

su línea, el color de su tez; la estética moderna le permite integrar a su belleza cualidades activas: tiene derecho a unos músculos ejercitados, rechaza la invasión de la grasa; en la cultura física, se afirma como sujeto; hay ahí para ella una suerte de liberación con respecto a la carne contingente; pero esa liberación retorna fácilmente a la dependencia. La estrella de Hollywood triunfa de la Naturaleza: pero se encuentra como un objeto pasivo en manos del productor.

(1) Al parecer, sin embargo, y de acuerdo con recientes encuestas, los gimnasios femeninos en Francia están hoy casi desiertos; las francesas se aficionaron a la cultura física, sobre todo, entre 1920 y 1940. Actualmente, las dificultades domésticas pesan demasiado sobre ellas.

Junto a esas victorias en las cuales puede complacerse la **{**622**}** mujer a justo título, la coquetería implica -como los cuidados domésticos- una lucha contra el tiempo; porque su cuerpo es también un objeto al que roe el tiempo. Colette Audry ha descrito este combate, simétrico del que libra el ama de casa contra el polvo (1):

(1) On joue perdant.

> Ya no era la carne compacta de la juventud; a lo largo de sus brazos y sus muslos se acusaba el dibujo de los músculos bajo una capa de grasa y de piel un poco distendida. Inquieta, trastornó de nuevo su empleo del tiempo: iniciaría la jornada con media hora de gimnasia, y por la noche, antes de acostarse, dedicaría un cuarto de hora al masaje. Se puso a consultar manuales de medicina, revistas de modas y a vigilarse el talle. Se preparaba jugos de frutas, se purgaba de vez en cuando y lavaba la vajilla con guantes de goma. Sus dos preocupaciones terminaron por ser una sola: rejuvenecer tan bien su cuerpo y acicalar tan perfectamente la casa, que llegaría un día a una suerte de periodo estacionario, a una especie de punto muerto... El mundo quedaría como detenido, suspendido fuera del envejecimiento y la decrepitud... En la piscina, tomaba ahora verdaderas lecciones para mejorar su estilo, y las revistas de belleza la tenían en vilo con sus recetas indefinidamente renovadas. Ginger Rogers nos confía: «Todas las mañanas me paso cien veces el cepillo; eso me lleva exactamente dos minutos y medio, y por eso mis cabellos son de seda...» ¿Cómo afinar los tobillos? Alzarse todos los días treinta veces seguidas sobre las puntas de los pies, sin posar los talones en el suelo. Este ejercicio solo exige un minuto. ¿Y qué es un minuto en toda una jornada? Otra vez se trataba de un baño de aceite para las uñas, una crema de limón para las manos, las fresas aplastadas sobre las mejillas.

La rutina vuelve a fijar aquí en terribles servidumbres los cuidados de belleza, la conservación del guardarropa. El horror ante la degradación que entraña todo devenir vivo suscita en ciertas mujeres frías o frustradas el horror a la vida misma: tratan de conservarse como otras conservan los muebles y las compotas; esta obstinación negativa las hace **{**623**}** enemigas de su propia existencia y hostiles a los demás: las buenas comidas deforman la línea, el vino estropea el cutis, el sonreír con exceso pone arrugas en la cara, el sol reseca la piel, el reposo engorda, el trabajo desgasta, el amor deja ojeras, los besos inflaman las mejillas, las caricias deforman los senos, los abrazos marchitan la carne, la maternidad afea el rostro y el cuerpo; sabido es que hay multitud de jóvenes madres que rechazan con ira al niño maravillado ante su traje de baile: «No me toques; tienes las manos húmedas; vas a mancharme.» La coqueta opone los mismos bufidos a los ardores del marido o del amante. Así como los muebles se cubren con fundas, así querría ella sustraerse a los hombres, al mundo, al tiempo. Pero todas estas precauciones no impiden la aparición de las canas y las patas de gallo. Desde su juventud, la mujer sabe que ese destino es ineluctable. Y, a despecho de toda su prudencia, es víctima de accidentes: una gota de vino cae sobre su vestido, un cigarrillo se lo quema; entonces desaparece la criatura de lujo y de fiesta que se pavoneaba sonriendo por el salón, y adopta el rostro grave y duro del ama de casa; descubre de pronto que su indumento no era un

fuego de artificio, un esplendor gratuito y perecedero, destinado a iluminar generosamente un instante, sino una riqueza, un capital, una inversión; ha costado sacrificios; su pérdida es un desastre irreparable. Manchas, desgarrones, vestidos estropeados, permanentes fallidas, son catástrofes más graves que un asado quemado o un jarrón roto: porque la coqueta no solo se ha enajenado en las cosas, sino que se ha querido cosa, y sin intermediario se siente en peligro en el mundo. Las relaciones que sostiene con la costurera y la modista, sus impaciencias, sus exigencias, manifiestan la seriedad de su espíritu y su inseguridad. El vestido bien hecho crea en ella el personajes de sus sueños; pero con un atuendo ajado o que no siente bien se encuentra fracasada.

Del vestido dependía mi humor, mis modales y la expresión de mi semblante, todo... -escribe Marie Bashkirtseff, y añade-: O hay que pasearse completamente desnuda, o hay que vestirse según el físico, el gusto y el carácter de cada **{**624**}** cual. Cuando no me encuentro en esas condiciones, me siento torpe y vulgar, y, por tanto, humillada. Basta pensar en los trapos para notar cómo cambia el estado de ánimo y el sentido del humor, al mismo tiempo que una se siente necia, aburrida y sin saber dónde meterse.

Muchas mujeres prefieren renunciar a una fiesta antes que acudir a ella mal vestidas, aunque su presencia pudiera pasar totalmente inadvertida.

Sin embargo, y aunque algunas mujeres afirman que se visten para sí mismas, ya se ha visto que el mismo narcisismo implica la mirada de terceros. Casi exclusivamente en las residencias de ancianos es donde las coquetas conservan con obstinación una fe intacta en las miradas ausentes; normalmente, reclaman testigos.

> «Me gustaría agradar, que se dijese de mí que soy bella y que Liova lo viese y oyese... ¿De qué serviría ser bella? Mi pequeño y encantador Petia quiere a su vieja nodriza como hubiera amado a una belleza, y Liovotchka se hubiera habituado al rostro más horrendo... Quisiera ondularme el pelo. Nadie lo sabría, mas no por eso sería menos encantador. ¿Qué necesidad tengo de que me vean? Las cintas y los lazos me encantan, me gustaría tener un nuevo cinturón de cuero; pero ahora que he escrito esto, me dan ganas de llorar...», escribe Sofía Tolstoi, después de diez años de matrimonio.

El marido representa muy mal este papel. También aquí sus exigencias son dúplices. Si su mujer es demasiado atractiva, se pone celoso; sin embargo, todo esposo es más o menos el rey Candaules; quiere que su mujer le haga honor; que sea elegante, bonita o, por lo menos, esté «bien»; de lo contrario, le dirá con mal humor las palabras del padre Ubu: «¡Hoy estáis muy fea! ¿Acaso es porque tenemos invitados?» Ya hemos visto que en el matrimonio los valores eróticos y sociales están mal conciliados, y ese antagonismo se refleja aquí. La mujer que realza su atractivo sexual es de mala índole a los ojos de su marido; censura audacias que le seducirían en una extraña, y esa censura aniquila en él todo deseo; si la mujer se viste decentemente, él lo aprueba, pero **{**625**}** con frialdad: no la encuentra atractiva y se lo reprocha vagamente. Debido a eso, raras veces la mira por su propia cuenta: es a través de los ojos de otro como la examina. «¿Qué dirán de ella?» Prevé mal, porque atribuye a otro su perspectiva de marido. Nada más irritante para una mujer que verle aprobar en otra los vestidos y las actitudes que critica en ella. Por otra parte, está demasiado cerca de ella para verla; su mujer tiene para él un rostro inmutable, y él no repara ni en sus vestidos nuevos ni en sus cambios de peinado. Hasta un marido enamorado o un amante apasionado se mostrarán a menudo indiferentes ante la indumentaria de la mujer. Si la aman ardientemente en su desnudez, los adornos que más la favorezcan no harán sino disfrazarla; lo mismo la mimarán mal vestida y fatigada que radiante. Si no la aman ya, los más lisonjeros vestidos carecerán de toda promesa. El indumento puede ser un instrumento de conquista, pero no un arma defensiva; su arte consiste en crear espejismos, ofrece a las miradas un objeto imaginario: en el abrazo carnal, en la frecuentación cotidiana, todo espejismo se disipa; los sentimientos

conyugales, como el amor físico, se sitúan en el terreno de la realidad. No es para el hombre amado para quien se viste la mujer. Dorothy Parker, en uno de sus cuentos (1), describe a una joven que, mientras espera con impaciencia a su marido, que llega con permiso, decide ponerse guapa para recibirlo:

(1) The Loyely Eave.

> Se compró un vestido nuevo, negro, porque a él le gustaban los vestidos negros; sencillo, porque a él le gustaban los vestidos sencillos; y tan caro, que no quería pensar en su precio...
>
> -...¿Te gusta mi vestido?
>
> -¡Oh, ya lo creo! -contestó él-. Siempre me has gustado mucho con ese vestido.
>
> Fue como si ella se convirtiese en un trozo de madera.
>
> -Este vestido -dijo, articulando con una claridad insultante- es completamente nuevo. Nunca lo he llevado antes. En el caso de que eso te interese, te diré que lo he comprado expresamente para esta ocasión **{**626**}**.
>
> -Perdona, querida -suplicó él-. ¡Pues claro que sí! Ahora veo que no se parece en nada al otro. Es magnífico. Siempre me has gustado vestida de negro.
>
> -En momentos así -replicó ella-, casi desearía tener otro motivo para vestirme de negro.

Se ha dicho frecuentemente que la mujer se viste para excitar los celos de las demás mujeres: esos celos, en efecto, son una brillante prueba de éxito, pero no es esa su única finalidad. A través de los sufragios envidiosos o admirativos, la mujer busca una afirmación absoluta de su belleza, de su elegancia, de su buen gusto: de sí misma. Se viste para mostrarse; se muestra para hacerse ser. En virtud de ello, se somete a una dolorosa dependencia; la abnegación del ama de casa es útil incluso si no se la reconoce; el esfuerzo de la coqueta es vano si no se inscribe en ninguna consciencia. Busca una definitiva valoración de sí misma, y esta pretensión de absoluto es lo que hace su búsqueda tan atosigante; censurada por una sola voz, el sombrero que lleva no es bonito; un cumplido la halaga, pero un mentís la arruina; y, como lo absoluto no se manifiesta sino a través de una serie indefinida de apariciones, jamás habrá ganado del todo; he ahí por qué la coqueta es tan susceptible; he ahí por qué algunas mujeres bonitas y aduladas pueden ser tristemente convencidas de que no son bellas ni elegantes, porque precisamente les falta la suprema aprobación de un juez a quien no conocen: se proponen un en-sí que es irrealizable. Raras son las coquetas soberbias que encarnan en sí mismas las leyes de la elegancia, a quienes nadie puede sorprender en falta, ya que son ellas quienes definen por decreto el éxito o el fracaso; mientras dure su reinado, esas mujeres pueden considerarse un éxito ejemplar. La desgracia consiste en que ese éxito no sirve para nada ni a nadie.

La indumentaria cuidada implica inmediatamente salida o recepción, y, por otra parte, ese es su destino original. La mujer pasea de salón en salón su nuevo traje de chaqueta e invita a otras mujeres a verla reinar en su casa. En ciertos casos particularmente solemnes, el marido la acompaña en sus «visitas»; pero la mayor parte de las veces ella cumple **{**627**}** sus «deberes mundanos» mientras él se dedica a su trabajo. Mil veces se ha descrito el implacable aburrimiento que reina en tales reuniones. Proviene ese tedio de que las mujeres congregadas por las «obligaciones mundanas» no tienen nada que comunicarse. Ningún interés común liga a la mujer del abogado con la del médico, ni tampoco a la esposa del doctor Dupont con la del doctor Durand. En una conversación general, es de mal tono hablar de las salidas de los hijos

y de las preocupaciones domésticas. Por tanto, la conversación se ve constreñida a unas superficiales consideraciones sobre el tiempo, la última novela de moda y algunas ideas generales tomadas de los respectivos maridos. La costumbre del «jour de madame» tiende cada vez más a desaparecer; pero, bajo diversas formas, la servidumbre de la «visita» pervive en Francia. Las norteamericanas sustituyen de buen grado la conversación por el bridge, lo cual solo es una ventaja para las mujeres a quienes gusta este juego.

Sin embargo, la vida mundana reviste formas más atractivas que esa ociosa ejecución de un deber de cortesía. Recibir no es solo acoger a otro en su morada particular; es transformar esta morada en un dominio encantado; la manifestación mundana es a la vez fiesta y potlatch. El ama de casa expone sus tesoros: la plata, la mantelería, la cristalería; coloca flores en la casa: efímeras e inútiles, las llores encarnan lo gratuito de las fiestas, que son gasto y lujo; expandiéndose en los jarrones, destinadas a una muerte rápida, son fuego de artificio, incienso y mirra, libación, sacrificio. La mesa se carga de platos refinados, de vinos generosos. Se trata, al dar satisfacción a las necesidades de los invitados, de inventar graciosos dones que prevengan sus deseos; la comida se transforma en una ceremonia misteriosa. V. Woolf subraya este carácter en el siguiente pasaje de la señora Dalloway:

> Y entonces comenzó a través de las puertas oscilantes el silencioso y encantador ir y venir de doncellas con delantal y cofia blancos, no criadas por necesidad, sino sacerdotisas de un misterio, de la gran mistificación creada por las amas de casa de Mayfair, desde la una y media hasta las dos. Al conjuro **{**628**}** de un ademán, el movimiento de la calle se detiene y en su lugar se eleva esa ilusión engañosa: primero, he ahí los alimentos que son dados por nada, y en seguida la mesa se cubre por sí sola de cristalería y de plata, de cestitos y fruteros rebosantes de frutas rojas; un velo de crema tostada enmascara el rodaballo; en las ollas nadan los pollos despedazados; arde un buen fuego, coloreado, ceremonioso; y con el vino y el café -dados por nada-, se alzan gozosas visiones ante los ojos soñadores, unos ojos que meditan dulcemente, a quienes la vida parece musical, misteriosa...

La mujer que preside esos misterios está orgullosa de sentirse creadora de un momento perfecto, dispensadora de felicidad, de alegría. Por ella están reunidos los invitados, por ella ha tenido lugar un acontecimiento; ella es fuente gratuita de gozo, de armonía.

Eso es precisamente lo que siente la señora Dalloway.

> Supongamos, empero, que Peter le dice: «¡Bien, bien! Pero estas veladas... Veamos, ¿cuál es la razón de estas veladas?» Entonces todo cuanto ella puede responder es lo siguiente (y tanto peor si nadie lo comprende): «Son una ofrenda...» He ahí a Fulano de Tal que vive en South Kennington, otro que vive en Bayswater, y un tercero, digamos, en Mayfair. Ella tiene sin cesar el sentimiento de su existencia, y se dice: «¡Qué lástima! ¡Qué pena!» Y se dice: «Que no se los pueda reunir...» Y ella los reúne. Es una ofrenda; es combinar, crear. Mas ¿para quién?
>
> Una ofrenda a la alegría de ofrendar, tal vez. En todo caso, es su presente. No tiene otro...
>
> Cualquiera otra persona, no importa quién, hubiera podido ocupar su lugar con la misma eficacia. Sin embargo, no dejaba de ser un tanto admirable, piensa ella. Había sido ella quien había hecho que así fuese.

Si en este homenaje rendido a otros hay pura generosidad, la fiesta es verdaderamente una fiesta. Pero la rutina social ha transformado rápidamente el potlatch en institución, el don en obligación, y ha erigido la fiesta en rito. Mientras saborea aquella cena fuera de casa, la

invitada **{**629**}** piensa que será preciso corresponderla: a veces se lamenta de haber sido demasiado bien recibida. «Los X... han querido deslumbrarnos», le dice al marido con acritud. Entre otros casos, me han contado que, durante la última guerra, los tes se habían convertido en una pequeña ciudad portuguesa en el más costoso de los potlatch: en cada reunión, el ama de casa consideraba un deber servir una cantidad y una variedad de pasteles y pastas más grande que en la reunión precedente; esta carga llegó a ser tan pesada, que un día todas las mujeres decidieron de común acuerdo no ofrecer nada con el té. La fiesta, en tales circunstancias, pierde su carácter generoso y magnífico; es una servidumbre entre otras; los accesorios que expresan la fiesta no son más que una fuente de preocupaciones: hay que vigilar la cristalería, los manteles, medir el champaña y los canapés; una taza rota, la seda de un sillón quemada, son un desastre; mañana habrá que limpiar, colocar, poner orden, y la mujer teme ese aumento de trabajo. Experimenta esa múltiple dependencia que define el destino del ama de casa: depende del «soufflé», del asado, del carnicero, de la cocinera, del extra; depende del marido, que frunce el ceño cuando algo marcha mal; depende de los invitados, que tasan los muebles, los vinos, y que deciden si la velada ha sido un éxito o no. Únicamente las mujeres generosas o seguras de sí mismas sufrirán con ánimo sereno semejante prueba. Un triunfo puede darles una viva satisfacción. Pero muchas se asemejan en este aspecto a la señora Dalloway, de quien V. Woolf nos dice: «Sin dejar de amar esos triunfos... y el brillo y la excitación que procuran, percibía también su vacío, su falso pretexto.» La mujer solo puede complacerse verdaderamente en ello si no le concede demasiada importancia; de lo contrario, conocerá los tormentos de la vanidad jamás satisfecha. Por lo demás, hay pocas mujeres lo bastante afortunadas para hallar en la «mundanidad» un empleo para sus vidas. Las que se consagran por entero a ello, tratan por lo general no solo de rendirse así un culto, sino de trascender esa vida mundana hacia ciertos fines: los verdaderos «salones» tienen un carácter literario o político. Por ese medio **{**630**}**, procuran adquirir un ascendiente sobre el hombre y representar un papel personal. Se evaden de la condición de mujer casada. Esta no se halla generalmente satisfecha con los placeres y los triunfos efímeros que le son dispensados raramente y que a menudo representan para ella tanto una fatiga como una distracción. La vida mundana exige que «represente», que se exhiba, pero no crea entre ella y los demás una verdadera comunicación. No la arranca a su soledad.

«Es doloroso pensar -escribe Michelet- que la mujer, el ser relativo que no puede vivir sino de a dos, está sola con mayor frecuencia que el hombre. Este encuentra compañía por doquier, se crea nuevas relaciones. La mujer, en cambio, no es nada sin la familia. Y la familia la abruma; todo el peso recae sobre ella.» Y, en efecto, la mujer encerrada, separada, no conoce los goces de la camaradería que implica la persecución en común de ciertos fines; su trabajo no ocupa su espíritu, su formación no le ha dado ni el gusto ni el hábito de la independencia, y, sin embargo, sus jornadas transcurren en plena soledad; ya se ha visto que esa es una de las desgracias de que se lamentaba Sofía Tolstoi. Su matrimonio la aleja a menudo del hogar paterno, de sus amistades de juventud. Colette ha descrito en Mes apprentissages el desarraigo de una joven casada trasladada de su provincia a París; no encuentra ayuda más que en la dilatada correspondencia que intercambia con su madre; pero las cartas no reemplazan una presencia y ella no puede confesar a Sido sus decepciones. Frecuentemente no existe ya una verdadera intimidad entre la joven y su familia: ni su madre ni sus hermanas son amigas. Hoy, como consecuencia de la crisis de la vivienda, muchos jóvenes casados viven con su familia o la familia de su cónyuge; pero tales presencias impuestas, siempre están lejos de constituir para ella una verdadera compañía.

Las amistades femeninas que logra conservar o crear, serán preciosas para la mujer; tienen un carácter muy diferente **{**631**}** de las relaciones que conocen los hombres; estos se comunican entre si en tanto que individuos, a través de las ideas y proyectos que les son personales; las mujeres, encerradas en la generalidad de su destino de mujeres, se ven unidas por una suerte de complicidad inmanente. Y lo que primeramente buscan unas cerca de otras es la afirmación

del universo que les es común. No discuten opiniones: intercambian confidencias y recetas; se coaligan para crear una especie de contra-universo, cuyos valores triunfan sobre los valores masculinos; reunidas, encuentran la fuerza necesaria para sacudir sus cadenas; niegan la dominación sexual del hombre, confiándose unas a otras su frigidez, burlándose cínicamente de los apetitos de su hombre, o de su torpeza; rechazan también con ironía la superioridad moral e intelectual de su marido y de los hombres en general. Comparan sus experiencias; embarazos, partos, enfermedades de los niños, enfermedades personales, cuidados domésticos, se convierten en los acontecimientos esenciales de la historia humana. Su trabajo no es una técnica: al transmitirse recetas de cocina y para el cuidado de la casa, les comunican la dignidad de una ciencia secreta, fundada en tradiciones orales. A veces examinan conjuntamente problemas. morales. Los «epistolarios» de las revistas femeninas proporcionan buena muestra de esos intercambios; apenas es concebible un «correo sentimental» reservado para los hombres; estos se encuentran y se ven en el mundo, que es su mundo; mientras que las mujeres tienen que definir, medir y explorar su propio dominio; se comunican, sobre todo, consejos de belleza, recetas de cocina y de hacer punto, y solicitan consejo; a través de su gusto por la charla y la exhibición, se perciben a veces genuinas angustias. La mujer sabe que el código masculino no es el suyo, que el hombre mismo da por descontado que ella no lo observará, puesto que es él quien la empuja al aborto, al adulterio, a cometer faltas, traiciones y mentiras que condena oficialmente; por tanto, pide a las otras mujeres que la ayuden a definir una suerte de «ley del medio», un código moral específicamente femenino. No es solo por malevolencia por lo que las mujeres **{632}** comentan y critican tan largamente la conducta de sus amigas: para juzgarlas y para determinar su propia conducta, necesitan mucha más inventiva moral que los hombres.

Lo que da valor a tales relaciones es la verdad que comportan. Ante el hombre, la mujer siempre está representando; miente cuando finge aceptarse como lo otro inesencial; miente cuando le pone ante los ojos un personaje imaginario, mediante una mímica, un atuendo, unas palabras concertadas; semejante comedia exige una tensión constante; al lado de su marido, al lado de su amante, toda mujer piensa, más o menos: «No soy yo misma.» El mundo masculino es duro, tiene aristas cortantes, las voces son en él demasiado sonoras, las luces demasiado crudas, los contactos rudos. Al lado de las otras mujeres, la mujer está detrás de la decoración; bruñe sus armas, no combate; hace combinaciones con su indumentaria, inventa un maquillaje, prepara sus ardides: se pasea en bata y zapatillas por los pasillos antes de salir a escena; le gusta esa atmósfera tibia, dulce, relajada. Colette describe así los momentos que pasaba con su amiga Marco:

> Confidencias breves, distracciones de reclusas, horas que tan pronto se asemejan a las de un obrador como a los ocios de una convalecencia...(1).

(1) Le képi.

Le placía representar el papel de consejera con la mujer de más edad:

> En las tardes calurosas, bajo el toldo del balcón, Marco se ocupaba de su ropa blanca. Cosía mal, pero con cuidado, y a mí me envanecían los consejos que le daba... «No hay que poner cinta azul celeste en las camisas, el rosa hace más bonito en la ropa blanca y junto a la piel.» No tardé en darle otros que se referían a los polvos de arroz, al color de su barra de labios, al duro trazo de lápiz con que rodeaba el bello dibujo de sus párpados. «¿Usted cree? ¿Usted cree?», decía ella. Mi reciente autoridad no flaqueaba. Tomaba el **{633}** peine, abría una pequeña y graciosa brecha en su flequillo, me mostraba experta en el arte de iluminar su mirada, de encender una roja aurora en sus pómulos, cerca de las sienes.

Un poco más adelante, nos muestra a Marco en el momento en que se apresta a enfrentarse con un joven al que quisiera conquistar:

> ... Quería enjugarse los ojos húmedos, pero yo se lo impedí.
>
> -Déjeme hacer a mí.
>
> Sirviéndome de los dos pulgares, le alcé hacia la frente los párpados superiores, para que ambas lágrimas, prestas a derramarse, se reabsorbiesen y el sombreado de las pestañas no se fundiese a su contacto.
>
> -¡Ajajá! Espere, todavía no he terminado.
>
> Retoqué todos sus rasgos. Le temblaba un poco la boca. Se dejó hacer pacientemente, suspirando como si la estuviese curando. Para terminar, cargué la borla que llevaba en el bolso con un polvo más sonrosado. Ni una ni otra pronunciamos palabra.
>
> -...Suceda lo que suceda -le dije-, no llore. A ningún precio, se deje vencer por las lágrimas.
>
> ... Ella se pasó la mano entre el flequillo y la frente.
>
> -Debí comprar el sábado pasado aquel vestido negro que vi en casa del revendedor... Dígame, ¿podría prestarme unas medias finas? A esta hora, ya no tengo tiempo para nada.
>
> -¡Pues claro que sí!
>
> -Muchas gracias. ¿Qué le parece una flor para iluminar mi vestido? No, nada de flores. ¿Es verdad que el perfume de lirio ha pasado de moda? Me parece que tendría que preguntarle un montón de cosas, un verdadero montón...

Y en otro de sus libros, Le toutounier, Colette ha evocado ese anverso de la vida de las mujeres. Tres hermanas desdichadas o inquietas por sus amores se reúnen todas las noches alrededor del viejo canapé de su infancia; allí se relajan, rumian las preocupaciones del día, preparan las batallas del día siguiente, gustan los efímeros placeres de un reposo cuidado, de un buen sueño, de un baño caliente, de **{634}** una crisis de lágrimas; apenas hablan, pero cada una crea para las otras una especie de nido; y todo cuanto pasa entre ellas es verdadero.

Para algunas mujeres, esa intimidad frívola y cálida es más preciosa que la grave pompa de las relaciones con los hombres. En otra mujer es donde la narcisista encuentra, como en los tiempos de su adolescencia, un doble privilegiado; en sus ojos atentos y competentes es donde podrá admirar su vestido bien cortado, su hogar refinado. Por encima del matrimonio, la amiga íntima sigue siendo un testigo de excepción: también puede continuar apareciendo como un objeto deseable, deseado. Ya hemos dicho que en casi todas las jóvenes existen tendencias homosexuales: los abrazos, a veces torpes, del marido no las borran; de ahí proviene esa dulzura sensual que la mujer conoce junto a sus semejantes y que no tiene equivalente en los hombres normales. Entre las dos amigas, el apego sensual puede sublimarse en una sentimentalidad exaltada o traducirse en caricias difusas o precisas. Sus abrazos pueden ser también solamente un juego que distraiga sus ocios -tal es el caso de las mujeres del harén, cuya principal preocupación consiste en matar el tiempo- o pueden adquirir una importancia primordial.

Es raro, empero, que la complicidad femenina se eleve hasta el rango de una verdadera amistad; las mujeres se sienten más espontáneamente solidarias que los hombres, pero en el seno de esa solidaridad no se trasciende cada una hacia la otra: juntas, se vuelven hacia el mundo masculino, cuyos valores desean acaparar cada una para si. Sus relaciones no se construyen sobre su singularidad, sino que se viven inmediatamente en la generalidad: y por ahí se introduce en seguida un elemento de hostilidad. Natacha (1), que amaba tiernamente a las mujeres de su familia porque podía exhibir ante sus ojos las cunas de sus bebés, experimentaba, no obstante, celos con respecto a ellas: en cada una podía encarnarse la mujer a los ojos de Pedro. El entendimiento entre mujeres proviene de que se identifican unas a otras **{**635**}**: mas, por eso mismo, cada una se opone a su compañera. Un ama de casa tiene con su doncella relaciones mucho más íntimas que un hombre -a menos que sea pederasta- tiene jamás con su ayuda de cámara o su chófer; ellas intercambian confidencias y, de vez en cuando, se hacen cómplices; pero también hay entre ellas una rivalidad hostil, ya que la señora de la casa, descargándose de la ejecución del trabajo, quiere asegurarse la responsabilidad y el mérito del mismo; quiere considerarse irreemplazable, indispensable. «En cuanto falto yo, todo va manga por hombro.» Procura ásperamente sorprender en falta a la criada; si esta cumple demasiado bien sus deberes, la otra ya no puede conocer el orgullo de sentirse única. De igual modo, se irrita sistemáticamente contra las institutrices, gobernantas, nodrizas y niñeras que se ocupan de su progenie, contra los familiares y las amigas que le echan una mano en sus tareas; da como pretexto que no respetan «su voluntad», que no se conducen de acuerdo con «sus ideas»; la verdad es que no tiene ni voluntad ni ideas propias; lo que la irrita, por el contrario, es que otras desempeñen sus funciones exactamente de la misma manera que las hubiera desempeñado ella. Esa es una de las fuentes principales de todas las discusiones familiares y domésticas que envenenan la vida del hogar: cada mujer exige tanto más ásperamente ser la soberana cuanto que no dispone de ningún medio para que se reconozcan sus singulares méritos. Pero es sobre todo en el terreno de la coquetería y el amor donde cada una ve en la otra una enemiga; ya he señalado esta verdad con respecto a las jóvenes, verdad que se perpetúa a menudo durante toda la vida. Hemos visto que el ideal de la elegante, de la mundana, consiste en una valoración absoluta; sufre por no sentir nunca una aureola en torno a su cabeza; pero le resulta odioso percibir el más tenue halo alrededor de otra frente; todos los sufragios que otra recoge, se los roba a ella; y ¿qué es un absoluto que no sea único? Una enamorada sincera se contenta con verse glorificada en un corazón, y no envidiará a sus amigas sus éxitos superficiales; pero se siente en peligro en su mismo amor. El hecho es que el tema de la mujer engañada por su mejor **{**636**}** amiga no es solamente un tópico literario; cuanto más amigas son dos mujeres, más peligrosa se vuelve su dualidad. La confidente es invitada a ver por los ojos de la enamorada, a sentir con su corazón, con su carne, y se siente atraída por el amante, fascinada por el hombre que seduce a su amiga; se cree lo bastante protegida por su lealtad para dejarse llevar por sus sentimientos; también la irrita no representar más que un papel inesencial, y pronto está dispuesta a ceder, a ofrecerse. Prudentes, muchas mujeres, tan pronto como se enamoran, evitan a las «amigas íntimas». Esta ambivalencia apenas permite a las mujeres descansar en sus sentimientos recíprocos. La sombra del varón pesa siempre abrumadoramente sobre ellas. Incluso cuando no hablan de él, puede aplicársele el verso de Saint-John Perse:

(1) Véase TOLSTOI: Guerra y paz.

Y nadie nombra al sol, mas su poder está entre nosotros.

Juntas se vengan de él, le tienden trampas, le maldicen, le insultan: pero le esperan. Mientras se estanquen en el gineceo, se bañarán en la contingencia, en la insipidez y el tedio; esos limbos han conservado un poco del calor del seno materno: pero son limbos. La mujer solo se demora en ellos con placer a condición de dar por descontado que pronto emergerá de ellos. Así, no se complace con la humedad del cuarto de baño más que imaginándose el salón iluminado donde en seguida hará su entrada. Las mujeres son unas para otras camaradas de

cautiverio, se ayudan a soportar su prisión, incluso a preparar su evasión: pero el libertador vendrá del mundo masculino.

Para la inmensa mayoría de las mujeres, este mundo, después del matrimonio, conserva todo su esplendor; solamente el marido pierde su prestigio; la mujer descubre que la pura esencia del hombre se ha degradado en él: sin embargo, no por eso deja de ser el hombre la verdad del universo, la suprema autoridad, lo maravilloso, la aventura, el amo, la mirada, la presa, el placer, la salvación; todavía encarna la trascendencia, es la respuesta a todas las preguntas. Y la esposa más leal no consiente jamás del todo en renunciar a él **{**637**}** para encerrarse en un lúgubre tête-a-tête con un individuo contingente. Su infancia le ha legado la imperiosa necesidad de un guía; si el marido no logra desempeñar ese papel, ella se vuelve hacia otro hombre. A veces, el padre, un hermano, un tío, un deudo, un viejo amigo, ha conservado su antiguo prestigio: será en él en quien se apoyará. Hay dos categorías de hombres a quienes su profesión destina a convertirse en confidentes y mentores: los sacerdotes y los médicos. Los primeros tienen la gran ventaja de que no se hacen pagar sus consultas; el confesonario los entrega sin defensa a la charlatanería de las devotas; procuran sustraerse cuanto les es posible a las «chinches de sacristía», a las «ranas del agua bendita»; pero deber suyo es dirigir su grey por los caminos de la moral, deber tanto más urgente cuanto que las mujeres van adquiriendo mayor importancia social y política, y la Iglesia se esfuerza por hacer de ellas su instrumento. El «director espiritual» dicta a su penitente sus opiniones políticas, gobierna su voto; y muchos maridos se han irritado al ver que se inmiscuía en su vida conyugal: a él corresponde definir las prácticas que en el secreto de la alcoba son lícitas o ilícitas; se interesa por la educación de los hijos; aconseja a la mujer respecto al conjunto de las actitudes que mantiene con su marido; la que siempre ha saludado a un dios en el hombre, se arrodilla con delicia a los pies del varón que es el sustituto terrestre de Dios. El médico está mejor defendido en este sentido, puesto que exige emolumentos; puede cerrar la puerta a clientes demasiado indiscretas; pero es el blanco de persecuciones más precisas, más obstinadas; las tres cuartas partes de los hombres a quienes persiguen las erotómanas, son médicos; desnudar el cuerpo delante de un hombre representa para muchas mujeres un gran placer exhibicionista.

Conozco algunas mujeres -dice Stekel- para quienes su única satisfacción consiste en hacerse examinar por un médico que les sea simpático. Particularmente entre las solteronas es donde se encuentra un gran número de enfermas que van a ver al médico para que las examine «muy cuidadosamente» **{**638**}**, a causa de unas pérdidas sin importancia o de cualquier trastorno intrascendente. Otras sufren la fobia del cáncer o de las infecciones (por los W.C.), y esas fobias les dan el pretexto para hacerse examinar.

Cita, entre otros, los dos casos siguientes:

> Una solterona, B. V., de cuarenta y tres años de edad, rica, va a ver a un médico una vez cada mes, después de sus reglas, y solicita un examen muy cuidadoso, porque cree que algo no marcha bien. Todos los meses cambia de médico y cada vez representa la misma comedia. El médico le pide que se desvista y se eche en la mesa o en un diván. Ella se niega, alegando que es demasiado púdica, que no quiere hacer semejante cosa, que va contra la Naturaleza... El médico la fuerza o la persuade dulcemente, hasta que, por fin, ella se desnuda, explicándole que es virgen y que no debe hacerle daño. El médico le promete hacerle una palpación rectal. A menudo el orgasmo se produce durante el examen del médico, y se repite, intensificado, durante la palpación rectal. La mujer se presenta siempre bajo nombre falso y paga en el acto... Confiesa que ha mantenido la esperanza de ser violada por un médico...

> La señora L. M., de treinta y ocho años, casada, me dice que es completamente insensible al lado de su marido. Viene para hacerse examinar. Después de solo dos sesiones, me confiesa que tiene un amante. Pero este no lograba provocar su orgasmo.

Solamente lo conseguía haciéndose examinar por un ginecólogo. (¡Su padre lo era!) Cada dos o tres sesiones, aproximadamente, se sentía presa de la necesidad de ir en busca de un médico para solicitar un examen. De vez en cuando, exigía un tratamiento, y esas eran las épocas más felices. La última vez, un ginecólogo le había aplicado un largo masaje a causa de un pretendido descenso de la matriz. Cada masaje le había provocado varios orgasmos. Ella explica su pasión por esos exámenes como una consecuencia de la primera palpación, que le habla procurado el primer orgasmo de su vida...

La mujer se imagina fácilmente que el hombre ante quien se ha descubierto ha quedado impresionado por su encanto **{**639**}** físico o la belleza de su alma, y así se persuade, en los casos patológicos, de que es amada por el médico o el sacerdote. Incluso en el caso de que sea normal, tiene la impresión de que entre ella y él existe un lazo sutil, y se complace en una obediencia respetuosa; por lo demás, a veces encuentra en ello una seguridad que la ayuda a aceptar su vida.

Hay mujeres, sin embargo, que no se contentan con apoyar su existencia sobre una autoridad moral: tienen también necesidad de una exaltación novelesca en el seno de esa existencia. Si no quieren engañar ni abandonar a su marido, recurrirán a la misma maniobra que la joven a quien asustan los varones, es decir, a pasiones imaginarias. Stekel ofrece varios ejemplos de ello (1):

(1) STEKEL: La femme frigide.

Una mujer casada, muy decente, de la mejor sociedad, se queja de estados nerviosos y depresiones. Una noche, en la ópera, se da cuenta de que está locamente enamorada del tenor. Se siente profundamente agitada al escucharle. Se convierte en una ferviente admiradora del cantante. No falta a ninguna representación, compra su fotografía, sueña con él, incluso le envía un ramo de rosas con una dedicatoria: «De una desconocida agradecida.» Hasta se decide a escribirle una carta (igualmente firmada por «una desconocida»). Pero se mantiene a distancia. Se le presenta la ocasión de trabar conocimiento con el cantante. Pero sabe instantáneamente que no irá. No quiere conocerle de cerca. No tiene necesidad de su presencia. Es dichosa de amar con entusiasmo y seguir siendo una esposa fiel.

Una dama se entregaba al culto de Kainz, actor muy célebre de Viena. Había instalado en su apartamento una habitación destinada a Kainz, con innumerables retratos del gran artista. En un rincón había toda una biblioteca dedicada a Kainz. Todo cuanto había podido coleccionar: libros, folletos, revistas o periódicos que hablasen de su héroe estaba cuidadosamente conservado, así como una colección de programas de teatro, estrenos o jubileos de Kainz. El tabernáculo era una fotografía firmada por el gran artista. Cuando **{**640**}** su ídolo murió, aquella mujer llevó luto durante un año y emprendió largos viajes para escuchar conferencias sobre Kainz. El culto a Kainz había inmunizado su erotismo y su sensualidad.

Está en el recuerdo de todos el torrente de lágrimas con que fue acogida la muerte de Rodolfo Valentino. Tanto las mujeres casadas como las solteras rinden culto a los héroes del cine. Son a veces sus imágenes las que evocan cuando se entregan a placeres solitarios o cuando, en los abrazos conyugales, conjuran fantasmas; sucede también que a menudo estos resucitan bajo la figura de un abuelo, un hermano, un profesor, etc., algún recuerdo infantil.

Sin embargo, hay también en el entorno de la mujer hombres de carne y hueso; tanto si está sexualmente satisfecha, como si es frígida o está frustrada -salvo en el caso muy raro de un amor completo, absoluto, exclusivo-, la mujer concede el mayor valor a sus opiniones. La

mirada demasiado cotidiana de su marido no logra animar su imagen; necesita que ojos todavía llenos de misterio la descubran también a ella como un misterio; necesita una conciencia soberana enfrente que recoja sus confidencias, revele las fotografías empalidecidas, haga existir esos hoyuelos en las mejillas, ese parpadear que es solo de ella; la mujer solo es deseable, adorable, si la desean y la adoran. Si, poco más o menos, se acomoda a su matrimonio, buscará sobre todo satisfacciones de vanidad cerca de otros hombres: los invita a participar en el culto que se rinde a sí misma; seduce, agrada, le satisface soñar con amores prohibidos y pensar: «Si yo quisiera...»; prefiere encantar a numerosos adoradores antes que atraerse profundamente a uno; más ardiente y menos hosca que la joven, su coquetería exige a los varones que la confirmen en la conciencia de su valer y de su poder; con frecuencia se muestra tanto más atrevida cuanto que está anclada en su hogar; habiendo logrado conquistar a un hombre, lleva el juego sin grandes esperanzas y sin grandes riesgos.

Sucede a veces que, tras un período de fidelidad más o **{**641**}** menos largo, la mujer no se limita a ciertos galanteos y coqueterías. A menudo es por rencor por lo que decide engañar a su marido. Adler pretende que la infidelidad de la mujer es siempre una venganza, lo cual es ir demasiado lejos; pero el hecho es que, a menudo, cede menos a la seducción del amante que a un deseo de desafiar a su esposo: «No es el único hombre en el mundo... Hay otros a quienes puedo gustar... No soy su esclava; se cree muy listo y se deja engañar.» Es posible que el marido escarnecido conserve a los ojos de la mujer una importancia primordial; al igual que la joven toma a veces un amante como rebelión contra su madre, para quejarse de sus padres, desobedecerlos y afirmarse a sí misma, del mismo modo una mujer, a quien sus mismos rencores atan al marido, busca en el amante un confidente, un testigo que contemple su papel de víctima, un cómplice que la ayude a envilecer a su marido; le habla de este sin cesar, so pretexto de entregarlo como pasto a su desprecio; y, si el amante no desempeña bien su papel, se aleja de él con mal humor para volverse hacia su esposo o para buscar consuelo en otro amante. Con mucha frecuencia, empero, es menos el rencor que la decepción lo que la arroja en brazos de un amante; no encuentra el amor en el matrimonio; difícilmente se resigna a no conocer jamás las voluptuosidades y goces cuya espera ha encantado su juventud. Cuando el matrimonio frustra a las mujeres de toda satisfacción erótica y les niega la libertad y la singularidad de sus sentimientos, las conduce, a través de una dialéctica necesaria e irónica, al adulterio.

> Desde la infancia, las preparamos para las empresas del amor -dice Montaigne-; su gracia, su acicalarse, su ciencia, su charla, su instrucción toda, no tienen más objeto que ese. Sus gobernantas no les imprimen otra cosa que el semblante del amor, aunque solo sea para hacérselo odioso mediante una continua representación...

Y más adelante, añade:

> Por tanto, es una locura tratar de refrenar en las mujeres un deseo que en ellas es tan ardiente y natural **{**642**}**.

Y Engels declara:

> Con la monogamia, aparecen de manera permanente dos figuras sociales características: el amante de la mujer y el cornudo... Junto a la monogamia y el hetairismo, el adulterio se convierte en una institución social ineluctable, proscrita, rigurosamente castigada, pero imposible de suprimir.

Si los abrazos conyugales han excitado la curiosidad de la mujer sin satisfacer sus sentidos, como en L'ingénue libertine de Colette, entonces trata de terminar su educación en lechos extraños. Si su marido ha conseguido despertar su sexualidad, y no siente hacia él un apego singular, querrá gustar con otros los placeres que aquel le ha descubierto.

Algunos moralistas se han indignado por la preferencia acordada al amante, y ya he señalado el esfuerzo de la literatura burguesa para rehabilitar la figura del marido; pero es absurdo defenderlo, mostrando que a los ojos de la sociedad -es decir, de los demás hombres- tiene frecuentemente más valor que su rival: lo que aquí importa es lo que representa para la mujer. Ahora bien, hay dos rasgos esenciales que lo hacen odioso. En primer lugar, es él quien asume el ingrato papel de iniciador; las contradictorias exigencias de la virgen, que se considera a la vez violentada y respetada, le condenan inevitablemente al fracaso; permanecerá frígida para siempre entre sus brazos; junto al amante, no conoce ni las angustias de la desfloración ni las primeras humillaciones del pudor vencido; se le ahorra el traumatismo de la sorpresa: poco más o menos, sabe lo que le espera; más sincera, menos susceptible y menos ingenua que en su noche de bodas, no confunde ya el amor ideal con el apetito físico, el sentimiento con la turbación: cuando toma un amante, quiere exactamente un amante. Esta lucidez es un aspecto de su libertad de elección. Porque esa es la otra tara que pesa sobre el marido: por lo general ha sido sufrido, no elegido. O le ha aceptado con resignación, o le ha sido entregada por su familia; en todo caso, y aunque se hubiese casado con él por amor, al desposarlo, lo ha convertido en su amo; sus relaciones se han convertido en un deber, y, a menudo **{**643**}**, se le ha presentado bajo la figura de un tirano. Sin duda, la elección de un amante está limitada por las circunstancias, pero en tales relaciones hay una dimensión de libertad; casarse es una obligación, tomar un amante es un lujo; la mujer cede, porque él la ha solicitado: está segura, si no de su amor, sí, al menos, de su deseo, ese deseo no se manifiesta para obedecer ninguna ley. El amante posee también el privilegio de no desgastar su seducción y su prestigio en los continuos roces de la vida cotidiana: se mantiene a distancia, es otro. De ese modo, la mujer tiene la impresión en sus encuentros de salir de sí misma, de acceder a nuevas riquezas: se siente otra. Y eso es lo que ante todo buscan algunas mujeres en una unión de esa clase: sentirse ocupadas, asombradas, arrancadas de sí mismas por el otro. Una ruptura deja en ellas una desesperada sensación de vacío. Janet (1) cita varios casos de esas melancolías que nos muestran en profundidad lo que la mujer buscaba y hallaba en el amante:

(1) Véase Les obsessions et la psychasthénie.

> Una mujer de treinta y nueve años, desolada por haber sido abandonada por un escritor que durante cinco años la había asociado a sus trabajos, escribe a Janet: «Tenía una existencia tan rica y era tan tiránico, que solo podía ocuparme de él y no podía pensar en otra cosa.»
>
> Otra, de treinta y un años de edad, había caído enferma como consecuencia de una ruptura con su amante, a quien adoraba. «Quisiera ser un tintero de su mesa de trabajo, para verle y oírle», escribe. Y luego, explica: «Sola, me aburro; mi marido no hace trabajar mi cabeza lo suficiente; no sabe nada, no me enseña nada, no me asombra en absoluto... Solo tiene sentido común, y eso me abruma.» Del amante, por el contrario, escribía: «Es un hombre asombroso; jamás le he conocido con un minuto de turbación, de emoción, de alegría, de dejarse ir, siempre dueño de sí mismo, crítico, siempre frío, hasta el punto de hacerle a una morir de pena. Además de todo eso, su actitud descarada, su sangre fría, su finura de espíritu, su vivacidad de inteligencia me hacían perder la cabeza...**{**644**}**»

Hay mujeres que solo gustan esa sensación de plenitud y gozosa excitación en los primeros momentos de una unión ilícita; si el amante no les procura inmediatamente el placer -lo cual sucede con frecuencia la primera vez, ya que los interesados se hallan intimidados y están mal adaptados el uno al otro-, sienten con respecto a él rencor y repugnancia; estas «Mesalinas» multiplican las experiencias y dejan a un amante tras otro. Mas también sucede que la mujer, ilustrada por el fracaso conyugal, es siente atraída esta vez por el hombre que precisamente le

conviene y se establece entre ellos una unión duradera. A menudo, le gustará porque es un tipo de hombre radicalmente opuesto al de su esposo. Sin duda, fue el contraste que ofrecía Sainte-Beuve con Victor Hugo lo que sedujo a Adèle. Stekel cita el caso siguiente:

> La señora P. H. está casada desde hace ocho años con un miembro de una sociedad de atletismo. Acude a una clínica ginecológica para consultar una ligera salpingitis, quejándose de que su marido no la deja tranquila... y solamente experimenta dolor. El hombre es rudo y brutal. Termina por tomar una amante, cosa que a la mujer la hace feliz. Quiere divorciarse, y, en el bufete del abogado, conoce a un secretario que es el polo opuesto de su marido. Un hombre delgado, frágil, endeble, pero sumamente amable y dulce. Se hacen íntimos; el hombre busca su amor y le escribe tiernas epístolas y tiene con ella mil delicadas atenciones. Ambos descubren intereses espirituales comunes... El primer beso hace desaparecer la anestesia de ella... La potencia relativamente débil de aquel hombre provoca los más intensos orgasmos en la mujer ... Después del divorcio, se casaron y vivieron muy felices ... El llegaba a producirle el orgasmo solamente con sus besos y caricias. ¡Y era la misma mujer a quien su marido extraordinariamente potente acusaba de frigidez!

No todas las uniones de esta índole terminan así, como en un cuento de hadas. Al igual que la joven sueña con un libertador que la arranque del hogar paterno, sucede también que la mujer espera que el amante la libere del yugo conyugal **{646}**: es un tema frecuentemente explotado el del ardiente enamorado que se hiela y huye tan pronto como su amante empieza a hablar de matrimonio; a menudo ella se siente herida por sus reticencias, y esas relaciones, a su vez, se ven deterioradas por el rencor y la hostilidad. Si una unión de esa clase se estabiliza, termina con frecuencia por adquirir un carácter familiar, conyugal; vuelve a encontrarse en ella el tedio, los celos, la prudencia, la astucia, todos los vicios del matrimonio. Y la mujer sueña con otro hombre que la arranque de aquella rutina.

Por lo demás, el adulterio reviste características muy diferentes, según las costumbres y las circunstancias. La infidelidad conyugal todavía aparece en nuestra civilización, donde perviven las tradiciones patriarcales, como mucho más grave en el caso de la mujer que en el del hombre:

> ¡Inicua estimación de los vicios! -clama Montaigne-. Crearnos y emponzoñamos los vicios, no según la Naturaleza, sino de acuerdo con nuestro interés, por donde toman tantas formas desiguales. La aspereza de nuestros decretos hace que la aplicación de las mujeres a ese vicio sea más áspera y viciosa de lo que atañe a su condición y la compromete a consecuencias peores que su causa.

Ya se han visto las razones originarias de esta severidad: el adulterio de la mujer, al introducir en la familia al hijo de un extraño, amenaza con dejar frustrados a los legítimos herederos; el marido es el amo; la esposa, su propiedad. Los cambios sociales, la práctica del control de la natalidad, han despojado a esos motivos de mucha de su fuerza. Pero la voluntad de mantener a la mujer en estado de dependencia perpetúa las prohibiciones con que todavía se la rodea. A menudo las interioriza; cierra los ojos ante las calaveradas conyugales, sin que su religión, su moral y su «virtud» le permitan pensar en ninguna reciprocidad. El control ejercido por su entorno -en particular en los pueblos pequeños, tanto del Viejo como del Nuevo Mundo- es mucho más severo que el que pesa sobre el marido: este sale más, viaja, y sus extravíos son tolerados con más indulgencia; ella se **{646}** arriesga a perder su reputación y su posición de mujer casada. Con frecuencia se han descrito los ardides de que se vale la mujer para burlar esa vigilancia: conozco un pueblecito portugués, de una severidad anticuada, donde las jóvenes no salen si no van acompañadas por la suegra o una cuñada; pero el peluquero alquila unas habitaciones situadas encima de su salón; entre el «marcado» y el retoque final, los amantes se abrazan apresuradamente. En las grandes ciudades, las mujeres tienen muchos

menos carceleros: pero la antigua práctica «de cinco a siete» apenas permitía tampoco que los sentimientos ilegítimos se desarrollasen felizmente. Apresurado, clandestino, el adulterio no crea relaciones humanas y libres; las mentiras que implica terminan por negar toda dignidad a las relaciones conyugales.

En muchos medios, las mujeres han conquistado hoy, parcialmente, su libertad sexual. Mas todavía es para ellas un difícil problema conciliar su vida conyugal con satisfacciones eróticas. Al no implicar el matrimonio, por lo general, el amor físico, parecería razonable disociar francamente el uno del otro. Se admite que el hombre puede ser un excelente marido y, no obstante, infiel: sus caprichos sexuales no le impiden, en efecto, llevar amistosamente con su mujer la empresa de una vida en común; esa amistad será incluso tanto más pura, menos ambivalente, cuanto que no representa una cadena. Podría admitirse que las cosas sucediesen de igual modo en lo tocante a la esposa; a menudo ella desea compartir la existencia de su marido, crear con él un hogar para sus hijos y, no obstante, conocer los abrazos de otros hombres. Son los compromisos de prudencia y de hipocresía los que hacen degradante el adulterio; un pacto de libertad y sinceridad aboliría una de las taras del matrimonio. Sin embargo, hay que reconocer que hoy la irritante fórmula que sugirió la Francillon de Alejandro Dumas hijo: «Para la mujer no es lo mismo», conserva cierta verdad. La diferencia no tiene. nada de natural. Se pretende que la mujer tiene menos necesidad de actividad sexual que el hombre: nada hay menos seguro que eso; las mujeres reprimidas son esposas desabridas, madres sádicas, amas de casa maniáticas **{**647**}**, criaturas desdichadas y peligrosas; en todo caso, aunque la necesidad de satisfacer sus deseos fuese menos frecuente, no sería ello una razón para encontrar superfluo que los satisfagan. La diferencia proviene del conjunto de la situación erótica del hombre y de la mujer tal y como la definen la tradición y la sociedad actuales. Todavía se considera el acto amoroso en la mujer como un servicio que presta al hombre, lo cual hace que este aparezca como su amo; ya hemos visto que este siempre puede tomar a una inferior, pero que ella se degrada si se entrega a un hombre que no sea su par en la sociedad; su consentimiento tiene, en todo caso, el carácter de una rendición, de una caída. Una mujer acepta frecuentemente de buen grado que su marido posea a otras mujeres: incluso la lisonjea; parece ser que Adèle Hugo veía sin pena cómo su fogoso marido llevaba sus ardores a otros lechos; algunas incluso imitan a la Pompadour y aceptan convertirse en alcahuetas (1). Por el contrario, en el abrazo, la mujer se torna objeto, presa; al marido le parece que ella se ha impregnado de un extraño maná, ha dejado de ser suya, se la han robado. Y el hecho es que, en la cama, la mujer a menudo se siente, se quiere, y, por consiguiente, es dominada; el hecho es también que, a causa del prestigio viril, tiene tendencia a aprobar e imitar al varón que, habiéndola poseído, encarna a sus ojos al hombre todo entero. El marido se irrita, no sin razón, de oír en una boca familiar el eco de un pensamiento extraño: le parece un poco que ha sido él quien ha sido poseído, violado. Si madame de Charrière rompió con el joven Benjamin Constant -que, entre dos mujeres viriles, representaba el papel femenino-, fue porque no soportaba percibirle marcado por la detestada influencia de madame de Staël. En tanto la mujer se haga esclava y reflejo del hombre a quien «se da», debe reconocer que sus infidelidades la arrancan más radicalmente a su marido que las infidelidades recíprocas **{**648**}**.

(1) Hablo aquí del matrimonio. En el amor se verá que la actitud de la pareja es inversa.

Si ella conserva su integridad, puede temer, no obstante, que el marido se haya comprometido en la conciencia del amante. Una mujer siempre está dispuesta a imaginarse que al acostarse con un hombre -aunque solo sea una vez deprisa y sobre un sofá- adquiere una superioridad sobre la esposa legítima; con mayor motivo, un hombre que cree poseer a su amante estima que juega una mala pasada al marido. Por eso, en La tendresse, de Bataille, y en Belle de jour, de Kessel, la mujer tiene buen cuidado de elegir amantes de baja condición: busca en ellos satisfacciones sensuales, pero no quiere darles preeminencia sobre un marido a quien respeta. En La condition humaine, Malraux nos muestra una pareja en la que hombre y mujer han

hecho un pacto de libertad recíproca; sin embargo, cuando May cuenta a Kyo que se ha acostado con un camarada, él sufre al pensar que aquel hombre se habrá imaginado que la ha «poseído»; ha optado por respetar su independencia, porque sabe muy bien que jamás tiene uno a nadie; pero las ideas complacidas acariciadas por otro le hieren y humillan a través de May. La sociedad confunde a la mujer libre con la mujer fácil; el mismo hombre no reconoce de buen grado la libertad de la cual se aprovecha; prefiere creer que su amante ha cedido, se ha dejado arrastrar, que la ha conquistado, la ha seducido. Una mujer orgullosa puede resignarse personalmente a la vanidad de su compañero; pero le resultará odioso que un marido al que respeta soporte su arrogancia. A una mujer le resulta muy difícil obrar lo mismo que un hombre, en tanto esa igualdad no sea universalmente reconocida y concretamente realizada.

De todos modos, el adulterio, las amistades, la vida mundana, no constituyen en la vida conyugal más que diversiones; pueden contribuir a soportar sus restricciones, pero no las rebasan. No son más que falsas evasiones que en modo alguno permiten a la mujer tomar auténticamente en sus manos su propio destino **{**649**}**.

CAPÍTULO IV.

PROSTITUTAS Y HETAIRAS.

Ya hemos visto (1) que el matrimonio tiene como correlativo inmediato la prostitución. «El hetairismo -dice Morgan- sigue a la Humanidad hasta en su civilización como una oscura sombra que se cierne sobre la familia.» Por prudencia, el hombre consagra a su esposa a la castidad, pero él no se satisface con el régimen que le impone.

(1) Volumen I, parte segunda.

> Los reyes de Persia -relata Montaigne, quien aprueba su sabiduría- llamaban a sus mujeres para que los acompañasen en sus festines; pero, cuando el vino los caldeaba y necesitaban soltar la brida a la voluptuosidad, las enviaban a sus habitaciones privadas, para no hacerlas partícipes de sus apetitos inmoderados, y ordenaban que acudiesen en su lugar mujeres con las cuales no tenían la obligación de mostrarse respetuosos.

Hacen falta cloacas para garantizar la salubridad de los palacios, decían los Padres de la Iglesia. Y Mandeville, en una obra que hizo mucho ruido, decía: «Es evidente que existe la necesidad de sacrificar a una parte de las mujeres para conservar a la otra y para prevenir una suciedad de carácter más repelente.» Uno de los argumentos esgrimidos por los esclavistas norteamericanos en favor de la esclavitud consistía en que, al estar los blancos del Sur descargados de las faenas serviles, podían mantener entre ellos las relaciones más democráticas **{**650**}**, más refinadas; de igual modo, la existencia de una casta de «mujeres perdidas» permite tratar a la «mujer honesta» con el respeto más caballeresco. La prostituta es una cabeza de turco; el hombre descarga su torpeza sobre ella y luego la vilipendia. Que un estatuto legal la someta a vigilancia policíaca o que trabaje en la clandestinidad, en cualquier caso es tratada como paria.

Desde el punto de vista económico, su situación es simétrica a la de la mujer casada. «Entre las que se venden por medio de la prostitución y las que lo hacen a través del matrimonio, la única diferencia consiste en el precio y la duración del contrato», dice Marro (1). Para ambas, el acto sexual es un servicio; la segunda está comprometida para toda la vida a un solo hombre; la primera tiene varios clientes que le pagan por unidades. Aquella está protegida por un varón contra todos los demás; esta se halla defendida por todos contra la exclusiva tiranía de cada uno. En todo caso los beneficios que extraen del don de su cuerpo están limitados por la competencia; el marido sabe que podría haber elegido otra esposa:. el cumplimiento de los

«deberes conyugales» no es una gracia, es la ejecución de un contrato. En la prostitución, el deseo masculino, al no ser singular sino especifico, puede satisfacerse con no importa qué cuerpo. Esposa o hetaira, ninguna logra explotar al hombre más que en el caso de que adquieran sobre él un singular ascendiente. La gran diferencia entre ellas consiste en que la mujer legítima, oprimida en tanto que mujer casada, es respetada como persona humana; y este respeto empieza a dar jaque seriamente a la opresión. Mientras que la prostituta no tiene los derechos de una persona y en ella se resumen, a la vez, todas las figuras de la esclavitud femenina.

(1) La puberté.

Resulta ingenuo preguntarse qué motivos empujan a la mujer a la prostitución; hoy ya no se cree en la teoría de Lombroso, que asimilaba a las prostitutas con los criminales y que solo veía degenerados en unos y otras; según afirman las estadísticas, es posible que, de una manera general **{**651**}**, el nivel mental de las prostitutas esté un poco por debajo del nivel medio y que el de algunas sea francamente débil: las mujeres cuyas facultades mentales están disminuidas eligen de buen grado un oficio que no exige de ellas ninguna especialización; pero la mayor parte de ellas son normales, y algunas, muy inteligentes. Ninguna fatalidad hereditaria, ninguna tara fisiológica, pesa sobre ellas. En verdad, en un mundo en que la miseria y la falta de trabajo causan estragos, tan pronto como una profesión se abre, se encuentran gentes dispuestas a ejercerla; mientras existan la Policía, la prostitución, habrá policías y prostitutas. Tanto más cuanto que estas profesiones, por término medio, reportan más beneficios que otras muchas. Es hipócrita en grado sumo asombrarse de la oferta que suscita la demanda masculina; se trata de un proceso económico rudimentario y universal. «De todas las causas de la prostitución -escribía en 1857 Parent-Duchâtelet, en el curso de su encuesta-, ninguna más activa que la falta de trabajo y la miseria, que es consecuencia inevitable de los salarios insuficientes.» Los moralistas bien pensados replican sarcásticamente que los lacrimosos relatos de las prostitutas son novelas para uso de clientes ingenuos. En efecto, en muchos casos la prostituta podría haberse ganado la vida de otra manera: pero, si la que ha elegido no le parece la peor, eso no prueba que tenga el vicio en la sangre; más bien eso condena a una sociedad donde ese oficio es todavía uno de los que a muchas mujeres les parece el menos repelente. La pregunta suele ser: ¿por qué lo han elegido? Pero la cuestión es más bien la siguiente: ¿por qué no hablan de elegirlo? Entre otras cosas, se ha advertido que gran parte de las prostitutas se reclutaban entre las sirvientas; eso fue lo que estableció Parent-Duchâtelet para todos los países, lo que observaba Lily Braun en Alemania y lo que hacía notar Ryckère respecto a Bélgica. Alrededor del 50 por 100 de las prostitutas han sido antes criadas. Una ojeada a la «habitación de la criada» basta para explicar el hecho. Explotada, esclavizada, tratada como objeto más que como persona, la criada para todo no espera del porvenir ninguna mejoría de su suerte; a veces tiene que sufrir los caprichos **{**652**}** del amo de la casa: de la esclavitud doméstica y los amores ancilares, se va deslizando hacia una esclavitud que no podría ser más degradante, pero que ella sueña más dichosa. Además, las mujeres que prestan sus servicios como criadas son muy a menudo desarraigadas; se calcula que el 80 por 100 de las prostitutas parisienses proceden de las provincias o del campo. La proximidad de su familia, la preocupación por su reputación impedirían a la mujer abrazar una profesión generalmente despreciada; pero, perdida en una gran ciudad y no encontrándose ya integrada en la sociedad, la idea abstracta de la «moral» no representa para ella un obstáculo. Cuanto más rodea la burguesía de temibles tabúes el acto sexual -y, sobre todo, la virginidad-, tanto más se presenta en muchos medios obreros y campesinos como una cosa indiferente. Multitud de encuestas coinciden en este punto: hay un gran número de jóvenes que se dejan desflorar por el primero que llega y que inmediatamente después consideran natural entregarse al primero que pase. En una encuesta realizada con cien prostitutas, el doctor Bizard ha comprobado los hechos siguientes: una había sido desflorada a los once años, dos a los doce, dos a los trece, seis a los catorce, siete a los quince, veintiuna a los dieciséis, diecinueve a los diecisiete, diecisiete a los dieciocho, seis a los diecinueve años;

las demás lo habían sido después de los veintiún años. Así, pues, había un 5 por 100 que habían sido violadas antes de su formación. Más de la mitad decían haberse entregado por amor; las otras habían consentido por ignorancia. El primer seductor es frecuentemente joven. Lo más corriente es que se trate de un camarada de taller, un colega de oficina, un amigo de la infancia; después vienen los militares, los contramaestres, los ayudas de cámara, los estudiantes; la lista del doctor Bizard incluía, además, dos abogados, un arquitecto, un médico, un farmacéutico. Es bastante raro, en contra de lo que quiere la leyenda, que sea el propio patrón quien desempeñe el papel de iniciador: pero con frecuencia lo es su hijo, o su sobrino, o uno de sus amigos. Commenge, en su estudio, señala también el caso de cuarenta y cinco muchachas de doce a diecisiete años que **{**653**}** habían sido desfloradas por desconocidos a quienes no habían vuelto a ver jamás; habían consentido con indiferencia, sin experimentar placer. Entre otros, el doctor Bizard ha detallado los siguientes casos:

La señorita G., de Burdeos, al salir de] colegio de monjas a los dieciocho años de edad, se deja arrastrar por curiosidad, sin pensar mal, a una roulotte, donde es desflorada por un forastero desconocido.

Una niña de trece años se entrega, sin reflexionar, a un señor a quien encuentra en la calle, al que no conoce y a quien no volverá a ver nunca más.

M. nos cuenta textualmente que ha sido desflorada a la edad de diecisiete años por un joven a quien no conocía... Se dejó hacer por ignorancia.

R., desflorada a los diecisiete años y medio por un joven a quien no habla visto nunca y con quien se encontró por azar en casa de un médico de la vecindad, al cual había ido a buscar para que atendiese a su hermana enferma; el joven la llevó en su automóvil para que regresara más rápidamente; pero, en realidad, después de haber obtenido de ella lo que deseaba, la dejó plantada en plena calle.

B., desflorada a los quince años y medio, «sin pensar en lo que hacía», dice textualmente nuestra cliente, por un joven a quien no ha vuelto a ver; nueve meses después, dio a luz una hermosa criatura.

S., desflorada a los catorce años por un joven que la atrajo a su casa so pretexto de presentarle a una hermana suya. En realidad el joven no tenía hermana; pero sí la sífilis, y contagió a la niña.

R., desflorada a los dieciocho años, en una antigua trinchera del frente, por un primo casado, con quien visitaba el campo de batalla y que la dejó encinta, lo cual la obligó a abandonar a su familia **{**654**}**.

C., de diecisiete años de edad, desflorada en la playa una noche de verano por un joven a quien acababa de conocer en el hotel y a cien metros de sus respectivas madres, que charlaban de trivialidades. Contagiada de blenorragia.

L., desflorada a los trece años por su tío, mientras escuchaban la radio, en tanto que su tía, a quien le gustaba acostarse temprano, descansaba tranquilamente en la habitación contigua.

Esas jóvenes que han cedido pasivamente, no por ello han sufrido menos el traumatismo de la desfloración, podemos estar seguros de ello. Uno querría saber qué influencia psicológica ha ejercido en su porvenir tan brutal experiencia; pero no se psicoanaliza a las rameras, que son torpes para describirse a sí mismas y se ocultan detrás de clisés establecidos. En algunas de ellas, la facilidad para entregarse al primero que llegó se explica por la existencia de los

fantasmas de la prostitución de que hemos hablado: hay muchachas muy jóvenes que imitan a las prostitutas por rencor familiar, por horror hacia su naciente sexualidad o por el deseo de jugar a ser personas mayores; se maquillan escandalosamente, frecuentan el trato con muchachos, se muestran coquetas y provocativas; ellas, que todavía son infantiles, asexuadas y frías, creen poder jugar impunemente con fuego; un día un hombre les toma la palabra y ellas se deslizan de los sueños a los hechos.

«Una vez hundida una puerta es difícil tenerla cerrada», decía una joven prostituta de catorce años (1). Sin embargo, raramente se decide la muchacha a ponerse en una esquina inmediatamente después de su desfloración. En algunos casos, sigue apegada a su primer amante y continúa viviendo con él; toma un oficio «honrado»; cuando el amante la abandona, otro la consuela; puesto que ya no pertenece a un solo hombre, estima que puede darse a todos; a veces es el amante -el primero, el segundo- quien sugiere ese medio de ganar dinero. Hay también muchas jóvenes a quienes **{**655**}** prostituyen sus padres: en algunas familias -como la célebre familia de los Juke-, todas las mujeres están destinadas a ese oficio. Entre las jóvenes vagabundas se cuenta también un elevado número de niñas abandonadas por sus deudos, que empiezan por ejercer la mendicidad y de ahí se deslizan a las esquinas. En 1857, Parent-Duchâtelet comprobó que, de 5.000 prostitutas, 1.441 habían sido influidas por la pobreza, seducidas y abandonadas, y 1.255 habían sido abandonadas y dejadas sin recursos por sus padres. Las encuestas modernas sugieren, poco más o menos, las mismas conclusiones. La enfermedad empuja frecuentemente a la prostitución a la mujer que ha quedado incapacitada para realizar un verdadero trabajo, o que ha perdido su empleo; destruye el precario equilibrio del presupuesto, obliga a la mujer a inventarse apresuradamente nuevos recursos. Lo mismo ocurre con el nacimiento de un hijo. Más de la mitad de las mujeres de Saint-Lazare han tenido, por lo menos, un hijo; muchas han criado de tres a seis; el doctor Bizard se refiere a una que había traído al mundo catorce hijos, ocho de los cuales vivían todavía cuando él la conoció. Hay pocas, asegura, que abandonen a su pequeño; y sucede que sea precisamente para alimentar a su hijo por lo que la madre soltera se convierte en prostituta.

(1) Citada por MARRO: La puberté.

Entre otros, cita el siguiente caso:

> Desflorada en provincias, a la edad de diecinueve años, por un patrón de sesenta años, cuando la muchacha vivía con su familia, se vio obligada, una vez encinta, a abandonar a los suyos para dar a luz una hermosa hija, a quien ha educado muy correctamente. Después del parto, se trasladó a París, se colocó como nodriza y empezó a ponerse en las esquinas a la edad de veintinueve años. Así, pues, hace treinta y tres años que se ha estado prostituyendo. En el límite de sus fuerzas y de su valor, solicita que la hospitalicen en Saint-Lazare.

Sabido es que la prostitución se recrudece también durante las guerras y en el curso de las crisis que las siguen **{**656**}**.

La autora de Vie d'une prostituée, publicada en parte en Temps modernes (1), relata así sus comienzos:

(1) Ha hecho aparecer este relato, clandestinamente, bajo el seudónimo de Marie-Thérèse, y con este nombre la designaré.

> Me casé a los dieciséis años con un hombre que me llevaba trece. Me casé para salir de casa de mis padres. Mi marido solo pensaba en hacerme hijos. «Así te quedarás en casa y no saldrás por ahí», decía. No quería que me maquillase, no quería llevarme al cine.

> Tenía que soportar a mi suegra, que venía a casa todos los días y siempre daba la razón al cerdo de su hijo. Mi primer hijo fue varón, Jacques; catorce meses más tarde, di a luz otro, Pierre. Como me aburría empecé a seguir un curso de enfermera, lo cual me gustaba mucho... Entré en un hospital de los alrededores de París, con las mujeres. Una enfermera que era una pilluela me enseñó cosas que no conocía. Me dijo que acostarse con su marido era un suplicio. Estuve luego seis meses entre hombres sin tener un solo capricho. Pero un día, un verdadero patán, un hueso de taba, pero hermoso muchacho, entró en mi habitación privada... Me hizo comprender que podría cambiar de vida, que podía irme con él a París, que dejaría de trabajar... Sabía bien cómo engatusarme... Me decidí a marcharme con él... Durante un mes, fui verdaderamente feliz... Un día llegó acompañado por una mujer bien vestida, elegante, y me dijo: «Mira: esta se defiende muy bien.» Al principio, no accedí. Incluso busqué un empleo de enfermera en una clínica del barrio, para hacerle ver que no quería ponerme en las esquinas; pero no podía resistir mucho tiempo. El me decía: «No me quieres. Cuando una mujer quiere a un hombre, trabaja para él.» Yo lloraba. En la clínica, estaba muy triste. Finalmente, me dejé llevar al peluquero... Y me inicié en el oficio. Julot me seguía inmediatamente detrás, para ver si me defendía bien y para avisarme cuando aparecía la Policía...

En ciertos aspectos, esa historia está de acuerdo con la clásica historia de la joven enviada a las esquinas por un chulo. Sucede a veces que sea el marido quien desempeñe este último papel. Y algunas veces también una mujer **{**657**}**.

En 1931, L. Faivre realizó una encuesta entre 510 jóvenes prostitutas (1); halló que 284 vivían solas, 132 con un amigo, 94 con una amiga generalmente unida a ella por lazos homosexuales. Cita (con sus respectivas ortografías) los siguientes extractos de sus cartas:

(1) Les jeunes prostituées vagabondes en prison.

> Suzanne, diecisiete años. Me he entregado a la prostitución, sobre todo, con prostitutas. Una que me retuvo mucho tiempo era muy celosa, y por eso me fui de la calle de...

> Andrée, quince años y medio. Dejé a mis padres para irme a vivir con una amiga a quien encontré en un baile; me di cuenta en seguida de que quería amarme como un hombre; estuve con ella cuatro meses, y luego...

> Jeanne, catorce años. Mi pobre papaíto se llamaba X. Murió a consecuencia de la guerra en el hospital, en 1922. Mi madre volvió a casarse. Yo iba a la escuela para obtener mi diploma de estudios; una vez que lo obtuve, hube de aprender costura... Después, como ganaba muy poco, empezaron las disputas con mi padrastro. Tuve que colocarme como sirvienta en casa de madame X., en la calle de... Estaba sola desde hacía diez días con su joven hija, que podía tener unos veinticinco años, y advertí un gran cambio en ella. Luego, un día, igual que un hombre, me confesó su gran amor. Vacilé, luego tuve miedo de que me despidieran y terminé por ceder; entonces comprendí ciertas cosas. Trabajé, después me encontré sin trabajo y tuve que ir al Bois, donde me prostituí con mujeres. Trabé conocimiento con una dama muy generosa, etc.

Con bastante frecuencia, la mujer no se plantea la prostitución como un medio provisional para aumentar sus recursos. Pero se ha descrito multitud de veces la manera en que se encuentra después encadenada. Si los casos de «trata de blancas» en cuyo engranaje se ve cogida por la violencia, falsas promesas, engaños, etc., son relativamente raros, lo que sí es frecuente es que se vea retenida en la carrera contra su voluntad. El capital necesario para sus comienzos **{**658**}** le ha sido proporcionado por un chulo o una «patrona» que ha adquirido derechos sobre ella, que recoge la mayor parte de sus beneficios y del cual o la cual no logra

liberarse. Durante varios años, «Marie-Thérèse» ha librado una verdadera lucha antes de conseguirlo.

> Por fin comprendí que Julot sólo quería mi parné, y pensé que lejos de él podría ahorrar un poco de dinero... En la casa, al principio, era tímida, no me atrevía a acercarme a los clientes para decirles: «¿Subimos?» La mujer de un compañero de Julot me vigilaba de cerca y hasta contaba mis pasos... Luego, Julot me escribió para decirme que debía entregar mi dinero todas las noches a la patrona: «De ese modo, nadie te lo robará.» Cuando quise comprarme un vestido, la patrona me dijo que Julot habla prohibido que me diese mi parné... Decidí marcharme cuanto antes de aquella cárcel. Cuando la patrona se enteró de que pensaba marcharme, no me puso el tampón (1) antes de la visita, como las otras veces; y entonces me detuvieron y me llevaron al hospital... Tuve que volver a aquella prisión para ganar el dinero suficiente para el viaje... Pero solo estuve en el burdel cuatro semanas... Trabajé algunos días en Barbès como antes, pero guardaba demasiado rencor a Julot para quedarme en París: nos insultábamos, me pegaba: una vez casi me tiró por la ventana... Me arreglé con un rufián para irme a provincias. Cuando me di cuenta de que aquel rufián conocía a Julot, no acudí a la cita convenida. Las dos gachís del rufián me encontraron después en la calle Belhomme Y me dieron una solfa... Al día siguiente, hice mi maleta y me fui completamente sola a la isla de T. Al cabo de tres semanas, estaba hasta la coronilla de aquel prostíbulo y le escribí al médico, cuando vino para la visita, que me diese de alta... Julot me vio en el bulevar Magenta y me pegó... Quedé con la cara señalada después de la zurra que me propinó en el bulevar Magenta. Estaba harta de Julot. De modo que hice un contrato para marcharme a Alemania...

(1) «Un tampón para adormecer los gonococos, que se les colocaba a las mujeres antes de la visita, de tal modo que el médico solo encontraba una mujer enferma cuando la dueña quería desembarazarse de ella.»

La literatura ha popularizado la figura de «Julot». Desempeña en la vida de la ramera un papel de protector. Le **{**659**}** adelanta dinero para que se compre ropa y la defiende contra la competencia de otras mujeres, contra la Policía -a veces él mismo es policía- y contra los clientes. Estos se quedarían muy satisfechos si pudiesen consumir sin pagar; otros desearían satisfacer su sadismo a costa de la mujer. En Madrid, hace algunos años, una juventud fascista y dorada se divertía arrojando las prostitutas al río en las noches frías; en Francia, alegres estudiantes se llevan a veces mujeres al campo para abandonarlas allí de noche y enteramente desnudas; para cobrar su dinero y evitar los malos tratos, la prostituta necesita un hombre. Este le proporciona también un apoyo moral: «Sola, se trabaja menos bien, se pone menos corazón en la tarea, una se deja llevar», dicen algunas. A menudo está enamorada de él; ha sido por amor por lo que se ha dedicado a su oficio, o así lo justifica; en su medio existe una enorme superioridad del hombre sobre la mujer: semejante distancia favorece el amor-religión, lo cual explica la apasionada abnegación de algunas prostitutas. En la violencia de su hombre, ven el signo de su virilidad y se someten a él con tanta mayor docilidad. A su lado conocen los celos, las torturas, pero también los goces de la enamorada.

Sin embargo, a veces no sienten por él más que hostilidad y rencor: solamente por temor, porque las tiene cogidas, permanecen bajo su férula, como acaba de verse en el caso de Marie-Thérèse. Así, pues, a menudo se consuelan con un «capricho» elegido entre los clientes.

> Aparte de su Julot, todas las mujeres tenían caprichos -escribe Marie-Thérèse-; yo también tenía el mío. Era un marino muy buen mozo. A pesar de que hacía muy bien el amor, yo no podía arreglarme con él, pero éramos muy amigos. A menudo, subía

conmigo sin hacerme el amor, solo para charlar, y me decía que debía marcharme de allí, que aquel no era mi lugar.

También se consuelan con mujeres. Un elevado número de prostitutas son homosexuales. Ya se ha visto que, en el origen de su carrera, había a menudo una aventura homosexual y que muchas seguían viviendo con una amiga. En Alemania **{**660**}**, según Anna Rueling, alrededor del 20 por 100 de las prostitutas serían homosexuales. Faivre señala que en la cárcel las jóvenes detenidas intercambian cartas pornográficas de apasionados acentos y que firman «Unidas para toda la vida». Tales cartas son homólogas de las que se escriben las colegialas que alimentan «llamas» en su corazón; estas están menos advertidas y son más tímidas; aquellas, en cambio, van hasta el extremo de sus sentimientos, tanto en sus palabras como en sus actos. En la vida de Marie-Thérèse -que fue iniciada en la voluptuosidad por una mujer-, se ve el privilegiado papel que desempeña la «amiguita» frente al despreciado cliente o el chulo autoritario:

Julot trajo una jovencita, una pobre chacha que ni siquiera tenía zapatos. Se lo compraron todo de ocasión, y luego vino a trabajar conmigo. Era muy amable, y como, además, le gustaban las mujeres, nos entendimos muy bien. Me recordaba todo lo que yo había aprendido con la enfermera. Bromeábamos a menudo, y, en lugar de trabajar, nos íbamos al cine. Yo estaba contenta de tenerla con nosotros.

Se ve que la «amiguita» representa, poco más o menos, el papel que desempeña el amigo íntimo para la mujer honrada confinada entre mujeres: ella es una camarada de placer, con ella las relaciones son gratuitas, libres, y, por tanto, pueden ser queridas; cansada de los hombres, sintiendo repugnancia por ellos o deseando una diversión, la prostituta buscará a menudo el reposo y el placer entre los brazos de otra mujer. En todo caso, la complicidad de que he hablado y que une inmediatamente a las mujeres existe con más fuerza en este caso que en cualquier otro. Debido a que sus relaciones con la mitad de la Humanidad son de carácter comercial y a que el conjunto de la sociedad las trata como parias, las prostitutas tienen entre sí una estrecha solidaridad; entre ellas existen rivalidades, celos, se insultan y se pegan; pero tienen profundamente necesidad unas de otras para constituir un «contrauniverso» en el que reencuentren su dignidad humana; la «amiguita» es la confidente y la testigo privilegiada; ella es quien aprecia el vestido y el peinado **{**661**}**, que son medios destinados a seducir al hombre, pero que se presentan como fines en sí en las miradas envidiosas o admirativas de las otras mujeres.

En cuanto a las relaciones de la prostituta con sus clientes, las opiniones están muy divididas y los casos, sin duda, son muy diversos. Se ha subrayado con frecuencia que reserva para el amado de su corazón el beso en la boca, expresión de una ternura auténtica, y que no establece ninguna comparación entre los abrazos amorosos y los profesionales. El testimonio de los hombres no es de fiar, ya que su vanidad los incita a dejarse engañar por comedias de goce. Es preciso decir que las circunstancias son muy diferentes, según se trate de una acción briosa acompañada a menudo de una fatiga física agotadora, de un acto rápido, de una noche entera o de relaciones continuadas con un cliente familiar. Marie-Thérèse ejercía su oficio, por lo general, con indiferencia, pero evoca con delicia ciertas noches; tuvo sus «caprichos» y dice que todas sus camaradas también los tenían; a veces sucede que la mujer rehusa que le pague un cliente que le ha gustado, y, en ocasiones, si él está en apuros económicos, le ofrece su ayuda. En conjunto, sin embargo, la prostituta trabaja «en frío». Algunas solo tienen para el conjunto de su clientela una indiferencia matizada con cierto desprecio. «¡Oh, qué bobos son los hombres! ¡Cómo pueden las mujeres meterles en la cabeza todo lo que quieren!», escribe Marie-Thérèse. Pero muchas experimentan un rencor asqueado con respecto a los hombres; entre otras cosas, les asquean sus vicios. Ora porque acudan al burdel con objeto de satisfacer los vicios que no se atreven a confesar a su mujer o a su amante, ora porque el hecho de estar en un burdel los incite a inventarse vicios, muchos hombres les exigen

«fantasías». Marie-Thérèse se lamentaba en particular de que los franceses tuviesen una imaginación insaciable. Las enfermas atendidas por el doctor Bizard le han confiado que «todos los hombres son más o menos viciosos». Una de mis amigas charló largamente en el hospital Beaujon con una joven prostituta, muy inteligente, que había empezado siendo criada y que a la sazón vivía **{**662**}** con un chulo a quien adoraba. «Todos los hombres son viciosos -decía-, excepto el mío. Por eso le amo. Si alguna vez le descubro un vicio, lo abandonaré. La primera vez el cliente no siempre se atreve, tiene aspecto normal; pero, cuando vuelve, empieza a querer cosas... Usted dice que su marido no tiene vicios; ya verá. Todos los tienen.» A causa de esos vicios, ella los detestaba. Otra de mis amigas, en 1943, en Fresnes, se había hecho confidente de una prostituta. Sostenía esta que el 90 por 100 de sus clientes tenían vicios, y que aproximadamente el 50 por 100 eran pederastas vergonzosos. Los que mostraban excesiva imaginación la asustaban. Un oficial alemán le había pedido que se pasease desnuda por la habitación, portando flores en los brazos, mientras él imitaba el vuelo de un pájaro; pese a su cortesía y su generosidad, le rehuía cada vez que le vislumbraba. A Marie-Thérèse le horrorizaban las «fantasías», aunque su tarifa era mucho más elevada que la del simple coito y pese a que frecuentemente exigía menos desgaste de la mujer. Esas tres mujeres eran particularmente inteligentes y sensibles. Sin duda, se percataban de que tan pronto como dejaban de estar protegidas por la rutina del oficio, tan pronto como el hombre dejaba de ser un cliente en general y se individualizaba, ellas eran presa de una conciencia, de una libertad caprichosa: ya no se trataba de un simple negocio. Algunas prostitutas, sin embargo, se especializan en la «fantasía», porque es más productiva. En su hostilidad hacia el cliente, entra a menudo un resentimiento de clase. Hélène Deutsch relata extensamente la historia de Anna, una linda prostituta rubia, infantil, generalmente muy dulce, pero que sufría crisis de furiosa excitación contra ciertos hombres. Pertenecía a una familia obrera; su padre bebía, su madre estaba enferma; tan desdichado matrimonio le produjo tal horror hacia la vida de familia, que jamás consintió en casarse, pese a que, a todo lo largo de su carrera, se lo propusieron con frecuencia. Los jóvenes del barrio la pervirtieron; le gustaba su oficio; pero, cuando la enviaron al hospital, enferma de tuberculosis, se desarrolló en ella un odio feroz hacia los médicos; le eran odiosos los hombres «respetables» **{**663**}**; no soportaba la cortesía y la solicitud de su médico. «¿Acaso no sabemos que esos hombres dejan caer fácilmente la máscara de la amabilidad, la dignidad y el dominio de sí mismos, y se conducen como animales?», solía decir. Aparte de eso, era mentalmente equilibrada en grado sumo. Pretendía falazmente tener un hijo al cuidado de una nodriza; pero, fuera de eso, no mentía nunca. Murió de tuberculosis. Otra joven ramera, Julia, que desde los quince años se entregaba a todos los muchachos con quienes se encontraba, solo amaba a los hombres pobres y débiles; con ellos se mostraba dulce y amable; a los demás los consideraba como «animales salvajes que merecían el peor trato». (Tenía un complejo muy pronunciado que manifestaba una vocación maternal insatisfecha: caía en trances furiosos tan pronto como se pronunciaban en su presencia las palabras madre, hijos u otras semejantes.)

La mayoría de las prostitutas están moralmente adaptadas a su condición; eso no quiere decir que sean hereditaria o congénitamente inmorales, sino que se sienten integradas, y con razón, en una sociedad que reclama sus servicios. Saben muy bien que los edificantes discursos del policía que registra su cartilla son pura verborrea, y los elevados sentimientos de que blasonan sus clientes fuera del burdel las intimidan poco. Marie-Thérèse explica a la panadera en cuya casa de Berlín vive:

> Yo quiero a todo el mundo. Pero, cuando se trata del parné, señora... Sí, porque, mire usted, si una se acuesta con un hombre por nada, dice de una que es una puta, y si le haces pagar por ello, también dice que eres una puta, pero lista. Porque, mire usted: si a un hombre se le pide dinero, puede estar segura de que después va y le dice: «¡Ah!, no sabia que te dedicabas a esto», o bien: «¿Tienes un hombre?» Ya lo ,ve. Tanto si pagan como si no, para mi es lo mismo. «Claro que sí -responde ella-. Tiene usted razón.» Porque es lo que yo digo: usted tiene que hacer cola durante media hora para conseguir

un cupón y comprarse unos zapatos. Yo, en media hora, echo un polvo. Yo tengo los zapatos; nada de pagar; si sé camelar, encima me pagan. Así que ya ve que tengo razón **{**664**}**.

No es su situación moral y psicológica la que hace penosa la existencia de las prostitutas, sino su situación material, que en la mayor parte de los casos es deplorable. Explotadas por el chulo y la dueña, viven en la inseguridad; y las tres cuartas partes de ellas carecen de dinero. Al cabo de cinco años de oficio, el 75 por 100, aproximadamente, han contraído la sífilis, dice el doctor Bizard, que ha curado a legiones de ellas; entre otras, las menores inexpertas son contagiadas con espantosa facilidad; casi un 25 por 100 tienen que ser operadas como consecuencia de complicaciones blenorrágicas. Una de cada veinte padece tuberculosis, el 60 por 100 se vuelven alcohólicas o se intoxican; el 40 por 100 mueren antes de los cuarenta años. Hay que añadir que, a pesar de sus precauciones, de vez en cuando quedan encinta y generalmente se operan en las peores condiciones. La baja prostitución es un penoso oficio en el que la mujer, sexual y económicamente oprimida, sometida al arbitrio de la Policía, a una humillante vigilancia médica, a los caprichos de los clientes y prometida a los microbios, la enfermedad y la miseria, queda verdaderamente rebajada al nivel de una cosa (1).

(1) Evidentemente, no será con medidas negativas e hipócritas como podrá modificarse la situación. Para que la prostitución desapareciese, serían precisas dos condiciones: que se asegurase a todas las mujeres un oficio decente y que las costumbres no opusieran ningún obstáculo a la libertad de amar. Solamente suprimiendo las necesidades a las cuales responde, se suprimirá también la prostitución.

De la baja prostitución a la gran hetaira hay multitud de escalones. La diferencia esencial consiste en que la primera hace comercio con su pura generalidad, de modo tal que la competencia la mantiene a un nivel de vida miserable; en tanto que la segunda se esfuerza por hacerse reconocer en su singularidad: si lo consigue, puede aspirar a altos destinos. La belleza, el encanto o el sex-appeal son aquí necesarios, pero no bastan: es preciso que la mujer sea distinguida por la opinión. A través del deseo de un hombre será como se **{**665**}** revele frecuentemente su valía; pero solo será «lanzada» cuando el hombre haya proclamado su precio a los ojos del mundo. En el siglo pasado, lo que atestiguaba la ascendencia de una «cocotte» sobre su protector y lo que la elevaba al rango de «demi-mondaine» eran el hotel, el carruaje, las perlas; su mérito se afirmaba tanto tiempo como los hombres continuasen arruinándose por ella. Los cambios sociales y económicos han abolido el tipo de las Blanche d'Antigny. Ya no hay un «demi-monde» en el seno del cual se pueda afirmar una reputación. Una mujer ambiciosa tratará de conquistar renombre de otra manera. La última encarnación de la hetaira es la estrella de cine. Acompañada de un marido -rigurosamente exigido por Hollywood- o de un amigo serio, no por ello se asemeja menos a Friné, a Imperia, a Casco de Oro. Ella entrega la Mujer a los sueños de los hombres, que le dan a cambio gloria y fortuna.

Siempre ha habido entre la prostitución y el arte una gradación incierta, porque, de manera equívoca, se asocian belleza y voluptuosidad; en verdad, no es la Belleza la que engendra el deseo; pero la teoría platónica del amor propone hipócritas justificaciones a la lubricidad. Al desnudarse el seno, Friné ofrece al areópago la contemplación de una pura idea. La exhibición de un cuerpo sin velos se convierte en un espectáculo de arte; los «burlesques» americanos han convertido en comedia el acto de desvestirse. «El desnudo es casto», afirman los viejos señores que, bajo el nombre de «desnudos artísticos», coleccionan fotografías obscenas. En el burdel, el momento de la «elección» ya es un desfile; cuando se complica, ya se trata de «cuadros vivos», de «poses artísticas», que se proponen a los clientes. La prostituta que desea adquirir un valor singular ya no se limita a mostrar pasivamente su carne, sino que se esfuerza por demostrar talentos particulares. Las «tañedoras de flauta» griegas encantaban a los hombres con su música y sus danzas. Las Ouled-Naïl que ejecutaban la danza del vientre y las españolas que bailan y cantan en el Barrio Chino no hacen más que ofrecerse de una manera

refinada a la elección del aficionado. Nana sube al escenario para buscar «protectores» **{666}**. Desde luego, hay «girls», «taxi-girls», bailarinas desnudas, tanguistas, ganchos, «pin-ups», maniquíes, cantantes y actrices que no permiten que su vida erótica se mezcle con su oficio; cuanta más técnica implique este y más inventiva, más puede tomársele como un fin en sí mismo; pero, frecuentemente, una mujer que «se exhibe» en público para ganarse la vida se siente tentada a hacer de sus encantos un comercio más íntimo. Y, a la inversa, la cortesana desea un oficio que le sirva de coartada. Son raras las que, como la Léa de Colette, a un amigo que las llame «mi querida artista» le respondan: «¿Artista? Verdaderamente, mis amantes son muy indiscretos.» Ya hemos dicho que su reputación es la que le confiere un valor comercial: en la escena o en la pantalla es donde puede hacerse «un nombre» que se convertirá en un negocio.

La Cenicienta no siempre sueña con el Príncipe Azul: marido o amante, ella teme que se transforme en tirano; prefiere soñar con su propia imagen reidora en las puertas de los grandes cinematógrafos. Pero lo más frecuente es que logre sus fines gracias a «protecciones» masculinas; y son los hombres -marido, amante, pretendiente- quienes confirman su triunfo haciéndola partícipe de su fortuna o de su fama. Esa necesidad de agradar a los individuos, a la multitud, es la que asemeja la «vedette» a la hetaira. Ambas representan en la sociedad un papel análogo: me serviré de la palabra hetaira para designar a todas las mujeres que tratan, no solo su cuerpo, sino su persona toda entera como un capital susceptible de explotación. Su actitud es muy diferente de la de un creador que, al trascenderse en una obra, supera el dato y apela en otro a una libertad a la cual abre el porvenir; la hetaira no desvela el mundo, no abre ningún camino a la trascendencia humana (1): al contrario, trata de captarla en provecho propio; al ofrecerse al sufragio de sus admiradores, no reniega de esa feminidad pasiva que la consagra **{667}** al hombre: la dota de un poder mágico que le permite atrapar a los varones en la trampa de su presencia y nutrirse de ellos; los engulle consigo misma en la inmanencia.

(1) Sucede a veces que sea también una artista y que, al tratar de agradar, invente y cree. Puede entonces acumular ambas funciones o superar el estadio de la galantería para alinearse en la categoría de las actrices, cantantes, bailarinas, etc., de la cual hablaremos más adelante.

Por ese camino, la mujer logra conquistar cierta independencia. Al prestarse a varios hombres, no pertenece definitivamente a ninguno; el dinero que amasa, el nombre que «lanza» como se lanza un producto al mercado, le aseguran una autonomía económica. Las mujeres más libres de la Antigüedad griega no eran ni las matronas, ni las bajas prostitutas, sino las hetairas. Las cortesanas del Renacimiento y las geishas japonesas gozaban de una libertad infinitamente más grande que el resto de sus contemporáneas. En Francia, la mujer que se nos presenta como la más virilmente independiente es quizá Ninon de Lenclos. Paradójicamente, esas mujeres que explotan hasta el extremo su feminidad se crean una situación casi equivalente a la de un hombre; a partir de ese sexo que las entrega a los varones como objeto, se encuentran como sujeto. No solo se ganan la vida como los hombres, sino que viven en una compañía casi exclusivamente masculina; libres de costumbres establecidas y de propósitos concretos, pueden elevarse -como Ninon de Lenclos- hasta la más rara libertad de espíritu. Las más distinguidas están frecuentemente rodeadas de artistas y escritores a quienes las «mujeres honestas» fastidian. En la hetaira es donde los mitos masculinos hallan su más seductora encarnación: más que ninguna otra, es carne y conciencia, ídolo, inspiradora, musa; pintores y escultores la querrían por modelo; alimentará los sueños de los poetas; en ella explorará el intelectual los tesoros de la «intuición» femenina; es más fácilmente inteligente que la matrona, porque está menos enfáticamente encastillada en la hipocresía. Las que se hallan superiormente dotadas no se contentarán con el papel de Egeria; experimentarán la necesidad de manifestar de manera autónoma el valor que les confieren los sufragios de otros; querrán traducir sus virtudes pasivas en activas. Al emerger en el mundo como sujetos soberanos, escriben versos, prosa, pintan, componen música. Así se hizo célebre Imperia entre las cortesanas italianas. También puede **{668}** suceder que, al utilizar al hombre como

instrumento, ejerzan funciones viriles a través de ese intermediario: las «grandes favoritas» participaron en el gobierno del mundo a través de sus poderosos amantes (1).

(1) Así como algunas mujeres utilizan el matrimonio para servir a sus propios fines, otras emplean a sus amantes como medio para alcanzar un fin político, económico, etc. Estas superan su situación de hetairas como aquellas la de matronas.

Esta liberación puede traducirse, entre otros, al plano erótico. Sucede que en el dinero o en los servicios que arranca al hombre encuentra la mujer una compensación al complejo de inferioridad femenino; el dinero tiene un papel purificador; determina la abolición de la lucha de sexos. Si muchas mujeres que no son profesionales tienen el prurito de sacar a su amante cheques y regalos, no lo hacen por codicia: hacer pagar al hombre -pagarle también, como se verá más adelante- es convertirlo en instrumento. De ese modo, la mujer se prohibe serio ella misma; tal vez él crea «poseerla», pero tal posesión sexual es ilusoria; ella es quien le tiene a él en el terreno mucho más sólido de la economía. Su amor propio está satisfecho. Puede abandonarse a los abrazos del amante; pero no cede a una voluntad extraña; el placer no podría serie «infligido»; más bien aparecerá como un beneficio suplementario; no será «tomada», puesto que le pagan.

Sin embargo, la cortesana tiene la reputación de ser frígida. Le es útil saber gobernar su corazón y su vientre: sentimental o sensual, se expone a sufrir el ascendiente de un hombre que la explotará, la acaparará o la hará padecer. Entre los abrazos que acepta, hay muchos -sobre todo al comienzo de su carrera- que la humillan; su rebelión contra la arrogancia masculina se manifiesta a través de su frigidez. Las hetairas, como las matronas, se confían de buen grado los «trucos» que les permiten trabajar «de camelo». Ese desprecio y esa repugnancia hacia el hombre demuestran claramente que, en el juego explotador-explotada, no están del todo seguras de haber ganado. Y, en efecto, en la inmensa **{669}** mayoría de los casos, la dependencia sigue siendo todavía su suerte.

Ningún hombre es definitivamente su dueño. Pero ellas tienen del hombre la más urgente necesidad. La cortesana pierde todos sus medios de existencia si él deja de desearla; la debutante sabe que todo su porvenir está en sus manos; incluso la estrella, privada de apoyo masculino, ve palidecer su prestigio: abandonada por Orson Welles, Rita Hayworth erró por toda Europa con aire de huérfana miserable, antes de encontrar a Alí Khan. La más bella nunca está segura del mañana, porque sus armas son mágicas y la magia es caprichosa; está atada a su protector -marido o amante- casi tan estrechamente como una esposa «honrada» a su marido. Le debe no solamente el servicio del lecho, sino que tiene que sufrir su presencia, su conversación, sus amistades y, sobre todo, las exigencias de su vanidad. Cuando el chulo le compra a su hembra unos zapatos de tacón alto y una falda de raso, efectúa una inversión que le reportará unas rentas; el industrial o el productor, al ofrecerle perlas y pieles a su amiga, afirman a través de ella su fortuna y su poderío: que la mujer sea un medio para ganar dinero o un pretexto para gastarlo, la servidumbre es la misma. Los dones con que la abruman son otras tantas cadenas. Y esos vestidos, esas prendas y esas alhajas que lleva, ¿son verdaderamente suyos? El hombre reclama a veces su restitución después de la ruptura, como hizo con elegancia Sacha Guitry.

Para «conservar» a su protector sin renunciar a sus placeres, la mujer utilizará los ardides, las maniobras, las mentiras y la hipocresía que deshonran la vida conyugal; aunque no hiciese más que representar el papel del servilismo, ese mismo juego es servil. Bella y célebre, si el amo del momento se le hace odioso, puede elegir otro. Pero la belleza exige cuidados, es un tesoro muy frágil; la hetaira depende estrechamente de su cuerpo, al que el tiempo degrada implacablemente; por eso, la lucha contra el envejecimiento adopta para ella el más dramático de los aspectos. Si está dotada de un gran prestigio, podrá sobrevivir a la ruina de **{670}** su rostro y de sus formas. Pero el cuidado de esa fama, que es su bien más seguro, la somete a la

más dura de las tiranías: la de la opinión. Sabido es el estado de esclavitud en que caen las estrellas de Hollywood. Su cuerpo ya no les pertenece; el productor decide el color de sus cabellos, su peso, su línea, su tipo; para modificar la curva de una mejilla, le arrancarán los dientes. Regímenes, gimnasia, ensayos, maquillaje, son una penosa servidumbre cotidiana. Bajo la rúbrica de «Personal appearance», se prevén sus salidas, sus coqueteos; la vida privada ya no es más que un aspecto de su vida pública. En Francia, no existe ningún reglamento escrito al respecto, pero una mujer prudente y hábil sabe lo que su «publicidad» exige de ella. La estrella que se niegue a plegarse a tales exigencias conocerá una decadencia lenta o brutal, pero ineluctable. La prostituta que solo entrega su cuerpo tal vez sea menos esclava que la mujer cuyo oficio consiste en agradar. Una mujer que «ha llegado», que tiene entre sus manos una verdadera profesión y cuyo talento está reconocido -actriz, cantante, bailarina-, escapa a la condición de hetaira; puede conocer una genuina independencia; pero la mayor parte de ellas permanece en peligro durante toda la vida; necesitan seducir nuevamente, sin descanso, al público y a los hombres.

Con mucha frecuencia, la mujer entretenida interioriza su dependencia; sometida a la opinión ajena, reconoce los valores de esta; admira a la gente de la «buena sociedad» y adopta sus costumbres; quiere ser considerada a partir de las normas burguesas. Parásita de la burguesía adinerada, se adhiere a sus ideas; «piensa como es debido»; en otros tiempos, metía de buen grado a sus hijas en un colegio y, envejecida, ella misma asistía a misa, convirtiéndose clamorosamente. Está de parte de los conservadores. Está demasiado orgullosa de haber logrado hacerse un sitio en este mundo, para desear que cambie. La lucha que libra para «llegar», no la predispone a sentimientos de fraternidad y solidaridad humanas; ha pagado su éxito con demasiadas complacencias de esclava para desear sinceramente la libertad universal. Zola ha subrayado este rasgo en Nana **{**671**}**:

> En materia de libros y de comedias, Nana tenía opiniones muy firmes: quería obras tiernas y nobles, cosas que le hiciesen soñar y le ensanchasen el alma... Se indignaba contra los republicanos. ¿Qué quería aquella gentuza que no se lavaba nunca? ¿Acaso no era feliz la gente? ¿Es que el emperador no había hecho cuanto era posible hacer por el pueblo? ¡Una basura, eso era el pueblo! Ella lo conocía, ella podía hablar: «No, no, mire usted: esa república sería una gran desgracia para todo el mundo. ¡Ah, que Dios nos conserve al emperador el mayor tiempo posible!»

Durante las guerras, nadie hace gala de un patriotismo tan agresivo como las grandes cortesanas; mediante la nobleza de sentimientos que afectan, esperan elevarse al nivel de las duquesas. Lugares comunes, clisés, prejuicios, emociones convencionales constituyen el fondo de sus conversaciones públicas, y frecuentemente han perdido toda sinceridad, incluso en lo más secreto de su corazón. Entre la mentira y la hipérbole, el lenguaje se destruye. Toda la vida de la hetaira es una exhibición: sus palabras, su mímica están destinadas, no a expresar sus pensamientos, sino a producir un efecto. Representa con su protector la comedia del amor, y a veces se la representa a sí misma. Ante la opinión pública representa comedias de decencia y de prestigio: termina por creerse un parangón de virtud y un ídolo sagrado. Una mala fe obstinada gobierna su vida interior y permite a sus mentiras concertadas adoptar la naturalidad de la verdad. A veces hay en su vida movimientos espontáneos: no ignora del todo el amor; tiene «caprichos», en ocasiones hasta «se cuela» por alguien. Pero la que con ceda demasiado margen al capricho, al sentimiento, al placer, no tardará en perder su «situación». Por lo general, aporta a sus fantasías la prudencia de la esposa adúltera; se oculta a los ojos de su protector y de la opinión; por tanto, no puede dar mucho de sí misma a sus «amantes del alma»; estos no son más que una distracción, un respiro. Por lo demás, está generalmente demasiado obsesionada por la preocupación de su éxito para poder olvidarse de sí misma en un verdadero amor. En cuanto a las otras mujeres, es bastante frecuente **{**672**}** que la hetaira las ame sensualmente; enemiga de los hombres, que le imponen su dominación, hallará en los brazos de una amiga un voluptuoso descanso y un desquite al mismo tiempo: tal es el caso de

Nana junto a su querida Satin. Lo mismo que desea representar en el mundo un papel activo con objeto de emplear positivamente su libertad, también se complace en poseer a otros seres: personas muy jóvenes a quienes incluso divertirá «ayudar», o muchachas a quienes mantendrá con gusto y junto a las cuales, en todo caso, será un personaje viril. Sea o no homosexual, tendrá con el conjunto de las mujeres esas complejas relaciones de que ya he hablado: las necesita como confidentes y cómplices para crear ese «contrauniverso» que reclama toda mujer oprimida por el hombre. Pero la rivalidad femenina llega aquí a su paroxismo. La prostituta que hace comercio de su generalidad tiene competidoras; pero, si hay bastante trabajo para todas, se sienten solidarias a través de sus mismas disputas. La hetaira que trata de «distinguirse», es hostil a priori a la que, como ella, codicia un puesto privilegiado. En este caso es cuando los temas conocidos sobre las «putadas» femeninas encuentran toda su verdad.

La mayor desgracia de la hetaira consiste en que no solamente su independencia es el anverso engañador de mil dependencias, sino que esa misma libertad es negativa. Una actriz como Rachel o una bailarina como Isadora Duncan, aun en el caso de que sean ayudadas por hombres, tienen una profesión que les exige y las justifica; en un trabajo que ellas han elegido y que les gusta, alcanzan una libertad concreta. Mas, para la inmensa mayoría de las mujeres, el arte, la profesión, no son sino un medio; no comprometen en ellos verdaderos proyectos. El cine en particular, que somete a la estrella al director, no le permite la invención y los progresos de una actividad creadora. Se explota lo que ella es," pero ella no crea ningún objeto nuevo. Además, es muy raro convertirse en estrella. En el dominio de la «galantería» propiamente dicha, ningún camino se abre a la trascendencia. También aquí el tedio acompaña el confinamiento de la mujer en la inmanencia. Zola indicó este rasgo en Nana **{**673**}**.

> Sin embargo, en medio de su lujo, en el centro de aquella corte, Nana se aburría mortalmente. Tenía hombres para todos los minutos de la noche y dinero hasta en los cajones del tocador; pero ya no le contentaba eso: experimentaba como un vacío en alguna parte, un agujero que la hacía bostezar. Su vida se deslizaba sin ocupaciones, trayendo siempre las mismas horas monótonas... La certidumbre de que la alimentarían la dejaba tendida durante todo el día, sin realizar un solo esfuerzo, adormecida en el fondo de aquel temor y de aquella sumisión de convento, como encerrada en su oficio de ramera. Mataba el tiempo con placeres estúpidos, en la única espera del hombre.

La literatura norteamericana ha descrito cien veces ese tedio opaco que aplasta a Hollywood y que aprieta la garganta del viajero tan pronto como llega: los actores y los figurantes, por lo demás, se aburren tanto como las mujeres, cuya condición comparten. En la misma Francia, las salidas oficiales tienen a menudo el carácter de verdaderas servidumbres. El protector que reina en la vida de la starlet es un hombre de edad, cuyos amigos son hombres de edad: sus preocupaciones le son extrañas a la joven, sus conversaciones la abruman; entre la debutante dé veinte años y el banquero de cuarenta y cinco que pasan sus días y sus noches uno al lado del otro, existe un foso mucho más profundo que en el matrimonio burgués.

El Moloc a quien la hetaira sacrifica placer, amor y libertad, es su carrera. El ideal de la matrona es una dicha estática que envuelve sus relaciones con su marido y sus hijos. La «carrera» se extiende a través del tiempo, mas no por eso deja ella de ser un objeto inmanente que se resume en un nombre. Ese nombre se hincha en las carteleras y en las bocas, a medida que se ascienden peldaños en la escala social. Según su temperamento, la mujer administra su empresa con prudencia o con audacia. Una gusta las satisfacciones del ama de casa que dobla su ropa blanca en el armario; la otra saborea la embriaguez de la aventura. A veces, la mujer se limita a mantener sin cesar en equilibrio una situación sin cesar amenazada, y que en ocasiones se derrumba; a veces **{**674**}** edifica sin fin, como una torre de Babel apuntando en vano al cielo, su renombre. Algunas, mezclando la galantería con otras actividades, aparecen como verdaderas aventureras: son espías como Mata-Hari, o agentes secretos; por lo general,

no tienen la iniciativa de sus proyectos, son más bien instrumentos en manos masculinas. Pero, en conjunto, la actitud de la hetaira tiene analogías con la del aventurero; al igual que este, aquella se encuentra a menudo a medio camino entre lo serio y la aventura propiamente dicha; apunta hacia valores ya hechos: dinero y gloria; pero concede tanto valor al hecho de conquistarlos como a su posesión; y, finalmente, el valor supremo a sus ojos consiste en su triunfo subjetivo. También ella justifica ese individualismo por un nihilismo más o menos sistemático, pero vivido con tanta mayor convicción cuanto que es hostil a los hombres y ve a las otras mujeres como enemigas. Si es lo bastante inteligente para sentir la necesidad de una justificación moral, invocará un nietzscheísmo más o menos bien asimilado; afirmará el derecho del ser superior sobre el vulgar. Su persona se le aparece como un tesoro cuya mera existencia es un don: de tal modo que, consagrándose a sí misma, pretenderá que sirve a la colectividad. El destino de la mujer consagrada al hombre está acosado por el amor: la que explota al varón descansa en el culto que se rinde a sí misma. Si concede tanto valor a su gloria, no es solo por interés económico: en ello busca la apoteosis de su narcisismo **{**675**}**.

CAPÍTULO V.

DE LA MADUREZ A LA VEJEZ.

La historia de la mujer -por el hecho de que esta aún se halla encerrada en sus funciones de hembra- depende mucho más que la del hombre de su destino fisiológico; y la curva de ese destino es más accidentada, más discontinua que la curva masculina. Cada período de la existencia femenina es estacionario y monótono: pero el tránsito de un estadio a otro es de una peligrosa brutalidad; cada uno de esos tránsitos se revela por una crisis mucho más decisiva que en el varón: pubertad, iniciación sexual, menopausia. Mientras este último va envejeciendo paulatinamente, la mujer se ve bruscamente despojada de su feminidad; todavía es joven cuando pierde el atractivo erótico y la fecundidad, de donde, a los ojos de la sociedad y a los suyos propios, extraía la justificación de su existencia y sus oportunidades de felicidad: le resta por vivir, privada de todo porvenir, la mitad aproximadamente de su vida adulta.

«La edad peligrosa» se caracteriza por ciertos trastornos orgánicos (1), pero lo que les da su importancia es el valor simbólico que revisten. La crisis la experimentan de manera mucho menos aguda las mujeres que no se lo han jugado todo a la carta de su feminidad; las que trabajan duramente -en su hogar o fuera del mismo- acogen con alivio la desaparición de la servidumbre menstrual; la campesina, la mujer de un obrero, a quienes sin cesar amenazan **{**676**}** nuevos embarazos, se sienten felices cuando, por fin, ese riesgo desaparece. En esa coyuntura, como en tantas otras, es menos del cuerpo mismo de donde provienen los malestares de la mujer que de la angustiada conciencia que de él adquiere. El drama moral comienza por lo general antes de que se hayan declarado los fenómenos fisiológicos; y no termina hasta mucho tiempo después de que hayan concluido.

(1) Véase volumen I, capítulo primero.

Mucho antes de la mutilación definitiva, la mujer está obsesionada por el horror a envejecer. El hombre maduro está comprometido en empresas más importantes que las del amor; sus ardores eróticos son menos vivos que en su juventud; y, puesto que no se le exigen las cualidades pasivas de un objeto, la alteración de su rostro y de su cuerpo no arruina sus posibilidades de seducción. Por el contrario, hacia los treinta y cinco años es cuando generalmente la mujer, habiendo remontado por fin todas sus inhibiciones, alcanza su pleno desarrollo erótico: es entonces cuando sus deseos son más violentos y cuando más vehementemente desea satisfacerlos; ha apostado muchas más cosas en juego que el hombre para conseguir los valores sexuales que ostenta; para retener al marido o para asegurarse protecciones, es necesario que agrade en la mayoría de las profesiones que ejerce; solo por mediación del hombre se le ha permitido aprehender al mundo: ¿qué será de ella cuando

pierda su influjo sobre aquel? Eso es lo que se pregunta con ansiedad, mientras asiste impotente a la degradación de ese objeto de carne con el cual se confunde; y lucha; pero los tintes, los afeites y la cirugía estética no harán jamás otra cosa que prolongar su juventud agonizante. Al menos, puede mostrarse astuta con el espejo. Pero, cuando se esboza el proceso fatal e irreversible que va a destruir en ella todo el edificio construido durante su pubertad, se siente tocada por la fatalidad misma de la muerte.

Pudiera creerse que la mujer que más ardientemente se ha embriagado con su belleza y su juventud, es también la que conoce las peores crisis; pero no es así; la narcisista está demasiado pagada de su persona para no haber previsto la ineluctable decadencia y no haberse preparado posiciones **{**677**}** de repliegue; sufrirá, ciertamente, a causa de su mutilación: pero, al menos, no será cogida desprevenida y se adaptará con bastante rapidez. La mujer que se ha olvidado de sí misma, que se ha entregado por completo y se ha sacrificado, se sentirá mucho más trastornada por la súbita revelación: «Sólo tenía una vida que vivir, y he aquí cuál ha sido mi suerte; ¡heme aquí!» Ante el asombro de cuantos la rodean, se produce entonces en ella una transformación radical, porque, desalojada de sus refugios, arrancada a sus proyectos, se encuentra situada bruscamente, sin recursos, frente a sí misma. Traspuesto ese límite, con el que ha tropezado de improviso, le parece que ya no hará sino sobrevivirse; su cuerpo carecerá de promesas; los sueños y deseos que no haya realizado quedarán para siempre irrealizados; se vuelve hacia el pasado desde esa nueva perspectiva; ha llegado el momento de trazar una línea, de hacer cuentas; y hace su balance. Entonces se espanta de las estrechas limitaciones que le ha infligido la vida. Ante aquella breve y decepcionante historia que ha sido la suya, vuelve a encontrar las actitudes de una adolescente en el umbral de un porvenir todavía inaccesible: rechaza su finitud; opone a la pobreza de su existencia la nebulosa riqueza de su personalidad. Puesto que el hecho de ser mujer le ha obligado a sufrir, más o menos pasivamente, su destino, se le antoja que le han robado sus oportunidades, que la han engañado, que se ha deslizado de la juventud a la madurez sin darse cuenta de ello. Descubre que su marido, su medio, sus ocupaciones, no eran dignos de ella; se siente incomprendida. Se aísla del entorno al cual se juzga superior; se encierra en sí misma con el secreto que lleva en lo más profundo de su corazón y que constituye la misteriosa clave de su desdichada suerte; trata de repasar esas posibilidades que no ha agotado. Empieza a llevar un diario íntimo; si encuentra confidentes comprensivos, se explaya en conversaciones interminables; y, durante todo el día, durante toda la noche, rumia sus pesares, sus agravios. Al igual que la joven sueña con lo que será su porvenir, ella evoca lo que podría haber sido su pasado; recuerda las ocasiones que ha desaprovechado y se forja hermosas **{**678**}** novelas retrospectivas. H. Deutsch cita el caso de una mujer que había roto muy joven un matrimonio desgraciado y que luego había pasado largos y serenos años junto a un segundo esposo: a los cuarenta y cinco años empezó a añorar dolorosamente a su primer marido y a hundirse en la melancolía. Las preocupaciones de la infancia y la pubertad se reavivan; la mujer repasa machaconamente la historia de sus años juveniles, y los sentimientos adormecidos por sus padres, hermanos, hermanas y amigos de la infancia, se exaltan de nuevo. A veces se abandona a una melancolía soñadora y pasiva. Pero lo más frecuente es que, sobresaltada, trate de salvar su existencia frustrada. Esa personalidad que acaba de descubrirse en contraste con lo mezquino de su destino, ella la ostenta, la exhibe, pondera sus méritos, exige imperiosamente que le hagan justicia. Madurada por la experiencia, piensa que por fin es capaz de valorizarse; querría volver a intentarlo, Y, en primer lugar, con patético esfuerzo, intenta detener el tiempo. Una mujer maternal afirma que todavía puede dar a luz, y procura apasionadamente crear la vida una vez más. Una mujer sensual se esfuerza por conquistar un nuevo amante. La coqueta muestra mayor avidez que nunca por agradar. Todas declaran que jamás se han sentido tan jóvenes. Quieren persuadir a los demás de que el paso del tiempo no las ha afectado verdaderamente; empiezan a vestirse como las jovencitas y adoptan una mímica infantil. La mujer que envejece sabe muy bien que, si deja de ser un objeto erótico, no es solo porque su carne ya no entrega lozanos tesoros al hombre, sino también porque su pasado y su experiencia hacen de ella, lo quiera o no, una persona; ha luchado, amado,

querido, sufrido y gozado por su cuenta: semejante autonomía intimida, y ella trata de negarla; exagera su feminidad, se adorna, se perfuma, se vuelve toda encanto, gracia, pura inmanencia; con su mirada ingenua y sus entonaciones infantiles, admira al interlocutor masculino, evoca volublemente sus recuerdos de niña; en vez de hablar, pía, palmotea, ríe a carcajadas. Representa esta comedia con una especie de sinceridad, porque sus nuevos **{**679**}** intereses, su deseo de arrancarse a las antiguas rutinas y partir de nuevo le dan la impresión de un nuevo comienzo.

En realidad, no se trata de una verdadera partida; no descubre en el mundo objetivos hacia los cuales se proyectaría en un movimiento libre y eficaz. Su agitación adopta una forma excéntrica, incoherente y vana, porque solo está destinada a compensar simbólicamente los errores y los fracasos del pasado. Entre otras cosas, la mujer se esforzará por realizar todos sus deseos de niña y adolescente antes que sea demasiado tarde: esta vuelve al piano, aquella se pone a esculpir, a escribir, a viajar, aprende a esquiar, estudia idiomas extranjeros. Todo cuanto había rechazado antes por sí misma, se decide a acogerlo, siempre antes que sea demasiado tarde. Confiesa su repugnancia hacia un esposo a quien antes toleraba y se vuelve frígida entre sus brazos; o, por el contrario, se abandona a unos ardores que antes refrenaba; abruma al marido con sus exigencias; vuelve a la práctica de la masturbación, abandonada desde la infancia. Se manifiestan tendencias homosexuales, que existen larvadas en casi todas las mujeres. A menudo, el sujeto las vuelve hacia su propia hija; pero, también a veces, nacen sentimientos insólitos con respecto a una amiga. En su obra titulada Sex, Life and Faith, Rom Landau cuenta la siguiente historia, que le fue confiada por la interesada:

> La señora X. se acercaba a los cincuenta; casada desde hacía veinticinco años, madre de tres hijos adultos, ocupando una posición preeminente en organizaciones sociales y caritativas de su ciudad, conoció en Londres a una mujer diez años más joven que ella y que se dedicaba igualmente a obras sociales. Trabaron amistad y la señorita Y. le propuso que fuese a su casa en su próximo viaje. La señora X. aceptó; y, en la segunda noche de su estancia allí, se encontró de pronto besando apasionadamente a su anfitriona: en varias ocasiones aseguró que no tenía la menor idea de cómo había sucedido aquello; pasó la noche con su amiga y volvió a su casa aterrorizada. Hasta entonces lo había ignorado todo respecto a la homosexualidad, ni siquiera sabía que pudiera existir «semejante cosa». Pensaba en la señorita Y. con pasión y, por primera vez en su vida, las caricias y el beso cotidiano **{**680**}**de su marido le parecieron poco agradables. Resolvió ver de nuevo a su amiga para «poner las cosas en claro», y su pasión no hizo sino aumentar; esas relaciones la colmaban de delicias que no había conocido nunca hasta entonces. Sin embargo, estaba atormentada por la idea de haber cometido un pecado y se dirigió a un médico para saber si existía una «explicación científica» de su estado y si podía ser justificado por algún argumento moral.

En este caso, el sujeto ha cedido a un impulso espontáneo y se ha sentido profundamente desconcertado por el mismo. Pero, con frecuencia, la mujer busca deliberadamente vivir las novelas que no ha conocido y que muy pronto ya no podrá conocer. Se aleja de su hogar, porque le parece indigno de ella y desea la soledad, y, al mismo tiempo, para buscar la aventura. Si la encuentra, se lanza ávidamente a ella. Así acontece en esta historia relatada por Stekel:

> La señora B. Z. tenia cuarenta años, tres hijos y veinte años de vida conyugal a sus espaldas, cuando empezó a pensar que era una incomprendida y que su vida se había frustrado; se dedicó entonces a diversas actividades nuevas y, entre otras cosas, partió hacia la montaña para practicar el esquí; allí conoció a un hombre de treinta años, de quien se convirtió en amante; pero poco después el hombre se enamoró de la hija de la señora B. Z., y esta consintió en que se casaran, con objeto de conservar a su lado a su amante; entre madre e hija existía un amor homosexual, inconfesado, pero muy vivo, lo

cual explica en parte esa decisión. No obstante, la situación no tardó en hacerse intolerable, ya que el amante abandonaba a veces el lecho de la madre durante la noche para ir en busca de la hija. La señora B. Z. intentó suicidarse. Fue entonces -tenía a la sazón cuarenta y seis años- cuando la trató Stekel. La señora B. Z. se decidió a una ruptura, y su hija renunció por su parte a su proyectado matrimonio. La señora B. Z. volvió a ser una esposa ejemplar y se entregó plenamente a las prácticas religiosas.

La mujer sobre la cual pesa una tradición de decencia y honestidad, no siempre llega hasta los actos. Pero sus sueños se pueblan de fantasmas eróticos, a los cuales conjura **{**681**}** también durante su insomnio; manifiesta con respecto a sus hijos una ternura exaltada y sensual; a propósito del hijo, alimenta obsesiones incestuosas; se enamora en secreto de un joven tras otro; al igual que la adolescente, se siente obsesionada por ideas de violación; conoce también el vértigo de la prostitución; la ambivalencia de sus deseos y sus temores engendra una ansiedad que a veces provoca neurosis: entonces escandaliza a sus allegados con actitudes extrañas, que en realidad no hacen sino traducir su vida imaginaria.

La frontera entre lo imaginario y lo real es aún más indecisa en este período confuso que durante la pubertad. Uno de los rasgos más acusados en la mujer que envejece es un sentimiento de despersonalización que le hace perder todos los puntos de referencia objetivos. Las personas que, en plena salud, han visto la muerte muy de cerca, dicen haber experimentado una curiosa impresión de desdoblamiento; cuando uno se siente conciencia, actividad, libertad, el objeto pasivo al que burla la fatalidad aparece necesariamente como otro: no soy yo a quien atropella un automóvil; no soy yo esa vieja cuyo reflejo me envía el espejo. La mujer que «nunca se ha sentido tan joven» y que jamás se ha visto tan vieja, no logra conciliar los dos aspectos de sí misma; es en sueños como pasa el tiempo, y como la roe. Así, la realidad se aleja y merma: al mismo tiempo, ya no se distingue bien de la ilusión. La mujer confía en sus evidencias interiores más que en ese extraño mundo donde el tiempo avanza retrocediendo, donde su doble ya no se le parece, donde los acontecimientos la han traicionado. Así se dispone a los éxtasis, a las revelaciones, a los delirios. Y, puesto que el amor es entonces más que nunca su preocupación esencial, es normal que se entregue a la ilusión de que es amada. De cada diez erotómanos, nueve son mujeres, y casi todas tienen de cuarenta a cincuenta años.

Sin embargo, no a todo el mundo le es dado poder franquear tan osadamente el muro de la realidad. Frustradas, incluso en sueños, de todo amor humano, muchas mujeres buscan ayuda en Dios; en el momento de la menopausia es cuando la coqueta, la enamorada o la disipada se hace devota **{**682**}**; las vagas ideas de destino, de secreto, de personalidad incomprendida que acaricia la mujer al borde de su otoño, encuentran en la religión una unidad racional. La devota considera su vida frustrada como una prueba enviada por el Señor; su alma ha libado en la desgracia méritos excepcionales que le valen para ser singularmente visitada por la gracia de Dios; creerá de buen grado que el Cielo le envía revelaciones, o incluso -como en el caso de la señora Krüdener- que le encomienda imperiosamente una misión. Habiendo perdido más o menos el sentido de lo real, la mujer es accesible durante esa crisis a todas las sugerencias: un director espiritual está bien situado para ejercer sobre su ánimo un poderoso ascendiente.

También acogerá con entusiasmo a autoridades más discutidas; se convierte en presa propicia para las sectas religiosas, los espiritistas, los profetas, los curanderos y toda suerte de charlatanes. Porque no solo ha perdido todo sentido crítico al perder el contacto con el mundo dado, sino que también se siente ávida de una verdad definitiva: necesita el remedio, la fórmula, la clave que la salve súbitamente al salvar al Universo. Desprecia más que nunca una lógica que no podría aplicarse, evidentemente, a su caso particular; solo le parecen convincentes los argumentos que le son destinados muy especialmente: las revelaciones, inspiraciones, mensajes, signos, es decir, milagros, empiezan a florecer entonces a su

alrededor. Sus descubrimientos la llevan a veces a los caminos de la acción: se lanza a negocios, empresas y aventuras cuya idea le ha sido sugerida por algún consejero o alguna voz interior. A veces se limita a consagrarse a sí misma detentadora de la verdad y la sabiduría infinitas. Activa o contemplativa, su actitud se acompaña de febriles exaltaciones. La crisis de la menopausia corta en dos brutalmente la vida femenina; esa discontinuidad es la que da a la mujer la ilusión de una «nueva vida»; es otro tiempo el que se abre ante ella, y lo aborda con fervor de conversa; se ha convertido al amor, a la vida de Dios, al arte, a la Humanidad: en esas entidades se pierde y magnífica. Ha muerto y ha resucitado, considera la Tierra **{683}** con mirada que ha penetrado los secretos del más allá y cree volar hacia cimas intocadas.

La Tierra, sin embargo, no cambia; las cumbres siguen siendo inaccesibles; los mensajes recibidos -aunque lo fuesen en medio de una deslumbrante evidencia- apenas se dejan descifrar; las luces interiores se extinguen; delante del espejo solo queda una mujer que ha envejecido otro día desde la víspera. A los momentos de fervor suceden sombrías horas de depresión. El organismo indica ese ritmo, puesto que la disminución de las secreciones hormonales está compensada por una superactividad de la hipófisis; pero es sobre todo la situación psicológica la que determina esa alternancia. Porque la agitación, las ilusiones y el fervor no son más que una defensa contra la fatalidad de lo que ha sido.

De nuevo la angustia aprieta la garganta de aquella cuya vida se ha consumado ya sin que, no obstante, la muerte la acoja. En lugar de luchar contra la desesperación, opta a menudo por embriagarse de ella. Insiste machaconamente en sus agravios, sus pesares, sus recriminaciones; se imagina negras maquinaciones por parte de vecinos y allegados; si tiene una hermana o una amiga de su edad que esté muy unida a ella, elaboran juntas delirios de persecución. Pero, sobre todo, deja que se desarrollen en su ánimo unos celos morbosos con relación a su marido: tiene celos de sus amigos, de sus hermanas, de su profesión, y, con razón o sin ella, acusa a alguna rival de ser responsable de cuantos males la afligen. Entre los cincuenta y los cincuenta y cinco años es cuando los casos patológicos de celos son más numerosos.

Las dificultades de la menopausia se prolongarán -a veces hasta la muerte- en la mujer que no se decide a envejecer; si no tiene otros recursos aparte de la explotación de sus encantos, luchará a brazo partido por conservarlos; también luchará con rabia si sus deseos sexuales conservan su vivacidad. El caso no es raro. Preguntaron en cierta ocasión a la princesa Metternich a qué edad deja la mujer de ser atormentada por la carne. «No lo sé -contestó-; solo tengo **{684}** sesenta y cinco años.» El matrimonio, que según Montaigne no ofrece jamás a la mujer sino «un poco de frescor», se convierte en un remedio cada vez más insuficiente a medida que esta entra en años; con frecuencia, paga en su madurez las resistencias y la frialdad de su juventud; cuando, por fin, empieza a conocer las fiebres del deseo, el marido hace ya mucho tiempo que se ha resignado a su indiferencia y ya se ha «arreglado». Despojada de sus atractivos por la costumbre y el tiempo, la esposa apenas tiene ya oportunidad para reavivar la llama conyugal. Despechada, resuelta a «vivir su vida», tendrá menos escrúpulos que antes -si es que alguna vez los tuvo- para tomar amantes; pero será preciso que estos se dejen tomar: ahora se trata de una caza del hombre. Despliega mil ardides: fingiendo ofrecerse, se impone; de la cortesía, la amistad y la gratitud no hace más que engaños. Busca a los jóvenes, no solo por el gusto de la carne lozana, sino porque solamente de ellos puede esperar esa ternura desinteresada que a veces experimenta el adolescente hacia una amante maternal; ella misma se ha vuelto agresiva y dominante: la docilidad de Chéri colma a Léa tanto como su belleza; traspuestos los cuarenta, madame de Staël escogía pajes a quienes aplastaba con su prestigio; por otra parte, un hombre tímido y novicio es más fácil de capturar. Cuando la seducción y los ardides se revelan genuinamente ineficaces, le queda un recurso a la obstinada: pagar. El cuento de los «cannivets», popular en la Edad Media, ilustra el destino de esas ogras insaciables: una joven, como muestra de

agradecimiento de los favores que concedía, exigía a cada uno de sus amantes un pequeño «cannivet», que guardaba en un armario; llegó el día en que el armario estuvo completamente lleno; pero en ese preciso momento fue cuando sus amantes empezaron a exigirle un «cannivet» después de cada noche de amor; en poco tiempo, el armario quedó vacío; todos los «cannivets» habían sido devueltos, y fue preciso comprar otros. Algunas mujeres afrontan la situación con cinismo: han tenido su época, y ahora les toca «devolver los cannivets». El dinero puede representar incluso a sus ojos un papel inverso del que representa para la cortesana, pero **{**685**}** igualmente purificador: transforma al varón en instrumento y permite a la mujer esa libertad erótica que su joven orgullo rechazaba en otro tiempo. Sin embargo, más novelesca que lúcida, la amante-bienhechora intenta a menudo comprar un espejismo de ternura, de admiración, de respeto; incluso se persuade de que da por el placer de dar, sin que nada le sea exigido: también aquí un hombre joven es un amante de elección, porque puede alardearse con respecto a él de una generosidad maternal; además, tiene un poco de ese «misterio» que el hombre exige también de la mujer a quien «ayuda», porque así la crudeza del trato se enmascara de enigma. Pero es raro que la mala fe sea clemente durante mucho tiempo; la lucha de los sexos se transforma en un duelo entre explotador y explotado, duelo en el que la mujer, decepcionada, frustrada, se arriesga a sufrir crueles derrotas. Si es prudente, se resignará al «desarme», aun cuando no se hayan extinguido todavía todos sus ardores.

Desde el día en que la mujer acepta envejecer, su situación cambia. Hasta entonces, era una mujer todavía joven, entregada a una lucha encarnizada contra un mal que misteriosamente [15] afeaba y deformaba; se convierte en un ser diferente, asexuado, pero consumado: una mujer de edad. Puede considerarse entonces que ha sido liquidada su crisis de menopausia. Pero no hay que concluir de ello que en adelante le será fácil vivir. Cuando ha renunciado a luchar contra la fatalidad del tiempo, se inicia un nuevo combate: es preciso que conserve un lugar en la Tierra.

La mujer se libera de sus cadenas en su otoño, en su invierno; toma su edad como pretexto para eludir las servidumbres que pesan sobre ella; conoce demasiado bien a su marido para dejarse intimidar todavía, evita sus abrazos, se prepara a su lado -en la amistad, la indiferencia o la hostilidad- una vida propia; si él declina más deprisa que ella, toma en sus manos la dirección de la pareja. También puede permitirse el lujo de desafiar a la moda, a la opinión; se sustrae a las obligaciones mundanas, a los regímenes y a los cuidados de belleza: como Léa, a quien Chéri encuentra liberada de costureras, corseteras, peluqueras y beatificamente **{**686**}** instalada en la glotonería. En cuanto a los hijos, son lo bastante mayores para prescindir de ella; se casan, se marchan de la casa. Liberada de sus deberes, descubre por fin su libertad. Desgraciadamente, en la historia de cada mujer se repite el hecho que hemos constatado en el curso de la historia de la Mujer: descubre esa libertad en el momento en que no encuentra nada que hacer con ella. Esa repetición no tiene nada de casual: la sociedad patriarcal ha dado a todas las funciones femeninas el carácter de una servidumbre; la mujer solo escapa a la esclavitud en los momentos en que pierde toda eficacia. Hacia los cincuenta años, se encuentra en plena posesión de sus energías, se siente rica de experiencia; hacia esa misma edad es cuando el hombre accede a las más elevadas situaciones, a los puestos más importantes: en cuanto a ella, hela ahí puesta en situación de retiro. No le han enseñado más que a entregarse abnegadamente, y ya nadie reclama su abnegación. Inútil, injustificada, contempla esos largos años sin promesas que le restan por vivir y murmura: «¡Nadie me necesita!».

No se resigna inmediatamente. A veces se aferra llena de congoja a su marido; le abruma más que nunca con sus cuidados; pero la rutina de la vida conyugal está demasiado bien establecida; o sabe desde hace mucho tiempo que no le es necesaria a su esposo, o ya no le respeta lo bastante como para justificarla. Asegurar la conservación de su vida en común es una tarea tan contingente como la de velar solitariamente por sí misma. Se volverá con esperanza hacia sus hijos: para estos, la suerte aún no ha sido echada; el mundo, el porvenir,

están abiertos para ellos, y ella querría precipitarse con ellos hacia ese mundo y ese porvenir. La mujer que ha tenido la suerte de engendrar a una edad avanzada, se encuentra en una situación privilegiada: todavía es una madre joven en el momento en que las otras se convierten en abuelas. Pero, en general, entre los cuarenta y los cincuenta años, la madre ve a sus pequeños convertirse en adultos. En el momento en que se le escapan es cuando se esfuerza apasionadamente por sobrevivir a través de ellos.

Su actitud es diferente según que su salvación la espere de **{**687**}** un hijo o de una hija; por lo general, deposita en aquel sus más ardientes esperanzas. He ahí que desde el fondo del pasado viene por fin hacia ella el hombre cuya maravillosa aparición acechaba otrora en el horizonte; desde los primeros vagidos del recién nacido ha esperado este día en que le dispensaría todos los tesoros con que el padre no ha sabido colmarla. Mientras tanto, le ha administrado cachetes y purgas, pero ya los ha olvidado; aquel a quien ella llevaba en su vientre, ya era uno de esos semidioses que gobiernan el mundo y el destino de las mujeres: ahora él va a reconocerla en la gloria de su maternidad. Va a defenderla contra la supremacía del esposo, a vengarla de los amantes que ha tenido y de los que no ha tenido; será su libertador, su salvador. Vuelve a encontrar junto a él las actitudes de seducción y exhibición de la joven que acecha al Príncipe Azul; cuando pasea con él, elegante y todavía encantadora, piensa que parece su «hermana mayor»; le encanta si -tomando por modelo a los héroes de las películas americanas- él le gasta bromas y la atosiga, reidor y respetuoso; y, con orgullosa humildad, reconoce la superioridad viril de aquel a quien ha llevado en su vientre. ¿En qué medida pueden calificarse esos sentimientos de incestuosos? Es cierto que, cuando se representa complacidamente apoyada en el brazo de su hijo, las palabras «hermana mayor» traducen púdicamente fantasmas equívocos; cuando duerme, cuando no se vigila, sus sueños la llevan a veces muy lejos; pero ya he dicho que sueños y fantasmas están muy lejos de expresar siempre el deseo oculto de un acto real: a menudo se bastan a sí mismos, son la realización acabada de un deseo que solo reclama una satisfacción imaginaria. Cuando la madre, de manera más o menos velada, juega a ver en su hijo un amante, no se trata más que de un juego. El erotismo propiamente dicho ocupa generalmente poco lugar en esa pareja. Pero es una pareja; desde el fondo de su feminidad, la madre saluda en su hijo al hombre soberano; se pone en sus manos con tanto fervor como la enamorada, y, a cambio de ese don, da por descontado que será elevada a la diestra del dios. Para obtener esa asunción, la enamorada apela a la **{**688**}** libertad del amante: asume generosamente un riesgo; el rescate consiste en sus ansiosas exigencias. La madre estima que ha adquirido derechos sagrados por el solo hecho de dar a luz; no espera a que su hijo se reconozca en ella para considerarlo como criatura suya, como un bien suyo; es menos exigente que la amante, porque es de una mala fe más tranquila; habiendo modelado una carne, hace suya una existencia, cuyos actos, obras y méritos se apropia. Al exaltar su fruto, eleva hasta las nubes su propia persona.

Vivir por procuración es siempre un expediente precario. Las cosas pueden no salir como se había deseado. Sucede a menudo que el hijo es un inútil, un golfo, un fracasado, un fruto seco, un ingrato. Respecto al héroe que debe encarnar, la madre tiene sus ideas propias. Nada más raro que la que respeta auténticamente en su hijo la persona humana, reconoce su libertad hasta en sus fracasos, asume con él los riesgos implícitos en todo compromiso. Es mucho más corriente encontrarse con émulas de esa espartana demasiado ponderada que condenaba alegremente a su vástago a la gloria o a la muerte; lo que el hijo tiene que hacer en la Tierra es justificar la existencia de su madre, adueñándose, en provecho de ambos, de los valores que ella respeta. La madre exige que los proyectos del niño-dios estén de acuerdo con su propio ideal y que su éxito esté asegurado. Toda mujer quiere engendrar un héroe, un genio; pero todas las madres de héroes y genios han empezado por clamar que estos les partían el corazón. Lo más frecuente es que el hombre conquiste contra su madre los trofeos con que esta soñaba adornarse y que ni siquiera reconoce cuando él los arroja a sus pies. Incluso si aprueba en principio las empresas de su hijo, está desgarrada por una contradicción análoga a la que atormenta a la enamorada. Para justificar su vida -y la de su madre-, tiene que superarla hacia

determinados fines, y para conseguirlos se ve arrastrado a correr peligros, a comprometer su salud: pero no acepta el valor del don que le ha hecho su madre cuando sitúa ciertos fines por encima del puro hecho de vivir. Ella se escandaliza; solamente reina sobre el hombre como soberana si esa carne que ella ha engendrado **{**689**}** es para él un bien supremo: no tiene él derecho a destruir esa obra que ella ha realizado con sufrimiento. «Te vas a cansar, vas a caer enfermo, te ocurrirá una desgracia», le zumba en los oídos. Sin embargo, sabe muy bien que vivir no es suficiente; de lo contrario sería superfluo incluso procrear; ella sería la primera en irritarse si su vástago fuese un holgazán, un cobarde. Jamás está en reposo. Cuando el hijo parte para la guerra, quiere que vuelva vivo, pero condecorado. En su carrera, desea que «llegue», pero tiembla ante la idea de que se agote de cansancio. Haga lo que haga, siempre asistirá preocupada e impotente al desarrollo de una historia que es la suya y que ella no dirige: teme que emprenda un camino equivocado, que no triunfe, que, aunque triunfe, caiga enfermo. Incluso si confía en él, la diferencia de edad y de sexo no permite que se establezca entre su hijo y ella una verdadera complicidad; no está al corriente de sus trabajos, no se le pide ninguna colaboración.

Por eso, aunque admire a su hijo con el más desmesurado orgullo, la madre permanece insatisfecha. Como cree haber engendrado no solo una carne, sino haber fundado una existencia absolutamente necesaria, se siente retrospectivamente justificada; pero los derechos no son una ocupación: para llenar sus jornadas, necesita perpetuar su acción benéfica; quiere sentirse indispensable para su dios; el engaño de la dedicación se ve en este caso denunciado de la manera más brutal: la esposa va a despojarla de sus funciones. Se ha descrito a menudo la hostilidad que experimenta con respecto a aquella extraña que le «quita» a su hijo. La madre ha elevado la facilidad contingente del parto a la altura de un misterio divino, y se niega a admitir que una decisión humana pueda tener más peso. A sus ojos, todos los valores ya están formados; proceden de la Naturaleza, del pasado; desconoce el valor de un compromiso libre. Su hijo le debe la vida; ¿qué debe a aquella mujer a quien no conocía ayer? Mediante algún maleficio ella le ha convencido de la existencia de un vínculo que hasta entonces no existía; es intrigante, interesada, peligrosa. La madre espera con impaciencia que la impostura se descubra; estimulada por el **{**690**}** viejo mito de la buena madre de manos consoladoras que restañan las heridas infligidas por la mala mujer, acecha en el rostro de su hijo los signos de la desgracia, y los descubre aunque él los niegue; entonces se queja de que él no se queje de nada; espía a su nuera, la critica, opone a todas sus innovaciones el pasado y la costumbre, que condenan la presencia misma de la intrusa. Cada una entiende a su manera la felicidad del bien amado; la mujer quiere ver en él un hombre a través del cual ella dominará al mundo; la madre, para conservarlo, trata de devolverlo a la infancia; a los proyectos de la joven, que espera que su marido se haga rico o persona importante, opone ella las leyes de su esencia inamovible: él es frágil, no tiene que fatigarse en exceso. El conflicto entre pasado y porvenir se exacerba cuando la recién llegada queda encinta a su vez. «El nacimiento de los hijos es la muerte de los padres», es una verdad que adquiere entonces toda su fuerza cruel: la madre, que esperaba sobrevivirse en su hijo, comprende que este la condena a muerte. Ella ha dado la vida: la vida va a proseguir sin ella; ya no es la Madre: solamente un eslabón; cae del cielo de los ídolos intemporales; no es más que un individuo acabado, caducado. Entonces es cuando, en los casos patológicos, su odio se exaspera hasta convertirse en una neurosis o empujarla al crimen; cuando se declaró el embarazo de su nuera, madame Lefevbre, que la detestaba desde hacía mucho tiempo, se decidió a asesinarla (1) **{**691**}**.

(1) En agosto de 1925, una burguesa del Norte, madame Lefevbre, de sesenta años de edad, que vivía con su marido y sus hijos, mató a su nuera, encinta de seis meses, durante un viaje en automóvil, mientras su hijo conducía el vehículo. Condenada a muerte e indultada, terminó sus días en un establecimiento disciplinario, donde no manifestó el menor remordimiento; creía haber recibido la aprobación divina cuando mató a su nuera «como se arranca la mala hierba, el mal grano, como se mata a una fiera». De esa supuesta fiereza daba como única

prueba el que la joven le dijo un día: «Ahora me tiene con usted: por tanto, tendrá que contar conmigo.» Cuando sospechó el embarazo de su nuera, compró un revólver, explicando que era para defenderse de los ladrones. Después de la menopausia, se había aferrado desesperadamente a su maternidad: durante doce años había experimentado trastornos que expresaban simbólicamente un embarazo imaginario.

Normalmente, la abuela supera su hostilidad; a veces se obstina en ver en el recién nacido exclusivamente al hijo de su hijo, y lo ama de un modo tiránico; pero generalmente la joven madre lo reivindica; celosa, la abuela siente por el bebé uno de esos cariños ambiguos en los que la enemistad se disimula bajo la figura de la ansiedad.

La actitud de la madre con respecto a su hija hecha mujer es ambivalente: en su hijo, busca un dios; en su hija, encuentra una doble. El «doble» es un personaje ambiguo; asesina a aquel de quien emana, como se ve en los cuentos de Poe, en El retrato de Dorian Gray, en la historia que relata Marcel Schwob. Así, la hija, al hacerse mujer, condena a muerte a su madre, y, no obstante, permite que se perpetúe. La actitud de la madre es muy distinta, según que capte en el desarrollo de su hija una promesa de ruina o de resurrección.

Muchas mujeres se encastillan en la hostilidad; no admiten ser suplantadas por la ingrata que les debe la vida; con frecuencia se han señalado los celos de la coqueta con respecto a la lozana adolescente que denuncia sus artificios: la que en toda mujer ha detestado a una rival, odiará a la rival hasta en la persona de su hija; la aleja o la secuestra, o se ingenia para privarla de sus oportunidades. La que cifraba toda su gloria en ser, de manera ejemplar y única, la Esposa, la Madre, no se niega menos ásperamente a dejarse destronar; continúa afirmando que su hija no es más que una niña; considera sus empresas como un juego pueril; dice que es demasiado joven para casarse, demasiado frágil para procrear; si se obstina en querer un esposo, un hogar, hijos, no serán más que falsos pretextos; incansablemente, la madre critica, se burla o profetiza toda suerte de males. Si se le permite, condena a su hija a una eterna infancia; de lo contrario, procura arruinar esa vida adulta que la otra pretende arrogarse. Ya se ha visto que lo logra frecuentemente: multitud de mujeres jóvenes permanecen estériles, abortan, se muestran incapaces de amamantar y criar a su hijo, de dirigir la casa, debido a esa influencia maléfica. Su vida conyugal se revela imposible. Desdichadas y aisladas, hallarán **{**692**}** un refugio en los brazos soberanos de la madre. Si se le resisten, un eterno conflicto las opondrá a ambas; la madre frustrada hará caer en gran parte sobre su yerno la irritación que provoca en ella la insolente independencia de su hija.

La madre que se identifica apasionadamente con su hija no es menos tiránica; provista de su madura experiencia, lo que ella quiere es comenzar de nuevo su juventud: así salvará su pasado al mismo tiempo que huye de él; se elegirá un yerno conforme a ese marido soñado que no ha tenido; coqueta, tierna, se imaginara de buen grado que es con ella con quien se casa en alguna secreta región de su corazón; a través de su hija, satisfará sus viejos deseos de riqueza, de éxito, de gloria; se ha descrito con frecuencia a esas mujeres que «empujan» ardientemente a su hija por los caminos de la galantería, del cine o del teatro; so pretexto de vigilarla, se apropian de su vida: me han citado el caso de algunas que llegan hasta llevarse a la cama a los pretendientes de la joven.

Pero es raro que esta última soporte indefinidamente semejante tutela; tan pronto como encuentre un marido o un protector serio, se rebelará. La suegra, que había empezado por querer a su yerno, se le vuelve hostil; gime por la ingratitud humana, adopta el papel de víctima; se convierte, a su vez, en una madre enemiga. Presintiendo estas decepciones, muchas mujeres afectan indiferencia cuando ven crecer a sus hijos: pero entonces extraen de ellos poca dicha. Una madre necesita una rara mezcla de generosidad y desprendimiento para hallar en la vida de sus hijos un enriquecimiento sin convertirse en su tirana ni transformarlos en verdugos.

Los sentimientos de la abuela con respecto a sus nietos prolongan los que experimenta hacia su hija: a menudo hace recaer sobre ellos su hostilidad. No es solo por el qué dirán por lo que tantas mujeres obligan a la hija seducida a abortar, a abandonar al niño, a suprimirlo, sino porque se sienten demasiado dichosas al prohibirle la maternidad; se obstinan en querer detentar exclusivamente ese privilegio. Incluso a la madre legítima le aconsejarán gustosas que dejen **{**693**}** desaparecer al pequeño, que no lo amamanten, que lo alejen. Ellas mismas negarán con su indiferencia esa pequeña existencia desvergonzada; o bien estarán incesantemente ocupadas en regañar al niño, castigarlo y maltratarlo. Por el contrario, la madre que se identifica con su hija acoge frecuentemente a los hijos de esta con más avidez que la misma joven: esta se siente desconcertada por la llegada del pequeño desconocido; la abuela lo reconoce: retrocede veinte años en el tiempo, vuelve a ser una joven parturienta; le son devueltas todas las alegrías de la posesión y la dominación que desde hace mucho tiempo no le dan ya sus hijos; todos los deseos de la maternidad, a los cuales había renunciado en el momento de la menopausia, son milagrosamente colmados; ella es la verdadera madre, toma a su cargo al bebé con toda autoridad y, si se lo dejan, se dedicará a él con pasión.

Desgraciadamente para ella, la joven quiere afirmar sus derechos: la abuela solo está autorizada a representar el papel de ayudante que otrora representaron junto a ella sus mayores; se siente destronada; y, además, hay que contar con la madre de su yerno, de la cual se siente naturalmente celosa. El despecho pervierte a menudo el amor espontáneo que antes sentía por el niño. La ansiedad que se observa frecuentemente en las abuelas traduce la ambivalencia de sus sentimientos: quieren al bebé en la medida en que les pertenece, pero son hostiles al pequeño extraño que también lo es para ellas, y se avergüenzan de esa enemistad. No obstante, si, al renunciar a poseerlos por entero, la abuela conserva por sus nietos un cálido cariño, puede representar en su vida un privilegiado papel de divinidad tutelar: al no reconocerse ni derechos. ni responsabilidades, los ama con una pura generosidad; a través de ellos, no acaricia sueños narcisistas, no les pide nada, no los sacrifica a un porvenir en el cual no estará ella presente: lo que quiere son los pequeños seres de carne y hueso que están ahí, hoy, en su contingencia y su gratuidad; no es una educadora; no encarna la justicia abstracta, la ley. De ahí nacerán los conflictos que a veces la opondrán a los padres **{**694**}**.

Puede suceder que la mujer no tenga descendencia o no se interese por su posteridad; a falta de lazos naturales con hijos o nietos, trata a veces de crear artificialmente homólogos. Ofrece a los jóvenes una ternura maternal; sea o no platónico su cariño, no es solo por hipocresía por lo que declara amar a su joven protegido «como a un hijo»: los sentimientos de una madre, inversamente, son amorosos. Es cierto que las émulas de madame de Warens se complacen en colmar y ayudar a formar un hombre con toda generosidad: se quieren fuente, condición necesaria, fundamento de una existencia que las trasciende; se hacen madres y se buscan en su amante bajo esta figura mucho más que bajo la de amante. Muy a menudo también, la mujer maternal adopta prostitutas: también en este caso sus relaciones revisten formas más o menos sexuales; pero, sea platónica o carnalmente, lo que busca en sus protegidas es su doble milagrosamente rejuvenecida. La actriz, la bailarina, la cantante se hacen pedagogas: forman alumnas; la intelectual -como madame de Charrière en la soledad de Colombier- adoctrina a sus discípulas; la devota reúne a su alrededor hijas espirituales; la mujer de vida alegre se convierte en «patrona». Si aportan a su proselitismo un celo tan ardiente, jamás es por puro interés: tratan apasionadamente de reencarnarse. Su tiránica generosidad engendra, poco más o menos, los mismos conflictos que entre las madres y las hijas unidas por los vínculos de la sangre. También es posible adoptar nietos: las tías-abuelas, las madrinas, representan de buen grado un papel análogo al de las abuelas. Pero, en todo caso, es muy raro que la mujer encuentre en su posteridad -natural o elegida- una justificación de su vida declinante: fracasa en el intento de hacer suya la empresa que una esas jóvenes existencias. O se obstina en su esfuerzo por anexionársela y se consume en luchas y dramas que la dejan frustrada, rota, o se resigna a una participación modesta. Este es el caso más corriente. La madre envejecida, la

abuela, reprime sus deseos dominadores, disimula sus rencores; se contenta con lo que quieran darle sus hijos. Pero entonces no encuentra en ellos mucha ayuda. Permanece disponible ante **{**695**}** el desierto del porvenir, presa de la soledad, el pesar y el tedio.

Se toca aquí la lamentable tragedia de la mujer de edad: se sabe inútil; a lo largo de toda su vida, la mujer burguesa ha tenido que resolver a menudo el irrisorio problema de cómo matar el tiempo. Pero, una vez criados los hijos y cuando el marido ha «llegado» o, por lo menos, se ha instalado, los días no terminan de morir. Las labores femeninas se han inventado para disimular esa horrible ociosidad; las manos bordan, hacen punto, se mueven; no se trata de un verdadero trabajo, porque el objeto producido no es el fin propuesto; apenas tiene importancia y a menudo es un problema saber qué destino se le va a dar: se desembaraza una de ello regalándoselo a una amiga, a una organización caritativa, o cubriendo con tales objetos chimeneas y mesitas; ya no es tampoco un juego que descubra en su gratuidad la pura alegría de existir, y apenas es una coartada, ya que el espíritu permanece vacante: es la diversión absurda, tal y como la describe Pascal; con la aguja o el ganchillo, la mujer teje tristemente la nada misma de sus días. La acuarela, la música, la lectura, desempeñan justamente el mismo papel; la mujer ociosa, al entregarse a ellas, no trata de ampliar su aprehensión del mundo, sino meramente de no aburrirse; una actividad que no abra el porvenir vuelve a caer en la vanidad de la inmanencia; la ociosa comienza un libro, lo deja, abre el piano, lo cierra, vuelve a su bordado, bosteza y termina por descolgar el teléfono. En la vida mundana es donde, en efecto, busca ayuda con más agrado; sale, hace visitas, concede una enorme importancia a sus recepciones, como hace la señora Dalloway; asiste a todas las bodas, a todos los sepelios; careciendo ya de existencia propia, se nutre de presencias ajenas; de coqueta se transforma en comadre; observa, comenta; compensa su inactividad esparciendo a su alrededor críticas y consejos. Pone su experiencia al servicio de todos aquellos que no se la piden. Si dispone de medios para ello, abre un salón donde reunirse con gente: así espera apropiarse de las empresas y los éxitos extraños; sabido es el despotismo con que gobernaban **{**696**}** a sus súbditos madame Du Deffand y madame Verdurin. Ser centro de atracción, encrucijada, inspiradora, crear un «ambiente», ya es un sucedáneo de acción. Hay otras maneras más directas de intervenir en el curso del mundo; en Francia existen «obras» y algunas «asociaciones», pero es sobre todo en Norteamérica donde las mujeres se agrupan en clubs donde juegan al bridge, distribuyen premios literarios y meditan acerca de posibles mejoras sociales. Lo que caracteriza en ambos continentes a la mayoría de tales organizaciones es que son en sí mismas su propia razón de ser: los fines que pretenden perseguir les sirven únicamente de pretexto. Las cosas suceden exactamente como en el apólogo de Kafka (1): nadie se preocupa de construir la torre de Babel; en torno a su emplazamiento ideal se construye una vasta aglomeración que consume todas sus fuerzas en administrarse, agrandarse, solventar sus disensiones intestinas. Así, esas damas se pasan la mayor parte del tiempo organizando su organización; eligen un despacho, discuten sus estatutos, disputan entre ellas y entablan una lucha de prestigio con la asociación rival: es preciso que nadie les robe sus pobres, sus enfermos, sus heridos, sus huérfanos; antes los dejarían morir que cedérselos a sus vecinos. Están muy lejos de desear un régimen que, suprimiendo injusticias y abusos, hiciese inútil su dedicación; bendicen las guerras y las hambres que las transforman en bienhechoras de la Humanidad. Está claro que, a sus ojos, los pasamontañas y los paquetes no están destinados a los soldados, a los hambrientos, sino que estos están hechos expresamente para recibir prendas de punto y paquetes.

(1) Las armas de la ciudad.

Pese a todo, algunas de esas agrupaciones alcanzan resultados positivos. En Estados Unidos es muy considerable la influencia de las veneradas «moms»; esa influencia se explica por los ocios que les permite su existencia parasitaria: de ahí que sea nefasta. «Al no saber nada de medicina, arte, ciencia, religión, derecho, salud, higiene... -dice Philipp **{**697**}** Wyllie (1) hablando de la «mom» americana-, se interesa raramente por lo que hace en tanto que

miembro de una de esas innumerables organizaciones: le basta con que sea algo.» Su esfuerzo no está integrado en un plan coherente y constructivo, no se propone fines objetivos: solo tiende a manifestar imperiosamente sus gustos, sus prejuicios, o a servir sus intereses. En el dominio cultural, por ejemplo, representan un papel considerable: son ellas las que más libros consumen; pero leen como el que cumple una penitencia; la literatura adquiere su sentido y su dignidad cuando se dirige a individuos comprometidos en proyectos, cuando los ayuda a superarse hacia horizontes más amplios; es preciso que se integre en el movimiento de la trascendencia humana; en cambio, la mujer rebaja el valor de los libros y de las obras de arte engulléndolos en su inmanencia; el cuadro se convierte en chuchería, la música se hace estribillo, la novela se torna en un sueño tan vano como una funda de ganchillo. Las norteamericanas son las responsables del envilecimiento de los «best-sellers», que no solo se limitan a pretender agradar, sino que pretenden agradar a mujeres ociosas con mal de evasión. En cuanto al conjunto de sus actividades, Philipp Wyllie las define así:

(1) Generación de víboras.

> Aterrorizan a los políticos hasta empujarlos a un servilismo lloriqueante y amedrentan a los de sus iglesias; fastidian a los presidentes de bancos y pulverizan a los directores de colegios. La «mom» multiplica las organizaciones cuyo objetivo real consiste en reducir al prójimo a una complacencia abyecta ante sus deseos egoístas... Ella expulsa de la ciudad y del Estado si es posible a jóvenes prostitutas... Se las arregla para que las líneas de autobuses pasen por donde le es práctico a ella antes que a los trabajadores... Organiza actos y fiestas de caridad prodigiosas y entrega el producto al conserje para que compre cerveza destinada a curar la resaca de los miembros del comité al día siguiente por la mañana... Los clubs proporcionan a la «mom» incalculables ocasiones de meter la nariz en los asuntos ajenos **{**698**}**.

Hay mucho de verdad en esa sátira agresiva. Al no estar especializadas ni en política, ni en economía, ni en ninguna disciplina técnica, las viejas damas no tienen sobre la sociedad ningún ascendiente concreto; ignoran los problemas que plantea la acción; son incapaces de elaborar ningún programa constructivo. Su moral es abstracta y formal como los imperativos de Kant; pronuncian anatemas, en lugar de tratar de descubrir los caminos del progreso; no intentan crear positivamente situaciones nuevas: la emprenden con lo que es, con objeto de eliminar sus males; eso explica que siempre se coaliguen contra algo: contra el alcohol, la prostitución, la pornografía; no comprenden que un esfuerzo puramente negativo está condenado al fracaso, como lo ha demostrado en Norteamérica el fracaso de la prohibición y en Francia el de la ley que ha hecho votar Marthe Richard. Mientras la mujer siga siendo un parásito, nunca podrá participar eficazmente en la elaboración de un mundo mejor.

Sucede a pesar de todo que algunas mujeres se comprometen por entero en alguna empresa y llegan a actuar verdaderamente; entonces, ya no buscan exclusivamente ocuparse en algo, sino que se proponen unos fines; productoras autónomas, se evaden de la categoría parasitaria que estamos considerando aquí: pero esa transformación es muy poco frecuente. En sus actividades privadas o públicas, la mayoría de las mujeres no se proponen un resultado a obtener, sino una manera de ocuparse: y toda ocupación es vana cuando solo es un pasatiempo. Multitud de ellas sufren por esa causa; teniendo detrás de sí una vida ya terminada, conocen los mismos desarreglos que los adolescentes cuya vida aún no ha comenzado; nada los solicita, alrededor de unos y otras se extiende el desierto; en presencia de toda acción, murmuran: «¿Para qué?» Pero el adolescente, de buen o mal grado, es arrastrado a una existencia de hombre que le revela responsabilidades, fines, valores; se ve lanzado al mundo, toma partido, se compromete. Si a la mujer de edad le sugieren que parta de nuevo hacia el porvenir, responde tristemente: «Es demasiado tarde.» No es que, en **{**699**}** adelante, le vayan a medir el tiempo: una mujer es puesta en situación de retiro muy pronto; pero le faltan el impulso, la confianza, la esperanza y la agresividad que le permitirían

descubrir a su alrededor fines nuevos. Se refugia en la rutina que siempre ha sido su suerte; hace de la repetición un sistema, contrae manías caseras; se hunde cada vez más profundamente en la devoción; se complace en el estoicismo, como madame de Charrière. Se hace seca, indiferente, egoísta.

Hacia el término de su existencia, cuando ha renunciado a la lucha, cuando la proximidad de la muerte la libera de la angustia del futuro, es cuando la mujer vieja halla por lo general la serenidad. Su marido es frecuentemente mayor que ella, y ella asiste a su decadencia con silenciosa complacencia: es su desquite; si él muere primero, ella soporta alegremente su luto; en muchas ocasiones se ha observado que a los hombres les abruma mucho más una tardía viudedad: extraen más beneficios que la mujer del matrimonio, sobre todo en sus años de vejez; porque entonces el Universo se ha concentrado en los límites del hogar; los días presentes no se desbordan sobre el porvenir: ella es quien asegura su ritmo monótono y quien reina sobre ellos; cuando ha perdido sus funciones públicas, el hombre se transforma en un ser completamente inútil; la mujer conserva, al menos, la dirección de la casa; le es necesaria a su marido, en tanto que este solamente es importuno. Se enorgullecen de su independencia; por fin, empiezan a mirar el mundo con sus propios ojos; se percatan de que, durante toda su vida, han sido engañadas, burladas; lúcidas y desconfiadas, alcanzan a menudo un cinismo en el que se complacen. En particular, la mujer que ha «vivido» tiene un conocimiento de los hombres que no comparte ningún hombre: porque ha visto no su figura pública, sino al individuo contingente que cada uno de ellos manifiesta en ausencia de sus semejantes; conoce también a las mujeres que no se muestran espontáneamente más que a otras mujeres. Conoce el reverso de la decoración. Pero, si su experiencia le permite denunciar mistificaciones y mentiras, no basta para descubrirle la verdad **{**700**}**.

Divertida o amargada, la sabiduría de la mujer vieja sigue siendo completamente negativa: es oposición, acusación, rechazo; es estéril. Tanto en sus pensamientos como en sus actos, la más alta forma de libertad que puede conocer la mujer-parásito es el desafío estoico o la ironía escéptica. En ninguna edad de su vida consigue ser a la vez eficaz e independiente **{**701**}**.

CAPÍTULO VI.

SITUACIÓN Y CARÁCTER DE LA MUJER.

Ahora nos es posible comprender por qué se encuentran tantos rasgos comunes en las requisitorias dirigidas contra la mujer, desde los griegos hasta nuestros días; su condición ha seguido siendo la misma a través de cambios superficiales, y esa situación es la que define lo que se ha dado en llamar el «carácter» de la mujer: la mujer «se revuelca en la inmanencia», tiene el espíritu de la contradicción, es prudente y mezquina, carece del sentido de la verdad y de la exactitud, no tiene moral, es bajamente utilitaria, embustera, comedianta, interesada... En todas esas afirmaciones hay algo de verdad. Solo que las actitudes que se denuncian no le son dictadas a la mujer por sus hormonas, ni están prefiguradas en los compartimientos de su cerebro: están indicadas por su situación. En esta perspectiva, vamos a tratar de tomar sobre ella una vista sintética, lo cual nos obligará a ciertas repeticiones, pero también nos permitirá captar «el eterno femenino» en el conjunto de su condicionamiento económico, social e histórico.

A veces se opone el «mundo femenino» al universo masculino, pero es preciso subrayar una vez más que las mujeres no han constituido jamás una sociedad autónoma y cerrada; están integradas en la colectividad regida por los varones y en la cual ocupan una posición subordinada; están unidas únicamente en tanto que son semejantes en virtud de una solidaridad mecánica: no existe entre ellas esa solidaridad orgánica sobre la cual se funda toda comunidad unificada; **{**702**}** siempre se han esforzado -tanto en tiempo de los misterios de

Eleusis como hoy en los clubs, los salones, los obradores- por coaligarse para afirmar un «contrauniverso», pero siguen planteándoselo en el seno del universo masculino. Y de ahí proviene lo paradójico de su situación: pertenecen al mundo masculino y, al mismo tiempo, a una esfera en la que se hace oposición a ese mundo; encerradas en esta, investidas por aquel, no pueden instalarse en ninguna parte con tranquilidad. Su docilidad siempre va emparejada con un rechazo; su rechazo, con una aceptación; en eso su actitud se acerca a la de la joven; pero es más difícil de sostener, porque ya no se trata solamente para la mujer adulta de soñar su vida a través de símbolos, sino de vivirla.

La propia mujer reconoce que el Universo, en su conjunto, es masculino; han sido los hombres quienes le han dado forma, lo han regido y todavía hoy lo dominan; en cuanto a ella, no se considera responsable de nada de eso; se sobreentiende que es inferior, dependiente; no ha aprendido las lecciones de la violencia, jamás ha emergido como un sujeto ante otros miembros de la colectividad; encerrada en su carne, en su morada, se capta como ente pasivo frente a esos dioses con rostro humano que definen fines y valores. En este sentido, hay algo de verdad en el slogan que la condena a seguir siendo «una eterna niña»; se ha dicho también de los obreros, de los esclavos negros y de los indígenas colonizados que eran «niños grandes», mientras no se los temió; eso significaba que debían aceptar sin discusión las verdades y las leyes que les proponían otros hombres. La suerte de la mujer consiste en la obediencia y el respeto. Ni siquiera en el pensamiento tiene ascendiente sobre esa realidad que la inviste. A sus ojos es una presencia opaca. En efecto, no ha realizado el aprendizaje de las técnicas que le permitirían dominar la materia; en cuanto a sí misma, no es con la materia con la que tiene que habérselas, sino con la vida; y esta no se deja dominar por los útiles: solo se puede sufrir sus leyes secretas. El mundo no se le presenta a la mujer como un «conjunto de utensilios» intermediario entre su voluntad y sus fines, como lo define Heidegger: por el contrario, es una **{**703**}** resistencia obstinada, indomable; está dominado por la fatalidad y atravesado de misteriosos caprichos. Ese misterio de una fresa de sangre que en el vientre materno se torna ser humano no puede ser reducido a una ecuación por ninguna matemática, ninguna máquina podría acelerarlo o retardarlo; ella experimenta la resistencia del tiempo, que los aparatos más ingeniosos no logran dividir ni multiplicar; lo experimenta en su carne sometida al ritmo de la luna y a la cual maduran primero los años y luego la corroen. De manera cotidiana, la cocina le enseña también paciencia y pasividad; se trata de una alquimia; es preciso obedecer al fuego, al agua, esperar a que se funda el azúcar, que la masa fermente, y también que la ropa se seque y maduren los frutos. Los trabajos caseros se asemejan a una actividad técnica; pero son demasiado rudimentarios y monótonos para convencer a la mujer respecto a las leyes de la causalidad mecánica. Por otra parte, incluso en este dominio, las cosas tienen sus caprichos; hay tejidos que quedan como estaban antes de lavarlos y otros que no, manchas que desaparecen y otras que se resisten, objetos que se rompen solos, polvo que germina como las plantas. La mentalidad de la mujer perpetúa la de las civilizaciones agrícolas, que adoraban las virtudes mágicas de la tierra: ella cree en la magia. Su erotismo pasivo le descubre el deseo, no como voluntad y agresión, sino como una atracción análoga a la que hace oscilar el péndulo del brujo; la sola presencia de su carne infla y yergue el sexo masculino; ¿por qué un agua oculta no haría estremecerse la varita de avellano? Se siente rodeada de ondas, de radiaciones, de fluidos; cree en la telepatía, la astrología, la radiestesia, en la cubeta magnética de Mesmer, en la teosofía, en los veladores que se mueven, en los curanderos; introduce en la religión las supersticiones primitivas: cirios, exvotos, etc., encarna en los santos a los antiguos espíritus de la Naturaleza: este protege a los viajeros; aquel, a las parturientas; este otro encuentra los objetos perdidos; y bien entendido, ningún prodigio la asombra. Su actitud será la de la conjuración y la oración; para obtener cierto resultado, cumplirá ciertos ritos probados. Es fácil comprender **{**704**}** por qué es rutinaria; el tiempo no tiene para ella una dimensión de novedad, no es un brotar creador; como está destinada a la repetición, no ve en el porvenir más que un duplicado del pasado; si se conoce el santo y seña, el tiempo se alía a los poderes de la fecundidad: pero incluso esta obedece al ritmo de los meses, de las estaciones; el ciclo de cada embarazo, de cada floración, reproduce

idénticamente al que le precedió: en ese movimiento circular, el único devenir del tiempo es una lenta degradación: roe los muebles y la ropa lo mismo que estropea el rostro; los poderes fértiles son destruidos poco a poco por la huida de los años. Así, la mujer no tiene confianza en esa fuerza encarnizada que ha de deshacerse.

No solo ignora lo que es una verdadera acción, capaz de cambiar la faz del mundo, sino que está perdida en medio de ese mundo como en el corazón de una inmensa y confusa nebulosa. No sabe servirse bien de la lógica masculina. Stendhal observaba que la mujer la maneja tan hábilmente como el hombre si la necesidad la obliga. Pero es un instrumento que apenas tiene ocasión de utilizar. Un silogismo no sirve ni para hacer una mahonesa ni para calmar el llanto de un niño; los razonamientos masculinos no están adecuados a la realidad cuya experiencia tiene ella. Y, en el reino de los hombres, puesto que no hace nada, su pensamiento no se distingue del sueño, al no fundirse en ningún proyecto; carece del sentido de la verdad, a falta de eficacia; nunca forcejea más que con imágenes y palabras: por eso acoge con despreocupación las aseveraciones más contradictorias; se cuida muy poco de dilucidar los misterios de un dominio que, de todas formas, está fuera de su alcance; se contenta con unos conocimientos espantosamente vagos: confunde los partidos, las opiniones, los lugares, las gentes, los acontecimientos; en su cabeza hay una extraña barahúnda. Pero, después de todo, no es cosa suya ver claro en todo eso: le han enseñado a aceptar la autoridad masculina; por tanto, renuncia a criticar, a examinar y a juzgar por su cuenta. Se remite a la casta superior. Por eso el mundo masculino le parece una realidad trascendente, un absoluto. «Los **{**705**}** hombres forjan los dioses -dice Frazer- y las mujeres los adoran.» Ellos no pueden arrodillarse con absoluta convicción ante los ídolos que han forjado; pero, cuando las mujeres se ven ante esas grandes estatuas, no se imaginan que mano alguna las haya fabricado y se prosternan dócilmente (1). En particular, les encanta que el Orden, el Derecho, se encarnen en un jefe. En todo Olimpo hay un dios soberano; la prestigiosa esencia viril debe concentrarse en un arquetipo del cual padre, marido o amantes no son más que inciertos reflejos. Resulta un tanto humorístico decir que el culto que rinden a ese gran tótem es sexual; lo cierto es que, ante él, satisfacen plenamente el sueño infantil de dimisión y humillación de hinojos. En Francia, los generales: Boulanger, Pétain, De Gaulle (2) siempre han tenido a las mujeres de su parte; también se recordará con qué estremecimientos de su pluma las mujeres periodistas de L'Humanité evocaban en otro tiempo a Tito y su espléndido uniforme. El general, el dictador -mirada de águila, mentón voluntarioso- es el padre celeste exigido por el universo de lo serio, el garante absoluto de todos los valores. De su ineficacia y de su ignorancia es de donde nace el respeto que otorgan las mujeres a los héroes y a las leyes del mundo masculino; los reconocen, no en virtud de un juicio, sino por un acto de fe: la fe extrae su fuerza fanática del hecho de que no es un saber: es ciega, apasionada, terca, estúpida; lo que plantea, lo plantea incondicionalmente, contra la razón, contra la Historia, contra todos los mentís. Tan porfiada **{**706**}** reverencia puede adoptar, según las circunstancias, dos figuras: la mujer se adhiere con pasión unas veces al contenido de la ley, y otras, a su sola forma vacía. Si forma parte de la privilegiada minoría que se beneficia del orden social establecido, lo quiere inquebrantable y se hace notar por su intransigencia. El hombre sabe que puede reconstruir otras instituciones, otra ética, otro código; captándose como trascendencia, encara también la Historia como un devenir; el más conservador de los hombres sabe que cierta evolución es ineluctable y que a ello debe amoldar su acción y su pensamiento; la mujer, que no participa en la Historia, no comprende las necesidades de la misma; desconfía del porvenir y desea detener el tiempo. Si le abaten los ídolos propuestos por su padre, sus hermanos, su marido, no presenta ningún procedimiento para repoblar el cielo; se encarniza en su defensa, eso es todo. Durante la guerra de Secesión, nadie era entre los sudistas tan apasionadamente esclavista como las mujeres; en Inglaterra, en el momento de la guerra de los bóers, y en Francia contra la Commune, fueron ellas quienes se mostraron más rabiosas; tratan de compensar su inacción con la intensidad de los sentimientos de que hacen gala; en caso de victoria, se desencadenan como hienas contra el enemigo abatido; en caso de derrota, se niegan ásperamente a toda conciliación; al no ser sus ideas sino actitudes, les es indiferente

defender las causas más caducas: pueden ser legitimistas en 1914 y zaristas en 1949. El hombre a veces las anima, sonriendo: le place ver reflejadas bajo una forma fanática las opiniones que él expone con más mesura; pero a veces también a él le irrita el aspecto estúpido y terco que revisten entonces sus propias ideas.

(1) Véase JEAN-PAUL SARTRE: Les mains sales. «Hoederer: Ellas son porfiadas, ¿comprendes? Reciben las ideas ya hechas y creen en ellas como en el mismo Dios. Somos nosotros quienes elaboramos las ideas y quienes conocemos la receta; y nunca estamos enteramente seguros de tener razón.»

(2) «Al paso del general, el público lo componían fundamentalmente mujeres y niños.» (Les journaux, a propósito de la gira de septiembre de 1948 por Saboya.) «Los hombres aplaudieron el discurso del general, pero las mujeres se distinguían por su entusiasmo. Había algunas que parecían literalmente en éxtasis, haciendo suyas casi todas y cada una de las palabras del general, y aplaudían al mismo tiempo que gritaban con tal fervor, que el rostro se les ponía rojo como una amapola.» (Aux Écoutes, 11 de abril de 1947.)

Solamente en las civilizaciones y en las clases fuertemente integradas ofrece la mujer esa figura irreductible. Por lo general, y siendo ciega su fe, respeta la ley, simplemente porque es la ley; aunque esta cambie, conservará su prestigio; a los ojos de las mujeres, la fuerza crea el derecho, puesto que los derechos que reconocen a los hombres provienen de su fuerza; por ese motivo, cuando una colectividad **{**707**}** se descompone, ellas son las primeras en arrojarse a los pies del vencedor. De manera general, aceptan lo que es. Uno de los rasgos que las caracteriza es la resignación. Cuando se desenterraron las estatuas de ceniza de Pompeya, se observó que los hombres habían quedado petrificados en actitudes de rebelión, desafiando al cielo o tratando de huir, mientras las mujeres, curvadas, replegadas en sí mismas, volvían el rostro hacia la tierra. Ellas se saben impotentes contra las cosas: los volcanes, los policías, los patronos, los hombres. «Las mujeres están hechas para sufrir -sentencian ellas mismas-. Es la vida... No se puede hacer nada.» Esta resignación engendra la paciencia que a menudo se admira en ellas. Soportan mucho mejor que el hombre el sufrimiento físico; son capaces de un valor estoico cuando las circunstancias lo exigen: a falta de la audacia agresiva del varón, multitud de mujeres se distinguen por la serena tenacidad de su resistencia pasiva; hacen frente a las crisis, a la miseria y a la desgracia con más energía que sus maridos; respetuosas con el tiempo, al que ninguna prisa puede vencer, no miden el suyo; cuando aplican su sosegada obstinación a cualquier empresa, obtienen a veces éxitos resonantes. «Lo que la mujer quiera...», dice el proverbio. En una mujer generosa, la resignación adopta figura de indulgencia: lo admite todo, no condena a nadie, porque estima que ni las personas ni las cosas pueden ser diferentes de lo que son. Una orgullosa puede hacer de aquella una virtud altiva, como madame de Charrière, envarada en su estoicismo. Pero también engendra una estéril prudencia; las mujeres siempre tratan de conservar, de componer y arreglar antes que destruir y construir de nuevo; prefieren los compromisos y las transacciones a las revoluciones. En el siglo XIX constituyeron uno de los más grandes obstáculos para el esfuerzo de emancipación obrera: para una Flora Tristán, para una Louise Michel, ¡cuántas amas de casa extraviadas por la timidez suplicaban a sus maridos que no corriesen ningún riesgo! No solo temían las huelgas, el paro, la miseria: temían también que la revuelta fuese una falta, un pecado. Se comprende que, en el caso de sufrir por sufrir, prefieran **{**708**}** la rutina a la aventura: se forja más fácilmente una exigua dicha en casa que por los caminos. Su suerte se confunde con la de las cosas perecederas: lo perderían todo al perderlas. Solamente un sujeto libre, afirmándose más allá del tiempo, puede dar jaque a toda ruina; este supremo recurso le ha sido prohibido a la mujer. Como jamás ha experimentado los poderes de la libertad, esencialmente, no cree en una liberación: el mundo le parece regido por un oscuro destino contra el cual resulta presuntuoso alzarse. Esos peligrosos caminos que quieren obligarla a seguir, no los ha abierto ella, y es normal que no se precipite en ellos con

entusiasmo (1). Que le abran el porvenir y no se aferrará al pasado. Cuando se llama concretamente a las mujeres a la acción, son tan audaces y valerosas como los hombres (2).

(1) Véase Gide, Journal. «Creuse o la mujer de Lot: una se rezaga, otra mira hacia atrás, lo cual es una manera de rezagarse. No hay un grito de pasión más grande que este: Y Fedra, al laberinto contigo descendida hubiérase reencontrado o perdido contigo. Pero la pasión la ciega; después de algunos pasos, en verdad, se habría sentado, o habría querido retroceder, o, en fin, se habría hecho transportar.»

(2) La actitud de las mujeres del proletariado ha cambiado así profundamente desde hace un siglo; en particular, durante las últimas huelgas en las minas del Norte, han dado pruebas de tanta pasión y energía como los hombres, manifestándose y luchando a su lado.

Muchos de los defectos que se les reprochan: mediocridad, mezquindad, timidez, pequeñez, pereza, frivolidad, servilismo, expresan simplemente el hecho de que el horizonte les ha sido cerrado. Se dice que la mujer es sensual, que se revuelca en la inmanencia; pero antes la han encerrado en eso. La esclava aprisionada en el harén no experimenta ninguna pasión morbosa por la jalea de rosas o los baños perfumados: necesita matar el tiempo; en la medida en que la mujer se ahogue en un lúgubre gineceo -casa de compromiso u hogar burgués-, se refugiará también en la comodidad y el bienestar; por otra parte, si persigue ávidamente la voluptuosidad es porque muy a menudo se la han escamoteado; sexualmente insatisfecha, destinada a la aspereza viril, «condenada a las fealdades masculinas», se consuela con **{**709**}** cremas, vinos generosos, terciopelos, las caricias del agua, del sol, de una amiga, de un amante joven. Si se le aparece al hombre como un ser hasta tal extremo «físico», es porque su condición la incita a conceder una extremada importancia a su animalidad. La carne no clama más fuerte en ella que en el varón: pero ella espía sus menores murmullos y los amplifica; la voluptuosidad, como el desgarramiento del sufrimiento, es el triunfo fulminante de lo inmediato; el porvenir y el Universo son negados por la violencia del instante: fuera de la llamarada carnal, lo que hay no es nada; durante esa breve apoteosis no se sienta mutilada ni frustrada. Pero, una vez más, solo concede tanto valor a esos triunfos de la inmanencia porque esta es su única parte. Su frivolidad tiene la misma causa que su «sórdido materialismo»; concede importancia a las pequeñas cosas, porque no tiene acceso a las grandes: por lo demás, las trivialidades que llenan sus jornadas son a menudo de lo más serio; a su tocador y a su belleza debe su encanto y sus oportunidades. Con frecuencia se muestra perezosa, indolente; pero las ocupaciones que se le proponen son tan vanas como el puro fluir del tiempo; si es charlatana, escritorzuela, lo es para engañar su ociosidad: sustituye con palabras los actos imposibles. El hecho es que, cuando una mujer está comprometida en una empresa digna de un ser humano, sabe mostrarse tan activa, eficaz, callada y ascética como un hombre. La acusan de ser servil; siempre está dispuesta, dicen, a tenderse a los pies de su amo y a besar la mano que la ha golpeado; es cierto que, por lo general, carece de verdadero orgullo; los consejos que esos «correos sentimentales» prodigan a esposas engañadas o amantes abandonadas están inspirados en un espíritu de abyecta sumisión; la mujer se agota en escenas arrogantes y termina por recoger las migajas que quiere arrojarle el varón. Pero ¿qué puede hacer sin apoyo masculino una mujer para quien el hombre es a la vez el único medio y la única razón de su vida? Está obligada a encajar todas las humillaciones; el esclavo no puede tener el sentido de «la dignidad humana»; bastante hará con salir adelante. En fin, si la mujer es prosaica, casera, bajamente **{**710**}** utilitaria, se debe a que le imponen que consagre su existencia a preparar alimentos y limpiar deyecciones: no será de ahí de donde podrá extraer el sentido de la grandeza. Tiene que asegurar la monótona repetición de la vida en su contingencia y su artificiosidad: es natural que repita y recomience, sin jamás inventar nada, que el tiempo le parezca que gira en redondo, sin llevar a ninguna parte; está siempre ocupada, pero nunca hace nada: así, pues, se enajena en lo que tiene, esta dependencia con respecto a las cosas, consecuencia de aquella en que la tienen los hombres, explica su prudente economía, su avaricia. Su vida no se dirige hacia unos fines: se absorbe en la

producción o la conservación de cosas que nunca son más que medios: alimentos, vestidos, hábitat; estos son intermediarios inesenciales entre la vida animal y la libre existencia; el único valor que se concede al medio inesencial es el de la utilidad; al nivel de lo útil vive precisamente el ama de casa, que solo se lisonjea de ser útil a sus allegados. Pero ningún ser existente podría satisfacerse con un papel inesencial: inmediatamente convierte en fines los medios -como se observa, entre otros, en los políticos-, y el valor del medio se convierte a sus ojos en valor absoluto. Así, la utilidad reina en el cielo del ama de casa más alto que la verdad, la belleza y la libertad; y, desde esta perspectiva, que es la suya, encara el Universo entero; por eso adopta la moral aristotélica del justo medio, de la mediocridad. ¿Cómo encontrar en ella audacia, ardor, desprendimiento, grandeza? Estas cualidades solo aparecen en el caso de que una libertad se arroje a través de un porvenir abierto, emergiendo más allá de todo dato. Se encierra a la mujer en una cocina o en un tocador, y luego asombra que su horizonte sea tan limitado; se le cortan las alas y se deplora que no sepa volar. Que se le abra el porvenir, y ya no estará obligada a instalarse en el presente.

Se da muestras de la misma inconsecuencia cuando, encerrándola en los límites de su yo o de su hogar, se le reprocha su narcisismo y su egoísmo con todo su cortejo: vanidad, susceptibilidad, maldad, etc.; se le priva de toda posibilidad de comunicación concreta con los demás; en **{**711**}** su experiencia, no percibe la llamada ni los beneficios de la solidaridad, puesto que está consagrada por entero a su propia familia, aislada; por tanto, no cabe esperar de ella que se trascienda hacia el interés general. Se encastilla obstinadamente en el único dominio que le es familiar, allí donde puede aprehender las cosas y en cuyo seno encuentra una precaria soberanía.

Sin embargo, por mucho que cierre las puertas y tape las ventanas, la mujer no encuentra en su hogar una seguridad absoluta; ese universo masculino, al que respeta desde lejos sin osar aventurarse en él, crea un cerco a su alrededor; y precisamente porque es incapaz de captarlo a través de las técnicas, de una lógica segura, de unos conocimientos articulados, se siente como el niño o el hombre primitivo: rodeada de peligrosos misterios. Ella proyecta allí su concepción mágica de la realidad: el curso de las cosas le parece fatal y, no obstante, todo puede suceder; distingue mal lo posible de lo imposible, y está dispuesta a creer a no importa quién; recoge y propaga todos los rumores, desencadena pánicos; hasta en los períodos de calma, vive preocupada; por la noche, en una especie de duermevela, la inerte yacente se espanta de los rostros de pesadilla que reviste la realidad: así, para la mujer condenada a la pasividad, el porvenir opaco está acosado por los fantasmas de la guerra, de la revolución, del hambre, de la miseria; al no poder obrar, se inquieta. Cuando el marido o el hijo se lanzan a una empresa, cuando son arrebatados por un acontecimiento, corren riesgos por su propia cuenta: sus proyectos, las consignas a las cuales obedecen, les trazan en la oscuridad un camino seguro; pero la mujer se debate en una noche confusa; se apura, porque no hace nada; en la imaginación, todas las posibilidades tienen la misma realidad: el tren puede descarrilar, la operación puede fallar, el negocio puede fracasar; lo que trata vanamente de conjurar en su largo y sombrío rumiar es el espectro de su propia impotencia.

La preocupación traduce su desconfianza respecto al mundo establecido; si se le antoja cargado de amenazas, presto a zozobrar en oscuras catástrofes, es porque no se **{**712**}** siente feliz en él. Durante la mayor parte de] tiempo, no se resigna a estar resignada; sabe que lo que sufre, lo sufre a pesar suyo: es mujer sin haber sido consultada; no se atreve a rebelarse; se somete de mala gana; su actitud es una constante recriminación. Todos cuantos reciben las confidencias de las mujeres, ya sean médicos, sacerdotes o asistentes sociales, saben que el modo más habitual de esas confidencias es el lamento; entre amigas, cada cual gime sus propios males y todas juntas se quejan de la injusticia de la suerte, del mundo y de los hombres en general. Un individuo libre no culpa a nadie de sus fracasos sino a sí mismo, los asume; en cambio, todo cuanto le sucede a la mujer es por culpa de otro, el responsable de sus desdichas es siempre otro. Su furiosa desesperación rechaza todos los remedios; proponer

soluciones a una mujer obstinada en quejarse, no arregla nada: ninguna le parece aceptable. Quiere vivir su situación precisamente como la vive: con una cólera impotente. Si se le propone un cambio, levanta los brazos al cielo: «¡No faltaría más que eso!» Sabe que su malestar es más profundo que los pretextos que ofrece del mismo, y que no basta un expediente para librarla de él: culpa al mundo entero, porque ha sido edificado sin contar con ella, y contra ella; desde la adolescencia, desde la infancia, protesta contra su condición; le han prometido compensaciones, le han asegurado que, si abdicaba sus oportunidades en manos del hombre, le serían centuplicadas, y se considera engañada; acusa a todo el universo masculino; el rencor es el anverso de la dependencia: cuando se da todo, jamás se recibe bastante a cambio. Sin embargo, tiene también necesidad de respetar el universo masculino; se sentiría en peligro, sin un techo sobre su cabeza, si se opusiera a él en su conjunto: adopta la actitud maniqueísta que le es sugerida también por su experiencia casera. El individuo que actúa se reconoce culpable del mal y del bien con los mismos títulos que los demás; sabe que le toca definir los fines, hacerlos triunfar; experimenta en la acción la ambigüedad de toda solución; justicia e injusticia, ganancias y pérdidas, están inextricablemente mezcladas. Pero quienquiera que se muestre pasivo, se aparta **{**713**}** del juego y rehusa plantearse problemas éticos ni siquiera en el pensamiento: el bien debe ser realizado, y, si no lo es, existe una falta por la cual hay que castigar a los culpables. Al igual que el niño, la mujer se representa el bien y el mal en sencillas estampas de Épinal; el maniqueísmo tranquiliza al espíritu suprimiendo la angustia de la elección; escoger entre una plaga y una plaga menor, entre un beneficio presente y un beneficio más grande en el futuro, tener que definir por sí mismo lo que es derrota y lo que es victoria, equivale a correr terribles riesgos; para el maniqueísta, el buen grano se distingue claramente de la cizaña, y no hay más que arrancar la cizaña; el polvo se condena por sí solo y la limpieza es la ausencia perfecta de toda mancha; limpiar es expulsar desechos y fango. Así, la mujer cree que «toda la culpa» la tienen los judíos, o los masones, o los bolcheviques, o el gobierno; siempre está contra alguien o contra algo; entre los enemigos de Dreyfus, las mujeres se mostraron más encarnizadas aún que los hombres; no siempre saben dónde reside el principio maligno; pero lo que esperan de un «buen gobierno» es que lo expulse igual que se expulsa el polvo de una casa. Para las degaullistas fervientes, De Gaulle aparece como el rey de los barrenderos; plumero y bayeta en mano, se lo imaginan limpiando y sacando brillo para hacer de Francia un país limpio.

Pero tales esperanzas se sitúan siempre en un porvenir incierto; entre tanto, el mal sigue corroyendo al bien; y, como no tiene entre sus manos a judíos, bolcheviques o masones, la mujer busca un responsable contra el cual pueda indignarse de manera más concreta: el marido es una víctima excepcional. En él se encarna el universo masculino, a través de él la sociedad masculina ha tomado a su cargo la mujer y la ha engañado; él soporta todo el peso del mundo, y, si las cosas salen mal, suya es la culpa. Cuando regresa a casa por la noche, se queja a él de los hijos, de los proveedores, de las faenas domésticas, del costo de la vida, de su reumatismo, del tiempo que hace, y quiere que se sienta culpable. Con frecuencia, alimenta respecto a él agravios particulares; pero, ante todo, es culpable de ser hombre; ya puede tener él **{**714**}** también sus enfermedades, sus preocupaciones: «No es lo mismo»; él detenta un privilegio que a ella le duele constantemente como una injusticia. Es notable que la hostilidad que experimenta hacia el marido o el amante la vincule a ellos, en lugar de alejarla de los mismos; el hombre que empieza a detestar a su mujer o a su amante, trata de rehuirlas; en cambio, ella quiere tener a mano al hombre a quien aborrece, para hacerle pagar. Optar por recriminar no es optar por desembarazarse de los males propios, sino por revolcarse en ellos; su consuelo supremo consiste en hacerse la mártir. La vida y los hombres la han vencido: ella hará de esa derrota una victoria. Por eso, como en su infancia, se entregará tan alegremente al frenesí de las lágrimas y las escenas.

Seguramente porque su vida se alza sobre un fondo de rebelión, es por lo que la mujer tiene tanta facilidad para llorar; sin duda, fisiológicamente controla menos que el hombre su sistema nervioso y simpático; su educación le ha enseñado a dejarse llevar: las consignas

representan aquí un importante papel ya que Diderot y Benjamín Constant vertían diluvios de lágrimas; los hombres han dejado de llorar desde que la costumbre se lo prohibe. Pero, sobre todo, la mujer está siempre dispuesta a adoptar con respecto al mundo una actitud de fracaso, porque nunca lo ha asumido francamente. El hombre acepta al mundo; ni siquiera la desgracia hará que cambie de actitud, le hará frente, «no se dejará abatir»; mientras que basta una contrariedad para descubrir nuevamente a la mujer la hostilidad del universo y lo injusto de su suerte; entonces se precipita en su más seguro refugio, es decir, en sí misma; esos tibios surcos sobre sus mejillas, esa quemadura en sus órbitas, son la presencia sensible de su alma dolorida; dulces para la piel, apenas saladas en la lengua, las lágrimas son también una tierna y amarga caricia; el rostro se inflama bajo un torrente de agua clemente; las lágrimas son a la vez queja y consuelo, fiebre y frescor apaciguante. Son también una suprema coartada; bruscas como el huracán, surgen a borbotones; ciclón, aguacero, chubasco, metamorfosean a la mujer en **{**715**}** una fuente quejumbrosa, en un cielo atormentado; sus ojos ya no ven, los vela una bruma: ni siquiera son ya una mirada, se funden en lluvia; ciega, la mujer vuelve a la pasividad de las cosas naturales. Se la quiere vencida, y ella se hunde en su derrota; se va a pique, se anega, escapa al hombre que la contempla impotente como ante una catarata. Considera él que ese procedimiento es desleal: pero estima que la lucha es desleal desde el principio, porque nadie le ha puesto en la mano ninguna arma eficaz. Recurre una vez más a una conjuración mágica. Y el hecho de que sus sollozos exasperen al varón, le proporciona una razón más para precipitarse en ellos.

Si las lágrimas no bastan para expresar su revuelta, hará escenas cuya incoherente violencia desconcertará aún más al hombre. En ciertos medios, sucede que el hombre propina a su esposa verdaderos golpes físicos; en otros, precisamente porque es el más fuerte y sus puños son un instrumento eficaz, se prohibe a sí mismo toda violencia. Pero la mujer, como el niño, se entrega a desencadenamientos simbólicos: puede lanzarse contra el hombre, arañarlo; no son más que gestos. Pero, sobre todo, se emplea en imitar con su cuerpo, a través de crisis nerviosas, los rechazos que no puede realizar concretamente. No es solo por razones fisiológicas por lo que está sujeta a manifestaciones convulsivas: la convulsión es una interiorización de una energía que, proyectada hacia el mundo, se frustra al no encontrar ningún objetivo; es un gasto inútil de todos los poderes de negación suscitados por la situación. La madre sufre raramente crisis de nervios con respecto a sus hijos jóvenes, puesto que puede castigarlos y azotarlos: en cambio, frente a su hijo mayor, su marido o su amante, sobre los cuales no tiene poder, la mujer se entrega a una furibunda desesperación. Las escenas histéricas de Sofía Tolstoi son significativas; ciertamente, cometió el grave error de no intentar jamás comprender a su marido, y, a través de su diario, no parece generosa, ni sensible, ni sincera, y está lejos de aparecérsenos como una figura simpática; pero el que haya o no haya tenido razón no cambia en nada el horror de su situación: durante toda su **{**716**}** vida no hizo más que sufrir, a través de constantes recriminaciones, los abrazos conyugales, las maternidades, la soledad, el modo de vivir que su marido le imponía: cuando nuevas decisiones de Tolstoi exacerbaron el conflicto, ella se encontró sin arma alguna frente a la voluntad enemiga, a la que se oponía con toda su impotente voluntad; se lanzó a representar comedias de rechazo -falsos suicidios, falsas fugas, falsas enfermedades, etc.- que eran odiosas para quienes la rodeaban y agotadoras para ella misma: apenas se ve qué otra salida tenía abierta, puesto que no tenía ninguna razón positiva para acallar sus sentimientos de rebeldía, ni medio eficaz alguno para expresarlos.

Desde luego, hay una salida para la mujer que ha llegado al extremo del rechazo, y es el suicidio. Parece, sin embargo, que recurre a él con menos frecuencia que el hombre. Las estadísticas son muy ambiguas al respecto (1): si se consideran los suicidios consumados, hay muchos más hombres que mujeres que atentan contra sus días; pero las tentativas de suicidio son más frecuentes en estas. Puede ello deberse a que se contentan más a menudo con una comedia: representan el suicidio con más frecuencia que el hombre, pero raramente lo quieren. También se debe, en parte, a que les repugnan los métodos brutales: casi nunca

emplean armas blancas ni armas de fuego. Prefieren ahogarse, como Ofelia, manifestando así la afinidad de la mujer con el agua pasiva y plena de la noche, donde parece que la vida pudiera disolverse pasivamente. En conjunto, se observa aquí la ambigüedad que ya he señalado: aquello que la mujer detesta no trata sinceramente de abandonarlo. Representa el papel de la ruptura, pero, en definitiva, se queda junto al hombre que la hace sufrir; finge quitarse la vida que la molesta, pero es relativamente raro que se mate. No le gustan las soluciones definitivas: protesta contra el hombre, contra la vida, contra su condición; pero no se evade de ellos.

(1) Véase HALBWACHS: Les causes du suicide.

Hay multitud de actitudes femeninas que deben interpretarse como actos de protesta. Ya se ha visto que frecuentemente **{**717**}** la mujer engaña a su marido por desafío y no por placer; será aturdida y gastadora expresamente porque él es metódico y ahorrativo. Los misóginos que acusan a la mujer de «llegar siempre tarde», creen que le falta «el sentido de la exactitud». En verdad, ya hemos visto hasta qué punto se pliega ella dócilmente a las exigencias del tiempo. Sus retrasos son deliberadamente consentidos. Algunas coquetas consideran que así exasperan el deseo del hombre y valoran mucho más su presencia; pero, sobre todo, cuando inflige al hombre unos momentos de espera, la mujer protesta contra esa larga espera que es su propia vida. En cierto sentido, su existencia es una espera, puesto que se halla encerrada en los limbos de la inmanencia y la contingencia y porque su justificación está siempre en manos ajenas: espera el homenaje y los sufragios de los hombres, espera el amor, espera la gratitud y los elogios del marido, del amante; espera de ellos su razón de existir, su valor y su ser mismo. Espera de ellos su subsistencia; ora tenga en la mano el talonario de cheques, ora reciba cada semana o cada mes la suma que el marido le asigna, es preciso que él haya cobrado, que haya obtenido ese aumento de sueldo que le permita a ella saldar cuentas con el tendero o comprarse un vestido nuevo. Ella espera su presencia: su dependencia económica la pone a disposición de él; no es más que un elemento de la vida masculina, en tanto que el hombre es su vida toda entera; el marido tiene sus ocupaciones fuera del hogar, la mujer sufre su ausencia a todo lo largo de la jornada; el amante -aunque sea apasionado- es quien decide los encuentros y las separaciones a tenor de sus obligaciones. En el lecho, espera el deseo del varón, espera también -a veces con ansiedad- su propio placer. Todo cuanto puede hacer es llegar con retraso a la cita que ha fijado el amante, o no estar preparada a la hora designada por el marido; de ese modo, afirma ella la importancia de sus propias ocupaciones, reivindica su independencia, se convierte durante un momento en el sujeto esencial cuya voluntad sufre pasivamente el otro. Pero se trata de tímidos desquites; por obstinadamente que «dé plantón» a los hombres, jamás compensará las infinitas horas **{**718**}** que pasa en acecho, esperando, sometiéndose a la santa voluntad del varón.

De manera general, y aun reconociendo globalmente la supremacía de los hombres, aceptando su autoridad, adorando a sus ídolos, la mujer va a oponerse, paso a paso, a su imperio; de ahí proviene ese famoso «espíritu de contradicción» que se le ha reprochado con frecuencia; al no poseer más que un dominio autónomo, no puede oponer verdades y valores positivos a los que afirman los varones; solo puede negarlos. Su negación es más o menos sistemática, según la manera en que se hallen dosificados en ella el respeto y el rencor. Pero el hecho es que conoce todas las fallas del sistema masculino y se apresura a denunciarlas.

Las mujeres no tienen ascendiente sobre el mundo de los hombres, porque su experiencia no les enseña a manejar la lógica y la técnica: inversamente, el poder de los instrumentos masculinos queda abolido en las fronteras del dominio femenino. Hay toda una región de la experiencia humana que el varón opta deliberadamente por ignorar, ya que no logra pensarla: esa experiencia, la mujer la vive. El ingeniero, tan preciso cuando traza sus planos, se conduce en su casa como un demiurgo: una palabra, y he ahí su comida servida, sus camisas almidonadas, sus hijos calladitos; procrear es un acto tan rápido como el golpe de la varita de

Moisés; no le asombran tales milagros. La noción de milagro difiere de la idea de magia: en el seno de un mundo racionalmente determinado, plantea la radical discontinuidad de un acontecimiento sin causa, contra el cual todo pensamiento se quiebra; mientras que los fenómenos mágicos son unificados por fuerzas secretas cuya dócil conciencia puede casar -sin comprenderlo- con un continuo devenir. El recién nacido es milagroso para el padre demiurgo, mágico para la madre que ha sufrido en su vientre la maduración del mismo. La experiencia del hombre es inteligible, pero está acribillada de vacíos; la de la mujer, en sus limites propios, es oscura, pero plena. Esta opacidad la entorpece; en sus relaciones con ella, el varón se le antoja ligero: posee la ligereza de los dictadores, los generales, los jueces, los burócratas **{**719**}**, los códigos y los principios abstractos. Eso es lo que, sin duda, quería decir aquella ama de casa que murmuró un día, mientras se encogía de hombros: «Los hombres, ¡bah!, los hombres no piensan.» Y también dicen: «Los hombres, ¡bah!, los hombres no saben nada; no conocen la vida.» Al mito de la mantis religiosa oponen el símbolo del abejorro frívolo e importuno.

Se comprende que, en esta perspectiva, la mujer recuse la lógica masculina. No solo esta no incide en su experiencia, sino que sabe también que la razón se convierte en manos de los hombres en una forma solapada de violencia; sus perentorias afirmaciones están destinadas a engañarla. Se la quiere encerrar en un dilema: «O estás de acuerdo, o no lo estás»; en nombre de todo el sistema de los principios admitidos, tiene que estar de acuerdo: si rehusa su adhesión, rechaza el sistema todo entero; no puede permitirse semejante explosión; no dispone de los medios necesarios para reconstruir otra sociedad: sin embargo, no se adhiere a esta. A medio camino entre la rebelión y la esclavitud, se resigna de mala gana a la autoridad masculina. A cada momento hay que imponerle por la violencia que acepte las consecuencias de su incierta sumisión. El varón persigue la quimera de una compañera libremente esclava: quiere que, al cederle, ceda a la evidencia de un teorema; pero ella sabe que él mismo ha elegido los postulados a los cuales se aferran sus vigorosas deducciones; en tanto ella evite ponerlos en tela de juicio, le cerrarán fácilmente la boca; no obstante, él no la convencerá, porque ella adivina su arbitrariedad. Así, pues, la acusará, irritado, de terquedad, de falta de lógica: la mujer se niega a participar en el juego, porque sabe que los dados están cargados.

La mujer no cree positivamente que la verdad sea otra que la que los hombres pretenden: más bien admite que la verdad no es. No es solo el devenir de la idea el que la llena de desconfianza respecto al principio de identidad, ni los fenómenos mágicos de que está rodeada los que arruinan la noción de causalidad: es en el corazón mismo del mundo masculino, es en ella, en tanto que perteneciente a ese mundo **{**720**}**, donde capta la ambigüedad de todo principio, de todo valor, de todo cuanto existe. Sabe que la moral masculina, en lo que a ella concierne, es una vasta mistificación. El hombre le asesta pomposamente su código de virtud y de honor; pero, a la chita callando, la invita a desobedecerlo: incluso da por descontada esa desobediencia; sin ella, se derrumbaría toda esa hermosa fachada detrás de la cual se refugia.

El hombre se sirve con gusto de la idea hegeliana, según la cual, el ciudadano adquiere su dignidad ética cuando se trasciende hacia lo universal: en tanto que individuo singular, tiene derecho al deseo, al placer. Sus relaciones con la mujer se sitúan, así pues, en una región contingente donde la moral ya no se aplica, donde las actitudes son diferentes. Con los demás hombres sostiene relaciones en las cuales están comprometidos unos valores; él es una libertad que se enfrenta con otras libertades, según leyes universalmente reconocidas; pero junto a la mujer -que ha sido inventada con ese propósito- deja de asumir su existencia, se abandona al espejismo del en-sí, se sitúa en un plano inauténtico; se muestra tiránico, sádico, violento o pueril, masoquista, plañidero; procura satisfacer sus obsesiones, sus manías; se relaja en nombre de los derechos que ha adquirido en su vida pública. Su mujer se asombra a menudo -como Thérèse Desqueyroux- ante el contraste entre la dignidad de sus palabras y sus actitudes públicas y «sus pacientes invenciones en la sombra». Predica el aumento de

población, pero tiene la habilidad de no engendrar más hijos de los que le conviene. Exalta a las esposas castas y fieles, pero invita al adulterio a la mujer del vecino. Ya se ha visto con qué hipocresía decretan los hombres que el aborto es criminal, cuando todos los años hay en Francia un millón de mujeres a quienes el hombre ha puesto en situación de abortar; con mucha frecuencia, el marido o el amante les imponen esa solución; también a menudo suponen, tácitamente, que esa solución será adoptada en caso de necesidad. Dan por descontado francamente que la mujer consentirá en hacerse culpable de un delito: su «inmoralidad» es necesaria para la armonía de **{**721**}** la sociedad moral respetada por los hombres. El ejemplo más flagrante de esta duplicidad es la actitud del varón ante la prostitución: su demanda es la que crea la oferta; ya he dicho con qué asqueado escepticismo consideran las prostitutas a las señoras respetables que reprueban ásperamente el vicio en general, pero que muestran una gran indulgencia a propósito de sus manías personales; sin embargo, se considera que son perversas y depravadas las muchachas que viven de su cuerpo, pero no los varones que lo usan. Una anécdota ilustra este estado de ánimo: a finales del siglo pasado, la Policía descubrió en un prostíbulo a dos niñas de doce a trece años; hubo un proceso en el que ambas prestaron declaración; hablaron de sus clientes, que eran señores importantes; una de ellas abrió la boca para dar un nombre. El procurador se lo impidió precipitadamente: «¡No mancille el nombre de un hombre honesto!» Un señor condecorado con la Legión de Honor sigue siendo un hombre honrado, aunque desflore a una niña; tiene sus flaquezas, cierto; pero ¿quién no las tiene? En cambio, la pequeña que no accede a la región ética de lo universal -que no es un magistrado, ni un general, ni un gran francés, que solo es una niña- representa su valor moral en la región contingente de la sexualidad: es una perversa, una extraviada, una viciosa, digna del correccional. En multitud de casos, y sin manchar su alta figura, el hombre, en complicidad con la mujer, puede perpetrar actos que para ella son infamantes. La mujer entiende mal estas sutilezas; lo que entiende es que el hombre no obra de acuerdo con los principios de que alardea y que le pide a ella que desobedezca; el hombre no quiere lo que dice querer: de modo que ella no le da lo que finge darle. Será una esposa casta y fiel, pero cederá a escondidas a sus deseos; será una madre admirable, pero practicará cuidadosamente el control de la natalidad y, en caso necesario, adoptará las medidas oportunas para abortar. El hombre, oficialmente, la desaprueba: es la regla del juego; pero, clandestinamente, le está agradecido a esta por lo exiguo de su virtud, a aquella por su esterilidad. La mujer desempeña el papel de esos agentes secretos a quienes se deja **{**722**}** fusilar si son arrestados y a quienes se colma de recompensas si logran sus fines; a la mujer le corresponde cargar con toda la inmoralidad de los varones: no es solamente la prostituta, sino todas las mujeres las que sirven de cloaca en el saludable y luminoso palacio donde moran las gentes honestas. Cuando luego las hablan de dignidad, honor, lealtad y de todas las altas virtudes viriles, no hay que asombrarse porque rehusen «picar». Se ríen sarcásticamente en particular cuando varones virtuosos vienen a reprocharles que sean interesadas, comediantas y embusteras (1): saben muy bien que no les queda otra salida. También el hombre se «interesa» por el dinero, por el éxito: pero dispone de los medios para conquistarlos con su trabajo; a la mujer le han asignado un papel de parásito, y todo parásito es necesariamente un explotador; ella necesita al hombre para adquirir una dignidad humana, para comer, gozar, procrear; mediante el servicio del sexo, se asegura sus beneficios; y, puesto que se la encierra en esa función, es toda ella un instrumento de explotación. En cuanto a las mentiras, salvo en el caso de la prostitución, entre ella y su protector no se trata de un negocio franco. El mismo hombre le exige que represente una comedia: quiere que ella sea lo Otro; pero todo ente existente, por clamorosamente que reniegue de sí mismo, sigue siendo sujeto; el hombre la quiere objeto, y ella se hace objeto; en el momento en que ella se hace ser, ejerce una libre actividad; esa es su traición original; la más dócil, la más pasiva, es conciencia no obstante; y a veces basta que el varón se percate de que, al entregarse a él, ella le mira y le juzga, para que se sienta burlado; ella no debe ser más que una cosa ofrecida, una presa. Sin embargo, también exige que esa cosa se la entregue ella libremente: en la cama, le exige que experimente placer; en el hogar, ella tiene que reconocer sinceramente su superioridad y sus méritos; desde el instante en que ella obedece, debe fingir independencia,

aunque en {723} otros momentos represente activamente la comedia de la pasividad. Miente para retener al hombre que le asegura el pan cotidiano; escenas y lágrimas, transportes de amor, crisis de nervios; y miente también para escapar de la tiranía que acepta por interés. El hombre la anima para que represente comedias de las cuales se aprovechan su imperialismo y su vanidad: ella vuelve contra él sus poderes de disimulo; así se toma desquites doblemente deliciosos, porque, al engañarlo, satisface deseos singulares y saborea el placer de escarnecerlo. La esposa o la cortesana mienten cuando fingen transportes que no experimentan; después se divierten con un amante o con unas amigas de la ingenua vanidad de su víctima: «No solo nos dejan con las ganas, sino que, además, quieren que nos desgañitemos de placer», comentan con rencor. Esas conversaciones se asemejan a las de los criados que en la cocina arrancan la piel a tiras a sus señores. La mujer tiene los mismos defectos, porque es víctima de la misma opresión paternalista; tiene el mismo cinismo, porque ve al hombre de arriba abajo, como ve a sus amos el ayuda de cámara. Pero está claro que ninguno de sus rasgos manifiesta una esencia o una voluntad original pervertidas: reflejan una situación. «Hay falsedad dondequiera que exista un régimen coercitivo -dice Fourier-. La prohibición y el contrabando son inseparables, tanto en el amor como en las mercancías.» Y los hombres saben muy bien que los defectos de la mujer manifiestan su condición, y que, cuidadosos de mantener la jerarquía de los sexos, estimulan en su compañera esos mismos rasgos que les autorizan a despreciarla.

(1) Todas con ese aire delicado de mosquitas muertas, acumulado por todo un pasado de esclavitud, sin otras armas para salvarse y ganarse el pan que ese aire seductor sin quererlo que espera su hora.» Jules Laforgue.

Sin duda, el marido o el amante se irritan ante las taras de la mujer singular con la cual viven; sin embargo, al ensalzar los encantos de la feminidad en general, la consideran inseparable de sus taras. Si la mujer no es pérfida, fútil, cobarde, indolente, pierde su seducción. En Casa de muñecas, Helmer explica hasta qué punto el hombre se siente justo, fuerte, comprensivo e indulgente cuando perdona a la débil mujer sus faltas pueriles. Así, a los maridos de Bernstein los enternece -con la complicidad del autor- la mujer {724} ladrona, malvada, adúltera, al inclinarse sobre ella con indulgencia, miden toda su propia y viril sabiduría. Los racistas norteamericanos y los colonos franceses desean también que el negro se muestre vividor, holgazán y embustero: así demuestra su indignidad, así pone la justicia del lado de los opresores; si se obstina en ser honesto y leal, se le mira como a un mala cabeza. Los defectos de la mujer se exageran tanto más cuanto que ella no tratará de combatirlos, sino que, por el contrario, hará de ellos adorno.

Recusando los principios lógicos y los imperativos morales, escéptica ante las leyes de la Naturaleza, la mujer carece del sentido de lo universal; el mundo se le aparece como un confuso conjunto de casos singulares; por eso cree más fácilmente en los chismes de la vecina que en una exposición científica; sin duda, respeta el libro impreso, pero ese respeto resbala a lo largo de las páginas escritas sin prenderse en el contenido: por el contrario, la anécdota contada por un desconocido en una «cola» o en un salón adquiere inmediatamente una aplastante autoridad; en su dominio, todo es magia; fuera, todo es misterio; no conoce el criterio de lo verosímil; solamente la experiencia inmediata conquista su convicción: su propia experiencia o la de otro, siempre que la afirme con suficiente fuerza. En cuanto a ella, y puesto que, aislada en su hogar, no se confronta activamente con las otras mujeres, se considera espontáneamente como un caso singular; siempre espera que el destino y los hombres hagan una excepción en su favor; mucho más que en los razonamientos valederos para todos, ella cree en las iluminaciones que descienden sobre ella; admite fácilmente que le son enviadas por Dios o por algún oscuro espíritu del mundo; de algunas desgracias y accidentes, piensa con tranquilidad: «A mí no me ocurrirá eso»; a la inversa, se imagina que «harán una excepción conmigo»: tiene el gusto del favor especial; el comerciante le hará una rebaja, el agente la dejará pasar aunque no lleve pase; le han enseñado a sobreestimar el valor

de su sonrisa y se ha olvidado decirle que todas las mujeres sonríen. No es que ella se considere más extraordinaria que su vecina: es que no se compara; por **{**725**}** la misma razón, es raro que la experiencia le inflija un mentís: sufre un fracaso, otro, pero no los totaliza.

Por eso, las mujeres no logran construir sólidamente un «contrauniverso» desde el cual pudieran desafiar a los varones; esporádicamente, despotrican contra los hombres en general, se cuentan historias de alcoba y de partos, se comunican horóscopos y recetas de belleza. Mas, para construir verdaderamente ese «mundo del resentimiento» que su rencor desea, carecen de convicción; su actitud con respecto al hombre es demasiado ambivalente. En efecto, el hombre es un niño, un cuerpo contingente y vulnerable, es un ingenuo, un abejorro importuno, un tirano mezquino, un egoísta, un vanidoso; pero también es el héroe libertador, la divinidad que dispensa los valores. Su deseo es un apetito grosero; sus abrazos, una servidumbre degradante; sin embargo, el ardor y la potencia viril aparecen también como una energía demiúrgica. Cuando una mujer dice con éxtasis: «¡Es un hombre!», evoca a la vez el vigor sexual y la eficiencia social del varón al que admira: en uno y otra se expresa la misma soberanía creadora; no se imagina que sea un gran artista, un gran hombre de negocios, un general, un jefe, si no es un amante poderoso: sus triunfos sociales siempre tienen un atractivo sexual; inversamente, está dispuesta a reconocerle genio al varón que la satisface. Por lo demás, es un mito masculino el que ella toma aquí. Para Lawrence y para tantos otros, el falo es a la vez una energía viviente y la trascendencia humana. Así, la mujer puede ver en los placeres del lecho una comunión con el espíritu del mundo. Rindiendo al hombre un culto místico, se pierde y se reencuentra en su gloria. La contradicción se allana aquí fácilmente, gracias a la pluralidad de los individuos que participan de la virilidad. Algunos -aquellos cuya contingencia experimenta ella en la vida cotidiana- son la encarnación de la miseria humana; en otros se exalta la grandeza del hombre. Sin embargo, la mujer acepta incluso que estas dos figuras se confundan en una sola. «Si consigo hacerme célebre -escribía una joven enamorada de un hombre a quien juzgaba superior-, R. se casará seguramente conmigo, porque ello halagará su vanidad **{**726**}**; hincharía el pecho cuando me llevase del brazo.» No obstante, le admiraba locamente. El mismo individuo puede muy bien ser, a los ojos de la mujer, avaro, mezquino, vanidoso, irrisorio y un verdadero dios: después de todo, los dioses tienen sus flaquezas. Para el individuo a quien se ama en su libertad, en su humanidad, se tiene esa exigente severidad que es el anverso de una auténtica estimación; mientras una mujer arrodillada ante su hombre puede perfectamente jactarse de «saber manejarlo», lisonjea complacientemente sus «pequeñas rarezas» sin que él pierda prestigio; esa es la prueba de que no experimenta amistad por su persona singular, tal y como se cumple en actos reales; ella se prosterna ciegamente ante la esencia general de la cual participa el ídolo: la virilidad, que es un aura sagrada, un valor dado fijo, y que se afirma a despecho de las pequeñeces del individuo que la porta; este no cuenta; por el contrario, la mujer celosa de su privilegio se complace en adoptar sobre él una maligna superioridad.

Lo ambiguo de los sentimientos de la mujer respecto al hombre se encuentra de nuevo en su actitud general con relación a sí misma y al mundo; el dominio en que se halla encerrada está investido por el universo masculino; pero está poblado de oscuros poderes de quienes son juguete los mismos hombres; si ella se alía a esas virtudes mágicas, conquistará a su vez el poder. La sociedad esclaviza a la Naturaleza, pero la Naturaleza la domina; el Espíritu se afirma más allá de la Vida, pero se extingue si la vida no lo soporta. La mujer se aprovecha de este equívoco para conceder mayor veracidad a un jardín que a una ciudad, a una enfermedad que a una idea, a un parto que a una revolución; se esfuerza por restablecer ese reino de la Tierra, de la Madre, soñado por Baschoffen, con objeto de sentirse lo esencial frente a lo inesencial. Pero como ella es, también ella, un existente que habita una trascendencia, no podría valorizar esa región en que está confinada más que transfigurándola: ella le presta una dimensión trascendente. El hombre vive en un universo coherente que es una realidad pensada. La mujer forcejea con una realidad mágica que no se deja pensar, y se evade de **{**727**}** ella a través de pensamientos privados de contenido real. En lugar de asumir su

existencia, contempla en el cielo la pura Idea de su destino; en lugar de obrar, erige su estatua en el reino de lo imaginario; en lugar de razonar, sueña. De ahí proviene que, siendo tan «física», sea al mismo tiempo tan artificial; que, siendo tan terrestre, se haga tan etérea. Se pasa la vida fregando cacerolas y es una novela maravillosa; vasalla del hombre, se cree su ídolo; humillada en su carne, exalta al Amor. Como está condenada a no conocer más que la ficción contingente de la vida, se hace sacerdotisa de lo Ideal.

Esta ambivalencia se manifiesta en el modo en que la mujer capta su cuerpo. Es un fardo: roído por la especie, sangrando todos los meses, no es para ella el puro instrumento de su captación del mundo, sino una presencia opaca; no se asegura con certidumbre el placer y se crea dolores que la desgarran; encierra amenazas: se siente en peligro en sus «entrañas». Es un cuerpo «histérico», a causa de la íntima vinculación de las secreciones endocrinas con los sistemas nervioso y simpático que controlan músculos y vísceras; ese cuerpo manifiesta reacciones que la mujer rehusa asumir: en los sollozos, las convulsiones y los vómitos, se le escapa, la traiciona; es su verdad más íntima, pero es una verdad vergonzosa que mantiene oculta. Y, sin embargo, es también su doble maravilloso; lo contempla deslumbrada en el espejo; es promesa de dicha, obra de arte, estatua viva; ella lo modela, lo adorna, lo exhibe. Cuando se sonríe en el espejo, olvida su contingencia carnal; en el abrazo amoroso, en la maternidad, su imagen se aniquila. Pero, soñando a menudo consigo misma, se asombra de ser a la vez esa heroína y esa carne.

La Naturaleza le ofrece simétricamente una doble faz: alimenta el puchero e incita a las efusiones místicas. Al convertirse en ama de casa, en madre, la mujer ha renunciado a sus libres escapadas a bosques y llanuras; ha preferido el sosegado cultivo del huerto, ha domesticado a las flores y las ha metido en jarrones: no obstante, todavía se exalta ante un claro de luna y una puesta de sol. En la fauna y la flora **{**728**}** terrestres ve ante todo alimentos, ornamentos; sin embargo, por ellas circula una savia que es generosidad y magia. La Vida no es solo inmanencia y repetición: tiene también una deslumbrante faz de luz; en las praderas en flor, se revela como Belleza. Acordada con la Naturaleza por la fertilidad de su vientre, la mujer se siente penetrada por el soplo que la anima y que es el espíritu. Y, en la medida en que permanezca insatisfecha, en que se sienta como una joven irrealizada, ilimitada, en esa medida se abismará su alma también por las rutas sin fin, hacia horizontes sin límites. Sometida al marido, a los hijos y al hogar, volverá a encontrarse sola con un sentimiento de embriaguez, soberana en el flanco de las montañas; ya no es esposa, madre, ama de casa, sino un ser humano; contempla el mundo pasivo, y recuerda que es toda una conciencia, una libertad irreductible. Ante el misterio del agua y el ímpetu de las cimas, la supremacía del varón queda abolida; cuando marcha a través de la maleza, cuando hunde la mano en el arroyo, no vive para otro, sino para sí misma. La mujer que haya mantenido su independencia a través de todas sus servidumbres, amará ardientemente en la Naturaleza su propia libertad. Las demás solo encontrarán en ella el pretexto para éxtasis distinguidos, y, a la hora del crepúsculo, vacilarán entre el temor a atrapar un resfriado y el pasmo del alma.

Esta doble pertenencia al mundo carnal y a un mundo «poético» define la metafísica y la sabiduría a las cuales se adhiere más o menos explícitamente la mujer. Esta se esfuerza por confundir vida y trascendencia, es decir, que recusa el cartesianismo y todas las doctrinas con él emparentadas; se encuentra a gusto en un naturalismo análogo al de los estoicos o al de los neoplatónicos del siglo XVI: no es sorprendente que las mujeres, con Margarita de Navarra a su cabeza, se hayan adherido a una filosofía tan material y a la vez tan espiritual. Socialmente maniqueísta, la mujer tiene una profunda necesidad de ser ontológicamente optimista: la moral de la acción no le conviene, puesto que le está prohibido obrar; ella sufre el dato: por tanto, es preciso que el dato sea el Bien; pero un Bien al que se reconoce **{**729**}** por la razón, como el de Spinoza, o por el cálculo, como el de Leibniz, no podría afectarla. La mujer exige un bien que sea una Armonía viviente y en el seno del cual ella se sitúa por el solo hecho de vivir. La noción de armonía es una de las claves del universo femenino: implica la perfección

en la inmovilidad, la justificación inmediata de cada elemento a partir del todo y su participación pasiva en la totalidad. En un mundo armonioso, la mujer alcanza así lo que el hombre buscará en la acción: ella penetra en el mundo, es exigida por este y ella coopera al triunfo del Bien. Los momentos que las mujeres consideran como revelaciones son aquellos en que descubren su acuerdo con una realidad que reposa en paz sobre sí misma: son esos momentos de luminosa felicidad que Virginia Woolf -en Mrs. Dalloway y en Paseo al faro- y Katherine Mansfield, a todo lo largo de su obra, otorgan a sus heroínas como suprema recompensa. Al hombre le está reservado el gozo, que es un salto de libertad; lo que la mujer conoce es una impresión de sonriente plenitud (1). Se comprende que la simple ataraxia pueda adquirir a sus ojos un alto valor, ya que normalmente vive con la tensión del rechazo, de la recriminación, de la reivindicación; y no podría reprochársele que gozase con un hermoso atardecer o con la dulzura de una noche serena. Pero es una añagaza buscar allí la verdadera definición del alma escondida del mundo. El Bien no es; el mundo no es armonía, y ningún individuo tiene en el mismo un lugar necesario.

(1) Entre multitud de textos, citaré estas líneas de Mabel Dodge, en las cuales el paso a una visión global del mundo no es explícito, pero está claramente sugerido. «Era un sereno día de otoño; todo oro y púrpura. Frieda y yo escogíamos fruta y estábamos sentadas en el suelo, con las rojas manzanas amontonadas a nuestro alrededor. Nos hablamos tomado un momento de descanso. El sol y la tierra fecunda nos calentaban y perfumaban, y las manzanas eran signos vivos de plenitud, paz y abundancia. La tierra desbordaba de una savia que fluía también en nuestras venas, y nos sentíamos alegres, indomables y cargadas de riquezas como vergeles. Durante un instante, estuvimos unidas por ese sentimiento que a veces tienen las mujeres de ser perfectas, de bastarse por entero a sí mismas, y que provenía de nuestra lozana y dichosa salud.»

Hay una justificación, una compensación suprema, que **{**730**}** la sociedad ha tenido siempre el prurito de dispensar a la mujer: la religión. Hace falta una religión para las mujeres, como hace falta para el pueblo, exactamente por las mismas razones: cuando se condena a la inmanencia a un sexo, a una clase, es necesario ofrecerle el espejismo de una trascendencia. Al hombre le resulta ventajoso hacer que un Dios endose los códigos que elabora: y de manera singular, puesto que ejerce sobre la mujer una autoridad soberana, es bueno que esta haya sido conferida por un ser soberano. Entre los judíos, los mahometanos y los cristianos, entre otros, el hombre es dueño y señor por derecho divino: el temor a Dios sofocará en la oprimida toda veleidad de rebelión. Se puede apostar por su credulidad. Ante el universo masculino, la mujer adopta una actitud de respeto y de fe: Dios en su cielo apenas le parece menos lejano que un ministro, y el misterio del Génesis se asemeja al de las centrales eléctricas. Pero, sobre todo, si la mujer se precipita de tan buen grado en la religión, es porque esta viene a colmar una profunda necesidad. En la civilización moderna, que -incluso para la mujer- hace un sitio a la libertad, aparece mucho menos como instrumento de coerción que como instrumento de mistificación. No se le pide tanto a la mujer que acepte en nombre de Dios su inferioridad como que, gracias a él, se considere la igual del varón soberano; al pretender suprimir la injusticia, se suprime la tentación misma de una revuelta. La mujer ya no se siente frustrada en su trascendencia, puesto que va a destinar a Dios su inmanencia; solamente en el cielo se miden los méritos de las almas, y no de acuerdo con sus realizaciones terrestres; aquí abajo, según frase de Dostoyevski, no hay nunca nada más que ocupaciones: lustrar unos zapatos o construir un puente es la misma vanidad; por encima de las discriminaciones sociales, se ha restablecido la igualdad de los sexos. Por eso, la niña y la adolescente se entregan a la devoción con un fervor infinitamente más grande que sus hermanos; la mirada de Dios, que trasciende su trascendencia, humilla al muchacho: bajo tan poderosa tutela, seguirá siendo siempre un niño; se trata de una castración más radical que aquella por la cual **{**731**}** se siente amenazado en virtud de la existencia de su padre. En cambio, «la eterna niña» halla su salvación en esa mirada que la transforma en hermana de los ángeles y anula el privilegio del pene. Una fe sincera ayuda mucho a la niña a evitar todo

complejo de inferioridad: no es ni varón ni hembra, sino una criatura de Dios. Por eso, en muchas de las grandes santas, se halla una firmeza enteramente viril: Santa Brígida y Santa Catalina de Siena pretendían regentar el mundo, llenas de arrogancia; no reconocían ninguna autoridad masculina: Catalina incluso mandaba con mucha dureza a sus directores; Juana de Arco y Santa Teresa de Jesús recorrieron su camino con una intrepidez no superada por ningún hombre. La Iglesia vela para que Dios no autorice nunca a las mujeres a que se sustraigan a la tutela de los hombres; ella ha puesto exclusivamente en manos masculinas armas tan terribles como la negación de la absolución y la excomunión; obstinada en sus visiones, Juana de Arco fue quemada en la hoguera. Sin embargo, y aunque sometida por la voluntad de Dios a las leyes de los hombres, la mujer encuentra en El un sólido recurso contra estos. La lógica masculina tropieza con los misterios; el orgullo de los varones se hace pecado, su agitación no solo es absurda, sino culpable: ¿por qué remodelar ese mundo que el propio Dios ha creado? Se santifica la pasividad a que está destinada la mujer. Mientras pasa las cuentas de su rosario junto al fuego, ella se sabe más cerca del ciclo que su marido, que acude a reuniones políticas. No se trata de no hacer nada para salvar su alma; basta vivir sin desobedecer. La síntesis de la vida y del espíritu se ha consumado: la madre no engendra solamente una carne, sino que da un alma a Dios; lo cual es una obra más elevada que penetrar los fútiles secretos del átomo. Con la complicidad del Padre celestial, la mujer puede reivindicar contra el hombre la gloria de su feminidad. No solo restablece Dios así al sexo femenino, en general, en su dignidad, sino que cada mujer hallará en la ausencia celeste un apoyo singular; en tanto que persona humana, no tiene gran peso; pero, desde que actúa en nombre de una inspiración divina, su voluntad se hace **{**732**}** sagrada. Madame Guyon dice que, a propósito de la enfermedad de una religiosa, aprendió «lo que era mandar por el Verbo y obedecer por el Verbo mismo»; así enmascara la devota su autoridad con una humilde obediencia; al criar a sus hijos, dirigir un convento u organizar una obra, no es más que un dúctil instrumento en manos sobrenaturales; no se puede desobedecer la voluntad divina sin ofender a Dios mismo. Desde luego, tampoco los hombres desdeñan este apoyo; pero tiene escasa solidez cuando se enfrentan con semejantes que pueden igualmente reivindicarlo: el conflicto termina por zanjarse en un plano humano. La mujer invoca la voluntad divina para justificar absolutamente su autoridad a los ojos de quienes ya le están naturalmente subordinados, para justificarla a sus propios ojos. Si esa cooperación le es tan útil, es porque se halla ocupada, sobre todo, en sus relaciones consigo misma, incluso cuando esas relaciones interesan a otro; solamente en esos debates exclusivamente interiores es donde el supremo silencio puede tener fuerza de ley. En realidad, la mujer toma como pretexto la religión para satisfacer sus deseos. Frígida, masoquista, sádica, se santifica renunciando a la carne, representando el papel de víctima, sofocando a su alrededor todo impulso vivo; al mutilarse, al aniquilarse, gana puestos en la jerarquía de los elegidos; cuando martiriza al marido Y a los hijos, privándoles de toda dicha terrestre, les prepara un puesto privilegiado en el paraíso; Margarita de Cortona, «para castigarse por haber pecado», según nos dicen sus piadosos biógrafos, maltrataba al hijo de su falta; no le daba de comer sino después de haber alimentado a todos los mendigos de paso; ya hemos visto que el odio al hijo no deseado es frecuente, y poder entregarse al mismo con virtuosa rabia es una suerte llovida del cielo. Por su parte, la mujer cuya moral es poco rigurosa se arregla cómodamente con Dios; la certidumbre de ser mañana purificada del pecado por medio de la absolución ayuda frecuentemente a la mujer piadosa a vencer sus escrúpulos. Ya haya elegido el ascetismo o la sensualidad, el orgullo o la humildad, la preocupación que tiene por su salvación la estimula **{**733**}** a entregarse a ese placer que prefiere a todos los demás: ocuparse de sí misma; escucha los latidos de su corazón, acecha los estremecimientos de su carne, justificada por la presencia en ella de la gracia, como la mujer encinta por la de su fruto. No solo se examina con tierna vigilancia, sino que se confía a un director; en otros tiempos, podía incluso saborear la embriaguez de las confesiones públicas. Se nos cuenta que Margarita de Cortona, para castigarse por un impulso de vanidad, subió a la terraza de su casa y se puso a gritar como una parturienta: «¡Levantaos, habitantes de Cortona; levantaos con velas y linternas, y salid para escuchar a la pecadora!» Enumeraba todos sus pecados, clamando su miseria a las estrellas.

Mediante tan ruidosa humildad, satisfacía su necesidad de exhibicionismo, del que tantos ejemplos se encuentran en las mujeres narcisistas. La religión autoriza en la mujer la complacencia en sí misma; le da guía, padre, amante, la divinidad tutelar de la cual tiene una nostálgica necesidad; alimenta sus ensueños; ocupa sus horas ociosas. Pero, sobre todo, confirma el orden del mundo, justifica la resignación al aportar la esperanza de un porvenir mejor en un cielo asexuado. Por ese motivo, las mujeres son hoy todavía un triunfo tan poderoso en manos de la Iglesia; por esa razón, es la Iglesia tan hostil a toda medida susceptible de facilitar su emancipación. Hace falta una religión para las mujeres: hacen falta mujeres, «verdaderas mujeres», para perpetuar la religión.

Ya se ve que el conjunto del «carácter» de la mujer, sus convicciones, sus valores, su prudencia, su moral, sus gustos, sus actitudes, se explican por su situación. El hecho de que le sea rehusada su trascendencia le prohibe normalmente el acceso a las más altas actitudes humanas: heroísmo, rebeldía, desprendimiento, inventiva, creación; pero ni siquiera entre los varones son tan comunes. Hay multitud de hombres que, como la mujer, están confinados en el dominio de lo intermediario, de la media inesencial; el obrero se evade de ello por la acción política, expresando una voluntad revolucionaria; pero los hombres de la clase que precisamente se llama «media» se instalan allí deliberadamente **{**734**}**; obligados como la mujer a la repetición de tareas cotidianas, enajenados en valores totalmente elaborados, respetuosos con la opinión y no buscando en esta tierra Más que una vaga comodidad, el empleado, el comerciante, el burócrata no tienen sobre sus respectivas compañeras ninguna superioridad; al guisar, lavar la ropa, atender al cuidado de la casa y criar a sus hijos, manifiesta ella más iniciativa e independencia que el hombre esclavizado a unas consignas; este tiene que obedecer durante todo el día a unos superiores, llevar cuello duro y afirmar su rango social; la mujer puede estar en bata en su casa, cantar, reír con sus vecinas; obra a su antojo, corre pequeños riesgos, procura obtener eficazmente algunos resultados. Vive mucho menos que su marido para los convencionalismos y las apariencias. El universo burocrático que, entre otras cosas, ha descrito Kafka, ese universo de ceremonias, de gestos absurdos y de actitudes sin objeto, es esencialmente masculino; ella incide mucho más en la realidad; cuando él ha ordenado sus cifras o convertido en moneda unas latas de sardinas, no ha captado más que abstracciones; el niño retrepado en su cuna, la ropa blanca, el asado, son bienes más tangibles; sin embargo, precisamente porque en la persecución concreta de esos fines ella experimenta su contingencia -y correlativamente la suya propia-, sucede con frecuencia que no se enajena en ellos: permanece disponible. Las empresas del hombre son, a la vez, proyectos y fugas: se deja devorar por su carrera, por su personaje; es importante y serio de buen grado; oponiéndose a la lógica y la moral masculinas, la mujer no cae en esas trampas: eso era lo que tanto le gustaba a Stendhal de ella; no elude en el orgullo la ambigüedad de su condición; no se escabulle tras la máscara de la dignidad humana; descubre con más sinceridad sus indisciplinados pensamientos, sus emociones, sus reacciones espontáneas. Por eso su conversación es mucho menos fastidiosa que la de su marido, cuando habla en su propio nombre y no como fiel mitad de su señor; en cambio, él recita ideas llamadas generales, es decir, palabras y fórmulas que se encuentran en las columnas del periódico o de obras especializadas **{**735**}**; ella entrega una experiencia limitada, pero concreta. La famosa «sensibilidad femenina» tiene un poco de mito, un poco de comedia; pero el hecho es que la mujer está más atenta que el hombre a sí misma y al mundo. Sexualmente, vive en un clima masculino, que es un clima áspero: en compensación, tiene el gusto de las «cosas bonitas», lo cual puede engendrar cursilería, pero también delicadeza; como su dominio es muy limitado, los objetos que alcanza le parecen preciosos: al no encerrarlos ni en conceptos ni en proyectos, desvela sus riquezas; su deseo de evasión se manifiesta en su afición a las fiestas: le encanta la gratuidad de un ramo de flores, de un pastel, de una mesa bien puesta, se complace en transformar el vacío de sus ocios en una ofrenda generosa; como ama las risas, las canciones, los adornos, las chucherías, está dispuesta a acoger todo cuanto palpita a su alrededor: el espectáculo de la calle, el del cielo; una invitación, una salida, le abren horizontes nuevos; con mucha frecuencia, el hombre

rehusa participar en sus placeres; cuando él entra en casa, se acallan las voces gozosas, las mujeres de la familia adoptan ese aire aburrido y decente que él espera de ellas. Del seno de la soledad y la separación, la mujer extrae el sentido de la singularidad de su vida: el pasado, la muerte, el correr del tiempo, de todo ello tiene la mujer una experiencia más íntima que el hombre; la mujer se interesa por las aventuras de su corazón, de su carne y de su espíritu, porque sabe que no tiene otro patrimonio en esta tierra; y también, como es pasiva, sufre la realidad que la sumerge de una manera más apasionada y patética que al individuo absorbido por una ambición o una profesión; ella tiene tiempo y gusto para abandonarse a sus emociones, estudiar sus sensaciones y desentrañar su sentido. Cuando su imaginación no se pierde en vanos sueños, se torna simpatía: procura comprender al otro en su singularidad y recrearlo en sí misma; con respecto a su marido o su amante, es capaz de una verdadera identificación: hace suyos sus proyectos y preocupaciones de una manera que él no sabría imitar. Concede su vehemente atención al mundo entero, que se le aparece como un enigma: cada criatura, cada objeto **{**736**}**, puede ser una respuesta, y ella interroga ávidamente. Cuando envejece, su defraudada expectación se convierte en ironía y en un cinismo a menudo sabroso; rechaza las mistificaciones masculinas, ve el anverso contingente, absurdo y gratuito del imponente edificio construido por los varones. Su dependencia le prohibe el desapego; pero a veces extrae de la abnegación que se le impone una verdadera generosidad; se olvida de sí misma por el marido, el amante, el hijo, deja de pensar en ella y se hace toda entera ofrenda, don. Mal adaptada a la sociedad de los hombres, a menudo se ve obligada a inventar por sí misma sus actitudes; le satisfacen menos las recetas preparadas, los clisés; si tiene buena voluntad, hay en ella una inquietud más cercana de la autenticidad que la importante seguridad de su marido.

Sin embargo, no tendrá sobre el varón esos privilegios más que a condición de rechazar las mistificaciones que aquel le propone. En las clases superiores, las mujeres se hacen ardientemente cómplices de sus amos porque les interesa aprovecharse de los beneficios que les aseguran. Ya se ha visto cómo las mujeres de la gran burguesía y las aristócratas han defendido siempre sus intereses de clase con más obstinación todavía que sus esposos; no vacilan en sacrificarles radicalmente su autonomía de seres humanos; sofocan en ellas todo pensamiento, todo juicio crítico, todo impulso espontáneo; repiten como loros las opiniones admitidas, se confunden con el ideal que les impone el código masculino; en su corazón, en su mismo rostro, toda sinceridad ha muerto. El ama de casa encuentra una independencia en su trabajo, en el cuidado de los hijos; extrae de ello una experiencia limitada, pero concreta: la que «se hace servir» ya no tiene ninguna aprehensión sobre el mundo; vive en la ensoñación, la abstracción, el vacío. Desconoce el alcance de las ideas que ostenta; las palabras que pronuncia han perdido en su boca todo su sentido; el financiero, el industrial, a veces hasta el general, asumen fatigas, preocupaciones, corren riesgos; compran sus privilegios en un trato injusto, pero al menos pagan con sus personas; sus esposas, a cambio de todo cuanto reciben, no dan nada, no hacen nada **{**737**}**; y, con una fe tanto más ciega, creen en sus derechos imprescriptibles. Su vana arrogancia, su radical incapacidad, su terca ignorancia, hacen de ellas los seres más inútiles y nulos que jamás haya producido la especie humana.

Así, pues, tan absurdo es hablar de «la mujer» en general como del «hombre» eterno. Y se comprende por qué son ociosas todas las comparaciones que se esfuerzan en decidir si la mujer es superior, inferior o igual al hombre: sus respectivas situaciones son profundamente diferentes. Si se las confronta, resulta evidente que la del hombre es infinitamente preferible, es decir, que este tiene muchas más posibilidades concretas de proyectar en el mundo su libertad; de ello resulta, necesariamente, que las realizaciones masculinas superan con mucho a las femeninas, ya que a las mujeres les está punto menos que prohibido el hacer algo. No obstante, confrontar el uso que dentro de sus límites hacen hombres y mujeres de su libertad es a priori una tentativa desprovista de sentido, ya que precisamente usan de ella libremente. Bajo formas diversas, las trampas de la mala fe, las mistificaciones de lo serio, acechan tanto a unos como a otras; la libertad está entera en cada cual. Solo por el hecho de que en la mujer

es abstracta y huera, esta no podría auténticamente asumirse más que en la rebelión: ese es el único camino abierto a quienes no tienen la posibilidad de construir nada; preciso es que rechacen los límites de su situación y procuren abrirse los caminos del porvenir; la resignación no es más que una dimisión y una huida; para la mujer no hay otra salida que luchar por su liberación.

Esa liberación solo puede ser colectiva y exige, ante todo, que concluya la evolución económica de la condición femenina. Sin embargo, ha habido y hay todavía multitud de mujeres que tratan de realizar en solitario su salvación individual. Intentan justificar su existencia en el seno de su inmanencia, es decir, realizar la trascendencia en la inmanencia. Este último esfuerzo -a veces ridículo, a menudo patético- de la mujer aprisionada, para convertir su prisión en un cielo de gloria y su servidumbre en soberana libertad, es el que hallamos en la narcisista, la enamorada, la mística **{**738**}**.

PARTE SEGUNDA

JUSTIFICACIONES {739}.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA NARCISISTA.

Se ha pretendido a veces que el narcisismo era la actitud fundamental de toda mujer (1); pero, si se extiende abusivamente esta noción, se la arruina, como La Rochefoucauld arruinó la del egoísmo. En realidad, el narcisismo es un proceso de enajenación bien definido: el yo es planteado como un fin absoluto y el sujeto se hunde en él. Multitud de otras actitudes -auténticas o inauténticas- se encuentran en la mujer: ya hemos estudiado algunas de ellas. Lo cierto es que las circunstancias invitan a la mujer más que al hombre a volverse hacia sí misma y a consagrarse su amor.

(1) Véase HELEN DEUTSCH: Psychology of Women.

Todo amor reclama la dualidad de un sujeto y de un objeto. La mujer es conducida al narcisismo por dos caminos convergentes. Como sujeto, se siente frustrada; de niña, se ha visto privada de ese alter ego que es para el niño el pene; más tarde, su agresiva sexualidad ha quedado insatisfecha. Y, lo que es mucho más importante, las actividades viriles le están prohibidas. Está ocupada, pero no hace nada; a través de sus funciones de esposa, madre, ama de casa, no es reconocida en su singularidad. La verdad del hombre está en las casas que construye, las selvas que desmonta, los enfermos que cura; la mujer, al no poder cumplirse a través de proyectos y fines, se esforzará por captarse en la inmanencia de su persona. Parodiando la frase de Sieyès, Marie Bashkirtseff escribía: «¿Qué soy yo? Nada. ¿Qué quisiera ser**{**741**}**?

Todo.» Porque no son nada, multitud de mujeres limitan hoscamente sus intereses a su solo yo, que ellas hipertrofian hasta confundirlo con el Todo. «Yo soy mi propia heroína», añadía Marie Bashkirtseff. Un hombre que actúa, necesariamente se confronta. Ineficaz, separada, la mujer no puede ni situarse ni tomarse la medida; se da una importancia soberana, porque ningún objeto importante le es asequible.

Si puede proponerse así a sus propios deseos, es porque desde la infancia se ha visto como un objeto. Su educación la ha alentado a enajenarse en su cuerpo todo entero, la pubertad le ha revelado ese cuerpo como pasivo y deseable; es su cuerpo algo hacia lo cual puede volver sus

manos, algo a lo cual conmueven el raso y el terciopelo, algo que ella puede contemplar con mirada de amante. Sucede, que, en el placer solitario, la mujer se desdobla en un sujeto macho y un objeto hembra; así Irene, cuyo caso ha estudiado Dalbiez (1), se decía: «Voy a amarme.» O más apasionadamente: «Voy a poseerme.» O en pleno paroxismo: «Voy a fecundarme.» Marie Bashkirtseff es también sujeto y objeto al mismo tiempo cuando escribe: «Sin embargo, es una lástima que nadie me vea los brazos y el torso, toda esta lozanía y esta juventud.»

(1) La psychanalyse. Durante su infancia, a Irene le gustaba orinar como los chicos; se ve frecuentemente en sueños bajo forma de ondina, lo cual confirma las ideas de Havelock Hellis sobre la relación entre el narcisismo y lo que él denomina «ondinismo», es decir, cierto erotismo urinario.

En verdad, no es posible ser para sí positivamente otro, y captarse a la luz de la conciencia como objeto. El desdoblamiento solo es soñado. Es la muñeca la que materializa ese sueño en la niña, que se reconoce en ella más concretamente que en su propio cuerpo, porque entre una y otra hay una separación. Esta necesidad de ser dos para entablar un tierno diálogo interior, madame de Noailles la ha expresado, entre otras, en el Livre de ma vie:

> Me gustaban mucho las muñecas, y prestaba a su inmovilidad la animación de mi propia existencia; no hubiera podido **{**742**}** dormir bajo el calor de una manta si ellas no hubiesen estado también envueltas en lana y plumón... Soñaba con gustar verdaderamente la pura soledad desdoblada... Esa necesidad de persistir intacta, de ser dos veces yo misma, la experimentaba con avidez desde muy niña... ¡Ah, cómo he deseado, en los trágicos instantes en que mi soñadora dulzura era juguete de injuriosas lágrimas, tener a mi lado a otra pequeña Anna que me rodease el cuello con sus brazos, me consolase y me comprendiese!... En el curso de mi vida, la encontré en mi corazón y la retuve fuertemente: ella me ayudó, no bajo la forma del consuelo que yo esperara, sino bajo la del valor.

La adolescente deja dormir sus muñecas. Pero, a lo largo de toda su vida, la mujer será poderosamente ayudada en su esfuerzo por abandonarse y volverse a reunir consigo misma en virtud de la magia del espejo. Rank ha puesto en claro la relación entre el espejo y el doble en los mitos y en los sueños.

En el caso de la mujer, sobre todo, es donde el reflejo se deja asimilar al yo. La belleza masculina es indicación de trascendencia, la de la mujer tiene la pasividad de la inmanencia: la segunda solo ha sido hecha para atraer la mirada y, por tanto, puede ser apresada en la trampa inmóvil del azogue; el hombre que se siente y se quiere actividad, subjetividad, no se reconoce en su imagen petrificada; apenas tiene esta atractivo alguno para él, puesto que el cuerpo del hombre no se le aparece como objeto de deseo; en cambio, la mujer, que se sabe y se hace objeto, cree verdaderamente verse en el espejo: pasivo y dado, el reflejo es, como ella misma, una cosa; y como ella codicia la carne femenina, su carne, anima con su admiración y su deseo las virtudes inertes que percibe. Madame de Noailles, que sabía mucho de eso, nos confía:

> Me sentía menos envanecida de los dones del espíritu, tan vigorosos en mí que no los ponía en duda, que de la imagen reflejada por un espejo frecuentemente consultado... Solo el placer físico contenta plenamente al alma **{**743**}**.

Las palabras «placer físico» son aquí vagas e impropias. En tanto que el espíritu tenga que efectuar sus pruebas, lo que contenta al alma es que el rostro contemplado está allí, ahora, dado, indudable. Todo el porvenir está recogido en ese lienzo de luz cuyo marco lo convierte en un universo; fuera de esos estrechos límites, las cosas no son más que un caos desordenado; el mundo se reduce a ese trozo de vidrio donde resplandece una imagen: la

Única. Cada mujer anegada en su reflejo, reina sobre el espacio y el tiempo, sola, soberana; tiene todos los derechos sobre los hombres, la fortuna, la gloria, la voluptuosidad. Bashkirtseff estaba tan embriagada con su belleza, que deseaba fijarla en un mármol imperecedero; de ese modo se hubiera consagrado a sí misma a la inmortalidad:

> Al volver a casa, me desvisto, me desnudo por completo y me quedo muda de asombro ante la belleza de mi cuerpo, como si no lo hubiera visto jamás. Hay que hacer mi estatua, pero ¿cómo? Sin casarme, eso es casi imposible. Y es absolutamente preciso, porque de otro modo iré volviéndome fea, estropeándome... Tengo que tomar un marido, aunque solo sea para encargar que me hagan una estatua.

Cécile Sorel, mientras se prepara para una cita amorosa, se describe así:

> Estoy delante del espejo. Quisiera ser más bella. Forcejeo con mi melena de leona. Brotan chispas bajo el peine. Mi cabeza es un sol en medio de mis cabellos erizados como rayos de oro.

Recuerdo también a una joven a quien vi una mañana en los lavabos de un café; tenía una rosa en la mano y parecía ligeramente ebria; acercaba los labios al espejo, como para beberse su imagen, y murmuraba sonriente: «Adorable, me encuentro adorable.» A la vez sacerdotisa e ídolo, la narcisista planea nimbada de gloria en el corazón de la eternidad, y, desde el otro lado de las nubes, criaturas arrodilladas la adoran: ella es Dios mientras se contempla a sí misma. «Me **{**744**}** amo; yo soy mi Dios», decía madame Mejerowsky. Convertirse en Dios es realizar la imposible síntesis del en-sí y del para-sí: los momentos en que un individuo se imagina haberlo conseguido, son para él privilegiados momentos de alegría, de exaltación, de plenitud. A los diecinueve años, en un granero, Roussel sintió un día en torno a su cabeza el aura de la gloria: jamás se curó de ello. La joven que ha visto en el fondo del espejo la belleza, el deseo, el amor, la dicha, revestidos con sus propios rasgos -animados, así lo cree ella, por su propia conciencia-, tratará durante toda su vida de agotar las promesas de aquella deslumbrante revelación. «Es a ti a quien amo», confía un día Marie Bashkirtseff a su reflejo. Otro día escribe: «Me amo tanto, me hago tan dichosa, que he ido a cenar como una loca.» Incluso si la mujer no es de una belleza irreprochable, verá transparentarse en su rostro las singulares riquezas de su alma, y eso bastará para su embriaguez. En la novela en que se ha pintado bajo los rasgos de Valérie, madame Krüdener se describe así:

> Tiene algo de particular que todavía no he visto en ninguna otra mujer. Se puede tener tanta gracia y mucha más belleza, y, sin embargo, estar lejos de ella. Tal vez no se la admire, pero tiene algo de ideal y de encantador que fuerza a ocuparse de ello. Al verla tan delicada, tan esbelta, diríase que es un pensamiento...

No hay razón para asombrarse de que hasta las desheredadas puedan a veces conocer el éxtasis del espejo: las conmueve el solo hecho de ser una cosa de carne, que está allí; lo mismo que el hombre, basta para asombrarlas la pura generosidad de una joven carne femenina; y, puesto que se captan como sujeto singular, con un poco de mala fe, dotarán también de un encanto singular sus cualidades específicas; en su rostro o en su cuerpo descubrirán algún rasgo gracioso, raro, picante; se creerán bellas por el solo hecho de que se sienten mujeres.

Por lo demás, el espejo, aunque privilegiado, no es el único instrumento de desdoblamiento. En el diálogo interior **{**745**}**, cada cual puede intentar crearse un hermano gemelo. Al estar sola la mayor parte del día y aburrirse con las faenas domésticas, la mujer tiene tiempo para moldear en sueños su propia figura. De joven, soñaba con el porvenir; encerrada en su presente indefinido, ahora se relata su propia historia; la retoca para introducir en ella un orden estético, transformando antes de su muerte su vida contingente en un destino.

Se sabe, entre otras cosas, hasta qué punto tienen apego las mujeres a sus recuerdos de infancia; la literatura femenina da fe de ello; la infancia no ocupa, en general, más que un lugar secundario en las autobiografías masculinas; las mujeres, por el contrario, se limitan frecuentemente al relato de sus primeros años, que son la materia privilegiada de sus novelas, de sus cuentos. Una mujer que se confía a una amiga, a un amante, comienza casi todas sus historias con estas palabras: «Cuando yo era niña...» Conservan una gran nostalgia de ese período. Y es que en aquella época sentían sobre su cabeza la mano benévola e imponente del padre, mientras gustaban las mieles de la independencia; protegidas y justificadas por los adultos, eran individuos autónomos ante quienes se abría un libre porvenir: en cambio, ahora están imperfectamente defendidas por el matrimonio y el amor, y se han convertido en sirvientas o en objetos, aprisionadas en el presente. Reinaban en el mundo, cuya conquista efectuaban día tras día; y helas aquí separadas del Universo, consagradas a la inmanencia y a la repetición. Se sienten despojadas. Pero lo que más las hace sufrir es verse engullidas en la generalidad: una esposa, una madre, un ama de casa, una mujer entre millones de otras mujeres; de niña, cada una ha vivido, por el contrario, su condición de una manera singular; ignoraba entonces las analogías existentes entre su aprendizaje del mundo y el de sus camaradas; sus padres, profesores y amigas la reconocían en su individualidad, ella se creía incomparable a toda otra, única, prometida a oportunidades únicas. Se vuelve con emoción hacia esta joven hermana, de cuya libertad, exigencias y soberanía ha abdicado y a la cual ha traicionado más o **{**746**}** menos. La mujer en que se ha convertido añora aquel ser humano que fue, y trata de volver a encontrar en el fondo de sí misma a aquella niña desaparecida. «Niñita» es una palabra que la conmueve; pero aún la conmueven más estas otras: «¡Qué niña tan rara!», que resucitan la originalidad perdida.

No se limita a maravillarse desde lejos ante aquella niña tan rara: trata de reavivarla en ella. Procura convencerse de que sus gustos, sus ideas y sus sentimientos han conservado una frescura insólita. Perpleja, interrogando al vacío, mientras juguetea con un collar o atormenta una sortija, murmura: «Es raro... Yo... Así es como soy yo... Figúrese que el agua me fascina... ¡Oh, el campo me chifla!» Cada preferencia parece una excentricidad; cada opinión, un desafío al mundo. Dorothy Parker ha tomado de la realidad ese rasgo tan extendido. Describe así a la señora Welton:

> Le gustaba considerarse una mujer que no podía ser dichosa si no estaba rodeada de flores... Confesaba a la gente, en pequeños impulsos confidenciales, cuánto amaba a las flores. Había casi un tono de excusa en esa pequeña confesión, como si quisiera pedir a sus oyentes que no juzgasen demasiado insólito su gusto. Parecía esperar que su interlocutor cayera de espaldas, atónito, mientras exclamaba: «¿De veras? ¡Hasta dónde hemos llegado!» De vez en cuanto, confesaba otras menudas predilecciones; siempre con un poco de perplejidad, como si en su delicadeza le hubiera repugnado naturalmente mostrar su corazón al desnudo, declaraba cuánto le gustaba el color, el campo, las distracciones, una comedia verdaderamente interesante, las telas bonitas, los vestidos bien cortados, el sol. Pero el amor que más a menudo confesaba era el que sentía por las flores. Tenía la impresión de que ese gusto, más que ningún otro, la distinguía del común de los mortales.

La mujer busca con gusto confirmar estos análisis con sus actitudes; elige un color: «Mi color es el verde»; tiene una flor preferida, un perfume, un músico favorito, supersticiones, manías que ella trata con respeto; y no necesita ser bella para expresar su personalidad en su ropa y su interior **{**747**}**.

El personaje que ella erige tiene más 0 menos coherencia y originalidad, según su inteligencia, su obstinación y la profundidad de su enajenación. Algunas no hacen sino mezclar al azar ciertos rasgos dispersos y confusos; otras crean sistemáticamente una figura,

cuyo papel representan con constancia: ya se ha dicho que la mujer hacía mal la distinción entre ese juego y la verdad. En torno a esa heroína, la vida se organiza a modo de novela triste o maravillosa, siempre un poco extraña. A veces, se trata de una novela que ya ha sido escrita. No sé cuántas jóvenes me han dicho que se habían reconocido en la Judy de Poussière; y me acuerdo de una anciana, muy fea, que solía decir: «Lea Le lys dans la vallée: es mi propia historia. De niña, miraba yo con reverente estupor ese lirio ajado.» Otras, más vagamente, murmuran: «Mi vida es una verdadera novela.» Hay una estrella fausta o nefasta en su frente. «Esas cosas solo me pasan a mí», dicen. O el cenizo acompaña todos sus pasos, o la suerte les sonríe: en todo caso, tienen un destino. Con esa ingenuidad que no la abandona a todo lo largo de sus Mémoires, Cécile Sorel escribe: «Así hice mi entrada en el mundo. Mis primeros amigos se llamaron genio y belleza.» Y en Le livre de ma vie, que es un fabuloso monumento narcisista, madame de Noailles escribe:

> Un día desaparecieron las institutrices: la suerte ocupó su lugar. Y maltrató tanto como había colmado a la criatura poderosa y débil, la mantuvo por encima de naufragios donde aparecía como una Ofelia combativa, que salvaba sus flores y cuya voz se hacía oír siempre. También le pidió que esperase que fuese verdaderamente exacta esta última promesa: los griegos utilizan la muerte.

Preciso es citar todavía como ejemplo de literatura narcisista el pasaje siguiente:

> Yo era una niña robusta, de miembros delicados pero redondeados y mejillas encendidas; luego adquirí ese carácter físico más frágil y nebuloso que hizo de mí una adolescente patética, a despecho de la fuente de vida que puede brotar **{**748**}** en mi desierto, en mi hambre, en mis breves y misteriosas muertes, tan extrañamente como de la roca de Moisés. No encomiaré mi valor, como tendría derecho a hacerlo. Lo asimilo a mis fuerzas, a mis oportunidades. Podría describirlo del mismo modo que se dice: «Tengo los ojos verdes, los cabellos negros, la mano pequeña y fuerte...»

Y aún añade estas líneas:

> Hoy me es permitido reconocer que, sostenida por el alma y sus fuerzas armónicas, he vivido al son de mi voz...

A falta de belleza, de esplendor o de dicha, la mujer escogerá un papel de víctima; se obstinará en encarnar la Mater dolorosa, la esposa incomprendida; será a sus ojos «la mujer más desgraciada del mundo». Tal es el caso de esa melancólica que describe Stekel (1):

(1) La femme frigide.

> Todos los años, por Navidad, la señora H. W., pálida, vestida de sombríos colores, viene a mi casa para quejarse de su suerte. Es una triste historia la que cuenta en medio de abundantes lágrimas. ¡Una vida frustrada, un hogar deshecho! La primera vez que vino, me conmovió hasta las lágrimas y estuve dispuesto a llorar con ella. Desde entonces, han transcurrido dos largos años, y ella sigue morando en las ruinas de sus esperanzas, llorando su vida perdida. Sus rasgos acusan los primeros síntomas de decadencia, lo cual le da otro motivo de queja. «¡Qué ha sido de mí, cuya belleza tanto se ha admirado!» Multiplica sus quejas, subraya bu desesperación, porque todas sus amistades conocen su desdichada suerte. Aburre a todo el mundo con sus lamentos... Ello es un nuevo motivo para que se sienta desdichada, sola e incomprendida. No había salida ya para ese laberinto de dolores... Aquella mujer encontraba su goce en ese papel trágico. Se embriagaba literalmente con la idea de ser la mujer más desgraciada de la Tierra. Todos los esfuerzos para que tomase parte en la vida activa fracasaron.

Un rasgo común a la pequeña señora Welton, a la soberbia Anna de Noailles, a la infortunada enferma de Stekel, a **{**749**}** la multitud de mujeres marcadas por un destino excepcional, es que se sientan incomprendidas; su entorno no reconoce -o no lo reconoce bastante- su singularidad; ellas traducen positivamente esa ignorancia, esa indiferencia de los otros por la idea de que ellas encierran un secreto. El hecho es que muchas han sepultado silenciosamente episodios de infancia y juventud que tuvieron gran importancia para ellas; saben muy bien que su biografía oficial no se confunde con su verdadera historia. Pero, sobre todo, a falta de realizarse en su vida, la heroína mimada por la narcisista no es más que un ente imaginario; su unidad no le ha sido conferida por el mundo concreto: se trata de un principio oculto, una especie de «fuerza», de «virtud» tan oscura como el flogisto; la mujer cree en su presencia, pero si quisiera descubrírsela a otro, le resultaría tan difícil hacerlo como al psicasténico que se encarniza en confesar crímenes impalpables. En ambos casos, el «secreto» se reduce a la huera convicción de poseer en el fondo de uno una clave que le permite descifrar y justificar sentimientos y actitudes. Son su abulia y su inercia las que dan a los psicasténicos esa ilusión; a falta de poder expresarse en la acción cotidiana, la mujer se cree también habitada por un misterio inexpresable: el célebre mito del misterio femenino la estimula a ello y, a su vez, se ve confirmado.

Plena de sus tesoros desconocidos, ora esté marcada por una estrella fausta o nefasta, la mujer adquiere a sus propios ojos la necesidad de los héroes de tragedia a quienes rige un destino. Su vida entera se transforma en un drama sagrado. Bajo el ropaje elegido con solemnidad, se alzan a la vez una sacerdotisa vestida con la librea sacerdotal y un ídolo adornado por manos fieles, ofrecido a la adoración de los devotos. Su interior se convierte en el templo donde se desarrolla su culto. Marie Bashkirtseff presta tanta atención al marco que instala a su alrededor como a su ropa:

> Cerca del escritorio, un sillón antiguo, de suerte que, cuando alguien entra, me basta imprimir un ligero movimiento a ese sillón para encontrarme frente a la gente.... cerca **{**750**}** del pedantesco escritorio con los libros por fondo, entre cuadros y plantas, con las piernas y los pies a la vista, en lugar de estar cortada en dos como antes por esa madera negra. Encima del diván están suspendidas las dos mandolinas y la guitarra. Situad en medio de todo eso a una joven rubia y blanca, de manos pequeñas y finas, surcadas de venas azules.

Cuando se pavonea en los salones, cuando se abandona entre los brazos de un amante, la mujer cumple su misión: es Venus dispensando al mundo los tesoros de su belleza. No era a sí misma, sino a la Belleza, lo que Cécile Sorel defendía cuando rompió el vaso de la caricatura de Bib; en sus Mémoires se ve que, en todos los instantes de su vida, habla convidado a los mortales a celebrar el culto del Arte. Lo mismo Isadora Duncan, tal y como ella se pinta en Mi vida:

> Después de las representaciones -escribe-, vestida con mi túnica y mi cabellera coronada de rosas, ¡estaba tan linda! ¿Por qué no beneficiar a otro de ese encanto? ¿Por qué un hombre que trabaja toda la jornada con su cerebro... no habría de ser enlazado por esos brazos espléndidos y no hallaría algún consuelo a sus fatigas y unas horas de belleza y olvido?

La generosidad de la narcisista le es provechosa: mejor que en los espejos, es en los ojos admirativos de los demás donde ella percibe a su doble nimbada de gloria. A falta de un público complaciente, abre su corazón a un confesor, a un médico, a un psicoanalista; va a consultar a quirománticas y videntes. «No es que crea en esas cosas -decía una starlette novicia-, pero ¡me gusta tanto que hablen de mí!» Se confía a sus amigas; en su amante, más ávidamente que en ningún otro, busca un testigo; la enamorada olvida rápidamente su propio yo; pero multitud de mujeres son incapaces de un verdadero amor, precisamente porque no se

olvidan jamás de sí mismas. A la intimidad de la alcoba, prefieren un escenario más vasto. De ahí la importancia que adquiere para ellas la vida mundana: necesitan unos ojos que las contemplen, unos oídos que las escuchen; su personaje **{**751**}** necesita el más vasto público posible. Describiendo una vez más su habitación, Marie Bashkirtseff deja escapar esta confesión:

> De este modo, estoy en escena cuando alguien entra y me encuentra escribiendo.

Y más adelante:

> Estoy decidida a procurarme una escenificación considerable. Voy a construir una mansión más hermosa que la de Sarah y unos estudios más grandes...

Por su parte, madame de Noailles escribe:

> He amado y amo el ágora... Por eso he podido tranquilizar frecuentemente a amigos que se excusaban por el número de sus convidados, que ellos temían pudieran importunarme, con esta sincera confesión: «No me gusta actuar ante sillones vacíos.»

El vestuario y la conversación satisfacen en gran parte ese gusto femenino de la ostentación. Pero una narcisista ambiciosa desea exhibirse de manera más rara y variada. En particular, y puesto que ha hecho de su vida una comedia ofrecida al aplauso del público, le complacerá situarse en escena de veras. Madame de Staël ha contado extensamente en Corinne cómo encantaba a las multitudes italianas, al recitar poemas que ella misma acompañaba con el arpa. En Coppet, una de sus distracciones preferidas consistía en declamar papeles trágicos; bajo la figura de Fedra, dirigía ardientes declaraciones a sus jóvenes amantes, a quienes disfrazaba de Hipólitos. Madame Krüdener se especializó en la danza del velo, que describe así en Valérie:

> Valérie pidió su velo de muselina azul oscuro, se apartó los cabellos de la frente; se puso el velo en la cabeza; le caía a lo largo de las sienes y de los hombros; su frente se dibujó a la manera antigua, sus cabellos desaparecieron, sus párpados **{**752**}** se bajaron, su habitual sonrisa fue borrándose poco a poco; su cabeza se inclinó, el velo le cayó suavemente sobre los brazos cruzados, sobre el pecho, y aquella prenda azul, aquella figura pura y dulce, parecían haber sido dibujadas por el Correggio para expresar una serena resignación; y cuando sus ojos se alzaron y sus labios esbozaron una sonrisa, hubiérase dicho que se veía, según la pintó Shakespeare, a la Paciencia sonriendo al Dolor junto a un monumento.
>
> ... Es a Valérie a quien hay que ver. Es ella quien, a la vez tímida, noble y profundamente sensible, turba, arrastra, conmueve, arranca lágrimas y hace latir el corazón como late cuando está dominado por un gran ascendiente; ella es quien posee esa gracia encantadora que no puede aprehenderse, pero que la Naturaleza ha revelado en secreto a ciertos seres superiores.

Si las circunstancias se lo permiten, nada producirá a la narcisista una satisfacción tan profunda como la de consagrarse públicamente al teatro:

> El teatro -dice Georgette Leblanc- me daba lo que había buscado en él: un motivo de exaltación. Hoy se me presenta como la caricatura de la acción; algo indispensable para los temperamentos excesivos.

La expresión de la cual se sirve es chocante: a falta de obrar, la mujer se inventa sucedáneos de la acción; el teatro representa para algunas un ersatz privilegiado. Por otra parte, la actriz

puede proponerse finalidades muy distintas. Para algunas, actuar en el escenario es un medio de ganarse la vida, una simple profesión; para otras, es el acceso a un renombre que será explotado con fines galantes; para otras todavía, representa el triunfo de su narcisismo; las más grandes -Rachel, la Duse- son auténticas artistas, que se trascienden en el papel que ellas crean; la comicastra, por el contrario, no se preocupa de lo que hace, sino de la gloria que ello pueda reportarle; ante todo, lo que busca es valorizarse. Una narcisista obstinada será una mujer limitada en el arte y en el amor, pues no sabe darse.

Ese defecto se hará notar gravemente en todas sus actividades **{**753**}**. La tentarán todos los caminos que puedan conducir a la gloria; pero nunca emprenderá ninguno sin reservas. La pintura, la escultura, la literatura, son disciplinas que reclaman un severo aprendizaje y exigen un trabajo solitario; muchas mujeres lo intentan, pero renuncian pronto, si no las impulsa un positivo deseo de creación; muchas de las que perseveran, además, no hacen más que «jugar» a que trabajan. Marie Bashkirtseff, tan ávida de gloria, se pasaba horas enteras delante del caballete; pero se amaba demasiado a sí misma para amar verdaderamente la pintura. Ella misma lo confiesa, tras años de despecho: «Sí; no me tomo el trabajo de pintar; hoy me he estado observando, y solo hago trampas...» Cuando una mujer, como madame de Staël o madame de Noailles, logra componer una obra, es porque no está exclusivamente absorbida en el culto que se rinde a sí misma; pero una de las taras que pesan sobre multitud de escritoras es la de una complacencia consigo mismas, que perjudica su sinceridad, las limita y disminuye.

Muchas mujeres imbuidas del sentimiento de su superioridad no son capaces, sin embargo, de manifestarla a los ojos del mundo; su ambición consistirá entonces en utilizar como intérprete a un hombre a quien convencerán de sus méritos; no se proponen valores singulares a través de libres proyectos; quieren anexionar a su yo valores acabados; así, pues, se volverán hacia quienes ostentan influencia y gloria, con la esperanza -al convertirse en musas, inspiradoras, Egerias- de identificarse con ellos.

Un ejemplo notable es el de Mabel Dodge en sus relaciones con Lawrence:

> Yo quería seducir su espíritu -dice ella-, forzarle a producir ciertas cosas... Tenía necesidad de su alma, de su voluntad, de su imaginación creadora y de su visión luminosa. Para hacerme dueña de esos instrumentos esenciales, tenía que dominar su sangre... Siempre he procurado que los demás hagan cosas, sin intentar hacer nada yo misma. Adquiría así el sentimiento de una especie de actividad, de fecundidad por poder. Era una especie de compensación al desolado sentimiento de no tener nada que hacer **{**754**}**.

Y más adelante:

> Yo quería que Lawrence conquistase por mí, que se sirviese de mi experiencia, de mis observaciones, de mi Taos, y que formulase todo eso en una magnífica creación de arte.

De igual modo, Georgette Leblanc quería ser para Maeterlinck «alimento y llama»; pero también quería ver su nombre inscrito en el libro compuesto por el poeta. No se trata aquí de mujeres ambiciosas que hubieran elegido fines personales y utilizado a unos hombres para conseguirlos -como hicieran la princesa de los Ursinos y madame de Staël-, sino de mujeres animadas por un deseo de importancia completamente subjetivo, que no se proponen ningún fin objetivo y que pretenden apropiarse la trascendencia de otro. Están lejos de alcanzar siempre el éxito; pero son hábiles para disimularse su fracaso y para persuadirse de que están dotadas de una irresistible seducción. Sabiéndose amables, deseables, admirables, se sienten seguras de ser amadas, deseadas y admiradas. Toda narcisista es Belisa. Hasta la inocente

Brett, consagrada a Lawrence, se fabrica un pequeño personaje a quien dota de una grave seducción:

> Alzo los ojos y me percato de que me miráis maliciosamente, con vuestro aire de fauno y un resplandor provocativo en vuestros ojos, Pan. Yo os miro con aire solemne y digno, hasta que el resplandor se extingue en vuestro rostro.

Tales ilusiones pueden engendrar verdaderos delirios: no sin razón consideraba Clérambault la erotomanía como «una suerte de delirio profesional»; sentirse mujer es sentirse objeto deseable, es creerse deseada y amada. Es notable que, de cada diez pacientes afectados de «la ilusión de ser amados», nueve sean mujeres. Se ve claramente que lo que buscan en su amante imaginario es una apoteosis de su narcisismo. Lo quieren dotado de un valor sin reservas: sacerdote, médico, abogado, hombre superior; y la verdad categórica que descubren sus actitudes consiste en que su **{**755**}** amante ideal es superior a todas las demás mujeres y posee virtudes irresistibles y soberanas.

La erotomanía puede aparecer en el seno de diversas psicosis; pero su contenido es siempre el mismo. El sujeto es iluminado y glorificado por el amor de un hombre de gran valor, que se ha sentido bruscamente fascinado por sus encantos -cuando ella no esperaba nada de él- y le ha manifestado sus sentimientos de manera indirecta, pero imperiosa; esta relación permanece a veces en la esfera ideal, y a veces reviste una forma sexual; pero lo que esencialmente la caracteriza es que el semidiós poderoso y glorioso ama más de lo que es amado y manifiesta su pasión mediante actitudes extrañas y ambiguas. Entre el gran número de casos citados por los psiquiatras, he aquí el siguiente, completamente típico y que resumo de acuerdo con Ferdière (1). Se trata de una mujer de cuarenta y ocho años, Marie-Yvonne, que hace la siguiente confesión:

(1) L'érotomanie.

> Se trata del ilustre Achille, antiguo diputado y subsecretario de Estado, miembro del Foro y del Conseil de l'Ordre. Le conozco desde el 12 de mayo de 1920; la víspera había intentado buscarlo en el Palacio de Justicia; había observado desde lejos su elevada estatura, pero no sabía quién era; un escalofrío me recorrió la espina dorsal... Sí, entre él y yo hay un asunto sentimental, un sentimiento recíproco: nuestros ojos se han encontrado, nuestras miradas se han cruzado. Desde la primera vez que lo vi, tuve debilidad por él; y a él le sucede algo parecido... En todo caso, ha sido el primero en declararse: ocurrió hacia primeros de 1922; me recibía en su salón, siempre solo; un día incluso le dijo a su hijo que saliese... Un día... se levantó y vino hacia mí sin interrumpir la conversación. Inmediatamente comprendí que se trataba de un impulso sentimental... Sus palabras lo daban a entender claramente. Por medio de una serie de amabilidades, me dio a entender que nuestros sentimientos recíprocos se hablan encontrado. En otra ocasión, siempre en su despacho, se acercó a mí, mientras decía: «Usted, solamente usted y nadie más que usted, señora, ¿me comprende?» Me sentí tan **{**756**}** emocionada, que no supe qué responder; me limité a decir únicamente: «Gracias, señor.» En otra ocasión, me acompañó desde el despacho hasta la calle; incluso se desembarazó de un señor que le acompañaba, le dio veinte monedas en la escalera y le dijo: «Déjeme ahora; ya ve que estoy con la señora.» Y todo era para acompañarme y quedarse a solas conmigo. Siempre me apretaba fuertemente las manos. En el curso de su primer alegato, lanzó una perorata para dar a entender que era soltero.
>
> Una vez envió a un cantor para hacerme comprender su amor... Miraba desde debajo de mis ventanas; podría cantarle su romanza... Hizo desfilar delante de mi puerta la banda municipal. Fui una estúpida. Debería haber respondido a todas sus iniciativas. Yo enfrié al ilustre Achille... Entonces creyó que le rechazaba y obró en consecuencia; hubiera

> hecho mejor si hubiese hablado francamente; se vengó. El ilustre Achille creía que yo abrigaba ciertos sentimientos por B., y estaba celoso... Me hizo sufrir por el maleficio con ayuda de mi fotografía; al menos eso es lo que he descubierto este año, a fuerza de estudiar en los libros y en los diccionarios. Ha trabajado suficientemente esa foto, y todo proviene de ahí...

Ese delirio se transforma fácilmente, en efecto, en un delirio de persecución. Y ese proceso se encuentra incluso en los casos normales. La narcisista no puede admitir que otro no se interese por ella apasionadamente; si tiene la prueba evidente de que no es adorada, supone inmediatamente que la odian. Atribuye todas las críticas a los celos, al despecho. Sus fracasos son el resultado de negras maquinaciones, y ello la confirma en la idea de su importancia. Se desliza fácilmente a la megalomanía o al delirio de persecución, que es la figura inversa: centro de su universo y sin conocer otro universo que el suyo, hela convertida en centro absoluto del mundo.

La comedia narcisista se desarrolla a expensas de la vida real; un personaje imaginario solicita la admiración de un público imaginario; la mujer presa de su yo, pierde toda aprehensión sobre el mundo concreto, no se preocupa de establecer con los demás ninguna relación real; madame de **{**757**}** Staël no habría declamado Fedra con tan buen ánimo si hubiese presentido los sarcasmos que sus «admiradores» anotaban por la noche en sus carnets; pero la narcisista se niega a admitir que nadie la pueda ver de otro modo a como ella se muestra: ello explica que, tan ocupada como está en contemplarse, no logre juzgarse y se hunda tan fácilmente en el ridículo. Ya no escucha, habla, y cuando ella habla, recita su papel:

> Eso me divierte -escribe Marie Bashkirtseff-. No charlo con él; simplemente represento; y, como me siento en presencia de un buen público, estoy excelente de entonaciones infantiles y caprichosas, así como de actitudes.

Se contempla demasiado para ver nada; de los demás no comprende sino lo que reconoce en ellos; lo que no puede asimilar a su caso, a su historia, le es extraño. Se complace en multiplicar las experiencias: quiere conocer la embriaguez y los tormentos de la enamorada, los puros goces de la maternidad, la amistad, la soledad, las lágrimas, las risas; pero, al no poder darse jamás, sus sentimientos y sus emociones son fabricados. Sin duda, Isadora Duncan lloró la muerte de sus hijos con lágrimas genuinas. Pero, cuando arrojó sus cenizas al mar en un gran gesto teatral, no era más que una comediante; y no se puede leer sin una sensación de malestar el siguiente pasaje de Mi vida, en el que evoca su pena:

> Percibo la tibieza de mi propio cuerpo. Bajo la vista hacia mis piernas desnudas y las estiro, sobre la dulzura de mis senos, sobre mis brazos, que jamás están inmóviles, sino que flotan sin cesar en suaves ondulaciones; y veo que desde hace doce años estoy cansada, que este pecho mío encierra un dolor inextinguible, que estas manos han sido marcadas por la tristeza y que, cuando estoy sola, estos ojos raramente están secos.

En el culto de su yo, la adolescente puede hallar el coraje necesario para abordar el inquietante porvenir; pero se trata **{**758**}** de una etapa que es preciso superar pronto: de lo contrario, el porvenir se cierra. La enamorada que encierra al amante en la inmanencia de la pareja, le consagra a la muerte con ella: la narcisista, al enajenarse en su doble imaginario, se aniquila. Sus recuerdos se fijan, sus actitudes se estereotipan; recobra palabras, repite mímicas que se han vaciado de contenido, poco a poco: de ahí proviene la impresión de pobreza que dan tantos «diarios íntimos» o «autobiografías femeninas»; ocupada enteramente en incensarse, la mujer que no hace nada no se hace ser nada y, en definitiva, inciensa la nada.

Su desgracia consiste en que, a pesar de toda su mala fe, conoce esa nada. No podría existir una relación real entre un individuo y su doble, porque ese doble no existe. La narcisista sufre

un fracaso radical. No puede captarse como totalidad, plenitud; no puede mantener la ilusión de ser en-sí, para-sí. Su soledad, como la de todo ser humano, es experimentada como contingencia y desamparo. Y por eso -a menos que ocurra una conversión- está condenada a huir de sí misma sin respiro hacia la multitud, hacia el ruido, hacia otro. Sería craso error creer que, al elegirse como fin supremo, escapa a la dependencia: por el contrario, se consagra a la más férrea esclavitud; no se apoya en su libertad, hace de sí misma un objeto que se halla en peligro en el mundo y en las conciencias extrañas. No solo su cuerpo y su rostro son carne vulnerable que el tiempo degrada. Adornar al ídolo, erigirle un pedestal, construirle un templo, es prácticamente una empresa costosa; ya se ha visto que, para inscribir sus formas en un mármol inmortal, Marie Bashkirtseff hubiera consentido en casarse por dinero. El oro, el incienso y la mirra que Isadora Duncan o Cécile Sorel depositaban al pie de sus respectivos tronos, fueron pagados con fortunas masculinas. Puesto que es el hombre quien encarna para la mujer el destino, las mujeres miden generalmente su éxito por el número y la calidad de los hombres sometidos a su poder. Pero la reciprocidad interviene aquí de nuevo; la mantis religiosa, que trata de convertir al macho en instrumento suyo, no logra emanciparse por ello de él, porque **{**759**}**, para encadenarlo, tiene que agradarle. La mujer norteamericana, queriéndose ídolo, se hace esclava de sus adoradores; no se viste, no vive, no respira sino para el hombre y por el hombre. En verdad, la narcisista es tan dependiente como la hetaira. Si escapa a la dominación de un hombre singular, es porque acepta la tiranía de la opinión. Ese vínculo que la une a otro no implica la reciprocidad del intercambio: si buscase hacerse reconocer por la libertad de otro, reconociéndola también como fin a través de diversas actividades, dejaría de ser narcisista. Lo paradójico de su actitud consiste en que exige ser valorada por un mundo al cual niega todo valor, puesto que a sus ojos lo único que cuenta es ella misma. El sufragio extraño es un poder inhumano, misterioso y caprichoso, al cual es preciso tratar de captar mágicamente. A despecho de su arrogancia superficial, la narcisista se siente amenazada; por eso se muestra inquieta, susceptible, irritable, perpetuamente en acecho; su vanidad jamás está satisfecha; cuanto más envejece, con mayor ansiedad busca elogios y éxitos, más confabulaciones sospecha a su alrededor; extraviada y obsesionada, se hunde en la noche de la mala fe; y termina, frecuentemente, por edificar a su alrededor un delirio paranoico. A ella es a quien singularmente puede aplicarse la frase: «Quien quiera salvar su vida, la perderá. **{**760**}**»

CAPITULO II.

LA ENAMORADA.

La palabra «amor» no tiene, en absoluto, el mismo sentido para uno y otro de ambos sexos, y ello constituye una fuente de los graves malentendidos que los separan. Byron ha dicho, justamente, que el amor no es en la vida del hombre más que una ocupación, mientras que para la mujer es la vida misma. Es la propia idea que expresa Nietzsche en La gaya ciencia:

> La misma palabra amor -dice- significa, en efecto, dos cosas diferentes para el hombre y para la mujer. Lo que la mujer entiende por amor está bastante claro: no es solamente la abnegación, sino una entrega total del cuerpo y del alma, sin restricciones, sin consideración a nada. Esta ausencia de condiciones es lo que hace de su amor una fe (1), la única que posee. En cuanto al hombre, si ama a una mujer, es aquel amor el que quiere de ella; está muy lejos, por consiguiente, de postular para sí el mismo sentimiento que para la mujer; si hubiera hombres que experimentasen también ese deseo de abandono total, a fe mía que no serían hombres.

(1) Los subrayados son de Nietzsche.

En ciertos momentos de su existencia, algunos hombres han podido ser amantes apasionados, pero no hay ni uno solo al que pudiera definírsele como «un gran enamorado»; en sus más

violentos arrebatos, jamás abdican totalmente; aunque se hinquen de rodillas ante su amante, lo que desean **{**761**}** de nuevo es poseerla, anexionársela; en el corazón de su existencia siguen siendo sujetos soberanos; la mujer amada no es más que un valor entre otros; quieren integrarla en su existencia, no sepultar en ella su existencia entera. Para la mujer, por el contrario, el amor es una dimisión total en beneficio de un amo.

> Es preciso que la mujer olvide su propia personalidad cuando ama -escribe Cécile Sauvage-. Es una ley de la Naturaleza. Una mujer no existe sin un amo. Sin un amo, es como un ramo de flores desparramado.

En realidad, no se trata de una ley de la Naturaleza. Es la diferencia de su situación la que se refleja en el concepto que el hombre y la mujer tienen del amor. El individuo que es sujeto, que es él mismo, si tiene el gusto generoso de la trascendencia, se esfuerza por ensanchar su aprehensión del mundo: es ambicioso, actúa. Pero un ser inesencial no puede descubrir lo absoluto en el corazón de su subjetividad; un ser consagrado a la inmanencia no podría realizarse en actos. Encerrada en la esfera de lo relativo, destinada al varón desde su infancia, habituada a ver en él un soberano con el cual no le está permitido igualarse, lo que soñará la mujer que no haya ahogado sus deseos de reivindicarse como ser humano será trascender su ser hacia uno de esos seres superiores, unirse, confundirse con el sujeto soberano; no hay para ella otra salida que la de perderse en cuerpo y alma en aquel que le es designado como lo absoluto, como lo esencial. Puesto que de todos modos está condenada a la dependencia, antes que obedecer a tiranos -padres, marido, protector-, prefiere servir a un dios; opta por querer tan ardientemente su esclavitud que esta se le aparecerá como la expresión de su libertad; se esforzará por superar su situación de objeto inesencial, asumiéndolo radicalmente; a través de su carne, sus sentimientos, sus actitudes, exaltará soberanamente al amado, se lo planteará como el valor y la realidad supremos: se aniquilará ante él. Para ella el amor se hace religión.

Ya se ha visto que la adolescente empieza por querer identificarse **{**762**}** con los varones; cuando renuncia a ello, entonces busca participar de su virilidad, haciéndose amar por uno de ellos; no es la individualidad de este hombre o de aquel lo que la seduce; está enamorada del hombre en general. «Y vosotros, los hombres a quienes amaré, ¡cómo os espero! -escribe Irene Reweliotty-. ¡Cómo me alegra el hecho de que pronto os conoceré! Sobre todo a ti, el primero.» Por supuesto, es preciso que el varón pertenezca a la misma clase, a la misma raza que la mujer: el privilegio del sexo sólo tiene efecto en ese marco; para que sea un semidiós, primero tiene que ser, evidentemente, un ser humano; para la hija del oficial colonial, el indígena no es un hombre; si la joven se entrega a un «inferior», lo hace porque busca degradarse, al no creerse digna del amor. Normalmente, busca al hombre en quien se afirma la superioridad varonil; pronto constata, sin embargo, que muchos individuos del sexo elegido son tristemente contingentes y terrestres; en principio, tiene hacia ellos un prejuicio favorable; no tienen que dar pruebas de su valor, sino limitarse a no desmentirlo demasiado evidentemente: eso es lo que explica tantos errores, con frecuencia lamentables; la joven ingenua queda atrapada en el señuelo de la virilidad. Según las circunstancias, el valor masculino se manifestará a sus ojos por la fuerza física, la elegancia, la riqueza, la cultura, la inteligencia, la autoridad, la situación social, un uniforme militar; pero lo que ella desea siempre es que en el amante se resuma la esencia del hombre. La familiaridad basta frecuentemente para destruir su prestigio; este se derrumba al primer beso, o en el trato cotidiano, o durante la noche de bodas. El amor a distancia, sin embargo, es tan solo un fantasma, no una experiencia real. Solo cuando es carnalmente confirmado, el deseo de amor se convierte en amor apasionado. A la inversa, el amor puede nacer del abrazo físico, y la mujer sexualmente dominada exalta al hombre que al principio le parecía insignificante. Pero lo que sucede a menudo es que la mujer no logra transformar en un dios a ninguno de los hombres a quienes conoce. El amor tiene menos lugar en la existencia femenina de lo que a menudo se ha pretendido. El **{**763**}** marido, los hijos, el hogar, los placeres, las cosas

mundanas, la vanidad, la sexualidad y la carrera son mucho más importantes. Casi todas las mujeres han soñado con un «gran amor»: han conocido su ersatz, se han acercado a él; bajo figuras inacabadas, burlonas, imperfectas, mentirosas, ese amor las ha visitado; pero muy pocas le han dedicado su existencia. Las grandes enamoradas son, en su mayor parte, mujeres que no han gastado su corazón en amoríos juveniles; aceptaron al principio el destino femenino tradicional: marido, casa, hijos; o bien han conocido una dura soledad; o bien han apostado a alguna empresa que ha fracasado más o menos; cuando entrevén la oportunidad de salvar su vida decepcionante, dedicándosela a un ser excepcional, se entregan perdidamente a esa esperanza. La señorita Aissé, Juliette Drouet, la señora de Agoult tenían casi treinta años al comienzo de su vida amorosa y Julie de Lespinasse no estaba lejos de la cuarentena; no tenían ningún fin a la vista, no estaban en condiciones de emprender nada que les pareciese valedero, no había para ellas otra salida que el amor.

Aun si la independencia le es permitida, ese camino sigue siendo el que más atractivos ofrece para la mayoría de las mujeres; resulta angustioso asumir la empresa de la propia vida; también el adolescente se vuelve de buen grado hacia mujeres mayores que él, en las cuales busca una guía, una educadora, una madre; pero su formación, las costumbres y las consignas que encuentra en sí mismo le impiden detenerse definitivamente en la solución fácil de la abdicación; no se propone tales amores sino como una etapa. La suerte del hombre -tanto en la edad adulta como en su infancia- consiste en que le fuerzan a emprender los caminos más arduos, pero también los más seguros; la desgracia de la mujer consiste en que se ve rodeada de tentaciones punto menos que irresistibles; todo la incita a seguir la pendiente de la facilidad: en lugar de invitarla a luchar por su cuenta, le dicen que no tiene que hacer sino dejarse llevar y que así alcanzará paraísos encantadores; cuando se percata de que ha sido víctima de un espejismo, es demasiado tarde: en esa aventura se han agotado sus fuerzas **{**764**}**.

Los psicoanalistas están dispuestos a admitir que la mujer persigue en su amante la imagen del padre; pero este deslumbraba a la niña porque era hombre, no porque fuese padre; y todo hombre participa de esa magia; la mujer no desea reencarnar un individuo en otro, sino resucitar una situación: la que conoció de niña, al amparo de los adultos; estuvo profundamente integrada en el hogar familiar, allí gustó la paz de una cuasi pasividad; el amor le devolverá a su madre y también a su padre, le devolverá su infancia; lo que desea es volver a encontrar un techo sobre su cabeza, unas paredes que oculten su desamparo en el seno del mundo, unas leyes que la defiendan contra su libertad. Este sueño infantil acosa a multitud de amores femeninos; la mujer se siente dichosa si su enamorado la llama «mi pequeña, mi querida niña»; los hombres saben muy bien que una frase como «Tienes todo el aspecto de una niña», se cuenta entre las que con más seguridad conmueven el corazón de las mujeres, pues ya hemos visto cuántas de ellas han sufrido por hacerse adultas; muchas se obstinan en «hacerse niñas», en prolongar indefinidamente su infancia en su actitud y su manera de vestir. Volver a ser niña entre los brazos de un hombre las colma de felicidad. Ese es el tema de este estribillo popular:

> Me siento en tus brazos tan pequeña,
> tan pequeña, oh mi amor...

Tema este que se repite incansablemente en las conversaciones y la correspondencia amorosas. «Chiquilla, chiquilla mía», murmura el enamorado; y la mujer se autodenomina «tu pequeña, tu chiquitita». Irene Reweliotty escribe: «¿Cuándo vendrá, por fin, aquel que sabrá dominarme?» Y, creyendo haberlo encontrado, dice: «Me gusta sentirte hombre y superior a mí.»

Una psicasténica examinada por Janet (1) ilustra de la manera más conmovedora esta actitud **{**765**}**:

(1) Les obsessions el la psychasthénie.

> Hasta donde alcanza mi memoria, todas las tonterías y todas las buenas acciones que haya podido cometer provienen de la misma causa: una aspiración a un amor perfecto e ideal al que pudiera entregarme toda entera, confiar todo mi ser a otro ser, Dios, hombre o mujer, tan superior a mí, que ya no tuviese necesidad de pensar en cómo conducirme por la vida y en velar por mí. Encontrar alguien que me amase lo bastante para tomarse el trabajo de hacerme vivir, alguien a quien yo obedecería ciegamente y con toda confianza, segura de que me evitaría cualquier desfallecimiento y me llevaría directamente, dulcemente y con mucho amor hacia la perfección. ¡Cuánto envidio el amor ideal de María Magdalena y Jesús! Ser la discípula ardiente de un maestro justamente adorado; vivir y morir por su ídolo, creer en él sin ninguna duda posible, alcanzar, por fin, la victoria definitiva del Angel sobre la Bestia, sentirme en sus brazos tan amparada, tan pequeña, tan arrebujada en su protección y tan por entero de él, que ya no existo.

Multitud de ejemplos nos han probado ya que ese sueño de aniquilamiento es, en verdad, una ávida voluntad de ser. En todas las religiones, la adoración de Dios se confunde, por parte del devoto, con la preocupación por su propia salvación; la mujer, al entregarse toda entera al ídolo, espera que este le dé la posesión de sí misma y la del universo que se resume en él. La mayor parte del tiempo lo que exige a su enamorado es, en primer lugar, la justificación, la exaltación de su ego. Muchas mujeres sólo se abandonan al amor cuando, a su vez, son amadas, y el amor que se les manifiesta basta a veces para enamorarlas. La joven se ha soñado a través de los ojos del hombre; y en los ojos del hombre es donde la mujer, por fin, cree encontrarse a sí misma.

> Caminar a tu lado -escribe Cécile Sauvage-, hacer avanzar mis pies menuditos, que tanto amabas, sentirlos tan minúsculos en las altas botas de fieltro, me enamoraba de todo el amor con que tú los rodeabas. Los menores movimientos de mis manos dentro del manguito, de mis brazos, de mi rostro, las inflexiones de mi voz, todo ello me colmaba de felicidad **{**766**}**.

La mujer se siente dotada de un seguro y elevado valor; tiene por fin permiso para mimarse a través del amor que inspira. La embriaga encontrar un testigo en el enamorado. Eso es lo que confiesa la vagabunda de Colette.

> He cedido, lo confieso, he cedido al permitir a ese hombre que vuelva mañana, he cedido al deseo de conservar en él, no un enamorado, no un amigo, sino un ávido espectador de mi vida y mi persona... Hay que envejecer terriblemente, me dijo un día Margot, para renunciar a la vanidad de vivir ante alguien.

En una de sus cartas a Middleton Murry, Katherine Mansfield cuenta que acaba de comprarse un encantador corsé malva, y añade a continuación: «¡Qué lástima que no haya nadie para verlo!» No existe peor amargura que la de sentirse flor, perfume, tesoro, que ningún deseo solicita: ¿qué es una riqueza que no me enriquece ni siquiera a mí y cuyo don no desea nadie? El amor es el revelador que hace aparecer en rasgos positivos y claros la apagada imagen negativa, tan vana como un clisé en blanco; en su virtud, el rostro de la mujer, las curvas de su cuerpo, sus recuerdos de infancia, sus antiguas lágrimas, sus vestidos, sus costumbres, su universo, todo cuanto ella es y todo lo que le pertenece, escapa a la contingencia y se hace necesario: es un maravilloso presente al pie del altar de su dios.

> Antes de que él posase dulcemente las manos en sus hombros, antes de que sus ojos se hubiesen saturado de ella, jamás habla sido más que una mujer, no muy bonita, en un

> mundo incoloro y lúgubre. Desde el instante en que él la abrazó, se halló erguida bajo la nacarada luz de la inmortalidad (1).

(1) M. WEBB: Le poids des ombres.

Por eso, los hombres dotados de un prestigio social y hábiles para lisonjear la vanidad femenina suscitarán grandes pasiones, aun cuando carezcan de toda seducción física. Por **{**767**}** su elevada posición, encarnan la Ley, la Verdad: su conciencia desvela una realidad incontestada. La mujer a quien alaban se siente transformada en un tesoro inapreciable. De ahí provenía, por ejemplo, según el decir de Isadora Duncan (1), el éxito de D'Annunzio:

(1) ISADORA DUNCAN: Mi vida.

> Cuando D'Annunzio ama a una mujer, eleva su alma por encima de la Tierra hasta regiones donde se mueve y resplandece Beatriz. Consecutivamente, hace participar a cada mujer de la esencia divina, la eleva tan alto, tan alto, que ella se figura que vive realmente en el mismo plano que Beatriz... Arrojaba consecutivamente sobre cada una de sus favoritas un velo resplandeciente. Ella se elevaba por encima de los demás mortales y marchaba circundada por extraña claridad. Mas, cuando el capricho del poeta tocaba a su fin y la abandonaba por otra, el velo de luz desaparecía, la aureola se extinguía y la mujer volvía a ser barro corriente... Oírse alabada por aquella magia particular de D'Annunzio es un gozo comparable al que pudo experimentar Eva cuando oyó la voz de la serpiente en el Paraíso. D'Annunzio puede dar a cada mujer la impresión de que ella es el centro del Universo.

Solo en el amor puede conciliar armoniosamente la mujer su erotismo y su narcisismo; ya se ha visto que entre ambos sistemas hay una oposición que hace muy difícil la adaptación de la mujer a su destino sexual. Hacerse objeto carnal, presa, contradice el culto que ella se rinde: le parece que los abrazos sexuales marchitan y mancillan su cuerpo, o que degradan su alma. Por esa razón, algunas mujeres optan por la frigidez, pensando conservar así la integridad de su ego. Otras disocian las voluptuosidades animales y los sentimientos elevados. Un caso muy característico es el de la señora D. S., citado por Stekel y del que ya he hablado a propósito del matrimonio.

> Frígida con un marido respetado, después de la muerte de este, conoció a un joven igualmente artista, gran músico, y se convirtió en su amante. Su amor era y es todavía tan absoluto **{**768**}**, que solo se siente dichosa a su lado. Lother llenaba toda su vida. Pero, aun amándolo ardientemente, permanecía fría en sus brazos. Otro hombre se cruzó en su camino. Era un guardabosques forzudo y brutal que, encontrándose un día a solas con ella, la tomó simplemente, sin muchas historias. Sintióse ella tan consternada, que se dejó hacer. Pero en sus brazos experimentó el orgasmo más violento de su vida. «Entre sus brazos -dice ella- me siento revivir. Es como una embriaguez salvaje, pero seguida de una repugnancia indescriptible tan pronto como pienso en Lother. Detesto a Paul y amo a Lother. Sin embargo, Paul me satisface. En Lother, todo me atrae. Mas parece ser que me vuelvo una zorra para gozar, puesto que, como mujer de mundo, el goce me está negado.» Se niega a casarse con Paul, pero sigue acostándose con él; en esos momentos, «se transforma en otro ser y de su boca escapan palabras crudas, palabras que no se atrevería jamás a pronunciar.

Añade Stekel que «para muchas mujeres, la caída en la animalidad es la condición del orgasmo». Ven en el amor físico un envilecimiento que no podrían conciliar con sentimientos de estimación y afecto. Para otras, por el contrario, ese envilecimiento puede ser abolido por la estima, la ternura y la admiración hacia el hombre. No consienten entregarse a un hombre sino a condición de creerse profundamente amadas; una mujer necesita mucho cinismo,

indiferencia u orgullo para considerar las relaciones físicas como un intercambio de placeres en que cada cual obtiene igualmente su provecho. También el hombre -y tal vez más que la mujer- se subleva contra quien pretenda explotarlo sexualmente (1); pero generalmente es ella quien tiene la impresión de que su compañero la utiliza como un instrumento. Solamente una admiración exaltada puede compensar la humillación de un acto que ella considera una derrota. Ya se ha visto que el acto amoroso exige de ella una profunda enajenación; se sumerge en la languidez de la pasividad **{**769**}**; cerrados los ojos, anónima, perdida, se siente levantada por olas, envuelta en la tormenta, sepultada en las tinieblas: noche de la carne, de la matriz, de la tumba; aniquilada, vuelve a unirse con el Todo, su yo es abolido. Pero, cuando el hombre se separa de ella, se encuentra de nuevo arrojada en la Tierra, sobre una cama, bajo la luz; vuelve a tomar un nombre, un rostro: es una vencida, una presa, un objeto. Entonces es cuando el amor se le hace necesario. Así como después del destete busca el niño la mirada tranquilizadora de sus padres, así es preciso que, por los ojos del amante que la contempla, la mujer se sienta reintegrada al Todo del cual se ha desprendido dolorosamente su carne. Raras veces se siente plenamente colmada; aun cuando haya conocido el apaciguamiento del placer, no queda definitivamente liberada del hechizo carnal; su turbación se prolonga en sentimiento; al dispensarle la voluptuosidad, el hombre la vincula a él y no la libera. Sin embargo, él ya no experimenta deseo por ella, y ella solo le perdona esta indiferencia de un momento si le ha dedicado un sentimiento intemporal y absoluto. Entonces la inmanencia del instante es superada; los recuerdos ardientes ya no son un pesar, sino un tesoro; al extinguirse, la voluptuosidad se convierte en esperanza y promesa; el goce está justificado; la mujer puede asumir gloriosamente su sexualidad, porque la trasciende; la turbación, el placer, el deseo, ya no son un estado, sino un don; su cuerpo ha dejado de ser un objeto: es un cántico, una llama. Entonces puede abandonarse apasionadamente a la magia del erotismo; la noche se convierte en luz; la enamorada puede abrir los ojos, contemplar al hombre que la ama y cuya mirada la glorifica; a través de él, la nada se convierte en plenitud de ser, y el ser se transfigura en valor; ya no zozobra en un mar de tinieblas, es levantada en alas, exaltada hacia el cielo. El abandono se torna éxtasis sagrado. Cuando recibe al hombre amado, la mujer es habitada, visitada como la Virgen por el Espíritu Santo, como el creyente por la hostia; eso explica la obscena analogía de los cánticos piadosos y de las canciones obscenas: no es que el amor místico tenga siempre un carácter sexual, pero la sexualidad de **{**770**}** la enamorada reviste un color místico. «Mi Dios, adorado mío, mi dueño...», las mismas palabras se escapan de labios de la santa arrodillada y de la enamorada acostada en el lecho; una ofrece su carne a los dardos de Cristo, tiende las manos para recibir los estigmas, clama por la quemadura del Amor divino; la otra es también ofrenda y espera: rayos, dardos, flechas se encarnan en el sexo masculino. En ambas, el mismo sueño, el sueño infantil, el sueño místico, el sueño amoroso: existir soberanamente al abolirse en el seno del otro.

(1) Véase, entre otros, El amante de lady Chatterley. Por boca de Mellors, expresa Lawrence su horror por las mujeres que hacen de él un instrumento de placer.

Se ha pretendido (1) a veces que ese deseo de aniquilamiento conduce al masoquismo. Pero, como ya he recordado a propósito del erotismo, no se puede hablar de masoquismo más que cuando intento «hacerme fascinar a mí mismo por mi objetividad con respecto a otro» (2), es decir, cuando la conciencia del sujeto se vuelve hacia el ego para captarlo en su situación humillada. Ahora bien, la enamorada no es solo una narcisista enajenada en su yo: experimenta también el apasionado deseo de desbordar sus propios límites y hacerse infinita, merced a la mediación de otro que accede a la realidad infinita. En principio se abandona al amor para salvarse, pero la paradoja del amor idólatra consiste en que, con objeto de salvarse, ella termina por negarse totalmente. Su sentimiento adopta una dimensión mística; ya no pide al dios que la admire, que la apruebe; quiere fundirse en él, olvidarse en sus brazos. «Hubiera querido ser una santa del amor -escribe madame D'Agoult-. En tales momentos de exaltación y de furor ascético, deseaba el martirio.» Lo que se desprende claramente de estas palabras es el deseo de una radical destrucción de sí misma, aboliendo las fronteras que la separan del

bien amado: no se trata de masoquismo, sino de un sueño de unión extática. Es el mismo sueño que inspira estas palabras de Georgette Leblanc: «Si en esa época me hubieran preguntado qué era lo que más deseaba en el mundo, habría respondido sin vacilar: ser para su espíritu alimento y llama.**{**771**}**»

(1) Es, entre otras, la tesis de H. DEUTSCH: Psychology of Women.

(2) Véase SARTRE: L'être et le néant.

Para realizar esa unión, lo que primero desea la mujer es servir; respondiendo a las exigencias del amante es como ella se sentirá necesaria; se integrará en la existencia de él, participará de su valor, estará justificada; hasta los místicos se complacen en creer, según palabras de Angelus Silesius, que Dios necesita del hombre; de lo contrario, el don que hacen de sí mismos sería vano. Cuanto más multiplica el hombre sus demandas, más colmada se siente la mujer. Aunque la reclusión que Victor Hugo impone a Juliette Drouet le pese mucho a la joven, se percibe que ella es dichosa obedeciéndole: permanecer sentada junto al fuego es hacer algo por la felicidad del amo. Procura con pasión serie positivamente útil. Le prepara platos exquisitos, le instala un hogar: nuestra «casita», decía ella gentilmente; ella velaba también por la conservación de su ropa.

> «Quiero que manches, que desgarres todos tus trajes lo más posible, y que solamente yo sea quien los remiende y los limpie, sin intervención de nadie», le escribe.

Lee los diarios para él, recorta artículos, clasifica cartas y notas, copia manuscritos. Queda desolada cuando el poeta confía una parte de ese trabajo a su hija Léopoldine. Rasgos semejantes se encuentran en toda mujer enamorada. Si es necesario, ella misma se tiraniza en nombre del amante; es preciso que todo cuanto ella es, todo cuanto tiene, todos los instantes de su vida, le sean dedicados y encuentren así su razón de ser; no quiere poseer nada que no sea en él; y lo que la hace desdichada es que él no le pida nada, hasta el punto que un amante delicado debe inventar algunas exigencias. En principio ha buscado en el amor una confirmación de lo que era, de su pasado, de su personaje; pero también compromete en ello su porvenir: para justificarlo, ella lo destina a aquel que detenta todos los valores; así se libra de su trascendencia: la subordina a la del otro esencial de quien se hace vasalla y esclava. Con objeto de encontrarse a sí misma y de salvarse, ha empezado por perderse en él: el hecho es que, poco a poco, se pierde; toda la realidad **{**772**}** está en el otro. El amor, que se definía al principio como una apoteosis narcisista, se realiza en los ásperos goces de una dedicación que conduce a menudo a una automutilación. En los primeros tiempos de una gran pasión, la mujer se hace más linda, más elegante que antes: «Cuando Adèle me peina, me contemplo la frente porque vos la amáis», escribe madame D'Agoult. A ese rostro, a ese cuerpo, a esa habitación, a ese yo, ella les ha encontrado una razón de ser, los mima por mediación de ese hombre amado que la ama. Sin embargo, un poco más tarde, renuncia, por el contrario, a toda coquetería; si el amante lo desea, modifica ese rostro que al principio le era más precioso que el amor mismo; se desinteresa del asunto; lo que ella es, lo que tiene, se lo entrega en feudo a su soberano; reniega de aquello que él desdeña; querría consagrarle cada palpitación de su corazón, cada gota de su sangre, la médula de sus huesos; y todo eso se traduce en un sueño de martirio: exagerar la entrega de sí misma hasta la tortura, hasta la muerte, ser el suelo que pisa el amado, no ser sino aquello que responde a su llamada. Todo cuanto es inútil para el amado, ella lo aniquila con vehemencia. Si el regalo que hace de sí misma es aceptado íntegramente, no aparece el masoquismo: se ven pocas trazas de ello en Juliette Drouet. En el exceso de su adoración, se arrodillaba a veces ante el retrato del poeta y le pedía perdón por las faltas que hubiera podido cometer, pero no se volvía con ira contra sí misma. No obstante, el deslizamiento del entusiasmo generoso a la rabia masoquista es fácil. La amante que se halla ante el amante en la misma situación de la niña ante sus padres, vuelve a encontrar también ese sentimiento de culpabilidad que conoció junto a ellos; no opta por revolverse

contra él mientras le ame, y se revuelve contra sí misma. Si la ama menos de lo que ella desea, si fracasa en absorberlo, en hacerlo dichoso, en serle suficiente, todo su narcisismo se convierte en un asco, una humillación y un odio contra sí misma que la incitan a infligirse autocastigos. Durante una crisis más o menos prolongada, a veces durante toda su vida, se convertirá en víctima voluntaria, se encarnizará en atormentar a ese yo que no ha sabido **{**773**}** satisfacer al amante. Entonces su actitud será propiamente masoquista. Pero no hay que confundir los casos en que la enamorada busca su propio sufrimiento, con objeto de vengarse de sí misma, con aquellos otros en los que se propone la confirmación de la libertad del hombre y de su poder. Es un lugar común -y, al parecer, también una verdad- que la prostituta se siente orgullosa de que le pegue su hombre, pero no es la idea de su persona azotada y esclavizada lo que la exalta, sino la fuerza, la autoridad y la soberanía del varón de quien depende; también le gusta verte maltratar a otro varón, y frecuentemente lo excita para que entable competencias peligrosas: quiere que su dueño ostente los valores reconocidos en el medio al cual pertenece. La mujer que se somete con placer a los caprichos masculinos admira también en la tiranía que se ejerce sobre ella la evidencia de una libertad soberana. Hay que considerar que si por alguna razón el prestigio del amante se derrumba, los golpes y las exigencias se harán odiosos: solo tienen valor si manifiestan la divinidad del bien amado. En este caso, es un goce embriagador sentirse presa de una libertad extraña: para lo existente, la aventura más sorprendente es la de encontrarse fundado por la voluntad diversa e imperiosa de otro; uno se cansa de morar siempre en la misma piel; la ciega obediencia es la única oportunidad de cambio radical que puede conocer un ser humano. He ahí a la mujer, esclava, reina, flor, corza, vidriera, estera, sirvienta, cortesana, musa, compañera, madre, hermana o hija, según los sueños fugaces o las órdenes imperiosas del amante: ella se pliega encantada a tales metamorfosis, tanto más cuanto que no reconoce que siempre ha conservado en los labios el gusto idéntico de la sumisión. Tanto en el plano del amor como en el del erotismo, nos parece que el masoquismo es uno de los caminos que emprende la mujer insatisfecha, decepcionada por el otro y por sí misma; pero no es la pendiente natural de una dimisión feliz. El masoquismo perpetúa la presencia del yo bajo una figura dolorida, decepcionada; el amor apunta al olvido de sí mismo en favor de un sujeto esencial **{**774**}**.

El fin supremo del amor humano, así como el del amor místico, consiste en la identificación con el ser amado. La medida de los valores, la verdad del mundo están en su propia conciencia; por eso no basta con servirle. La mujer procura ver con los ojos de él; lee los libros que él lee, prefiere los cuadros y la música que él prefiere, no le interesan sino los paisajes que ve con él, las ideas que proceden de él; adopta sus amistades, sus enemistades, sus opiniones; cuando se pregunta, es la respuesta de él lo que se esfuerza por oír; quiere en sus pulmones el aire que ya ha respirado él; los frutos y, las flores que no recibe de sus manos carecen de sabor y de perfume; su mismo espacio odológico queda trastornado: el centro del mundo ya no es el lugar donde ella está, sino aquel en donde se halla su amado; todos los caminos parten de su casa y allí llevan. Se sirve de sus palabras, rehace sus gestos, adopta sus manías y sus tics. «Yo soy Heathcliff», dice Catherine en Cumbres borrascosas, ese es el grito de toda enamorada; es otra encarnación del amado, su reflejo, su doble: ella es él. Deja que su propio mundo se hunda en lo contingente: ella vive en el universo de él.

La dicha suprema de la enamorada consiste en que el hombre amado. la reconozca como parte de sí mismo; cuando él dice «nosotros», ella queda asociada e identificada con él, comparte su prestigio y reina con él sobre el resto del mundo; no se cansa de repetir -aun abusivamente- ese sabroso «nosotros». Necesaria a un ser que es la necesidad absoluta, que se proyecta en el mundo hacia fines necesarios y que le restituye el mundo bajo la figura de la necesidad, la enamorada conoce en su dimisión la posesión magnífica de lo absoluto. Esa certidumbre es la que le proporciona tan excelsas alegrías; se siente exaltada a la diestra del dios; poco le importa no tener más que el segundo puesto, si tiene su puesto para siempre en un universo maravillosamente ordenado. En tanto que ame, que sea amada y necesaria al amado, se sentirá plenamente justificada: saborea la paz y la felicidad. Tal fue, quizá, la suerte de la señorita

Aissé junto al caballero D'Aydie, antes que escrúpulos de religión **{**775**}** viniesen a turbar su alma, o la de Juliette Drouet a la sombra de Victor Hugo.
Sin embargo, es raro que esta gloriosa felicidad resulte estable. Ningún hombre es Dios. Las relaciones que la mística sostiene con la divina ausencia dependen de su solo fervor: pero el hombre divinizado y que no es Dios, está presente. De ahí nacerán los tormentos de la enamorada. Su destino más común está resumido en las célebres palabras de Julie de Lespinasse: «Durante todos los instantes de mi vida, amigo mío, os amo, sufro y os espero.» Desde luego, también para los hombres está ligado el sufrimiento con el amor; pero sus penas no duran mucho tiempo o no son devoradoras; Benjamín Constant quería morir por Juliette Récamier: en un año estuvo curado. Stendhal lloró durante años a Métilde, pero era el suyo un llanto que embalsamaba su vida más que la destruía. Mientras que la mujer, al asumirse como lo inesencial, al aceptar una dependencia total, se crea un infierno; toda enamorada se reconoce en la sirenita de Andersen, que, después de haber cambiado su cola de pez por unas piernas de mujer, caminaba sobre agujas y carbones encendidos. No es cierto que el hombre amado sea incondicionalmente necesario y que ella no le sea necesaria a él; el hombre no está en condiciones de justificar a aquella que se consagra a su culto, y no se deja poseer por ella.

Un amor auténtico debería asumir la contingencia del otro, es decir, sus carencias, sus limitaciones y su gratuidad original; no pretendería ser una salvación, sino una relación interhumana. El amor idólatra confiere al amado un valor. absoluto: he ahí una primera mentira que brilla ante todas las miradas extrañas: «El no merece tanto amor», cuchichean alrededor de la enamorada; la posteridad sonríe compadecida cuando evoca la lívida figura del conde Guibert. Para la mujer es una decepción desgarradora descubrir las fallas y la mediocridad de su ídolo. Colette ha aludido frecuentemente -en La vagabonde, en Mes apprentissages- a esa amarga agonía; la desilusión es más cruel todavía que la del niño que ve derrumbarse el prestigio paterno, ya que la mujer había elegido por sí misma a aquel **{**776**}** a quien ha hecho el don de todo su ser. Incluso si el elegido es digno del más profundo apego, su verdad es terrestre: ya no es a él a quien ama la mujer arrodillada ante un ser supremo; ella es víctima de ese espíritu de lo cabal que se niega a poner los valores «entre paréntesis», es decir, a reconocer que tienen su origen en la existencia humana; su mala fe alza barreras entre ella y aquel a quien adora. Lo inciensa, se prosterna, pero no es una amiga para él, puesto que no advierte que está en peligro en el mundo, que sus proyectos y sus fines son frágiles como él mismo; al considerarlo como la ley, la Verdad, desconoce su libertad, que es vacilación y angustia. Esta negativa a aplicar al amante una medida humana explica multitud de paradojas femeninas. La mujer reclama del amante un favor, él lo concede: él es generoso, rico, magnífico; es regio, es divino; si se lo niega, helo ahí avaro, mezquino, cruel: es un ser demoníaco o bestial. Uno sentiría la tentación de objetar: si un «sí» sorprende como una soberbia extravagancia, ¿hay que asombrarse por un «no»? Si él no manifiesta un egoísmo tan abyecto, ¿por qué admirar tanto el «sí»? Entre lo sobrehumano y lo inhumano, ¿no hay sitio para lo humano?

Un dios caído no es un hombre: es una impostura; el amante no tiene otra alternativa que demostrar que verdaderamente es ese rey a quien adulan o denunciarse como usurpador. Puesto que ya no se le adora, hay que pisotearlo. En nombre de esa gloria con que ella ha nimbado la frente del amado, la enamorada le prohibe toda flaqueza; se irrita y decepciona si no se conforma a la imagen con que le ha suplantado; si está fatigado, aturdido, si tiene hambre o sed en momentos intempestivos, si se equivoca, si se contradice, entonces ella decreta que está «por debajo de sí mismo» y le agravia por ello. Por esa pendiente llega incluso a reprocharle todas las iniciativas que ella no aprecie; juzga a su juez, y, para que él merezca seguir siendo su dueño, le niega su libertad. El culto que le rinde se satisface a veces mejor en la ausencia que en la presencia; ya hemos visto que hay mujeres que se consagran a héroes muertos o inasequibles, con objeto de no tener que compararlos nunca con **{**777**}** seres de carne y hueso; fatalmente, estos contradicen sus sueños. De ahí provienen los slogans del

desengaño: «No hay que creer en el Príncipe Azul. Los hombres no son más que unos pobres seres.» No parecerían enanos si no se les pidiera que fuesen gigantes.

Esa es una de las maldiciones que pesan sobre la mujer apasionada: su generosidad se convierte inmediatamente en exigencia. Habiéndose enajenado en otro, quiere también recuperarse: necesita anexionarse a ese otro que detenta su ser. Se da toda entera a él: pero es preciso que él esté disponible por entero para recibir dignamente ese don. Ella le dedica todos sus instantes: pero es preciso que él esté presente en cada instante; solo quiere vivir para él: pero quiere vivir, y él debe consagrarse a hacerla vivir.

> «A veces os amo tontamente, y, en esos momentos, no comprendo que no podría, no sabría y no debería ser para vos un pensamiento absorbente como sois vos para mí», escribe madame D'Agoult a Liszt.

Trata de refrenar el deseo espontáneo: serlo todo para él. La misma llamada se advierte en la queja de la señorita De Lespinasse:

> ¡Dios mío! ¡Si supierais lo que son los días, lo que es la vida despojada del interés y del placer de veros! Amigo mío, la disipación, la ocupación y el movimiento os bastan; para mi, la dicha sois vos, nada más que vos; no querría vivir si no pudiese veros y amaros durante todos los instantes de mi vida.

Al principio, a la enamorada le encantaba satisfacer el deseo de su amante; después -como el bombero legendario que por amor a su oficio provoca incendios por doquier- se aplica a despertar ese deseo, con objeto de tener que satisfacerlo; si no lo consigue, se siente humillada, inútil, hasta el punto de que el amante fingirá ardores que no experimenta. Al hacerse esclava, ha encontrado el medio más seguro de encadenarlo. He aquí otra mentira del amor, que multitud **{**778**}** de hombres -Lawrence, Montherlant- han denunciado con rencor: se le toma por un don, cuando es una tiranía. Benjamín Constant ha pintado ásperamente en Adolphe las cadenas con que rodea al hombre la pasión demasiado generosa de una mujer. «No calculaba sus sacrificios, porque estaba ocupada en hacérmelos aceptar», dice, con crueldad, de Eléonore. La aceptación es, en efecto, un compromiso que agarrota al amante, sin que disfrute siquiera del beneficio de aparecer como el que da; la mujer reclama que acoja con gratitud los fardos con que le abruma. Y su tiranía es insaciable. El hombre enamorado es autoritario; pero, cuando ha obtenido lo que deseaba, queda satisfecho; en cambio, no hay límites para la exigente abnegación de la mujer. Un amante que tiene confianza en su querida, acepta sin disgusto que ella se ausente, que se ocupe lejos de él: seguro de que le pertenece, prefiere poseer una libertad antes que una cosa. Por el contrario, la ausencia del amado siempre es para la mujer una tortura: él es una mirada, un juez, y, tan pronto como fija los ojos en otra cosa que no sea ella, la frustra; todo lo que él ve, se lo roba; lejos de él, se siente desposeída, al mismo tiempo, de sí misma y del mundo entero; incluso sentado a su lado, leyendo, escribiendo, la abandona, la traiciona. Odia hasta su sueño. A Baudelaire le enternece la mujer dormida: «Tus hermosos ojos están fatigados, pobre amante.» A Proust le encanta ver cómo duerme Albertine (1); y es que los celos masculinos son simplemente la voluntad de una posesión exclusiva; la amada, cuando el sueño le devuelve el candor desarmado de la infancia, no pertenece a nadie: esa certidumbre basta para el hombre. Pero el dios, el dueño, no debe abandonarse al reposo de la inmanencia; la mujer contempla con mirada hostil esa trascendencia fulminada; detesta su inercia animal, ese cuerpo que ya no existe para ella, sino en sí, abandonado a una contingencia de la cual su propia contingencia es el rescate. Violette Leduc ha expresado con fuerza ese sentimiento **{**779**}**:

(1) El que Albertina sea un Alberto no altera en nada la cuestión; la actitud de Proust es aquí, en todo caso, la actitud viril.

> Odio a los que duermen. Me inclino sobre ellos con malas intenciones. Su sumisión me exaspera. Detesto su inconsciente serenidad, su falsa anestesia, sus rostros de ciegos estudiosos, su razonable embriaguez, su aplicación de incapaces... He acechado, he aguardado largo tiempo la burbuja rosa que saldría de la boca de mi durmiente. Solo reclamaba de él una burbuja de presencia. No la he tenido... He visto que sus párpados de noche eran párpados de muerto... Me refugiaba en la alegría de sus párpados cuando ese hombre era intratable. El sueño es duro cuando se mete en él. Lo ha saqueado todo. Odio a mi durmiente, que puede crearse con la inconsciencia una paz que me es extraña. Odio su frente de miel... Está en el fondo de sí mismo, para ocuparse de su reposo. Recapitula no sé qué... Habíamos partido a pleno vuelo. Queríamos abandonar la Tierra utilizando nuestro temperamento. Habíamos despegado, escalado, acechado, esperado, tiritado, llegado, gemido, ganado y perdido juntos... Habíamos hecho novillos conscientemente. Hablamos descubierto una nueva especie de la nada. Ahora duermes. Tu obliteración no es honesta... Si mi durmiente se mueve, mi mano, a pesar suyo, toca su simiente. Ese granero de los cincuenta sacos de grano es sofocante, despótico. Las bolsas íntimas de un hombre que duerme han caído en mi mano... Tengo los saquitos de simiente. Tengo en mi mano los campos que serán labrados, los huertos que serán cuidados, la fuerza de las aguas que será transformada, las cuatro planchas que serán clavadas, los toldos que serán levantados. Tengo en mi mano los frutos, las flores, las bestias seleccionadas. Tengo en mi mano el bisturí, la podadera, la sonda, el revólver, los fórceps, y todo eso no consigue llenarme la mano. La simiente de] mundo que duerme no es más que el superfluo colgante de la prolongación del alma... A ti, cuando duermes, te odio (1).

(1) Je hais les dormeurs (Odio a todos los durmientes).

Es preciso que el dios no se duerma; de lo contrario, se vuelve arcilla, carne; es preciso que no cese de estar presente; de lo contrario su criatura zozobra en la nada. Para la mujer, el sueño del hombre es avaricia y traición. El amante a veces despierta a su querida: lo hace para estrecharla entre **{**780**}** sus brazos; ella le despierta simplemente para que no duerma, para que no se aleje, para que no piense sino en ella, para que permanezca allí, encerrado en la habitación, en la cama, en sus brazos -como Dios en el tabernáculo-; eso es lo que desea la mujer: es una carcelera.

Y, sin embargo, no consiente verdaderamente que el hombre no sea otra cosa que su prisionero. He ahí una de las dolorosas paradojas del amor: cautivo, el dios se despoja de su divinidad. La mujer salva su trascendencia al destinársela: pero es preciso que él la lleve hacia el mundo entero. Si dos amantes se sumergen juntos en lo absoluto de la pasión, toda la libertad se degrada en inmanencia; solamente la muerte puede aportarles entonces una solución: ese es uno de los sentidos del mito de Tristán e Iseo. Dos amantes que se destinan exclusivamente el uno al otro, ya están muertos: mueren de tedio. En Terres étrangères, Marcel Arland ha descrito esa lenta agonía de un amor que se devora a sí mismo. La mujer conoce ese peligro. Excepto en crisis de celos frenéticos, ella misma le exige al hombre que sea proyecto, acción: no es un héroe si no realiza alguna hazaña. El caballero que parte hacia nuevas proezas ofende a su dama; pero ella le desprecia si permanece sentado a sus pies. Es la tortura del amor imposible; la mujer quiere tener al hombre todo entero, pero le exige que supere todo dato cuya posesión sería posible: no se tiene una libertad; ella quiere encerrar aquí un existente que, según frase de Heidegger, es «un ser de las lejanías», y sabe muy bien que semejante tentativa está condenada al fracaso. «Amigo mío, os amo como hay que amar, con exceso, con locura, arrebato y desesperación», escribe Julie de Lespinasse. El amor idólatra, si es lúcido, solo puede ser un amor desesperado. Porque la amante que exige al amante que sea un héroe, un gigante, un semidiós, reclama no serlo todo para él, cuando no puede conocer la dicha sino a condición de contenerlo en ella todo entero.

> La pasión de la mujer, renuncia total a toda suerte de derechos propios, postula precisamente que el mismo sentimiento **{**781**}**, el mismo deseo de renuncia no exista para el otro sexo -dice Nietzsche (1)-, ya que si ambos renunciasen a sí mismos por amor, resultaría de ello, a fe mía, no sé muy bien el qué, digamos que tal vez el horror del vacío, ¿no? La mujer quiere ser tomada... Así, pues, exige alguien que tome, que no se dé a sí mismo, que no se abandone, sino que, por el contrario, quiera enriquecer su yo en el amor... La mujer se da, el hombre se enriquece de ella...

(1) La gaya ciencia.

Al menos, la mujer podrá encontrar su alegría en ese enriquecimiento que aporta al amado; no lo es Todo para él: pero tratará de creerse indispensable; en la necesidad no hay grados. Si él «no puede pasarse sin ella», la mujer se considera el fundamento de su preciosa existencia, y en ello encuentra su premio. Todo su gozo consiste en servirlo: pero es preciso que él reconozca ese servicio con gratitud; el don se convierte en exigencia, según la dialéctica corriente de la abnegación (2). Y una mujer de espíritu escrupuloso se preguntará: «¿Verdaderamente es de mí de quien tiene necesidad?» El hombre la mima, la desea con una ternura y un deseo singulares; pero ¿no abrigaría respecto a otra un sentimiento que también sería singular? Muchas enamoradas se dejan embaucar; quieren ignorar que lo general va envuelto en lo singular, y el hombre les facilita esa ilusión, porque en principio la comparte; con frecuencia, hay en su deseo un ardor que parece desafiar al tiempo; en el instante en que quiere a esta mujer, la quiere con pasión, no quiere otra cosa que no sea ella; y, desde luego, el instante es un absoluto, pero un absoluto de un instante. Embaucada, la mujer pasa a lo eterno. Divinizada por el abrazo del dueño, cree haber sido siempre divina y haber sido destinada al dios: ella sola. Pero el deseo masculino es tan fugaz como imperioso; una vez satisfecho, muere con bastante rapidez, en tanto que lo más corriente es que la mujer se convierta en su prisionera después del amor. Ese es el tema de toda una literatura fácil y de sencillas canciones. «Un joven pasaba, una niña **{**782**}** cantaba... Un joven cantaba, una niña lloraba.» Y si el hombre está duramente apegado a la mujer, eso no significa tampoco que ella le sea necesaria. Eso es, sin embargo, lo que ella reclama: su abdicación solamente la salva a condición de restituirle su imperio; no se puede escapar al juego de la reciprocidad. Por tanto, es preciso que ella sufra o que se mienta a sí misma. Lo más frecuente es que se aferre en principio a la mentira. Se imagina el amor del hombre como una exacta contrapartida del que ella siente por él; toma con mala fe el deseo por amor, la erección por deseo, el amor por una religión. Obliga al hombre a mentirle: «¿Me amas? ¿Tanto como ayer? ¿Me amarás siempre?» Hábilmente formula las preguntas en el momento en que falta tiempo para dar respuestas matizadas y sinceras, o bien cuando las circunstancias las prohiben; interroga imperiosamente en el curso del abrazo amoroso, al borde de una convalecencia, entre sollozos o en el andén de una estación; de las respuestas arrancadas hace trofeos; y, a falta de respuestas, hace hablar los silencios; toda verdadera enamorada es más o menos una paranoica. Recuerdo a una amiga que, ante el prolongado silencio de un amante lejano, declaraba: «Cuando se quiere romper, se escribe, para anunciar la ruptura.» Luego, al recibir una carta sin ninguna ambigüedad, dijo: «Cuando se quiere romper de veras, no se escribe.» Con frecuencia es muy difícil, ante las confidencias recibidas, decidir dónde comienza el delirio patológico. Descrita por la enamorada presa de pánico, la conducta del hombre siempre parece extravagante: es un neurótico, un sádico, un inhibido, un masoquista, un demonio, un tipo sin consistencia, un cobarde, o todo eso junto; desafía las explicaciones psicológicas más sutiles. «X. me adora, es frenéticamente celoso, querría que llevase una máscara cuando salgo; pero es un ser tan extraño y desconfía hasta tal punto del amor, que, cuando llamo a su puerta, me recibe en el rellano de la escalera y ni siquiera me deja entrar.» O bien: «Z. me adoraba. Pero era demasiado orgulloso para pedirme que fuese a vivir a Lyon, donde tiene su domicilio: fui allí y me instalé en su casa. Al cabo de ocho días, sin una disputa, me puso **{**783**}** en la calle. Volví a verle dos veces. La tercera vez que le telefoneé, colgó en mitad de la conversación. Es un neurótico.» Estas misteriosas historias se aclaran

cuando el hombre explica: «Yo no la amaba en absoluto», o bien: «Sentía afecto hacia ella, pero no hubiera podido soportar el vivir un mes con ella.» Demasiado obstinada, la mala fe conduce al manicomio: uno de los rasgos constantes de la erotomanía consiste en que las actitudes del amante parecen enigmáticas y paradójicas; por esa pendiente, el delirio de la enferma siempre logra quebrantar las resistencias de la realidad. Una mujer normal termina a veces por ser vencida por la verdad, y por reconocer que ya no es amada. Pero, mientras no ha sido acorralada hasta efectuar esa confesión, siempre hace un poco de trampa. Incluso en el amor recíproco existe entre los sentimientos de los amantes una diferencia fundamental que ella se esfuerza por enmascarar. Es preciso que el hombre sea capaz de justificarse sin ella, puesto que ella espera ser justificada por él. Si él le es necesario, es porque ella huye de su libertad; pero si él asume la libertad sin la cual no sería ni héroe ni simplemente hombre, nada ni nadie podrían serle necesarios. La dependencia que acepta la mujer proviene de su debilidad: ¿cómo hallaría una dependencia recíproca en aquel a quien ama por su fuerza?

(2) Cosa que hemos tratado de indicar en Pyrrhus et Cinéas.

Un alma apasionadamente exigente no hallaría reposo en el amor, porque se propone un fin contradictorio. Desgarrada, atormentada, corre el riesgo de convertirse en un fardo para aquel de quien se soñaba esclava; a falta de sentirse indispensable, se vuelve importuna y odiosa. He ahí también una tragedia sumamente corriente. Más prudente, menos intransigente, la enamorada se resigna. Ella no lo es todo, no es necesaria: le basta con ser útil; otra ocuparía fácilmente su lugar: se contenta con ser ella quien lo ocupa. Reconoce su servidumbre sin pedir reciprocidad. Entonces puede saborear una modesta felicidad; pero, aun dentro de esos límites, no será una felicidad sin nubes. La enamorada espera, mucho más dolorosamente que la esposa. Si la misma esposa es exclusivamente una enamorada, las cartas de la **{**784**}** casa, de la maternidad, sus ocupaciones y placeres no tienen valor alguno a sus ojos: es la presencia del esposo lo que la arranca de los limbos del tedio. «Cuando no estás tú, me parece que ni siquiera vale la pena contemplar la luz del día; todo cuanto me sucede se me antoja muerto; ya no soy más que un vestido vacío arrojado en una silla», escribe Cécile Sauvage en los primeros tiempos de su matrimonio (1). Y ya se ha visto que, con mucha frecuencia, es fuera del matrimonio donde nace y se desarrolla el amor-pasión. Uno de los más notables ejemplos de una vida dedicada por entero al amor es el de Juliette Drouet, que no es sino una espera indefinida. «Siempre es preciso volver al mismo punto de partida, es decir, a esperarte eternamente», escribe a Victor Hugo. «Te espero como una ardilla en su jaula.» «¡Dios mío, qué triste es para una naturaleza como la mía esperar desde el principio hasta el fin de la vida!» «¡Qué día he tenido! Mientras te esperaba, creí que no terminaría jamás, y ahora me parece que ha pasado demasiado deprisa, puesto que no te he visto...» «El día se me antoja una eternidad...» «Te espero, porque, después de todo, prefiero esperarte a creer que no vendrás.» Es verdad que Victor Hugo, después de haber hecho romper a Juliette con su rico protector, el príncipe Demidoff, la confinó en un pequeño apartamento y durante doce años le prohibió salir sola, para que no reanudase sus relaciones con ninguno de sus amigos de antaño. Pero, incluso cuando la suerte de la que se llamaba a sí misma «tu pobre víctima enclaustrada» se dulcificó, continuó sin tener otra razón para vivir que no fuese su amante, a quien, no obstante, veía muy poco. «Te amo, mi amado Victor -escribe en 1841-; pero tengo el corazón triste y lleno de amargura; te veo tan poco, tan poco, y lo poco que te veo me perteneces tan poco, que todos esos pocos forman un todo de tristeza que me colma el corazón y el espíritu.» Sueña con conciliar la independencia y el amor. «Quisiera **{**785**}** ser independiente y esclava a la vez, independiente en virtud de un estado que me alimentase y esclava de mi amor solamente.»

(1) El caso es diferente si la mujer ha encontrado su autonomía en el matrimonio; entonces el amor entre ambos esposos puede ser un libre intercambio entre dos seres cada uno de los cuales se basta a sí mismo.

Pero, al fracasar definitivamente en su carrera de actriz, tuvo que resignarse, «desde el principio hasta el fin de la vida», a no ser más que una amante. Pese a sus esfuerzos por servir de ídolo, las horas estaban demasiado vacías; las 17.000 cartas que escribió a Victor Hugo, al ritmo de 300 ó 400 todos los años, así lo atestiguan. Entre las visitas del amo, no podía hacer otra cosa que matar el tiempo. El peor horror, en la condición de la mujer de harén, consiste en que sus días son desiertos de tedio: cuando el varón no usa ese objeto que ella es para él, la mujer no es absolutamente nada. La situación de la enamorada es análoga: no quiere ser más que esa mujer amada, ninguna otra cosa tiene valor a sus ojos. Así, pues, para existir necesita que el amante esté a su lado, se ocupe de ella; ella espera su venida, su deseo, su despertar; y, tan pronto como la deja, empieza de nuevo a esperarlo. Esa es la maldición que pesa sobre la heroína de Back Street (1) y sobre la de Intempéries (2), sacerdotisas y víctimas del amor puro. Es el duro castigo infligido a quien no ha tomado su destino en sus propias manos.

(1) FANNY HURST: Back Street.

(2) R. LEHMANN: Intempéries.

Esperar puede ser una alegría; para la que acecha al amado, sabiendo que la ama, la espera es una deslumbrante promesa. Pero, pasada la confiada embriaguez del amor que cambia la ausencia misma en presencia, los tormentos de la inquietud se mezclan con el vacío de la ausencia: el hombre puede que no vuelva nunca más. He conocido a una mujer que cada vez que se encontraba con su amante, lo acogía con asombro. «Creí que no volverías más», le decía. Y si él preguntaba por qué, contestaba: «Podrías no volver; cuando te espero, siempre tengo la impresión de que no volveré a verte.» Sobre todo, puede dejar de amarla: puede amar a otra mujer. Porque la vehemencia con que la mujer intenta ilusionarse diciéndose: «Me ama con locura; no puede amar **{**786**}** a nadie sino a mí», no excluye el tormento de los celos. Es propio de la mala fe permitir afirmaciones apasionadas y contradictorias. Así, el loco que cree obstinadamente ser Napoleón no tiene empacho alguno en reconocer que también es peluquero. Raras veces consiente la mujer en preguntarse: «¿Me ama verdaderamente?» En cambio, cien veces se pregunta: «¿No amará a otra?» No admite que el fervor del amante haya podido extinguirse poco a poco, ni que él conceda menos valor que ella al amor: inmediatamente se inventa rivales. Considera el amor como un sentimiento libre y, a la vez, como un hechizo mágico; y estima que «su» hombre continúa amándola en su libertad, mientras está «engatusado», «cogido en la trampa» por una ladina intrigante. El hombre capta a la mujer en tanto que asimilada a él, en su inmanencia; le cuesta trabajo imaginar que sea ella también otra cosa que se le escapa; los celos, por lo general, no son en él más que una crisis pasajera, como el amor mismo: puede suceder que la crisis sea violenta y hasta homicida; pero es raro que la inquietud se instale duraderamente en él. Los celos aparecen en él, sobre todo, como un derivado: cuando sus asuntos marchan mal, cuando se siente importunado por la vida, entonces se dice escarnecido por su mujer (1). Como la mujer, por el contrario, ama al hombre en su disimilitud, en su trascendencia, se siente en peligro a cada instante. No hay mucha distancia entre la traición de la ausencia y la infidelidad. Tan pronto como se siente mal amada, se vuelve celosa: teniendo en cuenta sus exigencias, ese es siempre más o menos su caso; sus reproches, sus agravios, cualesquiera que sean los pretextos, se traducen en escenas de celos: así expresará ella la impaciencia y el tedio de la espera, el amargo sentimiento de su dependencia, el pesar de no tener más que una existencia mutilada. Es todo su destino el que está en juego en cada mirada que el hombre amado dirige a otra mujer, puesto que ha enajenado en él todo su ser. Así, pues, se irrita si los ojos de su amante se vuelven **{**787**}** un instante hacia una extraña; si él le recuerda que ella acaba de contemplar largamente a un desconocido, la mujer responde con plena convicción: «No es lo mismo.» Y tiene razón. Un hombre contemplado por una mujer no recibe nada: el don solo comienza en el momento en que la carne femenina se convierte en presa. En cambio, la mujer codiciadas se metamorfosea inmediatamente en objeto deseable y deseado, y la enamorada desdeñada «recae en la arcilla ordinaria». De modo que siempre está al acecho. ¿Qué hace él? ¿Qué

mira? ¿Con quién habla? Lo que un deseo le ha dado, una sonrisa puede quitárselo; un instante basta para precipitarla de «la nacarada luz de la inmortalidad» al crepúsculo cotidiano. Lo ha recibido todo del amor; puede perderlo todo al perder ese amor. Imprecisos o definidos, sin fundamento o justificados, los celos son para la mujer una tortura enloquecedora, porque son una radical oposición al amor: si la traición es cierta, hay que renunciar a hacer del amor una religión o renunciar a ese amor; es un trastorno tan radical, que se comprende que la enamorada, dudando y engañándose alternativamente, esté obsesionada por el deseo y el temor de descubrir la mortal verdad.

(1) Eso es lo que resalta, entre otras cosas, en la obra de LAGACHE Nature et formes de la jalousie.

A la vez arrogante y ansiosa, sucede a menudo que la mujer, siempre celosa, lo esté siempre en falso: Juliette Drouet conoció las terribles angustias de la sospecha a propósito de todas las mujeres a las cuales se acercaba Victor Hugo; y solo se olvidó temer a Léonie Biard, que fue su amante durante ocho años. En la incertidumbre, toda mujer es una rival, un peligro. El amor mata a la amistad por el hecho de que la enamorada se encierra en el universo del hombre amado; los celos exasperan su soledad y, por consiguiente, hacen su dependencia aún más estrecha. No obstante, encuentra en ellos un recurso contra el tedio: conservar un marido es un trabajo; conservar un amante es una especie de sacerdocio. La mujer que, perdida en una adoración feliz, descuida su persona, empieza de nuevo a preocuparse de ella tan pronto como presiente una amenaza. El arreglo de su persona, los cuidados del hogar, las galas mundanas, se convierten en diversos momentos de un combate. La lucha **{**788**}** es una actividad tonificante; en tanto que está poco más o menos segura de la victoria, la que lucha encuentra en ella un agudo placer. Pero el angustiado temor a la derrota transforma en humillante servidumbre el don generosamente consentido. El hombre, para defenderse, ataca. Una mujer, aun orgullosa, se ve obligada a hacerse dulce y pasiva; maniobras, prudencia, astucia, sonrisas, encanto y docilidad son sus mejores armas. Vuelvo a ver a aquella joven, a cuya puerta llamé un día de improviso; la había dejado dos horas antes, mal maquillada, vestida con negligencia, la mirada apagada; ahora, le esperaba; al verme, adoptó su expresión corriente; pero, durante un instante, tuve tiempo de verla, preparada para él, crispada por el temor y la hipocresía, presta a todos los sufrimientos tras su sonrisa jovial; estaba cuidadosamente peinada, un color insólito animaba sus mejillas y sus labios, una blusa de encaje de blancura deslumbrante la disfrazaba. Vestidos de fiesta, armas de combate. Masajistas, maquilladores y estetas saben con qué trágica seriedad miran sus clientes cuidados que parecen fútiles; hay que inventar para el amante nuevas seducciones, hay que convertirse en esa mujer que él desea encontrar y poseer. Pero todo esfuerzo es vano: no logrará resucitar en ella la imagen de aquella Otra que lo atrajo al principio, que puede atraerlo en otra. Hay en el amante la misma exigencia doble e imposible que en el marido: quiere a su amante absolutamente suya y, no obstante, extraña; la quiere exactamente conforme a su sueño y diferente de todo cuanto inventa su imaginación, una respuesta a su espera y una sorpresa imprevista. Esta contradicción desgarra a la mujer y la condena al fracaso. Se esfuerza por modelarse de acuerdo con los deseos del amante; multitud de mujeres que florecieron en los primeros tiempos de un amor que confirmaba su narcisismo, espantan luego con su servilismo maníaco, cuando se sienten menos amadas; obsesionadas, empobrecidas, irritan al amante; al darse ciegamente a él, la mujer pierde esa dimensión de libertad que la hacía fascinante al principio. El busca en ella su reflejo; pero, si lo encuentra demasiado fielmente, se aburre. Una de las desgracias **{**789**}** de la enamorada consiste en que su mismo amor la desfigura, la aniquila; ya no es más que esa esclava, esa sirvienta, ese espejo demasiado dócil, ese eco demasiado fiel. Cuando lo advierte, su aflicción le quita aún más valor; en medio de las lágrimas, las escenas, las reivindicaciones, termina por perder todo atractivo. La clave de una existencia está en lo que hace; para ser, ella se ha confiado a una conciencia extraña y ha renunciado a hacer nada. «No sé más que amar», escribe Julie de Lespinasse. Moi qui ne suis

qu'amour; este título de novela (1) es la divisa de la enamorada; solo es amor, y, cuando el amor es privado de su objeto, ya no es nada.

(1) Por Dominique Rolin.

A menudo comprende su error; entonces trata de reafirmar su libertad, de reencontrar su disimilitud; se vuelve coqueta. Deseada por otros hombres, interesa de nuevo al amante hastiado: ese es el manoseado tema de muchas novelas; el alejamiento basta para devolverle su prestigio; Albertiene parece insípida cuando está presente y es dócil; a distancia vuelve a ser misteriosa, y Proust, celoso, la valora de nuevo. Pero tales maniobras son muy delicadas; si el hombre ve a través de ellas, no hacen más que revelarle irrisoriamente la servidumbre de su esclava. E incluso su triunfo no está exento de peligros: precisamente porque es suya, desdeña el amante a su querida, pero le tiene apego precisamente porque es suya; ¿es el desdén o el apego lo que arruinará la infidelidad? Pudiera ser que el hombre, despechado, se alejase de la que se muestra indiferente: la quiere libre, desde luego; pero la quiere entregada. Ella conoce ese riesgo, que paraliza su coquetería. A una enamorada le resulta casi imposible hacer diestramente ese juego; teme demasiado quedar cogida en su propia trampa. Y en la medida en que todavía reverencia a su amante, le repugna engañarlo: ¿cómo seguiría siendo un dios a sus ojos? Si gana la partida, destruye a su ídolo; si la pierde, se pierde a sí misma. No hay salvación.

Una enamorada prudente -dos palabras que concuerdan **{**790**}** mal- se esfuerza por convertir la pasión del amante en ternura, en amistad, en hábito, o bien trata de sujetarlo con vínculos sólidos: un hijo, el matrimonio; este deseo del matrimonio obsesiona a muchas parejas: es el de la seguridad; la amante hábil se aprovecha de la generosidad del amor joven para lograr una seguridad en el porvenir; pero cuando ella se entrega a tales especulaciones, ya no merece el nombre de enamorada. Porque esta sueña locamente con captar para siempre la libertad del amante, pero no con aniquilarla. Por eso, salvo en el caso sumamente raro de que el libre compromiso se perpetúe durante toda una vida, el amor-religión conduce a la catástrofe. Con Mora, la señorita De Lespinasse tuvo la oportunidad de ser la primera en cansarse: se cansó porque encontró a Guibert, el cual, a su vez, no tardó en cansarse de ella. El amor de madame D'Agoult y de Liszt murió en esta dialéctica implacable: el ardor, la vitalidad y la ambición que hacían de él un ser digno de ser amado te destinaban a otros amores. La religiosa portuguesa no podía por menos que ser abandonada. La llama que hacía a D'Annunzio tan cautivador (1) tenía como contrapartida su infidelidad. Una ruptura puede marcar profundamente a un hombre, pero, en definitiva, tiene que llevar su propia vida. La mujer abandonada ya no es nada, ya no tiene nada. Si se le pregunta: «¿Cómo vivía usted antes?», ni siquiera se acuerda. Aquel mundo que era suyo lo redujo a cenizas para adoptar una nueva patria, de la cual la han expulsado bruscamente; ha renegado de todos los valores en los cuales creía; ha destruido sus amistades. ¿Cómo iniciará una nueva vida, si fuera del amado hay nada? Se refugia en delirios, como antes en el claustro; o, si es demasiado razonable, no le queda más que morir: rápidamente, como la señorita De Lespinasse, o a fuego lento; la agonía puede durar largo tiempo. Cuando, durante diez años, veinte años, una mujer se ha consagrado a un hombre en cuerpo y alma, cuando él se ha mantenido firmemente sobre el 1 pedestal que ella le erigió, su abandono es una **{**791**}** catástrofe fulminante. «¿Qué puedo hacer -preguntaba aquella mujer de cuarenta años-, qué puedo hacer si Jacques ya no me ama?» Se vestía, se peinaba y maquillaba con minuciosidad; pero su rostro endurecido, ya deshecho, difícilmente podía despertar ya un nuevo amor; ella misma, después de veinte años pasados a la sombra de un hombre, ¿podría amar a otro? Cuando se tienen cuarenta años, quedan todavía muchos por vivir. Vuelvo a ver a aquella otra mujer que había conservado unos bellos ojos, unas nobles facciones a pesar de que su rostro había quedado marcado por el sufrimiento y que, sin percatarse siquiera de ello, dejaba correr las lágrimas por sus mejillas en público, ciega y sorda. Ahora el dios le dice a otra las palabras inventadas para ella; reina destronada, ya no sabe si en algún momento ha reinado sobre un verdadero reino. Si la mujer

es todavía joven, tiene posibilidades de curar: un nuevo amor la curará; a veces, se entregará con un poco más de reserva, comprendiendo que aquello que no es único no podría ser absoluto; pero a menudo se quebrará con más violencia aún que la primera vez, porque tendrá que recuperarse también de su derrota pasada. El fracaso del amor absoluto no es una prueba fecunda más que si la mujer es capaz de rehacerse; separada de Abelardo, Eloísa no se convirtió en un despojo, porque, dirigiendo una abadía, se construyó una existencia autónoma. Las heroínas de Colette tienen demasiado orgullo y demasiados recursos para dejarse hundir por una decepción amorosa: Renée Méré se salva por el trabajo. Y «Sido» decía a su hija que no se inquietase demasiado por su destino sentimental, porque sabía que Colette era algo más que una enamorada. Sin embargo, hay pocos crímenes que comporten peor castigo que esa falta generosa: ponerse por entero en manos de otros.

(1) Al decir de Isadora Duncan.

El amor auténtico debería fundarse en el reconocimiento recíproco de dos libertades; cada uno de los amantes se probaría entonces como sí mismo y como el otro: ninguno abdicarla su trascendencia, ninguno se mutilaría; ambos desvelarían juntos en el mundo valores y fines. Para uno y otro, el amor sería una revelación de si mismo por el don de sí y **{**792**}** un enriquecimiento del Universo. En su obra sobre La connaissance de soi, George Gusdorf resume muy exactamente lo que el hombre le pide al amor:

> El amor nos revela a nosotros mismos al hacernos salir de nosotros mismos. Nos afirmamos al contacto con lo que nos es extraño y complementario. El amor, como forma del conocimiento, descubre nuevos cielos y nuevas tierras en el mismo paisaje en que siempre hemos vivido. He ahí el gran secreto: el mundo es otro, yo mismo soy otro. Y ya no soy el único en saberlo. Mejor todavía: alguien me lo ha enseñado. Así, pues, la mujer desempeña un papel indispensable y capital en la conciencia que el hombre toma de sí mismo.

De ahí proviene la importancia que reviste para el joven el aprendizaje amoroso; ya hemos visto cómo se maravillaban Stendhal y Malraux del milagro que hace que «yo sea otro». Pero Gusdorf no tiene razón al escribir: «Y, de manera semejante, el hombre representa para la mujer un intermediario indispensable entre ella y sí misma», porque su situación no es hoy semejante; el hombre es revelado bajo otra figura, pero sigue siendo el mismo, y su nuevo rostro se integra en el conjunto de su personalidad. Solo sería lo mismo para la mujer si existiese tan esencialmente como para-sí; lo cual implicaría contar con una independencia económica que se proyectase hacia fines propios y se trascendiese hacia la colectividad sin intermediarios. Entonces son posibles amores iguales, como el que describe Malraux entre Kyo y May. Puede incluso suceder que la mujer represente el papel viril y dominador, como madame de Warens con Rousseau y Léa con Chéri. Pero, en la mayor parte de los casos, la mujer solo se conoce en tanto que otro: su para-otro se confunde con su mismo ser; el amor no es para ella un intermediario de sí para sí, puesto que ella no se encuentra en su existencia subjetiva; permanece engullida en esa amante que el hombre no solo ha revelado, sino creado; su salvación depende de esa libertad despótica que la ha fundado y que en cualquier instante puede aniquilarla. Se pasa la vida temblando ante aquel que tiene su destino en sus manos **{**793**}**, sin saberlo del todo y sin quererlo por completo; está en peligro en otro, testigo angustiado e impotente de su propio destino. Tirano a su pesar, a su pesar verdugo, ese otro, a despecho de ella y de él, tiene un rostro enemigo: en vez de la unión buscada, la enamorada conoce la más amarga de las soledades; en lugar de la complicidad, la lucha y a menudo el odio. El amor en la mujer es una suprema tentativa para remontar, asumiéndola, la dependencia a la cual está condenada; pero, incluso consentida, la dependencia solo puede vivirse en medio del temor y el servilismo.

Los hombres han proclamado a porfía que el amor es para la mujer su realización suprema. «Una mujer que ama como mujer se vuelve aún más mujer», dice Nietzsche; y, Balzac afirma: «En el orden superior, la vida del hombre es la gloria; la de la mujer es el amor. La mujer solo es igual al hombre cuando hace de su vida una perpetua ofrenda, como la del hombre es una perpetua acción.» Sin embargo, esa es una nueva y cruel mistificación, puesto que lo que ella ofrece a los hombres, a estos no les interesa en absoluto aceptarlo. El hombre no necesita la abnegación incondicional que reclama, ni el amor idólatra que halaga su vanidad; los acoge exclusivamente con la condición de no satisfacer las exigencias que implican recíprocamente tales actitudes. Predica a la mujer que dé: y, sus dones lo hartan; ella se encuentra absolutamente perpleja ante la inutilidad de sus presentes, perpleja ante su vana existencia. El día en que a la mujer le sea posible amar con su fuerza, no con su debilidad, no para huirse, sino para hallarse, no para destituirse, sino para afirmarse, entonces el amor será para ella, como para el hombre, fuente de vida y no de mortal peligro. Mientras tanto, resume en su figura más patética la maldición que pesa sobre la mujer encerrada en el universo femenino, la mujer mutilada, incapaz de bastarse a sí misma. Las innumerables mártires del amor son un testimonio contra la injusticia de un destino que les propone como última salvación un estéril infierno **{**794**}**.

CAPITULO III.

LA MÍSTICA.

El amor le ha sido asignado a la mujer como su vocación suprema, y, cuando esa vocación se la dirige a un hombre, busca a Dios en él: si las circunstancias le prohiben el amor humano, si ha sufrido una decepción o es exigente, optará por adorar a la divinidad en Dios mismo. Ciertamente, ha habido hombres que también han ardido en esa llama; pero han sido pocos y su fervor revistió una figura intelectual muy depurada. En cambio, las mujeres que se entregan a las delicias de los esponsales celestiales constituyen legión y los viven de una manera extrañamente afectiva. La mujer está acostumbrada a vivir de rodillas; normalmente, espera que su salvación descienda del cielo, donde reinan los varones; también estos se hallan rodeados de nubes, y su majestad se revela más allá de los velos de su presencia carnal. El Amado está siempre más o menos ausente; se comunica con su adoradora por medio de signos ambiguos; ella solamente conoce sus sentimientos por acto de fe, y cuanto más superior le parece él, tanto más impenetrables le parecen sus actitudes. Ya se ha visto que en la erotomanía esa fe resistía todos los mentís. La mujer no necesita ver ni tocar para sentir a su lado la Presencia. Ya se trate de un médico, de un sacerdote o de Dios, ella conocerá las mismas pruebas irrefutables, acogerá como esclava en el fondo de su corazón las oleadas de un amor que cae de arriba. Amor humano y amor divino se confunden, no porque este sea una sublimación de aquel, sino porque el primero es también un movimiento **{**795**}** hacia un trascendente, hacia lo absoluto. En todo caso, se trata para la enamorada de salvar su existencia contingente al unirla con el Todo encarnado en una Persona soberana.

Este equívoco es flagrante en numerosos casos -patológicos o normales- en que el amante es divinizado, en que Dios asume rasgos humanos. Citaré únicamente el que refiere Ferdière en su obra sobre la erotomanía. Es la paciente la que habla:

> En 1923 mantuve correspondencia con un periodista de la Presse; leía todos los días sus artículos sobre moral, leía entre líneas; se me antojaba que él me contestaba, que me daba consejos; yo redactaba cartas de amor; le escribía mucho... En 1924, me sobrevino algo de repente: me parecía que Dios buscaba una mujer, que iba a venir a hablarme; tenía la impresión de que me había confiado una misión, que me había elegido para que fundase un templo; me creía el centro de una aglomeración muy importante, donde habría mujeres a quienes cuidarían los médicos... En ese momento fue cuando... me trasladaron al asilo de Clermont... Había allí médicos jóvenes que querían rehacer el

> mundo: en la celda, sentía sus besos en mis dedos y sus órganos sexuales en mis manos. Una vez me dijeron: «No eres sensible, sino sensual; vuélvete»; me volví y los sentí en mí: fue muy agradable... El jefe de servicios, el doctor D., era como un dios; percibía que había algo extraordinario cuando se acercaba a mi cama; me contemplaba como diciendo: «Soy todo tuyo.» Me amaba verdaderamente. Un día me miró con insistencia, de una manera verdaderamente extraordinaria... Sus ojos verdes se volvieron azules como el cielo; se agrandaron intensamente, de manera formidable... El observaba el efecto producido mientras hablaba con otra enferma, y sonreía... Y yo me quedé prendada del doctor D.; un clavo no saca otro clavo, y, a pesar de todos mis amantes (he tenido quince o dieciséis), no he podido separarme de él; por eso es culpable... Desde hace más de doce años, siempre he mantenido conversaciones mentales con él... Cuando quería olvidarlo, se manifestaba de nuevo... A veces se mostraba un poco burlón... «Ya lo ves, te amedrento -decía-; podrías amar a otros, pero siempre volverías a mí...» Con frecuencia **{**796**}** le escribía cartas, e incluso le daba citas a las cuales acudía yo. El año pasado fui a verle; adoptó una pose; no había calor en la entrevista; me sentí en ridículo y me marché... Me aseguran que se ha casado con otra mujer, pero siempre me amará a mí... Es mi esposo, y, sin embargo, jamás ha tenido lugar el acto, ese acto que hubiera sido la soldadura... «Abandónalo todo -me dice a veces-; conmigo ascenderás siempre, siempre; no serás como un ser de la Tierra.» Ya lo veis: cada vez que busco a Dios, encuentro un hombre; ya no sé hacia qué religión volverme.

Se trata aquí de un caso patológico. Pero en multitud de devotas se encuentra esa inextricable confusión entre el hombre y Dios. El confesor, sobre todo, es quien ocupa un lugar equívoco entre el Cielo y la Tierra. Escucha con oídos carnales a la penitente, que le muestra el alma; pero es una luz sobrenatural la que brilla en la mirada con que la envuelve; es un hombre divino, es Dios presente bajo la apariencia de un hombre. Madame Guyon describe en los siguientes términos su encuentro con el padre La Combe: «Parecióme que una influencia de gracia fluía de él hacia mí por lo más íntimo del alma y volvía de mí hacia él, de suerte que él experimentaba el mismo efecto.» Fue la intervención del religioso lo que la arrancó a la sequedad que padecía desde hacía años y lo que abrasó nuevamente su alma de fervor. Vivió a su lado durante todo su gran período místico. Y confiesa: «Aquello no era ya sino una unidad completa, de manera que ya no podía distinguirlo de Dios.» Sería demasiado esquemático decir que estaba verdaderamente enamorada de un hombre y que fingía amar a Dios: amaba también a aquel hombre, porque a sus ojos era algo distinto de sí mismo. Al igual que la enferma de Ferdière, lo que ella buscaba indistintamente era la fuente suprema de los valores. A eso apunta toda mística. El intermediario masculino le es útil a veces para tomar impulso hacia el desierto del cielo; pero no es indispensable. Como no distingue bien entre la realidad y el juego, entre el acto y la conducta mágica, entre el objeto y lo imaginario, la mujer es singularmente apta para hacer presente una ausencia a través de su cuerpo. Lo que es **{**797**}** mucho menos humorístico es identificar, como se ha hecho alguna vez, el misticismo con la erotomanía: la erotómana se siente valorada por el amor de un ser soberano; este es quien toma la iniciativa de las relaciones amorosas, y ama más apasionadamente que es amado; da a conocer sus sentimientos por medio de signos evidentes, pero secretos; es celoso y le irrita la falta de fervor de la elegida: entonces no vacila en castigarla; casi nunca se manifiesta bajo una figura carnal y concreta. Todos esos rasgos se encuentran en las místicas; en particular, Dios ama eternamente el alma a la cual abrasa con su amor, ha vertido su sangre por ella y le prepara espléndidas apoteosis; todo cuanto ella puede hacer es abandonarse sin resistencia a su fuego.

Hoy se admite que la erotomanía adopta una figura ora platónica, ora sexual. De igual modo, el cuerpo tiene más o menos parte en los sentimientos que la mística consagra a Dios. Sus efusiones están calcadas de las que conocen los amantes terrestres. Mientras Angela de Foligno contemplaba una imagen de Cristo estrechando entre sus brazos a San Francisco, él le dijo: «Así te abrazaré yo, y mucho más de lo que se puede ver con los ojos del cuerpo... Jamás

te abandonaré si tú me amas.» Madame Guyon escribe: «El amor no me dejaba un instante de reposo. Yo le decía: "Oh, amor mío, ya basta, déjame".» «Quiero ese amor que traspasa el alma con inefables estremecimientos, ese amor que me sume en trance...» «¡Oh, Dios mío!, si hicieses sentir a las mujeres más sensuales lo que yo siento, pronto abandonarían sus falsos placeres para gozar de un bien tan genuino.» Conocida es la célebre visión de Santa Teresa:

> Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: veía a un ángel cabe a mí hacia el lado izquierdo en forma corporal... Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarlo me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios... No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro tan suave que **{**798**}** pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensara que miento.

A veces se pretende piadosamente que la pobreza del lenguaje obliga a la mística a adoptar ese vocabulario erótico; pero ella tampoco dispone más que de un solo cuerpo, y toma del amor terrestre no solo palabras, sino actitudes físicas; para ofrecerse a Dios, adopta las mismas actitudes que cuando se ofrece a un hombre. Por otra parte, eso no disminuye en nada el valor de sus sentimientos. Cuando Angela de Foligno se pone, sucesivamente, «pálida y seca» o «gorda y rubicunda», según los movimientos de su corazón, cuando se derrama en diluvios de lágrimas (1), cuando cae de sus alturas, difícilmente se pueden considerar tales fenómenos como puramente «espirituales», pero explicarlos exclusivamente por su excesiva «emotividad», equivale a invocar la «virtud dormitiva» de la adormidera; el cuerpo no es jamás la causa de las experiencias subjetivas, puesto que, bajo su figura objetiva, es el sujeto mismo, y este vive sus actitudes en la unidad de su existencia. Adversarios y admiradores de las místicas piensan que dar un contenido sexual a los éxtasis de Santa Teresa es tanto como rebajarla al rango de una histérica. Pero lo que disminuye al sujeto histérico no es el hecho de que su cuerpo exprese activamente sus obsesiones, sino que su libertad sea hechizada y anulada; el dominio que un faquir adquiere sobre su organismo no le hace esclavo del mismo; la mímica corporal puede estar envuelta en el impulso de una libertad. Los textos de Santa Teresa apenas se prestan a equívocos y justifican la estatua de Bernini, que nos muestra a la santa en trance a causa de los excesos de una fulminante voluptuosidad; no sería menos falso interpretar sus emociones como una simple «sublimación sexual»; en primer lugar, no existe un deseo sexual inconfesado que adopte la figura de un amor divino. La misma enamorada no es en principio presa de un deseo sin objeto **{**799**}** que se fijaría en seguida en un individuo; es la presencia del amante la que suscita en ella una turbación inmediatamente intencionada hacia él; así, con un solo movimiento, Santa Teresa trata de unirse con Dios y vive esa unión en su cuerpo; no es esclava de sus nervios y sus hormonas; más bien hay que admirar en ella la intensidad de una fe que penetra hasta lo más íntimo de su carne. En verdad, como había comprendido la propia Santa Teresa, el valor de una experiencia mística se mide, no según la manera en que ha sido subjetivamente vivida, sino según su alcance objetivo. Los fenómenos del éxtasis son, poco más o menos, los mismos en Santa Teresa que en María Alacoque: el interés de su mensaje es muy diferente. Santa Teresa plantea de una manera completamente intelectual el dramático problema de las relaciones entre el individuo y el Ser trascendente; ha vivido como mujer una experiencia cuyo sentido sobrepasa toda especificación sexual; es preciso situarla junto a Suso y San Juan de la Cruz. Pero ella es una deslumbrante excepción. Lo que nos ofrecen sus hermanas menores es una visión esencialmente femenina del mundo y de la salvación; no apuntan a un trascendente, sino a la redención de su feminidad (2).

(1) «Las lágrimas le quemaban las mejillas hasta el punto de que debía aplicarse en ellas agua fría», dice uno de sus biógrafos.

(2) En Catalina de Siena, las preocupaciones teológicas tienen, no obstante, mucha importancia. También ella es de un tipo bastante viril.

En el amor divino, la mujer busca al principio lo que la enamorada pide al del hombre: la apoteosis de su narcisismo; para ella es una milagrosa fortuna esa mirada soberana que se fija en ella atenta y amorosamente. Durante toda su existencia, de niña y de Joven, madame Guyon siempre estuvo atormentada por el deseo de ser amada y admirada. Una mística protestante moderna, la señorita Vée, escribe: «Nada me hace tan desdichada como no tener a nadie que se interese por mí, por lo que pasa en mí, de una manera especial y simpática.» Madame de Krüdener se imaginaba que Dios se ocupaba sin cesar de ella, hasta el punto de que, según cuenta Sainte-Beuve, en los momentos más decisivos con su amante, gemía: «¡Dios mío, qué feliz soy! ¡Os pido **{**800**}** perdón por lo excesivo de mi dicha!» Se comprende la embriaguez que invade el corazón de la narcisista cuando el cielo entero se convierte en su espejo; su imagen divinizada es infinita como Dios mismo; nunca se extinguirá; y, al propio tiempo, siente en su pecho ardiente, palpitante, anegado de amor, su alma creada, rescatada, amada por el Padre adorable; es a su doble, es a ella misma a quien abraza, infinitamente magnificada por mediación de Dios. Estos textos de Santa Angela de Foligno son particularmente significativos. He aquí cómo le habla Jesús:

> Mi dulce hija, hija mía, amada mía, mi templo. Hija mía, amada mía, ámame porque te amo, mucho, mucho más de lo que tú puedas amarme. Toda tu vida: tu comer, tu beber, tu dormir, toda tu vida me place. Haré en ti grandes cosas a los ojos de las naciones; en ti seré conocido y en ti mi nombre será alabado por gran número de pueblos. Hija mía, mi esposa dulcísima; te amo mucho.

Y añade:

> Hija mía, mucho más dulce para mí que yo soy para ti, el corazón de Dios Todopoderoso está ahora en tu corazón... El Dios Omnipotente ha depositado en ti mucho amor, más que en ninguna otra mujer de esta ciudad, y ha hecho de ti sus delicias.

En otra ocasión dice:

> Te profeso tal amor, que nada me importan tus desfallecimientos; mis ojos ni siquiera los contemplan. He depositado en ti un gran tesoro.

La elegida no podría dejar de responder con pasión a declaraciones tan ardientes y que procedían de lo alto. Trata de unirse al amante por medio de la técnica habitual en la enamorada: el aniquilamiento. «Sólo tengo una cosa que hacer: amar, olvidarme, aniquilarme», escribe María Alacoque. El éxtasis imita corporalmente esa abolición del yo; el sujeto no ve, no siente, olvida su cuerpo, lo reniega. La deslumbrante y soberana Presencia es señalada por la **{**801**}** violencia de ese abandono, por la vehemente aceptación de la pasividad. El quietismo de madame Guyon erigía esa pasividad en sistema: en cuanto a ella, pasaba gran parte del tiempo en una especie de catalepsia: dormía despierta.

La mayoría de las místicas no se contentan con abandonarse pasivamente a Dios: se aplican activamente a aniquilarse por la destrucción de su carne. Ciertamente, el ascetismo también ha sido practicado por monjes y religiosos. Pero el encarnizamiento con que la mujer escarnece su propia carne adopta caracteres singulares. Ya se ha visto hasta qué punto es ambigua la actitud de la mujer con respecto a su cuerpo: es a través de la humillación y el sufrimiento como lo metamorfosea en gloria. Entregada a un amante como objeto de placer, se vuelve templo, ídolo; desgarrada por los dolores del parto, crea héroes. La mística va a torturar su carne para tener derecho a reivindicarla; reduciéndola a la abyección, la exalta como

instrumento de su salvación. Así se explican los extraños excesos a los cuales se han entregado algunas santas. Santa Angela de Foligno cuenta que bebía con delicia el agua en la cual acababa de lavar las manos y los pies de los leprosos:

> Ese brebaje nos inundó de tal suavidad, que la alegría nos acompañó hasta casa. Jamás había bebido nada con semejante delicia. Se me había detenido en la garganta un trozo de piel escamosa salida de las llagas del leproso. En lugar de expulsarla, hice grandes esfuerzos para tragármela y lo conseguí. Parecióme que acababa de comulgar. Nunca podré expresar las delicias en que me sentía sumergida.

Se sabe que María Alacoque limpió con la lengua los vómitos de una enferma; en su autobiografía describe la dicha que experimentó cuando se llenó la boca con los excrementos de un hombre que padecía diarrea; Jesús la recompensó manteniéndola durante tres horas con los labios pegados a su Sagrado Corazón. Donde la devoción adquiere tintes carnales es, sobre todo, en países de una ardiente sensualidad, como Italia y España: en una aldea de los Abruzzos, las mujeres todavía se desgarran hoy la lengua a lo largo de un via **{**802**}** crucis, lamiendo los guijarros del suelo. En todas esas prácticas no hacen sino imitar al Redentor, que salvó la carne por el envilecimiento de la suya propia: de una manera mucho más concreta que los hombres, son sensibles las mujeres a ese gran misterio.

Bajo la figura del esposo es como Dios se aparece de mejor grado a la mujer; a veces se descubre en su gloria, deslumbrante de blancura y de belleza, dominador; la viste con un traje de novia, la corona, la toma de la mano y le promete una apoteosis celestial. Pero con mayor frecuencia es un ser de carne: la alianza que Jesús diera a Santa Catalina y que ella llevaba, invisible, en el dedo, era aquel «anillo de carne» que le habían cortado en la Circuncisión. Sobre todo, es un cuerpo maltratado y sangrante: en la contemplación del Crucificado es donde ella se sumerge con más fervor; se identifica con la Virgen Madre que tiene en sus brazos los despojos de su Hijo, o con María Magdalena, a quien la sangre del Amado riega al pie de la cruz. Así sacia ella los fantasmas sadomasoquistas. En la humillación del Dios admira la ruina del Hombre; inerte, pasivo, cubierto de heridas, el crucificado es la imagen inversa de la mártir blanca y roja ofrecida a las fieras, los puñales, los varones, y con quien la niña se ha identificado tan a menudo: se siente trastornada de turbación al ver que el Hombre, el Hombre-Dios, ha asumido su papel. Es ella quien está acostada sobre el madero, prometida al esplendor de la Resurrección. Es ella: y lo prueba; su frente sangra bajo la corona de espinas; sus manos, sus pies, su flanco son traspasados por un hierro invisible. Entre los 321 estigmatizados con que cuenta la Iglesia católica, solamente hay 47 hombres; los demás -Elena de Hungría, Juana de la Cruz, G. d'Osten, Osana de Mantua, Clara de Montfalcon- son mujeres que, por término medio, han sobrepasado la edad de la menopausia. La más célebre, Catalina Emmerich, fue señalada prematuramente. A la edad de veinticuatro años, como hubiera deseado los sufrimientos de la corona de espinas, vio venir hacia ella a un joven resplandeciente, que le hundió esa corona en la cabeza. Al día siguiente, las sienes **{**803**}** y la frente se le hincharon, y empezaron a manar sangre. Cuatro años más tarde, en pleno éxtasis, vio a Cristo con sus llagas, de las cuales partían rayos puntiagudos como finas espadas, y que hizo brotar gotas de sangre de las manos, los pies y el costado de la santa. Sudaba sangre y escupía igualmente sangre. Aún hoy, todos los viernes santos, Teresa Neumann vuelve hacia sus visitantes un rostro que chorrea sangre de Cristo. En los estigmas se realiza la misteriosa alquimia que cambia la carne en gloria, puesto que, bajo la forma de un dolor sangrante, son la presencia misma del amor divino. Se comprende bastante bien por qué las mujeres se adhieren singularmente a la metamorfosis del flujo rojo en pura llama de oro. Tienen la obsesión de esa sangre que se escapa del costado del rey de los hombres. Santa Catalina de Siena habla de ello en casi todas sus cartas. Angela de Foligno se abismaba en la contemplación del corazón de Jesús y de la herida abierta en su costado. Catalina Emmerich se ponía una camisa roja con objeto de parecerse a Jesús cuando este semejaba «un lienzo empapado en sangre»; veía todas las cosas «a través de la sangre de Jesús». Ya hemos visto

en qué circunstancias abrevó María Alacoque, durante tres horas, en el Sagrado Corazón de Jesús. Fue ella quien propuso a la adoración de los fieles el enorme coágulo rojo y nimbado con los flamígeros dardos del amor. He ahí la divisa que resume el gran sueño femenino: de la sangre a la gloria por el amor.

Éxtasis, visiones, diálogos con Dios, esta experiencia interior les basta a algunas mujeres. Otras experimentan la necesidad de comunicársela al mundo a través de actos. El vínculo entre la acción y la contemplación adopta dos formas muy diferentes. Hay mujeres de acción, como Santa Catalina, Santa Teresa, Juana de Arco, que saben muy bien qué objetivos se proponen y que arbitran lúcidamente los medios necesarios para alcanzarlos: sus revelaciones no hacen más que dar una figura objetiva a sus certidumbres y las animan a seguir los caminos que se han trazado con toda precisión. Hay mujeres narcisistas como madame Guyon o madame de Krüdener que, al término de un silencioso **{**804**}** fervor se sienten de repente «en un estado apostólico» (1). No se muestran muy precisas respecto a sus tareas, y -al igual que las damas caritativas aquejadas de agitación- se cuidan poco de lo que hacen, con tal de que sea algo. Así, después de haberse exhibido como embajadora y novelista, madame de Krüdener interiorizó la idea que se hacía de sus méritos: no fue para hacer triunfar ideas definidas, sino para confirmarse en su papel de inspirada por Dios, por lo que tomó en sus manos el destino de Alejandro I. Si basta a menudo un poco de belleza y de inteligencia para que la mujer se sienta revestida de un carácter sagrado, con mayor razón se considera encargada de una misión cuando se sabe elegida por Dios: predica entonces doctrinas inciertas; funda, de buen grado, sectas, lo cual le permite realizar, a través de los miembros de la colectividad a la cual inspira, una embriagadora multiplicación de su personalidad.

(1) Madame Guyon.

El fervor místico, como el amor y el narcisismo, puede integrarse en vidas activas e independientes. Pero, en sí mismos, esos esfuerzos de salvación individual no podrían desembocar sino en el fracaso; o la mujer entre en relación con un irreal, su doble o Dios, o crea una relación irreal con un ser real; en cualquier caso, no realiza aprehensión alguna del mundo, no se evade de su subjetividad; su libertad permanece mistificada; solo hay una manera de realizarla auténticamente, y consiste en proyectarla sobre la sociedad humana por medio de una acción positiva **{**805**}**.

PARTE TERCERA.

HACIA LA LIBERACIÓN {807}.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA MUJER INDEPENDIENTE.

El Código francés ya no incluye la obediencia en el número de los deberes de la esposa, y cada ciudadana se ha convertido en electora; estas libertades cívicas siguen siendo abstractas cuando no van acompañadas de una autonomía económica; la mujer mantenida -esposa o cortesana- no se libera del varón por el hecho de que tenga en las manos una papeleta electoral; si las costumbres le imponen menos restricciones que antaño, esas licencias negativas no han modificado profundamente su situación: la mujer permanece encerrada en su condición de vasalla. Gracias al trabajo la mujer ha franqueado en gran parte la distancia que la separaba del varón; únicamente el trabajo es el que puede garantizarle una libertad concreta. Tan pronto como deja de ser un parásito, el sistema fundado sobre su dependencia se derrumba; entre ella y el Universo ya no hay necesidad de un mediador masculino. La

maldición que pesa sobre la mujer vasalla consiste en que no le está permitido hacer nada: entonces se obstina en la imposible persecución del ser a través del narcisismo, el amor, la religión; productora y activa, reconquista su trascendencia; en sus proyectos, se afirma concretamente como sujeto; por su relación con el fin que persigue, con el dinero y con los derechos que se apropia, experimenta su responsabilidad. Multitud de mujeres tienen conciencia de esas ventajas, incluso entre aquellas que ejercen los oficios más modestos. A una mujer de la limpieza que estaba fregando el suelo del **{**809**}** vestíbulo en un hotel le oí decir: «Nunca he pedido nada a nadie. He llegado yo sola.» Estaba tan orgullosa de bastarse a sí misma como un Rockefeller. Sin embargo, no hay que creer que la simple yuxtaposición del derecho a votar y de un oficio constituya una perfecta liberación: el trabajo hoy no es la libertad. Solamente en un mundo socialista, cuando la mujer acceda a aquel, se asegurará esta. La mayoría de los trabajadores son hoy día explotados. Por otra parte, la estructura social no ha sido profundamente modificada por la evolución de la condición femenina. Este mundo, que siempre ha pertenecido a los hombres, conserva todavía la fisonomía que le han dado ellos. No hay que perder de vista estos hechos, que constituyen la base de la complejidad de la cuestión del trabajo femenino. Una dama importante y bien intencionada ha efectuado recientemente una encuesta entre las obreras de la fábrica Renault; y afirma que estas preferirían quedarse en casa antes que trabajar en la fábrica. Sin duda, no alcanzan la independencia económica sino en el seno de una clase económica oprimida; y, por otro lado, las tareas ejecutadas en la fábrica no las dispensan de las servidumbres del hogar (1). Si se les hubiera propuesto elegir entre cuarenta horas de trabajo semanal en la fábrica o en la casa, sin duda su respuesta habría sido muy otra; y tal vez incluso aceptarían alegremente el cúmulo si, en tanto que obreras, pudieran integrarse en un mundo que fuese su mundo, y en cuya elaboración participarían con gozo y orgullo. En la hora actual, y sin hablar de las campesinas (2), la mayoría de las mujeres que trabajan no se evaden del mundo femenino tradicional; no reciben de la sociedad, ni de sus maridos, la ayuda que les sería necesaria para convertirse concretamente en iguales a los hombres. Únicamente las que tienen una fe política, militan en los sindicatos o tienen confianza en el porvenir pueden dar un sentido ético a las ingratas faenas cotidianas; pero, privadas de ocios y herederas de una tradición de sumisión, es normal que las mujeres empiecen solamente **{**810**}** ahora a desarrollar un sentido político y social. Es normal que, al no recibir a cambio de su trabajo los beneficios morales y sociales a que tendrían derecho, sufran sin entusiasmo los inconvenientes. Se comprende igualmente que la modistilla, la empleada y la secretaria no quieran renunciar a las ventajas de un apoyo masculino. Ya he dicho que la existencia de una casta privilegiada a la cual le está permitido acceder única y exclusivamente si entrega su cuerpo, es para una mujer joven una tentación casi irresistible; está destinada a la galantería por el hecho de que su salario es mínimo, mientras el nivel de vida que la sociedad le exige es muy alto; si se contenta con lo que gana, no será más que una paria: mal alojada, mal vestida, le serán negadas todas las distracciones y hasta el amor mismo. Las gentes virtuosas le predican el ascetismo; en realidad, su régimen alimenticio es, con frecuencia, tan austero como el de una carmelita; pero no todo el mundo puede tomar a Dios por amante: necesita agradar a los hombres para cuajar su vida de mujer. De modo que se hará ayudar: con eso cuenta cínicamente el empresario que le asigna un salario de hambre. A veces, esa ayuda le permitirá mejorar su situación y conquistar una verdadera independencia; a veces, por el contrario, abandonará su oficio para convertirse en una entretenida. A menudo acumula esfuerzos; se libera de su amante por el trabajo, se evade del trabajo gracias al amante; pero también conoce la doble servidumbre de un oficio y de una protección masculina. Para la mujer casada, el salario no representa, en general, más que un complemento; para la «mujer que se hace ayudar», es la ayuda masculina la que aparece como inesencial; pero ni una ni otra compran con su esfuerzo personal una independencia total.

(1) Ya he dicho en el tomo I cuán pesadas son para la mujer que trabaja fuera de su casa.

(2) Cuya condición hemos examinado en el tomo I.

Sin embargo, existe hoy un elevado número de privilegiadas que encuentran en su profesión una autonomía económica y social. Es de ellas de quienes se trata cuando se plantea la interrogante sobre las posibilidades de la mujer y sobre su porvenir. Por eso, y aunque todavía no constituyan sino una minoría, resulta particularmente interesante estudiar de cerca su situación; los debates entre feministas y **{**811**}** antifeministas se prolongan a causa de ellas. Los antifeministas afirman que las mujeres emancipadas de hoy no hacen en el mundo nada importante y que, por otra parte, se ven en apuros para encontrar su equilibrio interior. Los feministas exageran los resultados que las mujeres obtienen y cierran los ojos ante su desequilibrio. En verdad, nada autoriza a decir que han equivocado el camino; y, no obstante, es cierto que no están tranquilamente instaladas en su nueva condición: todavía no están más que a mitad de camino. La mujer que se libera económicamente del hombre no se encuentra por ello en una situación moral, social y psicológica idéntica a la del hombre. La forma en que aborda su profesión y el modo en que se consagra a la misma dependen del contexto constituido por la forma global de su vida. Ahora bien, cuando aborda su vida de mujer adulta, no tiene tras de sí el mismo pasado que un muchacho; no es mirada por la sociedad con los mismos ojos; el Universo se le presenta en una perspectiva diferente. El hecho de ser mujer plantea hoy a un ser humano autónomo problemas singulares.

El privilegio que el hombre ostenta y que se hace sentir desde su infancia consiste en que su vocación de ser humano no contraría su destino de varón. Por la asimilación del falo y de la trascendencia sucede que sus triunfos sociales o espirituales le dotan de un prestigio viril. El no está dividido. En cambio, a la mujer, para que realice su feminidad, se le exige que se haga objeto y presa, es decir, que renuncie a sus reivindicaciones de sujeto soberano. Ese conflicto es el que caracteriza singularmente la situación de la mujer liberada. Rehusa acantonarse en su papel de hembra, porque no quiere mutilarse; pero también sería una mutilación repudiar su sexo. El hombre es un ser humano sexuado; la mujer solo es un individuo completo e igual al varón si también es un ser humano sexuado. Renunciar a su feminidad es renunciar a una parte de su humanidad. Los misóginos han reprochado frecuentemente a las mujeres intelectuales que «se abandonen»; pero también les han predicado: «Si queréis **{**812**}** ser nuestras iguales, dejad de pintaros la cara y las uñas.» Este último consejo es absurdo. Precisamente porque la idea de feminidad es artificialmente definida por las costumbres y las modas, se impone desde fuera a cada mujer; ella puede evolucionar de manera que sus cánones se acerquen a los adoptados por los varones: en las playas, el pantalón se ha hecho femenino. Pero eso no cambia en nada el fondo de la cuestión: el individuo no es libre de moldearla a su guisa. La que no se adapta, se devalúa sexualmente y, por consiguiente, socialmente, puesto que la sociedad ha integrado los valores sexuales. Al rechazar los atributos femeninos, no se adquieren los atributos masculinos; ni siquiera la invertida logra hacerse hombre: es una invertida. Hemos visto que la homosexualidad constituye también una especificación: la neutralidad es imposible. No existe ninguna actitud negativa que no implique una contrapartida positiva. La adolescente cree a menudo que puede despreciar simplemente los convencionalismos; pero también de ese modo se manifiesta; crea una situación nueva que entraña consecuencias que tendrá que asumir. Desde el momento en que uno se sustrae a un código establecido, se convierte en insurgente. Una mujer que se viste de manera extravagante, miente cuando afirma, con aire de sencillez, que hace su gusto y nada más: sabe perfectamente que hacer su gusto es una extravagancia. A la inversa, la que no desea pasar por excéntrica, se amolda a las normas comunes. A menos que represente una acción positivamente eficaz, es un mal cálculo optar por el desafío: se consumen más tiempo y energías que los que se economizan. Una mujer que no quiera llamar la atención, que no desee desvalorizarse socialmente, debe vivir como mujer su condición de tal: muy a menudo, su éxito profesional incluso lo exige. Pero, mientras el conformismo es para el hombre completamente natural -puesto que la costumbre se ha acomodado a sus necesidades de individuo autónomo y activo-, será preciso que la mujer, que también es sujeto, actividad, se vacíe en un mundo que la ha destinado a la pasividad. Es una servidumbre tanto más pesada cuanto que las mujeres confinadas en la esfera femenina **{**813**}** han hipertrofiado su

importancia: del indumento, de las faenas domésticas, han hecho artes difíciles. El hombre apenas tiene que preocuparse por su ropa; es una ropa cómoda, adaptada a su vida activa, y no tiene que ser rebuscada; apenas forma parte de su personalidad. Además, nadie espera que se cuide él mismo de ella: cualquier mujer benévola o remunerada le descarga de ese cuidado. La mujer, por el contrario, sabe que, cuando la miran, no la distinguen de su apariencia: es juzgada, respetada y deseada a través de su indumentaria. Sus vestidos han sido primitivamente destinados a consagrarla a la impotencia, y han permanecido frágiles: las medias se desgarran, los tacones se tuercen, las blusas y los vestidos claros se manchan, los plisados se desplisan; sin embargo, tendrá que reparar por sí misma la mayor parte de tales accidentes; sus semejantes no acudirán benévolamente en su ayuda, y tendrá escrúpulos en gravar aún más su presupuesto con trabajos que puede ejecutar ella misma: las permanentes, el marcado, los afeites y los vestidos nuevos ya cuestan bastante caros. Cuando regresan a casa por la noche, la secretaria, la estudiante, siempre tienen que coger algún punto a una media, lavar una blusa o planchar una falda. La mujer que se gana ampliamente la vida, se ahorrará estas servidumbres; pero se verá obligada a una elegancia más complicada; perderá el tiempo en diligencias, pruebas, etc. La tradición impone también a la mujer, incluso a la soltera, cierto cuidado de su alojamiento; un funcionario a quien trasladan a otra población, vivirá fácilmente en un hotel; su colega femenina tratará de instalarse en una casa propia, y deberá cuidarla escrupulosamente, porque en ella no se excusaría una negligencia que en el hombre se encontraría natural. Por otro lado, no es solo la preocupación por la opinión ajena lo que la incita a consagrar tiempo y cuidados a su belleza, a su entorno. Desea ser una verdadera mujer para su propia satisfacción. No logra aprobarse a través del presente y el pasado más que acumulando la vida que se ha hecho ella misma con el destinó que su madre, sus juegos infantiles y sus fantasmas de adolescente le habían preparado. Ha alimentado sueños **{**814**}** narcisistas; al orgullo fálico del varón, ella sigue oponiendo el culto de su imagen; quiere exhibirse, encantar. Su madre y sus mayores le han inculcado el gusto por el nido: una casa propia ha sido la forma primitiva de sus sueños de independencia; no piensa renunciar a ellos ni siquiera cuando haya encontrado la libertad por otros caminos. Y, en la medida en que todavía se siente mal asegurada en el universo masculino, conserva la necesidad de un retiro, símbolo de ese refugio interior que ha estado habituada a buscar en sí misma. Dócil a la tradición femenina, dará cera al suelo, guisará ella misma, en lugar de ir a comer a un restaurante como su colega. Quiere vivir a la vez como un hombre y como una mujer: de ese modo multiplica sus tareas y sus fatigas.

Si se propone seguir siendo plenamente mujer, es porque piensa abordar al otro sexo con el máximo de oportunidades. Será en el dominio sexual donde se plantearán los problemas más espinosos. Para ser un individuo completo, la igual del hombre, la mujer necesita tener acceso al mundo masculino, del mismo modo que el hombre lo tiene al mundo femenino, es decir, necesita tener acceso al otro; solo que las exigencias del otro no son simétricas en ambos casos. Una vez conquistadas, la fortuna, la celebridad, se presentan como virtudes inmanentes, pueden aumentar el atractivo sexual de la mujer; pero el hecho de ser una actividad autónoma contradice su feminidad, y ella lo sabe. La mujer independiente -y, sobre todo, la intelectual que reflexiona sobre su situación- sufrirá, en tanto que hembra, un complejo de inferioridad; no dispone de ratos libres para consagrar a su belleza los atentos cuidados que le dedica la coqueta, cuya única preocupación consiste en seducir; por mucho que se esfuerce en seguir los consejos de los especialistas, jamás será otra cosa que una aficionada en el dominio de la elegancia; el encanto femenino exige que la trascendencia, al degradarse en inmanencia, no aparezca ya sino como una sutil palpitación carnal; es preciso ser una presa espontáneamente ofrecida: la intelectual sabe que se ofrece, sabe que es una conciencia, un sujeto; no se consigue a voluntad apagar la mirada o transmutar los ojos en un trozo **{**815**}** de cielo o de mar; no se detiene así como así el impulso de un cuerpo que se tiende hacia el mundo para metamorfosearlo en una estatua animada por sordas vibraciones. La intelectual se esforzará con tanto más celo cuanto más teme fracasar: pero ese celo consciente es todavía una actividad y yerra el blanco. Comete errores análogos a los que

sugiere la menopausia: procura negar su cerebralismo lo mismo que la mujer que envejece procura negar su edad; se viste como una niña, se recarga de flores, de perifollos, de telas chillonas; adopta, exagerándola una mímica infantil y asombrada. Retoza, brinca, parlotea, se hace la desenvuelta, la aturdida, la espontánea. Pero se asemeja a esos actores que, al no experimentar la emoción que llevaría consigo la relajación de ciertos músculos, contraen por un esfuerzo de voluntad los antagónicos, y bajan forzadamente los párpados o las comisuras de la boca en lugar de dejarlos caer simplemente; de esta suerte, la mujer intelectual, para imitar el abandono, se crispa. Lo percibe, y se irrita por ello; el semblante anegado de ingenuidad es atravesado de pronto por un relámpago de inteligencia demasiado agudo; los labios prometedores se fruncen. Si le cuesta trabajo agradar, es porque no es una pura voluntad de agradar, como sus pequeñas hermanas esclavas; el deseo de seducir, por vivo que sea, no ha descendido hasta el fondo de sus huesos; como se siente torpe, se irrita por su servilismo; quiere desquitarse participando en el juego con armas masculinas: habla en lugar de escuchar, expone pensamientos sutiles, emociones inéditas; contradice a su interlocutor, en lugar de aprobarlo, y trata de imponerse a él. Madame de Staël mezclaba bastante hábilmente los dos métodos para obtener triunfos fulminantes: era raro que nadie la resistiese. Pero la actitud de desafío, tan frecuente, entre otras, en las norteamericanas, irrita a los hombres con más frecuencia que los domina; por lo demás, son ellos quienes la provocan con su desconfianza; si aceptasen amar a una semejante en vez de a una esclava -como hacen, por otra parte, aquellos que están desprovistos de arrogancia y de complejos de inferioridad-, las mujeres estarían mucho **{**816**}** menos acosadas por la preocupación de su feminidad; ganarían en naturalidad, en sencillez, y se encontrarían mujeres sin tanto trabajo, porque, después de todo, lo son.

El hecho es que los hombres empiezan a sacar partido de la nueva condición de la mujer; al no sentirse ya condenada a priori, esta ha encontrado una gran soltura: hoy la mujer que trabaja no descuida por ello su feminidad, y no pierde su atractivo sexual. Este logro -que señala ya un progreso hacia el equilibrio- sigue siendo, no obstante, incompleto; todavía le es mucho más difícil a la mujer que al hombre establecer con el otro sexo las relaciones que desea. Su vida erótica y sentimental tropieza con numerosos obstáculos. En este aspecto, la mujer vasalla no disfruta del menor privilegio: sexual y sentimentalmente, la mayoría de las esposas y de las cortesanas son mujeres radicalmente frustradas. Si las dificultades son más evidentes en el caso de la mujer independiente, es porque no ha elegido la resignación, sino la lucha. Todos los problemas vivos hallan en la muerte una solución silenciosa; así, pues, una mujer que se dedique a vivir está más dividida que la que entierra su voluntad y sus deseos; pero no admitirá que le presenten a esta como ejemplo. Solo comparándose con el hombre, se estimará en desventaja.

Una mujer que se desvive, que tiene responsabilidades, que conoce la aspereza de la lucha contra las resistencias del mundo, necesita -igual que el hombre- no solo satisfacer sus deseos físicos, sino conocer la relación y la diversión que aportan unas aventuras sexuales felices. Ahora bien, todavía existen medios en los cuales no le es concretamente reconocida esa libertad; si hace uso de ella, se arriesga a comprometer su reputación, su carrera; al menos, se le exige una hipocresía que le pesa mucho. Cuanto más haya logrado imponerse socialmente, más harán los demás la vista gorda; pero, en provincias sobre todo, es severamente espiada en la mayoría de los casos. Incluso en las circunstancias más favorables -cuando el temor a la opinión ajena no cuenta para nada-, su situación no es aquí equivalente a la del hombre. Las diferencias provienen a la vez de la tradición y **{**817**}** de los problemas que plantea la singular naturaleza del erotismo femenino.

El hombre puede conocer fácilmente abrazos sin mañana, que basten en rigor para calmar su carne y para relajarle moralmente. Ha habido mujeres -en pequeño número- que reclamaron que se abriesen burdeles para mujeres; en una novela titulada El número 17, una mujer proponía que se creasen casas adonde las mujeres pudieran acudir para «aliviarse

sexualmente», mediante una especie de «taxi-boys» (1). Parece ser que un establecimiento de ese género existió en San Francisco; pero solamente lo frecuentaban prostitutas, a las cuales les divertía mucho pagar en lugar de ser pagadas: los chulos de estas hicieron que lo cerrasen. Aparte de que esta solución es utópica y poco deseable, sin duda tendría poco éxito: ya hemos visto que la mujer no obtiene un «alivio» de manera tan mecánica como el hombre; la mayor parte estimaría la situación poco propicia para un abandono voluptuoso. En todo caso, el hecho es que este recurso les está negado hoy. La solución que consiste en recoger en la calle un compañero de una noche o de una hora -suponiendo que la mujer esté dotada de un fuerte temperamento, haya superado todas sus inhibiciones y lo aborde sin desagrado- es mucho más peligrosa para ella que para el hombre. El riesgo de enfermedad venérea es más grave para ella, por el hecho de que es a él a quien corresponde adoptar precauciones para evitar la contaminación; y, por prudente que sea, nunca estará completamente segura contra la amenaza de quedar embarazada. Pero, sobre todo, en las relaciones entre desconocidos -relaciones que se sitúan en un plano brutal-, la diferencia de fuerza física tiene gran importancia. Un hombre no tiene gran cosa que temer de la mujer que lleva a su casa; basta con un poco de vigilancia. El caso es distinto para la mujer que introduce en la suya a un hombre. Me han hablado de dos mujeres jóvenes **{**818**}** que, recién llegadas a París Y ávidas de «ver la vida», después de recorrer distintos lugares de diversión, invitaron a cenar a dos seductores macrós de Montmartre: a la mañana siguiente, se encontraron desvalijadas, maltratadas y amenazadas de chantaje. Un caso más significativo es el de aquella mujer de cuarenta años, divorciada, que trabajaba duramente todo el día para alimentar a tres hijos crecidos y a unos padres ancianos. Todavía bella y atractiva, no tenía tiempo para llevar una vida mundana, coquetear, llevar a cabo decentemente alguna empresa de seducción que, por lo demás, la habría aburrido. Sin embargo, sus sentidos eran muy exigentes, y consideró que tenía el mismo derecho que un hombre para apaciguarlos. Algunas noches se iba a deambular por las calles y se las arreglaba para atrapar a un hombre. Pero una noche, después de haber pasado una o dos horas en una espesura del Bois de Boulogne, su amante no consintió en dejarla marchar: quería saber su nombre, su dirección, quería volver a verla, amancebarse con ella; como ella rehusase, la golpeó violentamente y la dejó molida y aterrorizada. En cuanto a tomar un amante, como a menudo el hombre toma una querida, manteniéndola o ayudándola, no es posible sino a las mujeres que disponen de medios económicos. Hay quienes se acomodan a este trato: al pagar al varón, lo convierten en instrumento, lo cual les permite utilizarlo con desdeñoso abandono. Mas, por lo común, es preciso que se trate de mujeres de cierta edad para disociar tan crudamente erotismo y sentimiento, cuando hemos visto que en la adolescencia femenina la unión entre ambos es muy profunda. Hay muchos hombres, incluso, que no aceptan jamás esa división entre carne y conciencia. Con mayor razón, la mayoría de las mujeres no aceptaría tomarla en consideración. Además, hay en ello un engaño, al cual son más sensibles que el hombre: el cliente que paga es también un instrumento, su compañera se sirve de él para ganarse el pan. El orgullo viril enmascara a los ojos del varón los equívocos del drama erótico: se miente espontáneamente; más fácil de humillar, más susceptible, la mujer es también más lúcida; no conseguirá cegarse a sí misma sino **{**819**}** al precio de una mala fe más ladina. Comprarse un macho, suponiendo que disponga de los medios necesarios para ello, no le parecerá generalmente satisfactorio.

(1) El autor -cuyo nombre he olvidado, olvido que no parece urgente reparar- explica extensamente cómo podrían estar adiestrados para satisfacer a no importa qué cliente, qué género de vida seria preciso imponerles, etc.

Para la mayor parte de las mujeres, como también de los hombres, no se trata solo de satisfacer sus deseos, sino de conservar su dignidad de seres humanos al satisfacerlos. Cuando el hombre goza de la mujer, cuando la hace gozar, se plantea como el único sujeto: conquistador imperioso, generoso donante, o ambas cosas a la vez. Ella quiere afirmar recíprocamente que sirve a placer a su compañero y que lo colma con sus dones. Así, cuando se impone al hombre, ora por los beneficios que le promete, ora fiada en su cortesía, ora

despertando su deseo en su pura generalidad mediante ciertas maniobras, se persuade de buen grado de que le colma plenamente. Así en Le blé en herbe, la «dama de blanco» que codicia las caricias de Phil le dice con altivez: «Yo solo amo a los mendigos y a los hambrientos.» En verdad, se las arregla hábilmente para que él adopte una actitud suplicante. Entonces, dice Colette, «ella se apresura hacia el angosto y oscuro reino donde su orgullo podía creer que el temor es la confesión de la aflicción y donde las pedigüeñas de su especie beben la ilusión de la liberalidad». La señora de Warens es el tipo de esas mujeres que eligen amantes jóvenes o desdichados, o de condición inferior, para dar a sus apetitos la apariencia de la generosidad. Pero también hay intrépidas que la emprenden con los varones más robustos, a quienes les encanta dejar satisfechos, cuando ellos solamente han cedido por cortesía o por temor. De manera inversa, si la mujer que coge al hombre en su trampa quiere imaginarse que da, la que se da pretende afirmar que toma. «Yo soy una mujer que toma», me decía un día una joven periodista. En realidad, en este asunto, salvo en el caso de una violación, nadie toma verdaderamente a nadie; pero la mujer se miente aquí doblemente. Porque el hecho es que el hombre seduce a menudo por su ardor, su agresividad, conquista activamente el consentimiento de su compañera. Salvo casos excepcionales -entre otros el de madame de Staël, que ya he citado-, no ocurre así con la mujer, que **{**820**}** apenas puede hacer otra cosa que ofrecerse; porque la mayoría de los varones se muestran vehementemente celosos de su papel; ellos quieren despertar en la mujer una turbación singular, no ser elegidos para satisfacer su necesidad en su generalidad: elegidos, se sienten explotados (1). «Una mujer que no tema a los hombres los atemoriza», me decía un joven. Y frecuentemente he oído declarar a hombres adultos: «Me espanta que una mujer tome la iniciativa.» Si la mujer se ofrece con excesiva osadía, el hombre se hurta: él pretende conquistar. De modo que la mujer solo puede tomar haciéndose presa: es preciso que se convierta en una cosa pasiva, una promesa de sumisión. Si lo consigue, pensará que ha efectuado voluntariamente esa conjuración mágica, se sentirá sujeto. Pero corre el riesgo de petrificarse en objeto inútil por el desdén del hombre. Por eso se siente tan profundamente humillada si él rechaza sus iniciativas. También el hombres monta a veces en cólera si estima que lo han utilizado; sin embargo, no ha hecho más que fracasar en una empresa, nada más. En cambio, la mujer ha consentido en hacerse carne en la turbación, la espera, la promesa; solo perdiéndose podía ganar: y sigue estando perdida. Preciso es estar groseramente ciega o ser excepcionalmente lúcida para sacar partido de semejante derrota. Y hasta cuando la seducción triunfa, la victoria sigue siendo equívoca; en efecto, según la opinión pública, es el hombre quien vence, quien tiene a la mujer. No se admite que ella pueda asumir sus deseos como el hombre, pues es presa del mismo. Se sobreentiende que el varón ha integrado en su individualidad las fuerzas específicas: en cambio, la mujer es la esclava de la especie (2). Unas veces se la representa uno como pura pasividad: es una «fulana a la que solamente el autobús no le ha pasado por encima»; disponible, abierta, es un utensilio **{**821**}**; cede suavemente al maleficio de la turbación, está fascinada por el varón, que la coge como una fruta madura. Otras veces se la considera como una actividad enajenada: hay un diablo que patalea en su matriz, y en el fondo de su vagina acecha una serpiente ávida por hartarse de esperma masculino. En todo caso, uno se niega a pensar que sea simplemente libre. En Francia, sobre todo, se confunde tercamente a la mujer libre con la mujer fácil; la idea de facilidad implica una ausencia de resistencia y de control, una falta, la negación misma de la libertad. La literatura femenina trata de combatir ese prejuicio: en Grisélidis, por ejemplo, Clara Malraux insiste sobre el hecho de que su heroína no cede a un arrebato, sino que ejecuta un acto que ella reivindica. En Norteamérica, se reconoce en la actividad sexual de la mujer una libertad, lo cual la favorece mucho. Sin embargo, el desdén que afectan en Francia por las «mujeres que se acuestan» los mismos hombres que se aprovechan de sus favores, paraliza a gran número de mujeres. Las horrorizan los comentarios y relatos a que darían lugar.

(1) Este sentimiento es la contrapartida del que hemos indicado en la joven; pero esta termina por resignarse a su destino.

(2) Hemos visto en el tomo I, capítulo primero, que hay cierta verdad en esa opinión. Pero no es precisamente en el momento del deseo cuando se manifiesta la asimetría, sino en la procreación. En el deseo, la mujer y el hombre asumen idénticamente su función natural.

Incluso si la mujer desprecia los rumores anónimos, experimentará dificultades concretas en el comercio con su compañero; porque la opinión pública se encarna en él. Muy a menudo, considera el hombre la cama como el terreno donde debe afirmar su agresiva superioridad. Quiere tomar y no recibir; no intercambiar, sino maravillar. Trata de poseer a la mujer más allá de lo que ella le da; exige que su consentimiento sea una derrota, y las palabras que murmura, confesiones que él le arranca; si ella admite su placer, reconoce su esclavitud. Cuando Claudine desafía a Renaud por su presteza en someterse a él, este se adelanta: se apresura a violarla, precisamente cuando ella iba a ofrecerse; la obliga a mantener los ojos abiertos para que contemple su triunfo en aquel torneo. Así también, en La condition humaine, el autoritario Ferral se obstina en encender la lámpara que Valérie quería que estuviese apagada. Orgullosa, reivindicativa, la mujer aborda al varón como adversaria; en esa lucha, está mucho peor armada que él; en primer lugar, él tiene la **{**822**}** fuerza física y le resulta más fácil imponer su voluntad; ya hemos visto también que tensión y actividad se armonizan con su erotismo, en tanto que la mujer, al rehusar la pasividad, destruye el hechizo que la lleva a la voluptuosidad; aunque en sus actitudes y sus movimientos imite la dominación, no alcanza el placer: la mayor parte de las mujeres que se sacrifican a su orgullo, se vuelven frígidas. Raros son los hombres que permiten a sus amantes satisfacer tendencias autoritarias o sádicas; y más raras todavía son las mujeres que extraen de esa docilidad una plena satisfacción erótica.

Hay un camino que parece mucho menos espinoso para la mujer: el del masoquismo. Cuando, durante el día, se trabaja, se lucha, se aceptan responsabilidades y riesgos, es un descanso entregarse por la noche a caprichos poderosos. Enamorada o ingenua, la mujer se complace a menudo, efectivamente, en aniquilarse en provecho de una voluntad tiránica. Pero es preciso que se sienta realmente dominada. A la que vive cotidianamente entre hombres no le resulta fácil creer en la incondicional supremacía de los varones. Me han hablado del caso de una mujer no genuinamente masoquista, pero muy «femenina», es decir, que gustaba profundamente el placer de la abdicación entre brazos masculinos; a partir de los diecisiete años, había tenido varios maridos y numerosos amantes, de todos los cuales había extraído gran placer; sin embargo, después de coronar felizmente una difícil empresa, en el curso de la cual tuvo que dar órdenes a hombres, se quejó de haberse vuelto frígida: se le había hecho imposible la plácida dimisión de su persona, porque se había habituado a dominar a los hombres, porque el prestigio de estos se habla desvanecido. Cuando la mujer empieza a dudar de la superioridad de los hombres, las pretensiones de estos no hacen más que disminuir la estima en que pudiera tenerles. En la cama, en los momentos en que el hombre se considera más vehementemente viril, por el hecho mismo de que remeda la virilidad, se presenta bajo una apariencia infantil a ojos advertidos: no hace sino conjurar el viejo complejo de castración, la sombra de su padre o cualquier otro fantasma. No siempre es por orgullo por lo **{**823**}** que una mujer se niega a ceder a los caprichos de su amante: desea habérselas con un adulto que vive un momento real de su existencia, no con un muchacho que se relata un cuento. La masoquista es una mujer singularmente decepcionada: una complacencia maternal, exagerada o indulgente, no es la abdicación con que sueña. 0 deberá contentarse con juegos irrisorios, fingiendo creerse dominada y esclavizada, o correrá detrás de los hombres llamados «superiores» con la esperanza de encontrar un amo, o se volverá frígida.

Ya hemos visto que es posible escapar a las tentaciones del sadismo y del masoquismo cuando los dos componentes de la pareja se reconocen mutuamente como semejantes; si tanto en el hombre como en la mujer hay un poco de modestia y alguna generosidad, las ideas de victoria y de derrota quedan abolidas: el acto amoroso se convierte en un libre intercambio. Paradójicamente, sin embargo, le resulta mucho más difícil a la mujer que al hombre

reconocer como semejante a un individuo del otro sexo. Precisamente porque la casta de los varones detenta la superioridad, el hombre puede dedicar una afectuosa estimación a multitud de mujeres singulares: una mujer es fácil de amar; en primer lugar, tiene el privilegio de introducir al amante en un mundo diferente del suyo y que él se complace en explorar a su lado; ella intriga y divierte, al menos durante algún tiempo; y luego, por el hecho de que su situación es limitada, subordinada, todas sus cualidades aparecen como conquistas, en tanto que sus errores son excusables; Stendhal admira a madame de Rênal y a madame de Chasteller, a pesar de sus detestables prejuicios; aunque una mujer sustente ideas falsas, sea poco inteligente, poco clarividente, poco animosa, el hombre no la considera responsable de ello: es una víctima, piensa (a menudo con razón), de su situación; sueña con lo que ella hubiera podido ser, con lo que tal vez será: se le puede conceder un crédito, se le puede prestar mucho, puesto que la mujer no es nada definido; esa ausencia será la causa de que el amante se canse pronto: pero de ella proviene el misterio, el encanto que le seduce y le inclina a una fácil ternura. Es mucho menos fácil experimentar amistad **{**824**}** por un hombre: porque es lo que se ha hecho ser, sin recursos; hay que amarlo en su presencia y su verdad, no en promesas y posibilidades inciertas; él es responsable de sus actitudes, de sus ideas; no tiene excusa. Con él solo es posible la fraternidad si se aprueban sus actos, sus fines, sus opiniones; Julien puede amar a una legitimista; una Lamiel no podría querer a un hombre cuyas ideas despreciase. Incluso dispuesta a entrar en compromisos, a la mujer le será muy difícil adoptar una actitud indulgente. Como el hombre no le abre un verde paraíso de infancia, se lo encuentra en este mundo que es el mundo común de ambos: él no aporta otra cosa que sí mismo. Encerrado en sí mismo, definido, decidido, favorece poco los sueños; cuando habla hay que escucharlo; se toma muy en serio: si no logra interesar, aburre; su presencia pesa. Solamente los muy jóvenes se dejan adornar de fáciles maravillas, se puede buscar en ellos misterio y promesas, hallarles excusas, tomarlos a la ligera: esa es una de las razones que tan seductores los hace a los ojos de las mujeres maduras. Pero ellos prefieren casi siempre mujeres jóvenes. La mujer de treinta años es rechazada hacia los varones adultos. Y, sin duda, encontrará entre estos a quienes no desalentarán su estima y su amistad; pero tendrá suerte si no muestran entonces alguna arrogancia. Cuando desee un episodio, una aventura en donde comprometer su alma y su cuerpo, el problema consistirá en encontrar un hombre a quien pueda considerar como igual, sin que él se juzgue superior.

Se me dirá que las mujeres, en general, no se andan con tantas historias; aprovechan la ocasión sin hacerse demasiadas preguntas, y luego se las entienden con su orgullo y su sensualidad. Es cierto. Pero igualmente cierto es que sepultan en lo profundo de su corazón multitud de decepciones, humillaciones, pesares y rencores cuyo equivalente no se encuentra en general entre los hombres. En un asunto más o menos fallido, el hombre encuentra casi siempre el beneficio del placer; ella, en cambio, muy bien pudiera no extraer ningún beneficio; incluso indiferente, ella se presta amablemente al abrazo cuando llega el momento decisivo: a veces **{**825**}** sucede que el amante se muestra impotente, y entonces ella sufrirá por haberse comprometido en una calaverada irrisoria; si no llega a saborear la voluptuosidad, entonces se siente «tomada», utilizada; si resulta satisfecha, deseará retener perdurablemente al amante. Raramente es sincera del todo cuando pretende que solo busca una aventura sin mañana, dando por descontado el placer, porque precisamente el placer, lejos de liberarla, la ata; una separación, aun de las que se dicen amistosas, la hiere. Es mucho más raro oír a una mujer hablar amistosamente de una antigua relación que a un hombre de sus amantes.

La naturaleza de su erotismo, las dificultades de una vida sexual libre, incitan a la mujer a la monogamia. No obstante, un enredo amoroso o el matrimonio se concilian mucho menos fácilmente con una carrera para ella que para el hombre. A veces sucede que el amante o el marido le exigen que renuncie a ella: entonces titubea, como la vagabunda de Colette, que desea ardientemente a su lado un calor viril, pero que teme las trabas conyugales; si cede, hela de nuevo vasalla; si rehusa, se condena a una soledad estéril. Hoy el hombre acepta generalmente que su compañera conserve su oficio; las novelas de Colette Yver, que nos

muestran a la joven reducida a sacrificar su profesión para conservar la paz del hogar, han quedado un tanto anticuadas; la vida en común de dos seres libres es para cada uno de ellos un enriquecimiento, y en las ocupaciones de su cónyuge encuentra el otro la garantía de su propia independencia; la mujer que se basta a sí misma, libera a su marido de la esclavitud conyugal que era rescate de la suya. Si el hombre es de una buena voluntad escrupulosa, amantes y esposos llegan a una perfecta igualdad con una generosidad sin exigencias (1). Incluso es a veces el hombre quien desempeña el papel de servidor devoto; así creó Lewes para George Eliot esa atmósfera propicia que, por lo común, crea la esposa en torno al marido-soberano. Pero todavía es casi siempre la mujer quien hace el gasto para mantener la armonía del hogar. Al **{**826**}** hombre le parece natural que sea ella quien lleve la casa y asegure el cuidado y la educación de los hijos. La mujer misma estima que, al casarse, ha asumido cargas de las cuales no la exime su vida personal; no quiere que su marido se vea privado de las ventajas que hubiera hallado asociándose con una «verdadera mujer»: quiere ser elegante, buena ama de casa y madre abnegada, como tradicionalmente son las esposas. Es una tarea que se vuelve fácilmente abrumadora. A veces la asume por consideración a su compañero y por fidelidad a sí misma: porque ya hemos visto que tiene a gala no faltar en nada a su destino de mujer. Será para su marido un doble al mismo tiempo que es ella misma; se hará cargo de sus preocupaciones, participará de sus éxitos tanto como se interesará por su propia suerte y, a veces, incluso más. Educada en el respeto a la superioridad masculina, puede ser que todavía considere que al hombre corresponde ocupar el primer lugar; también a veces teme que, si ella lo reivindica, arruinará su matrimonio; compartida por el deseo de afirmarse y el de eclipsarse, está dividida, desgarrada.

(1) Parece que la vida de Clara y Robert Schumann fue durante algún tiempo un éxito de ese género.

Hay, sin embargo, una ventaja que la mujer puede extraer de su misma inferioridad: puesto que, de partida, tiene menos oportunidades que el hombre, no se siente culpable a priori respecto a él; no le corresponde a ella compensar la injusticia social, y no se le pide que lo haga. Un hombre de buena voluntad se debe a sí mismo el tratar con miramientos a las mujeres, puesto que es más favorecido que ellas; se dejará encadenar por los escrúpulos, por la piedad; corre el riesgo de convertirse en presa de mujeres «pegajosas», «devoradoras», por el solo hecho de que están inermes. La mujer que conquista una independencia viril tiene el privilegio de habérselas sexualmente con individuos también autónomos y activos que, por lo general, no representarán en su vida un papel de parásitos y no la encadenarán con su debilidad ni con la exigencia de sus necesidades. Raras son en verdad las mujeres que saben crear con su compañero una relación libre; ellas mismas se forjan las cadenas con las que no desea él cargarlas: adoptan con él la actitud de la enamorada. Durante veinte años de espera, de sueños, de esperanzas **{**827**}**, la muchacha ha acariciado el mito del héroe liberador y salvador: la independencia conquistada en el trabajo no basta para abolir su deseo de una abdicación gloriosa. Sería preciso que hubiera sido educada exactamente (1) como un muchacho para que pudiera superar fácilmente el narcisismo de la adolescencia: pero ella perpetúa en su vida de adulta ese culto del yo, hacia el cual la ha inclinado toda su juventud; sus éxitos profesionales los convierte en méritos con los cuales enriquece su imagen; necesita que una mirada proveniente de lo alto revele y consagre su valor. Aunque sea severa respecto a los hombres cuya medida toma cotidianamente, no por ello soñará menos con el Hombre, y, si lo encuentra, está dispuesta a hincarse de rodillas ante él. Hacerse justificar por un Dios es más fácil que justificarse por el propio esfuerzo; el mundo la estimula a creer en la posibilidad de una salvación dada: ella opta por creerlo. A veces, renuncia por entero a su autonomía; ya no es más que una enamorada; lo más frecuente es que intente una conciliación; pero el amor idólatra, el amor abdicación, es devastador: ocupa todos los pensamientos, todos los instantes, es obsesivo, tiránico. En caso de sinsabores profesionales, la mujer busca apasionadamente un refugio en el amor: sus fracasos se traducen en escenas y exigencias de las que el amante paga los vidrios rotos. Pero sus penas del corazón están lejos de redoblar su celo profesional: por el

contrario, generalmente se irrita contra el género de vida que le prohibe el camino real de un gran amor. Una mujer que trabaja desde hace diez años en una revista política dirigida, por mujeres, me decía que en las oficinas raras veces se habla de política y constantemente de amor: esta se queja de que solamente la aman por su cuerpo y desconocen su espléndida inteligencia; aquella gime porque únicamente aprecian su espíritu y nunca se interesan por sus incentivos carnales. También aquí, para que la mujer pudiera enamorarse a la manera de un hombre, es decir, sin poner en tela de juicio su ser, en libertad, sería preciso que se considerase su igual, que lo **{**828**}** fuese concretamente: tendría que abordar sus empresas con la misma decisión, lo cual, según vamos a ver, no es todavía frecuente.

(1) Es decir, no solo según los mismos métodos, sino en el mismo clima, lo cual es hoy imposible, a pesar de los esfuerzos del educador.

Hay una función femenina que actualmente es imposible asumir con entera libertad: la de la maternidad; en Inglaterra o en Norteamérica, la mujer puede al menos rehusarla a voluntad, gracias a las prácticas del control de la natalidad; ya hemos visto que en Francia la mujer se ve a menudo forzada a recurrir a abortos penosos y costosos; a menudo se encuentra con la carga de un niño que no deseaba y que arruina su vida profesional. Si esa carga resulta pesada, es porque inversamente las costumbres no autorizan a la mujer a procrear cuando le plazca. La madre soltera escandaliza, y, para el hijo, un nacimiento ilegítimo es una tara; es raro que alguna pueda convertirse en madre sin aceptar las cadenas del matrimonio o sin perderse. Si la idea de la inseminación artificial interesa tanto a las mujeres, no es porque deseen evitar el abrazo masculino, sino porque esperan que la sociedad va a admitir, por fin, la maternidad libre. Preciso es añadir que, a falta de casas-cuna y guarderías infantiles convenientemente organizadas, basta un niño para paralizar enteramente la actividad de la mujer; solo puede continuar trabajando si lo deja en manos de sus padres, de unos amigos o de los sirvientes. Tiene que elegir entre la esterilidad, que a menudo la siente como una dolorosa frustración, y una serie de obligaciones difícilmente compatibles con el ejercicio de una carrera.

Así, pues, la mujer independiente está dividida hoy entre sus intereses profesionales y las preocupaciones de su vocación sexual; le cuesta trabajo hallar su equilibrio: si lo consigue, es a costa de concesiones, sacrificios y acrobacias que exigen de ella una perpetua tensión. Mucho más que en los datos fisiológicos, es ahí donde hay que buscar la razón de la nerviosidad y la fragilidad que frecuentemente se observa en ella. Resulta difícil decidir en qué medida la constitución física de la mujer representa en sí una desventaja. El obstáculo creado por la menstruación ha sido frecuente motivo de interrogación. Las mujeres que se han dado a conocer **{**829**}** por sus trabajos o sus acciones, parecen haber concedido escasa importancia al fenómeno. ¿Este éxito se ha producido, quizá, por la benignidad de sus trastornos mensuales? Puede uno preguntarse si no es, por el contrario, la elección de una vida activa y ambiciosa la que les ha proporcionado ese privilegio: porque el interés que la mujer concede a sus trastornos los exaspera; las mujeres deportistas y de acción sufren menos que las otras a causa de ello, porque hacen caso omiso de sus sufrimientos. Seguramente, estos tienen también causas orgánicas; y yo he visto a mujeres de lo más enérgicas pasarse todos los meses veinticuatro horas en la cama, presas de implacables torturas; pero su actividad profesional jamás se ha visto entorpecida por ello. Estoy convencida de que la mayor parte de los malestares y enfermedades que abruman a las mujeres tienen causas psíquicas: eso es, por lo demás, lo que me han dicho también diversos ginecólogos.

A causa de la tensión moral de que he hablado, a causa de todas las tareas que asumen, de las contradicciones en que se debaten, las mujeres están incesantemente acosadas hasta el límite de sus fuerzas; esto no significa que sus males sean imaginarios: son reales y devoradores, como la situación a que dan expresión. Pero la situación no depende del cuerpo, es este el que depende de aquella. Así, la salud de la mujer no perjudicará su trabajo cuando la trabajadora

ocupe en la sociedad el lugar que necesita; al contrario, el trabajo ayudará poderosamente a su equilibrio físico, al impedirle que se preocupe sin cesar de ello.

Cuando se juzgan las realizaciones profesionales de la mujer y, a partir de ahí, se pretende anticipar su porvenir, no hay que perder de vista este conjunto de hechos. Es en el seno de una situación atormentada, es todavía esclavizada a las cargas que implica tradicionalmente la feminidad, como la mujer aborda una carrera. Las circunstancias objetivas tampoco le son favorables. Siempre resulta duro ser un recién llegado que intenta abrirse camino en medio de una **{**830**}** sociedad hostil o, al menos, recelosa. Richard Wright ha demostrado en Black Boy hasta qué punto las ambiciones de un joven negro de Norteamérica son obstaculizadas desde el principio y qué lucha debe sostener para elevarse, simplemente, hasta el nivel en que los problemas empiezan a planteárseles a los blancos; los negros que han venido a Francia desde África también conocen -en sí mismos y a su alrededor- dificultades análogas a las que encuentran las mujeres.

En primer lugar, durante el período de aprendizaje es cuando la mujer se halla en situación de inferioridad: ya lo he indicado a propósito de las muchachas; pero es preciso volver a ello con más precisión. Durante sus estudios, durante los primeros años, tan decisivos, de su carrera, es raro que la mujer aproveche francamente sus oportunidades: muchas se verán en seguida en desventaja a causa de un mal comienzo. En efecto, entre los dieciocho y los treinta años es cuando los conflictos de que he hablado alcanzan su máxima intensidad: y ese es el momento en que está en juego el porvenir profesional. Tanto si la mujer vive con su familia como si está casada, su entorno respetará raramente su esfuerzo como respeta el de un hombre; le impondrán servicios, servidumbres, se mermará su libertad; ella misma está todavía profundamente marcada por su educación, respetuosa con los valores que afirman sus mayores, acosada por sus sueños de niña y de adolescente; concilia mal la herencia de su pasado con el interés de su porvenir. A veces rechaza su feminidad, titubea entre la castidad, la homosexualidad o una provocativa actitud de marimacho, se viste mal o se disfraza: pierde mucho tiempo y muchas energías en desafíos, comedias y cóleras. Con mayor frecuencia quiere, por el contrario, afirmarla: es coqueta, sale, tiene devaneos, se enamora, oscila entre el masoquismo y la agresividad. De todas formas, se hace preguntas, se agita, se dispersa. Por el solo hecho de que es presa de preocupaciones extrañas, no se compromete por entero en su empresa, y, por tanto, obtiene menos provecho de ella, se siente más tentada de abandonarla. Lo que resulta en extremo desmoralizador **{**831**}** para la mujer que trata de bastarse a sí misma es la existencia de otras mujeres pertenecientes a iguales categorías sociales, que han estado al principio en la misma situación y han tenido las mismas oportunidades que ella, y que viven como parásitos; el hombre puede experimentar resentimiento con respecto a los privilegiados: pero es solidario de su clase; en conjunto, todos los que parten en igualdad de oportunidades alcanzan, poco más o menos, el mismo nivel de vida; mientras que, por mediación del hombre, mujeres de la misma condición conocen fortunas muy diversas; la amiga casada o confortablemente entretenida es una tentación para aquella que debe asegurar por sí sola su éxito; le parece que se condena arbitrariamente a aventurarse por los caminos más difíciles: a cada obstáculo, se pregunta si no valdría más elegir otro camino. «¡Cuando pienso que todo tengo que sacarlo de mi cerebro!», me decía escandalizada una pequeña estudiante sin fortuna. El hombre obedece a una imperiosa necesidad: la mujer debe renovar incesantemente su decisión; no avanza fijándose rectamente un objetivo, sino dejando que su mirada vague a su alrededor; por eso su marcha es tímida e insegura. Tanto más cuanto que le parece -como ya he dicho- que cuanto más avanza, más renuncia a sus otras oportunidades; al convertirse en una mujer que usa su cerebro, desagradará a los hombres en general; o humillará a su marido, a su amante, en virtud de un éxito demasiado brillante. No solo se afana tanto más en mostrarse elegante, frívola, sino que frena sus impulsos. La esperanza de verse un día liberada del cuidado de sí misma, el temor de tener que renunciar a esa esperanza al asumir ese cuidado, se conjugan para impedirle dedicarse sin reticencias a sus estudios, a su carrera.

En tanto que la mujer se quiere mujer, su condición independiente crea en ella un complejo de inferioridad; a la inversa, su feminidad le hace dudar de sus oportunidades profesionales. Ese es uno de los puntos más importantes. Ya hemos visto cómo muchachas de catorce años declaraban en el curso de una encuesta: «Los chicos están mejor; tienen más facilidades para trabajar.» La muchacha está convencida **{**832**}** de que su capacidad es limitada. Por el hecho de que padres y profesores admiten que el nivel de las chicas es inferior al de los chicos, las alumnas lo admiten también de buen grado; y, efectivamente, pese a la identidad de los programas, su cultura en los liceos es mucho menos extensa. Aparte de algunas excepciones, el conjunto de una clase femenina de filosofía, por ejemplo, está nítidamente por debajo de una clase de muchachos: un elevado número de alumnas no piensa proseguir sus estudios, unas trabajan muy superficialmente y otras padecen una falta de estímulo. En tanto se trate de exámenes relativamente fáciles, su insuficiencia no se notará demasiado; pero, cuando se aborden exámenes más serios, la estudiante adquirirá conciencia de sus insuficiencias, y las atribuirá, no a la mediocridad de su formación, sino a la injusta maldición que pesa sobre su feminidad; al resignarse a esa desigualdad, la agrava; se persuade de que sus posibilidades de éxito no pueden residir sino en su paciencia, en su aplicación; decide economizar avaramente sus fuerzas, lo cual tiene unos resultados detestables. Sobre todo en los estudios y las profesiones que exigen un poco de inventiva, de originalidad, donde también tienen importancia las pequeñas cosas que nos rodean, la actitud utilitaria es nefasta; unas conversaciones, algunas lecturas al margen de los programas, un paseo durante el cual bogue libremente el espíritu, pueden ser mucho más provechosos incluso para traducir un texto griego que la taciturna compilación de densas sintaxis. Aplastada por el respeto a las autoridades y el peso de la erudición, detenida la mirada por anteojeras, la estudiante demasiado concienzuda mata en ella el sentido crítico y hasta la misma inteligencia. Su metódico encarnizamiento engendra tensión y tedio: en las clases donde las alumnas preparan los exámenes para pasar a Sèvres, reina una atmósfera asfixiante que desanima a toda individualidad un poco viva. Creándose ella misma una cárcel, la candidata no desea otra cosa que evadirse; tan pronto como cierra los libros, piensa en cosas completamente diferentes. No conoce esos momentos fecundos en que el estudio y la diversión se confunden, en que las aventuras del **{**833**}** espíritu adquieren un calor vivo. Abrumada por la ingratitud de sus tareas, se siente cada vez más inepta para llevarlas a feliz término. Recuerdo a una estudiante que preparaba oposiciones a cátedra y que, con ocasión de celebrarse unos exámenes de filosofía comunes a hombres y mujeres, decía: «Ellos pueden lograrlo en uno o dos años; nosotras necesitaremos cuatro, por lo menos.» Otra, a quien se le indicó la lectura de una obra sobre Kant, autor incluido en el programa, dijo: «Es un libro demasiado difícil: ¡es un libro para normalistas!» Parecía imaginarse que las mujeres podían aprobar los exámenes si les hacían una rebaja; al partir vencida de antemano, abandonaba efectivamente a los hombres todas las oportunidades de éxito.

Como consecuencia de ese derrotismo, la mujer se conforma fácilmente con un éxito mediocre; no se atreve a poner sus miras muy alto. Abordando su profesión con una formación superficial, pone rápidamente límites a sus ambiciones. A menudo el hecho de ganarse la vida por sí misma le parece ya un mérito bastante grande; como tantas otras, hubiera podido confiar su suerte a un hombre; para que siga deseando su independencia, necesita realizar un esfuerzo que la enorgullece, pero que también la agota. Le parece que ha hecho bastante desde el momento en que ha optado por hacer algo. «Para una mujer, no está mal», piensa. Una mujer que ejercía una profesión insólita, decía: «Si fuese hombre, me sentiría obligada a situarme en primera fila; pero soy la única mujer de Francia que ocupa semejante puesto: es suficiente para mí.» Hay mucha prudencia en esa modestia. La mujer teme romperse la cabeza si intenta llegar más lejos. Preciso es decir que se siente molesta, y con razón, por la idea de que no tienen confianza en ella. De una manera general, la casta superior es hostil a los advenedizos de la casta inferior: los blancos no irán a la consulta de un médico negro, ni los varones a la de una doctora; también los individuos de la casta inferior,

imbuidos por el sentimiento de su inferioridad específica y a menudo llenos de rencor contra aquel que ha vencido al destino, preferirán volverse hacia los amos; en particular la mayoría de las mujeres **{**834**}**, impregnadas en la adoración del hombre, lo buscan ávidamente en el médico, el abogado, el jefe de la oficina, etcétera. Ni a hombres ni a mujeres les gusta hallarse bajo las órdenes de una mujer. Sus superiores, aun cuando la estimen, siempre la mirarán con un poco de condescendencia; ser mujer, si no una tara, sí es al menos una singularidad. La mujer tiene que conquistar incesantemente una confianza que no se le ha concedido desde el primer momento: al principio, es sospechosa, tiene que pasar por ciertas pruebas. Si tiene valor, las pasará, se afirmará. Pero el valor no es una esencia dada: es la culminación de un feliz desarrollo. Sentir sobre sí el peso de un prejuicio desfavorable, no ayuda sino muy raramente a vencerlo. El complejo de inferioridad inicial comporta, como es generalmente el caso, una reacción de defensa que es una exagerada afectación de autoridad. La mayoría de las mujeres médicas, por ejemplo, la muestran en demasía o demasiado poco. Si se manifiestan de manera natural, no intimidan, porque el conjunto de su vida las predispone más bien a seducir que a mandar; el paciente a quien agrada que lo dominen, se sentirá decepcionado por unos consejos dados con sencillez; consciente de este hecho, la doctora adopta una voz grave, un tono tajante; pero entonces no tiene esa rotunda campechanía que seduce en el médico seguro de sí mismo. El hombre tiene la costumbre de imponerse; sus clientes creen en su competencia; puede actuar con naturalidad: está seguro de impresionar. La mujer no inspira el mismo sentimiento de seguridad; se muestra enfática, carga la mano, se excede. En los negocios, en la administración, se muestra escrupulosa, reparona y fácilmente agresiva. Al igual que en sus estudios, carece de desenvoltura, de elevación, de audacia. Para llegar, se crispa. Su acción es una serie de retos y afirmaciones abstractas de sí misma. He ahí el mayor defecto que engendra la falta de seguridad: el sujeto no puede olvidarse de si mismo. No se propone generosamente un fin: se esfuerza por dar esas pruebas de valor que le piden. Al arrojarse osadamente hacia unos fines, se arriesgan sinsabores y desengaños: pero también se obtienen resultados inesperados; la **{**835**}** prudencia condena a la mediocridad. Raramente se encuentra en la mujer el gusto por la aventura, por la experiencia gratuita, o una curiosidad desinteresada; ella busca «hacer carrera» del mismo modo que otras se crean una dicha; permanece dominada, situada por el universo masculino, no tiene la audacia de romper el techo, no se pierde apasionadamente en sus proyectos; todavía considera su vida como una empresa inmanente: no se propone un objeto, sino, a través del objeto, su éxito subjetivo. Es una actitud sorprendente, entre otras, en las mujeres norteamericanas; les agrada tener un trabajo y demostrarse que son capaces de ejecutarlo correctamente: pero no se apasionan por el contenido de sus tareas. Al mismo tiempo, la mujer tiene tendencia a conceder demasiado valor a pequeños fracasos y éxitos modestos; alternativamente se desalienta o se hincha de vanidad; cuando se espera el éxito, se le acoge con sencillez: pero se convierte en un triunfo embriagador si su obtención era dudosa; esa es la excusa de las mujeres que se dan mucha importancia y exhiben con ostentación sus menores logros. Miran sin cesar hacia atrás para medir el camino recorrido, y eso frena su impulso. Por ese medio, podrán realizar carreras honorables, pero no llevar a cabo grandes acciones. Hay que añadir que muchos hombres tampoco saben elaborarse más que destinos mediocres. Es solamente con relación a los mejores de ellos como la mujer -salvo muy raras excepciones- nos parece que va todavía a remolque. Las razones que he expuesto lo explican suficientemente y no hipotecan para nada el porvenir. Para realizar grandes cosas, lo que esencialmente le falta a la mujer de hoy es el olvido de sí misma: mas, para olvidarse, necesita primero estar sólidamente segura de que ya se ha encontrado. Recién llegada al mundo de los hombres y pobremente sostenida por ellos, la mujer está todavía demasiado ocupada en buscarse.

Hay una categoría de mujeres a quienes no cuadran estas observaciones, porque su carrera, lejos de perjudicar la afirmación de su feminidad, la refuerza; son aquellas que tratan de superar el dato mismo que ellas constituyen, mediante la expresión artística: actrices, bailarinas, cantantes. Durante **{**836**}** tres siglos, han sido casi las únicas que han ostentado una independencia concreta en el seno de la sociedad, y todavía ocupan hoy en ella un lugar

privilegiado. En otro tiempo, las comediantas eran malditas de la Iglesia: el exceso mismo de esa severidad las autorizó siempre a una gran libertad de costumbres; a menudo bordean la galantería y como las cortesanas, pasan gran parte de sus jornadas en compañía de hombres: pero, ganándose la vida por sí mismas, hallando en su trabajo el sentido de su existencia, escapan al yugo de aquellos. La gran ventaja que disfrutan consiste en que sus éxitos profesionales contribuyen -como en el caso de los hombres- a su valoración sexual; al realizarse como seres humanos, se realizan como mujeres: no están desgarradas por aspiraciones contradictorias; al contrario, encuentran en su profesión una justificación a su narcisismo: vestidos, cuidados de belleza y encanto forman parte de sus deberes profesionales; para una mujer enamorada de su imagen, es una gran satisfacción hacer algo simplemente exhibiendo lo que es; y esa exhibición exige, al mismo tiempo, bastante artificio y estudio para aparecer, según frase de Georgette Leblanc, como un sucedáneo de la acción. Una gran actriz apuntará más alto cada vez: superará el dato por la forma en que lo exprese, será verdaderamente una artista, una creadora que da sentido a su vida al dárselo al mundo.

Pero estos raros privilegios esconden también trampas: en lugar de integrar en su vida artística sus complacencias narcisistas y la libertad sexual que le ha sido otorgada, la actriz naufraga con mucha frecuencia en el culto del yo o en la galantería; ya he hablado de esas seudo-«artistas» que en el cine o en el teatro solo tratan de «hacerse un nombre», que represente un capital a explotar entre brazos masculinos; las comodidades de un apoyo viril son muy tentadoras, comparadas con los riesgos de una carrera y la severidad que implica todo trabajo verdadero. El deseo de un destino femenino -un marido, un hogar, unos hijos- y el hechizo del amor, no siempre se concilian fácilmente con la voluntad de llegar. Pero, sobre todo, la admiración que experimenta hacia su yo limita en muchos casos el talento de la **{**837**}** actriz; esta se ilusiona con el valor de su simple presencia hasta el punto de que un trabajo serio le parece inútil; ante todo, le interesa poner de relieve su propia figura; y sacrifica a esta fanfarronada el personaje que interpreta; tampoco ella tiene la generosidad de olvidarse de sí misma, lo cual la priva de la posibilidad de superarse: raras son las Rachel o las Duse que salvan ese escollo y que hacen de su persona el instrumento de su arte, en vez de ver en el arte un servidor de su yo. En su vida privada, sin embargo, la mala actriz exagerará todos los defectos narcisistas: se mostrará vanidosa, susceptible, comedianta; considerará que el mundo entero es un escenario.

Hoy en día, las artes de expresión no son las únicas que se proponen a las mujeres; muchas de estas intentan actividades creadoras. La situación de la mujer la predispone a buscar un medio de salvación en la literatura y el arte. Viviendo al margen del mundo masculino, no lo aprehende bajo su figura universal, sino a través de una visión singular; no es para ella un conjunto de utensilios y de conceptos, sino una fuente de sensaciones y emociones; se interesa por las cualidades de las cosas en lo que tienen de gratuito y secreto; al adoptar una actitud de negación, de rechazo, no se sumerge en lo real: protesta contra ello, con palabras; busca a través de la Naturaleza la imagen de su alma, se entrega a sueños, quiere alcanzar su ser: está condenada al fracaso; solo puede lograr su rescate en la región de lo imaginario. Para no dejar zozobrar en la nada una vida interior que no sirve en absoluto, para afirmarse contra el dato que sufre en la revuelta, para crear un mundo distinto de aquel en el que ella no consigue lograrse, necesita expresarse. También es sabido que es charlatana y escritorzuela; se explaya en conversaciones, en cartas, en diarios íntimos. Basta con que tenga un poco de ambición para que se la vea redactando sus memorias, haciendo una novela de su biografía, exhalando sus sentimientos en poesías. Disfruta de muchos ocios que favorecen estas actividades.

Pero las mismas circunstancias que orientan a la mujer hacia la creación, constituyen también obstáculos que muy **{**838**}** frecuentemente será incapaz de remontar. Cuando se decide a pintar o a escribir, con el solo objeto de llenar el vacío de sus jornadas, cuadros y ensayos serán tratados como «obras de mujer»; no les consagrará ni más tiempo ni más atención y tendrán poco más o menos el mismo valor. A menudo, es en el momento de la menopausia

cuando la mujer, para compensar las fallas de su existencia, se lanza sobre el pincel o la pluma: es demasiado tarde; a falta de una formación seria, nunca será más que una aficionada. Incluso si empieza bastante joven, es raro que considere al arte como un trabajo serio; habituada a la ociosidad, sin haber experimentado nunca en el curso de su vida la austera necesidad de una disciplina, será incapaz de un esfuerzo sostenido y perseverante, no se obligará a adquirir una técnica sólida; le repugnan los tanteos ingratos y solitarios del trabajo que no se exhibe, que hay que destruir cien veces y cien veces reemprender; y como desde su infancia, al enseñarle a agradar, le han enseñado a hacer trampas, espera salir adelante con algunas tretas. Eso es lo que confiesa Marie Bashkirtseff: «En efecto, no me tomo la molestia de pintar. Me he observado hoy... Hago trampas...» De buen grado, la mujer juega a trabajar, pero no trabaja; cree en las virtudes mágicas de la pasividad, confunde conjuraciones y actos, gestos simbólicos y actitudes eficaces; se disfraza de alumna de Bellas Artes, se arma con un arsenal de pinceles; plantada delante de su caballete, su mirada vaga del lienzo a su espejito; pero el ramo de flores o el frutero con manzanas no vienen a inscribirse por sí solos en la tela. Sentada ante su escritorio, rumiando vagas historias, la mujer se asegura una apacible coartada, imaginándose que es una escritora: pero es preciso trazar signos sobre la blanca cuartilla, es preciso que tengan un sentido a los ojos de los demás. Entonces el engaño queda al descubierto. Para agradar, basta con crear espejismos: pero una obra de arte no es un espejismo, sino un objeto sólido; y para construirla hay que conocer el oficio. Colette no se ha convertido en una gran escritora gracias exclusivamente a sus dones o a su temperamento; su pluma ha sido a menudo su medio para ganarse el pan y le ha exigido el esmerado **{**839**}** trabajo que el buen artesano reclama a su herramienta; de Claudine a La naissance du jour, la aficionada se ha convertido en profesional: el camino recorrido demuestra brillantemente los beneficios de un severo aprendizaje. La mayoría de las mujeres, sin embargo, no comprenden los problemas que plantea su deseo de comunicación: y eso es lo que en gran parte explica su pereza. Siempre se han considerado como algo que viene dado; creen que sus méritos provienen de una gracia que mora en ellas y no se imaginan que el valor se pueda adquirir; para seducir, solo saben manifestarse: su hechizo hace efecto o no lo hace; ellas no tienen el menor control sobre su éxito o su fracaso; suponen que, de una manera análoga, para expresarse basta con mostrar lo que se es; en lugar de elaborar su obra mediante un trabajo reflexivo, tienen confianza en su espontaneidad; escribir o sonreír, para ellas es todo uno: prueban suerte, y el éxito vendrá o no vendrá. Seguras de sí mismas, dan por descontado que el libro o el cuadro resultará un éxito sin necesidad de esfuerzo; tímidas, la menor crítica las desalienta; ignoran que el error puede abrir el camino al progreso, y lo tienen por una catástrofe irreparable, con la misma razón que una deformidad. Por eso se muestran frecuentemente de una susceptibilidad que les resulta nefasta: solo reconocen sus faltas con irritación y desaliento, en vez de extraer de ellas lecciones fecundas. Desgraciadamente, la espontaneidad no es una actitud tan sencilla como parece: la paradoja del lugar común -según explica Paulhan en Les fleurs de Tarbes- radica en que se confunde a menudo con la inmediata traducción de la impresión subjetiva; de modo y manera que, en el momento en que la mujer, al entregar la imagen que se forma en ella sin tener en cuenta a los demás, se cree la más singular, no hace más que reinventar un trivial clisé; si se le dice eso, se asombra, se despecha y arroja la pluma; no se percata de que el público lee en sus propios ojos y su propio pensamiento, y que un epíteto lozano .puede despertar en su memoria multitud de recuerdos añosos; ciertamente, es un don precioso introducirse uno mismo para sacarlos a la superficie del lenguaje de las impresiones **{**840**}** vivas; se admira en Colette una espontaneidad que no se encuentra en ningún escritor masculino; y -aunque ambos términos parezcan darse de cachetes- en ella se trata de una espontaneidad reflexiva: Colette rechaza algunas de sus aportaciones y solo acepta otras en momento oportuno; el aficionado, en vez de captar las palabras como una relación interindividual, un llamamiento al otro, ve en ellas la revelación directa de su sensibilidad; se le antoja que elegir, tachar, equivale a repudiar una parte de sí misma; no quiere sacrificar nada, tanto porque se complace en lo que es como porque no espera convertirse en otra. Su estéril vanidad proviene de que se mima sin osar construirse.

Así es como, de la legión de mujeres que picotean en las artes y las letras, muy pocas son las que perseveran; incluso aquellas que franquean este primer obstáculo, permanecerán muy a menudo compartidas entre su narcisismo y un complejo de inferioridad. No saber olvidarse es un defecto que pesará sobre ellas más que en cualquier otra carrera; si su fin esencial es una abstracta afirmación de sí mismas, la satisfacción formal del triunfo, no se abandonarán a la contemplación del mundo: serán incapaces de crearlo de nuevo. Marie Bashkirtseff decidió pintar, porque deseaba hacerse célebre; la obsesión de la gloria se interpone entre ella y la realidad; en verdad no le gusta pintar: el arte no es más que un medio; no serán sus sueños ambiciosos y hueros los que le descubrirán el sentido de un color o de un rostro. En lugar de entregarse generosamente a la obra que emprende, la mujer la considera demasiado frecuentemente como un simple ornamento de su vida; el libro y el cuadro no son más que intermediarios inesenciales que le permiten exhibir públicamente esa realidad esencial que es su propia persona. De modo que su persona es el tema principal, y a veces único, que le interesa: madame Vigée-Lebrun no se cansa de fijar en sus lienzos su sonriente maternidad. Incluso cuando habla de temas generales, la mujer escritora seguirá hablando de sí misma: no se pueden leer tales crónicas teatrales sin quedar enterados de la estatura y corpulencia de su autora, el color de sus cabellos y las peculiaridades de su carácter **{**841**}**.

Ciertamente, no siempre es aborrecible el yo. Pocos libros son más apasionantes que ciertas confesiones: pero es preciso que sean sinceras y que el autor tenga algo que confesar. El narcisismo de la mujer, en vez de enriquecerla, la empobrece; a fuerza de no hacer nada más que contemplarse, se aniquila; el mismo amor que se tiene, termina por estereotiparse: en sus escritos no descubre su auténtica experiencia, sino un ídolo imaginario construido de clisés. No podría reprochársele que se proyecte en sus novelas como han hecho Benjamín Constant y Stendhal: pero la desgracia consiste en que, con excesiva frecuencia, ve su historia como un bobo cuento de hadas; la jovencita se oculta la realidad con grandes refuerzos de lo maravilloso, porque su crudeza la espanta: lástima que, una vez adulta, siga envolviendo el mundo, sus personajes y a sí misma en poéticas brumas. Cuando la verdad se abre paso a través de esos disfraces, se obtienen a veces resultados encantadores; pero también, al lado de Poussière o de La ninfa constante, ¡cuántas novelas de evasión insípidas y lánguidas!

Es natural que la mujer trate de escapar de este mundo, donde a menudo se siente desconocida e incomprendida; lo lamentable es que no se atreva entonces a los audaces vuelos de un Gérard de Nerval o de un Poe. Multitud de razones excusan su timidez. Agradar es su mayor preocupación; y frecuentemente ya tiene miedo, por el solo hecho de escribir, de desagradar en tanto que mujer: el calificativo de basbleu (1), aunque un tanto trasnochado, todavía despierta desagradables resonancias; no tiene el coraje de desagradar, además, como escritora. El escritor original, en tanto no esté muerto, es siempre escandaloso; la novedad inquieta e indispone; la mujer todavía está asombrada y halagada por haber sido admitida en el mundo del pensamiento, del arte **{**842**}**, que es un mundo masculino: se mantiene en el mismo con toda modestia; no se atreve a molestar, explorar, estallar; le parece que debe hacerse perdonar sus pretensiones literarias por su modestia y buen gusto; apuesta sobre los seguros valores del conformismo; introduce en la literatura justamente esa nota personal que de ella se espera: recuerda que es mujer con algunas gracias, zalamerías y culteranismos bien elegidos; así descollará en la composición de best-sellers; pero no hay que contar con ella para que se aventure por caminos inéditos. No es que las mujeres carezcan de originalidad en sus actitudes y sentimientos: las hay tan singulares, que sería preciso encerrarlas; en conjunto, muchas de entre ellas son más extravagantes, más excéntricas que los hombres, cuya disciplina rechazan. Pero es a su vida, a su conversación y a su correspondencia adonde ellas hacen pasar su genio extravagante; si intentan escribir, se sienten aplastadas por el universo de la cultura, ya que es un, universo de hombres: no hacen más que balbucear. A la inversa, la mujer que opte por razonar y expresarse según las técnicas masculinas, tendrá interés en ahogar una singularidad de la cual desconfía; al igual que la estudiante, será fácilmente aplicada y pedante; imitará el rigor y el vigor viriles. Podrá convertirse en excelente teórica,

adquirir un sólido talento; pero se impondrá el repudiar todo cuanto en ella había de «diferente». Hay mujeres que son alocadas y hay mujeres de talento: ninguna tiene esa locura del talento que se llama genio.

(1) Nombre despectivo que se aplica a las mujeres con pretensiones literarias y aquejadas de una hipertrofia de la vanidad literaria. Se atribuye su origen al círculo literario de la señora Montague, dama inglesa, y sus amigas. Algunos hombres eran admitidos al mismo, y, entre ellos, había un caballero que tenía la manía de llevar siempre medias azules. Los rivales de dicho círculo aprovecharon esta circunstancia para bautizarlo con el nombre del color de sus medias. (N. del T.)

Esta razonable modestia es la que ha definido hasta ahora, sobre todo, los límites del talento femenino. Muchas mujeres han desbaratado -y desbaratan cada vez más- las trampas del narcisismo y de lo falsamente maravilloso; pero ninguna ha pisoteado jamás toda prudencia para tratar de emerger más allá del mundo dado. En primer lugar, hay desde luego un gran número de ellas que aceptan la sociedad tal y como es; son las cantoras por excelencia de la burguesía, puesto que representan en esta clase amenazada el elemento más conservador; con adjetivos escogidos, evocan los refinamientos de una civilización llamada de la «calidad» **{**843**}**; exaltan el ideal burgués de la felicidad y, con los colores de la poesía, disfrazan los intereses de su clase; orquestan la mistificación destinada a persuadir a las mujeres para que «sigan siendo mujeres»: antiguas mansiones, parques y jardines, abuelos pintorescos, niños revoltosos, coladas, compotas, fiestas familiares, vestidos, salones, bailes, esposas doloridas, pero ejemplares, belleza de la abnegación y el sacrificio, penas minúsculas y grandes alegrías del amor conyugal, sueños de juventud, resignación madura: he ahí los temas que las novelistas de Inglaterra, Francia, Norteamérica, Canadá y Escandinavia han explotado hasta la saciedad; con ello han ganado gloria y dinero, pero ciertamente no han enriquecido nuestra visión del mundo. Mucho más interesantes son las insurgentes que han acusado a esta sociedad injusta; una literatura de reivindicación puede engendrar obras fuertes y sinceras; George Eliot ha extraído de su rebeldía una visión a la vez minuciosa y dramática de la Inglaterra victoriana; sin embargo, como hace observar Virginia Woolf, escritoras como Jane Austen, las hermanas Bronte o George Eliot debieron de derrochar negativamente tantas energías para liberarse de las coacciones exteriores, que llegaron un poco sin aliento a ese estadio del cual parten los escritores masculinos de gran talla; de ese modo, no les queda fuerza suficiente para aprovecharse de su triunfo y romper todas sus amarras: por ejemplo, no se encuentra en ellas la ironía, la desenvoltura de un Stendhal, ni su tranquila sinceridad. Tampoco han tenido la riqueza de experiencias de un Dostoiewski, de un Tolstoi: por eso, el hermoso libro que es Middlemarch no iguala a Guerra y paz: y Cumbres borrascosas, a pesar de su grandeza, no tiene el alcance de Los hermanos Karamazov. Hoy en día les cuesta ya a las mujeres menos trabajo afirmarse; pero no han superado todavía por completo la especificación milenaria que las confina en su feminidad. La lucidez, por ejemplo, es una conquista de la cual están orgullosas con justicia, pero con la cual se satisfacen demasiado pronto. El hecho es que la mujer tradicional es una conciencia mistificada y un instrumento de mistificación; ella trata de disimularse su propia **{**844**}** dependencia, lo cual es una manera de consentir en ella; denunciar esa dependencia es ya una liberación; es una defensa contra las humillaciones, la vergüenza y el cinismo: es el esbozo de una asunción. Al quererse lúcidas, las escritoras rinden el mayor servicio a la causa de la mujer; pero -sin darse cuenta generalmente de ello- permanecen demasiado apegadas al servicio de esa causa para adoptar ante el Universo esa actitud desinteresada que abre los más vastos horizontes. Cuando han descorrido los velos de la ilusión y las mentiras, creen haber hecho lo suficiente: esta audacia negativa, empero, sigue dejándonos ante un enigma; porque la verdad misma es ambigüedad, abismo, misterio: después de haber indicado su presencia, sería preciso pensarla, recrearla. Está muy bien no ser víctima; pero todo comienza a partir de ahí; la mujer agota su valor disipando espejismos y se detiene amedrentada ante el umbral de la realidad. Por eso es por lo que hay, por ejemplo, autobiografías femeninas tan sinceras e interesantes: pero ninguna

puede compararse con las Confesiones, con los Souvenirs d'égotisme. Todavía estamos demasiado preocupadas por ver claro en ello para tratar de penetrar otras tinieblas más allá de esa claridad.

«Las mujeres no superan jamás el pretexto», me decía un escritor. Es bastante cierto. Todavía maravilladas por haber recibido permiso para explorar este mundo, hacen su inventario sin tratar de descubrir su sentido. En donde a veces sobresalen es en la observación de lo que está dado: constituyen notables periodistas; ningún periodista masculino ha superado los testimonios de Andrée Viollis sobre Indochina y la India. Ellas saben describir ambientes y personajes, indicar entre ellos sutiles relaciones, hacernos participar en los movimientos secretos de sus almas: Willa Cather, Edith Wharton, Dorothy Parker, Katherine Mansfield han evocado de manera aguda y matizada individuos, climas y civilizaciones. Es raro que logren crear héroes masculinos tan convincentes como Heathcliff: en el hombre, apenas captan otra cosa que al macho; pero, en cambio, han descrito a menudo y con acierto su vida interior, su experiencia, su **{**845**}** universo; apegadas a la secreta sustancia de los objetos, fascinadas por la singularidad de sus propias sensaciones, entregan su experiencia palpitante a través de sabrosos adjetivos e imágenes carnales: por lo general, su vocabulario es más notable que su sintaxis, porque les interesan las cosas más que sus relaciones; no aspiran a una elegancia abstracta, pero en desquite sus palabras hablan a los sentidos. Uno de los dominios que han explorado con más amor es el de la Naturaleza; para la jovencita, para la mujer que no ha abdicado del todo, la Naturaleza representa lo que la propia mujer representa para el hombre: su yo y su negación, un reino y un lugar de destierro; lo es todo bajo la figura del otro. Al hablar de las landas o de las huertas, la novelista nos revelará de la manera más íntima su experiencia y sus sueños. Hay muchas que encierran los milagros de la savia y de las estaciones en potes, vasijas y arriates; otras, sin aprisionar plantas o animales, tratan, no obstante, de apropiárselos mediante el atento amor que les prodigan: como Colette o Katherine Mansfield; rarísimas son las que abordan la Naturaleza en su libertad inhumana, las que intentan descifrar sus extraños significados y se pierden con objeto de unirse a esa otra presencia: por esos caminos que inventó Rousseau apenas se aventuraron otras escritoras que Emily Brontë, Virginia Woolf y a veces Mary Webb. Con mayor razón pueden contarse con los dedos de una mano las mujeres que han atravesado lo dado, en busca de su dimensión secreta: Emily Bronte ha interrogado a la muerte; Virginia Woolf, a la vida, y Katherine Mansfield, a veces -no con mucha frecuencia- a la contingencia cotidiana y el sufrimiento. Ninguna mujer ha escrito El proceso, Moby Dick, Ulises o Las siete columnas de la sabiduría. No discuten la condición humana, porque apenas comienzan a poder asumirla por completo. Eso explica que sus obras carezcan generalmente de resonancias metafísicas y también de humor negro; no ponen al mundo entre paréntesis, no le plantean preguntas, no denuncian sus contradicciones: lo toman en serio. Por otra parte, el hecho es que la mayoría de los hombres conoce las mismas limitaciones; solo cuando se la compara con **{**846**}** los raros artistas que merecen ser llamados «grandes», aparece la mujer como mediocre. No la limita un destino: se puede comprender fácilmente por qué no le ha sido dado -por qué no le será dado, quizá, antes que pase mucho tiempo- alcanzar las más altas cimas.

El arte, la literatura, la filosofía, son tentativas para fundar de nuevo el mundo sobre una libertad humana: la del creador; en primer lugar, es preciso plantearse uno mismo, sin equívocos y como una libertad para alimentar semejante pretensión. Las restricciones que la educación y la costumbre imponen a la mujer limitan su aprehensión del Universo; cuando el combate por hacerse un sitio en el mundo es demasiado duro, no puede plantearse la cuestión de eludirlo; ahora bien, hay que acceder al mismo en soberana soledad si se quiere intentar recuperarlo: lo que en primer lugar le falta a la mujer es hacer el aprendizaje de su abandono y trascendencia en la angustia y el orgullo.

> Lo que envidio -escribe Marie Bashkirtseff- es la libertad de pasearse a solas, de ir y venir, de sentarse en los bancos del jardín de las Tullerías. He ahí la libertad sin la cual

> no se puede llegar a ser un verdadero artista. ¿Acaso creéis que aprovecha lo que se ve cuando se va en compañía, o cuando, para ir al Louvre, hay que esperar el coche, la dama de compañía, la familia?... Esa es la libertad que falta y sin la cual no se puede llegar a ser algo seriamente. El pensamiento está encadenado como resultado de esas molestias estúpidas e incesantes... ¡Con eso hasta para que las alas caigan! He ahí una de las grandes razones por las cuales no hay artistas femeninos.

En efecto, para convertirse en creador, no basta con cultivarse, es decir, con integrar a la vida propia espectáculos y conocimientos; es preciso que la cultura sea aprehendida a través del libre movimiento de una trascendencia; es preciso que el espíritu, con todas sus riquezas, se lance hacia un cielo vacío y al cual le corresponde poblar; pero, si mil tenues lazos lo retienen en tierra, su impulso se quiebra. Sin duda, hoy, la joven sale sola y puede deambular por las **{**847**}** Tullerías; pero ya he dicho hasta qué punto le es hostil la calle: por doquier hay ojos y manos en acecho; si vagabundea aturdidamente sumida en sus pensamientos, si enciende un cigarrillo en la terraza de un café, si va sola al cine, no tardará en producirse un incidente desagradable; es preciso que inspire respeto por su indumentaria, por su porte: semejante preocupación la clava en el suelo y en sí misma. «Las alas caen.»

A los dieciocho años, T. E. Lawrence realizó solo un vasto recorrido en bicicleta a través de Francia; a una muchacha no se le permitirá lanzarse a semejante empresa: y aún le será menos posible aventurarse a pie en un país semidesierto y peligroso como hizo Lawrence un año más tarde. Sin embargo, tales experiencias tienen un alcance incalculable: es entonces cuando el individuo, en la embriaguez de la libertad y el descubrimiento, aprende a considerar la Tierra entera como su propio feudo. La mujer ya ha sido privada naturalmente de las lecciones de la violencia: ya he dicho hasta qué punto la inclina a la pasividad su debilidad física; cuando un muchacho resuelve una pendencia a puñetazos, adquiere conciencia de que puede confiar en sí mismo para su propia defensa; al menos sería preciso que, en compensación, se le permitiese a la muchacha la iniciativa del deporte, de la aventura, el orgullo del obstáculo vencido. Pero no. Puede sentirse solitaria en el seno del mundo: jamás se alza frente a él, única y soberana. Todo la incita a dejarse sitiar y dominar por existencias extrañas: y, singularmente en el amor, se niega en vez de afirmarse. En este sentido, el infortunio o la desgracia son a menudo pruebas fecundas: fue su aislamiento lo que permitió a Emily Bronte escribir un libro poderoso y desmelenado; frente a la Naturaleza, la muerte, el destino, no esperaba ayuda más que de sí misma. Rosa Luxemburgo era fea; jamás sintió la tentación de sumergirse en el culto de su imagen, hacerse objeto, presa y trampa: desde su juventud, fue toda entera espíritu y libertad. Incluso entonces, es muy raro que la mujer asuma plenamente el angustioso diálogo con el mundo dado. Las coacciones de que está rodeada y toda la tradición que pesa **{**848**}** sobre ella impiden que se sienta responsable del Universo: he ahí la profunda razón de su mediocridad.

Los hombres a quienes llamamos grandes son aquellos que -de una forma u otra- han cargado sobre sus espaldas el peso del mundo entero: han salido de la empresa mejor o peor, han logrado recrearlo o han naufragado; pero lo primero que han hecho ha sido asumir ese enorme fardo. Eso es lo que ninguna mujer ha hecho jamás. lo que ninguna ha podido hacer nunca. Para considerar al Universo como suyo, para juzgarse culpable de sus faltas y glorificarse con sus progresos, preciso es pertenecer a la casta de los privilegiados; exclusivamente a aquellos que poseen sus mandos les pertenece justificarlo modificándolo, pensándolo, descubriéndolo; solo ellos pueden reconocerse en él y tratar de imprimirle su sello. Solo en el hombre, y no en la mujer, ha podido encarnarse hasta ahora el hombre. Ahora bien, los individuos que nos parecen ejemplares, aquellos a quienes se adorna con el nombre de genios, son los que han pretendido representar en su existencia singular la suerte de toda la Humanidad. Ninguna mujer se ha creído autorizada para ello. ¿Cómo hubiera podido ser mujer un Van Gogh? A una mujer no la habrían enviado en misión al Borinage, no habría experimentado la miseria de los hombres como su propio crimen, no habría buscado una redención; por tanto, jamás

hubiera pintado los tornasoles de Van Gogh. Sin contar con que el género de vida del pintor -la soledad de Aries, la frecuentación de cafés y burdeles, todo cuanto alimentaba al arte de Van Gogh al alimentar su sensibilidad- le habría estado vedado. Una mujer jamás hubiera podido convertirse en un Kafka: en medio de sus dudas e inquietudes, no habría reconocido la angustia del Hombre expulsado del Paraíso. Fuera de Santa Teresa, apenas hay quien haya vivido por su cuenta, en un total abandono, la condición humana: ya hemos visto por qué. Situándose más allá de las jerarquías terrestres, no sentía más que San Juan de la Cruz un techo tranquilizador encima de su cabeza. Para ambos era la misma noche, los mismos resplandores de luz, la misma nada en sí mismos, la misma **{**849**}** plenitud en Dios. Cuando, por fin, le sea posible a todo ser humano colocar su orgullo más allá de la diferenciación sexual, en la difícil gloria de su libre existencia, solamente entonces podrá confundir la mujer su historia, sus problemas, sus dudas y sus esperanzas con los de la Humanidad; solo entonces podrá intentar descubrir en su vida y sus obras toda la realidad y no únicamente su persona. En tanto que tenga que seguir luchando para convertirse en un ser humano, no podrá ser una creadora.

De nuevo, para explicar sus limitaciones, hay que invocar, pues, su situación, y no una misteriosa esencia: el porvenir sigue ampliamente abierto. Se ha sostenido a porfía que las mujeres no poseían «genio creador», tesis que defendió, entre otras, la señora Marthe Borely, notoria antifeminista en otro tiempo: pero diríase que trató de ofrecer con sus libros la prueba viva de la falta de lógica y la bobería femeninas: hasta tal punto son contradictorias. Por lo demás, la idea de un «instinto» creador dado debe ser relegada, como la del «eterno femenino», al desván de los trastos viejos de las entidades periclitadas. Algunos misóginos, un poco más concretamente, afirman que la mujer, al ser una neurótica, no puede crear nada valioso: pero a menudo se trata de las mismas personas que declaran que el genio es una neurosis. En todo caso, el ejemplo de Proust demuestra lo suficiente que el desequilibrio psicofisiológico no significa ni impotencia ni mediocridad. En cuanto a los argumentos que se extraen del examen de la Historia, acabamos de ver lo que hay que pensar de ello; el hecho histórico no podría ser considerado como definidor de una verdad eterna; y no hace sino traducir una situación que precisamente se manifiesta como histórica, puesto que está en vías de cambio. ¿Cómo han podido las mujeres tener genio jamás, cuando les ha sido negada toda posibilidad de realizar una obra genial, o incluso .una obra pura y simplemente? La vieja Europa abrumó en otro tiempo con su desprecio a los bárbaros americanos, que no poseían artistas ni escritores: «Dejadnos existir antes de exigirnos que justifiquemos nuestra existencia», replicó en sustancia Jefferson. Los negros dan la misma réplica a **{**850**}** los racistas que les reprochan el no haber producido un Whitman o un Melville. El proletariado francés tampoco puede oponer ningún nombre a los de Racine y Mallarmé. La mujer libre solamente está en vías de nacer; una vez que se haya conquistado a sí misma, tal vez justifique la profecía de Rimbaud: «¡Habrá poetisas! Cuando se haya concluido la infinita esclavitud de la mujer, cuando viva para ella y por ella; cuando el hombre -hasta ahora abominable- le haya dado su libertad, ella también será poeta. ¡La mujer hallará lo desconocido! ¿Diferirán de los nuestros sus mundos de ideas? Ella encontrará cosas extrañas, insondables, repelentes, deliciosas, y nosotros las tomaremos, las comprenderemos» (1). No es seguro que esos «mundos de ideas» sean diferentes de los de los hombres, puesto que la mujer se liberará asimilándose a ellos; para saber en qué medida seguirá siendo singular y en qué medida esas singularidades tendrán importancia, sería preciso arriesgarse a anticipaciones muy audaces. Lo que sí es seguro es que, hasta ahora, las posibilidades de la mujer se han ahogado y perdido para la Humanidad y que hora es ya, en su interés y en el de todos, que se le deje aprovechar por fin todas sus oportunidades **{**851**}**.

(1) Carta a Pierre Demeny, 15 de mayo de 1871.

CONCLUSIÓN.

«No, la mujer no es nuestro hermano; mediante la pereza y la corrupción, hemos hecho de ella un ser aparte, desconocido, sin otra arma que su sexo, lo cual no solo es la guerra perpetua, sino un arma de guerra maligna -adorando u odiando, pero no compañera franca, un ser que forma legión con espíritu de cuerpo, de masonería-, desconfianzas de eterna y pequeña esclava.»

Multitud de hombres suscribirían aún esas palabras de Jules Laforgue; muchos piensan que entre ambos sexos siempre habrá «intriga y discordia» y que jamás será posible la fraternidad entre ellos. El hecho es que ni hombres ni mujeres están satisfechos hoy unos de otros. Pero la cuestión estriba en saber si se trata de una maldición original que los condene a desgarrarse mutuamente o si los conflictos que los oponen no expresan más que un momento transitorio de la Historia humana.

Ya hemos visto que, a despecho de leyendas, ningún destino fisiológico impone al Varón y a la Hembra, como tales, una eterna hostilidad; hasta la famosa mantis religiosa solamente devora al macho a falta de otros alimentos y en interés de la especie: a esta última se subordinan todos los individuos de arriba abajo en la escala animal. Por lo demás, la Humanidad es algo distinto de una especie -un devenir histórico- y se define por la manera en que asume la ficción natural. En verdad, ni siquiera con la peor mala fe del mundo, es imposible descubrir entre el varón y la hembra humanos una rivalidad de orden expresamente fisiológico. Más bien habría que situar su hostilidad en ese terreno intermedio **{**852**}** entre la biología y la psicología que es el del psicoanálisis. Se dice que la mujer envidia al hombre su pene y desea castrarlo; pero el deseo infantil del pene no adquiere importancia en la vida de la mujer adulta más que en el caso de que ella experimente su feminidad como una mutilación; entonces, y en tanto que encarna todos los privilegios de la virilidad, es cuando desea apropiarse del órgano masculino. Se admite de buen grado que su sueño de castración tiene una significación simbólica: se supone que desea privar al varón de su trascendencia. Su anhelo, ya lo hemos visto, es mucho más ambiguo: de un modo contradictorio, quiere tener esa trascendencia, lo cual supone que la respeta y la niega al mismo tiempo, que pretende precipitarse en ella y retenerla dentro de sí a la vez. Es decir, que el drama no se desarrolla sobre un plano sexual; la sexualidad, por otra parte, jamás se nos ha presentado como definidora de un destino, como portadora de la clave de las actitudes humanas, sino como expresión de la totalidad de una situación que contribuye a definir. La lucha de los sexos no está inmediatamente implicada en la anatomía del hombre y de la mujer. En verdad, cuando se la evoca, se da por supuesto que en el cielo intemporal de las Ideas se desarrolla una batalla entre esas esencias inciertas: el Eterno femenino y el Eterno masculino, y no se echa de ver que ese titánico combate reviste en la Tierra dos formas completamente diferentes, correspondientes a momentos históricos distintos.

La mujer, confinada en la inmanencia, trata de retener también al hombre en esa prisión; de ese modo, esta se confundirá con el mundo y ella no sufrirá ya por estar encerrada en la misma: la madre, la esposa, la amante, son otras tantas carceleras; la sociedad codificada por los hombres decreta que la mujer es inferior: y ella solo puede abolir esa inferioridad destruyendo la superioridad viril. Se dedica a mutilar, a dominar al hombre; le contradice; niega su verdad y sus valores. Mas con ello no hace otra cosa que defenderse; no han sido ni una esencia inmutable ni una elección culpable las que la han condenado a la inmanencia, a la inferioridad. Le han sido impuestas. Toda opresión crea un **{**853**}** estado de guerra. Y este caso no es una excepción. El existente al que se considera como inesencial no puede dejar de pretender el restablecimiento de su soberanía.

Hoy el combate adopta otra forma: en lugar de querer encerrar al hombre en un calabozo, la mujer trata de evadirse; ya no pretende arrastrarlo a las regiones de la inmanencia, sino de emerger a la luz de la trascendencia. Es entonces la actitud de los varones la que crea un

nuevo conflicto: el hombre «concede su libertad» a la mujer de muy mala gana. Le gusta seguir siendo sujeto soberano, superior absoluto, ser esencial; se niega concretamente a tener por igual a su compañera; y ella replica a esa desconfianza con una actitud agresiva. Ya no se trata de una guerra entre individuos encerrados cada cual en su esfera: una casta reivindicadora se lanza al asalto y es tenida en jaque por la casta privilegiada. Son dos trascendencias que se afrontan; en vez de reconocerse mutuamente, cada libertad quiere dominar a la otra.

Esta diferencia de actitud se proyecta tanto en el plano sexual como en el espiritual; la mujer «femenina», al hacerse presa pasiva, trata de reducir también al varón a su pasividad carnal; procura hacerle caer en la trampa, encadenarlo a través del deseo que despierta, haciéndose dócilmente cosa; por el contrario, la mujer «emancipada» se quiere activa, prensil, y rechaza la pasividad que el hombre pretende imponerle. De igual modo, Elise y sus émulas niegan su valor a las actividades viriles; colocan la carne por encima del espíritu, la contingencia por encima de la libertad, su prudencia rutinaria por encima de la audacia creadora. Pero la mujer «moderna» acepta los valores masculinos: pone todo su amor propio en pensar, obrar, trabajar y crear con los mismos títulos que los varones; en lugar de tratar de rebajarlos, afirma que se iguala a ellos.

En la medida en que se expresa en actitudes concretas, esa reivindicación es legítima; y entonces la insolencia de los hombres es la que resulta condenable. Pero hay que decir en disculpa de ellos que las mujeres embrollan a propósito las cartas. Una Mabel Dodge pretendía esclavizar a Lawrence con los encantos de su feminidad, con objeto de dominarlo **{**854**}** después espiritualmente; muchas mujeres, para demostrar con sus éxitos que valen tanto como un hombre, se esfuerzan por asegurarse sexualmente un apoyo masculino; juegan así con dos barajas, reclamando a la vez antiguas consideraciones y una estimación nueva, apostando a su antigua magia y a sus recientes derechos; se comprende que el hombre, irritado, se sitúe a la defensiva; pero también él es falaz cuando exige que la mujer participe lealmente en el juego, al mismo tiempo que, con su desconfianza y su hostilidad, le niega los triunfos indispensables. En verdad, la lucha no podría revestir entre ellos una forma clara, puesto que el ser mismo de la mujer es opacidad; no se alza frente al hombre como sujeto, sino como un objeto paradójicamente dotado de subjetividad; se asume a la vez como yo y como otro, lo cual es una contradicción que comporta desconcertantes consecuencias. Cuando convierte en arma a la vez su debilidad y su fuerza, no se trata de un cálculo concertado: busca espontáneamente su salvación en la vía que le ha sido impuesta, la de la pasividad, al mismo tiempo que reivindica activamente su soberanía; y, sin duda, este proceder no es de «buena lid», pero le está dictado por la ambigua situación que le han asignado. Sin embargo, el hombre, cuando la trata como una libertad, se indigna de que siga siendo un cepo para él; si la halaga y la satisface en tanto que es su presa, le irritan sus pretensiones de autonomía; haga lo que haga, se siente burlado y ella se considera perjudicada.

La disputa durará en tanto que hombres y mujeres no se reconozcan como semejantes, es decir, en tanto se perpetúe la feminidad como tal; ¿quiénes de ellos son los más encarnizados en mantenerla? La mujer que se libera de ella quiere, no obstante, seguir conservando sus prerrogativas; y el hombre exige que entonces asuma también sus limitaciones. «Es más fácil acusar a un sexo que excusar al otro», dice Montaigne. Distribuir censuras y parabienes resulta vano. En verdad, si el círculo vicioso resulta aquí difícil de romper, es porque ambos sexos son víctimas cada uno al propio tiempo del otro y de sí mismo; entre dos adversarios **{**855**}** que se afrontasen en su pura libertad, podría establecerse fácilmente un acuerdo: tanto más cuanto que esa guerra no beneficia a nadie; sin embargo, la complejidad de todo este asunto proviene de que cada uno de los campos es cómplice de su enemigo; la mujer persigue un sueño de dimisión; el hombre, un sueño de enajenación; la inautenticidad no es rentable: cada cual culpa al otro de la desgracia que se ha buscado al ceder a las tentaciones de lo fácil;

lo que el hombre y la mujer odian el uno en el otro es el clamoroso fracaso de su propia mala fe y de su cobardía.

Ya se ha visto por qué originariamente los hombres han esclavizado a las mujeres; la devaluación de la feminidad ha sido una etapa necesaria para la evolución humana; pero hubiera podido engendrar una colaboración de ambos sexos; la opresión se explica por la tendencia del existente a evadirse enajenándose en el otro, al cual oprime con ese fin; hoy día, vuelve a encontrarse en cada hombre esta tendencia singular, y la inmensa mayoría cede a ella: el marido se busca en su esposa, el amante en su querida, bajo la figura de una estatua de piedra; persigue en ella el mito de su virilidad, de su soberanía, de su inmediata realidad. «Mi marido no va nunca al cine», dice la mujer, y la incierta opinión masculina se imprime en el mármol de la eternidad. Pero él mismo es esclavo de su doble: ¡qué trabajo para edificar una imagen en la cual siempre está en peligro! A pesar de todo, se funda en la caprichosa libertad de las mujeres: hay que hacérsela propicia sin cesar; al hombre le corroe la preocupación de mostrarse varonil, importante, superior; hace comedia para que se la hagan; también se muestra inquieto, agresivo; siente hostilidad contra las mujeres porque las teme, y las teme porque le amedrenta el personaje con el cual se confunde. ¡Cuánto tiempo y cuántas energías derrocha para liquidar, sublimar y superar sus complejos, y para hablar de mujeres, seducirlas o temerlas! Se le liberaría, liberándolas. Pero eso es precisamente lo que teme. Y se obstina en las mistificaciones destinadas a mantener a la mujer encadenada.

Son muchos los hombres que tienen conciencia de que la **{**856**}** mujer es víctima de un engaño. «¡Qué desgracia ser mujer! Y, sin embargo, cuando se es mujer, la desgracia, en el fondo, consiste en no comprender que lo es», dice Kierkegaard (1). Hace mucho tiempo que se dedican metódicos esfuerzos a disfrazar esa desgracia. Se ha suprimido, por ejemplo, la tutela: se le han dado a la mujer unos «protectores» que, si han sido revestidos con los derechos de los antiguos tutores, lo han sido en interés de la propia mujer. Prohibirle trabajar, mantenerla en el hogar, es defenderla contra ella misma, es asegurar su dicha. Ya se ha visto con qué velos poéticos se disimulaban las monótonas cargas que la abruman: faenas domésticas y maternidad; a cambio de su libertad, le han hecho el presente de los falaces tesoros de su «feminidad». Balzac ha descrito muy bien esa maniobra cuando aconseja al hombre que la trate como esclava, persuadiéndola de que es una reina. Menos cínicos, muchos hombres se esfuerzan por convencerse a sí mismos de que verdaderamente es una privilegiada. Hay sociólogos norteamericanos que enseñan hoy con toda seriedad la teoría del low-class gain, es decir, de los «beneficios de las clases inferiores». También en Francia se ha proclamado frecuentemente -aunque de manera menos científica- que los obreros, y más aún los vagabundos que pueden vestirse de harapos y acostarse en las aceras, tenían la gran suerte de no verse obligados a «representar» placeres prohibidos al conde de Beaumont y a esos pobres señores de Wendel. Y los despreocupados piojosos que se rascan alegremente sus parásitos, y los gozosos negros que ríen bajo los latigazos, y esos alegres árabes del Souss, que entierran a sus hijos **{**857**}** muertos de hambre con la sonrisa en los labios; la mujer disfruta de un privilegio incomparable: la irresponsabilidad. Sin esfuerzos, sin cargas, sin preocupaciones, lleva manifiestamente «la mejor parte». Lo que turba un poco es que, por una obstinada perversidad -ligada sin duda al pecado original-, a través de siglos y países, las gentes que llevan la mejor parte les gritan siempre a sus bienhechores: «¡Es demasiado! ¡Yo me contentaría con la vuestra!» Pero los capitalistas magníficos, los colonos generosos, los espléndidos varones, se obstinan: «¡Conservad la mejor parte, conservadla!»

(1) In vino veritas. Dice también: «Vuelve la galantería -esencialmente- hacia la mujer; y el hecho de que ella la acepte sin vacilar se explica en virtud de la solicitud de la Naturaleza por el más débil, por el ser no favorecido y por aquel para quien una ilusión significa más que una compensación. Pero esta ilusión, precisamente, le es fatal... Sentirse liberada de la miseria gracias a la imaginación, ser víctima de una imaginación, ¿no es una burla aún más profunda?... La mujer está muy lejos de hallarse verwahrlos (abandonada), pero en otro

sentido sí lo está, porque jamás puede librarse de la ilusión de que se ha servido la Naturaleza para consolarla.»

El hecho es que los hombres encuentran en su compañera más complicidad que la que habitualmente encuentra el opresor en el oprimido; y, con mala fe, consideran que ello les da autoridad para declarar que la mujer ha querido el destino que le han impuesto. Ya hemos visto que, en verdad, toda su educación conspira para cerrarle los caminos de la revuelta y la aventura; la sociedad entera -empezando por sus respetados padres- le miente al exaltar el excelso valor del amor, de la devoción y la abnegación, y al ocultarle que ni el amante, ni el marido, ni los hijos estarán dispuestos a soportar su embarazosa carga. Acepta ella alegremente tales mentiras, porque la invitan a seguir la pendiente de lo fácil: y ese es el peor crimen que se comete contra ella; desde su infancia y a todo lo largo de su vida, la miman y corrompen, designándole como vocación esa dimisión que tienta a todo existente angustiado por su libertad; si se invita a un niño a la pereza, divirtiéndole todo el día, sin darle ocasión para estudiar, sin mostrarle su utilidad, cuando llegue a la edad madura no podrá decirse que ha elegido ser incapaz e ignorante: así es como se educa a la mujer, sin enseñarle nunca la necesidad de asumir por sí misma su existencia; y ella se abandona de buen grado, contando con la protección, el amor, la ayuda y la dirección de otro; se deja fascinar por la esperanza de poder realizar su ser sin hacer nada. Hace mal cediendo a la tentación; pero el hombre no tiene derecho a reprochárselo, puesto que ha sido él quien la ha tentado. Cuando entre ellos estalle un conflicto, cada uno **{**858**}** juzgará al otro responsable de la situación; ella le reprochará el haberla creado: «Nadie me ha enseñado a razonar, a ganarme la vida...» El le reprochará haberlo aceptado: «No sabes nada, eres una inútil...» Cada sexo cree justificarse tomando la ofensiva: pero los entuertos de uno no absuelven al otro.

Los innumerables conflictos que enfrentan a hombres y mujeres derivan de que ninguno de los dos asume todas las consecuencias de esa situación que uno propone y otra sufre; esa incierta noción de la «igualdad en la desigualdad», de la cual se sirve uno para enmascarar su despotismo y la otra su cobardía, no resiste a la experiencia; en sus intercambios, la mujer reclama la igualdad abstracta que le han garantizado, y el hombre, la desigualdad concreta que constata. De ahí proviene que en todas esas relaciones se perpetúe un debate indefinido sobre el equívoco de las palabras dar y tomar: ella se queja de que lo da todo, él protesta que ella le toma todo. Es preciso que la mujer comprenda que los intercambios -y esta es una ley fundamental de la economía política- se rigen por el valor que la mercancía ofrecida tenga para el comprador y no para el vendedor: la han engañado al persuadirla de que ella poseía un valor infinito; en verdad, ella es para el hombre solamente una distracción, un placer, tina compañía, un bien inesencial; en cambio, él es el sentido y la justificación de la existencia de ella; de modo que el intercambio no se efectúa entre dos objetos de la misma calidad; esta desigualdad va a señalarse singularmente en el hecho de que el tiempo que pasen juntos -y que falazmente parece el mismo- no tiene para ambos el mismo valor; durante la velada que el amante pasa con su querida, podría haber ejecutado un trabajo útil para su carrera, haber visto a unos amigos, haber cultivado unas relaciones, haberse distraído; para un hombre normalmente integrado en la sociedad, el tiempo es una riqueza positiva: dinero, reputación, placer. Por el contrario, para la mujer ociosa, que se aburre, es una carga de la cual solo aspira a desembarazarse; cuando logra matar unas horas, considera que ha obtenido un beneficio: la presencia del **{**859**}** hombre es un puro beneficio; en numerosos casos, lo que más claramente interesa a un hombre en un enredo amoroso es el provecho sexual que saca del mismo: en un caso límite, puede contentarse con pasar en compañía de su querida el tiempo justo y necesario para realizar el acto amoroso; pero, salvo excepciones, lo que ella desea es que «transcurra» todo ese exceso de tiempo con el que no sabe qué hacer, y -como el comerciante que no vende las patatas si no le compran también los nabos- no cede su cuerpo sino cuando el amante «compra», por añadidura, unas horas de conversación y paseo. El equilibrio se establece si el coste total del lote no se le antoja al hombre demasiado elevado: eso depende, bien entendido, de la intensidad de su deseo y de la importancia que tengan a sus ojos las

ocupaciones que sacrifica; pero si la mujer reclama -ofrece- demasiado tiempo, se hace completamente importuna, como el río que se sale de su cauce, y el hombre preferirá no tener nada antes que tener demasiado. Así, pues, ella modera sus exigencias; pero muy a menudo el equilibrio se establece a costa de una doble tensión: ella estima que el hombre la ha conseguido a un precio de rebajas; él considera que ha pagado demasiado caro. Desde luego, esta exposición tiene un poco de humorística; sin embargo -salvo en los casos de pasión celosa y exclusiva en que el hombre quiere a la mujer en su totalidad-, este conflicto se advierte en la ternura, el deseo y el amor mismo; el hombre siempre tiene «algo que hacer» con su tiempo, en tanto que la mujer trata de desembarazarse de él; y el hombre no considera como un don las horas que la mujer le consagra, sino como una carga. Generalmente, consiente en soportarla porque sabe muy bien que está del lado de los favorecidos, no tiene la conciencia tranquila; y, si tiene un poco de buena voluntad, trata de compensar la desigualdad de las condiciones por medio de la generosidad; no obstante, considera un mérito su compasión y, al primer choque, trata a la mujer de ingrata, se irrita: «Soy demasiado bueno.» Ella percibe que se porta como una pedigüeña, cuando está persuadida del elevado valor de sus regalos, y se siente humillada. Eso es lo que explica la **{**860**}** crueldad de que a menudo se muestra capaz la mujer; tiene la conciencia tranquila, porque está en el lado de los desfavorecidos; no se considera obligada a ningún miramiento con respecto a la casta privilegiada, solo piensa en defenderse; será incluso muy dichosa si tiene ocasión para manifestar su rencor al amante que no ha sabido satisfacerla: puesto que él no da bastante, ella se lo quitará todo con un placer salvaje. Entonces el hombre herido descubre el valor global de la relación, cada uno de cuyos momentos desdeñaba: está dispuesto a todas las promesas, corriendo el riesgo de considerarse nuevamente explotado cuando deba cumplirlas; acusa a su amante de hacerle chantaje, y ella le reprocha su avaricia; los dos se juzgan perjudicados. También aquí es ocioso distribuir excusas y censuras: jamás se podrá crear la justicia en el seno de la injusticia. Un administrador colonial no tiene ninguna posibilidad de llevarse bien con los indígenas, ni un general con sus soldados; la única solución consiste en no ser ni colono ni jefe; pero un hombre no puede impedir ser un hombre. Helo ahí culpable, por tanto, a su pesar, y oprimido por una falta que no ha cometido; así también la mujer es víctima y arpía, a su pesar. A veces él se rebela, opta por la crueldad; pero entonces se hace cómplice de la injusticia, y la falta se vuelve realmente suya; a veces se deja aniquilar, devorar, por su víctima reivindicadora: pero entonces se siente burlado; a menudo se aviene a un compromiso que a la vez le disminuye y le deja desasosegado. Un hombre de buena voluntad se sentirá más desgarrado por la situación que la mujer misma: en cierto sentido, siempre se sale ganando si se está en el bando de los vencidos; pero si también ella tiene buena voluntad, es incapaz de bastarse a sí misma, le repugna aplastar al hombre con el peso de su destino, se debatirá en una inextricable confusión. Se encuentran profusamente en la vida cotidiana esos casos que no comportan solución satisfactoria, porque están definidos por condiciones que tampoco son satisfactorias: un hombre que se vea obligado a continuar manteniendo moral y materialmente a una mujer a quien ya no ama, se siente **{**861**}** víctima; pero si abandonase sin recursos a la que ha comprometido toda su existencia con él, sería ella la víctima de una manera igualmente injusta. El mal no proviene de una perversidad individual -y la mala fe comienza cuando cada uno acusa al otro-, sino de una situación contra la cual toda actitud singular es impotente. Las mujeres son pegajosas, pesadas, y sufren por ello; es porque tienen la suerte de un parásito que succiona la vida de un organismo extraño; que se les dote de un organismo autónomo, que puedan luchar contra el mundo y arrancarle su subsistencia, y será abolida su dependencia: también la del hombre. Unos y otras, sin duda alguna, lo pasarán mucho mejor.

Un mundo en el que hombres y mujeres fuesen iguales es fácil de imaginar, porque eso es exactamente lo que había prometido la revolución soviética: las mujeres, educadas y formadas exactamente como los hombres, trabajarían en las mismas condiciones (1) y por los mismos salarios; la libertad erótica sería admitida por las costumbres, pero el acto sexual ya no sería considerado como un «servicio» que se remunera; la mujer estaría obligada a asegurarse otro

medio de vida; el matrimonio descansaría en un libre compromiso que los cónyuges podrían denunciar cuando lo desearan; la maternidad sería libre, es decir, que se autorizaría el control de la natalidad y también el aborto, y a todas las madres y a sus hijos se les daríán exactamente los mismos derechos, tanto si eran casadas como si no; las vacaciones por causa de embarazo serían costeadas por la colectividad, que asumiría el cargo de los hijos, lo cual no quiere decir que se les retiraría a sus padres, sino que no se les abandonaría.

(1) El que ciertos oficios demasiado duros les estén vedados, no contradice ese proyecto: también entre los hombres se busca cada vez más el realizar una adaptación profesional; sus capacidades físicas e intelectuales limitan sus posibilidades de elección; lo que se pide. en todo caso, es que no se trace ninguna frontera de sexo o de casta.

Pero ¿basta con cambiar las leves, las instituciones, las costumbres, la opinión y todo el contexto social para que hombres y mujeres se conviertan verdaderamente en semejantes? «Las mujeres siempre serán mujeres», afirman los **{**862**}** escépticos; y otros videntes profetizan que, al despojarse de su feminidad, las mujeres no lograrán transformarse en hombres y se convertirán en monstruos. Eso es tanto como admitir que la mujer de hoy es una creación de la Naturaleza. Es preciso volver a repetir una vez más que, en la colectividad humana, nada es natural, y que, entre otras cosas, la mujer es un producto elaborado por la civilización: la intervención de otro en su destino es original; si esa acción estuviese dirigida de otro modo, desembocaría en un resultado completamente diferente. La mujer no es definida ni por sus hormonas ni por misteriosos instintos, sino por el modo en que, a través de conciencias extrañas, recupera su cuerpo y sus relaciones con el mundo; el abismo que separa al adolescente de la adolescente ha sido abierto de manera concertada desde los primeros tiempos de su infancia; más tarde no se podrá impedir que la mujer no sea lo que ha sido hecha, y siempre arrastrará ese pasado en pos de si; si se mide bien el peso de todo ello, se comprende claramente que su destino no está fijado en la eternidad. Desde luego, no hay que creer que basta con modificar su situación económica para que la mujer se transforme; este factor ha sido y sigue siendo el factor primordial de su evolución, pero en tanto no comporte las consecuencias morales, sociales, culturales, etc., que anuncia y que exige, no podrá aparecer la mujer nueva; a la hora actual, no se han realizado en ninguna parte, no más en la URSS que en Francia o en Estados Unidos; y por ese motivo la mujer de hoy se ve descuartizada entre el pasado y el porvenir; lo más frecuente es que aparezca como una «verdadera mujer» disfrazada de hombre, y se siente incómoda tanto en su carne de mujer como en su hábito de hombre. Es preciso que eche piel nueva y se corte sus propios vestidos. No podría lograrlo sino merced a una evolución colectiva. Ningún educador aislado puede modelar hoy un «ser humano hembra» que sea exacto homólogo del «ser humano macho»: educada como un chico, la muchacha se considera excepcional, y en virtud de ello experimenta una nueva suerte de especificación. Stendhal lo comprendió muy bien cuando dijo: «Hay que plantar de una vez todo **{**863**}** el bosque.» Pero si suponemos, por el contrario, una sociedad donde la igualdad de los sexos se hubiera realizado concretamente, esa igualdad se afirmaría de nuevo en cada individuo.

Si desde la más tierna edad, la niña fuese educada con las mismas exigencias y los mismos honores, las mismas severidades y las mismas licencias que sus hermanos, participando en los mismos estudios, en los mismos juegos, prometida a un mismo porvenir, rodeada de hombres y mujeres que se le presentasen sin equívocos como iguales, el sentido del «complejo de castración» y el del «complejo de Edipo» quedarían profundamente modificados. Al asumir con los mismos títulos que el padre la responsabilidad material y moral de la pareja, la madre gozaría del mismo prestigio perdurable; la niña sentiría a su alrededor un mundo andrógino y no un mundo masculino; aunque se sintiera afectivamente más atraída por el padre -lo cual ni siquiera es seguro-, su amor por él estaría matizado por una voluntad de emulación y no por un sentimiento de impotencia: no se orientaría hacia la pasividad; autorizada a demostrar su valía en el trabajo y los deportes, rivalizando activamente con los muchachos, la ausencia de

pene -compensada por la promesa del hijo- no bastaría para engendrar un «complejo de inferioridad»; de manera correlativa, el muchacho no tendría espontáneamente un «complejo de superioridad» si no se le hubiera inculcado y si estimase a las mujeres tanto como a los hombres (1). La muchacha no buscaría estériles compensaciones en el narcisismo y los sueños, no se tendría por algo descontado; se interesaría por lo que hace, abordaría sin reticencias todas sus empresas. Ya he dicho cuánto más fácil sería su pubertad si la superase, como el muchacho, hacia un libre porvenir de adulto; la menstruación **{**864**}** solo le inspira tanto horror porque constituye una caída brutal en la feminidad; también asumiría más tranquilamente su joven erotismo si no experimentase un disgusto lleno de turbación ante el conjunto de su destino; una educación sexual coherente la ayudaría mucho a remontar esa crisis. Y, gracias a la educación mixta, el augusto misterio del Hombre no tendría ocasión de nacer: sería aniquilado por la familiaridad cotidiana y la franca competencia. Las objeciones que se oponen a este sistema implican siempre el respeto por los tabúes sexuales; pero resulta vano pretender inhibir en el niño la curiosidad y el placer; así solo se termina por crear represiones, obsesiones, neurosis; el sentimentalismo exaltado, los fervores homosexuales y las pasiones platónicas de las adolescentes, con todo su cortejo de bobería y disipación, son mucho más nefastos que algunos juegos infantiles y algunas experiencias precisas. Lo que aprovecharía sobre todo a la joven sería que, al no buscar en el varón un semidiós -sino solamente un camarada, un amigo, un compañero-, no se apartaría de asumir por sí misma su existencia; el erotismo, el amor, adoptarían el carácter de una libre superación, y no el de una dimisión; y ella podría vivirlos como una relación de igual a igual. Bien entendido, no se trata de suprimir de un plumazo todas las dificultades que el niño tiene que superar para convertirse en adulto; la educación más inteligente y más tolerante no podría dispensarle de hacer los gastos de su propia experiencia; lo que se puede pedir es que no se acumulen gratuitamente obstáculos en su camino. El que ya no se cauterice con un hierro candente a las muchachas «viciosas» es un progreso; el psicoanálisis ha instruido en cierta medida a los padres; sin embargo, las actuales condiciones en que se realiza la formación y la iniciación sexuales de la mujer son tan deplorables, que ninguna de las objeciones que se oponen a la idea de un cambio radical es valedera. No se trata de suprimir en ella las contingencias y miserias de la condición humana, sino de ofrecerle los medios necesarios para superarlas.

(1) Conozco a un niño de ocho años que vive con su madre, una tía, una abuela, las tres independientes y activas, y un anciano abuelo semiimpotente. El niño padece un aplastante «complejo de inferioridad» con respecto al sexo femenino, pese a que su madre se esfuerza por combatirlo. En el liceo desprecia a compañeros y profesores, porque son míseros representantes del sexo masculino.

La mujer no es víctima de ninguna misteriosa fatalidad **{**865**}**; las singularidades que la especifican derivan su importancia de la significación que revisten; podrán ser superadas tan pronto como sean captadas en nuevas perspectivas; así se ha visto que, a través de su experiencia erótica, la mujer experimenta -y a menudo detesta- la dominación del varón: de ello no hay que deducir que sus ovarios la condenan a vivir eternamente de rodillas. La agresividad viril no aparece como un privilegio señorial nada más que en el seno de un sistema que conspira todo entero para afirmar la soberanía masculina; y la mujer se siente en el acto amoroso tan profundamente pasiva, porque ya se piensa como tal. Al reivindicar su dignidad de seres humanos, muchas mujeres modernas captan todavía su vida erótica a partir de una tradición de esclavitud: así les parece humillante permanecer acostadas debajo del hombre y ser penetradas por él, y ello las crispa en la frigidez; pero, si la realidad fuese diferente, el sentido que expresan simbólicamente gestos y posturas amorosos lo sería también: una mujer que paga, que domina a su amante, puede sentirse orgullosa, por ejemplo, de su soberbia ociosidad y considerar que esclaviza al varón que se agota activamente; y ya existen multitud de parejas sexualmente equilibradas y entre las cuales las nociones de victoria y derrota han cedido el paso a una idea de intercambio. En verdad, el hombre, como la mujer, es carne y, por tanto, pasividad, juguete de sus hormonas y de la especie, inquieta

presa de su deseo; y ella, como él, en el seno de la fiebre carnal, es consentimiento, Con voluntario, actividad; cada uno de ellos vive a su manera el extraño equívoco de la existencia hecha cuerpo. En esos combates en los cuales creen enfrentarse el uno contra el otro, cada cual lucha contra sí mismo, proyectando en su compañero esa parte de sí mismo que cada cual repudia; en lugar de vivir la ambigüedad de su condición, cada uno de ellos se esfuerza por hacer soportar al otro su abyección, reservándose para si el honor. Si, no obstante, ambos la asumiesen con lúcida modestia, correlativa de un auténtico orgullo, se reconocerían como semejantes y vivirían amistosamente el drama erótico. El hecho de ser un ser humano es infinitamente más **{**866**}** importante que todas las singularidades que distinguen a los seres humanos; nunca es el dato lo que confiere superioridad: la «virtud», como la llamaban los antiguos, se define al nivel de «lo que depende de nosotros». En los dos sexos se desarrolla el mismo drama de la carne y el espíritu, de la finitud y la trascendencia; a ambos los roe el tiempo, los acecha la muerte; ambos tienen la misma necesidad esencial uno del otro; y pueden extraer de su libertad la misma gloria: si supiesen saborearla, no sentirían la tentación de disputarse falaces privilegios; y entonces podría nacer la fraternidad entre ellos.

Se me dirá que todas estas consideraciones son puramente utópicas, puesto que para «rehacer a la mujer» sería preciso que la sociedad ya la hubiera hecho realmente la igual del hombre; los conservadores, en todas las circunstancias análogas, no han dejado nunca de denunciar este círculo vicioso: sin embargo, la Historia no gira en redondo. Sin duda, si se mantiene una casta en estado de inferioridad, seguirá siendo inferior: pero la libertad puede romper ese círculo; que se deje votar a los negros, y se convertirán en personas dignas del voto; que se den responsabilidades a la mujer, y sabrá asumirlas; la cuestión estriba en que sería ocioso esperar de los opresores un movimiento gratuito de generosidad; sin embargo, unas veces la rebelión de los oprimidos y otras la evolución misma de la casta privilegiada crean situaciones nuevas; de ese modo, los hombres se han visto obligados, en su propio interés, a emancipar parcialmente a las mujeres: estas solo tienen que proseguir su ascensión, alentadas por los éxitos que obtienen; parece casi seguro que dentro de un período de tiempo más o menos largo accederán a la perfecta igualdad económica y social, lo que llevará consigo una metamorfosis interior.

En todo caso, objetarán algunos, si un mundo tal es posible, no es deseable. Cuando la mujer sea «lo mismo» que el hombre, la vida perderá «toda su sal». Este argumento tampoco es nuevo: los que tienen interés en perpetuar el presente, siempre vierten lágrimas sobre el mirífico pasado que va a desaparecer, sin otorgar una sonrisa al joven porvenir **{**867**}**.

Es cierto que al suprimir los mercados de esclavos se han aniquilado las grandes plantaciones tan magníficamente adornadas de azaleas y camelias, se ha arruinado toda la delicada civilización sudista; los viejos encajes se han reunido en los desvanes del tiempo con los timbres tan puros de los castrados de la Capilla Sixtina, y hay un cierto «encanto femenino» que amenaza con caer igualmente convertido en polvo. Convengo en que es un bárbaro aquel que no aprecia las flores raras, las puntillas, el cristal de una voz de eunuco, el encanto femenino. Cuando se muestra en todo su esplendor, la «mujer encantadora» es un objeto mucho más excitante que las «pinturas idiotas, dinteles, decoraciones, ropas de saltimbanquis, enseñas, iluminaciones populares» que enloquecían a Rimbaud; adornada con los más modernos artificios, trabajada según las técnicas más recientes, llega desde el fondo de los tiempos, de Tebas, de Minos, de Chichen Itza; y es también el tótem plantado en el corazón de la selva africana; es un helicóptero y es un pájaro; y la mayor maravilla es que, bajo sus cabellos teñidos, el rumor del follaje se hace pensamiento y de sus senos se escapan palabras. Los hombres tienden sus manos ávidas hacia el prodigio; pero, tan pronto como lo cogen, se desvanece; la esposa, la querida, hablan como todo el mundo, con la boca: sus palabras valen justamente lo que valen; sus senos, también. Milagro tan fugaz -y tan raro- ¿merece que se perpetúe una situación nefasta para ambos sexos? Se puede apreciar la belleza de las flores, el

encanto de las mujeres, y apreciarlos en su justo valor; si esos tesoros hay que pagarlos con sangre o con la desdicha, preciso será saber sacrificarlos.

El hecho es que este sacrificio se les antoja a los hombres singularmente pesado; hay pocos que deseen de corazón que la mujer termine de realizarse; quienes la desprecian no ven qué ganancia podrían obtener de ello, y quienes la quieren bien, ven demasiado claro lo que pueden perder; y es verdad que la evolución actual no amenaza solamente el encanto femenino: al ponerse a existir por sí misma, la mujer abdicará la función de doble y de mediatriz que le vale en el universo **{**868**}** masculino su lugar privilegiado; para el hombre aprisionado entre el silencio de la Naturaleza y la exigente presencia de otras libertades, un ser que sea a la vez su semejante y una cosa pasiva se presenta como un gran tesoro; la figura bajo la cual percibe a su compañera bien pudiera ser mítica, pero las experiencias de que ella es fuente o pretexto no por ello son menos reales: y no las hay apenas más preciosas, más íntimas y más ardientes; no es cosa de negar que la dependencia, la inferioridad y el infortunio femeninos les da su carácter singular; seguramente la autonomía de la mujer, aunque ahorre a los varones multitud de molestias, los privará también de muchas facilidades; con toda seguridad, ciertas maneras de vivir la aventura sexual se perderán en el mundo de mañana: pero eso no significa que serán desterrados del mismo el amor, la dicha, la poesía. Guardémonos de que nuestra falta de imaginación despueble el porvenir; este no es para nosotros más que una abstracción; cada uno de nosotros deplora sordamente la ausencia de lo que fue; pero la Humanidad del mañana lo vivirá en su carne y en su libertad; ese será su presente y, a su vez, ella lo preferirá; entre los sexos nacerán nuevas relaciones carnales y afectivas, respecto a las cuales no tenemos la menor idea: ya han aparecido entre hombres y mujeres amistades, rivalidades, complicidades, camaraderías castas o sexuales, que los pasados siglos no habrían podido inventar. Entre otras cosas, nada me parece más discutible que el slogan que condena al mundo nuevo a la uniformidad y, por tanto, al tedio. No veo que el tedio esté ausente de este nuestro mundo, ni que la libertad haya creado nunca uniformidad. En primer lugar, siempre habrá entre el hombre y la mujer ciertas diferencias; al tener una figura singular, su erotismo, y por tanto su mundo sexual, no podrían dejar de engendrar en la mujer una sensualidad y una sensibilidad singulares: sus relaciones con su propio cuerpo, con el cuerpo masculino, con el hijo, no serán jamás idénticas a las que el hombre sostiene con su propio cuerpo, con el cuerpo femenino y con el hijo; los que tanto hablan de «igualdad en la diferencia» darían muestras de mala voluntad si no me concediesen que pueden existir **{**869**}** diferencias en la igualdad. Por otra parte, son las instituciones las que crean la monotonía: jóvenes y bonitas, las esclavas del serrallo son siempre las mismas entre los brazos del sultán; el cristianismo ha dado al erotismo su sabor a pecado y leyenda al dotar de un alma a la hembra del hombre; aunque se le restituyera su soberana singularidad, no se quitaría su sabor patético a los abrazos amorosos. Es absurdo pretender que la orgía, el vicio, el éxtasis y la pasión serían imposibles si el hombre y la mujer fuesen concretamente semejantes; las contradicciones que oponen la carne al espíritu, el instante al tiempo, el vértigo de la inmanencia al llamamiento de la trascendencia, lo absoluto del placer a la nada del olvido, jamás desaparecerán; en la sexualidad se materializarán siempre la tensión, el desgarramiento, el gozo, el fracaso y el triunfo de la existencia. Liberar a la mujer es negarse a encerrarla en las relaciones que sostiene con el hombre, pero no negarlas; aunque se plantee para sí, no por ello dejará de seguir existiendo también para él: reconociéndose mutuamente como sujeto, cada uno seguirá siendo, no obstante, para el otro, un otro; la reciprocidad de sus relaciones no suprimirá los milagros que engendra la división de los seres humanos en dos categorías separadas: el deseo, la posesión, el amor, la aventura; y las palabras que nos conmueven: dar, conquistar, unirse, conservarán su sentido; por el contrario, cuando sea abolida la esclavitud de una mitad de la Humanidad y todo el sistema de hipocresía que implica, la «sección» de la Humanidad revelará su auténtica significación y la pareja humana hallará su verdadera figura.

«La relación inmediata, natural y necesaria del hombre con el hombre es la relación del hombre con la mujer», ha dicho Marx (1). «Del carácter de esa relación se deduce hasta qué

punto el hombre se ha comprendido a sí mismo como ser genérico, como hombre; la relación del hombre con la mujer es la relación más natural entre el ser humano y el ser humano. Ahí se demuestra, por tanto, hasta qué punto el **{**870**}** comportamiento natural del hombre se ha hecho humano o hasta qué punto el ser humano se ha convertido en su ser natural, hasta qué punto su naturaleza humana se ha convertido en su naturaleza.

(1) Oeuvres philosophiques, tomo VI. El subrayado es de Marx.

Imposible sería expresarlo mejor. Al hombre corresponde hacer triunfar el reino de la libertad en el seno del mundo establecido; para alcanzar esa suprema victoria es necesario, entre otras cosas, que, por encima de sus diferencias naturales, hombres y mujeres afirmen sin equívocos su fraternidad **{**871**}**.

FINAL DE EL SEGUNDO SEXO